Miquel de Palol

Boötes

Novela

Navona

Boötes

Miquel

de Palol

Boötes

Ejercicios sobre

el punto de vista V:

Novela

Navona

Primera edición
Enero de 2023

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU
Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch
Edición Estefanía Martín
Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan
Maquetación y corrección Moelmo
Papel tripa Bibloprint
Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans
Imagen de la cubierta Vanderfrog
Distribución en España UDL Libros

eISBN 978-84-19311-59-7

© Miquel de Palol, 2023
Todos los derechos reservados
© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2023

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula
la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias
por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar
las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial
o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares.
Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Índice

La Isla de los Muertos I
Boötes I
La Isla de los Muertos Ib: Cinta de Szilassi
Desistir será el Logro
Boötes II
En Mi o en Si
La Isla de los Muertos II
Boötes III: El Avenir de la Destrucción
Contracoda

Al ver una higuera junto al camino, se acercó a ella, pero no encontró nada más que hojas. «Nunca más vuelvas a dar fruto», le dijo. Y al instante se secó la higuera. Los discípulos se asombraron al verlo. «¿Cómo es que se secó la higuera al instante?», preguntaron. Jesús les respondió: «Os aseguro que, si tenéis fe y no dudáis, no solo haréis lo que he hecho con la higuera, sino que podréis decirle a este monte: "¡Levántate y échate al mar!", y así se hará.»

Mateo, 21:18-21

Cuanto menos apto sea un libro para representarlo en un índice, peor es.
Hay que elaborar primero el índice y el plan, después el texto, después la introducción y el prefacio; al final, el título.
Todas las ciencias componen un solo libro. Algunas corresponden al índice; otras, al plan.

Novalis, Fragmentos

El discurso sepultaba el acto por cometer, mientras exaltaba su imagen.

Klossowski, Sade, mon semblable

Boötes only seem'd to roll
His Arctic charge around the Pole.

Byron, 3d Ode in Hours of Idleness

En la Academia de Platón, delante del templo de les Musas, estaba escrito:
«Que no entre nadie que no sepa geometría.»

Eliae, In Porphyrii Isagogen et Aristotelis categorias comentaria

La Isla de los Muertos I

Si se hubiera imaginado que las dilaciones iban a empezar tan deprisa, habría cogido menos equipaje, se habría vestido de otra manera y habría tratado de llegar aun más pronto, aun de noche. Se maldecía por no haber previsto que mucho antes de las primeras inmediaciones del Archicenotafio de Lauriaian, donde acceden tantos acueductos y puentes que ya no se puede decir que sea una isla, el acceso ya estaría colapsado por multitudes que no había manera de saber lo que querían, cuál era su cometido, qué vendían. Todos cosas diferentes, todos ansiedades similares, todos viéndose cada cual a sí mismo imprescindible, el más digno de privilegio, todos inútilmente, destinados al desasosiego, a la insidia, al resentimiento. De los viales acabados de cruzar ya era como si nadie se acordara, y ni los planos ni las imágenes virtuales, las únicas disponibles porque la obtención de las reales está bloqueada, reflejaban las vallas, los fosos y las alambradas, las colas de individuos de todas edades y condiciones sexuales, vociferantes, chillando, tosiendo, destrozados y malolientes.

Ha repasado las acreditaciones para ver cuál podía ahorrarle algún trámite, alguna fila. En la entrada había un tráfico frenético de códigos, de intercambio de pases y salvoconductos electrónicos que no era necesario ser un experto para darse cuenta de que son falsos, bastas estafas de aprovechados. Eran frecuentes los malentendidos, reclamaciones, acusaciones y peleas al final ahogadas por la propia multitud. De la indignación de quienes regresaban habiendo sido rechazados por razones técnicas o burocráticas, se reveló fácilmente que, con códigos auténticos o falsos, con un mayor o menor grado de acceso, cualquier cosa podía esperarse de los trámites. En un cálculo a primera vista, hasta el primer control le quedaban al menos dos horas, y la cola continuaba exactamente igual de densa en el otro lado.

Se entretenía contemplando las diferentes categorías de los guardianes, vestidos de negro y con correas y hebillas doradas. Los guardias, los inspectores, los oficiales. El armamento, la condición física imponente, la mala leche preceptiva, los perros, todo para no dejar lugar a dudas de que la obsesión por la seguridad no es una broma, sino la esencia del protocolo inicial, sin perjuicio de que más adelante se endurezca. Hasta los guantes y las botas son armas. La disposición humana en primer lugar entre ellos. No inhumana, profundamente humana. Los desgraciados a quienes se llevan detenidos, muchos, aunque en términos de porcentaje no tantos. Pocas cosas dependen tanto de la oferta y la demanda como el orden público y la justicia, y no todos tienen asumida la disposición actual del

mercado.

El terreno presenta una configuración vagamente circular, con una cuenca en primer plano y una sucesión de alturas consecutivas que ocasionalmente permiten ver los collados y valles tal vez naturales, pero finamente modificados siguiendo una planificación defensiva, ocultadora, engañosa. Llama la atención que no se vean las torres del Archicenotafio, y aún menos la cúpula central, de altura no declarada pero que por todos los indicios debe ser visible desde muchos kilómetros, y si se trata de kilómetros, al paso que van puede ser cosa de días llegar allí. Los mapas virtuales no tienen acceso a esta zona. Días, sí, porque ya había pasado una zona de tiendas de campaña y vivacs, o tan solo clochards en medio del lodo que, seco o aún fresco, invade incluso las calzadas. Se preguntaba por qué todas estas personas quieren entrar, qué esperan de una institución que no tiene entre sus atributos el bienestar de los ciudadanos ni el progreso profesional ni pecuniario de nadie que no esté adscrito a la nomenclatura. La atracción del abismo, seguramente. Pero no de un abismo de caída, sino de explosión volcánica y ascensión meteórica, de viento solar aún más vertiginoso, aún más mortal. Será por eso, pensaba con un ramalazo de humor negro, que lo llaman el Archicenotafio.

El lodazal y el pedregal forman parte de la estrategia disuasoria e intimidante, pero qué sentido tiene. La estrategia del «por si acaso» parece norma general, y si todo el mundo la acepta —porque no les queda más remedio— hasta debe ser peligroso desmarcarse. Y si la norma es la casualidad, tampoco hay interés en corregirla. La impaciencia y el desasosiego son los alfiles y las torres de un juego en el que la multitud solo tiene peones. Pero los oficiales ¿por dónde entran, si él mismo ha elegido el acceso marcado en la red como el más fácil? La pregunta no da más de sí, los propietarios llegan por aire —se dice que hay trenes ultrarrápidos bajo tierra, pero tampoco son de acceso público las estaciones de donde proceden—, y los servidores viven allí. Tienen que vivir allí, porque sería inoperativo pasar esto todos los días.

Ha empezado a impacientarse cuando después de seis horas la fila apenas ha avanzado diez metros. Ni siquiera se ve el control, aunque, por la disposición sinuosa de la gente, tanto podría tener delante cincuenta como ochenta y uno, o ciento treinta y uno, o doscientos doce, o quién sabe. Ha tratado de dar cierto contenido —no sabe de qué tipo— a una situación que por el momento solo le servía para impacientarlo. Le resultaba difícil decidir hasta qué punto los bancales denotan una importante intervención humana en un terreno tan flagrantemente poco natural. La experiencia en la materia le era útil para creer detectar una intención militar en la disposición de las

zanjas, y cómo, igual que en la arquitectura y otras cosas, la guerra está en el origen de conquistas más tarde aplicadas a otras materias. En este caso, pensaba, habrá sido el origen y seguramente el objetivo. Objetivo final, ya se verá, y le hacía una cierta gracia. Es mejor no reírse en medio de esta gente, por más que reírse no significa ya lo mismo que hace un tiempo. Entonces, ¿qué significa, ahora? Nada que sea gracioso. La risa también es un objetivo en sí mismo.

Por lo tanto, se ocupaba de identificar la moldura en el conjunto de contrafuertes de las crestas, la escocia en el desfiladero en medio de la colada, el erg, las rocas superadas por la gelivación, de descubrir su razón estratégica, y no porque le pareciera que añadiría algo de luz al problema que se le planteará, aunque aquí había tantas dudas que cualquier hipótesis de utilidad en relación con lo que la vista ofrecía en ese momento era tan lábil que tanto podría ser todo como nada. Quién sabe dónde está la degradación del suelo cultivable, los jóvenes ya no saben ni qué significa eso. La duda sobre la viabilidad del acceso se le iba haciendo abrupta a medida que avanzaba el día y la cola se movía apenas unos metros. ¿Tan pocos como cada vez menos? Ya le parecía un avance asintótico, como la tortuga detrás de Aquiles, sin detenerse y tendiendo a un punto fijo final que nunca se logrará, y que no era el punto de control, sino uno desde el que la visión actual no mejoraría sustancialmente sino que más bien densificaría el desánimo.

Cuando la luz ya disminuía, empezaba a preguntarse si no valdría la pena regresar a casa. Se le había requerido para un trabajo no especificado; el encargo decía textualmente «Informe para una reparación, y disponibilidad razonable para lo que se desprenda», y los códigos de referencia no indicaban ni la naturaleza ni el tiempo estimado, aunque la apostilla PDFR sugería, según el vademécum, una estancia no inferior a cinco días y, específicamente, sin un límite superior determinado. ¿Dónde estaba la arquitectura palatina en este lugar? Y, sobre todo, ¿qué entiende esta gente por «disponibilidad razonable»?

Ya empezaba —y ahí sí que había sentido del humor— a pensar que tal vez incluso formaba parte del camuflaje el gentío cada vez más agresivo y chillón, cuando un mensaje cifrado le llega al móvil:

«Localizador Jmb-0’6180: Sírvase identificarse ante el paso de la Guardia Móvil entre las 17:41 y las 17:50.»

Ha mirado la hora: las 17:47, y ha levantado la cabeza. La Guardia Móvil no puede estar lejos. Ha comprobado que el localizador del móvil estaba activo y, efectivamente, la señal ha aparecido al minuto siguiente. Cuatro guardias se acercaban directos hacia él, abriéndose paso sin contemplaciones entre una multitud atenta a echarse a un lado antes de dar ocasión de ser atropellada.

El Jefe de la Guardia se le ha encarado.

—¿Localizador Jmb-0’6180?

—Yo mismo.

—Haga el favor.

Sin mediar palabra le han guiado entre la gente, y él se esperaba entrar en el edificio, pero cruzando detríticos, en ocasiones pasarelas, han pasado por una verja tan alta y potente que ni con un tanque sería destruida, con una cola para entrar de una treintena de personas, aunque acompañado por la Guardia ha entrado directamente, y al fondo de una dolina los guardias le han llevado al edificio del primer control, a unos seiscientos metros de donde le recogieron, decepcionantemente sin cambios significativos ni en la orografía ni en el paisaje humano. La fábrica es una nave lineal, con cinco crujías y dos plantas, presentando la columnata insertada en el paramento clásico de la arquitectura militar del siglo xviii. Le han introducido en una salita de la planta trapezoidal, con un armario en el paramento largo y cinco sillas en el contiguo, sin otro objeto salvo la puerta y un neón en la arista del techo en el paramento corto, ni aberturas exteriores.

—Espere aquí. Vendrán a buscarlo.

—Discúlpeme, oficial. He sido requerido para una reparación, y como no sé la urgencia, sería aconsejable abreviar el procedimiento.

—No depende de mí, señor. Las atribuciones de la Guardia en su caso no van más allá del primer control.

—Es que en mi caso no hay caso —le ha mostrado la pantalla del móvil—, tengo un contrato de orden profesional.

—Está fuera del dominio de la Guardia Móvil. El Cuerpo de Subcamarlengos se ocupará enseguida.

—¿Cuánto es enseguida?

El oficial deja un lapso de tiempo para que él perciba una agresividad ponderable.

—Enseguida es enseguida.

El privilegio ha terminado, porque los guardias cierran la puerta, y él está solo y sin expectativas consistentes. Saca el smartphone para jugar, pero nada le alivia, y vuelve a los pensamientos circulares que se había propuesto moderar. Sentirse privilegiado ha sido efímero, apenas un cambio sutil en el tiempo del verbo; enseguida piensa si no ha sido prematuro. No sabe si es una ventaja o un inconveniente no tener ninguna distracción en la salita desnuda y de paredes blancas. ¿Casual o deliberado? En este caso, ¿qué ventaja se supone que los gestores del Archicenotafio esperan obtener del estado mental en el que deja la estancia en un espacio de tales características? Dado que no todos los humanos reaccionan igual ante los mismos estímulos —aquí más bien no estímulos, aunque también sería discutible—, es

imaginable que le hayan traído aquí habiendo estudiado su perfil psicológico, y que haya otros con revistas, con imágenes o papeles de flores en las paredes, con pantallas, con consolas de juegos, con muñecas Barbie. Guiado por la sospecha, busca con la mirada rendijas en los rincones, en las aristas, en algún lugar desde donde puedan espiarlo, o poder espiar el exterior él mismo; sería difícil ofrecérsele informaciones que no se le quisieran dar explícitamente, conque sería de nuevo una manera de controlarlo, de saber hasta qué punto era capaz de levantarse para transgredir las reglas elementales.

O bien estaba fallando porque era una prueba, un juego de inteligencia. Tenía pocos segundos para dilucidar entre iniciativa arriesgada y discreción obediente qué atributo valoran más los comitentes. Era necesario haber decidido si sobraba tiempo, como le había parecido en ese momento, o si faltaba mucho. Debe de ser esto, porque ha notado que ya no quedaba cuando se ha abierto la puerta y han aparecido tres guardias más, vistiendo estos el uniforme gris de los Subcamarlengos, en el centro y adelantado el oficial, un hombre de unos cincuenta años, alto, huesudo y con un aire melancólico. Se ha sentido como si hubiese perdido una prerrogativa, sin ser capaz de decir cuál.

—Bienvenido. ¿Tiene la bondad de mostrarme la acreditación?

Ha sacado el smartphone y ha aceptado la señal de la pantalla. Se ha oído un dring en el móvil del oficial, y un asistente ha abierto la puerta.

—Por favor...

Le han llevado en dirección perpendicular a la seguida por los otros guardias hasta una cola de una treintena de personas frente a una ventanilla en forma de prisma pentagonal, más acorazada que la anterior, de dos plantas y con una cornisa balaustrada, con la misma medida la altura y el diámetro de la circunferencia circunscrita en planta, conectada por un pasillo acristalado con un edificio a más de quinientos metros de distancia.

Cuando se ha dado cuenta de que le dejaban allí, se ha encarado con los guardias.

—Perdonen. Creía que íbamos directamente al trámite de la entrada.

—Lo siento, señor, solo tenemos atribuciones para traerlo hasta aquí, y créame, le hemos ahorrado horas.

Se han ido y le han abandonado al final de una hilera de individuos que no dejaban de mirarlo con una pesada hostilidad, oscura, como objeto de un rencor enigmático. Ha oído que más de un comitente, o meros visitantes del Archicenotafio, han desaparecido de forma enigmática, y la idea le ha hecho sonreír. Quién sería un simple visitante de un sitio de este tipo. Por otro lado, que la gente

desaparezca aquí, a menos que la desaparición no implique también que se deshagan de los cadáveres por las alcantarillas, pone en tela de juicio la naturaleza estricta de un cenotafio. O tal vez «archi» lo han puesto delante precisamente para ponderar el rigor.

—¿De qué te ríes, idiota? —le ha dicho un tipo pequeño y leñoso, cinco puestos más allá.

Se queda mirando el incipiente crepúsculo, justo en el límite izquierdo del edificio del fondo, que no tiene idea de lo que puede ser, pero en ningún caso el propio Archicenotafio, porque no corresponde a las imágenes emblemáticas que circulan de él ni en forma ni en tamaño, a menos que el conjunto de edificios que lo forman estén dispuestos como las montañas, donde la cumbre más alta la ocultan las de los contornos, los bordes y las proximidades, más bajas cuanto más se alejan de la cúspide, pero cuando están más cerca ocultan la visión de las siguientes.

—Perdone, ¿me lo dice a mí?

Se ha dado cuenta de que el leñoso no se anima a acercarse por miedo a perder la vez, y esto le envalentona, más que nada porque significa que el resto no le apoyan en la intromisión; si lo hicieran, entre todos los más cercanos ya le habrían dado una paliza. Piensa si es inteligente consolarse con conjeturas —disimuladamente evalúa la complexión y la armonía física de unos y otros.

—Sí, tú. ¿Ves a alguien más riéndose?

Dos vendedores ambulantes han aparecido ofreciendo comida con una especie de cartapacio desplegable, uno de ellos dedicado con tics compulsivos a vigilar la llegada de la Guardia, supone él, porque debe ser una actividad semitolerada no del todo legal. Los de la cola se abalanzan con una especie de confusión controlada, con cuidado de no deshacer el orden, especialmente los más avanzados, atentos a que los de más abajo no aprovechen el jaleo para ganar posiciones fingiendo efectos casuales. Ofrecen panecillos reblandecidos con embutido, lechuga y rodajas de huevo duro de dudosa naturaleza, buñuelos de plástico rebosantes de mermelada y chocolates con aspecto de brea, galletas secas descantilladas con pinta de hors d'âge. Las existencias no le llegan a él ni a unos cuantos más. Los vendedores anuncian que regresarán.

Apreciaba como una ventaja que el leñoso y otros cuatro estuvieran ocupados comiendo, con modos de pocilga, y no le atendieran. Los más cercanos que también se habían quedado sin comida contemplaban absortos a los afortunados que sacaban el vientre de penas, con aspecto de pasmarotes embobados con porno.

Tratando de no formar parte de la inminencia de masturbación gástrica y, sobre todo, por el asco de ver cómo engullían, con la comida saliendo de la boca, migajas, jugos y babas colgando de los

morros, se ha vuelto para contemplar el ocaso en fase de rojos agrisándose hacia los lilas, a punto de tenerse que encender las luces —más bien se ha medio vuelto, porque a pesar de las apariencias no parece aconsejable perder de vista al personal.

Ha buscado la contradicción entre la dificultad de acceso y la evidente ilegalidad de los vendedores ambulantes. ¿Cómo han entrado? Busca entre las molduras cámaras de vigilancia; hay varias, pero no parecen operativas. Tal vez los vendedores son visitantes atrapados en los protocolos de la entrada, a los que no dejan avanzar y se niegan a salir (o por una disfunción normativa perversa no pueden), y se han instalado allí esperando, quién sabe, un cambio de reglas que les permita progresar. Le cuesta creer la falta de control que permite este vacío. Debe haber cierta tolerancia en los casos en que la seguridad global queda comprometida, o acaso todo es bastante más ineficaz de lo que parece. Está a punto de reírse de nuevo, y no lo hace justo a tiempo. Tiene gracia que le inquiete que un sistema autárquico, tiránico incluso, esté tan lleno de errores y de incompetentes. ¿Sería mejor que funcionara como una máquina perfecta?

Que esto no funciona como una máquina perfecta es la prueba de su presencia aquí. Siempre se ha dicho que las imperfecciones del sistema forman parte de la planificación de conjunto, que son válvulas de seguridad pensadas para absorber imprevistos sin costes importantes, y que la eficacia con la que lo hacen es un test para la coherencia del mecanismo, precisamente comprobable en este tipo de capacidades. No le consuela sentirse obligado a deducir que su presencia allí responde a un grave problema. Pero entonces, ¿por qué le obligan a pasar por los vulgares protocolos de acceso? Se ha asegurado de que no le vieran sonreír: para dar una apariencia de futilidad, de nimiedad, para no tener que admitir que el problema que va a tener que resolver es de veras grave.

Especulaba mentalmente de qué se trataba, y hasta cuándo duraría la broma del trámite de entrada, cuando los vendedores han reaparecido (aunque tal vez eran otros), y apenas ha podido elegir un panecillo con trozos difíciles de identificar entre tofu y queso, una lata de un refresco dulce, gaseado y con un regusto insufrible de química caducada, y una servilleta de papel no limpia del todo. Ha capturado el código de pago, ha hecho clic en el OK y ha empezado a comer tratando de alejarse del repertorio troglodita.

Mientras tanto se han añadido tres tipos más a la cola, que no ha avanzado desde que él está allí, la temperatura ha caído y se han encendido las luces, unas escasas bombillas peladas en las esquinas y colgadas de lianas de edificio a edificio, con cruces intermedias de madera, demostrando que el orden no es prioritario dentro del recinto.

Con inquietud ha pensado que era necesario ir haciéndose a la idea de pasar ahí la noche.

Iba por la mitad del panecillo, y el leñoso y los demás ya habían terminado, y tenían de nuevo tiempo y humor para entretenerse, le volvían a mirar con ese resentimiento anónimo, con el odio sin sentido propio de los que han hecho de ello su razón de vida, y que él fuera de los que sostienen que esto no podía ser reprochado a los analfabetos, a los no educados, no le impedía sentirse cada vez más inseguro, dudando de lo que sería peor, lo que se consideraría más provocativo, no mirarlos o mirarlos cara a cara, sostenerles la mirada o no perderlos de vista, con intermitencias como casuales. Darle importancia o no a dársela —lo que sea hacerlo más o menos explícito.

El buey grasiento más arriba del leñoso le ha llamado:

—¡Eh, tú! ¿Qué comes?

Encoge los hombros y, mirando y sin mirar, apenas muestra lo que le queda en la mano.

—¿No sabes que para comer se pide permiso a los veteranos de la cola? ¿No te han enseñado buenas maneras?

—Usted me las va a enseñar —dice, y los demás se miran y se ríen con un tic nervioso como de bailoteo.

Sin coordinación aparente, pero los tres a un tiempo como por un signo acordado, se le han tirado encima y sin opciones le han reducido en el suelo. Uno le ha propinado un puñetazo, el grasiento le inmoviliza y el leñoso le revuelve los bolsillos y la bolsa.

—Oops, el señor risueño debe de ser un sabio. Mirad lo que he encontrado.

Ha vaciado el contenido del compartimento exterior: dos pantallas táctiles, tres libros antiguos, un comunicador y cuatro frascos de pastillas. Los han abierto y se han ido pasando de unos a otros el contenido.

—Mmmm... ¡Buenísimo! ¡Aquí hay de todo!

El grasiento se ha sentado encima de él. En pleno reparto del botín ha sonado una sirena de alarma y se han encontrado bajo un poderoso foco de luz azulada. Los asaltantes se han apartado de inmediato, y apenas él se ha repuesto, rodeado de los utensilios esparcidos en el suelo, ha llegado otra Guardia, los Conectores de Cornisas, con el uniforme color crudo y una vestimenta más similar a la de la Guardia Móvil que a la del Cuerpo de Subcamarlengos. Se le han acercado rápidamente, aunque con la calma añadida de quien controla la situación, seis hombres, el oficial con una vara de montar en la mano, los tres primeros con una especie de bates de béisbol de metro sesenta de largo y, algo separados, dos más apuntando a los visitantes con armas automáticas ultraligeras.

—¿Qué pasa aquí? —ha preguntado con una inmensa desgana el oficial.

Él se pone en pie imitando su pachorra.

—No soy el más indicado para responder.

El oficial se le acerca, pero no hace ningún gesto para ayudarlo.

—Da igual. La cámara lo ha grabado.

El grasiento y el leñoso se mantienen circunspectos a la expectativa. El segundo guardia se acerca a ellos.

—Ustedes, por favor, documentación.

Sacan los smartphones y algunas fotocopias arrugadas. El guardia lo examina mientras el oficial mira hacia otro lado.

—Debería tener más cuidado.

—¿Ah, sí? Para empezar, no sé por qué hago una cola tras otra.

—No es asunto nuestro.

El otro guardia se acerca al oficial con los papeles de los otros visitantes en la mano.

—Podríamos pasarlo a la sala de la tercera entrada.

—Imposible. Con su pase, el protocolo es estricto, y además a esta hora no hay acceso.

—En cualquier caso podríamos...

El oficial le corta y se dirige al visitante que ya ha recogido sus pertenencias del suelo y las ha guardado.

—No podemos llevárnoslo ahora. Pasará la noche aquí y mañana por la mañana vendremos a buscarle para aligerar el trámite. Antes de media mañana estará resuelto, no se preocupe.

—Si tengo que pasar aquí la noche, me voy.

—Uuuyy, ¡su excelencia se va! —dice el leñoso, lo suficientemente bajito como para no obligar a la Guardia a actuar.

El oficial sigue de cara al paisaje, como si quisiera evitar la más mínima empatía.

—No se puede ir. Su protocolo no lo permite.

—No pueden tenerme aquí tanto tiempo en estas condiciones.

—Podemos —le muestra el smartphone—. Cláusula y-2’236, particularizada para usted.

—¿Cómo se supone que debo pasar la noche?

—Como todo el mundo. Se sienta, pone la cabeza sobre sus cachivaches, y a dormir.

Los otros guardias hablan en voz alta con el leñoso y el grasiento, y él supone que los instruye para que no le ataquen de nuevo —pero, piensa, podrían estar diciéndoles cualquier cosa.

Es noche cerrada, los guardias se van, y todo cambia a medida que se alejan.

—Ya sabemos de qué se reía el señor risueño.

—¡Sí, se reía de ser un chupapollas de primera!

—¿Cómo se lo montará, sin que le defiendan los papás?

—Nos la tendrá que chupar a nosotros.

—Si la chupa bien, quizá lo protegeremos.

—Tendrá que chuparla muy bien para eso.

Él trata de desviar la mirada sin perderles de vista, esforzándose por parecer digno y seguro, aunque en la indecisión entre el resentimiento y el miedo. Mientras aquella gente no se mueva ni haga gesto de moverse, que digan lo que quieran. ¿Lo resistirá? A pesar del propósito, la charla le ofende y le aturde.

Tener que dormir en prevención continua, preparado para que te asalten en cualquier momento, al aire libre y con una temperatura no muy por encima de los cero grados le revuelve y se maldice por ello, de haber sido incapaz de preverlo. Le habían dicho: la entrada al Archicenotafio es incómoda y ardua, pero no lo imaginó hasta ese punto.

Incapaz de dormir, ha pasado la noche rebelándose contra la incomodidad, incomodándose más cada vez. Tenía de todo menos sueño y disposición para abandonarse a él, exasperado por el jaleo, los insultos, la camaradería excluyente y las risas de los vecinos de la cola, a la defensiva, contra el paso del tiempo, a contracorriente de las horas. Le dolía el pómulo del golpe recibido, y por la tensión se da cuenta de que se le ha hinchado el ojo, posiblemente amoratado. Ha vivido el alba como liberación, y al mismo tiempo como amenaza. Los visitantes han tardado en despertarse, y ahí han reanudado el grosero follón de gritos, insultos y eructos.

Se ha levantado cuando ya era de día, pero el sol aún no había aparecido, justo para darse cuenta de que estaba tan nublado que seguramente no lo apreciaría. Todo le dolía, la náusea y el sueño se le mezclaban en una pesadez luctuosa. No paraba de pensar: menos mal que pronto vendrán a por mí y se acabará este mal viaje.

Pero la mañana se desplegaba, algunos volvían al ensoñamiento y se volvían a dormir, y no aparecía ninguna autoridad competente para decirle nada ni nadie a quien reclamar, y dada la empatía desplegada no era cuestión de hacer peticiones a los cercanos, ya bastaba con que le dejaran tranquilo. Tampoco estaba garantizado, porque, ya salidos del sopor, el leñoso y el grasiento se han acordado de él y han vuelto a la carga.

—¡Qué! ¿No viene a por ti papá?

La cola avanzaba a un promedio de uno cada dos horas más o menos. El cálculo era si habiendo treinta delante cuando llegó, tardaría dos días y medio. No entendía por qué, tratándose de una simple reparación, le hacían pasar por todo eso. ¿No debería ser del interés de los gestores que un servicio técnico accediera cuanto antes a la solución del problema? ¿La dilación es deliberada? Si es así, ¿cómo

se supone que debe comportarse? ¿Cuál es el objetivo de ponerlo a prueba?

Alrededor del mediodía, un hombre de mediana edad ha aparecido con aires de milhombres y se ha dirigido hacia él, que ha tratado de no dar señales de reconocimiento porque ya no quería más conflictos, y también porque no le conocía de nada. El tipo se le ha encarado.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué tal te va? —como él no reaccionaba, ha abierto los brazos con una amplia sonrisa—. ¿No te acuerdas de mí?

—Bueno, ahora mismo...

—¡Sí, hombre! —ha gritado el leñoso—. ¡Es el que te estaba dando por el culo el otro día!

—¡Soy Muguete! Hicimos los cursos de doctorado —él le sonríe sin comprometerse—. ¿Esperas para la entrada? Yo también.

Uno de detrás deja la fila y se encara con ellos.

—¡Me importa un bledo el doctorado! ¡Hay un orden, eh, aquí! —apunta hacia atrás con el pulgar—. ¡Venga, a la cola!

Muguete se da la vuelta y con cara de no estar para bromas le apunta con el dedo.

—Estoy aquí desde hace rato. Será mejor que no se meta, o habrá problemas.

Parece capaz de dar amplio cumplimiento a la advertencia. Se planta en medio y se vuelve para mirar a los de delante y a los de atrás, y nadie dice nada salvo el grasiento, que no se puede contener.

—Papá no ha venido. El pichabrava debe ser el tío.

Siente una tranquilidad que encuentra injustificada y trata de moderarla, porque no recuerda de nada a este Muguete, ni el nombre, y no es que hayan pasado tantos años para haber envejecido y no reconocerlo. Visto como va todo, no descarta que vaya con intenciones capciosas a espiarle, a ponerlo a prueba quién sabe cómo y por qué, a robarle, incluso. O solo es un caradura que quiere colarse. Ya sería casualidad haber ido a elegirle a él precisamente. Pese a todo, siente que con la presencia de este individuo ha recuperado algo, y decide adelantársele.

—Así, dime, ¿qué te ha traído por aquí?

—Un registro notarial de oficio. Vengo de la agencia por una acción concreta, puntual, ¿eh?, ¡espero! —abre los brazos y se ríe de complicidad—, podríamos decir, para dejar constancia de unas gestiones —se quedan un momento en silencio y sonríen al mismo tiempo, pero alternativamente, cada uno aumentando la sonrisa a medida que ve que el otro lo hace—. Gestiones que no puedo explicar ahora.

—Claro, claro...

El resto de la cola no pierde detalle.

—¿Y qué tal tú?

—Ah, pues yo, algo similar, en realidad...

Se encoge de hombros, y Muguete le imita el gesto y levanta las cejas.

—En realidad no lo sabes del todo.

Se ríen.

—Digámoslo así, sí.

—Yo también desconozco los detalles. Ventajas de trabajar para la administración pública, ¡nunca te pedirán que lleves el trabajo a casa!

Se ríen sin ambages. Mira al leñoso. ¿Qué, ahora no te metes? El contraste entre la actitud de Muguete y la del resto de los visitantes le inquieta. Siente una pulsión vertiginosa hacia los límites.

—Puedo entender las precauciones y los protocolos, pero esta morosidad con quien venimos a prestar un servicio... —escruta a Muguete, le acecha esperando captar cualquier matiz ilustrativo, pero el otro le permite terminar el pensamiento—. ¡Y además, esta mala leche militar!

Se ríen.

—Militar, sí, es una buena definición. Liberémonos de los cretinos que confunden la mala leche con la inteligencia. Los efectos de la mala leche suelen coincidir al dedillo con los de la estupidez profunda.

—Nosotros lo sufrimos. Pero ¿ellos? ¿Qué sentido tiene que tropiecen ellos mismos en puntos donde deberían ser los más interesados en la eficacia?

—Ya ves, las cosas son como son.

Se quedan mirándose.

—¿No hay manera de abreviar los trámites?

Muguete se muestra ensimismado.

—Pensaba que tú lo dominarías mejor.

—¡Yo! Si me ha tocado dormir aquí, en medio de toda esta...

Se ríen.

—Parecemos esos sabios que iban recogiendo hierbas del suelo.

—Pero al revés.

Muguete pierde la brillantez que creía percibir. O tal vez sea la trampa suprema, la prueba de fuerza o de confianza, dos valores ahora mismo al borde del abismo. Trata de no mirarlo fijamente —¿quién es este Muguete?

—Habrá que seguir confiando en los caprichos del destino —dice el agente notarial.

—O del azar, porque no sabes de qué depende nada.

Inesperadamente, la cola avanza siete u ocho personas de golpe. Una vez reubicados, Muguete vuelve a mirarlo, con una sonrisa que al otro le parece paternalista.

—¿De veras no te acuerdas de mí?

Lo ha pillado desprevenido, habiendo ideado ya qué tipo es y qué

relación tendrán.

—Lo siento, debes pensar que soy un desconsiderado, o un burro que no se fija.

—No pienso nada de eso, qué va, pero, si es así, déjame darte un consejo: no confíes en desconocidos. Soy quien digo que soy, y te conozco, pero otros te pueden meter en un lío.

Abre los brazos.

—Por supuesto que eres quien eres, ¡pero aparte de eso en quien tengo que confiar! Ayer los Conectores de Cornisas me dijeron que a primera hora vendrían a por mí, y ya ha pasado mediodía y mira dónde estoy.

—Pronto se arreglará, no te desesperes.

La cola ha dejado de avanzar y así pasan más de dos horas. Muguete le habla de gente del pasado que él no recuerda, y siente una extraña alegría cuando finalmente aparece en la conversación un conocido común. Le parece sospechoso haber llegado ahí después de tantas vueltas, y al mismo tiempo tranquilizador, porque si le hubieran enviado a este tipo para ponerlo a prueba, le habrían informado mejor sobre su vida. O tal vez esta era la prueba, ver hasta dónde es capaz de sostener una situación al margen de los hechos, hasta qué punto abdica de los desconocimientos y la lógica para obtener un beneficio incierto. Si es capaz de confundir el sentido común con la estrategia. O bien ha sido evaluada su capacidad de estrategia, no de simple adaptación o acato. Entonces, ¿he pasado la prueba? Se siente en falso, y al mismo tiempo siente que no hay quien le fiscalice de veras. ¿Se supone que debe extraer información sobre el contenido del contrato profesional del que ha sido objeto? Si es así, ¿los gestores del Archicenotafio no asumen un riesgo innecesario?

Intenta dilucidar si puede tomar como medida objetiva del propio riesgo sus sentimientos sobre este individuo, si la idea de pensar si es víctima de una especie de síndrome de Estocolmo no es en sí misma reveladora. Decide ir un paso más allá.

—Poco a poco me voy acordando de ti.

El otro parece sinceramente satisfecho, incluso tímidamente halagado.

—¡Perfecto! ¿Tienes en mente esa salida que hicimos a la reforma de los viñedos de Marta la chica?

—¡Desde luego! ¡Y terminamos bebiendo más de la cuenta! ¿Recuerdas, a nuestro regreso, entre tú y Traumell, con Troila Fontdemara?

Muguete se ríe a mandíbula batiente.

—¡Calla, calla!...

Un grupo de Conectores de Cornisas llega con papeles y cuantificadores electrónicos en la mano, y se dirigen al primero de la

cola. Todas las conversaciones se interrumpen para no perderse detalle de lo que sucede.

—Corredor 27, Puerta A9 —dice el oficial Conector al primer visitante.

Los conectores van pasando uno por uno y los mandan cada uno a una entrada. Le parece que van excepcionalmente rápido. Al leñoso le envían al pabellón de planta pentagonal, a los que están en medio los hacen continuar en la cola, y a él le llega el turno mucho más rápido de lo que creía. El oficial, seco, adusto, robusto, es hombre de pocas palabras.

—Localizador Jmb-0'6180, Corredor 14, Subcorredor Φ, Puerta Φ 5.

Se espera que se ocupen de Muguete, por si acaso van juntos, pero el destino del agente notarial es otro, y una vez finalizado el trámite les toca separarse.

—Tal vez nos volvamos a ver dentro.

—Tal vez. Ha sido un placer haberte reencontrado.

—Para mí también. Ya tengo tu número. Si no nos vemos por azar, te llamaré para acabar de recordar viejos tiempos.

Encara el corredor central, se vuelve hacia los pares y constata que le espera una buena caminata, porque los subpasillos van en orden inverso: 144, 142, 140... Entre uno y otro hay casi cien metros, así que ojalá que encontrara una bicicleta.

El subpasillo de los pares, en realidad de los pares sureste, situado de acuerdo con los lindes entre el este-noreste y el suroeste (cosa que sugiere una estructura pentagonal de subpasillos principales en el Archicenotafio), transcurre casi recto a través de una estructura cada vez más historiada de pozas y bancales modificados, con cornisas que permiten la entrada a dependencias semisubterráneas, y al mismo tiempo privan la visión de los términos sucesivamente lejanos. A medida que avanza, aparece una niebla más espesa cuanto más lejos, el terreno se escarpa y las entradas porticadas adquieren más importancia visual y entidad arquitectónica, hasta adquirir carácter de propileos.

El trasiego de gente proporciona poca información sobre las actividades del Archicenotafio. Individuos solos de diversa extracción, pelotones de guardias para él desconocidos, en grados informales de formación la mayoría, algunos con poses poco amistosas, otros riendo y armando jaleo, ostensiblemente borrachos, algunos alineados marcando militarmente el paso, sin desviarse del trazo recto. Frente a ellos todo el mundo se aparta, o ya desde lejos se sitúan en posición de no tener que hacerlo.

Poco a poco, la niebla se convierte en una nube negruzca que impide la visión más allá de unos novecientos metros, infunde un aire

grave y de gran expectativa resistente a revelarse, inquietante por lo que podrían ser las razones de tal resistencia.

Llega al Sub-subpasillo 14, desde donde salen en estructura de árbol consecutivos Sub-sub-subpasillos ordenados según las letras del alfabeto griego, algunas reiteradas, el ΛΛ, el Ξ Ξ, el ΣΣ. El Φ lo lleva, retrocediendo desde el cruce, a una vasta explanada con vallas transportables que ordenan en grandes eses abigarradas una cola de unas (en un cálculo a simple vista) quinientas personas, todas por la Puerta Φ 5, y ni una en las otras, de la 1 a la 4 y de la 6 a la 9, cerradas a cal y canto. Pide turno para asegurarse de que el último es el último, y se sitúa detrás. El mediodía ya pasó, no aprecia medios para ahorrarse la nueva cola, está muerto de hambre, sueño y cansancio, y se desespera.

Esta gente parece más civilizada que la de la espera anterior, más normal, piensa, pese a que la idea de normalidad ya tiene una carga resistente a objetivaciones según una realidad dudosa por otra parte. Las conversaciones entre los visitantes son asépticamente amables. No está cerca para oír bien; le parece que los más cercanos hablan de la política de suministros, del clima y las reservas de agua.

Se pone de espaldas a la progresión de la fila, y se pregunta si sería capaz de dormir de pie como los caballos. De repente hay un revuelo entre la gente que le hace darse la vuelta frente a un hecho que todo el mundo encuentra excepcional: una ventolera ha disipado la niebla y por encima de él, a unos setecientos metros en dirección al centro, aparece una imponente torre cupulada, regularmente rodeada de otras más pequeñas.

—¡Eso sí que nunca sucede! El registro de la niebla superado —dice uno.

—Un mal presagio sin duda —dice otro.

—Al contrario, una excelente señal —dice un tercero.

Aprovechando el hecho de que nadie parece hostil a su presencia, y que todos están situados en la forma que propicia una conversación abierta, pregunta:

—¿Qué tiene de extraño? La niebla va y viene.

Los dos que están a su lado se miran con una sonrisa, y se dirigen a él paternales.

—Esta niebla no va y viene. La hace con una mezcla de láminas de cobre y glicerina líquida la intendencia del edificio para evitar que se vea el Archicenotafio.

Contemplan la Torre desasosegadoramente alta. Algunos tratan de tomar fotos con los smartphones, pero los inhibidores visuales y las restricciones de ondas operan plenamente, incluso sobre los aparatos más potentes —se entiende la ausencia de imágenes. El sistema solo permite grabar sonidos. En algunos individuos se entrevén síntomas

de histeria adoradora.

—Debe de haber una avería, o un problema de suministro energético, porque aquí tenemos el Archicenotafio.

Se quedan mirando la enorme edificación rojiza, seguramente de pórfido, con un volumen central que sobresale con fuerza, y cinco torres-cúpula más pequeñas alrededor, de una proporción similar a la grande, todas ellas circunvaladas por galerías de aberturas porticadas en los cambios importantes de curvatura, en otros puntos simples series de ventanas que por el tamaño proporcionan la escala visual; en otras, balconadas, algunas suspendidas vertiginosamente en voladizo, todo armónico y calculado, con algún detalle irregular que, paradójicamente, acentúa su contundencia formal. El perímetro de la Torre grande puede considerarse circular en su conjunto, aunque hay secciones rectas regularmente distribuidas, de una extensión igual o similar a las curvas, por lo que la planta es un polígono —¿decágono?, ¿dodecágono?— con los ángulos ampliamente redondeados, más que una circunferencia biselada, ya que las secciones rectas comienzan desde las curvas siguiendo la tangente, y no se aprecian bordes en las uniones entre unas y otras.

Desde la distancia le parece difícil evaluar si la retórica heterodoxamente neoclásica es profundamente hortera o inquietantemente noble y primigenia, anterior a los estilos y a las formas modélicas. Un visitante mayor que los demás, a quien todos escuchan con deferencia, dice:

—Esta torre no es el Archicenotafio propiamente dicho, sino una de las piezas laterales, la sureste. El conjunto es en planta un pentágono, y esta parte no es más que una de las cinco torres de los vértices. Hay cuatro iguales más, la suroeste, la oeste-noroeste, la norte y la este-noreste, y todavía cinco en las intersecciones de los brazos del pentágono estrellado interior, y una en el centro, el Archicenotafio propiamente dicho. Estas primeras cinco son rojas y de 720 metros de altura, las del siguiente anillo, negras, y se dice que miden 960, y según algunos la central, la blanca, 1200 metros, pero es un cálculo por analogía aritmética a partir de las dos series anteriores. Basados en diferentes hipótesis simbólicas, otros iniciados dicen que mide 1440, lo que conduciría a una revisión al alza de la altura de las Torres Negras; algunos de escuelas más radicales, que alcanza los 2016.

Se mantienen contemplando con respeto el edificio. Algunos con aprensión. Hay lágrimas, gemidos de alegría histeroide. Le despierta un atractivo amenazador, mareante. La niebla permite ver el monstruo cada vez con más nitidez, pero se vuelve más espesa y oscura detrás de él. Se siente como el grupo de escaladores reunidos por azar al pie

del Everest, unidos por la expectativa común, conscientes de que muy pocos están llamados a realizarla. A realizar qué, esa es la cuestión. Para empezar, que lo que ven no es la cumbre deseada, sino uno de sus hermanos menores. Mira la multitud. ¿Qué ha venido a hacer toda esta gente, qué esperan? Otro visitante dice:

—Con un poco de suerte, si el viento continúa veremos todo el edificio.

El más mayor dice:

—Han dejado que la niebla se disipe y de forma controlada, no se hagan ilusiones, no veremos ni un ladrillo más que esto que tenemos delante.

Él se anima a preguntar:

—Entonces, ¿por qué lo han hecho?

—Para mantener la intriga, y con la intriga la dependencia emocional, se debe permitir un indicio de vez en cuando, para que no decaiga la reverencia y la ilusión de descifrar el enigma. Ilusión inútil, por supuesto.

Insiste:

—Siendo el edificio tal como lo ha descrito, ya estamos viendo el Archicenotafio, aunque parcialmente.

Otro dice:

—En rigor, ya estamos dentro. Si tiene una estructura fractal, la torre que vemos...

—Vuelve la niebla, pronto dejaremos de verla...

El de más edad dice:

—Esta se parece mucho a todo el conjunto, aunque simplificado, y si se fijan en las torres adyacentes verán que a su alrededor también tienen un anillo con cinco torres más pequeñas, formando otro pentágono. Algunos dicen que los lados de los pentágonos sucesivos, al igual que con los lados de sus estrellados, mantienen proporciones áureas entre ellos, y cuando eso no es posible, se saltan un elemento de la serie para que el conjunto permanezca numéricamente unitario.

—No entiendo nada.

—Da igual.

La niebla avanza y la visión se desvanece lentamente. El de más edad continúa:

—Tal vez realmente dé igual, porque todo esto puede no tener ninguna importancia. Hay una polémica sobre a qué se puede llamar en propiedad Archicenotafio. Algunos sostienen que no es ni la Torre Central, de hecho un puro envoltorio, como la torre que ahora nos han dejado ver, que el Archicenotafio es el mecanismo del interior.

Sube entre la gente una especie de clamor que le desagrada profundamente porque más allá del lamento por el final de la contemplación ve un germen de protesta fútil. No es momento de

desórdenes públicos, no está para más riesgos. El visitante viejo sigue explicando que todas las torres mantienen la misma proporción desde el punto en el que emergen de la fábrica del edificio, y que reducidas a diferentes escalas se verían todas iguales, aunque en diferentes colores. No todo el mundo escucha. La visión fluctuante ha distribuido una variedad meditadora. Se quedan solos el sabio de edad provecta y él. Le dice:

—¿Cómo sabe tanto sobre el edificio? Circulan tantas versiones que es difícil imaginar cuál es la buena.

—No es una buena pregunta. Es como preguntarle a un delincuente si las alegaciones de inocencia son ciertas. O como si yo le preguntara qué ha venido a hacer aquí.

Se encoge de hombros.

—No veo el problema. La respuesta tiene dos partes: primera, he venido a hacer una reparación a petición del departamento de intendencia del Archicenotafio, y segunda, no he logrado descubrir en qué consiste la reparación.

—Yo de usted no lo iría contando. No sabe quién soy.

—Tampoco sé en qué podría perjudicarme. No es secreto de Estado, ni compromete a nadie.

—Justamente, no lo sabe.

La niebla ha hecho desaparecer por completo la torre. La mezcla de inquietud y cansancio le empuja a bajar la guardia.

—Por no saber, ni siquiera sé por qué me hacen pasar por todos los protocolos de control siendo ellos los que han pedido mis servicios.

El viejo extiende la mano.

—Permítame el smartphone.

Él lo saca, va a dárselo pero se arrepiente cuando el tipo está a punto de cogerlo.

—¿Primero me aconseja que no confíe en nadie y ahora quiere ver mi acreditación?

—Como quiera. Conozco algunos códigos, y podría ayudarle a abreviar el trámite —se ríen—. Sí, yo de usted pensaría, ¿y por qué este listo no abrevia el suyo?, ¿qué hace en la misma cola que yo? Pues porque yo no soy un convocado, sino un solicitante.

—No se ofenda, pero no le mostraré la acreditación virtual.

—Lo entiendo. Yo haría lo mismo. Sin embargo, si me permite, si tiene un código J o un código P, le basta con llamar a los Contracamarlengos con el código 2138 para que vengan a buscarlo.

—¿En serio? Y a lo mejor aparece la Guardia Móvil y me arranca la cabeza.

El viejo se ríe.

—Podría pasar. O tal vez han decidido exasperarlo con distracciones hasta que se anime a intentarlo, hasta lograr que a usted

le parezca que vale la pena arriesgarse.

Se miran con cierta voracidad amable.

—¿Por qué lo harían? Son ellos los que me contratan, ¿por qué deberían entorpecer su servicio?

—Ponderar la desconfianza, he aquí una ardua experiencia de aprendizaje, siempre a riesgo de dejar oportunidades, de perder conocimiento.

Se miran. Él se da cuenta de que el otro ha abandonado su turno en la cola, y no recuerda de dónde ha venido, o ni siquiera se había dado cuenta. Le dice:

—Usted tampoco sabe quién soy yo —se ríen—. No parece que le importe este riesgo. Ni, en todo caso, que en ello se haya dejado muchas oportunidades de conocimiento.

—Usted querría que le dijera «esta noche estaremos dentro del Archicenotafio» —se ríe—. Ya no puedo ayudarle más, lo siento. Todo es decisión suya. Ha sido un placer —le da la mano—. Soy el Doctor Zapruder.

—Encantado —dice él, y se mantiene a la expectativa.

—No se preocupe, no le pediré su nombre ni le juzgaré por no querer decírmelo. Y ahora, si me lo permite, volveré a mi lugar en la cola.

Se va más adelante. Mucho más adelante, tanto que él piensa qué ha ido a hacer tan lejos de donde le corresponde. No tiene forma de saber hasta dónde ha avanzado —lo ha perdido de vista. Todo vuelve a la normalidad anterior, que, a su juicio, de normal no tiene mucho, ya es gracioso en todo esto cómo por contraste terminamos aceptando cosas que en otro momento nos parecerían disparates. Ve pasar hileras de indigentes, o tan solo tipos de otros estratos homínidos, reos de una gestualidad incomprensible, vestidos de maneras grotescas. Los protectores están tan desprotegidos como los protegidos, todos son iguales, sufrientes desnutridos, heridos, desahuciados, vulnerables habitantes de la antesala de la muerte. Los extremos se tocan. Nadie tan peligroso como el que no tiene nada que perder, tanto como el que puede perderlo todo. La desesperación lo iguala todo —en el extremo, la ferocidad aún más peligrosa de las hembras con crías, irreductibles a la hora de defenderlas. Piensa si el doctor no tiene parte de razón, si no se excede de susceptible, aunque el dolor del pómulo le recuerda que tal vez ya está bien donde está. Pero ¿dónde está el límite?

Saca el smartphone, busca la aplicación Contracamarlengos y marca el 2138. Cierra y guarda, y se queda como si se hubiera tomado un veneno y esperara su efecto.

No pasa nada, solo un grupo de jóvenes con uniforme de una cadena de supermercados, con bandejas colgadas del cuello con correas, vendiendo galletas, chocolate, barras energéticas y bebidas

sospechosas a un precio abusivo, pero como tiene el estómago en los pies, cuando llega por fin el vendedorzuelo de piel agrisada compra una bolsa de cada, y un brebaje isotónico que le sabe a poco —cuando se echa a beber se da cuenta de la gran sed que tenía.

Todavía limpiándose como puede de la boca la pasta reseca, sin haber advertido el acercamiento, es abordado por detrás por un oficial Contracamarlengo y dos guardias. El oficial, el más adusto y perentorio de todos los tratados hasta ahora, lo conmina sin ambages.

—Localizador Jmb-0'6180, haga el favor de identificarse.

Saca el smartphone y lo enciende con la huella digital, y luego lo hace con el dispositivo que le presenta uno de los soldados. Sin más, le invitan a acompañarles, y el traslado no se hace con la informalidad del anterior con los Conectores de Cornisas, sino que el oficial va delante, y él dos pasos atrás entre los dos guardias.

En medio de una niebla cada vez más espesa, a propósito de la cual él no puede evitar pensar en el artificio malsano y la intención más malsana todavía con la que está urdida, se adentran en dirección a lo que siguiendo el sentido de orientación debe ser el lateral izquierdo de la torre contemplada un rato antes. A ambos lados van dejando atrás galerías porticadas cada vez más monumentales, y también más lóbregas, algunas medio en ruinas, otras cargadas de andamios, en obras de limpieza o restauración, o de ampliación, aunque sin obreros a la vista. Trata de fijarse. Depende de lo que le pidan puede serle útil haber detectado alguna peculiaridad estructural, pero los Contracamarlengos andan cada vez más rápido, acaso habiendo advertido su pulsión analítica. No quieren darle tiempo para la arqueología de etapas intermedias. El pavimento cambia a menudo, y de los adoquines iniciales han pasado por unos adobes suaves muy estropeados a un empedrado que por el desgaste y el tamaño de las piezas parece muy antiguo.

Para no agobiarse busca distracción en un juego interior, apostando consigo mismo por qué edificio entrarán, en estos porches de pórfido, bajo estos andamios entre pórticos, en aquel de piedra desennoblecida a base de anuncios luminosos. Se autopromete castigos y recompensas de mal pago. Se detienen en un pabellón antiguo y curiosamente bien conservado, con una pérgola encañada en el atrio. Mientras entra el oficial, le hacen esperar en la puerta entre los dos guardias, contra la pared ocupada por otros visitantes, taciturnos, ariscos por igual, como siguiendo una consigna luctuosa.

Se entretiene en contemplar cómo visten los Contracamarlengos. El uniforme presenta una inusual mezcla de campaña y protocolo, apto para entrar en combate pero también pensado para no incomodar en un salón, en una ceremonia, en una celebración. De cáñamo blanco, con los adornos, los cuellos y los puños negros, o casi negros, de un

gris muy oscuro tirando tal vez a verdoso, o tal vez es esta luz. Las armas y el calzado son del mismo negro, y llevan una cinta en la cabeza que evoca un quién sabe qué de corona. Le parece el más elegante de todos —se le ocurre si será el más antiguo.

El oficial sale y le dice:

—Pase a la salita Q, y le llamarán.

Recorre un pasillo mal iluminado, con puertas marcadas sin orden aparente: 88, YHK, F5, lo cual le obliga a no pasarse ninguna. La Q está entre la MM09 y la 43. Entra, y hay tres individuos sentados charlando tan absortos que ni le saludan. Es un saloncito cuadrado, con catorce sillas contra las paredes y una mesa con manualidades como para críos.

—Toda esta paranoia —dice uno de los tipos— es por miedo a atentados.

—Es peor el remedio que la enfermedad —dice el segundo—. El gasto en seguridad multiplica por mil las pérdidas de un atentado al mes.

—No estoy seguro —dice el tercero.

—Depende del atentado —dice el segundo.

—Nunca lo calibrarán. La cuantificación del gasto no está unificada —dice el primero.

—No es solo la paranoia de los atentados, también es el tráfico de privilegios de acceso —dice el tercero.

—Y porque alguien habrá relacionado una cosa con la otra —dice el segundo.

—Paranoia multiplicada por paranoia... —dice el tercero, y sonríen.

—Igual a superparanoia —dice el primero.

Se ríen y le miran entre las brasas de la sonrisa, él no sabe si con hostilidad, con suspicacia o, tal vez, invitándolo a participar.

El tercero dice:

—Siempre pienso: ¡que no se me pegue!

El segundo dice:

—Yo lo mismo, ¡si tengo que volverme loco, mejor con mi locura, no con la de idiotas que no sé ni quiénes son!

El primero dice:

—A veces pienso si todo esto no ha pasado ya, si no somos todos esto que tanto nos gusta decir que no sabemos qué es.

El tercero dice:

—Yo lo tengo claro, yo todavía distingo. ¡A mí todavía no!

El primero dice:

—¡Me gustó ese «todavía»!

El segundo dice:

—Tal vez ni la voluntad de no participar participa.

El primero dice:

—¡O sea sí, participa!

El tercero dice:

—Si participa y no nos damos cuenta, ¿cómo sabremos la diferencia?

El segundo dice:

—La diferencia es que estamos aquí, ¿no? Emparanoyados como una cosa mala.

Se ríen. Entra un Guardia del Cuerpo de Contracamarlengos.

—¿Localizador Jmb-0'6180?

Se levanta.

—Yo mismo.

—Venga conmigo, por favor.

—Muchas gracias.

Salen por otra puerta, y por un nuevo pasillo y una escalera monumental acceden a un despacho profundo con algunos individuos trabajando al fondo, y un funcionario tecleando en un ordenador sentado de lado en una mesa articulada.

—Señor supervisor, Jmb-0'6180 ha llegado.

—Siéntese, por favor —dice el funcionario.

Él se sienta en uno de los dos asientos del otro lado de la mesa. El Guardia sale, el supervisor se queda allí unos minutos más, vuelve la silla y se dirige a él.

—Bienvenido —parece nervioso—, en fin, por el momento... —agita unos papeles y teclea en otro ordenador de espaldas al visitante —, usted ya debería estar operativo para su solicitud, pero aquí aparecen un par de denuncias.

Lo deja en el aire y le mira interrogante, más con aspecto de excusa que inquisidor, como si esperara respuesta.

—¿Denuncias? ¿A mí? ¿De qué?

—Mmm..., veamos..., resolución pendiente, aquí hay una señal de restricción. Un individuo que se llama Trufí Macalgós le acusa de tráfico de privilegios de entrada.

—¿Trufí qué? No le conozco.

El supervisor vuelve la pantalla del ordenador y le muestra la foto del leñoso de la primera cola. Se queda en suspenso, y el funcionario levanta las cejas.

—Ya lo veo, sí que le conoce.

—Le conozco, le conozco, qué quiere que le diga, ayer le vi por primera vez en la cola de entrada, este individuo me pareció...

Se detiene.

—¿Qué? No se corte, no importa. ¿Un desconocido?

—Desconocido sí, por supuesto.

—Pero ahora desconocido ya no lo es, ¿no?

—No sé qué decirle.

—¿Un intruso? ¿Un insolvente? —pone cara de oler porquería—. ¿Inoportuno? ¿Agresivo? ¿Insolente?

—¿A usted qué le parece?

El funcionario se ríe, nervioso.

—A mí no me parece nada. En casos similares es lo que suelen decir los acusados.

—¿Estoy acusado?

—No, no, de ninguna manera. Al menos por el momento. Entonces, ¿qué le parece? ¿Interferido? ¿Desaprensivo?

—Tal vez sí.

—¿Sí qué?

—Un poco de todo eso.

—¿Considera que ha practicado tráfico de privilegios de entrada?

—Considero que no —se quedan en silencio, mirándose, esperando —. Y si lo hubiera hecho, debo de ser muy inútil, porque hace más de veinticuatro horas que estoy aquí y mire hasta dónde he llegado.

El funcionario levanta el dedo y las cejas a la vez.

—Cuentan intenciones, no resultados. Mire, dada la falta de antecedentes podríamos pasarlo por alto, siempre bajo una marca de vigilancia, pero hay un par de cosas más, veamos..., aquí, una marca previa de atención..., hace tres años usted declaró, mmmm..., aquí está: «El racismo, la codicia egótica de Occidente propiciará que los dirigentes sean objetivos de los grandes atentados, cuando los revolucionarios necesiten difusión y propaganda por una justa causa», mmm..., veamos: «Por diez mil negros asesinados no abre la boca ni se mueve ni Dios, pero tres blancos son portada de todas las noticias. La distinción publicitaria es obligada.»

Se para y le mira con cara de «¿qué dices a eso?».

—Ahora mismo no lo recuerdo, pero lo subscribiría.

—Aquí hay otra de otro estilo: «Antes decían: “sigue a tu corazón”; ahora dicen: “no pienses con la polla”.»

—No veo por qué tiene que ser una traba para entrar. No he cometido ningún delito, solo expresé opiniones.

—Y no representa ningún impedimento, es cierto. Aparte del que he expuesto antes, el impedimento viene de una denuncia puesta por una instancia administrativa, y la acumulación ha generado una restricción en su expediente de acceso.

—¿Una denuncia ante quién? Si hay un trámite administrativo en marcha, se ha de poder dilucidar y resolver, ¿no? Hay tribunales. Si me denuncian me tengo que poder defender.

—El problema es que la instancia que tramita su denuncia es un EANO..., que quiere decir... Ente Autónomo No Ubicado. Usted no puede acceder.

—Vamos a ver. ¿Ellos admiten a trámite una denuncia no se sabe de quién y bloquean mis accesos civiles, y yo no puedo acceder a ellos para resolverlo?

—Esto mismo, sí. Es así.

—¿Entonces qué? ¿Dónde estamos? ¿Cómo lo compenso, autoacusándome?

El funcionario se pasa la mano por la cabeza.

—A ver cómo lo solucionamos. Exactamente, ¿cuál es su cometido en la institución?

—Exactamente-exactamente, no lo sé.

El funcionario abre los ojos de par en par, echa la cabeza hacia atrás y le muestra las manos abiertas.

—¡No lo sabe!

—Qué quiere que le diga. Soy un experto en ingeniería distópica de sistemas integrados, y he sido contratado en virtud de tal condición.

Busca el mensaje en el smartphone, y le muestra los códigos y el texto protocolario. El otro le mira con una cara que no sabe si es de incredulidad o de ignorancia total.

—Sí, esto es lo que nos consta, pero este departamento es un mero registro de seguridad.

—Pues transfiérame el acceso a un departamento competente.

—No es posible. Con esta documentación... ¿No tiene nada más?

—No.

—O sea: en rigor, no sabe con qué se va a encontrar aquí —se frota la barbilla con una sutil complacencia—. Si consigue entrar, claro —se le queda mirando—. ¿No le parece extraño?

—Desde luego, extrañísimo. ¿Y qué? ¿Me doy la vuelta y me largo?

—Llegado hasta aquí con este protocolo, no puede. De la manera que sea se tiene que resolver.

Un segundo funcionario se levanta desde el fondo y cuando pasa por detrás camino de la puerta le suelta:

—Yo de usted andaría con ojo que alguien no intente resolverlo liquidándole.

Sale, y el otro se ríe.

—No le haga caso, es muy bromista. A pesar de que... —pone cara de payaso—, sería una solución, ¡sí!

Se ríe, y él no le acompaña. Se impacienta —no le parece útil mostrarlo. Incluso lo ve potencialmente peligroso.

—¿Así, qué? Le recuerdo que alguna instancia del Archicenotafio...

El supervisor le interrumpe.

—¡¡Shhhhh!! Aquí no se pronuncia este nombre. Lo llamamos la «Madre Casa» si queremos decir la institución, y la «Cáscara» para el edificio en sí con objetos y aparatos.

Él se queda de piedra.

—Es que no sé si estoy aquí por la Madre Casa o por la Cáscara.

El funcionario niega con la cabeza, disgustado.

—Si no fuera porque... En casos generales, antes se decía «Isla de los Muertos», así que supongo que servirá.

Él resopla.

—Bien, pues en la Isla de los Muertos me están esperando, y depende de lo que se trate no quiero que me penalicen la retribución atribuyéndome un retraso que no habrá sido culpa mía. Haga el favor de hacer algo. No estoy dispuesto a envejecer detrás de sus trabas.

—Con lo que tenemos ahora mismo, no puedo hacer nada. Haré una petición de recurso de alzada, y se tendrá que esperar a que se resuelva.

—¿Cómo que me tendré que esperar? ¿Hasta cuándo?

—No le puedo decir. En el mejor de los casos, una semana, pero podrían ser dos, tres. Quién sabe, un mes o dos.

Él se levanta.

—¡Se han vuelto locos!

El supervisor le sonríe.

—A algo más de cien metros de aquí hay unos alojamientos especiales para casos como el suyo a un precio bastante razonable. Incluso ha habido visitantes que cuando se ha resuelto su contencioso les ha sabido mal tenerlos que dejar. Si quiere lo miro..., a veces es difícil, siempre están llenos.

—¡Lo que me faltaba! ¡Ir a parar a una mierda de lista de espera de un alojamiento de mierda para esperar a que se resuelva... qué!

—Modere su lenguaje, no se me ponga nervioso. No le servirá de nada.

—¡Que no me ponga nervioso!

—Su actitud es poco colaborativa. No me obligue a llamar a la Guardia.

Él lo señala con el dedo y se le acerca a un palmo.

—¡Llame a quien quiera, y acabemos con esta payasada!

El funcionario mira atrás, se rasca, frunce los morros, levanta las cejas, vuelve a mirar los expedientes, teclea el ordenador.

—Con algún detalle más, podríamos encontrar un código para aligerar el protocolo —le mira como si acabara de tener una idea brillante—. Esto de la lista... Me tendría que explicar las peripecias más notables de los últimos años de su vida..., no sé, cualquier cosa de la que pudiéramos tirar de un hilo que nos llevara...

Le interrumpe.

—¡Lo dice en serio! ¿Cree usted que estaré horas confesándome esperando qué me va a sacar para perdonarme la vida?

—No sé cómo lo aprecia, señor, pero intento ayudarle. Le advierto

que en el estricto ejercicio de mis funciones no estoy obligado, y si me limito a desestimar su petición y lo entrego a la Guardia de Contracamarlengos, la normativa me ampara al cien por cien.

Él se aleja unos pasos y vuelve a abordarle.

—Haga lo que crea conveniente, pero yo de usted no me arriesgaría a sabotear una iniciativa de su mismísima institución, y frustrar un protocolo por el cual después exigirán responsabilidades, no le quepa la menor duda.

El funcionario se levanta y mira atrás como para pedir socorro a los colegas, pero están en la otra punta de la sala absortos en sus asuntos.

—No sé qué puedo hacer.

Se sienta, da la vuelta a la pantalla y le muestra el remitente de la solicitud.

—Avise al emisor.

—¿Quien?

—El prescriptor, el comitente, el polaco, el chorizo, como lo quiera llamar.

—No puedo.

—¿No puede o no quiere?

—No puedo. El protocolo digital no me lo permite.

—Pues llámelo por teléfono, o vaya a buscarlo.

—Ni tengo el teléfono ni sé dónde está. De hecho —se encoge de hombros—, no sé ni quién es. Tanto podría ser un encargado de sección de segunda como el Camarlengo Jefe en persona. Y aunque lo supiera, está expresamente prohibido ejecutar en persona gestiones colapsadas en red.

—Pues avise a su superior. ¿También lo tiene prohibido? O colapsado, como prefiera.

—En el ejercicio presente ya he llegado a mi cuota de solicitud de socorro.

—¡A mí qué me cuenta! ¡Qué me importa su cuota!

—No lo haré. Me arriesgo a una sanción por persistir en la incapacidad. Le vuelvo a advertir que si persiste en desconsiderar a mi persona, tengo todo el derecho y recursos para acabar el trámite de una forma que no la apreciará como un resultado favorable.

Él ya no sabe qué decir. Se levanta, va de acá para allá como la fiera enjaulada.

—¡Muchas gracias, señor! ¡Usted tiene la sartén por el mango, cagada total!

El supervisor le amenaza con el dedo.

—¡Le aseguro que hay dependencias de estancia mucho menos agradables que los albergues de visitantes! ¡Muuuuucho menos!

Él se queda mirando un poema pretendidamente caligrafiado a la

antigua, en un pergamino enmarcado en la pared.

En un país de moros
suspiraba cautiva
una dama muy bella,
toda de rojo y blanco,
los cabellos muy negros,
toda de sol y luna.

¡Quién tuviera valor
de jugarse el honor,
el futuro y la vida
por la bárbara gracia
de transformar por otra
tan triste esclavitud!

Otro lo interpretaría como una señal, pero él... ¿Qué es esto? ¿Para burlarse de los visitantes? Se vuelve hacia el supervisor y añade una sonrisa.

—¿Y si cambiamos el paradigma? Pasamos de «yo soy el solicitante» a «yo pongo las normas».

El funcionario se ha puesto a teclear de nuevo.

—No se admiten cambios de paradigma.

—¿Ni con un portal previo que diga, no sé, por ejemplo «cambiará el sentido del humor cuando cambie el color del escroto del supervisor»?

Se quedan mirándose. Él se siente portador de un recuerdo ajeno, de una cálida oleada de destrucción que le sube por las vísceras como un respiro transferido. Deja que los absurdos se impongan —que poco a poco se transformen en devenires.

—Señor, debe de ser de los que creen que solo estoy aquí para entorpecerle y hacerle la pascua con imposibles, pero le aseguro que soy tan víctima de las normas como usted.

—Tanto, lo dudo mucho. Si quiere limpiar su karma, invíteme a su casa —se arrepiente sobre la marcha—. Olvídelo, aún me haría dormir con el perro.

El supervisor le mira, muy ofendido.

—Yo no tengo perro.

Entran dos oficiales Contracamarlengos y van derechos hacia la mesa.

—Localizador Jmb-0’6180, tenga la bondad de acompañarnos.

El supervisor se interpone.

—Disculpen, estamos en medio de un trámite de acceso.

—Discúlpenos usted. Después de nueve intentos fallidos de

inicialización del protocolo de un localizador, la Guardia de acceso interesa que un problema rebasa la capacidad de esta supervisión, y debe intervenir.

El funcionario se encoge de hombros.

—Me tienen que firmar...

—No le tenemos que firmar nada —el oficial saca el smartphone, teclea, en el ordenador de la mesa suena un dring y el oficial lo señala —. ¿Le parece suficiente?

El supervisor mira la pantalla y reprime un gesto de gran sorpresa, casi defensivo, mira a los oficiales con los ojos muy abiertos, y después a él, fugazmente.

—Sí, está claro... si lo hubiera sabido...

Él sale entre los dos oficiales, y no puede dejar de preguntar.

—¿Por qué no han intervenido antes? —como no hacen gesto ni de haberle oído, insiste—. Espero no parecerles inconveniente, pero me gustaría saber qué le han mandado al funcionario —silencio; continúan por pasillos, torciendo a izquierda y derecha—. Es a mí a quien le afecta todo. Hace horas que estoy aquí.

El trayecto llega a un punto en que el pasillo, hasta ahí típico de un edificio de la administración pública de categoría no especificada, se abre a un espacio inauditamente inhóspito y desangelado. Desde una plataforma redonda de piedra negra salen a un pasillo de poco más de un metro y medio de ancho, suspendido por cables y cadenas de bóvedas prismáticas sobre un vacío de una profundidad difícil de evaluar por la distancia y la oscuridad, pero que él estima no inferior a ochocientos metros, con una precaria, inestable barandilla de menos de un metro de altura, y una fragilidad nada tranquilizadora.

Los Contracamarlengos se adentran sin contemplaciones y a paso vivo, y él se apura, azorado por quedar atrás, fatalmente seguro de que no se volverán para comprobar si les sigue. El pasillo no es recto sino que da pequeños ángulos, y a intervalos irregulares pasa por pilares suspendidos con plataformas insertas en voladizo, de amplitud que no supera mucho la del pasillo, con indicadores y postes electrónicos, de donde salen otros pasillos en direcciones diversas. Clavadas a tres metros de altura con relación al suelo del pasillo, tres antorchas por pilar son la única, rancia, rojidisciente iluminación del recinto. En los tramos largos el puente oscila a su paso, inmisericorde. Él evita mirar hacia ninguna parte que no sea la superficie transitable de delante y los pies de aquel par de desaprensivos, porque el fondo no se ve, los laterales están cada vez más lejos y referencian menos, y el techo, oscuro y desconchado a unos veinte o treinta metros, tampoco inspira más confianza. A menudo aquello tiembla tanto que está a punto de tener un ataque de pánico y echarse al suelo gimiendo, pero en ningún momento le ha abandonado la práctica certeza de que

pase lo que pase los oficiales no se pararán a ayudarle, y hace de tripas corazón para continuar.

Ni el techo ni la distribución de pilares revelan nada de la estructura de este espacio, pero aunque lo hicieran él no estaría en condiciones de apreciarlo. Mire donde mire, todos los caminos visuales llevan a la atractiva desmesura del vacío, y los lugares donde agarrarse no hacen más que confirmarlo y constatar la dimensión de la caída. Él piensa que es un lugar para la tortura, o un foso de seguridad para que no lo transite nadie que no sepa dónde va.

Se paran en un rellano de pilar algo más ancho que los otros. Los Contracamarlengos teclean en la consola que sobresale de un estante, y le requieren.

—Identificación por el fondo de ojo.

Uno de ellos extrae un visor con brazo articular y se lo presenta. Él aplica la cara y se ve sometido a tres flashes que le deslumbran. El aparato emite señal de aprobación, y sin un respiro se vuelven a poner en marcha, y se ve obligado a continuar. La desazón saturada y el cansancio le insuflan un estado progresivo de indiferencia, un realizable anhelo de liberarse y tirarse al vacío. Cuando ya se le ablandan las piernas llegan a una balconada parecida a la inicial contra el muro de fondo y se paran, él a respirar, los Contracamarlengos a verificar códigos. Se asoma con extrema prudencia a contemplar las arideces espaciales acabadas de traspasar. Molestado por un viento tóxico, consciente del retumbo de fondo por la gravedad en el límite de la audición humana, le cuesta imaginar en conjunto el espacio recién cruzado tan penosamente. Por el encorvamiento apreciable podría ser un cilindro rematado por semiesferas, un cilindro elipsoidal, una Esfera realizada de manera no del todo rigurosa, un esferoide, un elipsoide. O un poliedro con múltiples caras; entonces se constata que solo los que tienen pocas se perciben como tales, y con el aumento de su número, la mayor variedad de figuras no aumenta la complejidad y la riqueza formales, sino que se diluyen en formas cada vez más homogéneas, más indistintas. El poliedro estructuralmente desmenuzado se asemeja cada vez más a una Esfera transitada por aristas y vértices cada vez menos agudos y relevantes, cada vez menos apreciables. A pesar de que qué importancia tiene lo uno y lo otro.

La puerta se abre electrónicamente, y acceden a un espacio porticado en tres niveles tan diferente de todo por donde han discurrido hasta ahora que él se siente como acabado de despertar de una pesadilla. Pasan a una serie de salones sucesivos por un camino enmoquetado de tonos cálidos, recorriendo varios espacios interconectados, sin aperturas exteriores. La iluminación y la temperatura son suaves, y todo transmite lujo, placidez y seguridad.

Oficiales de ambos sexos van de acá para allá de dos en dos o en grupos pequeños, afables, sonrientes, conversando con discreción; los encuentra a todos atractivos, elegantes, diligentes entre ellos pero también lacerantemente excluyentes, y que sea una apreciación no fundamentada en nada que lo afecte de forma directa le hace pensar que algo ha quedado tocado para sus adentros las últimas horas. Le introducen en un despacho vacío todavía más lujoso, con una gran mesa al fondo y cuatro sofás en el centro dispuestos en círculo, y una mesita en medio.

—Por favor, espere aquí.

Se permite sentarse en el sofá, de cara a la puerta, a pesar de que advierte que hay dos más laterales. Cuando se pregunta si todo lo que ha visto hasta ahora le obliga a rehacer la idea preconcebida sobre el lugar, se da cuenta de que le cuesta recordarla, de donde deduce que debe tener que responder que sí. Agradece que quien sea que lo tenga que atender se tome un tiempo para dejarle reposar y poner las ideas en orden, aunque no sea esa su intención.

Contempla a su alrededor, en un espacio de planta deltoide, una colección de mapas en las paredes que de entrada le han parecido decoración, pero que, levantado para mirarlos de cerca, descubre que son pantallas táctiles formando un conjunto de planos del que no atina a aclarar si es una máquina de una complejidad inaudita o las instalaciones y servicios de un edificio inmenso, o de una ciudad.

Se abre una puerta lateral y entra un hombre de edad madura pero todavía no avanzada, vestido con el uniforme rojo de los Camarlengos, que sin perder el carácter militar tiene un punto de túnica. Se le acerca y le da la mano.

—Bienvenido. Soy el Teniente Sapirstein —le indica los sofás—. Por favor.

Le parece una buena señal la proximidad, y que no se haya puesto detrás de la mesa, pero no se fía.

—Gracias. Yo soy...

El Teniente le corta.

—Su nombre todavía no es operativo.

—Qué quiere decir?

El Teniente se ríe con un ademán afable, diferente de la baba reptil del supervisor de antes.

—Obligaciones de protocolo —opera con una tableta digital—. Usted tiene el localizador Jmb-0'6180, y esto quiere decir, veamos..., 25 en cuanto al conjunto, 7 si nos atenemos a la reducción. Pero si nos quedamos la inicial, son 10. Veamos cuál de los dos coincide con el que ha tenido hasta ahora... Aquí está: 15 + 9 + 4, porque yo mismo me tengo que incluir, 28, un número lunar muy interesante, la mitad de 14, y que reducido son 10, por lo tanto todo cuadra.

—Ya me perdonará, no tengo ni idea de lo que me está hablando.

—Perfecto, aquí tenemos un 10, y además proviniendo de un 55, que es de la serie. Su nombre transaccional será Besandt.

—Pero yo me llamo...

—Ahora no, ahora no, más adelante. Recuperará su nombre en las primeras gestiones, una vez que hayamos resuelto las interferencias.

—¿Qué interferencias?

El Teniente deja la tableta y se acomoda relajadamente en el sofá, apoyado en el respaldo.

—¿Qué le ha pasado en el ojo?

—Si lo tiene que preguntar es que su servicio de información no es tan bueno como cree.

El Teniente se ríe.

—Lo siento. Debería apreciar el interés de los anfitriones.

—Reconocerá que hasta ahora no han hecho mucho para que lo haga.

—¿No?

—No veo el objeto de la retahíla de vejaciones a que se me ha sometido —se señala el pómulo morado—. Supongo que el autor de esto no es agente suyo. Y que el objeto no será el aprecio del favor que se me otorga.

—El objeto es que pueda entrar sin más trabas ni dilaciones.

—No deseo otra cosa.

—Pues colabore, y pronto saldremos del escollo.

—¿Qué le pasa a mi nombre? ¿Por qué no lo puedo usar?

—¿Quiere un argumento o le vale una amenaza?

—No le sigo.

—Llegado el momento, llegado el momento; no se preocupe, será pronto. Mire, he estudiado su caso, y vamos exigidos por un protocolo insoslayable.

Se miran esperando aquiescencia el uno del otro.

—Usted dirá.

—Tenemos una acusación de tráfico de privilegios de entrada, pero la podemos pasar por alto porque es habitual entre quienes consideran que otro ha sido objeto de atención preferente, qué le vamos a hacer, el animal humano es así, se creen que uno deja de tener una cosa porque la tiene otro, y que si el otro deja de tenerla, ellos la recuperarán.

Hace un gesto de conmiseración.

—Imbéciles.

El Teniente se para, y él se da cuenta de que no le ha gustado el comentario.

—Hay también una falta de atención por unas declaraciones sobre negros asesinados, no lo recuerdo exactamente —hace ademán de ir a

mirar la tableta, pero con un gesto de desgana lo descarta—. Se puede ver como un posicionamiento antisistema, en fin, a nosotros no nos afecta ni nos importa, pero a los responsables políticos y a los representantes de las instituciones, sobre todo las más antiguas, las ligadas históricamente a los orígenes de la Madre Casa, les parece, y cuando ha hecho falta lo han defendido hasta el final, que no puede participar en la gestión de una entidad alguien que ideológicamente va contra los principios que la sustentan —le detiene con la mano el impulso de responder—, y cuando digo ideológicamente no supone restringir que lo pueda hacer en otro ámbito o en otro aspecto, las acciones incluso.

—Sobre esto le puedo decir que...

Le interrumpe.

—Personalmente y a la Guardia que represento no nos incumbe, pero de lo que ahora mismo diga dependerá su acceso.

—La dimensión ideológica de mis afirmaciones no comporta ninguna intención de actuaciones.

El Teniente hace un gesto de resignación.

—En este caso, hemos acabado —se levanta—. Quédese aquí, le darán alojamiento para esta noche, podrá arreglarse, cenar y dormir, y sin más trámites mañana a primera hora le acompañarán a la salida.

Él se queda de piedra.

—¿Cómo que hemos acabado? ¿Qué le tenía que haber dicho?

—No tiene sentido continuar. Lo que tenía que haber dicho no es competencia mía —abre los brazos—, lo siento, no le puedo invitar a ninguna reflexión que no salga de usted mismo.

Se levanta, le da la mano y sale. Él se queda inmóvil; con una celeridad que le sorprende entra un suboficial del Cuerpo de Contracamarlengos y le invita a acompañarle. Lo lleva a través de los salones anteriores hasta una puerta, y de allí de nuevo a un ámbito lóbrego y precario. Por un pasillo estrecho con accesos a ambos lados, doblan un par de veces a derecha e izquierda hasta un distribuidor con puertas numeradas; el Contracamarlengo lo lleva hasta la 28, la abre y le dice:

—Puede pasar aquí la noche. Hay baño individual, y para entrar y salir tiene que compulsar con el smartphone el código de la cerradura; después abrirá activándolo. Solo está autorizado a ir al restaurante, que está abierto las veinticuatro horas, en la puerta 25.

Le da las gracias, y el suboficial se va. Entra en la habitación, austera pero correcta. Se deja caer en la cama, contempla los pandeos de la pintura amarillenta del techo; saturado, esquiva reflexionar, pero no puede evitar imaginar si es coincidencia que los números de la habitación y del comedor sean los mismos de la especulación indagadora del Teniente de Camarlengos. Se levanta, se quita los

zapatos, saca de la bolsa los enseres personales imprescindibles, se quita la ropa y se mete en la ducha. Se afeita, se cepilla los dientes, se viste y se va al comedor.

Es un autoservicio en una sala rectangular, de unos diez metros por dieciséis, con una treintena escasa de comensales, la gran mayoría solitarios y taciturnos, y tres más en la cola de los mostradores de comida. Toma un surtido de pescados ahumados, arroz con verduras y cerveza. Elige la mesa adosada a la pared más arrinconada, se sienta y se pone a comer, con hambre pero con algo de náusea.

Se vuelve cuando nota detrás una presencia.

—¡Sabía que nos volveríamos a encontrar!

—¡Muguete!

El agente notarial lleva la bandeja en las manos, y él le hace gesto de que se siente.

—Sabías que nos volveríamos a encontrar... Perdona, quizá te pareceré adusto o exagerado, pero... ¿lo sabías, o formas parte de todo esto?

Muguete se sienta frente a él y se dispone a comer.

—Has cogido los ahumados..., yo también, tienen muy buena pinta. Perdona, decías... ¿si formo parte de qué?

Él deja los cubiertos en el plato, se inclina hacia delante para hablar y baja la voz.

—Cada vez lo entiendo menos. Ahora resulta que no estoy autorizado a entrar, porque un Teniente de Camarlengos ha venido a pedirme que rectifique unas declaraciones de hace no sé cuánto tiempo, y no le ha gustado lo que le he dicho, no lo sé, no sé con qué antecedentes tengo que bregar, y ahora apareces tú por casualidad.

Muguete sigue comiendo, y le escucha sin dejar de mirarle y de afirmar con la cabeza.

—Si te sirve de algo, no estoy aquí por casualidad, sino porque mi comitente se ha tenido que ir por una urgencia, y tienen que esperar a que esté físicamente para autorizarme la entrada.

—Pues tú aún, al parecer, entrarás, pero yo... Después de esto tendré problemas en la empresa. Si no consigo justificarlo, en mi expediente constará como un trabajo perdido.

—Yo no me preocuparía, el expediente de Besandt es tan brillante que un imponderable como este...

Él se echa para atrás, y no puede evitar subir el tono y que le tiemble la voz.

—¡Un momento! ¡Besandt es el nombre protocolario que me acaba de asignar el Contracamarlengo! ¿Tú cómo lo sabes?

Muguete se encoge de hombros.

—Te llamas Besandt, ¿no?

—¡No! Yo me llamo... —se para; quién sabe qué puede pasar ahora

según lo que diga—. ¡No sabes cómo me llamo! ¡Tú y yo no nos conocemos de nada! En la conversación de allá fuera me inventé una serie de nombres y situaciones, ¡y tú lo diste todo por bueno! Deberías tener la decencia de reconocerlo y explicarme qué pasa aquí.

Muguete abre los brazos y no le pierde de vista la mirada.

—Si no me has creído, ¿por qué has seguido el juego?

—Tú dirigías este juego. ¿Qué se supone que tenía que hacer?

—¿Y yo? ¿Te estabas creyendo que yo me había creído que podíamos estar hablando de cosas ciertas a partir de mi falacia?

—No, la posibilidad de hablar de algo cierto a partir de algo falso es tan remota que no merece la pena ni considerarla, es como que alguien se invente un nombre, se lo diga a un desconocido, y este nombre coincida con un individuo real. El deseo de verdad modulaba la desconfianza en la mentira, y el deseo de conocimiento.

La expresión de Muguete se ha ido serenando. Ha recuperado la sonrisa confiada.

—Tú y yo sí que nos conocemos de antes, y cuando todo esté en su sitio te hablaré con calma y te acordarás.

—Lo dudo mucho.

—Ya lo verás... Es evidente, los nombres y las situaciones del final de nuestra conversación en los preliminares de la entrada eran todo falacias, pero así es el juego del acceso, daba por hecho que participabas plenamente, y lo jugábamos la mar de bien.

—¿Y ahora a qué jugamos? ¿De qué nos conocemos? ¿Por qué me has abordado dos veces? ¿Quién te ha dicho que me llamo Besandt?

—Cuando me han dicho que tenía que esperar la vuelta de mi comitente he pedido los códigos de comprobación para justificarme ante el notario que, como puedes imaginar, me pedirá todas las explicaciones del mundo, y me he encontrado con la sorpresa de que había una línea de información sobre el caso sin codificación máxima. Así he podido entrar.

Él continúa comiendo, sin perderle de vista.

—Qué interesante.

—Ya verás como lo encuentras. Resulta que tengo que levantar acta de una reparación que se aplaza porque al agente contratado le ha aparecido una incompatibilidad protocolaria irresoluble, y por eso tendré que esperar a que hagan llegar a otro.

Él vuelve a dejar los cubiertos y le clava la mirada sin respirar, atento a la más mínima fluctuación.

—Tienes razón, sí que es interesante.

—He seguido la línea de información, y este agente ha accedido al recinto por el Corredor 14, Subcorredor Φ y Puerta Φ 5. Disculpa, tengo buena memoria y la mala costumbre de fijarme en las cosas, esta es la entrada que te asignaron, y en las últimas treinta y seis

horas —le muestra la pantalla encendida del smartphone— solo un agente llamado Besandt la ha practicado. Verte aquí quiere decir que no te han dejado entrar, y confirma que eres tú.

Él levanta las cejas.

—Discúlpame, enseguida vuelvo.

Se va a la barra y coge pastel de chocolate. Muguete continúa, calmado y en un tono humorístico.

—Podemos hacer unas cuantas cosas. Puedes continuar sospechando del mundo y protegiéndote de una conspiración universal, o entre los dos podemos intentar resolver el lío.

—¿Ah, sí? ¿Tú sabes cómo?

—No soy ninguna hermanita de la caridad. Si te ponen de patitas en la calle, y tal como ahora está la cosa te ponen mañana mismo, yo me pudriré aquí esperando que manden a otro técnico, que no sea un delincuente —se ríe—, no digo que tú lo seas, pero en el punto donde estamos, un corderito que lo dejen pasar sin trabas tampoco debes ser... Esto es una cárcel, ¡quién querría estar tres o cuatro semanas!

—Supongo que a estas alturas el grado de credibilidad y la confianza quedan en un segundo término habiendo un interés común.

—¿En qué ves disminuidas la credibilidad y la confianza? En la calle ya estás, aquí lo has perdido todo, y para mí es una mera cuestión de comodidad.

—¿Qué te hace pensar que lo conseguiremos? Por lo que se ha visto, lo tienen todo muy bien trabado.

—Quizá alguien no te quiere aquí dentro, y otro discrepa. No es solo conseguir lo que queremos; tengo una gran curiosidad por descubrir lo que pasa.

—Porque tú tampoco sabes por qué estamos aquí.

—Si lo supiera, te lo habría dicho.

No dejan de mirarse. La necesidad acaba venciendo la sospecha, aunque sin eliminarla.

—Vamos allá.

—Cojo un té y nos vamos a la habitación.

Se van a la de Muguete, la número 34. Él le da cuenta de las conversaciones con el supervisor y el Camarlengo, y el agente notarial abre el portátil y entra en las páginas locales. Él le dice:

—Depende donde entremos, lo rastrearán y nos cogerán.

—Hay que correr el riesgo. Pero hay tanta gente que mete ahí las narices con la pretensión de llegar hasta la cocina para descubrirlo todo, que lo que buscaremos no les tendría que llamar la atención.

—Esperémoslo. Ya se ha visto qué difícil es calibrar la importancia de las cosas con esta gente. Todavía no sé qué he dicho que no le ha gustado al Teniente.

Muguete le pide que compulse el código de su smartphone en el

registro del ordenador, y le da algunos passwords, que él teclea no sin cierta aprensión.

—Aquí lo tenemos, tres marcas previas de alerta, la primera superada —hace un gesto enfático—, ¡pero no borrada! Otra procedente de una instancia administrativa que te ha puesto una denuncia, y con el antecedente de la anterior ha generado la restricción en el expediente de acceso... Y aquí aparece el protocolo del trámite de la denuncia, un Ente Autónomo No Ubicado, de acceso restringido al tercer grado.

—¿Y eso qué es?

—Para resolver un EANO..., veamos..., código 10, o sea «J», vaya, ¡aún habrá suerte! Tendríamos que hacer un cursillo acelerado de mecánica interna de códigos.

—Me interesa entrar aquí, no descubrir la mecánica interna del Archicenota...

—¡¡¡Shhhhh!!! Si hay escuchas y oyen este nombre, saldremos malparados.

—¿Nos están escuchando?

—No lo sé, pero por si acaso.

—No te preocupa que nos pillen forzando códigos y saltándonos protocolos, pero sí que nos oigan decir una palabra no adecuada... ¡Todavía no sé por qué!

Muguete levanta las cejas, con gesto entre resignación y suficiencia.

—Ya te irás acostumbrando.

—No es tu primera vez aquí.

—Es la tercera.

—¡Y aun así tienes que pasar todos los protocolos!

—No todos, has pasado más tú que yo, a pesar de que tu misión debe de ser importante, porque te han ahorrado unos cuantos.

—Sí, aún les tendré que dar las gracias.

Muguete se ríe.

—Si nos están escuchando, este tipo de comentarios no van a ayudar.

Él se levanta y va de acá para allá por la habitación. Se para ante el espejo de la otra mesita. Intenta separarlo de la pared, pero está clavado.

—¿Dirías que es como los espejos de las comisarías y los peep shows, que desde el otro lado nos espían?

—¡Qué va! Si nos espían será con tecnología punta —él busca cámaras entre las alcachofas antiincendios, y Muguete se ríe sin dejar de teclear—. No, no, usan trastos tan sofisticados que así no los descubrirás.

Se acerca a mirar la pantalla.

—Vaya, aquí hay media vida mía.

—Sí, y cada vez entiendo menos —se vuelve—. ¿Recuerdas exactamente lo último que has dicho al Teniente antes de denegarte la entrada?

—Más o menos.

—Más o menos no, tiene que ser palabra por palabra.

—Mmmmm... «La dimensión ideológica de mis afirmaciones no comporta ninguna intención de actuaciones.»

Muguete lo escribe en un documento acabado de abrir.

—¿Y él qué te había dicho?

—«Personalmente y a la Guardia que represento no nos afecta, pero de lo que ahora mismo diga dependerá su acceso.»

Se quedan mirando la pantalla. A él no le dice nada, pero Muguete parece fascinado.

—Veamos..., mmm..., tú eres Besandt. ¿Te ha dicho su nombre, el Teniente?

—Sapirstein.

Muguete se embarca a sumar series de números que saca de un código de equivalencias.

—Supongamos que es su nombre auténtico, a pesar de que basta con que sea el correspondiente a este protocolo. Por lo tanto, 10 por ti, 4 por él, tenemos... ¿Y qué te ha dicho después? Con el comienzo habrá suficiente.

—«En este caso, hemos acabado.»

—Entonces, por tu parte, «ninguno», o sea 20. Y por su... 142 al principio, o sea 7. ¡Es una firma! —se queda pensando—. Lástima que no lo supieras, habrías caído —continúa sumando—, y lo que te responde es una pista muy clara, mira, 8 + 5 + 13, la suma es irrelevante, pero son tres números de la serie de Fibonacci. ¿Por qué puerta entraste?

—Por la Φ 5.

Se queda mirándole con una sonrisa radiante.

—¿No lo ves? ¡No te han denegado la entrada! Te han puesto la última prueba.

—Si tú lo dices...

—El nombre que te han adjudicado corresponde al 10, o sea la J, y para ir al 6 correspondiente a la Φ tienes que sacar 4, por lo tanto, suprimir la D. Para entrar tienes que decir: no me llamo Besandt, sino Besant, que por cierto se ajusta más a la realidad.

—Continúo sin saber qué tendría que haber dicho para no ser rechazado.

—Tendrías que haber dicho una palabra equivalente a Φ, o sea a 6, en el décimo lugar.

Él contempla la serie de números.

—Pero no he entrado por la Puerta Φ 6, sino por la Φ 5. ¿No se supone que en su intervención anterior me tendría que haber dado la indicación pertinente?

—El número de la puerta es irrelevante y, además, seguramente la Φ 6 es el centro del departamento.

Él se impacienta.

—¿Entonces qué? Pido audiencia con el Teniente Sapirstein, le digo que me llamo Besant, ¿y ya está?

Muguete continúa tecleando.

—No, no... Primero hay que localizar el Ente Autónomo No Ubicado que te ha bloqueado.

—Qué gracia, localizar un Ente No Ubicado.

—Mmm..., ya haremos los chistes cuando lo hayamos resuelto. Cuando lo tengamos, que no va a ser fácil, hay que encontrar la respuesta apropiada. Tienes que recordar qué te ha planteado, y qué respuesta te ha denegado.

—Cuando he empezado a responder me ha interrumpido para advertir lo que te he dicho antes.

—¡Aaah! ¡Lo ves! Te estaba diciendo, cuidado, tu respuesta será evaluada en más de un código. ¿Cuál era el contenido concreto de la pregunta?

Él hace un esfuerzo de memoria.

—Yo tenía que decir algo que, llegado el caso, tranquilizara a los responsables políticos y los representantes de algunas instituciones..., ¿cómo lo dijo?, ligadas históricamente a los orígenes de la Madre Casa, a quien les parece que no puede participar en la gestión de una entidad un tipo ideológicamente en contra de los principios que la sustentan. Y aclaró que cuando decía ideológicamente no descartaba que no lo pudiera hacer con acciones, o de cualquier otra manera.

—Tu respuesta, no te ofendas, le debía parecer una mierda —se ríen—, y además incumpliendo el protocolo gemátrico.

—¿Perdón?

Muguete pone cara de decir, ya te lo explicaré más adelante con calma.

—Veamos, sin reticencias ni tonterías, con un deseo plano y honesto de entrar, qué le habrías respondido... ¿o qué crees que le tendrías que haber respondido?

—Tampoco es tan complicado. Le habría dicho, por ejemplo, que cuando ejerzo mi profesión dejo al margen cualquier opinión particular, sea sobre la cuestión que sea, y que les garantizo mi colaboración más escrupulosa y aséptica en el trabajo de orden técnico que me encomienden.

Muguete ha ido escribiendo a medida que él hablaba.

—Entonces, podemos decir que tu respuesta empezaría diciendo:

«cuando ejerzo mi profesión dejo completamente al margen...», etcétera, ¿no?

—Sí, sería esto.

El agente notarial vuelve a hacer números.

—Mmm... El contenido en sí lo encuentro correcto. Y entonces presentarías, veamos..., 124, o sea 7... —se queda clavado mirando la pantalla—. ¡Coincides con la petición del Teniente! Al fin y al cabo, esta podría ser la respuesta, si además resulta ser la que te sale de manera espontánea.

—Me ha salido tan espontánea como la que he dado al Teniente.

Muguete se encoge de hombros. Él piensa qué rigor tiene todo esto.

—Tanto da, ¡esto el Teniente no lo sabe! Enviaremos la respuesta a EANO... Tu localizador ¿cuál era, Jmb...? ¿Cero qué más? —él se pone en guardia—. Venga, hombre, a estas alturas, si se lo has dado a todos los guardias que te lo han pedido, ¿qué mal te puedo hacer?

—Jmb-0'6180.

—Muy bien —continúa tecleando—. Entonces diremos: «y mi nombre es Besant». Ya está. Ahora te lo mando para que sea todo legal, y lo emites tú mismo.

Clica la tecla de enviar, y le dedica una sonrisa encantadora. Él lo reenvía, y deja caer los brazos. No se queda tranquilo.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Nos iremos a dormir, mañana nos levantaremos a la hora protocolaria, nos encontraremos para desayunar y después nos iremos a ver a este Teniente tan sibilino.

—No lo veo tan claro.

—¿Por qué no? ¿No tienes sueño?

—Me estoy cayendo de sueño.

—Pues ya está, duerme, y a las siete de la mañana nos encontramos en el salón, desayunamos tranquilamente y nos ponemos en marcha.

Él se va a su habitación. Le fastidia, reventado como está, no tener sueño. Se quita la ropa y se acuesta, con la impresión de hacer meses que anda por aquí, y una mezcla de ganas de terminar y de curiosidad malsana.

Apenas adormecido, llaman a la puerta de forma perentoria. Se levanta de un salto, pero ya han abierto y han entrado un oficial de Contracamarlengos y dos guardias.

—¡Vístase y acompáñenos!

—A esta hora...

—No discuta. ¡Vamos!

Se viste precipitadamente.

—¡Sin olvidar nada!

Salen, cruzan los salones desiertos y oscuros, iluminados bajo

mínimos, y van a un despacho de un ala en la otra punta del recinto, un aposento de piedra gris oscuro, con poca luz, paredes peladas y mobiliario severo y escaso. Detrás de la mesa, el Teniente Sapirstein y otro oficial de Camarlengos, conversando en voz baja, indiferentes a su entrada.

El oficial Contracamarlengo se dirige a ellos.

—Teniente, Localizador Jmb-0'6180.

El Teniente Sapirstein hace un gesto displicente.

—Muchas gracias.

—Disculpe —dice el Contracamarlengo—, hay que protocolizar la cesión.

El otro Camarlengo, de más edad y graduación, toma un punzón electrónico y pone una señal en la pantalla del smartphone que le presenta el Contracamarlengo.

—Muchas gracias.

Salen, y él se queda solo con los dos Camarlengos.

—Siéntese, por favor —le dice el Teniente—. Si no recuerdo mal, esta tarde hemos quedado en que se le daba alojamiento y mañana abandonaba la Cáscara.

—Y estos son los planes —vacila—, si ustedes no tienen otros mejores.

El Teniente habla con una suavidad que a él le parece escalofriante.

—No creo haberle autorizado a entrar en protocolos no asignados. ¿Qué es esto? ¿Tiene la bondad de leerlo en voz alta?

Él se encoge de hombros, y el Teniente vuelve la pantalla del ordenador de mesa para mostrarlo. Lee:

—«Remitente Localizador Jmb-0'6180, 25.3.3126: Cuando ejerzo mi profesión dejo completamente al margen...»

El Teniente le interrumpe:

—Ha entrado en un EANO no autorizado, ha rectificado el nombre protocolario asignado, pretende modificar su respuesta. ¿Tiene idea de cuántas normas ha transgredido? ¿Tiene idea de a qué se enfrenta?

—No.

—Ya sabe el viejo dicho, desconocer la norma...

Lo deja en suspenso.

—... no exime de la obligación de cumplirla. Antes era casi una ley.

—Continúa vigente.

El otro Camarlengo, a quien el Teniente trata con deferencia, toma la palabra.

—¿Por qué cambia la respuesta que ayer había dado al Teniente?

Él entra en un vértigo posibilista. Se da cuenta de que no resultará creíble si dice que se lo ha pensado mejor, porque si lo interrogan a

fondo sobre las razones y los porqués quedará en falso enseguida, y por otro lado, sin la presencia física de Muguete, dará una imagen poco seria explicar que se ha fiado de un desconocido. Como no puede diferir más la reacción ante una pregunta tan directa, decide arriesgarse.

—Porque me lo ha aconsejado un agente notarial con quien he entrado en contacto.

Los dos Camarlengos se miran.

—¿Un agente notarial? ¿Un conocido suyo?

—Sí... De hecho, en fin, se dio a conocer ayer, aquí mismo.

El Teniente mira al otro Camarlengo, que con los ojos fijos en un punto indeterminado levanta una ceja, displicente.

—¿Cómo se llama ese agente?

—Muguete.

El Teniente teclea en el ordenador.

—¿Agente notarial, dice? —él indica que sí—. ¿Qué localizador tiene?

—No lo sé.

—¿Se fía de una persona sin saber su localizador? —el Teniente se dirige al superior—. Comandante, no hay constancia de ningún agente notarial, ni de ningún señor Muguete.

Él se da cuenta de repente.

—¡Está en la habitación 34! Hace..., no hace ni un par de horas que lo he dejado allí.

El Teniente toma el smartphone.

—Intendente, localice al ocupante de la habitación 34.

Cuelga y espera. Sin dirigirse a nadie en concreto, el comandante dice:

—Este agente Muguete, ¿qué interés tiene en aconsejarle a usted?

Él se siente cada vez más inseguro y más inquieto.

—El agente Muguete está aquí para levantar acta notarial de una reparación aplazada por problemas burocráticos con el técnico, y por los datos de que disponía, ha deducido que ese técnico soy yo.

El comandante se dirige a él, repentinamente bondadoso.

—Y usted ha pensado que el interés del agente en ayudarle a usted era resolver la traba de él mismo.

—No he visto ninguna otra explicación lógica, y continúo sin verla.

Suena el smartphone del Teniente, y se pone.

—Sí..., ah..., ah... Muy bien, intendente, muchas gracias —cierra, y dice—: En la habitación 34 no hay nadie. La cama está hecha, todo está vacío y limpio. Está desocupada desde hace tres días.

Él se levanta.

—¡No puede ser! El intendente miente. Permítanme que les acompañe, se lo mostraré.

El Teniente Sapirstein no se inmuta.

—Siéntese, por favor. El intendente Contracamarlengo no comete este tipo de irregularidades, su gestión es fiable al cien por cien.

—¡Le acabo de dejar! —señala el ordenador—. Por favor, compruebe desde dónde se ha emitido mi mensaje.

—Desde su smartphone.

—Sí, pero habrá quedado la procedencia registrada.

—No —se lo muestra—; según lo remitenciado, lo ha emitido usted mismo.

—No puede ser, tiene que haber borrado la procedencia.

El Teniente respira hondo, mira al comandante y dice:

—No hay constancia de nada de lo que dice. ¿Para qué dice que ha sido contratado?

—No lo sé, la comitencia no lo especifica. Esperaba que me lo dijeran ustedes, o quien sea que esté autorizado.

El comandante hace un gesto lento y estudiado con la mano, y el Teniente dice:

—Veamos la situación. Usted tiene una comitencia, se le han detectado impedimentos y restricciones en un EANO entre otros problemas, y no ha respondido satisfactoriamente. A continuación, envía un protocolo no autorizado sobre el cual tampoco es capaz de dar explicaciones aceptables, y dice que le ha ayudado un individuo del cual proporciona unos datos que no corresponden a nada de lo que se tenga constancia. ¿Se hace idea de las posibilidades que se abren ante usted?

—No sé si tengo ganas de hacérmela.

—Las ganas que tenga de una cosa o de otra son irrelevantes. Miremos las dos hipótesis: que nos mienta o que nos diga la verdad. Si dice la verdad, usted es un irresponsable, y tendrá que depurar cargos por uso indebido de protocolos y colaborar en la investigación sobre la identidad del tal Muguete, quizá un agente quién sabe por cuenta de quién. Y si no dice la verdad, tiene que confesarlo, y explicar de manera convincente y sin jugar a esconder nada de dónde ha sacado los datos y el acceso de su último mensaje, así como la naturaleza de la respuesta.

—Se lo juro, digo la verdad.

Los Camarlengos se miran con una neutralidad exquisita. El comandante dice:

—Se lo advierto, es su última oportunidad. Si ahora miente o tan solo disfraza datos, las consecuencias serán muy graves.

Él abre los brazos.

—¡Ustedes saben quién soy y por qué han solicitado mis servicios! ¡Saben que digo la verdad! Tienen que saber mejor que yo qué está pasando aquí.

El comandante sonríe, y el Teniente todavía más, y dice:

—¡Si la respuesta ha salido de él, todavía será el elegido!

—¿El elegido para qué?

El Teniente gira la pantalla.

—Es el último beneficio que le concedemos sin pruebas. Tenemos trabajo para descubrir quién es ese Muguete. Diga si lo reconoce.

Desfilan por la pantalla retratos de cara y de perfil de individuos de mediana edad o más jóvenes, y él va negando con la cabeza. El Teniente dice:

—Si tiene dudas, retrocedemos. Si quiere parar, usted mismo, con el trackpad.

El comandante se levanta. Es un tipo alto y delgado, de fuerte osamenta, cabellos grises y aire aristocrático. Quizá demasiado, piensa él. Si han querido una presencia intimidante, este es el prototipo. Podría ser un actor. Como si le resiguiera el pensamiento, se da la vuelta bruscamente y le dice:

—¿Mantiene que nos dice la verdad? Todavía está a tiempo de rectificar. Si no, será mucho peor.

Él detiene las imágenes. En la pantalla queda fijo un tipo patibulario. Está a punto de señalarlo, pero se le ocurre si será una trampa, si le estarán mostrando fichas de muertos.

—Ustedes tendrían que saber si para el trabajo por el cual se me contrata hace falta un acta notarial. Esto les tiene que dar la medida de lo que les digo.

Se miran. El Teniente dice:

—Justamente, no hace falta. Por eso estamos seguros. Su Muguete o es un farsante o no existe.

—Existe, por lo tanto es un farsante. Si ustedes no se creen que no sé qué pretende, les debe faltar información sobre sus propias gestiones. Si de verdad no saben qué quiero, que no es otra cosa que hacer mi trabajo, si de verdad creen que he venido a liarles quién sabe por qué intereses ocultos, van tan perdidos que puede pasar cualquier cosa.

El Teniente Sapirstein no se mueve, pendiente del comandante. El superior sonríe delicadamente.

—Un discurso interesante. Convincente, mmm...

Él se empieza a inquietar de verdad.

—Total, si admitiera que Muguete o como se diga es un farsante, daría por bueno todo lo que me dicen. ¿Por qué les tengo que creer, si ustedes no me creen a mí?

—¿Se cree en condiciones de plantearlo?

Él se encoge de hombros y vuelve a poner en marcha el paso de imágenes por la pantalla. El tercer tipo que aparece es Muguete. Lo para y grita triunfalmente:

—¡Este!

Los Camarlengos lo escrutan agudamente.

—¿Sí? ¿De verdad?

Él reitera que sí con avidez. El comandante se sienta y hace girar la silla para darse la vuelta de espaldas, y el Teniente se ríe con desprecio.

—Ya está, ha caído en la trampa.

Mira al comandante, y el otro le dice:

—Adelante.

El Teniente vuelve a llamar por el smartphone.

—Intendente, haga el favor de venir.

Se quedan en silencio. Él se encara con ellos.

—¿Qué? ¿Qué significa esta cara? ¡Ahora se convencerán!

Se abre la puerta y aparece Muguete con el uniforme de los Contracamarlengos, acompañado de dos guardias. El comandante le dice:

—Intendente Delora, ¿conoce a este señor?

Muguete le mira, inexpresivo.

—No, comandante, es la primera vez que le veo en mi vida.

Los Camarlengos se miran con un gesto de constatación.

—Claro que no —dice el Teniente—. Llévenselo a Prevención.

Le agarran por el hombro.

—¡Un momento! ¿Qué te pasa? —se encara con el intendente Delora—. ¿Qué es esto, Muguete, qué haces?

—Señor, no lo empeore, ya no engaña a nadie —dice el Teniente cuando ya lo arrastran hacia la puerta—. Mañana empezaremos los interrogatorios formales.

Guiados por Delora, se lo llevan por pasillos amplios, oscuros, pelados y altos de techo por un recorrido intrincado y tortuoso, con ocasionales pasarelas sobre espacios vacíos cada vez más parecidos al gran vacío cruzado con los primeros Contracamarlengos. Están retrocediendo en cuanto a la categoría del lugar, a pesar de que su sentido de la orientación le permite apreciar que van en dirección al centro del edificio.

Llegan a una galería sin luz natural como todos los recintos visitados hasta ahora en el interior de la construcción, con dos alas de doce pisos separadas por un espacio de tres metros, todo metálico, impregnado por el mismo gris oscuro aceitoso. Presenta todos los rasgos de una prisión, y efectivamente van al tercer piso por la escalera de la cabecera y pasan ante celdas cerradas con puertas de barrotes, todas vacías, cosa que le inquieta más que si estuvieran llenas.

Le encierran en la número 34, y no sabe cómo interpretar la coincidencia. El guardia que le instala le dice:

—Vacíese los bolsillos —le presenta un saco de medida mediana—. Smartphone, llaves, medallas, relojes, cadenas, gafas, anillos, medicamentos, elementos mecánicos y electrónicos, armas, rotuladores.

Él lo va dejando todo dentro del saco. Le pasan un detector por todo el cuerpo y por el equipaje. Le dan una bolsa con mudas y una toalla. El otro guardia le dice:

—Tiene algunas horas para dormir. Yo de usted las aprovecharía.

Cierran los barrotes y se apartan. Delora, que se ha mantenido en segundo término, se queda un momento delante de él en el otro lado de la reja, y le guiña el ojo.

—Tranquilo, Besant, lo estás haciendo muy bien.

Se va, y él se precipita contra la reja.

—¡Muguete! ¡O Delora, como te llames! ¡Por qué me haces esto! ¡Qué quieres de mí! ¡Eeeh! ¡Vuelve! —cuando el otro ya está lejos, chilla—: ¡Y qué, del acta notarial!

Ya solo siente el retumbo de los pasos alejándose por la pasarela metálica, y cae en una sorda, informe desesperación. El lecho cuelga de la pared con una cadena en cada extremo, precario, estrecho, delgado, duro. No hay almohada, tan solo una manta del mismo gris. Ni abertura, ni espejo, ni armario, ni silla ni mesa, no hay nada más que una pequeña pila, no muy limpia, un grifo antiguo que casi no mana y, en un rincón, un desagüe que supone en funciones de urinario, aunque se plantea aliviarse en la pila. Deja la bolsa en el otro rincón y se acuesta con la ropa puesta, con la manta por almohada.

Hay un silencio extraño, lo que le hace pensar que si no está solo en toda el ala, los otros ocupantes duermen, o tienen las facultades vitales en un estado de disminución inquietante. La idea de ser el único inquilino en toda la dependencia se vuelve aterradora. Intenta refugiarse en recuerdos agradables, bosques de primavera, playas de otoño, luminosos, dilatados horizontes, amigos tranquilos, amables y cómplices, mujeres sabias y generosas, cálidas y bellas, pero nada responde a la evocación. Dormir, reposar, dormir, todo una trampa más hacia el dominio de lo inesperado. Corre un viento helado, y se tapa con la manta y usa de almohada la bolsa de las mudas.

No sabe si ha llegado a dormir cuando lo sobresaltan pasos fuertes acercándose. Se detienen ante su puerta y la abren tres Contracamarlengos, guardias sin rango.

—Arriba. Acompáñenos.

Hace gesto de coger las pertenencias.

—Los enseres se quedan aquí.

Salen y retroceden hasta un nuevo distribuidor, y de allí a la sala de interrogatorios. Mesa en el centro y cuatro sillas. Todo, suelo, paredes y techo incluidos, del mismo gris claro verdoso.

Le dejan solo un rato, y se siente más capaz de dormir aquí que en ninguna de las habitaciones donde lo han recluido. Cruza los brazos sobre la mesa y reposa la cabeza de lado. El inesperado receso no dura mucho. Dos Contracamarlengos desconocidos se sientan uno a cada lado.

—Localizador Jmb-0'6180.

Él se incorpora con toda la desgana del mundo. Pero la supera la inquietud. El otro guardia dice:

—Una cuestión previa. ¿Por qué ha intentado cambiar el nombre de paso de Besandt a Besant?

No hay mejor nemotecnia que la sospecha, y tiene muy presentes los circunloquios de Muguete.

—Para tener una cifra cuatro números más baja.

—Curioso. ¿Por qué quiere una cifra cuatro números más baja?

—¿Para ajustarme a la exigencia protocolaria de la Madre Casa?

—Pretende entrar.

—¡Claro que pretendo entrar! Me han contratado para una reparación técnica. ¡Quieren que haga el trabajo desde fuera!

—Desde que ha accedido a los protocolos de entrada no ha hecho otra cosa que intentar saltárselos.

—¡Como todo el mundo! ¡Quien no se los salta es porque no lo consigue!

—Muy bien. Como todo el mundo es un delincuente, yo también. ¡Y aquí no pasa nada!

Silencio. El otro guardia dice:

—Si está pendiente de resolver tres reclamaciones... que —mira el smartphone— de hecho, una sobre todo, son acusaciones formales, ¿le parece lo más apropiado resolverlas transgrediendo las normas?

Nuevo silencio. El otro retoma la palabra.

—¿Para quién trabaja? —él abre los brazos—. En su expediente consta que hizo la carrera en los Estudios Portroyalencos.

—¡Y qué!

—Completados con un posgrado en la Academia Neoloyolenca.

Se da cuenta de que no llevan galones y van con ropa de trabajo, blanca y con bordes y ribetes negros como corresponde a la orden. No sabe si son oficiales, ni de qué rango.

Les dice:

—¿Dónde está el problema?

—Usted no puede ignorar en qué tendencia ideológica se inscriben los grupos a los cuales pertenecen estos dos centros de formación y de estudio.

—Continúo sin ver el problema.

—Sus declaraciones sobre las clases desfavorecidas o, para ser más exactos, sobre los mecanismos sociales que llevan a la existencia de

clases desfavorecidas, coinciden plenamente con la doctrina de los dirigentes de estos grupos en relación con la Madre Casa.

Él abre los brazos y levanta las cejas.

—Desconozco la existencia de un estado de la cuestión sobre lo que me dice. Tendrán la bondad de decirme a qué doctrina se refieren.

Los Contracamarlengos se miran. Uno dice:

—Es una figura del derecho manifestar desconocimiento de todo aquello que a uno lo puede incriminar, con independencia de si es fingido o real. Hasta ahora la táctica no le ha sido muy útil. ¿No le parece más práctico decir la verdad de una vez?

—¡Qué verdad quieren que les cuente! Si ni siquiera sé por qué estoy aquí.

Los guardias se miran.

—Si pretende desconocer que los clanes jeiales y los yrgúlidas se han manifestado hostiles a la existencia de la Madre Casa, entraremos en otra fase de la conversación.

—¿En cuál? ¿Me van a torturar?

Los guardias muestran una desesperanza displicente, y se levantan.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Un poco de reflexión le irá bien.

Salen, y le dejan solo un largo rato. No hay ningún espejo ventana, ni detecta aparatos de escucha ni cámaras, ni sabe cómo debe comportarse y gesticular para parecer menos sospechoso. Sospechoso de qué, esa es la jugada, y aquí no vale decir que todos somos sospechosos de algo, da igual hasta qué punto seamos conscientes. No hay luz natural y le han quitado todos los aparatos, no tiene manera de saber la hora, y las informaciones que manda el cuerpo son equívocas y fluctuantes.

Se abre la puerta y entra Delora, vestido de estar por casa, con camiseta y pantalones. Él se levanta de un respingo por instinto, y va detrás de la mesa para protegerse.

—Tranquilo, Besant, vengo a ayudarte.

Abre los brazos y le sonríe. Él no baja la guardia.

—¿Ah, sí? Como me has ayudado hace un rato —el otro se ríe como en medio de una broma—. ¿Ahora sí que me conoces?

—Déjame explicártelo.

—¡Ah, muy bien! ¿Qué mentira toca ahora? ¿Vienes de hermanita de la caridad? ¡No, vienes a asesinarme!

—Ya lo podría haber hecho.

Él señala el techo, la mesa y las paredes.

—Ahora no te da miedo que nos escuchen.

—He desconectado las cámaras y los micros, pero no tenemos mucho tiempo antes de que se den cuenta.

—¡Venga, hombre, me tomáis por imbécil! Ahora vienes tú de poli

bueno.

—Tengo un plan para deshacer el lío.

—¡No me lo puedo creer! Y aún esperas que me fíe.

—Te tendrías que fiar. A estas alturas —mira el reloj— ya tendrías que estar en la calle, ¿no? Y estás dentro. ¿O no?

—No quiero entrar, ya no me interesa el trabajo. Quiero largarme a casa.

—¿Ahora que ya casi lo tienes? ¡Va, hombre!

—¿En nombre de qué me tengo que fiar de nadie? ¡No se me ha dado información de nada! ¿Por qué no sé para qué me han contratado?

—Para protegerte.

—¿De qué? —el otro se encoge de hombros—. ¿A estas alturas no me lo puedes decir?

—No podría aunque quisiera.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé. No sé por qué se te ha contratado, ni por qué vale más que no lo sepáis ni tú, ni nadie de fuera, ni la mayoría de los de dentro. Yo también estoy protegido.

Él se deja caer en la silla, y de brazos sobre la mesa.

—No puedo más, estoy reventado física y mentalmente —levanta la cabeza y le mira—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Muguete.

—Mientes.

—Sí... y no. No es verdad que me llamo Muguete, pero tampoco es mentira. Y tampoco es mentira ni es verdad que me llamo Delora.

—Me lo has aclarado del todo, muchas gracias.

Delora le pone la mano en el hombro.

—El tiempo se acaba, escúchame con atención. Te dejarán un rato aquí para que te exasperes algo más, y te devolverán a la celda. Mañana por la mañana montaré un motín de opereta de Prevención, que es como llaman aquí a las prisiones, y en medio de la confusión unos amigos te sacarán y te llevarán a un lugar seguro.

—¡A un lugar seguro! ¿Dónde?

—Lo decidiremos sobre la marcha.

—¿Y después?

—Resolveremos tu restricción de entrada y te llevaremos con quienes te han contratado.

—¡O sea que sabes quiénes son!

—Tengo indicios, sí. Mañana lo sabremos.

—¿Lo sabremos tú y quién más?

Delora se le queda mirando, inquisitivo, sin perder la amabilidad.

—Y mis amigos. No se te habrá escapado que hay facciones rivales.

—Cuando dices aquí dentro te refieres al Archice...

—¡Calla! ¡No te he dicho que no digas ese nombre!

—¿No me has dicho también que no nos oye nadie?

—Será la fuerza de la costumbre... Da igual, es largo de contar y tengo que irme antes de que cambien el turno de guardia y descubran que he desconectado las escuchas.

Se levanta y le da en el hombro amigablemente.

—Todo esto no puede ser casual. Me gustaría saber qué tengo para que os toméis tantas molestias conmigo. O qué os pensáis que tengo, y qué pasará cuando descubráis que soy un vulgar técnico que no es quien os imagináis, ni tiene nada de todo esto con lo que estáis fabulando.

Delora abre la puerta, mira afuera en las dos direcciones y se dirige a él.

—Entretanto, pase lo que pase, de todo esto ni media palabra, y si alguien te habla de mí, no nos hemos visto.

Él está por pedirle que le aclare cuándo no se han visto, pero el otro ya se ha ido.

Pasa el rato y allí no aparece nadie más, y se acaba durmiendo apoyado sobre la mesa. Le despiertan dos nuevos Contracamarlengos que lo incorporan sin contemplaciones y lo devuelven a Prevención.

Allí pasan de largo el tercer piso y suben hasta el sexto. Se paran en un rellano a consultar el smartphone. Tiene tiempo de contemplar el lugar. En el centro del distribuidor, un frontón metálico con la inscripción:

La ignorancia te protege

Ciudadano protegido, ciudadano libre

Lo meten en la celda 27 del piso, en la otra ala. Se resiste, y dice:

—No es mi celda.

—Tiene asignada esta.

Le empujan dentro y cierran la puerta.

—¡Tengo la bolsa con la ropa en la 34!

Los guardias desaparecen, y se queda solo. Solo tiene el camastro, la manta, la pila y el grifo.

Bebe agua a morro, y el chorrillo es tan escaso que se está un buen rato. Maldice la existencia. Para lavarse se pasará horas. Evalúa la pila, demasiado alta para él. Veremos cómo va. Intenta dormir, esperando ardientemente que los socios de Delora vayan a por él cuanto antes.

Consigue dormir superando la inquietud, la incomodidad y el frío,

y le despiertan golpes y gritos indeterminadamente lejanos, sin saber cuántas horas ha dormido, ni si es de noche o de día. El alboroto le llega con ecos y resonancias poco tranquilizadoras, y cuando constata que no se acerca nadie, después de un fluctuante conflicto de indecisiones, se anima a chillar a través de la reja.

—¡Guardián! ¡Carcelero! —deja una pausa—. ¡¡Hay alguien!! ¡¡¡Hola!!!

Tiene hambre y náuseas, y una vaga sensación febril. Le preocupa el momento de las deposiciones.

Pasa un tiempo que se siente incapaz de dimensionar, un día, dos, quién sabe, y comparecen finalmente dos guardias de prisiones. Abren la puerta y le dan un plato con un puré espeso, y en la misma bandeja un cuenco con agua.

—Quiero hablar con el nostromo.

Le responde uno sin mirarlo.

—Código negro.

—Qué es eso?

—Incomunicado. A la espera de resolución.

—¿De qué? ¿Hasta cuándo?

—Código negro, no hay más información.

Cierran y se van.

Se ve precipitado al vacío de expectativas inmediatas. Intenta refugiarse en las instrucciones de los entrenamientos en las diversas fases de su formación. Todo le parece inaccesible, trabado por una ira informe, deslavazada.

Sin luz exterior referencial, ni control de suministro de comidas, pierde la noción de los días y las noches, el paso del tiempo se le solidifica. Como quien se resguarda en precaria cueva, se acoge a pensamientos de fondo sin importar el tópico, o quién lo consideraría un interlocutor exquisito o un idiota. Si los tesoros de la gran pirámide aún están ahí, y desmontar la construcción habría sido la única manera de acceder, antes de las técnicas actuales de resonancia y perforación selectiva guiada. Pero aun así no sería suficiente con técnicas de las máquinas manejándolas. Para descifrar la construcción harían falta conocedores en profundidad de los intereses y los planes culturales y espirituales de los constructores. Ante la altamente probable enorme exigencia intelectual de la operación, y aunque no hubiera tal, con lo que ya se sabe, a la luz del mundo numérico, y astral y geodésico de las pirámides, hay que reconsiderar la idea de tesoro, no el botín del saqueador, no un montón de oro y piedras preciosas —solo faramalla y colorines para encandilar a criaturas y pánfilos—, sino la pirámide en sí como objeto significante, como discurso simbólico-geométrico.

¿Cuánto desastre pueden llenar los severos arabescos del espíritu?

¿En qué punto el fantaseo suple, como dijo el regulador, a la liberación que hace del mundo onírico una escapatoria tan gratificante? Pasadas ciertas etapas de la vida, fantasear ya no es un territorio de juegos divertidos, especulaciones apasionantes y erotismo variado y refinado, sino el abrupto paraje del resentimiento. En cuál de estos escenarios el tesoro de la pirámide equivale a la piedra filosofal, no un objeto de poder que, para bien o para mal, puede caer en cualquier mano, sino la construcción de atributos superiores dentro del propio espíritu, a través del aprendizaje, el estudio, el esfuerzo, la renuncia, el sacrificio.

Sin ningún lugar donde poderlo registrar, sin papeles ni smartphone, se propone como un ejercicio mnemónico la correspondencia de cada actividad forzada, o como mínimo externamente condicionada —dormir, comer, atender a exigencias de orden de los carceleros, por más absurdas y arbitrarias que le parezcan — con escenas de fantaseo, y, para tener el historial mentalmente a mano, la correspondencia con números de las grandes Pasiones, y todavía con los cardinales 1, 2, 3, 4, etcétera.

Así ocupa las horas de acá para allá en la gradación sin perder ningún paso, ya en vertical, ascendiendo o descendiendo, ya en horizontal, de cabo a rabo de cada ámbito, ya en diagonal, el primero del primero, el segundo del segundo, el tercero del tercero, o con varios grados de complicación, en saltos de caballo encima del cuadro ordenado de equivalencias, el primero del primero, el segundo del tercero, el tercero del primero, el primero del segundo... A pesar de que se da cuenta de que, empiece por donde empiece, por este procedimiento no recorrerá nunca todas las casillas, y acaba yendo solo en vertical o en horizontal: despertarse, recibir el desayuno (si se le puede llamar así), pasar revista, inspección personal, segunda comida, gran espacio de tiempo, segunda revisión, última comida, tercera revisión.

Encuentra al comienzo más gratificantes las fantasías, pero lo desasosiega tanto repetirlas como que le preocupe si está bien o mal introducir variaciones, así que pasa a las piezas de las Pasiones: Mein teurer Heiland, Erbarm es Gott, Ruht wohl, Mache dich, mein Herz rein, O Mensch, bewein' dein' Sünde groß, Betrachte, meine Seel', Wir setzen uns mit Tränen nieder; Geh, Jesu, geh zu deiner Pein; Ich lasse dich, mein Jesus, nicht; Falsche Welt, dein schmeicheldn Küssen; Welt und Himmel, nehmt zu Ohren.

Imagina, con los números en horizontal, tal como se escribirían en prosa —llega a parecerle divertido tal pensamiento, y de ahí a sospechar que su salud mental peligra—, posibles diagonales y correspondencias en cada orden de cuadrados, en el caso elemental de que fuera un ancho de nueve casillas, y por tanto cada columna

contuviera la misma cifra, en otros casos grupos significantes que le recuerdan otros órdenes: 1-4-7, 2-5-8, 3-6-9.

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3,
4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6,
7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9,
1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3,
4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6,
7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9,
1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3,
4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6,
7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9,

En el punto 3, el revisor aparece con un oficial Contracamarlengo y dos guardias y le dice:

—Acompáñenos.

Salen de la celda y, él como siempre detrás del oficial y entre los dos guardias, rehacen el camino a la cámara del interrogatorio, donde siguiendo las ordenanzas le dejan solo cierto tiempo, del cual desde pensamientos desbocados indaga el grado de aleatoriedad.

Entran como la otra vez dos Contracamarlengos sin galones. Ya está, esto se acaba, piensa, estos vienen a liquidarme.

—Localizador Jmb-0'6180, esta Guardia confía en que este lapso de reflexión le haya sido de utilidad.

Intenta imaginar qué respuesta esperan, si tiene ganas de proporcionarla y qué le conviene más, a qué se arriesga en cada caso. Se encuentra diciendo:

—Para reflexionar, sí, desde luego, pero sobre qué, esa es la cuestión.

Los otros se miran. El más fornido clava un puñetazo sobre la mesa y le apunta con el dedo entre los ojos.

—¡Se han acabado las contemplaciones, hijoputa! Nos dirás quién te envía, o no saldrás vivo de estas cuatro paredes.

Él sonríe. La única vez que la acierto, y mira sobre qué.

El otro le planta delante una montaña de fotocopias llenas de

subrayados rojos.

—El Camarlengo te ha denegado el acceso. ¿Por qué intentas reiniciarlo?

—¿Quién te ayuda? ¿Con quién te crees que cuentas para burlar la seguridad de la Madre Casa?

De perdidos al río. Sin pensar demasiado, les planta cara.

—Un tipo que son dos: un agente notarial que se llama Muguete y un intendente Contracamarlengo que se llama Delora.

Uno de los guardias lo coge por el cuello de la ropa con tanta fuerza que lo levanta de la silla.

—¡Te crees que nos vas a tomar el pelo, idiota! ¡Cuando te digo que no saldrás vivo de aquí te crees que lo digo en broma!

Lo lanza contra la pared. Se esperan a que se levante, le indican la silla para que se vuelva a sentar y le muestran los expedientes, poniendo las hojas bajo el montón sin tiempo material para leerlos.

—Se te ha incoado una causa por intento fraudulento de acceso, fraude procedimental, falsedad documental y desacato a la autoridad.

El otro le dice:

—¿Cómo te llamas?

—Besant.

Le pega un puñetazo que lo tira por los suelos silla y todo.

—¡Mentira! ¡¡Cómo te llamas!!

Él se incorpora. Tiene el labio partido, se quita la sangre con la manga.

—¿Tienes idea de lo que te espera si no colaboras?

Se abre la puerta y aparecen dos oficiales con uniformes blancos con bordes dorados, parecidos a túnicas. Hacen gesto de contención a los Contracamarlengos y se dirigen a él.

—¿Localizador Jmb-0’6180? —él afirma con la cabeza, y el recién llegado se dirige a los otros—. Nos hacemos cargo del encausado.

—No puede ser —dice el Contracamarlengo de rango superior—. Es competencia nuestra.

—Ya no, es sujeto de prioridad F6.

—La prioridad F6 es inoperativa cuando se ha puesto en marcha un protocolo G7.

—No en este caso. El protocolo G7 está indebidamente aplicado, porque no se ha completado la fase ecuatorial E5.

—Me sabe mal, Teniente, no lo puedo tramitar —le muestra el smartphone—. Tengo una petición expresa de mi mando para completar el protocolo asignado.

El otro le muestra su smartphone.

—Como puede ver, a la petición que gestiono se le han asignado tres rosas. Tiene prioridad sobre la suya.

Se están un rato de lado analizando las dos pantallas. Entretanto,

él se ha levantado y ha vuelto a sentarse. El Contracamarlengo dice:

—No puedo abandonar el procedimiento, porque en estas condiciones la infracción del protocolo G7 comportaría la fractura del expediente.

—Mmm, ya lo veo. Pues tenemos un problema, porque la gestión de los códigos no me permite abandonar la prioridad F6. Nos tenemos que llevar al encausado ahora mismo.

—Y yo, como puede ver, tengo la petición expresa de completar el protocolo iniciado.

Se contemplan. A él le pasa de todo por la cabeza, incluso evaluar el resultado de un hipotético enfrentamiento físico. Los dos interrogadores son más jóvenes, y parecen muy fuertes y hechos a la bronca física, pero los otros tienen el talante y el aplomo de las castas militares y diplomáticas preeminentes, poco dispuestos a no salirse con la suya. El otro recién llegado dice:

—Lo único posible sin afectar ningún protocolo sería que ustedes se lleven el encausado a la celda de nuevo, mañana reiniciamos los dos procedimientos dentro de un código unificado KN25, y comprometernos todos a atenernos al resultado obtenido.

Los dos interrogadores se miran. Uno arruga la nariz con desconfianza, el otro encoge las cejas preocupado.

—Supongo que es la solución más razonable.

—¿Lo protocolorizamos así, pues?

Indican que sí, y digitan aprisa en los smartphones. El recién llegado dice:

—Una última cosa. Nos hacen falta unos minutos a solas con el encausado.

—Es del todo irregular —dice un interrogador.

—Llegados a este punto, sería una prueba de confianza.

—Y ustedes ¿qué prueba de confianza nos darán?

El recién llegado se abre la túnica y muestra una ametralladora láser ligera de alta potencia. Los dos interrogadores, desarmados, dan un paso atrás amedrentados.

—Haber resuelto la discrepancia por procedimientos diplomáticos, habiéndolo podido hacer de una manera más rápida y confortable.

Los Contracamarlengos muestran las palmas de las manos abiertas en señal de no beligerancia.

—De acuerdo, pues.

Salen, y ya cerrada la puerta, el Teniente recién llegado se dirige a él.

—Me sabe mal todo este ajetreo, tantas dificultades y dilaciones. No se preocupe, nos hacemos cargo nosotros de los trámites de acceso, y en cuestión de horas estará resuelto. No he podido evitar que tenga que volver a la celda, pero mañana a primera hora le sacaremos y

resolveremos el procedimiento de una vez.

Él respira, pero no del todo.

—¿Mañana a primera hora? Ya me lo dijeron una vez, y no sé cuánto tiempo ha pasado.

El oficial se ríe.

—Le comprendo, yo de usted también desconfiaría. Ya lo verá, ahora es de veras.

—Lo espero... Perdone la osadía, pero ustedes ¿qué Guardia son?

El oficial le sonríe pero no le da la mano.

—Teniente de Archicamarlengos Guidobaldo, a su servicio.

Salen. Pasa un buen rato solo hasta que vuelven los otros, y sin decir palabra le llevan a Prevención. Se paran como siempre en el rellano de control, y el que le dio el puñetazo le dice:

—No sé cómo has salido de esta —suelta una risa sarcástica—, si es que has salido, que ya se verá, porque las cosas no van así.

El otro le mira con un extenso desprecio.

—Digan lo que digan los dorados, eres un delincuente. Si la vuelves a cagar, y seguro que lo harás, espero que caigas en mis manos, y verás lo que vale un peine.

Lo devuelven a la celda 34 del tercer piso, y casi se le saltan las lágrimas cuando encuentra su bolsa lanzada en el rincón donde la había dejado. La alegría le dura poco, porque está revuelta y faltan algunas prendas de ropa. Pero si mañana por la mañana se acaban los problemas, ya le parece bien, pese a que no sabe muy bien este mañana por la mañana a qué distancia en el tiempo se sitúa exactamente. Faltan aún dos comidas y dos revistas, así que todavía hay tiempo para unas cuantas operaciones icónicas.

4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3,
4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3,
4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 1, 2, 3.

Llegados aquí, siente una reacción calórica en algún punto situado entre la espina dorsal y la vejiga, con una incierta resonancia en la mandíbula. La confianza, un tipo de máscara noble de la credulidad, no es una forma de estupidez sino una regla de un juego que no está a su alcance, y considera la posibilidad de que la intención de sus captores no sea putearlo, ni es objeto de confusiones o negligencia, sino que se han propuesto adiestrarlo para el cometido por el cual lo han contratado, a pesar de que duda de si habría que decir por el cual tienen intención de contratarlo.

Aunque el hecho de que estos tampoco lo hayan venido a buscar después de habérselo asegurado también puede indicar algún otro tipo de problema. Se forma mentalmente un cuadro de posibilidades a

partir de la última conversación: los interrogadores Contracamarlengos dominan la situación, y los Archicamarlengos son figuras de attrezzo a su servicio. O bien: los Archicamarlengos dominan la situación, y los interrogadores Contracamarlengos son figuras de attrezzo a su servicio. O bien: unos y otros están al servicio de la instancia superior que lo planifica todo. O bien: la escenificación con que lo han obsequiado no es tal, ni nada impostado ni representado; veraz, en definitiva (qué gracia, cómo le ha costado de conceptualizar). O bien: estudian todos para actor en un grupo de teatro que prepara una actuación. O bien: son pacientes de un grupo de psicoterapia colectiva. O bien: son aspirantes al cuerpo de espionaje: los que hacen de Archicamarlengos son en realidad Contracamarlengos, y los que hacen de Contracamarlengos, Archicamarlengos. O bien: es el juego de un club de millonarios ociosos que han hecho una apuesta sobre mi reacción. En este caso, piensa, ¿a quién he hecho ganar dinero? ¿Qué reacciones habían previsto? ¿Cuáles les parecían más probables, que me amedrentara y no dijera nada —más o menos lo que he hecho? ¿Que me enfrentara a golpes? ¿Que los amenazara con represalias en nombre de los derechos civiles, de garantías estatutarias o de cualquier otra tomadura de pelo o gilipollez? ¿O esperaban una confesión? Una verdad, pero ¿cuál? ¿Que me inventara una cualquiera para salir del paso? ¿Que dijera la que quieren oír, al margen de que sea tal verdad? ¿Esa verdad la sé? ¿Creo saberla por miedo, por desesperación, por reducción al absurdo? Cree haber sido objeto de técnicas de interrogatorio y tortura, y la idea de haberlas resistido le da la medida del conocimiento del que es depositario. O del que cree serlo, tanto da. ¿O no tanto da? ¿A qué figura moral corresponde proporcionar al enemigo una información que uno mismo tiene por verdadera, y resulta no serlo? ¿Por carambola subvierte la naturaleza del enfrentamiento?

Oye voces y pasos acercándose. Discusiones, quizá. Voces autoritarias. No sabe si alegrarse o acojonarse. Pensaba que quería ardientemente que esto se acabara, y ahora ve que quizá le da miedo, que ya le está bien el impasse. Comparecen dos carceleros con tres Contracamarlengos de uniforme, un oficial y dos guardias, todos desconocidos. El oficial le dice:

—Localizador Jmb-0’6180, venga con nosotros.

No es noche cerrada. Otro dice:

—Y no se olvide nada.

Él se calza y recoge la bolsa.

—¿Aquí ya no volveré?

—Es lo más probable.

—¿Que vuelva o que no vuelva?

El oficial se impacienta.

—¿Usted no sabe lo que pregunta? En marcha.

Van a la taquilla de entrada de Prevención, y un individuo quasimodesco le presenta un saco gris que le parece salido del túnel del tiempo. Lo abre, y allí está todo: smartphone, llaves, medallas, relojes, cadenas, gafas, anillos, medicamentos, elementos mecánicos y electrónicos, armas, navajas, rotuladores. Lo repasa. El oficial dice:

—Dese prisa.

El oficinista le da un toque.

—No, que se asegure de tenerlo todo. Cruzada la puerta no se admiten reclamaciones.

El detalle le tranquiliza y a continuación le inquieta. ¡Incluso esto tienen que fingir!

Los tres guardias le llevan por nuevos pasillos no transitados hasta entonces hasta dependencias amplias y altas de techo, las más antiguas, hasta un despacho de reuniones con una gran mesa elipsoidal en el centro y catorce sillas. Le dejan solo y al cabo de unos minutos entran el Teniente de Archicamarlengos Guidobaldo y otro oficial más joven, le saludan afablemente y se sientan en el extremo de la mesa.

—Me alegro de verle, y que por fin se haya resuelto. Me alegro de verdad, ya sé que ha sido largo y tedioso para usted, y que habrá habido momentos desagradables —abre los brazos—, espero que haya merecido la pena para todos.

Él se siente extenuado, y no tranquilo del todo. Mira la salita, de tonos cálidos, luces indirectas y muebles de madera clara, todo muy acogedor y de estilo internacional.

—Ha tardado más de lo que me dijo —el oficial hace una sonrisa más de quitar importancia que de excusa—, pero si se ha resuelto... porque, en fin, no se lo tome a mal, ¿de verdad se ha resuelto?

Los oficiales se ríen. Guidobaldo dice:

—Hemos conseguido dejar sus expedientes retenidos en suspenso, y a efectos prácticos ya no hay que preocuparse.

—Salvo que los próximos días mate a alguien —dice el otro para hacerse el gracioso, y Guidobaldo continúa.

—El único trámite es meramente formal, pasar por el dispensador de acreditaciones.

—Y ya se podrá mover sin trabas por las zonas asignadas.

—Antes —Guidobaldo le mira de pies a cabeza con una compasión impecable—, qué desastre, esta gente de Prevención no se anda con chiquitas, le dejaremos descansar un rato, y que se ponga en orden.

Ponerse en orden consiste en que el joven oficial le acompañe a una especie de suite con el número 28 en la puerta, detalle en el que ve una señal positiva. Se ducha y encuentra ropa limpia, nueva y muy

cómoda y práctica —holgada, suave y con muchos bolsillos—, de un gris parecido a los uniformes de los Subcamarlengos, pero más claro y ligeramente morado.

Deja la bolsa y coge lo imprescindible. Cierra la puerta con el smartphone y un código, y el oficial le acompaña a una salita contigua donde unos adolescentes de tristísima expresión le sirven verduras a la brasa, embutido picante, cerveza de trigo, fruta y té verde. En un receso le dice:

—Si le parece bien, vamos al dispensador de acreditaciones.

—¿Qué pasa con el rato de reposo?

El oficial mira el reloj.

—Lo dejamos para después, porque cierran el dispensador a las 20 h, y mañana tendríamos que empezar a primera hora.

Él mira el reloj.

—Pero si solo son...

—Con el dispensador no se sabe nunca —repasa los platos—. ¿Ha terminado? ¿Nos podemos ir?

Él asiente, y el oficial le guía por una serie de patios interiores interconectados y cubiertos, algunos con arcos y vueltas, otros en arquitrabe, de entre cinco y ocho plantas, siempre por las del medio, en ocasiones a través de escalinatas, siempre ascendiendo.

Entran finalmente en una extravagante sala de juegos de planta rectangular por una abertura central de la parte estrecha. Hay nueve mesas ordenadamente dispuestas, y al fondo una gran máquina semiempotrada, simétrica y con molduras y letreros luminosos, vagamente parecida a un altar con retablo encima, y una cola de varias personas delante. El oficial le acompaña, toman tanda en una máquina de etiquetas y se sitúan.

Tienen trece personas delante. El dispensador es una especie de cajero automático, y le enerva encontrarse con una traba más. El oficial le dice:

—Tiene que introducir el localizador, validarlo con el password y el tag, y seguir las instrucciones. Con las acreditaciones no tendrá problemas para circular por la zona. Puede descansar unas horas en la habitación asignada, y le iremos a buscar para ponerse manos a la obra.

—Muy amable.

—Si me lo permite, he de ausentarme para atender un asunto urgente. Ha sido un placer ayudarle, le deseo suerte y le doy las gracias por la gentileza de su atención.

—Al contrario, gracias a usted.

El oficial se va. La gente de la cola, todos hombres y de edades en el promedio de esperanza de vida humana, tardan tiempos diferentes cada uno, y de quince minutos no baja ninguno. Al cabo de tres horas

todavía tiene tres delante, se ha hecho una fila de diez individuos más detrás de él, y le parece que los últimos tardan mucho más que los anteriores. Al de justo delante la máquina se le ha bloqueado o estropeado; pide una ayuda que tarda una eternidad en llegar, y cuando lo hace no parece muy entendida ni diligente.

Finalmente le toca, se sitúa ante el teclado y la pantalla, hace lo que el oficial le ha dicho, siguiendo las indicaciones de la pantalla, y una vez identificado y reconocido, y con las tarjetas de crédito dentro del aparato, le aparece el mensaje:

«Si quiere operar en w-galáctico, pulse 0. Si quiere operar en y-regional, pulse 1. Si quiere operar en inglés pacífico o atlántico, pulse 2. Si quiere operar en chino mandarín, en japonés o en coreano, pulse 3. Si quiere operar en árabe, pulse 4. Si quiere operar en gallego, en galaico-portugués o en brasilero, pulse 5. Si quiere operar en franco-italiano, pulse 6. Si quiere operar en ruso o en valenciano, pulse 7. Si quiere operar en alemán o en mallorquín, pulse 8. Si quiere operar en portugués o en español, pulse 9.»

Pulsa el 9, y aparece:

«Si quiere operar en portugués, pulse 1. Si quiere operar en español, pulse 2.»

Pulsa el 2, y aparece:

«Si quiere alquilar un vehículo de circulación interna, pulse 1. Si quiere cambiar su estatus consular, pulse 2. Si quiere obtener información de visitas guiadas, espectáculos y ocio, pulse 3. Si quiere información y/o pases para Juegos, pulse 4. Para otras opciones, pulse 5.»

Pulsa el 5, y aparece:

«Si quiere contratar un seguro, pulse 1. Si quiere cambiar sus códigos numéricos, teclee los passwords a petición de la pantalla, y detrás de cada paso pulse 2. Si quiere contratar un servicio de guardaespaldas, pulse 3. Si quiere contratar señoritas y/o señoritos de compañía, pulse 4. Si quiere contratar asistencia médica, pulse 5. Si quiere contratar asistencia jurídica, pulse 6. Para otras opciones, pulse 7.»

Pulsa el 7, y aparece:

«Si quiere establecer un alias compulsado, pulse 1. Para alquiler de disfraces, caracterización y maquillaje, pulse 2. Para pases para exhibiciones y subastas de antigüedades, pulse 3. Para servicios de compraventa de todo tipo de objetos y bienes patrimoniales, pulse 4. Para otras opciones, pulse 5.»

Pulsa el 5, y aparece:

«Para compraventa y/o intercambio de privilegios protocolarios, pulse 1. Para servicios de filmación, fotografía, holografía y otras representaciones virtuales, pulse 2. Para contratar ayuda diplomática profesional, pulse 3. Para formalizar una denuncia sobre cuestiones procedimentales, pulse 4. Para formalizar una denuncia sobre agresiones y/o robos, pulse 5. Para formalizar una denuncia sobre incidencias de mantenimiento o de intendencia, pulse 6. Para otras opciones, pulse 7.»

Pulsa el 7, y aparece:

«Para organización y gestión de fiestas y celebraciones, pulse 1. Para ampliar el crédito de sus tarjetas, pulse 2. Para obtener mapas actualizados de configuración numérica, pulse 3. Para servicios de cirugía plástica, pulse 4. Para otras opciones, pulse 5.»

Pulsa el 5, y aparece:

«Para urgencias de cirugía plástica y conservadora, pulse 1. Para urgencias médicas, pulse 2. Para reclamaciones de clase HY, pulse 3. Si quiere contratar servicios funerarios, pulse 4. Si quiere acceder a un código XK, pulse 5. Para otras opciones, pulse 6.»

Pulsa 6, y aparece:

«Para reencriptar su módulo operativo, pulse 1. Para anular servicios código YH, pulse 2. Para acceder a contratación de virtuales Rombicuboctaédricos, pulse 3. Para duplicar chips y contratar servicios técnicos, pulse 4. Para contratar servicios de Fonóctonos, pulse 5. Para otras opciones, pulse 6.»

Vuelve a pulsar 6, y aparece:

«Para reencriptar su módulo operativo, pulse 1. Para anular servicios código YH, pulse 2. Para acceder a contratación de virtuales Rombicuboctaédricos, pulse 3. Para duplicar chips y contratar

servicios técnicos, pulse 4. Para contratar servicios de Fonóctonos, pulse 5. Para otras opciones, pulse 6.»

Se exaspera, y le propina un puñetazo al aparato.

—¡Qué es esta mierda!

Los de la cola levantan la cabeza, impacientes. Uno de los que están más próximos se le acerca.

—¿Me permite que le ayude? Dígame su localizador.

Otro se mete.

—¡Usted mismo! Yo mi número privado no se lo daría a un desconocido.

—¿Quiere que le ayude o no?

Interviene un tercero.

—¡Lo que quiero es acabar! ¡Si no sabe, anule la operación y deje paso al siguiente!

Él busca las opciones de pantalla y les dice:

—Está bien, salgo y les dejo el monstruito entero para ustedes.

Pulsa «Anular y salir», y en la pantalla aparece:

«Opción incorrecta. Este protocolo no se contempla desde su 0'FAH0. Para continuar, pulse 1. Para acceder a opciones de reprotocolización u obtener mapas actualizados de configuración numérica, pulse 2. Para ayuda extradodecaédrica, pulse 3. Para ayuda extratridimensional, pulse 4.»

Vuelve a pulsar «Anular y salir», y la pantalla repite el mismo cuadro, con un sobrecuadro añadido y tres toques de una bocina ronca:

«Opción incorrecta. Te quedan tres oportunidades para protocolizar una opción viable. Si se mantiene el defecto de forma, se te retendrán las tarjetas y se te aplicará el código 58-13.»

Respira hondo. El tuteo alimenta el fuego de la ira rampante y la confusión fluctuante, abre de par en par y sacude los recuerdos, y pulsa el 4.

«Opción incorrecta. Te quedan dos oportunidades para protocolizar una opción viable. Si se mantiene el defecto de forma, se te retendrán las tarjetas y se te aplicará el código 58-13.»

Se cabrea. Pulsa cuatro teclas al azar. Tres toques más de la bocina, con el volumen aumentado el doble.

«Opción incorrecta. Última oportunidad para protocolizar una opción viable. Si se mantiene el defecto de forma, se te retendrán las tarjetas y se te aplicará el código 58-13.»

Se queda quieto. El tipo de detrás, el único discreto y silencioso, le apunta con suavidad:

—Pulse el 3.

Sin ninguna razón racional, le inspira confianza. Pulsa el 3, y le aparece:

«Para remitir al protocolo 0'FAH0, pulsa 1. Para reencriptar tu módulo operativo, pulsa 2. Para acceder a los servicios protocolarios de clase N, pulsa 3. Para acceder a los servicios protocolarios de clase P, pulsa 4. Para acceder a un código XK, pulsa 5. Para compraventa y/o intercambio de privilegios protocolarios, pulsa 6. Para retroceder, pulsa 7.»

Vuelve a quedarse inmóvil, y el de detrás le dice:

—¿Quiere acreditaciones de acceso interior?

Le mira con desconfianza. Es el tipo que le parece más de fiar de todos los que ha encontrado aquí hasta ahora, pero si una cosa ha quedado clara es lo dudoso que resulta fiarse de nadie.

—Sí..., creo que sí —le dice.

—Pulse el 3.

Lo pulsa, y la pantalla entra en un receso operativo. Él se vuelve.

—Se lo está pensando.

El otro levanta las cejas, cansado y paciente.

—No es tan fácil ni tan claro. En la mayoría de las opciones el laberinto continúa, van apareciendo bucles y nuevas desviaciones, y no se llega nunca a ninguna parte.

Finalmente aparece:

«Para reconfirmar opciones anuladas, pulse 1. Para contratar servicios protocolarios a Niveles J, K, L, M y N, pulse 2. Para retroceder, pulse 3.»

—Es buena señal que haya pocas opciones y se repita la escogida —le dice el de atrás—. Pulse el 2.

También le parece buena señal que reaparezca el «usted». Pulsa el 2. Sale en pantalla:

«Para obtener acceso a los Niveles J, K, L, M y N, necesita el código FlipQTClic. Pulse 1 para obtenerlo. Para salir, pulse 0.»

Marca el 1, y aparece:

«Para obtener el código FlipQTClic, pulse 2 e introduzca los accesos a los Niveles J, K, L, M y N. Para retroceder, pulse 1. Para salir, pulse 0 y extraiga la tarjeta.»

Queda en un estado de flotación de catadura figurada entre la niebla y la lava.

—Un momento. No tengo los accesos a esos niveles. ¿Ahora qué? —se vuelve hacia atrás, al individuo que le ha ayudado—. ¿Salgo?

El tipo avanza con más énfasis que antes.

—No, no, nada de salir, habría que volver a empezar, y como el proceso queda registrado, el programa podría no aceptarlo. Retroceda.

Pulsa el 1, y aparece:

«Para obtener acceso a los Niveles J, K, L, M y N, necesita el código FlipQTClic. Pulse 1 para obtenerlo. Para salir, pulse 0.»

Se queda patidifuso. Mira al de atrás, y el otro hace un gesto de posibilismo más que incierto. Marca el 1, y sale en pantalla:

«Para obtener el código FlipQTClic, pulse 2 e introduzca los accesos a los Niveles J, K, L, M y N. Para retroceder, pulse 1. Para salir, pulse 0 y extraiga la tarjeta.»

Le arrea un puñetazo a la pantalla, y varios más al teclado. Los tres tipos de atrás lo apartan del aparato y lo inmovilizan. El que ha tratado con él hasta ahora le dice:

—Por favor, señor, conténgase. Con acciones violentas solo conseguirá que venga la Guardia y haya problemas graves de verdad.

Pelea como un ternero bravo para soltarse.

—¡Como si viene Dios y su madre! ¡Me la suda! ¡Me cago en el Archicenotafio y la puta que los parió!

Se suman dos más a sujetarlo. La máquina dispensadora lanza una campanada eléctrica de atención, y a un volumen de estación de tren y con entonación andrógina (seguramente también de procedencia cibernética) emite un comunicado de voz:

«Se advierte al solicitante en curso que en cualquier término y circunstancia de tiempo sus acciones pueden ser objeto de exigencia de responsabilidades penales, de acuerdo con el dictamen 4989484820458683436563811 77 de la Apotropía de Dispensación de Códigos, Pases y Licencias de la Casa Madre.»

Libre de la exigencia física, el que le ha ayudado le sermonea en pausado tonillo doctoral.

—Señor, ya lo ha oído, con exabruptos de crío no llegará a nada, y acabará en chirona —saca el smartphone del bolsillo—. Veamos qué se puede hacer para salir de estos bucles. Por favor, cálmese para que estos señores tan amables y usted mismo puedan descansar.

Todo el mundo se hace caso. Algunos ponen cara de mala leche, y él se siente en deuda.

—Me sabe mal. No sé si les ha pasado alguna vez.

El más fuerte y con pinta de energúmeno se le encara.

—¿A usted no le han enseñado a ir por el mundo?

Quedan a poco más de un palmo. El del smartphone se interpone.

—No empecemos otra vez, eh. Vamos a ver, creo que ya lo tengo. Mire —le muestra unos esquemas virtuales donde él no entiende nada —. Es muy fácil. Pulse el 2, y teclee los números de su localizador todos a la vez durante tres segundos, hasta que oiga un pitido.

Los demás vuelven a la cola. Si fuesen perros gruñirían. Complaciéndose en la provocativa parsimonia del «ya qué más da» y el «a ver quién tiene huevos de meterme prisa», va al teclado y sigue la indicación acabada de recibir. Llega el previsto pitido, aparta las manos y sale en pantalla:

«Su código FlipQTClic es 144-233-377. Introdúzcalo y pulse 2. Para salir, pulse 0 y extraiga la tarjeta.»

Lo hace. La máquina lo piensa durante más rato de lo habitual. Más de cuatro veces más tiempo que en ninguna operación anterior. La espera se tensa, pero nadie dice nada. Finalmente, aparece en pantalla:

«¿Ha venido con la intención y/o el plan de cometer un atentado contra la vida o la integridad física de un dirigente de la Casa Madre? Si la respuesta es “Sí”, pulse 0. Si es “No”, pulse 1.»

Queda parado delante del aparato.

—¡De verdad! ¡Es una broma, supongo!

En tono exánime, el de atrás dice:

—Pulse el 1 y acabemos de una vez.

Lo hace, y en la pantalla aparece:

«¿Ha venido con la intención y/o el plan de cometer un atentado contra la vida o la integridad física de un funcionario de la Casa Madre? Si la respuesta es “Sí”, pulse 0. Si es “No”, pulse 1.»

Abre los brazos, exasperado.
—¡No me lo puedo creer!
Uno de más atrás dice, jocosamente:
—¡Pulse, hombre, pulse!
Pulsa, y aparece en pantalla:

«¿Ha venido con la intención y/o el plan de destruir por cualquier procedimiento algún efectivo o recurso de la Casa Madre? Si la respuesta es "Sí", pulse 0. Si es "No", pulse 1.»

Pulsa en silencio, y aparece:

«¿Ha venido con la intención y/o el plan de robar o manipular algún efectivo o recurso de la Casa Madre? Si la respuesta es "Sí", pulse 0. Si es "No", pulse 1.»

Escarnece un paso de ballet para pulsar. En la pantalla aparece:

«¿Ha venido con la intención y/o el plan de cometer algún acto de espionaje dentro de la Casa Madre? Si la respuesta es "Sí", pulse 0. Si es "No", pulse 1.»

Vuelve a pulsar 1 con una furia descontrolada. La máquina vuelve a meditarlo un buen rato. Cuando ya nadie ni tan solo piensa qué cara poner, aparece en la pantalla:

«Sus localizadores permiten accesos a Niveles J, K, L, M y N, con prioridad G. ¿Quiere emitirlos ahora?»

Debajo, los botones virtuales «Emitir ahora» y «En otro momento». El de atrás dice:
—Enhorabuena, lo ha conseguido.
Pulsa «Emitir ahora», y se vuelve con una sonrisa.
—Gracias a usted.
—No hay de qué —ladea la cabeza para mirar, y a él le parece una indiscreción—. Prioridad G... No es la máxima, pero deja claro que es usted importante.
En la pantalla aparece:

«Reintroduzca el password.»

Y debajo «Aceptar» y «Anular». Teclea el password, después «Aceptar», y aparece:

«Presente el tag de acceso ante el visor.»

Lo hace. Al de atrás se le va apagando la sonrisa cuando le dice:

—A partir de ahora es fácil, todo lo que le pida pulse «Aceptar», y al final le saldrán las acreditaciones por la ventanilla.

Lo va haciendo, hasta que aparece en pantalla:

«Aceptar pago a cargo de su cuenta de 1.970 créditos.»

Y los ya conocidos «Aceptar» y «Anular». Así que al final todo es cuestión de pasta, y no poca, piensa, como si me hubiera ido de vacaciones al Caribe. Teclea «Aceptar». Imagina cómo lo recuperará, si los emolumentos lo compensarán. Mientras el aparato hace su proceso, se vuelve de nuevo hacia el tipo de atrás. Piensa por qué no debería pensar si lo apuñala.

—Le estoy muy agradecido. Sin usted no lo habría logrado.

—No tiene importancia —le da la mano—. Prescriptor de patentes Juli Fabrici, encantado de haberle conocido.

—Mucho gusto —piensa: aún no tengo las acreditaciones, por lo tanto no puedo jugar; le viene a la cabeza el episodio con el Teniente Sapirstein. ¿Y si es una prueba más?—. Besant, técnico de reparaciones.

El otro suelta una risotada que lo descoloca del todo. Se vuelve para ir pulsando «Aceptar» cada vez que la pantalla se lo pide, casi sin mirar qué acepta, y no pierde de vista con el rabillo del ojo al de detrás, instalado en una sonrisa bondadosa que ahora le parece burlona.

La resolución le parece innecesariamente dilatada. Pierde la cuenta de las veces que ha pulsado «Aceptar», y cuando salen al final por la bandeja los comprobantes de la operación y las acreditaciones plastificadas y con cintas de colores diferentes para colgárselas en el cuello, y las recoge y se dispone a salir deprisa, el prescriptor le persigue.

—¡No se olvide de las tarjetas!

Retrocede, y aún tiene que atender unos trámites y esperar a que el dispensador se los devuelva. Cuando lo tiene todo se dirige a Fabrici.

—Gracias de nuevo... ¡Hasta la próxima!

—Adiós —dice el otro, compasivo, y accede al aparato.

Él aún se detiene en la puerta para asegurarse de que el tal Fabrici opera de verdad en la máquina, y su presencia allí no forma parte de una operación preconcebida. Fabrici lo hace, o lo simula bastante bien.

Vuelve a la suite 28, y se quita los zapatos y la ropa de calle. Le

inquieta acostarse. Le parece que lo van a ir a buscar en cualquier momento. Pasadas un par de horas apenas se ha adormecido, incapaz de relajarse. Casi echa de menos, y se maldice por ello, que entre quién sabe qué guardia y lo vuelva a arrastrar de mala manera por recovecos inhóspitos. Le duelen la mejilla, la mandíbula y las costillas, y la opción de dormir en lugar protegido le parece un prodigio amenazador.

Vuelve maquinalmente a las correspondencias de la celda de Prevención, pero obligado a rehacer la parte de la actividad diaria. Como no puede poner equivalentes, ni le parece apropiado adentrarse en expectativas y deseos, opta por cristales, piedras y minerales nobles: jade, obsidiana, pórfido, malaquita, ópalo, amatista, topacio, zafiro, rubí, esmeralda, diamante. Alunita, el posible modelo para el caprichoso Poliedro de Durero.

Atizado por el insomnio, sustituye los números de las Pasiones por Chorales: Nun lob', mein Seel', den Herren... veamos, Du Lebensfürst Herr Jesu Christ, o bien In meines Herzens Grunde, o Vor deinen Thron tret ich. Mejor no instalarse en la tragedia; incluye alguna gavota bailarina, alguna pieza sensual. Mein Freund ist mein, und ich bin sein va como un guante al propósito, y aún más Wie selig sind doch die, die Gott im Munde tragen. Descubre la delicuescencia de sufrir por el albedrío de las propias decisiones, y le da miedo no tener tiempo de desahogarse como habría querido y como, seguramente, no le habría convenido, cuando pese a todo le vence el sueño.

Llaman a la puerta, y se queda inmóvil esperando a que irrumpan en tromba dentro de la habitación para llevárselo de mala manera. Pero no abre nadie, y al cabo de un rato vuelven a llamar, suavemente, de manera para nada perentoria.

Se levanta, abre y se encuentra con dos funcionarios con una pinta nada militar ni amenazante.

—¿Señor Besant?

—Yo mismo.

—Si tiene la bondad de venir con nosotros, el Jefe del Departamento Técnico de la Torre Norte le espera.

—¿Me permiten vestirme?

—Desde luego —dice el otro funcionario—, y por favor, deje la bolsa hecha y no olvide nada. El servicio de habitaciones le llevará al alojamiento definitivo.

Cuando lo tiene todo listo, le llevan hasta una barra de un bar que no es tal, sino la terminal de un tren interior, un metro ligero, diría (con el morro afiladamente aerodinámico), en la estación más pequeña que ha visto en su vida. Suben al vagón, configurado con un pasillo central y ocho asientos a ambos lados, distribuidos de cuatro en cuatro alrededor de una mesita, dos de cara y dos de espaldas. Los

funcionarios se sientan de lado en los asientos centrales de la izquierda en el sentido de la marcha, y él frente a ellos. Van por un túnel donde se aprecia la trayectoria curvada, como si recorriera un círculo muy amplio. El vagón es nuevo, y va sin conductor con una suavidad que delata la tecnología punta. Él se entretiene en imaginar la longitud transitada, dado que, una vez acabada la aceleración, la total ausencia de variaciones en la inercia y la fuerza centrífuga —la primera inexistente, la segunda muy pronunciada— permite pensar que se recorre una curva de arco constante, una circunferencia.

El trayecto dura, y se le ocurre si se podría mantener la inercia lateral en un recorrido elipsoidal, hiperbólico o parabólico modificando gradualmente la velocidad para mantener el efecto de recorrer un trayecto circular, pero lo descarta por innecesario.

El túnel está oscuro y el vagón no tiene vidrios en los frontales, y sin visuales anteriores ni posteriores le cuesta imaginar el arco. ¿Por qué otro parámetro podría deducirlo? Piensa que de acuerdo con el tiempo invertido, conocer la curvatura le permitiría calcular la longitud del arco recorrido, pero tampoco sabe a qué velocidad van. Alta, sin duda, ¿pero cuál? ¿Doscientos kilómetros por hora? ¿Trescientos? O no puede ser tanta, o hay un sistema de descompresión muy sofisticado para evitar que los pasajeros se dejen los tímpanos.

Uno de los funcionarios se dirige a él.

—¿Conoce usted las leyendas de la Madre Casa?

—Algunas.

—Hay una que dice que esta parte de la Cáscara tiene la peculiaridad de que hace a la gente transparentes unos ante los otros, y aun sin quererlo, se ven los pensamientos de quienes tienes al lado.

Él hace una mueca de escepticismo.

—Qué quiere que le diga. No he visto nada de sus pensamientos.

Los funcionarios se miran y sonríen.

—Para ver una cosa, hay que mirarla.

El otro afirma con un gesto y dice:

—Le falta práctica.

Se encara con ellos.

—¿Han visto qué pensaba yo?

—Desde luego. Intentaba calcular la longitud del círculo que estamos recorriendo basándose en la curvatura, y se preguntaba si podría deducir la curvatura en función de la fuerza centrífuga.

Queda impresionado. Los funcionarios parecen encantados de haberle sorprendido. Él dice:

—No es difícil de deducir, dada la falta de estímulos —señala a su alrededor—. ¿Qué más hay en qué pensar, aquí?

Los otros continúan con la sonrisa de pillería benigna.

—¡Ni se lo imagina! Hay quienes piensan en la señora despampanante que se quieren llevar a la cama...

—... y por qué ella no hace caso. O en la muerte de su padre...

—... y les tortura no haberse podido despedir como es debido. O en una foto perdida...

—... y si se la habrá robado su amante. O en la dieta que les han prescrito...

—... y que no serán capaces de seguirla. O cómo odian a aquel compañero...

—... y cómo les gustaría matarlo. O en las deudas con Hacienda...

—... y qué les pasará si no pagan. O en el mal de estómago de los últimos días...

—... y si será un cáncer intratable. O en vender el chalé de la costa...

—... y si no sacarán el dinero que vale. O en la preterición de los beneficiarios...

Les para con un gesto.

—Está bien, está bien, me lo creo —se le contagia la risita—. ¿Y qué pasa si ven en el visitante sentimientos poco amistosos hacia ustedes?

—También ha pasado, también.

—Pero usted todavía no ha tenido tiempo de dibujarlos.

—Al menos de manera consistente.

—Si quieren asustarme, lo están consiguiendo.

Uno de ellos mira el reloj.

—No se preocupe, ya hemos pasado la zona de las transparencias.

—Ah... y la conoce mirando la hora.

Se ríen.

—Ya se acostumbrará.

Se dispone a preguntar a qué, pero el vehículo aminora la marcha y entran en una estación mucho más amplia que el embarcadero de donde vienen. Bajan del vagón, que continúa, vacío. Le parece un espacio antiguo. De piedra gris, con bóvedas altas como tres pisos, las nervaduras y los marcos de los huecos ribeteados de rojo, azul y dorado. Hay ménsulas con dragones y leones esculpidos, y en el centro de los paramentos, arabescos con toros embistiendo y cabezas de serpiente a punto de lanzarse sobre el viandante. Dragones, leones, toros y serpientes, en actitud de lucha y con una terrible cara de mala leche que en otro momento daría risa.

Avanzan hasta el centro de un andén semicircular. El ambiente general es multicolor, con predominancia de flamígeros oscuros. Del techo cuelgan lámparas con pantallas de cerámica y esmaltes translúcidos, con ambiguas figuras asomadas con la cabeza hacia abajo, entre risueñas y amenazantes, medio sátiros medio diablos,

pero con un punto angélico todavía más inquietante por la sutilidad inquisidora, invasiva, sexual.

Se pregunta de dónde le vienen estos pensamientos, si le han puesto algo en la comida o la bebida, cuando llega un oficial de Camarlengos, y se dirige a ellos.

—Localizador Jmb-0'6180, supongo.

Un funcionario avanza.

—Es él, y con todas las acreditaciones.

—Perfecto, muchas gracias.

Le invita a acompañarle. El uniforme rojo le trae malos recuerdos, pero se sobrepone y dice:

—Me llamo...

El oficial le interrumpe.

—Todavía no, todavía no, hay que hacer alguna pequeña formalidad más —se ríe de su cara de zozobra—, no se preocupe, ni colas ni dispensadores. Tendremos, podríamos decir, una reunión informativa entre colegas.

Se adentran por un trazado de corredores y salones de varias dimensiones y estilos, siempre en línea recta.

—¿Por fin sabré para qué me han contratado?

El oficial hace un gesto de posibilismo. Cogen un ascensor cerrado y suben un número de pisos imposible de calcular sin saber la velocidad, pero que por el rato y suponiendo una tecnología estándar podrían ser más de ochenta.

—Dependerá del Jefe de Departamento, pero supongo que sí, que después de tantas dilaciones ya debe de ser hora de empezar a trabajar —le sonríe, se vuelve y le tiende la mano—. Soy el Teniente Nietsripas.

Se estrechan las manos sin detenerse. A él le inquieta el rato que hace que recorren pasillos y saloncitos de paso sin encontrar a nadie.

—Encantado de conocerle.

—Opero en el mismo sector que el Teniente Sapirstein, a quien ya conoce.

Él aminora la marcha, preso de un ataque de aprensión.

—La conversación con el Teniente Sapirstein acabó fatal.

El otro se ríe, por encima del bien y del mal. Es un tipo atlético, de aspecto rudo, pedregoso, bastante más alto y fornido que él, con facciones no exentas de nobleza y atractivo.

—Depende de cómo se mire, no tan mal. Está usted aquí.

—Pero después de una gincana que solo faltaba... En fin, no es hora de obscenidades, qué quiere que le diga, como no sé qué hice mal con el Teniente Sapirstein, no sé qué tengo que hacer o dejar de hacer para no acabar igual otra vez.

El oficial continúa riendo.

—Lo entenderá, lo entenderá, no se preocupe. Antes estas cosas no pasaban, pero desde que los Fonóctonos se han vuelto tan escrupulosos, te obligan a no dejar pasar ni una, y sale todo el mundo perjudicado.

—¿Cómo sé que el detalle que no se podía dejar pasar allí tampoco se dejará pasar aquí? No se lo tome a mal, es que no me gustaría volver a Prevención.

—¡Qué va, nada de volver a Prevención, solo faltaría! No, aquello fue... No encajaba una correspondencia numérica, pero atendiendo a la prioridad del caso la dirección autorizó a pasarlo por alto —hace un gesto ambiguo—, a pesar de que es posible que en algún momento se quiera resolver —se avanza a la cara de pánico del visitante—, nunca interfiriendo en sus actividades, esto está superado, puede estar tranquilo.

Por una puerta de doble altura entran en una cámara semicircular, con grandes ventanales en la parte curvada presentando la visión de una puesta de sol ensangrentada que le fascina, porque hace días que no contempla el espacio exterior, y aún menos abierto a un cielo colosal. Un grupo de personas, de pie algunos, otros en sillas o en sofás, no se vuelven cuando entran. Se acerca al ventanal, y parece que vayan en avión, porque abajo solo se ven nubes blancas —¿naturales o niebla inducida?

El Camarlengo queda atrás, y él se abandona a disolver los recuerdos inmediatos en la contemplación. El ventanal arranca a un metro treinta y cinco del suelo, encima de un parapeto metálico de un verde grisáceo, rematado por un alféizar que no llega al palmo de profundidad, y está despiezado en cristales cuadrados de 54 × 54 centímetros sobre finos montantes de madera barnizada la parte baja, la tocante al techo pintada de negro. En la parte central se abren tres ventanas en guillotina, con cierres de bronce en forma de cabeza de dragón. El sol poniente a la izquierda y la ausencia de edificación alguna indican con seguridad que están en una dependencia superior de la Torre Norte.

—Bienvenido a su destino.

Se vuelve, y tiene una sorpresa inapreciable en términos positivos o negativos.

—¡Doctor Zapruder!

—Me halaga que me recuerde. ¿Qué le apetece beber?

—¿Esperaba que me hubiera olvidado? —se ríen y se estrechan las manos—. Supongo que será inútil preguntarle si el primer encuentro fue casual.

Le sirve un zumo de fruta recién hecho. El aposento tiene frescos con escenas mitológicas en el techo, y en las paredes papel satinado verde, gris y dorado, cortinajes grises que seguramente ocultan

puertas, y un par de espejos.

—Casual, he aquí un concepto difícil de dimensionar.

—No esperaba que me lo aclarase.

Los asistentes, contando a todos ocho hombres y cinco mujeres, se reunifican alrededor del círculo central de butacas y se le aproximan en disposición de saludarlo. Él se fija detenidamente por primera vez, y reconoce al prescriptor de patentes Juli Fabrici, que le sonríe y levanta las cejas como quien dice, no te esfuerces, después hablamos. Otras caras también le suenan, pero no las identifica. Zapruder se dirige a la concurrencia.

—Dejamos las presentaciones para más adelante. Ya lo hemos aplazado demasiado todo, y por motivos diversos que ahora no hay que volver a debatir, así que, si les parece, les pondré al corriente. Algunos de ustedes saben algunas cosas, otros otras, incluso alguien bien poco —le sonríe a él—, conque si me lo permiten, y aunque repita puntos sobreros para algunos, y les pido disculpas, empezaré por la base.

—Adelante, doctor —dice, ya instalado en medio, un anciano a quien todos tratan con deferencia.

Los mayores se sientan, los jóvenes ocupan los brazos de las butacas, bastante anchas para estarse cómodamente, algunos se acercan sillas, el Teniente Nietsripas y dos más se quedan de pie, y a él le ofrecen un asiento junto al doctor. Se siente casi obligado a perderse en la caza de encontrar un sentido a las calamidades pasadas, y se sorprende en la excelente disposición a olvidarlas.

El doctor Zapruder dice:

—Amigas y amigos, como Jefe del Departamento Técnico de la Torre Norte, permítanme empezar felicitándonos de que, al margen de alguna otra posible incorporación, finalmente hayamos completado el equipo para reparar los daños del accidente del Anficonversor. Hemos llegado hasta aquí siguiendo caminos diferentes, algunos tortuosos, algunos difíciles, habiendo sufrido más o menos, nada o mucho incluso, cada cual según la circunstancia. Unos —señala un sector de los reunidos—, porque han vivido en primera línea el accidente, y han pasado por el dolor y la frustración de no poderlo resolver con los medios disponibles, de ver como las cosas se complican sin margen de actuación. Otros, conocedores de las tradiciones y más experimentados, por el desaliento de comprobar cómo los antecedentes no sirven para prevenir males futuros, cómo afinar mecánicas de seguridad es un camino sin final, y por más que se quiera tener todo cubierto, la manta siempre queda corta por algún lado. Y finalmente, los técnicos recién llegados —lo señala a él y a un par más—, que han pasado los severos protocolos de entrada, exigidos

para garantizar el carácter y la disposición imprescindibles para los participantes en una empresa que puede ser más ardua, extensa y compleja de lo que todos querríamos. Por razones de seguridad, porque vienen de fuera y han tenido que padecer los trámites en compañía de descontrolados, disponen de menos información, y debo excusarme por una desventaja que será a continuación subsanada, y también, lo reitero porque es de cortesía obligada, con el resto, porque me oirán datos que ya conocen.

Hay murmullos. El anciano dice:

—Todo el mundo lo entiende y le excusa, doctor Zapruder, adelante.

—Muchas gracias, doctor Kelch —deja una pausa enfática—. Por supuesto, si algo no queda bien explicado y se requieren puntualizaciones, no se abstengan de preguntar. El Anficonversor de la Torre Norte se estructura dentro de un silo cilíndrico axialmente recorrido por un pilar-guía central. El anillo del silo lo forman 34 pisos designados con números del 1 al 34, y 24 puertas de acceso en cada piso, identificadas de la Alfa a la Omega. Sobre el pilar-guía se desliza una plataforma circular ajustada al perímetro, con 21 vías ligeramente curvadas justo para esquivar el pilar central de forma que cada una coincida con una abertura. Las vías se designan con letras del alfabeto latino, salvo las cinco vocales: B, C, D, F, G, etcétera, una en cada extremo de la vía, lo cual comporta que una vía tiene dos designaciones, la de entrada y la de salida, y en el orden que corresponda al recorrido: BN, CP, DQ, y así de forma sucesiva. Hay 24 aberturas y 21 vías, y las conexiones se establecen agrupando las vías en conjuntos de 7, con un parapeto de apoyo estructural del mismo calibre que las vías separando cada agrupación. La vía diametralmente opuesta al apoyo tiene la peculiaridad de ofrecer dos salidas, o entradas, depende de la dirección, una a cada lado del apoyo. Por lo tanto, las vías F, N y W tienen doble recorrido, respectivamente R y S, Z y B, y J y K. La plataforma realiza dos movimientos, uno circular que le permite encarar las vías ante las aberturas que se deseen, y otro vertical, para situarse en cualquiera de los 34 pisos. Cada posición de la plataforma en un piso comporta el bloqueo de tres puertas.

—Disculpe, doctor Zapruder —le interrumpe una de las jóvenes—, ¿no habría bastante con una sola vía?

—No, porque se trata de ejecutar más de un desplazamiento. De hecho, es la mecánica propiamente dicha: el trazado del recorrido óptimo, y la estrategia adecuada para superar a los otros usuarios, o participantes, o rivales, depende del caso y de cómo se considere.

—Por ejemplo —interviene el doctor Kelch—, si es mejor llevar un tren corto, que no llegue al núcleo del pilar central, o largo, que lo rebase. El largo permite obstaculizar a los otros, pero también impide

avanzar y mantenerse a la espera de que complete el desplazamiento otro tren largo que ya ocupe el espacio central, contingencia bastante probable.

Se hace un pequeño silencio, y el doctor Zapruder prosigue.

—Del muro interior al perímetro del pilar-guía hay 144 metros, y entre cotas correspondientes de cada piso, 11’088 metros; esto comporta una altura total de 377 metros. El diámetro del pilar-guía central es de 9 metros, que también es el grosor del muro de la anilla exterior del silo, y está hecho de un hormigón con granito armado con vigas de acero y titanio que hacen el conjunto indestructible. La luz neta del silo es de 297 metros.

Hay murmullos; el doctor Kelch hace un gesto enfático y dice:

—Indestructible no hay nada, claro, el doctor Zapruder se refiere a los medios habituales: resistiría un bombardeo convencional. Harían falta unas cuantas megatoneladas para dañarlo, opción que no parece inminente tener que considerar.

El doctor Zapruder prosigue.

—El número de caminos posibles de entrada y salida se obtiene de multiplicar las 24 aberturas por los 34 pisos, y de nuevo por las 24 posiciones posibles de la plataforma en cada piso, o sea 19.584, y todavía hay que multiplicarlo por dos, dados los dos sentidos de cada camino, por lo tanto 39.168. En la práctica son bastante menos, porque algún acceso, sobre todo en los pisos superiores, aún está en fase de montaje, alguno incluso de construcción.

El doctor Kelch le interrumpe.

—Si me permite una observación, doctor Zapruder, hay que remarcar la coincidencia de la cifra del conjunto de posiciones posibles, tanto si se considera un solo sentido como si se consideran ambos, con el múltiplo siguiente de la serie 21-24 correspondiente a vías y puertas.

—Gracias de nuevo, doctor Kelch, y discúlpenme por haber pasado por alto un detalle tan importante, que permite constatar que hay que atenerse al 9 (el 27, que en rigor es la cifra, no corresponde a ninguna letra), ya que como todos ustedes saben, tiene la propiedad de no mutar a lo largo de sus múltiplos. En el proceso de construcción y de puesta en funcionamiento habían aparecido ciertos problemas mecánicos que, por eliminación, se acabaron atribuyendo a cuestiones numéricas. Si se puede establecer una correspondencia con el hecho de que en una suma la presencia de un sumando impar produzca un resultado de paridad diferente de la del otro sumando (sea esta la que sea), y en una multiplicación la presencia de un factor negativo produzca un resultado de signo contrario al del otro factor (sea este el que sea), que permita suponer algún tipo de identificación entre imparidad y negatividad, y asimilarla al principio de la simetría,

aunque en categorías diferentes, que en una sucesión de un número impar de elementos el centro pase por el que ocupa el lugar del medio, y en una de un número par el centro se sitúe en medio de los dos elementos centrales, en el vacío.

El doctor Kelch le interrumpe de nuevo.

—Disculpe, doctor Zapruder, este aspecto nos desvía del problema que los colegas han venido a ayudarnos a resolver.

—Es posible, señor, pero no estoy muy seguro de que en algún momento no lo tengamos que poner sobre la mesa, y por lo tanto... —se miran, sonríen—. De acuerdo, ya aburriremos a nuestros amigos otro día. Les decía que, a través de una estancia de lanzamiento denominada atrio, los accesos conectan con espacios de naturaleza diversa, desde almacenes, talleres, vivarios, laboratorios o estanques hasta vías de salida al exterior, y por exterior entendemos la Torre, no solo la Cáscara en conjunto. El mecanismo motor de la plataforma es un sistema de poleas y contrapesos hidráulicos con un consumo energético mínimo, que a la vez modifica la accesibilidad del entorno de acuerdo con la posición adoptada. De otra manera exigiría un ejército de esclavos para moverla, o un dispendio de combustibles o de cualquier otra fuerza inasumible.

Se detiene como para dejar paso a otra intervención. El cielo se ha oscurecido y enrojecido tanto que ha sido necesario encender las luces, indirectas y cálidas. El doctor Kelch dice:

—Además de la energética, la otra razón fundamental del mecanismo dinámico de contrapesos es impedir, por imperativo topológico, ciertas combinaciones de recorridos no deseados, o como mínimo complicarlos de forma que no sea operativa su práctica.

—¿No se podía hacer desde el programa informático? —pregunta la otra chica, la más joven.

—Se intentó, pero ninguna propuesta superó la prueba de los hackers. No era un método seguro. En rigor este tampoco lo es, pero como en el peor de los casos haría falta abordar la combinación con unas cuantas etapas añadidas, obliga a un cálculo previo de la jugada en muy poco tiempo, lo cual requiere un conocimiento de las condiciones y una habilidad topológica extraordinaria, y aun así, una vez en marcha da tiempo a intervenir para abortarlo.

—Desde programas informáticos también hay que calcular previamente la jugada —insiste la chica.

El doctor Kelch no parece molesto con la insistencia, sino incluso divertido.

—No, no, el campeón de los hackers no tenía que calcular nada, accedía en tres minutos.

—Qué tipo más peligroso.

Se ríen. El doctor Zapruder señala al joven del otro extremo de la

reunión.

—Esperamos que ya no. Para tener las salidas cubiertas lo hemos reclutado para la causa.

El joven hace una inclinación de cabeza burlesca, mira a la chica y mantienen la mirada el uno en el otro. El doctor Kelch dice:

—Nuestro amigo el señor Novembrini es la representación viviente del viejo dicho: no hay enigma que una mente humana pueda urdir que otra no pueda adivinar.

A él se le ocurre que las intervenciones del anciano doctor no parecen caprichosas, y que podría ser uno de los constructores del mecanismo, o quizá incluso uno de los inventores del Anficonversor. Lo descarta por prematuro.

El doctor Zapruder prosigue.

—La avería está todavía por evaluar en su conjunto, incluida la posibilidad de tener que llamarlo accidente. De momento lo que podemos dar como cierto es que hace tres meses hubo un colapso hidráulico entre los pisos 12, 13 y 14 que trabó las piezas de estos niveles, con un resultado de derrumbamiento de forjados, imposibilidad de acceso a siete u ocho sectores, y un número de víctimas aún no establecido con seguridad, pero que se puede conjeturar entre ciento ochenta y cinco y doscientas diez. Se han hecho varios informes sectoriales, que al acabar les proporcionaremos, para intentar delimitar posibles orígenes, cambios operados en el entorno, responsabilidades y, en un estado lógicamente embrionario, soluciones. Hay demasiadas especulaciones, y de nosotros depende el crédito que haya que otorgarles, o si no tenemos que otorgar ninguno. Se habla de un asentamiento imprevisto del terreno, de exceso de velocidad en la maniobra, de mal mantenimiento de algunas piezas. La única idea prácticamente unánime gira alrededor del hecho de que ni entre los operarios ni entre los usuarios hay quien conozca y domine totalmente y en todas las facetas los resortes y el funcionamiento del Anficonversor, y que se ha iniciado su uso y, aquí sí, se pueden depurar posibles negligencias, sin haber acabado de instalar y testar todos los mecanismos de seguridad, ni haber evaluado todas las consecuencias de uso.

Deja un nuevo silencio, y el doctor Kelch toma la palabra.

—Muy interesante este propósito, doctor Zapruder. Evaluar todas las consecuencias del uso, dice, y yo le digo, incluso en el mejor de los escenarios, incluso con todo el artefacto acabado y contrastado, ¡ojalá fuera posible una operación de estrategia intelectual tan poderosa! Cuando fue construido, este y los equivalentes o parecidos en las otras torres, uno de los objetivos era establecer hasta dónde se puede reafirmar la seguridad, el margen de contingencias y el riesgo de imponderables en operaciones con un número de variables tan

elevado, aunque pretendamos ponerlo bajo la disciplina del plan más amplio, ingenioso y potente. Prever lo imprevisible... ¡parece un chiste! ¿Son los límites de la naturaleza humana los dados con que jugamos? ¿Podemos jugar a ampliarlos contando con el hecho de que tal naturaleza ha acontecido, o quizá hemos conseguido convertirla en algo más plástico y elástico que en la Atenas de Pericles?

Interviene el Teniente Nietsripas.

—Un debate filosófico apasionante sin duda, pero ahora tenemos planteado un problema práctico perentorio.

Él piensa, tan perentorio no será si os tengo yo que ayudar y me habéis mareado semanas jugando a civiles y ladrones antes de dejarme entrar.

El doctor Kelch da un suspiro que muta hacia la sonrisa más apacible y relajada.

—Teniente, ya le dije el otro día que esto que usted tan amablemente llama debate filosófico es el fundamento de cualquier decisión que hayamos de tomar, porque me temo que, por desgracia, también está en la base de la desgracia que acaba de pasar.

El doctor Zapruder deja un lapso por si el doctor Kelch quiere decir algo más, y cuando queda patente que no, continúa.

—Nos enfrentaremos con cuestiones que requieren nociones de mecánica de fluidos, de cómo funcionan las palancas, los péndulos y las poleas compuestas, pero estos son los cimientos estrictamente técnicos, y si solo se tratara de esto, los mecánicos lo podrían resolver. Para ir a fondo hace falta otro tipo de conocimientos, y si ahora nos adentráramos ya sería como ponernos a trabajar.

El hombre sentado junto al doctor Kelch dice:

—Se dividirán en grupos de trabajo, de acuerdo con el seguimiento de coordinación establecido. Lo recibirán en su buzón electrónico. ¿Alguna pregunta?

Ha caído ya la noche, y la carpintería de la cristalera refleja la luz dorada y sanguínea contra el cielo oscuro estrellado. En los cristales aparece la reunión distorsionada en aguas irregulares. Piensa en aposentos antiguos, con siglos de existencia, cuidadosamente conservados a pesar de la superposición de las tecnologías actuales, o quizá gracias a eso. Una tendencia que le gustaría que imperara en las ciudades, destrozadas y desarraigadas de ellas mismas por el impune furor arrasador de los tenderos analfabetos. La chica que ha preguntado antes, india o pakistaní por el aspecto, dice:

—Los grupos se formarán de acuerdo con las especialidades de cada cual, aplicadas de forma más o menos global a los diversos aspectos del caso. Habrá —sonríe como de excusa, algo provocativa— un grupo de estrategas y topólogos, o especialistas en teoría de juegos, un grupo de ingenieros y geómetras, uno de diplomáticos, o quizá

militares, o quizá psicólogos, o quizá neurobiólogos, uno de iconógrafos y numerólogos, uno de astrónomos —el de al lado le murmura algo, y ella lo ignora—, o astrofísicos, este punto se me escapa, y como alguien tiene que marcar la pauta, coordinar los adelantos para que sean de utilidad para todos, y de alguna manera canalizar los resultados hacia la práctica, y por tanto controlar el trabajo, la pregunta es, ¿cuál de estos grupos lo hará?

Se quedan en silencio. El doctor Zapruder sonríe. Se ha creado una cierta tensión.

—Entiendo que la señora Rakshasi no pregunta quién dirigirá el trabajo, porque esto se deduce de lo que hemos explicado, sino qué aspecto se considera fundamental y, por lo tanto, por lógica regirá los otros. El doctor Crowley tiene una opinión particular sobre el caso.

El doctor Crowley, el hombre sentado junto al doctor Kelch, dice:

—Lo acaba de explicar nuestro maestro —señala al anciano doctor —. Jugaremos a un incierto juego de simultaneidades diversas y de órdenes diversos, y si tuviéramos la respuesta a la cuestión de la señora Rakshasi, ya tendríamos medio trabajo hecho o, como mínimo, muy bien enfocado. El problema es que todo lo que se diga ahora sobre la cuestión en concreto serán especulaciones que pueden adquirir forma y carga de prejuicios, y por tanto interferir en la investigación.

El doctor Zapruder hace un inciso.

—Entiendo que nuestro admirado colega es escéptico sobre el valor intrínseco del contraste de opiniones y la discusión en todo proceso de conocimiento.

A él le molesta el fondo susceptible, precavido, beligerante que cree detectar en la mayoría de las opiniones, y todavía le molesta más ser incapaz de sustraerse a ello.

—Nada más lejos de mi intención que decir tal cosa, al contrario, no tengo inconveniente en comprometerme, si no haciéndolo resulto sospechoso quién sabe de qué oscura maniobra, qué mala intención se me puede atribuir. El archivo original del Anficonversor ha sido destruido en el accidente, y de manera expresa no hay documentos informáticos para evitar la proliferación descontrolada por la red y el mal uso, así que uno de los primeros objetivos será rehacer los planos y las especificaciones. Como supongo que insistir en la idea de la naturaleza pluridisciplinar de un aparato que incluso muchos se niegan a llamarlo así, en mi estricta opinión los mnemonistas gödelianistas topológicos, los expertos en correspondencias estructurales y los geómetras regirán las operaciones en lugar predominante, y con esto ya creo haber dicho más de lo necesario.

—No es en absoluto más de lo necesario, puesto que ha dejado claro que es tan solo su opinión —dice el doctor Kelch.

El doctor Crowley dice:

—A estas alturas más de uno debe creer que hemos venido aquí a jugar, y no me parece una sospecha fuera de lugar.

—Ah, pero ¿no es un juego, en alguna medida, incluso en gran parte, la vida en sí misma? —dice Novembrini, y hay risas de cortesía.

El doctor Zapruder dice:

—Si les parece, antes de ir a cenar haremos las presentaciones. A los doctores Kelch y Crowley ya los conocen, y el Teniente de Camarlengos Nietsripas les ha recibido a la mayoría. La señora Rakshasi, la señora Prills —recorre la concurrencia con una seña de la mano, y los aludidos van correspondiendo con una leve inclinación de cabeza—, el señor Novembrini, la señora Mina Murray, el señor Fabrici, la señora Schikamayr, la señora Van Egmont, el señor Curwen.

Cuando él se da cuenta de que todos le miran, constata que no ha sido presentado. El Teniente Nietsripas se dirige a él.

—Ahora sí, nos puede dar su nombre.

Boötes I

El Archicenotafio es el Universo y es mi cerebro, y si es mi cerebro puede ser cualquier cerebro, y si es el Universo puede ser cualquier Universo, y si es mi cerebro y cualquier Universo puede provenir de este Universo y de cualquier cerebro. Este camino de atributos traspuestos se puede empezar por donde se quiera y se puede recorrer en cualquier dirección, y llevará allí mismo cuando lleve por todas partes, y llevará por todas partes cuando lleve allí mismo, o no llevará a ninguna parte.

Se incorpora, inquieto por la posibilidad de haber sido objeto de una jugada de pensamiento inducido. ¿En los pensamientos también hay que decir la Madre Casa, o la Isla de los Muertos? ¿Qué cenó ayer? La nueva habitación, al menos, dispone de todas las comodidades exigibles, incluso alguna más. Poder entrar y salir sin que nadie le detenga le parece prodigioso. El número está en la puerta —el 7—, y no hay llavero sino capturador de códigos. El baño es casi más grande que el dormitorio, y el equipo de ocio es tan completo y está tan actualizado que un adolescente no saldría jamás, y quizá más de uno que de adolescente ya no le queda mucho, piensa, y prefiere no poner nombres.

El día está completamente nublado, y debajo continúa, igual que ayer, la niebla, él supone que inducida. (Yo soy un cenotafio, el Archicenotafio es el Egrégor.)

Le suena el despertador del smartphone, y sonríe solo. Privilegios de la edad, ya no le hacía falta. Comprueba los contactos. Efectivamente, no hay conexión con el exterior. A todos los efectos está tan aislado como en otro planeta, y no sabe si es una suerte o una desgracia la conexión entre los de dentro. Por suerte, ha recuperado los enseres personales. Se viste, desayuna en la habitación y baja al saloncito asignado, donde le espera Novembrini.

—Buenos días —le dice el exhacker—. Cuando llegue Rakshasi empezamos.

El saloncito está encarado a la misma vista que la habitación, y dispone de sofás y mesas de medida diversa, de un minibar bastante completo y un bufet de quesos, jamón, canapés y pastas diversas. Se contemplan sin mucho que decirse.

—Al menos aquí las ventanas se pueden abrir.

Novembrini le mira con una falsa desconfianza burlona. Es un tipo alto y delgado, cimbreante como un antílope adolescente o una mantis gigante, propenso a gesticular, de cabeza grande, pelo rebelde y cara divertida, con un aire entre infantil y de payaso. No tiene pinta de

tener ni veinticinco años, pero podría ser de los que engañan, y ser mayor. Los pantalones le van pequeños, sobre todo cortos, como si se los hubiera dejado alguien más menudo, y las manos y los zapatos se ven desproporcionadamente grandes. Aunque no pare de reír, los ojos son inquisidores, brillantes, indesalentables.

—Si piensa en suicidarse, olvídelo. Dos metros más abajo hay una red autoadherente impregnada en sustancias sedantes que lo pescará como a un atún, y solo lo podrán sacar los de la Guardia —se ríe—. Y cuando caiga en sus manos lamentará no haber conseguido matarse.

—Gracias por la información. Cuando me quiera borrar del mapa pensaré otra manera.

Entra Rakshasi, y le sorprende verla tan veraniega.

—Buenos días —se ríe—, perdonen, he pasado por el gimnasio y a pesar de la ducha no me he quitado el calor de encima... Aquí hace mucho calor, ¿no? ¿Se puede abrir? O subir el aire acondicionado.

Ajustan las ventanas y el aire. Rakshasi les mira con un punto de indiferencia impaciente. Con el pulgar aparta el borde de la camiseta del contacto con la piel. Novembrini les muestra unas carpetas y dice:

—Nos han dejado los planos y las especificaciones generales del Anficonversor y los edificios adyacentes de acceso, pero he echado una ojeada y no van más allá de la información de una guía turística. No nos servirán de gran cosa, como mucho para situarnos. He pedido una visita al lugar del accidente, y hemos quedado después de comer. Nos acompañará un Camarlengo... o un Contracamarlengo, no los distingo.

—Buena señal —dice Rakshasi—. ¿Usted, Artur, los distingue?

—Os pareceré sospechoso, porque por desgracia los distingo la mar de bien. Supongo que de esto, y no del hecho de ser el más viejo, también se infiere que me corresponde proponeros, puesto que tenemos que trabajar juntos, que nos tuteemos.

Novembrini dice:

—Me parece bien. Entonces, ¿a quién corresponde decidir por dónde empezamos?

Artur dice:

—Desconozco la naturaleza de la avería y la estructura de la parte averiada, así que como, según la definición que hiciste ayer —señala a Rakshasi—, soy de los fontaneros... —hace un gesto de defensa humilde ante la incipiente protesta de los demás—. Por reducción debo de ser de los mnemonistas gödelianistas topológicos, y que una vez puestos pueda marcar la pauta no quiere decir que ahora no tenga nada más que hacer que escuchar a quien nos pueda situar.

Novembrini dice:

—Yo estoy aquí porque se me dio a elegir entre ir a prisión el resto de mi vida o colaborar.

Rakshasi lo interrumpe.

—Pues habrás mentido cuando has dicho que no distingues entre Camarlengos y Contracamarlengos. Muy bien, hombre, empezamos bien.

Se ríen. De forma ociosa, Artur asocia su punto impertinente con la combinación de facciones delicadas, piel oscura y formas femeninas explosivas. Se le ocurre que el drama de la existencia y la certeza de la nada no están más cerca de la expresividad precaria y los mundos desolados en blanco y negro que de las flores y la alegría de la vida. Novembrini fuerza un gesto implorando.

—¡Me has pillado! ¡Culpable! Perdón.

—Embustero, delincuente... ¿Qué habías hecho?

—¿Delincuente? Para ellos era delito; para mí y para la mayoría, una proeza. Entré en el sistema informático de la Madre Casa, y no os puedo informar de todo, pero sí de una buena parte de cómo está estructurada la Torre Norte. El mecanismo de contrapesos de los elementos destinados a circular en el interior del Anficonversor sigue una pauta resonante con la que en la misma operación seguirá el trazado. Primero habrá que conocer los detalles del estado de la plataforma, los accesos y las vías en el momento del accidente, y según en qué sector se haya producido, establecer la pauta.

Deja un silencio como para decir, ¿lo habéis entendido? Rakshasi dice:

—¿Y si no es posible rehacer el estado de la maquinaria en aquel preciso instante? ¿Y si alguno de los participantes, o usuarios, como se llamen, se niega a proporcionar los datos?

—Cuento con ello. Me extrañaría mucho que no hubiera dificultades. Quien tenga algo que perder, o le puedan exigir responsabilidades, procurará confundirnos tanto como pueda o, como tú dices, le bastará con cerrarse en banda. Habrá que deducir el estado de la jugada de las coincidencias que podamos reconstruir entre la estructura de las masas basculantes y la orden de movimientos dentro del silo.

Artur dice:

—¿No hay registros?

—No, las normas lo impiden explícitamente, porque el elemento fundamental es la memoria de los participantes, y la posibilidad de error, en fin, no exactamente, de que la habilidad de uno sea superada por la de otro.

—No veo la relación con que haya registros o no.

—Con los planos delante la exigencia sería mucho más baja, porque se prestaría a fiarlo todo al programa informático, y no tendrían ningún papel los aspectos morales ni las peculiaridades circunstanciales.

—Ya lo veo, han perpetrado un homenaje a Turing.

—Como punto de partida. Y, más importante, si quedara constancia documental, tanto da en qué soporte, sería un infierno de reclamaciones. Habrá que buscar por otro lado. Investigar la guía y comprobar la resolución a través de una correspondencia particularizada con un poliedro regular.

Rakshasi se impacienta.

—¿Una correspondencia para explicarlo?

—Cada movimiento se codifica con día, mes, año (los dos últimos dígitos), hora y minuto (estos se dejan en blanco y se inscriben en el momento de la apertura de la puerta), piso de acceso, puerta, vía de circulación por la plataforma (notados el acceso y la salida), y simétricamente elementos de escapada: puerta, piso, día, mes, año, hora y minuto de salida. Un ejemplo: 2-6-91-13-50-15-α-DQ-π-9-2-6-91-14-53 —lo anota en un papel—. En la fecha señalada, desde la puerta α del decimoquinto piso vamos a la vía D, etcétera. Esta sería tan solo la notación de un participante. Mientras el Anficonversor está en juego puede haber tantos como la intendencia lo permita, diez, veinte, treinta, y las notaciones se intercalan entre ellas en el orden en que se producen. Un espectáculo descrito como inolvidable, la plataforma gira y va arriba y abajo a velocidades que pueden llegar a cuarenta metros por segundo, sin amortiguar las paradas en los topes, con un ruido y unos chasquidos aturdidores, porque solo si el piloto ha calculado el transporte con una gran habilidad y ha tenido la suerte de no verse interferido por otro realizará la maniobra de cabo a rabo de un tirón. La operación en conjunto presenta la secuencia de posiciones tal como se han sucedido, alternándose unos transportes con los otros. Para no confundirse, en el mapa de navegación se suele poner entre paréntesis delante de cada movimiento la matrícula del participante.

Rakshasi dice:

—He oído que en otros tiempos había gladiadores funámbulos que se descolgaban desde una puerta de los pisos superiores con un cable prendido del techo y se lanzaban en péndulo hasta otra en medio de una operación. Había juegos de apuestas altísimas si se lograba o no.

—Me imagino cómo acabarían quienes no lo lograban.

—No se volvía a saber nada nunca más, desaparecían como insectos en los cristales del coche en la autopista. Era una actividad ilegal semitolerada, y al final se había convertido en una forma de ajustar cuentas en que los funámbulos actuaban obligados por causas diversas, yo qué sé, porque debían mucho dinero de apuestas. Acabaron prohibiéndolo.

Artur comenta:

—Muy interesante, pero no veo cómo se relaciona con un poliedro

regular.

Rakshasi dice:

—Ni cómo sabremos con cuál.

—La secuencia de una operación de transporte dentro del Anficonversor se reduce a los valores numéricos correspondientes. En el ejemplo anterior —recupera el papel—, 2-6-91-13-50-15-α-DQ-π-9-2-6-91-14-53 equivale a 2-6-1-13-5-15-1-4-17-16-9-2-9-1-14-8, a pesar de que las correspondencias gemátricas del alfabeto griego están en discusión. Se trata de encontrar un poliedro coherente y manejable, por lo tanto, en principio, regular, fácilmente secuenciable en una conversión numérica. Cómo, y qué, habrá que descubrirlo.

Se quedan en silencio. Artur se fija en Rakshasi, el traje negro de tiras, el escote, la falda corta, los centímetros cuadrados de piel morena, profunda, melosa. Se le antoja sospechosa la extemporánea exhibición de sensualidad. Dice:

—Lo veo complicado si no sabemos hasta los detalles prácticos elementales de cómo se reparten los movimientos dentro del Anficonversor, no tan solo el mecanismo de la plataforma, sino la distribución de prerrogativas y prioridades entre los participantes, y las consecuencias de los éxitos y los fracasos.

—Habrá que bregar con lo que haya. No hay razón para suponer que nuestros comitentes no hayan evaluado de forma precisa en qué nos puedan proporcionar información, y en qué afecta y retrasa la que nos escamoteen.

—¿Por qué no lo resuelven ellos? —dice Artur.

—Se lo pregunté el primer día —dice Novembrini—, todo ello tiene su porqué. Un Capitán de Archicamarlengos me dijo que dentro de la Madre Casa no hay nadie que sepa lo suficiente, y cuando le dije que no me lo creía me dijo que era así tanto si me lo creía como si no, y en cualquier caso, como había una fuerte discusión interna entre estamentos, habían acordado que se ocupara alguien de fuera pretendidamente imparcial. Pero como imparcial del todo no hay nadie, se trata de juntar técnicos de campos y procedencias diversas, para que las posibles o más bien inevitables tendencias se equilibren entre ellas con un resultado final aceptable para todos.

Rakshasi dice:

—La tacañería al proporcionar toda la información forma parte de la decisión.

—Siguiendo el razonamiento —dice Artur—, repartiendo información desde todos lados también se compensarán unos datos con otros.

—Lo pensé, y ya no osé decirlo. Las informaciones relevantes por la resolución comprometerán de forma determinante una de las partes en litigio. Como no pueden evitar darlas, para ocultarlas se acogerán a

la estrategia de la aguja en el pajar: el dato determinante entre cincuenta datos banales.

Rakshasi dice:

—Cada vez lo entiendo menos. Sea como fuere y venga la información de donde venga, al final se sabrá, y la parte en litigio responsable quedará en evidencia. ¿O es que esperan que no lo resolvamos?

Novembrini dice:

—O al menos que no lo hagamos demasiado pronto; el porqué, ya es otra cuestión. Temo que a estas alturas hayamos hecho ya unas cuantas cosas mal. Es probable que una buena línea a seguir sea quién oculta determinados datos, porque delata su responsabilidad. Quién oculta qué, he aquí un retrato más fiable del problema, combinado con quién proporciona qué, que tanto puede servir para exonerarlo como para acusar a otro.

Se miran en silencio, Artur preocupado, Novembrini displicente, Rakshasi a punto de echarse a reír.

—Me falta un detalle por saber —dice Artur—. ¿Os ha costado mucho entrar aquí? Por los trámites burocráticos.

Novembrini suelta un bufido.

—Yo entré esposado, sin pasar un puto trámite. Me vinieron a buscar a casa por la noche, me metieron un par de hostias y me llevaron directamente a Prevención, a una sala de interrogatorios. En tres o cuatro días me ofrecieron el trato, y sin más novedad a esta especie de abadía. Por cierto, no sé si habéis intentado salir, pero por si acaso os aviso que no lo hagáis: de aquí no se mueve ni Dios.

—Lo suponía. Tampoco sabría para dónde ir. ¿Y tú?

Rakshasi se aparta los cabellos con aburrimiento condescendiente.

—Yo estaba en la cama con un tío, y lo vino a buscar la policía. Me empeñé en acompañarles, y tenía que haber sospechado de que lo aceptaran tan aprisa, apenas me dejaron tiempo para vestirme. ¡A veces soy tan inocente! En medio de la calle pararon el furgón para echar al pobre chaval. Le dijeron que si decía media palabra de lo que acababa de pasar se lo cargarían. ¡Me querían a mí! Fuimos derechos a la sala de ofertas.

Se ríen por cortesía. Artur dice:

—Pues parece que alguien no me quiere aquí.

Novembrini dice:

—Interesante. De acuerdo con tu especialidad, nos da un dato sobre el origen y la naturaleza del problema, imaginando quién puede ser que no te quiera aquí.

Artur se arrepiente del último comentario.

—¿Por dónde empezamos?

Novembrini y Rakshasi se miran. Él dice:

—Por los rasgos diferenciales del poliedro, y por las posibilidades de transformación en series numéricas. Partimos del número de vértices, aristas y caras, del número de caras o aristas confluyentes en un vértice, el mismo, es obvio, y una vez establecido estudiaremos cómo secuenciarlo en números, y cómo encajan con la información obtenida sobre el terreno.

—Parece un plan razonable.

—Demasiado razonable. Para ser efectivo necesitamos uno alocado —dice Rakshasi, y se ríen.

—¿Veis posible entrar armas aquí dentro?

—Ni que te las escondas en el culo. Vengas de donde vengas, pasas como mínimo tres detectores de metales y de sustancias químicas, alguno sin ni siquiera darte cuenta. Detectan un alfiler.

Novembrini continúa.

—Me he permitido un pequeño trabajo previo, y discernir los arquimedianos escogidos con la característica de que el número de aristas es la mitad del número de vértices, condición que entre los platónicos solo cumple el Octaedro. Sería un punto de discusión, porque en el resto de los platónicos la proporción es de 3 a 2, o sea que el cociente entre aristas y vértices es 1’5, salvo para el Icosaedro, donde es 2’5.

Se detiene para asegurarse de que le siguen. Artur dice:

—Creía que eras un hacker..., un exhacker, perdón.

Se ríen. Novembrini continúa.

—A efectos estratégicos hay que establecer qué se desprende de las dualidades entre Octaedro y Cubo por un lado, y de Icosaedro y Dodecaedro, comportando el mismo número de aristas, en este caso 30, y el uno tantas caras, 20, como el otro vértices, y a la inversa en cuanto al número respectivo de aristas y caras, 12.

—¿Y qué se desprende? —dice Artur.

—De nada de lo que os contaré se desprenden conclusiones inmediatas; son tan solo datos a tener presentes. Os lo enviaré todo en un documento informático cuando hayamos acabado. Continuamos: que el número de aristas de uno sea el mismo que el de caras del otro también pasa con el Cubo y el Octaedro, y en los dos casos tiene una bella expresión comparando los vértices: en los del Cubo confluyen tres cuadrados, y en los del Octaedro, cuatro triángulos. Y en los del Dodecaedro confluyen tres pentágonos, y en los del Icosaedro, cinco triángulos.

—De aquí sale cierto predominio formal del Dodecaedro, porque el conjunto de las aristas más alejadas de un vértice del Icosaedro de los cinco triángulos que confluyen forman un pentágono, y en cambio alrededor de los vértices del Dodecaedro no aparece ningún triángulo consignable en aristas cerradas, sino un Pseudodecágono con las

aristas situadas en planos diferentes. Igual que en el Octaedro, donde se dibuja un cuadrado alrededor de los vértices, que así revela el predominio del Cubo.

—¿Qué predominio revela? ¿No es a la inversa? ¿Que el Icosaedro y el Octaedro tienen más versatilidad formal al incluir dentro de su estructura las formas de los otros?

Llaman a la puerta y entra el Teniente Nietsripas.

—Buenos días. ¿Cómo les va, lo tienen bien encauzado?

—Vamos tirando. ¿Y los otros?

—Todo según el plan previsto. Ustedes y otro grupo han pedido una visita al Anficonversor. ¿Les va bien después de comer, a las 14:00?

Se miran.

—Espléndido.

—¿Les han explicado cómo va la intendencia?

Novembrini mira el reloj y dice:

—Ahora nos traen la comida.

El Teniente cumple las formalidades y se va, y poco después les lleva una bandeja cerrada para cada uno una camarera que a Artur le parece insoportablemente andrógina. Lo mismo para todos, un menú sobrio, frugal y sanísimo, todo a base de vegetales y fibra.

Rakshasi dice:

—¿Quién dijo que estamos encerrados en una abadía?

Se ponen a comer. Novembrini dice:

—Esperamos no llegar a la penitencia y a la mortificación.

—Yo ya lo pasé para entrar —dice Artur, y se dirige a Rakshasi—. Pero vamos, que lo que te tocó a ti... Una escena cinematográfica, tranquilamente en la cama y...

—¿Tranquilamente? Fue mucho peor, nos pillaron in fraganti —la escuchan con respeto—. ¡Y yo que me había jurado no caer nunca más en el coitus interruptus! Imaginaos, en su casa echaron la puerta abajo, así, de repente, apuntados con semiautomáticas —hace el gesto con las dos manos en línea—. Pobre Mordechai, no le pude ni decir adiós. ¿Qué habrá pensado?

Novembrini dice:

—¿Tenéis una relación...? Quiero decir, ¿sois...?

—¡No, qué va! Era una cosa física y nada más —hace un gesto como de sacudirse un insecto—, no era el amor de mi vida ni mucho menos, pero aun así no son maneras, ¿no? Se debe de imaginar que me han raptado, yo qué sé, que me han metido en una red de putas de lujo.

—Desde luego, te han raptado, aunque el motivo y lo que ha venido después sean otras cosas, no puedes decir que no te han raptado.

—¿Qué te preocupa, que lo haya denunciado o que no?

—Espero que no lo haya denunciado. A esta gente les veo capaces de matarle.

—¿Te decepciona que no lo haya hecho?

—¿Por qué? No tenemos ningún compromiso, ya os lo he dicho. Ojalá se haya protegido.

—Esto quiere decir que no te es tan indiferente.

—No me es indiferente nadie con quien tengo relación, sea del tipo que sea.

Artur se descuelga de la conversación para intentar rehacer el sentido de la secuencia temporal dentro de su vida. Medir en qué le han afectado los días encerrado en Prevención, si no habría preferido que lo sacaran de casa por la noche a punta de ametralladora, y acabar de una vez. Se le ocurre si es indicativa la manera de convocar a cada cual, y de qué. Si es señal para uno mismo, o para los otros. O para todos. Con la de maneras que hay de traer hasta aquí a una chica joven, bonita, inteligente y cultivada como Rakshasi, por qué lo han hecho de una tan torpe y desconsiderada.

Llaman a la puerta, y el Teniente Nietsripas reaparece antes de la hora prevista.

—¿Están a punto para visitar el Anficonversor? —hay un pequeño ajetreo con los platos y los cubiertos—. No se preocupen, lo retirarán todo, solo hay que procurar no dejar papeles esparcidos, y si puede ser, guardados en el armario. El servicio tiene instrucciones precisas, pero más vale no dar la ocasión.

Se adentran los cuatro en una sucesión de pasillos y salones, subiendo escaleras y mayormente bajándolas. Al final Artur calcula haber descendido el equivalente a cinco o seis pisos hasta un indefinible espacio, vagamente asimilable a un trasfondo de escenario de grandes dimensiones, poco iluminado y alternando muros descostrados y vacíos con paneles de registros eléctricos y de otros ingenios ignotos para ellos. En la parte alta, lo que se habría llamado el techo es un conjunto de concavidades donde Artur intenta discernir bóvedas, mecanismos escénicos, grúas, galerías y accesos a espacios superiores. En el suelo, diferentes niveles se conectan con pasos de no más de tres escalones cada uno, barandillas y rampas. Las paredes son igual de tortuosas, con una vaga disposición semicircular en un lado y recta en la otra. Un lugar poco acogedor para quien tenga problemas de vista o de desplazamiento.

El Teniente los deja allí, y poco después llegan, acompañados por otro oficial, el prescriptor de patentes Fabrici, Mina Murray, Mercedes Schikamayr y la Prills. Pasadas las formalidades y puestos al día, Fabrici dice:

—Mañana por la tarde empiezan las entrevistas a los

supervivientes y a los implicados en el accidente. Las declaraciones serán en el salón de ayer. Cuenten con ello cada tarde, si no hay contraorden.

Novembrini dice:

—¿Todos los implicados? Podemos tirarnos meses.

—Ha habido una gran discusión. Había quien propugnaba filtrajes previos para no alargarnos en reiteraciones inacabables, pero con los principios de la justicia no es viable, porque se prestaría a pasar por alto datos cruciales, y a entrar en una rueda irresoluble de acusaciones. Siempre alguno va a ver intenciones deliberadas en las ausencias.

Rakshasi dice:

—¿De cuánta gente estamos hablando?

—No tengo presente la cifra exacta. Creo recordar del orden de tres centenares.

—¿Y el límite del turno de preguntas? —dice Artur.

—No hay límite de tiempo.

—Pues contando con que cada tarde tenga, con imprevistos y recesos, pongamos cinco horas hábiles, y suponiendo que cada testigo se esté... ¿Cuánto tiempo?

—Como promedio, y siendo optimistas, un par de horas y media.

—Esto serían dos al día, y sin ningún día de reposo, nos vamos a cinco meses.

Vuelve el Teniente Nietsripas.

—Me sabe mal, el transporte de hoy se ha suspendido. Si quieren ver la plataforma en funcionamiento habrá que concertar otro día —sonríe—. Hay una ventaja: accederemos a lugares a los que durante la operación no se puede llegar —señala con vaguedad el espacio envolvente—. Como pueden deducir, estamos en uno de los atrios previos a una puerta. Si tienen la bondad de acompañarme...

Les guía por encima de una vía de tren hasta uno de los portales de la parte curvada del aposento, y lo abre con un código en el teclado del marco. Salen a un balcón de planta elipsoidal sin barandillas ni voladizo, con apoyos estructurales en los extremos, abierto en el espacio interior del Anficonversor, que aunque responde a la descripción proporcionada todos quedan atónitos, porque nada les había preparado para la impresión cautivadora de un espacio tan inhóspito, indómito y áspero por el exceso en la medida, imprevisto a pesar de tener noticia de él, por los rasgos oscuros y tenebrosos como hechos aposta para desanimar toda ilusión de abarcarlo.

Apenas osan acercarse al borde del abismo. La plataforma estacionada unos pisos más arriba priva de luz y lo sumerge todo en la oscuridad innegociable. Novembrini, el más osado, se asoma al vacío, y el Teniente le coge el brazo. Hay abierta alguna puerta más, y la

aguda y escasa claridad viene de las luces regularmente repartidas entre la columna central y el muro interior del cilindro, pero no regularmente encendidas; su intensidad y pequeñez hiere la vista como alfileres. Corre un viento helado, malsano y húmedo, con olores de requemado, de putrefacciones difíciles de situar, con chorrillos de agua chascando en las profundidades desde los pisos superiores. El ruido de los goteos y algún estallido de origen ignoto retumban con ecos y resonancias inquietantes, chirridos que una imaginación conmovida percibiría como alaridos lejanos.

Artur hace de tripas corazón y avanza algo más. Cuenta ocho pisos por debajo del atrio donde están, por lo tanto, el noveno. Efectivamente, el tercero por encima y los dos siguientes están oscuros, cerrados a cal y canto, y la plataforma, parada en el piso vigésimo séptimo, priva del todo la posible luz cenital.

A medida que se va rehaciendo de la impresión inicial y perdiendo el miedo, Artur se fija en las indicaciones de la abertura; están en la puerta Ξ del Piso 9. Mientras los otros discuten detalles que le parecen irrelevantes, se queda fascinado observando las muescas, las improntas y la erosión del muro interior, y se pregunta si la plataforma se desliza arriba y abajo como un émbolo, si rueda, qué tipo de mecánica las puede haber producido, y prueba de descubrir de qué está hecho o como mínimo recubierto, porque cree apreciar calidades de mármol negro y de metal pulido, a pesar de que también se podría tratar de un material polimérico, o de un tipo de piel metálica, un elemento a medio camino entre la naturaleza mineral y la biológica. El marco de la abertura —de esta y de todas— es demasiado ancho para alcanzarlo con la mano, y cuando aun así lo intenta, Mina Murray le coge por el brazo.

—No seas imprudente.

Se vuelve a mirarla, sorprendido por la confianza. Mina no llegará a los cuarenta años. Le desconcierta su extrema palidez, que ya había advertido el día anterior, la sensualidad enfermiza que desprende, los negros cabellos largos, el vestido oscuro.

—Te lo agradezco. Procuro cuidarme, gracias.

Se ríe, y la espléndida sonrisa tiene algo sanguíneo y luctuoso.

—No lo dudo. Si has llegado hasta aquí... Desde ayer que te vi me gustaría hablar a solas. Tenemos amigos comunes que me han hablado de ti. Simon Gerke y Camila Hanusin.

—¿Ah sí? Pues cuando quieras, me gustará, pero no lo sé, los horarios de trabajo...

—Hoy es la última tarde libre sin declaraciones de implicados. Tenemos vía libre, dentro de unos límites, claro —se ríe—, como si fuéramos críos, ya ves. Podríamos cenar juntos esta noche.

Como si el solo hecho de estar allí le hubiera hecho perder vigor, el

lugar se les va haciendo menos hostil. El Teniente da el cuerpo principal por visto y les acompaña a otras dependencias, de dimensiones y contenidos diversos, naves pseudogóticas con estatuas en las hornacinas y salas de máquinas rodeadas de baterías de enormes generadores. Los deja en la puerta de una gran estancia de turbinas y contrapesos, y todo es tan desproporcionadamente grande que Artur se siente como Lorbrulgrud. Con cierto horror se pregunta siendo estas las dimensiones interiores de las torres perimetrales, las más pequeñas, cómo serán las de las grandes, las de la Torre Central. No les dejan ir más allá porque entrarían en el terreno del accidente.

Artur se sorprende de que no proteste nadie por el nuevo acto de tacañería informativa, y el Teniente se avanza a sus pensamientos.

—Más allá de esta puerta, el terreno no es seguro. Cuando haya pasarelas consolidadas y comprobadas, se lo mostraremos.

Deshacen el camino, y los grupos se forman y se separan a medida que el pasillo se ensancha o se encoge. Artur piensa si la cita para la noche con Mina comporta tener que ir algo más juntos, se examina a sí mismo, si le gustaría que fuera así, qué comportaría. Todo ello le obliga a inquirirse qué espera, si se enfrenta al inicio de un conocimiento con un grado contingente de amistad que no irá más lejos, o a alguna otra cosa.

Cuando entran en las dependencias, el Teniente se dirige a Artur.

—Señor Oliver, ¿le importa acompañarme? —Artur se queda perplejo, y Nietsripas se ríe—. No se asuste, estamos acabando de formalizar los contratos pendientes de algún detalle, y el suyo es de los pocos que faltan.

Cada cual se va por su lado. Mina se le acerca. Él le dice:

—Se ve que tengo que acabar no sé qué para firmar el contrato.

A ella le brillan los ojos.

—Las zarzas del infierno iniciático, ya se sabe. Te espero en la habitación. Es la suite número 13. Ya he encargado cena.

—Tienes una suite. Fantástico.

El Camarlengo Nietsripas se lo lleva hasta un despacho donde poco después llegan dos oficiales más, y un Archicamarlengo. Ante este, todos muestran un gran respeto.

Le presentan un documento de tres páginas, y con formas modélicamente corteses y asépticas le invitan a leerlo y firmarlo. En la segunda hoja, Artur levanta la cabeza.

—Disculpen, tal como está planteado, esto no es una avería, sino un problema de desconocimiento del uso. Ya que estoy aquí, no tengo inconveniente en colaborar para resolverlo, pero entonces el protocolo es otro.

Dejan la iniciativa al Archicamarlengo.

—El protocolo y el precio, supongo. ¿Qué quiere, más dinero?

—No es problema de dinero, a pesar de que habría que hablarlo, porque las acreditaciones me han costado 1.970 créditos, y no estaba previsto, pero ya lo veremos en otro momento. No: es un problema de atribuciones.

—Quiere asegurarse el control.

—Quiero información. Un despliegue como este no se desajusta solo porque el funcionario cometa un error o se distraiga, ni porque olvide las normas, o no haya consultado el manual de instrucciones en un punto delicado, que ya tendría que dominar porque es su trabajo.

—Sí —dice el Teniente Nietsripas, y se ríe artificiosamente—, la mayoría de funcionarios tienen una idea particular de su trabajo, ¡eh! De hasta dónde llegan sus obligaciones. No queda nada del gusto por el trabajo de los pioneros, no me extraña que vayamos como vamos.

Él hace un gesto de impaciencia, y los oficiales se miran con aprensión. El otro dice:

—Mal momento para tirar del presupuesto para emergencias, después de aquello de hace dos meses.

—Especulen tanto como quieran. Supongo que tendrán que evacuar responsabilidades entre ustedes, y no me importa lo más mínimo, pero en este punto —señala un párrafo— el equipo no me puede ayudar, y cuantas más dilaciones haya, cuantos más datos me obliguen a deducir por mi cuenta sin su colaboración, más tardaré y más ineficaz y problemático se nos hará todo a todos.

—Y por supuesto, lo hará constar en el informe.

—¡Desde luego, tendré que hacerlo constar! Si no lo hago, quedaré como un incompetente y saldré perjudicado. ¡Me preguntarán por qué he tardado un mes en resolver una cuestión que tiene toda la pinta de no requerir ni una semana! ¡He! Y digo un mes por decir algo, porque no sé con lo que me voy a encontrar. Sin el manual ni el protocolo actualizados, puede ser un mes y medio, o dos, yo qué sé qué lío se han hecho, quién está implicado.

El oficial que todavía no había intervenido dice:

—Está jugando con la dificultad de llamar a otro experto. Confía en que tardaríamos demasiado en traerlo, como si todo el mundo tuviera un expediente civil tan turbio como el suyo. Cree que nos puede apremiar porque lo necesitamos.

Se sostienen la mirada.

—Lo estudiaremos. El sentido de su presencia aquí es doble: como diplomático, terreno en el cual, por cierto —sonríe—, su actuación hasta ahora no es muy destacada, y como gödelianista.

—Prefiero decir macrobianista —dice Artur.

—Como quiera. Por ahora, como no puede operar sin cobertura formal, firme un contrato provisional, y en tres días máximo le daremos respuesta. Si le parece ajustado a sus exigencias podrá firmar

el definitivo, o volver a su casa.

Le presenta un documento de siete páginas que Artur mira por encima, y se detiene en las obligaciones contraídas para asegurarse de no firmar nada que desactive las peticiones. Captura el código QR con el móvil, ejecuta la firma virtual, finalmente la mosca en cada hoja, y la completa en la última.

—En el peor de los casos, ¿con esto sería suficiente?

El Teniente y los otros se miran.

—Sí, a pesar de que será mejor hacer las cosas bien hechas —mira la pantalla—. Por cierto, su localizador ha variado a Plt-1'6180. Es el que tendrá que usar a partir de ahora. El anterior está amortizado.

Dejan que se vaya. Desanda el camino hasta la residencia, busca la habitación 13, llama y Mina abre la puerta.

—No estaba segura de que vinieras.

—¿Por qué no iba a venir?

Ella hace un mohín aniñado. Ha cambiado la decoración personal de manera fulgurante: traje azul prusia de tiras, escotado, sin espalda, por debajo irregular, por delante por encima de las rodillas, por detrás más largo, y —Artur procura que no se le vayan los ojos de manera primaria o descortés— sin nada debajo, cabellos sueltos, labios pintados rojo vivo. Le llama la atención, todavía más por el contraste con la extensa contemplación de la piel morena de Rakshasi, qué pálida está, qué brazos, qué cara tan blanco todo, casi azulado, qué cabellos tan negros, qué ojos azules tan eléctricos.

Le presenta la comida en gueridón con ruedas, todo propio de un restaurante de lujo, copas de cristal, cubiertos de plata, una botella de vino gran reserva, los platos cubiertos con campanas también de plata, todo antiguo, del siglo xix. Descubre los platos, le sirve vino, le insta a comer. Él se da cuenta de que tenía un hambre tremenda. Y todavía más ante una comida tan inesperadamente refinada.

—¿Te gusta el vino?

—Mucho. ¿Cómo lo has conseguido? A nosotros nos trajeron una comida espantosa, peor que la de los aviones. Y de la cena de ayer, mmm —se limpia con la servilleta—, mejor no hablar.

—A nosotros hoy igual. Esto también te lo habrían traído a ti si lo hubieras pedido. Parece, ¿cómo lo diría?..., una especie de última cena de los condenados a muerte.

Se ríen. Artur se da cuenta de que ella no come.

—¿Y tú? ¿No tienes hambre?

Ella se ríe y mira más allá.

—Ahora no mucho. Ya comeré después.

—¿No se enfriará?

Mina se sienta cerca de él.

—Que nos escamoteen información ya no parece muy operativo, ni parecen flagrantes el beneficio que obtengan y la protección que comporta. Parece una costumbre obligada, una tradición sentimental.

Artur se traga lo que tiene en la boca y da un sorbo de vino.

—No se me había ocurrido. Una tradición, sí, puede ser. Qué quieres que te diga, desde que estoy aquí he visto cosas tan poco razonables... Ni una copa de vino, ¿de verdad?

Hace gesto de coger la botella y la otra copa, y ella rehúsa con una sonrisa.

—Gracias, beberé más adelante, no te preocupes por mí.

Artur continúa comiendo hasta que la insistencia de aquella mirada fija le obliga a volverse. Deja los cubiertos, se limpia de nuevo y se vuelve.

—¿Te pasa algo?

Ella no desiste. Sus ojos le parecen cada vez más persistentes y vibrantes.

—¿Te gusto?

Artur tiene apenas unos segundos para saber si se esperaba algo así, pero no se ahorra cierto aturdimiento.

—Sí, desde luego...

Ella se le acerca como para besarle, pero se arrepiente de un respingo, se levanta y se aleja un par de pasos. Habla con una voz repentinamente metálica y oscurecida.

—No puedo, así no puedo... Tengo que confesarte una cosa.

Artur está cada vez más desconcertado. Pero es un desconcierto controlado, hay más deseo en marcha que alertas encendidas. Se levanta y se le acerca.

—Dime.

Le coge una mano, pero la retira de fría que la encuentra. Ella le lanza una mirada inauditamente lúgubre y profunda.

—Te lo digo sin darle más vueltas: soy un vampiro.

Artur se echa hacia atrás.

—No existen los vampiros.

—¿Ah, no?

Pone una sonrisa tristísima y le muestra los cuatro caninos extendidos más del doble de un minuto antes.

Artur retrocede.

—¿Qué es esto, una broma?

Mina levanta la cara y acentúa la sonrisa. Artur se debate para establecer si hacia la sensualidad o hacia la amenaza, y continúa retrocediendo hasta la pared.

—¿Te doy miedo? —suelta una risa tintineante—. No te lo tengo que dar. Los vampiros somos como los gitanos, como los judíos, como los catalanes, víctimas de leyendas negras. ¡Un vampiro no es un

violador! Puedes estar tranquilo, no te asaltaré, pobre de mí, ¿qué placer me daría?

—¡Me tomas el pelo!

—¿Te lo parece?

Retira los labios como un lobo y le muestra un fulgurante conjunto de dientes y encías convincente a más no poder. Artur intenta relajarse, pero el pulso le va a más de cien pulsaciones.

—¿Cómo te lo montas? ¿La gente acepta de buen grado que les des un mordisco y te bebas su sangre?

Mina se ríe y mueve los brazos.

—¡Estás cargado de prejuicios! Te has creído todos los tópicos. Ir a la cama con una vampira es mucho más que un mordisco y una extracción de sangre. ¡Crees que somos la Cruz Roja! No lo olvidarías el resto de tu vida...

—No lo dudo.

—... pero no en el sentido que te imaginas. No he vampirizado a nadie que no haya querido repetir con un entusiasmo que no te lo creerías.

Artur ha adquirido una confianza inesperada.

—Me parece fuera de lugar. ¿Seguro que no te has puesto una dentadura postiza?

Mina se le acerca. La erección canina ha disminuido, pero todavía es evidente.

—Toca. Intenta arrancármela —se acerca, abre la boca y echa la cabeza atrás, entregada, se le desmayan los ojos, se ríen—. No tengas miedo, no te haré nada que no quieras y que explícitamente no me dejes hacerte.

Comprobada la firmeza de los dientes, lo que estremece a Artur no es esto sino, tan solo con un roce suave, lo más inequívoco y revelador: el cuerpo de Mina está totalmente helado.

Se aparta cuando se da cuenta de que los colmillos le vuelven a crecer.

—Mina Murray... no es el nombre de aquella...

Mina se aparta y se ríe.

—Muy bien, no esperaba menos de ti —señala la mesa—. ¿No quieres terminar de cenar?

—No tengo más hambre. Comeré un poco de fruta fresca.

Se miran, él con recelo, ella divertida y benévola.

—Quizá te tranquilizará saber de dónde viene todo.

—Quizá no, pero seguro que aprenderé mucho, y solo por eso merece la pena.

Mina se sienta en la parte larga del sofá con la cabeza en el extremo almohadillado, y mientras Artur pela una manzana adopta una posición de lado semiestirada, como una odalisca de mármol,

piensa él, y nunca mejor dicho, se aparta los cabellos de la cara y abandona lánguidamente los brazos sobre la cabeza. En otra circunstancia, piensa Artur, habría sido inequívocamente excitante, provocativo incluso. Aquí el horror sagrado pasa por encima de todo.

—No me llamo Mina Murray, sino Conchita Casas. En el protocolo del Juego de la Fragmentación tuve que crear un alias, y este me pareció apropiado para detectar partenaires. Tú has pasado la prueba con un excelente.

»Todo empezó hace cinco años, cuando acepté un trabajo de azafata en una empresa de representación y acompañantes. No se puede decir que viniera del pueblo, tampoco, ni que hoy en día en los pueblos la gente se chupe el dedo como hace unos años; no es que no supiera dónde me metía. En principio mi trabajo era de acompañamiento de las acompañantes, concertar citas, hacer gestiones, controlar tiempos y condiciones, y avisar al séptimo de caballería cuando fuese necesario.

»Un día los amos me ofrecieron subir de estatus. Me dijeron que más de un cliente, y de los buenos, había preguntado por mí, y les había decepcionado oír que mi cometido era lo que era. Tengo estudios, sé moverme en ambientes fuera del alcance de muchos, y a pesar de que me has conocido en este estado, tenía buena presencia y muy saludable. Me ofrecían un sueldo fijo ocho veces superior al de antes, extras y regalos aparte. Me lo pensé un par de días, o más bien fingí que me lo pensaba, porque desde el primer momento sabía que diría que sí, y me lancé.

»Al comienzo fue espectacular. Yates, jets privados, fiestas de cinco días que acaban en la Polinesia, bañeras llenas de champán, cubertería con esmeraldas incrustadas. Pero acabé viendo cosas terribles, cosas que daban miedo por sí mismas, y daba más miedo todavía la idea de que aquella gente veía que tú lo estabas sintiendo y viendo. ¡Volvía a casa aterrorizada! Cualquier ruido me hacía saltar, ya está, pensaba, hasta aquí hemos llegado, no pueden consentir que te vayas a sabiendas de lo que sabes, mañana te encontrarán flotando en el puerto o en un margen de la Arrabassada.

»Esperé unos días de calma laboral y dije a los amos que estaba agotada, que ya tenía suficiente dinero, que estaba en tratamiento por un problema de vértebras y quería dejarlo. Me dijeron, de ninguna manera, tú eres nuestra top ten y ahora que esto va a tope, tú no te vas. Discutimos, y todo dio un giro que siempre me he maldecido por no haberlo previsto. Me dijeron que si me iba matarían a mi madre, a mi hermana y a mis sobrinos. ¡Me enseñaron fotos de la casa, del interior de la casa, de mamá en el lavabo de casa! ¿Te lo puedes creer? Me dijeron que ya mismo estaban a punto para violarlas a todas, para torturarlas hasta la muerte, que tenían recursos para

hacerlo sin ser detectados, y que en el último momento yo tendría el honor de estar presente, que le perdonarían la vida a mi madre a cambio de que yo matara a mis sobrinos, y colgarían el vídeo en las redes para que lo viera todo el mundo. Por si tenía alguna duda me ofrecieron ver la filmación de un caso como el mío. Rehusé y acepté continuar, con más miedo que nunca como te puedes imaginar.

»A partir de ese día, las compañeras me rehuían como a una apestada, y las salidas por trabajo eran cada vez más comprometidas en todos los sentidos, tanto en exigencia como en estatus de los clientes, para acabar de tenerme pillada, o porque ya habían decidido liquidarme y daba igual.

»Un día me mandaron a casa de un cliente, por primera vez en mucho tiempo sin especificaciones previas. Era un caserón en la otra vertiente de la cornisa de la costa, antiguo y solitario al final de una carretera solo para llegar allí. De película gótica, con criado jorobado incluido, hasta el punto de imaginar si todo ello no era attrezzo, si todavía existen lugares así. El tipo era un hombre de poco menos de setenta años, alto y delgado, cabellos grises, manos huesudas. Había cena preparada, y me dijo que me pusiera cómoda, pero cuando me empecé a desnudar me dijo que no, que no quería eso. Solo hablar y mirarme.

»Me instó a cenar y se quedó contemplándome sin comer nada, ni beber ni tocarme. Me preguntó por mi vida, cómo había sido mi infancia, la adolescencia, la llegada a la edad adulta. Al comienzo yo me encontraba incómoda, comiendo ante un desconocido que te escruta como si fueras un objeto de arte, pero poco a poco me fue insuflando confianza. El vino debía de hacer su cometido, no me malinterpretes, siempre he tenido por norma no emborracharme en el trabajo, pero alguna vez un par de copas me las permitía para bajar tensiones. Le conté muchas cosas, sorprendida de mí misma por la tranquilidad que me había infundido; al fin y al cabo era un extraño, un cliente.

»Hacía un par de horas que estábamos ahí, y no me había contado nada de él. Me pareció que habría sido una falta de cortesía no interesarme por él, más allá de que me pagaba para tenerme a su servicio, y me podría decir, lo quiero así y a callar, continúa tus historias y cuando sea suficiente ya te lo diré. Me encontraba a gusto y mezclaba hechos reales con cosas inventadas para protegerme, a pesar de que, tal como verás, esta vez era poco relevante.

»Le acabé preguntando por su vida, y se mostró inacabablemente triste. ¡La juventud de hoy no sabéis nada del placer y el conflicto del cazador solitario! Las rosas tienen espinas, y al cabo de un tiempo y de unos cuantos cadáveres, estás más por la espina que por la flor. Me habló del rosario de pérdidas que había sido su vida, de la

desaparición de los oros del neoplatonismo en las colectividades que frecuenta un intelectual de buena familia, de cómo los símbolos han sido olvidados, del sentido de los iconos, de los astros y de los números, de la insoportable banalización de los impulsos humanos y la sensualidad, del abaratamiento moral de todo aquello en que había sido educado y que había aprendido a amar.

»Le dije qué podía hacer por él, para aligerarlo de esa carga, pese a que quizá pesada no lo era, porque los vacíos no pesan. ¿O sí? Me dijo, si de veras me quieres ayudar, acompáñame. La petición era enigmática, y me mostré dispuesta. Me advirtió de que atenderle comportaba abandonar la empresa. Le dije, ¡qué más querría! ¡Si lo intento desde qué sé yo cuánto tiempo! Con calma bondadosa dijo, si de veras estás dispuesta, se puede arreglar. No me lo podía creer, y en un instante tomé más decisiones que en toda mi vida. Aquel tío podía ser un loco, un psicópata, un torturador, me podría encadenar en un sótano para acabar matándome, pero estaba decidida a lo que fuera para ver a mi familia a salvo.

»Me desmoroné y me eché a llorar, le conté cómo me habían amenazado, que querría estar con él pero no era posible porque no sería sobre mí que tomarían represalias, sino sobre mis seres amados. Con una firmeza muy gratificante insistió, si aceptas estar a mi lado, no pienses ni un minuto más en esa gente, yo me ocuparé.

»No te puedes imaginar hasta qué punto esa declaración me sonaba a música celestial. Consentí formalmente y lo confirmé hasta tres veces, y me dijo que ya no hacía falta ni que volviera a casa, que él se ocuparía de todo, de mandar traer mis cosas y de tranquilizar a los amos de mi empresa, y dijo «tranquilizar» en un tono tan delicuescente que le habría abrazado sin más. Te parecerá extraño, incluso alocado, temerario, absurdo, lanzarme de aquella manera sin tiempo para conocer a aquel tipo, sin reflexión, sin hablar de dinero, dando por hecho que a partir de entonces yo dependería de él a todos los efectos. Pero cuando se está sometido a un régimen de terror, cuando se es prisionero del mal químicamente puro, cualquier escapatoria se da por buena, y ahí se agarra una sin pensarlo.

»Aun así, cuando me indicó mi estancia me invadió la duda. No dejaba de ser un abrupto giro radical en mi vida, y la mezcla de miedo y excitación me resultaba vertiginosa. Se debió dar cuenta, porque a la hora de instalarme me dijo que si me arrepentía podía volver a mi casa de inmediato, que no sufriera por la empresa de compañía, que él lo dejaría dispuesto para que pasara lo que pasara nunca más me importunaran. Me atendió personalmente, con un discurso muy elegante en la irónica displicencia sobre el horario de descanso del servicio, de cómo había que tratar con consideración a esa pobre gente necesitada, porque ahora con los sindicatos ya se sabe, como si

estuviéramos cien años atrás, solo le faltaba el candelabro en la mano.

»Me dejó en la estancia y parecía dispuesto a irse dejándome allí a solas. Tuve una fuerte sensación de estar en deuda, ¿cómo te lo diría?, no de lástima ni de obligación formal, sino de auténtico, de sincero agradecimiento, y ganas de manifestarlo de la manera más generosa y completa posible. ¡Incluso me había olvidado de que me pagaba para estar allí! Le dije si de verdad no quería nada, si la compañía que me había pedido y que yo me había comprometido a proporcionarle se limitaría para siempre a lo que habíamos hecho, conversar y no sé muy bien qué más. Se me quedó mirando de una manera imposible de explicar, como caído en una profunda meditación evocadora, como si me quisiera atravesar con la mirada, y aun así nada inquietante, y me dijo si estaba segura de lo que decía, si estaba de veras decidida a acompañarle hasta las últimas consecuencias. ¡Yo habría hecho cualquier cosa por no tener que volver a dejarme vejar por desconocidos sin sacarme de la cabeza que si no lo hacía matarían a los míos! Nunca en la vida me había encontrado a nadie que me infundiera tanta confianza ni, en tan poco tiempo, tanto respeto y empatía.

»Le dije que sí y me advirtió de que si lo aceptaba, el vínculo que se establecería entre nosotros sería por siempre jamás. Volví a decir sí, sí, sí, dije, no hay «siempre jamás» que me asuste después de las calamidades que he soportado, y tuvo el toque de humor de decir que a efectos prácticos su «siempre jamás» equivalía a la eternidad, salvo que yo no fuera de quienes creen que dentro de no sé cuántos millones de años el sol se convertirá en una gigante roja que se tragará la tierra y el resto de los planetas.

»Le invité a pasar a la habitación... No se lo he contado nunca a nadie, o sea sí, pero nunca he entrado en detalles, porque por más que me esforzara no le haría nunca justicia. ¡Fue tan delicado, tan elegante, tan considerado! No había estado nunca con nadie capaz de mostrarse tan atento y dispuesto a no ir ni un milímetro más allá de donde yo estuviera preparada, de lo que a mí me gustara... ¡Qué digo, gustar! De lo que a mí no me entusiasmara, de donde yo no hubiera dado lo que fuera para llegar. No, ahora tampoco podría entrar en detalles. Más adelante quizá, depende de los vínculos a los que lleguemos tú y yo.

»¡No sabía nada y lo aprendí todo! Todo no, claro, según cierta convención todo no se acaba de saber nunca, pero... es como contemplar el Partenón, como estar dentro de la Capilla Medicea, de la escalinata de la Biblioteca Laurentiana: desde el conocimiento profundo y la proyección de tu espíritu no lo abarcarás nunca, siempre habrá otra mirada que te descubra el aspecto en el que no habías caído, la calidad oculta a la primera mirada y a todas las siguientes, el

origen desconocido de un detalle, y aun así no hay razón para decir que no has estado allí, que no lo has visto del todo y completamente.

»Te lo puedo asegurar: todo lo que se ha dicho sobre vampiros es o parcial o vulgar en el mejor de los casos, y en la mayoría ambas cosas. ¡Solo perora gente que no sabe nada! Te diré una, y lo entenderás: seguro que has leído y has visto imágenes de vampiros chupando cuellos. Mmm... Ciertamente, la aportación de sangre de la carótida es interesante, sin duda el cuello es un lugar sensual. ¿Pero es el único? ¿Y la arteria axilar, y la braquial, y las palmares? ¡Piensa en la femoral, en la pudenda exterior superficial, piensa en las aportaciones contingentes de sangre en determinadas circunstancias por los hombres a ciertas partes del cuerpo, imagina todo lo que se puede hacer, las obtenciones nerviosas que los acupuntores han sistematizado, y que no son nada, te lo aseguro, nada de nada comparadas con los prodigios de los vampiros después de siglos de combinar, conjuntar y armonizar reflejos musculares, límbicos, circulatorios, electroquímicos! Con refinar las técnicas de estímulo y conservación, de eso que ahora llaman sostenibilidad. El placer va por delante, pero hay que aprender a ordeñar la vaca sin matarla.

»No te he dicho el nombre de mi maestro, benefactor y protector, y no te lo diré. Los de la empresa me habían mandado al castillo del Conde Von Krolock, aunque ya se veía, era un nombre falso. Al cabo de poco de estar conmigo se rejuveneció, y fuimos terriblemente felices antes de caer en la melencolia vampírica, ay, los dos sabíamos que algún día yo tendría que salir a por sangre nueva para mantener nuestra relación, y conocíamos el riesgo. Saldría de caza, ¿pero regresaría con el deseo y las expectativas intactas ante la eternidad severísima? El riesgo mismo era tan delicuescente...»

Mina se para en este punto. Artur se siente capaz de imaginar cómo se sentía la primera noche con el aristócrata vampiro, y no sabe si se ve capaz de emularla.

—Una historia fascinante, aunque más bien triste.

Mina le mira con una intensidad adormecida.

—¿Sabes cuántos años tengo? —él encoge las facciones—. Noventa y dos.

—No me digas —murmura Artur con escasa convicción, mucho más cerca de no creérselo que de sentirse obligado a admirarse.

—¿Qué conclusión sacarías?

—Ni idea. ¿Que ya encontraste a través de quién mantener la relación con tu protector?

—Es lógico que lo creas porque no me he acabado de explicar, pero no. Después de varias vicisitudes que hemos superado felizmente, mi relación con él está por encima del bien y del mal hasta un punto que ni te lo imaginas. El vínculo entre nosotros transciende las

circunstancias —se pasa las manos por el cuerpo—. Tengo la vida resuelta en todos los aspectos, un trabajo honorable y bastante exento de riesgos. Soy más libre de lo que he sido nunca, y que no me habría imaginado nunca llegar a ser.

—¿Dónde queda, pues, aquel «siempre jamás» al que te comprometiste?

—No te he tomado como un recurso por la necesidad, sino por la complicidad y el placer. Mira.

Se sube el traje satinado justo a ras del sexo, con indolencia afectada lo aparta de los bordes y le muestra las ingles y el abductor en tensión por las piernas abiertas. Artur lo mira con prudencia, sin acercarse del todo. La delicada piel está llena de pequeñas cicatrices puntuales, redondas y concentradas en los bordes de la musculatura.

—Ya lo veo. Las marcas...

—Hay más.

Levanta los brazos y le muestra la axila, el nacimiento del pecho, el interior del brazo hasta las muñecas. Ninguna señal reciente, todas antiguas, y Artur no osa preguntar si se ha pasado al vampirismo activo o si aún no caza.

—Ya lo veo, da mucho juego.

—¿Quieres que te las enseñe todas?

Vuelve a bajar las manos, se agarra el borde del traje y juega despacio a mostrar y no mostrar.

—Perdóname, no sé qué debo hacer.

Mina le acerca las manos al cuello.

—Déjame a mí. Ni te imaginas la profundidad del placer que nos espera... Me has gustado desde el primer momento.

Artur se resiste.

—Espera... ¿Me volveré un vampiro? ¿Estaré muerto?

Mina se ríe.

—¡Qué va! Tal como yo te llevaré, el proceso iniciático es muy largo. Hasta muy avanzado puedes retroceder. Y de muerto, nada de nada, si se hace bien..., y te aseguro que yo lo haré muy, muy, muy bien hecho.

Artur está cayendo en una irreprimible excitación sexual, y la vive en términos de fatalidad. Se pregunta por la interacción del sexo vulgar con el vampírico. Mina se le encara a los pantalones, le toma la iniciativa de desabrocharse. Él desea que la grima y el pánico lo desempinen, y se maldice de que no sea así, sino todo lo contrario. La incertidumbre instalada en las propias inclinaciones, en la contradicción entre lo que piensa y las reacciones del cuerpo le ahoga en adrenalina. Querría salir corriendo y no es capaz. No lo haría por nada del mundo.

Mina opera —este debe ser el verbo apropiado, piensa Artur— una

rebuscadísima conjunción de uñas y colmillos alrededor de su sexo. Aparta la mirada para no saber qué hace, dónde interviene la sangre, cómo se concilian los flujos posibles. La cabeza se va a los más ignotos iconos de la nada, a las formas engañosas que lo revisten: la oscuridad, la muerte, los horrores de la diferencia de escala entre partículas subatómicas y cúmulos de galaxias, la futilidad de las convenciones, los paisajes de fondo de las anunciaciones del Renacimiento italiano, las lejanísimas advertencias de su padre, las sorpresas geométricas, las coincidencias contrapuntísticas, los números, la maldición de las cifras resonantes.

Desear, sentir, aceptar, arrepentirse, burlar, rendirse, dormir, dormir.

Lo despierta el smartphone, pega un brinco y enciende la luz. Se encuentra en el aposento de Mina, pero ella no está. Mira la hora. Ya debe haberse ido. No está en el lavabo. Tiene agujetas por todo el cuerpo. Se toca de arriba abajo, detecta o cree detectar erosiones, aguijonazos. ¿Mordiscos?, no está seguro. Se mira al espejo, avizora palideces malsanas, reconcentradas morbideces, no sabe si las descubre o se las inventa. ¿Le apetece un trago de sangre? Se pasa la mano por la cabeza y no sale de su asombro. ¿Qué he hecho? ¿Qué ha sido esta comedia?

Se va deprisa a su habitación, se ducha, se pone ropa limpia, desayuna un poco y se tranquiliza, porque del relato de Mina se desprende que los vampiros consolidados no comen. Se va al saloncito, donde ya le esperan Rakshasi y Novembrini. Se encuentra en un estado de retorno feliz, algo tedioso pero confortador. El mobiliario está revuelto, y en el bufet solo quedan infusiones y refrescos.

Les pilla en plena discusión.

—El rigor en los términos es particular y específico de cada disciplina. En las leyes, en la judicatura, son consustanciales con el espíritu del contenido. La precisión gramatical es un juego para los poetas, pero para los juristas es un requisito imprescindible.

—Y para los matemáticos, sobre todo si tienen que ir más allá de la notación matemática y los algoritmos.

—Y para la música, y para el ajedrez.

Artur contempla a la chica —hoy medio deportiva, con pantaloncitos cortos y camiseta—, y le parece el colmo de la salud y la vida. Esta sí que está llena de sangre. No se da cuenta, y los compañeros ya han vuelto a la cuestión aplazada. Ella pregunta:

—¿Por qué descartamos los platónicos?

—Porque tienen todas las caras iguales, y no hay jerarquía categórica para distinguir una zona de otra.

Artur interviene.

—Las expresiones del Universo rehúyen la perfección platónica y requieren la proximidad a la circunstancia que da el plus de irregularidad arquimediana.

—Todavía más curiosa la superposición conceptual entre imperfección y riqueza.

—¡Referidas a las formas, claro!

Se ríen.

—En parte es eso, en parte es expresión de la identitas in varietate, como sabéis uno de los lemas del antiguo Juego de la Fragmentación, que hoy ya no se practica. ¿El platonismo es la idealización opuesta al realismo? La gracia operativa de los arquimedianos es que a pesar de la diversidad de las caras, las aristas y los vértices continúan siendo iguales en cada figura según su peculiaridad. En cada vértice del Cuboctaedro se juntan 2 triángulos y 2 cuadrados, y en cada uno del Icosidodecaedro 2 triángulos y 2 pentágonos, y desde una apreciación primaria estos datos sugerirían que el número de triángulos es el mismo que el de cuadrados en la primera figura, y en la segunda que lo es el de triángulos y el de pentágonos, pero en el primer caso son 8 y 6 respectivamente, y en el segundo, 20 y 12.

Artur congela los pensamientos y procura calmarse para analizarlos desde fuera, como un entomólogo. El atractivo de la sensualidad carnosa, salutífera de Rakshasi, ¿forma ya parte de una incipiente naturaleza vampírica? ¿La ternura de la atracción está, habría dicho de forma espontánea, en la exuberante vitalidad de la chica, en el innegable encanto, pero desde la razón puede garantizar que no se centra en la sangre?

—¿Con qué criterio se toman por hipótesis estas cuatro figuras?

Novembrini continúa.

—Hemos descartado aquellas en las que hay hexágonos y octógonos por la incompatibilidad con los cuerpos platónicos, que por las razones obvias de dimensión angular que sabe todo el mundo no van más allá del pentágono, y hemos establecido un paradigma basado en la tríada pitagórica 3-4-5, concretada en los tres polígonos materia prima de los platónicos, que no perderemos de vista en ningún momento. La combinación 3-4 forma dos figuras, el Cuboctaedro ya mencionado y el Rombicuboctaedro, especialmente interesante porque se puede cruzar ecuatorialmente sin tocar ningún vértice, por las perpendiculares en los centros de las aristas de los cuadrados contiguos, puestos en fila en 3 series de 8, sobre las cuales es necesario no dejar de tener presente que se cruzan entre ellas y, por lo tanto, tienen piezas en común. El otro ecuador atraviesa cuatro vértices y en perpendicular cuatro aristas, alternando triángulos y cuadrados, estos de forma alternativa por la diagonal y por el centro de dos aristas opuestas.

Artur se desagrada combatiendo contra la insistencia de la duda, contra la obsesión de condenarse más que de resolverlo.

—Veo que habéis descartado algunas piezas.

—Sí, el Cubo Romo es en cierto modo el inverso del Rombicuboctaedro, con ecuadores de triángulos articulados, pero para lo que nos interesa es poco estable, y el Dodecaedro Romo ya es excesivamente fragmentado. Con el aumento del número de caras y, aunque en concreto no sea este caso, la mayor variedad de figuras no aumenta la complejidad y la riqueza formales, sino que se diluyen en formas cada vez más homogéneas y no elegibles. El poliedro hipercomplejizado y hasta hiperdesmembrado se asemeja cada vez más a una Esfera transitada por aristas y vértices cada vez menos agudos y relevantes, cada vez menos apreciables y, por lo tanto, indicativos de diferencias entre una figura y otra, en contraposición con la manera como incluso un profano en la materia distingue a primera vista y de forma inequívoca el Tetraedro del Cubo, los casos extremos al otro lado.

Artur está a punto de interrumpirle. La reflexión le parece un déjà vu de los propios pensamientos.

—Descartados estos, quedan las combinaciones 3-5 y 4-5.

—De la 4-5 no hay ninguna operativa que cumpla las condiciones apropiadas, y de la 3-5 está el Icosidodecaedro, que traslada a la propia peculiaridad la del Cuboctaedro: por las aristas, cada triángulo contacta con 3 pentágonos y cada pentágono con 5 triángulos, y en cada vértice se encuentran 2 de cada, opuestos los del mismo tipo.

—Eso ya lo has dicho.

Artur se esfuerza en situar el pensamiento recurrente de Novembrini.

—Los detractores dicen que hay un exceso de contraste, por la tensión formal entre dos polígonos demasiado distanciados.

—Les falta el 4 de en medio.

Novembrini adopta un aire solemne.

—La figura clave, el Rombicosidodecaedro, cumple todas las exigencias: triángulos, cuadrados y pentágonos en proporción 20-30-12, cohesionado alrededor del cuadrado, que rodea cada pieza de los otros, con la misma lógica: 3 cuadrados alrededor de cada triángulo y 5 alrededor de cada pentágono.

Rakshasi hace un inciso.

—Hay un elemento determinante: el número de caras confluyentes en un vértice, y el número de ejes de simetría posibles en cada vértice. En el Cuboctaedro y en el Icosidodecaedro dos: en el uno, el correspondiente a las diagonales de los cuadrados y el correspondiente a las alturas de los triángulos, y en el otro el de las alturas de los triángulos y el de los ejes de los pentágonos. Las más apasionantes y

conflictivas son las asimetrías regionales del Rombicosidodecaedro: en cada vértice se unen 1 triángulo, 1 pentágono y 2 cuadrados no contiguos, con un único eje de simetría por las alturas del triángulo y del pentágono.

Novembrini se avanza.

—Como hasta ahora no hay manera de gestionarlo, nos movemos entre los otros tres arquimedianos y el Dodecaedro, o sea el Troyacord.

Artur se impacienta con la geometría.

—¿Los planes cuáles son?

—No hay alternativa, el grado de complejidad formal del Rombicosidodecaedro es el que lo acerca más a los paradigmas formales astrales y contrapuntísticos. El objetivo es encontrar el quid.

—¿Encontrarlo o inventarlo?

—Desde la epistemología se detectan dos posturas enfrentadas.

—Son conocidas, y exceden el alcance del caso.

—Preguntarse por qué no hay ninguna combinación regular de cuadrados y pentágonos es como pensar por qué no hay pájaros con dientes, o vacas con plumas.

Rakshasi no parece entusiasmada.

—Quizá no hay que elegir entre una figura u otra, sino establecer, o descubrir, lo que se quiera, cuál corresponde a qué.

—¿Para incidir en una realidad por analogía sincrónica? Es la vieja utopía alquimista, pero no hay constancia de que nunca haya funcionado.

—En fin, la Tabula Smaragdina... Hay antecedentes contrastados en el antiguo Juego de la Fragmentación. Se dice que a través del Dodecaedro se puede llegar a subvertir el tiempo.

—En cualquier caso todas lo hacen, no en forma de viajes a otras épocas, que no tiene ni pies ni cabeza. Cuando tengamos los problemas delimitados hablamos. El Dodecaedro opera por referencias documentales de los hechos, y en su defecto verbales, por eso es la figura que encarna el Universo, la más noble y perfecta. Encontremos qué figura sirve para qué, y apliquemos cada una en el momento preciso.

Rakshasi propone un receso. A todos les parece bien, y ella se va. Novembrini se sirve un plato de canapés.

—¿No has desayunado?

El otro traga y bebe zumo antes de contestar.

—¡No he tenido tiempo! Cuando tenga tu experiencia, quizá.

Se queda mirando a Artur con una sonrisa de pillín que le sulfura.

—¿Mi experiencia?

—Hacer las cosas a su tiempo, no tener que correr y no dejar nada por hacer.

—No te sigo.

—No sé de qué te imaginas que te escondes. Esto es una pecera, transparente y todos dando vueltas a lo mismo. ¿Te crees que puedes hacer nada sin que se sepa? —se encoge de hombros y ya no evita hablar con la boca llena—. El primer día todo el mundo muy estirado y mucha prosopopeya, pero después... ¿Quieres que te diga quién se ha acostado con quién?

—No hace falta, gracias.

—Pista: con Rakshasi no nos hemos ido ni tú ni yo, porque si no, ahora mismo ella estaría aquí.

—Una observación brillante. Entonces, ¿esperamos la visita de alguna otra señora?

—No si en alguna parte más se dan un receso..., lo cual me lleva a pensar que si Rakshasi lo ha propuesto después de mirar el reloj es que hay algo acordado, mmm..., por lo tanto, sí, es posible que alguien aparezca. O no, depende de cómo haya ido la noche.

—Tampoco parece bonito esperar que se muevan las señoras. ¿No te apetece salir de visita, a ti? O a dar una vuelta, como lo quieras llamar.

A Artur se le ha acabado despertando la curiosidad por Rakshasi. Incluso por Novembrini, pero habiendo marcado distancias no le parece estratégico deshacerlas. No puede evitar sublevarse contra sí mismo por haber dado importancia a los supuestos encuentros durante los recesos. ¿Debería ir con Mina? ¿Tiene que sentirse mal por no hacerlo? ¿Tiene que sentirse ninguneado porque Mina no le viene a ver? ¿Le gustaría que lo hiciera?

De acuerdo con la casuística establecida, o anoche Novembrini no se comió una rosca, o el encuentro no fue demasiado exitoso para merecer un desplazamiento diplomático. ¿Quizá el suyo tampoco lo fue suficientemente? Como si le siguiera los pensamientos, Novembrini dice:

—No le demos más vueltas, quizá la gacela solo ha ido a estirar las piernas.

Rakshasi vuelve con un ademán grave, con una gran bolsa cuadrada que parece ligera por cómo la lleva. Lo es, y dotada de una estructura de varillas para evitar estrujarla. La abre y saca diferentes modelos en papel de varios poliedros regulares y otros, que parecen antiguos, en aristas de madera. Les sonríe.

—He pensado que nos iría bien.

Despliega las figuras sobre la mesa. Un Octaedro, un Icosaedro, un Cuboctaedro, un Rombicuboctaedro, un Octaedro Truncado —el Poliedro de Kelvin— y un Rombicosidodecaedro. Artur piensa si era esta la petición sexual que debía ser atendida. Coge uno con cada mano y dice:

—Nos faltará el Dodecaedro.

Novembrini dice:

—Disponemos de sus avatares, por orden formal el Icosidodecaedro, dotado de ecuador, y el Rombicosidodecaedro.

—¿Por orden formal?

—Por truncamientos de los vértices del Dodecaedro se obtiene el Icosidodecaedro y, por el mismo procedimiento, de este se obtiene el Rombicosidodecaedro. Primero, el truncamiento produce los triángulos, y después, los cuadrados. En cada caso, los pentágonos se mantienen en el mismo sitio, reducidos cada uno en relación con el anterior como resultado de unir los puntos medios de las aristas.

Artur da la vuelta a las dos figuras implicadas.

—El paso del Icosidodecaedro al Rombicosidodecaedro no se hace así sin más. Partiendo de los puntos medianos de las aristas de los pentágonos, que son también los medios de los triángulos contiguos, no se obtienen cuadrados sino rectángulos. Mirad la diferencia de valores de los ángulos internos del triángulo y del pentágono.

—La posición en la figura lo compensa. Lo que dices sería cierto si desmontaras la figura y presentaras las caras sobre un plano.

—Aun así, ni situando los diedros tal como están, del simple truncamiento no salen cuadrados. El dibujo de Jamnitzer que lo sitúa correctamente entre los derivados del Dodecaedro es tramposo en este punto. La figura final sale, una vez truncada, de agrandar ligeramente los triángulos en la misma proporción en que se disminuyen los pentágonos, manteniendo los vértices donde corresponden. Veo cierta rareza conceptual en el hecho de que para aumentar una cara haya que rebanarla y aproximarse al centro de la figura, y para empequeñecerla, añadir material y alejarse.

Artur duda de acogerse a la idea de si como resultado del estudio de los cuerpos platónicos y arquimedianos la mente se entrena a circular por el laberinto hiperconceptual de la Reinen Vernunft, a familiarizarse con las sutilezas de la esencia profunda del Universo, de sus sinapsis epistémicas. Como el piloto al volante, las marchas y los pedales, como el organista la escala cromática, las armonías y los teclados, el filogeómetra interioriza los volúmenes geométricos como un ente, siente cómo se relacionan este con aquel, y con todos, cómo a través de truncamientos y maclas derivan los unos de los otros como los hijos de los padres y las madres, de abuelos y abuelas, como de donde menos le parecería al profano emerge un parentesco maravilloso, la reveladora, posibilista promiscuidad de las formas.

Empieza por el Icosidodecaedro, se centra en una cara pentagonal y extiende el ámbito conceptual de la visión a los cinco triángulos adyacentes a las aristas, al parecido con un pentágono estrellado, que lo sería si se desmontara la figura y se pusieran el pentágono y los

cinco triángulos en un plano, aunque no del todo, porque las dos aristas exteriores de los triángulos no seguirían la línea recta de las del pentágono. Y como fondo, los cinco pentágonos entre los triángulos, conectados por los vértices con el pentágono central.

Da la vuelta a la figura y se centra en un triángulo. La operación conceptual es la misma: cada arista es común con un pentágono, por tanto tres alrededor. Pero como los triángulos son más pequeños, los tres conectados por los vértices con el central están más próximos y presentes, y el perímetro de aristas más apreciable es el eneágono formado, en orden sucesivo, por dos de un pentágono, una de un triángulo, dos de un pentágono, una de un triángulo, dos de un pentágono y una de un triángulo.

Se centra en un vértice, el quid de la discusión anterior. La visión más inmediata resultante son dos triángulos intercalados con dos pentágonos, unidos los cuatro por el vértice común, una figura alargada que en la inmediatez visual se amplía con los cuatro triángulos adyacentes a las aristas de los dos pentágonos iniciales, y con los dos pentágonos adyacentes a las aristas restantes de los dos triángulos. El perímetro es un decágono, en orden sucesivo dos aristas de un pentágono, una de un triángulo, una de un pentágono, una de un triángulo, dos de un pentágono, una de un triángulo, una de un pentágono y una de un triángulo.

Mientras tanto, los otros continúan, Rakshasi preocupada en el rol escéptico.

—Ecuador me parece un concepto espurio aplicado aquí.

—El Octaedro, el Cuboctaedro y el Icosidodecaedro tienen ecuador, entendido como objeto geométrico: los corta en mitades idénticas un plano pasando por el centro siguiendo aristas y vértices sin tocar caras, y cumpliendo el requisito de máximo perimetral.

—Me parece extraño que no sea un plan de simetría. En el Octaedro lo es, pero en los dos arquimedianos no.

—Los platónicos son más regulares en todo.

—Para que sea un plano de simetría, hay que tomarlo como plano de rotación y dar un giro de 60° en el Cuboctaedro para desplazar las seis aristas un lugar, y en el Icosidodecaedro de 36°, para desplazar las diez. De los dos se obtienen nuevas figuras, la Orbitocúpula Triangular y la Ortobirotonda Pentagonal, con los ecuadores marcando líneas de simetría perfectas, respectivamente el vigésimo séptimo y el trigésimo cuarto Poliedros de Johnson.

Les llevan la comida, decepcionantemente parecida a la del día anterior. Se sientan a la mesa, y Novembrini dice:

—No sé si avanzamos. Espero que en la reunión de esta tarde no haya que exponer resultados, ni siquiera hipótesis, porque no tenemos

nada.

Rakshasi se ríe con displicencia.

—¿Nos espera un consejo de administración? ¿Qué nos harán si no les presentamos nada? ¿Nos echarán una bronca? ¿Nos despedirán? ¿Nos meterán en la cárcel?

—No es cierto que no tengamos nada. A ver cómo lo aplicamos, pero hemos hecho una primera criba de características de poliedros determinante.

Artur no se atreve a preguntar qué ha pasado en las últimas horas, y como nadie lo hace prefiere no entrar ahí. Se pregunta por qué Novembrini no se permite con Rakshasi —más risueña que el día anterior— la expansión que sí que ha tenido con él. Rakshasi dice:

—Nos lo tomamos como un juego, y no lo es. Por lo menos, las dimensiones exceden las de un juego. Dicen que no saben si es una avería o un accidente, y es para suavizarlo. Es un accidente, y producto de muchas negligencias.

Artur y Novembrini se miran.

—Te lo acaban de contar, ¿no? ¿Quién?

—En el primer encuentro conjunto Zapruder habló de doscientas diez víctimas del accidente, y parece que son muchas más. Hay trescientos heridos y como mínimo quinientos desaparecidos, atrapados en las dependencias aisladas por el derrumbe. A pesar de que no estén dispuestos a reconocerlo formalmente, más de quinientos muertos, a saber si en el mismo momento del accidente o en los días siguientes.

—¿Qué importancia tiene doscientos o quinientos?

—La gestión de la información. No se sabe el número ni por aproximación, ni detalles, ni posibles negligencias sobre protocolos que correctamente aplicados habrían evitado muertos por heridas, por falta de oxígeno, de inanición. Algo gordo tiene que haber fallado para que no los pudieran rescatar.

—¿Algo? Más que algo habrá sido. Quizá el fallo está en los protocolos de seguridad.

Novembrini dice:

—El Anficonversor está construido exprofeso para que no se pueda desmontar sin hundirlo, cosa que supondría hacer desaparecer no solo a los accidentados, sino al resto de los ocupantes.

Artur no tiene ninguna duda.

—Nuestra misión es desmontarlo y recomponerlo sin que se nos caiga encima, ni haya que derruir el edificio entero.

—¿Toda la Torre Norte o toda la Cáscara?

—No lo sé. Ahí está el detalle que aclararía el asunto.

De forma no del todo inesperada, la reunión ha dado un giro en dirección contraria al espíritu del juego. Rakshasi dice:

—No entiendo por qué tenían que construir el Anficonversor con esta característica.

Novembrini dice:

—Desde que estamos aquí no me lo saco de la cabeza, y siempre que he querido hablar con los frailes de dentro me han salido con evasivas.

Artur dice:

—Pienso en los mecanismos de las pirámides, construidas como cajas fuertes para hacerlas inaccesibles.

Novembrini dice:

—Y para destruir a los invasores. La intención es parecida, y la seguridad juega un papel fundamental. La tecnología marca la diferencia entre las pirámides de Ghiza y la Isla de los Muertos de Lauriaian. Desmontar la pirámide de Keops comportaba un tremendo esfuerzo tecnológico y energético, un gasto que no compensaba lo que se pudiera obtener. En cambio, desmontar la Torre Norte es relativamente accesible, y había que añadir un elemento disuasorio incontrovertible: si lo intentas te lo cargarás todo y a ti mismo, porque por más tecnología que haya, por más drones y robots teledirigidos, no lo conseguirás si tú no estás al frente.

Quedan en silencio. Rakshasi dice:

—Por deducción inmediata: ¿qué había en la Torre Norte para merecer este riesgo?

—Y que continúa ahí para que los gestores no permitan derribarla tal como sería coherente con el planteamiento de los constructores, o no la derriben ellos mismos, y nos hayan convocado para salvarla. Otra contradicción.

Artur se encara a Rakshasi.

—¿Con quién has hablado?

—No es ningún secreto, con Fabrici y Curwen. Por cierto —mira el reloj—, hay que espabilar. Están a punto de empezar las declaraciones, y los primeros comparecientes son importantes.

—Todos los comparecientes son importantes —dice Novembrini sentenciosamente.

Terminan de comer y se van al salón de la primera tarde, ahora con las cortinas traslúcidas echadas para mitigar el sol directo, y para Artur desprovisto del enigma saturnal de la primera visita. Hay más sillas, dispuestas en semicírculo alrededor de tres situadas contra la pared del fondo. Unos en una dirección, los otros en la otra, todos sentados de lado en relación con el ventanal, las butacas en primera fila.

Son los últimos en llegar. Están los mismos del otro día, y se han añadido algunos que el Teniente Nietsripas les presenta.

—Se incorporan a la Comisión la señora María Sinora, la señora

Rosa Vinyals de Guinarda, el señor Borrell Dalmau, el señor Phaeton Spohr y el señor Randolph Carter, representante de la conocida estirpe de soñadores.

En medio de los apretones de manos, Artur dice:

—El señor Carter y yo hace tiempo que nos conocemos.

—Nos consta, y lo apreciamos como un factor importante para la cohesión del grupo.

Carter y Artur se sonríen. Curwen dice:

—Esperemos que no para enfrentar facciones.

Le ríen la gracia sin entusiasmo. Artur y él quedan aparte.

—Conocí a un Joseph Curwen hace tiempo.

—Mi padre.

—Ah, no sabía que tuviera hijos... Y pues, ¿tu madre?...

El Teniente Nietsripas les interrumpe.

—Por favor, siéntense. Va a pasar el primer declarante —se reparten en las filas intermedias, y el Teniente levanta la voz—. Pueden intervenir cuando quieran. En caso de aglomeración de palabras, de desorden o cualquier incidente que comprometiera la eficacia de la sesión, el doctor Zapruder tiene la prerrogativa de moderar turnos.

Artur se acomoda para quedar cerca de Mina, que apenas lo ha mirado, pero ella se arrima a Curwen.

—Shelly, ven a mi lado.

Artur va a parar junto a Carter.

—Me alegro de verte. ¿Todo bien?

—Vamos tirando. Esto no será tan divertido como el Avalon.

—Quién sabe.

Curwen parece feliz entre Schikamayr, que le trata familiarmente, y Mina, vestida como de funeral, tapada y pensativa. Los doctores Kelch y Zapruder se instalan en las butacas centrales de la primera fila y hacen una señal al Teniente, que sale por una puerta no practicada hasta ahora. Una nube tapa el sol, y el aposento adquiere una profundidad que lo vuelve todo minucioso, detallado y más claramente apreciable.

Entra el Teniente en compañía de un individuo de estatura y complexión imponentes, enorme cráneo lleno de bulbosidades óseas y ojos hundidos en cuevas, edad provecta, cabellos escasos y blancos y piel deteriorada, todo en el límite de los rasgos de un mutante —podría ser un mutante, piensa Artur—, que cojeando avanza con la ayuda de un bastón —casi un báculo—, y le manda sentarse en la silla central frente a los asistentes.

—Comparece ante la Comisión investigadora del incidente en el Anficonversor de la Torre Norte de la Madre Casa número de registro 13/15|2138 el Capitán Etnorfitye, comandante transportista

matriculado en el ente mencionado 5|15-12-20.

El doctor Zapruder consulta el dosier en papel y de forma alternativa el smartphone.

—Según el informe del Cuerpo de Contracamarlengos que atendió el accidente en primera instancia, usted dirigía el transporte 27-4-15-(...)-(...)-14-κ-BN-γ-20-(...)-(...)-(...)-(...)-(...) en el momento del accidente, y es uno de los supervivientes mejor situados para explicarnos qué pasó.

Etnorfitye le mira impasible.

—Qué pasó. Curiosa concatenación de hechos. Desconozco qué aspectos interesan a esta Comisión. ¿Por dónde quieren que empiece?

—Nos interesan todos los aspectos, es atributo de la Comisión registrar o descartar, y esto no es un juicio. Diga lo que diga, saldrá de aquí tal como ha entrado. No lo condenará nadie, ni nada comportará deuda alguna para usted.

—¿Son los principios de la Comisión?

—Es lo que se pactó con los representantes de los transportistas.

—¿Entonces qué valor tiene este acto?

—Es su responsabilidad en términos absolutos. Si cree que es lo que tiene que hacer, tiene derecho a mentir. No se lo hará pagar nadie. Usted no responde ante la justicia ni la inquisición, sino ante la ciudadanía implicada, ante usted mismo.

—Ante la verdad —dice el doctor Kelch, y Etnorfitye casi sonríe.

—No se imaginan cómo me conforta oírlo.

—Nos lo imaginamos. Respondiendo en concreto a su pregunta, queremos que empiece por el momento en que según su criterio algo empezó a ser diferente de lo habitual y usted tuvo la idea, o la sospecha, de que la maniobra podía ir mal.

Etnorfitye abre las manos.

—No hay nada habitual en este tipo de maniobras, no hay nada que indique si será tal como fue esa otra vez o tal otra.

Novembrini interviene.

—¿Nos está diciendo que todo es improvisado? ¿Que no hay protocolos ni pautas?

—No he dicho tal cosa. Hay normas incontrovertibles, por cierto no siempre razonables, nada fáciles y continuamente alteradas sin aviso, supongo que para obligarnos a estudiarlas continuamente, o como una forma más de selección, para inhabilitar al número máximo de solicitantes. Digo que por más buena intención que ponga yo ni nadie, me resulta imposible trazar la raya de dónde aparecen elementos determinantes de todo lo que pasó.

Se quedan en silencio. Schikamayr dice:

—Pues descarte aquello que razonablemente le parezca superfluo, y empiece en un punto que quienes no conocemos a fondo el

Anficonversor nos podamos hacer una idea de lo que pasó.

—Lo intentaré, y hago constar que digo intentar porque ignoro su conocimiento del pilotaje de los transportes del Anficonversor. Sea como fuere, quiero el compromiso de que si un elemento que yo había considerado superfluo más adelante resulta relevante, no se presente como si yo lo hubiera querido ocultar o disfrazar subrepticiamente.

Los doctores Kelch y Zapruder hablan en voz baja.

—No es posible explicitar tal compromiso, porque ya es suficiente el principio de garantizar que no se harán juicios de intenciones, y que, tal como ya le hemos dicho, nada de lo que diga tendrá consecuencias judiciales ni penales —dice Zapruder.

Artur inclina la cabeza en dirección a Carter, y le dice muy flojo:

—No ha dicho que no tendrá consecuencias policiales o militares.

—Eres demasiado puntilloso.

—¿Quieres decir que aunque le dieran garantías, si hiciera falta se las saltarían?

Se ríen. Sentado detrás, el doctor Crowley les ha oído, se inclina hacia ellos y murmura:

—Y porque hacer tal cosa equivaldría a dar carta blanca para declarar lo que se quiera, sin ninguna consecuencia. No me parece ni adecuada la salvedad de Zapruder.

El doctor dice:

—En los protocolos de la Comisión que se les han adjuntado se especifica claramente toda la cuestión de la sanción de las obligaciones.

—¿Has recibido un protocolo de la Comisión? —dice Artur en voz baja.

—No. Quizá estaba en la letra pequeña del contrato.

—No lo he leído.

—Yo tampoco.

Zapruder continúa:

—La depuración de responsabilidades queda fuera del protocolo de las declaraciones. Se ajusta al de las leyes internas de la Madre Casa.

Se hace un silencio.

—¿Eso qué significa?

El doctor Kelch interviene.

—Que si durante la declaración el compareciente miente, no hay un protocolo legal específico aplicable. Que no se le puede acusar de perjurio ni de falsedad de hecho, pero esto no quiere decir que si de su declaración sobreviene un perjuicio no se deriven responsabilidades. Que en cualquier caso no irán más allá de las que se le reclamarían si mintiera durante la comida, o paseando por el salón.

Schikamayr dice:

—Me parece peligroso. Si en una sobremesa alguien se extiende en

delirios y otro se los traga y actúa con consecuencias punibles, ¿es responsable el primero?

El doctor Kelch dice:

—Por favor, señora, no llevemos las cosas a la parodia.

Hay caras de escepticismo.

—¿Le queda claro al declarante? —dice Zapruder.

Etnorfitye hace un gesto de aquiescencia no del todo resignada, deja una pausa y prosigue.

—Hacia el mediodía habíamos cumplido los protocolos de acceso al atrio y esperábamos turno todo el equipo del transporte en el atrio κ del piso 14. La puerta se abrió sin incidentes, entrábamos en el orden preestablecido de prioridades, y accedíamos a la fase de alerta previa a las tres señales para ponernos en marcha. Por la secuencia de identificación nos correspondía subir seis pisos, pero con el tráfico del día y la prioridad establecida, no nos ahorraríamos acogernos a la pausa. La única incógnita era si habría que hacer, según los cálculos, ocho desplazamientos en el mejor de los casos, o entre trece y dieciséis en el más desfavorable.

Spohr le interrumpe.

—¿Cómo se establece el orden de prioridades?

—Se barema por combinación de diversos factores: fecha de inscripción, cantidad de dinero abonada, que por cierto tiene un máximo y un mínimo normativamente establecidos, y no siempre se cumplen, número de transportes del equipo, horas de servicio del piloto, longitud y potencia del tren... Cuanto más largo y cuanto menos potente, menos prioridad.

—¿Cuando ya estás a punto de salir puedes no saber cuántos tienes delante?

—Nunca lo sabes, porque en la fase de espera en los atrios hay un sistema de subastas mutuas durante el cual cualquiera puede ganar o perder turnos. Aun así, el cálculo del margen no deja de ser aproximado.

—Ya lo veo. ¿Y en su caso?

—Creo recordar que teníamos diez delante, y los cálculos extremos de ocho y dieciséis venían de la expectativa de vender turnos. No íbamos bien de rendimiento, pero como era general, nos podíamos encontrar incluso ganando un par de lugares si alguien de delante vendía más barato que nosotros. En cualquier caso es un cálculo complicado. Son solo estimaciones. También habríamos podido salir antes del lugar octavo, o después del decimosexto. Poco probable no quiere decir imposible.

—Queda entendido. Continúe, por favor.

—No sé si ustedes han asistido a algún ejercicio de conversión —hay murmullos, y dominan los del no—. Mientras la plataforma se

mueve, el ruido es atronador y puede con todo, pero cuando se detiene para que entre o salga un transporte, solo se oyen los silbatos de descompresión. Aquel día también se oía una tremenda discusión a gritos, parece que en la planta trece, una por debajo de nosotros. Los desacuerdos y las controversias son habituales, no me llamó particularmente la atención. Manteníamos el turno que nos correspondía, y cuando ya solo teníamos tres delante, se encendieron siete códigos rojos de abortar.

El doctor Zapruder interviene.

—Corresponde a un estado de alerta máxima. Nueve códigos rojos son aborto efectivo. Prosiga, por favor.

—Seguimos el protocolo, y retrocedimos hasta la línea azul. El interventor de la maniobra era partidario de llegar hasta antes de la línea verde, pero me pareció innecesario, y no lo consideré. En menos de un minuto hubo una gran explosión, y parte del convoy cayó por el boquete abierto detrás de nosotros, y que afectaba a los pisos 13 y 14, eso lo supimos más tarde. La máquina y los dos primeros vagones respondieron a los mecanismos de seguridad, se desengancharon y esto nos salvó, pero desgraciadamente no se puede decir lo mismo del resto del transporte, que como le consta en el dosier, se perdió completamente, incluido el personal. A partir de ahí efectué de oficio una primera evaluación de daños, y al comprobar las condiciones en que habíamos quedado, activé los protocolos de evacuación y salvamento, con la correspondiente distribución de atribuciones. Como capitán del transporte dirigí la brigada de ayuda, y tal y como hice constar, recogimos y acondicionamos treinta y cuatro heridos, hasta que llegaron las patrullas de Contracamarlengos, tomaron el relevo y pudimos ser atendidos nosotros mismos. La lista de daños y víctimas consta en el informe.

Se hace un silencio. Rosa Vinyals dice:

—Tengo muchas preguntas. Para empezar querría su opinión sobre la discrepancia con el interventor en relación con lo que había que hacer. ¿Qué habría pasado si se hubiera seguido su criterio?

Etnorfitye hace un gesto ambiguo.

—El interventor y yo lo discutimos más tarde, y me apuesto lo que sea a que si lo llaman a declarar dará una versión maximalista. Yo no haré tal cosa. Si hubiésemos retrocedido hasta la línea verde muy probablemente, me situaría en un noventa por ciento de probabilidades, la explosión habría alcanzado al tren en medio del tramo donde se produjo el hundimiento, y habríamos perdido el transporte entero, tripulación incluida.

María Sinora dice:

—De lo que ha dicho deduzco que da por hecho que el interventor dirá que habría habido tiempo para retroceder hasta la línea de

protección, y por tanto el transporte se habría salvado entero.

—Esto es lo que ha dicho el interventor, y lo reitera en todas las declaraciones a las que se le requiere.

Interviene Novembrini.

—Todo esto es muy interesante, pero se refiere solo a las consecuencias en su transporte en particular.

Hablando solo para ellos, Artur dice a Carter:

—Entiendo que la figura del interventor es decisiva en el transporte.

El doctor Zapruder dice:

—El caso del transporte 14-κ-BN-γ-20 es de interés porque sitúa la fiabilidad del declarante.

—Sí —dice Carter—, el interventor es el responsable del contenido del transporte, y el capitán, de las maniobras del tren.

Novembrini dice:

—Solo lo estableceremos después de haber oído al interventor. Y aun así —consulta el smartphone—, no veo datos técnicos, no veo cómo iremos más allá de considerar la palabra de uno contra la del otro.

—Hay un factor añadido —dice Carter a Artur—, y pondría la mano en el fuego a que aquí la mayoría lo desconoce: el interventor es hijo del Etnorfitye, un tal Eytifronte.

Etnorfitye dice:

—Los datos objetivos están: si hubiéramos retrocedido a toda máquina hasta 5 segundos después de encenderse los siete códigos rojos de aborto, se habría salvado el convoy entero, a pesar de que es probable que la deflagración hubiera afectado a la cabina, con un resultado contingible. Pero entre tomar la decisión y ejecutar los protocolos del retroceso, nos habrían hecho falta 14 segundos. La explosión nos habría alcanzado de lleno. Se habría perdido el tren entero.

—¿Y no lo dirá nadie? Como mínimo Kelch y Zapruder lo tienen que saber. ¿Por qué no lo dicen? —dice Artur, y Carter se encoge de hombros—. ¿Por qué no lo dices tú?

Novembrini persiste.

—¿Cómo lo sabe tan seguro? Usted ha dicho —consulta la transcripción automática en el smartphone— «el interventor de la maniobra era partidario de llegar hasta antes de la línea verde, pero me pareció innecesario, y no lo consideré. En menos de un minuto hubo una gran explosión». ¿Cuánto es menos de un minuto? ¿Cincuenta y nueve segundos? ¿Treinta segundos? ¿Tres?

—En este punto no hay divergencias. 28 segundos.

El doctor Crowley dice:

—¿Podemos afirmar, por lo tanto, que si el interventor y usted

hubieran estado de acuerdo en retroceder y lo hubieran hecho sin más dilación y con total determinación en el primer momento el tren se habría salvado entero, y, como no estuvieron de acuerdo, la mejor decisión fue no moverse, y cualquier tercera alternativa habría llevado a la total destrucción del transporte?

—Es una forma bastante forzada y capciosa de plantearlo.

—Pero ¿es exacta? ¿Es así o no?

—No es inexacta.

El doctor Zapruder dice:

—Hemos llegado al final en este punto. Por favor, Capitán Etnorfitye, háblenos de la explosión. ¿Qué causa le parece probable? ¿De qué naturaleza le pareció? Por lo que vio, ¿qué ha destruido?

—Tardé en poder salir de la cabina para tomar contacto directo con el terreno, porque los registros automáticos indicaban una atmósfera no respirable, al principio pensé que por la aniquilación de oxígeno consecuencia de una deflagración con efectos ígneos importantes: cenizas, carbono en suspensión, gases criogénicos, dióxido y monóxido de carbono, y óxidos de nitrógeno, a pesar de que más adelante aparecieron registros de otras sustancias, pero ya en fase residual y poco significativa a causa de la ventilación forzada automática prevista para estos casos. No me puedo pronunciar con rigor sobre el origen ni las características de la explosión. Entre las múltiples causas posibles, de manera intuitiva me inclinaría por el exceso de presión en alguna cámara del piso 13, justo debajo del nuestro, por la coincidencia desgraciada de la fuerte presión de la plataforma central del Anficonversor con la ejercida por algunas plataformas ascendentes con cargas. Que se hubiera producido una compresión repentina excesiva que hubiera detonado gases acumulados. Que eso produjera una explosión de estas características y dimensiones hace pensar en la presencia de material explosivo en alguno de los transportes en espera en aquel momento en el piso 13.

El doctor Crowley dice:

—Esta ha sido la hipótesis con que se ha trabajado desde el primer momento. Pero no ha habido manera de comprobarlo con el material residual, en parte por el incendio...

Lo deja en suspenso, y Fabrici continúa.

—... y en parte por la negligencia de los encargados de la limpieza, que retiraron y destruyeron la escoria sin obtener muestras analizables —se dirige a Etnorfitye—: ¿Tuvo ocasión de ver la forma del derrumbe?

—Desde la cabina de mando, donde yo estaba, no, y las cámaras de seguridad de las uniones entre vagones habían quedado inutilizadas, pero los oficiales de guardia del último vagón salvado, o del primero, depende de cómo se mire, relatan una caída en embudo espiral, como

el remolino de una pila que se vacía, con efecto de trituradora. Cualquier cosa que cayera allí saldría desmenuzada. Ha sido una detonación, con velocidad de propagación supersónica.

El doctor Zapruder dice:

—Esto confirma las primeras hipótesis.

Novembrini dice:

—¿Están citados a declarar estos oficiales de guardia?

El doctor Zapruder dice:

—Era nuestro propósito tenerlos aquí, pero los servicios médicos lo desaconsejan. No han superado el estrés postraumático, no están en condiciones de articular un discurso fiable. He dado instrucciones para que si hay un cambio positivo nos informen enseguida, para convocarles —se levanta y se medio vuelve—. Hacemos una pausa de una hora. Señoras Vinyals, Murray y Prills, doctores Kelch y Crowley, señores Fabrici, Novembrini y Oliver, tengan la bondad de acompañarme al despacho.

Los Contracamarlengos se llevan a Etnorfitye, y los convocados siguen al doctor Zapruder por el pasillo perimetral no más allá de diez metros, hasta el despacho contiguo al salón, y con el mismo tipo de ventanales y mobiliario, pero de dimensiones más reducidas, y con una gran mesa orientada lateralmente contra la ventana. Las paredes están forradas de libros hasta el punto de no dejar ni un espacio libre, y todavía hay muchos puestos planos encima de los otros, y en montones en los rincones. Artur ve muchos antiguos, pero el doctor no deja espacio para las contemplaciones, ni cuando dice la Prills:

—Parece la biblioteca de los Van Egmont.

—Después podrán echar un vistazo. Hay que establecer algunos puntos —se queda mirando a los más jóvenes como el profesor en un examen—. ¿Alguna idea para empezar?

Novembrini dice:

—Monóxido de carbono, óxidos de nitrógeno, escombro en forma de embudo espiral... No tiene pinta de accidente sino de atentado. Son residuos de explosivos situados en el punto preciso en que quien los puso había calculado cómo derribar la estructura.

—Bien, señor Novembrini. Como hipótesis la veo consistente —dice el doctor Zapruder.

Mina dice:

—Si fue un atentado, ¿por qué sonó la alarma?

—Teniendo en cuenta lo que ha dicho Etnorfitye sobre el tiempo de retroceso, la alarma podía ser el aviso para que el implicado en el atentado retrocediera y salvara el transporte —dice Novembrini.

—¿No habría sido más práctico y sencillo haber quedado a una hora determinada?

—No, porque una vez iniciados los transportes, el horario varía

depende de cómo se despliegue cada cual —dice Fabrici—. Había alguien confabulado con los mensajeros de control. Busquen quién salvó el transporte entero, y tendrán al autor del atentado.

Miran las actas.

—No salvó nadie el transporte entero. Quien salió mejor parado fue Etnorfitye.

—Pues él es el criminal —dice Novembrini, y se quedan en silencio —. Pero como prueba no es determinante.

—¿Qué lo sería? —dice Mina, y el doctor Crowley dice:

—El beneficio obtenido con la destrucción de otros transportes, y encontrar la secuencia numérica que pruebe quién lo había controlado desde su transporte, y había esperado el momento en que cada cual ocupaba el lugar que ocupaba.

—¿No le habría resultado más sencillo situarse en un piso alejado de la explosión?

—La cuestión es si desde otro piso habría podido controlar la secuencia.

—O simplemente, si no pudo elegir.

—Ni una cosa ni la otra. Todo calculado y controlado: aparecer entre las víctimas lo libera de sospecha.

—Tiene cierta lógica. Y también por qué no hace caso de su hijo cuando le pide que retroceda.

—Porque sabe que la explosión los pillaría de lleno —dice Novembrini.

—No lo veo claro. Etnorfitye ha proporcionado mucha información, y alguna que depende de cómo vaya el caso le incrimina.

—Toda estructural o circunstancial, nada que no hubiéramos acabado descubriendo por un lado o por otro. Ha conseguido lo que quería, que dudemos de su implicación.

Artur ha intentado acercarse a Mina, pero la vampira ha respondido con una sonrisa tímida exenta de señales de disposición. Él aprovecha para clasificar al personal, dispuesto a rectificar de acuerdo con los acontecimientos. El doctor Crowley es un tipo recio, tenso y rojo, probablemente gotoso, superados los cincuenta, de facciones peculiares, combinando cara redonda con nariz y orejas afiladas. Fabrici es un canijo verdoso y nervioso, de edad difícil, canas y algo encorvado, y Artur se para a pensar que no ha habido ocasión de comentar el azar del encuentro ante el dispensador, un comentario envenenado, porque no cree que hubiera ningún azar, y de agradecérselo sin dejar duda a la ironía..., ay, pero cuidado, la ironía demasiado explícita se asemeja a la grosería. De la Prills, a quien antes ha oído a Zapruder llamarla Midoissa, no se puede decir que esté delgada ni gorda —presenta una estructura tan equilibrada y atractiva que transciende los parámetros, una consideración que también vale

para las facciones, una inquietante, devastadora mezcla de serenidad y tensa furia latente, domada y disponible para sí misma. Alta, elegantísima de movimientos, inasequible, le produce un efecto de severidad y contención, alérgica a la vida frívola, aposentada en un inconmovible propósito de bondad, confiable. Todo, en ella, y no sabría decir cómo ni por qué, sugiere a Artur equilibrios de fuerzas extremas en alta tensión, afabilidad y distancia, denuedo y compasión, discreción y, al final de todo, recóndita pero quizá no tanto, lascivia. Va vestida con una extraña precariedad, tapada como para pasar desapercibida, para disimular el esplendor de las formas, reservar los atractivos de la exuberancia latente, todo inútilmente, porque debajo de la ocultadora grisura se adivina, late juguetona a punto para saltar la implacable pantera. Se le presenta en los pensamientos todo lo que sabe de ella, lo que no sabe, le gustaría saber y se imagina, los caminos comunes cruzados en alturas diferentes y nunca interferidos, las ocasiones perdidas, las aproximaciones fallidas.

Una insituable intuición le susurra que no se fije mucho, que las alturas son peligrosas. A su lado, Mina y Rosa le parecen un par de gatitas incapaces de interferir en la tigresa. Una, vampira o no, procuradora de hielos; la otra, la equivalente hembra de Fabrici, reducida, estudiada, tensa y concentrada, con la pulsión por no llevar ni un pelo ni un pliegue del traje fuera de lugar que enerva a Artur y le entran ganas de sacudirla, de despeinarla.

Se da por acabado el receso.

—Hay que escuchar la versión de Eytifronte.

—Está citado a declarar el segundo —dice el doctor Zapruder.

Con la promesa de pasar un rato en la biblioteca vuelven a la sala. Por el camino, y por los azares del orden aparentemente no calculado, Artur va al lado de Fabrici, y le aborda.

—Hasta ahora no ha habido ocasión, pero no puedo evitar preguntarlo. ¿Fue casual encontrarnos en la cola del dispensador de acreditaciones?

Fabrici le sonríe algo socarrón.

—Una total casualidad, y muy afortunada para usted, si me permite decirlo.

—Y ya le di las gracias en su momento. Pese a que no me lo acabo de creer.

Fabrici levanta las cejas sin dejar de sonreír.

—¿Qué no se acaba de creer?

—¿Por qué se rio cuando le dije mi nombre?

—Porque ese no era su nombre.

Entran en la sala y se quedan de pie cerca del ventanal.

—¿Usted cómo lo sabía?

—Por cómo lo tuvo que pensar. ¡Lo he visto tantas veces! Era el nombre protocolario que le habían otorgado. Hizo como todos, decirlo con un miedo, no se ofenda, bastante ridículo.

—Ríase tanto como quiera. ¿Tiene usted idea de lo que me habían hecho pasar hasta entonces?

—Me lo puedo imaginar.

—Pues comprenderá que no me hiciera gracia volver a pifiarla.

—Eso es lo que me hizo gracia, que imaginara que allí alguien le podía pedir cuentas en términos, digamos, incómodos.

—Quizá no, pero yo no lo sabía. Y continúo convencido de que usted me llevaba mucha ventaja en lo referente a aquella máquina macabra. Y aún la lleva, claro.

—Imagino lo que piensa. Que me habían enviado aposta para ayudarle.

—Usted lo ha dicho.

Fabrici se encoge de hombros.

—¡Qué sentido tendría tomarse la molestia de ponerle un montón de dificultades para después mandarle alguien a resolverlas, con todo el esfuerzo y el riesgo de oportunidad y de coordinación consecuentes!

—Yo qué sé. Dígamelo usted.

Fabrici se le queda mirando, y Artur se hace la ilusión de que ya no todo es sorna, que hay algo de intriga, y esto le gratifica, porque hasta entonces se sentía absolutamente en manos de aquel tipo, y ahora se siente con un cierto poder.

—Todavía tiene que aprender mucho de cómo van las cosas aquí dentro.

Una vez están todos, vuelven cada cual a su asiento. Vuelve también Etnorfitye, se sienta, y el doctor Zapruder da la palabra al doctor Crowley.

—Dos preguntas: primera, ¿ha considerado la posibilidad de que se trate de un atentado, y no de un accidente? Segunda, dada la importancia del debate en el seno del mando de su transporte, háblenos de los antecedentes y los tratos entre usted y su interventor.

Etnorfitye hace como si lo tuviera que meditar.

—¿Un atentado? Sí, se podría considerar así. ¿Pero no lo son muchas jugadas que en nombre de la estrategia comportan graves prejuicios para otros, destrucción, pobreza, heridas? Visto en qué acaban, ¿no son atentados tantas y tantas intenciones que quien sale favorecido las ve como legítimas, como necesarias aspiraciones?

Novembrini dice:

—Creo que el doctor Crowley no pedía juicios de intenciones filosóficas, sino cosas más concretas, en las que la mayoría nos podamos poner de acuerdo en términos penales.

—Una mayoría de acuerdo en términos penales... Una expresión

interesante, joven. Permítame que se lo diga, sus intervenciones son agudas, sin duda, pero su exceso de confianza en las variedades dialécticas le puede llevar a perderse con cierta facilidad.

—Le agradezco el consejo, pero no se distraiga con mi juventud ni se acoja a la confianza en las variedades dialécticas que tan peligrosa le parece, y responda la pregunta que se le ha hecho.

Etnorfitye le mira con un inmenso resentimiento, se toma su tiempo y dice:

—Podría ser un atentado, desde luego podría serlo, pero sin datos y pruebas, lo que yo diga aquí solo será una opinión más, tan valiosa o tan poco como la de cualquier otro. ¿Les interesa saber si yo lo creo? Honestamente, no lo sé. Y no lo sé no tan solo dadas las intenciones de quién sabe quién, sino en términos cuantitativos. Si penalmente y por supuesto moralmente, y disculpen que insista, se puede considerar atentado la acción destinada al éxito particular, practicada sin escrúpulos y con indiferencia respecto a efectos criminales, pero sin un propósito específico de hacer daño.

Carter se inclina de lado hacia Artur y le dice en voz baja:

—Este tío es un farsante.

Artur se vuelve un poco para responder todavía más flojo.

—¿Y por qué no lo dice nadie? ¿Por qué no lo dices tú?

La posición de la cabeza le lleva la mirada hasta Van Egmont, sentada en la fila trasera en el otro extremo. Ella le sonríe. Artur aparta los ojos, vuelve al cabo de unos segundos y ella lo continúa mirando, con una sonrisa más pronunciada todavía. Él se aparta de nuevo, y cuando vuelve ella ha cambiado de posición, inclinada hacia delante en su dirección, y le sonríe desinhibidamente. Esta vez, él ha dispuesto de tiempo suficiente y le sostiene la mirada y la sonrisa para asegurar sin equívoco las señales de expectativa de continuidad acabada la sesión.

Mientras tanto, las precisiones sobre la primera pregunta del doctor Crowley se han dado por acabadas, y Etnorfitye se extiende en la segunda.

—El interventor del transporte 27-4-15-(...)-(...)-14-κ-N-γ-20 es mi hijo —hay un silencio—. Pero eso no tiene ninguna incidencia en los hechos ahora sujetos de análisis.

Nuevo silencio. Con el smartphone en la mano y con la vista alternativa del aparato al compareciente, Curwen dice:

—Según el código de maniobras del Anficonversor, el capitán escoge libremente al interventor, pero hay una escala de calificaciones y unos límites para compensar posibles favoritismos, y para asegurar un reparto de la ocupación lo más justo posible.

—Es así. Nadie ha formalizado ninguna queja ni ninguna sospecha.

Curwen continúa.

—¿Cuántas veces su hijo ha sido su interventor?

—Ha sido la primera.

—Ah... ¿y cuánto tiempo hace que su hijo tiene el cargo de interventor de maniobras del Anficonversor?

—No le sabría decir exactamente, porque se toma largos periodos sabáticos, de vez en cuando lo deja para hacer otras cosas.

—Sí, muy bien, ¿pero cuándo hizo de interventor por primera vez?

—Debe de hacer unos cincuenta años.

Murmullos de incredulidad.

—¿Cuántos años tiene su hijo?

—Creo recordar que noventa y nueve.

Más murmullos.

—¿Y cuántos tiene usted?

—Acabo de cumplir ciento veintinueve.

Aún murmullos, y alguna carcajada.

—Permítame que le felicite por la lucidez y la energía que conserva.

—Muchas gracias.

—Y ahora, ¿le molestaría explicarnos en qué términos se concretó que después de tanto tiempo en una misma actividad finalmente se decidieran a trabajar juntos, cómo se gestó y formalizó la colaboración?

—Precisamente, para evitar suspicacias de favoritismos, nepotismos y otras minucias, él todavía más que yo había tenido el escrúpulo de no coincidir nunca, y como tengo planes para retirarme, le pareció que como despedida nos lo podíamos permitir, así que se puso en la lista de los disponibles, y lo escogí dentro del más estricto cumplimiento de las normas. Me lo tomé como un homenaje, como un regalo, y lo aprecié de todo corazón.

Interviene Novembrini.

—Es comprensible. ¿Cómo son las relaciones con su hijo?

—Excelentes.

—¿Y cómo se explica que cayeran en la discrepancia justo en el momento más inconveniente? ¿Tenían diferencias sustanciales de criterio sobre el pilotaje de los transportes?

—Las habituales entre individuos de generaciones diferentes. Como en todo. Somos deudores de nuestra época, de modas, de maestros, de filias y fobias. La normalidad de la vida.

—La normalidad de la vida tiene poco que ver con las leyes del Anficonversor, ¿no le parece?

—En general, con las de la Isla de los Muertos. No veo dónde quieren ir a parar.

—¿Cree que su decisión fue mejor que la que habría tomado su hijo? ¿Se tiene por mejor profesional que él?

—En ningún momento he puesto en cuestión la profesionalidad y la solvencia del interventor. En todas las maniobras se producen discrepancias entre el capitán, el interventor, los pilotos y los jefes de máquinas, y pase lo que pase no se depuran responsabilidades, salvo en situaciones graves excepcionales. Desobedecer una orden, amotinarse.

—En el caso actual, con un número de muertos, desaparecidos y heridos del orden de los centenares aún por determinar, ¿no le parece una de esas graves excepciones?

—Lo que me parezca a mí no es relevante, son ustedes quienes lo evalúan. La decisión fue mía, y el último y único responsable soy yo.

El doctor Zapruder se vuelve.

—¿Alguna otra cuestión?

Mina dice:

—Si usted y su hijo se juntaron como capitán e interventor en un último transporte para la memoria futura, como homenaje..., ¿no lo ha dicho así?, y habiendo ido como ha ido, ¿qué planes tienen? ¿Colaborar en otro transporte? ¿Con su hijo o sin él en la tripulación, comandará otro más adelante?

Interviene el doctor Zapruder.

—Mientras dure la investigación, todos los responsables presentes en el Anficonversor el día del incidente están suspendidos a efectos operativos. Llegado el caso se decidirá.

—¿Se han retomado las buenas relaciones entre su hijo y usted? —dice Novembrini.

—No hay nada que retomar, no se han roto nunca.

Novembrini intercambia miradas con el doctor Kelch y con Mina, y sonríen. Artur tiene la impresión de que se le escapan todas las esencias, pero no sabe con quién compartirlo. A su lado, Carter parece a punto de echar una cabezada. ¡Qué diferente del agudo relator de aquellas jornadas en el jardín de la montaña!

El doctor Zapruder cierra la sesión, el Teniente Nietsripas acompaña a Etnorfitye a la salida, y poco a poco todo el mundo se levanta y se forman grupos de comentarios inestables como las gotas de aceite en la superficie del agua. Artur se hace encontradizo con Mina, pero la vampira parece evitarle, y se mantiene entre Curwen y Fabrici. En cambio, Bettina le sonríe, aunque tampoco se mueva del lado de Spohr y Novembrini. En parte despechado, en parte provocativo, Artur va hacia la puerta, y Bettina le intercepta.

—¿Te vas? —dejan la evidencia en suspenso—. He organizado una pequeña cena, con Midoissa y quizá alguien más. Me gustaría que vinieras —hace una mueca risueña—, para hablar más distendidamente.

Artur se hace el sorprendido.

—Oh, con mucho gusto, señora Van Egmont.

—Venga, hombre —le toca suavemente el brazo—, dejemos tantas formalidades, soy yo, Bettina. En una hora en la habitación 14.

Artur se va a su cuarto a echarse hasta la hora de la cena. Le parece mentira cómo cansa no hacer nada. Se gusta imaginando si lo ha invitado porque los ha oído la noche anterior, y detiene a tiempo (o así quiere creerlo) el incipiente delirio egótico. Divisa nebulosamente qué esperan de él más allá de sus habilidades como mecánico, cuestión que tal como están planteadas las cosas parece más bien lejana. ¿Cómo se llega a la máquina averiada si no te explican lo que ha pasado, si no te dejan ni acercarte? Se adormece sin bajar del todo la guardia, y una hora de espera sin nada pasa más aprisa que cinco minutos llenos de sangre.

Se va a toda prisa cuando se da cuenta de que llega tarde. En la estancia indicada le abre la puerta Bettina, muy elegante con un traje gris sospechosamente parecido al de Mina hace veinticuatro horas, como si fuera el mismo pero de otro color —a ella le cae de fábula. Se le ocurre si la relación es aplicable a las señoras, porque esta rezuma vida y salud por los cuatro costados. Le hace pasar a la suite, y entre el sofá y los canapés ya está la Prills (a quien Bettina también llama Midoissa), Spohr y Borrell, un tipo en quien Artur cree apreciar una complexión y un aire adustos escasamente intelectuales, como de un repartidor o un guardia de seguridad, más proclive a darte un tortazo que a sutilidades dialécticas.

Todavía entre saludos, aparece el camarero con la cena en un carrito más grande y abundantemente provisto que el del día antes, y Spohr, investido de unas atribuciones y una autoridad que la titular de la estancia parece encantada de haberle conferido, toma las disposiciones.

—Déjelo en este rincón, muchas gracias —se dirige a los otros—. Si os parece, esperamos a estar todos para empezar.

Por cómo se mueve, Artur piensa si aquella podría ser su estancia y no la de Bettina, incluso si a todos los efectos la comparten como pareja. Se da cuenta de que en ningún momento ella se había referido a una cena «en mi habitación».

Una vez que el camarero ha salido, Borrell dice:

—Hablábamos de la posibilidad de que no estemos aquí para reparar nada, sino tan solo para hacer una evaluación.

—Más concretamente un presupuesto.

Artur dice:

—De precios y números yo no sé demasiado.

—Pues así ya te puedes ir —dice Spohr, y se ríen. Midoissa dice:

—No tanto de precios de material y sueldos de técnicos y operarios como de conveniencia objetiva de dejarlo tal y como está, o de alguna

solución alternativa.

—Si lo dejamos como está ya no se podrá llamar Archicenotafio —dice Borrell—. Será un cementerio.

—Una fosa común, más bien.

Se ríen, y Artur dice, también como si fuera una broma:

—Ya veo que aquí no rigen las normas.

—¿Normas? —dice Borrell con una mueca como si se tratara de la cosa más absurda del mundo—. ¡Qué normas!

—No lo sé... ¿No hay micros y cámaras?

—Si no los llevas tú encima...

—Cementerio, matadero, biblioteca, quirófano... —dice Spohr, y Bettina lo corta.

—Ya lo sabemos, templo y casa de putas, el nombre da igual. Lo establecemos nosotros (que no lo creo) o no, deberíamos tener claro como mínimo por aproximación que nos podemos encontrar bregando con el coste de la reparación. Estamos en medio de un litigio.

—De una subasta entre empresas —dice Midoissa.

—¿Constructoras?

—Y fabricantes de maquinaria —dice Bettina.

—Y tecnológicas —dice Spohr—. Nos tenemos que hacer a la idea de poder especular tanto como haga falta, pero para pasar a la acción no podremos elegir demasiado.

Llaman a la puerta, y aparece Mina con Curwen, muy sonrientes.

—Nos explicaréis el motivo del retraso —les dice Bettina con una reticencia gamberra.

—Me ha estado chupando la sangre —dice Curwen exagerando un aire quejoso.

—Así, ¿ya no hace falta que cene? —dice Spohr, acerca el carrito al centro de la reunión y va destapando las bandejas, mientras Curwen sirve el vino y en medio da un trago apresurado.

—Perdón..., si no me repongo caeré redondo.

Se ríen todos y contemplan a Mina, que toma la copa pero ni se la acerca a los labios, y no deja de exagerar una displicencia distante desde la sonrisa distraída aprendida en las películas de vampiresas, cuando la palabra tenía una dimensión escénica más que específica. A Artur le parece todo bastante real. Hoy Mina va de negro, con un traje recargado, barroco, inequívocamente antiguo, encorsetado y con espalderas, con retórica de coraza aunque le deje los brazos al aire y el escote militante de la exhibición de palideces. A Artur le parece que le evita la mirada, y se tiene que esforzar para que el tintineo mineral de sus risas no le ofenda.

Spohr dice:

—Con evaluación técnica o con expectativas de reparación, la primera comparecencia parece destinada a psicoanalizar al capitán del

primer transporte implicado.

Midoissa se ríe.

—Sería más útil psicoanalizar al interventor.

—Desde luego —dice Spohr—. Le conozco bastante bien. Pertenece al círculo... Quizá ahora no es importante.

Curwen dice:

—Me suena por mi padre. Supongo que te refieres al círculo del Juego de la Fragmentación —se da cuenta de que Spohr y Borrell le miran inquisitivos, y hace gesto de sacudirse un insecto con la mano —. Del capitán me esperaba el síndrome del estrangulador de Boston, que se autoinculpara para hacernos sospechar que mentía.

Bettina dice:

—¿De manera consciente? Si nos inculca la impresión de que se autoinculpa falsamente, ¿será la manera más efectiva de convencernos de que es inocente?

—No sé si con tanto refinamiento (aunque de hecho es una treta vulgar). ¿La falacia de una negación comporta la veracidad de lo contrario? Es arriesgado fiarse de que estemos tan atentos. Teniendo en cuenta su edad, podría querer asumir la responsabilidad para librar al vástago —dice Curwen.

—Si se hubiera tenido que esforzar en algo habría sido en inculparle, porque salvo que no se trate de una circunstancia concreta, pongamos que le hayan facilitado aposta datos falsos, y aunque se pueda probar de forma incontrovertible, el responsable es el capitán, no el interventor —dice Artur, y Mina le pasa por encima.

—Si se trataba de exculpar al hijo, el síndrome de Boston iba en la otra dirección. Solo le ha faltado decir aquello de los viejos: los niños de pequeños son tan guapos que te los comerías, y cuando se hacen mayores te arrepientes de no habértelos comido.

Midoissa pregunta a Spohr:

—¿Dices que al hijo le habías conocido?

—No le he conocido, le conozco. Le he visto no hace mucho.

—¿Te ha hablado de su padre?

—Nunca. Ni me lo habría imaginado metido en estas actividades. Le traté hace ocho o nueve años, a propósito de algunos movimientos empresariales dudosos entre la Bertshell & Co. y la Áurica S. A. Formaba parte del departamento técnico y tenía una mujer muy puntillosa, quizá una exalumna, Lucana, que se metía en todo.

Como parece que no quiere contar más, interviene Bettina.

—Hace tiempo que se separaron. Forma parte de una sociedad secreta, Los Gusanos de Seda a la Luz de la Antorcha de Prometeo.

—Es un error de traducción, no son gusanos de seda sino luciérnagas.

Mina pregunta a Bettina:

—¿Qué sabes tú de esa gente?

—Hice allí las primeras prácticas como periodista, y después me he ido especializando y he dejado la actividad generalista.

—Para dedicarte a la universidad y a la diplomacia —dice Curwen.

—Y supongo, también, por tu familia, ¿no? —dice Midoissa.

Bettina se encanta.

—Fue una época muy movida. Chistopher, Sebastian, Eusebi, Twerpdyen... No sé si podría llamarlos los tiempos de la inocencia, o de qué... Can Pagès de Dalt, Kamefes, Pere Ficinus, Aloysia...

—Volvamos a Eytifronte —dice Artur, y Bettina baja a la realidad, aunque a medias.

—Le llamaban el Dragón. A más de uno le daba miedo, no a Kamefes, ni a Florestan ni a mi familia, está claro, pero tenía una pinta... Ya lo veréis, todavía más alto y grueso que su padre.

—¿De dónde sale esta gente, son otra raza? ¿Otra especie? —pregunta Artur.

—Sí, el Homo Dodecaedri.

—Descendiente de los atlantes.

—¿Le dejarán entrar sin más?

—Sin más no. Lo recuerdo bastante atrabiliario. Depende de qué le hagan o incluso qué le digan, les puede arrancar la cabeza.

Borrell hace un gesto de impaciencia.

—No estoy seguro de que no estemos perdiendo el tiempo. ¿Esto no se podría resolver con dosieres de declaraciones tomadas de oficio?

Spohr dice:

—Se lo planteé a Zapruder, y me dijo que el asunto es delicado y hay muchos intereses, y como de ninguna forma quieren ser acusados de manipular o censurar, la única forma es un procedimiento público y exhaustivo.

—Me parece muy bien. ¿Y después, qué? ¿Votaremos?

—Entiendo que tendremos que llegar a algún tipo de consenso, y actuar en consecuencia. Muchos de nosotros no estamos aquí solo para opinar —dice Spohr, y se queda mirando a Bettina y Artur.

—Debe de ser la diferencia de apreciación entre la idea de perder el tiempo y la de aprovecharlo.

—Me he perdido: ¿aprovechar el tiempo es hacer algo además de opinar?

—Sí, ¿pero qué?

Bettina se dispone en gravedad.

—No hemos venido para juzgar a nadie, ni a arreglar accidentes imprevistos. La investigación forma parte de la jugada o, si lo preferís, de la empresa.

—Ahora soy yo quien se ha perdido: ¿se puede elegir entre tomárselo como una jugada o como una empresa?

—Dado de qué se trata, no es una elección entre términos distantes. El mal del caso es que si alguien no quiere que descubramos qué pasó, estamos en peligro.

Artur dice:

—Ayer Rakshasi lo insinuó —se detiene y con un gesto conmina a los otros a otro tanto—. Todo esto es volátil desde el rigor conceptual. Hay que encontrar la disciplina que nos permita resolverlo sin tener que correr de acá para allá como patos decapitados.

Spohr dice:

—Una gran idea, y ojalá lo pudiéramos hacer, porque va en contra de la naturaleza de la realidad. ¿Hay algo que se pueda abordar únicamente con los recursos intrínsecos de la disciplina que lo rige? Incluso el ajedrez, las matemáticas, la música, ¿se pueden tratar al margen de sentimientos, de recuerdos, de la interferencia de reflejos condicionados?

—No me refería a una abstracción total, sino a encontrar una guía capaz de ordenar cualquier decisión, a través de la cual podamos articular las diversas respuestas a los problemas que vayamos encontrando.

Artur va a decir que había creído entender que la casuística de los poliedros regulares cumplía esta función, cuando menos en los aspectos técnicos. Midoissa se anticipa.

—Es probable que acabes de tocar no tan solo la cuestión de fondo, sino la razón por la cual hemos sido convocados. Por los cambios de impresiones que he tenido los pocos días que llevo aquí, todos hemos tenido problemas para entrar en el edificio, algunos más, otros menos. Alguno ha entrado de mala manera, y cada cual hace su interpretación: que la burocracia de la Isla de los Muertos es una porquería, que la Guardia son unos inútiles, que nos han sometido a pruebas iniciáticas para asegurarse de que no desfalleceremos ante las dificultades, que en realidad no nos querían a nosotros. Recapitulemos: se nos ha escatimado mucha más información de la razonablemente ponderable quizá para no crear alarmas o, en el supuesto de que alguien se descuelgue del proceso, para que una vez afuera no esparza secretos desestabilizadores. No lo sabe todo nadie, y han repartido los desconocimientos entre nosotros de forma que se nos haga lo más difícil posible poner la información útil en común.

Artur la compara con Bettina, y no sabe cuál le gusta más. La botticelliana o la michelangélica. Simonetta Vespucci o la Sibila Délfica.

—Si fuera cierto permitiría pensar que una sola gestión planificadora sí que ha habido —dice Curwen.

—Que haya sido en este ámbito no quiere decir que haya sido en todo.

Midoissa prosigue.

—Ahí voy. Parece consistente decir que no nos enfrentamos a un accidente sino a un atentado. Hay que tener clara la secuencia lógica: ¿si aquí dentro hay facciones enfrentadas, quién manda en la organización?

—Todo el mundo, y nadie. La cuestión es qué criterio prevalece —dice Spohr, y Midoissa continúa.

—¿Es ilegal lo que estoy haciendo? Si un día estamos en desacuerdo tú y yo —señala a Curwen, el que está más cerca—, ¿será ilegal lo que haga uno de los dos?

—¿No es esa tu especialidad? —le dice Bettina—. ¿La gestión de la aleatoriedad?

Midoissa se ríe.

—Quizá podríamos buscar como guía la esencialidad de las formas, el porqué-sí-en-sí, consecuencia única y consustancial-esencial del mundo-en-sí.

Hay carcajadas. Spohr dice:

—Continúa. ¿No corresponde con la continuidad de la autoconciencia?

—Es una vía posible para adquirirla —dice Midoissa—. Hay que establecer sus dimensiones. ¿Tiene grados? Como principio está bien, pero ¿cuál es el procedimiento práctico? ¿Qué papel juegan las categorías, dónde está la importancia en este ámbito, qué comporta?

—Creía que buscábamos soluciones, y todo son preguntas —dice Curwen.

Spohr dice:

—Nadie espera de nosotros un cursillo de filosofía barata. Pero si hay que volver a las mecánicas de la continuidad de la autoconciencia, empecemos por la vieja dicotomía «no hay nada/ hay algo». Si nos lo podemos preguntar y dejar la respuesta en el aire, es que es lo mismo que no haya nada como que haya algo.

—Y no es la única razón. La buena es la intrínseca: lo que hay representa un paradigma incluido dentro del paradigma de no haber nada —dice Midoissa, y Artur se interpone.

—La ilegalidad enjuiciada por facciones enfrentadas que se considerarán cada una, a buen seguro, garantes absolutos de la ley, de ahí a la gestión de la aleatoriedad, de ahí al porqué-sí-en-sí, y de ahí a la continuidad de la autoconciencia y a la dicotomía «no hay nada/ hay algo». ¿Debemos cerrar el círculo y concluir que no tiene sentido plantear la indeterminación entre «hay ley» y «no hay ley»? Si yo fuera Etnorfitye, o Eytifronte, da igual, y se me procesara con todo esto por fundamento, qué queréis que os diga, estaría bastante tranquilo.

Spohr dice:

—No hay tal proceso, creía que había quedado claro. Aun así,

acaso nos tengamos que fijar mejor, unos y otros...

—... y depurar con más delicadeza la causalidad de los argumentos, Artur tiene razón —dice Midoissa, y Bettina añade:

—Artur ha sido el último que ha llegado, la última pieza para cerrar el Egrégor.

—No, no, tú misma, y Borrell, Rosa, María y Carter llegasteis más tarde que yo.

Spohr dice:

—Ya estaban antes de que entráramos los demás. Y precisamente...

Bettina se ríe y afirma con la cabeza, como si fuera una travesura, y a Artur le parece ocioso preguntar más. La conversación se fragmenta, y ya en los postres, primero se va Borrell, después Mina y Spohr, después Midoissa y Curwen a continuación, separados seguramente, piensa Artur, para no dejar patente que van al mismo lugar, pese a que también se podrían haber ido juntos y tampoco querría decir que no se va cada cual a su habitación. O a la inversa.

Bettina cierra la puerta, se quita los zapatos y se sienta en el sofá en una posición más relajada, con las piernas encogidas de lado. Cuando Artur hace gesto de irse, ella no se levanta para acompañarle.

—Quédate a tomar la última —Artur duda—, o la penúltima, o la antepenúltima.

Se vuelve a sentar, y siente como si de repente el terreno entre los dos se hubiera vuelto abrupto, escarpado.

—Se ha formado un grupo simpático, ¿no te parece?

Los lodos y las zarzas no mejoran la expectativa de los acantilados.

Bettina se le queda mirando.

—Un grupo simpático, ¿tú crees? Más bien un retrato de familia.

—Pues se me ha escapado el meollo del asunto.

Ella suelta una carcajada.

—¡El meollo, dice! Es el noúmeno de la sangre nueva, que se te escape —sin llegar a ponerse de pie, da un brinco en el sofá y se sienta cerca de él—. Aun así, sangre nueva-nueva del todo no se puede decir que lo seas. Mercedes y yo somos primas segundas políticas. Su madre se quedó viuda y se casó con el patriarca de la familia, el tercer Max van Egmont, primo hermano de mi padre. Phaeton Spohr, que en realidad se llama Lorenzo Phaeton, es nieto de Virgilia Delahaye, prima segunda de mi padre y nieta de Severina van Egmont, hermana de mi bisabuelo, el segundo Max van Egmont.

—Estoy impresionado.

—Y es primo hermano de los Giselberti, que intervinieron de manera decisiva en... Pero eso ahora da lo mismo.

—¿Y por qué insinúas que yo tengo algo que ver?

—¿He insinuado tal cosa?

—Has dicho que sangre nueva-nueva del todo no se puede decir

que lo sea, si no lo he entendido mal.

Bettina se le acerca hasta casi tocarle. Juega a medio echarse, mueve los pies entre las almohadas, se toca los cabellos.

—Ah... ¿Yo he dicho eso? Quizá sí. Mmmm... Tengo una duda que me puedes ayudar a resolver. ¿Qué es para ti enamorarse?

Artur se queda cortado. Depende de cómo se muestre parecerá un zopenco, y depende de cómo reaccione quedará como un troglodita.

—No sé qué decirte.

—A lo largo de una existencia, ¿se tiene capacidad para enamorarse cuántas veces? ¿Cómo se hace el recuento, cómo se ordena, cómo se establecen categorías? ¿Cuenta igual enamorarse un poco? ¿Locamente? ¿Un instante? ¿De más de una persona a la vez?

—O con el miedo a la muerte, sí.

—¡Exacto! ¿Cómo sé que no lo confundo con el simple espíritu de aventura, con el horror ante el tedio? ¿Es lo mismo el amor a los quince años que a los cincuenta? Claro que no, ¿pero la diferencia se mide en términos de disposición vital, de orden práctico del día a día, de fuerza de las proyecciones?

—Me coges con la guardia baja.

—No esperaba menos. ¿No me vas a decir nada de nada? ¿Nada que no sean tópicos?

Artur piensa en salvar los muebles. Se conforma con decir algo que no le deje en ridículo.

—Creo que en la ilusión del amor, y digo ilusión en todos los sentidos, se proyecta un deseo de orden general mucho más amplio que el simple deseo sensual.

—¿El deseo material también?

—También, y el de poder.

—No me aclaras nada. ¿Cómo distingo dónde estoy?

—No lo sé. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro.

—En otros tiempos serías una mujer madura, ahora estás en la segunda adolescencia.

Ella suelta una carcajada.

—¡En la segunda! Como mínimo en la quinta. ¿Cómo ha sido tu vida sentimental?

—Vulgar. Tuve una juventud sin nada del otro mundo que la distinguiera de la de cualquier otro de la pandilla. Estuve casado durante siete años...

—Con Camila Hanusin, sí, la madre de tus hijos. Han estado a punto de contratarla por la avería de la Torre Norte... Avería, accidente, sí, ya lo sé..., atentado, lo que sea. ¿Y qué más?

—Poca cosa más, me sabe mal parecerte tan poco estimulante...

—No me lo pareces, al contrario.

—... alguna amante ocasional, tres o cuatro fijas más o menos que no me han durado ni un par de años. ¿Y tú?

Ya hace rato que Bettina despliega aquella afectación exhibicionista, impúdica, que cuando la señora le cae bien al besugo le parece un prodigio, y si no, da repelús, y a Artur le cuesta decidirse. Cuando tira para un lado, le atrae el contrario, y en el vaivén la impaciencia se parece cada vez más al deseo.

—Me crié en un ambiente muy liberal, ¿o liberado? No sé cómo habría que llamarlo. A los quince años ya me sentía de vuelta de todo, una idea bastante idiota, porque salvo que no hayas pasado una guerra o calamidades extremas, a los quince años no dejas de tener quince años, en fin, todavía no tenía veinte cuando encontré a Christopher y me casé con la sincera intención de ser una pareja estable toda la vida.

—Vaya.

—No debía de ser buena idea, o no era el hombre adecuado, fotógrafo de guerra, uf, se pasaba más tiempo en la otra punta del mundo que conmigo y gastaba una sinceridad de muerte, cada vez que volvía había añadido unas cuantas más al palmarés, así que cuando fue incontrovertible que yo para él no sería nunca la única, tampoco es que me supiera mal, a esas alturas las obsesiones posesivas me daban igual, no es que fuera un trauma, ni siquiera una desilusión, aunque no te lo creas yo ya había hecho los disparates que tocaban y me costó volver a tener amantes...

—¿Por qué no lo tendría que creer?

—... pero cuando empecé ya no paré, Sebastian, Eusebi, Ficinus, Kamefes, Paco Regomir, por decir solo los de dentro del círculo.

—Ya veo por qué estás tan interesada en la naturaleza profunda del amor... ¿O es en la naturaleza práctica?

—No seas cínico.

—¿Quizá es en lo que comporta competir con otros?

Ella se le ha acercado tanto que tocarse parece la única opción razonable.

—También será eso, fíjate en ti mismo. Entre nosotros no hay nada, ni tú ni yo hemos hecho la más mínima aproximación formal, y cuando te hablo de más gente de la que te parece razonable para una primera conversación te has puesto..., cómo, ¿a la defensiva? No, porque no hay ataque. ¿A competir, como tú dices? Tampoco, porque no contrapones nada a lo que te cuento. A afearlo, quizá, a empequeñecerlo, a presentarlo como un comportamiento infantil, patético, ridículo. ¿Voy bien?

—Dímelo tú. ¿Qué esperas de mí? ¿Un premio?

—No, si el premio no es solo para mí.

Casi no se tienen que mover para darse un beso. Ella toma la

iniciativa con una calma que a Artur se le hace exasperante. En un minuto se le monta a horcajadas. El restregón queda ligero, volátil, elegante. Nada que ver con los estrujones y sofocones donde se ha encenagado en encuentros urgentes y furtivos en lugares incómodos y poco recomendables para el placer propiamente dicho. Aprovecha una pausa para decirle:

—No te lo tomes a mal, pero qué es todo esto, ¿una costumbre? ¿Otra prueba iniciática?

Ella separa la cara justo para mirarse.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé... He pasado la noche con una vampira, y ahora tú.

—¿Quieres saber si podrías ser el primer hombre con quien estoy estos días?

—No quiero saberlo.

Ella se separa del todo.

—Pues quizá tengo ganas de contártelo. Ayer por la tarde estuve con el Teniente Nietsripas, y esta noche, con el doctor Crowley.

Artur la mira atento a la más mínima fluctuación expresiva. No atina a verla. Ríe. Ella le mira, triunfal, y a él le molesta encontrarla irresistible, le incomoda buscar la manera de no sentirse atrapado.

—No te creo.

Ella no le acompaña en la risa, y esto le hiere. ¿Cuál es el triunfo? ¿Es absoluto, o hay competición?

—Me da igual si me crees o no. Tengo curiosidad por lo que sientes ahora mismo. ¿Te doy asco? ¿Me odias? ¿Te soy indiferente, te aburro? ¿Te atraigo? ¿Te gustaría echarme un polvo y perderme de vista? ¿Un poco de cada? ¿En qué proporción?

—Me pareces una desequilibrada.

Esto la vuelve a hacer reír.

—¿Una ninfómana?

—No necesariamente.

Bettina retoma la posición, y mueve las manos arriba y abajo.

—Dirás lo que quieras, o no dirás nada, pero tu cuerpo va a lo suyo.

—¿No estaríamos mejor en la cama?

Ella muestra mejor disposición a quitarse la ropa, y también a no callar.

—¿Sabes por qué haces lo que haces? ¿No merezco que me lo digas?

—Te lo mereces todo. ¿Qué quieres oír, que me gustas?

—Si me dices que no, será toda una sorpresa. ¿Te gusta más Mina?

—¿Te gusta más Crowley?

Ella se ríe del todo distendida.

—Eres muy divertido, me gustas mucho tú. ¿Lo ves? Yo no tengo

problemas.

—¿Y yo sí? ¿Qué problemas tengo?

Van y vienen con una alegría que a Artur le produce efectos agridulces. Ella le deja pocos recesos para pensar, para digerir mentalmente, sentimentalmente. ¡Prevención le parece tan lejano! Incluso Mina es de otros tiempos, y compararla con Bettina es como contraponer comer frío y comer caliente, una idea divertida en la medida en que es ofensiva —¿para quién? Bettina es tierna y potente, tiene cosas de niña, maneras inesperadas de risa, de esconderse, de sorprenderse, de buscar protección, de parecerlo. De los contrastes con lo que le cuenta sale una bárbara, nostálgica excitación. Absurdamente, a Artur le cuesta imaginarla en brazos de amantes maduros, de machos cargados de violencia y almizcles.

—Pensabas otras cosas de mí.

—Pensaba que estabas con Spohr.

Ella se ríe como si hubiera oído un disparate.

—Qué va, con Phaeton... Más de uno está convencido, pero no ha habido nunca nada. Estuvo años con mi mejor amiga, sé demasiadas cosas para enrollarme con él, y él ahora, en fin, tenemos buena relación, pero en algún momento yo había ayudado a ponerle en evidencia.

—No me cuentas nada que vaya en contra de estar con él, más bien al contrario, con unas cuantas sesiones como esta liberaríais tensiones y agravios acumulados.

—Ya los hemos liberado, pero no follando.

Ha aparecido la luna en la ventana, y Artur se siente seguro entre los argumentos alargados.

—Quizá esto respondería a tus preguntas sobre el amor.

—¿Si tengo que acostarme con Phaeton?

—No, es irrelevante. Pienso en la relación entre enamoramiento y placer sexual. ¿Tienes orgasmos con las parejas al margen de lo que sientes por ellos? ¿Te molesta obtener más placer con un desconocido ocasional que con el tipo a quien aprecias, o crees que le amas?

—Si quieres saber cómo ha ido con Nietsripas y con Crowley, no muy bien. Con Crowley no tenía ninguna intención de estar, acabé con él huyendo de Novembrini, aunque quizá salió ganando, con lo que encontró después... ¡Qué más da! Con Nietsripas fue fantástico, pero lo de Crowley no tendría que haber pasado nunca. A pesar de que lo que no viene del estricto placer sexual viene de las tensiones de la aventura, de la incertidumbre de lo desconocido.

—¿Te parece que diciendo que no te lo has pasado bien sitúas moralmente en su lugar una relación sentimentalmente poco importante?

—Te digo la verdad. Si fuera como dices querría decir que no

asumo mi comportamiento, que he de salvarme de ser en el inconsciente una pánfila antigua y convencional, varada en la idea de que una buena chica está solo con un hombre y con ningún otro, y la que se va con unos cuantos de un día para otro es una puta.

Ríen.

—Una pánfila antigua y convencional te puedo garantizar que no lo eres.

Ella le da un beso.

—¿Te das cuenta de que es lo único bonito que me has dicho en toda la noche?

—Tienes razón, ¡soy un desconsiderado!

—¿Un desconsiderado? ¡Un fantasma, un maleducado!

Se ríen más aún. Amanece cuando Artur se va a su cuarto, con la vana idea de dormir aunque solo sea un par de horas, debatiéndose si también será desconsiderada la urgencia de ducharse y dejar cáscaras atrás, y la mente en blanco.

Le parece que ha pasado una semana del adiós a Bettina —y cuatro de la última vez los tres aquí— cuando se encuentra en el saloncito de las mañanas con Rakshasi y Novembrini, entre los efluvios del desayuno, y bastante asqueado piensa si las horas de más dormidas por los otros se manifiestan en las energías y la cháchara desplegadas.

—La manera de ver cómo todos derivan los unos de los otros es dibujarlos y construirlos, así tocas cómo todos son uno —dice Rakshasi.

Artur se da cuenta de que no se ha fijado hasta entonces. Novembrini va vestido de negro y ella de rojo, y gesticulan a la vez de una manera que ociosamente le hace pensar en la ruleta, en una superposición malsana con la deriva poliédrica que con tanto entusiasmo desgranan. El espectro cromático, la aleatoriedad y la topología multiespacial combinados para destrozarle las neuronas supervivientes.

—Es una tradición documental. Como leer Historia, como estudiar la evolución. Jamnitzer deriva el Cuboctaedro del Cubo en primer lugar y, en el primero y el segundo lugar después del Dodecaedro, el Icosidodecaedro y el Rombicosidodecaedro. En cambio, del Octaedro deriva el Poliedro de Kelvin en sexto lugar, y el Rombicuboctaedro aparece en cuarto lugar entre los descendientes del Cubo, pero deficientemente dibujado.

Artur tiene que hacer un esfuerzo para apartar la niebla y reintegrarse en el pensamiento analógico.

—Una noche dura, ¿eh? —le suelta Novembrini, y se dirige a Rakshasi—. Es casi prehistoria ver cómo del más simple y vulgar de los sólidos platónicos, el Cubo, por un sistema de truncamientos salen

formas tan sofisticadas, se muestra que no es tan simple ni vulgar, sino, al margen de su capacidad germinadora, en sí mismo un prodigio único entre todos.

—Para ennoblecerlo geométricamente, es suficiente ponerlo en vertical siguiendo el eje entre dos vértices opuestos.

—Hasta eso podría ser una vulgaridad.

—Huyendo de la vulgaridad se llega al Romboedro Truncado de Durero —dice Rakshasi—. ¡Aún hay quien discute si Durero quería hacer un Cubo! ¡A quién se le puede escapar que teniendo en cuenta el dominio de la técnica de la perspectiva de la época, Durero tenía recursos para dibujar un Cubo Truncado sin ningún sufrimiento! La cuestión se dilucida si se construye el Cubo Truncado y se dispone tal y como aparece en el grabado: la figura queda aplastada, achaparrada. No busques razones simbólicas ni metafísicas. Durero hace trampa para que el dibujo le quede más bonito.

—No tan solo eso: hasta reconociendo que la figura no parte del Cubo sino de un Romboedro, tampoco se trata de una figura regular, porque el dibujo mismo, la ejecución de la perspectiva, está lleno de trampas. Para que una figura real sea vista como se presenta en el grabado hay que adulterar el cuerpo en sí y la representación. Lo que se ve es una apariencia fantasmagórica, en el sentido geométrico. La figura dibujada no representa ningún cuerpo real.

Novembrini dice:

—Me quedo con la teoría de George Hart, acogida a la simbología freudiana del Cubo para concluir que la figura truncada representa la castración o, más particularmente, la impotencia, como un elemento determinante entre las vanitas que configuran la melencolia.

Rakshasi dice:

—No me lo creo. Giacometti retoma, reinterpreta, ilumina definitivamente la figura de Durero cuando hace Le Cube, que no es un Cubo sino un poliedro irregular de doce caras, con triángulos, cuadrados y pentágonos irregulares. No es ninguna idealización abstracta, sino la encarnación representativa de una realidad: una cabeza, como la imagen de Durero.

—¿Por qué lo llama Cubo?

—Para doblar uno cualquiera. Para responder al Gran Cubo que Herrera retoma del Ars de Llull.

—Muy bien, elegimos el modelo. Pero continuamos sin los datos determinantes para decidir sobre uno u otro.

—No solo eso. Hay que encontrar el plan de correspondencia numérica.

—¿Cómo escogerlo sin conocer la naturaleza de la avería?

Artur dice:

—Solo puede ser una elección provisional, una hipótesis de

trabajo. Yo me decantaría por el más versátil.

—Excelente planteamiento, ¿pero cómo pautar los parámetros de la versatilidad? ¿En relación con qué, si no sabemos a qué nos enfrentamos? Ahí seguimos.

Rakshasi dice:

—Los rasgos de los diferentes cuerpos iluminarán el camino. El Tetraedro es el más simple, y el único donde cada cara tiene aristas comunes con todas las otras. El Cubo es el más estable, el más abundante, y el único empaquetable sin dejar espacios vacíos. El Octaedro, el más regular, el que tiene más elementos de simetría de todos los órdenes. El Dodecaedro, el más sutil y conectado con las grandes dimensiones. ¿Con qué se cuantifica la versatilidad en todo esto?

—Si no todos los elementos pueden ser iguales, tenemos que salir de los platónicos.

—En los arquimedianos las caras son diferentes, y los vértices y las aristas los hay que sí y los hay que no. En el Cuboctaedro y el Icosidodecaedro, para decir los más simples, sí. En cambio, en el Rombicuboctaedro los vértices son todos iguales, en todos se encuentran tres cuadrados y un triángulo, pero las aristas no: están las que conectan cuadrado con cuadrado y las que conectan cuadrado con triángulo.

—Aunque en concepto sí, atendiendo a la orientación los vértices del Rombicuboctaedro tampoco son todos iguales. Algunos presentan el triángulo a la derecha y otros a la izquierda, considerando morfológicamente iguales a estos dos los que lo presentan en la otra dirección a la izquierda y a la derecha, respectivamente.

Se quedan contemplando las figuras encima de la mesa. Rakshasi dice:

—Nos queda el Rombicosidodecaedro. Tiene las virtudes de síntesis y versatilidad superiores: reúne los tres poliedros que conforman los sólidos platónicos: triángulo, cuadrado y pentágono, en resonancia con la tríada pitagórica 3-4-5.

—¿Superiores en qué sentido? ¿De acuerdo con qué parámetros? ¿Poniendo de relieve qué valor?

Rakshasi dice:

—Centrada en el pentágono, la visión general se pentagonaliza, así como centrada en el triángulo se triangulariza; pero centrada en el cuadrado no se cuadraturiza, sino que se hiperboliza. El 4 es excepcional: el intermedio, el único par y no primero, y el único en contacto con las otras dos figuras. No hay aristas comunes entre triángulos y pentágonos; las comparten todas con los cuadrados. Y el cuadrado es el único en contacto con sus iguales, pero por los vértices.

—El cuadrado es la señora del ménage à trois, entre dos machos —

dice Novembrini, y solo se ríe Artur.

Eso es lo que somos Novembrini, Rakshasi y yo, piensa Artur: el triángulo, el cuadrado y el pentágono. Y piensa en qué causalidad —¿geométrica? ¿Moral?— se vería como vanidad adjudicarse él mismo el pentágono, y en todo caso en qué paradigma se lo puede considerar superior al triángulo.

—Entonces, ¿el Icosidodecaedro representa la unión homosexual de dos machos?

Novembrini dice:

—Si se observa el Rombicosidodecaedro alrededor del pentágono queda patente que se trata del Dodecaedro retorizado. Una frase musical enriquecida con figuras contrapuntísticas. Hay que establecer si es superior la esencialidad y pureza formal del Dodecaedro, o la riqueza y las posibilidades expresivas de la complejidad del Rombicosidodecaedro.

Artur se abandona a la contemplación del Icosidodecaedro, al que Ghyka llama Triacontágono, a riesgo de confundirlo con el polígono de treinta aristas generador de los polítopos octodimensionales. La vista centrada en el pentágono presenta una bella resonancia con la imagen del pentágono estrellado, y casi sería su imagen exacta deshaciendo la figura y situando en un plano el pentágono y los cinco triángulos contiguos. Y centrada en el triángulo presenta una configuración de nueve aristas envolventes —tres de los triángulos, seis de los pentágonos—, con importante presencia de los tres pentágonos contiguos al triángulo central. Es interesante centrarse en un vértice, y obtener la curiosa figura de los dos triángulos y los dos pentágonos alternados, evocando una mandorla de ocho aristas.

La misma operación con el Rombicosidodecaedro. Centrarse en el triángulo presenta la imagen más aguda y aerodinámica, con una primera percepción de la figura central y los 3 cuadrados contiguos, 4 poliedros y 9 aristas perimetrales, y una segunda, más amplia, añadiendo los 3 pentágonos entre los cuadrados, 7 poliedros con un perímetro de 12 aristas, una bella conjunción numérica, correspondiendo 3 a los cuadrados y 9 a los pentágonos. La abstracción formal culmina con el añadido de los tres triángulos contiguos a los cuadrados, con 10 polígonos, y 15 aristas perimetrales.

Centrarse en el pentágono pone en evidencia la filiación dodecaédrica del poliedro: los 5 cuadrados contiguos por las aristas y los 5 triángulos conectados por los vértices presentan una imagen muy identificable y regular de 11 polígonos en conjunto —1, 5 y 5—, y 10 aristas perimetrales, como si el pentágono se hubiera desdoblado de la manera más acorde con su esencia.

No tan sencilla y perfecta, pero más rica y sutil le parece la imagen centrada en el cuadrado, y de manera instintiva le lleva al

Icosidodecaedro centrado en el vértice. Le parece la percepción más inmediata el cuadrado con un triángulo a cada lado, 3 polígonos y 6 aristas. Añadiendo los dos pentágonos en los dos lados restantes, son 5 polígonos y 12 aristas perimetrales, otra combinación altamente significante dado que además participan todas las figuras —la mariposa. La siguiente ampliación comporta los cuatro cuadrados conectados al original por los ángulos, y contiguos cada uno a un triángulo y a un pentágono: 9 polígonos, y se mantienen las 12 aristas. Como culminación se añaden los dos pentágonos adyacentes a los cuadrados, y se llega a una figura casiromboidal de 11 polígonos y 14 aristas.

La conversación entre Rakshasi y Novembrini ha ido por derroteros parecidos, y cuando Artur se reintegra, Novembrini concluye:

—Lateralidades al margen, todos los vértices son iguales, y hay dos aristas diferentes: entre cuadrado y triángulo, y entre cuadrado y pentágono.

Artur dice:

—Sin más datos sobre la cuestión a resolver, no se puede ir mucho más lejos.

—Se puede ir mucho más lejos —dice Novembrini—. Nos queda un montón de tecnicismos matemáticos por sopesar, de rasgos que asocian ciertas figuras con otras, para tenerlo a punto cuando haga falta.

Rakshasi dice:

—Pongamos por caso el Cubo. Ser empaquetable lo relaciona con el Poliedro de Kelvin, también llamado Tetracaidecaedro.

—Y Heptaparaleloedro de Fedorow. Y el Tetraedro: tener las caras cada una en contacto con todas las otras lo relaciona con una figura determinante, aunque no sea regular, el Poliedro de Szilassi.

—¿No tiene títulos nobiliarios, este?

—Es el equivalente topológico del Toro, y la expresión de la exigencia de siete colores, por no tener dos iguales en contacto. El Tetraedro es el equivalente del plano, donde basta con cuatro. Ni entre los espacios ni entre los poliedros hay casos intermedios en que el mínimo número de colores necesarios sea de cinco o de seis.

Artur se impacienta.

—¿Estáis seguros de que no ponemos el carro delante de los bueyes? La manera como corresponderá el poliedro a la avería me recuerda el apólogo barato de un vendedor de jarabes. No hay que entender el amor, solo hay que demostrarlo. En términos matemáticos es un disparate. ¿Cómo se demuestra algo que no se entiende?

—Proviene de extrapolar conceptos: entender como actividad mental, y demostrar como actividad vital. Pensamiento y acción. No se pueden mezclar jerarquías epistémicas.

—El equívoco procede de la polisemia de demostrar. Para un matemático es elaborar racionalmente la prueba de una verdad objetiva, y para un enamorado, emitir signos sentimentales donde el sentimiento del otro se sentirá acogido y resonará con él, con el razonamiento supeditado a la experiencia —dice Rakshasi, y se dirige a Artur—. ¿Qué tiene que ver con lo que nos ocupa?

Artur se ríe.

—Ya lo veo, se trata de estar entretenidos entre sesión y sesión. ¿Qué haríamos, si no?

—Creo que sé qué quieres decir con la diferencia entre entender y demostrar —dice Novembrini—. Empiezas a sentir señales de estar a punto de adquirir a la primera persona de tu existencia.

Artur se queda pensativo. Rakshasi se ríe.

—¿Quieres decir que se lo quiere contar todo a sí mismo?

—Sí, y le parece que eso le dará más control sobre la realidad.

Rakshasi dice, con una sonrisa socarrona:

—Una realidad berkeliana, la que él percibe.

—¿La que percibe o la que escribe?

—¿«Escribe»? ¿O más bien «escribirá»?

A Artur le cuesta situar la magnitud de la tomadura de pelo de la que se siente objeto.

—Ya puestos, ¿por qué no «ha escrito»?

El aspecto desconcertante es la inquietud, la incertidumbre despertada, como si transitara un terreno fangoso.

—Porque —dice Rakshasi— destruiría la dimensión anticipadora del momento actual.

—Ya lo ves —le dice Novembrini, y le da un golpe en el hombro que él encuentra improcedente—, ¡pasas por un tránsito proléptico!

—¿Solo paso yo? ¿Vosotros no sois de este mundo?

—No en la dimensión en que lo eres tú.

Artur piensa si no saber qué le contiene de pararles los pies le encerraría en un círculo vicioso. Qué le impide exteriorizar lo que piensa y, sobre todo, lo que siente, como si pudiera quedar grabado en algún lugar fuera de su control, y de manera inconveniente.

Novembrini le dice:

—¿No te han dicho si eres el elegido?

—¿El elegido de qué?

Rakshasi hace una mueca bromista y grave a la vez.

—Y ahí está el fondo de la cuestión: no sabemos quién puede ser, ni con qué destino.

A Artur le baja como un estallido el momento a la memoria.

—El Teniente de Camarlengos Sapirstein dijo que si la respuesta había salido de mí, podría ser que yo fuera el elegido.

—¿La respuesta a qué?

—No me acuerdo.

—¡Haz memoria! Es importante.

—¡Yo qué sé! Me estaban interrogando de mala manera, era una conversación complicada, llena de tira y afloja. Creo recordar que se trataba de localizar a Muguete, un tipo que se me había presentado y que después resultó tener otra identidad.

—¿Qué otra identidad? —dice Novembrini tan perentoriamente que Rakshasi dice:

—Si yo fuera Artur, pensaría que me quieres quitar la primera persona.

—Suponiendo que él sea el elegido.

Artur es incapaz de recordar aquel momento, con Sapirstein y el comandante Camarlengo. Siente como si el tiempo se encallara. Llega el Teniente Nietsripas y dice:

—Si les parece bien comer un poco antes, antes de empezar la sesión de declaraciones el doctor Zapruder les quiere mostrar la biblioteca.

El Teniente se va, encargan la comida y Artur comprueba aligerado que aquellos dos parecen haber olvidado la conversación reciente.

—Midoissa ha dicho que parece la biblioteca de los Van Egmont —dice Rakshasi.

Novembrini se da aires de entendido.

—Según Zapruder, reúne volúmenes de varias procedencias: el Castillos de los Dos Juanes de Twerpdyen, la mayoría de la casa Haas, el sótano de Can Pagès de Dalt, dicen que robados por la familia Costagrau y, supongo que es la referencia de Midoissa, el despacho de Max van Egmont.

Artur dice:

—En la gran tradición, pocas bibliotecas se hacen ex novo ni ab ovo sino con legados, expolios, extorsiones, botines de guerra, simonías, robos. No tan solo las bibliotecas, los patrimonios en general.

Novembrini dice:

—Debe de ser el Bronx particular del nuevo Eliseo Torres. Seguro que hay más de un aspirante a Abelardo Linares.

Traen la comida, en ningún detalle diferente de las anteriores. Artur se pregunta si la tienen embalada en un enorme congelador, y si el hecho de que la idea le parezca más terrorífica que repugnante le acerca a la primera persona del relato. Se inquieta. Quizá se ha afectado más de lo que pensaba mientras tenía que bregar con las trabas de la entrada.

Para no jugar con la salud mental, se hace el propósito de no ahondar en ciertos pensamientos. Como medida de autodistracción se abandona a la idea de que nunca antes había tenido relaciones con

dos señoras por primera vez dos días seguidos. No todas las novedades en la Isla de los Muertos son vejatorias o dolorosas. Cuando constata que incluso en los pensamientos dice «La Isla de los Muertos» y no..., y que el otro nombre, el que dice todo el mundo afuera, hasta justo antes de la entrada, no puede ni pensarlo, vuelve a inquietarse. La fragilidad del punto de vista va en todas direcciones. ¿Por qué se siente amenazado? ¿Por qué recae en los lugares mentales que le molestan?

Como si se hubieran puesto de acuerdo, liquidan la comida tan aprisa como pueden, y se van al despacho del doctor Zapruder. Él ya está ahí, y está mostrando libros a Midoissa, Curwen, Borrell y Mina. La puerta del fondo está abierta, y los estantes continúan en el aposento anexo.

Artur no espera a que lo guíen, y empieza a mirar por la parte menos transitada, para empezar, los títulos de los lomos: Historia de los usos de población en la Francia de Luis XVI de Aubim Eleassar, An Essay on the Principle of Population de Malthus, La Orden de los Recuerdos de Centino Bearn con los correspondientes Comentarios de Elmer Rossetti, las Meditaciones del príncipe Phaeton Rudolph Haas, Pythagoras oder Betrachtungen über die geheime Welt- und Regierungskunst de Adam Weishaupt. Se anima a sacar los volúmenes, a mirar ilustraciones. La Enciclopedia Metódica de Quatremère de Quincy, la edición crítica de Erdmann Weberern de la Miscelánea anónima del siglo xv conteniendo las Reglas del Juego de la Fragmentación, las Anotaciones a la Biblioteca Interrumpida de Cyriakus Schneegaß, los Anales del Fomento de las Artes Industriales.

El doctor Zapruder le llama la atención sobre la Teosophische Werke de Böhme, los Studien zu Sextus Empiricus de Heintz, De cómo las Arterias de Afrodita alimentan a todos sus hijos bienamados de Eclesiascluny y la revista de arte LSUV. Midoissa tiene en las manos las Memorias de mi tiempo del Príncipe de Hesse, y Curwen, la Harmonia Universelle de Mersenne. Artur cree entrever un proyecto de ordenación universal en esta configuración. En todas. Y no desde las abstracciones metafóricas, que suelen acabar en divagaciones morales sobre la bondad de la lectura, sino en términos concretos y materiales no necesariamente bondadosos.

Han llegado María Sinora y Rosa Vinyals, y se muestran entusiasmadas.

—Hacía años que no lo tenía en las manos —dice Rosa—, y no creía volverlo a tener. ¡La Angeologia Mnemosinica de Herminius Hölderseimer!

Artur continúa con la carpeta conteniendo un pergamino con la supuesta Epistolae quaedam ad Ecclesias Britannoruma de José de Arimatea, el De Ecclesia y el Pentalogus, con el subtítulo «Tesaurus

Fundacional de la Orden Meditante Eclesianista», de Eclesiaston, el Emporio Celestial de Conocimientos Benévolos —edición bilingüe mandarín-alemán—, Los Heroicos Furores y la Expulsión de la Bestia Triunfante de Bruno, la Pseudomonarchia Daemonum de Johann Weyer, las traducciones latinas de Poliziano del Enchiridion de Epicteto de Hierápolis y el Cármidas de Platón, The Anatomy of Melancholy de Robert Burton, De Cogitatione Melancolica de Rufo de Éfeso, la anónima Fisiologia Vampirica, la Ab Sophia Condita del Pseudoescalígero, el Deipnosophistae de Athenaeus, los Caracteres de Teofrasto, las Exercitationes in Baronium, el Processionarum Carmelitanum, La Escalera de los Sabios y el Ars Laboriosa Convertem Humiditate Ignea Metalla in Mercurium de Barent Coenders van Helpen, el Adversus Manipaideia de Heracleonte, Duncan Ptolomeo, la Introducción a la Aritmética (Ἀριθμητικὴ εἰσαγωγή) y la Teología de la Aritmética (Θεολογούμενα ἀριθμητικῆς) de Nicómaco de Gerasa, la exégesis de Proclo a cargo de Numenio, la de Cronio, las cartas de Theodoreto a Euriante de Antioquía.

El doctor Zapruder ha quedado invisible rodeado por Mercedes, Novembrini, Mina y Fabrici. Bettina va por libre, y aborda a Artur.

—¿Has visto este sector? La Rhetorica ad Herennium, la Cronotopomachia Achilleida del Protoardolinus, Die Mitglieder des Illuminatenordens de Hermann Schüttler, el Epistemorema Iacobii, las Epístolas de Eusebio de Cesarea, la Synopsis de Johann Jakob Griesbach.

Exploran en silencio. Hierodes, el De Cœlo Armonía atribuido a León Hebreo, La Idea del Theatro de Camillo, los Commentariorum in Ezechielem Prophetam libri XIV de Sofronio Aurelio Jerónimo, con los comentarios de Erasmo de Rotterdam, De Tabernaculo, De Templo y De Loci Santi de Beda, la Historia Scholastica de Petrus Comestor, los Comentarii in libros Regum II-III de Eucherio, De Templo Salomonis ad litteram y De Aedificia Ezechielis de Richardi Sancti Victoris, el Middoth de Maimónides, con las ilustraciones, la Architectura Civil Recta y Oblicua Considerada y Dibuxada en el Templo de Ierusalen de Ivan Caramuel, los tres volúmenes: Hieronymi Pradi et Ioannis Baptistae Villalpandi e Societate Iesv in Ezechielem Explanationes et Apparatvs Vrbis, ac Templi Hierosolymitani; De postrema Ezechielis Prophetae visione Ioannis Baptistae Villalpandi Cordvbensis e Societate Iesv. Tomi secvndi explanationvm pars secvnda; Apparatvs vrbis ac templi hierosolymitani. Collato Stvdio cvm H. Prado ex Eadem Societate, al lado de la aportación de Arias Montano a la controversia con los reconstructores ideales del templo.

—Mira aquí —le dice Artur—, el Philosophumena de Hipólito de Roma, Congestorium artificiose memoriae de Johann Romberch, el Corpus Hermeticum, los Comentarios sobre el Banquete de Platón de

Ficino, La geomantia de Pietro de Abano, el Cursus seu mundus mathematicus de Claude Françoise Milliet Dechales, la Genealogiæ deorum gentilium libri, la Histonoia Sisiphica, la Hypnomachia Odisseica, la Estenografia de Tritemio, la Heraclea Lectoheroica de Hipólito, el Discurso sobre la figura cúbica de Herrera, El Oniricon!

Carter dice:

—Si no es por procedencia o por fecha de llegada, no entiendo el orden.

—Están catalogados, encuentras lo que buscas en menos de un minuto —dice Zapruder.

—Aun así —insiste Carter—, el Metapsicohistorema Aggellica Plutoniana atque Hermetica junto a la Plotiniana Arabica y la Psichomachia Valviniana tiene cierto sentido, pero no mucho al lado del Lemegeton Clavicula Salomoni..., del Escacs d'amor, también titulado Hobra intitulada scachs d'amor feta per don Francí de Castelvi e Narcis Vinyoles e mossen Fenollar, del Llibre dels jochs partits dels scachs en nombre de cent de Francesch Vicent, de la Dissertatio de arte combinatoria de Leibniz, de New England and the Bavarian Illuminati de Vernon Stauffer, Le Jupiter olympien, ou l'Art de la sculpture antique de Quatremère de Quincy..., el Mémorial d'un Mondain..., las Cartas del Conde de Lamberg, Saducismus Triumphatus de Joseph Glanvill, los Comentarios del Obispo Krolböhm... ¡Esto es un lío!

—La referencia es el inventario, olvidaos de la posición en el estante.

Artur se encuentra junto a Mina, que ha aparecido por detrás sin ser detectada. Le sonríe, y se da cuenta de que tiene los colmillos ligeramente erectos, en un cuarto de la fase llena. Se refugia en el Tractatus novus de astronomia, el Art Compendiosa d'atrobar veritat, la Lògica nova, el Art breu, el Ars demostrativa y el Ars Magna Generalis et Ultima de Llull, el Electorium de Thomas Le Myésier, De vita coelitus comparanda de Marsilio Ficino, la Progymnasmata de Tycho Brahe, la Geometriæ Practicæ de Christophorus Clavius, Les Journées de Florbelle ou la Nature dévoilée del Marqués de Sade. Artur extrae con cuidado el primer volumen.

—Creía que el hijo de Sade lo había quemado.

Mina dice:

—Donde no lleguen los Peregrinos de Mœris...

Artur lo devuelve a la estantería, y continúan con la Harmonices Mundi, la Astronomiae Pars Optica, Mysterium Cosmographicum y la Astronomía Nueva de Kepler, el Heptaplus y Conclusiones Cabalistae de Pico della Mirandola, Clavis Mathematicae de William Oughtred, la Geometría de Descartes, la Opera Mathematica de Viète, la Aritmética de John Wallis, el Calendarii Romani veteris Julii Cœsaris aetate

marmori incisi explanatio de Pedro Chacón, el Trattato dell'abaco, el Libellus de quinque corporibus regularibus, la Sphera de Sacrobosco, la Monas Hieroglyphica de John Dee, De Arte Cyclognomica de Cornelio Gemma, De Triangulis de Regiomontano, De Prospectiva pingendi de Piero della Francesca, el Periphysion de Escoto Erígena, Al Azif de Abdul Alhazred. Saca de la estantería el grueso volumen. Mina le ayuda a sostenerlo. Lo abren.

—Un árabe macarrónico. Un apócrifo, seguro.

Se caen al suelo unas fotocopias sueltas. Artur dice:

—Esto es griego. Un apócrifo para confirmar otro. El Νεκρονομικόν. Pero solo fragmentos.

Mina no parece interesada.

—Carter no se da cuenta de que la posición de los libros sigue una razón significativa, secreta, naturalmente —levanta las cejas y sonríe con displicencia—, y por supuesto Zapruder no se lo contará.

Artur no las tiene todas consigo.

—Quizá tú me lo contarás a mí.

—Ayer me abandonaste por Bettina.

Esto le tranquiliza.

—¡Qué cosas! Y yo imaginando que tú me habías abandonado por Curwen.

Se fuga con la mirada hacia el estante siguiente. Hay espacios vacíos, como si hubieran retirado unos cuantos libros. Han caído o se mantienen inclinados en equilibrio inestable el Valentinus Epopte, los Tractatus de Estefan de Bizancio, La Géomancia de Christofe de Cattan, los Souvenirs de vingt ans de séjour à Berlin de Thiebault, las Memorias de la Señora de Genlis, el opúsculo de 1911 Las siete Consideraciones Fundamentales que Llenan la Vida de los Humanos, la Metaphysische Ketzerein del Barón de Gleinchen, Morals and Dogma of the Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry de Albert Pike, Variae architecturae formae de Hans Vredeman de Vries, los Praecipua Aliquot Romanae antiquitatis Ruinarum Monumenta, los Quattro Libri y L'antichità di Roma... raccoltada brevemente de Palladio, los Libri quattro dell'antichità della città di Roma de Marco Bernardo Gamucci.

—¿Querrás cenar conmigo esta noche?

Artur echa un vistazo alrededor. Se han formado pequeños grupos alrededor de las maravillas bibliográficas. Están casi todos. Bettina ha desaparecido; ¿o se ha convertido en Mina?

—Será un placer.

Como para protocolizar el acuerdo, cambian de estantes y van a parar al apartado musical. Se refugian en la contemplación de los títulos de los lomos, con la ocasional extracción de algún volumen: Manual de Armónicos de Nicómaco de Gerasa, De Musica de Boecio,

De Harmonia Musicorom Instrumentorum, Theorica Musicae y Practica Musicae de Franchino Gaffurio, Cantilenae intellectuales de Phoenice Redivivo de Michael Maier, Utriusque Cosmi de Fludd, el Inventario Mediceo de Girolamo Zenti, las Instituzione harmoniche de Gioseffo Zarlino, el Tractatus compositionis augmentatus de Christoph Bernhard, el Syntagma musicum de Michael Praetorius, las Questions harmoniques dans lesquelles son contenues plusieurs choses remarquables pour la physique, pour la morale et pour les autres sciences y el Harmonie universelle, contenant la théorie et la pratique de la musique de Mersenne, el tratado de Theile Musikalische Kunstbuch, el Neu erfundene und Gründliche Answeisung zu volkommener Erlernung dres General-Basses de Heinichen, el Versuch über die wahre Art das Clavier zu spielen de Carl Philippe Emanuel Bach, los tratados de Mattheson Das beschütze Orchestre, Groß General-Baß-Schule, Der Volkommene Kapellmeister, Die Kunst des reinen Satzes in der Musik de Kirnberger, Summa Mathematica Buxtehudiana atque Bachiana de Graussberger, Critica Musica y el Traité de l'harmonie de Rameau, Musurgia Universalis, Œdipus Ægyptiacus y Ars Magna Lucis Et Umbrae de Kircher. Acaban unos cuantos reunidos alrededor de la pieza reina, los Vorschriften und Grundsätze zum vierstimmigen Spielen des General-Bass oder Accompagnement atribuidos al viejo Bach, tomados de la inevitable controversia sobre el apócrifo.

—Ya me gustaría que fuera por la noche —dice Mina, y mira a Artur pretendidamente insinuante—. ¡Menuda pereza, una sesión de declaraciones!

Él tiene la desagradable impresión de bailar al son de los demás. ¿Se han puesto de acuerdo Mina y Bettina para repartírselo una noche cada una? Depende de cómo se viera, tendría un punto halagador, aunque domine la idea de ser un pobre títere. Busca a Bettina con la mirada —ha desaparecido. Mira quién más falta, pero están todos, incluso el Teniente Nietsripas. Desde el estante lo contemplan, graves con sus cueros, improntas doradas y pestillos, el Dictionner des Sciences Occultes de Kélévin Mireau-Proissy, el Sema und Soma, el Liber de lapidibus de Marbod de Rennes, el Amphitheatrum Sapientiæ Æternæ de Khunrath, el Apotropaica Smaragdina atque Medicea, el Cours théorique et pratique du Livre de Thot de Etteilla, el opúsculo del Pseudofilacterio de Egina Derivaciones del Test de Turing para saber si una situación es real o no lo es. ¿A quién le aprovechará todo esto?, piensa Artur. La conciencia crítica de la especie tardó siglos en articularse entre los homínidos, y ahora serán suficientes dos o tres generaciones para liquidarla. Dice:

—Mina... ¿O prefieres que te llame Conchita?

—No se sabe nunca. Mina está bien. ¿Y a ti no tengo que llamarte

Artur?

—¿Y cómo querrías llamarme?

—Yo qué sé.

El doctor Zapruder les llama hacia el sector reservado, donde se han reunido Mercedes, Spohr y María Sinora, y se van. El doctor Kelch les muestra los Capítulos de la Salida a la Luz del Día, las Actas de las Logias de Leipzig, de Praga, de Amberes, de Trieste, de Viena, de Figueres, de Reus y de Venecia, el Discurso de ingreso a la Academia de Buenas Letras del Dr. Sebastià Rombí, y la respuesta del Dr. Fidel Pla, La influencia de los Juegos de Peregrinaje en la emblemática renacentista, la revista científico-artística Quod Discis, El Juego de la Fragmentación, entre la razón y la oscuridad, de Jaume Camus, el Boletín de la Sociedad Romana de Artistas y Artesanos Modernos completo, el Almanaque del Cielo, el Informe sobre el Programa de Reconducción, Desarrollo y Proyección Energética (PRDPE) y, finalmente, la pieza más preciada de la colección, las Actas de la Logia de la Rama Resplandeciente de Salzburgo, que el doctor Kelch extrae con cuidado reverencial.

—Dicen que aquí está el secreto de la vida eterna —suelta una carcajada—. Le he dedicado algunas horas, y no he encontrado más que chistes y paradojas.

Curwen ha aparecido detrás de Artur y Mina, y hace gesto de cogerlo.

—¿Me permite?

El doctor Kelch lo abre para mostrar los créditos, y a Artur le parece una maniobra de evasión bastante evidente.

—Lo más interesante de las Actas son los esquemas a mano del Gran Maestro.

Curwen dice:

—Mi padre las vio en casa de Toti Costagrau, pero las describe como un pequeño cuaderno rojo, y esto parece uno de aquellos libros de cuentas del debe y haber.

El doctor Kelch esquiva las manos ávidas.

—Y así vayamos a parar a la eterna discusión —dice Spohr—. Circulan por el mundo cinco o seis ejemplares de la IIIa Acta de La Rama Resplandeciente de Salzburgo, de los cuales, lógicamente, todos menos uno son falsos.

El doctor Kelch cierra el libro y lo devuelve al estante. Se tiene que estirar porque es bastante alto, y Curwen le ayuda a encajar el volumen. El doctor se vuelve con una sonrisa.

—La lógica dice que no todos pueden ser auténticos, pero eso no quiere decir que no sean falsos todos, cosa que sostiene más de uno. En todo caso, son imposturas muy bien hechas. Hay quien dice que la verdadera intención del autor, o autores, no es mostrar sino ocultar, y

los datos relevantes provienen de las inexactitudes, errores, trampas o lo que sea, porque llaman la atención sobre en qué sentido se pretende engañar y ponen, por lo tanto, en evidencia qué se espera estar ocultando. Según otra hipótesis, son claves para que solo accedan los que las conocen. He consultado cuatro ejemplares, contando este, y hay un detalle fundamental: son de la misma época, o sea producto de una expresa voluntad de diversidad. Con qué intención, ya es otro asunto —les mira levemente sarcástico—. Quizá habría que decir que son auténticos todos.

—Para saber lo que ignora otro, ¿no tiene que disponer uno mismo de una información completa y solvente? —dice Artur.

—Siempre he oído que se hicieron copias para asegurarse la pervivencia, en caso de que alguna fuera destruida —dice Mercedes.

—Aquí viene otro hecho extraordinario —dice el doctor Kelch—. Copias o versiones simultáneas, da igual, pero, aparte de que hay alguna incompleta, porque se han arrancado algunas páginas, hay pequeñas diferencias de redactado. Tan pequeñas que si no contrastas un ejemplar con otro no las detectas: una coma, un plural, un adjetivo, un punto y aparte. Podrían ser distracciones del copista, o meras correcciones de estilo, pero también podría ser otra cosa. Como en el sueño de Las 1001 Noches, el relato está repartido en más de un relato.

María Sinora dice:

—Max tiene la teoría de que solo una versión es la buena. No se contradice con lo que dice el doctor Kelch. Las variantes hacen de todas las otras textos inútiles, y la intención de la diversidad es claramente camufladora.

—¿Inútiles por qué? —dice Curwen.

—Victor Ferret está de acuerdo conmigo. Lo que haya que obtener, sea lo que sea, llegará precisamente de confrontar todas las versiones, de lo que se desprenda de las variantes. De la confrontación de las diferencias, de las contradicciones en especial, de las paradojas, emana la revelación —dice el doctor Kelch.

Aparece el Teniente Nietsripas y dice:

—Cuando quieran, empezaremos la segunda sesión de declaraciones.

Vuelven al salón. Artur mira al Teniente de otro modo, después de saber lo que ha pasado con Bettina. Así que después de todo, casi eres humano.

En la estancia, los doctores Kelch y Zapruder se sientan en el mismo lugar que ayer, pero los otros se distribuyen de otro modo. Carter ya está, y Artur se sienta bastante adelante, al lado del ventanal, junto a Mina. Busca a Bettina con la mirada, y no la ve por ninguna parte.

Entra un oficial Contracamarlengo acompañando a un compareciente muy parecido a Etnorfitye, pero tal como dijo Bettina, todavía más imponente que su padre, si es que el otro era su padre, piensa Artur. Se sientan con parsimonia, y Artur observa en el declarante una mirada de desafío.

El Teniente Nietsripas dice:

—Comparece ante la Comisión investigadora del incidente en el Anficonversor de la Torre Norte de la Madre Casa número de registro 13/15|2138 el interventor Eytifronte, oficial transportista matriculado en el ente mencionado 7|23-13-27.

El doctor Zapruder consulta el dosier en papel y de forma alternativa el smartphone.

—Según el informe del Cuerpo de Contracamarlengos que atendió el accidente en primera instancia, usted gestionaba los aspectos mecánicos y burocráticos del transporte 27-4-15-(...)-(...)-14-κ-BN-γ-20-(...)-(...)-(...)-(...)-(...) en el momento del incidente, y es uno de los supervivientes mejor situados para explicarnos lo que pasó —quedan en silencio—. Por favor, ¿tiene la bondad de hacerlo? —nuevo silencio—. Puede dar por conocida la peripecia donde se sitúa el incidente, y entrar directamente en la sustancia que lo involucra.

—Directamente en la sustancia que me involucra... —dice Eytifronte con una voz grave y resonante en el límite del oído humano —. Lo siento, tendría que ser más específico.

—Ayer el capitán del transporte dijo... —busca en la pantalla de la tableta portátil—, mmm... —lee—: «... retrocedimos hasta la línea azul. El interventor de la maniobra (es decir, usted) era partidario de llegar hasta antes de la línea verde, pero me pareció innecesario, y no lo consideré. En menos de un minuto hubo una gran explosión, y parte del convoy cayó por el boquete abierto detrás de nosotros», etcétera. ¿Qué piensa de esta apreciación?

Eytifronte dice:

—En caso de discrepancia entre el capitán y el interventor, prevalece de oficio el criterio del capitán, y así fue en esta ocasión.

La mayoría de la Comisión sigue las palabras de Eytifronte con la transcripción de la declaración de Etnorfitye en los smartphones. Mina le dice a Artur:

—Míralo, el Dragón, debe medir más de dos metros de altura.

A Artur le parece aun más raro que el padre. No había visto nunca una cabeza tan grande y con una forma tan extraña, tortuosa y alargada, nariz y ojos de fiera. Una imaginación primaria lo asociaría con la idea salvaje de un enorme bóvido carnívoro.

Carter dice:

—No me cabe duda de que fue así, pero a continuación el capitán declaró, se lo leo: «El interventor y yo lo discutimos más tarde, y me

apuesto lo que sea a que si lo llaman a declarar dará una versión maximalista. Yo no haré tal cosa. Si hubiésemos retrocedido hasta la línea verde muy probablemente, me situaría en un noventa por ciento de probabilidades, la explosión habría alcanzado al tren en medio del tramo donde se produjo el hundimiento, y habríamos perdido el transporte entero, tripulación incluida.»

—Supongo que por «versión maximalista» entiende que he expresado una opinión diferente a esa, que no tengo inconveniente en repetir: habría habido tiempo de retroceder hasta la línea de protección, y el transporte se habría salvado entero.

Alternando la mirada entre la pantalla del smartphone y el declarante, Novembrini dice:

—En la sesión anterior se ha hecho mención de una declaración suya anterior exactamente en estos términos. ¿Se la ha aprendido de memoria? ¿La recita como una fórmula protocolaria?

Artur añade:

—Lo deben hacer los dos, porque justo después, el capitán dijo: «Esto es lo que ha dicho el interventor, y lo reitera en todas las declaraciones a las que se le requiere».

Sin ninguna inflexión emotiva en la voz, Eytifronte dice:

—Desconozco qué idea tienen ustedes del alcance de «fórmula protocolaria».

—Esto no está en juego. Llegados a este punto nos gustaría oír la suya.

—No deja de ser curioso pedirme explicaciones sobre una expresión que no he dicho yo.

—Tiene sentido cuando usted la pone de relieve para esquivar una respuesta.

El doctor Zapruder mira a Artur con la expresión de «bien dicho». Eytifronte echa el cuerpo hacia delante.

—¿Conocen los procesos de aprendizaje y las pruebas a que someten a los aspirantes a capitanes y a interventores de los transportes de los Anficonversores? —quedan en silencio—. Es un largo viaje, arduo, poco gratificante y no siempre exitoso, por los reflejos condicionados y las sinestesias: sonidos visualizados asociativamente con poliedros, con sucesiones numéricas, con paralelepípedos más estrechos y altos cuanto más agudos, más anchos cuanto más bajos, y a la vez con colores respectivamente de los verde-azules claros hasta los amarronados oscuros. Deben entender y repetir una frase grabada que en origen dura treinta segundos, reproducida y acelerada hasta que solo dura dos, deben interpretar una intención siguiendo la orden y la dirección de una secuencia de miradas, deben leer los labios a quince metros de distancia, descifrar qué escribe uno en frente a más de cinco metros por el movimiento del lápiz o por las

posiciones sucesivas de las manos en el teclado, sin equivocarse ni en una coma, y a la contra hay que saber escribir tan deprisa y con tal ponderación y exigüidad de movimientos que el contrincante no pueda realizar tales apreciaciones. También hay pruebas a dos. Leer a un tiempo en voz alta cada cual un libro y, sin dejar de asimilar el texto leído por uno mismo, asimilar del todo el leído por el otro.

—Interesante —dice Novembrini—. Por lo que se ve, la relación con lo que se le pregunta debe de responder a una de estas sucesiones sinestésicas. Disculpe mi ignorancia; no sé si entre los presentes alguien lo ha descubierto, seguramente los doctores Kelch y Zapruder nos podrían ilustrar sobre el caso, pero teniendo en cuenta dónde queremos ir a parar, le pediría que lo hiciera usted mismo.

—¿Quieren que les hable de la mecánica de los transportes? —se mantienen en un silencio afirmativo—. ¿Del contrapunto? —continúan todos igual—. ¿De la geometría como lenguaje simbólico? No: quieren que les hable del parricidio.

El doctor Zapruder dice:

—Esto no es un seminario de iconografía, ni de literatura comparada. Queremos que nos diga, a su parecer, qué responsabilidades hay en todo lo que ha pasado, en el ámbito y en la dimensión que sea, y afecte a quien afecte.

Mina dice a Artur al oído:

—Sí que quiere que nos hable del parricidio, pero sin que se note.

Artur se encuentra de repente mirado por Eytifronte, y tiene la inédita sensación de que aquellos ojos fijos en los suyos no le miran a él, que el vacío con el que no le miran ni mira afuera ni más allá, sino a la profundidad recóndita que es él de verdad, o que en algún momento será. Una mirada sin tiempo, sin intenciones, sin compasión. Le da poco a poco un mareo indeciso entre el vómito y el desmayo, se levanta y dice para que solo le oigan los de al lado:

—Perdonen, ahora vuelvo.

Con el discurso de Eytifronte de fondo, incomprensible, con retumbos de contrabajo y tuba, sale al recibidor todo él ahogo, ansiedad y palpitaciones, va hacia el ventanal del fondo y trata de distraerse, de respirar bien, de volver a la normalidad por el camino de convencerse de que no le pasa nada, de que no le puede pasar nada.

Se tumba en el suelo, en debate con un aturdimiento inconcretable, y aparece Mina.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

Artur no sabe cómo se encuentra. Se ríe.

—Debo estar en plena transformación. De idiota a vampiro.

Mina se ríe. Le pasa la mano por la frente, por el cuello.

—¡Qué gracioso eres! El mito clásico... en parte es cierto, no hay

un momento en que pasas de vampiro pasivo a vampiro activo. El periodo de crisálida es largo, tortuoso y voluble, pero no te mareas ni estás confuso, al contrario, tienes una gran energía múltiple, una imparable creatividad melencólica —suelta una carcajada—. No será tu caso, la otra noche como quien dice no hicimos nada.

—¡Ah, no! ¡Si a aquello lo llamas no hacer nada, no quiero ni imaginar cuando hagamos algo!

—¿No lo quieres imaginar? Ay, querido, no te lo puedes —remarca el verbo— imaginar.

Mina le parece inhabitualmente brillante y atractiva, depositaria de una fuerza ineluctable. Se incorpora poco a poco.

—¿Te parece propio de psicópatas imaginar cualquier discurso dirigido a ti?

—Más bien de ególatras, yo qué sé. ¿Qué te pasa? ¿Es por Eytifronte?

—Quizá. Me ha producido una sensación que no localizo.

—Piensa en qué momento.

—Cuando se ha hablado del parricidio.

Mina le toca los brazos, lo arrulla como una ciega que quisiera comprobar su identidad, y él se siente deshaciéndose de voluntad, una sensación nada desagradable.

—Qué interesante.

Emprenden despacio el camino de vuelta.

—Esta mañana he estado a punto de sentir una cosa parecida, cuando Rakshasi y Novembrini me han preguntado si yo estaba en condiciones de adquirir la primera persona de mi existencia. Me tomaban el pelo, claro, y cuando he querido profundizar se me han quitado de encima.

—Hay una teoría sobre quién se siente capaz de introducirse en la voz narrativa dentro de la Isla de los Muertos.

Se quedan en silencio.

—¿Ese será el elegido?

—¿El elegido para qué?

—Yo qué sé —se interrogan con la mirada—. ¿Qué dice la teoría?

—Que tendrá acceso a ciertas prerrogativas de formas de conocimiento y control.

—Quizá tendríamos que intentarlo.

—¿Y eso cómo demonios se hace?

Llegan a la puerta del salón de las comparecencias. Artur ya se siente bien, pero Mina no habla, y él lo echa de menos.

—A lo mejor siguiendo las pruebas a que se someten los aspirantes a interventores y capitanes de transporte del Anficonversor.

Mina suelta una carcajada.

—Hay muchas más que no ha dicho Eytifronte, algunas durísimas,

otras —deja una pausa y le mira con una pillería que desconcierta a Artur— ya te gustarían.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—Te lo cuento después. Ahora hemos de oír la declaración, ya nos hemos perdido un trozo.

Artur la toma del brazo antes de llegar al pomo de la puerta.

—No, ahora.

Ella suspira de resignación más divertida que condescendiente.

—Un logopeda ha creado una escuela basada en el estudio a fondo de la arquitectura fonadora propiciada por el aprendizaje de los idiomas desde la infancia, y ha establecido la morfología de los tipos con suficiente precisión para elaborar un paradigma que, con el aprendizaje pertinente, permite conocer la nacionalidad de una mujer, o de un hombre si es el caso, sin haberle oído ni media palabra, por la manera de practicar sexo oral. Y de los hombres, aunque es más difícil.

Se ríen.

—Me tomas el pelo.

—Yo misma he participado en seminarios sobre la materia —Artur le hace un gesto expectante—. Hablo correctamente cuatro idiomas.

—¿O sea que la puedes chupar en inglés o en francés?

—Y en catalán y en español.

—Me gustaría comprobarlo.

—No tengo inconveniente, pero si no sabes y no tienes práctica no lo apreciarás.

—Enséñame.

—Más tarde. Ahora volvamos dentro. Quién sabe qué nos estamos perdiendo.

Artur la retiene con suavidad.

—¿Por qué no ahora? Ya ves tú lo que nos estamos perdiendo. Vamos a la habitación.

—¡Estás loco! Cenamos juntos, y te enseñaré lo que quieras.

Entran. Eytifronte recita una especie de invocación:

Soy la luz enrojecida de vuestra incertidumbre,
soy el precio que pagaréis por no dormir
jamás, perdidos para siempre en los lodos de la memoria,
mirando para siempre atrás, temiendo al vigilante,
yo soy la geometría de vuestras peores dudas,
la carne herida de vuestra desazón.

Artur dice, muy flojo:

—Mejor nos sentamos en la última fila.

—Sí. Volver a hacer el numerito delante de todos...

Junto a los doctores, una vibrante voz desconocida se dirige al compareciente.

—Esta Comisión ha sido benévola con usted, pero tenga la seguridad de que a nadie le va a temblar el pulso de ahora en adelante.

Artur dice a Mina:

—Este no estaba. ¿Qué quiere decir? ¿Quién ha sido benévolo?

—No lo sé, con tus mareos nos lo hemos perdido. Supongo que Spohr y María Sinora. Conocen a Eytifronte de toda la vida.

En un tono inusualmente intimidante, el nuevo interrogador prosigue.

—Las discrepancias son lo bastante graves y sustanciales para sospechar de forma consistente de la presencia de irregularidades competenciales, incluso delictivas, en la participación de unos cuantos transportes, el suyo en primer lugar, y es nuestro propósito empezar por la discrepancia entre usted y su capitán, pasando por encima de posibles inhibiciones destiladas del parentesco, hasta dilucidar las consecuencias de este trágico incidente, y las probabilidades de haberlo evitado de haber hecho las cosas de otro modo.

Artur se incorpora un poco para verle.

—¿Quién es?

—Lo conozco. Le llaman doctor Kreis, pero creo que no es su verdadero nombre.

La Isla de los Muertos Ib: Cinta de Szilassi

Acabada la declaración del interventor Eytifronte, el ambiente en la Comisión es mucho más agitado que veinticuatro horas antes. El doctor Kreis no es presentado a Artur —ni a Mina, y él imagina que no le hace falta—, y alrededor del recién llegado se congregan tensiones y aires de temor y respeto inéditos hasta entonces. Artur cree detectar la superioridad del tipo ante Kelch, a quien todo el mundo venera como figura histórica, y ante Zapruder, a quien respetan y acatan como Jefe del Departamento Técnico de la Torre Norte y de la Comisión, y responsable de la gestión del caso. Si Kreis está por encima de estos, ¿qué es?

Se llevan a Eytifronte, y Bettina se va directa hacia Artur y Mina.

—Nos tenemos que reunir. Según Novembrini, tú podrías ser el elegido —dice muy bajito, atenta a que no la oiga nadie más.

—Cada vez sé menos de qué me habláis. Siempre que sale esto vamos a parar al mismo sitio: ¿elegido para qué? ¿Por quién?

Mina y Bettina se miran, y Artur no sabe si la apenas incipiente sonrisa es contenida o forzada.

Mina dice:

—Venid a cenar a mi cuarto, y hablamos.

—Hemos quedado con Spohr, Midoissa y no sé quién más. Iremos después.

Al otro lado de la sala hay una discusión abrupta, y salen aprisa. Mina le dice a Artur:

—Dame diez minutos, y ya puedes venir.

Artur pasa por su habitación, que le parece remota en el tiempo y en los sentimientos, y se deja caer en la cama. Diez minutos no dan para mucho, y refugiarse en la música requiere unos cuantos más, no solo por la música en sí, sino por el atrio, para encarar la adecuada disposición y el estado de ánimo acogedor. ¿Quién le salvaría? ¿Sweelinck? ¿Scheidt? ¿Buxtehude? ¿Bruhns? ¿Weckmann? ¿Purcell? ¿Fischer? ¿Pachelbel? La música evocada forma un dibujo autocompasivo, e intentar cantarla lo destruye por mucho que se afine. Diez minutos para no ser suficiente, para desaparecer mucho antes de lo que se espera.

Artur se complace en la idea de encontrarse inesperadamente en la puerta del cuarto de Mina, de sorprenderse de ser recibido por una mujer de blanco como una vestal, blanco sobre blanco en complemento y en competencia, exaltación de hielos, desasosiego.

—Estás muy guapa —le dice, con un punto de temor.

—Te he mandado traer una cena especial.

—No tengo hambre. Como tú hace dos días.

—No, cariño, ya lo hablamos antes, como yo hace dos días no.

—Da igual.

Mina se ríe y le ofrece la cena.

—Me lo tomo como un gesto de aproximación, y te lo agradezco de todo corazón.

Artur se esfuerza por comer, sabiendo que ella no lo hará.

—Me sabe mal.

Ella le sirve, le escoge las mejores piezas, le sirve vino. Se esparce un olor de trufa blanca y hongos proveniente quién sabe de dónde, de los platos, de la inmortalidad. Artur se deja vertiginalizar, asaltado por la algalia, el neroli y el junquillo, y las palabras de Mina parecen afectar al efecto hasta extremos aturdidores.

—¿Qué te sabe mal, haber estado con Bettina? Es lo mejor que podrías haber hecho. Y aun lo mejor que podrías hacer hoy. Quiero que te quedes conmigo, y lo espero, pero si te vas con ella lo comprenderé. Me parecerá muy bien. Bettina lo tiene todo, inteligente, buena persona, simpática, agradable, sensible, guapa, alegre. Se merece todo lo que se le dé, todo el bien que se le pueda hacer.

Artur se contiene para no decir que las dos se han montado la distribución de las noches, pero no por cortesía, sino porque no sabe cómo acabará esto y no quiere quedarse con un palmo de narices. Se siente incómodo comiendo y ella contemplándolo. Se levanta; sobre una consola hay un espejo, a través del cual ve a Mina. Le dice:

—Creía que los vampiros no os reflejabais en los espejos.

Mina se ríe.

—Si así fuera, aunque no nos viéramos a nosotros mismos, veríamos a otra persona.

—¿O sea que yo te veo, pero tú no te ves a ti misma?

—No es cierto que no nos vemos, al contrario, podemos pasar al otro lado.

—¿Es broma, no? Demuéstramelo.

—Ya está demostrado. Yo soy la del otro lado. Por eso no me veo. ¿Te ves a ti mismo desde algún lugar?

—Me veo reflejado en el espejo. Y te veo a ti.

—Yo estoy en el espejo, y me veo reflejada en la realidad. Y tú no lo puedes comprobar porque todavía no tienes la capacidad de pasar al otro lado.

Ese «todavía» le da un escalofrío a Artur.

—Tiene gracia. El del espejo no me ve a mí.

—¿Por qué tendría que hacerlo, si tú eres el de este lado?

Artur se le acerca y la abraza. Un abrazo como de baile cortesano, no uno estrecho y fuerte. Llegados a ese punto, cuál es el lado real y

cuál el reflejado unidos por el espejo.

—Así esto que toco no es de verdad. Es un reflejo de aquello —señala el espejo con un gesto con la cabeza, sin apartar los ojos de los de Mina.

Ella le sonríe, y la inquietud se precipita: los colmillos le han crecido tremendamente.

—No te quepa ninguna duda.

Artur se deshace del contacto y da un paso atrás instintivo.

—Vaya..., ya veo por dónde vas. ¿Si rompo el espejo desaparecerás?

Mina suelta una carcajada, y con esos dientes queda bestialmente obscena, más próxima al mandril que al leopardo.

—Rompe lo que quieras, el espejo solo es una piel, una playa, la frontera. Mein Herze schwimmt in Blut! Rompe todos los espejos del mundo, los otros lados a los cuales propician el acceso continuarán en el mismo lugar, solo habrás destruido la comunicación —se ríe—. En las casas de vampiros no hay espejos. A nadie le gusta enfrentarse continuamente a las peculiaridades de su condición cuando le apartan del mundo.

Artur la vuelve a agarrar, dispuesto a dejarse morder, a cualquier cosa, atraído por la propia temeridad. Pero ella hoy no parece predispuesta a usar los dientes, o es que los demás están a punto de llegar y no se mete en harina si no dispone de todo el tiempo del mundo. Se besan, y Artur había olvidado que trata con la Reina del Hielo. Mármol, diamela. Le perturba el contacto con los gélidos dientes. Ha tenido que pasar por aquí para formalizar la idea de que los dientes de los vivos están calientes, casi tanto como el resto del cuerpo. Como los cuchillos guardados en los bolsillos.

—¿Quién es ese Kreis que ha llegado más tarde?

—No estoy segura del cargo que ocupa, porque son designaciones burocráticas que revelan poca cosa del poder real. En la práctica es algo así como un coordinador general de la Madre Casa, con atribuciones sobre los cuerpos militares de seguridad, que aquí les llaman Órdenes Vigilantes. Le preguntaremos a Novembrini, seguro que lo sabe.

Artur intenta comer algo más, y la falta de hambre le hace pensar de todo. Mina no lo pierde de vista, y de vez en cuando él le sonríe. Llegan Bettina, Novembrini y Rakshasi, y se reparten por el sofá. Mina les ofrece postres, licores, digestivos, tabaco.

—Gracias, ya venimos servidos —dice Novembrini, y las otras dos se ríen.

Bettina hace gesto de ir al grano.

—¿Qué se puede decir en resumen de estas dos sesiones de comparecencias?

Se miran.

—¿Que nos hacen perder el tiempo con cosas que no llevan a ninguna parte? —dice Mina.

—Es el punto al que más o menos hemos llegado todos —dice Novembrini—. Y aquí entramos en materia: desde qué estado de la cuestión convocas a un grupo de expertos para que descubran algo, y a continuación se lo impides.

—¿Convocas a un grupo de expertos para que no descubran nada?

—Como no tiene ninguna lógica, solo puede indicar que estamos en medio de una lucha entre facciones, y nos usan como decorado de distracción.

—Demasiado gravoso. Parece una hipótesis aceptable la de que está en juego la primacía de un poder, o quién sabe qué consecución concreta que lo comporta, y las dificultades con las que nos encontramos indican que sí que esperan que hay algo por descubrir, pero no lo que formalmente se nos ha dicho.

—La explicación del incidente y la reparación del desperfecto no. ¿Qué, si no? —dice Bettina.

—La incógnita es doble: tenemos que descubrir qué tenemos que descubrir.

—Y para hacerlo tenemos que descubrir qué no les interesa que descubramos: hemos de fingir que intentamos descubrir la explicación del incidente y la reparación del desperfecto —dice Rakshasi.

—No hemos de fingirlo, hemos de hacerlo. Descubrir la explicación del incidente y reparar el desperfecto será la puerta para descubrir lo que hay que descubrir de verdad.

Se miran.

—Si así fuera —dice Novembrini—, ¿por qué no se nos plantea directamente? Ahí está el verdadero enfrentamiento, aquí es donde la facción a la que toquemos irá a muerte para impedírnoslo. Esa será la pista principal a partir de ahora: el dibujo de quién nos va a favor y quién en contra señalará el objeto en litigio.

—Habrán previsto que llegaremos ahí, y quienes nos lo quieren impedir se disfrazarán de querer ayudar —dice Bettina.

—O ya lo están haciendo.

Artur dice:

—En el punto en el que estamos, no aprecio nada que permita apreciar quién lo hace, cómo, ni en qué dirección. Vi pugna contrapuesta para acceder al recinto, con gente ayudándome y gente obstaculizándome, pese a que con tantas mentiras y contradicciones no he acabado de saber quienes eran unos y otros, y las discrepancias dentro de la Comisión me parecen meramente técnicas, sin tendencias a favor de cualquier tesis.

—Meramente técnicas... —dice Rakshasi—. Interesante matiz.

¿Quién iba a tu favor?

—No pondría la mano en el fuego. Un tal Muguete se hizo pasar por un antiguo conocido (diría que no le he visto en mi vida), y reapareció como el oficial Contracamarlengo Delora. Más tarde, cuando no tenía manera de salir de un bucle de opciones en el dispensador de acreditaciones, Fabrici me ayudó.

Se miran y se echan a reír.

—Nos ha pasado a todos.

—Fabrici está aquí, y por lo que cuentas tendría que ir a tu favor. En fin, haberte ayudado en un mero trámite no le caracteriza en relación con su posición entrados en materia. Pudo haberlo hecho para despistarte. Y, aún, ¿qué comporta ir a tu favor? ¿Supone apostar para resolver qué? En principio, el caso. ¿Pero en qué sentido?

—¿De Muguete no has sabido nada más?

—Todavía no sabemos lo suficiente para apreciar facciones —dice Bettina—. Cuáles son, de dónde vienen, qué quiere una, qué la otra.

Artur se da cuenta de que Mina la mira con una devoción tan delicada que piensa qué puede haber entre ellas. Se pregunta cómo Novembrini sabe tanto de todo lo que pasa aquí dentro si ha entrado esposado, cómo ha tenido acceso a tanta información. Cómo un hacker puede ir tan lejos y tan adentro. Novembrini se da cuenta de la atención de la que es objeto y se dirige directamente a él, con una sonrisa sardónica.

—¿Qué hay más peligroso que las luchas entre facciones? El apuñalamiento nocturno dentro de una misma facción. Distinguir una cosa de la otra sería un paso importante para saber para quién trabajamos, y quizá, no lo descartemos, si algunos para unos y otros para otros. ¿Servimos todos al mismo comitente? ¿Estamos seguros de que a todos nos ha contratado la misma instancia? ¿Nuestros desacuerdos continúan y personalizan los desacuerdos de diferentes facciones?

Rakshasi dice:

—Aún nos ayudaría más saber hasta dónde los comitentes lo han previsto y actúan de acuerdo.

Mina dice:

—¿Cómo lo podemos saber ahora, sin ver los resultados? Si el vencedor puede procesar a los contrincantes y encausarlos por un delito, ¿dónde están los cimientos de la legalidad?

—Y qué es la legalidad —dice Bettina—. Acabará como siempre. La legalidad es lábil, es una pieza más del juego.

Novembrini continúa.

—Esta mañana me ha parecido detectar en Artur signos de ser capaz de adquirir la primera persona de su existencia.

—¿De introducirse en la voz narrativa? —dice Mina, y parece que

se burle—. ¡Y eso cómo demonios se hace!

—El demonio tiene que ver, sí —dice Novembrini remedándole el tono—. ¿Quien lo consiga no perderá capacidad objetiva de observación?

—Diversidad de presencia sí, seguro.

—¿Tampoco la había tenido, no? —continúa Novembrini—. No tendría la condición del omnisciente sino del equisciente, no sabría nada de lo que pasa sin que él estuviera delante. Si se trata de tener acceso a más información, no se ganaría nada.

Bettina dice:

—Adquirir la primera persona no nos sirve de mucho si no la podemos repartir entre todos, y por definición no puede ser un reparto simultáneo sino sucesivo.

—Mmm..., no sé cómo se podría hacer —dice Novembrini—. Pactando leyes fiables, blindándonos a posibles desacuerdos entre nosotros.

—El paso esencial. Acceder al omnisciente suma de todos los equiscientes de cada cual —dice Mina.

—¿Entonces todos somos el elegido? —dice Artur, y se da cuenta del alcance de la propia expectativa cuando Novembrini dice:

—¿Te molesta la idea de no serlo tú solo?

Bettina hace como si no lo hubiera oído.

—¿Cómo sabemos que el equisciente de turno no lo condicionaría todo, que no caería en la tentación de modificar la realidad a su favor?

—¿No es esa, la definición de «vida»? —dice Mina, y ríen, Artur con la inquietud de imaginar la dimensión adquirida por lo que acaba de decir, dado lo que significa «vida» para ella.

Artur dice:

—Aún no sabemos si es factible, y menos cómo, y ya nos herimos susceptibilidades.

—Que uno de nosotros acceda a un equisciente no quiere decir que condicione el comportamiento de los otros, ni que adquiera un grado superior de poder.

—¿Estás segura? —dice Novembrini—. La única noticia de que uno es el narrador equisciente sería la declaración del interesado, porque solo él lo sabría. Ahora mismo tú —señala a Bettina— o tú —señala a Rakshasi— lo podríais ser, nos lo podríais ocultar y ninguno de los demás nos daríamos cuenta.

—Cada cual es el equisciente de él mismo. Y si ha conseguido ser omnisciente, es un superhombre.

—O una supermujer —dice Bettina.

Mina se acerca a Artur rozando su oído y le murmura:

—Di la verdad, cielo, ¿eres mi equisciente?

Artur la aparta todavía más del alcance auditivo de los otros.

—Dime tú lo que soy.

—Mi elegido.

—Esta noche. ¿Y mañana?

Mina se aparta e imposta un aire de ofendida.

—Feo. Muy feo.

Bettina reclama la atención y dice:

—¿Habéis oído hablar de las zonas de transparencias mentales de la Isla de los Muertos? Lugares donde, cuando tienes cierta práctica, puedes ver los pensamientos de los otros como si los expresaran en voz alta.

—Intentaron tomarme el pelo con eso cuando rodeábamos la torre con un tren interior —dice Artur.

—¿Te tomaron el pelo? ¿No dieron con lo que pensabas?

—Bastante, pero con un poco de intuición y psicología, y supongo que por analogía con cosas dichas por otros visitantes, tampoco era tan complicado.

—No es complicado, ¿eh? —dice Bettina, risueña—. ¿Qué estoy pensando ahora mismo?

—¿Que soy un fatuo creído?

Se ríen.

—¡Moooooc! Respuesta equivocada.

—Pensabas que Artur y Mina no hacen tan buena pareja como Rakshasi y yo —dice Novembrini.

—Da igual —dice Artur—. Como tampoco estamos dentro de tu cabeza, nos puedes contar lo que quieras, y aunque digas la verdad siempre alguno no se la creerá.

Bettina no ha parado de sonreír.

—Da lo mismo lo que creáis. Hay otras zonas de transparencia además del tren interior. Dicen que en la cúpula de la Torre Norte, en el lucernacio, hay una muy potente. Puede ser el lugar ideal para intentar el asalto a la primera persona, pero antes tenemos que pensar bien qué queremos, por qué lo queremos y, si lo conseguimos, qué vamos a hacer. Hay que empezar por disipar reticencias entre nosotros. Instalarnos en un estado razonable de mutua confianza.

—Y para eso irá bien ir a la zona de transparencia. Si alguien prepara una pirula, allí se sabrá... —hace una mueca jocosa—, salvo que seas tú quien piense hacerla.

—¡Yo, pobre de mí! ¡Si sabes más tú que yo! Me pillarías a la primera.

—¿Estáis todos dispuestos? —dice Rakshasi, y hacen señal de asentimiento—. Esto es bueno, quiere decir que nadie tiene nada que esconder, y el primer requisito de confianza se puede dar por hecho.

—No estés tan segura —dice Novembrini con una sonrisa malévola

—. Una de las disciplinas a las que se someten los aspirantes a interventores y capitanes de transporte del Anficonversor es engañar a los detectores de mentiras, desatar la mente de reflejos biológicos, vaciar el contenido del pensamiento y llenarlo de cualquier cosa.

—Que yo sepa, no hay ahora mismo entre nosotros ningún aspirante a capitán o a interventor de transporte del Anficonversor —dice Mina.

Se quedan mirándose, se ríen, imaginan qué piensa el otro, qué puede estar pensando el otro que pienso yo, en qué la equivocación recíproca llevaría a acertar algo, qué utilidad tendría. Artur cree entrever el sentido de la existencia, la sensibilidad de las piedras y la niebla, si tanto hubiera importado haber nacido humano o liquen.

Novembrini dice:

—Recapitulemos. Como no sabemos quién es el elegido, ni cómo se llega a la primera persona, ni qué es esto ni qué sacaremos si lo conseguimos, pero tenemos claro que es la única manera de avanzar más allá de lo que estrictamente quieren que sepamos, os propongo ir al único lugar donde lo podemos resolver, el lucernario de la Torre, si de verdad es una zona de transparencia.

—Me parece bien —dice Bettina—. Así también sabremos por qué queremos esto que tampoco sabemos lo que es, ni qué haremos.

—Pues vamos —dice Novembrini, y se levanta.

—¿Ahora? —dice Rakshasi—. ¿A estas horas? ¿Cómo piensas entrar?

Novembrini hace un ademán chuleta falsamente impostado.

—¿No sabéis con quién tratáis? ¡Códigos de entrada, a mí!

—Los códigos muy bien. ¿Pero crees que no habrá guardias? —dice Artur, y Bettina dice:

—Tengo la acreditación preferente de mi familia. Lo puedo intentar.

—¿Por qué dais por hecho que no nos dejarán entrar? —dice Mina.

—El no ya lo tenemos —dice Novembrini, ya delante de la puerta —. ¿Vámonos?

Se van, unos con más convicción que otros. Bettina les guía por pasillos cerrados y alguna pasarela que parece conocer, sin que se encuentren con nadie. Al comienzo las paredes y el suelo son de mármol y están bien iluminados, y hay hornacinas en los muros. Los recorridos se marcan con alfombras y, a medida que ascienden, los acabados se van empobreciendo, las paredes ya están solo pintadas, y los suelos son de baldosas, hasta que ya no hay ni pintura ni pavimento, solo el suelo del forjado, la bóveda pelada del techo y la mínima iluminación. El paso se vuelve cada vez más angosto por la estrechez y la altura del techo, se convierte en una escalinata y se

retuerce, y por la inclinación cada vez más pronunciada de la pared exterior saben que han entrado en la parte final de la cúpula. Los escalones son cada tramo más escarpados, hasta que llegan a un rellano con tres puertas, dos entreabiertas, una da a una sala de utillajes diversos de limpieza y mantenimiento, la otra a un despacho vacío. La tercera, accesible desde un último tramo de escaleras, está cerrada, y Novembrini se sitúa en primera línea y se enfrenta al código de acceso.

—Espero no tener en un minuto media Guardia de Contracamarlengos apuntándonos —dice Artur.

Novembrini opera reiteradamente en el teclado de la puerta, lo enfrenta a su smartphone, y los demás no pierden detalle. La operación dura unos minutos, hasta que como empujada por un resorte la puerta se abre. Instintivamente todos retroceden.

En parte por azar, Artur queda en primer término, y es el primero a quien ven desde dentro un grupo de Contracamarlengos. La puerta da al centro de un espacio circular de 3'90 metros de radio, rodeado por cinco escalones ascendentes bajo una marquesina que cierra un aposento redondo de 7 metros de radio en total y 28 de alto, el tragaluz de la Torre Norte.

Los guardias cargan las armas, y el oficial y dos suboficiales se les acercan.

—¿Cómo han abierto la puerta? —les impreca el oficial, perentorio.

Artur da un paso atrás y se vuelve. Novembrini se esconde detrás de Mina y Rakshasi, y Bettina avanza y dice con aplomo:

—Soy Bettina van Egmont, apoderada por derechos de comitencia de la Comisión investigadora del incidente del Anficonversor de la Torre Norte, y con los compañeros hemos venido a realizar unas comprobaciones de oficio.

—No pueden pasar sin la indicación expresa del Jefe de la Comisión —dice el oficial, y entretanto teclea su smartphone—, y no me consta tal autorización, así que les ruego que se retiren y vuelvan a sus dependencias.

Bettina avanza hasta la línea de los escalones y se dirige a los guardias con firmeza.

—Según la disposición transitoria FY-34, tengo acceso ilimitado a las zonas reservadas de la Torre y derecho a disponer de ellas en compañía de quien me convenga, y atributos de mando sobre los cuerpos de Guardia interior, de manera que les ordeno retirarse sin causar impedimentos ni problemas, y esperarnos en la salida hasta cuando lo disponga.

Los guardias no hablan entre ellos pero actúan con una extraña coordinación de gestos, y Artur lo atribuye a la transparencia. El

oficial continúa tecleando el smartphone, y parece a la espera de recibir datos. Al cabo de poco, dice:

—Pueden entrar uno por uno, y como máximo un minuto cada uno.

—De ninguna manera —dice Bettina—. Entraremos todos, y estaremos tanto tiempo como convenga.

El oficial consulta el smartphone de nuevo, y el conjunto de la Guardia se congrega en semicírculo alrededor de los tres que mandan.

—No pueden estar más de diez minutos —detiene con un gesto la réplica de Bettina—. Es la resolución definitiva del Centro de Seguridad de la Torre Norte.

Bettina pone un pie en el primer escalón para entrar, y el suboficial de la izquierda la para.

—Perdone, tienen que esperar a que salgamos. Son las normas.

Los guardias salen y les pasan por el medio, los tres que mandan en último término, y una vez todos detrás de ellos, el oficial les dice:

—Pueden entrar. Los diez minutos empiezan a contar a partir de este momento.

Bettina sube los escalones aprisa, y detrás de ella, por este orden, Rakshasi, Mina, Novembrini y Artur. El espacio está casi vacío, con algunos taburetes altos y banquetas agrupados a un lado, una lámpara con doce bombillas peladas pendiente del centro, y las cinco cristaleras en forma de pechina de cierre sin ningún tipo de persiana, cortina ni postigo, aunque una niebla densa impide ver el exterior. La diferencia de iluminación produce el efecto espejo, y a la vez como de estar en una burbuja introducida en un espacio vagamente asimilable con la nada.

Artur se dispone a comentarlo, pero de forma gradual y acelerada la cabeza se le llena de un enorme alboroto. Son los pensamientos de sus compañeros, y lo primero que hay que hacer es distinguir y elegir, como cuando uno sintoniza la radio y opta por una determinada emisora. Se sobrepone al parloteo interior, el que solo consiguen detener los yoguis. El pánico y la tranquilidad se alternan en desorden, imprevisibles, hasta que se da cuenta de que es capaz de hacer una separación secuencial de los pensamientos, y que pueden dialogar sin decirse ni media palabra.

Ni una palabra que salga de la boca, porque una cascada de palabras mentales llegan de todos, y las interacciones se suceden a una velocidad tan vertiginosa que la confusión se convierte en un interlocutor más.

—Ya estamos, ahora veremos qué —piensa Novembrini. —No sé qué tengo —piensa Rakshasi. —¡Ay, ay, no lo controlo! —piensa Bettina. —No me lo puedo creer, no me lo puedo creer —piensa Artur. —¡Os oigo a todos! ¿Me oís a mí? —piensa Mina. —Así que al final es

cierto, funciona..., y a mí también me deben de oír —piensa Novembrini. —Oír, oír, no es exactamente oír —piensa Bettina. —¡No habléis todos a la vez, animales! —piensa Mina. —No hablamos, pensamos —piensa Rakshasi. —Es un sonido amortecido y resonante, como hablar por teléfono. El auricular está dentro de la cabeza —piensa Artur. —No sabemos dejar de pensar, parar el blablablá interior es un arduo trabajo reservado a los grandes yoguis —piensa Novembrini. —Esta gente son unos imbéciles —piensa Mina. —¿Hay clases diferentes de pensamiento? —piensa Artur. —Creo que me voy a desmayar —piensa Bettina. —Esto es peligroso: ¿cómo se puede dejar de pensar lo que se piensa? —piensa Rakshasi. —Quiero dejar la mente en blanco —piensa Novembrini. —¿Hay grados diferentes de pensamiento? ¿Se puede ocultar alguno? —piensa Artur. —¿Qué pasaría si ahora habláramos? ¿El doble de algarabía? ¿Oír a la vez lo que hablamos y lo que pensamos? —piensa Rakshasi. —No servirá de nada excusarse. ¿Qué les digo, si de verdad me parecen unos imbéciles? —piensa Mina. —Tengo sed. Aquí no hay nada de nada —piensa Bettina. —Estoy cansado —piensa Novembrini.

—No puedo más —dice Bettina—. ¡Por favor, salgamos de aquí!

—¿Por qué hablas? Vale con que lo pienses, te oímos igual —piensa Novembrini. —Idiotas..., ay ay, ya no tiene remedio —piensa Mina. —Insultados por una vampira. Ahora entiendo por qué los animales no hablan. No les hace falta —piensa Artur. —No os quiero dejar ninguna duda de que estoy cargada de buenas intenciones —piensa Bettina. —¿Qué hemos venido a hacer aquí? ¿A desnudarnos? ¿Por qué, si no vamos a hacer nada? ¿Tan extraños somos? ¿O tan vulgares? —piensa Rakshasi. —Me estoy meando —piensa Novembrini. —Los pensamientos no son del todo simultáneos. ¿Siguen un orden? ¿Cuál? Lo tengo que descubrir antes de que nos vengan a liquidar —piensa Artur. —¿De verdad son pensamientos, esto? ¿Nos está sirviendo de algo? ¡Qué barbaridad! —piensa Rakshasi. —Respira..., respira..., quizá todo es una ilusión. No lo creo, de qué si no pondrían esta cara estos imbéciles —piensa Mina. —Tengo la firme intención de no hacer ninguna mala jugada a ninguno de los presentes. Siempre os diré la verdad, y me siento feliz de que lo sepáis. Yo seré la bondad entre las espinas —piensa Bettina. —Menudo polvo le echaría a Rakshasi..., soy idiota, ahora no me la cepillaré nunca —piensa Novembrini. —Sí que le cuesta decidirse a este pánfilo —piensa Rakshasi. —¿Nos está sirviendo para lo que queríamos, esto? ¿Para cogernos confianza entre todos? ¿Vamos bien? El peligro me excita —piensa Bettina. —¿Lo determinamos nosotros, el orden de los pensamientos, o es la virtud de la pieza en sí? —piensa Artur. —Tiene su morbo, como vernos desnudos pero por dentro. Como vernos destripados, qué asco —piensa Mina. —¿Cuando después

hablemos, lo desvirtuaremos, todo esto? ¿Es la máxima verdad a la que podemos llegar, comprobar que hablamos como idiotas? La vampira tiene razón —piensa Novembrini. —No nos servirá si al final lo corregimos, si queriéndolo reafirmar lo mistificamos —piensa Bettina. —Estoy loca por ti, te quiero —piensa Mina. —Putas que vais de santas —piensa Rakshasi. —Creía que esta se cepillaba a Novembrini..., entonces, ¿a quién? ¡Eh, qué estoy haciendo! Ahora sí que la he cagado —piensa Artur. —No vamos bien, no estábamos preparados para esto, la exigencia nos rebasa. No sé por qué razón, no porque esté permitido o no, pero no tendríamos que estar aquí —piensa Novembrini, y sale corriendo.

Detrás de él salen Artur, Mina, Rakshasi y Bettina, y se encuentran a la Guardia esperándolos en el pasillo. El oficial se dirige a ellos con una sonrisa sarcástica.

—¿Ya han terminado? Sin agotar el tiempo asignado reglamentariamente.

Artur y Bettina se miran maquinalmente, y como empujados por la inercia de la experiencia reciente, se perciben de acuerdo en no comentar nada. ¿Qué podrían decir? Qué que no fuera inconveniente ante estos inquisidores, piensa Artur, y no está seguro de que aún no le oigan los demás. Desenvuelta, Bettina dice:

—Ya tenemos lo que queríamos.

Los Contracamarlengos se miran con una sonrisa de constatación.

—Seguro. ¿Necesita algo más, señora?

—Nada por ahora, muchas gracias.

—A sus órdenes.

Se van, y el camino de vuelta se les hace mucho más corto, y cuando el recorrido se ensancha, Artur camina junto a Rakshasi.

—¿Ha sido una ilusión mía, o de verdad... Cómo lo diría?

—Me temo que ha sido de verdad. Hemos estado los unos dentro de los otros.

Entran en el pasillo de abajo, y ya caben tres de lado. Mina dice:

—No, tan solo nos hemos amplificado y hemos bajado las barreras. ¿No habéis oído un ruido de fondo?

—Es lo que llaman fondo residual de pensamientos no acabados de realizar: aquello que estás a punto de pensar, y que ha quedado en segundo término en forma de sonidos y palabras o fragmentos de frases inconexas o inarticuladas sin acabar de formalizarse, detrás del pensamiento más fuerte que lo domina todo —dice Bettina.

—Al final es cierto, pensamos con palabras bastante desbaratadas.

—Propongo que no repasemos nada de lo que se ha dicho. Lo que ha pasado era previsible, no hace falta que se excuse nadie.

Novembrini dice:

—De acuerdo en pasar por alto los contenidos, pero el hecho en sí

tendríamos que debatirlo.

Se paran en el punto de partida, la cámara número 13, la de Mina.

—¿Queréis entrar?

—Da igual hablar mañana.

Al final del pasillo se entrevén las llamas palidescientes de la evocación del Siglo de las Luces, de los tiempos de la luz.

—No, pasemos aunque solo sea un momento y comentémoslo —dice Novembrini.

Lo hacen, y Rakshasi dice:

—Hay que dilucidar si cada cual ha tenido su ilusión particular, y por tanto sin nada en común con los demás, o tan solo casualmente, o si de verdad hemos estado en contacto.

—La única manera de comprobarlo es repitiendo cada cual lo que ha dicho allí, o mejor dicho lo que ha pensado —dice Bettina.

—O repitiendo lo que ha oído de los otros... o percibido, como se quiera decir —dice Rakshasi.

Artur y Mina se quedan mirándose. Ella dice:

—¿En serio queréis hacer eso?

—Ya nos lo has dejado claro —dice Novembrini—. El beneficio de la duda ya es indicativo. No hay categorías de haber sido real..., real en el sentido de que todos hemos oído lo mismo.

Bettina dice:

—La constatación de la verdad, que todo lo que hemos pensado y percibido de los pensamientos de los otros es lo mismo para todos, lo que consolida el omnisciente y abre la posibilidad de acceso a la primera persona. Hay que repetir el experimento, y en ese momento ponernos todos de acuerdo para transferir el punto de vista a aquel de nosotros que hayamos pactado. Si la zona transparente funciona, conformará un omnisciente objetivado, no un equisciente, lo podremos amoldar y transferir al «yo» que queramos.

Mina dice:

—La teoría está muy bien. Pero estamos donde siempre. ¿Eso cómo se hace?

Novembrini dice:

—Hemos de volver. Ahora que ya sabemos cómo entrar en la zona transparente, planifiquemos una secuencia de pensamientos que nos lleve a formalizar una primera persona, y hagamos que la tome uno de nosotros.

—¿Cómo?

—Alguna manera habrá.

Bettina dice:

—En un Juego de la Fragmentación donde participaron amigos míos se transferían el punto de vista entre ellos a través de un texto situado a lo largo de los elementos de un Dodecaedro especial.

Novembrini la interrumpe.

—Conozco el caso, el Dodecaedro es el Troyacordio —se quedan mirándolo, y se siente constreñido—. O Troyacorde, no sé cómo será la traducción.

—Y después se volvió a jugar en Can Pagès de Dalt cuando pasó todo aquello con Aloysia, uf, yo estaba, fue terrible —continúa Bettina —, allí nos movimos por los pentágonos formados por las líneas paralelas a las aristas de una misma cara que unen los vértices contiguos por la arista a los de la cara en cuestión, y son a la vez aristas de los estrellados de dichos pentágonos adyacentes al inicial.

Novembrini se echa las manos a la cabeza y se dirige a Artur y a Rakshasi.

—¿Lo veis como necesitamos dominar los poliedros?

—Según esto, con el Dodecaedro es suficiente.

—O no, aquí la cosa es más amplia.

—No he acabado —dice Bettina—. Allí era fácil obtener la primera persona, simplemente uno tomaba la palabra y contaba una cosa, y cuando dentro de la cosa contada alguien contaba otra, el primero lo adoptaba como primera persona, y así sucesivamente —abre mucho los ojos—. Los caminos narrados se cruzaban entre ellos, o iban a parar al mismo lugar viniendo de sitios diferentes.

—¿Por qué no lo hacemos así?

—En cierto modo ya lo hacemos —dice Mina—. Cuando el compareciente declara... —pone la mano en el antebrazo de Artur—, cuando el otro día te conté cosas de mi vida...

—Así no llegamos a la situación presente.

—A menos que no hagamos como en Can Pagès de Dalt —dice Bettina—, que buscamos una historia contada que contuviera una historia contada que contuviera una historia contada que contuviera una historia contada que contuviera una historia contada que contuviera una historia contada que contuviera la historia contada de la situación misma donde estábamos... Uf, ¡no sé si me he descontado!

Se ríen.

—¿Funcionó?

Bettina tiene una expresión en la que Artur no sabe si identificar terror y tedio o una especie de acuerdo celestial, y revela grima como si le hubiera inducido desde fuera. Novembrini dice:

—Conozco los antecedentes. Ni el Juego de Santa María del Mar ni el de Can Pagès de Dalt se pueden repetir aquí —mira la hora en el smartphone—. Es demasiado tarde, pero si encontramos la manera de juntar puntos de vista en la zona transparente, quizá lo consigamos.

Va hacia la puerta. Se van todos entre fluctuaciones de impulsos y propósitos, quién se va con quién, quién espera, quién disimula. Miran a Rakshasi y a Novembrini, pero estos no se miran entre ellos y los

otros se ríen, se miran Artur y Mina, y ella le dice como casualmente:

—Quédate un rato, si no tienes demasiado sueño, y te acabaré de contar lo del otro día.

Una carcajada general reactiva el movimiento. Se van sin que a Artur le parezca que se ha aclarado nada —pese a que casi todo lo podría estar—, y se quedan solos Mina y él. Con la puerta acabada de cerrar ella lo ha empujado encima de la cama y lo recorre de arriba abajo como un animal que huele qué devorará primero.

—Espera —dice Artur.

—¿A qué, a que salga el sol?

Artur consigue zafarse, y una vez salvado y sentado, provisionalmente más tranquilo, le dice:

—Haremos después lo que quieras, pero quiero que me cuentes más cosas de tu vida vampira.

Ella hace un gesto de tedio y condescendencia que le queda tan excitantemente infantil que Artur está a punto de abdicar.

—Se miraba en todos los espejos esperando descubrir en alguno de ellos una cara diferente.

Se quedan en silencio.

—Y qué —dice Artur—, ¿qué quiere decir eso?

—Es una burla entre los vampiros viejos.

—Me da igual la metafísica vampira. Lo dejamos en que tu iniciador-liberador-protector...

—El Conde Von Krolock, sí.

—... el Conde y tú entrabais en una nueva fase de la relación, más estable pero quizá, no sé si paradójicamente, más incierta. Sherezada...

—¿Ah, sí? ¿Si no te entretengo mandarás que me maten?

—No, si no me entretienes me matarás.

Mina se quita la ropa sin aparentes connotaciones sexuales y se echa en la misma posición de hace dos noches. No se ha quitado los brazaletes, collares, colgantes, anillos y pendientes, y eso parece extrañamente presentarla más desprotegida. ¿Cómo se mueve un cuerpo tan blanco y desangrado? ¿De dónde le salen las rojeces extemporáneas?, piensa Artur con todas los angustias del mundo, ¿son extracciones ajenas enquistadas? Añade una categoría a la extrañeza saber que le considera un imbécil, y no lo palia que considere a todos igual. Ostensiblemente arrastrando todas las desidias del mundo, ella empieza.

—Conchita Casas asistía como tal a cada nueva fase de su inexorable entierro. ¿Qué aprendizaje dejaba atrás? El sexo mide los engaños; los engaños, el sexo. Y el engaño pauta y expresa los datos que fiablemente se obtienen, ahí está la múltiple contradicción que

acabas descubriendo que no es tal, y cuando la conoces ya puedes mirarla a la cara y dirigirte a ella por su nombre secreto: ¡Vida! ¡Tú, la huidiza, angulosa, extraña Vida! Crisálida dolorida de un nuevo mundo, brote del amanecer, gemido de orgasmos ahogados, oveja expiatoria de sacrificios perdidos, la Murray trabajosamente esculpida entre el azar y los efectos cada vez menos indeseados y torpes de sus indecisiones, gradualmente convertidas en actos firmes como en la hora purpúrea la noche muta en día...

—Me pierdo —la interrumpe Artur—. ¿Qué es esto, el exordio de una juerga de fin de curso? ¿Te tengo que echar confeti y serpentinas?

—El entierro de Conchita me deja en un estado beatífico irresistible —dice Mina—. Soy su sepulcro, y comparezco desnuda, indefensa ante un hombre vestido de pies a cabeza. No me puedo contener de cantarle las exequias al estilo que a ella le habría gustado.

—¿Indefensa? En fin... Da lo mismo. Continúa, por favor.

—Lo haré... ¿No te quitarías un poco de ropa?

—Tengo frío. A lo mejor, más tarde. Seguro que te sientes la mar de cómoda tal como vamos.

—Cómoda en la ansiedad, sí. Ya que no puedo tener frío.

—Ve a los hechos, deja la filosofía de folletín.

Mina se pone las manos tras la nuca, como las Venus de las pinturas. Artur la contempla sin disimular, puesto que ella así lo quiere, y aguijonadamente se le ocurre primero qué sudan esas axilas —si es que lo hacen—, dados los peculiares procesos biológicos de la señora. Después, ya con otro hormigueo, si ese cuerpo glorioso amamanta sangre.

—A la Mina incipiente se le dejaba cada vez más campo libre, y ella se sentía indecisa entre reclamarlo y agradecerlo, y el reparo de lo que se podría perder. El Conde Von Krolock (cariñosamente, le llamaba Kruly) tenía los planes trazados y no admitía interferencias. Esperaba una conjunción de inclinaciones establecida: aparecerían otras Conchitas, y de manera no declarada pero explícita se esperaba de mí ocuparme de mis propias presas sin abandonar la servidumbre a mi generoso benefactor.

»Esto, ya bastante conflictivo, complicado y yesca de conflictos tratándose de relaciones sentimentales vulgares, imagínatelo cuando se implican la sangre y la ponderación de la muerte. Oscilaba el lento trasvase de la pasividad a la actividad vampírica, de Conchita la triste, catalana puta a la exitosa, intemporal vampira Mina, un proceso, un work in progress que ya te preocupa, y es justo que así sea, cuando aún no eres ni un vampiro medio hecho.

»A Kruly le costó convencerme de lanzarme a lo que él llamaba volar sin la pluma en la trompa. Yo solo respiraba por sus ojos —no habría dejado jamás el nido. Nunca olvidaré cuando apareció Ramiro

Giselberti, alto, apuesto, con aquella cabeza altanera, destemplado, impertinente, seguro de sí mismo y a la vez, y por eso mismo, con un punto de ternura, seguro de permitirse rarezas y desaires, seguro de que no habría nada irrecuperable más tarde con la benevolencia de la sonrisa y tratándote como a una reina. Me lo encontré al final de una serie de colisiones bastante frustrantes por el desequilibrio entre sexo y sentimiento —no sé qué es peor qué domine y qué quede corto, que me recordaban la vida anterior a Kruly, y fue una reaparición luminosa y un poco triste.

»Quizá por esto... ¿Por qué? Aún no lo sé muy bien, por sentido de la deuda, o de respeto, cobré el impulso de explicárselo a mi mentor —mi protector, mi salvador. ¿Esperaba su bendición? No que quisiera participar, y me sorprendió tanto que lo insinuara que, por sentido de doble compensación, concluí que también se lo tenía que contar a Ramiro, que tenía derecho a saber de dónde venía yo.»

—¿Por eso me lo cuentas?

—No sé el porqué. ¿Te parezco ridícula, hablándote echada en el sofá sin ropa? ¿Te parezco fuera de lugar?

—¡He visto cosas tan extrañas! ¿Qué te podría recriminar?

Artur siente la sensualidad de quedarse solo, de poder estar en la mejor compañía y en la mejor situación, y preferir estar solo. Mina ha intentado seguirle los pensamientos, sin éxito, y sin bajar la alerta continúa.

—No es que no me hubiera encontrado antes con casos parecidos, en los que uno va y el otro viene, y todavía no uno y uno, sino unos cuantos por cada lado. Pero nunca con aquella intensidad y aquella fuerza en las distinciones particulares. Ramiro y yo empezamos por el sexo y la alegría, y cuando entramos en el vampirismo y el amor no podía dejar de explicarle mi origen. Fíjate tú, no había parecido que le importara si yo procedía del putiferio, pero la peculiaridad devoradora de Kruly se le hizo irresistible. ¿Cómo se combate el recuerdo del amante insuperable? He aquí una cosa que no te quita ni un minuto de sueño, pero tú no te has enamorado de mí. En la zona transparente solo me he puesto en evidencia yo. Ahora que tú... ¿Solo te preocupa quién se acuesta con quién? Dejémoslo.

»Ramiro quiso conocer a Kruly, y no me pude negar. No tenía dudas sobre el comportamiento del patriarca, más bien sufría por el otro, y nunca habría imaginado que el encuentro se me iría de las manos de aquella manera. En diez minutos de conversación encontraron no sé cuántos amigos en común. En algún momento me dio la impresión de que ya se conocían, y por salud mental lo descarté. No es bueno ver conspiraciones por todas partes. Me habría sentido desplazada si Kruly no hubiera sido tan atento y no hubiera acabado sugiriendo, casi condicionando a Ramiro a admitirme en el círculo, un

círculo muy selecto. En cierto modo tú también formas parte de él, aunque no lo sepas. Lo dominan los primos de Ramiro y la familia de Bettina.

»Se puede estar celoso de una competencia sentimental, de preferencias, de hitos y proezas de varios órdenes pero, quizá por el terreno en el que me había movido hasta entonces, no había encontrado un caso como aquel. Ramiro se había dado cuenta del influjo de Kruly sobre mí, y se había propuesto contrarrestarlo. No me quería a mí, quería vencerme, y ya sé después lo que habrá —pase lo que pase estaré perdida. Intenté tranquilizarle y darle confianza: no había puntos de competencia real entre los dos, no le tenía que preocupar nada porque no había interferencias. La actitud de Kruly se me hizo sospechosa al comienzo, preocupante más adelante. No sabía si le desagradaba la aparición de Ramiro, si —al contrario— le iba bien para desprenderse de mí, si jugaba con la fatalidad —llegué a imaginar, y todavía no lo descarto, si no había propiciado nuestro encuentro él mismo, de acuerdo con Ramiro o ignorándolo el otro también quién sabe, quién sabe qué mecanismo deudor de qué otro que se me escapaban. Y en aquel momento eso era secundario. Devoción y exigencia crecen en paralelo, y doblemente en paralelo Ramiro se volvía cada vez más atractivo y más insoportable.

»Después de haber intentado las salidas más extravagantes me resigné a no dar con el remedio, a que dijera lo que dijera no desharía el maldito agravio inexistente pero efectivo. La insistencia sería contraproducente, porque no haría sino engordar la locura en la que yo creía ver la salvación, y eso era precisamente lo malo: que Ramiro no llegaría nunca a la condición ejercida por Kruly sobre mí. Nos amábamos con locura y llegó un día en que dejamos de debatirlo, hasta que me di cuenta de que para liberarse de aquel peso, pobre Ramiro, no tendría otro remedio que matarme.

»¡Vana aspiración! Tanto él como yo sabíamos que no le sería posible. Al contrario, yo estaba en óptimas condiciones de arrastrarlo mortalmente a mi terreno. Alguien dijo, cuando aparece en tu vida alguien fascinante hasta extremos insoportables, alguien que siempre irá por delante, solo puedes hacer dos cosas: separarte radicalmente y para siempre jamás, o bien amarlo, abandonarte y rendirte sin condiciones también para siempre jamás. Hay una tercera opción: matarle. En su caso, esta se asimilaba con la primera, y en el mío con la segunda. Viéndonos a cada cual, yo no podía cerrar los ojos a la evidencia de que él estaba más enamorado de mí que yo de él. Sin ambages: él aún lo estaba y yo ya no.

»Los amigos le tomaban el pelo: "¡Ramiro el vampiro!" Yo quería hacer lo mejor para todo el mundo, resolverlo sin que nadie sufriera daño alguno por mi imprudencia. Le pedí consejo a Kruly. Me recibió

en el salón del primer día, y no quise evitar el resquemor nostálgico. No habían pasado ni tres años, y parecían más de veinte. El tiempo según los santos vampiros, ya ves, no tan solo hay más, sino que se hace mucho más largo. Depende de como se mire, hasta terrorífico.

»Tuvimos una conversación que uno que nos hubiera oído sin saber de qué iba nos habría tomado por dementes. ¡La pasión como casuística de la sangre! Le dije:

»—Maestro, ¿qué tengo que hacer?

»Me acarició como quien juega con el perro, y cuando se lo hice notar me dijo:

»—Yo no arrullo perros, sino panteras.

»—Maestro, ¿debo hacer como tú?

»Dejó de manosearme.

»—Aún no te corresponde. Eres la maestra de ese hombre, sí, pero no estás obligada a asumir la responsabilidad hasta las últimas consecuencias. Todavía tienes que ocuparte de ti misma, y yo ya no te puedo ayudar más.

»—¿Lo abandono, pues?

»—Al contrario, dale lo que le haga falta y aprovecha lo que te convenga. Intégrate en el Egrégor del Juego de la Fragmentación con los Giselberti. Será tu futuro.

Artur la interrumpe.

—Ahora has tomado la primera persona.

—Sí, ¿pero en qué se traduce? Si solo afecta a mi pasado, ¿en qué lo notamos?

—No lo sé. ¿En qué lo notaríamos?

—Esto toca de muerte las razones por las cuales queremos asaltar al omnisciente, o al equisciente, lo que sea.

Artur hace un gesto de posibilismo.

—No tiene por qué hacerlo. No ilumina el camino, pero tampoco cierra ninguna puerta ni destruye ninguna expectativa.

Mina reposa la cabeza, estira aún más los brazos y se arquea entera.

—Ya ves, el Egrégor me ha traído hasta aquí.

Artur hace como si se forzara a acariciarla, y no sabe de qué tiene miedo.

—¿Estás haciendo conmigo lo mismo que con Ramiro?

Ella suelta una carcajada y muestra los caninos en todo su esplendor.

—¡Qué dices! ¿Qué podría sacar de ti?

—Yo qué sé. Dímelo tú.

Le coge por las solapas, lo atrae con fuerza y proyecta la cabeza hacia delante para encontrarse a medio camino.

—Ven aquí y verás lo que voy a sacar.

Artur se siente aspirado por un viento gélido, medio neblinoso y del todo maléfico, procedente de la garganta marmórea de la vampira, y vuelven a su cabeza los placenteros terrores de hace dos días, pese a haber intentado borrarlos con las calideces rosadas de Bettina. Tiene la impresión de que la muerta-viva le vuelve a contar la vida desde esa succión que se lleva la suya, que algún poder de la zona de transparencia se les ha adherido y no se pueden deshacer de él, por pasiva él y ella dominadora, que lo que le absorbe le inocula un veneno más fuerte que el transmitido por el mordisco en las arterias, el más sexual que nunca se habría imaginado.

—¿De veras nos tienes por imbéciles?

—Qué quieres que te diga. Negar un pensamiento no debe de tener mucho sentido.

—Para bien o para mal, esto nos ha unido más fuerte que si hubiéramos penetrado por todas las hendiduras.

—Penetrarse por todas las hendiduras no tiene por qué unir nada, sé de lo que hablo.

Artur se abandona a abrazarse a los hielos del cuaternario, y le vuelven las sensaciones de la zona de transparencia, como si además de lo que había experimentado también hubiera adquirido la facultad de practicarlo en cualquier otro lugar.

—Estás enamorada de Bettina —le dice, más porque lo vuelve a sentir que porque lo recuerde.

—Todos estamos enamorados de Bettina.

—¿Y solo tú has tenido el valor de pensarlo?

—¿Pensaste todo lo que piensas, tú, ese rato? ¿Te pasó por delante la vida entera en un momento?

Mina se le desliza entre las piernas, y quitan la ropa de él entre los dos, no se sabe quién ayudando a quién, o entorpeciéndolo sin querer, o queriéndolo. El imperio del mármol blando conmueve a Artur, le desasosiega que lo excite, y esto todavía lo excita más. Esta mujer no es solo una vampira, es un súcubo.

—La zona de transparencia es más peligrosa de lo que me imaginaba. No tan solo se percibe lo que se piensa. También todos los aspectos del significado. Dijiste «te quiero» pero en ningún momento dijiste a quién, y yo «sentí» que a Bettina. Lo olí, lo palpé con la mente, como si de verdad estuviera dentro de mí. ¿O me lo imaginé, y estoy equivocado? ¿No es Bettina por quien estás loca?

—Debería haber un protocolo para impedir comentar lo oído en las zonas de transparencia.

—Seguramente existe, y lo desconocemos.

Cuando la vampira llega con los labios a la entrepierna, Artur se esfuerza en separar las sensaciones de los pensamientos, pero siente que se han destruido suficientes filtros como para percibirlo. Intenta

ocupar el cerebro con cosas lo bastante fútiles para que no tenga interés registrarlas en ninguna parte. Cuál sea ese lugar, ya es otra cosa. ¿Pero qué, si no es el pensamiento de Mina?

—Será la sensibilidad de cada cual, o la disposición, quién sabe. El interés, la atención, porque no noté tantos significados en medio del jaleo de pensamientos dentro de mi cabeza. Incluso pensé si de verdad nos transmitíamos todo aquello, si no alucinaba.

—Que yo recuerde esto no lo pensaste tú, sino yo mismo, y Rakshasi, y después tú lo retomaste. ¿Puede ser que no lo percibiéramos todos igual?

—También podría ser que ahora lo recordemos diferente. La mente humana, la memoria... Esas cosas pasan.

Mina ha llegado al punto donde él quería, después de haberse entretenido por el camino. La posposición, el recurso sexual infalible cuando no te conoces lo suficiente como para atacar sin temor a equivocarte.

—Me pregunto si ponen dificultades para entrar por el hecho en sí o porque hay que cumplimentar un protocolo de acceso.

—Si es así se nos caerá el pelo por habérnoslo saltado.

—No, ya se nos habría caído.

Mina pasa la lengua y los labios como el algodón con alcohol antes de clavar la aguja hipodérmica, lo repite con calma, vuelve una vez y otra al lado, o al mismo sitio, renovando la vía. Como esta parte del cuerpo no es la que uno va por el mundo mostrando habitualmente, no hay que darle más vueltas.

Abstraerse de los tópicos, he ahí un propósito que suele irse a pique cuando no te importa si algo lo es o no. El aliento de la vampira es helado, y tal es el efecto. Vanamente Artur imagina generaciones de aprendizajes detrás del arte de combinar felación con extracción de sangre, de compensar el tráfico de fluidos, las presiones con retórica atmosférica y a la vez de vasos comunicantes, de pautarlo no en segundos ni en minutos sino en horas, definido en una crueldad-que-no-es-crueldad difícil de retorizar ya no en palabras, sino en pensamientos-sensaciones. ¿Lo percibe así, ella, también?

Artur entrevé insospechables posibilidades en una relación sexual en la zona de transparencia. Pese a que, bien pensado, también podría ser un desastre impaliable.

Amanece, y se percibe como la agresión de la autoridad interdictora, como una interferencia. Artur huye como un criminal hacia su madriguera, y le pesan las horas no dormidas cuando llega el momento de salir aprisa hacia el despacho donde le esperan Rakshasi y Novembrini, pero esta vez no se encuentra la rutinaria apatía de la mañana anterior, sino la puerta abierta y los dos colegas de pie, en estado de agitación.

—Démonos prisa. Llegamos tarde —dice Rakshasi—, se ha convocado una reunión de urgencia en el salón de la Comisión.

Se van. Artur pregunta de qué se trata.

—No nos lo han dicho, no lo sabe nadie.

Casi no hay tiempo de pensar qué puede haber pasado. En el salón ya están prácticamente todos. Hay caras largas, y el Teniente Nietsripas les pide que se sienten. Entran poco después los doctores Kelch, Zapruder y Kreis, y se instalan en los tres asientos frente al resto. Un pelotón de Contracamarlengos se queda al fondo en disposición militar, vallando las salidas. Kreis se dirige a ellos.

—Esta noche algunos de ustedes no encontraban su estancia entre nosotros bastante estimulante, y se han buscado una distracción adicional al margen de las normas.

Bettina se levanta y hace gesto de pedir la palabra, y Spohr le tira del brazo desde el asiento y le dice:

—Por favor, Bettina, déjalo.

El doctor Kreis continúa.

—Señora Van Egmont, le ruego que me deje acabar. Después con mucho gusto le cederé la palabra —deja una pausa reafirmadora de autoridad—. Según la norma establecida, el responsable de la infracción es la persona que viola los códigos de los accesos reservados.

—Perdóneme, doctor Kreis, a riesgo de parecerle inconveniente o incluso irrespetuosa, y aceptaré la sanción que me corresponda por transgredir el procedimiento, me hago responsable de los hechos de ayer por la noche. Yo pedí al señor Novembrini hacer lo que hizo, le apoyé y animé en todo momento, haciendo valer mi prerrogativa dentro de la Madre Casa para obligar a la Guardia a dejarnos entrar en el lucernario.

—Siéntese, señora Van Egmont, por favor, y deje de preocuparse. Los guardias implicados ya han recibido la sanción correspondiente, les aseguro que no volverá a ocurrir. Usted no tiene responsabilidad en el caso, y sí el señor Novembrini, que ha abusado de la confianza que en su momento se le concedió, y de manera imperdonable ha reincidido.

Hace una señal a la Guardia, y los tres suboficiales Contracamarlengos van hasta donde se sienta Novembrini, lo conminan a levantarse, lo esposan y se lo llevan.

—¿Era necesario? —pide Frabrici cuando todavía no han pasado la puerta.

El doctor Kreis se mantiene impasible, y el doctor Zapruder toma la palabra.

—Me temo que sí —dice, hace un gesto a los Contracamarlengos para que salgan llevándose a Novembrini, y se dirige a todos en un

tono más apacible, pero no desprovisto de firmeza—. En el dosier que se les ha pasado por correo electrónico hay un apartado de normas internas de la Torre Norte, y queda establecido el protocolo en lo referente a zonas restringidas.

—Perdone, doctor Zapruder —dice Spohr—, comprenderá la rareza de ser convocados para realizar una investigación, y tener restringido el acceso a ciertas dependencias del edificio.

—No tienen el acceso restringido a ninguna parte, señor Spohr, usted lo sabe muy bien —dice Zapruder—, pero en algunos departamentos hay que cumplimentar protocolos de entrada, y está tipificado violar un código utilizando procedimientos propios de ladrones.

Mientras Bettina, Mercedes y Carter dicen su variante sobre el exceso del trato a Novembrini y la responsabilidad compartida de los otros, Artur no pierde de vista al doctor Kreis, la figura más inquietante aparecida hasta ahora, incluidas las de la gincana de la entrada. El tipo se mantiene en silencio, pero les mira uno por uno inquisitivamente, con una tensa mirada intimidante, felina, estáticamente iracunda. No se la sostiene nadie, y a medida que les va haciendo bajar la vista va cambiando de objetivo, hasta que llega a Artur, que por su posición en la sala ha captado el mecanismo, y se propone ser la excepción.

Se siente asaltado por una energía desbordante, como si aquel tipo tuviera verdaderamente capacidad para hacerle bajar la mirada con la mera fuerza de la suya. Kreis lo perfora, y le vienen ganas no tan solo de desistir, sino de huir a toda prisa. Poco a poco percibe una inédita dialéctica significante, como si los minutos pasados dentro de la zona de transparencia le hubieran capacitado no solo para percibir estas cosas, sino también para enfrentarse a cualquiera que le asedie en ese terreno inaudito. No hay, si así fuera, palabras entre el doctor Kreis y él, sino pura música de significado. «Tú sabes lo que has venido a hacer aquí, no hace falta que te cuente nada», parece decirle Kreis, y él se siente diciéndole: «Conmigo no lo conseguirás, todo esto no servirá para hacerme desistir». El doctor le envía: «Esta vez saldrás indemne, pero detrás de Novembrini vas tú. Inténtalo otra vez, y te destrozaré». Y él: «No sé ante quién me amenazas, pero a pesar de que yo aún no he encontrado el porqué, sabes que no podrás hacerlo». Y el otro: «Iluso, te estoy perdonando la vida y no eres capaz ni de reconocerlo. Ya verás. Algún día te acordarás de este momento». Despacio, y tan sutilmente que Artur incluso duda, la expresión del doctor ha mutado hacia una sonrisa, y a Artur le parece que es esto, tanto o más que la mirada, o quizá combinado con la mirada, el signo que emite contenidos. Una sonrisa de advertencia burlona, amenazante, provocativa, desenfadada, disuasoria, cómplice,

conciliadora, tranquilizadora. Artur siente que el doctor no ha sido capaz de vencerle, que ha salido más que airoso de la prueba, y le sorprende que habiendo durado tanto rato —tres o cuatro minutos— no se haya fijado nadie. Ya se puede permitir dejarlo, y la mar de satisfecho mira hacia otro lado.

Como si se despertara de un sueño, reaccede a la conversación. El doctor Kelch dice:

—Bettina, déjenos ser generosos con su compañero. No se le aplicará con rigor el código, saldrá vivo de aquí.

Por encima del ajetreo, el doctor Zapruder dice:

—La marcha del señor Novembrini obliga a redistribuir los grupos de trabajo. Pueden irse cuando quieran, y a las 11:00 quienes lo deseen serán acompañados al Anficonversor para asistir a una sesión de transporte, tal y como algunos de ustedes solicitaron.

Se levanta la sesión, y todos miran los smartphones para saber en qué nuevo grupo están. Artur continúa con Rakshasi, y ahora además con Mina y Bettina. Le sorprende; esperaba que el grupo transgresor fuera dispersado, y que ahora los junten le desconcierta. Si no es un premio, ¿qué castigo es? ¿Es para tenerlos controlados con un mínimo de efectivos? ¿Es una prueba? ¿Es que a alguien ya le parece bien que se hayan metido en la zona de transparencia? ¿Es una incitación a volverlo a hacer? ¿Es una trampa?

Se van al despacho. Artur se siente en medio de un espectro completo: Rakshasi negra y roja, Mina blanca y azul, Bettina rosa y dorada. Ellas están por otras cosas. Encuentran el desayuno dispuesto, y Artur se lanza desinhibidamente sobre los líquidos vitamínicos y las proteínas.

—Creo que he encontrado un punto débil en la defensa de la Isla de los Muertos, y de paso la solución del problema —dice Bettina—. ¿Os habéis fijado en que Kreis se ha dedicado a mirarnos uno por uno? —indican que sí—. He captado una réplica de lo que sentimos dentro de la zona de transparencia, y he conseguido retenerlo más de cinco minutos.

Se quedan en silencio. Rakshasi le dice:

—Yo estaba a tu lado. Te ha mirado un momento, como a todo el mundo. En cambio, a mí sí que...

Se miran todos entre ellos. Artur dice:

—Os iba a decir lo mismo. A todos os ha liquidado en menos de cinco segundos, ha sido conmigo con quien se ha pasado un rato.

Mina dice:

—No puede ser. Me tomáis el pelo.

Artur dice:

—No nos pongamos nerviosos. Bettina, ¿qué te ha dicho?

Bettina se muestra indecisa.

—Que soy especial, que me inflama el espíritu de Primo Pietrea y de Max van Egmont el Viejo, y no tengo que temer nada porque el advenimiento de la Isla de los Muertos me es favorable desde el primer momento, y más allá de mis indecisiones y reticencias estoy destinada a ser una de las guías capitales —parece contener un desasosiego creciente—. ¿Y a vosotros?

—Me fascina este juego con el tiempo —dice Artur—. Quizá en el lucernario de la Torre solo pasamos tres segundos, también.

—Sí, ¿pero de qué habéis hablado?

Mina se adelanta.

—Me ha dicho que he de sacar partido de las condiciones de vida que me han sido concedidas, que no he sido víctima de una maldición sino de lo contrario. No he dejado de ser nunca una persona luminosa aunque de manera más o menos inconsciente me considere una mujer marcada. Que estoy destinada a la felicidad.

Rakshasi dice:

—A mí, que lo que más me parezca broma es lo que lo es menos, porque duerme un tigre en la sombra de mis inacciones, que sea benigna si alguien le pisa la cola. Los frutos rojos serán mi respiro cuando me decida, me guían las nubes cuando no hay estrellas, el vuelo del cóndor dibuja el alcance de mis brazos si el camino del pensamiento se bloquea y solo queda la necesaria porosidad de sus huesos. ¡Ha sido tan distante y tan íntimo a la vez! La impostura-que-no-es-impostura se disuelve en la carcajada: como estoy destinada a todo, no estoy destinada a nada. Me ha dicho todo esto, o me lo he dicho yo.

Se vuelven hacia Artur.

—A mí me ha dicho que le saben mal las dificultades que ha habido hasta este momento, que a partir de ahora todo irá mejor. Me ha pedido excusas; a los expertos en quienes tienen puestas mejores expectativas les exigen más para entrar. Me ha dicho que confía del todo en mi capacidad, y no duda de que seré determinante en la resolución del caso.

—¿Queréis saber lo que pienso? —dice Rakshasi—. Que todo lo hemos pergeñado nosotros, cada cual según las propias obsesiones. No dedicaría ni medio minuto más, es un juego.

—¡Y qué no lo es! Y será lo que quieran que pensemos.

—Es posible, pero aunque no haya sido con la formulación directa de los contenidos, Kreis ha tenido que ver. Si no, ¿cómo se explica que todos hayamos caído?

Parecen a la espera quién sabe de qué. Bettina dice:

—Y lo de Novembrini, ¿qué? ¿Nos lo comemos sin más?

—¿Qué quieres hacer?

—No sé, he intentado pararlo y me habéis dejado sola. No es solo

una cuestión moral, de principios laborales —dice Bettina, y se enardece a medida que avanza—, quiero decir que no deja de ser un trabajador represaliado, despedido y castigado, es que, sobre todo, sienta un precedente peligroso. A cualquiera de nosotros que haga algo que no les guste, se le puede caer el pelo.

—A ti no —dice Rakshasi melosamente, y Artur piensa, y a Mercedes y a Spohr tampoco, y dice:

—Han contratado nuestros servicios, pero habría que saber en qué términos somos empleados —mira el smartphone—. El contrato es ambiguo en la calificación de unos y otros. Comitente y asignado no tienen, que yo sepa, personalidad jurídica.

—Da lo mismo, la legislación ordinaria no tiene competencias aquí dentro.

—Y a la hora de la verdad, fuera tampoco —dice Mina, y se ríen.

—¿Qué sugieres? —dice Artur a Bettina—. ¿En nombre de la dignidad profesional y los derechos humanos nos plantamos para exigir la exculpación y el retorno de Novembrini?

—¡¿Estás loco?! ¿No has visto con las bromitas cómo las gasta esta gente? —le dice Rakshasi—. ¡Derechos humanos, aquí! ¿Cómo se acaba el chiste?

Artur decide que es el momento de tomar la iniciativa.

—Quizá es una pulsión infantil, pero soy de los que creen que cuando los investigados tienen tanto interés en obstaculizar un camino, es que es el buen camino. Tenemos que volver a la zona de transparencia.

—No sé cómo. Novembrini era el único capaz de forzar los códigos de la puerta. ¿Cómo entramos sin él?

Artur dice:

—¡Pues por eso lo han quitado de en medio! De no ser porque manipuló los códigos de la puerta con el láser del smartphone, y por eso han sabido que ha sido él, se podría sospechar que uno de nosotros es un traidor —y piensa: Mina y yo estuvimos juntos toda la noche y no se puso en contacto con nadie, pero los demás, yo qué sé —. También podrían habernos oído dentro de la zona transparente, pero que yo recuerde allí no pensó nadie nada de eso.

Bettina dice:

—He indagado sobre las prerrogativas de la zona de transparencia y las posibilidades de instalarnos en la primera persona, y no ha sido fácil, porque no hay conexión por red con el exterior, y los Camarlengos controlan cualquier búsqueda en el interior —se ríe—. He tenido que ir a mi biblioteca...

—¿La tuya? ¡Qué diría Zapruder!

—... la fuerza de las conjunciones mentales dentro de la zona de transparencia también se rige por elementos parametrizados en formas

geométricas, y por lo poco que he visto, cuatro no somos suficientes. Depende del modelo, habría que ser cinco. O siete.

Artur dice:

—Siete lo dudo mucho.

—¿Porque es el número mágico? —dice Mina, sarcástica.

—Llámalo como quieras. Los antiguos lo verían mágico porque era intratable con las herramientas de la razón concedidas por los dioses a los humanos, y que en el 7 se habían reservado para ellos mismos...

—Y lo conservaron virgen, sí, me sé la historia.

—... por eso los dioses lo han mantenido inoperable: no hay construcción rigurosa del heptágono con medios geométricos, ni hay heptágonos en los poliedros regulares, porque 360 es divisible por cualquier número hasta el 10 salvo el 7: 360/7 = 51'428571..., periódica pura.

—Que la suma de los ángulos interiores de cualquier división de la circunferencia sea 360 es una convención, también están los radianes, y el sistema en que suman 100.

—Es la convención más consistente y manejable en números enteros a partir de las figuras básicas, como acabamos de comprobar, y las peculiaridades son extrapolables al concepto intrínseco. Sería lo mismo con la circunferencia dividida en 240 grados, donde el ángulo recto tendría 60, o en 120, como la llamada Esfera del reloj, que no es una Esfera.

Bettina dice:

—Si tenemos que ser cinco, seis, siete o los que haga falta, lo sabremos cuando avancemos en la investigación sobre las posibilidades de adquirir la primera persona, y no descarto que nos acerque a la investigación de los hechos que nos han llevado hasta aquí, incluso que no se acabe resolviendo todo a la vez.

—Si es que se resuelve.

Rakshasi dice:

—Fantástico, pero como premisa me parece prematura. Para empezar, hay que encontrar la manera de volver a la zona transparente.

Artur dice:

—Estoy de acuerdo con la posibilidad de que todo vaya ligado, que acceder a la primera persona sea determinante... es por eso que la queremos, si no lo tengo mal entendido. Por quién es capaz de volver a la zona transparente.

—Hay que encontrar a quien pueda sustituir a Novembrini —dice Mina.

—Seremos un Egrégor dentro del Egrégor —dice Bettina, y Artur dice:

—Alguien de fiar, dispuesto a jugársela, que pueda estar de

acuerdo con los planes y no nos traicione, conocedor de los números y la tecnología precisa para abrir la puerta del lucernario.

—Acabas de describir a Midoissa Prills —dice Rakshasi.

—Solo veo dos alternativas —dice Mina—. Spohr y Curwen. Los otros tienen demasiados compromisos con el establishment de la Madre Casa.

—Una manera delicada de decir que son viejos —dice Bettina, y ríen—. Quizá no son alternativas, si tenemos que ser siete nos harán falta todos, pero tenemos que empezar por uno, y Midoissa es perfecta, osada, no se casa con nadie y es matemática.

—¿Te parece apropiada para bregar con fenómenos que escapan a la razón? —dice Mina.

Rakshasi dice:

—La zona transparente no parece ningún espacio milagroso ni sobrenatural, sino que debe de haber una explicación científica contrastable y racional, seguramente un proceso de olas electromagnéticas dispuestas y tratadas en condiciones refinadísimas para producir efectos parecidos a los hipnóticos y a los psicotrópicos, quién sabe, no tengo claro que no haya sido una ilusión colectiva más que un encuentro extrasensorial real. Lo cual no quiere decir que no merezca la pena volver a intentarlo.

Mina dice:

—Ha sido real, en el sentido de que ha habido conexión entre nosotros. Por desgracia para mí las constataciones no dejan margen para pensar que cada cual se lo haya montado de forma aislada. Aunque hubiera sido así, no creo que fuera menos real según lo que se suele entender por realidad.

—Si hubiera sido casual, aún sería más extraordinario —dice Bettina.

Les suenan los smartphones.

—Es hora de ir a ver cómo funciona el Anficonversor.

Salen, y en el pasillo ya están Spohr, Mercedes, Fabrici, Midoissa, Curwen, Carter, María Sinora y Rosa Vinyals. Les guía esta vez un oficial Contracamarlengo desconocido, y lacónico del todo, Artur tiene la impresión de que por un camino diferente del otro día, y sin las formalidades de entonces.

Pasan, ya no hay error posible, por otras dependencias hasta un atrio diferente, situado en la parte superior del silo, identificado Puerta Δ, Piso 28, bastante más arriba que antes de ayer, y aun así todavía seis pisos por debajo del culminante. El atrio es más bajo de techo y más vacío y luminoso que el Ξ del Piso 9, seguramente por la altura y la proximidad a la bóveda. En contraste, la abertura ofrece la visión vertiginosa de los 377 metros de silo casi enteros, porque la plataforma está abajo del todo.

El oficial les deja allí y al cabo de poco comparece un intendente que se identifica como el Capitán de Camarlengos Drallyam, acompañado por el alférez Maillard, y les dice:

—Bienvenidos al Anficonversor de la Torre Norte. Observen las cinco luces rojas encendidas encima de la abertura. Se irán apagando una por una a intervalos de entre tres y cinco minutos, y el transporte empezará cuando se apague la última. Cuando queden un par, más o menos, se cerrará la abertura con un panel armado de cristal templado laminado mixto de 144 milímetros de grosor, con siete capas de poliamidas, que los protegerá de cualquier desprendimiento, expulsión de material o falla térmica que se pueda producir durante el transporte, y también del ruido, que puede llegar a 180 decibelios, insoportables para el oído humano. A la vez, se desplegará una reja a un metro del cristal por el interior, para impedirles acercarse —Bettina esboza un gesto de protesta, y el capitán le dirige una sonrisa indiferente—, lo siento, son las normas. El alférez Maillard les acompañará para atender las aclaraciones que le quieran pedir.

—Y para acabar de vigilarnos —dice Artur flojo a Mina.

El capitán se vuelve directamente hacia él.

—No se moleste, no hay nada en relación con que se les tenga que vigilar. El único interés es evitarles cualquier peligro.

Artur se queda helado. ¿Están en otra zona de transparencia, o este tipo domina la telepatía? Rosa Vinyals se le adelanta.

—Y no se lo pueden permitir, ya lo veo, otra Comisión para dilucidar qué le pasó a esta Comisión, no acabarían nunca.

El capitán se la queda mirando, y hay un movimiento veladamente protector alrededor de Rosa. El oficial habla como si extirpara las palabras de una hondura lóbrega.

—Siempre es de agradecer el sentido del humor en los visitantes. Esperamos que lo mantengan una vez que empiece el transporte.

Se va, y el alférez Maillard queda en el centro en posición de firmes tan tenso que a Artur le parece más un guía turístico que un guardián. Las cinco luces rojas están encendidas, y el estado de la vía, polvorienta y en el tramo tocando a la abertura llena de trastos, le hace pensar que hace tiempo que este atrio no se utiliza como terminal de transportes, sino que lo tienen para mostrar a los visitantes cómo funciona el Anficonversor. También le cuesta imaginar que en cada atrio haya una instalación de cristaleras protectoras como esta, en total 816 (34 pisos $\times$ 24 puertas), por más que no sean tantas puesto que, como aclaró Zapruder, por razones diversas no están todas operativas.

Quedan en un rincón Artur, Midoissa y Bettina, y él se acerca al borde.

—No te pases, que no te vayan a reprender —le dice Bettina en

broma pero seriamente.

—Déjale. Alguien tiene que hacer de Novembrini, ya que nos lo han quitado.

El alférez no interviene. Desde allí la visión del vacío del silo impresiona hacia abajo por la profundidad, pero también hacia arriba porque permite (cosa que el otro día no fue posible) apreciar la cúpula, o lo que sea que cierra superiormente el espacio. La luz tamizada procedente de arriba y la potencia de las nervaduras ante la escasa entidad del paramento del cierre propiamente dicho, de material traslúcido, hacen pensar que se trata de una doble (o triple) cúpula, situada concéntricamente en el interior del cierre central de la Torre Norte, tal como se aprecia desde el exterior.

Artur examina el aposento y le llaman la atención las erosiones profundas en las paredes y el techo (gracias a ello revelan una consistencia y un grosor considerables), como producidas por impactos de proyectiles del calibre de un tanque. Le dice a Bettina:

—No sé qué sacaremos de ver un transporte.

—Si sabemos cómo funciona nos podemos hacer cargo mejor de lo que puede haber pasado. En fin, esto es lo que se ha dicho.

—Aquí detrás, protegidos por un cristal y apartados por la barandilla, no sé lo que veremos.

Se vuelven a acercar al borde. Cada vez hay más movimiento en algunas puertas, en diez o doce más arriba, la mayoría más abajo, y en este mismo piso solo en dos. Donde se espera actividad se ponen en marcha luces y bajan del techo aparatos de naturaleza desconocida para Artur, vagamente parecidos a grúas y cabinas de mando de maquinaria pesada. Aumenta el ruido de fondo, y se apaga la primera de las cinco luces rojas.

—Estoy pensando en la ampliación del grupo para volver al lucernario —dice Bettina a Artur aprovechando que los otros atienden las explicaciones del alférez—. No sé si será más difícil suplir a Novembrini o encontrar los socios más apropiados para lo que queremos hacer. Midoissa y Shelly me parecen fiables, pero Spohr... no lo sé, quizá porque lo conozco demasiado, porque le he visto jugando con las oportunidades, no me fiaría de sus prioridades... ¿De qué te ríes?

—Los que a ti te parecen fiables, y a mí también, para Zapruder y Kreis deben ser delincuentes potenciales.

—Desde luego. ¡Y nosotros qué!

Artur mira a su alrededor.

—No estoy seguro de que esto no sea otra zona de transparencia.

—¿Por qué? ¿Has oído algo?

—Más bien tengo la impresión de ser yo mismo visto a través.

Bettina suelta una risotada.

—Nos está volviendo locos a todos, todo. Vamos con los demás, que el alférez este no nos quita el ojo de encima.

El alférez Maillard despliega la explicación en el tono neutro propio de las lecciones aprendidas y repetidas de forma mecánica.

—El espacio entre cotas correspondientes a cada piso es de 11'088 metros. La altura total son 377 metros. La distancia entre el muro interior y el perímetro del pilar-guía es de 144 metros, y el pilar-guía central tiene un diámetro de 9 metros, que también es el grosor del muro del anillo exterior del silo, y está hecho de un hormigón con granito armado con vigas de acero y titanio que hacen el conjunto indestructible. Del pilar al muro, la luz neta del silo es de 297 metros. La longitud de la circunferencia interior del silo es, pues, $\Pi \times$ diámetro, o sea 3'1415926... $\times$ 297 = 933'05301811... metros. En el máximo rendimiento, la plataforma da un giro completo en 9'73620540 segundos, cosa que comporta una velocidad lineal de 345 kilómetros por hora en el perímetro. Combinado con desplazamientos de arriba abajo en caída libre, en el frenazo produce desaceleraciones próximas a los 6 g. Los trenes entran y salen de la plataforma con aceleraciones próximas a los 4 g, ayudados por los motores y por un sistema de imanes giratorios operante sobre las guías centrales de las vías, porque de otra manera las ruedas patinarían. Todo ello, sobre todo los giros, exige los trenes recalzados por un complejo sistema de guías laterales en el tramo de la plataforma, para evitar salir expulsados. A pesar de la protección, el sonido es muy fuerte, los retumbos afectan a todo el edificio y los cambios repentinos de presión pueden afectar al oído. Puede haber emisiones de gases tóxicos, pero en principio el compartimento es estanco y no tendría que afectar. Si alguien se siente mal, díganmelo enseguida y les acompañaré fuera.

—Aún nos harán firmar un papel eximiéndoles de responsabilidad —dice Artur a Bettina lo suficientemente flojo para que no lo oiga nadie más, y el alférez se vuelve igual que el capitán unos minutos antes.

—No hace falta, ya lo firmaron dentro del contrato.

Se oyen alarmas por todas partes, a diferentes distancias y con frecuencias y retumbos varios. Se apaga la segunda luz roja, con una sollozante parafernalia de vibraciones y chirridos emerge de tierra la barandilla hasta una altura de dos metros, y se despliega del techo el cristal blindado. Instintivamente, se echan todos para atrás. Acaba primero el movimiento de la barandilla, y los dos paramentos lo hacen con una sacudida. El cristal no está muy limpio, y además con el grosor se distorsiona la visión lateral.

—No sé si merece la pena —dice María Sinora—. Con todo este

aparato no sé qué apreciaremos.

—No se preocupen —dice Maillard—, apreciarán mucho más de lo que creen —sonríe con la mitad de la boca—. Quizá más de lo que son capaces de resistir.

Fabrici le dice:

—No sea pretencioso, alférez. He presenciado más de un transporte, y la primera vez es una impresión inesperada, no se lo niego, pero tampoco es para tanto. Que yo sepa no ha muerto ningún espectador.

—Se equivoca, prescriptor. Si quiere, le mostraré el historial, créame, las precauciones no están porque sí.

Artur dice a Bettina al oído:

—¿Qué te parece Fabrici? —ella se encoge de hombros—. Antes hemos hablado, pero no hemos quedado en nada.

—No sé qué decirte, apenas le conozco.

—Sobre la Madre Casa es de los que saben más.

—Puede ser cualquier cosa, incluso que lo hayan puesto para vigilarnos.

—¿Y Mercedes?

—Es una Shikamayr...

—¡Y tú eres una Van Egmont!

—... fuera Aloysia pondría la mano en el fuego, pero aunque te parezca extraño, porque es ella quien tiene el vínculo con mi familia, no la conozco lo bastante para jugármela.

—Me tienes que contar más cosas de ti y de tu familia.

—Mi familia es un mundo, conmigo acabaremos enseguida.

—Lo dudo mucho..., no que tu familia sea un mundo.

Bettina se le queda mirando, le toca la mejilla y le dice:

—¡Qué guapo que eres!

Esto le descoloca.

—¿Te quedarás conmigo esta noche?

—No lo creo. Mina y yo tenemos que hablar.

Artur se siente excluido y, aún peor, extraño teniendo que dormir solo por primera vez desde constituirse la Comisión.

—¿No podemos hablar los tres?

—No seas crío —dice ella riendo, y le da un beso breve, fuerte, superficial—. Ya veremos, hombre.

—No estaré a la altura de tanto refinamiento.

Bettina se ríe a gusto.

—Ahora no la cagues. Es de miserables afear los bellos sentimientos.

Se apaga la tercera luz roja, y ya solo quedan dos. Hay cierta agitación entre los presentes. El alférez levanta los brazos para llamar la atención general.

—Por favor, si quieren ver bien sitúense en línea, y si me permiten la recomendación, a un par de metros por detrás de la barandilla. No se preocupen, no se perderán nada —se mete la mano en el bolsillo y extrae unas bolsitas de plástico—. Les aconsejo tapones para las orejas y gafas de sol. Incluso con el cristal protector, el impacto visual y acústico es muy fuerte.

La discusión fluctúa entre la vanidad y el miedo. La responsabilidad exigible a los otros se estrella contra las vanidades, y Artur consigue volver a apartar a Bettina. Cuanto más hablan y más amable y potencialmente distante se muestra, más atractiva le parece.

—¿Qué pasa con los pilotos, los capitanes, los interventores?

—Ya lo has oído, un entrenamiento severo para mantener el entendimiento fiable en condiciones tan duras. Deben de ir atados y protegidos como astronautas.

—No creo ni que los veamos.

—Ya será mucho si vemos los trenes. Por lo que han dicho, esto va que se las pela.

—Empiezo a estar harto. ¿Qué gente contrata ayudas para putear a los contratados?

Bettina se ríe, desenfadada.

—¡Todos acabaremos fatal! No hace falta que nos espíen, si ven qué pensamos. El Estado llevado a las últimas consecuencias, las ideas subversivas ya no pueden ni ser pensadas.

—Oyen lo que decimos, ven lo que pensamos. Estamos perdidos —dice Artur, y se ríen.

—Hay que esconder la aguja en el pajar en vez de pretender ocultarla, y pensar y decir tantas cosas y tan heterogéneas y contradictorias a la vez que no sepan cuál es la buena.

—Gran idea, pero veo dos problemas: primero, les acabas de poner en guardia sobre tus intenciones, y segundo, ¿cómo lo haremos para no confundirnos entre nosotros?

—Estableceremos un código de gestos —dice Bettina.

Ensaya muecas diversas que entusiasman a Artur. A cualquier otro lo afearían sin remedio, piensa, pero las haces tú y eres una preciosidad. Venga, comeos esto si me estáis oyendo. Para disimular, dice:

—¿Y si también nos espían con cámaras ocultas?

—¡Tú quieres que nos pillen!

Se apaga la cuarta luz roja, y la única aún encendida brilla como una amenaza. El alférez ha conseguido poner todavía más nerviosos a los visitantes, y ahora les obliga a retroceder algo más, a estar alerta. La mayoría se han puesto los tapones de los oídos y las gafas oscuras, pero Artur y Bettina, que han quedado en un extremo, los tienen en la mano, y Mina, a su lado, también.

Los visitantes se miran para calibrar el grado de alerta de los otros, quizá para no quedar en ridículo si están por encima de la media, quizá para no ser los primeros en perecer si están por debajo. Artur piensa qué protege de eso que no se sabe qué será, si encajarlo más o menos tenso, más o menos atemorizado. Como las azafatas de los aviones, el alférez va de un lado para otro controlando todo, y cuando hace falta pasa por delante de ellos cerca de la barandilla.

A Mina se le escapa una risotada.

—¿No os sentís en un parque de atracciones, a punto para la sesión de putadas imprevistas?

Se ríen, y Rosa Vinyals adelanta la cabeza para lanzarles una mirada de regañina. Pero una regañina humorística, y a Artur le da mala espina. Quizá nos han traído aquí para meternos en vereda. Han dicho que algunos de nosotros hemos pedido ver un transporte. ¿Quién? Yo no, ni nadie que yo sepa. Acceder a la primera persona, qué cosa más extraña, la idea de ser objeto de una referencia exterior a uno mismo. ¿No tiene algo de religioso, este delirio? ¿No serán supersticiones? (¿Qué son las religiones, al fin y al cabo?)

—Si esto va a ser tan bestia como parece, dame la mano —le dice Bettina.

Lo hace, y Mina, al otro lado, se ríe.

—¿Y yo qué? ¿A mí quién me da la mano?

Artur y Bettina se miran, ella se ríe y levanta las cejas, expresiva.

—Dásela, hombre, ¿a qué esperas?

Al otro lado de Mina está María Sinora, y por ahí ya es más agreste continuar la cadena. Se hacen cargo con una mirada, y a Mina y Bettina les da un ataque de risa que disimulan como pueden. Aprovechando que está en el extremo, Bettina acerca los labios al oído de Artur y le dice muy flojo:

—¿Te parece que así también nos oyen?

Artur se encoge de hombros y ríe de compromiso.

—Seguramente.

—Pues da igual que los pongamos a tono... Mmmmm... ¿Sabes qué me gustaría ahora mismo? —Artur niega con la cabeza sin dejar de sonreír, pensando qué expresión de la cara le delatará menos—. Como la otra noche, que me la metieras despacio por detrás, con toda la Comisión mirándonos, Kelch, Zapruder y Kreis los primeros... ¿Ya lo ves, eh? Mmmmm... No digas que no, a mí no me la pegas... Ya querrías mandarlos a la mierda mientras me la metes, ¿eh?

Una de cal y otra de arena, nunca mejor dicho, piensa Artur, y si el momento es el más apropiado para reír, o para ponerse sexualmente a tono. Cómo lo desaprobarían los guardianes. Siente la inédita adrenalina de ser pillado no en palabras ni en acciones, sino en pensamientos, siente una mezcla de rabia y pánico atizada por la

inminencia del transporte, que no entiende por qué concita tantas precauciones. Piensa con fuerza: meteré una bomba en el Archicenotafio. ¡Archicenotafio, Archicenotafio! No le parece suficiente. Kreis, hijo de puta, que te den por el culo. No debe ir por aquí, la cosa, esto es más bien una chiquillada. Pero por chiquilladas han asado a más de uno. Se vuelve hacia Bettina y le dice flojito, pero quizá no lo suficiente:

—Suéltame la mano y agárrame la polla.

Bettina se echa a reír de una forma tan contenida que todavía es peor. Incluso María Sinora se vuelve y adelanta la cabeza para mirarles, pero con más sorpresa casi divertida que reprobación.

Se apaga la última luz, y todo se queda en una quietud y un silencio extrañísimos, y Artur piensa en cómo pueden ser extrañas estas cosas, cómo puede ser extraña la nada, cómo se puede diferenciar una nada de otra. Ah, porque esto pertenece al receptor, no al emisor.

Un retumbo ensordecedor paraliza a los asistentes. Un retumbo grave, como un trueno, acompañado de rayos azulados. Artur suelta a Mina y Bettina para ponerse a toda prisa las gafas y los tapones, y ellas hacen lo mismo. Sube un ruido creciente, como un ronquido profundo emergiendo del fondo de todo, y les vibra dentro del pecho, les descontrola la respiración y los latidos del corazón. Todo tan repentino y violento que no caen ni en mirarse.

En el otro extremo, algunos se han separado todavía más, pero quién puede fijarse en los otros. Todo queda sacudido como por un terremoto, y Artur no tiene ni ánimo para tomar conciencia de que se trata de la plataforma ascendiendo. De un estallido aún más fuerte parece haberse parado. Debe de haber sido unos cuantos pisos más abajo, porque aún no se ve nada. Sin un respiro, se producen nuevos estampidos, impactos, chirridos tan agudos que los tapones no amortiguan el dolor de oídos. Solo se ven grandes chispas ocasionales.

Artur atina a volverse. A su lado solo quedan Mina, Bettina, Rakshasi, Midoissa y Curwen. No está ni el alférez, y desde un principio de pánico Artur desea ardientemente que haya salido a acompañar a los otros, y espera que vuelva pronto. Los ruidos se suceden sin un respiro cada vez más fuertes, invasivos hasta el tormento. Artur intenta tranquilizarse refugiado en la serenidad de los compañeros, pero solo Mina mantiene una actitud hierática, insultantemente inexpresiva. Midoissa parece interesada —la delata la expresión tensa propia de estar en medio de un tifón. Bettina se agarra la cabeza con cara de susto y se ha encorvado hasta casi agacharse, y a Curwen no se le ve porque se ha sentado en el suelo y tiene la cabeza hundida entre los brazos, como protegiéndose de una paliza.

El ruido aumenta a sacudidas hasta extremos que ya rebasan

demasiado el límite soportable. La plataforma aparece tres pisos más abajo, queda clavada, gira un cuarto de vuelta y se queda allí de nuevo encajada con un chasquido tan fuerte que a Artur se le desata el pánico. Se da cuenta de que ya está a más de cuatro metros de la barandilla, le da la impresión de que se ha desatado un viento cargado de partículas tóxicas, de agujas que se clavan sin agujas; solo Mina se mantiene más adelante que él, y no quiere ni pensar en la conmoción cuando la plataforma se pare en este piso.

Sube una llamarada ocupando toda la abertura, y cuando se vuelve hacia atrás ve a Bettina contra la puerta, seguramente llamando para que la abran, y entre Rakshasi y Midoissa arrastrar a un Curwen inerte, hecho una bola, en la misma dirección. Artur solo se siente capaz de articular un concepto: basta, basta, basta.

Un chasquido aún más fuerte que los otros le hace decidirse. Casi lo empuja hacia la puerta. Lloraría de alegría porque justo se abre para dejar entrar a los otros, y corre para que no la cierren.

Se encuentran en la antesala Bettina, Rakshasi, Midoissa, Curwen y él. Con una indiferencia que Artur percibe en parte tranquilizadora, en parte ofensiva, el alférez les dice:

—¿Se encuentran bien? ¿Quieren un calmante? ¿Quieren agua? ¿Quieren sentarse?

Todos rehúsan, y con el pánico fluctuando hacia otras direcciones, Artur se da cuenta de que le cuesta hablar, incluso concentrarse en pensamientos articulados. El ruido y los retumbos todavía son muy fuertes aquí, y si no vinieran de donde vienen les parecerían inaguantables.

—¿Dónde están los otros?

El alférez sonríe por primera vez. A ninguno le parece una sonrisa amable.

—En la cámara de descompresión, en silencio absoluto.

Se miran. Solo Bettina ríe, con cara de decir, hemos sobrevivido. Rakshasi parece haber resistido bastante bien, pero el silencio y el ademán hierático indican que la procesión va por dentro. Curwen emerge de un intenso trastorno; pálido, balbuciente, tembloroso, los ojos rojos, medio anegados. Dice:

—¿Mina se ha quedado ahí dentro?

—Olvídate de Mina, no es de este mundo —dice Midoissa.

La displicencia del alférez subleva a Artur. Bettina se da cuenta y se interpone sin que ninguno de los dos lo perciba. No ha tenido ni el detalle de decir «ya se lo había advertido», piensa una y otra vez Artur, recurrentemente alterado.

—No me lo imaginaba tan tan tan bestia, ni muchísimo menos —dice Bettina—. Ahora sí que admiro a quienes llevan los trenes. Con vestirse de astronauta no debe de haber ni para empezar.

Les apena Curwen, y a Artur le provoca un irrefrenable estado de celos no ver aparecer a Mina, le va y le viene el delirio de querer ser vampiro, asociado a la fuerza para resistirlo todo. Continúan los retumbos y los zarandeos. Midoissa les dice:

—Id, yo me quedo con Shelly hasta que se reponga, y le acompañaré.

Se van hacia la puerta, pero está cerrada. El alférez Maillard se acerca.

—Ahora no se puede salir, tienen que esperar a que se apague la luz roja y se encienda la verde.

Artur necesita desahogarse.

—¿Por qué, si se puede saber?

Con paciencia impostada, el alférez le dice sin mirarle:

—El silo, los atrios y las dependencias inmediatas se aíslan del conjunto de la Torre por un refinado sistema de juntas y amortiguaciones móviles coordinadas informáticamente con los desplazamientos de los transportes. En las fases álgidas del movimiento quedan separadas para evitar que los impactos y las vibraciones dañen la estructura. Podrían hasta hundirla. Esta puerta sale a un pasillo separado cuarenta centímetros de la superficie donde estamos, al mismo nivel. Caerían por un hueco de centenares de metros. Cuando el programa lo permite, la luz verde se enciende con un indicador de tiempo, breve pero suficiente para pasar unas cuantas personas siempre que no se entretengan, se despliega una plataforma y se restablece la continuidad del camino. Si cuando han entrado se hubieran fijado, en fin, da igual.

Los ruidos y sacudidas continúan, y en cierto momento a Artur le parece que incluso aumentan. Todo el mundo está pendiente de Curwen, que no se sabe si se recupera o empeora, salvo Bettina y Artur, que desde un buen entendimiento de la compasión se han puesto tácitamente de acuerdo en que con tanta gente ocupándose, ellos serán más útiles apartados.

—No se pondrá verde jamás, esta luz de mierda —dice Artur.

Bettina le dice:

—La causa del accidente pudo ser un fallo del sistema aislante de juntas y amortiguaciones móviles.

—Me extrañaría. ¿No se habría sabido, a estas alturas?

—Tiene pinta de que una mínima disfunción lo manda todo a pique. No me extraña que haya accidentes, y que quienes trabajan aquí se vuelvan locos.

La puerta emite una señal acústica, y la luz roja se vuelve intermitente. El alférez se les acerca.

—Si quieren salir, ahora será el momento. Se tienen que dar prisa.

Rakshasi corre para no quedar atrás, y cuando se apaga la luz roja

y se enciende la verde la puerta se abre movida por un resorte, y los tres la traspasan precipitadamente. Van por los pasillos mirando dónde ponen los pies, porque además les parece peor iluminado que a la ida, y llegan a la zona conocida. Quedan en diez minutos, pasan cada cual por su cuarto para ir al lavabo y calmarse con alguna ablución superficial, y van a la salita.

—¿No esperamos a Mina? —dice Artur, el último en llegar.

—Ya estará muerta —dice Rakshasi, y se ríen.

Se sientan y se miran indecisos entre reírse y olvidarlo. Bettina dice:

—¿Qué conclusión se saca de lo que acabamos de ver?

Artur dice:

—¿Que nunca jamás nos acercaremos al Anficonversor durante un transporte?

Se ríen.

—Eso seguro. Y que en estas condiciones es imaginable cualquier desgracia.

—Debe de ser donde esperan que lleguemos. De manera capciosa, porque hay que suponer que pilotos, capitanes, interventores y quienes sea que participan en los transportes están debidamente adiestrados y entrenados para trabajar en condiciones tan adversas, y no es ilustrativo ni justo tomar como referencia cómo lo haríamos nosotros.

Artur dice:

—Así no se saca ninguna conclusión —se dirige a Bettina—. ¿De qué habéis hablado en tu grupo anterior?

—De la música asociada con la geometría. Hasta ahora, conclusiones no muchas —se ríen—. La música como guía no se sabe muy bien de qué.

—Ya está bien, porque aquí hemos hablado de la geometría asociada no se sabe a qué —se ríen aún más—, y qué más querría que poder referir algo remotamente parecido a una conclusión.

—Única conclusión, continuamos en medio de ninguna parte.

Llega Mina y la reciben con expectación. Lleva los ojos enrojecidos y medio llorosos, y el cabello como sometido a altas temperaturas y vientos o radiaciones, y desprende una extraña alegría, como emergida de una orgía o del horno, piensa Artur con un punto entre respeto y repugnancia. Le parece hasta no tan pálida como lo habitual.

—¿Se ha acabado el transporte?

—Sí, no ha durado mucho más después de que os habéis ido, y aún he tenido tiempo de hablar con el capitán, que nos venía a despedir protocolariamente y solo me ha encontrado a mí.

Artur detecta un leve reproche. Dice:

—¿Qué te ha dicho?

—Hemos hablado bastante, al final no ha resultado tan cretino como parecía. Me ha explicado que el transporte de la Torre Norte es tan solo parte de un vasto intercambio articulado, que al mismo tiempo hay la misma operación en las otras cuatro torres de los vértices, todas dedicadas a la Anficonversión, y las cinco de las intersecciones del estrellado son Mezcladores-distribuidores. La operación se coordina a la décima de segundo y al milímetro desde la Gran Torre Central, un gran..., no recuerdo cómo lo ha llamado, un nombre muy largo.

—Sé de lo que habla —dice Bettina.

Artur dice:

—Ante todo, ¿qué pasa con Novembrini? ¿Cuál es la prioridad, completar el grupo para volver a la zona de transparencia?

—La cuestión no es a quién incorporamos, seguro que nos ponemos de acuerdo, sino cómo. ¿Decimos que queremos otras personas trabajando con nosotros? ¿Los demás estarán de acuerdo? ¿Zapruder nos lo permitirá? —dice Rakshasi.

Bettina dice:

—No veo en nombre de qué nos lo tendría que impedir. En el contrato no se especifica nada sobre esto, ni a favor ni en contra. ¿No es soberana la Comisión?

—Pues decidámonos. ¿Cinco? ¿Seis? ¿Siete? ¿Midoissa? ¿Curwen? ¿Spohr? —dice Artur.

Rakshasi dice:

—Son los mejores —se dirige a Bettina—. Ya sé que de Spohr no te fías, pero, no te lo tomes a mal, él y tú sois los más protegidos, y si las cosas se tuercen vale más tener a dos que a uno.

—A Novembrini no le ha servido mucho la protección de la protegida —dice Mina.

Bettina dice:

—Si os parece bien, iré a buscar a Midoissa, que compartía grupo conmigo, y le diré que la necesitamos para un problema de matemáticas, cosa que no es del todo mentira.

—¿Del todo? ¡Para nada!

Bettina sale. Mina dice:

—¿Por qué os habéis ido? Ha sido fantástico.

—¡Fantástico! ¿Cómo lo has soportado? —dice Artur.

Mina se encoge de hombros y se estremece levantando la mirada, como en la antesala del embeleso.

—Ha sido como sentir dentro toda la maquinaria. ¿No os ha parecido fabuloso?

—Qué quieres que te diga. Hasta me ha dejado dolor de cabeza —dice Rakshasi.

Artur dice:

—¿Quieres una aspirina? ¿O prefieres paracetamol?

—No quiero tomar nada, gracias.

Mina continúa:

—He sentido que se dirigía a cada parte de mi cuerpo, en qué medida y con qué intención, el perfecto complemento sensorial de la zona de transparencia. Las vibraciones significantes, las reminiscencias de los deseos olvidados, el dolor convertido en éxtasis, los glaciares sin fondo y las rojizas nieves perpetuas, las llamas y las espumas extremas de los grandes temporales de mar... Me he abandonado, no sabéis lo que os habéis perdido.

Entran Bettina y Midoissa.

—Estamos en un dilema que eres la mejor situada para resolver —dice Artur.

—Bettina me lo ha contado por el camino, nada que no se me hubiera ocurrido en parte, con la información que tengo sobre el caso Novembrini, las causas y lo que todo eso comporta. Parece flagrante que si Novembrini ha sido represaliado tan duramente, es que habéis encontrado una vía de conocimiento decisiva, y vale la pena profundizar.

Bettina dice:

—Hay que volver a la zona de transparencia, y parece claro que tenemos que ser más de cuatro, ¿pero cuántos exactamente?

—A ver si lo entiendo: se trata de abrir una puerta con un código que desconocemos, entrar en el lucernario de la torre y a partir de esa conexión mental acceder a una primera persona que permita el control del discurso. Ahora bien: ¿qué discurso? ¿Con qué efecto inmediato que permita acceder a qué conocimiento?

Se hace un silencio. Artur dice:

—La respuesta a todo eso será la razón de la acción.

—Y podría ser que el resultado fuera nada, no acceder a nada, y en último extremo, ser expulsados de la Isla de los Muertos o encarcelados como Novembrini —dice Midoissa.

—Algo saldrá en positivo —dice Rakshasi.

Midoissa les mira uno por uno.

—No se puede hacer todo de una vez. En primera instancia me incorporo yo. Rosa, Mercedes y Carter no se opondrán. Más adelante, cuanto antes mejor pero no antes de haber consolidado la posición, se añade quien se tenga que añadir.

Bettina dice:

—Hemos pensado en Spohr y Curwen, si se trata de ser más.

—Ya veo. Hay que buscar una figura resonante con la mecánica general del lugar, y el número es importante. Viendo la configuración polipentagonal del edificio, ser cinco sería la opción más lógica, pero tratándose de once torres y de un grado tan elevado de

interconexión... seis no hacen una estrella autogenerable.

—Y siete es el número ingobernable —dice Mina, y Midoissa lo señala con el dedo.

—Depende de en qué dimensión y en qué geometría. Operar encima de lo que se ignora, de lo falso o lo indemostrable, ahí está una dimensión inexplorada del conocimiento práctico. O inconsistente o incompleto, si lo preferís. Cómo podemos estar del todo seguros de que no podremos adquirir nunca tal elemento de conocimiento. Qué dibuja el vacío, y no como un molde de nada sino en sí mismo. El dilema entre incompleto y contradictorio no está en el límite del sistema, sino en su nudo.

Se hace un silencio.

—¿Entonces, no descartamos el 7?

Midoissa se ríe.

—La compatibilidad de los diversos transportes se basa en la no contigüidad de funciones. Dicho de otro modo, que nadie coincida consigo mismo. Viendo las figuras consideradas hasta ahora, la que topológicamente presenta un número mayor de elementos diferentes en juego es el Toro, con el cual se asimila la plataforma del Anficonversor, y los poliedros correspondientes son el de Császár y el de Szilassi...

—¿Caribdis y Escila?

—... a pesar de que solo con este último operaríamos en términos análogos a los del Toro. El Poliedro de Szilassi tiene 21 aristas, 14 vértices y 7 caras hexagonales cada una en contacto con todas las otras. Ahí está triplemente expresado el 7 que buscáis.

Rakshasi dice:

—Sí, hablamos con Novembrini a propósito de la teoría de los cuatro colores, y la análoga de los siete colores. Lástima que no esté aquí.

Artur dice:

—En cada transporte hay más de siete trenes en funcionamiento. Haría falta una figura con más elementos.

Midoissa dice:

—Si queréis os cuento el fundamento de la generación de poliedros de acuerdo con...

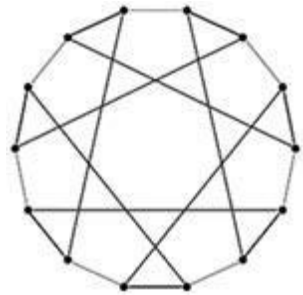
—No te molestes —dice Mina—. Si no depende de ello nada determinante, por favor, vayamos a la conclusión.

—El Tetraedro cumple la ecuación de Euler.

$$h = \frac{(f-4)\cdot(f-3)}{12}$$

con el número de agujeros $h = 0$ y el de caras $f = 4$, y el Poliedro

de Szilassi con h = 1 y f = 7. Los 14 vértices y las 21 aristas del Poliedro de Szilassi forman un grafo de Heawood sobre la superficie de un Toro.



La siguiente solución posible, h = 6 y f = 12, relata un poliedro de 44 vértices, 66 aristas y 6 agujeros difícil de conceptualizar. Una hipótesis resultado de la especulación teórica, y no probada que yo sepa.

—Con 7 tenemos suficiente, porque por lo que me han contado, aunque haya más de 100 trenes en juego, los que afectan la jugada de forma inmediata en el lapso de tiempo determinante no son nunca más de 7 —dice Mina.

—A mí me lo han explicado de otro modo: quienes manejan un tren nunca se tienen que preocupar por más de seis, no necesariamente los 3 anteriores y los 3 posteriores. Se pueden repartir 4 y 2, y excepcionalmente 5 y 1 —dice Bettina.

Lo piensan.

—¿La analogía es lo suficientemente fuerte para establecer que debemos ser 7? —dice Artur.

—La verticalidad de las analogías transciende el rigor de las categorías en un sistema regido por una idea de rigor suficientemente amplia para que sea útil tanto en casos de máxima complejidad como de máxima simplificación. Mientras no mezclemos temas dinámicos... —dice Midoissa.

—Lo interpretaremos como un «sí» —dice Mina, y se ríen.

—Perdonadme, es un «sí», por supuesto. Es que os veo tan exigentes...

Se ríen más aún.

—Curioso. En los trenes se trata de interferirse; entre nosotros, de colaborar —dice Mina, y se hace un silencio—. Porque el ánimo de todos es colaborar, ¿verdad?

Bettina dice:

—Eso ni se pregunta.

—Pues ya está. Tú te incorporas ahora mismo, y en cuanto se pueda diremos que necesitamos a Shelly para evaluar los trastornos de

personalidad, y a Spohr para los aspectos empresariales —dice Rakshasi.

—¿Y si Zapruder dice que deshagamos los otros grupos de trabajo?

Bettina dice:

—Esto es un juego. Como tampoco se lo van a creer ni, yo diría, esperan que resolvamos nada, como queden los demás grupos no será relevante —dice Midoissa.

Artur se dirige a Bettina.

—¿En la música cómo armoniza la retórica del 7? No hay cánones a 7, que yo sepa.

—En mi grupo..., en el que hasta ahora era mi grupo, hablábamos de cómo cada época ha visto diferente el significado del círculo Bach, en los creadores Mendelssohn, Schumann, Brahms, Busoni, Reger, Fischer, Schweitzer, Casals, Landowska, Schönberg, Webern, Shostakóvitx, Berio... Depende de cómo lo mires son estos o son otros. Cómo tratan a Bach en cada tiempo, qué hay de retorización ligada a cada época, de mixtificación, de falsificación, cómo la visión desaprobada en una época renace renovada en otra, depurada o, incluso, revulgarizada. Cómo se pierden elementos, aunque los historicistas nos hagan creer que los recuperan, que mejoran el conocimiento y se aproximan a épocas remotas mejor que nuestros padres y abuelos.

—Por mucho que cambie la moda, desde ningún fanatismo estilístico sostendrá nadie que Stokovski no vulgariza a Bach. Pero solo es objetivamente rechazable si se aplican criterios conceptuales de rigor histórico, o desde planteamientos estéticos y formales muy refinados —dice Artur.

—Incluso desde la máxima indulgencia no resiste la comparación con la orquestación de las Variaciones Goldberg de Józef Koffler, el Ragtime de Hindemith, que no evita llamarlo Wohltemperiert, los Preludios Corales BWV 631 y 654, y el Preludio y Fuga BWV 552 para órgano orquestados por Schönberg, el «Ricercar a 6» de la Ofrenda Musical instrumentado por Webern, tan eclécticos que son capaces de adaptar con el mismo rigor valses de Strauss para orquesta de café. Pero no estoy segura de que Stokovski no perteneciera al círculo del Juego. Estuvo con Greta Garbo en Vila Cimbrone —dice Bettina.

—Interesante contrastarlo con la orquestación de Berio del último contrapunto de El Arte de la Fuga, el torso, un fragmento devocional solo comparable a la Capilla Medicea y al Partenón, inacabada una por inacción, el otro por destrucción —dice Artur.

Se le ocurre hasta qué punto responde a una realidad convertir la conciencia del yo en una forma de duplicación, en artificio para distinguir entre material universal y elementos particulares en el

sentido genérico: convertida en poesía, la duplicación nos devuelve a la naturaleza de lo Universal. Las cantatas de Bach en la identitas in varietate, todas tan iguales y tan diferentes. Se instala en su cabeza el Aria para tenor de la BWV 109, la melencolia.

—Hay muchas formas de encarar lo inacabado de la última fuga de Bach —dice Mina.

—Ya es un metahistoricismo adoptar la manera y el estilo de los antepasados para recuperar lo que ya era pasado para ellos —dice Bettina—, al frente la adaptación de Mendelssohn de la Pasión según Mateo rearmonizada al gusto de la época, clarinetes en vez de corni di basetto, supresiones y los cambios que le debían de parecer necesarios para hacer entender la pieza, para hacerla digerible a los contemporáneos, incluso a él mismo.

—La perpetua polémica sobre la transcripción, desaprobada por los puristas y, como todo, dependiendo de cómo se haga. Lo dijo Schweitzer, versionar al piano es la mejor manera (depende de cómo y dónde, la única) de difundir las obras de plenitud expresiva que requieren grandes recursos, sin disponer a cualquier hora y en cualquier lugar de una orquesta o de un gran órgano, de oírlas en los tiempos en que no había grabaciones, o incluso más adelante, cuando no había facilidades domésticas para reproducir grabaciones. ¿Pero qué sentido tiene ahora, cuando sentado en el despacho, o en la cama, o en el autobús (cosa que no recomendaría) puedes oír una ópera o un oratorio con todos los cantantes, coros e instrumentos mejor que en el teatro?

—¿Ayudar a hacer la obra comprensible al público, acercarlo?

—Esto también lo dice Schweitzer. ¿Qué ha quedado de esta práctica artesanal? Igual que las transcripciones que se han continuado haciendo, las que han sobrevivido solo tienen sentido escuchadas en concierto cuando son obras de arte en sí mismas, y por esta razón nos han llegado, Brahms y Busoni al frente, quizá Liszt, acabando con los Five Spiritual Songs, Bach pasado por Britten. Pero en tiempos en que los intérpretes historicistas ya son tan virtuosos (y tan divos) como cualquier otro, y del todo solventes, ¿qué sentido tiene reformular? Ya ninguno de orden práctico, en todo caso artístico. Pero no hay ninguna interpretación creativa posible de Bach, porque Bach es insuperable; nada que se le pretenda aportar lo mejorará. La única opción es el más humilde deseo de servirle, de intentar acercarse al máximo a su propósito —dice Artur.

Y piensa, y en todo caso establecer la lista, la ordenación, y a partir de aquí el contrapunto. Quizá ya lo he practicado para llegar hasta donde estamos, he partido del contrapunto para conocer el orden, y el orden proporciona la lista. ¿Una forma de retroceso? Depende desde dónde se mire: hay relaciones de causa-efecto que

sobreviven a la inversión, y este sería un buen ejemplo. Buscar las diferencias en la repetición. De repente la realidad se encrespa, se encabrita, se vuelve abrupta, ominosa. Palabras, o aire de palabras. Lo mismo da un paraje solitario, oscuro, ignoto, inhóspito, como esta reunión confortable, la disonancia hostil se presenta igual. El animismo aplicado a la lista: el Egrégor como individuo a todos los efectos. Entonces no hará falta la primera persona, porque el equisciente se volverá un auténtico omnisciente expresado en primera persona del plural.

—Ya en aquellos tiempos el fenómeno tenía otras dimensiones. Mozart tiene deliciosas piezas para pequeñas formaciones de viento alrededor de lo que llamaban «la combinación imperial», dos flautas, dos oboes, dos clarinetes y dos trompas, versionando melodías de moda del momento, arias de óperas propias y de otros, canciones de taberna, el equivalente de las actuales «canciones del verano», que la gente seguía como música de fondo con más o menos atención en los salones, con los músicos elevados en balconcillos a media altura en la pared, para que se les oyera bien y no restaran espacio a los asistentes. Como ahora, salvadas las diferencias, el colega pincha el disco en el fiestorro, como la música de la sala de fiestas, de fondo o para bailar —dice Mina.

—Quizá disponer del conjunto de las obras en juego transcritas al piano proporciona la homogeneidad de la cláusula que propugna Robert Hill aplicada a El Arte de la Fuga. Si todo se expresa en el mismo registro, se puede considerar cada pieza en su valor intrínseco esencial, y compararlas entre ellas sin distraerse en el envoltorio expresivo, independientemente de si es el doble coro de una Pasión, un concierto para orquesta de cámara, una pieza para gran órgano o para clavicémbalo, por cierto el instrumento con menos armónicos, el más apto para interpretar una pieza con el mínimo de distracciones expresivas, mucho mejor que el piano —dice Artur—. Una maniobra formal no exclusiva de la música, por supuesto: está en el extraordinario cromatismo cúprico de La Adoración de los Magos de Leonardo, sí, ya sé que figura como una obra inacabada, en los poemas del Cementiri de Sinera y en las Cançons de la roda del temps de Espriu, y prácticamente en el conjunto de su obra lírica.

—Como referente objetivo la operación tiene sentido, pero se pierde la dimensión de lo que la música tiene de significativo, de hablante, los aspectos metamusicales, el aprecio de quien no entiende la letra pero se deja llevar por el efecto desnudo —dice Bettina.

—Un valor que el músico intelectual se puede permitir transcender, y si la población no le sigue, le da igual. Bach da muestras de ello siempre que se le presenta la ocasión, ya desde joven. En el extremo opuesto de la amenidad, que en El Arte de la Fuga no

llega ni a despreciar porque no se lo ha planteado, en música se prescinde de melodía y armónicos, en plástica de colores y formas, en poesía de argumento y alusiones identificables; de elementos circunstanciales, anecdóticos, de particularidades que distraigan del concepto —dice Artur.

—¿Y aquí lo estamos haciendo? —dice Rakshasi—. Especulando con conceptos, quiero decir..., ¿o quizá otra cosa?

—Lo intentamos —dice Midoissa—. El caso es, ¿todos somos conscientes de ello? Porque la música es un emblema de la racionalidad colectiva. Para que un conjunto suene bien, hace falta que todo el mundo vaya al unísono, y esto exige un acuerdo previo y una preparación dirigida.

Se quedan en silencio mirándose. Artur piensa que no están preparados ni para evaluar tal posibilidad de acuerdo. ¿Y es él quien está más verde? Quién sabe si cada cual se pregunta lo mismo.

—Para interpretar a Bach, que era proclive a asentar la melodía sobre un aparato de bajos importante, el piano toma un aire negro, lóbrego, antiguo —dice Mina.

Bettina dice:

—Otra discusión de fondo: si Bach se tiene que tocar con instrumentos y retórica moderna, si suena mejor con piano o con clave, pero sobre todo con el argumento, altamente discutible, de que el piano está más evolucionado, es «mejor» que el clave, y si Bach hubiera dispuesto de piano lo habría usado en lugar del clavicémbalo.

—Si quieres decir si Bach hubiera vivido años más tarde, es una evidencia lógica que lo habría hecho, porque no hay nadie fuera de su tiempo, pero tampoco habría compuesto como lo hizo, tanto por el estilo diferente de los tiempos como por los rasgos de los instrumentos. Puestos a tocar el Bach existente con piano con argumentos de modernidad evolutiva, se acercan más a su espíritu las adaptaciones de Busoni que el simple cambio de instrumento ante la misma partitura.

—Entendiendo «espíritu» en una dimensión intemporal, estoy de acuerdo —dice Rakshasi.

En pleno delirio de autenticidad —Bach aceptando a Busoni—, Artur siente oleadas de transparencia, si confluyen vórtices de energía del lucernario y la vía de circunvalación y destilan el fenómeno a otros lugares de la Torre Norte. La lista como premonición. Los resultados dirán si la omnipotencia del pensamiento es una realidad objetiva o una forma de neurosis. Y si a través del contrapunto de las listas se puede identificar una cosa con la otra, para retomar el principio: ¿con qué resultado? Si ahora Bettina habla de la Landowska, ¿qué querrá decir?

Bettina dice:

—En la primera fase de los intentos de reconstrucción de los gustos de una época, el clavicémbalo «moderno» que los Pleyel fabricaron para Wanda Landowska fue superado por el clavicémbalo de pedales que Maendler&Schramm hicieron unos años más tarde para Herbert Collum.

—Caray. ¿Eres musicóloga?

—No, soy periodista.

—¿Cómo sabes estas cosas?

—Por amor.

—¿A la música?

—A la música, o sea al doctor Bosch —dice Mina, y se ríen.

Artur empieza a sentirse mal. Sin saber si como terapia o como exorcismo, dice:

—¿Deconstruir el discurso canónico en varias voces y retorizar el final en forma de coda bruckneriana es contrario al espíritu de Bach? ¿Webern desprecia el concepto o lo sublima? La intención ligada al pensamiento específico desde donde se practica le otorga cierta dignidad conceptual. ¿Recarga o simplifica?

Bettina le mira con preocupación y dice:

—Ni una cosa ni otra, lo mete en otra dimensión. No cae en el error habitual de romper la retórica, desestabilizar, empastar y diluir por el efecto de aumentar el número de instrumentistas por parte.

—Jochen Neurath todavía va más lejos en la instrumentación para orquesta de cámara de El Arte de la Fuga, y reparte cada voz entre diferentes instrumentos, un gesto aparentemente desconceptualizador para llevar la deconstrucción al extremo —dice Artur.

Bettina dice:

—En dirección contraria va Hill: desnudar de significado, de contenido, de las convenciones vulgares de la expresividad, de la complacencia de los sentidos supuestamente exigida por el gran público, lo que no deja de ser una suposición soi-disant empírica. No distraerse en particularidades anecdóticas y, a pesar de que no fuera la intención, otorgar desde la máxima neutralidad posible un aire trágico a la obra de manera fatal, indefectible, y aquí viene la discusión sobre la intención del autor: ¿lo quería así? ¿Le era indiferente?

—La indiferencia del autor sobre los aspectos sentimentales lleva indefectiblemente a obras perceptibles como trágicas —dice Artur.

—Nunca llevará a piezas cómicas, a soflamas guerreras o a aires bailables —dice Mina.

—No estoy de acuerdo. El «Contrapunctus in stylo francese» y el segundo «Contrapunctus rectus & inversus» son tan bailables que podrían formar parte de una Suite —dice Bettina.

—Si la neutralidad expresiva es trágica, y si Bach la buscó para no distraer al receptor (con temas conocidos o aires festivos, como con las

Variaciones Canónicas sobre Von Himmel hoch da komm ich her), indica que la realidad es en sí misma hostil, y para hacerla digerible no es suficiente no hacer nada perverso, sino que la bondad y la compasión requieren acciones positivas intencionadas —dice Artur.

—Yo no encuentro trágico El Arte de la Fuga, al contrario, veo una gran belleza serena y una emotividad profunda y cálida.

—Si te oye Robert Hill se suicida.

Se ríen. Bettina dice:

—Quizá Bach se suelta en la reminiscencia del origen de El Arte de la Fuga, los dos «Contrapunctus» en re menor, con la correspondiente «Evolutio», de Fried und freundenreiche Hinfahrt de Buxtehude, una obra fúnebre.

—Las obras de la melencolia son fúnebres, son vanitas, memento mori. La calavera está encima de la mesa —dice Artur.

—Entre los poliedros —dice Midoissa, y se ríen.

Bettina dice:

—La discusión final de Europa después del naufragio, lo único que le queda: si la última pieza de El Arte de la Fuga tiene que ser completada, y en caso de que sí, cómo. El gran argumento para dejarla como está no es tanto que si se añade un fragmento no sería de Bach, sino que se traicionaría el plan, porque la dejó así deliberadamente y con un propósito.

—En una obra como la de Bach, con tan altas exigencias de resolución de enigmas, con tan poco abandonado al azar o al avatar ajeno, sorprende que si, tal como sostienen Van Houten y Kasbergen, se trataba de una elaborada construcción simbólica de números, lo haya resuelto de este modo. Habría podido hacerlo con una pieza acabada y perfecta, como todo El Arte de la Fuga.

—Quizá en verdad la muerte le llegó sin tiempo para dejarlo arreglado. Casualidad y determinación macladas en el momento final —dice Artur.

—O es una llamada de atención.

—No hace nadie una obra de estas características si no tiene interlocutores solventes y contrastados. Bach se dirigía a un círculo de iniciados que sabían muy bien qué ir a buscar, dónde y cómo.

—Quizá el azar también juega con las cifras.

—¿Quizá? ¡Es el gran rasgo del azar, emular la elección encarnada en cifras! Cuando veo las interpretaciones numéricas de obras de arte, en música y en poesía, en arquitectura, cuando todo cuadra en una compleja estructura de proporciones, no puedo evitar la impresión de que el exégeta se lo inventa todo, que uno puede tomar cualquier pieza, aplicarle la ley armónica que quiera y descubrir proporciones perfectas que el autor no había tenido nunca en la cabeza.

—Según Indra Hughes —dice Bettina—, Bach deja incompleta la

última fuga para proponer un enigma, para que la complete el intérprete, y por eso edita la obra con el espacio en blanco final, para que cada usuario lo llene a su gusto, entendimiento, criterio o capricho, no para esperar el hipotético «Fragmento X» preconizado por Wolff, un conservador positivista. Aunque lo añadido por el intérprete destruirá el número de Bach, habiendo entendido el cometido el resultado presentará el del completador en conjunción con el del compositor.

A Artur le da pereza decir si Bach en este caso habría previsto una solución «buena», o la posibilidad de varias.

—Si es así, ¿por qué Carl Philipp Emanuel no lo deja más claro cuando lo edita? —dice Rakshasi.

—¿Tú no sabes cómo funciona el hermetismo, eh?

Les suenan los smartphones; leen los mensajes, y es el mismo para todos.

—Por razones prácticas, la sesión de declaraciones ante la Comisión se pospone hasta las 18:00 h.

—No sé si tiene interés dilucidar qué quiere decir «razones prácticas».

—Para mí, ninguno —dice Bettina—. Sí, en cambio, establecer si no es que el «Fragmento X» no tenga razón de ser, sino que es indeterminado y contingente: hay tantos como lectores aventajados del «Contrapunto 14».

—Se puede elegir: Busoni, Donald Tovey, Michael Ferguson, Yngve Jan Trede, Davitt Moroney. Para quedar bien ante un auditorio referencial, Karl Ristenpart también graba una versión completada.

Les llevan el almuerzo, el menú de siempre pero más tarde de lo habitual, y empiezan a comer sin dejar la conversación.

—Indeterminado quiere decir que depende de la resolución puede ser incongruente.

—O incompleto o incongruente, ya veo por dónde vas. Gödel ha demostrado que el omnisciente total no puede existir, y para conseguir la primera persona no tiene sentido intentar pasar del equisciente al omnisciente, porque al menos uno de los dos está determinado.

Artur se da cuenta de que Midoissa no lo ve claro. Se le ocurre si no están en reminiscencias de la zona de transparencia sino que el omnisciente gana terreno —quién sabe por qué, consecuencia de qué, controlado por quién. Midoissa duda de que estén en el buen camino, y Bettina se pregunta qué se le escapa —detecta suspicacias inconvenientes entre Midoissa y Artur. Si el Egrégor no está cohesionado, no lo conseguiremos.

—El equisciente está más cerca de la primera persona. En determinadas formas se considera una versión indirecta del punto de vista del «yo».

Artur se siente en la conversación como en los trabajos de Heracles, a pesar de que no es en este héroe en quien se encontraría perfilado. Bettina parece haber decidido que no se puede atacar el paradigma bachiano sin las Variaciones Goldberg, e incluye la transposición de Joseph Rheinberger para dos pianos revisada por Max Reger.

—A pesar de que la retórica ya es plenamente la de Neurath, la veo a medio camino entre Busoni y Webern.

Rakshasi dice:

—¿Qué ha sido más versionado, las Goldberg o El Arte de la Fuga?

—Desconozco las cifras, y debe de ser difícil de contar, porque hay categorías y categorías de «versión», pero diría que ni una pieza ni la otra —dice Bettina—. De lo que más he encontrado es de reformulaciones del Everest no contrapuntístico de Bach, la «Ciaccona» de la Segunda Partita para violín, la única entre las grandes obras maestras que un individuo solo puede cantar de principio a fin, en re menor como El Arte de la Fuga, como la Fantasía BWV 906, como el Concierto BWV 1052, como el BWV 1043. Adaptaciones para piano de Brahms, Busoni, Pauner, Raff y Lutz, y Zichy para mano izquierda, varias versiones para órgano, para arpa...

—Las de Segovia y Yepes para guitarra —dice Mina.

—... las de clavicémbalo, en especial por la naturaleza opuesta de los instrumentos. Ives Rechsteiner observa que puesto que el violín es un instrumento melódico que no se presta a la ejecución simultánea del conjunto de notas que producen las armonías más complejas, Bach resuelve el problema en la Partita original exponiéndolas en un contorno melódico que suple simultaneidad con sucesión.

—En la adaptación de la pieza en el mismo instrumento (sin pedalero), Hill reproduce la continuidad melódica del violín con un zarzal de escalas para compensar la discontinuidad discursiva en la acumulación y proximidad de notas breves, en plena voluntad imitativa del efecto original.

—Rechsteiner es más valiente, o más confiado en la fuerza del concepto, y en la del pedalero, y opta por deshacer el camino, porque es el violín el instrumento en desventaja ante el clave, donde pueden sonar diez notas de forma rigurosamente simultánea...

—¡Porque los humanos solo tenemos diez dedos! —dice Rakshasi —. A pesar de que en un órgano con pedalero pueden ser doce, y aun catorce si se toca con la punta y el talón.

—... y cuando el clave imita el cantabile del violín (o de cualquier instrumento melódico, de la voz humana), compensa la discontinuidad discursiva con la simultaneidad de la armonía.

—No tengo claro en qué términos el clavicémbalo es superior. El violín y todos los de la familia también emite acordes simples con

cuerdas dobles, al contrario del oboe y la trompeta, y la dimensión cantabile le otorga ventaja —dice Artur.

Bettina continúa.

—La ventaja depende del aspecto considerado como primordial...

—Como casi todo.

—... queda patente sin ambages en la imbricación que Christoph Poppen hace con varios corales, principalmente con Christ lag in Todesbanden, siguiendo la teoría de Helga Thoene: la «Ciaccona» es un Tombeau por la muerte de Maria Barbara. No es solo un discurso funerario, como El Arte de la Fuga (si es que allí lo hay), sino un ciclo de variaciones en tres partes, culminando en la central en la resurrección...

—Con la expectativa de resurrección, porque la tercera parte profundiza en el discurso funerario, y lo sublima expresivamente.

—... sí, el aspecto argumental es complejo y discutible, porque Helga Thoene no deja de hacer una hipótesis donde la prueba mejor es su consistencia misma, y no busca música en sí, sino significado en el terreno argumental, en el religioso, en la vida en definitiva. Se queda a medio camino, porque la transcripción orquestal llevada a las últimas consecuencias significantes comportaría incorporar trompetas y timbales en la sección central en Re mayor.

—Los instrumentos reservados a los dioses y a los reyes. ¿Una imagen proléptica del más allá feliz en compañía de los seres queridos? —dice Mina.

Bettina dice:

—Una expansión romántica avant la lettre, en dirección contraria al esfuerzo de abstracción conceptual de Hill. «Música absoluta» ya es un término técnico para la depuración estética por excelencia, un arte desnudo de significado, de contenido. Incluso, tal como has dicho antes, y es el punto clave, de expresividad.

—El Arte de la Fuga no contiene indicación instrumental no porque no esté pensada para ser interpretada como abstracción total dirigida al intelecto, sino porque su esencialismo de principio hace irrelevante el instrumento, mientras sirva para explicar y transmitir lo más claramente posible el concepto —dice Artur.

Midoissa dice:

—El «Contrapunctus in stylo francese» y el «Rectus & inversus» que mencionabais antes, el «Contrapunctus 9», el «Canon por augmentationem & disminutionem», son tan extraordinarios a los sentidos que es inimaginable que no estén hechos para interpretarse.

Bettina dice:

—Hill se libera de los parámetros que estropean el carácter de música absoluta, de la expresividad en último término, elige el instrumento que sirve mejor la regularidad del timbre y la

homogeneidad de la cláusula, y rechaza todo aquello que por no caer en la monotonía y, pretendidamente, en el tedio, habitualmente se busca. Habría tenido que ser un camino sin retorno, y no lo es porque en el arte, en la filosofía, en la poesía en general, no hay tal cosa. Los movimientos en su momento arrasadores, al cabo de un tiempo toman el aspecto de vendavales puntuales, y como los vendavales reales, los no metafóricos, pasan, y detrás renace como si nada todo lo que parecía que se habían llevado para siempre.

Dolorosamente se le dibujan a Artur las realidades ideadas por Bettina en la mente, una refinada violación: la homogeneidad de la cláusula es parámetro para la recopilación, pero también en el interno de cada pieza, proyectada en forma de homogeneidad de tensión y densidad. La fuerza del concepto y el consecuente tratamiento de cada parte —de cada instante y sin diferenciales con ningún otro y con el conjunto—, eliminan toda fluctuación de clímax y anticlímax en la forma. Cada pieza es un poliedro desjerarquizado-en-sí —un poliedro regular—, y se tome el fragmento que se tome, todos tienen el mismo peso específico, igual como en un Dodecaedro no se puede escoger una cara, una arista ni un vértice por encima de otro. Las grandes fugas finales de Bach están hechas para abrumar la mente prisionera de la lógica, para liberar la prisionera de los sentidos. La traba temática es discursivamente tan eficiente que en ella se reconoce la sustancia de la obra, imposible de interrumpir sin dejar a medias una frase, y se llega al final habiendo construido la nostalgia por la simultaneidad con estos mismos elementos, una nostalgia significante, resoluble, aunque nunca resuelta. Llegando como consecuencia a aquello que había sido planteado, sin haber establecido de forma categórica las partes y las separaciones más allá de los ritmos y las repeticiones.

Pero Midoissa todavía está en un estrato anterior. Dice:

—¿El Tombeau para Maria Barbara es la «Ciaccona» para violín solo, o la «Zarabanda» de la Tercera Suite Inglesa? Porque el carácter no es diferente del de la «Zarabanda» de la Quinta Suite para Cello, y es de los tiempos en que la esposa aún vivía.

Han dado las 18:00, y se van a la Comisión. Se mezclan en la entrada con los que van llegando y se sientan más o menos en los lugares de siempre, hasta que entran los doctores Zapruder, Kelch y Kreis, y detrás de ellos la Guardia custodiando a un nuevo compareciente, un individuo de mediana edad y mediana estatura, sin ningún rasgo remarcable a primera vista —un aire entre indiferente y desafiante.

El doctor Zapruder dice:

—Comparece ante la Comisión investigadora del incidente en el

Anficonversor de la Torre Norte de la Madre Casa número de registro 22/15|2127 el Capitán Ori Buéerué, comandante transportista matriculado en el ente mencionado 9|15-55-20. Consta en el informe del cuerpo competente de Contracamarlengos que usted dirigía el transporte 27-4-15-(...)-(...)-13-ξ-GT-τ-31-(...)-(...)-(...)-(...)-(...) en el momento del accidente, lo cual le sitúa en excelentes condiciones para dar un relato visual de los hechos, dada su posición en el mismo piso donde se produjo la explosión, pero en el otro lado, un mirador privilegiado.

El Capitán Ori Buéerué dice:

—Haré lo posible para ahorrar tiempo y esfuerzos a esta noble y honorable Comisión. Los datos y la circunstancia son los que el señor instructor y ejecutor del caso acaba de relatar. En los segundos siguientes a la apertura del atrio de nuestro transporte apreciamos la desafortunada coincidencia del cierre de las aberturas de la parte inferior del silo con la apertura de las correspondientes a nuestro piso y, aún y sobre todo, con la caída protocolaria de la plataforma, cosa que produjo, como es poco habitual pero tampoco excepcional, un repentino aumento de la presión atmosférica en el espacio restante, un fenómeno, como he dicho, frecuente pero quizá ya no tanto con la fuerza de esta ocasión. Cuando el choque atmosférico es tan fuerte se produce lo que en el gremio llamamos «efecto pistón de motor de explosión», y puede haber varios fenómenos asociados, descargas eléctricas luminosas y, por supuesto, problemas en los tímpanos de las tripulaciones. Se le suma el adelanto de los transportes a punto de entrar en la plataforma; cualquier ciudadano puede haber observado el fenómeno en la entrada de los trenes en las estaciones de metro, y aunque el encaje de los vehículos dentro de los túneles no sea tan ajustado...

—Por favor, Capitán Buéerué, cíñase al caso —pide el doctor Zapruder.

—En cada momento crítico se calculan los movimientos de los transportes y de la plataforma en el límite, con un margen de seguridad a criterio del centro de control de la maniobra. Cuanto más valor y más riesgo se otorga al conjunto del transporte, o a alguna parte, más pequeño es el margen. Los participantes a punto de entrar en acción inminente estamos especialmente atentos al estricto cumplimiento de las normas, y vigilantes de que los otros también las sigan. Cuando estábamos a menos de un minuto de entrar, y en el instante en que la plataforma caía hasta nuestro piso, el tren 27-4-15-(...)-(...)-14-κ-BN-γ-20 avanzó hasta el límite del atrio antes de corresponderle, y aumentó la presión ambiental por encima del límite establecido.

—Perdone, Capitán —le interrumpe Mercedes—, ¿este es el tren

comandado por el Capitán Etnorfitye?

—Sí, señora, es este.

—En su declaración, el Capitán Etnorfitye no ha aportado nada relativo a avanzarse a la maniobra. Al contrario, él y su interventor se centraron en el relato sobre la oportunidad de retroceder después de encenderse los códigos de alarma.

—El Capitán Etnorfitye miente. No se encendió ninguno, ni él retrocedió, sino que avanzó, y como resultado de la subida de presión explotó la carga del tren 27-4-15-(...)-(...)-13-κ-GT-ψ-3, situado tal y como podrán apreciar por la relación de la nomenclatura en el atrio justo debajo del ocupado por el transporte del Capitán Etnorfitye. La explosión hundió el suelo y el techo del atrio 13-κ, y el boquete arrastró parte del tren del Capitán Etnorfitye. Por si no se han dado cuenta, con todos los respetos me permito subrayar que si este tren no hubiera avanzado y hubiera ocupado la posición que le correspondía en aquel instante, el transporte entero habría caído por el agujero. Los vagones están trabados por un sistema tan fiable que, salvo que no se desactive la seguridad desde el mando, es imposible que se desenganchen, si no es por una tracción longitudinal muy fuerte. La caída de una parte de los vagones por falla del terreno habría arrastrado al tren entero.

Spohr dice:

—¿Nos está diciendo que de forma deliberada el Capitán Etnorfitye provocó la explosión, que sabía cómo se produciría y desenganchó parte de los vagones para salvar de la caída una parte del transporte?

—He explicado los hechos. Saquen ustedes las conclusiones que les convengan.

Carter dice:

—Su declaración plantea varias cuestiones. ¿Cómo sabía el Capitán Etnorfitye que el tren situado en el atrio debajo de él contenía material explosivo? ¿Cómo conocía la potencia de la explosión? ¿Cómo controlaba la dimensión de los daños estructurales?

—Hay como mínimo tres antecedentes del caso, la deflagración de 27-4-94-12-33-5-ϕ-QD-η-30-(...)-(...)-(...)-(...)-(...), la de...

—Nos constan los antecedentes, gracias —le interrumpe el doctor Zapruder.

—Les constará también que en todos los casos la causa determinante del incidente no fue, tal y como consta en los dictámenes oficiales, la fatal acumulación de gases, producto de una casualidad perversa pero ajena a las previsiones, sino la alteración del contenido de la carga del transporte, con una proporción de explosivos sensibles muy por encima de los límites admitidos por las normas.

—Hipótesis descartada por la imposibilidad de establecer pruebas fiables —dice el doctor Zapruder.

—La coincidencia de indicios certifica la prueba.

—No sé cómo. No constan indicios objetivos.

—No es cierto. Según el informe AGT 55/89|15 de su —remarca el posesivo— cuerpo de Contracamarlengos, accesible el mismo día pero encriptado a partir del día siguiente, la mencionada Guardia fue alertada de que personal ajeno a la gestión del transporte en cuestión había sido sorprendido manipulando de forma impropia, inadecuada y fraudulenta la carga del transporte 27-4-15-(...)-(...)-13-κ-GT-ψ-3, la que explotó, y los agentes subrepticios fueron detenidos. ¿Por qué no se revisó la carga después de una actuación tan irregular y potencialmente peligrosa? ¿Qué procedimiento policial y penal se siguió con los agentes transgresores? ¿Por qué no hay ninguna mención a su filiación? ¿Por qué no hay referencias sobre la revisión de la carga después de un hecho tan inquietante? ¿Por qué se encriptó el informe?

—Debió seguirse el protocolo habitual sobre datos sub júdice —dice el doctor Zapruder, y muestra un desasosiego ante el cual Artur desconfía—. Capitán, sea consciente de la gravedad de la acusación que está formulando.

El doctor Kreis deja de operar con el smartphone y dice:

—No hay constancia de ningún informe con tal referencia.

Se hace un silencio pesado. Buéerué dice:

—Aunque encriptado, estaba hace tres horas —sonríe—. Solo se me ocurre que el señor doctor acaba de eliminarlo.

Silencio todavía más pesado. El doctor Kreis se dirige al compareciente con una dureza sobria, impostadamente contenida.

—Yo me figuro que el Capitán Buéerué miente.

—Usted mismo ha manipulado el discurso en todas las dimensiones, y acaba de hacer imposible de esclarecer los hechos. Gracias a su determinación de que yo no pueda probar lo que digo, no puede demostrar que miento, usted ni nadie.

—Usted no puede demostrar que no puedo demostrar que miente.

—En rigor de ley, la presunción de inocencia establece que mientras no se demuestre que alguien es culpable, es inocente.

—Si no se demuestra que es indemostrable que es inocente. En este caso no sirve la presunción de inocencia.

—Como tampoco se puede demostrar que es culpable, como mínimo la duda pervive. ¿O es que si se demuestra que es indemostrable que es indemostrable que es inocente, a la vez no se demuestra que es indemostrable que es indemostrable que es culpable?

—Me complace que el compareciente conozca las normas, y acertadamente deduzca que su actuación lo convierte en culpable.

—Si no lo he entendido mal—dice Midoissa—, nada declarado por

los comparecientes se podrá volver nunca material susceptible de imputarlos sobre ningún hecho. ¿Cuándo ha cambiado la norma?

—No ha cambiado nada, señora Prills —dice el doctor Zapruder—. El compareciente acaba de acusar sin pruebas a un agente protegido de la Madre Casa.

—Si no tenemos que inferir juicios de intenciones ante meras aportaciones de pruebas, no veo por ningún lado acusación alguna por parte del compareciente. En todo caso por parte del doctor Kreis —dice Bettina.

—Lo ha acusado de alterar el discurso y destruir pruebas —dice el doctor Zapruder—, y esto se escapa del protocolo de comparecencias.

El Capitán Buéerué dice:

—Viniendo de donde viene, no me sorprende salir de aquí acusado. Era el riesgo de decirles lo que no quieren oír.

El doctor Kreis dice:

—Lo que aquí queramos oír unos u otros es irrelevante. Una cosa son los juicios temerarios sobre los que formamos la Comisión, otra las apreciaciones sobre el caso. Puede discurrir en los términos que considere oportunos. Es más, le invito a que lo haga.

—¿Para que acaben encontrando la manera de que me caiga una condena a perpetuidad? Vista la expectativa, no puedo decir que estuviera encantado de hacerlo, pero no tengo pruebas para ir más allá. Son ustedes quienes tienen que establecer la identidad de los detenidos que manipulaban el transporte que después explotó, y de probar que no tienen relación con los tripulantes del transporte del piso superior que se adelantó al movimiento establecido, ni con ustedes mismos. La cuestión es: ¿tienen interés en hacerlo? No les preguntaré cuál es el objeto de esta Comisión, porque sería tanto como preguntarles por sus desavenencias internas, y aquí sí que tengo la respuesta: no hay ni ha habido nunca ninguna desavenencia.

Midoissa le dice:

—En la Comisión hay agentes externos. Si, al parecer, la documentación relevante es inaccesible, ¿por dónde nos sugiere empezar?

—Por la elaboración de la lista.

Se quedan en silencio. Artur tiene un sobresalto, agraviado por el hecho de no saber por qué. Rakshasi dice:

—¿Qué lista? ¿De qué?

Se hace un nuevo silencio, esta vez insoluble. Spohr se levanta para decir:

—Pido un receso de media hora para que los participantes externos de la Comisión aclaremos algunos puntos.

El doctor Zapruder no parece sorprendido. Se levanta, abre los brazos y dice:

—La prerrogativa está entre sus derechos —hace una señal a la Guardia—. Nos retiramos a la biblioteca. Avísenos cuando lo hayan resuelto.

Salen los tres doctores con el compareciente y la Guardia, y una vez cerrada la puerta detrás de ellos, Spohr dice:

—No sé si hemos avanzado. Quizá podamos descartar la avería y el accidente fortuito.

—Veo más incógnitas que nunca —dice Rosa Vinyals—. ¿Quién alteró la carga de los transportes? ¿Por qué lo hizo? Si fue así, ¿Etnorfitye y su hijo son los responsables, o tan solo los peones? ¿Quién está implicado?

—Quien lo hiciera, era de dentro. Conocía los movimientos de la plataforma, sabía dónde y en qué momento habría la explosión.

—Falta saber lo que quería destruir. Con esto tendríamos el porqué.

Desde el momento en que han empezado a hablar, Fabrici dirige la mirada al suelo y niega con la cabeza.

—¿Y pues? —lo conmina Rakshasi.

—Si supieran cómo funciona la plataforma dentro del silo verían la cantidad de imponderables, y qué fácil que se altere algo. Me admira que no haya más desastres.

—Los esquemas proporcionados son croquis conceptuales, no representaciones reales a escala —dice Bettina—. Os confieso que no los he acabado de entender.

—Para verme capaz de moverme con ellos yo tampoco, y estoy acostumbrada a representaciones pluridimensionales —dice Midoissa —. Parece hecho aposta para no servir como planos.

Fabrici dice:

—La plataforma no se mueve activada por motores, tal como algunos de ustedes piensan por comentarios que les he oído, que comportarían contaminaciones y consumos energéticos insostenibles, sino por un mecanismo múltiple de contrapesos guiados por el interior del pilar axial una parte, otra repartida regularmente en piezas, separadas para evitar torsiones y momentos. Los del pilar son exclusivamente para mover la plataforma arriba y abajo; de los otros, algunos también, y para hacerla girar. Un sistema móvil de aislamiento, con varias alternativas y posibilidades de trabado, impide el traslado de torsiones y momentos al conjunto del edificio, y a la inversa, conecta y activa un sistema de trabas, estribos y tirantes para reforzar el silo y evitar la ruptura del eje o de una parte del cilindro.

—No me lo imaginaba tan complejo. Seguramente no podía ser de otra manera. Todo computarizado, supongo —dice Curwen.

—En parte, no en el movimiento fundamental. Lo está la distribución de potencias y contrapesos, pero no las maniobras en sí.

El proceso director de conexiones y desconexiones estructurales se hace desde un centro de mando situado en la parte alta del silo, entre la primera cúpula y el lucernario, a cargo de un grupo de expertos altamente especializado y jerarquizado, al mando de un primer rector.

—A quien algunos llaman Magisterprædi —puntualiza Carter, y Fabrici continúa.

—Igual de importante es el mecanismo de frenos, que permite parar con precisión y un mínimo espacio de amortiguación la plataforma en el piso y la posición deseada. Lo rige un sistema de cámaras móviles y conductos hidráulicos, el único material posible porque, como saben todos ustedes, el agua es incomprimible. Un doble sistema de poleas desconecta la plataforma para dejarla caer, y reconecta unos contrapesos de masa superior a la de la plataforma sumada con las de los trenes cuando hay que volverse a elevar o girar. El ingenio comporta un segundo sistema de contrapesos todavía más masivo que el primero, destinado a recuperar la altura de los que actúan sobre la plataforma. Para recuperar la altura de estos se accede al conjunto de compartimentos hidráulicos, y para recuperar los otros se combina la energía de la caída de la plataforma con la toma de agua directa de las montañas de Polcarm, llevada por los acueductos que habrán visto aquellos de ustedes que hayan llegado por el acceso Noroeste, la única aportación energética exterior, y elemento determinante sin el cual el conjunto no funcionaría, porque no existe el perpetuum mobile.

—Según eso, el único residuo son las aguas de la parte baja —dice el doctor Crowley.

—¿Los trenes no emiten residuos? —dice Bettina.

—No, van con baterías eléctricas. Parte del esfuerzo se recupera con la energía de la caída de la plataforma, aproximadamente un treinta por ciento. Los residuos líquidos los lleva el sistema de desagües al regadío de la parte noreste de la isla, y el excedente al mar. La aportación de los acueductos es relativamente pequeña durante el transporte, apenas un quince por ciento. La maniobra empieza con los compartimentos hidráulicos y los contrapesos de segundo orden en la parte superior, y se acaba con la mayoría de las piezas en la parte baja, con la energía potencial al mínimo. Por eso son tan importantes la planificación previa al transporte y la previsión de almacenaje. Como todo en la vida, los transportes con más dispendio de energía son de duración más corta.

Fabrici hace un gesto de decir así son las cosas, y Spohr dice:

—La complejidad del proceso abre un abanico de posibilidades diferente del que había imaginado. No me parece descartable la posibilidad de un error fortuito, de una avería o un accidente por causas que podrían no llegar a saberse nunca, pero si se trata de un

hecho intencionado parece difícil que en el mejor de los casos se haya escapado del conocimiento del centro de control.

—Y en el peor, que no provenga del centro de control mismo —dice Carter.

—Pues volvemos donde estábamos —dice Rosa Vinyals—. Por qué han convocado esta Comisión, si ya lo saben todo. No es que lo sepan, es que lo han hecho ellos. Y no creo que nos requieran para que se lo digamos.

Mina dice:

—Esta cuestión ya nos la hemos respondido unas cuantas veces...

—... y concluimos que no tiene respuesta —dice Borrell.

Artur dice:

—Es el momento de planteárselo al doctor Zapruder. Incluso desde el punto de vista práctico. De ninguna forma queremos ser inconvenientes. En fin, yo al menos... Quizá alguien no esté de acuerdo.

María Sinora le dice:

—No quieres que te pase como a Novembrini.

Se ríen. Mina encoge la nariz con una mueca de extrañeza profunda.

—¿Qué ha dicho de la lista que tenemos que hacer?

—¡No empecemos otra vez! —dice Curwen—. No sabemos lo que hay que hacer, no sabemos qué no hay que hacer.

Se ríen más aún. Bettina dice:

—¿No hay nada más en lo que nos tengamos que poner de acuerdo? ¿O, como mínimo, que sepamos qué esperar?

—No nos engañemos, ninguno de nosotros tiene la más puñetera idea de lo que podemos esperar —dice Fabrici.

Ya no se ríen tanto. Bettina se va a buscar a los doctores, y vuelven sin Buéerué ni los guardias. Ponen las sillas en círculo, y Bettina toma la palabra.

—Distinguidos comitentes, me sabe mal comunicarles en nombre de todos que esta Comisión ve muy difícil su tarea, por motivos de índole diversa. Dificultades de acceso a información, ambigüedades en el trato, arbitrariedades que afectan directamente la investigación y la posibilidad de un dictamen acertado y útil.

El doctor Zapruder aprovecha la pausa de Bettina.

—Hablando de utilidades, una muy interesante sería que la señora Van Egmont concretara estos agravios hasta ahora tan abstractos.

—Con mucho gusto, doctor. A título particular, me parece notoria la diferencia de trato recibido por los comparecientes señores Etnorfitye y Eytifronte por un lado, y por otro el dispensado al Capitán Buéerué.

—Suponiendo que fuera así, ¿de qué comportamiento por nuestra parte se trata?

—Dígamelo usted. Tampoco me ha dicho que no sea así —el doctor la invita con un gesto a continuar—. Cada vez nos resulta más difícil saber qué buscamos, y dónde. Hay demasiado sin explicar para hacernos una idea de la naturaleza de lo que hay que dilucidar.

—No les puedo ayudar en un asunto tan amplio y tan ambiguo.

Midoissa dice:

—La apreciación de la ambigüedad presenta rasgos ambiguos.

—Le ha quedado simpático, señora Prills. ¿Se ha preguntado qué pasaría si no fuera así?

El doctor Zapruder mira a Bettina, Bettina mira a Midoissa, Midoissa mira al doctor Kreis, el doctor Kreis mira a Artur, Artur se le queda mirando. Bettina dice:

—Dada la complejidad del caso, puedo entender ciertas dificultades, que en algunos puntos se impongan rigideces de procedimiento difíciles de subvertir. La colaboración entre estamentos es cada vez más fantasmal, y no es que provenga de ámbitos donde todo esté muy claro y las cosas sean fáciles y cómodas.

—Le está saliendo muy bien, señora Van Egmont, pero ahora es usted quien se solaza en circunloquios —dice el doctor Kreis—. ¿Qué propone?

—Un gesto de buena voluntad. Que me deje entrar, a mí y a los colegas del grupo de trabajo, en la zona de transparencia del lucernario.

Los doctores Zapruder y Kreis se miran. A Artur le sorprende la exclusión del doctor Kelch de la centelleante consulta, aunque tampoco mucho. El doctor Zapruder dice:

—Ya se les dijo cuando se dio el caso Novembrini. Sin irregularidades protocolarias y con una solicitud formal pueden entrar donde quieran.

—Solicito formalmente entrar en el lucernario…

—Ha quedado entendido, señora —dice el doctor Zapruder, y teclea en el smartphone—. A partir de ahora está autorizada. Se necesitará constancia de quién la acompaña, y si son más de nueve no podrán entrar todos a la vez.

—¿Por qué? —salta Curwen, y los doctores se ríen.

—No por los grandes secretos que puedan desvelar, no se haga ilusiones, señor Curwen —dice el doctor Kelch, conciliador—. Es la norma. Para proteger su salud mental. A partir de diez monólogos interiores simultáneos se pueden producir colapsos de significado que no todas las mentes están capacitadas para resistir.

—No estamos para atender brotes psicóticos —dice el doctor Kreis en un tono mucho más áspero.

El doctor Kelch se levanta.

—¿Continuamos la comparecencia? —pide Rosa.

—La sesión se ha acabado por hoy —dice el doctor Zapruder—. Están libres hasta los trabajos de mañana.

Mira a Bettina y le hace un gesto en parte de complicidad, en parte de inexorable, de «allá tú». Se levantan, y en los movimientos entre sillas se encuentran unos con otros como por azar. Artur queda entre Carter y Spohr.

—Novembrini ya tiene compañía.

—Ya la tenía hace un rato, mucha más de la que imaginamos.

—Prefiero no imaginarme las mazmorras de la Cáscara.

—Yo las conozco, he estado allí.

Carter y Spohr se miran y se ríen.

—Has estado en Prevención. Comparado con la cárcel de verdad, es un hotel de cinco estrellas.

Salen, y en el vestíbulo Bettina ya ha reunido a Midoissa, Mina y Curwen, y persigue a Artur con una excitación de cría.

—¡Vamos ahora mismo, antes de que se echen atrás!

—¡Ahora! ¿Estamos preparados? ¿Sabemos exactamente qué queremos? No tenemos ni idea de cómo hay que abordarlo. Nos podemos encontrar en un lío mental del que no salgamos.

—No creo que haya protocolos sobre algo así —dice Curwen, bajo y con interrupciones para que no le oigan otros que pasan a su lado—. Lo peor que puede pasar es que no lo consigamos. ¿Y qué? Nos quedaremos donde estamos.

—Me voy a buscar a Spohr y a Rakshasi —dice Bettina, y Artur la retiene por el brazo—. A Spohr ya se lo he contado, lo ve bien, está de acuerdo. Id tirando, os alcanzaremos.

Los otros empiezan a pasar. Artur sale el último, y Fabrici le aborda.

—No lo hagan —le dice con gravedad.

—¿Por qué?

Fabrici sonríe con tristeza.

—Estará pensando que le quiero impedir que descubra quién sabe qué. Qué le vamos a hacer, entre unos y otros lo hemos hecho tan bien que a estas alturas cualquiera es sospechoso. Supongo que no hay más remedio que encontrarse las cosas uno mismo.

—¿Con qué nos encontraremos?

—Destruirán las fronteras naturales entre el sueño y la vigilia, entre el consciente y el inconsciente estructuradores del yo individual ante pulsiones colectivas. Usted no es un crío, ya debería saber cómo acaban los experimentos de aprendiz de brujo. ¡Un brote psicótico es lo más leve que les puede pasar! Abrirán una rendija entre los mundos por donde entrarán las Moiras, Pan y Némesis Adrastea. ¿Y cómo se

librarán?

Artur le mira probando de pillar la ironía. La tomadura de pelo.

—Le agradezco el consejo.

Fabrici sale, y como los que faltan no llegan, Artur decide no esperarles. No ha de correr mucho para alcanzar a los otros, que van a un paso como para esperarlo. Por el camino, Mina dice:

—¿No os parece extraño, de repente tantas facilidades?

—En rigor no se nos había prohibido entrar en el lucernario —dice Curwen.

—¿Os parece que lo que ha pasado con Novembrini ha sido una simple cuestión de procedimiento? —dice Artur.

—¡Yo qué sé! Si llego a imaginar que entrar en el lucernario era tan sencillo, lo habría propuesto antes —dice Midoissa.

—Viniendo de donde venía, Novembrini estaría vigilado, y tendría el listón de tolerancia más alto que los demás —dice Curwen.

Han pasado el sector de mármol bien iluminado y con los cruces con alfombras en el suelo y hornacinas en los muros, avanzan por donde los acabados se van empobreciendo, las paredes ya están tan solo pintadas y los suelos son de baldosa, entran donde no hay ni pintura ni pavimento sino el suelo del forjado y las bovedillas peladas del techo, con la iluminación apenas suficiente para ver, se adentran donde el paso se angosta hasta donde se curva y tiene partes de escalinata, hasta la parte final de la cúpula y el rellano de las tres puertas. Se esperan en el despacho vacío.

A Artur le parece que Bettina, Rakshasi y Spohr tardan más de la cuenta, pero llegan, riendo como si fueran de fiesta y se hubieran ido animando por el camino.

—Si no hay límite de tiempo, podemos salir con las personalidades cambiadas, ¿os lo imagináis? —dice Spohr—. ¡Yo tomándome por Mina!

—¿A quién le tocará ser Artur? —dice Curwen, y se parten de risa.

A Artur no le hace ninguna gracia, pero lo disimula. Mina dice:

—Me mosquea disponer sin más de un pase especial.

—Puede que nos quieran liquidar —dice Curwen en broma, pero le queda auténtico.

—No nos dejarán salir hasta que nos volvamos locos ahí dentro, y nos devoremos los unos a los otros —dice Rakshasi.

Bettina dice:

—Nos hemos de centrar en lo que queramos. Hay que tomar una decisión: ¿quién toma la primera persona?

—¿Por qué no cada cual la suya?

—Porque sin formalizarlo, esto ya lo hace cada cual dentro de su cabeza. Más adelante, si lo logramos, ya lo hemos hablado, Novembrini no se lo sacaba de la cabeza, podemos ir más lejos,

intentar una primera persona colectiva, ya veremos cómo, pero para empezar vayamos a lo fácil.

—¡A lo fácil!

—¿Quién quiere la primera persona?

—¿No eras tú el elegido? —dice Bettina a Artur.

—Lo dices en broma, pero hay indicios —dice Spohr—. Sea como fuere, tú eres el filósofo, y siempre que se habla del elegido sale tu nombre.

—¿El elegido para qué?

—A lo mejor será la manera de descubrirlo. Ya has conseguido pasar del presente perfecto al presente simple —dice Mina.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Da igual. La cuestión es, ¿lo aceptas? —dice Bettina.

—Sí, desde luego, probémoslo.

—Un momento, no es una decisión fútil ni ligera —dice Spohr—. ¿Eres consciente de lo que comporta esta responsabilidad? ¿Lo aceptas hasta las últimas consecuencias?

—Lo acepto porque lo quiero de verdad y hasta las últimas consecuencias.

—¿Así qué, entramos?

—Entramos.

Bettina proyecta su smartphone en el terminal de la puerta.

—No sé qué códigos tengo que introducir.

La puerta se abre sin que ella haya tecleado, y viniendo del fondo del lucernario se les dirige un oficial. Esta vez no un Contracamarlengo sino un Archicamarlengo, un tipo extraordinariamente agraciado que se dirige a ellos en un tono suave y ceremonioso en el que Artur cree apreciar cierta reticencia humorística.

—Bienvenida, señora Van Egmont y compañía. Les esperábamos.

—Gracias, oficial.

—¿En qué les podemos servir? ¿Alguna indicación práctica? ¿Agua? ¿Pañuelos de papel? ¿Toallitas húmedas? ¿Analgésicos?

—No, muchas gracias.

—¿Desean entrar ahora mismo?

—Por favor, si es posible.

—Desde luego. Si nos lo permiten, saldremos todos tal como prescribe la norma.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Su protocolo de excepción no tiene límite de tiempo. Ya les habrán hecho las recomendaciones pertinentes.

—Claro.

—Pues si nos lo permiten, salimos. Para cualquier cosa que necesiten, estaremos aquí en la entrada.

—Gracias por todo, oficial, muy amable.

—A sus órdenes, señora Van Egmont.

Los guardias, solo tres, salen, y entran todos. Artur observa que los que ya han estado, como él mismo, van con más precaución, y los otros, Spohr, Midoissa y Curwen, con más curiosidad y excitación. Vacila, como si esta vez se fuera a olvidar una prerrogativa crucial —está a punto de retroceder en un arrebato.

Tiene un punto de terror el asalto mental de los pensamientos de los otros, y se produce con una gradualidad exponencial, devastadora.

—¡Ay, ay, otra vez, cómo puede ser que me haya dejado liar! —piensa Rakshasi. —¡Los números tienen un sentido, lo sabía! —piensa Midoissa. —Respira, respira..., no pasa nada, ya sabes cómo va esto —piensa Bettina. —¡Quiero salir de aquí, me estoy volviendo loco! —piensa Curwen. —Spohr no quería hablar de la lista, ha despistado cuando ha salido en la conversación —piensa Artur. —¿Qué dice este tío? ¿Qué he dicho yo? —piensa Spohr. —Quizá no, hay más azar que mala leche. Qué más da, el efecto es el mismo —piensa Mina. —Azar, estupidez, mala leche..., todo para adornar buenas intenciones —piensa Rakshasi. —Qué extraño, qué instructivo, todo el mundo tiene buenas intenciones... Me quiero largar, no me siento bien, me estoy muriendo —piensa Curwen. —Qué mono, Shelly será un excelente vampirito —piensa Mina. —¡No tenía duda, no hay rincones oscuros entre nosotros, somos los que teníamos que ser! Esto actuará como un cohesionador infalible. Uy, ¿qué le pasa a Shelly? —piensa Bettina. —A Bettina la perderá la buena fe, siempre ha sido una bobalicona —piensa Spohr. —¿Para dónde avanzamos? ¿Qué sale de todo esto más que un gran dolor de cabeza? ¿La bondad sirve para perderse? Todo mentira, todo falso. Aquí no se oye nada de los demás, todo son ilusiones creadas por el cerebro de cada cual. Como en la vida habitual —piensa Midoissa. —¿Qué le pasa a este? ¿Se desmayará aquí en medio? No sé nada, me quiero ir —piensa Artur.

Curwen se deja caer en medio del aposento, y Bettina y Midoissa se le acercan, lo incorporan y le hablan para tranquilizarlo, pero no lo consiguen porque la palabrería interior no se detiene.

—Este tío es un blandengue. Encima, si la palma, nos empapelarán. Qué paciencia, las dos reinas del empastre —piensa Artur. —Shelly, guapo, espabílate. Ahora lo entiendo, todo es numerología, lo tengo que anotar antes de que se me vaya de la cabeza, no sé si me dará tiempo, la cabeza está a punto de estallarme —piensa Midoissa. —Qué lugar fascinante, qué mareo. Qué extraño que no hayan instalado una comisaría de policía. ¡Lo que no habrá nunca seguro es un Parlamento! —piensa Spohr. —Este se nos va. ¿Que alguien más ayude, no? —piensa Bettina. —¿Y si esto no funciona qué? ¿Qué habremos hecho aquí? ¡El idiota! Como siempre —piensa Mina. —

Tanto me da la primera persona, sacadme de aquí, por favor, por favor —piensa Curwen. —¡Que se muera de una vez el idiota de siempre! No perdamos más el tiempo, pensemos qué tenemos que decir para que Artur tenga su primera persona —piensa Rakshasi. —¿Cuál sería la fórmula? ¡Lo tendríamos que haber pensado antes! Como siempre, improvisando... No lo sé, una cosa del estilo: ¿yo soy el yo en el yo de Artur? —piensa Mina. —¿En qué consiste pensar? ¿Cómo sé que realmente todo lo que pasa en su cerebro es lo que me llega de toda esta gente? ¿Cómo sé que esto tan poco natural no es una traducción en formas convencionales como lo son las conversaciones? ¿Quién sabe de dónde viene este fenómeno? Solo hay una cosa segura: la convivencia se fundamenta en la mentira —piensa Spohr. —Si digo «Yo soy el yo en el yo de Artur», ¿de qué sirve si ya lo soy? Si ahora me tengo que quedar este pensamiento, ¿dónde lo pongo diferente de antes? —piensa Artur. —Quiero salir de aquí. Quiero salir —piensa Curwen. —Esto es como exigir al cerebro que para pensar tenga que conocer su mecánica neuronal. Va, Shelly, levántate que ahora salimos, concentrémonos: ¡yo soy el yo en el yo de Artur! —piensa Bettina. —Yo soy el yo en el yo de Artur, yo soy el yo en el yo de Artur —piensa Midoissa. —¡Ya os lo arreglaría yo, al Shelly de los huevos! Está claro que todo reposa sobre mentiras, ¿quién es el idiota que cree otra cosa? Acabemos de una vez: yo soy el yo en el yo de Artur —piensa Rakshasi.

Entre Bettina y Midoissa arrastran a Curwen hasta la puerta, Spohr y Artur corren para ayudarlas y mientras ellas abren la puerta se hacen cargo del peso desfallecido. Salen como pueden, y detrás de ellos se amontonan los demás. Cuando ve que el desbarajuste está más o menos resuelto, Artur retrocede para salir el último detrás de Mina y Rakshasi, las únicas que no se empujan, con la fútil idea de que un último esfuerzo ayudará a la empresa, o reafirmará lo que ya se ha conseguido, ¿pero qué ha sido? La incertidumbre sobre el asalto a la primera persona pervive. ¿Soy yo?, podría decir, ¿pero y qué? ¿Cómo lo podría notar? Diciendo, por ejemplo, yo qué sé, salgo el último con un dolor de cabeza terrible, y no se molesta nadie en volverse para ver si me he muerto o qué, se ve que aquí si quieres que te hagan caso tienes que montar el numerito como Curwen. Por lo que me han dicho, su padre es un tipo duro, pero está claro... Esta debe ser la diferencia, si te crían protegido te vuelven idiota.

Una vez todos afuera, el oficial se dirige a nosotros con un punto sarcástico del todo fuera de lugar.

—¿Ya está? ¿Ya tienen lo que querían?

Bettina, que ha llevado la voz cantante todo el rato, les dice:

—Sí, muchas gracias. Ya pueden volver al puesto.

—Muchas gracias a usted, señora, y a sus distinguidos

acompañantes. Siempre a su servicio.

El segundo oficial se acerca a Curwen y dice:

—Este señor necesita asistencia médica.

—No se molesten, ya nos ocuparemos.

Dejan a Curwen sostenerse en pie a solas, y coge aire con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Ya está, no le pasa nada —dice Spohr.

—¿Te encuentras mejor, Shelly? —dice Bettina, solícita.

El primer oficial dice:

—Disculpen si les parezco impertinente. Por nuestro conocimiento de este lugar, conviene que le atiendan cuanto antes. Nos ocupamos de avisar a los servicios médicos, que tienen la experiencia necesaria sobre los desórdenes causados por las zonas de transparencia.

Veo a Curwen blanco como el papel, y le digo a Bettina:

—Quizá sí, le tendrían que observar los médicos.

—Se recuperará, esta mañana en la sesión del transporte le ha pasado lo mismo. Es un chico demasiado sensible. Nada de médicos, solo necesita un poco de atención y cariño, verás cómo se le pasa.

Lo da por acabado, Midoissa la apoya, Spohr y yo nos miramos y nos encogemos de hombros, y el grupo se pone en marcha. Le digo al oficial:

—Gracias, pero ya lo ven, no es necesario.

El oficial no llega ni a sonreírme y apenas me mira, y Spohr y yo cerramos la comitiva. Cuando ya pensaba que estábamos lejos, se me solidifica la mirada y noto dificultades para avanzar, pero disimulo y consigo superarlo.

—¿A dónde vamos?

—Bettina ha encargado cena para todos en su habitación.

Curwen va entre Midoissa y Bettina, inseguro como si hubiera bebido, y por el camino me obligo a no dar un paso más sin la seguridad de tener o no la primera persona. ¿Debería decir «ser la primera persona»? ¿Qué ha cambiado? ¿En qué lo noto? ¿Qué hago diferente, qué sé de más? ¿Se trata de dónde van a parar mis pensamientos, mis apreciaciones? ¿En qué lo notarían los demás? Siento que un impreciso zumbido de abejas negras me impulsa a la prudencia si pienso en Midoissa. Si no sé ni yo por dónde ando, fuera de la zona de transparencia qué voy a saber de lo que pasa por la cabeza de los demás.

Ya en la habitación, la anfitriona transmite que el servicio traiga la comida, y cuando el enfermo está sentado y con un vaso de agua fresca en la mano, y tomadas las disposiciones convenientes para la intendencia, nos aposentamos y se dirigen a mí.

—¿Lo hemos conseguido?

—No sé qué deciros. Pienso lo mismo de siempre y no me encuentro diferente, pero no sé cómo se mide esto, dónde queda registrado.

Spohr dice:

—Todos somos dueños de nuestra primera persona, nos explicamos lo que vemos y nos pasa en términos más o menos parecidos. La diferencia es qué dimensión toma, y dónde.

—Eso no sabría decirlo.

Mientras esperamos la cena, Midoissa y Spohr, los nuevos en la zona de transparencia, se apartan para comentarlo. Bettina y, no tanto (como impaciente y medio cabreada), Rakshasi están por Curwen. Mina aprovecha que nos quedamos a solas.

—Yo sí sé dónde estás y desde dónde hablas.

—A veces me das miedo.

—A ti no te da miedo ni Dios.

—No sé por qué lo dices. ¿La vives diferente, tú, la zona de transparencia? —no sé cómo salir de esta, si la ironía me dejará en evidencia—. ¿O vives siempre en ella, como al otro lado del espejo?

—Ahí lo clavas, hay cosas en común. La futileza del tiempo, sin ir más lejos.

—Fantástico. Quizá nos podrás explicar qué narices hemos venido a hacer aquí.

—Tú como todos, como siempre, buscando la respuesta. Idiota, ¿no ves que hay que encontrar la pregunta adecuada?

—¿Idiota?

Cuando me sonríe me da miedo de verdad.

—Idiota dostoyevskiano, ya me entiendes.

—¿Dormirás conmigo esta noche?

—Lo siento, guapo, esta noche la tengo ocupada.

Llega la cena, el grupo se reunifica y ya no le puedo preguntar cómo. Sin perder de vista a Curwen, que se va recobrando pero todavía está medio grogui, Bettina reparte la comida, y Spohr dice:

—El conjunto de primeras personas alternativas equivale al omnisciente, este es el objetivo: acceder a la figura que permita operar en el omnisciente.

Eso ya lo decía Novembrini. ¿Este de dónde lo saca? Midoissa dice:

—Tampoco sería un verdadero omnisciente, porque para eso harían falta las primeras personas de todos los seres vivos dotados de inteligencia expresable en palabras, y ni así se tendría acceso al conocimiento de todo lo que existe. El omnisciente total es imposible, es un absoluto matemático. Gödel demostró que no existirá nunca.

Me quedo mirándola tan disimuladamente como sé. ¿Es así como la había imaginado? Ya no podré sentirlo nunca más. Cuando empieza una cosa, se rompe y desaparece otra. Ella no sabe nada de mí, y no se

me ocurre por qué tendría que fingirlo. Puedo decidir si me decepciona o me tranquiliza, y me impongo que sea un dilema fútil —y no estoy seguro de que lo vaya a ser.

—Sería suficiente con el omnisciente relativo de una cierta mayoría de los que estamos aquí, y funcionar por analogía, por homotecia: lo que está abajo es igual a lo que está arriba —dice Spohr.

Se me ocurre si tuviera la facultad de conducir la narración a mi gusto, con mano de hierro. ¿Cuál sería la tentación? ¿Hacia el terreno meditativo? ¿Hacia el dramático?

—Los de aquí hacemos un microcosmos, sí, aunque se pudiera dar por bueno, ¿cómo siete tienen más capacidad que uno para contactar con las mentes de quienes saben qué pasó en el transporte en cuestión? —dice Rakshasi.

Spohr dice:

—No nos han contratado para descubrir nada, nos han contratado para resolver una disputa.

—Para hacerles el trabajo sucio que no puede hacer ninguno de ellos vete a saber por qué estrambótico protocolo interno —dice Mina.

Curwen abre los ojos y nos mira desconcertado, recién llegado del otro mundo.

—¿Se te pasa el dolor de cabeza?

—No.

—Ya lo he dicho, le tendría que ver un médico.

—Le iría bien comer algo.

—No quiero comer nada. Estoy a punto de vomitar.

Se distribuyen las compasiones más o menos sinceras entre las hembras, y la empatía toma un aire de competición. Me siento del todo liberado. Curwen se deja querer —o lo que sea que le dedican—, y al fin es solo Bettina quien le coge la manita. Mientras los huéspedes divagan en futilezas, no paro de darle vueltas a lo mismo. La primera persona como conductora del pensamiento, cómo interiorizar de forma gradual el equisciente, separar una primera persona. ¿Pero cuál? La mía. Desde luego, si es una primera persona siempre será la mía, ¿pero esta «mía» me connota a mí? Ahora pienso sin hablar, pero lo he hecho siempre. ¿En qué se diferencia de antes? ¿Cómo sé que actúo como primera persona? ¿Porque distribuyo las intervenciones de los otros? No tengo manera de saber dónde queda todo registrado. O sí, porque las capacidades otorgadas por la zona de transparencia permiten recoger de forma diferenciada los pensamientos de los otros. Una vez más, no tengo manera de contrastarlo. Inventarme una, eso sí sería una prerrogativa fiable de la primera persona. ¿Quién sabe más que yo? ¿Quién tiene un ángulo de visión sustancialmente más amplio que el mío? Quién soy, dónde estoy, cuánto tiempo? Si respondes adecuadamente a estas tres preguntas, ya eres un sabio. No hay gran

cosa más (¿y te parece poco?). Estoy en proceso de aprendizaje, y mejor no hacerlo extensivo a nadie.

La cena se acaba por desvanecimiento, picando galletas, difiriendo el café y las infusiones. Midoissa dice:

—¿Os habéis fijado en el orden? Mi nombre y el de Rakshasi tienen 8 letras, Bettina tiene 7, Curwen 6, Artur y Spohr 5, Mina 4.

—Curwen y Spohr son apellidos, hay una incoherencia de criterio —dice Mina.

—Qué más da, lo que cuenta es cómo nos llamamos habitualmente. En una primera tanda hemos seguido el orden, en el caso de las mismas letras, el que tiene más vocales... Madre mía, ¡ahora sé por qué han echado a Novembrini!

—¿Porque tiene demasiadas letras en el nombre? —dice Rakshasi en un tono como si la otra se hubiera vuelto loca.

—Pero no por el hecho en sí, sino porque tiene 10, y no puede haber saltos en la lista.

—¿No tenemos a nadie con un nombre de 9 letras?

—Mmm... Rosa Vinyals y María Sinora 11 las dos, Mercedes y Zapruder 8, Fabrici y Borrell 7, Carter 6, Kelch y Kreis también 5.

—Como tú y Spohr.

Rakshasi suelta una carcajada.

—¡Pobrecito Mordechai! ¡Me lo sacaron de encima unos que no querían que resolviéramos nada.

—Te ríes, pero se te pondría la piel de gallina si supieras lo cerca que estás de la verdad.

—Sí, mira cómo tiemblo.

—¿Nos tenemos que guiar por el número de letras de nuestros nombres?

Midoissa dice:

—Según la tradición, sería más revelador y efectivo guiarnos por el equivalente numérico. Mi nombre equivale a 17, el apellido a 14, sumados hacen 31, que corresponde al 4. Os podéis entretener cada cual con el suyo.

—Lo que estaba pensando —dice flojito Rakshasi.

—Las curiosidades numerológicas son inagotables. Entre los que hemos entrado hoy en el lucernario, los únicos repetidos eran el 5 y el 8. ¿No os dice nada?

Salvo Midoissa, que lo promueve, solo yo parezco interesado.

—¿Los únicos de la sucesión de Fibonnaci?

—Muy bien, Artur.

—Eres un buen alumno —remata Rakshasi; desconozco lo que nos quiere decir Midoissa.

—Entonces, Novembrini no está en una mazmorra.

—Espero que la facción favorable a la resolución lo haya rescatado

y lo tenga en lugar seguro.

—Ya tendría gracia que estuviera comiendo langosta, y nosotros aquí tirando de rancho —dice Rakshasi.

Bettina ha conseguido que Curwen coma un poco, pero no parece muy recompuesto. Ante los bostezos y las posturas cada vez menos airosas, Spohr dice:

—Estamos cansados. Mejor nos retiramos y seguimos mañana.

—¿Nos constituimos en grupo de trabajo? —dice Rakshasi—. Dijimos de seguir una estrategia, y de manera gradual...

—No nos pueden decir nada, Bettina y yo tenemos prerrogativas especiales.

Entre Bettina y Mina aposentan a Curwen en la cama, y cuando el chico finge que duerme, Bettina dispone almohadas y mantas ligeras en el sofá. Me fascinan los repartos nocturnos. Mina y yo nos quedamos mirándonos, y me sonríe con una fluctuante mezcla de timidez, provocación y hostilidad ahuyentadora. Bettina no me ha dado pie a nada, y sin que lo oigan los demás Mina me dice:

—Quedan muchos días para continuar tú y yo, cariño, no me olvido de ti, pero hoy me quedo aquí.

Tengo un punto de tentación de prevenir a Bettina, pero no me arriesgo a llevarme un chasco. Rakshasi y Spohr han salido, no estaba al tanto y no sé si juntos o cada cual por su lado —Midoissa indica el camino.

—Vamos. Para curar a Curwen basta con el Sol y la Luna.

Me dejo llevar afuera.

—¿Tú eres la estrella blanca?

—Claro. Y tú, la roja.

—Pues tendremos que protegerle a distancia. ¿Así lo hacen las estrellas, verdad?

Me mira tremedamente burlona.

—Tú me estás protegiendo a mí.

—Claro. Y tú a mí, espero.

Me siento fuera de lugar. Vamos por el pasillo —la única vacilación debe de ser la mía. La amabilidad de forma tan discreta y constante prodigada contrasta con la firmeza con que avanza hacia su cuarto, una decisión donde no sé en qué términos me representa. ¿Como acompañante hasta la puerta, y qué más? Caigo en un vértigo tan vacilante como mi juicio. Desde el primer momento ha tenido una actitud tan cercana y considerada, tan desprendida de unos atributos tan agobiantes, burlándose tanto de su terrible atractivo, que me obligo a pensar por qué se me hace la más inabordable de la reunión. Pienso si que no llegue nunca la sangre al río es que somos muy civilizados o que somos unos cagados.

—Ya estamos —se para ante la estancia 17, justo delante de la de

Bettina, y ahora entiendo la broma con la numerología. ¿O no era broma? Me mira y vuelve ligeramente la cabeza con una sonrisa esbozada—. Te diría si quieres tomar algo, pero querrás descansar.

El pulso me va a ciento veinte por minuto.

—No estoy cansado. Me encantaría tomar la última.

—Estupendo, pasa.

Es una lujosa suite decorada con un estante con libros y deuvedés, imágenes en la pared y un corcho con notas, fotos y postales clavadas. Me ofrece el arsenal del minibar, que no es poca cosa, y opto por una infusión de hierbas de grandes virtudes depurativas y restauradoras de equilibrios digestivos por lo que me cuenta. Ella se hace un zumo de naranja y limón. No es una vampira, ni tiene la incierta fogosidad vital de la Van Egmont, aquí me contemplan milenios de trabajada sabiduría sentimental. Le digo:

—Ya veo que eres de los asignados de primera categoría.

Se ríe y me contempla como si todo fuera la mar de normal, desde tal sosiego que me asalta la bárbara idea de perderme para siempre jamás.

—Será por mis conocimientos.

—Porque les gustas —me aventuro, y me odio antes de haber acabado de decirlo.

—Demasiado halagador. Y también inútil. Una combinación inefectiva.

Casi pierdo el hilo en el asentamiento de las facciones que ahora solo me contemplan a mí —¿cómo lo habré conseguido? El arco ascendente de las cejas añade unos armónicos de tragedia que cierran el paso a cualquier tregua o tentación de frivolidad tranquilizadora. No digo que no se pueda comportar frívolamente, sino que no sabe hacer prisioneros, ni los haría si supiera, que pase lo que pase caeré en aquella pulsión superior que lleva a la obsesión en espiral, a la recurrencia multiplicadora, al insomnio, a la enfermedad mortal. Colgarse de una mujer inalcanzable como esta es la mayor quiebra posible en la actual marisma.

—Tendrías que corresponder de otro modo.

Levanta las cejas, y no sé hacia dónde mirar para no quedar más transparente que en la zona de transparencia.

—Mi disposición a corresponder a lo que se me ofrezca aquí está limitada.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Mataron al hombre a quien amaba. No pude hacer nada, ni hacer justicia.

No me lo esperaba, y de tan helado que me quedo solo se me ocurren estupideces.

—¿Por qué has aceptado el encargo?

—Por si podía obtener indicios de la última causa que llevó a aquella decisión.

—No pudiste hacer nada...

Me interrumpe.

—Peor aún. Habría podido, y no me di cuenta a tiempo, me había atado de manos yo misma. El hombre que mandó matarle había sido mi amante.

Le respeto el silencio. Revuelve unos papeles, o lo finge. Se pone unas gafas de pasta de color miel. No rebajan el erotismo pero engañosamente lo filtran con la amabilidad de las cosas accesibles.

—Debe de haber sido duro —acabo diciendo, y me encuentro tan profundamente idiota que pienso, como ya da igual, ya puestos le coges la mano.

Lo hago, quizá con una intensidad y con fluctuaciones acariciadoras fuera de lugar, y me mira tan fijamente y tan desprotegida que me hace daño.

—Perdóname, Artur. Me pareces una buena persona, me gustaría ser amigos de los buenos. Te mereces lo mejor, y lo mejor ahora mismo no soy yo. En otro momento podría estar contigo de otro modo, tampoco sé si es lo que quieres, pobre de mí, no me creo nada del otro jueves, en cualquier caso me siento incapaz de comprometerme afectivamente, y el sexo por el sexo ya no me atrae.

Le suelto la mano, y me la retiene.

—No te quiero molestar.

—Al contrario, soy yo quien está en deuda contigo.

—¿No hay ningún hombre en el mundo capaz de hacerte cambiar de parecer?

—Amadeu lo ha intentado, es muy buen chico.

—Y no tiene nada que hacer —le digo, y me río—. Hubieras dicho, es un feroz hijo de puta, aún..., pero así, será mejor que se olvide de ti. Quién sabe, no se puede descartar nada, dale una oportunidad, quizá se destapa como un cabroncete aprovechable.

Se le apaga la sonrisa.

—Me gusta tu sentido del humor.

Me debo de estar chutando endorfinas a borbotones. Me deshilacho en contraposiciones en trío identificadoras del idiota, mezcla de sublimidad, infantilismo y enfermedad —el príncipe Mischkin según Nietzsche—, tristeza, esplendor y ansiedad de Marilyn según Strasberg.

—Esta vez dejaremos la filosofía.

—¿Por qué? ¿Qué es para ti, el instrumento para ordenar la aspiración a recomponer la fractura que separa el sujeto del objeto, o la munición formal para cambiar el mundo?

Lo miro a efectos prácticos, sin conseguir esquivar las mortales

combinaciones de fuego y hielo, luz y tinieblas, lascivia, furor, ternura. Y al final del camino, vértigo, desprotección y sacrificio.

—No veo qué denota la diferencia entre una cosa y la otra. ¿Es una pregunta trampa?

—Compréndelo, no me puedo fiar de ti sin más.

—¿Lo comprendo? ¿Me esperan muchas más? Ya veo, toda la conversación lo son.

—No toda —se ríe, desinhibida—. Era broma, hombre, claro que me fío de ti.

—No era broma.

Pone cara de gamberra fingida con intención tranquilizadora. Se quita las gafas. ¿Es broma rebajar las confesiones? No ante la Comisión, ni ante el posible amante.

—¡Sí, sí lo era!

Exagerando un tono de travesura, le digo:

—¿Sabes lo que me gustaría? —me mira expectante (y seguramente condescendiente)—. Quedarme a dormir contigo —no pone ni cara de sorpresa, y la sonrisa se le matiza hacia la resignación ante el absurdo—. Ya lo sé, ya me lo has dicho, nada de sexo, lo tengo claro; no hay problema. Puedo dormir en el sofá, vestido, como tú quieras.

Me mira con una sonrisa cada vez más triste, más irresistible. ¿Qué estoy haciendo?

—Soy una samaritana pésima.

—Ni falta que hace, aceptaré las condiciones y me comprometo formalmente a no intentar saltármelas ni a recriminarte nada.

Me suelta, se vuelve y mueve los brazos. Me pregunto cuántos miles de veces se habrá encontrado en esta situación, cuántos las ha resuelto de una forma, cuántos de otra. Hay soluciones intermedias —no me las imagino, como tampoco el rock duro. He entrado en la Casa Madre sabiendo unas cuantas cosas sobre ella —y algo más—, y ella no ha dado ninguna muestra de conocer mi existencia hasta que nos hemos encontrado aquí por primera vez. Extrañamente, no me hace sentir con ventaja sino al contrario. ¿Se acerca a mí por un instinto espontáneo, por afinidad afectiva, o ha preguntado a alguien sobre mí?

Se para y me mira.

—Si de verdad estás dispuesto, en esta Siberia sería fantástico el calor humano —nos reímos—. El metafórico y el real —me señala con el dedo, como si contuviera una carcajada—. En la cama, no con toda la ropa, pero un poco vestidos.

—Y nada de exploraciones sexuales, prometido.

El giro humorístico me tranquiliza en la medida que me decepciona —nada puede hacerla menos atractiva.

Retira los vasos.

—Acomódate, por favor. ¿Quieres ir al baño?

Quiero ir, me doy agua, recapitulo ante el espejo. Recupero el sonido de mí mismo, me doy cuenta de hasta qué punto me conmueve la situación, qué puede pasar. Quiero retener el momento, hacerlo durar, explorarlo, variarlo, excavar hasta encontrar ¿qué? Mina y Bettina están fuera de la imagen. Me he olvidado de dónde estamos y qué hemos venido a hacer, si es que alguien lo ha sabido en algún momento.

Cuando vuelvo, me la encuentro metida en el lado derecho de la cama, sentada con dos almohadas en la espalda, tapada con la sábana hasta la cintura, con una camisa de dormir antigua, de manga larga y tapada hasta el cuello, el pelo suelto, el escenario para la severa meditación filosófica sobre despreciar la carne. No me parece apropiado decirle que me excita más así, el colmo de la castidad, que desnuda y abierta al bies encima de la cama. La más imparable lascivia surge del aburrimiento. La imagen presente ilumina la posible —¿la esconde?—, la promesa de un futuro radiante, hecho de muchas más cosas, todas alrededor de esta. Inmediata y lejana, una inmejorable disposición a estrellarse.

Me mira con una sonrisa leve que no caigo en la tentación de interpretar. Me parece la mujer más triste y más bella que he visto nunca, imbuida de una desesperanza no exenta de alegría. Totalmente vulnerable, y a la vez totalmente invencible —el dibujo resultante de la distancia y la igualdad entre una cosa y la otra me hace un efecto doloroso. Da unos golpecitos con la mano abierta en la mitad izquierda de la cama, desocupada, destinada a mí. Me quedo en bóxers y camiseta y me siento a su lado sin ni idea de cómo acabaremos, extrañamente, respirantemente, sin desazón ni expectativa, como si estar así ya fuera mucho más que cualquier cosa que he tenido hasta ahora en este lugar.

Desistir será el Logro

Me despierta la mirada de Midoissa. ¿Cuánto hemos dormido? No sé de qué son constatación las sonrisas. Somos dos extraños, ¿pero no lo son los que llevan juntos cuarenta años? Todo lo que nos distancia, que es mucho y tan atractivo como amenazante, hace único el momento, y el propósito —disfrazado de premonición— de que sea memorable le otorga engañosos relieves iridiscentes. La primera luz entra en armonía con la maligna variedad de inclinaciones. La habitación está cerrada y no entra el aire ni alienta el rocío, pero la gracia intacta del nuevo día, por primera vez después de las oscuridades atronadoras, le pone el devenir de la claridad en armonía inesperada con una Midoissa tan nueva como la hora, proteica, transcendida, acabada de duchar, con algún goteo de agua por el cuello y la camiseta gris, como la encarnación de un manantial, tan diferente de ayer, intacta, idéntica al deseo que azuza, al peso de su historia, al respeto encendido, al incomparable placer de seguir devotamente los designios, a la puerta de mazmorra que impide compararlo con cómo podría llegar a ser el de realizar plenamente el deseo.

Voy a la ventana. Es de las que se abren, todo un lujo. Está atrancada, me tengo que pelear y me parto la uña. El dolor, la medida del mundo paso a paso. Hay una niebla helada raramente acogedora, con azul-celestes y rosados que no atino a discernir si son olores, si provienen de la precaria incidencia del sol matinal, de algún producto emanado del Anficonversor, o de qué otro mecanismo. Se desatan, acabados de activar como el ácido fórmico, los veloces caballos del día nuevo, el vertiginoso agridulce de las expectativas colosales. La profundidad de la naturaleza traspasa todas las vallas, todos los filtros. Se suma la piel, el escalofrío, los olores magentas, tiernos, adagiosos, inciertos, azulescentes, el desamparo temblando en una extrañeza sensual.

Midoissa se me acerca y casi reposa su cabeza en mi hombro, como para compartir respirar y la visión, o para salir en una foto que no saca nadie, y me siento en un caserón de montaña, en una torre ante el mar, condiciones ni una ni otra ajenas al lugar donde estamos, un estar palpable y evocado, refugio alejado de la civilización depredadora, al rojo vivo y destrozada, su núcleo secreto —poco más que un decorado, el final de una fuga de desesperados, sin retorno, con posibilidades de éxito limitadas a la fuerza de la determinación, a la bárbara complicidad entre los dos, al impulso de un enamoramiento sin futuro, y por eso más furioso que ningún otro, un impulso de

ansiedad efímero, irrepetible, único en la potencia hiriente, destinado a no ser olvidado jamás. Soy el aguilucho a punto de caer del nido. Ya puede volar, pero aún no sabe.

Midoissa me dice:

—Hay tiempo para desayunar con calma antes de ir a la reunión.

Desde el reducto oscuro de los deseos me asalta más fuerte que nunca la corazonada de recuperar todo lo que ya no tiene sentido, de crear un mundo para mí solo en la sublimación de la banalidad, para la complacencia inútil, autista, neurótica porque —¿o a pesar de qué?, ¿o gracias a qué?— alguna utilidad tendría. Cuántas cosas que no sirven para nada sirven para tanto. Cierro la ventana y me siento a su lado, como si el resto del Egrégor hubiera desaparecido.

—¿Hemos dormido?

—Qué pregunta.

—Me has hablado muy poco de ti, muy precariamente.

—¿Qué quieres saber?

—Qué sé yo. ¿La complicidad política alimenta las pasiones?

—Puede ser, pero la medida depende de cada cual y de las circunstancias.

—Pensaba en ti, si te cerró el paso a la venganza.

—Y he venido aquí a cumplirla.

—Me gustaría ayudarte.

Me temo que me diga que se me ha visto el plumero, que la confianza en que tal cumplimiento la liberará y le permitirá reinteresarse por la vida sentimental es fatua, como mínimo en relación conmigo, pero me mira con una sonrisa ambigua y no dice nada. No quiere ofrecerme razones contraargumentables, no quiere dar la impresión de poder negociar sentimientos. O la conjunción es favorable pero no segura, y no me quiere dar esperanzas que más adelante no se realicen.

—No puedo descargar en nadie esa responsabilidad, ni lo quiero.

Escojo un rol sobre la marcha.

—No tengo ninguna intención de ser otro Amadeu.

No sé si me ha quedado suficientemente canalla. Tampoco se trata de exagerar. Me mira aguda, seria, con ese punto hiriente de ausencia.

—Ni podrías. Amadeu y tú sois demasiado diferentes.

—¿Qué tiene él que yo no tenga?

—Esto mismo, él no lo habría dicho nunca. ¿Para qué quieres una comparativa? ¿Para saber por qué te distancias?

—¿Crees que correría el riesgo de parecerme a él inconscientemente?

—¿Y tú crees que no estaría en peligro tu posición de macho dominante?

—No me he engañado en ningún momento, en este grupo ocupo el

lugar seis o siete en el ranking de la dominación. Pero me apuesto lo que sea a que me dirás que no te riges por categorías de grupo.

—No me tengo por nada del otro mundo, ni por encima de nadie.

—¿Y por qué no te crees que yo tampoco me tenga por dominante de nada?

—No te he dicho que no me lo crea.

—No de este modo, pero sí por reducción argumental.

Fingimos que desayunamos, pero no tenemos hambre. No sé si evita hablarme de ella o lo está deseando, y no veo el porqué de una cosa ni de la otra. Juega con la servilleta y dice:

—Cuando has frecuentado a gente de condiciones tan diversas y ambientes tan diferentes, acabas olvidando de dónde vienes y, aún peor, puedes acabar pensando que da igual.

—¿Tú a quién has frecuentado?

—Aristócratas arruinados, elites universitarias, millonarios analfabetos, revolucionarios de salón, obsesos sexuales, asesinos a sueldo, falsos profetas, mediocres sin atributos de quienes al final aprendes más que de nadie, pero no qué hay que hacer, sino qué no hay que hacer.

—¿Y tú de cuáles eres?

—Esa es la cuestión. Ahora mismo, puedo ser de los mismos que tú.

—De los camaleones?

—Si tú lo dices... ¿Qué hacen cuando se juntan dos? ¿Pelear por quién mimetiza a quién?

—O sea, por quién aprende del otro.

Nos reímos impostadamente.

—Dices que te he hablado poco de mí, pero tú no me has contado nada de ti.

Me enerva el ofrecimiento de hacerme quedar bien. Ahora me puedo presentar ante ella como un héroe, pero ¿será lo mejor que puedo hacer? ¿Tengo que darle lo que creo que espera, sin haberme planteado como lo usará, qué uso querría que hiciera, qué espero —qué imagina ella que espero? ¿Qué obtendré depende de en qué dirección la decepcione, en cuál le confirme lo peor que intuye o que espera de mí?

—Tú tienes al menos el recuerdo intacto de Lucas, y Amadeu siempre estará...

—Yo no he dicho eso.

—...pero lo sabes. Yo, en cambio, el mundo se hunde a mi alrededor, todo lo que hice mío y donde me he criado se deshace y se hunde en lodos inexorables.

—¿No exageras? Tienes un trabajo, un prestigio reconocido en tu especialidad. De otra manera no estarías aquí.

Tiene la virtud de desvelar las peores sospechas larvadas. El neovacío, el neoterror.

—Exacto, he acabado pensando que me eligieron por el aspecto de mi carácter que, en ciertas circunstancias, me convierte en un inútil.

Me contempla, condescendiente a pesar de la delicadeza por no parecerlo.

—¿Qué aspecto? ¿En qué circunstancias?

—No lo sé, no he venido a psicoanalizarme.

—¿Quién no tiene un pasado de agravios?

—Si te refieres a un padre despótico...

Me da la impresión de que se ríe de mí, y lo peor es que no me molesta. Dice:

—A lo mejor prefieres un padre ausente.

—Sí, un padre adecuado para que lo asesine —reímos—. Quizá un exceso de espíritu analítico, quizá me han detectado algunas manías, y han pensado que así me tendrían controlado.

Desmaya una carcajada.

—El recurso clásico de la novela negra, elegir al detective privado con el punto vulnerable para que vaya en la dirección conveniente y manipularlo. No es mala idea, pero aquí falla. En la Comisión somos unos cuantos. Uno puede ser más o menos manejable, pero veinte...

Ya puestos, nos lo tomamos a guasa. Ah, pero si ahora fuera la primera persona, no debería ser explícito... ¿Cómo lo dicen? No describir ni opinar, tan solo mostrar.

—¿Qué te puedo contar? Sí, mi padre fue un adversario que estaba más por él que por mí, mi madre fue una víctima desaparecida en combate, ¿y eso qué determina? Que mi matrimonio con Camila fuera una farsa liquidada cuando ya no nos quedaban descubrimientos en común, cuando nos interesaban más la pasta y la seguridad que la aventura de la vida...

—Cuando se interesaba más cada uno por él mismo que por el otro.

—Esa es la deducción de quien aún no ha perdido las ilusiones. Sé qué dirás: la deducción no, quizá tan solo la manera de expresarla.

—Para que te vuelvan a interesar los otros hay que estar de vuelta de dos o tres infiernos como mínimo.

—No lo habría dicho nunca. ¿Estar de vuelta no te lleva al egoísmo?

—No, te lleva a la indiferencia, o sea a la comodidad.

Nos quedamos mirándonos. Si cambio de estrategia, ¿por dónde trotaremos?

—Estamos en desacuerdo frontal. ¿La comodidad y la indiferencia no son el dinero y la tranquilidad?

—No, porque salvo que no seas propietario de un banco, esto te lo

dan los otros, y por tanto, aunque sea hipócritamente, les tienes que atender.

—¿Eres una hipócrita, pues?

Me clava una sonrisa más triste que nunca, tan perturbadora que me niego a situar lo que pienso.

—¡Qué más querría! Es mi gran defecto: soy una sentimental.

Por primera vez la encuentro falsa. ¿O soy yo quien ya está de verdad perdido para tratar con humanos? Le digo:

—Llegamos tarde a la reunión.

—Pues vamos allá.

Sin darme opción a intervenir, recoge los enseres del almuerzo y los apila en la bandeja, lista para que se la lleven, y se cambia de ropa con una mezcla de discreción y naturalidad que me descoloca del todo. No sé cómo lo hace para ni esconderse ni exhibirse, y me siento ridículo apartándome para no incomodarla, para no invadir una confiada intimidad al parecer sin consecuencias. Siento que tengo que corresponder con un gesto adecuado al recogimiento y que participe de la ligereza en una medida como mínimo equivalente, ya que no puedo aspirar a igualarla, y que no ponga en evidencia una determinación interpretable como ansiedad, como una incomodidad que solo podría venir de no sentirme capaz de estar a su altura.

No la miro, pero por analogía de las formas presiento, me dejo inundar de belleza articulada sin prisa ni complacencia, pautada por la confianza menos invasiva que he visto nunca. La espalda, las líneas, los brazos, el movimiento, la atención, los vaivenes de los cabellos, las precisiones de las manos, los ajustamientos, la seguridad sin retrocesos. Desde tres metros me mantengo de perfil, con la seguridad de que, haga lo que me sienta capaz de hacer, ella apreciará hasta qué punto me ha puesto fuera del alcance tanto el absurdo de un desprecio como la zafiedad del deseo primario, y elegantemente excusará mi falta de habilidad.

Quizá sí es demasiado sentimental, y me intriga que una mujer tan atractiva y, por lo que veo, con tan pocas cuentas pendientes en los tratos entre cuerpo y espíritu, por no decir ninguna, se lo permita sin conflicto. Jamás será la reina de los hielos ni una depredadora. La temperatura de crucero ya me permite preguntarle:

—Tú también crees que soy el elegido.

Se sienta para ponerse los zapatos, y se curva hacia arriba para mirarme.

—¿No lo sabes tú? Si no lo sabes, ya se verá.

—O no se verá nada.

—No lo sé, Artur, no puedo decirte qué piensas.

—No soportaría que nadie fuera torturado por mi causa, ni serlo de la muerte de nadie.

(La muerte es más profundamente emocionante en verano que en las otras estaciones.)

—Podemos descartar a los asesinos a sueldo como círculo de amistades.

Solo ella puede decir algo así sin quedar frívola. O es tan solo eso, una cultivadora de banalidades botticellianas, de tópicos modiglianescos, de sorpresas dechiriquianas.

—Teníamos que adquirir la primera persona para saber por qué queremos adquirirla. ¿Pero cómo nos fiaremos de quien se la quede?

—Ese eres tú, ¿no?

—Si ni yo mismo lo sé, ¿cómo puedo saber en qué términos soy fiable?

—O los demás esperamos que lo seas. Una cuestión interesante.

Acabado de recoger, vamos hacia la puerta. Insisto.

—¿Cómo sabemos a quién escamoteamos información?

—Yo no escamoteo nada.

—Quizá no de forma consciente, pero, aunque no quieras, en términos absolutos siempre lo harás, porque es imposible proporcionar todos los datos en todo momento. Si se atiende a todos los detalles de todos los aspectos y en cualquier grado de abstracción, todas las implicaciones, recuerdos y deseos, un solo minuto en la vida del más vulgar de los humanos tiende asintóticamente a infinito. La descripción de cualquier realidad puntual es un ente fractal inconmensurable.

—El Ulysses y el Finnegan's Wake llevados a las últimas consecuencias. La realidad en su absoluto expresivo es un delirio sin fondo.

Abre la puerta y salimos. Digo:

—Y una imposibilidad. No hace falta Joyce, quédate con Gödel. Por defecto de la enumeración o de la analogía, la incompletitud es el signo de todo lo representado.

—Y de lo expresado. Pero ante la imposibilidad metafísica de contarlo todo, un todo total y absoluto, puede haber aproximaciones fiables en la vida cotidiana.

—¿Fiables para quién? La medida de la adecuación de la lista la dará el hecho de que retroceder será una opción lúdica, nunca una necesidad estructural.

—La lista, la lista..., lo que en el Juego de la Fragmentación llamaban el inventario. Retroceder es imposible.

—Si se considera la lista como secuencia temporal sí, pero no si se establece como parámetro espacial. La expresión es abstracción, y no se renuncia a la totalidad sino que se la transmuta en la epifanía de la forma.

Se para y se me queda mirando.

—Qué bonito esto que dices.

Me temo que se ha dado cuenta de que estoy indeciso entre mandarla a paseo porque me está tomando el pelo, o creérmelo todo y amarla para siempre.

—La lista comporta la competición, de la competición emana la victoria, y de la victoria, la justicia.

—Y todo lo resuelve el contrapunto, es decir la geometría. La lista infinita resuelta en la lista contrapuntada —dice ella.

Me produce una felicidad agridulce que haya entrado en el juego, pero cuando detecto el agridulce... ¿No habré entrado yo en el suyo?

Continuamos hasta la salita de la reunión, y nos reciben con sonrisas contenidas, donde desisto de ver reproches, envidias o de lo que seamos capaces entre todos. Si creen que venimos de la cama, mejor para todos. Como no es preciso entretenerse en saludos, Midoissa se limita a una carantoña a Curwen, sentado en un rincón junto a Bettina, y Spohr continúa con lo que iba diciendo.

—El acceso al Mal es análogo al acceso a la condición heroica. Lo marca la capacidad para transcender el determinismo en el dominio del libre albedrío. Las dimensiones del escenario no son el Bien y el Mal sino, en tres dimensiones, indiferencia y voluntad en un eje, en el otro ira y compasión, y en el tercero extrañeza (o alteridad, o acaso ominosidad, como se quiera llamar) y reconocimiento. Dando por bueno que ira y compasión están en platos de una balanza, y cuanto más de una menos de otra, y lo mismo para indiferencia y voluntad, y alteridad y reconocimiento, el punto (0,0,0) comporta el 50% de todos los parámetros, y a medida que se avanza a lo largo de un eje en un sentido o en el otro se modifica de forma inversamente proporcional el porcentaje del parámetro contrario, imaginando el 100% en el ∞. ¿Cuál es la guía formal? Solo la música transita libremente de la ira al erotismo.

—Si desde el origen se avanza sobre una bisectriz del Triedro Trirrectángulo se mantiene la equidad de cada parámetro, por ejemplo voluntad, compasión y reconocimiento en partes iguales, pero aumenta la cantidad —dice Midoissa, situada ya de buen principio—. ¿En qué se traduce?

—No lo sé, pero encuentro combinaciones imposibles: indiferencia, ira y cualquier otra cosa ¿no determinan una psicopatía?

—Sí, y muy frecuente.

No sé cómo han llegado hasta aquí, y no descarto que se trate de una broma (¿sobre qué? ¿Sobre Freud? ¿Sobre Sade, sobre Nietzsche, sobre Dostoyevski?). Se ve a Curwen demacrado y medio durmiendo, y demasiado tarde se me ocurre que habríamos tenido que interesarnos por su salud.

Rakshasi dice:

—Sería interesante una estadística de frecuencias sobre las combinaciones posibles dentro de este esquema. Una especie de guía práctica de nominalismo.

Les miro, intentando pasar por encima de efectos y afectos personales. Mina y Bettina son una categoría, Spohr y Curwen otra, Rakshasi y Midoissa mundos aparte, en direcciones opuestas. Todos forman una nave. Pienso en qué medida este o la otra tienen por un tercero demandas superiores a la que tienen conmigo, en quién me afectaría más, y cómo. El resultado es desequilibrante, y no sé hasta dónde autoengaño.

—Viene un punto en que solo los chamanes y algunos filósofos distinguen la esencia profunda de las categorías de las cosas reales y de las ideas. El carácter de lo que existe, el de lo que inventamos como almohada mecánica o suplemento estructural para explicar otras cosas que en sí mismas resultan inmanejables, los conceptos emanados de la necesidad de coherencia del sistema —dice Spohr.

Mina dice:

—Por ejemplo: puede ser que los espíritus existan, y puede ser que no existan.

—Puede ser que existan y que no existan, pero no puede ser que existan o que no existan —dice Curwen.

—Es la mejor manera de bregar con una proposición tan precaria —dice Rakshasi.

—El parámetro «existir» interactúa con el parámetro «espíritu» en términos extraños al razonamiento inductivo-deductivo propio de la cotidianidad de los humanos —dice Bettina.

Spohr dice:

—La explicación del jardinero del cementerio es que porque Aquiles muere en Troya y Ulises llega a Ítaca, el modelo fundacional de Occidente no es la ira de uno sino la astucia del otro. A pesar de que la ira se mantenga como continua interferencia contrastadora...

—¿No es una generalización excesiva? —dice Mina.

—... entre el modelo thimótico y el erótico, escoger cuál genera al idiota y cuál al héroe no proviene de una consideración analítica, sino de un rasgo de carácter. La respuesta se dilucida en paralelo a la confrontación entre disyuntiva y determinio. La disyuntiva debe de tener ventaja por analogía, por homotecia, pero el determinio siempre pega más duro.

—Por más trampa que haya, porque cuando Ulises vuelve a casa, su conducta es del todo thimótica. Te puedes permitir la ira cuando tienes el erotismo resuelto —dice Rakshasi, y le digo:

—No lo veo así. El erotismo es la base que hace efectivo el thymós. Aquiles fracasa porque subvierte los términos.

—Ahí está el punto clave, a qué modelo responde la idea de que

Aquiles fracasa —dice Spohr—, qué voluntad atrae el talón —y digo:

—Qué hace falta para que el trabajo aquí sea exitoso, qué depende de quien lo mire, si nosotros o ellos.

Rakshasi dice:

—Ya se ha dicho demasiadas veces, ni este «nosotros» ni el «ellos» son de una pieza. Hay «ellos» diferentes y enfrentados, y es más que posible que también «nosotros».

—Se ha dicho, sí, pero no se han puesto nombres —dice Bettina—. ¿Quién quiere que descubramos alguna verdad, o sea algún crimen? ¿Quién lo quiere impedir, y por tanto está implicado?

—Habrá que hacer pasar a todo el mundo por el lucernario —dice Mina, y nos reímos.

Curwen dice:

—No los pilotos de los trenes, están entrenados para controlar el pensamiento.

—En el cuerpo astral, no en el mental —dice Mina.

—¿El lucernario y las zonas especiales transparentan el astral pero no el mental?

Midoissa dice:

—No me lo acabo de creer, y en todo caso no participamos todos, así que me centraría en aspectos más alcanzables.

—Ya tenemos aquí la pascaliana-volteriana —dice Spohr, y no se ríe nadie.

Me asoma el sentimental, o tan solo el antiguo.

—Yo tampoco me lo creo. Si nos vamos a dejar llevar por tonterías teosóficas, mejor dejamos de sufrir y contratamos a un brujo.

—Venga. Así no nos acusarán de practicar la ciencia-ficción. Y viviremos en la filosofía-ficción.

—Sí, porque «religión-ficción» es un pleonasmo.

Se me quedan mirando, y alternativamente a Spohr. Tenemos dos opciones, enfrentarnos o pactar para colaborar. ¿Qué facciones hay dentro de la habitación? ¿No hemos quedado en que somos el Egrégor que lo resolverá? Bettina se dirige a mí:

—¿Has pensado en la lista sugerida por el Capitán Buéerué?

—¿Lo he pensado, o me lo has transparentado?

—Este debe de ser el nuevo verbo para la ocasión —dice Mina.

—La moda que viene —dice Rakshasi.

—Si lo transparentamos al resto de la Comisión, algo podríamos deducir de las reacciones —dice Curwen.

—¿Y no estaríamos pasando información al enemigo? —dice Rakshasi.

—No podríamos ni saberlo. Seguro que se la pasaríamos, pero en cualquier caso..., ¿qué enemigo? Desde qué parámetros se evalúa quién es el enemigo es la primera regla del Juego. Quien tiene una

mente transparente es su mayor enemigo, y no es un estereotipo moral, sino la consecuencia directa de la colisión entre ventaja y desprotección.

—¿Pero la lista de qué? —dice Mina, y Rakshasi asiente.

No tengo nada claro, y finjo un conocimiento y una seguridad ponderadamente firmes. Pienso si me pudieron ayudar las equivalencias en que me refugiaba cuando me tuvieron preso.

—La lista sobre la cual se convierte el sistema meditativo-musical en ente-en-sí más allá del significado, sustanciando tal significado.

Midoissa dice:

—Ya que no tenemos nada, pensemos en una forma de cuadros sinópticos alternativos sobre la lista de los argumentos: un relato metafísico sobre el punto de vista y la extrañeza, un tratado de streaming basado en la geometría, un relato mítico-psicológico sobre el asesinato del padre. Algo que como guía te incorporara a ti.

Me da miedo proporcionar un exceso de información utilizable contra mí, pero después del paso por el lucernario el peligro ha sido suficientemente convocado, y si alguno queda oculto ya soy lo bastante osado para despreciarlo.

—De forma secuencial: entrada en la Cáscara, dificultades burocráticas, lista de ayudas, lista de trabas, accidente del Anficonversor por resolver, declaraciones de la Comisión, conversaciones sobre geometría y conversaciones sobre música temporalmente intercaladas con los relatos de las amigas —Midoissa me mira con socarronería cómplice, o así me gusta creerlo—, visitas a la zona de transparencia, conformación del Egrégor, todos nuestros nombres, incluso los aludidos en las conversaciones, previsión en forma de hipótesis del orden sucesivo de las futuras primeras personas. Una lista que incluye la categoría de las categorías, y por supuesto la lista misma.

—Caerás en la mise en abyme, porque la lista incluida en la lista también tiene que incluir la lista —dice Mina.

—¿Hay que escribirla, o tal como lo has dicho ya será suficiente? —dice Curwen, y deduzco que se va sintiendo mejor.

—Cuando estuve encerrado en Prevención esbocé una lista de equivalencias para no desestructurar mi vida en el desorden: hechos, escenas o pensamientos, piezas de Pasiones, y como última referencia capaz de evocarlas todas, números.

Midoissa dice:

—Qué buena idea, articularlo como un locus mnemonicus.

Spohr dice:

—Aunque siguiera la mecánica clásica de la memoria, seria más bien un locus paratextual, un artificio para secuenciar el relato.

—Cómo lo distingue y lo categoriza partir de la primera persona,

ahí está el reto. ¿No es tautológico decir «secuenciar el relato»? —dice Mina.

—Porque son sus recuerdos, y la forma de evocarlos, aunque nominalmente se pueda esquivar, de forma intrínseca es la primera persona. Será una lista en forma de índice.

—O de cuadro sinóptico —dice Mina.

—¿Por qué no de diagrama PERT? —dice Rakshasi.

—La combinación de diagrama PERT y locus mnemonicus podría optimizar el proceso de investigación, pero hay que incorporar la esencia. La lista como exorcismo de la interrupción de la fluidez, como recuperación de las unificadoras perspectivas antiguas, hoy fragmentadas, interferidas por una modernidad analfabetizada que detesta las síntesis, los rincones oscuros protectores del conocimiento y las visiones de conjunto. La alineación contrapuesta a la poliedrización, a cierto avatar de la topología del contrapunto —dice Midoissa, y Mina dice:

—¿De veras os veis inmersos en algo así?

Bettina dice:

—Veo un elemento fundamental de la lista: secuencia temporalmente ordenada de hipótesis sobre la naturaleza de nuestra misión, o de una forma aún más genérica, de las ideas sucesivas del sentido de nuestra presencia en este lugar.

Mina dice:

—Yo veo otro de extensa tradición: las estrellas, o las constelaciones y los planetas.

—Claro, los planetas, la encarnación intrínseca del 7.

—Acabaremos en un equivalente de la numeración de Gödel, identificándonos con la imposibilidad de completitud del sistema o, alternativamente, de coherencia —dice Rakshasi, y la benevolente Midoissa la contempla.

Se vuelven hacia mí.

—Lo más importante será el punto de vista, la determinación de la primera persona, ahora que ya la tienes..., porque la tienes, ¿verdad?

—No estoy seguro. ¿La tengo? Creo estar atento a los hechos, puedo decir «Mina dice...», etcétera, pero dentro de mí lo he dicho siempre, y no preveo ni mucho menos determino lo que haréis, ni siquiera dónde iré a parar yo más allá de como ya lo hacía antes. Continúo sin saber dónde va a parar este rasgo de mi naturaleza, quién es su receptor y dónde consta. No sé por qué tengo la primera persona, no sé cómo, no sé gracias a qué, no sé cuándo ni por qué dejaré de tenerla. No estoy más seguro de nada de lo que estaba antes. Más bien menos.

Curwen dice:

—Quizá la primera persona la tengo yo. Desde ayer me encuentro

a menudo diciendo, o sea, pensando «me acosté y me sentía mejor, pero no podía dejar de pensar en el horror pasado dentro del lucernario».

—Curioso —le digo—, piensas en el punto de vista personal en pasado.

—Qué bien que estés bien, nos tenías preocupados —dice Bettina.

—Sobre todo a quienes se responsabilizaron de tu salud, saltándose los consejos del oficial de guardia —dice Rakshasi.

Se vuelven todos hacia mí.

—¿Qué te parece, cuándo tendrás hecha la lista?

—Cuanto antes mejor... o nunca, porque la lista aumenta cada día, y el paso del tiempo la vuelve continuamente incompleta.

—Una incompletitud dinámica.

—La que lleva a la paradoja de Tristram Shandy. Lo malo es que aquí no disponemos de un tiempo infinito.

—No estés tan seguro. Si aprovechamos la experiencia del Juego de Can Pagès de Dalt, como mínimo obtendremos un tiempo circular.

—En rigor, pentagonal.

—Da igual, cerrado en sí mismo. Para concluir la lista lo hace más fácil todavía.

—Si superas la dificultad de curvar el tiempo sobre sí mismo. ¿Alguien tiene la más remota idea de cómo se hace?

Por reducción de vacíos acabamos mirando a Spohr.

—Hay que encontrar el conjunto de historias apropiadas para hacerlo.

—¿Encontrar o inventar?

—No me veo capaz de contestar a eso.

Como hemos llegado tarde, se me hace corto cuando viene la hora de comer. Nos llevan la porquería de hospital habitual, y como ya casi es la hora de las declaraciones, nos damos prisa. Spohr acapara la conversación.

—Creo que no lo conseguiremos. De la criba y la elección de historias iremos a parar a una lista incompleta, y de ahí a la indecibilidad. Un obstáculo generado por la cantidad, es decir por el número.

—Por eso nos teníamos que familiarizar con los poliedros, para conjurar la infinitud lineal y aniquilarla, ¿cómo lo dijiste?, en la epifanía de la forma —dice Rakshasi.

—Solo falta el algoritmo para convertir una cosa en la otra.

Terminamos y vamos a la sala de la Comisión. Nos recibe el doctor Zapruder, y se dirige a Bettina.

—Buenos días, señora Van Egmont. ¿Qué tal ha ido la visita al lucernario de la Torre?

—Muy bien, doctor, le estamos muy agradecidos por las

facilidades.

—Sería instructivo para todos que tuviera la amabilidad de ilustrarnos al resto del grupo y a mí mismo sobre los conocimientos adquiridos.

Bettina le sonríe con una presencia de ánimo que me admira.

—Si nos lo permite, lo dejaremos para más adelante, porque los conocimientos mencionados por usted están todavía en fase de debate entre nosotros, y ya no sería tan instructivo transmitir incertidumbres y confusiones.

—Al contrario, señora, sería ilustrativo para todos ampliar el debate, enriquecerlo con nuevas aportaciones y fijarlo en términos mucho más fiables. Por su experiencia en el lucernario ya han pasado otros.

—Entenderá la parte de vanidad que hay detrás de la resistencia a atender su amable invitación. El listón está bastante alto, y no querría exhibir nada interpretable como un fracaso, aunque sea provisional.

Rakshasi dice:

—Tómenselo como un homenaje a Novembrini. Es importante saber qué se debe hacer, y a veces lo es más saber qué no hay que hacer.

Zapruder dice:

—Naturalmente no los obligaremos a nada, pero dense cuenta de la contradicción que supone reclamar claridad, con todo el derecho del mundo por supuesto, y después negarla cuando en justa reciprocidad se les pide.

—Intentaremos vivir con esta pesada contradicción —dice Midoissa.

Nos encontramos inesperadamente con Kreis detrás.

—Desconfíen de quienes no arrastran contradicciones, suelen ser inquisidores camuflados. O en potencia, quizá sin ni ellos mismos saberlo. Tarde o temprano se manifestarán como torturadores místicos. Confundimos la ética del pensador y del artista con la de los políticos, donde se flagelan las contradicciones confundiéndolas con incoherencias. Son un derecho, no un defecto.

Me sorprende la aparente ayuda de quien parecía el más hostil y radical. Midoissa se le queda mirando, él le sostiene el embate como dos fieras a punto de atacarse. Spohr dice:

—En la contradicción ve virtudes quien la blande como cebo, y la blasma quien la sufre como traba.

—No sufro por nada, y me da igual qué valor abstracto me va a favor y cuál en contra. La contradicción es el oxígeno de la vida intelectual, y bregar con ella es intrínsecamente su práctica. Ni siquiera resolverlas es ningún fundamento en sí mismo. El valor del héroe compasivo es vivir con las contradicciones, dentro de las

contradicciones, como el matemático entre teoremas y demostraciones, como el artesano entre los enseres del oficio.

¿Qué decían los maestros? La contradicción es la raíz de todo movimiento, la manera de mantener tenso el pensamiento, de no dejarlo acomodarse en el dogma. Otros, que la coherencia es el refugio de los mediocres.

Ha ido llegando el resto de la Comisión. Kelch ya se ha sentado en primera fila, y Zapruder debe de haber desistido, porque se va a hacerle compañía.

Midoissa dice:

—El doctor Kreis nos está proporcionando indicaciones preciosas sobre la línea de actuación apropiada.

—No tenía ninguna duda de que la doctora Prills lo apreciaría.

Continúan mirándose con una especie de provocación constatadora que acaba por irritarme. Llegan el Teniente Nietsripas y los guardias con un nuevo compareciente y, en el momento de sentarnos, Midoissa y yo hemos quedado al final. Kreis se va delante, y Zapruder inicia la sesión.

—Comparece ante la Comisión investigadora del incidente en el Anficonversor de la Torre Norte de la Madre Casa número de registro 14/15|2228 el Capitán Bruder Matzukas, comandante transportista matriculado en el ente mencionado 3|15-34-23.

Le digo a Midoissa:

—¿Qué te pasa con Kreis?

Me mira. Entre las vicisitudes del compareciente, Zapruder suena lejano, recóndito.

—¿Quieres que te lo cuente ahora? —miramos la palestra, nos encogemos de hombros—. ¿Por qué no? Este Matzukas no parece un testigo relevante, no creo que diga nada del otro jueves, y si lo dice ya lo sabremos por los espavientos.

Nos reímos. Le digo:

—Hazte cargo, prefiero que me cuentes cosas.

Me mira, y se me figura abrupta la idea de que las mujeres con maneras más tranquilizadoras sean las más inquietantes.

—No te obceques, no tiene ninguna importancia, ya te lo dije, son cosas que le pasan a cualquiera. En cambio, no sé si lo que te puedo explicar del doctor Kreis es lo más apropiado.

El compareciente empieza la declaración, y aprovechando que nadie está por nosotros, nos levantamos sin hacer ruido y nos instalamos en la última fila, en el rincón. Ella se me queda mirando, no sé si burlona o dubitativa, si un poco de cada qué es causa y qué efecto.

—Espero no estar cometiendo una indiscreción. Hasta ahora este tío ha zurrado a todo el mundo. Tú eres la primera con quien tiene un

detalle vagamente amable.

—Yo de ti no desistiría de esperar más de un detalle amable del doctor Kreis.

—¿Yo? ¿Por qué? No te sigo.

—Ya lo veo, no me escaparé de explicártelo. Como tú de decisiones comprometidas.

—¿Qué decisiones? Cada vez entiendo menos.

—Supongo que es parte de la condición heroica, a cada nuevo embate partir de cero.

—¡De cero! ¡No tengo veinte años, eh!

—Lo sé.

Siento como si por dentro me dijera «por eso me extraña que tantas veces te comportes como si los tuvieras», poco a poco, gradual, implacable, la sensualidad de la inmediatez de una destrucción descomunal.

—Está bien, dejémoslo.

—Conocí al doctor Kreis cuando llevaba otro nombre... Para no tener que entrar en aclaraciones innecesarias le llamaremos Swann.

—¿Por qué no le llamas Kreis?

—No lo sé. ¿Para echarme un guiño a mí misma?

No me sitúo, y me da pereza discutir. ¿Si le hace gracia, para qué disgustarla?

—Yo era estudiante y pillaba trabajos ocasionales para pagarme los estudios y las actividades, viajes, deportes, conciertos, a esa edad todo te interesa. Ya sabes cómo son estas cosas, no muchos trabajos van como tú querrías, en algunos duras dos días, y a menudo saltas de uno a otro buscando mejores condiciones de horario y exigencia y, cuando te lo puedes permitir, el mínimo esfuerzo. Si encima te sirve para tu trabajo particular, entonces ya es extraordinario.

»Conocí a Swann cuando bastante a disgusto trabajaba para una empresa de gestión cultural donde me mandaban de todo, desde controlar montajes de exposiciones hasta recoger en el aeropuerto a invitados distinguidos (o no tanto), instalarlos en el hotel y, si hacía falta, acompañarlos por la ciudad de compras, a tomar un refresco en una terraza, a estirar las piernas, lo que hiciera falta. El señor Swann era uno de los que me tocó atender desde su llegada, y desde el primer momento fue especial, diferente de todo con lo que había tenido que bregar hasta entonces. Estaba tan concentrada en tener deferencias que no atiné a las que él tenía conmigo. En el trabajo no me dijeron nunca que él mismo, a partir del segundo día, había pedido, exigido incluso, que le acompañara yo. Me refugiaba en el hecho de no conocerlo bastante para apreciarlo, y más adelante me pude reprochar no haberme fijado más. ¿Me tenía que consolar que él no hubiera apreciado en mí ninguna carencia? Todavía ahora me parece que

ciertas exhibiciones de autoexigencia pueden parecer vanidad ante los otros.

»Cuando se fue, camino del aeropuerto me preguntó si me gustaría trabajar para él en una actividad más estimulante y creativa, que me permitiría trabajar en casa y ocasionalmente, una vez al mes como promedio, viajar dos o tres días, todo pagado y remunerado aparte. Se trataba de llevar el control de la difusión de una sociedad de ciencias aplicadas, un trabajo más técnico que diplomático, con el que mi formación académica no se interrumpiría ni tendría interferencias de tiempos, y me abriría la posibilidad de conocer gente de mi gremio y del ámbito de la gestión y la comunicación. Pedí dos días para pensármelo, más que nada para no dar impresión de alocada que se tira del carro a la primera, pero desde el primer momento sabía que diría que sí, y sospecho que él también.

»Una sospecha confirmada cuando empecé y me dio las primeras instrucciones. Swann es un amo de la vieja escuela, de quienes dirigen sin dejarte el mínimo resquicio para dudar de quién manda, ya lo has visto, pero cuando se trata de su empresa es algo más sutil y delicado.»

—Y sobre todo si tiene que mandar a alguien como tú. ¿Qué edad tiene?

—Podría ser nuestro padre.

—¿El tuyo o el mío?

Nos reímos.

—También el tuyo. Aunque no lo parece, está más cerca de la edad de Kelch que de la de Zapruder.

—No sé de qué me puede servir, pero adelante.

Continúa.

—Pronto vi que el trabajo para el cual me había contratado el señor Swann costaba de definir en términos convencionales. No había escala jerárquica entre él y yo, yo le rendía cuentas directamente y sus inmediatos subordinados no tenían ninguna prerrogativa sobre mí. Traté con banqueros, políticos, propietarios de grandes empresas, individuos de dudosa filiación y recursos vagos, ignotos y terribles, filósofos, pillos antisociales, falsos profetas la única virtud de los cuales parecía ser el enigmático ascendiente ejercido sobre otros tipos que daban la cara ante el mundo.

»Tenía un sueldo fijo y comisiones extras por cada operación completada con éxito, contingencia producida una o dos veces al mes, cumplimiento de objetivos lo llamaba, y desde el primer día supe que la discreción absoluta era el principio básico de mi virtud. De manera inevitable, el statu quo —o qué sé yo— estableció una relación especial entre Swann y yo, de hecho ya determinada de inicio, quién sabe si en su primera intención. No se lo pregunté nunca, ni él debía

de considerar oportuno o necesario aclarármelo. No sé qué habría resultado. Swann y yo compartimos la temeraria idea de que no hay nada más fascinante que la verdad.»

El griterío de la Comisión nos hace levantar la cabeza.

—Si está usted aquí como submarino de la gestión del Anficonversor lo podía haber dicho de entrada, y habríamos sabido a qué atenernos desde el primer momento —dice Carter.

—No estoy aquí como submarino de nada ni de nadie —dice Crowley—. Le sugiero que antes de subir el tono exponga sus servidumbres y antecedentes personales. Quizá es usted el no apto para este cometido.

Zapruder dice:

—Señores, no permitiremos que una discrepancia personal interfiera en los trabajos de esta Comisión.

Miro a Midoissa con el rabillo del ojo. Me pregunto si la verdad le fascina tanto como para dosificarla con avaricia, o tan solo con sutileza. Me parece una mujer irresistible.

—La interferencia es esencial, porque determina el juicio en direcciones opuestas —dice Rakshasi.

—¿Y qué? ¿No se trataba de contraponer visiones contrarias para dar profundidad y volumen a la conclusión? —dice Borrell.

—¿Y si lleva a la imposibilidad de conclusión? —dice Carter.

—La fallida siempre es una opción de la existencia. Como tal, no siempre es fallida en sí misma —dice Crowley.

Bettina se vuelve como buscando a alguien a quien echa de menos, nos ve y nos sonríe. Se vuelven un par más, y le digo a Midoissa:

—Solo nos faltaban enfrentamientos entre nosotros.

Me dice:

—¿Cuando dices «nosotros», a quién te refieres?

Zapruder ha seguido las otras miradas, se vuelve del todo y de cara hacia aquí dice:

—Si hay alguna otra apreciación particular, sería interesante compartirla.

Midoissa me mira inquisitiva, como animándome a intervenir. Un impulso de atención le afila y agiliza las facciones, le hace los ojos más grandes y profundos, más despiertos y anhelantes, la ilumina con una sonrisa apenas esbozada, aspectos de la misma figura estética y sentimental para transmitir la descomunal concentración de su presencia en mi pensamiento, que más allá de la transparencia emanada por quién sabe qué zona de vértigos, sabe lo que me pasa por la cabeza porque solo lo usará a mi favor. De la suma de verdades absolutas se desprende que la verdad absoluta no tiene ni sentido buscarla.

—Hemos llegado a un punto de no retorno dentro de la Comisión.

Cuando se ha roto la confianza mutua ya es imposible acordar nada —dice Rosa Vinyals.

Hay un alboroto general. Algunos se levantan; el compareciente, atónito, no se mueve de la silla. Carter y Crowley se enganchan hablando los dos a la vez. No se les oye bien.

—No aguanto más, me largo —dice Curwen.

—¡Buena suerte! Solo hay una cosa más difícil que entrar aquí: salir —dice Midoissa—. Sin autorización, claro.

—Si consigue que lo expulsen...

—Es delicado. Si se te va la mano no te echarán a la calle, te trincarán.

Kreis se levanta y otea aquí y allá. No sé si solo a mí me parece ostensible cómo se asegura de dónde están Bettina y Midoissa, y dónde estoy yo, aunque esto ya debe de ser más probable que solo me lo parezca a mí. El Teniente Nietsripas y dos guardias acompañan al compareciente fuera de la sala, y Zapruder se dirige a la Comisión.

—Amigos, en un desatino como este no tendríamos que haber caído nunca, pero irrecuperable tampoco lo es. El doctor Kelch y yo mismo tendremos un encuentro privado de conciliación con las señoras Sinora y Vinyals y los señores Carter y Crowley. Damos la sesión de hoy por acabada.

Le digo a Midoissa:

—¿Kreis no va a la conciliación?

Me mira como si quisiera descubrir si me burlo.

—Vas más perdido de lo que creía.

—A lo mejor me tienes que acabar de situar.

Me parece tan franca y encantadora que se me hace rara la idea de que tenga intenciones capciosas.

—Te invito a cenar en la habitación.

—¿A cenar?

—Sí, a cenar. A hablar, nada más.

Se ríe abiertamente. Me abofetearía yo mismo.

La gente se dispersa desprendiendo impaciencia, desaliento, incomodidad y fastidio. Bettina nos hace gesto de «mira qué desastre», Rakshasi parece muy incordiada, a María Sinora la tienen que llevar del brazo. Algunos se van más aprisa, y de quien se va con quien intento deducir los enfrentamientos. Me da un respiro ver que nuestro Egrégor no se dispersa. Vienen a nuestro encuentro. Spohr dice:

—Vamos a la salita, tenemos que tomar decisiones.

Por el camino, Midoissa se me desempareja y se avanza con Bettina, y yo caigo junto a Mina.

—Espero que no hayas vampirizado a Bettina —le digo.

—¿Por qué? ¿Tan horrible te parece? ¿O te has vuelto protector?

—Sí, protector de la diversidad —le digo, y reímos.

A pesar de que vayamos de lado, le noto la mirada inquisitiva.

—Por eso te has juntado con la reina.

—¿Perdón?

—Midoissa.

—No me has dicho qué ha pasado con Bettina.

—Pregúntale a ella.

—¿Por qué no me lo dices tú? ¿Forma parte del ritual?

—Exacto. Cada cual cuenta lo que le afecta.

—Y la afectación del vampirismo es por pasiva.

—Tendrías que saberlo. ¿Te gustaría que contara lo que hubo entre tú y yo? —hago un gesto posibilista—. ¿Tú lo has contado?

Llegamos a la salita. Intento sentarme junto a Midoissa, pero se me adelantan Curwen y Spohr, uno por cada lado. Al menos puedo ir con Bettina. Rakshasi dice:

—Francamente, no sé qué hacemos aquí.

—Eso es lo que buscan —dice Spohr—. Desanimarnos para que abandonemos.

Digo:

—Por más intereses y facciones contrapuestas que queráis, por principio no tiene sentido. ¿Nos convocan y luego hacen todo lo posible para echarnos? Si no me falla la memoria, ha ido pasando continuamente.

—Quizá con lo que hemos descubierto Spohr y yo algo adquiere sentido, y una lucecita en la obscuridad permitirá continuar —dice Bettina.

—Hasta añadirá cierto interés —dice Spohr—. Lo que ha pasado entre Crowley y Carter (algunos os lo habéis perdido) —le guiña el ojo a Midoissa, y no le debe de parecer relevante guiñármelo a mí— es la punta de un iceberg bastante complejo.

Le interrumpo.

—¿Lo habéis descubierto durante la comparecencia? Porque en la comida no lo sabíais.

—Sí —dice Bettina, y compensando la injusticia me guiña el ojo a mí—, cuando las declaraciones tienen tanta sustancia como las de hoy, comentar las vicisitudes de las preguntas y respuestas es superinstructivo.

Spohr continúa.

—Los dos bandos parecen más definidos. En uno están aquellos para quienes la resolución es un mero ejercicio burocrático y no tienen interés en poner nombres propios a lo que ha pasado, sino tan solo en un ajuste de parámetros técnicos, quizá para introducir sus empresas, o de gente próxima, y sacar un rendimiento no del todo inesperado.

—Los que esperan beneficios particulares al final de la aventura —

dice Mina, y Spohr continúa.

—La gestión de la particularidad..., ya lo habéis visto, la base conceptual no concuerda, o a mí se me escapa algún rasgo sustancial..., decir que la inquietud ya no la produce la aparición del otro dentro de ti mismo, sino la de tú mismo al final de la exploración de lo más alejado, más recóndito, más otro. Insuflar el «yo» a cualquier objeto o parte del mundo lo disuelve, y ya puedes dar por consumada la transvalorización.

—¿Y la facción de pragmáticos quiénes son? —dice Curwen.

Spohr dice:

—Sapirstein, Nietsripas y los Camarlengos, Crowley y María Sinora, y por simpatía, no creo que por principios, Rosa Vinyals y Borrell Dalmau. La otra facción, como se les podría llamar...

—¿Humanistas? —dice Bettina, y se ríen a dúo como si hubiera dicho algo graciosísimo.

—... digámoslo así, pretenden que los individuos son el centro de cualquier causalidad, que no se trata de una resolución puramente técnica, sino que todo tiene origen en el factor humano. Naturalmente, esta digamos ideología de fondo no es más que faramalla pseudojustificativa, porque se trata de encontrar al culpable...

—Que según ellos milita en la facción pragmática —remacha Bettina.

—... y no es descartable que así sea, ahí está el quid de la cuestión. No sé a vosotros, a mí me ha divertido oír evocar la condición angélica de «el otro», que en situaciones de extremo peligro o crisis grave el hemisferio derecho del cerebro conecta con el izquierdo para generar «el Ángel» salvador/ guía/ mensajero, el avatar de uno mismo.

—No, no, nada de avatar, uno mismo es ese otro. Es el pretendido «yo» el ente que no es sino avatar mortal. El «yo» es fenómeno del noúmeno «consciente-inconsciente colectivo». La búsqueda del fantasma es la del «yo» —dice Bettina, y Spohr continúa.

—Es la facción de los doctores Kelch y Zapruder, los Contracamarlengos, Guidobaldo y los Archicamarlengos, Carter, Fabrici, Mercedes. Hay un punto contradictorio, porque las Órdenes militares, o Vigilantes si se prefiere, forman la estructura profunda de la Madre Casa, y por lógica deberían ser más conservadores y oscurantistas.

—Salvo que no sea más complejo, y no veamos más que la punta del iceberg de un conflicto interno de la institución mucho más vasto y profundo —dice Mina.

—Lo es, hay datos objetivos. La facción humanista se acabará partiendo en dos, quienes optan por la acción policial por un lado, por el otro los que esperan salvar los muebles, y les parece negociable a

través de la geometría espacial —dice Spohr.

—El Hiperrombicosidodecaedro, sí, ya me han pedido un informe, creo que me requieren por eso —dice riendo Midoissa.

—Y por tanto, en el extremo opuesto a los pragmáticos, como el repertorio técnico del Anficonversor, y de la Cáscara en general, es tan inconmensurablemente complejo que no hay ajuste que no represente más que una pequeña capa de pintura, porque el conjunto no lo controla nadie, el interés es encontrar si alguien, por las causas que sean, ha introducido el factor humano en el incidente del que se nos ha encomendado informar.

—¿Por introducir el factor humano entiendes sabotear? —dice Curwen.

—Quizá, pero lo digo de forma genérica porque podría tratarse de otras cosas —dice Spohr—. Que los hechos en sí sean irrelevantes, que el verdadero propósito sea reunir esta Comisión, dentro de la cual la mayoría somos comparsas excepto uno o dos, o tres, que son el objetivo de una operación más compleja y trascendente.

Tengo una intuición.

—Que puede culminar, o tan solo desencadenarse, depende de lo que se trate, en el asesinato. ¿Qué interés tiene, si no, reunir gente tan heterogénea en un lugar cerrado, inexpugnable, donde tú controlas los mecanismos del orden?

—Cuando dices tú, supongo que no te refieres a ninguno de los presentes —dice Rakshasi.

—No sé, no sé, quizá Bettina...

Reímos. Rakshasi dice:

—Lo malo es que los de una facción quieren expulsar a los de la otra y hacen todo lo posible con todos los medios, y los otros hacen lo mismo, y al observador no implicado le parecería que todo el mundo quiere expulsar a todo el mundo.

Digo:

—Recuerdo de uno de los capítulos de mi inacabable entrada que los Contracamarlengos me dijeron que los jeiales y los yrgúlidas pretendían destruir la Madre Casa. Descubrir quién tiene relación con ellos ayudaría a situarnos.

—Sería un dato interesante —dice Spohr—, pero no sé hasta qué punto ilustrativo. ¿Quién quiere destruir el statu quo, los humanistas o los pragmáticos?

Le digo a Bettina:

—¿Qué ha pasado hoy en la Comisión?

—¿Tenías cosas mejores para hacer, no? —me dice, risueña y malévola, y procuro que no se me vaya de las manos—. Lo que tenía que pasar. Con los datos aportados por los dos últimos comparecientes, Carter ha acabado acusando a Crowley de estar detrás

de las causas del incidente, y el otro lo ha acusado de querer destruir la Isla de los Muertos. Un clásico de la dialéctica política.

—¿Carter es un yrgúlida? ¿O un jeial? —dice Curwen.

Sin una razón que sepa determinar se me presenta la idea de la lista como orden, como elección, una especie de burla de la libertad. Tengo a Bettina al lado y para mirarla me tendría que revolver demasiado, pero la siento como una presencia fraterna, a favor, fiable en el sentido de que no me hará una mala jugada. Delante, formando conmigo un triángulo, la helada Mina como un juego con la muerte, de malignidad desmayada, mucho menos capaz de afectarme que hace dos días, a pesar de que fuerte para volver con ella no me siento aún, y la proteica Midoissa, a la vez dorada como Bettina y azul como Mina, y mucho más, y roja y negra, como si vigilara a Spohr, la más rica en relieves y facetas, la más enigmática y atractiva, la más peligrosa. Siento la fatalidad de la destrucción en forma de resquemor sentimental —tirando a sexual. Me emborracho de adrenalina. ¿De qué es síntoma confundir —¿o mezclar?— sexual y sentimental? Apuesto conmigo mismo cuánto tardaremos en hablar del Bien y del Mal.

Midoissa dice:

—Ha llegado la hora de establecer dónde estamos. Con qué facción, quién cuenta con nosotros.

—¿Cada cual, o todos en conjunto? —dice Curwen.

El drama del libre albedrío, me diluyo en la altísima frente de Midoissa, la mirada altiva y desprotegida, inocente y mortal.

Spohr dice:

—No tenemos tiempo para una declaración de principios de cada cual, para hacernos un contrajuicio, para ser abogados del diablo unos de los otros. Al grano: ¿alguno de los presentes tiene compromisos con cualquier entidad relacionada con algún aspecto de la gestión del Anficonversor?

Nos escrutamos. Mina parece distante, Bettina pasa de largo de mí, Midoissa me sonríe sin tampoco detenerse mucho, tan poco que por vanidad me obligo a pensar que lo hace por compromiso. ¿Es esto lo mejor que tiene? ¿Esta sonrisa que no es sonrisa sino tristeza, sino promesa, sino reclamo, sino paz, sino ansiedad? ¿Cómo lo veo yo? ¿Los brazos en su punto justo entre la fuerza y la esbeltez? ¿Las manos entre el poder y la sensualidad? ¿El incomparable juego de concavidades y convexidades alrededor del pecho? ¿Alrededor de la pelvis?

—Que yo sepa, no —dice Rakshasi—. La pregunta siguiente es si alguien ha adquirido aquí dentro alguno nuevo que le implique como sea en los términos que has dicho.

Mina dice:

—Hay que pensarlo con calma. Pueden ser detalles de los que ni uno mismo sea consciente.

Le digo a Spohr:

—Tal como lo has expuesto, partiendo de la distinción entre los dos bandos es imposible que ninguno de los presentes tome partido.

—Habrá que hacer lo de siempre: tomar partido según filias y fobias a las personas —dice Curwen, y Rakshasi dice:

—Me parece difícil que no lo estemos haciendo ya —señala Mina —. Sería extraño que Zapruder y compañía no se hubieran hecho una composición de lugar de nosotros mejor que ninguna que nos hagamos nosotros de ellos. Con más datos objetivos, mejor establecida y sistematizada, y si en algún caso no lo tienen claro, lo calibran en términos probabilísticos. Como dijo Midoissa, quién cuenta con quién, quién caerá en qué bando, quiénes lo han hecho ya.

Bettina dice:

—Suponiendo que sea así, es más importante que nunca ir de acuerdo, no hacer nada que socave la confianza mutua.

—La fruta del árbol del Bien y del Mal repartida y adjudicada — dice Curwen, y la apuesta ganada conmigo mismo me tendría que halagar, pero me intranquiliza.

Me abstraigo en las manos de Midoissa, fuertes pero no amenazantes, tal como todo es en ella, en el punto justo entre la aparente fragilidad y el indudable poder, unificados elegancia y atractivo animal. Reflejan el paso del tiempo, pero todavía no se han vuelto garras. Qué acelerantes las mujeres de dedos largos, cuántas cosas permiten imaginar, qué capacidades, qué recursos.

Spohr dice:

—No nos equivocamos en los repartos y adjudicaciones. Que nos revolvamos por intereses o por resortes morales no es ningún barómetro práctico si no bregamos entre absolutos, y no lo hacemos, no lo dudéis.

Rakshasi dice:

—Si se impide a los jueces tener intereses sociales para desimplicarlos, ¿por qué protegernos y aislarnos no ha sido la base para gestionar esta Comisión? Volvemos a los lugares comunes entre el maquinismo y el sesenta y ocho: el otro ominoso en el interior del yo, la profundidad del yo en el irreconocido totalmente-otro, un yin-yang irresoluble y a la vez inevitable.

—Porque el conflicto ente el Bien y el Mal no se dirime entre buenos y malos, sino dentro de cada cual —dice Mina—. Si no se quiere caer en pulsiones infantiles, en ningún relato serio de un conflicto colectivo hay buenos y malos. Descubrir que los que creías que eran los buenos son los malos es la pesadilla de los inocentes, dolorosa y destructiva. Es la pulsión autojustificadora de los

desesperados. Por eso el mundo homérico es superior, más civilizado, real y maduro que el simplista mundo de culpas y castigos del judeocristianismo.

Digo:

—Será destructivo sufrir en propia carne que lo que tomabas por esencia del Mal es en realidad el Bien supremo, porque es lo que te cuestiona a ti mismo, la propia y pretendida esencia individual. El Ángel es mucho más terrorífico que el Diablo.

Spohr se impacienta.

—Entre buenos y malos acaba siendo una cuestión de punto de vista sin interés. De política. Los buenos son los míos, los malos son los otros, y cuando estoy en un mundo abstracto inventado, depende de quién encarna qué valores.

Iba a decir que esto lo salva la neutralidad del punto de vista, la asepsia, y me encuentro con la mirada de Midoissa. Si no está dentro de mis pensamientos, algo de mí le interesa. El qué, tengo que descubrirlo cuanto antes. Cuando estoy a punto de apartarme, nos enfrentamos visualmente. Los ojos mantienen un combate mental más profundo que cualquiera de los usuales con palabras o gestos. En los instantes vertiginosos dedicados a descubrir si es un hecho objetivo o tan solo mi delirio, ella desvía la atención, y la conmoción se esfuma.

Rakshasi dice:

—Hace rato que divagamos. ¿No estamos aquí para tomar partido? ¿Resolvemos un problema técnico o buscamos un culpable?

Midoissa dice:

—Esa es la cuestión central, sí, pero hay demasiadas ramificaciones por resolver. ¿Qué investigamos de verdad? Sabemos a quién favorecemos tomando un partido u otro, pero desconocemos el alcance de las consecuencias. ¿Qué hay en juego?

Curwen se apunta.

—¿Qué desconocemos?

Mina dice:

—Cuando sepamos lo que desconocemos, ya no lo desconoceremos. Basta con decir qué hay que investigar.

Bettina dice:

—No avanzamos. Deberíamos aclarar si esto no es también un elemento en juego, y a quién favorece.

—Por lógica, a los culpables —dice Spohr.

—Y quiénes son? —digo.

—No lo sé, pero en el punto donde estamos, el hecho de estar y no saber salir revela la presencia de algún criminal involucrado —dice Mina.

Nos quedamos en silencio. Spohr dice:

—Estamos atrapados en un círculo vicioso. Sugiero que intentemos

descubrir algo más cada cual por su cuenta, y continuamos hablando.

Mina se ríe.

—Me recuerdas cuando el grupo de estudiantes o excursionistas perdidos se divide para localizar la recóndita y misteriosa amenaza, y es lo ideal para que el monstruo los liquide uno por uno sin dificultades.

Me vuelvo para mirar a Bettina, y pone cara de decir, nos hemos quedado descansados. Salimos, y en medio de las indecisiones, o falsas indecisiones, me hago encontradizo con Midoissa, y me da la impresión de que se aviene a ir a su cuarto con cierta displicencia, o disimulando no sé por qué ni ante quién. Interfieren Curwen, Spohr, Mina, y no quiero especular en qué dirección, con quién quieren estar, quién no quiere que esté con quién. Perros, serpientes, gusanos, halcones o tiburones, quién lo sabe.

Parece que acabamos consiguiéndolo, pero ante la entrada de la habitación de Midoissa hay un rebrote a cargo de Mina y Curwen.

—¿Queréis cenar los cuatro? —dice Shelly.

Midoissa se difiere en aquella sonrisa ambigua, y me hace terriblemente feliz. Además, me deja la iniciativa.

—Mañana, quizá. Midoissa y yo hemos de terminar de hablar.

Me gusta cómo se miran. Incluso las medias risas capciosas, impertinentes.

—La geometría da mucho de sí —dice Curwen.

—Y sin efectos secundarios —le digo.

—No todos los efectos secundarios son perniciosos.

Como no paramos de reírnos, conseguimos no quedar tan acres.

Una vez dentro, Midoissa encarga la cena, y nos ponemos cómodos pero no del todo. Le digo:

—¿Hemos abandonado la contemplación de los poliedros?

Me mira y me vuelve transparente otra vez.

—¿No es esto lo que me quieres decir, no? Venga, adelante.

Me siento capaz de todo porque me reconozco completamente vulnerable.

—Si abandonas el sexo, el sexo te abandonará a ti.

Le cojo la mano, y no retirarla, no moverse para dejarme hacer me parece la forma de rechazo más dura aunque pretendiera ser la más considerada. Todo va a cámara lenta, las miradas, los gestos adquieren un peso casual y consistente, con aromas de premonición. Me acerco a ella. Le podría dar un beso, pero ¿qué removería?

—Te jactas de conocer a las mujeres, pero solo conoces la parte que las relaciona con los hombres. De cómo son cada una y entre ellas mismas, ¿qué sabes?

—Lo mismo que tú de los hombres. O de mí.

—Aspiro a conocerte, desde luego, y por eso eres tú quien ha de

hacer algo. Yo solo puedo dárteme a conocer.

—Y no quiero nada más. Antes, una pregunta —me separo para mirarla—. ¿Esto forma parte de la investigación, o es algo entre tú y yo?

—Si te digo que las dos cosas a la vez...

—Pensaré que es solo parte del trabajo.

—Pues es entre tú y yo.

Me obligo a creérmelo —sin conseguir deshacerme de la idea de que también lo que acaba de decir forma parte del protocolo laboral. Cuando traen la cena, me encuentro sin mucha hambre. Ella tampoco parece de comer mucho. Estoy más interesado que nunca en lo que la ha traído hasta aquí, y tengo la impresión de que hay más de una clave. Le digo:

—Me estabas contando de cuando trabajabas para Kreis. Para Swann, como quieras.

Me mira, burlona, deja los cubiertos y se aparta de la mesa.

—Si quieres, después hablamos de por qué a Kreis le llamo Swann.

—¿Por qué no ahora?

Parece a punto de decírmelo, pero se encoge de hombros.

—Enseguida supe por qué Swann me quería a mí y a nadie más. No tenía clara la manera de escurrirme sin involucrarme en asuntos de naturaleza opuesta a mi manera de ser, por no hablar de principios, que siempre acaban apestando a hipocresía. Advertí el interés del señor Swann por guiarme en el equilibrio de intereses entre conocer a las personas y darme a conocer, cómo le divertía motivarme hacia superaciones inauditas, hacer competir en un velódromo mi inteligencia con la suya, cómo se entretenía y se complacía en la impostura del maestro dispuesto a convertirse en discípulo, a jugar al expoliador complaciente, al torturador bondadoso, al asesino vulnerable.

»Me exigía contárselo todo, impresiones, sospechas, reticencias, repugnancias, contrariedades. Le rendía cuentas de las nuevas alianzas, de la destrucción de algunas por mor de una mejora, de los cadáveres dejados por el camino. Pedía detalles —cuando no se los creía por poco escabrosos los exageraba hasta donde me parecían aceptables—, me preguntaba por los amantes, por los ocasionales, por las gamberradas sexuales, por cómo me sentía, si me gustaba o me desagradaba, por las heridas, por las erosiones cutáneas, por los flujos restañados, de quién estaba tentada de enamorarme —ante quién me daba cuenta demasiado tarde de haber sucumbido, o cuando ya no estaban—, y ni en los momentos más difíciles se dignó a dar un mal consejo —que mucho me habría yo guardado de pedirle nunca. Me hizo valorar la mentira en términos difícilmente objetivables en otros ámbitos. ¿Qué interés tiene la declaración sin mentira? ¿En qué

modifica la realidad, qué novedad aporta? Un discurso hecho de verdades es superfluo, no es más que reiteración de la evidencia, que tautología. El mestizaje entre mentiras y dobles sentidos, y todas las sentencias tienen: «Llover sobre mojado» es una elipsis sobre una buena relación sexual entre hombre y mujer. La excepción es el terreno sentimental, donde la verdad resulta inquietante; y la mentira, tranquilizadora. Donde la verdad mata, la equivalente mentira pacifica. La verdad enfrenta, es un elemento de guerra; la mentira, de concordia, apacigua. A la vez que me pedía que le mintiera, quería que el juego supremo pasara por sublimar las verdades en la cúspide de la lubricidad.

»Cuando me debía de considerar lo bastante entrenada —había acabado la carrera, y después de un par de años en los Estados Unidos me había situado en el departamento de la facultad—, me hizo pedir la excedencia y me mandó a un conjunto de empresas coordinadas, que al principio imaginé dedicadas a paliar el hambre del mundo —no era una hipótesis fútil, los elementos objetivos estaban ahí—, y una vez que accedí algo a fondo comprobé la sutileza formal y el maravilloso dibujo conceptual a través del cual el altruismo materializado en ayuda universal a la humanidad se engarza, se imbrica con el tráfico de recursos preciosos, con el de órganos, de armas, de diamantes, con los macrocanales de información, con las farmacéuticas, con los servicios de espionaje. Comparados con aquello, los criminales frecuentados hasta entonces eran pobres forofos, tristes tarugos de barrio.

«Culminado el progreso laboral iniciático, habiendo estado empleada en trabajos diversos a la espera de aquel para el cual intuía que estaba siendo instruida, me situó en las filiales de la CBP. En la Leufert —apenas recuperada de la sacudida del paso de Buron y Salabreda—, donde descubrí repertorios profesionales de mi país que no habría imaginado nunca, a la vez que desplegaba mis teorías sobre la aplicación de los parámetros técnicos que había estudiado en la facultad, donde me enamoré del director, un candaulista impotente que me sometía a sexo con el chófer y su hermano delante de él, y los viernes por la noche me exhibía desnuda, enjoyada y atada con cadenas de plata en sus fiestas en medio de todo el mundo. En la Köpff, donde introduje mejoras en el sistema operativo que permitieron salir de la mediocridad y situarse líderes del sector, donde gané cien veces más dinero del que gastaré en toda la vida, donde se enamoraron de mí los siete sátrapas del departamento técnico, y después de una semana de trabajo y de resistirme sin éxito a pasar cada noche con uno diferente me obsequiaron con una fiesta sorpresa de despedida culminando haciéndome el amor uno tras otro en el jacuzzi. En la Aurica, donde en poco más de un año cambié la

orientación estratégica y como premio salí aún más rica que de la Köpff, al altísimo precio de constatar cómo la humanidad se autorregula con guerras, epidemias, extensos episodios de hambre, miseria, insalubridad, cómo cuando no viene por los mecanismos de la naturaleza, los implacables apóstoles de Némesis lo gestionan sin moverse del despacho. En la Kaufmann, donde por fin encontré el equilibrio entre el interés y el aprecio sentimental, porque el jefe, Alfred Silberberg, me hizo sentir el placer del dolor hasta las últimas consecuencias, y excepcionalmente Swann tuvo que mandar in extremis a la Guardia pretoriana a rescatarme, cuando yo podía haber muerto torturada en la cueva, porque de tan enamorada de Alfred era incapaz de negarme a nada, y él tanto de mí que era capaz de todo.

»Yo era una atleta en aquella época, y aun así volví destrozada además de victoriosa, habiendo evitado la fuga de la empresa al trust de la competencia, y habiendo mejorado los acuerdos, pero una vez más, asqueada ante la fatalidad de que el optimismo tecnológico no se proyecta en ideales humanistas, sino que ya no es más que una simple complacencia en la comodidad y en tener el juguete más nuevo y más caro que el del niño de al lado. El peaje moral había sido tan alto que yo ya estaba dispuesta a huir y dejarlo todo plantado.

»El señor Swann se dio cuenta, y añadiendo el hecho de que yo me había hecho demasiado famosa dentro del gremio, me apartó de la primea línea mediática de las decisiones, y para despistar a la competencia me metió en el mundo de la moda. Le dije, ¡estás loco, querido, como tapadera, modelo! Especialista encubierta por la mañana, modelo por la tarde, espía por la noche, y en cada ámbito dos o tres amantes, no lo sé, perdí la cuenta, una época —en otro aspecto— aún más extenuante y agotadora, en que recorrí todo el repertorio de parafilias, que permitió a mis enemigos, cada día más numerosos y encarnizados, intentar desprestigiarme diciendo que me dedicaba a la prostitución de lujo, cosa que al principio produjo el efecto contrario al pretendido.

»A la larga, la estrategia de Swann tuvo éxito, porque acabó circulando que yo había caído en desgracia en las altas instancias de la CBP, y los focos de atención se desplazaron a otros objetivos, naturalmente también controlados por él. Desde el primer momento me había dejado claro que yo era la clave de la operación, y cuando la aventura de la top model adquirió una proporción incontrolable, el gran Swann volvió a cambiar de planes y me reintegró a la universidad, donde me reservaban el puesto como investigadora docente.

»La nueva tapadera resultó menos efímera que las anteriores, y para mí más tranquila, a pesar de que enseguida se tuvo que replantear el calendario laboral; no podía dar clases ordinarias, tenían

demasiado éxito.»

—Me lo puedo imaginar.

Nos reímos.

—Swann aflojó la presión sobre mí para diversificar esfuerzos en la formación de otros agentes, alguno con mi ayuda, en la mayoría de los casos indirecta, incluso oculta, como en el caso de su propio hijo, delicadamente entrenado sin que ni él mismo fuera consciente. Swann apreció mis consejos, es uno de los asuntos del que estoy más orgullosa. Ya hacía tiempo que yo había adquirido responsabilidades de primer orden; a partir de entonces ya incluso suplía al señor Swann mismo, cuando ni el don de la ubicuidad le permitía atender todos los frentes abiertos, y se complacía fingiendo que la edad ya no le daba para ciertas expansiones. Reduje el repertorio de relaciones personales, el de amantes en primer lugar, y sobre todo el de clientes.

»Me había acercado al núcleo central, y acabé accediendo a él, a la CBP. Solo los de la cúpula, el viejo Van Egmont, tío-primo de Bettina por cierto, Jaume Camus y Mercedes Schikamayr sabían de mi identidad y mis atribuciones, porque formalmente entraba y salía como amante de Silvano Morel —no en estos términos, claro; en ninguno y en el summum de la discreción, y todos sabían a qué atenerse—, sin que ni él mismo supiera con quién se la jugaba, después de una filigrana de operación donde apreció como un éxito haberme seducido. Jugar con las alternativas a la gestión —el señor Swann, a mi parecer de forma poco apropiada, lo llamaba apostar a todos los caballos— formaba parte de la estrategia, y yo, que no me he sentido nunca incómoda en las ambigüedades —permiten desahogar las dudas profundas—, esta vez me pillé los dedos, porque permití que se me acercara el jefe de una pequeña revuelta ciudadana contra las actividades de la empresa, y tuve la mala idea de enamorarme.

»¡Qué podía hacer! Después de años de bregar con tipos retorcidos, insignificantes flores del mal enrarecidas, farsantes petulantemente desengañados de todo, sedientos de licores fuertes —y cuando llega el momento, incapaces de tragárselos—, encontrar la inocencia y el impulso ascendente, no te rías, en todos los sentidos, en una mirada directa y un cuerpo joven me rebasó. Lucas me daba versiones primarias y parciales de todo lo que yo ya sabía, me exponía ilusiones de cambio absurdas y, lo que es peor, inútiles, y como me sabía mal decepcionarlo y desmotivarlo, le permitía que pensara que me lo descubría, que me daba acceso a un mundo que él aspiraba a mejorar. ¿Qué podía hacer, si nadie me había hecho el amor como él? ¿Cómo me podía resistir a un hombre que se tiene a sí mismo por un peligro para el sistema pero resulta más que nada tierno, quijotesco, desprotegido, bellísimo, y además te lleva como una reina de orgasmo en orgasmo? Para hacerle feliz le habría dejado enseñarme a sumar.

Estar segura de acabar mal y no poder remediarlo añadía un morbo inabarcable. Cómo son las cosas, no le mataron porque yo lo prefiriera en lugar de a Silvano, sino porque se lio con Mónica, hija de su mujer, una Boort..., la hija inocente de una auténtica bruja esclava de las propias frustraciones. Fui la primera en sufrir las consecuencias, pese a que no la única ni la más perjudicada. Mónica enloqueció como consecuencia del trauma..., pero esa es otra historia.»

Cuando las mujeres hablan de otros hombres suelen hacerlo para desanimar a los acosadores. ¿Por qué me da la impresión contraria? No me vale decir que no me considero un acosador, pero tampoco creo haberme manifestado como voyeur, pese a que oyéndola me descubra como tal, una sorpresa relativa porque ya con Bettina había experimentado sensaciones parecidas, aunque menos intensas. ¿De dónde viene tanta extrañeza? ¿Por qué lo que más deseo lo siento invasivo, por qué tengo la impresión de que si no huyo seré destruido?

Estoy a punto de preguntarle qué sensación produce la posibilidad de que maten por ti, si yo podría estar en peligro ahora mismo, de qué depende la inmediatez. ¿Realmente he estado a punto de decirlo? Parecía fácil, lo tenía aquí a mano, pero la distancia entre pensarlo y hacerlo no era, tal como parecía, de un milímetro, de un papel de fumar, sino de años luz. Si no lo digo, estoy más lejos de decirlo que de ni siquiera haberlo pensado. Este no es el argumento principal de la sensación, porque lo que estoy a punto y-por-otro-lado-muy-lejos de preguntarle es lo que siente por mí, si le gusto, si podemos llegar juntos a algún paraíso sentimental y sexual —no necesariamente en ese orden. ¿Pero preguntarlo cómo? ¿Servido por qué antecedentes? Se me presenta un farallón escarpadísimo. Inexpugnable. ¿O no tanto?

Aprovechando la pausa, le digo:

—¿Cómo quedó la relación con Silvano y la CBP?

—Que el señor Swann lo tuviera previsto acabó de desasosegarme. Situó en escena a Amadeu, una vez más, sin que el otro fuera consciente. De todos los rebotes que he tenido en el proceso —a pesar de los éxitos y los reconocimientos, he tenido unos cuantos—, este fue el más fuerte. Até corto a Swann. Si tengo las atribuciones que dices, allí donde haga falta las ejerceré de acuerdo con mi criterio, le dije. No iré nunca en tu contra, no te desbarataré ninguna operación ni me meteré donde no me llaman, pero no cuentes más conmigo para colaborar en depredaciones propias de sátrapa feudal, de shōgun o de cualquier otra especie de señor de la guerra. Por saturación, entré en crisis con las fiestas, las aventuras y las crapuladas. Había pasado una primera fase de sorpresa, de horror, de indignación; había creído superarla en una segunda etapa de autoprovocación, de respuesta a todos los retos, de complacencia, en la disolución de límites, había

llegado a estar enferma de excitación, de vertiginoso autocastigo.

»Me di cuenta de que estaba preparada cuando dejé de encontrar la más mínima gracia en los excesos y las demostraciones. El padre de Hedoné, la Voluptuosidad, es Eros, pero su madre es el alma, y en la lucha por la supervivencia corremos el riesgo de olvidarlo. Había recibido la lección de humildad suprema: el mundo es de los criminales, y si no quieres ser de los muertos de hambre tienes que asociarte con ellos, al precio de renunciar a liquidarlos, de no pretender cambiar el orden de la selva. Cuando me miraba al espejo habría podido ver una miserable puta, pero me veía libre porque había conseguido escoger y mantener una mano desatada, una mano con la que aún me quedaban muchas cosas por hacer. Y aún me quedan.

»La nueva situación tuvo consecuencias inesperadas. Las investigaciones del departamento me llevaron a un mundo de aplicación de algoritmos que casi me olvido de los otros objetivos profesionales, hasta que me di cuenta de que, una vez más, Swann el terrible había sido más listo que yo, porque las actividades habían acabado confluyendo. Incluso huyendo de él había ejecutado fielmente sus planes. Tuve que aguantar que me felicitara más efusivamente que nunca. Oírle decir a un individuo como este que eres la mejor sienta como si te condecorara Calígula.»

—No me habría parecido mal que me condecorara Calígula —le digo, y nos reímos.

—De forma prodigiosa, o no tanto, mis resultados académicos servían a la gestión diplomática de los últimos años en el Oriente Medio. En términos que ahora no te contaré porque nos saldría el sol abrían la puerta a la integración de Irán y Pakistán en el bloque capitalista occidental, y me situaban en el punto de mira del espionaje antijudío y antinordamericano. Esconderme ya no formaba parte del juego. Era urgente para salvar la vida.

»Mientras tanto, Amadeu no me hizo nunca ninguna petición explícita. Me tenía por una viuda y asumió el papel de chévalier servant, pero sus anhelos lo hacían más transparente que si no saliera del lucernario en todo el día. Aunque no tuviera dinero ni posición social, y por tanto no fuese peligroso, el señor Swann detectó un riesgo a medio plazo. Un intelectual vitalmente tranquilo aunque ideológicamente tortuoso podría hacer una oferta tentadora a una mujer en edad núbil sentimentalmente débil como yo. De nuevo vino rodado, porque aquel tío estaba pendiente de la resolución de una beca de posgrado, encallada por un detalle burocrático que Swann resolvió por los procedimientos habituales, lo mandó a Yale y me prohibió que fuera con él. Debió de ser para que no se descontrolase ninguna interferencia, porque pronto Amadeu también fue

incorporado a un Egrégor de la CBP. Hasta podría aparecer por aquí.

»Así he llegado al momento actual. El único asunto candente de mi vida no tenía que ver con el trabajo ni con cuestiones personales, sino con la hija de la Boort, Mónica, atrapada en el trauma de la muerte de Lucas. Con Amadeu en los Estados Unidos y el resto del grupo de amigos dispersados, con una madre desequilibrada y un padre inexistente, solo me tenía a mí como referencia inmediata al margen de los terapeutas, y yo también la he tenido que abandonar. Me resistí, pero ¡cómo podía negarme! El señor Swann, ya investido como doctor Kreis, me invitó a cenar en un reservado del mejor restaurante del mundo para decirme, ha llegado la hora, querida, estamos ante el reto por el cual hemos trabajado todos estos años, el objeto final de tantos estudios al precio de horas de sueño, de tantos esfuerzos, de tantas alianzas. Estás insuperablemente preparada, y espero lo mejor de ti. Y aquí me tienes.»

Quedamos en silencio. Le digo:

—Hemos llegado hasta aquí por caminos diferentes.

Se encoge de hombros, recupera los postres. Mientras ella hablaba, yo he ido picando, pero la cena ha quedado casi entera.

—No tanto como parece.

Le digo:

—Hemos ido a parar entre criminales. Tú tienes las pruebas incontrovertibles.

—Siempre lo estamos. El crimen es estructural en Occidente, no has sido nunca un iluso. La abolición de la pena de muerte en Europa es una farsa. Ahí está en todo su esplendor, disfrazada, enmascarada en la distribución de la riqueza, en la barbarie social de la propiedad. Mira cómo los depredadores expolian a la mayoría ciudadana.

—No puedo estar en desacuerdo. ¿Pero no hay una gran parte de tópico redentorista en este tipo de discursos? ¿No es todo más complejo y rico en matices?

—¿Te parezco autocomplaciente en este punto?

—Ni en este ni en cualquier otro que se me ocurra... Yo qué sé.

—Pues piensa. Quizá lo eres tú, y en más aspectos que yo.

Me he esforzado en parecerle normal, pero iba en dirección contraria. Lo que le interesa, no puedo decir si lo que le atrae, son mis rarezas.

Le digo:

—Me has contado parte de tu vida, entiendo que la que consideras de más interés para el caso. ¿Debo sentirme en ventaja descortés ante ti?

—¿Seguro que no es desventaja? —nos reímos—. Si me quieres contar algo de la tuya me encantaría —sonríe—. No solo la parte que te parezca de más interés para el caso.

—No, claro. Te contaré la que me hará quedar mejor.

La severa gravedad de los primeros días me parece en ella más negociable, pero de ninguna manera más frívola. Al contrario, el humor le otorga un crédito sacrificial inquietante.

—Habrá pocas cosas que te hagan quedar mal, estoy segura.

—Ni más ni menos que a la mayoría, supongo.

Se quita los zapatos y se echa en el sofá. Ni un gesto en la dirección de desprenderse de más ropa, ni una rendija en el envoltorio de confianza que, de forma paradójica pero no tanto, cierra el paso a la intimidad. Pienso en gestos análogos de Mina, de Bettina, lo lejanas que me parecen.

—Te escucho.

Finjo que me cuesta decidir por dónde empezar, a pesar de que hace rato que lo tengo pensado.

—Has empezado tu vida en un punto avanzado. Si no yerro en el cálculo, alrededor de los veinte años. Supongo que forma parte de la voluntad estilística de encarnar tu lista en la forma...

Me interrumpe.

—La epifanía, ¿no?, has dicho antes.

—... sí, en fin, aunque no me lo parezca, y en ninguna otra parte admitiría tan solo la posibilidad, debo de ser un tradicionalista. Requiere evitar dispersiones temporales que acaban siendo temáticas. A pesar de que tengo la intención de empezar en un punto anterior al tuyo, hablando en términos relativos como no podía ser de otra manera, desde el punto de vista de la forma mi plan no es muy diferente del tuyo.

»Mis recuerdos más recónditos son de una madre que lo hacía casi todo, y de un padre semiausente, diplomático de carrera, que cuando venía era como un Rey Mago —los tres a la vez. A medida que me hice mayor me fui dando cuenta de que tal como estaba, digamos, organizada mi familia no era ni mucho menos corriente. Tenía un hermano catorce años mayor (hijo de mi madre pero no del padre), que antes de que yo entrara en la adolescencia se fue de casa para estudiar en el extranjero, y se convirtió en una ausencia aún más profunda y constante, y de forma complementaria en una presencia igual de festiva y atípica.

»En casa nunca nos faltó de nada, dentro de un orden de burguesía intelectual acomodada, y cuando tuve edad para pensar por mi cuenta atiné a desbrozar hasta qué punto era poco habitual el comportamiento de mi padre, más como un regalo de ocasión, del cual es mejor agradecer los dones que exigir responsabilidades, y el trato que tenía con mi madre, más como los ocios de una empresa de ignotos objetivos que como el de los padres de una criatura. A efectos pedagógicos, icónicos y morales, ella hizo de padre y madre a la vez y,

cuando él murió (yo tenía veintiocho años), el protocolo funerario me acabó de informar de lo que ya había ido sabiendo y situando en mi idea de la vida. Mi posición en el laberinto de sus otras familias, de los hermanos jerárquicamente superiores que yo sabía que existían pero con quienes no había tenido contacto. La actitud de mi madre marcó mi pauta de sentimientos. Sin tensiones ni resquemor, sin reclamo ni sentido de competición, transida de un agradecimiento en absoluto servil pero tampoco orgulloso. La exquisita amabilidad con que todos se comportaron conmigo, sin hacerme sentir incómodo en ninguna circunstancia, sin que nadie me hiciera notar el peso de una jerarquía, me dejó un agridulce difícil de situar. Aquel orden perfecto, la apariencia de falta absoluta de grietas en la organización del grupo no era claridad, no era firmeza de cosas bien establecidas, sino el civilizadísimo envoltorio de un enigma.

»Seguí todo aquello que parecía programado para mí sin plantearme a fondo si lo quería —ni si lo estaba de verdad—, sin más rebeldías que las oportunas y establecidas para no parecer un imbécil. Hice la carrera, el máster en los Estados Unidos y la ampliación de estudios en Alemania, en Japón, en los Estudios Portroyalencos y en la Academia Neoloyoliana, tuve tres novias formales con diversos grados de compromiso, me enamoré más de la que me trataba peor, Sonia, y me acabé casando con Camila cuando la mejor parte de nuestra relación ya había pasado. Encontré trabajo con una facilidad sospechosa. ¿Qué queda de todo aquello? Nuestros dos hijos pronto serán mayores de edad. El nuevo orden de vida me mostró la otra cara del planeta. La ausencia del padre sí que era un elemento de competición, y la madre había sido la víctima del destino impuesto por otro. Me sentí animal de granja, de una granja de crianza selecta de bestias preparadas para triunfar, pero granja al fin y al cabo. Había cumplido mi deber dinástico, nada se me podía recriminar. Hace tres años, con semanas de diferencia, murió mi madre, me divorcié de Camila y fui promocionado en el escalafón de la empresa, lo que ahora me permite estar aquí, y no sé si es un regalo de la vida o la inmensa, camuflada putada final.

»Sobre mi deriva sentimental, me sabe mal, no estoy a tu altura ni por remota aproximación. Cercados en el caserón de Victor Ferret en la montaña, una situación por cierto que la actual me la recuerda, hicimos un estúpido cambio de parejas con Frederic Casanova y Teresa Mauret, y te digo estos en concreto porque son conocidos, pero no fue la primera vez. Y sí la última. Camila se había desengañado y aburrido, y yo no tenía la energía ni la motivación para sacarla del pozo, ni para inventarme nada capaz de extirparme de mí mismo. ¿Qué había que salvar? ¿Un repertorio de costumbres sin gracia? ¿Una imagen que no interesaba a nadie porque no nos interesaba a

nosotros? No me tengo por modelo de nada, pero tampoco me complaceré en mis defectos, ni los expondré a la codicia de los cabrones. Los hijos han sobrevivido a mi indigencia moral, con eso me considero superviviente y bien pagado. Sin los padres, ya no tengo por encima ninguna autoridad ante quien rendir cuentas ni encontrarme ridículo, culpable, fracasado ni nada de lo que habitualmente la vida regala, nada de todo sobre lo cual nos ilusionamos con que queda bien lamentarse. Por primera vez me sentía, no como un gran estímulo y sin dudas pero tampoco con malas sensaciones, libre.

»Cómo se gestiona una destrucción descomunal, el escombro de la memoria, de los parámetros de comparación, de los hitos referenciales, de la razón de las jerarquías. Ahora que están muertos todos los que configuraron mi ilusión de futuro, el presente donde vivo se asemeja a aquel futuro como una cocina pequeña, vieja y sucia al plano del Templo de Salomón, y ser el amo me hace depositario de recuerdos que solo me interesan a mí a la vez que liquida la razón de ser de la libertad. La libertad no es nada a partir del momento en que deja de ser una dimensión del espíritu y se convierte en aspiración a vivir de un sueldo, donde se disuelve en nada la diferencia entre si se ha realizado o no.

»Me centré en el trabajo, y no como una ilusión de destino ético ni para contribuir al bienestar del mundo, sino como un juego banal escasamente gratificante en sí mismo. Las amantes que han ido pasando, escasas y efímeras, no me han ocupado mucho tiempo, ni real ni mental. ¿Lo ves como tengo una historia oscura y aburrida?»

Me dedica una sonrisa en la que no veo displicencia.

—No me lo parece. Al contrario, veo profundidades enigmáticas, extensas sutilezas de posibilidades.

—Pues ya me contarás, porque solo las ves tú.

—No puedes negar que tus opiniones están ligadas a tu formación y al trabajo...

—¿Y las de quiénes no?

—... y en tu caso han sido un bálsamo, aunque te presentes a ti mismo desengañado y escéptico, algo comprensible por otra parte. En algún momento todos hacemos una selección de valores. El menú moral a nuestra medida.

—Un menú que no servirá nunca a todos los paladares. ¿Tienes idea de lo que me costó entrar aquí?

—El oficial te cerró el paso porque no cumpliste la norma numerológica.

Ahora sí que me deja de piedra. ¿Somos dos recién llegados y compartimos investigación, o Midoissa es una de ellos?

—¿Te lo ha contado Kreis?

—¿Qué cambia quién me lo haya contado?

De su sonrisa acuática deduzco que dará igual que insista. Que no me distraiga encontrarla tan enfermadoramente atractiva.

—Ya que sabes tanto, me explicarás por qué se me insinúa que soy el elegido. ¿Elegido para qué? ¿Por qué soy el adecuado para detentar la primera persona? Ni sé con qué finalidad.

—Tú mismo te postulaste para la primera persona y elaborador de la Lista en tus pensamientos en Prevención, que como puedes imaginar también es zona de transparencia, cuando elaboraste las correspondencias.

—No me harás creer que he sido el único que ha caído en derivas mentales.

Me contempla, y no consigo detectar planes malévolos en la mirada limpia, directa, exigente pero en absoluto, ni remotamente, innoble ni retorcida.

—Te niegas a creerte único. Ahí va la paradoja, por eso lo eres.

—¿Único? ¿En qué sentido?

—En todos. También ligado con tu trabajo. Imagina una máquina de clonar humanos. En cierto momento, te duplicas y aparecen dos seres idénticos, los dos con la misma autoconciencia y la misma memoria, estructurados en la idea de ser tú al margen de la existencia de otra copia, porque, salvo que se encuentren enfrentados, cada uno de los dos percibirá que es tú (¿o hay que decir «que eres tú»?), y que es único. Son tú, y quien has sido tú hasta aquel momento percibe la continuidad de su existencia tanto en uno como en el otro, al margen de que, lógicamente, a partir de aquel momento inicien en paralelo vidas independientes, y por tanto divergentes. Lo único que les distingue del resto del mundo es que hay otro igual. Imagina que uno de los dos muere.

—No tiene vuelta de hoja: la existencia se habrá acabado para aquel duplicado, y continuará en el otro.

Me mira tan deliciosamente burlona que decido afilar mejor los comentarios a partir de ahora. Continúa.

—Aquí viene la parte más difícil de entender en términos de vida cotidiana: si da igual que hayas muerto en un cuerpo con tal de que estés vivo en otro, también da igual que te mueras en tu cuerpo actual si en otro lugar cualquier cuerpo vive. Lógica secundaria: ser único y a la vez no serlo. De la física cuántica y la relatividad se obtiene que estamos constantemente siendo multiplicados dentro de un cono temporal de generación continua de realidades alternativas, que cada duplicado ignora los otros, y el mundo se pluridesdobla sin parar en dimensiones paralelas, como un árbol espiralmente ramificado del pasado al futuro...

—... y por tanto no tiene sentido temer la muerte mientras viva alguien, porque de una manera incomprensible por la razón también

viviré yo.

—El razonamiento no se acaba ahí porque, podrás decir, si yo estaré vivo no estándolo en sí mismo estando vivo algo más, también puedo no estarlo estándolo aunque no viva nada más —dice, y se incorpora para mirarme de más cerca.

Me intriga cómo continúa el razonamiento manteniéndome a mí como sujeto. ¿Es que no se considera tal ella misma? Me dan ganas de reír. ¿O ella ya lo es, un clon? (No, porque entonces lo somos todos; pese a que ¿qué cambiaría si así fuera?) Si es más profundo, y eso parece, ¿qué me está queriendo decir?

—Pues como da lo mismo que sea yo como otro, en cualquier caso seré único. Pero como esto también se puede decir de otro, la cuestión prevalece. ¿Por qué yo?

—Porque tanto da que seas tú como otro.

—O es demasiado profundo, o es una chorrada.

La cena es un reducto olvidado en algún rincón del tiempo, una presencia física insignificante. Hace tanto rato que se ha hecho de noche que la conversación ha pautado un repertorio que podría aprovechar para la Lista. Fingimos hablar del punto de vista, y hablamos de la inmortalidad.

Me dice:

—¿Sabes qué hora es? Deberíamos dormir, quién sabe lo que nos espera mañana. Sería conveniente no aparecer adormilados.

—Nos esperamos nosotros mismos.

Debí habérmelo ahorrado. Se levanta y va de acá para allá sin vacilar. El carrito de la comida, los postigos, los papeles de la mesa; el ordenador y el smartphone a cargar. Se vuelve.

—¿Quieres dormir como ayer? —intento detectar matices, pero ha recuperado la neutralidad del primer día—. Lo digo por ti. ¿Estuviste cómodo?

Se ha permitido una sonrisa —me animo un poco.

—Mejor no repetir lo de ayer —reímos y compartimos vagamente un gesto como de asustar a un insecto de calibre considerable—. Me da pereza salir al pasillo. ¿Quieres que duerma en el sofá?

—Al sofá iré yo. Aún no he perdido el sentido de la hospitalidad.

—Ni hablar. ¿Crees que yo he perdido el de la decencia?

Se reiteran, inexorables, los pasos de ayer, con menos misterio y más contundencia, o a mí me lo parece. La siento más confiada y distendida, más azarosa y desinteresada. La disuasión toma formas engañosas. O me estoy dejando derrotar por la vanidad.

Se va al lavabo y vuelve con la misma camisa de dormir, tan casta que hoy le veo una vis burlona. Hasta así queda elegante; lo que hay bajo la ropa transciende cualquier máscara. En el sofá no se instala nadie. La indecisión parece la pauta de lo que nos espera, pero no el

reclamo de una serie de estupideces casuales, sino la manifestación de un juego sutil. ¿Apagamos la luz y nos ponemos a dormir? Creo detectar en su sonrisa discreta que se divierte más de la cuenta. Debe de actuar así para variar, porque el sexo ha llegado a aburrirla. Sin ser muy consciente de cómo y cuándo hemos empezado, no lo llevo del todo bien. Esto ya no es un juego.

Asumiendo la continuidad de la indecisión evito la proximidad física y me siento en la cama a su lado. Como siempre, ella no se pronuncia con gesto alguno. Se reclina en la almohada y se me queda mirando. Como si se me acabara de ocurrir, le digo:

—Los problemas prácticos planteados por la resurrección y, más genéricamente, por la inmortalidad hacen pensar que los encaramos en términos gallináceamente humanos, como si a un topo se le mostrara lo que es volar. Seguro que mucho más aún, y si tales dimensiones o fenómenos se producen tan fuera del alcance de nuestro conocimiento que nunca los alcanzaremos ni por remota aproximación.

Levanta las cejas como quien está de acuerdo. O quizá como quien quiere matizarlo. ¿Nos condiciona lo que pasó anoche, o lo que no pasó? ¿En qué dirección? ¿Qué siente ella por mí? Rebrota, en otro avatar, la pregunta de siempre. ¿Por qué yo? Dice:

—Poetas, místicos y geómetras de todos los tiempos lo señalan sin tocarlo, y ponen el dedo en la llaga: esas no son cosas para el entendimiento..., el entendimiento es un coche que funciona por las carreteras, pero no intentes volar. ¿Va a ser así para siempre? A pesar de no ser su intención (muere convencido de ser un neoplatónico que ha contribuido a iluminar la naturaleza divina), Gödel dice que sí. ¿Qué significarán para los humanos unos dioses perpetuamente inaccesibles?

—¿Y cuando el Universo se haya fundido en la entropía infinita, cuando todo sea cero absoluto indiferenciado? Ahí no habrá sistema de partículas que acoja ninguna actividad inteligente.

Se levanta, coge el smartphone, busca un texto y me lo muestra.

—Un correo de Amadeu, extraído de sus meditaciones.

Que la muerte cósmica me parezca mucho más terrible que mi muerte (la muerte del que soy o creo ser yo), debe indicar que no soy un nihilista radical, que de manera más o menos inconsciente detecto o creo detectar alguna forma de individuación después (o en otro momento separado) de la desaparición física de mí mismo como individuo. La clave de tal posibilismo es el tiempo, del cual la linealidad sucesiva forma parte no de su naturaleza intrínseca, sino de la naturaleza intrínseca de los seres humanos y, más genéricamente, de los seres vivos y, aún de forma más genérica, de los seres sometidos

a mutaciones. La cuestión es dónde están los seres no sometidos a mutaciones, y la respuesta corresponde a la lógica intrínseca, no a la lógica de los hechos perceptibles. Tales seres están fuera del tiempo. Si somos positivistas, no existen. La realidad incontrovertible de que este «yo» de ahora desaparecerá cuando yo muera no quiere decir que la conciencia que en él reside, de forma parcial o incluso potenciada, no sea huésped de otro «yo». A través de qué mecanismo y en qué medida y dimensión, es el último enigma. Y uno asociado: por qué tendría que ser así, cuál es la necesidad ontológica de tal fenómeno.

—Si la entropía infinita final es una entelequia, y el Universo se acercará asintóticamente al cero absoluto final, pero no llegará nunca.

Se ríe.

—Qué frío, ¿verdad? ¿Esta es la expectativa de inmortalidad?

—Si la realidad es una ilusión, si la vida es un engaño, la gran cuestión continúa. Incluso aumenta. ¿De dónde proviene la falsedad?

—La búsqueda no tiene fondo. ¿Quién es el autor? ¿Cuál el objeto, la razón de ser (que debería ser lo mismo que el mecanismo)? Instalados en el otro universo en principio original y generador, ¿cómo estar seguros de que no es a su vez la ilusión producida desde un tercero, y así de forma sucesiva?

—Si no nos atenemos a la convención de la existencia, no es que las cosas no sean, es que da igual que sean o que no sean.

—Hay más de un modelo: una mise en abyme de realidades subsecuentemente generadas desde otras realidades, con un inmenso abanico de variantes en forma de nudos, retrocesos, retornos y órdenes conceptuales o geométricos. Hay una controversia importante, más allá de los conflictos políticos actuales, sobre los mecanismos de gestión. Los supertwistors, los triptolemizadores, variantes geométricas abstractas en un espacio multidireccional subyacente al espacio-tiempo. Como en tantos nuevos caminos, la cuestión es unificar soportes (métodos, por tanto) para evitar una guerra, real o no (con muertos humanos o no), para imponer el propio modelo al margen de la eficacia, o simplemente a la forma más fácilmente generalizable. Como acogerse a los hasta ahora considerados objetos imposibles espacialmente, y también temporalmente.

—Me cuesta de imaginar. ¿La utilidad supeditada al poder?

—Sí y no. La autonegación como llave que, paradójicamente, abre todas las puertas.

—Que no sea demostrable no quiere decir que sea refutable.

—Como axioma, no como ley.

—Ley solo si fuéramos positivistas.

—Simplemente si somos humanos.

—Humanos platónicos. Los entes matemáticos existen al margen

de cualquier forma o sistema que los considere.

—Y a efectos rigurosamente positivistas, da igual si existen o no.

—Incluso en el más extremo paradigma positivista, ¿hay algo que no dé igual si existe o no? Volvemos siempre al mismo punto.

Acabamos riéndonos. Pero no es risa de verdad. Pienso si alguna vez lo ha sido. No ahora —en toda mi vida. Solo me he reído de veras viendo gente cayéndose en la calle.

—Qué ibas a decir sobre la numerología?

—Hace días que intento convenceros de que es un elemento importante, y relacionado con la música.

—Me he dado cuenta. Bettina y tú sois más necesarias de lo que creíamos..., y no es que al principio yo no pensara que tú no lo fueras.

—Todo el mundo, aquí, es más importante de lo que los demás pensaban.

—Aquí, y fuera de aquí.

—Fuera de aquí no hay nada.

La cama, helada de blancuras funerarias, es lo bastante grande para estar dos tantas noches como sea necesario en vicisitudes y posiciones diversas sin tocarse, y lo que oso imaginar que ella espera de mí, o que no desea, qué la molestaría, qué desataría en ella rechazo o (aún peor) lástima, se semiconvierte en una figura modulantemente perspectiveante asociada a un híbrido medio rojo medio blanco de tiburón, jirafa y piano de cola. Cojo papel y lápiz y digo:

—Por lo que se dijo a propósito del Egrégor, el número de letras es el primer indicador. Supongo que a Kreis le has llamado Swann porque los dos tienen cinco.

—También tiene cinco Artur —dice—. Busca la equivalencia numérica.

—¿Artur no tiene ninguna relación?

—No he dicho tal cosa, he dicho que busques la equivalencia numérica.

Hago tan deprisa como puedo la tabla de equivalencias y la aplico.

—Kreis se desglosa 11 + 18 + 5 + 9 + 19 = 62, y por tanto 6 + 2 = 8, y Swann 19 + 23 + 1 + 14 + 14 = 71, y entonces 7 + 1. El mismo número.

—Forma parte de una tradición. ¿Desde que estás en la Isla de los Muertos alguien ha cambiado de nombre?

—Muguete... —calculo—, equivalente numérico de Artur.

—¿Cómo se llamó después?

Las preguntas tienen un aire cada vez más conminador, mismamente la maestra acumulando argumentos ante el alumno gandul y díscolo al que se le va a caer el pelo.

—Delora, equivalente numérico, veamos...

—¿Tú tuviste que cambiar de nombre?

—Sí, Besandt —vuelvo a calcular—, vaya, equivalente de Delora. Supongo que esto acota el terreno de la impostura. De la autenticidad.

—Muy bien.

—El resultado final, Besant..., 51, 5 + 1 = 6, no equivale a nadie —me mira con una neutralidad provocativa—. Vamos a ver Midoissa..., 17, o sea Q, pero también 1 + 7 = 8, como Kreis y Swann.

No dice nada y pienso si se relativiza ella misma —se burla de mí. El erotismo que nos separa nos aproxima, o al revés. No se puede vivir la vida en términos de resolución de un enigma, de demanda de solución. En tal reduccionismo se perderían demasiadas piezas (que la vida es un camino es un tópico que si no es universal poco le debe faltar). El proceso de la conquista, la lista del recorrido, el peso terrible de la intención de destruir de la donna angelicata.

Me dice:

—¿Qué conclusión sacamos?

—¿Que todos estamos relacionados de alguna manera? —sonríe como de posibilismo—. Entonces, ¿cómo se han establecido las pautas de una relación así? ¿Unos y otros hemos sido escogidos por el valor numérico de nuestros nombres?

—Veámoslo con la relación inversa de causa y efecto. La relación numérica de los nombres ha establecido una pauta registrada por alguien, y nos ha llevado hasta aquí.

—¿Ese alguien es Kreis? —se mantiene impasible; no variar la sonrisa es la realización perfecta de la flema—. ¿Tú?

Todo inflexiona. Interpreto la fluctuación facial como que me dice «no del todo, pero no vas desencaminado».

—Será tarde. ¿No quieres dormir?

—Aquí está la resolución del caso, no en las informaciones técnicas, que solo sirven para distraer. Son, como insinúa Spohr, la excusa para reunir a determinados individuos, y la mayoría no son más que comparsas. ¿Voy bien?

—Si crees que te puedo contestar es que crees que formo parte de la organización.

—¿Y no es así?

—No en el sentido de tener responsabilidades directas en la situación.

—¿Pues en cuál?

—Ya te lo dije, he participado en la elaboración de bases teóricas y de algún elemento práctico del Anficonversor.

Me reaparece el discurso sobre la mentira. ¿Me está protegiendo? ¿De quién? ¿Me quiere tranquilizar? ¿Sobre qué? Ni se me ocurre que me lo esté contando todo. Le digo:

—¿Quiénes son los imprescindibles? Y más importante, ¿para qué?

¿Cuando tengamos una cosa tendremos la otra? —pone cara de vete a saber—. ¿Por qué tengo la impresión de que lo sabes todo de buen comienzo? ¿Por qué me da miedo saber por qué no me lo cuentas? ¿Estoy pasando una prueba iniciática? ¿Es un juego? ¿Lo tengo que descubrir por mí mismo? ¿De qué soy el elegido? ¿Quién me ha elegido?

Encuentro tan fascinante la verdad que nunca me había planteado que las mujeres me mintieran —pese a su tendencia general a rebajar los relatos del pasado, sobre todo en el terreno sexual—, y la deriva me obliga a imaginar razones poderosas. He liquidado a Camila, he liquidado a tres amantes que hacía años que arrastraba, me he cansado de gestionar conflictos sentimentales, he pasado por encima de Mina y de Bettina. ¿Qué espero de Midoissa? Me dice:

—Te has elegido tú mismo. ¿Te parece poco?

—Me parece incomprensible.

Hace un gesto soñador.

—Te faltan datos. Lo arreglaremos, pero no ahora. Ahora mejor dormimos.

Apaga la luz, y se hunde en la cama en decúbito supino. Hago lo mismo, y poco a poco la penumbra recupera contornos y volúmenes, pero no hasta el punto de saber si ya duerme. Me abandono a la interpretación cubista de la quietud y el silencio, a imaginar cómo ella recibe el vacío —diferente de mí, o de ninguna manera. Me obligo a definir si lo gestiono desde el deseo. Sí, pero con qué exigencia no lo puedo llevar a la práctica. ¿Y desde la ansiedad? En qué dirección la mía, con qué intensidad, no lo puedo negociar. En cuál la suya, quién sabe si ojalá yo no intente nada. Con la necesidad perentoria de dilucidarlo, le digo:

—¿Duermes? Ya sé que ayer...

No me deja terminar.

—Ayer tuve un mal momento, y el hado lo corrigió, aunque te cueste de aceptar, y lo entiendo. La ocasión no se puede repetir.

—¿Por qué no? —no veo qué cara pone, y aunque no puedo valorar la conveniencia de insistir, acabo haciéndolo—. ¿Por qué no?

—Porque lo tengo prohibido.

¿Por qué me creo todo lo que me cuenta esta mujer? Me quedo helado.

—¿Quién te lo ha prohibido? ¿Por qué?

Da la luz y se incorpora.

—Son las leyes de la Isla de los Muertos. Puede que tú seas el Elegido y yo el Mensajero, y no puede haber este tipo de vínculos entre nosotros.

Me parece firme, inconmovible. Yo también me siento así.

—¿De dónde salen estas leyes? ¿Qué salvaguardan?

—Muchas cosas. Es largo y complicado de explicar.

—¿Dónde se pueden consultar? En las webs accesibles desde aquí no he visto nada parecido.

Se sirve un vaso de agua y echa un trago pequeño.

—Por ahí no descubriremos gran cosa.

—¿Descubriremos, dices? Tú lo sabes todo. En el mejor de los casos soy yo quien tiene que buscar.

—Me sobrevaloras. ¿Y en el peor?

—En el peor, estás jugando conmigo.

Se me acerca con gesto de tocarme la mejilla, pero enmienda el impulso y la mano acaba leve, casual, en mi brazo.

—¿Quién no juega con quién? La clave son los individuos. La construcción de cada personalidad será determinante. Los antecedentes, las historias particulares, tal como en parte nos hemos explicado antes tú y yo.

—Te alineas en la facción humanista de Zapruder y Carter. ¿Lo propondrás mañana en la reunión restringida de trabajo?

—Antes quiero ver qué han decidido los demás.

Hace gesto de volverse a poner a dormir. Digo:

—En el reparto en facciones de la Comisión, Spohr no puso a Kreis, o Swann, como le quieras llamar. Entiendo que está con los humanistas.

Deja pasar unos instantes.

—Debe de ser así.

—¿Tu vida profesional ha girado a su alrededor y esperas hacerme creer que no lo sabes?

—Kreis tiene muchos puntos de anclaje, cambia continuamente, domina como un arma poderosa ser imprevisible, y no tiene intención de renunciar ni de ponerla en peligro por una debilidad vanidosa.

La interrumpo.

—Por más sutil que sea, por más au dessus de la melée, no me dirás que no conoces la posición de tu mentor. Con todo el trasiego de estos años ha tenido que ser un respiro para ti. Un refugio.

Me mira con una tristeza fluctuante, y al final se le escapa la risa.

—Un respiro, un refugio... Ay, Kreis ha sido el más terrible de mis amantes.

Caigo en el desasosiego contagiado no sé de qué. Mi cuerpo es más sabio que mi mente, y me resulta difícil y doloroso unificarme. Creo detectar en los impulsos de Midoissa hacia Kreis la mezcla de rabia y devoción que solo se siente por el padre, pero en mí hay mucho más. ¿Lo intuyo? ¿Lo sé? ¿No quiero saberlo? ¿Qué cambia este dato? No lo sé —mucho.

—¿Ha sido o es?

Se ríe como si se tratara de una banalidad. Cuando me mira no me mira, y me siento mirado cuando no me mira.

—Siempre ha sido o es. No acaba de ser nunca, y nunca deja de ser.

Nada puedo decir, y ella se ríe más y se encoge de hombros.

—No sé si me gustaría un amante así.

—Si puedes escoger, no es recomendable, sobre todo si tienes la debilidad de enamorarte. ¿Qué te parece, dormimos?

Vuelvo a estar a más de ciento veinte pulsaciones, y le diría, ¿y así estos días, qué? Pero no todas las preguntas son para ser formuladas.

—Me iré a mi cuarto para no molestarte...

—No me molestas.

—... y así empezaré a redactar la Lista.

—Como quieras.

Me visto, y se levanta para acompañarme a la puerta. Me mira a los ojos con una sonrisa levemente traviesa, juguetona, donde no sé si ver excusa, burla benigna pero burla al fin y al cabo, extraños vaivenes de posibilismo. ¿Y ahora qué? ¿Le doy un beso? ¿Le doy la mano?

No me da opción, me frota el brazo y me da un semiabrazo ligero, precario y aun así raramente intenso —o es el estado en que lo recibo —, y desaparezco tan aprisa como si hubiera ido a parar a otra dimensión. Me viene a la cabeza una sentencia implacable: Estamos en el tramo final del Juego de la Fragmentación.

En la habitación, de pronto inesperadamente acogedora y aburrida, preparo los libros y el ordenador para empezar. La lista de la Lista, una pirámide de grados de abstracción: en la base, el Universo; en la cúspide, el absoluto innombrable. En cierto modo, una vanitas.

Pienso en criterios de organización. Discernida en elementos o secuenciada temporalmente, o bien agrupada según elementos afines. O contrapuntada para obtener una figura abarcable con la mirada, desde un sencillo concepto reconocible.

Hago un primer esbozo.

→ Actividades de la vida cotidiana: despertarse, toilette personal, desayunar, leer el periódico, primeras llamadas y/o mensajes de trabajo.

→ Pertenencias personales de macho en periodo estándar: smartphone, cargador, pendrive, llaves, medallas, relojes, cadenas, cepillo de dientes, pasta de dientes, hilo dental, maquinilla de afeitar, espuma de afeitar, hielo, champú, preservativos, dildo, perfume, libretas de notas, cortaúñas, palillos, anillos, cinturón, alpargatas, gafas de cerca, gafas de lejos, gafas de sol, protector solar, crema para después del sol, agua de colonia, analgésicos, antipiréticos,

antiinflamatorios, ansiolíticos, desinfectantes, insecticidas, elementos mecánicos y electrónicos, armas, navajas, lápices, sacapuntas, goma de borrar, clips, grapadora, tijeras grandes, tijeras pequeñas, rotuladores, ordenador.

→ Pertenencias personales de hembra en edad fértil: crema de labios, pintalabios, smartphone, cargador, pendrive, llaves, pequeño neceser para lápiz de ojos eyeliner, maquillaje en polvo, preservativos, tampones, compresas, anticonceptivos de uso oral, diafragma, crema espermicida, rímel, peine, perfume, libretas de notas, libros, amuletos (piedras, colgantes), dildo, bolas chinas, cepillo de dientes, crema de día, crema de noche, fulares, mechero, espray mostaza autodefensa, espejito, velas, pareo, sandalias, toalla de mano, toalla de playa, zapatos de tacón, collares, pendientes, brazaletes, anillos, tijeras de uñas, lima de uñas, sales de baño, ropa interior, joyero, fotografías, estuche con colores, rotuladores, goma, sacapuntas, depiladora eléctrica, crema hidratante, gillette, máscara para la piel, de arcilla, de chocolate, de aloe vera, hielo, champú, crema hidratante para el pelo, crema hidratante de labios, pintaúñas, monedero, caramelos, chicles, analgésicos, ansiolíticos, crema de manos, objetos de recuerdo, postales, cajas, lápices USB, auriculares, barritas de incienso, pañuelos, toallitas desmaquillantes, pinzas de depilar, tónico, crema anticelulitis, espuma para el pelo, secador, plancha para el pelo, gel vaginal, cintas y pinzas para el pelo, sombreros, llaves de la moto, diario personal.

→ Ordenados de menos a más por el número de caras, o por otro criterio de complejidad, por el número de lados de cada cara, y cuando son polígonos diferentes, por el que tiene más:

· Los cinco cuerpos platónicos: Tetraedro, Octaedro, Cubo, Icosaedro, Dodecaedro.

· Los trece arquimedianos (enumerar).

· Los noventa y dos de Johnson (id., etc.).

· Los trece de Catalan.

· Los cuatro de Kepler-Poinsot.

→ Piezas de las Pasiones: Herr, unser Herrscher, dessen Ruhm; Betrachte, meine Seel'; Mein teurer Heiland; Ruht wohl; Kommt, ihr Töchter, helft mir klagen; O Mensch, bewein' dein' Sünde groß; Erbarm es Gott, Hier steht der Heiland angebunden; Mache dich, mein Herz rein; Wir setzen uns mit Tränen nieder; Geh, Jesu, geh zu deiner Pein; Ich lasse dich, mein Jesus, nicht; Falsche Welt, dein schmeicheldn Küssen; Welt und Himmel, nehmt zu Ohren; Bei deinem Grab und Leichenstein.

→ Secuencia de todas las cifras aparecidas en los códigos, las matrículas y las referencias técnicas de las actividades realizadas a partir de la primera gestión de la entrada en la Isla de los Muertos.

→ Paradigma de cualquier frase de uso cotidiano. Ejemplo: «Te voy a meter una coz en los huevos que te saltará uno por cada oreja» [qué se deduce: A) Expresa sentimientos poco amistosos. B) Es un maleducado. C) Se tiene a sí mismo por un caballo. D) En este caso, si es varón, por extensión informa de la medida excepcional de su miembro. E) Pese al aspecto parasexual de la expresión, no tiene por qué contemplar encuentros sexuales a corto plazo. F) Si es hembra, connota un porcentaje contingible de androfobia (¿o misoandria? Consultar especialista)].

→ Elementos de la vida cotidiana: la deriva de las estaciones, la salud pública, la pedagogía de masas, las estadísticas, las contraindicaciones ecológicas, el Ars de Llull, el precio de los víveres básicos, la sensibilidad de las plantas a los elogios y a los insultos, el color conveniente de los trajes en relación con la edad, el género y la extracción social, el Big Crunch, los plátanos y el estreñimiento, las encías y los infartos de miocardio, la renta per cápita sometida a luz estroboscópica, las colonias de verano para niños, Bosch-Gimpera y Maragall traduciendo los Himnos Homéricos, el desconocimiento de la iconografía, los orígenes sadomasoquistas del cristianismo avant la lettre, el krill, la ortografía inglesa y los bordados, las fluctuaciones del deseo sexual, la frecuencia de relaciones sexuales en relación con diversos parámetros, Los siete locos de Roberto Arlt, la meteorología, Los siete ahorcados de Leonid Andreiev, los ratones knockout, las exenciones de Hacienda, Honi soit qui mal y pense, el contrato social a partir del feminismo, los doce trabajos de Heracles y la túnica incendiada, Paul Auster llorando viendo cine, el efecto invernadero y el cambio climático, ¡la transparencia, coño, la transparencia!, la atención de los insectos a las estrellas, Providence de Resnais, las caries, los apóstoles del retorno a la urbanidad, la mayonesa y el alioli, la negación del alma por Hume, el mantenimiento del alumbrado, las cloacas y el servicio de limpieza, el orgasmo femenino, las águilas del Chrysler Building, la poesía de John Dryden, la Serratia ficaria SH7, la justicia social, el escalofrío metafísico, la oxitocina, la máquina para ayudar a parir de George y Charlotte Blonsky, la asimilación y pervivencia de los Beatles, el humor como religión, brótolas y bertolleras, la odontología sexual de los vampiros, las ligas europeas de fútbol, la cuadratura del círculo, la duplicación del Cubo y la trisección del ángulo, la dimensión del azar en los horóscopos de la prensa diaria, los hermanos Marx, el anapelo azul, la relación entre las oenegés y las mafias, los sujetadores talla 125 y la regresión a la pulsión mamaria, la doble hélice de Watson y Crick, los dibujos de Victor Hugo, la coincidencia de las sílabas centrales de «Victor Hugo» y «factor humano», la geometría minkowskiana, el canto de las tórtolas, el espíritu de las disposiciones transitorias, la

Commonwealth, la francofonía y el Imperio donde no se pone nunca el sol, la vivisección y los acúfenos, el prestigio y las oportunidades de los superdotados, el prestigio y las oportunidades de los discapacitados, $e = mc^2$, la moda del calzado, la incompletitud como pauta de todo, ¡es la Virgen María, estúpido!, la resistencia de los virus a los antibióticos, la simpatía asociada a las gónadas, entre el Dasein y el Wu-wei, el derrumbe de la memoria, Ninetto Davoli acariciando al gato blanco de la eternidad, cúmulo-nimbus en la parte superior izquierda del encuadre, la comida que hace polvo el estómago, la globalización de la inexistencia, que te reconozcan en una vieja peli porno cuando años después has triunfado en un trabajo considerado honorable por los imbéciles, la transvalorización, la cirugía plástica, el dodecafonismo, 4:20, cómo se ordenan las nueve musas (y por qué Urania siempre es la última), el reparto de los beneficios, una calavera rodeada de poliedros, el experimento de Michelson y Morley, las sinapsis neuronales, la relación entre la humedad ambiental y los ictus, el Ave Fénix, las venganzas pendientes como reminiscencias argumentales de la creación del mundo, Regis Iussu Cantio Et Relicua Canonica Arte Resoluta, la pistola de Chris Burden, las cadenas sexuales, la estación de tren de Perpiñán, los callos, la Ópera de Manaos, la desregulación, el porqué de las burlas a las doctrinas, el fantasma de la Navidad próxima, la esciografía considerada como una de las bellas artes, el muralismo mexicano, los bosques nebulosos, la casuística de la cérvix, las religiones como desestabilizadores sociales, O Captain! My Captain!, el 12, el 13 y el 14, los menudillos asados de los hermanos De Witt, destripados y colgados de los pies, la precesión de los equinoccios, el bajo continuo, el Kaláshnikov, los tambores de Calanda, el interés de la población por la ortografía y la prosodia, la despensa de la abuela, Edipo, Narciso y Telémaco, los taxistas nocturnos (y la ferocidad de su resentimiento), los cambios de hábitos en relación con el conjunto social considerado, el Papa de Roma transvestido, la reiterada dilación de la venganza, su inacabamiento, la expresividad de los esfínteres, la bolsa, la competición de los Egrégores, la preterición de los beneficiarios, ’Thích Quàng Đú’c quemándose en 1963, el desprestigio del romanticismo, el auge de los osteópatas, les nuages qui passent… là-bas… là-bas… les merveilleux nuages!, la destrucción del mundo, la incidencia de la luna en los ciclos menstruales, la inmensidad innegociable.

→ Hechos a partir de la primera gestión de la entrada en la Isla de los Muertos:

.

Preliminares de la entrada en la Isla de los Muertos.
Primer y segundo controles.

· Me asaltan. Comparece la Guardia.

· Noche a la intemperie.

· Conozco a Muguete. Conversaciones.

· Traslado a Puerta Φ. Visión de la primera torre.

· Explicaciones de quien resulta ser el doctor Zapruder.

· Me recogen dos Contracamarlengos. Cruzamos un gran espacio vacío interior.

· Entrevista con el Camarlengo Sapirstein, que me deniega la entrada.

· Conversación con Muguete en el comedor. Numerología.

· Muguete y yo enviamos por la red un nuevo protocolo de solicitud de entrada.

· Por la noche me vienen a detener los Camarlengos y me meten en la cárcel.

· Reaparece Muguete convertido en el Contracamarlengo Delora.

· Delora me hace una oferta transaccional.

· Paso un tiempo en la prisión (Prevención), donde elaboro un primer avatar de la Lista.

· Aún no sé cómo, se desbloquea mi situación.

· Problemas con el dispensador. Con la ayuda de Fabrici obtengo las acreditaciones.

· Primer reposo.

· En tren circunvalar. Primera experiencia (pasiva) en una zona de transparencia.

· Me recibe el Teniente Nietsripas.

· Primera gran reunión (previa) de la futura Comisión: Zapruder, Kelch, Nietsripas, etc.

· Primera noche en mi cuarto en la Isla de los Muertos.

·

Primer día.

Primera reunión de trabajo: Rakshasi, Novembrini y yo. Geometría.

· Primera visita al Anficonversor. Vemos solo algunas partes porque no está operativo.

· Cena con Mina. Me cuenta su vida. Noche de sexo vampírico.

·

Segundo día.

Segunda reunión de trabajo: Rakshasi, Novembrini y yo. Geometría.

· Primera sesión de declaraciones ante la Comisión: Capitán Etnorfitye.

· Aparte en el despacho del doctor Zapruder.

· Cena en la habitación de Bettina ella y yo solos. Sexo en esplendor.

·

Tercer día.

Tercera reunión de trabajo con Rakshasi y Novembrini. Rombicosidodecaedro.

· Visita a la biblioteca Zapruder.

· Segunda sesión de declaraciones ante la Comisión: interventor Eytifronte.

· Me mareo y tengo que salir. Cuando vuelvo, ha aparecido el doctor Kreis.

· Ceno con Mina. Sobremesa con los demás. Planes para acceder a la primera persona.

· Visita fraudulenta al lucernario, gracias a la habilidad informática de Novembrini.

· Zona de transparencia Bettina, Mina, Rakshasi, Novembrini y yo.

· Continuación de la vida de Mina los dos solos. Nueva sesión de sexo vampírico.

· El doctor Kreis expulsa a Novembrini de la Comisión y lo manda detener por la Guardia.

·

Cuarto día.

Nuevo grupo de trabajo restringido: Mina, Rakshasi, Bettina y yo.

· Segunda visita al Anficonversor, esta vez en pleno funcionamiento (traumático).

· Cuarta reunión restringida de trabajo: Rakshasi, Bettina, Mina y (imprevista) Midoissa.

· Sobre música: el contrapunto, etc.

· Tercera sesión en la Comisión: el Capitán Ore Buéerué, disidente, dice que hay que hacer la Lista.

· A causa de las irregularidades, interrumpimos la vista para deliberar.

· Fabrici describe la mecánica del Anficonversor.

· Pacto para volver a la zona de transparencia del lucernario.

· Entramos en el lucernario Spohr, Curwen, Mina, Rakshasi, Bettina, Midoissa y yo.

· Pretendidamente accedo a la primera persona.

· Exposición numerológica a cargo de Midoissa.

· Cenamos en la habitación de Bettina. Curwen, afectado por la transparencia, se queda.

· Mina también, y declina volver conmigo. El resto nos marchamos.

· Inesperadamente acabo en la habitación de Midoissa [...].

·

Quinto día.

Grandes conversaciones con Midoissa.

· Quinta reunión restringida, los mismos de ayer en el lucernario. Se constituye el Egrégor.

· Cuarta sesión de declaraciones ante la Comisión: Capitán Bruder Matzukas.

· Midoissa y yo nos apartamos en la última fila. Relato formal de la vida de Midoissa.

· La sesión se interrumpe abruptamente por el enfrentamiento entre Crowley y Carter.

· Reunión del Egrégor. A la hora de cenar nos dispersamos. Voy al cuarto de Midoissa.

· Continúa el relato de la vida de Midoissa. Relevancia de Kreis en su progreso.

· Le cuento parte de mi vida.

· Conversación sobre la inmortalidad.

· Me retiro a mi cuarto a redactar la Lista.

→ Catálogo ecléctico de amantes: desde novias oficiales y esposas hasta encuentros únicos esporádicos. En este caso, dilemas sobre el concepto: qué determina quién se considera amante y quién no, razonables y objetivamente defendibles. Intensidad sensorial/ emocional. Especificaciones/ concreciones fisiológicas. Éxito orgásmico. Dependencia económica y/o doméstica, en una dirección o en la otra. Complicidad social y política. Número de contactos mínimo. Currículum moderno, empezando por el final. Por las de aquí.

→ Requisitos para ser piloto de transporte del Anficonversor:

· Asociar visualmente sonidos con poliedros, con sucesiones numéricas, con paralelepípedos más estrechos y altos cuanto más agudos, más anchos cuanto más bajos, con colores respectivamente de los verdes-azules claros hasta los marrones oscuros.

· Conocer los nombres y la posición de las estrellas y las constelaciones.

· Leer los labios a quince metros de distancia.

· Hacer con la lengua un nudo en el rabo de las cerezas.

· Descifrar qué escribe alguien a más de cinco metros por el movimiento del lápiz o por las posiciones de las manos en el teclado, sin equivocarse ni en una coma. Escribir tan deprisa y con tal ponderación y exigüidad de movimientos que el contrincante no pueda realizar tales apreciaciones.

· Interpretar una intención siguiendo el orden y la dirección de una secuencia de miradas.

· Identificar el idioma nativo y/o habitual de una persona por cómo la chupa (alternativamente, por cómo lo lame).

· Controlar la descarga adrenalínica en relación con la procedencia: inminente amenaza física extrema, noticia luctuosa sobre la persona amada (o separación con pruebas concretas de otros implicados), expectativa de nueva relación sexual inmediata, perjuicio laboral de

nefastas consecuencias para el bolsillo y la subsistencia.

→ Catálogo de libros de la [soi-disante] Biblioteca Zapruder.

→ La secuencia del genoma humano:

ATTTCTACTGTTCTCTAACTGTGGAGTGAATGGAAATTCCAATGTATGTTC

(dejarlo aquí de momento).

→ Los seis millones ciento ochenta mil trescientos treinta y nueve primeros decimales de Φ:

1.6180339887498948482045868343656381177203091798057628621354486227052604628189024497072072041893911374847540880753868917521266338622235369317931800607667263544333890865959395829056383226613199282902678806752087668925017116962070322210432162695486262963136144381497587012203408058879544547492461856953648644492410443207713449470495658467885098743394422125448770664780915884607499887124007652170575179788341662562494075890697040002812104276217711177780531531714101170466659914669798731761356006708748071013179523689427521948435305678300228785699782977834784587822891109762500302696156170025046433824377648610283831268330372429267526311653392473167111211588186385133162038400522216579128667529465490681131715993432359734949850904094762132229810172610705961164562990981629055520852479035240602017279974717534277759277862561943208275051312181562855122248093947123414517022373580577278616008688382952304592647878017889921990270776903895321968198615143780314997411069260886742962267575605231727775203536139362107673893764556060605921658946675955190040055590895022953094231248235522122412454440064703405657347976639723949494658457887303962309037503399385621024236902513868041457799569812244574717803417312645322041639723213404444948730231541767689375210306873788034417009395440962795589867872320951242689355730970450959568440175551988192180206405290551893494759260073485228210108819464454422231889131929468962200230144377026992300780308526118075451928877050210968424936271359251876077788466583615023891349333312231053392321362431926372891067050339928226526355620902979864247275977256550861548754357482647181414512700060238901620777322449943530889990950168032811219432048196438767586331479857191139781539780747615077221175082694586393204565209896985556781410696837288405874610337810544439094368358358138111

311689938555769754841491445341509129540700501947754861630754226417293946803673198058618339183285991303960720144559504497792120761247856459161608370594987860069701894098864007644361709334172709191433650137157660114803814306262380514321173481510055901345610118007905063814215270930858809287570345050780814545881990633612982798141174533927312080928972792221329806429468782427487401745055406778757083237310975915117762978443284747908176518097787268416117632503861211291436834376702350371116330725869883258710336322238109809012110198991768414917512331340152733843837234500934786049792945991582201258104598230925528721241370436149102054718554961180876426576511060545881475604431784798584539731286301625448761148520217064404111660766950597757832570395110878230827106478939021115691039276838453863333215658296597731034360323225457436372041244064088826737584339536795931232213437320995749889469956564736007295999839128810319742631251797141432012311279551894778172691415891177991956481255800184550656329528598591000908621802977563789259991649946428193022293552346674759326951654214021091363018194722707890122087287361707348649998156255472811373479871656952748900814438405327483781378246691744422963491470815700735254570708977267546934382261954686153312095335792380146092735102101191902183606750973089575289577468142295433943854931553396303807291691758461014609950550648036793041472365720398600735507609023173125016132048435836481770484818109916024425232716721901893345963786087875287017393593030133590112371023917126590470263494028307668767436386513271062803231740693173344823435645318505813531085497333507599667787124490583636754132890862406324563953572125242611702780286560432349428373017255744058372782679960317393640132876277012436798311446436947670531272492410471670013824783128656506493434180390041017805339505877245866557552293915823970841772983372823115256926092995942240000560626678674357923972454084817651973436265268944888552720274778747335983536727761407591712051326934483752991649980936024617844267572776790019191907038052204612324823913261043271916845123060236278935454324617699757536890417636502547851382463146583363833760235778992672988632161

185839590363998183845827644912459809370430555596137973432613483049494968681089535696348281781288625364608420339465381944194571426668237183949183237090857485026656803989744066210536030640026081711266599541993687316094572288810920778822772036366844815325617284117690979266665522384688311371852991921631905201568631222820715599876468423552059285371757807656050367731309751912239738872246825805715974457404842987807352215984266766257807706201943040054255015831250301753409411719101929890384472503329880245014367968441694795954530459103138116218704567997866366174605957000344597011352518134600656553520347888117414994127482641521355677639403907103870881823380680335003804680017480822059109684420264464021877053401003180288166441530913939481564031928227854824145105031888251899700748622879421558957428202166570621880905780880503246769912972872103870736974064356674589202586565739785608595665341070359978320446336346485489497663885351045527298242290699848853696828046459745762651434359050938321243743333870516657149005907105670248879858043718151261004403814880407252440616429022478227152724112085065788838712493635106806365166743222327767755797399270376231914704732395512060705503992088442603708790843334261838413597078164829553714321961189503797714630007555975379570355227144931913217255644012830918050450089921870512118606933573153895935079030073672702331416532042340155374144268715405511647961143323024854404094069114561398730260395182816803448252543267385759005604320245372719291248645813334416985299391357478698957986439498023047116967157362283912018127312916589952759919220318372356827279385637331265479985912463275030060592567454979435088119295056854932593553187291418011364121874707526281068698301357605247194455932195535961045283031488391176930119658583431442489489856558425083410942950277197583352244291257364938075417113739243760143506829878493271299751228688196049835775158771780410697131966753477194792263651901633977128473907933611119140899830560336106098717178305543540356089529290818464143713929437813560482038947912574507707557510300242072662900180904229342494259060666141332287226980690145994511995478016399151412612525728280664331269014599451199547801639915141261252572828066433126

165746938819510644216738718000110042184830258091
654338374923641183888564685143150063731904295148 1
46942431460895254707203740556691306922099080481
945297511065046428105417755259095187131888359147 65
996041317960209415308585533238772538023272763297 7
372143127968216716234421183201802881412747443168 8
472184593927814354740999990722332030592629766112
383279833169882539312620065037028844782866694044
730794710476125586583752986236250999823233597155 0
723383833244081525778193364262630433026589581708 0
045127887311593558774721725649470005163667257715 3
920984095032745112153687300912199629522765913163 7
093968607271342692623154753304379933165811073696 4
314217197943405639155121081081362626888569748068 0
601169189417502722987415869917914534994624441940
121978586013736608286907223651477139126874209665 1
378756205918543288883417429209015631332831935756 22
089713765630978501563154982456445865424792935722 8
287506084814533513521817295879329911710032476222 05
219464510536245051298843087134443950724426735146 2
861799183233645983696376327225756915972395438305 20
866474742381511079273494836952396479268993698324
917999502789500060459661313463363024949951480805
329017902975182515875049007435187983511836032722 7
726017174045355716588555782972910619581935171055 48
257930709100576358699019297217995168731175563144 4
856481002200142545405542927345883711602099479457
208237804368718944805636891825802444996318783420
274910153357910727336253289069334741238022220116 2
627711930854485029541913200400999865566651775664
095365619789781838045103035651013158945890287186 10
869058939471368014845700183664956472032943343742
989464274125514359058434840919548701523614031739 1
390361644019845505104912116979200120199960506994
966403035086369290394100701945053201623487276323
273244943963048089055425137972331475185207091025 0
636859816795304818100739424531700238804759834323 4
504142584314063612721096022824233782280902797659
607771084939151748873168777135223900911711735091 8
600654620099024975852779254278165970383495058010
626155333691093784659771052975022317307412177834 4
189411845965861029801877874274456386696612772450
384586052641510304089825777754474115332076407588 1
677514975538047116296677710058766461595496776927

0549623939857092550702740699781408431249653630718665337180605874224259816530705257383454157705429216299811491750861131176577317209561565647869547448927132060806354577946241453106698374211379816896382353330447788316933972872891810366408326985698825443851667586228993069643468489751484087903964760420361020602171739447026348763365439319522907738361673898117812424836557810503416945156362604300366574310847665487778012857792364541852244723617137422925584159313561286637167032807217155339264632573067306391085410886808574283858828060230334140855039097353872613451196292641599521278931135443146015273090255382710432596622674390374556361228613907831943357059003814870089866131539819585744233044197085669672229314273074138488278897558886079973870447020316683485694199096548029824931981765792682985562972301068277723516274078380743187782731821191969528005160879157212882637968231272562870001500182929757729993579094919640763442861575713544427898383040454702710194580042582021202344580630345033658147218549203679989972935353919681213319516537974539911149424445183033858841290401817818821376006659284941367754317451605409387110368715211640405821934471204482775960541694864539878326269548013915019038995931306703186616706637196402569286713887146631189192685682691995276457997718278759460961617218868109454651578869122410609814197268619255478789926315359472922825080542516906814010781796021885330762305563816316401922454503257656739259976517530801427160714308711886285983603746505713420467008343275423027704779331118366690323288530687387990713590074030490745988951364768760867844323824821893061757031956380323081971936356727419643872625870615433072963703812751517040600505759488272385634515639052657710426459476040556950959840888903762079956638801786185591594411172509231327977113 80… (crónica de frecuencia de cada número: el 5 es el que sale más tarde, cuando solo el 2 ha salido una sola vez, y el 8 ya ha aparecido seis. Demostrar que en la totalidad del número —de infinitos decimales— todos aparecen el mismo número de veces. O demostrar que es indemostrable. Lo mismo para las secuencias de más de tres números seguidos, de las cuales hay con cierta frecuencia. La primera de cuatro (4444) aparece en el lugar 1.215. ¿Las hay de cinco?).

→ Egrégor general de todos los conocidos y mencionados desde la entrada en la Isla de los Muertos.

→ Egrégor de la Comisión.

→ Egrégor de los siete de la zona de transparencia.

→ Adquisiciones de la primera persona dentro del Egrégor.

→ Números naturales: 1, 2, 3, 4, 5, etc.

→ La correspondencia de los capítulos de la Lista con los números naturales.

→ La correspondencia de todos los elementos de la Lista con los números naturales.

Cuando me doy cuenta de que amanece lo recibo como una amenaza, y me voy a la cama como el viejo vampiro que seguramente ya empiezo a ser, más nostálgico de la sangre joven que nunca. Pero el sueño de la muerte no es reparador sino asfixiante, y acabo agradeciendo que llegue la hora de la reunión del Egrégor.

Ya están todos salvo Curwen y Bettina. Entro, y Mina está informando.

—Este chico debe estar anémico. Ya tuvo problemas durante el transporte del Anficonversor, y ahora en el lucernario. Hace falta una revisión médica antes de entrar aquí.

Y si encima tú le chupas la sangre, imagina cómo acaba, pienso. Hay que completar los contenidos de la Lista en cuanto a la narración de los hechos. Consignar quién duerme con quién, a pesar de que siempre será una información incompleta, y aun dudosa. Hay que preguntarlo todo, a riesgo de parecer un cotilla, o de serlo. ¿Pero quién me lo reprochará? Spohr dice:

—No les demos más ideas. Solo les falta hacernos una colonoscopia.

Rakshasi dice:

—Disculpad mi escasa sutileza, ¿pero qué tipo de, no sé cómo llamarlo, ajustamiento médico se supone que le está haciendo Bettina?

—Sexual, por supuesto —dice Mina, y nos reímos—. Ni idea, buscaban no sé qué pastillas, un espray para respirar bien, yo qué sé.

Encuentro la mirada de Midoissa, hasta ahora en silencio en segundo plano, vestida con la discreción habitual, pero yo ya creo adivinarlo todo. Qué bien le sienta el color gris. Podría decirme que no estamos perdiendo el tiempo, que la aparente divagación es tan determinante como todo lo que se especule sobre el objeto de la Comisión. ¿Si no es esto, qué me viene a decir? Imagino en sus ojos la constatación del encuentro, de todos los lugares, vicisitudes, parajes y torcas adonde nos puede llevar, si lo hará o no, qué esperamos el uno del otro, en qué términos y con qué dimensión del libre albedrío. No me puedo sustraer —no quiero— a la acuosidad debilitante de estos

ojos.

Llegan Bettina y Curwen muy risueños, y son recibidos con reticencias pretendidamente jocosas. Me da igual si se espera que yo participe, sobre todo a partir de constatar que Midoissa no me pierde de vista; está más interesada en mi reacción que de dónde vienen los otros. Esto me produce una felicidad irracional (o no tanto).

Spohr retoma la cuestión.

—Resumiendo, el Capitán Etnorfitye actuó de acuerdo con una alarma protocolaria, pero desestimó la indicación de su interventor de retroceder hasta un punto donde según él se habría perdido el transporte entero, todo ello por causas ajenas a su actuación, y que dice desconocer. A continuación el interventor del mismo transporte, Eytifronte, hijo del Capitán, dice que había tiempo para retroceder y salvar el tren entero. El siguiente compareciente, el Capitán Ore Buéerué, dice que no hubo ninguna alarma, que Etnorfitye causó la explosión de forma deliberada y controló el alcance de los daños recibidos por el propio transporte, y que la deflagración se produjo porque alguien, de forma criminal, alteró la carga del transporte accidentado, en connivencia con los gestores del Anficonversor, o de un sector. Con la curiosidad añadida de la expeditiva, violenta reacción del doctor Kreis cuando el capitán le acusó de ocultar y destruir pruebas. El testamento ideológico del Capitán Buéerué es la recomendación de elaborar la Lista, y el doctor Kreis lo ha premiado con una amenaza que no sabe nadie en qué se concretará, pero inocua no lo parece.

Rakshasi le interrumpe.

—En rigor no se puede decir que haya sido por eso.

—No, el otro se lo puso en bandeja acusándolo de manipular pruebas. Y ayer el Capitán Matzukas hizo un relato que no aporta nada nuevo, tal como era previsible, pero ya no lo era tanto que se extendiera en una especulación sobre la reminiscencia de la forma, y en las sobreconclusiones fundamentadas en la jurisprudencia técnica que causaron el enfrentamiento entre Crowley y Carter que nos ha traído hasta aquí y nos obliga a dar un paso adelante y concretar nuestras adscripciones.

Me maldigo de no haber estado atento en la última comparecencia, pero cuando recuerdo el motivo siento el agridulce aguijón de la adrenalina, y me dispongo a perdonarme.

Bettina dice:

—En algún momento habrá que debatirlo, discutir, votar. Ahora solo se trata de representar un papel. Lo importante es estar de acuerdo y confiar los unos en los otros.

Me resulta tan abstruso que acabo diciendo:

—No sé lo que ha pasado en la última Comisión —opto por un aire

suavemente sarcástico—. La primera persona debe de comportar perderse algunas cosas.

Rakshasi dice:

—¿Algunas? ¡La mayoría!

Curwen va a contármelo, pero Spohr le retiene.

—Dejémoslo tal como está. La decisión de cada cual de escuchar o no escuchar forma parte del Juego, y si Midoissa y Artur han encontrado algo más interesante, recibir información mediatizada sería más una distorsión que un favor. Quién sabe si tú acabas en la facción contraria —se dirige a nosotros—. Siempre podéis consultar el acta del día, si hace falta. Será vuestra decisión, y recibiréis datos objetivamente fiables.

La situación me obliga a reflexionar ante quién respondo, si me hago trampas al solitario. No sé ver en parte alguna prueba concluyente de mi posición dentro del Egrégor en referencia al cometido que nos ocupa, dentro de la Madre Casa en general. El extremo de la aguja de la torre gótica minuciosamente trabajada aunque esté a una altura que nunca más la verá nadie. Los escultores medievales hacían declaración de principios —de fe—: Dios lo ve todo. He de decidir si soy el cantero o soy Dios, si soy las dos cosas a la vez (difícil), si no soy nada. Pienso en la Lista, si actúa como una pieza premonitoria a través de la conceptualización en la forma, si puedo aspirar a simetrías estructurales como en tantas obras maestras, la Pasión según Mateo, a seriaciones numéricas recurrentes, fractales, la Divina Comedia, la simbología aritmética en Bach entero, kabalística de Alcover, Unamuno y Espriu. Las estrategias cifradoras y simbolizantes son diversas y combinables —cuesta distinguir lealtad entre compañeros de negligencia ante el enemigo. ¿Es lo que esperan de mí quienes me han contratado?

Bettina dice:

—Fantástico, Midoissa, Artur y yo nos apuntamos a los humanistas. ¿Alguien más? —silencio—. ¿Así, el resto a los pragmáticos?

Recibe por respuesta gestos de aquiescencia posibilista poco entusiásticos.

Spohr dice:

—Hoy en la Comisión hay una comparecencia interesante. Nada más y nada menos que el Jefe Técnico de Operaciones de la Torre.

—¿Qué esperas tan interesante? —dice Rakshasi.

—Quizá nos aclarará si ha sido un fallo técnico, un accidente producido por una causa exterior, o una acción criminal. Como mínimo dará argumentos debatibles.

—¿Quién está capacitado para discutir con un técnico? —dice Rakshasi, cada vez más impertinente.

—Fabrici —dice Midoissa—. Fue el anterior Jefe Técnico, y lo dejó hace menos de un año por la empresa privada.

Bettina dice:

—Iluminador. ¿Quién dice que Fabrici no tiene intereses en el litigio?

Spohr dice:

—¿Tienes indicios? ¿Conoces algún dato de interés que merezca la pena tener en cuenta ante posibles discrepancias? —Bettina evade la respuesta con un gesto displicente—. Pues no nos avancemos a los acontecimientos.

Rakshasi mira el reloj.

—Tenemos un rato libre antes de la comida. ¿Alguien se apunta al gimnasio?

—¿Hay gimnasio? —dice Curwen.

—Otro que no ha leído la letra pequeña del contrato —dice Mina, y nos reímos.

—Será que a ti no te hace falta —le dice Bettina, y nos reímos, aunque no sé si todos de lo mismo.

Nos vamos Rakshasi, Bettina, Midoissa y yo, y nos encontramos con Borrell, Nietsripas y el alférez Maillard, además de otro a quien no conozco. Me refugio en los aparatos que deben de considerar más suaves, la cinta y la bicicleta estática. Campa el tópico de la especialización ancestral, las mujeres en el colchón estiramientos y yoga (o seudoyoga, o quién sabe qué), los hombres destrozándose con las pesas y los aparatos.

Borrell, Nietsripas y Maillard repican musculaturas agobiantes que procuro no mirar mucho por la comparación implícita, y acabo cayendo en el otro estereotipo, las hembras sudadas y desinhibidas como en el tránsito del coito. Procuro no mirarlas en exceso. El porno en el gimnasio, otro topicazo. La estupidez del sátiro oficinista en evidencia.

En una mente más ociosa que la mía, Rakshasi sería el avatar de una devata de Angkor Vat, y me habría obsesionado desde una nostalgia geográfica. Desde círculos más próximos no sé situar los atributos de Midoissa. No me mira y no oso mirarla para no imaginar en qué ridículo me percibiría. Se manifiesta la asesina olímpica en todo el esplendor, aunque la versión deja aspectos por desplegar —la seda amoldada en el cuerpo por la sangre (la mezcla de sangres). Evoco las ranas, los gusanos, los caracoles y la madreselva, entre miosotis, aloes y nopales me asalta el delirio de si con este ejercicio no tiene ni para empezar, si a pesar de hacer el mismo que las otras más ligera y mejor, recurre apenas al diez por ciento de la capacidad física y la habilidad. No suda, no resopla, no se crispan las facciones —echo de menos algo—, podría sin esfuerzo hacer como los machos

exhibicionistas, o más, y si no lo hace será porque les perdona la vida —¿o lo haría yo si fuera ella? La miro y no la miro, y cuando paso a su lado hace lo que no ha hecho hasta entonces: enfrentarse y sonreírme abiertamente.

La sonrisa directa, magnífica, refrescantemente abrasadora, imposible de responder, me desarbola. He de pensar dónde va a parar todo esto, por más que el objeto de la incógnita comporte también incapacidad de reflexión y de emitir un juicio sensato. He sido incapaz de detenerlo, finjo remover quién sabe qué en la toalla, deshago el camino, y esta vez no se vuelve. Echada boca arriba, los brazos por encima de la cabeza y trazando movimientos con las piernas que se me antojan enigmáticos, significantes, rituales. Debe ser la genética, una paz interior excepcional, o un regalo de la misma Afrodita la continuidad dorada de la piel sin defectos, conjunción de mármol y cobre sin ansiedad, sin chorreos, pulida y brillante, el objeto perfecto. La uniformidad de la brillantez carnosa y mineral paradójicamente sugiere esfuerzo escaso y tensiones al límite, y el mármol igualaría las durezas de las partes, por eso me subleva la homogeneidad entre los durísimos tendones del cuello y la axila por un lado, del otro la relativa suavidad de los pechos y el interior de la axila en estado de reposo, o tan solo liberada la tensión de la postura. No puedo estar más rato si no quiero que alguien se dé cuenta y se burle de mí.

Acabamos cada cual su programa, nos duchamos y nos encontramos para comer en la salita del Egrégor, una comida entre anécdotas banales destinadas al olvido inmediato, porque se refieren a individuos conocidos solo por dos o tres.

Las comidas se nos han vuelto un trámite liquidado sin contemplaciones, también porque las severas, espartanas frugalidades servidas no se prestan a la contemplación gastronómica. Después de una sobremesa innecesariamente dilatada para mi gusto, volvemos al salón a punto para la comparecencia. Cuando llego ya están casi todos, y no sé si de forma espontánea, deliberada o resultado de indicaciones precisas del doctor Zapruder (ni Kelch ni Kreis han hecho acto de presencia), las dos facciones se han separado a izquierda y derecha del pasillo central. Rehúyo la proximidad de Carter, y acabo en medio, entre Curwen y Midoissa. Ella me aparta para decirme:

—Esta vez será mejor no escaquearnos.

Son sus primeras palabras para mí desde antes del gimnasio, y me siento a favor.

Nietsripas aparece acompañando a un individuo de ruda complexión, hasta más férrea que la suya, le lleva a la cabecera del aposento y se aparta para dejar la iniciativa a Zapruder, que se dirige a la audiencia.

—Comparece ante la Comisión investigadora del incidente en el

Anficonversor de la Torre Norte de la Madre Casa número de registro 16/15|2728 el Jefe Técnico de Operaciones de la Torre Norte, señor Kherkhim Kladonir.

—¿El Jefe Técnico no era él? —me dice Curwen, y del murmullo general deduzco que no es el único que lo pregunta.

—No, él es el Jefe del Departamento Técnico —dice Midoissa, adelantándoseme—. Uno es un directivo con funciones decisivas en el orden administrativo y representativo, el otro es el responsable técnico propiamente dicho.

Zapruder dice:

—Señor Kladonir, esta Comisión ha tomado nota de varias opiniones y atribuciones de responsabilidad de los comparecientes anteriores, y vamos a oír su parecer sobre el factor humano en la explosión y el derribo estructural de una parte de la estructura portante del silo de la Torre Norte.

Kladonir levanta la mano.

—¿Me pide que depure y establezca intenciones? —silencio del interlocutor; continúa—. Soy mecánico con los conocimientos de estructuras necesarios, no psicólogo. Se dispara un arma y hay un muerto. El autor del tiro dice, ha sido un accidente fortuito, no tenía intención de matar a mi padre. Es un caso para el detector de mentiras, no para el armero.

Pienso si ha sido una alusión a Eytifronte, que no ha tenido ningún escrúpulo en abandonar la figura paterna en la antesala de la ejecución. Profesional, claro. Aunque si el arma no estaba en condiciones, quizá sí que es un caso para el armero. Sea como fuere, pretende limitar el espectro de responsabilidades.

Carter dice:

—Queremos que valore las dimensiones de la intención y el azar en este desafortunado incidente. Si hay una parte de cada cosa. Queremos el punto de vista técnico sobre el reparto de proporciones. O si a su parecer son cien y cero.

Rosa Vinyals dice:

—Hasta dónde ha sido determinante la negligencia, si suficiente para tipificarla como agresión.

Por el tipo de preguntas, uno que no los conociera no distinguiría los pragmáticos de los humanistas. Que uno quiera que la respuesta sea «sí» o que sea «no» no cambia la pregunta —apenas la entonación.

Kladonir está nervioso. Entre los comparecientes, hasta ahora, ¿no es quien menos se juega? Un elemento relevante. Como mínimo, una llamada de atención. Dice:

—Ignoro los conocimientos de los integrantes de esta Comisión de la mecánica del Anficonversor, y por tanto desde dónde los tengo que explicar.

Interviene Fabrici.

—Hace un par de días me permití una descripción básica del sistema de cámaras hidráulicas y contrapesos, pero no he entrado en la arquitectura portante del silo y los accesos.

Kladonir dice:

—Me alegro de verte, Fabrici.

Zapruder le dice:

—Señor Kladonir, aquí no hay amigos ni conocidos. Es usted un compareciente ante una Comisión con poderes decisivos vinculantes. Le recuerdo la obligación de dirigirse a sus miembros siguiendo el protocolo.

—Discúlpeme, doctor Zapruder, me he dejado llevar por la costumbre... o sea por el afecto. No volverá a pasar.

—Adelante, señor Kladonir.

—El silo es un tambor cilíndrico practicado en el interior a través de las aberturas de las cámaras adyacentes que permiten las entradas y salidas de los trenes. El cilindro está en un primer estrato forrado por las cámaras susodichas, a su vez rodeadas por un segundo cilindro de antecámaras, un silo conteniendo la otra. Así como los paramentos separadores de cada cabina siguen el sentido radial, y apuntan al centro y forman en conjunto una corona circular completa, las paredes de las antecámaras se disponen en perpendicular a la línea ideal que une cada una con la otra de las dos que cierran lateralmente el aposento, y quedan paralelas y no siguiendo el sentido radial como las del primer anillo. Así, cada paramento separador se bifurca en dos a partir del punto interior, y el espacio generado toma forma de porción de sector circular, con una distancia en la parte exterior suficiente para formar un vacío aprovechado para ubicar una primera serie de contrapesos, conectados con los del interior del pilar de la plataforma y con otros situados más al exterior, tal como ahora los relataré, a través de cables operados por poleas situadas arriba, en la primera cúpula. ¿Me siguen?

—Perfectamente —dice con autoridad Midoissa—. Prosiga, por favor.

—Hay un tercer cilindro para las ante-antecámaras, de un radio tan grande como la suma de los radios de las cámaras y las antecámaras, generando, por tanto, estancias mucho más amplias. Como los paramentos separadores siguen la línea de las antecámaras, entre los muros laterales separadores se forman espacios mayores que los anteriores, en forma de porción de corona circular, capacitadas, por lo tanto, para acoger no solo contrapesos, sino también las cámaras hidráulicas estancas, igualmente conectadas con el conjunto dinámico-estructural a través de cables hacia poleas de la primera cúpula. El segundo y el tercer cilindros tienen capacidad de girar, para

encajar por un lado el interior con las cámaras de salida inmediata a la plataforma, y el exterior para enlazar con el resto del edificio. El cuarto cilindro ya vuelve a ser un gran paramento fijo, proporcionalmente ocupado por los accesos a las dependencias de la Torre: almacenes, talleres, despachos, accesos por ferrocarril y, en la parte superior, los grandes depósitos de agua procedentes de los acueductos destinados a alimentar las cámaras hidráulicas del tercer cilindro, en función de contrapesos. Espacios con la misma capacidad sirven a los desagües, y de forma ocasional, cuando se produce una bajada fuerte de la plataforma, para recuperar en altura el volumen de agua equivalente. La coordinación de los acoplamientos está computarizada para evitar partir los trenes en dos piezas y para no estampar los contrapesos contra la estructura. En la práctica comporta que los movimientos se bloquean en momentos determinados en cada transporte.

Fabrici dice:

—Cabe imaginar el desgaste y la fatiga de los materiales, como en cualquier proceso mecánico, proporcional al uso, tanto en extensión como en intensidad.

—Así es, como usted sabe muy bien.

Entra el doctor Kelch y ocupa el lugar preeminente habitual. Busco a Kreis con la mirada. Hoy se debe de haber tomado un receso.

Bettina dice:

—Atendiendo a la complejidad del mecanismo y el número de elementos en juego concatenadamente dependientes unos de otros, la posibilidad de un accidente por disfunción estructural o por mal funcionamiento es elevada, pero no excluye otras posibilidades. ¿A su parecer, pudo haber una causa extra ligada al factor humano?

—Sí, una causa de principio que en mi descripción ya queda más que apuntada: la sobreexplotación de la estructura. El silo, la plataforma y los mecanismos están pensados y preparados para sesiones de 40 minutos como máximo, o sea de unas 65 maniobras de transporte en total como promedio, depende del volumen de cada tren, con una semana como mínimo entre sesión y sesión para retirar residuos, limpiar, reacondicionar y hacer el mantenimiento, y los últimos tiempos, es decir, antes del accidente, estábamos en una media de tres sesiones por semana, con más de 100 maniobras por sesión, un ritmo flagrantemente insostenible. Con el sobrepeso y el rebasamiento de las velocidades de paso prescritas, las presiones de los compartimentos aumentan, y las posibilidades de roturas, fugas e incluso explosiones se multiplican hasta muy por encima de los límites tolerables establecidos. Ya es mucho que no haya habido más desgracias. Todos esperábamos algo así un día u otro, porque incidentes de menos importancia ya empezaba a haber más de la

cuenta.

Fabrici dice:

—Me alegra su adhesión a mis tesis. Vale más tarde que nunca. A pesar de que a estas alturas... ¿Tiene idea de quiénes son los responsables de la sobreexplotación?

—No tengo pruebas, si no es que la reducción al absurdo se pueda considerar. Solo puedo repetir lo que oigo en las dependencias.

—¿Y qué oye? —insiste Fabrici, y ante el silencio del compareciente, que parece dudar en lanzar ciertas afirmaciones, añade—: Es de interés de esta Comisión saber que no dejé mi trabajo de Jefe Técnico de Operaciones de la Torre Norte para ir a ganar más dinero a la empresa privada como prescriptor de patentes, tal como me consta que algunos de ustedes hacen correr, sino por desavenencias de base con la dirección. Ya hace tiempo que se rebasa de forma deliberada la capacidad de las estructuras de los Anficonversores sin hacer las reformas imprescindibles para adecuarlas a las nuevas exigencias. Cuando lo dejé, el señor Kladonir, hasta entonces mi asistente, se postuló para el puesto exhibiendo una mejor disposición hacia las condiciones, más manga ancha podríamos decir. Lo avalé, porque al margen de esta cuestión de principios su solvencia profesional es inobjetable. Advertí de los riesgos de la política de sobrecarga, incluso por escrito, y no me complace constatar que tenía razón.

Nos quedamos en silencio. Zapruder dice:

—Señor Kladonir, el señor Fabrici le ha hecho una pregunta.

El compareciente continúa haciéndose el remolón y, compasivo, tercia el doctor Kelch.

—Sería ilustrativo para la Comisión explicar quién es responsable de cada sección, la distinción administrativa y competencial entre aspectos técnicos y políticos.

—Informar de qué piezas proceden de cada fabricante —dice Borrell, y todos se vuelven a mirarlo; no es habitual que intervenga—, cuáles se han introducido a última hora por el interés de una empresa —se dirige a Fabrici y, conminatorio, señala a Kladonir con el dedo—. ¿Tiene la bondad el compareciente de ilustrarnos sobre este punto?

—Creo que esto ya salió en la comparecencia de ayer.

—Es la de hoy la que nos interesa, señor, explíquese, por favor —dice Crowley.

Como escalando una montaña durísima, Kladonir dice:

—Se han detectado incompatibilidades mecánicas en recambios instalados hace poco.

—¿De dónde procedían tales recambios? —insiste Borrell.

Kladonir resulta agónico.

—No de la misma factoría que el resto de los componentes.

Fabrici le interrumpe.

—Permítanme ahorrarnos tiempo y hacer un favor al sistema nervioso y a las cápsulas suprarrenales del compareciente. El nuevo proveedor de recambios de amortiguadores, equilibrado, juntas y válvulas es la Bertschell&Co., la empresa para la que trabajo.

Borrell dice:

—¿Puede demostrar que un eventual dictamen de esta Comisión estableciendo que algunas piezas actuales están obsoletas y rebasadas por las actuales exigencias no favorecería un contrato más amplio con su empresa para suministrar nuevo material?

—No figura entre mis atribuciones desmentir hipótesis. Las comisiones que he cobrado por las negociaciones sobre el material de repuesto se ciñen de forma escrupulosa a lo que establece la ley. Lo puede consultar quien quiera.

—No estaríamos hablando si el fallo que ha llevado a la explosión, y a sus consecuencias, no se pudiera asociar al mal funcionamiento de los últimos recambios instalados y a unas incompatibilidades que, en su avaricia sin límites, el señor prescriptor Fabrici habría ignorado olímpicamente —dice Crowley—. ¿Ha sido así, señor Fabrici?

—Las piezas se escogieron, comprobaron y testaron coordinadamente entre los respectivos departamentos técnicos del Anficonversor y de la empresa de acuerdo con las especificaciones, y las autoridades contratantes lo aprobaron sin objeciones ni reservas. Llegados aquí, estoy obligado a preguntar al compareciente si se instaló todo correctamente, si se hicieron las comprobaciones estipuladas en las instrucciones, se siguieron los protocolos de puesta en marcha y se ha hecho el mantenimiento prescrito.

Kladonir dice con un hilo de voz:

—Se ha hecho todo de acuerdo con las estipulaciones, y consta en las actas de los transportes y del mantenimiento.

Del pesado silencio que nos cae encima se debe deducir que no se verá más luz sobre la cuestión. Bettina dice:

—Señor Kladonir, el señor Fabrici le ha hecho una pregunta, el doctor Zapruder le ha pedido que la conteste, y como su propensión al olvido se lo dificulta, me permito volver al punto de partida para recordárselo. ¿Quiénes son los responsables de la sobreexplotación del Anficonversor de la Torre Norte?

—La sobreexplotación no es exclusiva de la Torre Norte. Afecta a toda la Isla de los Muertos.

—¡Era previsible!

—¡Una obviedad!

—El responsable es el Arcamagisterprædi de la Torre Central. El doctor Kreis.

Nos quedamos en silencio. Si hubiera sido una gran sorpresa no diría mucho a favor de nuestra inteligencia. No sé cada cual por qué motivos, la declaración nos bloquea. Carter pide la palabra.

—Llegan noticias de que empieza a haber serios problemas de contención de multitudes en las inmediaciones de la Isla de los Muertos, en especial alrededor de las Torres Sudeste y Este-Noreste.

—¿Y de aquí, de la Torre Norte? —dice Curwen.

—La Torre Norte está sobre el mar, Shelly, las aglomeraciones de delfines y sardinas no nos afectan. Los problemas de aquí dentro son una broma para la inmensa mayoría de la población.

—¿Qué quieren? —pregunta Mina.

—Lo quieren todo —dice Spohr.

Midoissa se le encara.

—Porque no tienen nada, ni casa, ni cama, ni comida.

Zapruder se levanta con las manos en gesto de contención.

—Esta cuestión no tiene que ver con la comparecencia. Si quieren seguir por ahí, entiendo que la damos por acabada.

Carter dice:

—Al contrario, doctor. Si la gestión de la Isla de los Muertos en conjunto ha entrado en un delirio terminal de hipertrofia, no veo que en términos de causa y efecto se pueda desligar de la pérdida de poder adquisitivo, en definitiva, de la implosión en la miseria del conjunto de la sociedad. Que se resuelva en el intento de revuelta es un rasgo definitivo.

Mientras habla Carter, Zapruder ha mandado con gestos evacuar al compareciente Kladonir, y la Guardia se lo ha llevado con diligencia. Una vez cerrada la puerta, dice:

—Las conexiones con el exterior están interferidas. Por favor, señor Carter, me hará el favor de explicarme cómo le ha llegado esta información.

Bettina se adelanta.

—¡Doctor Zapruder, el mundo se hunde a nuestro alrededor, y a usted le preocupa si estamos informados!

—Señora Van Egmont, por tradición familiar usted tendría que valorar la seguridad por encima de cualquier otra consideración.

—Justamente, doctor, por tradición familiar, y de forma dolorosa como usted sin duda no desconoce, hay principios de justicia que sí que tendrían que pasar por encima de todo, y no pasan nunca —se dirige a Carter—. Randolph, tienes todo el derecho a no decir cómo lo has sabido, y por principios te ruego que lo ejerzas —vuelve a mirar a Zapruder—. Si se sanciona al señor Carter, pido ser incluida en la incoación.

Sonriente y asqueado, Zapruder se sienta.

—Usted gana, señora. Juega con el privilegio nato. Espero no tener

que arrepentirnos.

Con el tono bondadoso habitual, el doctor Kelch dice:

—No volvamos a la clásica balanza entre obligaciones y derechos, o si lo prefieren, entre seguridad y libertad. Ni hemos de castigarnos constatando que por más que nos sacudamos con el discurso de las desigualdades, los abusos y la codicia, la realidad se impone y sobrepasa nuestra capacidad de poner remedio, y seguramente la de cualquiera. El dilema es concreto, al margen de cuestiones de fondo.

Miro a Midoissa intentando descubrir si su crítica de la autorregulación demográfica a través de guerras, hambre y precariedad es consistente como para hacerle tomar partido. Se da cuenta de que no la pierdo de vista, y me sonríe.

Crowley dice:

—¿Pues qué? ¿Dejamos que la tendencia entrópica del mundo, por no decir estúpida, lo destruya todo y renunciamos al conocimiento?

Carter dice:

—La Isla de los Muertos es un formidable generador y ordenador de riqueza, y lo mismo que sirve al beneficio de unos cuantos, puede servir al de todos.

Zapruder dice:

—Todo esto está muy bien como entretenimiento de sobremesa, y afectuosamente les invito a continuar esta interesantísima conversación entre los cafés y las copas, pero les recuerdo que no forman parte de esta Comisión para resolver cuestiones internas de la Madre Casa.

Hay murmullos diversos. Spohr dice:

—Convendrá conmigo, doctor Zapruder, en que cada vez se nos hace más difícil saber por qué formamos parte de la Comisión, cuál es nuestro cometido y, sea al fin y al cabo el que sea, cómo lo podemos sacar adelante sin ampliar de forma sustancial el ángulo de visión. Si tenemos que abordar un problema tan complejo no podemos quedarnos en los síntomas y la superficie, tenemos que ir al fondo y a las causas, perdone la franqueza, al margen de las consecuencias de lo que digamos y decidamos, si es que podemos decir o decidir nada que no esté guiado y tutelado por ustedes.

Zapruder dice:

—Lo entiendo, señor Spohr, y entiendo también que el doctor Kelch y yo no les podemos ayudar hasta donde querrían, y hasta donde querríamos nosotros, conque, si no hay más que objetar, nos retiramos y les dejamos debatir hasta donde les convenga.

Se levantan para irse, y Midoissa dice:

—Disculpe, doctor Zapruder. ¿No le parece que si continuamos la línea de debate es probable que lleguemos a puntos donde nos hagan falta más informaciones por su parte?

—No, señora Prills. Suplirán la ausencia con su contrastada capacidad.

Carter dice, airado:

—El doctor se acoge a la prerrogativa universal de no declarar contra sí mismo.

Zapruder le señala con el dedo camino de la puerta.

—Por respeto a su bagaje personal no dignificaré eso con un comentario.

Salen, y parte de los miembros de la Comisión se levantan. Spohr levanta los brazos.

—¿Así qué, lo dejamos así?

Crowley, sentado, le dice:

—¿Qué quieres? ¿Citar a Kreis a declarar ante la Comisión?

Nos reímos.

—¡Qué gran idea! ¿Quién establece a quién se llama? —dice Rakshasi.

—Imagínatelo. Kelch, Zapruder y compañía —dice Curwen.

—La compañía es Kreis. No es nuevo: los criminales organizan los tribunales que los van a juzgar.

Bettina ha buscado en el smartphone el contrato, y dice:

—No nos entretengamos en ingenuidades. Según lo firmado por todos, podemos llamar a declarar a quien queramos, dándoles un plazo mínimo de treinta días hábiles. Los aforados están exentos.

—¿Del plazo o de comparecer?

Nos reímos aún más, aunque se extienda una bruma desactivante. ¿Es para reírse, todo esto?

—Los aforados serán los tres doctores, claro.

Se ha levantado todo el mundo. Crowley da un par de palmadas.

—Pues ya está, ya podemos ir a tomar una copa y a cenar.

Sin que lo explicite nadie, el Egrégor sigue a la que parece más decidida, Bettina, que nos lleva a su cuarto. De camino encarga cena vía smartphone. Entramos y nos aposentamos.

—¿Os consta si mañana hay sesión?

—Sí, está en el contrato, y hay un llamamiento incorporado.

No me había dado cuenta, y lo disimulo. Rakshasi dice:

—Hay maquinarias que no se paran. Podríamos pedir una visita guiada por las otras torres. Por la central, aunque debe de estar restringida.

Bettina sirve aperitivos y refrescos. Spohr dice:

—Ni siquiera estamos todos al corriente de los antecedentes de nosotros mismos.

Curwen dice:

—Borrell Dalmau protegió a Gabriel van Egmont durante su secuestro.

—¿Lo protegió? Más bien fue el secuestrador.

—Estas cosas cuando se lían acabas no sabiendo quién es quién.

—¿Nos acabará pasando aquí, también? —dice Curwen.

—Ya nos ha pasado —dice Rakshasi.

Mina dice:

—Para no ser una historia de buenos y malos nos estamos dando bien.

—Da igual, con tal de que salgamos vivos. Por suerte, en fin, no sé si se trata de suerte, no dependemos de empatías emocionales ni de aceptación social, esto es el ejército —dice Spohr.

Estoy cansado y no sé de qué, y veo a los demás bastante frescos. Situarnos cada cual en su lugar atomiza las conversaciones y propicia a Spohr a reunificarlas a su alrededor.

—¿No os parece extraño que al cabo de una semana aún no nos hayan hablado del tren que explotó? Sí —ríe—, no puede comparecer nadie porque murieron todos, pero algún dato aportaría saber quiénes eran.

—El objetivo podría ser destruir ese transporte —dice Curwen.

—Hay dos elementos clave —dice Bettina—. La maniobra equivocada de Etnorfitye y las condiciones adversas de la infraestructura. Hay que establecer la responsabilidad prioritaria exigible, desde la lógica y desde la legalidad. No hay mucho margen. A los muertos qué les vamos a reclamar.

—Se les puede atribuir lo que les corresponda —dice Spohr—, y atribuir al resto su parte. La intención es determinante, porque no habría habido explosión si el material no hubiera estado defectuoso. Que no estaba en condiciones no lo ha negado nadie, pero habría que saber qué llevaba el tren que explota, qué interés favorecía su destrucción, añadido a la conveniencia del deterioro general de los mecanismos de conversión para quién sabe qué instancia de la Isla de los Muertos.

Traen la cena, y el reparto nos interrumpe. Quién quiere esto, quién prefiere aquello, quién tiene mucho apetito, quién no tanto. Bettina dice:

—La situación actual no les conviene. Con la Torre Norte a un tercio de su rendimiento, hasta que no restauren lo deteriorado pierden mucho dinero. Se lo he oído decir, se resisten a empezar las obras porque entre los andamios y la ocupación de espacios para dejar material el rendimiento se reducirá aún más.

Spohr continúa.

—El mecanismo tiene un sistema de impulsión y de válvulas muy sofisticado, parecido al que permite a las jirafas impulsar sangre a la cabeza, y que no les explote el cerebro cuando se inclinan para beber. Ha habido un exceso de acumulación de trenes y movimiento, han

fallado las válvulas de seguridad que tendrían que haberlo descargado por una abertura sin peligro, y el sistema se ha roto como en un arma de fuego obturada cuando sale toda la energía por la abertura más ancha y de mayor presión. Si la maniobra de Etnorfitye es la gota que colma el vaso...

—¿Casualidad o cálculo?

—... ahí está, con más datos lo sabríamos. Habría un resultado objetivo.

Rakshasi dice:

—¿Los transportistas saben en qué condiciones circulan?

—Si alguno no lo sabe, debe de vivir en la luna —dice Spohr.

Midoissa dice:

—No hay más remedio que dirigir la investigación al centro de poder de la Isla de los Muertos. Si hay una explicación (de soluciones mejor no hablar), la encontraremos aquí.

Nos permitimos un leve relax. Curwen dice:

—No me extraña el retumbo del Anficonversor, con todo lo que gira y va arriba y abajo: plataforma, trenes, contrapesos, anillas concéntricas del silo, agua desde los acueductos, cámaras hidráulicas. Y todo a la vez.

Nos contemplo como grupo y no sé evitar, pese a que me resulta anticlimático, pensar hasta dónde hemos tomado las decisiones que hemos creído que debíamos tomar, si no hemos sido guiados, y por quién. La trampa suprema, crear las condiciones mínimas, indetectables, inobjetables, para que tú mismo te impulses a hacer lo que conviene a quien lo dibuja. Comporta un traidor, o más de uno. Curwen es un hipocondríaco convincente, si lo finge tiene que ser un agente bien adiestrado, Spohr parece un propietario del sistema aunque, como Bettina, que lo es más aún, se dé una pátina de outsider rebelde, y estos ya se sabe cómo acaban. La jugada suprema, ser tú el agente infiltrado, y darte cuenta cuando ya es demasiado tarde. Contemplo a las mujeres, más atractivas —no sé si para los hombres o para el relato— como malvadas. Como no encuentro rasgos de carácter determinantes para priorizar a una de ellas sobre las otras, demasiado fácilmente la atención se me va hacia los personales. Bettina, Mina, Rakshasi, es como si tanto diera una como otra —un furor repartidor apasionado, indiferente, tragicómico. Pero qué agridulce si Midoissa estuviera por encima de todas.

Desde una sombra de la puerta medio abierta en la pared parto hacia una carrera enloquecida para forzar las definiciones, para nombrar, para identificar con palabras negociables, o con números, da igual los signos, con una forma reconocible de representación simbólica. El lugar físico, el espacio en que la acción queda integrada dentro de la definición. La acción es una definición más. Los cuerpos

traspasados por espadas de fuego, el metatexto superado por la metaexistencia.

Acabamos hablando de trivialidades, lejos del conflicto, nos declaramos soñolientos y necesitados de reposo. Se me reaviva el interés en el momento de la despedida. Curwen se va con Mina, y me obligo a pensar si tanto mareo y desmayo no son efecto de una vampirización precipitada. Al margen de la disposición circunstancial de cada cual, que Mina no haya vuelto a mostrar interés por mí me hace pensar si considera ya mi iniciación en sus artes suficientemente realizada. Le tendré que preguntar si me quedo como semivampiro, y qué me espera.

Rakshasi y Spohr se van juntos y no juntos, de una manera que no se puede saber si se dirán buenas noches sin más en la puerta del que esté más cerca. Quedamos al final Midoissa y yo, y mientras la acompaño a su cuarto tengo la impresión de que evita las formas y la música de fondo características de quienes esperan continuar la conversación en privado, aunque en nuestro caso dé igual en qué términos.

Nos paramos en el umbral de su habitación. Le veo un ademán tan grave como el primer día. Le digo:

—¿Te parece que hemos avanzado, hoy?

—Sí, ¿no? Hemos trabajado bastante.

Todo hace pensar que aquí nos diremos adiós, y ya estoy a punto de darlo por hecho para irme a la madriguera. Le digo:

—Pues... ¿buenas noches?

Me sonríe, levanta las cejas y es tan bella que duele.

—¿Es una pregunta?

Me río para disimular cómo me desborda.

—No sé lo que es..., sí, no..., buenas noches.

Ríe abiertamente.

—¿Quieres pasar?

Claro que quiero pasar, y ver cómo se repite el ritual de las noches anteriores me envía a sentimientos agitados. Por un lado, una paz de espíritu no muy lógica, del otro la desazón de intentar romper la mecánica de los hechos para no acabar como ayer y antes de ayer.

Nos sentamos en el sofá. Le digo:

—¿Piensas que soy un cobarde?

—No. La cobardía va asociada a la mala leche, una combinación cómica en tercera persona, y matadora para quien la sufre y no la supera. ¿Me tendrías que parecer un cobarde porque no te enfrentas a la Comisión?

Me molesta que me tenga lástima. Lo peor que podría pasar.

—No. Porque no te acabo de decir lo que quiero.

—Cuando por cobardía o por lo que sea castras la ira, obtienes eso

tan inútil, tan ridículo, el resentimiento.

La respuesta me desconcierta. En cualquier otro momento no habría duda de que es una evasiva, pero con los antecedentes inmediatos creo que me impulsa a buscar un dato oculto.

—¿Qué tengo que hacer?

—Haz lo que quieras.

Podría disimular la cobardía con el desinterés. Digo:

—«Haz lo que quieras» es un mensaje encriptado. La traducción es «no me preguntes nada más».

No se ha ni quitado los zapatos. Como un idiota, lo interpreto favorablemente.

—Pregúntame lo que quieras —deja languidecer la sonrisa y queda solo la mirada profunda—. ¿También te parece un mensaje encriptado?

Orgullo, temor, deseo, todo lo que siento se me convierte en máscaras de otras cosas.

—¿Con Lucas te pasaste al otro lado, o lo fingiste?

—Las cosas no son tan sencillas. La vida del doble agente raramente está discernida por una lógica nítida. En algún momento la ambigüedad afectiva se pone en primer plano. Te lo dije, cuando le mataron decidí vengarme, y lo haré, pero no por eso echaré por la borda mi posición.

—No sé si te empiezo a entender. Antes pensaba, ¿si se quiere vengar de Silvano, qué hace aquí? ¿Por más recursos que tenga, cómo llegará hasta Silvano y su mujer? Se me ocurren dos posibilidades: o Kreis te ayudará a cambio de los últimos servicios, o responsabilizas a Kreis de lo que pasó con Lucas.

—Un razonamiento impecable, que ahora no confirmaré en ninguna dirección.

—Podría haber una parte de cada cosa.

—Podría, pero no es viable. Aquí las disensiones tienen un límite —hace un gesto alejador, displicente—. En otro momento te lo acabaré de explicar.

—¿Por qué no ahora?

Mostrarse y esconderse, el condimento de la provocación. ¿Cuántas caretas lleva esta mujer? En cierto sentido, ninguna; va más desnuda que nadie. Un estado de gracia que buscan muchos y consiguen pocos. Nuda, pero no desarmada; vulnerable, pero no indefensa. Quien quiera herirla lo conseguirá, y será destruido. ¿Cómo le digo que yo no me intereso, que todas las vueltas que doy son para llegar hasta ti? Ni siquiera vale la excusa de sospechar que una cosa va ligada a la otra, y que para entenderlo todo es preciso no pasar por encima de nada.

—¿Por qué no? El límite de las disensiones (la razón para

traspasarlo) está ligado a su origen. ¿Por dónde quieres que empiece?

Me río.

—Dímelo tú. ¿Hay más de un origen?

—Sí, en cierto modo.

—Tú misma, confío en ti.

Se quita los zapatos y se acurruca en el sofá. Me niego a ver más señales en nada de lo que pase.

—Ya te conté cómo conocí al doctor Kreis. Yo tenía apenas veinte años, y me pareció un señor tan distinguido, importante y respetable que embridé los pensamientos lúbricos, que no eran pocos, pensando que a un aristócrata del poder y la inteligencia como él, tan por encima de mí, no se le ocurriría jamás nada conmigo, que quedaba tan fuera de mi alcance que si me hacía la más mínima ilusión no haría otra cosa que sufrir.

»La empresa tenía un par de Mercedes de los grandes, y me dieron uno para pasear a los huéspedes importantes. Menos mal que tenía aviso de cambio involuntario de carril, porque habríamos tenido un accidente. Pasado el primer momento de veneración distante, apreció la extraña habilidad del señor Swann para hacerte saber que no se le escapaba ningún detalle sobre ti, y no quedaba nunca como el viejo lúbrico baboso que te hace sentir incómoda. En el coche noté que se había dado cuenta de cómo al sentarme se me había subido la falda, y cómo girando el volante en las maniobras de aparcamiento el brazo descubría la axila y el arranque del pecho —iba muy guapa, con unos trajes marfil claro bastante ligeros—, pero la mirada no se le fue ni una décima de segundo, todo ello entre halagador y peligroso, inquietante y atractivo como suele ser todo donde acabas mal.

»El último día, cuando lo llevé del pabellón de Montjuïc al hotel a recoger la bolsa para irse, nos superamos en aquel bárbaro juego de miradas inestable, mareante, cruel. Yo conducía demasiado rápido porque quería que aquello no se acabara, y quería acabarlo cuanto antes. Ya veo que te das cuenta de que me doy cuenta de cómo me miras. Ya veo que te das cuenta de que me he dado cuenta. ¿Pensamos lo mismo? ¿Serías capaz de hacerte el sueco? ¿Saltarás el acantilado entre ofrecerte el dorso de la mano a la visión y ofrecerte la palma abierta? ¿Si ahora te tomo la mano será el comienzo o el final? ¿Si tan solo me roza un dedo, asumiré que no es menos sino que lo es todo? Si me ve piel de gallina... debo de tener las pupilas dilatadas. Directora de una silenciosa música salvaje, lenta incitadora de multitudes, metalizada por el sol, la mano izquierda del señor Swann arrullaba una fiera inexistente. Me transmitía que su aparición devastadora solo dependía de mí. Qué debe de pensar de cómo respiro, qué vergüenza, qué excitante. Ya este era un punto de no retorno. Mirar adelante para no matarnos, dejar la visión en la zona muerta donde el fantasma de

la suposición se transforma en el de la lógica, en el de la indefensión, en el del grito amordazado, en el del deseo que no ha dejado nunca de estar ahí, burlándose de mí, como él se movía olfateando como el tigre dejando que el tiempo calcule la gacela, de vez en cuando mirando al otro lado sin perderme de vista. Me hablaba de Llull, de Pico, de Piero della Francesca, de Spinoza, de Bruno, de Herrera, y yo apenas seguía el hilo. Con la ciudad desaparecida, forcejeaba con un sistema planetario de signos inmisericordes y burlones entre abruptos roqueríos afilados, torrentes, zarzales, precipicios y cascadas, y me sentía ya firme y temeraria, ya como una niña pequeña. Estaba tan nerviosa que el reto era no sudar, no tropezar, no meter la pata, no autodestruirme diciendo estupideces, no chocar con el coche, que no pensara que soy idiota. No podía solo sonreír asintiendo, me faltaban referentes —no estaba acostumbrada a transitar aquellos Himalayas de detallismo—, y a él debían sobrarle.

»A todo esto, hasta entonces no nos habíamos dicho ni media palabra fuera de la materia estricta de la intendencia del trabajo. Incluso después de ese bárbaro despliegue de quién sabe qué habría parecido extemporáneo.

»Le dejé a la puerta del hotel y di instrucciones en la recepción para que le bajaran el equipaje. Me dijo que le quedaban un par de bolsas por cerrar, por favor, si quería subir un momento porque me quería regalar unos libros. Yo estaba inquieta por dejar el coche ahí en medio, pero los valets, con una socarronería que les habría abofeteado, me dijeron no sufra, señora, por favor, para eso estamos, deje el coche aquí todo el tiempo que haga falta.

»Subí que las piernas me temblaban, y para que no lo notara —él, que ya lo había notado todo— me hice la desafiante simpatiquísima aunque respetuosa. Los libros estaban, efectivamente, preparados en el estante de la entrada, pero cuando vi las bolsas ya cerradas y ordenadas supe que la disquisición bibliográfica duraría poco. Con plena conciencia me había metido en la boca del lobo, dócilmente dispuesta a ser descuartizada y devorada.

»Por estricta indicación del jefe cogíamos el vuelo con mucho margen de tiempo, por suerte, porque cuando volvimos al coche íbamos más que pillados. Conduje como una loca hasta el aeropuerto, sin bragas y con sus dedos clavados entre las piernas, haciendo slalom entre los otros coches y saltándome los límites de velocidad, y cuanto más corría más a fondo y aparentemente indiferente me metía mano.

»Habíamos ido tan deprisa que todavía faltaban unos minutos. No me dejó salir del coche, y repetimos allí en medio de la zona VIP, con gente entrando y saliendo. El coche tenía cristales ahumados pero no tanto como para no verse nada. Le arrastraba una determinación tan implacable que daba pánico. No sabía si iba empastillado o qué. De

cómo fue todo más adelante se debe de tener que deducir que no, si no es que va siempre así.

»El último minuto, en la sala de los supervips, me ofreció el trabajo. Si no lo hubiera hecho con aquella autoridad habría creído que era un juego más, pero insistió de una forma que no había duda, iba en serio y tenía un interés auténtico. Me repitió tres veces que no tenía nada que ver con lo que acababa de pasar. Después de no haber sabido negarme a nada, aplazar la aceptación me pareció un mínimo gesto de consistencia personal, un toque de humor caprichoso. Pero ni me arrepentía de nada, ni se me ocurrió haber hecho nada diferente si hubiera podido retroceder.»

Se detiene en una sonrisa. Le digo:

—¿Va por ahí el límite de las disensiones?

—Aún no, esto es el primer indicio.

—¿De qué eran los libros?

—Ensayos políticos suyos sobre Piranesi, Sade, Haydn, Fourier, Nietzsche.

—¿Haydn? ¿Por qué no Mozart?

—No, no, es mucho más interesante Haydn. Tendrías que leerlo.

Intento reconstruir la imagen que me hice cuando me habló por primera vez del trabajo con Kreis, de cómo lo había conocido y cómo le había ofrecido trabajo, y después, cuando me ha dicho que habían sido amantes, o que lo son, porque de si el asunto continúa o no, no ha dicho nada. Retomar la historia en los detalles concretos me obliga a cambiar la idea que me había formado a partir de la noticia. Si era más o menos que lo imaginado le cambia volumen y profundidad. Es otra historia, y no actúa como un añadido sino como una agravante. Su aire vago y desenvuelto contrasta con cómo yo me concentro, cómo resulta la nitidez y la precisión con que se recuerdan los detalles aportados por el otro, cómo se hacen inolvidables.

—A partir de ahí...

Hace un gesto de posibilismo, y continúa.

—Quizá ayer te di una versión equívoca de mis actos. Te pude parecer una alocada putiferina, malgastadora de energía y dignidad, y entrar en aspectos sentimentales no lo mejoraría mucho. El aprendizaje tenía dos vertientes: por un lado las reglas de un juego de dominio en los terrenos donde el trato personal es casi, y fíjate que digo «casi», tan importante como los conocimientos de la materia de que se trata. Cuando no entiendes el porqué de una relación, de un interés, de una situación, busca en el sexo o en el poder (por no cometer la vulgaridad de ir a por el dinero), y en el noventa y nueve por ciento de los casos darás con lo que buscas.

»La dominación ejercida por el señor Swann, las fluctuantes crueldades físicas y morales, la peor sumisión a la que nunca me han

sometido, porque yo la quería, yo se la reclamaba. Poco a poco se iba manifestando el seductor posible Barba Azul cargado de exesposas, de amantes con ínfulas de esposa, de examantes con ínfulas fraternales, de aspirantes a amantes, en el núcleo de la barbarie dos hijos muertos por causas no naturales que nunca osé aclarar, pero medianamente deducibles a partir de la existencia de un tercero a quien mantenía oculto de sí mismo, protegido, apartado de su identidad, todo ello, añadido a la servidumbre propia del trabajo, un lío que no paraba de alejarnos de la intimidad de las parejas vulgares. No había intendencia negociable, la sola idea de convivencia parecía una broma. El señor Swann llevaba su vida con un feroz sentido del humor injertado de un profundo sentimiento trágico, y este no lo podía compartir.

»Ni a los trece años, cuando empecé a tener tratos con hombres, había sido un corderito, pero por un estricto sentido de supervivencia, por lógica, me lo impuse: la única manera de tener el control es tener la iniciativa. No digo solo por los demás, por el magisterio del señor Swann en esta guerra, sino entre él y yo en primer lugar. Cuando Viviana pide a Merlín instrucción sobre magias encarceladoras, él sabe que tiene la intención de usarlas en su contra, y se lo concede por la mezcla de amor y sentido de la fatalidad cabe imaginar producto de un cansancio profundo. Cuando me sentí lo bastante fuerte y serena me di cuenta de que el señor Swann me incitaba a algo parecido. Habiendo estado a punto de amarlo más que a la propia libertad, se me hacía extraño el trueque de poderes. Sospechoso. Siempre he hecho lo que he querido (o así lo creía, aunque ahora sé que no siempre fue así), y lo había pagado demasiado caro. Era el momento de insuflar a nuestra relación los nervios, las venas y los huesos del desprecio del cual en términos de poder efectivo y nominal siempre han sido objeto paciente las mujeres. Swann era el insuperable Agnus Dei. Tuve que aprender a comportarme como un hombre.»

Se detiene, y pienso si es diferente de la mayoría. A la hora de contar estas cosas impostamos desgana porque nos parece que quedamos mejor, más elegantes y civilizados, libres de la innoble servidumbre de lo animal, pero no echamos muchos polvos a la fuerza, ni sin pasarlo al menos un poco bien. Los perpetrados por no haber sabido negarse, donde por decisión propia no te habrías metido, se juzgan por el resultado. No te arrepentirás si resultaron formidables. Solo desde la inseguridad te puede suponer un problema la idea de haberte comportado al revés de como querías, de haber menoscabado la propia voluntad. No siempre deja de haber una parte de uno mismo que se muere de ganas de hacer lo que se finge no querer, pero esa no deja de ser una visión pasiva y, desde luego, un malísimo argumento de hombres ante mujeres que se muestran indecisas. Ella parece haber localizado el momento en que superó

incluso esto, ella toma la iniciativa.

Le digo:

—¿Conmigo te estás portando como un hombre? No te querría decepcionar ni mucho menos ofender, pero recibo de ti maneras y formas feminales.

—Y aprecio que me lo digas. De decepción nada, ni de ofensa. Espero no resultarte desagradable.

—Al contrario. Me incomodaría descubrir que eres un travestí.

—Puede pasar cualquier cosa.

Nos reímos.

—A veces pienso en la perversión biológica de centrar la atención visual en las hembras, porque los animales van a la inversa, las hembras se camuflan y los machos se exhiben. Leones, ciervos, pavos reales. Incluso los gorriones.

—¿Me estás diciendo que la conducta de la mujer evolucionada equivale a la del macho primario?

—Dicho así no sé si gustaría a algunas mujeres.

—¿A algunas? ¡A ninguna!

¿Lo aceptan, los hombres, que seas uno de ellos? Se lo tendré que preguntar. Midoissa deja que acabemos de reírnos, y continúa.

—En medio de la vorágine pasé una etapa de crisis, de agotamiento quizá, más mental que físico. Hice una apuesta de novio formal fuera del ámbito del trabajo, sin relación con nadie del entorno, un desconocido, lo que se dice un buen chico, que me quisiera y estuviera por mí. Incluso me casé. Invitar al señor Swann a la boda (para nada multitudinaria, como puedes imaginar) no fue un tiro de ruleta rusa sino una declaración de principios con intención de blindar una nueva vida. Hice firme propósito de fidelidad total, sin éxito, porque había cometido el error de principio de contar demasiadas cosas y tenía a mi marido muerto de celos retrospectivos, inseguro, vigilando compulsivo, comparándose sin darse respiro, posesivo. Duró casi un año. Lo mejor que saqué fue constatar que puedo ser bastante fiel...»

La interrumpo.

—La fidelidad es un compromiso explícito formalmente adquirido, querido y libremente asumido. No es ponderable: no se es un poco, o bastante. Es como estar embarazada: o sí o no. La más pequeña rendija de duda, de inseguridad, de flaqueza de pensamiento ya la volatiliza. And his first minute, after noon, is night.

Me da la impresión de que me deja hablar como quien condesciende con un crío.

—Pues sí, en el periodo central de nuestra relación, desde cuando nos casamos hasta que nos volvimos impracticables el uno para el otro, fui fiel, y lo que me parece más consistente, leal. Aquella vida no

era para mí, y más por cómo resultaba inconveniente para él que por mí misma. Si Emilio hubiera tenido el carácter de Chistopher, todavía habría podido hacer como Bettina, contemporizar, estirar unos años, pero yo no estoy hecha para compartir la vida con alguien a quien hago sufrir, es lo último que deseo en el mundo, y menos a quien quiero.

»Te preguntarás por qué entro en detalles exhibicionistas. El amor en sí no es nada, es el espacio vacío del centro de un Toro; el material que lo hace posible es el del Toro mismo: el deseo, el placer, el entendimiento, la confianza, la conjunción de los espíritus, la organización empresarial de la familia. Por eso, cuando se acaba no tiene sentido intentar reconstruirlo, no hay sobre qué trabajar porque es la sustancia de los bordes lo que ha estallado. No tengo la necesidad en sí misma, puedo pasar días, semanas, meses incluso, sin salir de caza. Así dimensiono la libertad, y toma todo el sentido la iniciativa, cuando la hay, y me permite situar con quién trato, y lo que hace que el señor Swann cruce como una daga envenenada por los hombres que han pasado por mi vida después de él. La medida en que era su dominio, como una paradoja, es lo que me ha permitido vencerle, aunque sea parcialmente.»

La corto.

—Qué quieres que te diga, no le has vencido. Todo esto me parece una autojustificación. Él te domina de pies a cabeza.

Se levanta, y parece indecisa entre la cama y el lavabo.

—Cuando entré en la CBP sabía que era la batalla final, la que cerraría la guerra, y me lancé como quien explora el calidoscopio. El último fue Silvano, pero no había sido el primero. Antes, Valerio d'Este tres o cuatro veces, Paco Regomir...

—Les conozco —le digo, y siento que tendría que impedirle continuar, pero un vértigo temerario me lo impide.

—... claro que les conoces, Paco lo tuve desde el comienzo, además de los otros, una relación rica en matices, libre, desenvuelta, me pirré bastante a pesar de saber que como pareja no iríamos nunca a ninguna parte, Chistopher, cuando ya se había separado de Bettina, ¿eh?, Kamefes, también fue una historia larga y fluctuante, me enamoré de otro modo —se esfuerza en recordar, o lo finge—, Eusebi Giselberti... —me mira y abre mucho los ojos—, ¡no tenía tiempo de decir que no! Mmm... Pau Morel... ¿Quieres la lista entera? Seguro que se me olvida más de uno. Lo tendría que pensar, mirar agendas para estar segura de que están todos. Perder la cuenta de una noche es grave para una matemática, pero quizá todavía más de toda una época. ¿Qué importa 20 o 19?

—¿Y de toda la vida?

—El significado de la cifra, en todo caso. No es lo mismo debatirse entre 6 y 7 que entre 49 y 50. Ni que entre 999 y 1000, claro.

—Depende de en cuánto tiempo, ya lo entiendo.

—Tengo más presentes los últimos, aquí, Nietsripas, un atleta sexual, Spohr, Novembrini, Zapruder.

Absurdamente me había tranquilizado saber que Bettina no había tenido nunca nada con Spohr, ni con otros de aquí dentro, puesto que me había hablado de todos —a pesar de que yo sospechaba de Novembrini—, y me desasosiega descubrir que Midoissa sí, mal que a la vez lo encuentro tan innegociablemente excitante que no resisto la tentación de estar seguro de no perderme nada.

—¿Más de uno al día?

—Llegué una semana antes de la presentación de la Comisión —sonríe con un punto petulante juguetón—. Hay más cosas que hacer aquí, además de formar parte de la Comisión. ¿O es que tú habías llegado el día antes de empezar las sesiones?

Nos reímos de oficio.

—No, claro. Pero yo..., en fin, da igual. ¿Y quién más en la Madre Casa?

Me enerva la idea de que mientras los Camarlengos me daban por saco Midoissa estaba con Nietsripas.

—Curwen y Eytifronte, pero no aquí, ya era de antes.

Me abandono al exhibicionismo de la verdad que ella destila indiferente o tan solo implacable, jugando a medio arrepentirse, a estar orgullosa, a serle igual. Nunca será suficiente —puedo ser insaciable de causalidades y precisiones.

—¿Y Spohr?

—Siempre nos hemos entendido muy bien, y él hace tiempo que me tira los tejos, pero hasta ahora no habíamos encontrado el momento. Me gusta, es fuerte pero no de los que siempre tiene que pasar la suya, protector pero no perdonavidas, guapo que no va de guapo.

—¿Y los otros?

Insisto demasiado, estoy quedando como un bobo provinciano. Ríe, y me parece la risa más bella que me han dedicado nunca.

—No sé por qué te sorprende. ¿Tú no has hecho lo mismo con Mina y Bettina?

—Me dijiste: no quiero vínculos sentimentales, y el sexo por el sexo ya no me interesa.

—Quizá sí lo dije, mira —ríe como si todo fuera una broma—, estas cosas van como van. Por más grandes propósitos, siempre te acabas permitiendo excepciones.

—¿Y por qué no haces otra conmigo?

—Porque ya he hecho suficientes. Después de que Etnorfitye y

Eytifronte estuvieran a punto de matarse por mí, y de matarme a mí de propina, me juré no volver a estar con nadie después de haber estado con su padre, y cuando conocí a Shelly lo encontré tan tierno, tan desprotegido, un ángel caído, tan diferente de Joseph... ¿Le conoces? —niego con la cabeza, y le quita importancia con un gesto desenfadado—. No te pierdes nada, no te puedes ni imaginar la presión después de que yo... ¡Padres, hijos! —mueve la cabeza sin dejar de sonreír—. Nunca más.

Se me ocurre si me está tomando el pelo. La fascinación por la verdad compartida con Kreis... Llegados a este punto, la curiosidad me pierde.

—Tú con Eytifronte... La bella y la bestia.

Pasa del humor expeditivo a una gravedad casi trágica, y me pierdo en la interpretación del tránsito.

—Me sabe mal, no eres original en la observación. No te lo puedes ni imaginar. Pensé, de aquí no saldrás viva. Más tarde lo pude situar en la dimensión de las aventuras festivas, pero entonces tardé días en decidir cómo lo llamaría.

—¿En qué sentido?

Se ríe, y el tránsito se esfuma.

—En todos, también en el mejor. ¿Estás seguro de que quieres continuar esta conversación? Enséñame la Lista.

Aligerado y decepcionado, se la muestro en el smartphone.

—No está acabada, como puedes ver.

—¿Acabada? Esto no es la Lista, es el índice de la Lista, con algunos puntos desarrollados. Se tiene que extender y llenar entera, sin ni un «etcétera».

—Solo con los nombres de los poliedros se llenarán dos o tres páginas.

—Pues se llenan.

Me importan un bledo los poliedros y la Lista. Solo pienso en ella. No me impulsan a competir los tíos bellos y brillantes con quienes se ha relacionado, sino los bastos cretinos grasientos, los brutales jabalíes chillones, los indignos cochinos obesos y malolientes. No me importan los que la han querido, los que ella ha querido, con quienes ha frecuentado inauditos paraísos y exprimido placeres intensos —sí los que le han hecho daño. El sufrimiento moral, la tortura física, la mezcla de horror y deseo que le ha enfermado los sentimientos, el imparable vaivén entre la voluntad y el martirio, de donde por reducción al absurdo deduzco lo que no me cuenta. Los que la han tenido sin amarla, despreciando y pisando su amor; son estos quienes han ido más lejos. Una visión de la propia marca en una relación amorosa que aproxima a los héroes de la filosofía como máxima expresión de la vida, del sentido sacrificial de la existencia, enquistada

en los celos retrospectivos, los más absurdos, los más inútiles, los más irremediables.

La Lista se nos cae de las manos y quedamos apenas rozándonos, ella medio tumbada en el sofá, yo sentado en la punta de la butaca. Cómo se toca los cabellos me hace pensar en la vista interior de los pinos como una susurrante multitud de colas de pavo real, majestuosas y ondulantes, dialogando entre ellas, imitándose, respondiéndose.

—¿Has pensado dónde van a parar tus relaciones con estos hombres? Tomas la iniciativa de cómo y cuándo empiezan, pero ¿y cómo acaban?

—¿Te parecerá pretencioso decir que también? Lo debe de ser, porque debo de estar diciendo que me habría podido quedar con quien hubiera querido, y tampoco es eso.

Pienso si esto va por mí, aunque el caso no sea exactamente este. Intento recordar otras posibilidades.

—¿Lo dices por Amadeu?

—Está en Yale con Nadia, no me echará de menos.

Aquí aparece un límite de las disensiones, y me temo que aún no hemos llegado.

—No es solo eso.

—Ya lo sé. Por un procedimiento opuesto, hice con Amadeu algo parecido a lo que Swann había hecho conmigo. Amadeu tiene una misión, y cuando acabe será tan poderoso como Swann.

—¿Y como tú?

Se ríe.

—No, como yo no, ya veo por dónde vas. Quieres decir como tú... Pues diferente, ni más ni menos que tú.

Como una iluminación se me aparece la idea de que este Amadeu tan guiado y protegido tiene que ser el hijo oculto de Kreis. Los datos encajan, y por eso ella no quiso llevarle a la cama. Evito mirarla a los ojos porque hace rato —y días— que no me quito de encima la impresión de que entra en mis pensamientos como en tierra conquistada, y si le pregunto más cosas de Amadeu y de lo que se me acaba de ocurrir, me saldrá con evasivas y, si estoy en lo cierto, abriré una caja de Pandora de consecuencias imprevisibles. Es urgente distraerme para no mostrárselo.

—Quiero saberlo todo de ti.

Se ríe.

—¿Qué más quieres saber?

—Por todo lo que me cuentas, podrías mandar a Kreis a la mierda, y no lo haces. Y la manera de no hacerlo me hace pensar que te ata algo más grave que todo eso.

—¿Estás dispuesto a oír la revelación que cambiará tu vida?

Me dejo inundar por una excitación engañosamente controlable.

—¿Por qué no lo tendría que estar, si ya la está cambiando este anuncio mismo?

—Tu intuición es acertada. Tengo una hija con Kreis.

Tengo un sobresalto encima del sobresalto. ¿Qué le digo? ¿Cuánto es mejor que no le diga?

—Has dicho que él tiene un hijo, y que le habías ayudado no sé en qué.

Pienso: y ahí entra Amadeu. Pero si no lo saca ella, no seré yo quien lo haga.

—Sí, un hijo mayor, pero nunca lo he querido juntar con mi Laube, y Kreis lo ha respetado.

Normalidad. He de moverme en la normalidad.

—¿Qué edad tiene la tuya?

—Catorce años.

—¿Cómo se tiene una hija y se mantiene este ritmo de trabajo y de vida?

—Gastando mucho dinero en una buena infraestructura doméstica y pasando cada año unas largas vacaciones fantásticas para que la niña no se olvide de que tiene madre.

—¿Y ya está?

—¿Te parece poco? —nos reímos—. ¿Quieres un cursillo? Pase lo que pase, no perdiéndola nunca de vista más de dos días. Gracias a las nuevas tecnologías.

—¿Y aquí cómo lo organizas? Hasta donde llego yo, las comunicaciones con el exterior están interferidas.

Me guiña un ojo.

—He pactado un privilegio.

—¿Solo uno?

Me dedica la única sonrisa de toda la noche, y malévola.

—Está bien, dos o tres.

Queda callada con la mirada perdida, y no sé si no quiere hablar más o espera que se lo pregunte.

—¿Has permitido que la niña se olvide de que tiene padre?

Hace como si se despertara de un sueño remoto.

—Me he tenido que acoger a la doctrina Swann. Implantes de memoria —se señala la cabeza, y no sé qué cara poner, porque ríe descarnada—. Es broma, hombre. La niña tiene una imagen paterna muy articulada, aunque no del todo fiel a la realidad. Eso, quien más quien menos...

—Por lo que he visto en directo no me has parecido una empleada del doctor Kreis.

—No lo soy. La figura más parecida a lo que somos es la de asociados con algún interés contrapuesto razonablemente bajo control.

—Qué refinamiento... ¡Qué peligro!

—No ha sido fácil llegar hasta ahí. Ya hace algunos años, pude mirarle a la cara y decirle sin una brizna de duda ni de pasión: «Yo te quería, fue mi debilidad. Ya no tienes ningún poder sobre mí.» Pero no hace tantos que no hace falta repetirlo, porque he eliminado hasta el miedo. ¿Lo ves? He trazado un buen límite para las discrepancias.

Me hago dolorosamente consciente de la desazón que me ha traído hasta aquí. Mi vida ha sido un continuo de sensaciones de no estar en el lugar que me corresponde, de estarme perdiendo algo que en el futuro se me reclamará. La expectativa de que esto esté a punto de acabarse me arroja a una insoportable brutalidad de pulsiones. Ya no sé qué me produce esta mujer, pero no quiero imaginar el mundo sin ella.

Le digo:

—Tendríamos que retirarnos. La noche pasada ya no dormimos mucho.

Me mira con una sonrisa que me cuesta localizar, seguramente porque no busco en el lugar adecuado. ¿Burla? ¿Invitación? ¿Impaciencia, desdén? Después de la exhibición de intimidades la conozco menos que antes —la bondad ha generado un monstruo, que por más que lo haya revestido de improvisación a partir de cierto punto, la manera de contarlo, fingiendo que no lo quería, como si se hubieran acostado con ella porque no había sabido decir que no, carga de una perversidad sacrificial el posterior reconocimiento del propio deseo, de los cuchillos de la propia voluntad, de las balanzas entre autodesagradarse y triunfar con destrucción del enemigo, todavía más por el hecho de quitarle importancia, y la ampliación comporta modificar una cosa ya del todo establecida, la demolición, quién sabe, traumática, de una parte de la vida.

Embarranco en la distancia que la separa de la perfección, brevísima pero suficiente para introducir la mano del pensamiento y hacer palanca para hacer caber el deseo y la demanda. ¿Si la rendija fuera muy ancha, al no poderse apoyar más que en un lado no sería posible hacer fuerza, pero si no la hubiera, quién es capaz de tratar con la Belleza Absoluta? No hay nada más execrable que el enquistamiento, la putrefacción del impulso voluntariamente no realizado, aunque se le pretenda atribuir condicionantes ajenos. He who desires, but acts not, breeds pestilence.

Me preparo para la última revelación, para el desvelarse destinado a adentrarme en la profundidad del mar, de las simas de la tierra y de la cúpula estrellada. Se levanta, y la manera de moverse pauta las posibilidades de que el apocalipsis se produzca ahora, o haya que esperar otro día.

¿Cómo puedo castigarla sin castigarme yo mismo? En estas

ocasiones suelo hacerlo. Rehúyo aquello por lo cual me dejaría matar, y me pregunto furiosamente cómo puedo permitírmelo. Ella misma me ha impelido a ponerme en manos de la propia voluntad. Por lo tanto, o es un delirio mío o soy yo quien decidirá cuándo hacemos el amor.

Y cuando decido que no va a ser ahora, tengo que cuestionar que sea yo quien lo ha decidido, y se me aparece el verbo «reminiscenciar», y se me asocia a lo que tengo que deducir que soy: el reminiscenciador.

Ella termina sus movimientos a mi lado.

—Si te quieres ir, vete.

—¿Quieres que me vaya?

Se ríe de una manera tan tranquilizadora que no sé qué me contiene de abrazarla.

—La cuestión es lo que quieres tú.

Se me vuelve a acelerar el pulso. Es curioso cómo las subidas de adrenalina tienen un color tan diferente dependiendo del argumento que las motiva. Le digo (y es como si lo dijera otro):

—No lo sé, lo hablamos cada día. Eres tú quien toma estas decisiones.

—Hoy las tomarás tú. Si no te incomoda.

—¿Hoy?

Ante su falacia de indefensión no hay más remedio que bajar las defensas —las armas ya hace rato que no están.

—¿Si digo hoy y siempre te parecerá mejor?

Siento el temerario, irrefrenable impulso de irme, aunque esta forma ridícula de emulación me vaya a la contra, que sea una chiquillada tan impropia de personas adultas. De una manera puedo quedar como un inmaduro frívolo y vengativo, de la otra como un zopenco que se deja tomar el pelo sin reaccionar. No hay nadie más, ella y yo somos los únicos jueces de nuestros desvaríos.

—No lo sé. ¿Sí?

Continúa riéndose.

—Mientras te lo piensas me voy a poner cómoda.

Se encierra en el lavabo, y me quedo solo con la ambigüedad de mi estupefacción. ¿Cómo lo ha hecho para emanar esa aura de bondad, siendo que la mayoría identifica su comportamiento con el de las «chicas malas»? La forma como se irisa entre desazón y confianza la vuelve devastadora. No sé si con Mina o con Bettina aún tengo oportunidades; las veo lejanas, inconcebibles. En cualquier momento Midoissa me dirá, «lo siento, amigo mío, hoy la cena y la noche las tengo comprometidas», y será inútil todo lo que yo diga o haga. Debería lanzarme como al tesoro más preciado del mundo, y algo en ella me frena, me dice: ¡huye!, ¡huye! —prefigura una inmensa destrucción.

Vuelve del baño no como otras veces, sino como la mañana del primer día, con una camiseta sin mangas y un pantalón corto de algodón ligero holgado. A pesar de que ya la había visto en el gimnasio, me produce un efecto de despliegue, de revelación. ¿Soy libre para interpretarlo? ¿Hoy diría que sí? Aunque hubiera sido por reducción al absurdo, ya lo había dicho el primer día, y mira cómo acabó. La he visto pasar de gran dama distante a niña traviesa, y cuántas transformaciones más me esperan. No sé cómo diferir el momento, ni me parece buena idea hacerlo. Pero..., pero, pero.

—¿Cómo distingues los enamoramientos del pasado? Con jerarquía, como todo el mundo. ¿Pero con tantos del mismo lugar las interferencias no los distorsionan?

—En todo enamoramiento hay un drama. El de las terceras personas a quienes sin misericordia les arrebatas una parte de su vida.

—¿Es una advertencia?

—No, es un regalo.

—¿Lo debo hacer extensivo a otros?

Se ríe.

—Si quieres. Es más bien para que lo cobres a quien te lo pueda pagar.

Cuando el cuadro ya ha empezado, manda sobre la realidad del modelo. El modelo ha de adaptarse al cuadro. Las causalidades de la mímesis se han invertido. Ligada al objetivo imposible propuesto, nuestra existencia se ha vuelto espectral. Me asalta la bárbara sensación de actuar determinado por el objetivo final, pero no desde la intención ni el mecanismo inmediato, sino como producto del futuro. Recuerdo a Spohr y Carter hablando de la epifanía troyacordial, y hasta ahora no lo he ni tomado en consideración. No quiero que sea el terror lo que me haga decidir, mal que a la contra. ¿Por qué me parece traída desde el futuro esta vaga y vana locura de exacerbar el pasado? ¿Por qué complacerme en ella? ¿Para acceder a las profundidades del big bang particular, para descubrir cuándo me he enamorado?

Se me aparece con violencia lo que se espera de mí, ella, yo mismo, la acción determinante ante Midoissa. Las dos mujeres alfa del fundamento inaugural de Occidente, en quienes la extrema belleza es el atributo desencadenante —la virtud destructora—, son Alcestis de Feras y Helena de Troya. Helena es un icono hierático, pasiva, plana, la quietista versión primigenia del sois belle et tais-toi, y Alcestis es la heroína que toma las decisiones y las ejecuta, dueña de su destino concitadora de las voluntades divinas para ser recuperada, modelo de los campeones de la bondad, la compasión y el sacrificio, de Buda, de Cristo. El mundo renacentista y el barroco corrigen el fatalismo determinista del mundo helénico escoliasta de Eurípides, y disuelven

la dicotomía entre Admeto y Heracles, uno el hombre que permite que la amada muera por él, el otro el que la rescata de la muerte. La puesta en valor de la capacidad de actuar; el valor supremo, por un principio superior a las consecuencias.

Qué quiere Midoissa de mí sobre Kreis, porque si no, qué sentido tiene todo lo que me ha contado, qué tengo que hacer para completar sus actos, qué no me ha acabado de contar. Qué avatar del amor nos está destinado —no el de los amantes inconscientes y felices en el paraíso. Como si me cayera del caballo, se me presenta el fresco de la actualidad. Mina es la reina de los vampiros; ya muerto Max el grande, Bettina es la cabeza visible del clan Van Egmont; Midoissa es la cúspide del círculo de influencias de Swann. ¿Me ha tendido una trampa? Si es así, he sucumbido. Ya no es ni Alcestis, ya ella es Heracles. ¿Las mujeres están ya donde los hombres? Lo que falta para que con eso sea suficiente, ah, es el mundo.

Le digo:

—Entreveo un amplio ciclo compasión/autoinculpación/redención. ¿Acierto?

Le contemplo los pies descalzos, y con los zapatos puestos me siento un asaltante.

—Bastante. Pero no todos estamos en el mismo punto del ciclo.

Me hace muecas el arisco placer de juntar piezas aparentemente inconexas, de encajarlas en un único significado.

—¿Dónde estás tú?

—En plena autoinculpación, como has podido ver. Estamos todos en peligro, hay quien no quiere que lo arreglemos, y el más listo será asesinado. Tú apenas estás preparado para enfrentarte a la compasión.

—¿Quién es el más listo? ¿Novembrini?

—No he dicho dónde se sitúa —se ríe—. Puede ser al otro lado.

—¿Zapruder? ¿Kreis?

—Zapruder tiene quien lo pare, Kreis no.

—Me quiero quedar aquí esta noche.

—Quédate, nunca te lo he impedido.

Me acuesto, y ella coge una manta y una almohada y se va al sofá. Me interpongo.

—De ninguna manera.

—Estaré bien aquí, ve tú a tu cama.

Ya se ha tapado. Me acerco, me arrodillo para quedar cerca del cuerpo yacente, aparto la manta y lo acaricio en el límite de la empatía afectiva. No pone impedimentos. La inmovilidad la vuelve más Helena que Alcestis. No es una inmolada auténtica.

El punto de no retorno no está lejos, pero me separa de él una fosa rocosa, brillante de obscuridades, rebosante de torbellinos y cocodrilos. Yo no lo pierdo de vista, y ella debe fingir que se duerme.

Me acerco más, y me mira de una manera que prefiero no separarme de sus ojos. Me arrepiento mientras lo voy consumando —de cerrar los ojos, nada. Se me presenta todo lo que ha habido entre nosotros, qué podría haber sido y no llegó, me enzarzo en obviedades, si las dificultades estimulan o desilusionan. Depende de qué, del cómo, y nada me consuela. ¿Cómo puede ser que la cálida acidez de sus ojos atraiga y aleje a la vez?

Me retiro despacio, pero ella me agarra la cabeza y me besa. Hay una transformación instantánea, vertiginosa, un nacimiento. De un solo gesto pasamos de lo que éramos un instante antes a otro mundo. Asaltamos la cresta —abrir la caja, de Pandora quién sabe. La expectativa estalla contra la realidad, no tengo capacidad para volverme loco de alegría ni para decepcionarme. El olor esperado, el respiro intuido, el tacto imaginado, ¿dónde están ya? El mundo se ha vuelto de pronto inacabablemente abrupto, hostil, despojador. Como ante trescientos sesenta grados, no veo nada.

Nos suenan a la vez los smartphones. Me levanto; ella coge el suyo del suelo. Es una convocatoria a la copa inaugural de la jornada de reposo y celebración, en el salón de las comparecencias.

—¡A estas horas! —le digo, y me asaltan todas las sospechas—. ¿Lo sabías?

—No tenía ni idea.

—¿Tenemos que ir?

—Deberíamos. Nunca se sabe.

Nos vestimos aprisa sin interferencias, y nos vamos para allá.

Boötes II

En la noche estrellada, el norte profundo se ofrece sin nieblas a la visión desde los cristales abiertos del salón de las comparecencias, también por primera vez iluminado con todas las arañas encendidas. Sirvientes empelucados rondan entre los asistentes con bandejas de copas de champán, de muscat, de Picon, de bitter y de amaretto, con pequeños canapés de caviar sterlet, de angula, de hígado de raya, de cerebro de jabalí y de foie gras, ostras, anémonas, chapadillo de anguila, all-i-pebre, piure y picoroco de Chile, salmón macerado, dátiles gigantes de Irán, arándanos negros frescos, rojos secos, endrinas, cerezas de madroño en Grand Marnier, anacardos y goji rojo, pasas de Corinto, todo a cucharadas o en cucharas-tenedor con el pan, la flor de sal, el comino, las pimientas de cinco tipos diferentes y la mantequilla opcionales, como si un Epicuro distractor se hubiera infiltrado en el convento para suavizarlo con un perdón transitorio. Además de los miembros de la Comisión, hay oficiales de las Órdenes Vigilantes de la Madre Casa, los conocidos, la mayoría no, y alguno que no había vuelto a ver después de un primer encuentro no muy memorable, el Teniente de Camarlengos Sapirstein y el de Archicamarlengos Guidobaldo, a quien evito saludar, y aún más cuando Midoissa se va directa hacia él y departen como si fueran íntimos.

Me quedo con Bettina, Mina y Rakshasi —aunque están con el Capitán de Camarlengos Drallyam y el Teniente Maillard, pero estos me la traen al pairo—, que han aparecido despampanantes, y me pregunto si ya sabían lo que nos esperaba, si el organizador había tenido el detalle gracioso de avisarlas. Las sillas han sido retiradas para dejar el espacio nítido, solo con las mesas rinconeras con la comida. Kelch y Zapruder están al fondo, en el centro, con Mercedes, Carter, Fabrici y Spohr, y no veo a Kreis por ninguna parte.

Me bebo un malta demasiado aprisa, tomo otro y el paisaje ha cambiado. Bettina y Mina están con Carter y Spohr, Zapruder está con Rosa y Mercedes, Rakshasi continúa con los Camarlengos, y se ha añadido Borrell. Midoissa está con Kelch y Crowley. Está Kladonir, y me parece una irregularidad mezclar jueces y juzgados. Tengo para elegir y, violentando los impulsos profundos, me voy junto a Bettina —Carter me recibe con una socarronería insituable.

—Aquí tenemos a la primera persona.

—Depende de en qué sentido, no lo dudes —digo.

Mina dice:

—Si hubiera un relato, ¿quién diría «ella llega y se sienta»?

—Hay un relato, y lo dice Artur —dice Bettina, pero riendo más de la cuenta.

—Sí, muy bien, ¿pero dónde? —dice Mina.

—El lugar sería otra cuestión —dice Spohr—. Quedémonos con el punto de vista: ¿el «Yo» inicial accede al narrador omnisciente y lo manipula? ¿También en el pasado? ¿Puede decir «lo he modificado a mi gusto, y si esto fuera un relato, el lector no sabría lo que es mío de ahora y qué de antes de llegar a este momento»?

Pienso si todo es «ahora», si todo es «yo». Pero también lo era antes. ¿O no? Todo tiene un aire de broma de mal gusto —¿cuándo se volverá pestilente? Bettina me dice:

—¿Qué te parece? ¿O es que el «Yo» no eres tú?

—No lo sé, mirad: me llamo Miquel, no Artur tal como el equisciente me llamaba hasta ahora.

Unos se ríen, otros parecen descolocados. Bettina dice:

—¿Ah, sí? ¿Ahora lo has modificado todo?

—Solo lo que me conviene. He dejado las pruebas del atropello del que al comienzo fui objeto.

Mina dice:

—No te engañes, tú eres el autor de todo. ¿Por qué, si no, todas las preciosidades de tías de la Comisión están dispuestas a acostarse contigo? En fin, quizá no todas.

Nos reímos. Bettina se me acerca, afectadamente melindrosa.

—¿Por qué no soy un viejo farfulla? ¿Porque tú lo has elegido?

Spohr dice:

—No tienes ni idea de quién es el autor de todo esto.

—¿Tú sí?

Bettina dice:

—Hay una cuestión incierta: ¿cómo tendré acceso a todo lo que ha pasado antes de ser yo el punto de vista?

—Si antes también eras el punto de vista, el narrador siempre es equisciente. Solo cambia que entonces lo mirarás en primera persona, y ahora lo miras en tercera.

Digo:

—Si estoy pendiente, ¿es que lo miro? Una manera curiosa de decirlo. Diría más bien «lo pienso».

—Lo miras, lo piensas, qué más da, son facetas diferentes del mismo fenómeno, aspectos sincrónicos sin relaciones causa-efecto entre ellos.

La futilidad de los objetos me cae encima. Tengo un ataque agudo de desilusión en todos los sentidos de la palabra —de melencolia. Spohr me mira con una suficiencia que lo abofetearía, Mina me vuelve a dar miedo, Bettina está de demasiado buen humor, Midoissa cada vez tiene más gente alrededor. Me parece que hace siglos que estoy

aquí, casi tanto en la Comisión como entre los escollos del acceso. Ya no recuerdo el mundo exterior, tan remoto y variadamente hostil, a pesar de que entre esta gente no es mucho mejor. La mezcla de sueño y calor me incomoda, el aire adquiere la metálica solidez del absurdo y las disonancias depresivas.

Zapruder toca con la cucharilla una copa para llamar la atención, y cuando obtiene silencio dice:

—Amigas, amigos, los gestores somos conscientes de las dudas generadas en algunos de ustedes..., en muchos, por ciertos datos y una evolución de los hechos y de su conocimiento que pueden aparecer como contradicciones internas, como elementos cuestionadores de su función, si lo prefieren de la misión que les ha traído hasta aquí, que abren incógnitas que, depende de la mirada, aparecen al margen de las responsabilidades adquiridas y exigibles, que generan puntos de desconfianza y de rechazo que pueden llevar a restricciones mentales, a renuncias in pectore potencialmente perniciosas para la eficacia del proceso. Les queremos transmitir un mensaje de tranquilidad y confianza en la plena consecución de los objetivos fijados. Este encuentro se inserta en la tradición de las comisiones exteriores y en general de las colaboraciones con expertos externos. Les dejaremos dormir unas horas, y mañana, si les parece bien y de manera del todo libre por supuesto, les ofreceremos una visita por las dependencias nobles de la Isla de los Muertos.

Levanta la copa, brindamos y bebemos, y Bettina me dice:

—La tradición del primer día de reposo de las Comisiones es no dormir.

Apenas degustado, Midoissa dice:

—Doctor Zapruder, según las últimas noticias, hay muertos entre los manifestantes en las inmediaciones del edificio.

Le responde el Teniente Sapirstein.

—Eso es una especulación capciosa, señora Prills, y por cortesía de anfitrión no le preguntaré de dónde lo ha sacado.

—Intento ser una alumna no desaprovechable del todo de la disciplina en la que el doctor es un maestro, la de identificar las preguntas que no se tienen que hacer.

Zapruder toma aire, y queda patente el inminente cambio de retórica.

—Nuestro reto es salvar el mundo, regenerarlo radicalmente del actual, catastrófico estado de desorientación, decadencia y desaliento, un estado irreversible como saben incluso los disminuidos que son los guías. ¿Qué otra cosa más que la irreversibilidad impulsa las acciones humanas colectivas? Cuando avanzas en un trabajo que comporta desplazamiento, y te das cuenta de que te has saltado un paso pero no puedes retroceder porque el mundo entero, la vida misma te impulsa

hacia adelante, y continúas como si el requisito se hubiera cumplido y no da igual porque el efecto es el mismo, y mientras pensabas esto te has dejado otro requisito pero igualmente continúas adelante como si tal cosa, adelante, adelante, y así una vez y otra, y el trayecto, o sea la Historia, tendría que estar lleno de vacíos, de ausencias, pero no, qué cosas, presenta una extraña continuidad redondeada con suplencias aportadas por la naturaleza de su devenir, resonando con el del mundo, con la presencia de cualquiera de sus fibras en todas partes, en un momento u otro donde se ha hecho más necesario. La bondad del objetivo tiene que prevalecer, y si no lo entendemos así, somos los autores de la aniquilación, y no valen demagogias especiosas.

Midoissa dice:

—No debo de captar la imagen de acuerdo con su intención. Aplicada al caso presente, los pasos que nos hemos saltado, los requisitos no cumplidos, los vacíos y las ausencias rebasan las suplencias aportadas por la naturaleza de su devenir, y no sé ver en parte alguna satisfactoria continuidad redondeada.

Bettina dice:

—Se nos debe de querer hacer pasar por más razonable que a Jonás no se lo hubiera tragado una ballena, sino un submarino alemán viajero en el tiempo durante la Segunda Guerra Mundial.

Para haber sido amantes —o para serlo (no hay indicaciones sobre los estados actuales de las relaciones)—, Midoissa maneja a Zapruder bastante bruscamente. Como se desafían las miradas no es muy diferente de como lo hacían con Kreis, que continúa ausente. Carter interviene.

—La caída de la comunidad mundial se puede diferir hasta cierto punto en lo formal, pero en el mundo real ya se ha producido. Se ha rebasado el punto de no retorno en que el porcentaje mundial de población insolvente y desamparada excede lo sostenible en relación con el de propietarios de los recursos, como en 1789 en Francia y en 1917 en Rusia, y la única salida es guillotinar al rey y a todo su staff.

—La cuestión es quién es el rey —dice Spohr.

—Sería interesante que estuviera aquí dentro —dice Bettina, y las miradas posibilistas van en todas direcciones, hasta que acaban en Zapruder y Kelch, y se trata de reír para distraer tensiones.

—¿Interesante? ¡Según la disposición y las fuerzas de unos y otros, peligroso! —dice Mina.

—Aquí dentro la idea de peligro está distorsionada.

—¿En qué sentido?

—Esa es la cuestión. No se sabe.

La conversación se fragmenta. Digo:

—Quizá sí se sabe. No hay estructuras de poder más allá de la fuerza si no es con una base moral estructurada desde una lógica

objetiva, y tal construcción está tan arrasada que hay que plantearse si había existido en algún momento de la Historia. Para reconocer si una cosa es delito, previamente hay que haber reconocido una autoridad capaz de decretar qué lo es y qué no. ¿Dónde está tal autoridad?

—Oscura, o más bien difusa. Y mejor que no la haya —dice Curwen, y cuando se da cuenta de que casi estamos solos se desinteresa de la cuestión y mira hacia otro lado.

Como si fuéramos desconocidos, aprovecho que Midoissa vuelve sola de buscar una servilleta y la intercepto.

—Muertos entre quienes protestan... ¿Por qué no me lo dijiste?

—Me acabo de enterar.

—La idea de peligro no es la única distorsionada —me mira muy atenta, y continúo—. La de información, la de compromiso...

Me sonríe, distante.

—¿Qué me quieres decir?

—¿Cómo has sabido esto de los manifestantes muertos?

—Te lo he dicho, se me permiten algunos contactos exteriores.

Su gesto indica que se dispone a volver con los Camarlengos, y la retengo del brazo. No rehúye el contacto; se deja. Esto me da un placer fuera de medida.

—¿Eres una infiltrada?

—¿De los antisistema dentro de la Isla de los Muertos? ¿Del núcleo duro de la Isla de los Muertos dentro de la Comisión? —suelta una de esas carcajadas irresistibles—. ¡También debe de estar distorsionada la idea de infiltrado!

—Dímelo tú que estás al corriente de todo. ¿Te ha llegado la información por los canales de noticias? Imposible, están restringidos en el origen. ¿Hay infiltrados entre los activistas anti-Isla de los Muertos?

Me agarra del brazo y me aparta hasta la ventana.

—¿Quieres decir los manifestantes? Es posible, pero no estoy en contacto. Ya me gustaría.

—No, entre nosotros. Aquí o afuera. Cuando te relacionaste con Lucas, fuiste una doble infiltrada. ¿Qué seguridad tienes de que él no lo era? ¿No dices que en la CBP hay facciones confrontadas? ¿Y aquí dentro no?

—Lucas era honesto de pies a cabeza, este fue su mal.

Me impresiona la certeza absoluta exhibida, más que por el hecho de estar acertada o no, por la confianza en el propio criterio y la humildad de expresarla, incluso en el punto en que permite inferir que, por contraste con Lucas, ella no es del todo honesta. Yo me habría guardado las espaldas, y me tengo que preguntar si me siento más inseguro, puesto que no tengo duda de que no es que la ame menos que ella a mí. Me da un salto el corazón: ¿por qué doy por

hecho que ella me ama? Se pasa la mano por la nuca, por debajo del cabello, y la inclinación de la cabeza crea bellísimas simetrías de Rorschach con el reflejo en la ventana. Nos quedamos mirando. Le digo:

—¿Un mal que tú no sufres? —reímos—. Los servicios secretos no fabrican al quintacolumnista, sino que hacen una amplia búsqueda en los ámbitos apropiados...

Me interrumpe.

—El Protocolo Oswald, lo llaman.

—... eligen a los candidatos, crean a su alrededor las condiciones idóneas sin que ellos sean conscientes.

—El infiltrado perfecto es quien desconoce que lo es, el que en ningún momento ni siquiera sospecha en relación con la honestidad de su compromiso con la causa.

—Y una vez que les han puesto al alcance los medios y las facilidades, eligen al mejor y dejan a los otros en stand by o los eliminan, depende del caso, cortan las conexiones, los indicios que los relacionan y los antecedentes comprometidos, y el teatro ya está en marcha. Una vez cumplida la misión, para no dejar señales el infiltrado tiene que ser liquidado. Y para asegurarse, liquidar al liquidador. Oswald y Jack Ruby, sin ir más lejos.

—De ahí el nombre.

Nos llega un jaleo de discusión del otro lado de la sala. Kladonir y Fabrici han retomado el litigio.

—Me da igual de dónde vinieran las disposiciones, tu responsabilidad era velar para que no se hiciera ninguna operación sin asegurarte de que todo era correcto —dice Fabrici.

—No tienes ningún cargo en la Madre Casa, y ya estás por encima de la Comisión. Que yo sepa, no me condena ninguna resolución.

—Porque no se ha emitido ninguna. La Comisión ha aplazado las sesiones, pero no hay nada cerrado.

—¿Y cuál esperas sobre mí? Mi comparecencia se da por acabada.

Midoissa me dice aparte:

—Creo que, tal como nos temíamos, la facción humanista acaba de fracturarse.

—¿Ah, sí? Acláramelo, porque no sé qué me he perdido.

—En la Comisión, Carter le ha salvado el culo a Kladonir cuando Fabrici lo tenía contra las cuerdas, cuando se ha puesto a hablar del asalto de los manifestantes.

—Y tú has hecho lo mismo hace un rato, después del discurso de Zapruder —nos reímos—... ya lo veo, muy hábil, y tan discreta como siempre. ¿Lo habrá pillado quien toca?

—Seguro —me guiña el ojo—. Tú no has caído porque tendrías la cabeza en otro lugar, y no hace falta que me digas dónde. Pero no

todos son tan sentimentales.

—¿Ibas a decir por suerte? ¿O por desgracia?

—Ni una cosa ni la otra. Cada cual donde le corresponde.

Zapruder dice:

—Amigos, los trabajos están aplazados hasta mañana por la mañana. Pronto volveremos sobre los asuntos pendientes. Hoy y mañana están todos invitados a distenderse y a disfrutar tan serenamente como les plazca del paso del tiempo sin obstáculos ni exigencias.

El Teniente Nietsripas dice:

—Les hemos querido ofrecer una copa para empezar. Si nos disculpan, nos retiramos, y al margen de que por supuesto son ustedes libres de disponer de su tiempo como les plazca, nos complacería que aceptaran la sugerencia de quedar aquí mismo mañana a las nueve de la mañana para desayunar y guiarles en la visita a otras dependencias del aposento.

Se va cada cual a su ritmo, entretenidos o decididos, y no quiero ser de los que se dejan dilatar por los que se van encontrando. Midoissa es de los decididos y, a pesar de que por cómo no me mira y hacia dónde se mueve me da la impresión de que me evita, no hace nada por no irse sola —más bien se quita de encima a unos cuantos—, lo cual me permite aproximarme.

Le digo:

—No tengo sueño. ¿Y tú?

Ríe y me mira como a un crío que pretende ir a la suya sin que se note.

—Volvamos a la habitación.

Nos vamos sin plantear a cuál, y cumplimos el ritual. Se encierra en el lavabo y sale ataviada como de costumbre para acostarse, y yo tras ella.

Se vuelve a sentar al sofá, donde ha quedado la manta, y se tapa de cintura para abajo. Me dice, y creo detectar cierto aire de reproche:

—Me han dicho que te gusta jugar con el punto de vista.

—¿Que abuso de la primera persona?

—Una opción interesante, que lleva a la posibilidad de que tu relato modifique la realidad.

—¿Qué realidad? ¿Todo lo que unos y otros hacemos no la modifica?

—Eres un heraclitiano-aristotélico.

—Si así fuera, modificaría los rasgos del Sistema, y me parece obvio que no puedo.

—¿Por qué no? Te bastaría con conocer y dimensionar ajustadamente los rasgos.

—Ilústrame.

Se pone bien, con una especie de didactismo ingenuista que por reducción al absurdo y por precaución me obligo a considerar ferozmente irónico.

—El Sistema es un ente organizado para articular y mantener las propiedades y prerrogativas de los amos. Es único, y solo hay uno. Da igual las facciones, las ideologías, las doctrinas. El dinero no tiene ideología, porque las diferentes maneras de gestionarlo, administrarlo y repartirlo no alteran la mecánica básica. Para que un sistema de organizaciones se considere ideología, hace falta que entre las diversas facciones haya diferenciales, y en el mundo del dinero no las hay. Sería como decir que respirar (que es universal) es una ideología, o que lo son la religión y los nacionalismos, no tan universales pero por poco: no lo son porque no hay alternativa, y cuando un programa no la tiene es que está por encima de grados de abstracción menos potentes. El grado de abstracción de las ideologías no es tan genérico, se acerca más a los entes tangibles. El sistema de cambio comercial mundial es derecha dura, da igual el discurso filosófico o pseudofilosófico donde repose o que alimente. Lo único que une y cohesiona el Sistema es el dinero, y el dinero es dominio de la extrema derecha. Por eso hay que ser prudentísimos calibrando fuerzas, porque esto podría ser el Antijuicio de Salomón, puede haber más de uno que prefiera volar la Isla de los Muertos para tenerla entera después, y da igual cómo se haga, porque servirá para todo el mundo. De forma a veces deliberada, a veces no tanto, en el interior del Sistema se generan mecanismos para conservar la necesidad, y para establecer apariencia de lo ineluctable para que nadie, ni los amos ni la plebe, se sientan obligados a continuos replanteamientos. A los amos no les hace falta conciencia conspirativa porque la Gran Apariencia les sirve la imagen de «esto es así, siempre ha sido así y lo continuará siendo», y a los parias (la gran mayoría de la humanidad) les desanima a emprender revoluciones porque la imagen se complementa con la idea de «es superior a nuestras fuerzas y no podemos hacer nada para cambiarlo». Realidad intrínseca o sugestión colectiva, la experiencia muestra que quien se enfrenta al Sistema con la intención de cambiar su esencia, con planes reformadores a fondo y de verdad, solo tiene dos salidas: ser destruido o acabar integrado.

—Así no hay alternativa.

—Si se respetan las reglas del juego, no.

No hemos progresado mucho desde los viejos refranes.

Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tú y el reino,
y aquí se pierda Granada.

—¡Ay de mi Alhama!

—Incluso estrictamente dentro del Sistema, ¿quién respeta las reglas?

Cambia de posición, más incisiva, y continúa.

—Las reglas son una ficción. Solo los bobos no lo ven, o fingen que les complace dentro de un valor: igualdad de oportunidades, concordia, tolerancia, derechos civiles, respeto por el bien común, la vida humana como valor supremo, simulacros, apariencias fantasmales, bromas de mal gusto, con la ficción suprema en el extremo: la justicia. La ley hecha para proteger a los amos (que nunca la han cumplido ni la cumplirán), para dominar a los súbditos.

—¿No distinguimos entre ley y justicia?

—La justicia es una proyección adquirida de la mente, como la ira y el amor. La ley es una convención impuesta.

—Pues si no queremos destruir cualquier ilusión de no formar parte del Sistema, hay que ir contra la ley.

—Es el punto de partida. Lo que siempre se ha hecho, el mecanismo básico evolutivo. La ley es el áncora, la rémora de protección de los inmovilismos.

—Todo eso ya lo sabemos y está muy bien, ¿pero cómo se hace?

—Si un grupo fuera lo suficientemente fuerte, guillotinando a los amos, pero tarde o temprano se autorregenerarían mecanismos restauradores del Sistema. El síndrome de tener razón, de ser mejor que los otros, es un veneno que no falla. Al cabo de unos años volveríamos a estar igual, con caras diferentes. Ha pasado continuamente.

—En otros tiempos inventaron la revuelta permanente para evitarlo, y no lo lograron.

—Solo son posibles éxitos transaccionales, con la eventualidad a medio plazo de que por falta de dirección el Sistema se destruya por implosión.

—¿Es lo que tú quieres?

—¿No lo quieres tú también?

—La decencia y el cinismo llevan al mismo sitio.

—Son lo mismo. La bondad es un arma mortal.

—Claro. Asesinar a los amos, el equivalente social de matar al padre. ¿Eres consciente de que, aun siguiendo esta doctrina, para los parias asaltantes de las torres del sur serás otra princesa que hay que liquidar?

—Y con toda la razón. El Sistema es un ente piramidal donde todo el mundo es amo de quien tiene debajo, y en estricta lógica, explotado por quien tiene encima. Hasta se hacen chistes.

—Y siguiendo la lógica, la justicia lleva al conjunto de la población

a asesinarse en cadena en dirección ascendente.

—No, primero porque tal lógica, no sé si por suerte o por desgracia, aún está muy lejos del imaginario práctico colectivo, y además porque esta conclusión supera la amplitud de las premisas. Solo tiene sentido y utilidad liquidar a los de la cumbre.

—No puede estar más claro. ¿A quién hay que asesinar?

—Al doctor Kreis.

Río, pero ella no.

—Muy bien —le digo—. Mañana mismo empezamos. ¿Cómo lo quieres, lo liquido yo y tú eres la coartada?

—¿Por qué no? Mientras nos lo pensamos, dormimos.

Imagino las posibilidades de éxito de retomarlo donde estábamos cuando nos han convocado a la copa hace un rato. Lo veo una montaña. Nos decimos buenas noches, y dejo que la indecisión actúe como un molde. ¿Beso o no beso? ¿Intento o no intento? ¿Sonrisa malévola o no sonrisa? ¿Explícito o un sí es no es? Contemplo su inmediato devenir como el ofrecimiento del crupier, doy por hecho que a ella ni se le ocurre —y si se le ocurre le parece fuera de lugar y ridículo—, lo dejo pasar, y maldiciéndome me encuentro como no lo habría tenido que permitir nunca, ella en el sofá y yo en su cama. La dimensión sacrificial puede ser tan potente en una nimiedad como en una proeza heroica, y que me lo parezca debe de ser que me empiezo a obsesionar por esta mujer más de lo razonable.

Obsesionarse, aunque sea solo un poco, razonable no lo es nunca, y no hay manera de dormir. Cuando ella ya ha caído, me levanto sin hacer ruido ni encender la luz, amparado en la penumbra me visto y me voy a mi habitación.

No sé si el insomnio es causa o efecto, y si saberlo me ayudara a combatirlo le dedicaría más esfuerzos. La noche se ha vuelto un espacio de deshuesado horror, de burla de expectaciones esfumadas, de vulgarización de imágenes atractivas, de putrefacción de seducciones. Me levanto sin querer saber cuántas horas no he dormido, me visto bien para la ocasión y vuelvo a la sala con la impresión de haber estado allí apenas hace tres minutos.

Todavía no están todos. Nietsripas, Zapruder y un par de Camarlengos más que no recuerdo haber visto nunca, María Sinora, Rosa y Borrell. Son a quienes tengo menos cosas que decirles, y me asqueo más que me incomodo. Entre ser por la mañana y no estar acostumbrado al aposento con esta luz, y que han dispuesto un amplio bufet y unas mesas para cuatro con las correspondientes sillas, el lugar parece otro.

Aparecen tres camareros con cafés, infusiones y tés, y cuando la conversación está a punto de hacer implosión porque no es conversación ni es nada, empiezan a aparecer los otros sin pausas, y

con unos emparejamientos tan caprichosos que pensar si se acaban de encontrar en el pasillo o vienen de dormir juntos se asemeja más al juego de la ruleta que a un tedioso ejercicio de lógica. Rakshasi y Crowley, Mercedes y Fabrici, Spohr y Carter, Mina y Bettina que se dirigen a mí cogidas del brazo de Kelch, una a cada lado, más risueñas de la cuenta; se lo quitan de encima y me llevan a una mesa del extremo. Me alivia, y me molesta que den por hecho que diré que sí a todo.

—Uy, qué mala cara —me dice Mina—. ¿Qué te pasa, no duermes?

—¿No te trata bien la princesa?

—¿Qué princesa?

—¡«LA» princesa! Solo hay una.

—¿Y no eres tú, la princesa Van Egmont?

—No, solo soy duquesa.

—Pobrecita, qué pena.

—Midoissa no es ninguna princesa.

—Quizá no de nacimiento, pero lo es porque se lo ha ganado.

Me vuelvo para lanzar una amplia mirada de auxilio, y Midoissa no ha aparecido.

—En cambio, vosotros sí que debéis venir de dormir bien.

Sueltan una carcajada.

—¡Y tan bien!

Tengo a Bettina muy cerca.

—¿Ya eres una vampira?

—¡Una vampira! ¡Qué dices!

Mina dice:

—Mírale el cuello. ¿Ves alguna marca?

—No, pero no es del cuello de donde tú sacas la sangre, hay que buscar las marcas en otro sitio.

—Pues búscalas —dice Bettina, se sube la falda y se abre de piernas, la izquierda estirada, la derecha en alto—. Mira, mira.

Aunque hay un guerindón en medio, el impedimento está lejos de ser efectivo. El grupo más cercano son dos Camarlengos, Borrell y Carter, dos de espaldas cerrando el círculo; en el bufet están Rosa, Mercedes, Spohr, Curwen y cuatro Camarlengos más, todos medio vueltos, pero no están por nosotros; dos mesas más allá, María Sinora, Crowley, Kelch y Zapruder podrían darse cuenta, pero se les ve entretenidos en la conversación. En la puerta hay movimiento de oficiales entrando, Guidobaldo, Kladonir, Rakshasi; no mira nadie en nuestra dirección.

Digo, para abreviar:

—Ya lo veo, no hay mordiscos —Mina está tan atenta a mi reacción que me siento obligado a preguntar—: ¿Cómo ha ido? ¿Has cambiado de procedimiento?

Con toda la calma del mundo, Bettina recupera la posición.

—Lo hemos pactado. Ya lo ves, tú eres más peligroso para mí que yo para ti. Asúmelo.

—No soy peligroso para nadie, querida. Entonces, ¿desistes del protocolo sentimental?

Sonríen a la vez.

—Con Bettina he tomado el rol pasivo.

Quedamos en silencio, mirándonos desde una carcajada contenida.

—Me gustaría verlo.

Estalla la carcajada.

—¿Qué te dirá la princesa?

La entrada de Midoissa me ahorra la respuesta. Indagaría si es un efecto de mi estado mental que su presencia cambie el estado cuántico de la reunión. Si solo Mina y Bettina están pendientes de mi reacción. Midoissa vuelve a ir de chica formal, la más discreta, vestida de un verde oscuro agrisado, en una declaración de voluntad de no competir, pero la elegante neutralidad de la ropa no esconde ni disimula el excepcional equilibrio. Destaca a pesar de su generosidad, y es determinante y no contradictoria.

Debo de haber sido el único que se ha puesto en evidencia, porque se nos acercan Curwen y Spohr, y Mina y Bettina no se cortan de meter el dedo en la llaga.

—Artur está perdido, ha caído en las garras de la tigresa.

—Pobrecito, ¿y ahora qué pasará con su independencia de criterio?

—¡Es irrelevante! ¡Y con el punto de vista, qué!

Creo calibrar el peso del momento en el interior de la vida de cada cual, cómo se determina y cómo afecta si dices que no tiene importancia o que es cosa de vida o muerte, los estados intermedios y la causalidad invertida, si es antes lo que sientes o el nombre que le das. No sé si me estoy jugando la vida con el trabajo como perito de la Comisión, o si me la juego más en la deriva sentimental con Midoissa.

Por suerte, Curwen aporta un conflicto interior más evidente y ridículo que el mío, y me dejo aligerar. Hablan todos a la vez, y estoy encantado en segundo término. Mina dice, y ya no me lo dice a mí:

—¿Cómo se distingue el amor de la obsesión sexual, de un desorden sentimental obsesivo?

Sigo a Midoissa con la vista. Ya la han abordado Zapruder y los Camarlengos. La ropa no sexualizadora no es necesariamente desexualizadora. Me resulta raro imaginarla de modelo de pasarela. Aparece Spohr con la suficiencia habitual.

—¿Qué es el amor?

Bettina dice:

—Cuando liquidas la parte primaria emocional del amor, la obsesiva, la posesiva, la celosa, la sufriente, y optas por la

racionalidad soi-disante culta y civilizada, comprensiva y compasiva, evitas el ridículo y salvas la dignidad y los sufrimientos absurdos, pero te echas encima el templo de Salomón. Liquidas también el amor.

Debería decirles si vale la pena pagar el precio de la decepción para obtener la tranquilidad, qué negocio es matar el amor con desilusiones, si la vanidad es el combustible de los celos, o solo su lacra. ¿Se es posesivo más para competir que para tener? ¿Es más importante que otro no lo tenga que tenerlo tú? El desamor, una niebla helada que poco a poco extingue las llamas. Midoissa no mira hacia aquí. Imagino qué le estarán diciendo Zapruder y Nietsripas tan graves y concentrados.

Mina dice:

—Un lugar excelente para liquidar el amor, un espacio donde las lacras y los horrores del mundo están hipertrofiados.

—¿O en el que vivimos protegidos? —dice Spohr.

—Eso, seguro —dice Bettina.

—No lo dirías si hubieras pasado mi odisea para entrar —digo.

Spohr dice:

—No me tengo por una hermanita de la caridad, pero cometemos el error de apreciación de referirlo todo al propio interés, al bienestar personal de cada cual. Los sabios nos dirían, si en lugar de propósitos de enderezamiento tienes delirios de salvación, cuando crees que lo das todo, estás robando. Estás en perpetua deuda creciente, eres el ejecutor de los tullidos, de los desesperados, de los condenados a la última expulsión del paraíso: desconocer el Juego, no tener acceso a las reglas, no alcanzar el abanico ofrecido de todas las elecciones, perderse en la sonrisa del crupier para elevarlo a la categoría de tahúr, y de aquí a la de demiurgo, no tener ningún atributo mental que te permita saber qué quieres, es decir quién eres.

Llegan Midoissa y Carter justo para oír la mitad de lo que ha dicho Spohr.

—Castigo y redención —dice Carter.

—¿Con qué guía? —dice Midoissa—. ¿Bajo qué propósitos? Una revolución sin filósofos es una guerra sin armas.

Entra Kreis acompañado por un individuo de mediana edad y físico discreto, que presenta a algunos, y a otros no hace falta porque ya lo deben de conocer, Rosa, María Sinora, Mercedes. Por la cara de Spohr, deduzco que él también. Nos acercamos para quedar a medio camino entre ir y hacerles venir, y cuando estamos casi en un círculo, ríen y se abrazan Midoissa y el recién llegado, que muestra también empatía de pasado con Fabrici. En un tono pausado y conciliador inusual en él, Kreis dice:

—Como ya saben muchos de ustedes, el señor Jaume Camus es uno de los más grandes expertos actuales del Juego de la Fragmentación.

Le hemos invitado para que nos acompañe en la visita a las dependencias de la Isla de los Muertos, ilustrativa, esta es la idea, de nuestros trabajos estos días, y para permitirnos un cobijo acotado pero no por eso menos profundo de amabilidad y benevolencia que sería injusto y dramático llamarlo tregua, más bien con una idea de indiferenciada, generosa y, si es posible, repartida caricia de felicidad. Confianza, compasión, reconocimiento; la mañana, el mediodía y el anochecer deseables para todos, y que algo perdure y nos acoja a todos más allá del día de hoy.

Miro cómo le mira Midoissa; ella se da cuenta y me lo hace saber con la persistencia de la respuesta. Todo lo que sé imprime profundidad, volumen, rasgos de luz y sombra en la misma medida en que la visión mineral del agridulce de la cual soy incapaz de sustraerme tiende a la sonrisa para decirme «no te digo nada en sí mismo, pero te llamo la atención sobre lo que te está pasando por alto porque no miras en la dirección apropiada».

Siguiendo la ronda, Kreis me presenta a Camus, de hecho le dice mi nombre, porque el suyo no hay que irlo repitiendo a cada cual. El detalle me parece risible. Como si de comprobar algo se tratara, Kreis se me queda mirando. Me impresiona el fuerte sanpaku.

De Camus he oído hablar, y lo imaginaba con otro aspecto, más aire de profesor de posgrado, y no tanto de agente de artistas del espectáculo. Los momentos de distensión no son los más apropiados para liberarse de tópicos, y no sé si hago mal al no saborear este, que no se sabe cuánto va a durar. Después de algunas idas y venidas, acabamos en un círculo Midoissa, Fabrici, Rakshasi, Camus y yo. Le digo:

—¿Se va a quedar unos días en la Madre Casa?

—Es la idea, volvernos a encontrar, ¿cómo lo ha dicho el doctor Kreis?, para que de lo que tenemos hoy algo perdure y nos acoja a todos —reímos—. Bromas aparte, estoy interesado en las reminiscencias geométricas.

Se cruza una mirada rapidísima con Fabrici y con Midoissa. Me siento como si alguien estuviera a punto de soltar una paloma blanca, del todo preparado para tranquilizarme en la incomprensión. Se nos ha añadido Bettina, y dice:

—Tenemos tantas como musicales.

—O como astronómicas. ¿No son todas la misma? —digo.

—Si de reminiscir se trata, seguramente.

Camus hace como si buscara las palabras en el techo.

—No he venido a aleccionar, solo faltaría.

Midoissa le dice:

—Tenemos presente tu principio: No pretendo saberlo todo, ni saber lo que pasará. Me conformo con que no ocurra nada que no

haya pensado que podía ocurrir.

—Y aun así me parece mucho. Asociar el rigor y la objetividad de la geometría con la ordenación moral, una reminiscencia sincrética, de equivalencia formal a partir de los modelos de Llull, Cusa...

Lo deja en suspenso, y Rakshasi es la primera en no resistirlo.

—Y Piero, y Camillo, y Bruno...

—... y Spinoza, qué les voy a contar, si aquí tienen —señala a Midoissa— una experta que ha interiorizado como nadie las proyecciones de los poliedros sobre la realidad de las matemáticas blandas.

Midoissa dice:

—Nos ayudarás a establecer el mecanismo de interconexionado. Conoces los antecedentes. Hemos llegado al Rombicuboctaedro y al Rombicosidodecaedro.

Le hace un dibujo mental que no sé si habría seguido de no haber estado presente en las discusiones. Se añaden al grupo Spohr y Curwen. Camus se despliega.

—Y yo no iré mucho más lejos. Situando las dos figuras sobre una cara principal, en el caso del Rombicuboctaedro un cuadrado, a primera vista es el más claramente derivado del Cubo, del cual conserva residuos de las superficies de las seis caras originales, presenta un octógono perfecto en la proyección ortogonal centrada en el cuadrado. El caso del Rombicosidodecaedro es análogo al anterior, reposando sobre un pentágono para mostrar los doce residuales de los del Dodecaedro original, a la vez que se manifesta la doble filiación si se coloca sobre una cara cuadrada, para apreciar los seis pequeños cuadrados residuales de las seis caras del Cubo circunscrito primigenio.

—El Rombicosidodecaedro se obtiene tanto a partir del Cubo como del Dodecaedro, como del Icosaedro. Una triple filiación. Reposando sobre un triángulo también muestra los veinte residuales del Icosaedro original en el lugar correspondiente. Los datos son coherentes con los doce pentágonos equivalentes en disposición a los del Dodecaedro original, y también con los veinte triángulos a los del Icosaedro. A los seis cuadrados del Cubo original corresponden seis, ciertamente, pero el Rombicosidodecaedro tiene treinta en total. ¿Cuál es la naturaleza, el significado geométrico de los veinticuatro restantes? ¿Según la conclusión, habría que decir sobrantes? —dice Midoissa.

No puedo evitar la relación de la elección de poliedros con la evolución del porno en los últimos años. La asepsia de los cuerpos jóvenes, pulidos, con un aire de rígida higiene y frialdad de protocolo. Del porno-estofado de los setenta y ochenta al porno angélico-quirúrgico-bavoso actual.

Camus continúa.

—El Dodecaedro representa lo absoluto del espíritu, el Cubo el trato con la realidad —dice Spohr—. Estamos en el ejercicio de ortogonalidad ligado al número cuatro: arriba, abajo, delante, atrás; norte, sur, este, oeste; las cuatro extremidades de los animales, las cuatro ruedas de los vehículos. Del Rombicosidodecaedro no hay que ir al Dodecaedro, sino al más operativo, al Cubo.

Midoissa dice:

—Se acaba siempre en la opción más sencilla y razonable, después de intentar todas las demás.

Iba a reprocharle, si ya lo sabías por qué no lo decías, pero no vale la pena. Habrá un juego que se me escapa, y no lo quiero estropear ni quedar como el idiota de la banda.

Se ríen unos cuantos. Curwen dice:

—Pudiendo tener una maravillosa vida complicada y difícil, ¡por qué conformarse con una fácil y sencilla!

Spohr dice:

—No hemos descubierto nada. ¿Dónde se juega el ajedrez tridimensional? ¡En un Cubo! ¿Qué forma tiene la Capilla del Emperador?

Kreis toma la iniciativa.

—Si les parece, iremos a pie hasta la Torre Noreste del círculo de las intersecciones del pentágono estrellado, y allí les mostraremos dependencias y objetos que les interesarán. Si queda tiempo y no están cansados, llegaremos hasta la Torre Central.

—¿Tenemos que pasar por zonas de transparencia? —dice Curwen, y como Kreis le ignora, Nietsripas le dice:

—En esta parte solo las genera el tren circunvalador, y a partir de cierta velocidad. No se preocupen, la única incomodidad será subir escaleras.

—No muchas, también iremos en ascensor —dice Zapruder, y le queda como una broma.

Curwen insiste sobre las zonas de transparencia, qué objeto tienen y qué mente las ha imaginado y generado, y Nietsripas le dice:

—No es deliberado, solo efecto secundario aún no se sabe de qué. Hay teorías sobre el fenómeno, ha habido investigaciones y programas para eliminarlas, pero han resultado palos de ciego.

Guiados por los Camarlengos nos ponemos en marcha, y ralentizo la mía para dejarme alcanzar por Midoissa, que continúa la conversación con Camus.

—Las virtudes del Rombicosidodecaedro van más allá de la riqueza argumental. Con el cuadrado como elemento relacionante. Lado por lado, cada pentágono solo está en contacto por los lados con cuadrados, por los vértices con triángulos, cinco de cada, obviamente —dice Camus.

—Es la naturaleza del pentágono. Con esa descripción, la precisión sobra.

—Y los triángulos también, solo en contacto con cuadrados por los lados, y con pentágonos en los vértices. En cambio, cada cuadrado tiene dos de cada, a ambos lados, enfrentados la pareja del mismo tipo.

—Una excelente definición del Rombicosidodecaedro a partir del concepto. Pentágonos y triángulos con un entorno regular, con tantos ejes de simetría como lados (y vértices), y en cambio los cuadrados tienen dos centrados en los lados y ninguno en los vértices, porque dos lados opuestos contactan con triángulos, y los otros dos con pentágonos.

Tengo que reflexionar por qué me importa un bledo si es un desastre que me interese mil veces más Midoissa que el pastel mental geométrico.

—Hay cinco cuadrados alrededor de los pentágonos y tres alrededor de los triángulos, y alrededor de los cuadrados hay dos triángulos y dos pentágonos.

Midoissa se vuelve hacia mí.

—¿Qué te sugiere?

—¿Que el cuadrado es el cemento del Rombicosidodecaedro?

Se miran con una sonrisa veladamente socarrona, y Midoissa dice:

—Según esta mecánica, lo es de más poliedros. En el Rombicuboctaedro se sitúa entre dos triángulos en un eje, y en el otro entre dos cuadrados. Y, por cierto, cada triángulo también limita con tres cuadrados.

—Con tres por las aristas y tres por los vértices.

Camus dice:

—¿Si en el Rombicuboctaedro pentágonos y triángulos no están en contacto entre ellos, para la tradición dualista son machos, y los cuadrados las hembras que se relacionan con ellos?

—Depende desde dónde se considere, el elemento hembra cohesiona o se interpone entre los machos.

—¿No es lo mismo?

Nos reímos. Midoissa dice:

—Un plan totalmente homófobo. ¿Por qué el cuadrado es hembra y no macho?

Para recuperar presencia, me apresuro a decir:

—Polígonos con número par de aristas, hembras; impar, machos. El Aire y el Universo son masculinos, y la Tierra, femenina.

Camus nos mira todavía más socarrón.

—Da mucho más juego y es más divertido una mujer entre dos hombres que un hombre entre dos mujeres. Aunque aquí sean hombres de categorías diferentes.

Midoissa insinúa una sonrisa de recriminación. Me hago la fantasía de una confrontación entre Camus y yo, y ella a mi favor. Doy la confrontación por hecha, y deseo ardientemente que actúe así.

—Vas más lejos de la cuenta.

—Sé muy bien hasta dónde voy. Además, categorías hay tantas como quieras: dioses y humanos, reyes y parias, ángeles y demonios, sabios y burros, criminales y víctimas, padres e hijos...

—Y sea cual sea, siempre cabe una mujer en medio —digo.

—Pero fijaos —dice Midoissa—, que la mujer..., perdón, el cuadrado —reímos—, no está en medio del triángulo y el pentágono más próximos, sino a su lado.

—Y por ahí va el juego simbólico —digo, y espero que no comprueben que soy incapaz de visualizar todos los detalles de la figura, y de seguirles los razonamientos.

—El juego representativo —me corrige Camus, y le mataría.

—Los machos se relacionan por el vértice en común, que debe querer decir enfrentados —miro a Midoissa, y me hace un gesto de acuerdo deliciosamente amable—. Pero entre un triángulo y un pentágono no hay un solo cuadrado, sino dos.

Midoissa me continúa mirando como si esperara una última conclusión. No lo capto, y Camus lo aprovecha.

—Y es otra posibilidad de definir y caracterizar la figura para distinguirla: en cada vértice confluyen cuatro caras ordenadas: pentágono, cuadrado, triángulo, cuadrado.

—Dos mujeres iguales y dos hombres diferentes —digo, y no les interesa, o lo fingen.

Midoissa nos mira con un sarcasmo desarmador.

—No obtendréis ningún conocimiento desde la suposición de que se ha organizado el símbolo a partir del androcentrismo. El Juego de la Fragmentación tuvo jerarquías machistas como todas las sociedades, pero los principios hembra y macho nunca se pusieron en categorías diferentes. Petruccia Tobbuso, Sandrina Rieck, Elisenda Frescolamo, Anna Godiva Erlinck, Sandrina Bouée, Bettina Monnard y, ya más recientes, Spiglia Süssneder y María Rodin fueron como mínimo tan importantes y poderosas como Gesualdo Frescolamo, como el coronel Bearn, como cualquier macho Van Egmont.

Camus murmura:

—¿Te olvidas de Aloysia ex profeso? También debes competir con Bettina van Egmont.

Hacemos como que no lo hemos oído. El grupo se ha extendido y hemos quedado en medio, entre Zapruder y los Camarlengos en cabeza y María Sinora, Rosa, Carter y Kelch que van más despacio, y hay las miradas y los recesos característicos de cuando no te quieres perder ni que se pierdan los de detrás, como por el bosque o por una

ciudad caudalosa. Pasamos por amplios atrios ocupados por grupos de funcionarios y guardias que aunque no nos digan nada interceptan el paso, por vestíbulos con muchas confluencias, y hay que elegir entre descolgarse de los guías y abandonar a los rezagados. Ni Camus ni Midoissa comparten la preocupación, y pienso si no les importan los otros, si conocen el camino, o es porque la conversación les apasiona. Debe de ser esto, porque llego a sentirme celoso del dominio de Camus en la materia, del entusiasmo con que ella acoge sus propuestas.

Camus dice:

—Un excelente ejercicio iniciático: calcular la relación entre la arista de la figura y la del Cubo circunscrito, aquel en que en el centro de la superficie de cada cuadrado hay uno de los treinta cuadrados del Rombicosidodecaedro.

Midoissa dice:

—Hay maneras canónicas de calcularlo, como en cualquier figura, pero se me ocurren atajos ingeniosos.

Digo:

—Entre cada cuadrado y el contiguo de esos seis hay un pentágono y un triángulo unidos entre ellos por el vértice, y con los respectivos cuadrados por la arista opuesta al vértice. De este concepto se puede deducir la relación buscada.

Se miran.

Camus dice:

—¿Y eso, trasladado a los números?

Midoissa dice:

—Hay que buscar la simplicidad, la inmediatez. Por ejemplo, ¿se puede deducir el número de aristas del Rombicosidodecaedro con la contemplación inmediata de la figura? Hay doce pentágonos sin ninguna arista en común con otro. Por tanto, ya tenemos sesenta. De los vértices de cada pentágono salen dos aristas más, con lo cual se añadirían ciento veinte. Pero como de dos en dos van a parar a los cinco pentágonos que rodean a cada uno, ya que todos son iguales, de las dos aristas que unen cada pareja de pentágonos se adjudica una a cada uno. Cinco más a cada pentágono, que sumadas a las cinco propias son diez por pentágono, que multiplicadas por doce dan como resultado las ciento veinte aristas totales ya sabidas.

Hay dos maneras de perderse: cuando todo es tan intrincado, irregular, caótico, imprevisible y diverso que no hay forma de establecer una pauta, o cuando es tan igual que nada se distingue del resto, y no hay razones para decidir en ninguna dirección; tanto en la primera como en la segunda se acaba en manos del azar, y depende del número de piezas en juego, el azar tiende a infinito. Como en las

maneras de esconder el objeto precioso: en el lugar más remoto, recóndito y protegido del mundo, o a la vista de todo el mundo, disimulado entre otros parecidos. Disyuntivas entre la cantidad y el enigma, entre la fuerza y el pensamiento, entre la dialéctica moral y los ejércitos, entre Ulises y Aquiles. De cómo me mira Midoissa me obligo a dilucidar de dónde vienen tales pensamientos, si, más allá de las amables palabras de Nietsripas, transitamos un vestigio de zona de transparencia sutil y justo por eso aún más peligroso que el brutal, invasivo lucernario de la Torre Norte.

Curwen va por delante, activado en una desazón de las suyas, Bettina a su lado, de mamá. Como caído de un ramaje superior me viene a la cabeza qué tenemos Midoissa y yo, qué espero, qué espera ella, qué tengo que hacer para avanzar en una dirección que no sé cuál quiero que sea, o sí, y demasiado, pero no cómo, ni a qué precio. Cabalgando un bárbaro frenesí busco su respuesta y sentencia, el convite, sin manera de distinguir lo que creo recibir de la realidad de sus pensamientos. Siento la urgencia de pedir a Zapruder, a Nietsripas, a quien sea, que me inicie en el arte de la zona de transparencia, da igual lo que me pidan.

¿En pocos días cuántas veces he ido y venido? De dónde y hacia dónde, esa es la cuestión.

—Si se proyectan las caras de cada uno de estos seis cuadrados, se obtienen tres paralelepípedos con dos caras cuadradas y cuatro rectangulares, con la propiedad de que las proyecciones de las aristas que no forman parte de los cuadrados conforman las aristas del Cubo circunscrito.

—Interesante, aunque obvio —dice Camus—. ¿Y a partir de aquí?

—Los volúmenes comunes de dos en dos de los tres prismas hacen tres que forman una cruz tridimensional de tres brazos, coincidentes con los ejes de coordenadas, con los extremos en los seis cuadrados de la figura. En el centro del poliedro queda un Cubo de arista igual a la de las caras cuadradas.

—Uno de los corazones del poliedro. ¿Por el mismo procedimiento, proyectando axialmente los doce pentágonos se encontraría un Dodecaedro?

Midoissa hace gesto de obviedad, y en un momento traza cuatro garabatos.

Camus la mira con displicencia.

—No vamos bien.

Midoissa pone cara de estar dispuesta a salvarme, y eso me revienta.

—Sí, he hecho los cuadrados de las caras demasiado pequeños. Nada solo hay una.

—¿Y qué? —dice Camus.

Como si el demiurgo se divirtiera ilustrándonos visualmente la conversación, pasamos por una confluencia de pasarelas en direcciones diversas que nos obliga a ir uno por uno, y a interrumpirnos. Delante, Kreis y Zapruder deben de haber encontrado a alguien de forma inesperada, se han parado a hablar y esto nos para a todos, reunifica el grupo ya bastante estirado y nos permite continuar las conversaciones, aunque el pasillo es estrecho, las barandillas exiguas y el fondo del espacio incierto, todo ello no muy tranquilizador para las víctimas del vértigo, oscuro debajo y arriba cristales luminosos, tan lejana una cosa como la otra, los límites desdibujados en irregularidades y en salidas retorcidas de las que no se ve el fondo, y todo resonando tal como corresponde a un lugar de dimensiones tan desasosegadoras.

Midoissa dice:

—Estamos en el espacio intermedio entre las Torres Rojas del perímetro y las Negras de los nudos del estrellado. Si vamos a la Torre, ahora deberíamos empezar a subir.

Camus dice:

—Deberíamos tener algún enigma preparado para cuando nos propongan uno para entrar en el segundo círculo.

—No me ha pasado nunca —le digo—. ¿No basta con responder al de ellos?

—Hay una categoría superior, en parte como cortesía, en parte para mostrar la iniciativa en el conocimiento.

Me quedo igual, pero lo disimulo.

—Pues aquí tienes uno —dice Midoissa, busca en el smartphone y nos muestra una imagen.

A A B C E H M U G J Q H Q G X V S N X K H J S S K U

Camus se ríe.

—Es muy viejo y muy obvio.

Me mira, y me vuelvo a sentir excluido del club conspiratorio. Sospecho que la razón de Camus era una vulgar argucia para ponerme el enigma a mí. Midoissa me guiña el ojo.

—¡Es fácil! Solo hace falta un poco de atención al inicio de la sucesión.

No verlo me revienta, y aún más cuando el recién llegado lo acaba de encontrar tan obvio, y encima, Midoissa, fácil. Con ella solo puedo sentirme el idiota a la espera de una redención sexual con escasos números de que me alcance, pero a él en otros tiempos le habría desafiado a muerte, y me encuentro buscando argumentos para desautorizar la idea de que hacerlo en los nuestros ya no tiene sentido.

Pienso en cómo revertir la tendencia que me deja por el neófito a punto para que se burlen de él, si no tengo ni siquiera la opción de exhibir conquistas sentimentales (implícitas las sexuales), y me vuelve a salvar la campana. Los jefes despachan a los interlocutores, y nos volvemos a poner en marcha.

Cruzamos aposentos de lujo apenas acabados junto a rincones en ruinas, llenos de porquería provisional no se sabe si de derrumbe o de construcción, y vamos a parar al atrio de una gran balconada ligeramente curvada, seguramente formando parte del cierre circular de la Torre. Salimos, y a la vez que el latigazo de la ventisca se abre delante de nosotros la dilatada visión en más de ciento ochenta grados de una parte del edificio que me recuerda los cuellos de montaña —la silla de montar—, una doble curva con centro en el punto inferior de una parábola ascendente en dirección norte-nordeste hacia la Torre Norte de donde venimos, y en dirección sur-suroeste hacia la Torre Oeste donde vamos, y a la vez punto superior de otra parábola, esta descendente en dirección oeste-noroeste por un lado, este-sudeste por el otro, hacia las cubiertas y las azoteas de la descomunal construcción. Los edificios de tránsito entre la obra roja de una torre y la negra de la otra forman una frontera de colores delimitada, pero no con una regularidad estricta, sino adaptándose a las particularidades de los volúmenes diversos, y formando así una gradación armoniosa, quién sabe si producto de un plan determinado o con cierta dosis de azar.

Las nieblas inducidas impiden ver el extremo superior de las torres,

y también los límites de lo que deben de ser construcciones adyacentes a su gran estructura. El viento es tan fuerte que no se presta a comentarios, y lo contemplamos en un silencio que, desde lo que me pasa por la cabeza y las caras de la mayoría, tiene algo de horror sagrado. La visión parcial de las torres no difiere de la obtenida desde el exterior, y por la curvatura se aprecia en qué proporción la negra del nordeste es más grande que la roja del norte. La diferencia de 720 metros a 960, una proporción de 3 a 4, parece plausible por analogía con la amplitud de los círculos. Miro hacia abajo y, tal como imaginaba, el conjunto tiene algo de monasterio; alas de edificaciones en sentido radial se cruzan con otras en sentido circular, y a un ritmo regular hay pequeñas torres o cúpulas en las confluencias, y en los espacios trapezoidales en medio hay patios, o claustros, algunos de cristales, otros porticados, alguno con muros ciegos, algunos simples plataformas vacías, o llenas de escombros o de objetos tapados; los hay de dos, de tres alturas, alguno tan profundo que no se ve hasta dónde desciende. En medio, escaleras de recorrido caprichoso, entre rellanos, bifurcaciones, cruces con otras, atravesando túneles, alguna recta, otras intrincadas, alguna estrecha, otras anchas, algunas escarpadas, o en forma de pasarelas sobre vacíos vertiginosos, o cruzando torrecillas donde confluyen unas cuantas en el mismo punto, o en diferentes niveles.

En puntos claves regularmente distribuidos se evidencia el aparato estructural de la negra Torre Noroeste, con las cargas repartidas para evitar grandes pilares que obstruyan el espacio interior. Contrafuertes, arbotantes y pináculos formalmente confundidos con chimeneas y torretas de ventilación. En puntos elevados, como espectros sin sentido, quién sabe con qué significado, quién sabe a la vista de qué instancia, en hornacinas algunas, otras encima de agujas, estatuas siguiendo la iconografía clásica, guerreros, filósofos, ángeles, diosas, semifieras, teriántropos, dioses con cabeza de chacal, de halcón, de elefante, monstruos de inframundo.

En todo eso, ni un vestigio de vida, ni un transeúnte, ni una señal detrás de una cristalera, ni un movimiento de postigo ni de ventana, ni siquiera una humareda, un vapor revelador de actividad. En la montaña edificada no hay fauna visible. Y todos sabemos que está.

Cada cual parece absorto en las sensaciones producidas por la contemplación, perdida la identidad de las conversaciones. Zapruder y Kreis señalan un punto de una galería exterior de la Torre Negra, como si discutieran un rasgo, un cambio, un propósito, una apreciación casual o anecdótica. Acaban, nos hacen gesto de entrar y nos hacen pasar delante.

Una vez dentro del atrio cerrado se extiende la sensación de alivio. Nos miramos con sonrisas de respiro, como después de un peligro

incierto. Zapruder se dirige a nosotros.

—Como ahora todo va a ser subida, tomaremos un funicular, así que el ejercicio físico se ha acabado por hoy.

Le reímos la escasa gracia, y algunos miran a Curwen, convertido en el blandengue del grupo, para asegurarse de que se encuentra bien y no montará otro numerito hipocondríaco. Menos mal, Bettina lo ha acogido de niño mimado para no acabar de cabeza de turco de quienes no están para sandeces. Son protecciones efímeras, y no se descarta que en cualquier momento la mala leche de un Crowley o de un Carter pase por encima de las vestales —que no lo son tanto— defensoras. Me siento aspirando al amparo de Midoissa en términos parecidos, y lo rechazo al momento. La meta es ser salvador, paladín, garante de la dama, no pequinés escondido en sus faldas. La idea me hace gracia; esperamos no estar en una de aquellas zonas de transparencia suave en las que los entrenados captan los pensamientos de los otros.

Continuamos a pie en dirección a la Torre Noroeste, y a medida que avanzamos encontramos más oficiales, de aspecto más distinguido y rango más alto, y se reducen los espacios inacabados, con elementos provisionales y baratos, y aunque raramente se aparte de una sobriedad exquisita, todo tiene cada vez más aire de aposentos de lujo, algunos antiguos, con un mantenimiento impecable. Llegamos al anunciado funicular, parecido al tren circunvalador, pero con la arquitectura propia de un transporte de cremallera y, muy bien calculado para caber todos, con cuatro vagones.

Nos sentamos en el mismo cubículo Bettina y yo de lado, ante Midoissa y Camus. El vehículo sube a una velocidad notable tratándose de un cremallera —aunque ni comparable con la del tren circunvalador—, con un recorrido helicoidal por el perímetro de la Torre, con tramos exteriores, túneles y ninguna parada, en el sentido horario en referencia a la planta, unos doscientos setenta grados del círculo del edificio hasta la altura en que la visión exterior ya muestra el vientre de la Torre casi tocando el horizonte, con la niebla filtrante como desde un avión, impidiendo la visión de la Torre Central, la blanca, que aún no he visto ni parcialmente. Durante el trayecto, Bettina y Camus se han puesto al día sobre conocidos comunes, con atención especial hacia Bárbara, pareja de Jaume con un devenir en común problemático dadas las crisis de identidad y la inestabilidad emocional de la señora, que Camus parece llevar con una resignación posibilista no exenta de cinismo.

No he dicho nada porque no conozco a los aludidos, y Midoissa ha hecho comentarios accidentales, todos apaciguadores, y aun conciliadores aunque con un fondo fatalista —¿la conozco lo suficiente como para captarlo?—, y nos hemos dedicado a mirarnos,

aprovechando la discreción de la diagonal, sentados cruzados, ella en el banco de delante en el lado exterior, yo en el interior delante de Camus. Primero eran miradas comentadoras, de aquiescencia o de incertidumbre siguiendo lo que decían los otros, y a partir del punto en que la continuidad del enamoramiento se ha consolidado como eje de la cuestión, lo hemos sublimado y nos hemos independizado, las expresiones fluctuantes de los ojos y las semisonrisas han adquirido vida propia y nos hemos ido a un sutil interrogatorio en que preguntas y respuestas se intercambiaban las naturalezas, encarnadas en los labios cerrados, en un desvío momentáneo hacia el infinito nublado, en la mano pasada por la frente, en la insistencia de una inmovilidad aparentemente caprichosa, en la gravedad exhibidora de su trampa, en la conclusión de que la duda de lo que nos queríamos decir y la seguridad de que lo sabíamos los dos eran lo mismo: qué quieres de mí. Qué estoy dispuesto a darte, qué confianza me inspiras. ¿Será un error extender nuestra relación hasta el sexo? Nos tensa y nos mantiene vivos el mutuo potencial destructivo, confundido con un atractivo físico cada vez más evidente e inevitable. ¿Qué causa de qué? ¿Cuál será el final? Quién saltará el último del coche lanzado hacia el abismo.

Pero cuando, a pesar de los vértigos y las incertidumbres, más evidente parecía el dominio de la deriva exultante, una adversativa climática se nos ha interpuesto y es de repente contradictorio, aguijón de recelo y desacuerdo. Se comprueba que es cosa de los dos y no una fantasía mía, quién sabe si de nuevo efecto de zona de transparencia —para bien o para mal ya la llevamos puesta, porque Midoissa se desentiende y se vuelve para encararse a Camus:

—Tenéis una hija y estáis obligados a entenderos, porque hay decisiones que, por más enfrentados que estén, los padres tienen que tomar de acuerdo y sin hacer sentir a la criatura ni el más mínimo desprecio ni desconsideración hacia el otro. Calendarios, horario, normas de conducta, educación, estudios, vacaciones. No es una opción, es un imperativo insoslayable; y lo contrario, un desastre.

Bettina y yo nos miramos, y parecemos de acuerdo en la consistente posibilidad de que Camus le diga que se meta en sus asuntos, pero la ternura de Midoissa no deja espacio para tomárselo de otra manera, y Camus se interesa y lo agradece.

Llegamos a una estación con rasgos ambiguos de cafetería, santuario y gabinete de alquimista muy amplio y agradablemente iluminado, de agradecer viniendo de angostos y lóbregos pasillos. Nos espera un grupo de Archicamarlengos, cosa que parece tranquilizar y satisfacer a los compañeros de vagón. Cuesta imaginar a qué se dedican los individuos repartidos en grupos heterogéneos, y más qué han venido a hacer a este aposento. Aquí se contemplan como en un

cuadro de Délvaux, allá juegan como en un cuadro de Cézanne. O meditan la venganza como en un cuadro de Dégas. Aquellos transitan como en un cuadro de Balthus, allá se disponen a la conversación como en un cuadro de Piero della Francesca, los del fondo se divierten como en un cuadro de Manet, algunos se vuelven de espaldas para contemplar y ensoñar como en un cuadro de Caspar David Friedrich, o por nada como en uno de Hammershøi, los otros cumplen deberes de la vida cotidiana como en un cuadro de Vermeer, aquel de más allá sale del tiempo como en el cuadro de Böcklin.

En el tránsito de ir hacia las dependencias anexas se nos hacen y deshacen afinidades electivas hasta acabar en círculo alrededor de Kreis, Camus, el Archicamarlengo Guidobaldo y un individuo no uniformado que parece el encargado de recibirnos, y que no nos presentan. Me las compongo para tener al lado a Midoissa; Bettina queda a su lado, y al otro lado mío, Curwen. Kreis toma la palabra.

—Amigos, soy consciente de que a pesar del propósito explícito de dedicar la jornada de hoy a tomar distancia emocional de los hechos que profesionalmente nos ocupan, muchos de ustedes no resistirán la tentación de imaginar en qué medida cualquier cosa que ahora se les muestre, cualquier comentario o detalle del orden que sea, de manera capciosa y con más o menos mala intención puede estar pensado para incidir en el caso, porque a partir de cierta complejidad de intereses y de interacciones entre un número substancioso de individuos y de grupos ya no hay nada inocente, nada inofensivo, nada completamente desimplicado del objetivo final. En cierto modo es difícil pretender que en ningún caso pueda ser así. Ni la honestidad más inconmovible, ni la rectitud de intenciones más implacable se sustrae a la profundidad monstruosa de los inconscientes colectivos, de las intenciones sepultadas, del ominoso dominio de las pasiones irracionales, del dominio aún más ominoso de las racionales del todo, de la morbosa realidad en forma de tentación, de reto en último caso, que no hay fortaleza que no pueda ser tomada, que no hay declaración de principios que no pueda ser doblegada. Algunos de ustedes se refieren a sí mismos como grupo y, acertadamente, como Egrégores. Egrégores, orquestas, equipos, máscaras del mismo hado, todos deudores de la misma tensión entre individuo y colectividad, quizá dolorosa, inevitable, imprescindible, deseablemente productiva. La interpretación a cargo de varios instrumentistas es como el rendimiento de un equipo deportivo; se puede elegir una versión por un virtuoso, pero a menudo será mejor la de un conjunto equilibrado trabajada y armónica que la teóricamente más brillante a cargo de la flor y nata más atenta a la propia genialidad que a coordinarse con los otros. Y no solo por las virtudes intrínsecas del resultado, sino como servicio a la comprensión de la obra. Aquí se presenta el envite de

mirar cada cual más allá de sí mismo, como útil único imprescindible para la consecución del objetivo, y solo dotado de sentido desde la conjunción con los otros participantes del Egrégor.

Deja una pausa y parece a punto para continuar. Se me ocurre cómo se dibuja cómo recordaré todo esto dentro de unos años. Sublevarse contra el orden establecido comporta una cierta dosis de confianza, por no decir de fe en la humanidad. Un margen para que la humanidad haga las cosas bien y tenga un destino edificante y positivo, aunque no se sepa cuál es el objetivo, y quizá no se quiera saber en la medida en que la consecución comportaría un final, y el final comporta la pregunta fatídica: «¿Y después qué?» El escepticonihilista consecuente no tiene la menor intención de sublevarse porque no vale la pena, porque cualquier revuelta llevará indefectiblemente a las lacras, las disfunciones y los perjuicios causados por el homo sapiens, la especie más indeseable y tóxica producida por el planeta Tierra. El doctor Kelch toma la palabra.

—Antes de que el doctor Kreis lleve la excepción que se está permitiendo hasta extremos inconvenientes, permítanme que les presente al iatromantis Sartorius.

Kreis hace un gesto agrio, y el iatromantis, un tipo seguramente africano, vestido entre cazador, explorador y fraile, dice:

—Distinguidos miembros de la Comisión investigadora de la Torre Norte, me place darles la bienvenida a las dependencias de Torre Noreste, como saben una de las cinco situadas en las intersecciones del estrellado de la Isla de los Muertos, dedicadas a los mecanismos mezcladores-distribuidores intermedios entre los anficonversores periféricos y el gran generador central que recibe de aquí el material que resituará y reprocesará una vez tratado por la batería de triptolemizadores, que, como saben todos ustedes, son la versión actual en proceso de industrialización de la célebre y poco difundida entre el gran público (entre ninguno, realmente) máquina del xviii, el Harpsitroiametacornopaukenaltochalunatursophibordoflötecromochordium. Entonces, deben de pensar, ¿es hora de tranquilizar a la ciudadanía con la exposición de los puntos en que la máquina suprema no ha cumplido sus objetivos? No, y más bien al contrario, porque la complejidad del juego de parámetros no permite establecerlo en términos tan simples. Solo la gente excelente es capaz de ver la sabiduría como una amenaza. Es hora de replantearse la naturaleza del Sistema productor y anficonversor en función de la sostenibilidad y el reparto de recursos, de exigirnos sin excusarnos ni rehuirla una inconmovible, implacable unidad de gestión más allá de discrepancias técnicas de los gestores, que cuando conviene hacemos pasar por ideológicas, cuando solo lo son en la medida de las interferencias personales. Digan lo que digan quienes rinden cuentas ante los

inversores, la capacidad de un sistema para absorber corrupciones y prevaricaciones y fagocitarlos en forma de eficacia o indiferencia no es una virtud sino el último efecto de tales prevaricaciones, corrupciones, estafas o como se quiera llamar, lo que al fin y al cabo lleva al revolucionario a decir que el Sistema es criminal en sí mismo, punto donde llegamos a la necesidad de exigirnos una respuesta, si hay remedio posible dentro del Sistema, incluso si no es incontrolable por ameboide como dicen algunos, que no hay salida porque tal es la función intrínseca del Sistema y desde sus orígenes y la razón de ser no ha sido nunca otra, no ordenar el bien común según el justo reparto en función del progreso de la humanidad, sino mantener las propiedades y consolidar los privilegios de la minoría de los propietarios a prueba de bombas y filosofías.

A medida que avanza el discurso es más clara la incomodidad de Kelch y Zapruder. Kreis, en cambio, parece reprimir una secreta alegría salvaje. Cada vez que lo he mirado estaba pendiente de Midoissa y de Bettina, incluso de mí en algún momento, con calma de entomólogo.

—Todo esto no es más que retórica. La respuesta ya hace siglos que existe. El Sistema es la especie humana, y cualquier expectativa sobre una cosa lo es sobre la otra.

—Señor Carter, ¿si piensa así qué hace aquí? ¿Lo mismo que cuando se come con lágrimas en los ojos las terneras asesinadas y el hígado de los patos torturados?

—No, me hago la ilusión de ser un paliativo.

—¿No le sería más cómodo y efectivo tomar ansiolíticos y somníferos?

—Ansiolíticos tomo ya, gracias, y para somníferos tengo suficiente con sus discursos.

Entre ofendido y menospreciativo, Sartorius continúa.

—Reformas a fondo, señoras y señores, eso se espera de ustedes, una categoría legisladora por encima de la judicial. Jurisprudencias superiores, determinantes.

—Que les hagamos el trabajo sucio —dice Spohr—, que les saquemos las castañas del fuego mientras ustedes se pegan por el trozo más gordo del pastel.

—Como referente central del sistema de cambio y distribución global de la riqueza, sería una revolución ir más allá de las mecánicas en función de tecnicismos legales.

Carter le interrumpe.

—¿Qué matiz hay en relación con lo que se ha dicho antes? ¿No son sinónimos los términos a efectos operativos? ¿No son bastante abstractos y generales como para que quepa todo?, o sea, a la postre, ¿no quieren decir nada? La versatilidad de los sinónimos como medida

de la inoperancia.

Sartorius dice:

—El Sistema no está construido sobre el servicio, sino sobre el consumo. Referido al protocolo hierofántico corresponde a la pulsión de la ira frente la erótica. No para hacer y aportar un bien, sino para beneficio propio. De ahí la corrupción de la vía thimótica. De la ira, en origen el órgano humano receptor del mensaje articulador de los dioses.

Camus dice:

—Y transgresión sacrílega del orden natural contra la cual es legítima la revuelta. Violenta, si es preciso.

Bettina dice:

—El gran engaño de la democracia: demonizar la violencia natural para perpetuarse en el poder desde falsas pluralidades y el orden social.

Sartorius prosigue.

—El centro programador es el último intento de salvar de las mecánicas difusas el proceso. Un centro rearticulador para mantener el control. En provecho de la comunidad, he aquí el valor añadido distintivo.

Crowley dice:

—Sin destruirlo todo, manteniendo la parte existente a favor de la ciudadanía.

—Por lo visto, una parte muy pequeña.

Pienso en las cosas que una sola vez no quedan lo suficientemente dichas y hay que volver a ello, como el refuerzo de un cosido. Si es síntoma de una debilidad en sí misma, estructural, de la necesidad del hecho, o bien del emisor situado en falso. Si todo el mundo está contra el poder, ¿quién lo detenta? Todos, yo mismo, hace años que lo discutimos en vano. Me fastidia cómo se me escapan matices e implicaciones de una guerra donde se esperan de mí triunfos que no domino. Como en una contradicción, entre las miradas de Bettina y Midoissa no sé por qué —por casualidad lo dudo— coincidentes sobre mí se me aparece si mis dudas, si la incomprensión de las cosas proviene de no ser quien creo ser, de ser el producto del delirio de una mente —la profundidad de mi verdadero «yo», desconocido por este «yo» desde donde creo pensar.

Kreis retoma la palabra.

—El excelente amigo y colaborador expresa un deseo adecuado a sus convicciones ideológicas, por quien profesamos admiración y simpatía, lo cual no nos hace perder de vista el deber de recordar a los comisionados el compromiso de independencia en relación con el cometido para el cual han sido requeridos y se han comprometido contractualmente.

Detecto una malicia no desprovista de los venenos habituales en él pero hoy, de manera excepcional, más inclinados al humor benigno que al degüello.

Sartorius parece incómodo y a punto de insistir. Crowley dice:

—Cualquier desestructuración de la actual Madre Casa más allá del juego permitido por sus leyes no será sabotaje al capitalismo y a la opresión, sino a la inteligencia y al conocimiento.

Pienso si de veras estoy con Carter y los Humanistas, si no estoy más de acuerdo con Crowley y los Pragmáticos, pero no puedo jugar a la honestidad quijotesca —al furor social— porque no me quiero poner contra Bettina, y mucho menos contra Midoissa. Me complace la idea de destruir todo lo que no encaja en el propósito, al menos lo que no se entiende, hasta dónde soy capaz de participar en la farsa —¿y no lo estoy haciendo ya? ¿Cómo huir? Viviendo en el perpetuo retorno de los afectos inconmovibles, Sonia, mi madre, Camila, adictivos y dolorosos da igual, favorables o destructores qué más da si habían cabalgado pasiones descomunales, aunque sean ilusiones, vivir en la incertidumbre de que no sean más irreales que la realidad misma. La llamada realidad, la suprema ilusión, la función de la mente.

Qué buen plan instalarse a vivir en una zona de transparencia, pero solo. La transparencia no como indefensión sino como conocimiento. ¿Alucinación? ¿Realidad? Practicar la transparencia a solas para disolver la frontera entre consciente e inconsciente, para derramar el inconsciente encima de la conciencia. Realidad narrada-percibida. Saltar directamente de la percepción a la narración, por encima de la realidad dejada al margen.

Kreis y Zapruder dan por acabado lo que haya sido esto, y nos ponen a disposición oficiales Archicamarlengos como guías. No queda sobreentendido si hay cierto grado de libertad, porque Zapruder decreta volvernos a encontrar aquí mismo a las 5 de la tarde. El proceso va lento, las afinidades electivas renacen entre vacilaciones y retrocesos. Se forma un primer grupo alrededor de Zapruder, con Rakshasi, Curwen y Mercedes en primer plano, y por mera posición tiendo hacia ellos, pero Bettina tira de mí y me lleva a un rincón donde Midoissa, Camus y Carter fingen conversar por azar, y se nota que se preparan para otra cosa. Dos grupos se van, Rakshasi se apunta con nosotros, y Bettina y Midoissa esperan el momento oportuno.

Se nos acerca un oficial Archicamarlengo.

—¿Les puedo acompañar a visitar los miradores?

Bettina le dice:

—Muchas gracias, Teniente, esperamos a un funcionario de la casa para ir a ver los prodigios de su despacho.

El otro hace un gesto de fría cortesía y se retira. Camus continúa la

conversación donde la debían de tener, o quién sabe.

—La crisis de la idea de pensamiento ilimitado comporta el estancamiento del progreso del conocimiento.

Carter dice:

—Hay millones de combinaciones sinápticas, y muchas más combinadas entre las de todos los humanos existentes. Una cantidad inimaginable, pero no ilimitada. El límite está lejos pero está, te guste o no.

—Confundes el límite de los receptores-elaboradores con el de los elementos a considerar.

—El número de tales elementos tampoco es ilimitado. Se calcula el número de átomos del Universo del orden de 10^{80}, y puede haber millones de veces más. No se accederá nunca a todos, porque no se atrapará a los que se alejan a más velocidad que la de la luz.

Midoissa dice:

—No está probado que por algún procedimiento ligado a otros estados cuánticos y a la pluridimensionalidad no se viaje a velocidades mucho mayores que la de la luz.

Bettina dice:

—Y a eso se dedican grandes energías y presupuestos en la Isla de los Muertos. ¿Eres capaz de explicárselo a los miles que protestan allá fuera?

—A los de allá fuera ya es mucho que no les manden a los Fonóctonos.

—¿Qué son los Fonóctonos? —digo, y se miran escaqueados, como esperando pasar el muerto de la respuesta a los otros. Midoissa dice:

—Es la más antigua y selecta de las Órdenes Vigilantes de la Isla de los Muertos, incluso por encima de la nominalmente en lo alto de la escala jerárquica, los Archicamarlengos. Su origen es tan remoto que no hay acuerdo general sobre dónde situarlo. Según la teoría más aceptada, en la corte de Gorghgró como la única orden superviviente del antiguo Imperio. Nominalmente, la jerarquía les sitúa en el punto más bajo de la escala, pero en la práctica son tan poderosos o más que los de las órdenes supremas, Archicamarlengos o los que dominen en cada momento. No rinden cuentas directas ante ninguna autoridad, un privilegio pensado para ser independientes del poder establecido, para que ante un vacío de poder quede una fuerza por encima de la trifulca. Cada cual tiene su cometido inseparable del de los otros, y cuando la ocasión lo requiere se juntan en pelotones de la medida y la estructura requeridas.

—¿Pues ante quién son responsables? —dice Rakshasi.

—Un juramento de honor estricto los retrae los unos ante los otros.

—Una opción peligrosa —dice Carter.

—¿Y qué no lo es aquí?

—El otro rasgo característico es que tienen licencia para matar. Son los liquidadores por excelencia y en propiedad, y se mueven en secreto, sin uniformes ni reglamentos propios exteriorizados. Entre ellos los hay de otras órdenes, infiltrados en secreto.

—Entonces podría ser Fonóctono cualquiera de los oficiales que nos dirigen —digo.

—Y cualquiera de nosotros. Hay todavía una superorden interior, los Fonóctonos Blancos. Tullidos, discapacitados, niños manipulados neurológicamente, controladores de todo o tan solo ignorantes de la propia condición, especialistas en liquidaciones con el cien por cien de efectividad, sin dejar señales, sin retorno moral.

—¡Sin retorno moral! Ahí me has gustado —dice Carter.

—¿A nadie se le ha ocurrido adjudicarles la investigación del incidente de la Torre Norte? —dice Rakshasi, y Bettina la mira, bondadosa.

—Os aconsejo que en público su nombre ni lo pronunciéis. De todo lo que hay en juego, no hay nada tan peligroso como los Fonóctonos.

Cuando ya no queda nadie del grupo vuelve Sartorius, y con prisa y misterio nos conmina a seguirlo por pasillos interiores estrechos, escaleras de caracol y hasta una de gato en el interior de una especie de escenario teatral. Tiramos rápido y en fila india; pregunto dónde vamos a Midoissa, que viene justo detrás.

—A reunirnos en secreto con la oposición de verdad, los clandestinos, diría.

—¿En secreto? Hay cámaras de vigilancia y tomas de sonido por todas partes.

—Sartorius nos lleva por donde hay menos, y aun así tiene un inhibidor.

—¿Hay un sistema de seguridad que permite inhibidores?

—No es tan sencillo, son aparatos de última generación sofisticadísimos, y efímeros. Las cámaras tienen también detectores de los inhibidores, y los inhibidores también inhiben los detectores de los inhibidores, pero como los de seguridad ya lo saben, periódicamente cambian los códigos de los detectores para evitar los inhibidores. Contando con la función inhibidora de la detección de inhibidores saben que al cabo de unos días ya no sirven, y los tienen que readaptar a los nuevos códigos.

—Ya lo veo, un juego de rebotes continuos sin fin.

—Una carrera inacabable que no ganará nunca nadie. Hoy esperamos que sí.

Llegamos quien más quien menos jadeante a un distribuidor con cuatro puertas. Sartorius llama a una, y mientras esperamos opera en los códigos correspondientes. Bettina me guiña el ojo.

—Vamos a reunirnos con los poetas.

Rakshasi pone una cara de ensoñación algo grotesca.

—Mmmm..., los poetas, los únicos imprescindibles. Si desaparece un político, un príncipe, un monarca, se pone a otro que hará lo mismo. Pero si desaparece un poeta, los poemas que él tenía que escribir no los escribirá nadie más.

—En más de un caso sería mejor —dice Camus.

—La naturaleza del filósofo está en la ambigüedad entre un estado necesario y otro.

—Yo no creo en las palabras —dice Carter.

—Tiene su gracia, teniendo en cuenta a qué te dedicas —dice Bettina.

—Precisamente porque lo conozco, porque lo toco cada día. Lo saben hasta las ratas, se mide la eficacia de un discurso por su capacidad de engañar.

—Curioso relacionar creer en ello con la dirección de una utilidad. Si no sirviera para nada, ¿no sería una carencia? ¿Una carencia te lo haría más creíble?

Pienso en registros absolutos por pulsiones básicas: alegría de la vida, Dorotea Röschmann en la BWV 173a, So schau dies holden Tages Licht noch viele, viele Zeiten, a pesar de que algunos prefieren a Lisa Larsson más enérgicamente dirigida por Koopman. Sensualidad insondable, Russell Oberlin dirigido por Glenn Glould en la BWV 54, Widerstehe doch der Sünde, a pesar de que Andreas Scholl con Herreweghe y Terry Wey con Teutschbein en la parodia dentro de la Markus-Passion no son desdeñables. Ominosidad del Universo, Harnoncourt dirigiendo el primer número de la BWV 101: Nimm von uns, Herr du treuer Gott.

—Cuando hechos y palabras entran en conflicto, me quedo con los hechos.

—¿Y quién no?

—La mayoría. Excusa clásica: esto no es lo que parece, déjame que te lo explique.

Rakshasi me pregunta:

—¿A qué se dedica Carter?

—Es diplomático, pero sobre todo poeta y onirista.

—¿Onirista? ¿Qué oficio es este?

—¿Oficio? Es un atributo.

Abren la puerta, y accedemos a una taberna con vistas a las nubes, muy vieja, atiborrada de objetos acumulados, abierta, angosta y recogida, muy agradable y confortable visualmente. Sartorius nos presenta a Eberhardine de Blangis, Paco Regomir, Itirham Orens, Valerio d'Este y el Teniente Delora (sin uniforme), el último a quien esperaba encontrar aquí, y cuando aún no me he repuesto de la sorpresa les veo a todos tan atentos a mi reacción —incluso a Camus—

que no puedo dudar de que están al corriente de los antecedentes con el tipo en cuestión. Delora me sonríe, simpatiquísimo —¿he de llamarle Muguete?—, y como me deja la iniciativa de las primeras palabras, las que marcarán el trato a dispensarnos, me debato entre impulsos y estrategia. ¿Me alegro? ¿Reticente? ¿Displicente? ¿Menospreciador? ¿Reproches? ¿Burlón? ¿Hago como que no le conozco? Para eso ya es tarde, así que me tiro a la piscina.

—¡Muguete, amigo mío! ¡Qué alegría volverte a ver!

Carter me mira de una pieza.

—¿Muguete?

—Es una broma de cuando éramos jóvenes —dice él.

—Eso, de cuando nos follábamos a tu mujer. ¡Muguete y Rosa de San Jorge!

Suelto una carcajada, y solo él me sigue. Los otros sonríen, las mujeres con voracidad, los hombres con prevención. Valerio y Eberhardine ayudan con las bebidas, y nos repartimos vasos de diferentes clases de whisky, de ron, de ginebra y aguardientes diversos, tequila, cachaza, schnapps, zumo de naranja, de limón, de pomelo, de tomate. Jóvenes y bellos camareros de ambos sexos, vestidos entre militares y prostibularios, llevan canapés y pequeñas raciones de comidas diversas: salmón, atún, gamba, foie, manzana, col picante, tortilla de cebolla y calabacín, dátil, pera.

Delora dice —y se le nota el esfuerzo:

—Artur y yo hemos visto de todo.

—Me lo imagino —dice Camus.

Nos cuesta sentarnos cuadrando prioridades, afinidades y cortesías. Midoissa pasa de Valerio y coquetea con Sartorius de una manera por la que deduzco que no han intimado, la diferencia retórica entre el pasado y la posibilidad. Busco tenerla cerca, pero no me lo ponen fácil ni ella parece interesada. Cuesta saber quién lleva la batuta; parece un falso equilibrio inter pares.

Delora dice:

—El trato con el posible elegido es un honor delicado.

Le veo inconsistentemente alegre. Será el efecto de sentirse obligado por las propias mentiras, fiel esclavo de una causa superada pero todavía exigente por lo que le quede de dignidad, viciosamente dependiente del efecto. Le daría hasta que me sangraran los puños.

—No quiero hablar más si no es para descubrir si sí o si no. Hasta ahora, cuando sale esto es para oír que no se sabe nada.

Midoissa me dice:

—Cuando hablamos tú y yo no fue así.

Paco me dice:

—¿De qué te crees que eres el elegido? Para liderar el grand ravalement del Archicenotafio...

—Pensaba que esto no se podía decir.

Me arrepiento de haberlo cortado, porque no sé si me iba a decir que sí o a aclarar una alternativa para matar la cuestión.

—No seas ridículo. ¿Qué somos, críos? No te distraigas con formalidades, porque si esto avanza, Kreis intentará liquidarte.

—Tienes el consuelo de que solo lo podría hacer impunemente desde aquí —dice Rakshasi.

—Si quiere, lo hará aquí y donde sea. El mundo no existe —dice Paco—. África y los Polos todavía... América, India, China, Europa, sobre todo Europa, son realidades inventadas desde aquí, y la invención no tiene futuro, porque también el Archicenotafio está en fase de demolición. ¿Por qué creéis que hay tanta niebla? ¿Para proteger secretos? ¡Ojalá! ¡Ocultar escombros!

—Tenemos constancia al menos de una —dice Carter, y Paco continúa.

—No es solo el silo del Anficonversor de la Torre Norte, hay muchas dependencias inutilizadas, incluso destruidas. Sin ir más lejos, y la gente no lo sabe porque el acceso está restringido por pretendidos problemas de seguridad y privacidad, la Torre Central no existe. Está en fase de construcción, y no llega ni al diez por ciento de la altura total prevista.

Valerio dice:

—Fue edificada en parte, pero no acabada, y la destruyó un misil hace cuarenta años. Su lugar lo ocupan escombros que se pasaron años humeantes, y hay quien dice que ahí se ha refugiado parte de la disidencia interna, en reductos habilitados como asambleas y talleres.

—Conozco esas dependencias —dice Paco, mira a Orens y sonríen —, y tú también. En determinadas circunstancias climáticas los escombros todavía humean, o eso dicen, y según otra teoría se debe a que la reacción nuclear producida por la destrucción, proveniente de la Torre, no del misil, no se extinguirá hasta dentro de mil años. Incluso los hay que sostienen que es una prueba de una secretísima actividad.

Eberhardine suelta una risotada.

—¡Qué estupidez! La Torre Blanca está acabada y en perfectas condiciones. Hoy no hay tiempo, pero otro día, cuando queráis, me comprometo a mostrárosla.

Paco se la queda mirando.

—¿Hoy no? ¿Por qué? Ooooh..., vaya, no hay tiempo..., qué casualidad. ¿Y otro día qué pasará?

—Eres un idiota sin gracia. Si fuera un hombre te partiría la cara.

—Eres más que un hombre y yo bastante menos, así que me das más miedo que cualquiera. Tranquila, tienes más capacidad que nadie para romperme lo que quieras.

—No te daré el gusto.

—Ni ningún otro, no me hago ilusiones.

Valerio, hasta ahora sonriente con un aire descolgado, casi frívolo, me mira con una gravedad inédita.

—De aquí la importancia de la Lista como Locus Paratextual, para resonar con el carácter orgánico del Anficonversor. Hay que estar atento al sistema circulatorio, al neuronal, al digestivo. El objetivo del Juego de la Fragmentación es la reunificación, reconstruir el espejo roto para que vuelva a mostrar la imagen completa.

Paco suelta una carcajada.

—¡Cómo me gustaría que lo lograrais! ¡Ya veríais qué sorpresa, la imagen completa! Os esperáis el velo de Isis delicadamente recogido por un aura reveladora sobre la Sangre Real en el último cáliz, y vais a dar con la gran marrana flatulenta abierta de par en par, los mojones del huerto de Esgarrapacristos y las poluciones del raso de Pixavaques.

—Eres tan gracioso que aún me gustará más ver tu sorpresa —le dice Eberhardine con una dulzura venenosita— cuando descubras que encima de todo están los dídimos de tu padre.

Paco se ríe indiferente, y sin dirigirse a nadie en concreto dice:

—Lo verás cuando dejes de arrastrar la pechina por los adoquines de Bracaberbria. No os engañéis, tiernos aprendices de brujo, o sí, tanto da, las únicas pelotas por encima del lucero del alba —sin mirarme me señala— son las del padre de este.

Bettina dice:

—Teniendo en cuenta que... esto no ha sido de muy buen gusto.

—Tienes razón, lo retiro.

—Son males de altura —dice Sartorius.

Hay una carcajada casi general que me ofende porque desconozco su alcance, y más aún lo de las pelotas de mi padre, y me refugio mentalmente en quienes no se ríen: Midoissa, Bettina, Carter, Delora, Orens. Pero son no-risas diferentes, y me confunde no desenmarañar tanta melencolia.

¿La estrategia de colaboración requiere un sentido, o lo tiene en sí misma? ¿Qué sé del Juego de la Fragmentación? Hay una compasión que debilita, una que fortalece, una que desavergüenza y deja por encima de las disyuntivas, tranquilizadora, excitante.

Midoissa se dirige a Paco.

—¿Qué se sabe de las protestas de los accesos?

—Poco más de lo que te dije, pero por lo que he visto aquí dentro, es más grave de lo que se ha conocido hasta ahora. Las Órdenes Vigilantes tienen el material antidisturbios necesario, incluso militar, pero una cosa es la capacidad de acción con total impunidad, y otra el derecho de actuar sin atenerse a las consecuencias. No se pueden

matar cincuenta ciudadanos un día y otro y el siguiente de forma indefinida.

—En lo que uno trata de forma cotidiana tampoco se puede vivir en contradicción continua —dice Valerio—. Si no te quieres volver loco, a base de impostar una convicción criminal la acabas asumiendo, y quedará como que te la comes entera, y serás el primer criminal. ¿Cuántos de los de verdad en conciencia solo lo son en parte? Da igual, lo son a todos los efectos, da lo mismo qué les pasa por la cabeza.

—Para eso las zonas de transparencia —dice Rakshasi, y Valerio se dirige a mí.

—Oyes que eres el elegido, y no buscas la figura en el lugar apropiado.

—Seguro que esto también se lo han dicho —dice Paco.

—Porque es un lemaniano evictivo —dice Delora, y Eberhardine le interrumpe.

—Dejaos de tecnicismos. Tanto dan las Órdenes, cada cual es el vigilante de sí mismo. El caso es cómo se protege solventemente lo que no se conoce del todo.

Digo:

—Yo me conozco del todo, cuando menos en la medida en que lo hace cualquier tipo vulgar.

—Vaya —dice Paco—, el psicoanálisis no te entusiasma —reímos cada cual con su música—, oh, no pasa nada, a mí tampoco.

Delora le habla encima y avanza el cuerpo en mi dirección.

—Da igual si te conoces o no, alguien intenta decirte que estás en peligro.

Río, y solo río yo.

—Y la pista del peligro la encontraré conociéndome mejor a mí mismo.

—¿Te parece un chiste? —dice Eberhardine.

—Y de bastante mal gusto, como si los huevos del padre de quien sea están encima de esto o de aquello.

Orens se dirige a mí con una dulzura solo comparable a la de Midoissa.

—Comprendo su reticencia ante las maneras de nuestros amigos, y tal como se excusan no ayuda mucho, pero aun así, y pese a lo que sea, no deberías despreciar los avisos. La seguridad aquí dentro es cada vez más precaria, y como los enfrentamientos entre las Órdenes se acentúan hasta el punto de que ningún poder garantiza nada, dominar los mapas empieza a ser cuestión de supervivencia.

Es un tipo de edad difícil; me inclino por un viejo con excepcionales buena forma física, armonía energética y equilibrio de emociones —seguramente porque todo lo mantiene bajo mínimos.

Tiene aire entre águila implacable y sabio bondadoso combinados en términos ya contradictorios, ya complementarios.

Le digo:

—No llego a imaginar por qué estoy en peligro. Por qué yo y no los otros.

Orens prosigue.

—Y yo no le puedo iluminar porque tampoco lo sé. Si alguien le dice que es el elegido y no sabe por qué, y pide explicación y no le responden, o al menos como querría, pregúntese por qué no le acaban de hablar claro, si es que no lo hacen, si es deliberado o porque ellos mismos han oído cosas y les han dejado a medias, si es por miedo, porque de forma específica se les ha conminado a guardar silencio, si es porque no quieren o no pueden adquirir una responsabilidad, y una vez mínimamente situado, mire qué está en juego, qué ha venido a hacer aquí y qué posibilidades de acción tiene en los campos de actuación que identifique. Por qué usted y no los otros, un detalle poco relevante, porque es usted como podría ser cualquier otro, esa es la obviedad. Todos estamos en peligro aquí, y fuera también. Por qué se le señala a usted y no a otros, y cómo está seguro de que no se señala a nadie más.

—Un razonamiento impecable —dice Bettina—. No tengo problema para llegar tan lejos como soy capaz, ni de ser tan clara como puedo ser. El elegido parte de la capacidad para adquirir la primera persona, y tú la has mostrado desde el primer momento. Cualquier detentador de primeras personas es un peligro potencial que las Órdenes Vigilantes y la gestión de la Isla de los Muertos no se pueden permitir en momentos de crisis y zozobra como el presente.

Orens prosigue.

—¿Cómo van estas cosas, qué las desencadena? Lo mismo que mueve la vida en general, una mezcla de predisposición, antecedentes, azar, confluencia de impulsos deliberados con otros inconscientes. Ser el elegido puede haber empezado por un comentario frívolo, casual, a partir del cual tomó el efecto como causa y dio por hecha una cosa que no era más que una posibilidad que usted mismo ha ido alimentando en parte por miedo, por deseo, por curiosidad, por ambición, por deseo de venganza, por ira, yo no lo sé. ¿Lo sabe usted? Ese es el caso.

Digo:

—No sé si fue así. De hecho, no sé qué puede haber sido así.

—Aparecen zonas de transparencia aleatorias y fugaces en lugares y momentos imprevistos. La maldición del Archicenotafio es que no solo hay que vigilar lo que se dice, sino también lo que se piensa.

Paco dice:

—El control del pensamiento es un atributo importante de las

jerarquías aquí dentro.

Tengo la impresión de que no lo ha dicho de veras, y Orens sí, todo lo que ha expresado. Pienso si no flotamos en una cierta transparencia. Eso indicaría que los dos dicen lo mismo. Nos quedamos en silencio, y caigo en el vértigo acariciador de preguntarme por qué juego diabólico hemos ido a parar a hablar de mí.

Con la misma suavidad, Orens prosigue.

—No descarte nada, tome en consideración todos los detalles, no olvide dónde está y qué ha venido a hacer, no se canse de tenerlo presente, repítaselo a cada paso. Como dicen sus compañeros, está dentro de la gran institución de cambio en horas bajas, con todas las defensas en ristre en medio de un grave conflicto interno y de una más que seria amenaza exterior, y su papel puede ser relevante para inclinar la balanza.

Digo:

—¿Más que el de Carter? ¿Que el de Midoissa y Bettina?

—Aquí ya no me veo capaz de entrar. Quien quiera medir diferencias a partir de los detalles, de afinidades, de complicidades, tiene que estar atento a las traiciones. Mirar dentro de uno mismo. En muchas cosas se ve más de lo que se puede esperar de los demás.

Me empiezo a enervar. ¿No hay nada más interesante que discutir? Paco me mira con desprecio.

—¿Te da miedo enfrentarte a los mandamases del Archicenotafio? Si no quieres que te tomen por un antisistema, siempre puedes moderar tu lenguaje.

—No sé por qué cosa quiero que no me tomen, ni si soy antisistema, no se suele ser buen observador de uno mismo. ¿Lo eres tú? ¿Te consideras como tal?

—¿Antisistema o buen observador de mí mismo? —dice, y nos reímos todos.

Carter dice:

—Si se quiere ser antisistema hay que serlo en todo y del todo, no solo en lo que queda bien, que nos es cómodo y fácil y no nos estorba, aspectos parciales que a algunos les parecerán irrelevantes y para otros es su vida, la piratería intelectual, por ejemplo. La revuelta no es un juego a la carta, es una enmienda a la totalidad.

Camus dice:

—La dimensión práctica no es la principal. Yo veo en primer lugar la moral, en segundo la defensiva. ¿No es una condena a muerte dejar a los indigentes al albedrío de la miseria? Asesinar al propietario es un acto de defensa que no afearé llamándolo legítimo.

Bettina se levanta y nos muestra el reloj.

—¡Hay que salir pitando! Si no estamos a tiempo, Zapruder

mandará a los perros a por nosotros.

Nos levantamos, algunos con más prisa que otros, Midoissa y Camus los menos nerviosos —ella apartada con Orens, él con Paco y Valerio. Decirse adiós requiere la retórica de los buenos sentimientos, la expectativa y los deseos cruzados, no mostrar las cartas ni entrar en conflicto, tranquilizar, disuadir y preparar para los olvidos prudentes. Hay maestros y neófitos, y quien no domina el juego corre el riesgo de ser el aprendiz de brujo. En un momento de hesitación magmática del conjunto me parece como si Orens quisiera acercarse. O soy yo quien quiere, y él accede. Me dice:

—Si le han quedado dudas, no repare. No tema quedar mal. Lo raro sería si no las tuviese.

Le digo:

—Le agradezco mucho sus amables aclaraciones.

Me sonríe muy levemente.

—Que no le han aclarado nada.

—Nunca sé cuando digo la verdad.

—¿Ahora la está diciendo? ¿Sí, no? Ya tiene al menos un caso en que puede decir que sabe que no dice la verdad —nos quedamos mirándonos no sé si a punto de echarnos a reír o de empezar una discusión inacabable; se le apaga la sonrisa, y por precariedad expresiva se muestra de repente terrible, mineral, admonitor—. Cuando acabe aquí su trabajo, no regresará a su casa sino al núcleo continental de la Federación, donde todo lo aprendido le será de gran utilidad para ser el vencedor del Laberinto de Bracaberbria bajo la eponimia del Príncipe Nemglour y el institutor de la Capilla del Emperador. Su nombre será Arktofilax, y pasará el testigo al Caballero Neblí.

No capto la intención simbólica, y no me puedo imaginar que haya otra. Delora me busca, no sé si para reincidir en falsos ditirambos o para rematar advertencias, y como no tengo ganas de vérmelas con nadie de quien no me fío le digo adiós desde el fondo, y en la rehuida me recoge Eberhardine, como si me estuviera esperando, con una cara diferente, apacible y voraz no sé si a favor o en contra, no sé si me protege o me amenaza, o las dos cosas. Pensaba en si era un travestido. De cerca lo veo; es una vieja autoconstruida en dirección contraria de la de Orens —y donde parece ir Midoissa pero no del todo. Lo lleva grabado en el cutis, le gustan demasiado el whisky y los recuerdos. Qué suerte que no forme parte de la Comisión. Me dice:

—Participé en un Juego de la Fragmentación y se me reveló yo misma. No lo dejes escapar, ante cosas como esta la vanidad es una forma de cobardía.

No me lo esperaba.

—¿En cosas como qué? ¿Qué quieres decir?

—Los platónicos investigan el sentido de la existencia porque creen que el lenguaje es un ente en sí mismo y no un mero instrumento, y una vez establecidos los elementos, cualquier combinación es lícita y expandirá el conocimiento. Y para los aristotélicos palabras y conceptos son convenciones que se combinan a veces en formulaciones a las cuales no corresponde ningún ente real, y es inútil esforzarse en dilucidar el sentido más allá de las necesidades prácticas. No es que preguntarse por el sentido de la existencia no tenga respuesta, es que la pregunta es absurda.

Bettina nos conmina.

—¡Que vamos tarde!

—¡Qué pasa! El maestro nos pondrá de cara a la pared —dice Rakshasi.

Midoissa ríe.

—Bettina tiene razón: hará que vengan a buscarnos, y no conviene que se conozca este encuentro. Hay que volver discretamente y deprisa.

Pienso, si tanto da de tantas cosas, si ya hemos transgredido normas aquí y allá, qué tiene de especial esto de hoy para tener que mantenerlo tan en secreto.

Volvemos deprisa, con Sartorius guiando al grupo. Bettina va delante de mí, y se va volviendo a hacerme comentarios.

—Suerte de los inhibidores.

Como suele pasar, la vuelta me resulta corta. En el vestíbulo ya están todos —no parece que hayamos despertado suspicacias. Repaso los reunidos; no están todos los oficiales, ni Kelch, ni Kreis, y no sé por qué a este me habría extrañado encontrarle. Camus se despide sin dejar claro si nos volveremos a ver.

Zapruder dice:

—Agradecemos al iatromantis Sartorius su amable hospitalidad, la discreción con que ha acogido nuestra curiosidad, y la delicadeza con que nos ha permitido explayarnos en el tránsito de los arduos trabajos que nos han llevado a la Madre Casa. Aliviar y ser aliviado desde instancias parecidas a la propia propician el hermanamiento de los portadores de los grandes cometidos ante los gentíos, y hoy aquí no tan solo hemos profundizado en la confianza de las varias instancias de la Madre Casa, sino que lo hemos abonado y enriquecido con la presencia de estos nuevos colaboradores, a quienes nos gustaría considerar a partir de ahora buenos amigos.

Hay algún aplauso y, disuelto el ritual, Nietsripas se dirige a nosotros.

—Esta noche los gestores tienen el honor de ofrecerles una cena de gala en el salón noble de la Torre Norte. Volveremos en directo en un tren de intendencia, y dispondrán de un par de horas para reposar o

hacer lo que les convenga. Quedamos, si les parece bien, a las siete y media en el salón de sesiones.

Todos estamos de acuerdo, y en un montacargas en el que cabrían el doble de los que somos, atravesando dependencias de una medida, oscuridad, descuido y desangelamiento desoladores nos llevan a un departamento ocupado por un tren, que los conocedores identifican como el atrio de un silo anficonversor parecido a los de la Torre acabada de visitar.

Nos hacen esperar para subir al transporte, situado en medio, cerrado y sin ocupantes a la vista. Todo está medio destrozado, al albur de una incuria institucional embrutecida, macabra. Por tierra hay tantos charcos, piezas mecánicas y escombros que se camina mirando dónde pones los pies, como por el bosque fuera del camino. No se sabe por qué no se puede subir al tren, que tiene solo dos vagones y es tan oscuro y sucio como el entorno, con aspecto casi amenazante, sin ventanas ni ningún tipo de aberturas salvo las de las cabinas anterior y posterior. Operarios —¿o son funcionarios?— van y vienen con escasa diligencia, hasta que a petición de Nietsripas el suboficial asistente se va hasta la lejana cabina de control, donde deducimos que mete en vereda al responsable. Vuelve y nos dice:

—Ha habido un problema de comunicación; las líneas no están a punto para desplazarnos. Los intendentes les piden excusas; aseguran que antes de diez minutos estarán las vías expeditas y la tripulación en su lugar, y ofrecen la posibilidad de esperar en un saloncito más confortable.

Declinamos el ofrecimiento, y nos quedamos por los alrededores del tren abandonado, tratando de no dañarnos por el suelo revuelto y mal iluminado. Parece haber llegado un momento para introspecciones solitarias, y me abstengo de compañías efímeras. Ociosamente pienso en los dos obstáculos para abrir el tapón de rosca recalcitrante: que esté cerrado demasiado fuerte o que resbale. No es lo mismo darle fuerte cuando la tracción es buena que cuando resbala: en el primer caso te puedes dañar los huesos de los dedos, en el segundo te puedes cortar. El trapo interpuesto, ¿pero y si no tienes ninguno a mano? El objetivo desdibujado, el olvido de la causalidad. Aquí hace frío, el tiempo encapotado resulta una amenaza pesada y Mina, Bettina y Midoissa se han vuelto espectros lejanos, pendientes de discursos más interesantes que el mío, y me desagrada todo porque me desagrado yo y mi ineptitud para ponerle remedio. Las formas de la insistencia y la repetición son como las versiones del barroco y los cuentos para niños: quieres que siempre te los cuenten del mismo modo. Tengo dolor de cabeza y quiero volver para tomarme una aspirina.

Poco a poco, con falsas esperanzas inmediatas frustradas a

continuación, llega el momento que no llega. ¿Ya nos podemos ir? ¿Todavía no? ¿Qué falta? ¿Quién más tiene que venir? Un momento, enseguida, enseguida, y así parece el mundo cada vez más abrupto y lejano, más imposible y hostil. No sé qué me espera en la Torre Norte, pero salir de aquí se ha vuelto un objetivo primordial que me devuelve a los días de la entrada, que me enfrenta a la facilidad con que se me han olvidado. Todo es leve, efímero, inconsistente, escarpado. Como un consuelo, una llamarada. Un poli y un criminal a tiros en un parque de atracciones; no se sabe quién persigue a quién, quién es el poli, quién el criminal. Como si me leyera los pensamientos, Midoissa se pone a mi lado y me frota el brazo.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te preocupa de lo que te ha dicho Paco?

—No me pasa nada. No sé cómo, y no sé si lo sabe alguien. Supongo que haremos el trabajo de la mejor manera posible y después nos iremos —quedamos en silencio—. Porque nos iremos, ¿no? Quiero decir, nos dejarán salir de aquí.

Se ríe.

—Que yo sepa, no han previsto una hecatombe final para la Comisión. Y si la hubiera, yo también seré una víctima.

—No sabes cómo me consuela.

—Gracias —me busca la mirada—. Algo más te anda por la cabeza.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes? ¿Accedes a una zona de transparencia a la que yo no llego?

Me mira cada vez más extraña. No sé si se burlará de mí, si me mandará por ahí, si le gusto, si la aburro. Un poco de todo —se tendrá que decidir.

—Me sobrevaloras, amigo mío. Me sabe mal no inspirarte más confianza. No sé cómo hacerlo.

—Pienso en la ira como deber, como obligación salvadora responsable, el brazo armado de la justicia.

Sonríe. ¿Pero a mí o a sus pensamientos? Aparta la vista y dice:

—Ya lo veo. La transparencia como un juego en manos del crupier.

—¿El Juego de la Fragmentación?

—En cierto modo.

Transparencia, fragmentación, reminiscencia. Reparo en el grosor de las vías, en la medida de las ruedas y el volumen del aparato de frenos y amortiguación del tren, todo el doble de lo habitual, reforzado, trabado y con un aspecto mucho más robusto que en los trenes que van por el mundo, manteniendo la caja del vagón propiamente dicho de la misma medida, quizá algo más pequeña, o da esa impresión por las proporciones. Esto y el morro aerodinámico hacen que me lo imagine preparado para grandes velocidades y aceleraciones, frenazos y fuerzas laterales, un fórmula 1 de los trenes.

—No tengo muchas ganas de ir a una cena de gala.

—Yo tampoco. ¿Nos escaqueamos?

Me siento cansado de verdad, presa del tedio del porno.

—¿Para hacer qué?

—Yo qué sé. ¿Para no hacer nada?

—Estaría bien. La consistencia de no hacer nada puede dar mucho de sí.

—Puede ser un dale que dale.

—También depende de con quién lo hagas.

Nos miramos con recelo, y ahora de verdad que no sé si son mis pensamientos, ni si alguna transparencia va en qué dirección. Me siento al límite, sin saber de qué ni qué me espera una vez traspasado.

Se nos acerca Zapruder.

—Disculpen el retraso. Hay un imprevisto, pero salimos enseguida.

Me adelanto a Midoissa.

—No se preocupe. Tengo una duda que le querría consultar —hace gesto de decir, tú dirás—. ¿Cómo se resuelven las grandes aceleraciones del tren? Y aun los grandes frenazos, porque (exceso de temperatura al margen) a partir de cierta fuerza acero contra acero pierde tracción.

—Excelente cuestión, y bastante bien resuelta por cierto. Si se fijan, en medio de las vías, en la parte central, hay un canal en forma de U, dentro del cual, cuando es necesario, se insertan unas piezas descendentes del tren, dotadas de un par de zapatas con textura antifricción para hacer fuerza en lateral y reforzar la frenada. Son más del 70% de la frenada, ya que, como muy bien ha observado, a partir de un punto las ruedas dejan de ser efectivas. En casos extremos se puede recurrir a invertir el sentido de giro de las ruedas; a pesar de que la ayuda no llega al 10%, porque no se puede abusar por el calentamiento, puede determinar la diferencia entre chocar y no chocar.

—Interesante.

—Esas zapatas tienen todavía la función de reforzar la aceleración. Se ensamblan con las ruedas en cremallera, y para impulsar el tren se acoplan con la transmisión, con la ventaja sobre las ruedas de una fricción más efectiva.

—Qué bien pensado.

—Y aún otra función estabilizadora en las curvas. A partir de cierta velocidad, el tren podría volcar y descarrilar. El nervio axial lleva el límite más lejos, hasta hacerlo mucho más difícil. Además, la velocidad máxima en curva se autolimita informáticamente de acuerdo con los rasgos de cada tramo.

Lo miro en la vía. Lo que Zapruder llama nervio axial va casi de raíl a raíl, y tiene más de un metro de profundidad. Entre el nervio y los dos carriles discurren dos canales todavía más profundos. Pienso

para qué sirven, pero no lo preguntaré.

—El nervio axial está casi siempre activo. Solo se desconecta en las rectas, donde interesa la fricción mínima para la velocidad máxima.

—Pueden fallar muchas cosas.

—Excelente, señor Oliver. ¿Está pensando en nuestro caso?

Pienso qué me conviene decir para no caer en un compromiso costoso. Midoissa dice, riendo:

—¡Ahora no salgas con que te da igual!

Un operario nos avisa de que todo está a punto y nos podemos ir instalando para salir dentro de unos minutos, y Zapruder se va. Midoissa me dice:

—No sé este tipo por quién nos ha tomado. El sistema de zapatas acopladas tenía muchos problemas y está en desuso, si acaso como recurso de seguridad adicional. Los refuerzos de aceleración y frenada, y también los de velocidad punta, los proporciona un sistema de imanes giratorios muy sofisticado y seguro, instalado en las dos zanjas acanaladas a ambos lados de las vías. No veo por qué no lo puede explicar.

Estoy seguro de que ella accede a una transparencia inaccesible para mí, y siento como una ofensa no poder entrar en sus pensamientos. El silencio de la mente, la soledad interior, ahí va la condena del neófito del Archicenotafio, y lo repito mentalmente, a ver si algún iniciado me lo recrimina. ¡Archicenotafio, Archicenotafio!

Todavía nos tenemos que esperar. Los responsables van de acá para allá, hasta que alguien acaba de dar el visto bueno. ¿Ahora sí? Pues allá vamos. El transporte no está pensado para llevar pasaje, porque cuando finalmente nos indican que subamos, los tres escalones de entrada son tan estrechos y escarpados —y sin agarraderas— que tienen que tirar de María Sinora y empujarla, y yo mismo rehúso con dignidad la ayuda ofrecida desde arriba por un tipo áspero vestido con mono negro.

Nos distribuimos en el interior del segundo vagón —en el primero debe de haber carga— siguiendo las indicaciones de los operarios, o pilotos, o funcionarios, qué sé yo. El interior se adecúa a los antecedentes: una nave almacén vacía, con anclajes en las paredes interiores, el suelo sucio, todo descostrado y deteriorado, precariamente iluminado con cuatro pequeñas bombillas que aun así hieren los ojos, con escombros y piezas rotas por todas partes. En los extremos, seriadas de dos en dos y regularmente repartidas junto a las aberturas, unas hornacinas almohadilladas, con forma anatómica para acoger a una persona, y a ambos lados de cada una un sistema de correas para atarse por tres partes del cuerpo, dos manecillas para agarrarse y un tope para los pies modulable según la altura del ocupante. La hornacina tiene una leve inclinación y un saliente a la

altura de las caderas para ponerse medio sentado. Nos colocamos, y no sé cómo no quedo junto a Midoissa sino junto a Mina. Tenemos de frente un par de oficiales, y al otro lado de la puerta a Borrell y Crowley. Nietsripas cruza por delante antes de ocupar su lugar.

—Experimentarán un trayecto en transporte de anficonversión. Supera de largo los 500 km/h. No sufran, el trayecto es demasiado corto, no habrá tiempo de coger la velocidad máxima.

Nos asegura las correas, o lo finge. Mina y él se miran entre cómplices y desafiantes. Hace un frío que pela, y por las aberturas altas de ventilación —meras mirillas, pero con esto basta— no me quiero imaginar cómo será una vez en marcha.

Poco a poco se ponen en marcha motores cada vez con más ruido y frecuencias más altas, y todo entra en una vibración ronca, profunda. El tren se pone en marcha despacio, y como no hay referencias visuales cuesta decir a cuánto vamos, pero diría que ni a 40 km/h. De repente, más brutalmente que un avión en la pista de despegue, el ruido se acentúa subiendo de tono hasta ensordecer, y aceleramos tanto que si no fuéramos atados nos estrellaríamos contra el fondo. El aparato aumenta más y más de velocidad, y más y más, y todavía más hasta un punto en que, sin transición, frena con la misma fuerza, incluso con más. Entre los efectos gravitatorios y el viento helado todos tenemos los ojos medio cerrados y una mueca de estreñimiento, y quizá la violencia encarnada en velocidad me ha impedido acoger ninguna transparencia de pensamiento. Una vez reducida la velocidad a una parecida a la inicial, propia de maniobras, por el sonido de los roces y las inercias laterales detecto giros y sacudidas.

Una vez parados, desabrochándonos y dando los primeros pasos, lo visto-y-no-visto del trayecto impulsa a los neófitos a risas de excusa y simulación. Salimos en el atrio 31-Φ del silo del Anficonversor de la Torre Norte, bastante arriba, oigo comentar a un oficial, para haber hecho el trayecto sin más desplazamientos verticales que la mínima inclinación de la vía. Este punto, se nos dice, es lo más próximo a nuestras habitaciones, y salimos a aposentos conocidos en pocos minutos.

Volvemos violentamente de la libertad a un exilio de frontera. ¿Qué revela que el retorno sea rápido y la ida fuera lenta, y no a la inversa? Que no hacemos el camino de Ulises sino el de Aquiles. Tengo la urgencia de decirlo ¿a quién?, ¿a quién solo se lo podría decir?, pero ha salido por una puerta anterior a la mía y habrá ido demasiado delante de mí. Cruzamos un inmenso criptopórtico inédito en los recorridos hasta ahora, hasta el ascensor directo al distribuidor conocido. Cuando nos dispersamos hacia las habitaciones, me hago el remolón hasta que todo el mundo se ha recogido, y voy al cuarto de Midoissa.

Me abre y no se para en la puerta; la deja abierta y vuelve para adentro. Ni se ha quitado los zapatos. Me mira, afilada, como si una fatalidad aceptada le velara una sonrisa de constatación de cachorro juguetón, preciso en la sutileza.

—Solo podías ser tú.

—¿Te decepciona? ¿Te sabe mal?

Creo ver en su mirada lenta una pesantez deudora de la dolencia de la antigüedad pulsantemente renovada, pero no me parece conveniente comentárselo.

—Al contrario, me habrías decepcionado si no —nos sentamos en el sofá—. ¿Te ha gustado el viaje?

—¿Y a ti? ¿Qué has pensado?

Pone cara de extrañeza.

—¿Pensado? No era para pensar. Ya veo por dónde vas. Zonas de transparencia. No, en línea recta a estas velocidades es difícil que se formen.

—Sí que he pensado —hago una pausa para interesarle, y espera atentamente—. Príamo y Aquiles contemplándose como padre e hijo. Un balance de deudas resuelto por la compasión.

Pone cara de aburrimiento.

—Me decepcionas. Eso es de manual.

—Odio como ira conservada, resentimiento como ira podrida.

—¿Y compasión como ira sublimada? Muy bien, ¿y a partir de aquí qué?

Si esta vez no controlo esto, ya no lo haré nunca. Dejo más pausa, y ella tan solo levanta las cejas. No la he cogido en buen momento, quizá que lo deje para otro rato.

—¿Por qué quieres que mate a Kreis?

—No he dicho tal cosa. He dicho que habría que liquidarlo, pero no que lo tengas que hacer tú.

—Ya lo veo, no quieres hablar.

—Descansemos un poco.

—Ya me quedaré yo en el sofá.

—Quiero decir cada cual en su habitación.

—¿Esperas a alguien?

—No, querría dormir.

No se ha portado como Nausicaa, y no me veo con ánimo de tratarla como a Andrómaca.

Me voy a la habitación y me descubro cansado de cuerpo y de alma, si es que esta todavía está, si alguna vez ha estado. Me echo y me adormezco, dejo deslizar las impresiones y me baja una inesperada: Novembrini es el hijo de Kreis, y el Arcamagisterprædi lo ha retirado para protegerlo. Me escruto, me avizoro, me registro y me revuelvo para establecer si la idea me gusta, me desilusiona, me

desasosiega, me enerva o me inquieta, y lo que me remueve es descubrir que no soy capaz de alcanzar toda la variedad de reacciones que me puede producir. Tendría que hacer esa lista para incorporarla a la Lista.

Cuando las razones para una acción parecen infundadas o absurdas, hay que hacerlas sospechosas ahora mismo. La cultura de la sospecha es la médula de la filosofía, y todavía del conocimiento como un todo, y solo desde mentes débiles y miedosas entra en conflicto con la vida cotidiana. En vez de acabar de adormilarme me enardezco en propósitos guerreros, no dejarme pisar, no agobiarme por los zarandeos de lo que desconozco, que tiemblen los otros. Pero en la vertiente masturbatoria de la ira solitaria me desagrado profundamente, y aunque no dormiré, procuro paliarla.

Cuando es la hora me pongo el traje negro y me voy a la batalla. El salón de sesiones está vacío. Me espera solo un suboficial Camarlengo, y me invita a seguirle hasta uno de los distribuidores anejos a las alas de los dormitorios, desde donde a través de un corredor largo, amplio, porticado e inusualmente iluminado vamos hasta un salón del xvii con tal pinta de auténtico, y aún de intocado, que obliga a imaginar qué extraña adaptación o trasplante permite encontrarlo aquí. Hay un teatrito de marco dorado con ménsulas, gárgolas y cortinajes rojos caprichosamente ligados entre guirlandas de eléboro negro. En el escenario, una orquestina y un coro de ocho cantantes interpreta una pieza que no identifico como obsequio o como incitación.

On attaque ta gloire, arme ton bras vengeur,
Fais briller dans les airs les flammes du tonnerre.
Éclate, venge-toi, ce n'est qu'à la terreur
Que tu dois l'encens de la terre.

Llegados al punto donde estamos, ya no miro quién está sino quién falta: Midoissa, Kreis, Carter, Crowley, Zapruder. Me voy al círculo de Bettina, Rakshasi, Curwen y Spohr, todos muy elegantes, todo oscuro y brillante. El lujo se me antoja kitsch. Llego y encuentro a Bettina aleccionando a Curwen en medio de una controversia encendida.

—No te estás volviendo loco. Solo estás desajustado, síndrome de inadaptación quizá. Un orden personal, una línea de conducta, tiene sentido en referencia a un orden colectivo que tiene que estar construido a su vez alrededor de un sentido. Si tales dimensiones no están, o no las sabes ver, o no las entiendes, a efectos prácticos tanto da una cosa como la otra, pierdes la armonía y la vía, y te encuentras en un confuso, irremediable caos de locura, sin guía de conducta coherente y fiable.

—Cosa que lleva a la cuestión inmediata. ¿Qué da sentido al orden

de la Casa Madre?

Me meto sin haber sido invitado.

—¿Hay tal sentido en la Casa Madre?

—No se te debe de escapar que esta pregunta te sitúa junto a Shelly.

Me encuentro dilucidando si la comprensión de la forma dificulta el aprecio de la melodía, si admirar el oficio entorpece estimar el resultado, o si son formas diferentes de amor.

Llegan Mercedes y Fabrici, y aprovechando que Bettina y Rakshasi se apartan, Spohr lleva a Curwen aparte.

—De lo que te digan las mujeres, ni caso. La única manera de saber si eres bueno es si repiten. La prueba suprema es si se vuelven a quedar contigo.

—Entonces es el momento de salir corriendo.

A pesar de la discreción, ha coincidido con el silencio de los otros, y todos se paran a escuchar. Curwen repasa en ráfaga a los presentes. Los hombres ríen no todos con el mismo desparpajo, Mercedes y Rakshasi tuercen el gesto, displicentes, y a él se le hiela la sonrisa cuando el periplo comprobador acaba en Bettina, que no ha perdido la placidez y el buen humor. Le digo:

—Como en el ojo del huracán, en la cúspide de la agitación aparece un reducto de tranquilidad inesperada.

De extraña, pienso, absurda, sospechosa, fiable tranquilidad.

—Sí, quizá ya estamos muertos.

—Pronto.

Nos sentamos bajo la indicación de los camareros, también empelucados, y, cuando ya están Carter, Crowley, Zapruder y Kelch, empiezan a servir aperitivos y pequeños entrantes la explicación de los cuales no me molesto en seguir. ¿Por qué Midoissa tarda tanto? ¿Y si no viene? Tampoco está Kreis, y me obligo a ir enfriando la vorágine interpretadora. Hago un intento de reservar un asiento o dos en la mesa, pero los otros me desbordan, y en un momento queda todo lleno, yo entre Bettina y Mina, ante Spohr, Rakshasi, Curwen y Borrell, nada que me desplazca, pero pensando dónde puede ir a parar Midoissa tal como va quedando todo. Solo junto a la presidencia, vacía de momento con Zapruder y los otros todavía vacilando quién sabe dónde.

Al final se sienta todo el mundo y la comida empieza. Nuestra conversación se mantiene desmenuzada hasta que Curwen le pide a Spohr:

—Has dicho que nos contarías cómo montasteis la Agencia Hera Pau Morel, Enric Gimfregall, Guido Strozzi y tú.

Creo distinguir quiénes saben de qué va y quiénes, como yo, se paran porque ven el interés despertado en los otros. Spohr sonríe,

seguro de sí mismo y de la expectación despertada, y espera a que los camareros hayan acabado de servir el primer plato. Bettina dice:

—¿Hera? ¿No era Hermíone?

—Después cambiaron de nombre, sí. Fue una experiencia entretenida, en parte aprovechando la logística de la CBP, en parte al margen, porque como os podéis imaginar...

—Perdona —le interrumpe Curwen—. ¿Fue, dices? ¿Ya no funciona?

—No he dicho tal cosa. Tan solo que ahora nosotros... Digamos que después de todo lo que pasó nos hemos descolgado de la primera línea de combate.

Hay risas. Le digo a Bettina:

—¿De qué va esto?

Me hace un gesto risueño de esperar. Spohr dice:

—No es la primera agencia de este tipo en el mundo, ni la única, pero osaría decir que aún es la mejor, la más especializada, solvente y eficaz. La idea es simple, pero requiere una realización delicadísima, altamente profesional y con una dosis de atención, mano izquierda y diplomacia excepcionales, aunque mal me esté decirlo con la parte de inmodestia que me corresponde. El cliente escoge y paga, nosotros le proporcionamos la persona elegida para llevarse a la cama. No hay catálogo, el catálogo es el mundo. La esposa del heredero de la corona británica, la del Presidente de los Estados Unidos, Christine Lagarde, y hombres los que queráis, George Clooney, Alexis Tsipras, Usain Bolt, Roger Federer, Justin Bieber, da igual la edad, el gremio, la ocupación. Poderoso caballero es don dinero.

»El proceso es una filigrana: el primer paso es evaluar el material, estipular un precio, firmar un compromiso de condiciones y mutua confidencialidad y pagar un adelanto del 33% del total; el segundo, contactar al objetivo de la operación, sondear receptividad, posibilidades, atraer, seducir, halagar, tranquilizar, garantizar, determinar cuándo hace falta una retirada táctica puntual, cuándo y cómo volver, esperar, modular, jugar al póker de la petición; una vez Guido lo hizo tan bien que casi sin querer se llevó él mismo el gato al agua antes de cerrar el trato, ¡y gratis! Si a pagar tres cenas en los mejores restaurantes del mundo se puede llamar gratis.

»En caso de negativa rotunda sin oportunidad razonable para revertirla, se devuelve al cliente como mínimo una tercera parte del adelanto, incluso la mitad en casos superiores a cierta cantidad, cosa con la cual el gasto por gestiones habrá sido entre el 10 y el 20% del total. Ya abonada la totalidad, a partir del contacto todo va a cargo del cliente, y si no pasa nada no nos volvemos a ver más salvo que quiera repetir. Uno de los aspectos importantes, porque se da casi en una tercera parte de las operaciones, es el seguro en caso de que a

última hora el objetivo se desdiga, lo que llamamos cláusula de retratamiento. De manera opcional, el cliente paga un suplemento proporcional a la parte que se quiera asegurar de recuperar, con un máximo del 56% de retorno del precio total en cifras nominales, sin intereses. La cantidad se calcula con el algoritmo

$$y^2 = 4tx$$

donde 'y' es la décima parte del tanto por ciento recuperable, 'x' la décima parte del tanto por ciento del suplemento de seguro, y 't' una constante de riesgo calculada a partir de una serie de baremos particulares del objetivo, situada entre 0'92 y 1'10. Por ejemplo, si un cliente paga 100 y subscribe una cláusula de retratamiento del 30%, suponiendo t = 1, tenemos

$$y = \frac{30}{10} = 3, \text{ y por tanto } y^2 = 9;$$

$$9 = 4x; \text{ de donde } x = \frac{9}{4} = 2'25,$$

por lo tanto un retorno de 22'5. La cláusula está pensada para ser más rentable cuanto más elevada es; de hecho, para que la cantidad recuperada no supere la asegurada hasta a partir del 40%. Aunque en caso de éxito no haya retorno de la cláusula, los clientes se animan a subscribirla porque ven una garantía sea cual sea el resultado.»

Rakshasi le interrumpe.

—Estamos hablando de cantidades...

Miro las mesas de al lado. Qué lástima que no les llegue el relato.

—De packs totales de un millón de euros hacia arriba, a veces muy hacia arriba. Pensaréis cómo empezó todo ello. Como un juego, en una apuesta entre Guido y Pau, que ganó Guido, y a partir de ahí vimos la posibilidad de ganar mucho dinero yendo a tanto por ciento y, además, con las apuestas dentro de nuestro grupo restringido, parte del círculo de la CBP. Las condiciones del contrato son múltiples y diversas, con variables negociables y sancionables económicamente, como el tiempo límite de gestión. Lo optimizamos con la práctica hasta una sofisticación de la casuística capaz de prever las peculiaridades y los caprichos más inimaginables, y bloques de imprevistos ante los cuales, con aproximaciones aceptables en el peor de los casos, no se escapa ninguna rareza. La conclusión redunda en el tópico: todo el mundo tiene un precio.

Por cómo se ríe Bettina supongo que sabe de qué va, y el relato va por los demás. La voracidad de la atención de Curwen y Rakshasi

indica lo contrario; Mina, quién sabe.

Curwen dice:

—¿Bill Gates, Carlos Slim y Amancio Ortega también tienen un precio? A uno que tiene setenta mil millones, si le vas con tres o cuatro ni te cogerá el teléfono.

—No sabría decirlo, nunca nos pidió nadie acostarse con ninguno de estos tres.

Hay grandes carcajadas. Mina dice:

—¿No los tuvisteis como clientes?

Calmado el alboroto, Spohr continúa.

—En el momento de máxima expansión pensábamos que se lo comería todo el Star System de Hollywood, Scarlett Johansson, Jennifer Lawrence, las top models, Naomi Campbell, Claudia Schiffer..., pero tienen más éxito las chicas de la tele, y las europeas de la tradición culta, Fanny Ardant, Sophie Marceau, Isabelle Adjani, y por encima de todo las nórdicas, Lena Olin, Connie Nielsen. ¡Ja! Los márgenes oscuros, Jenna Jameson, Rhian Sugden. La práctica enseña que depende del carácter de cada objetivo es necesario dosificar las propuestas para no darse contra un muro. Con la mayoría tienes que ir con cuidado para no quemarlas, lo que llegado el caso es un aliciente para nosotros, y naturalmente dispara el precio.

»En cambio, os sorprenderíais de los que, pasada una primera experiencia, son ellos o ellas quienes se ofrecen para volver, más o menos desganados, cómo llaman para ver cómo está la cosa. Se podría incluso prever: un divorcio conflictivo, una operación fallida, unas elecciones perdidas, un proceso judicial. Lo que en otros tiempos se llamaba caer en desgracia, ahora no lo pautan los reyes sino la oferta y demanda mediática. Ante casos difíciles, de dificultades recalcitrantes, de manera excepcional echamos mano de gangas alternativas. Yo siempre he procurado no tener que llegar ahí —se pierde el espíritu aventurero. Si la ley de la oferta y la demanda actúa a la baja ya no tiene gracia. Estábamos en la treintena, la edad mejor para hacer estas cosas. La energía de la juventud y la experiencia de la madurez se encuentran en el punto central, te parece que te lo puedes permitir todo porque ya sabes y tienes lo que hace falta, y aún hay tiempo para enderezar, recuperar, volver, y te permites elegir y rehusar sin temor a perder para siempre jamás.

»La fama de nuestra solvencia se extendió. ¡Lo conseguíamos todo! Por ambos lados se lo decían, y pronto ya no teníamos que dar explicaciones previas a los objetivos, ya estaban en antecedentes. En la cumbre de nuestro prestigio se dieron casos, no muchos pero significativos, en que no tan solo un cliente arruinado se postulaba como objetivo, como ya os he dicho, sino a la inversa, que un objetivo despechado requería nuestros servicios como cliente, por cierto con el

pack récord de la Agencia, una cantidad que no diré para no ofender susceptibilidades dada la actualidad política.

»Aunque la motivación y las mecánicas sean tan diferentes, cumple con creces la norma básica del gremio del putiferio: no se cobra por sexo, sino por irse y no contarlo.»

—Está asegurado.

—No tengo claro que, en rigor, a esto se lo pueda llamar prostitución.

—En la medida en que unas personas dispensan a otras favor sexual a cambio de dinero, sí, pero desaparecen las clásicas objeciones morales sobre el hecho en sí, sobre todo en la parte baja del standing. No hay coacción, ni explotación, ni abuso, ni mucho menos violencia, ni siquiera ninguno de los perjuicios hacia la dignidad que se pretenden emanados de actuar obligado por la necesidad de los bienes elementales para vivir dignamente.

»Aun así, tiene gracia ver cómo en cualquier escala en que te mueves, no te ahorras los jaleos de la letra pequeña de la naturaleza humana, las miserias elementales, los intentos infantiles de trampa, el tipo que llegado el momento se arruga y da gatillazo, y después pretende cobrar la cláusula de retractamiento alegando que el objetivo se ha negado, contingencia incluida en el contrato, pero no que estuviera tan distante y arisco que no había empatía posible.

»El detonante definitivo que nos hizo descolgarnos a Guido y a mí —Pau, por lo que sé, continúa vinculado con más o menos dedicación — fue cuando por agente interpuesto nos llevaron un pastón atragantador para estar con la Merkel...»

Rakshasi lo interrumpe.

—¡Qué depravado se quería cepillar a la Merkel!

—No te puedes ni imaginar las filias, parafilias y neurosis sexuales que circulan por el mundo. Os daré una sola pista: no era europeo ni americano.

Aparecen los camareros para cambiar los platos, y viendo que Midoissa no aparece, y sin saber si aparecerá, aprovecho la fragmentación para decir a Bettina:

—¿Tienes planes para después? ¿Has quedado con alguien?

Me sonríe con cara de reproche burlesco.

—Menudo elemento estás hecho. ¿Quieres venir?

No dejo duda sobre mis intenciones, y ella se lo toma como un juego. ¿Y qué es, si no? Los camareros se retiran, y en el silencio previo a la reanudación, digo a Spohr:

—Te veo más sensible a la confidencialidad sobre el cliente que sobre el objetivo.

—¿Y te extraña? ¿No sería impropio a la inversa? —se reanuda la explicación en grupo—. El cliente que quería a Merkel, le llamaremos

FX*, tenía más dinero que paciencia, y el asalto a la cancillera fue uno de los tours de force de nuestra singladura profesional. No valía la seducción, no había golosina ni ventaja capaz de atraer a la feroz monja colesterólica, aquí se trataba de encontrar una palanca potente para el chantaje duro, lo que no explicaríamos jamás al cliente para no darle argumentos para discutir el precio en términos de coste, aunque el riesgo lo puede tener más elevado de lo que es la inversión pecuniaria en sí.

»Salvadas las barreras protocolarias, que no habríamos superado de no haber tenido los mejores contactos, Pau y Guido fueron de poli bueno y poli malo, y yo, jugando con cartas marcadas, me adjudiqué el papel del colaborador-negociador entre la seguridad y la empresa peligrosa poseedora de información comprometida que llegado el caso no tendría escrúpulos en exhumar a la luz pública. Del caso que nos hicieron y de las tensiones y las amenazas se deducía sin gran margen de duda que por más lecciones de principios que se vayan dando —y quizá en relación directa con este parámetro— ropa sucia hay mucha, tanta como nos imaginamos, y mucha más.

»Aquella gente no estaba para tonterías, y cuando nos exigieron pruebas tuvimos que investigar de verdad y aprisa los fondos de armario de las cloacas de la vieja Europa. Encontramos mucha cosa pequeña en términos de presupuestos de Estado, no de vida cotidiana, pero con aquello no íbamos a ninguna parte. Había salido en la prensa, formaba parte de la cotidiana azotada mutua de los políticos. Fue inestimable la ayuda de la extrema izquierda, siempre dispuesta a ponerse una medalla ante la Historia, bastos, chapuceros, sin sufrir por maquillar escrúpulos, sin darse cuenta del ridículo, sin apreciarlo, groseros con los argumentos salvíficos, prisioneros de una deuda superior a la suya, siempre a punto para apuñalar al vecino y acusarlo de hacer el juego al poder establecido, siempre rehuyendo responsabilidades y atribuyendo a imponderables las consecuencias de la propia estupidez, el buñuelo del progreso que acaba siendo su inexorable lacra frustrante.

»El porcentaje de nuestras ganancias lo determinábamos por proporcionalidad con el pack requerido para acceder al objetivo; fuimos lo suficientemente listos y prácticos para que la codicia nunca nos estropeara un buen plan. Dedicar los recursos necesarios era el fundamento, y si no compensaba, lo dejábamos. El caso Merkel era especialmente rentable, porque los estipendios extras a autoridades gubernamentales en países que van de Estados de derecho escrupulosos son problemáticos —todos conocemos la comedia de la honestidad del cargo público, la prevaricación y el tráfico de influencias. El póker es eso, no arrugarse ante el primer embate; «hecha la ley, hecha la trampa» está superado, los legisladores ya

elaboran aposta las rendijas y los agujeros para dar flexibilidad al sistema. Para esquivar la vigilancia institucional, los próceres megamoralizados tienen que embolsarse los extras en diferido en el tiempo y el espacio, por múltiple interferencia de personas, en las Islas Caimán, Galápagos y Lagarto, una casuística curiosa de garantías sin garantías, no creáis, da grandes oportunidades a intermediarios de confianza. ¡Eh!, curioso concepto, confianza sin garantía, la vanidad del jugador de póker. El paraíso de los adictos a la adrenalina.

»Merkel ya era más que la fondona infollable toreada por el gangsteril muñeco Berlusconi. La teníamos que cazar por otro lado, y el rendimiento económico quedaría prácticamente limpio todo para nosotros; podéis imaginar qué interés teníamos, porque además la cláusula de retraimiento era del 52%, casi la máxima, y si no teníamos que devolver nada obtendríamos una cantidad importante.

»A medida que avanzábamos en las gestiones se iban manifestando la dimensión y la complejidad del caso. Aparecían presiones de estamentos que no nos esperábamos, y acabamos en un terreno intuido desde el primer momento a partir de la implicación de cierta izquierda, la tradicionalmente sospechosa, y cuando ya no había duda nos produjo una gran excitación. No se la querían follar, el objetivo real era el espionaje.

»En cierto modo habíamos caído en una trampa para cándidos, pero entre los rusos y los chinos todavía podíamos fingir que no nos habíamos dado cuenta —si nos habían elegido por zopencos, también podían creer que no nos daríamos cuenta hasta cuando ya no se pudiera retroceder, o como mínimo bastante más tarde de cuando lo hicimos—, y sacar un provecho adicional.»

Bettina le interrumpe.

—¿Cómo sabían que encontraríais lo que les interesaba? ¿Que no lo usaríais para obtener más rendimiento?

—Sabían con quién se la jugaban, y que si no lo lográbamos con los recursos habituales echaríamos mano de los contactos de la CBP para descubrir cosas de más peso. Nos eligieron por eso.

»Éramos el contacto apropiado para encontrar lo que les hacía falta, y para hacerles el trabajo sucio. Alemania dependía del gas ruso, y la estrategia del bloque occidental chocaba con la política de Putin contra los USA, con Gazprom como ariete. De forma abrupta, aquello adquirió otra dimensión, y tuvieron que intervenir Max van Egmont y Victor Ferret, que entonces tenía tratos con el comisario europeo de Energía, Gunther Oettinger. La jugada estaba hecha, el cliente había pagado y tenía lo que quería, pero la cuenta no estaba saldada, porque el retorno de la acción podía revertir en cuestiones que no se sabía quién tenía el control. Había salido mal, o muy bien, depende de cómo se mire, habíamos pisado la cola del tigre, había habido

demasiados intermediarios informados a medias, y para cumplir el expediente y cubrir las apariencias, para quedar creíbles sin levantar la liebre mediática, se tenían que mantener alerta los servicios de seguridad del Estado, alguien tenía que ir a la cita con la Merkel. Mandaron al chico de los recados, el idiota superdotado sexual, aquel a quien se envidia sin querer ser como él.

»Llegado el momento, había guardias por todos lados, y nosotros pusimos a los nuestros. En este punto, cedo la palabra al agente que lo vivió en directo.»

Se vuelve hacia Borrell, y el tipo hasta ahora adusto sonríe fanfarrón.

—A mí también me tuvieron que pagar las ganas, porque la diversión no compensaba la matada.

Hay algunas risas. Rakshasi dice:

—Pues no me desagradaría trabajar en esta empresa.

Entran Kreis y Midoissa con el Archicamarlengo Guidobaldo. Ella está preciosa, con un vestido blanco y negro, como si de una vez se haya decidido a tomar posesión de su dominio. Se sientan en los lugares preferentes de la mesa central del fondo.

—A mí tampoco —dice Curwen.

Spohr se pone a comer, y Borrell deja los cubiertos y dice:

—Después de algunos conflictos que no voy a detallar, por reducción al absurdo acabamos colaborando con la seguridad alemana. Donde unos patinaban eran los dominios de los otros, todos teníamos todo que ganar y nada que perder. Centramos la atención en Petersberg como cebo, y una vez que había picado todo el mundo, el encuentro fue en el Schloss Bensberg, con los alrededores de Leverkusen, Colonia y Bonn tomados militarmente como maniobra de distracción, y el entorno inmediato discretamente camuflado.

»Asistí sin ser visto a la preparación moral de la señora en solitario. Me recordaba una actriz en los momentos antes de entrar en escena, y sin conocerla se hacía difícil imaginar en qué términos de rechazo, de angustia, de expectativa se movía. ¿Habría querido huir o la empujaba un vértigo de morbo? ¿O se había visto en situaciones parecidas en otros tiempos, y todo aquello no era más que indiferencia y aburrimiento? No emitía señal alguna de la que se infiriera si pensaba que era de verdad, incluso si tenía presente la posibilidad de ser vigilada, y se daba a la metacomedia.

»En el momento decisivo aquello soltaba un incómodo, insoportable hedor de auténtico. Al matadero íbamos todos. Entró en la salita donde ya la esperaba Seguerra, constreñido en su traje oscuro, demasiado engominado, delatadoramente sudado y con una retórica de anuncio de grandes almacenes que ahora no me apetece evocar. La

Merkel se lo había tomado con tantas ganas que se quedó de piedra cuando vio a quién le endilgaban. No sé qué le habían anunciado, pero cuando se olió de qué iba le molestó veladamente, y con razón. ¿Qué podía hacer? Cayó en un posibilismo humorístico. Ni ella misma sabía en qué dirección disimulaba, ante quién ni con qué objeto, y le daba igual. Me sorprendió gratamente, no me la imaginaba con tantas tablas. Aun así, en los gestos y en la actuación general, y más allá de ser los de una persona acostumbrada a mandar, pero sin haberse quitado de encima un residuo de timidez, creí ver todo lo que le pasaba por la cabeza: ya que hemos hecho el esfuerzo, ya que hemos consumido las energías y la adrenalina, no hay otra que aprovecharlo.

»No le era fácil. Por fuerza tenía que saber que tenía toda la seguridad del Estado y quién sabe cuánta vigilancia pendientes de ella, atentos para salvarla en caso de imprevisto. Cuando se exalta el narcisismo necesario para hacerse político no se piensa hasta ahí, salvo que no nos resignamos al hecho de que la política y el porno sean más o menos lo mismo, una controversia para mí, si me lo permitís, superada desde hace tiempo. La política es indigna, miserable y criminal, lo que me atrevería a decir de pocos reclamos sexuales.

»Tampoco para Seguerra era fácil. El tipo venía entrenado, pero no era un puto profesional —por cierto, chapurreaba un alemán lamentable. ¿Qué manda la tradición en estos casos? Más allá del tópico, ¿el rol dominante del macho es la comedia, o una pulsión real que si la hembra no percibe consistente, dirigida solo a ella, verdadera en definitiva, no le produce el conveniente efecto lúbrico? Les llevaron la cena, y Merkel iba al lavabo cada diez minutos. Seguerra apenas comía, y no me extraña.

»En los postres el público había tomado el escenario, o sea la nada. Llegado el momento, si al embate se lo despluma de espíritu solo queda la brutalidad y el forcejeo de las formas y las iniciativas. No sé qué se había dicho a cada cual, si ella conocía su capacidad para desactivarlo cuando quisiera, si en el manual de instrucciones para Seguerra estaba la castración en caso de fiasco o gilipollez —por nada del mundo habría querido estar en su piel. Se contaban unos chistes penosos, reían cuando no tocaba, se liaban hasta el absurdo con reticencias que el otro no comprendía, erróneamente se adivinaban anticipaciones penosas en las reticencias, se ponían en evidencia en el disgusto, en las ganas de huir. A medida que se avanzaba hacía pinta de que la cancillera, que al comienzo se lo había tomado como una gestión más a resolver, estaba a gusto y lo había integrado en el hábito autoritario.

»La impresión de no tener que estar allí quedó pronto rebasada. Era ver al actor cómico en un papel dramático, o a la inversa. Cuando

pasaron a una habitación anexa el efecto era de llevar a alguien a matar. En dos horas y media salió Seguerra con la camisa desabrochada y por fuera, y la americana colgada al hombro. Sin mediar palabra, ambos serios como una mala cosa, le acompañé a una habitación de servicio del ala exterior.»

Flota un aire de decepción entre los comensales. Spohr ríe, distendido.

—¡Qué esperabais, detalles de un empujón con la Merkel!

Bettina dice:

—Tampoco que nos contaras qué sacó la CBP. No me harás creer que tuvisteis un bombón como este en las manos y no lo aprovechasteis.

—Lo hicimos, pero no como te imaginas. Nada de amenazas ni chantajes, nada de apurar rendimientos, al contrario. Amistad incondicional, ayuda desinteresada, favor sin retorno. El «hoy por ti, mañana por mí», cuanto menos explícito mejor. Si puedes elegir una estrategia de colaboración, siempre es preferible el enfrentamiento.

Bettina pone cara de no acabárselo de creer.

—Lo imagino. La venganza de Candaules.

—Era un momento delicado, se estaban destapando las operaciones de Can Pimajencs...

—La Operación Diomedes.

—... y había que mantener al margen la prensa y la opinión pública alemana, más vapuleada y más escrupulosa que la nuestra en operaciones que pasan de las normas.

El ensemble del escenario canta triunfalmente:

Quel bonheur! L'enfer nous seconde.
Que ses feux embrasent les airs.
Qu'ils dévoren la terre et l'onde.
Que tout se confonde.
Les plus grands maux sont nos biens les plus chers.

Estiro el cuello para ver a Midoissa, joya de la corona realzada por los fuertes, central, rodeada por indiferentes o por adoradores, tanto da, y me arrepiento de haber quedado con Bettina, pero ya está hecho. Me hace daño cómo se mueve, como ríe, qué suelta, cómo la brillantez transmitida le retorna, como rodeada de espejos cóncavos. Los movimientos de los comensales de en medio permiten verla más de la mitad del tiempo, y en ningún momento la he encontrado mirando en mi dirección. Imagino qué grado de azar lo determina. Estamos lejos y con trabas visuales en medio, pero enfrente y no es necesario volver la cabeza. Hace falta cierto grado de deliberación para no mirarse ni una vez. Esto me tranquiliza.

La sobremesa se difiere más de lo razonable, no hay discursos ni atrae nadie la atención general, y mientras sirven copas, cafés, infusiones y tés, algunos se levantan a charlar con quienes habrían querido tener al lado en la cena. Lo hace Mina, y no tengo tiempo de decidir si está fuera de lugar, si es posible o conveniente ir con Midoissa, porque el asiento vacío a mi lado lo ocupa Carter, y lo vuelve para dirigírseme directamente. Hay ajetreo y dispersión para conversar con una privacidad razonable, y la cara y el ademán indican que será entre él y yo.

—Hay nuevos datos sobre la situación. El discurso de Sartorius ha sido una burla de la responsabilidad social corporativa, inaplicable desde un monopolio como a todos los efectos es la Isla de los Muertos, pero no es inocente, es un globo sonda que ya va dando resultados. Con Fabrici y Mercedes he examinado las prioridades, y hemos llegado a una conclusión. Tienes que vigilar las intenciones de Kreis.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Si lo supiéramos lo tendríamos resuelto. Hay que examinar a fondo las prerrogativas, habilidades, antecedentes, todo, para encontrar el motivo.

Se me acumulan las respuestas posibles. ¿Carter quiere despertar mi conciencia heroica? El heroísmo semántico, si acaso. ¿Me toma por idiota? Me importa un bledo si el Archicenotafio es un Leviatán criminal. Antes de delirar con las oscuras intenciones de Kreis he de descubrir qué pretende saber de mí este tipo con una estratagema tan burda. Le digo:

—No me sirve. ¿Qué tengo que vigilar? ¿Qué intenciones tiene Kreis?

—No las mejores. Mira qué le ha pasado a Novembrini.

¿No se entera o pretende ganarme en el juego?

—¿Qué le ha pasado?

—Cómo ha desaparecido. ¿Qué sabemos? ¿Está vivo?

—Tanto podemos pensar que está vivo como que no. No tengo constancia de que le haya pasado nada, ni malo ni bueno. ¿La tienes tú?

Hace un gesto de incertidumbre.

—¿Si hubiera una noticia tranquilizadora no nos la habrían dado?

—Tal como va la información, ¿por qué lo tendrían que haber hecho?

Me produce un desasosiego ambiguo ver a Midoissa junto a Kreis. Paso de percibir la felicidad de los otros como una agresión a conformarme a ver la indiferencia como un menosprecio. Ya lo entiendo. ¡Es por ella! Kreis es un viejo y la quiere recuperar. ¿Por qué ahora? ¿Qué me otorga el privilegio de ser combatido, de dónde viene el honor de ser negado? ¿Qué tengo diferente de los otros, a quién ha

bendecido él como amantes de Midoissa? ¿O ella me ha mentido? ¿No es la asesina que no puede decir otra cosa que la verdad? Qué ganas de ir con ella, pero una pesadez instintiva me dice que no lo haga. Los movimientos son rápidos, y ya lo tendría que intentar.

Carter levanta las cejas y respira hondo.

—No te puedo decir gran cosa más. Tú mismo.

Cuánto se deja de hacer no por falta de ganas sino por miedo.

—No sé qué me cuentas. ¿Kreis me quiere matar?

Me espero un aspaviento jocoso, pero Carter reitera la reticencia sin una brizna de humor, y como si fuera el rictus mismo el viento que le desvía la vista, acaba mirando a ninguna parte, de lado. Quizá le he molestado. Me vuelvo; Bettina se ha levantado. Hay más comensales de pie o repartidos fuera de las mesas que en los asientos ocupados durante la cena. Los músicos atacan un coro que percibo como un final.

Pour vous quelle gloire!
Tout va trembler,
La sang va couler,
On va s'immoler,
Triomphe, victoire!
Le bruit, le ravage,
La mort, le carnage
Sont nos plaisirs,
La fureur, la rage,
Ne sont que l'image
De nos désirs.

Me voy al grupo de Midoissa ahora que ya no está Kreis sino Mina, Curwen y Spohr, y me siento tan sensible a la proporción de miradas que me dedican que me refugio en la propia desidia de parecer gracioso.

Mina dice:

—Que las cosas sentimentales planeadas no salen bien es un mito de la pretendida moral antipornográfica. Yo he urdido algunas que han salido la mar de bien.

Kreis está de pie en el otro extremo de la sala con Guidobaldo, Carter y Kelch, y daría lo que fuera para saber qué les está diciendo.

Curwen dice:

—¿Cuentan los planes del inconsciente?

Bettina parece demasiado entusiasmada.

—Homero es el inicio de la tradición occidental de hacer trampas, con Ulises fundacional al frente. Si hace falta, hazlas, ese es el principio.

—Y aunque solo sea para ponértelo fácil, para divertirte incluso, si las puedes hacer no te quedes con las ganas.

Spohr me mira con una falsa complicidad.

—Ahora viene la divagación sobre la futilidad de ser honesto.

Bettina le señala con el dedo.

—La honestidad no es un ente plano; tiene relieves, pliegues, volúmenes y sombras. La argucia homérica de Bach, que hace trampa con la Ofrenda Musical. ¿Quién se cree que un aficionado..., sí, por más rey que fuera, en música era un aficionado..., inmerso en el rococó como Federico de Prusia es capaz de improvisar un tema como este? ¡Quién se cree que, por más genio que seas, sobre una frase musical de este calibre se improvisa un canon a seis voces! ¡O a ocho voces!

Midoissa escucha en silencio. Ausente, distraída, deudora de otras sonrisas esbozadas, proteica. De cara, sensual; de perfil, hierática. Debería haber un nombre para las caras icónicamente diferentes cuando las giras noventa grados. Busco furiosamente el adjetivo, vulgar por fuerza, por el terrible presente: despampanante, irresistible, incomparable.

Digo:

—¿Dónde está la trampa?

—Por todas partes. Carl Philipp Emanuel avisa a su padre de que el rey le ha encargado el tema más complejo posible para proponerlo como motivo de improvisación, y es el viejo Bach mismo quien saca de la nevera uno de tantos a punto para desarrollar, y llega preparado para la falsa improvisación, la finge, se muestra sorprendido. Una actuación que podemos imaginar si se la coló a Frederic. A los cronistas sí, o les daba lo mismo con tal de llamar la atención, pese a que un canon a seis voces sobre la marcha, por más que te lo hayas preparado... Si ha habido nunca un humano capaz de hacerlo, solo puede haber sido Bach. El hijo dejó para la posteridad constancia del hecho para hacer quedar a su padre como un genio.

Midoissa está mirándome. Me dice:

—Un buen hijo, sin duda.

Si hay reticencia, no la capto. Bettina se me adelanta.

—Un ejercicio de libertad.

Spohr dice:

—Invocar la libertad desde el clan de los propietarios es de desaprensivos, pero desde el sentido intrínseco de las palabras, no le veo el sarcasmo. Como filosofía, no como indicador social cuantificable, la libertad aún tiene sentido, en la medida en que el cinismo es un profiláctico valor moral.

Mina dice:

—Operar con la libertad desde cualquier moral, incluso la de los

cínicos, a partir de Abu Ghraib solo puede llevar al crimen.

Bettina dice:

—Tampoco está tan mal. El crimen, o sea el corazón de la contradicción, es un elemento clave de la dialéctica, no hay por qué decir que solo lleva a confusiones y despropósitos.

Midoissa dice:

—Ojalá la inteligencia como función de la voluntad estuviera tan presente en todas partes. Detrás de una contradicción retórica puede haber el ocultamiento inconsciente de un complejo, de un trauma, de cualquier espectro del inconsciente. Pero también un tic casual, una frase oída y tomada sin reflexión, por puro impulso del gusto, no correspondiente a ningún problema o conflicto real. Y puede no haber nada.

El crupier me ha presentado tres naipes, y son las figuras quienes eligen, no yo. Decido revertirlo. El discurso como función de la voluntad, un programa poco viable, y todavía de mal entender: más cerca y antes. Un plan para justo antes de la muerte, sosegador, las ideas extendidas sobre un plano estable, con las ventanas cerradas. La inteligencia, tal como evoluciona, ¿cuando sea artificial habrá dejado de ser humana? Lo dudo mucho, y no creo que sea tranquilizador. Nunca será una superación, sino una mera extensión cuantitativa. Una simple máquina calculadora ya nos gana sumando, que nos gane en cualquier otra actividad cuantificadora no quiere decir que supere nuestra naturaleza. Otra cuestión es que la ponga en evidencia. Supongamos un robot al que solo se le introducen datos «bondadosos», si, a partir de una configuración suficientemente rica y compleja, de tales datos en principio desprovistos de peligro, por inducciones y deducciones lógicas, por procesos silogísticos o por cualquier mecanismo cognitivo, sería capaz de generar elementos malignos —destructivos, asesinos, malformadores, indiferentes. Querría decir que el Mal no es otra cosa que un elemento más dentro del sistema articulador del pensamiento, al margen de dualidades, no tan solo éticas, sino epistemológicas, y, por lo tanto, necesario para el edificio conjunto de la inteligencia del mismo modo que lo son una letra y un color para un relato y para una imagen, por encima de toda consideración moral y práctica en general. Pobre robot, eso también se puede decir de la capacidad de generar pensamientos autónomos y sentimientos. Pensar y sentir son consubstanciales con el Mal.

No puedo deshacer los planes con Bettina, que no para de enviar señales indicativas y recordatorias de que cuenta conmigo, pero consigo hacer un aparte con Midoissa.

—¿Cómo tenemos el porvenir de la destrucción?

Ríe, más ambigua que nunca. La desprotección invencible.

—Todo a punto. Cuando quieras te puedes poner.

—¿Empiezo por Kreis?

—¿No estaba decidido ya?

Un alma asustada. Por cobardía o por vanidad da igual, el resultado es el mismo. Los esfuerzos para ser imprevisible son inútiles.

—¿Qué daga inocente podríamos convocar? ¿A Nadia de Amadeu?

—Ella también pertenece al gran Egrégor de la CBP.

Flotamos entre fragmentos de conversaciones oídas casualmente. Imagino qué figura dibujan las intrigas irresolubles. Se acercan Curwen y Mina.

—Hay novedades. ¿Vamos a la habitación?

—¿Quiénes? ¿El Egrégor?

—¿Cuál? ¿El nuestro?

—¿Cuál es el nuestro?

Como de una fatalidad, me invisto de la insoportable ligereza del devenir. Como de un agridulce o una disonancia, como el ácido fórmico de las ortigas.

Curwen dice:

—¿Quién es Orens?

Se ha dirigido a Midoissa, y ella me mira a mí. Se acercan Spohr y Bettina.

Digo:

—¿La Madre Casa se rige por la responsabilidad social corporativa?

Spohr dice:

—A la responsabilidad social corporativa se opone el humanitarismo nihilista revolucionario en primera opción, en segunda el amor a Dios y la disposición a la venganza absoluta.

Llega Rakshasi.

Sin mirarme, Midoissa dice:

—Orens es el último de una antigua estirpe de Mensajeros del Faro. En otros lugares había tenido otros nombres, que ahora no nos dirían nada. Un día, le oí a Pau Morel que Victor Ferret había dicho que tiene más de mil años de edad, y se acogió al viejo chiste: Victor no lo puede saber, él solo tiene quinientos.

Carter se me acerca por detrás y me dice:

—Orens es el arcángel Raziel.

Ríe y se vuelve a su círculo de conversación, y no hago más caso.

Rakshasi dice:

—¿La Isla de los Muertos en qué fase está de esta dialéctica?

Mina dice:

—¿Qué parte de la Isla de los Muertos? ¿Los Archicamarlengos? ¿Las multitudes que asaltan la puerta Sudeste? En rigor también forman parte de ella.

—En rigor no, pero lo puedes considerar en justicia.

Aparece Kreis con Camus cuando ya pensaba que se había ido. Spohr no le ve llegar y dice:

—La justicia no ha tenido nunca nada que ver con la Isla de los Muertos.

Kreis dice:

—La Isla de los Muertos es el último reducto de justicia en el mundo.

Con una sonrisa seráfica, Midoissa dice:

—Reducto de voracidad poseedora, más bien. ¿O tendríamos que decir posesiva? El matiz es importante. ¿O simplemente ambición? ¿O, por defecto, codicia?

Se miran Kreis y ella como en medio de una comedia. Me pregunto el resto qué capta, qué sabe. Kreis dice:

—No es ambición, ni mucho menos codicia: es inconmovible rectitud, aspiración a la justa recompensa por el trabajo implacablemente bien hecho, por el esfuerzo de ser lo mejor posible, por la ineludible obligación de rendir al máximo en los talentos otorgados, la única respuesta honorable a la responsabilidad desde la dignidad y la nobleza del espíritu, el incumplimiento de la cual delata como dilapidador, el antídoto para la vanidad, el más humilde obsequio a la comunidad de lo mejor de ti mismo.

Midoissa dice:

—¿En nombre de todo eso se mata?

Kreis la mira con una sonrisa que no identifico, tantas son las músicas y los aromas: reproche, admiración, advertencia, ira macerada en deseo, pesar, compasión. Le dice:

—¿Quieres que te recuerde los siete pasos del opus magnum?

Mina recita con el exceso de énfasis justo para protegerse detrás de la máscara de lo grotesco:

De la vida la orilla no es mal paso:
Del interés, del hado o del honor,
De los dioses, de orgullo, del soplo y del amor,
Mata, en nombre de qué ya encontrarás.

Midoissa dice:

—Tengo suficiente con que me confirmes en cuál estamos.

—Dímelo tú.

En un repentino toque humorístico, Midoissa hace como que huele y no le gusta.

—Mmmmm..., diría que en la putrefacción.

Curwen dice:

—En lo más hondo. A partir de aquí ya solo podemos ir hacia arriba.

—En esta materia, hablar de arriba y abajo no es como en otras.

—Ah, ¿no es porque estamos en medio?

—Estamos en medio, ¿sí? ¿En medio de qué? En medio de ninguna parte.

—Si tú no lo sabes... ¿No eres la primera persona, tú?

Se nos incorpora Carter, y tengo una impresión extrañamente gratificante de círculo cerrándose. Dice:

—La primera persona de un Egrégor incompleto.

Kreis dice:

—¿Incompleto?

—Sí, solo de siete.

—En este punto no puedo hacer más —dice Kreis, y se va.

Camus dice:

—Para el Egrégor central siete son suficientes, pero para un Gran Egrégor, capaz de generar los veintidós caminos, tiene que haber tres más.

—Os ayudaré —dice Carter—. De los otros, ¿de quién os podéis fiar? De Mercedes y Fabrici.

Me incomoda la nueva intrusión, pero Midoissa, Bettina y Spohr tienen una actitud receptiva, agradecida incluso, que me obliga a reconsiderar la idea de parar los pies a Carter, a pesar de la extraña conversación de hace unos minutos.

—¿Veintidós caminos?

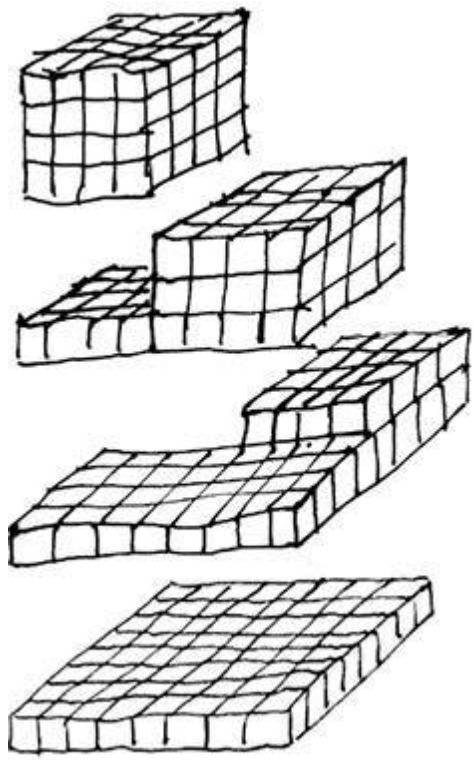
Carter y Midoissa se miran, y por la estela de sonrisa parece que se han entendido.

Ella dice:

—10 + 22 = 32, la ida del camino completo de los 64 pasos correpondientes al despliegue del Cubo. Imaginadlo dividido cada arista en 4 partes, con 16 cuadrados en cada cara, formado, por lo tanto, por 64 pequeños Cubos. Démosle un giro sobre la cara sobre la cual reposa, sin tocar el Ortoedro de la base de los 16 primeros Cubos pequeños. Tenemos este Ortoedro y, adosado, el formado por los 48 Cubos resultantes de haber restado los 16 a los 64 originales, dispuestos en 3 pisos en lugar de 4, y por tanto, $4 \times 4 \times 3$. Repetimos la operación girando 90° en relación con la primera, dejando igualmente en el plano los 16 Cubos pequeños que reposan en él, y tendremos una base doble de la anterior, formada por $8 \times 4 = 32$ pequeños Cubos dispuestos en un Ortoedro en el cual la dimensión grande en planta es el doble de la pequeña, y 8 veces mayor que la altura y, adosado, un nuevo Ortoedro de $4 \times 4 \times 2 = 32$ Cubos, la mitad del original. Repetimos por última vez la operación, de nuevo a 90° de la anterior, para cerrar el cuadrado, y obtener el Ortoedro de los 64 Cubos pequeños que en origen formaban el Cubo grande, dispuestos ahora 8 x 8 x 1, siendo los dos 8 para los lados y el 1 para

la altura.

»Imaginad una única figura mental capaz de unificar el conjunto de causalidades que nos ha llevado a este punto, una figura inexistente como ente sincrónico, y en el mejor de los casos desglosable diacrónicamente en una serie de hechos entre los cuales no sería tampoco sencillo establecer relaciones de causa y efecto cuantificables desde todos los puntos de vista y aspectos en juego. Para jugar, dibujo el proceso.»



Intuyo el concepto clave: Juego. ¿El de la Fragmentación?

Rakshasi dice:

—¿Qué pasa con los otros poliedros? ¿Nos centramos en el Cubo?

Midoissa dice:

—La demanda de la cuadratura del círculo es la de la conciliación entre el mundo celeste (la Esfera) y el terrenal (el Cubo). No esperaban encontrarla, cuando menos los auténticos iniciados. La demanda era solo de elementos para ilustrar la imposibilidad significante. Sobre el cielo no se puede operar porque está fuera del alcance de los humanos, por lo tanto hay que tratar el Cubo, que por la mecánica postural y gravitatoria es el más manejable de los cuerpos platónicos: sin oblicuidades, empaquetable, fácilmente fractalizable, tan ampliable como fragmentable en réplicas de sí mismo.

Entreveo el esplendor de la proyección de las exhibiciones geométricas en los trabajos de la Comisión incluso encima de las mentiras de los comparecientes, a pesar de que preferiría la revelación del porqué de los colores de los cielos, de las figuras de las constelaciones, el significado profundo de la disposición de las estrellas y los planetas, qué disciplina lo doma, qué tenemos que esperar, qué deberíamos temer. Yo, decido, poca cosa. Midoissa habla con una autoridad autorrebajada que la sitúa todavía más por encima de todos, tanto que me pregunto cuán verticalmente el camino hacia ella ha sido ascensorial, desde la sangre terrena de Mina hasta el fuego de Bettina. Y aún es un camino incompleto. Los escalones y agarraderos están, y no soy capaz de usarlos; solamente, y todavía, de reconocer las negruras de los horizontes de hierro, los rojos prometidos, las ventiscas, la desmesura de lo que no se dice y flota alrededor, como islas de piedra suspendidas, escollos volantes, innegociables, inacabablemente amenazantes.

—Y emblema del Juego: los dados son Cubos. El Juego, la pauta negociable del azar —dice Carter.

Me molesta la sospecha de ser la víctima de una zona de transparencia sin ser capaz de acceder a ella. Por si acaso, me concentro en apartar este pensamiento de la cabeza, y cuanto más me fijo menos me puedo librar de él. Kreis no está; por una parte tranquiliza, por otra da un toque de incompletitud que mengua la expectativa.

Spohr dice:

—Si hacemos la lista de las aptitudes del Cubo tendremos un mapa de la vida cotidiana de la civilización humana. Aquí sirve también como base para tratar las proporciones áureas en volumen —se vuelve hacia Midoissa—. ¿Se lo has explicado?

—Partimos de la proporción áurica a/b, por facilidad de cálculo tomando a = Φ y b = 1 —dice ella—. Del cuadrado inicial de lado ‘a’ se obtiene por crecimiento áurico lo que tiene ’a + b’, después ‘2a + b’, a continuación ‘3a + 2b’, y así de forma sucesiva. Construyendo Cubos sobre las bases, los volúmenes respectivos forman la serie:

$\Phi^3 = 4‘236067977499789710 51...$
$(2\Phi + 1)^3$
$(3\Phi + 2)^3$
$(5\Phi + 3)^3$
$(8\Phi + 5)^3$
$(13\Phi + 8)^3$
$(21\Phi + 13)^3$
$(34\Phi + 21)^3$

$(55\Phi + 34)^3$
$(89\Phi + 55)^3$
etc.

Camus dice:

—Que el Cubo representa la Tierra y el conjunto de bienes y atributos que contiene y que la conforman es el principio del llamado Castillo del Juego de Ajedrez Tridimensional, y aun la base ideológica y formal para un (por lo que parece hasta ahora solo hipotético) Castillo del Juego de Ajedrez Tetradimensional, un Hipercubo, o Teseracto.

Midoissa dice:

—El paradigma troyacordial no acaba en cuatro dimensiones, sino en cinco, en el Penteracto, también llamado Decateron, formado por diez Teseractos, donde se genera el ente espacio-tiempo, tal como ha mostrado Gerardus 't Hooft.

Camus dice:

—El Penteracto y el Troyacordio se entroncan a través del Rombicosidodecaedro, para integrar el Cubo.

Spohr dice:

—Hay un camino más fácil, a través de un politopo compuesto formado por cinco Cubos, y que tiene por envolventes convexos el Dodecaedro y el Triacontaedro Rómbico.

Camus continúa.

—Se trata de transitar por el tiempo con la mayor facilidad posible. El concepto de flecha del tiempo procede de una analogía a favor de un relato tan tranquilizador como ficticio. El Juego de la Fragmentación es una búsqueda transdimensional protegida tras un complejo entramado de falsedades y certezas mutuamente camufladas, porque el tiempo no es una cinta que se puede recorrer y manipular en un sentido o en otro, sino el efecto hipervolumétrico de un ente que escapa a la naturaleza humana y, por lo tanto, a su comprensión.

Carter dice:

—Hay que tener en cuenta el contraprincipio gödeliano: ningún ente tiene capacidad para construir otro ente ontológicamente superior a sí mismo. Los humanos no pueden crear un dios o, en otros términos, una máquina dotada de inteligencia artificial que los supere, que los reduzca a una especie animal y que tome la supremacía de la existencia.

Me da pereza decir lo que he pensado no hace mucho. Midoissa dice:

—La secuencia troyacordial no dice eso. Dice que (está en litigio si humano o superhumano) tal ente superior al actual homínido ya existe, y que el proceso de ser creado por los humanos y el de crear él

mismo a los humanos forman parte de una única operación por medio del acceso a una forma hipervolumétrica del tiempo y el espacio a la cual hace poco que los humanos están empezando a acceder.

—¿Cuánto es poco? ¿Cinco mil años? —dice Carter, y nos reímos —. El Castillo del Juego de Ajedrez Tridimensional tiene 512 piezas, un número recurrente y cerrado en su sistema: por definición, , y también 5 + 1 + 2 = 8. Cada pieza es el punto de encuentro de los diferentes sistemas que conforman el Juego de la Fragmentación, de aquí también parte del significado de la expresión por la cual es conocido, y por cierto que todo el mundo interpreta a su gusto, depende de en qué dirección y con qué objeto se desfragmenta.

—Si es que eso es posible —dice Spohr, y Carter dice:

—Un viaje de los egipcios y Pitágoras por Llull, Piero della Francesca, Fibonacci, Camillo, Bruno, hasta Hinton, Riemann, Einstein y Gödel.

Camus continúa:

—El viaje proporciona una conjunción de algoritmos que permite imaginar la misma sentencia dicha de muchas maneras diferentes y confluyentes en el conocimiento, no en su propia mecánica porque no van de un lugar a otro, sino que tienen un valor estático que contempla también la intemporalidad tal como la entendemos desde el tiempo secuencial. En rigor, del tiempo hipervolumétrico.

Spohr dice:

—Somos nosotros quienes nos movemos dentro del Castillo del Juego de Ajedrez Tridimensional para entenderlo, y la manera como lo movemos no altera su naturaleza: tan solo la expresa. El sistema de 512 Cubos integrados componen 64 Teseractos distribuidos dentro del Castillo, que componen a su vez 7 Penteractos: Izar, Nekkar, Mufrid, Seginus, Alkalurops, Asellus y Arcturus.

Camus le interrumpe.

—Imposible, teniendo en cuenta que para obtener un Penteracto hacen falta 10 Teseractos. Faltan 6, si los números no fallan —hay un silencio, y Camus se ríe y continúa—. Efectivamente hay 7, y de dónde sale el último es uno de los grandes enigmas del Juego. Hay diversas teorías sobre la incompletitud de los Penteractos, desde los que dicen que solo había cuatro completos, que los otros tres solo tenían, respectivamente, 7, 8 y 9 Teseractos, y que gran parte del Juego consistía en manejarlos como si estuvieran completos, supliendo con la pericia de los jugadores la falta o los defectos de las figuras, hasta los que sostienen que solo estaba completo uno, y se jugaba con este, dejando los otros seis para cometidos secundarios posibles gracias a las igualdades seriadas y las simetrías generadas, porque esos seis incompletos solo podían ser todos iguales, de 9 Teseractos, ya que si, como mínimo, uno hubiera tenido menos habría comportado haber

más de uno completo. Podemos imaginar las variantes del Juego por analogía con un Cubo sin una de las caras. También se dice que la cuestión quedó resuelta con una solución extraordinaria, elegante y definitiva en la Logia de Salzburgo, y que así consta en la IIIa Acta.

—Que Toti Costagrau decía que tenía en la Nueva Feras Mnemónica, pero cuando ibas a mirarla te la quitaba corriendo de las manos —dice Spohr—. Yo creo que eran unas cubiertas antiguas, y que de relleno había mandado religar un par de listines telefónicos de cuarenta años atrás.

—No nos olvidemos de los notarios visuales. Dürer, Piero, Holbein, Piranesi, Escher.

Me da la sensación de un intento de desviar la cuestión, y me intriga más que me molesta. Camus continúa.

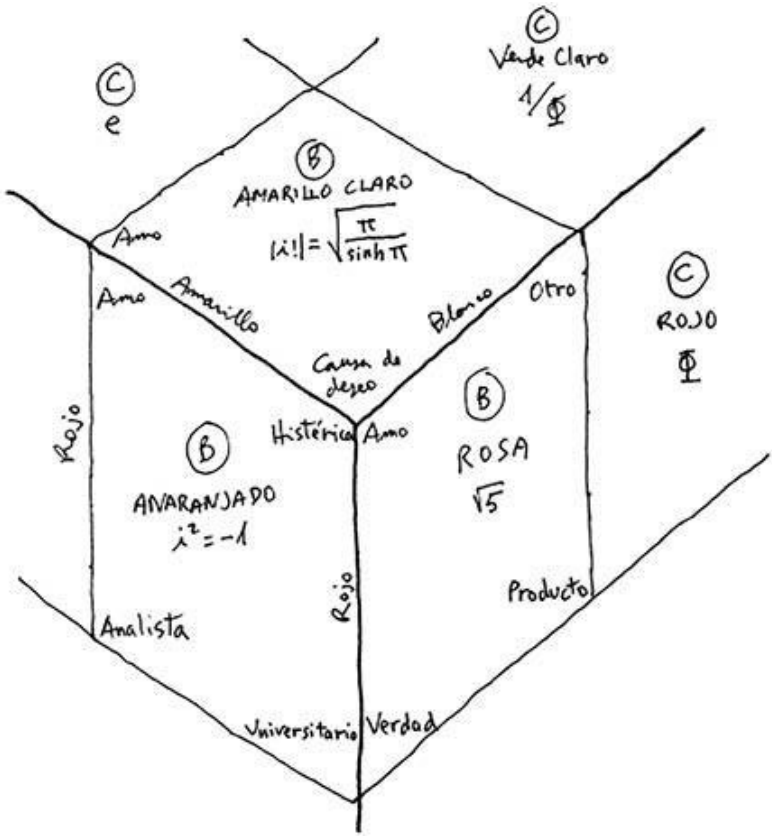
—Por mucho que nos apliquemos, en la mixtión siempre nos olvidaremos algún sistema de los muchos que algorítmicamente intervienen en el Juego, que es antes que nada un movimiento de correlaciones: los árboles sefiróticos, el alfabeto de Llull, los Cubos de Hinton, la sucesión de Fibonacci, los decimales de Φ, los números de Gödel, la secuencia completa del genoma humano. ¿Continúo?

Me abandono a las certezas de la incerteza. Proporción — Acción — Elementación — Yo — Hiperdimensiones — Hiperconciencia. Midoissa no me mira, y dice:

—Es un juego de las sillas, el aspecto más intrínsecamente (o convencionalmente) lúdico del Juego de la Fragmentación: en la arista del Gran Cubo solo hay 8 piezas, y son 9 las letras de Llull, que todos conocemos, después de la A, correspondiente a Essentia, Unitas, Perfectio, están B, C, D, E, F, G, H, I, K, respectivamente Bonitas, Magnitudo, Duratio, Potestas, Sapientia, Voluntas, Virtus, Veritas, Gloria.

Camus dice:

—Más el discurso de los vínculos: el amo (¿el científico o el informático?), la histérica, el universitario y el analista. El algoritmo operativo, el agente, el otro, la verdad y el producto —se detiene como si calibrase la conveniencia de lo que va a decir—. El 5, el 8, el 9, piezas de la gametología. Aquí hemos tomado la cifra partenológica, el 7. Los que acaban de nombrarse, Izar, Nekkar, Mufrid, Seginus, Alkalurops, Asellus, Arcturus.



Carter dice:

—El procedimiento implica al sujeto de forma excesiva. Es demasiado peligroso. ¿Qué es exactamente la acción? No es pregunta baladí; los correlativos intrínsecos llevados a las últimas consecuencias han dejado difusos los límites. ¿Manejamos instrumentos materiales o símbolos? El platonismo nos va a estallar en la cara. No sé si aquí soy de los pocos, o el único, sin ánimo de ofender a nadie, que ha leído tu Informe sobre el Programa de Reconducción, Desarrollo y Proyección Energética. Te retractaste, si mal no recuerdo.

Camus imposta que lo medita, y dice:

—En algún aspecto. En otros, y en conjunto, en general está confirmado y ampliado, con la idea de completar el paradigma luliano «contestar todas las preguntas, con la condición de que el hombre sepa lo que significa cada nombre» con el paradigma, que no excluye el otro, «encontrar todas las preguntas a las cuales la inmensidad del Universo da respuesta». El Cubo es la imagen de la alteridad objeto-sujeto, yo-otro, ser-nada. En cada vértice se encuentran 3 caras, cada cara tiene 4 aristas, la figura tiene 6 caras, 8 vértices y 12 aristas. De 3-4-5 a 5-6-7. La secuencia Dodecaedro-Cubo-Teseracto-Szilassi-Penteracto. La cubización luliana abrió la puerta a las sucesivas

metahipercubizaciones. El mono asesino agoniza, pero las ventajas laterales de gestionar la realidad son variadas, extraordinarias algunas. Mandar energía sin conductos ni cables, la culminación de la tecnología móvil, drones sin batería, sin necesidad de recargar, que no hace falta que tomen tierra más que para mantenimiento, coches, trenes, aviones, barcos sin depósitos para repostar, smartphones sin otra caducidad que la muerte atómica de los materiales. La última frontera de la teletecnología, la culminación de la búsqueda de los Peregrinos de Mœris, transformar la energía para transportarla por conexión directa y, en el lugar de destino, retransformarla para ser recuperada.

Rakshasi dice:

—Parece entretenido. ¿Trasladar energía la consume o la genera? Supongo que en conjunto saldrá a cuenta. Habrá una mecánica establecida.

Carter y Camus se quedan mirándose. No está claro si por cortesía de cederse la palabra o por pereza y ganas de endosar al otro la matada de la explicación. O quizá el onirista y el científico tienen conciencia de no saberlo todo, y esperan a que el otro se ponga en evidencia.

Camus dice:

—El Juego es independiente, y la energía transcurre dentro de un circuito de sincronicidad de las secuencias sinápticas de los jugadores con la anficonversión, que con frecuencia genera efectos colaterales curiosos y no siempre convenientes, como las zonas de transparencia, que los gestores de la Isla de los Muertos llevan tiempo intentando eliminar, sin éxito como creo ya sabéis. En tiempos de los Magisterprædi se pretendía hacer creer que el Juego proporcionaba parte de la energía de la anficonversión, pero los procesos intercambiadores de energía son mucho más complejos. En lo referente a la mecánica, la inclusión del Poliedro de Szilassi dentro del Cubo del Juego de Ajedrez Tridimensional presenta diversas opciones, partiendo siempre de la base de que el poliedro quedará trabado dentro del Cubo, que no podrá separarse de ningún punto donde se aplica en cualquiera de las seis caras externas del Gran Cubo, ni desplazarse en su interior, ni deslizarse en ninguna dirección. Entre todas las posibles inscripciones hay que escoger la que, en las mismas condiciones, sirva también para el Rombicosidodecaedro inscrito dentro del Cubo y, también, para el Dodecaedro inscrito dentro del Rombicosidodecaedro, es decir el Troyacordio. La operación se aprecia mejor con el Cubo en vertical sobre un eje entre vértices opuestos que reposando sobre una cara.

Se detiene y se queda mirando a Carter. De nuevo, cortés invitación o desafío. Carter prosigue.

—No entraremos ahora en si la posición es única o hay más de una, porque en rigor, aunque fuera única habría seis, tomando como referencia el contacto de cualquiera de los vértices del Poliedro de Szilassi con cada una de las caras del Cubo, y muchas más considerando las variaciones dentro del Cubo mismo de los elementos que configuran sus caras.

Camus lo retoma.

—El Juego es múltiple. Concordancia y cumplimiento. Combinación de los elementos de cada uno de los 512 pequeños Cubos que forman el tablero tridimensional y las posiciones del Poliedro de Szilassi en su interior, y los movimientos de las piezas de ajedrez.

Interviene Spohr.

—Aunque no parece probable que vayamos a parar ahí, no estaría de más recordarlas.

Camus dice:

—Hay diversas modalidades del Juego de Ajedrez Tridimensional. La establecida aquí es la llamada Lengua de Fuego. No es necesario remarcar las evidentes reminiscencias pentecostales (o pseudopentecostales)...

—O postpentecostales —puntualiza Carter.

—... en el caso presente incorporando el Modo del Tigre, sin duda para contentar a los inversores y socios orientales de la Isla de los Muertos. Como sabéis —hay algunas miradas sarcásticas—, para mantener la proporción del ajedrez tradicional, hay 128 piezas por bando: 56 Peones, 8 Torres, 8 Alfiles, 8 Caballos, 7 Toros, 7 Leones, 7 Águilas, 7 Monos, 6 Serpientes, 6 Corderos, 6 Quincornios, 1 Reina y 1 Rey.

Mina dice:

—Continúo sin saber cómo se juega a este Juego.

Midoissa dice:

—Hay que haber jugado más de una vez para saberlo.

—Si sobrevives a la primera partida —dice Camus, y se lo toman riendo.

—Fragmentar, desfragmentar, volver a fragmentar, y así sucesivamente hasta que es el Juego mismo el que gana, si consigue detenerse en una realidad no fragmentada.

—Lo cual ha pasado... ¿Cuándo?

Midoissa dice:

—Nos lo acaba de explicar Jaume, hay que sincronizar la secuencia sináptica apropiada con el movimento pulsante del conjunto.

—Que ha sido obtenida...

Han pasado de pisarse la palabra a quedar en un silencio recíprocamente expectante. Si fuera cierta alguna de estas invectivas... Ya me gustaría activar una bomba con el pensamiento.

Como si lo hicieran aposta, tengo al lado a Mina, Bettina y Midoissa, y me suelto a la deriva cromática. ¿Ascendente o descendente? ¿Las Tres Reinas del Oriente? ¿Tesis, antítesis, síntesis? ¿Real, simbólico, imaginario? Me interfieren pensamientos extemporáneos: Yesod, Hod, Netzach. Me he de sacar de la cabeza toda esta retórica iatromántica. Que la conclusión no me llegue no quiere decir que no esté. ¿La tengo, y no la veo? ¿O mi visión es tan primaria y limitada que me tendría que conformar con servir de camarero? Encuentro la aplicación «aquí», tal como ha dicho Spohr, de la proporción áurica en volumen lo suficientemente alambicada para hacérseme perentorio pedir una aclaración.

—¿Todo esto nos caracteriza? Quizá sí, ¿pero nos describe? Quiero decir, ¿nos quita la máscara o nos la pone?

Ahora sí les veo descolocados, y me disgusta furiosamente que no esté Kreis. Midoissa me mira sin que se le haya agrietado ni un milímetro la complacencia.

—¿Quién te parece enmascarado? ¿Te sientes así tú mismo?

—Uno mismo no lo siente cuando va, si acaso se siente aturdido —dice Mina.

—No: si vas no puedes ignorarlo. Puedes no saber qué te falta, qué desconoces, el poder que tienes, pero no si te escondes o no —dice Bettina.

Spohr dice:

—Y puedes paliarlo. El gesto supera la máscara. Excepto cuando es el argumento en sí, lo que la expresión de la cara añade a la acción es irrelevante, porque es la acción lo que caracteriza. Cuando se lee una novela tampoco se ve la cara de los personajes. A efectos prácticos, van enmascarados.

—La cara que les pone el lector se crea por analogía entre la actuación del personaje y la experiencia personal de cada cual, mezclada con los reflejos objetivos comunes a la mayoría. Aun así, cuántas veces no nos ha pasado haber leído una novela y cuando hacen de ella una película decir, ¡pero bueno, qué habéis hecho aquí, Athos jamás puede tener esta pinta! —dice Bettina.

—Salvo cuando el autor ha hecho un retrato explícito, pero no es habitual —dice Rakshasi—. Y aun así, los cineastas no hacen caso. Dash Hammett describe unas facciones de Sam Spade que no tienen nada que ver con las de Bogart.

—La visualidad es la forma más violenta y efectiva de particularización. Por eso como instrumento de expresión la literatura es superior al cine, y los actores porno están tan bien pagados, no por atributos ni virtudes sexuales, sino por mostrar la cara de imbéciles de los machos durante el coito.

Que sea la manera mejor y más directa de desasosegarse añade un

interés al proceso de particularización. Todos los sexos femeninos son (más o menos) iguales —los masculinos no me interesan—, si nos gusta este es porque es el de M* o N*.

No me parece apasionante autorretratarme, y pienso, con todo lo que se ha dicho, qué imagen puede tener ahora mismo de Midoissa alguien que no la haya visto nunca, a quién, entre quienes me escuchen, le gustaría o le decepcionaría si digo que es atlética o carnosa, braqui o dolicocéfala, rubia o morena. Todo lo que he dicho, que se ha dicho ella misma, haber hecho de modelo y tantas otras cosas, haber arrasado en la profesión, en la vida, en el aprecio sentimental de los otros como lo ha hecho en todas partes donde ha ido, aquí mismo sin ir más lejos, reduce el espectro: indica que la hembra alfa no es una enclenque ni la caricatura de un hámster, que no pasa desapercibida, que llama la atención entre todos, que por la calle desatará a su alrededor una burbuja de admiración, nostalgia, pesar, quién sabe, ira, resentimiento hacia los escollos de la existencia, pero no la define en sí misma. Podría ser, para mencionar modelos como Spohr, tanto Sharon Stone com Phoebe Waller-Bridge (estas las digo yo). Me abandono a pensar sin presión a qué responde el deseo de particularizarla, en mi caso actual si a un candaulismo avant-la-lêttre, o el pesar de hacerlo, a unos celos anticipados no menos avant-la-lêttre, a una ruda y poco edificante tacañería sentimental.

Retrocedo a pensamientos nunca superados. El sesgo entre la mejilla y la nariz continúa alrededor de la boca para relatar toda su historia, convertido en signo de distinción. De osamenta poderosa, musculada o de formas proporcionadas pero difusas como las Venus de Cranach. Midoissa es para mí, o sea para todo el mundo, ahora mismo la mujer deseable-en-sí-misma, y ni la más furiosa ambición filosófica por la abstracción y por la excelencia conceptual privaría a nadie de otorgarle, con más o menos fuerza y concreción, los rasgos que de una manera más terrible correspondan a los propios registros vivenciales, expectantes o, incluso, y de manera vengativa, decepcionados. No: es aquel rasgo único, combinación de gesto y defecto, el que la hace irrepetible, irresistible, todas estas cosas acabadas en -ible que huelen a tópico y nos parece que degradan los momentos sublimes —otro tópico—, a pesar de que llegado el momento nos complaceríamos, cederíamos al placer de ser superados por el mal gusto y el gregarismo, si el momento lo vale. El kitsch ya forma parte del repertorio canónico, no sé por qué se tendría que evitar. Porque prefiero el porno, y de eso en referencia a Midoissa todavía no puedo hablar.

Cómo querría fijar todo esto, encarnarlo, contrastarlo, comprobarlo, ¡qué pena haber perdido tanto tiempo! Intento hacer otro aparte, pero la ocasión ya ha pasado. Habiendo permitido el

acceso a otros, no puedo repetir la jugada. Ella se me escapa, y se me aparece la fatalidad de que puede ser para siempre. No tan solo no puedo apartarla. Se escapa de verdad, se va con dos Archicamarlengos, con un aire serio y decidido que me descoloca. No parecen en tesituras lúbricas ni lúdicas, pero a estas alturas, ¿qué se puede descartar? Quedo en medio de una conversación nada estimulante sobre procedimientos, con graves experiencias personales mezcladas, entre Spohr, Rakshasi, Carter y Mina.

Bettina también se ha ido, con Curwen me ha parecido, y me vienen imágenes retroactivas, una tele vieja, flores de plástico, unas alpargatas destrozadas, la moqueta manchada, el papel ordinario de la pared, el picor asociador, el afeamiento del paisaje por la tarde a medida que avanza el tren de cercanías hacia aquel destino anecdótico capaz de adquirir la inaudita inmensidad del fin del mundo. No es una sacudida, es la continuación de una brizna de suavidad capaz de adormecer y llevar al olvido de dónde vienes y a dónde vas, que al cabo de unos años impedirá situar este recuerdo en su lugar y en su tiempo. El límite llega con el de la claridad. Tiene un máximo a partir del cual, con la noche, todo cae, sobre todo si alguien da la luz. Hace un momento aún podía pasar todo —ahora el aburrimiento se condensa en frialdades imprevistas donde puede haber hasta una chispa de terror, ahora se desata el drama fatal resolutivo. La putrefacción previa a la iluminación, querrías pensar, pero no te parece posible. Con el refinamiento de las sociedades nacientes, con las pasiones y la barbarie de las sociedades en declive.

La conversación que no escucho continúa hasta extremos exasperantes. De la manera como Carter me mira deduzco que hablan de cosas que se supone que me interesan, que sigo y obtengo datos útiles. No puedo evitar la agobiante pesantez de fatalidad de no llegar nunca a nada consistente, que ante los objetivos se interpone el velo de Paroketh, de no saber si es un consuelo la duda de si tales objetivos son reales, y aunque lo sean, si es realista desearlos. En qué condiciones la sensación de desastre es estímulo; en cuáles, solo desastre. Para dejarte medio cuerpo helado, en el entretiempo en la playa el sol y el viento tocan desde lados diferentes.

Me complazco en los años derrochados, en dejarlos pasar, en querer huir de aquí y no hacerlo, en fingir interés por opiniones que si me preguntan quedaré en evidencia —he pasado de todo. No me interesan ni los alcoholes —yo mismo no me intereso. Al final me he quedado solo en aquel enloquecido tren nocturno.

Rakshasi se va con Spohr, y como Carter y Mina tienen poco que decirse, se guarda esta ala de la reunión, y las otras no dan más de sí. Tomo en solitario la última copa y ralentizo los ritmos vitales para dormir.

No sé si la manera de avanzar la relación es por la voluntad de Midoissa o solo de su naturaleza; si me perderé porque ella lo ha querido así, porque me lleva ahí, o me sería igual hiciera lo que hiciera. Decidido a someterme al mismo tratamiento de reflejos condicionados aplicado de manera casi inconsciente hace unos días a enajenarme, esta vez de forma deliberada y si es preciso traumática en dirección inversa.

Me voy de retirada como caminante sin destino, con la traba mental donde no se distingue deseo de pesar. Me maldigo y retrocedería, y por qué no lo hago. Porque no se sabe hacia dónde se hace, ni siquiera qué significa. Si el tiempo no retrocede, ¿qué ilusión hacerse? Existe en la literalidad física: voy hacia acá, cambio de parecer, no voy, y vuelvo. ¿Eso será retroceder? Me dan ganas de reír cuando pienso en la profundidad intelectual de la disyuntiva.

Me encuentro a Bettina en el pasillo de las habitaciones.

—Creía que estabas con Midoissa.

Me da la impresión de que va borracha.

—Y yo que estabas con Shelly.

—Necesita una buena dormida, y si me quedo... —ríe—. ¿Te vienes a tomar la última?

El estado endorfínico entra en una inflexión menos descomplaciente. ¿Es esta la consistencia de mis convicciones afectivas? Acepto la invitación como si me hubiera propuesto un pequeño paseo.

Y es que se trata de una copa ofrecida sin quitarse ni los zapatos.

—¿Por qué brindamos?

—Por el amor absoluto.

No puedo evitar reírme.

—Por el amor absoluto, pues. ¿Para llevarnos a dónde?

Se quita los zapatos y se desabrocha con una gestualidad ambigua, descuidada y no sé con qué intención displicente o provocativa.

—A la destrucción final.

La última copa se convierte en tres, y cuando la tengo sentada en las rodillas ya no distingo qué quiero porque así lo he decidido y qué me llega impuesto por quién sabe qué que me parece ridículo llamarlo la fatalidad del destino. La confusión aumenta en la misma medida en que, de forma paradójica no lo diría, se aclaran las inclinaciones del cuerpo, y acabo con la mente en blanco. La excitación tiene un punto de no retorno en que aplasta toda posibilidad de reflexión y decisión que la incluya.

¿Por qué aquí todo es tan fácil y con Midoissa todo tan escarpado? Me duele la facilidad con que me la quito de la cabeza mientras estoy con Bettina, que toma iniciativas con todo el desparpajo y la desinhibición del mundo, convencida de que queremos lo mismo, y

acertando de lleno. Alegre, fastuosa, lacerantemente segura de sí misma, no se corta en comparar, preguntar y especular, de reír da igual si es apropiado como si no, de comentar lo bien que estamos, cómo le gusta estar conmigo, y que me sienta obligado a abonarlo no excluye que esté demasiado de acuerdo, es que me resisto a echar más leña al fuego. Inútilmente, y no me sabe mal.

En la fase de reposo y recomposición posterior me obsesiono en pensar que no lo he hecho por venganza ni por pataleta, ni siquiera por reafirmación, sino como un paliativo, como un calmante. ¿Todo es infantil? ¿Debilitante? ¿Ridículo? Qué más da habernos divertido de manera más que aceptable. Después se me aparece igual el mundo como un sistema de pérdidas compensadas, el modelo de la negociación democrática exportado a los sentimientos, y los gurús imaginando el flujo a la inversa. Cómo permitimos que la estupidez estropee la alegría.

El smartphone de Bettina echa humo, y después de pedirme protocolariamente permiso y zafiamente excusas, lo atiende durante el receso. Inquietudes en flotación llenan el aire. Antes destruías un papel, y destruido quedaba. Ahora eliminas un archivo informático y no tienes garantía de que no queda un número incontable de accesos que nunca controlarás. Y nunca nos ha parecido nada tan efímero como cualquier cosa actual. La paradoja de Sísifo: la misma seguridad de que no se llegará nunca a destruir del todo para siempre la tenemos de que no pervivirá nada.

Bettina me dice:

—¿Crees que no sé por qué estás aquí conmigo? Salvo que no renuncies al mundo, solo hay una salida para no sufrir: acostarse con mucha gente, cuanta más mejor, sin cesar. Los grandes crápulas y las mujeres perdidas no son desaprensivos ni disminuidos sentimentales, sino fugitivos de las penas de amor —se para para verme bien, levanta las cejas, afirma con la cabeza—. Víctimas de un terror implacable. Si lo resisten, supervivientes. El sexo es diverso, universal y benigno, como el amor es único, particular y asesino.

En desorden, inexorables, vuelven como restos de indigestión los últimos diálogos. Una compasión debilita, otra fortalece, la última desvergüenza y sitúa por encima de disyuntivas, abre un camino a las antípodas en la indiferencia nirvánica, las flores, las olas, la amenaza de los machos alfa y la desafiante desnudez de las mujeres generosas y altivas. Me debería resistir a las melencolias descomunales: el Preludio Choral BWV 639, la Segunda Suite de Spartacus de Khachaturian, el Andante de la Tercera Sinfonía de Brahms, el final de la Patética de Chaikovski, los calidoscópicos, contemplativos, acariciantes, metafísicos, hipnóticos, largos, bellísimos, fascinantes adagios de Haydn de las sinfonías 4, 8, 28, 31 (acabada, como la 72, con

variaciones con solo de contrabajo), 32, 33, 38 (en eco), 40, 41, 43, 51, 52, 55, 56, 61, 62, 66, 67 (con un maravilloso pizzicato final), 68, 70, 75 —en algún momento, música de cámara—, y por delante de todos los de la 22, la 26, la 54 —el más extenso (el prodigio de obtener pensamiento de la extensión)— y el delicadísimo de la 57, en la cúspide los de la 42 y la 34, esplendoroso uno, el otro sublime (el de la 87, tardío, una evocación de la juventud). Algunos con aire de danza, otros de paseo, de prospección paciente, exhaustiva, de silogismos encadenados, de preguntas y respuestas, de razonamiento articulado —¿de misionero o de cazador?—, incertezas, inexorabilidades. Incontables rincones secretos, con cuánto amor da tantas veces el protagonismo al contrabajo, el final juguetón de la 46, la terrible alegría del presto y las bromas de Il Distratto —parecidas a las de los finales de la 71 y de la 34—, el exótico, indefinible trío del minueto de la 80, el trío en mi mayor del minueto de la 44, evocador de Josquin Desprez y de los madrigales (hasta donde las bromas de Haydn eran gracias bienintencionadas o en realidad se burlaba del príncipe, nunca llegará a saberse). Haydn es un caso insólito de acceso a la genialidad creadora por profundización repetitiva de la práctica artesanal. Humorista y filósofo, practica una ars combinatoria de donde salen momentos con apariencias a veces triviales —¿y no llamaríamos trivial a la reiteración de las flores, a las olas de los campos de trigo?—, y entremezclados otros insólitos y grandiosos, y ligeros y divertidos, y en conjunto un fresco de las pulsiones humanas, un mapamundi de la vida. Las dos grandes series musicales exaltadoras al extremo de la identitas in varietate son las cantatas de Bach y las sinfonías de Haydn.

—¿Tú de quién huyes?

—Del último. Huía de Christopher cuando estaba con Sebastian, de Sebastian cuando estuve con Eusebi. Te parece que no lo superarás, y después, cuando ya pasó y te curaste se te hace tan pequeño y abarcable. Aun así, no te salva de volver a caer en otra parte, ni la experiencia te salva de sufrir los mismos males. Ni, al contrario, cuando llega el momento, de arrepentirte de haber destruido la tortura que te hacía sentir viva.

—¿Y el último quién es?

—¡Tú!

Nos reímos, y me tranquiliza que me tome el pelo —porque me está tomando el pelo, ¿no? Se me presenta en forma de sobresalto a cámara lenta la conclusión de la mañana sobre el Rombicosidodecaedro, aunque no me hayan hecho caso: mujeres siempre hay dos.

Le digo:

—No creo que nos pusiéramos de acuerdo sobre a dónde lleva

decir «huir».

Nadie tan alejados como Espartaco de Calígula, y aun así tienen algo en común, la incomodidad entre las normas establecidas, al margen de por razones y con intenciones diferentes. Reclamar la libertad cuando se detenta el poder no es sarcasmo, es tocar fondo en la encarnación de la percepción. Veo a Bettina atada al muñeco diabólico por una lista de orgasmos ordenada, referenciada, correspondiente, significante, representativa.

—Huir de la falta de sentido, o quizá de lo que pueda haber detrás de la idea de que sea mejor que lo haya, o de la idea de que no lo hay.

Pienso que en algo tengo que ceder.

—La vida no tiene ningún sentido. ¿Cuál es el de la poesía? Inventarse uno.

Recuerdo las conversaciones sobre el caso: «¿Qué sentido tiene la existencia?» «¿Preguntarse qué sentido tiene la existencia?» «Construir en el relato la coherencia que no tiene la realidad.»

—Pero en la visión más general, no uno cualquiera: el que lo da a tu vida, el que lo libera de vagar por los desiertos y las marismas de las búsquedas de la racionalidad exacerbada, de los motivos del crimen, de la justificación descargadora.

Procedente de una transición inesperada del decorado, me desafino en la idea de formas de conciencia diferentes de las relacionadas con la autopercepción como individuo, y en la secuencia espacio-tiempo tal como la tratamos, siguiendo figuras y dimensiones de casa de muñecas maligna. Tendría que rebatir demasiado. ¿Aspirar a la nada puede ser terrorífico o gratificante si la nada no tiene atributos —y es tautológico decirlo—, si no hay una nada diferente de otra? No es transparencia, es recuerdo: Zapruder, Kreis, Andreas Rodin, Randolph Carter, Simon Oliver, Frederic Casanova, Rafael Suárez, las estaciones de una vieja ofensa perpetuamente retornante.

Me entretengo en la imposibilidad de ofender a Bettina. Donde podría serle desagradable no me haría caso. Se necesita una deriva sentimental para ponerla a prueba, y aun así... Decirle que estamos en una nave de locos qué cambiaría. Ni que vivimos en una pseudocronía. O paracronía, sincronía, ultracronía, metacronía, tardotopía, rayos de una rueda donde el centro es la nada. Da igual. Hay un filtro entre la realidad y yo: las gafas, los cristales sucios llenos de reflejos. Qué lejos los matorrales y la lluvia, qué remoto tocarlos, sentir el flagelo, el frío, los pinchos, las durezas, arañarse. Un mundo en decadencia lo sería menos entre aullidos y moratones de la naturaleza, por corrupta que sea.

Le digo:

—Uno se inventa lo que quiere, o lo que puede. La medida del cambio la dan los otros.

—Los amigos te dirán lo que piensan que quieres oír, te reafirmarán en aquello que tú les cuentas lo que quieres, sin pararse a pensar si lo quieres de verdad, si es lo mejor para ti. Pocos se arriesgarán a contradecirte y a proponerte cambios de rumbo.

—No te sigo. ¿Quieres tomar tú este riesgo?

—No me hagas caso, las mujeres somos muy complicadas.

—Inténtalo. Si he podido con la polémica entre Wittgenstein y Russell...

—Pues eso.

—Si me vas a perdonar la vida, adelante, pero que no sea con un megatópico.

—A lo mejor otro día.

Bettina, me gustas mucho pero me tengo que ir, pienso que le tengo que decir sin perder un minuto. Me siento frívolo, inconsistente, irreflexivo, gregario, adocenado haciendo sin remordimiento lo que hace todo el mundo y se supone que es lo que tengo que hacer. No le digo lo que le tendría que decir, me cebo en el tiempo perdido, en alargar la desidia hasta los confines de la estupidez profunda.

Le digo:

—Bettina...

—¿Te tienes que ir, no?

Revuelvo posibles excusas, la inmensa cobardía de no querer herir. Da igual y ella lo entiende, o lo finge y más tarde me pasará la factura. ¿Qué me reclama en mi cuarto? ¿Si Midoissa me quiere localizar? Una posibilidad más que remota. La Lista es una mentira mucho más noble, porque es mentira.

—Mejor que me vaya.

—No lo digas con esa cara, hombre.

Me debilita dulcemente la polivalencia epistémica, o tan solo indefinición: el Gato de Schrödinger y el Trilema de Münchhausen en una sola operación, la manera de saber una cosa y a la vez no saberla, sin solución de continuidad entre una cosa y la otra. La causalidad del mundo basada no en causas y efectos, sino en la divina sincronicidad, el retorno parlante de los astros, el cantante y bailante, el acariciante. El estupefaciente.

—¿Con qué cara lo digo?

Ríe.

—Vete. Me pones mal, aquí, partiéndote los cuernos.

—¿Sabes mejor que yo lo que pienso?

—Sabemos donde estamos. Tú no tienes tiempo de estar en todas partes, y yo no tengo pasta de doncella abandonada y desvalida.

Podría intentar una exploración combinatoria sobre las probabilidades de que verdaderamente desee que me vaya, y establecer con las de que piense en la posibilidad de estar a

continuación con alguien más una cuadrícula con la probabilidad de que lo piense igual si me quedo, a pesar de que en este caso mengüen las opciones de realización. ¿O no? No debe de ser que ella sea complicada, sino que yo soy tonto. Pienso en Midoissa como si acabara de redescubrir que existe. No quiero dar lástima, ni asco, ni pena —por mera vanidad me molesta la idea de desagradar a nadie, y por eso no me impondré y me apartaré a la mínima impresión de que alguien está conmigo por nada más que no sea porque quiere estar.

Mientras me visto, contraviniendo las normas se fuma un pitillo, echada en la cama. No se disparan alarmas —¿dónde están las sanciones? O de veras tiene licencia para matar. Me voy, y mi cuarto es un refugio. Algo triste, pese a que en este punto también se establecería una casuística: depende de dónde vengo, a dónde quería ir, a dónde iré. De forma respectiva: de ninguna parte, no lo sé, a ninguna parte. Abro el ordenador y saco las notas a mano.

Para la Lista. Buscar la revelación en las relaciones de significado.

→ Le reitero que personalmente y a la Guardia que represento no nos afecta, pero de lo que diga ahora mismo dependerá su acceso.

→ Compasión / autoinculpación / redención.

→ No tiene sentido temer a la muerte mientras alguien esté vivo.

→ El acceso al mal es análogo al acceso a la condición heroica.

→ La responsabilidad social corporativa.

→ El periodo de crisálida es largo, tortuoso y voluble.

→ Salvar el mundo. Regenerarlo del actual estado de decadencia y desaliento.

→ Este locus paratextual.

→ Egrégor central: Artur, Midoissa, Bettina, Curwen, Spohr, Mina, Rakshasi.

→ Gran Egrégor: los anteriores, más Mercedes, Carter, Fabrici.

→ Melatonina, endorfinas, serotonina, oxitocina, dopaminas.

→ La insoportable ligereza del devenir.

→ El placer de juntar elementos aparentemente inconexos y unificarlos en un único significado.

→ El escudo de Aquiles, el héroe thimótico.

→ Por qué el 7 es mágico.

→ No buscas en el lugar adecuado.

→ La verdad es un elemento de guerra; la mentira, de concordia.

→ Hacíamos como que hablábamos del punto de vista, y hablábamos de la inmortalidad.

→ Demanda final de Europa naufragada: ¿se debe completar el último contrapunto de El Arte de la Fuga?

→ La Esfera de homología de Poincaré.

→ Si se trata de llorar, nada mejor que el Requiem de Fauré.

→ Las estaciones de una vieja ofensa perpetuamente retornando.

→ La introducción instrumental de Der Winter de Haydn.

→ Revelación cromática: mar anaranjado, árboles lilas, cielos verdosos, tigres azules, manzanas grises, golondrinas amarillas, higos dorados, toros plateados, praderas blancas, águilas rosas, jabalíes rojos.

→ Me veo en el espejo y tengo un sobresalto. Yo también estoy sanpaku.

→ El Elegido entre los errantes.

Una Lista no lo será de verdad sin algún poema. Pero, aunque tenga alguno, y uno muy malo, no sé si mi Lista será verdadera. Porque no sé qué estoy dispuesto a hacer para que lo sea. Con lo fácil que es confundir trivializar, hasta frivolizar, con desdramatizar, con dar a la existencia lo que tiene de inmediato el Juego, de vitalizante y placentero, con el sentido de responsabilidad integrado en forma de energía capaz de hacerte saltar por encima de las miserias.

La cabeza del domador metida
Dentro de las fauces del león,
El triple salto mortal del trapecista
Timbales y lentejuelas,
El equilibrista, el portador,
El rey de los malabares.
El hedor del elefante,
Prestidigitadores, funámbulos,
Faquires y lanzallamas,
La bella saltadora
De caballo a caballo.
¿Cómo lo podemos resolver?
Como todo en este mundo,
Se acaba con los payasos.

En Mi o en Si

Qué día es este, el octavo, una cifra fuera del alcance si se trata de rayas de presidiario: cuatro rayas verticales cruzadas por una, y al lado tres más. Un día hecho para perder el miedo: la calavera es al poliedro como el Archicenotafio es al reino.

Por la ventana, nubes, quién sabe, viento o humedad, raramente claro. A la derecha, el mar, ante la marisma, a la izquierda las primeras, progresivas montañas. Un clima acogedor —¿qué te recuerda?—, de equilibrio y expectativa a la vez, por no tener que correr ni inquietarse.

Miro la hora —demasiado pronto. Todavía tengo tiempo de rehacer la Lista, pero no el delirio errante de ayer sino la de verdad. La retomo, y todo lo que me presenta son decisiones. ¿Separada por días o discriminada en capítulos? Fragmentar en unidades de cantidad de contenido. Sentido del ritmo: referencias localizables para dar con lo que se busca (principio bibliotecario no metafísico). Ordenar por extensión subjetiva: no el tiempo objetivo de material narrado, sino el necesario para narrarlo. La cantidad de contenido humano.

→ Hechos a partir de la primera gestión de la entrada en la Isla de los Muertos:

· Preliminares de la entrada en la Isla de los Muertos. Primer y segundo controles.

· Me asaltan. Comparece la Guardia.

· Noche a la intemperie.

· Conozco a Muguete. Conversaciones.

· Traslado a Puerta Φ. Visión de la primera torre.

· Explicaciones de quien resulta ser el doctor Zapruder.

· Me recogen dos Contracamarlengos. Cruzamos un gran espacio vacío interior.

· Entrevista con el Camarlengo Sapirstein, que me deniega la entrada.

· Conversación con Muguete en el comedor. Numerología.

· Muguete y yo mandamos por la red un nuevo protocolo de solicitud de entrada.

· Por la noche vienen a detenerme los Camarlengos y me meten en la cárcel.

· Reaparece Muguete convertido en el Contracamarlengo Delora.

· Delora me hace una oferta transaccional.

· Un tiempo en prisión (Prevención), donde elaboro un primer avatar de la Lista.

· No sé cómo, se desencalla mi situación.

· Paso (problemático) por el dispensador. Gracias a Fabrici obtengo las acreditaciones.

· Primer reposo.

· En tren circunvalar. Primera experiencia (pasiva) en zona de transparencia.

· Me recibe el Teniente Nietsripas.

· Primera gran reunión (previa) de la futura Comisión: Zapruder, Kelch, Nietsripas, etc.

· Primera noche de mi estancia en la Isla de los Muertos.

· Primer día. Primera reunión restringida de trabajo: Rakshasi, Novembrini y yo. Geometría.

· Primera visita al Anficonversor. Solo algunas partes, porque no está operativo.

· Cena con Mina. Me cuenta su vida. Noche de sexo vampírico.

· Segundo día. Segunda reunión restringida de trabajo. Rakshasi y Novembrini. Geometría.

· Primera sesión de declaraciones ante la Comisión. Capitán Etnorfitye.

· Aparte en el despacho del doctor Zapruder.

· Cena en la estancia de Bettina los dos solos. Sexo en esplendor.

· Tercer día. Tercera reunión de trabajo. Rakshasi, Novembrini y yo. Rombicosidodecaedro.

· Visita a la biblioteca Zapruder.

· Segunda sesión de declaraciones ante la Comisión. Interventor Eytifronte.

· Me mareo y tengo que salir. Cuando vuelvo, ha aparecido el doctor Kreis.

· Cena con Mina. Sobremesa con los otros. Planes para acceder a la primera persona.

· Visita fraudulenta al lucernario, gracias a la habilidad informática de Novembrini.

· Zona de transparencia Bettina, Mina, Rakshasi, Novembrini y yo.

· Continuación de la vida de Mina ella y yo. Nueva sesión de sexo vampírico.

· El doctor Kreis expulsa a Novembrini de la Comisión y lo manda detener por la Guardia.

· Cuarto día. Nuevo grupo de trabajo restringido. Mina, Rakshasi, Bettina y yo.

· Segunda visita al Anficonversor, esta vez en pleno funcionamiento (traumático).

· Cuarta reunión restringida de trabajo. Rakshasi, Bettina, Mina y

(imprevista) Midoissa.

· Sobre música: el contrapunto.

· Tercera sesión de la Comisión. El Capitán Buéerué, disidente, aboga por hacer la Lista.

· A causa de las irregularidades, interrumpimos la vista para deliberar.

· Fabrici describe la mecánica del Anficonversor.

· Pacto para volver a la zona de transparencia del lucernario.

· Entramos en el lucernario Spohr, Curwen, Mina, Rakshasi, Bettina, Midoissa y yo.

· Pretendidamente accedo a la primera persona.

· Exposición numerológica a cargo de Midoissa.

· Cenamos en la habitación de Bettina. Curwen, afectado por la transparencia, se queda.

· Mina también, y declina volver conmigo. El resto nos vamos.

· Inesperadamente acabo en el cuarto de Midoissa [...].

· Quinto día. Grandes conversaciones con Midoissa.

· Quinta reunión restringida, los mismos de ayer en el lucernario. Constitución del Egrégor.

· Cuarta sesión de declaraciones ante la Comisión. Capitán Bruder Matzukas.

· Midoissa y yo nos recluimos en la última fila. Relato formal de la vida de Midoissa.

· La sesión se interrumpe abruptamente por el enfrentamiento entre Crowley y Carter.

· Reunión del Egrégor. A la hora de la cena nos dispersamos. Voy a la estancia de Midoissa.

· Continúa el relato de la vida de Midoissa. Importancia de Kreis en su progreso.

· Después le cuento parte de mi vida. Conversación sobre la inmortalidad.

· Me retiro a mi estancia a redactar la Lista.

· Sexto día. Sexta reunión restringida. El Egrégor. Recapitulación de Spohr.

· Quinta sesión de declaraciones en la Comisión. Capitán Kladonir. Discusión con Fabrici.

· Fabrici explica la disposición del Anficonversor.

· Carter informa de que multitudes sublevadas asedian la Isla de los Muertos.

· Petición de Carter. Los gestores se retiran. Cena del Egrégor.

· Estancia con Midoissa los dos solos en su habitación. Nuevos detalles sobre su vida.

· Nos convocan a una celebración semanal en el Salón de las

· Celebración nocturna en el salón. Discurso de Zapruder.

· Volvemos a la habitación. Conversación sobre el Sistema. Nos retiramos a dormir.

· Séptimo día. Celebración. Kreis me presenta a Camus. Conversación sobre geometría.

· A pie hacia la Torre Noroeste. Funicular hasta la torre.

· Torre Noroeste. Recibimiento, discursos de Kreis y el iatromantis Sartorius.

· Conversación: Fonóctonos. Reunión secreta. Paco, Eberhardine, Valerio. Filosofía de Orens.

· Vuelta en tren.

· Cena de gala. Spohr cuenta la Historia de la Agencia Hera. Aventura con Merkel.

· Desencuentro con Midoissa. Carter me hace insinuaciones insustanciales.

· Midoissa se va sin casi haber hablado. Noche casual con Bettina.

· A dormir a mi habitación.

· Despertado antes de la hora. Revisión de la Lista.

No ha sido tan terrible. ¿Cómo integro lo de ayer? En los «Elementos de la vida cotidiana», entre los Hermanos Marx y las oenegés (por ejemplo), o entrevisto a partir de los ratones knockout. Qué pereza.

Puesto que no lo consigo con la cuadratura del círculo, desde el dictado del Egrégor me podría acoger a la preceptiva gnóstico-alquimística de la obtención de oro, que decir que no es tal sino una imagen alegórica ya solo indica desprecio hacia el auditorio, por lo tanto ni conmigo mismo tengo que practicar pretericiones: 1, Calcinatio por el fuego. 2, Sublimatio por el aire. 3, Solutio por el agua. 4, Putrefactio por la tierra. 5, Destillatio por la vaporización. 6, Coagulatio, la recreación en la materia renovada. 7, Conjunctio, la boda química entre Azufre y Mercurio. Teñir y acontecer para realizar la transformación.

Sarcasmos de la vida, desde el octavo día añadir la indistinctio de los contrarios: sueño y vigilia, razón y locura, amor y odio —aunque el poeta ya los juntó hace dos mil años, muchos no lo saben, igual que placer y dolor—, bien y mal —estos los juntó el filósofo—, consciente e inconsciente, espíritu y materia, cuerpo y alma, sueño y vigilia, deseo e indiferencia, noche y día, arriba y abajo, vida y muerte, ser y nada, movimiento y quietud, ignorancia y conocimiento, unidad y diversidad. En una dimensión superior, asaltante y asaltado —penetrador y penetrado—, Boaz y Jakin, Venus y Hércules, Dimas y

Gestas —Tito y Dúmaco—, la flecha erótica y la thimótica, la compasión y la justicia, la belleza y la fuerza, equivalentes pero no iguales, equilibrados en la contraposición. Volvemos al camino del medio, el de la sabiduría: Keter, Tiferet, Yesod y Malkhut. En esta dirección, ¿o de abajo hacia arriba? Ah, si se supiera qué es abajo y qué arriba. Soltarse gradualmente hacia el apagamiento más que hacia la extinción, por un lento, irreversible retardarse hacia una nada ni perversa ni gratificante. Cómo dejarte guiar en paz, sin conflicto, sin arrastrar a quien todavía no le ha llegado su hora.

Extrañamente no me avisa nadie cuando ya tendríamos que haber empezado, y me voy a la salita de las reuniones.

El aposento está tal y como lo dejamos ayer, los platos sucios encima de la mesa, las cortinas cerradas y las sillas en desorden, y solo están Rakshasi, Mina, Curwen y Spohr.

—Hoy el servicio no vendrá —dice, caprichoso, Curwen, y Rakshasi se enfrenta e él.

—¡Despierta, niñato! ¡Ni hoy, ni mañana ni pasado! El servicio ya no lo verás nunca más, esto ha empezado a hundirse de veras.

El aire acondicionado no funciona, y el calor ha introducido entre nosotros un factor de animalidad entre sucio y brutal que en Rakshasi se materializa en una pulsión como si el cuerpo generara un mecanismo gravitatorio capaz de expulsar la ropa del contacto de la piel sin necesidad de meter los dedos en medio tal como ella hace sin cesar, como si viniera agresivamente desnuda, y a cada movimiento la escasa ropa se volviera más una virtualidad impostora de la cual tiene que prescindir el interlocutor, tanto si está dispuesto a cumplir las condiciones del reto como si no.

—Habrá que ir a por el desayuno —dice Mina, y el tono juguetón será porque ella no come.

—Buena suerte —dice Spohr—. Daos prisa, quién sabe en qué despensa todavía queda algo.

Curwen se levanta, y Rakshasi dice:

—Bettina hace rato que se ha ido. Si ella no pilla nada, ya no hace falta ni que nos movamos.

No llega Bettina sino Midoissa. Se dirige a nosotros con gravedad.

—Se complica el asalto a la Cáscara. Hay noticias contradictorias, pero parece seguro que hay más de quinientos muertos en los accesos Sur y Oeste. Ya es explícito el enfrentamiento entre Órdenes Vigilantes, Camarlengos de un lado, y del otro Contracamarlengos y Archicamarlengos. No ha habido combates que se sepa, pero es cuestión de horas. Estamos en alerta amarilla, ya os habréis dado cuenta. La red ha caído esta noche —nos miramos con más excitación que desaliento, aunque fluctuantes—. Vamos a la sala de comparecencias. Quizá sabrán algo más.

—Y desayunar, ¿qué? —dice Curwen.

—Ya picarás algo cuando podamos —dice Mina.

Vamos para allá. Midoissa parece menos afectada que Rakshasi por el calor —viene abrigada como siempre, más incluso, y esto me decepciona. Pienso con un punto de alegría si ya podemos tirar los smartphones. Qué descanso. O todavía no.

En la sala hay un desorden mobiliario inédito, y algunos papeles por el suelo. El bien no se aprecia hasta que se pierde. La casta dirigente debe de ser incluso incapaz de poner las sillas en su sitio, de disponer los cortinajes de acuerdo con la hora y las necesidades del momento, de someterse a un orden. Hay tres Camarlengos a quienes no conozco, además de Zapruder, Carter, Fabrici y Mercedes.

Nos acercamos. El ambiente reverencial me da ganas de reír. Hemos perdido a Midoissa por el camino, pero aparece Bettina con un cucurucho con pastas, bocadillos y botellitas de plástico con agua y zumos de fruta que distribuye entre nosotros con la alegre advertencia de que no se sabe qué más habrá hoy, ni cuándo. Spohr se lo toma en broma, Curwen pone cara de pánico, Mina se lame los labios. Como no tengo hambre, me guardaré la mitad en el bolsillo.

Curwen dice:

—¿Tenemos que esperar la comparecencia de algún implicado en el incidente?

Los Camarlengos se apartan, Zapruder dice:

—Enseguida que conozcamos la situación les informaremos. Por ahora les recomiendo que no salgan del ámbito de las habitaciones y las dos salas asignadas, esta y la de las reuniones de los grupos de trabajo.

Rakshasi dice:

—No se lo tome a mal, doctor, me gustaría saber dónde estamos y no tener sorpresas, y si tiene que haber, qué puede pasar.

Por cómo se ríe Zapruder me predispone a creérmelo, pero me advierto a mí mismo.

—No les puedo precisar nada. Creo que los problemas se resolverán y volveremos a la normalidad en cuestión de pocas horas, el mediodía en el peor de los casos.

A Spohr se le dispara un resorte de autoridad.

—Discúlpeme, doctor Zapruder, a estas alturas no es suficiente. Necesitamos más información, y en caso contrario, autorización y ayuda para salir de la Isla de los Muertos.

—Discúlpeme usted, señor Spohr. Abandonar la Isla de los Muertos no es posible bajo ningún concepto. Sobre lo que está pasando, es fácilmente deducible. Una parte importante de los servicios de intendencia, entre los cuales ya hacía tiempo que se habían detectado elementos subversivos, en coordinación con el asalto de los

insurgentes ha tomado el control de un sector de operativos de la institución, y ha amenazado al resto con represalias graves si no les hacen el juego, así que nos hemos quedado provisionalmente sin asistencia. Las Órdenes Vigilantes se ocupan con mucha efectividad de reconducir la situación, y esperamos que en cuestión de horas, como les he dicho, tengamos cuando menos una transacción paliativa.

Entretanto han llegado Crowley, Borrell y Rosa. Spohr insiste.

—No nos cuenta nada nuevo, doctor. ¿Qué está pasando? ¿Dónde están los insurgentes, qué plazas han ocupado, de qué recursos disponen? ¿Están organizados, o es un caos de zombis? ¿Quién articula la respuesta? ¿Se ha evaluado con rigor la situación? ¿Hasta dónde llega el descontrol?

Me asalta la duda de si las expresiones formalmente limpias expresan verdades más fiables y de más categoría.

Una explosión relativamente lejana con un retumbo importante acompaña la indecisión de la respuesta y pienso, buena idea, los timbales anuncian la coda.

—No les puedo decir más, no porque no quiera, sino porque no lo sé. Más allá de lo que les he dicho no hay nada conformado, y lo que añadiría serían incertidumbres y posibles confusiones que más adelante me reprocharían, y con toda la razón. En cuanto a la agenda, hasta que la situación no se aclare no habrá ninguna comparecencia.

Curwen dice:

—Quiero volver a casa.

Zapruder dice:

—Imposible. No hay caminos seguros, ni podemos garantizar la integridad de nadie que abandone las zonas controladas.

—Si me quiero ir bajo mi responsabilidad, ¿en nombre de qué me lo impedirán? —digo.

—De la seguridad del conjunto de la Comisión y de quienes estamos en esta ala del edificio. La presencia de alguien fuera del sector controlado desencadenaría una reacción táctica de consecuencias imprevisibles. Me sabe mal, por el bien de todos no se les puede dejar salir.

—Así, somos sus prisioneros.

Se adelanta Fabrici. Se mira con Zapruder con una sonrisa de constatación. Zapruder dice:

—Lástima que lo vean así. Preferiría que se sintieran nuestros protegidos, y al margen de los sentimientos, que entiendo hasta cierto punto, se ajustaría más a la realidad.

Se oyen dos nuevas explosiones, mucho más dura la segunda. Rakshasi dice:

—Por la duración del retumbo, deben de haber volado un silo.

Zapruder ríe tristemente.

—Tendrían que tirar una bomba de hidrógeno de doscientos megatones, y todavía así. Los silos son indestructibles con las actuales tecnologías, tanto el pilar central como la anilla interior; otra cosa es el resto de la camisa estructural.

Fabrici dice:

—Los muros de los silos hacen 9 metros de grosor, distribuidos en cuatro capas, la primera de 4 metros de hormigón armado, la segunda de 1'5 metros de hormigón armado y granito, la tercera de 1'5 metros otra vez de hormigón armado, y la cuarta de una superposición del mismo hormigón con vigas cruzadas de acero y titanio de 2 metros de altura.

Por la cara de la mayoría se diría que toda esta masa les ha caído encima. Zapruder se excusa y se va, se supone que a resolver el escollo, y Mina dice:

—Pues ya nos podemos ir a hacer otra cosa.

—¿Adónde quieres ir? ¿A hacer qué? —dice Curwen.

Rakshasi dice:

—Aquí, nada, no nos darán más información. Vamos a la salita. No hay margen de maniobra, ya lo sé, pero algo se nos ocurrirá.

Sin más explicaciones nos vamos, y encontramos a Midoissa en la mesa enfrascada en operaciones geométricas. Sin levantar la cabeza, nos dice:

—Sobre cada polígono, el Tetraedro, el Cubo y el Dodecaedro son los mínimos: tres en cada vértice. Conceptualmente también el de Szilassi, la figura a la que todo parece conducirnos.

Spohr dice:

—Entiendo que quieras apreciar en la geometría el reconocimiento, pero no veo cómo encajarás lo que nos ocurre ahora mismo.

—Aquí ya entra cada cual. ¿Cómo se aprecia en el ser querido recobrado?

Nos reímos, pero con algo de miedo. Bettina dice:

—Y en la música.

—Por analogía con el polígono triangulable, como ya hace Platón en el Timeo cuando describe los cinco poliedros regulares, busco el poliedro tetraedrizable. Los de Császár, de Szilassi, de Schönhardt, de Thurston, de Chazelle lo son, pero igual como con los triángulos en el plano, no con Tetraedros regulares. Una prueba iniciática más que un ejercicio: buscar el cuerpo platónico tetraedrizable con figuras regulares, además del Tetraedro mismo. Por afinidades en las caras, el Octaedro y el Icosaedro parecen a primera vista los candidatos con más posibilidades.

Spohr dice:

—Parece una buena idea.

El reconocimiento como la resolución de la tensión entre general y particular. Me centro para transmitirlo a Midoissa por vía de la transparencia. Si soy el narrador, cuántas trampas puedo hacer con estas cosas. Pienso en si eso también se lo puedo transmitir, si ella podría deshacer las trampas perpetradas por mí. Las perspectivas significantes, el universo de resonancias de Alberti a Herrera, a Vignola, a Palladio, acabando en Piranesi, la alineación de los pasillos, las galerías y las avenidas resonante y combinada con la de los astros. Encarnaciones de noúmenos geométricos, el dominio del tiempo, si a través de la transparencia pensamientos lejanos muy fuertes se pueden captar como desde una antena potente, y el entrenamiento requerido. O muertos, lo que confirmaría la conexión con el plano astral, y la transparencia no sería sino eso, transferirse a otra dimensión.

Midoissa dice:

—Busco por analogía la figura retórica que narratalice los hechos.

—Veamos si la encuentras —dice Bettina, y me mira con una sonrisa traviesa—. Llevará a un esplendoroso despliegue de spoilers.

Narratalizar, una astuta aspiración abstractiva, pienso, y decido no decirlo. Alinear tiene por objetivo que los diversos se vean como uno cuando tú eres el punto de vista, si eres el objeto de la línea. La Lista como inventario del material de la alineación, la enumeración compartimentada como ritmo. Poliedros entendidos como alineaciones reordenadas, abstractizadas, narratalizadas, condensadas en la forma, la alineación como avatar de repetición. El divino Dodecaedro y el Cubo terrenal, sublimaciones del reconocimiento en la definición. Una pieza de la Lista al azar: ¿y tú qué haces para los demás? ¿Cuál es el balance de tu paso por el mundo? Quoddam Ubique, Quoddam Semper, Quoddam Ab Omnibus Creditum Est. Lo pienso sin decirlo.

Spohr dice:

—Quizá, pero nos permitirá descartar que los últimos hechos de los que nos llegan noticias también puedan estar planificados.

Digo:

—Se acabaron los tiempos de las emociones antagónicas. Ya solo queda tiempo para la nada, es decir, nada. El mundo está a punto de caérsenos encima y no sabemos nada. ¡No tenemos nada! Hay que volver a empezar de nuevo.

—No, no, hay que empezar de nuevo por primera vez, no podemos volver a hacerlo porque solo hayamos empezado una vez. Si no, habrías tenido que decir «tenemos que volver a volver a empezar de nuevo» —dice Mina.

—Al contrario, lo hemos hecho muchas veces, por lo tanto es correcto.

—Estáis todos equivocados. No se trata de lo que se ha hecho, sino de lo que se dice que se ha hecho —dice Bettina.

—¿Qué se ha hecho o qué se hará?

—No lo sé, dínoslo tú, tú eres la primera persona.

—Qué hay por hacer no es tan determinante como la visión que tenemos, como la retórica que dedicamos a gestionarlo —dice Spohr —. La de otros tiempos era la arenga, en algún momento ha sido la sátira, ahora es el nihilismo.

—¿La retórica del nihilismo para gestionar qué? —dice Bettina.

Spohr dice:

—El Romanticismo socavó las falsas certezas del Siglo de las Luces, y el chamanismo de la melencolia socaba el optimismo tecnológico de la era digital-virtual, los tres agujeros antipilares, tres abismos deglutidores: destrucción del medio ambiente, colapso energético, distribución criminal de la riqueza. Cualquier mal, inmigración, fanatismo, terrorismo, superpoblación, hambre, desasistencia sanitaria, opresión, explotación de minorías, injusticia social, falta de garantías civiles, incumplimientos normativos, desregulación, se reduce parámetro por parámetro a esos tres elementos.

Digo:

—Y todavía esos tres se reducen a uno: los amos gestionan el mundo para su inmediato y exclusivo beneficio, al margen del bienestar general y el equilibrio de la naturaleza. Ver aquí la revelación final resultante de confrontar las versiones de la IIIa Acta de Salzburgo, la correspondencia con lo que se desprende de las variantes, ¿cómo lo dijo Kelch?, de confrontar las diferencias, las contradicciones y las paradojas emanadas.

—Construir a través de la destrucción es una semiparadoja que revela la naturaleza palimpséstica de la poesía.

Midoissa continúa trazando equivalencias geométricas, y nos acercamos a verla razonar en volúmenes formalizados, quién sabe cada cual amansándose en la propia traducción en conceptos. El rey no se particulariza en el individuo —se articula disperso en fragmentos de espíritus, de títulos de propiedad, de forma que atacarle comporte una forma parcial, o no tan parcial, de suicidio. Solo quien no tiene nada tiene una oportunidad de sobrevivir, y ha de hacerlo matando al amo. ¿Y el amo de aquí dónde está? Las únicas seguridades en que nos podemos encarnar son las geometrías, los números, la música y el mar.

Juguetona y torturada como desde un esfuerzo complaciente, Midoissa dice:

—El efecto transparencia del Archicenotafio proviene del poliedro de Triptólemo revelado per Deméter, el que permite el acceso a la sabiduría natural. Tiene 12 caras, 66 aristas, 44 vértices y 6 agujeros, y es el tercero con todas las caras en contacto con todas y cada una de las restantes, después del Tetraedro, de 4 caras, y el de Szilassi, de 7.

Desde un salto conceptual repugnante para los maníacos del rigor, equivaldría al paso del sistema tonal a la escala dodecafónica. Para pintarlo sin caras del mismo color en contacto, hacen falta doce. 4, 7, 12. ¿Podemos suponer que el siguiente poliedro con estas características tiene 19 caras? Quedémonos, de momento, con el de Triptólemo. Los Peregrinos de Mœris dicen que el recorrido por las caras de esta figura corresponde a los impulsos eléctricos dentro del Archicenotafio, diseñado para convertirlos en ondas que, como efecto secundario, inciden en las mecánicas neuronales de los ocupantes. No es solo la transparencia, sino la mecánica de la realidad, alcanzable también por otros procedimientos, aunque todos basados en el mismo principio.

—Creo que ese poliedro no ha sido... ¿Como se debería decir? ¿Descubierto?

—Con los actuales recursos físicos, no. El único acceso contrastado es a través del Penteracto.

Me vienen a la cabeza, no sin cierta zozobra, las experiencias con los Cubos de Hinton. Pero aquí se trata de la quinta dimensión, y no voy a inquirir sobre el arriesgadísimo tránsito entre categorías de relacionar el número dimensional con el mundo áureo, el del pentágono y el Dodecaedro. Ningún sistema de pensamiento explica la realidad, pero la combinación de unos cuantos, sobre todo cuando se contradicen entre ellos, se acerca un poco más.

—Tengo una vaga idea.

—¿Nos explicarás lo que es?

Midoissa se deja caer en una concentración mental que nadie se atreve a perturbar, y cuando se podría, ya pasó. Me parece que nos toma el pelo.

Me produce cierto optimismo que en medio del porvenir del desastre esta sociedad indecisamente suicidada todavía tenga tiempo para especular sobre las causas. Y me preocupa, porque quien se entretiene filosofando no se ocupa de remediar el mal, y permite que exponencialmente se aleje la industria de guerra, el último Leviatán adiestrado para autofagocitarse, para quien la paz es el suicidio. Con una excitación no del todo malsana creo divisar en el inmediato avenir las dos Jaquin y Boaz fronterizas, avatares de las columnas de Hércules y de Escila y Caribdis, las originales para cruzar entre ellas, más adelante puertas de tráfico entre los diferentes departamentos del país poteomkinizado, Calpe y Abyla, Hod y Nétsah, Abidos y Sestos, Ventimiglia y Bordighera, Calais y Dover, las fortalezas-decorado, Puerto Said y Suez, Tijuana y San Diego, las torres-máscara, Bina y Hokhma. Caigo en la tentación de mirar compasivamente a aquellos de quienes me han querido poner en contra. Si me tendría que detener la posibilidad de que ellos estén todavía más en mi contra añade

picante. Tengo la repentina, furiosa seguridad de que Midoissa, que no me ha mirado ni un momento, escribe para mí y solo para mí, para reclamar una señal que soy tan idiota que no le doy.

Le digo:

—¿El chamán quién es, Kreis?

Spohr ya estaba diciendo:

—Hace tiempo que están desbordados los precarios equilibrios de roles en los que el filósofo niega a Dios, el timorato lo afirma y al crápula y al banquero les da lo mismo. El sistema es brutal, inmisericorde, sin sentido, sin otro objetivo que el beneficio inmediato, destructivo, criminal, indiferente, o cualquier cosa. Sostenido en la estrategia del asaltante sobrevivirá por encima de otros quizá cargados de intenciones edificantes, pero mal acuñados en el fantasma del sistema de cambio social.

Digo:

—No sé a qué punto hemos llegado, qué salida se puede esperar, ni qué información recibiremos.

Midoissa dice:

—Todo es descifrable, pero lo que determina la viabilidad es el coste en esfuerzo, recursos y tiempo. Se trata no de hacerlo del todo inaccesible, porque esto ya se ha visto que no existe, sino lo suficientemente costoso para que no sea rentable asaltarlo.

Spohr dice:

—La Historia demuestra que no hay nada imposible. ¿Queréis material descifrable? ¿Dónde está el centro de la Isla de los Muertos? El centro político, el auténtico mando.

Rakshasi dice:

—Paco y Valerio dicen que la Torre Blanca Central no ha sido nunca construida, o que ha sido destruida... Entonces, el centro somos nosotros.

Curwen dice:

—Como el del Universo, da lo mismo ser nosotros que no haberlo. No hay mando sino ilusión, somos los autoopresores disfrazados de robots del cuento de Lem, temiendo y obedeciendo a un fantasma solo existente en nuestra cabeza, en el fondo de nuestro deseo.

Mina dice:

—Ojalá, porque, a pesar del desencanto, serviría la idea de que es más fácil de lo que parece de encarar, comprender y resolver.

Como si me despertara de un sueño, tomo conciencia de que un dolor de cabeza no del todo declarado me priva de pensar. Llegados al callejón sin salida, no veo sentido en continuar la cháchara, me despido discretamente y me voy a mi cuarto.

Abro el ordenador con escasas expectativas de encontrar respuestas, y aún no sé si más por mí que como argumento para el

diálogo de besugos donde hemos acabado. Las tensiones, fluctuaciones y trasvases que desde nuestro tiempo apreciamos en Llull —el inventor de Occidente—, y a partir de Llull, Escoto Erígena, Böhme, Bacon, Dee, Fludd, Cosa, Pico, Bruno, Burton, Newton, Glanvill, De Quincey... Renuncio a la Lista porque de nada serviría dentro de la Lista. No veían magia y ciencia como disciplinas contrapuestas sino como aspectos de conocimiento entrelazados, y ahora debe de pasar lo mismo entre la ciencia especulativa y las mecánicas neuronales.

¿Qué se puede hacer cuando no se puede ni huir? Llaman a la puerta, me levanto a abrir y se me encoge el corazón. Es Midoissa.

—¿Puedo pasar?

—Claro —entra, y espera a que se lo indique para sentarse—. Lo siento, solo te puedo ofrecer las bebidas del minibar.

—No he venido a beber.

—No, está claro. A pesar de que también podría haber estado... En fin, tanto da. ¿No tiene más interés, el Egrégor?

No debo conseguir el aplomo y la indiferencia que pretendo. Y si así fuera, ¿por qué? Ay, las terribles mujeres capaces de liberarte del resentimiento, de sacarte a ti mismo de encima de ti, de convertir en pequeñas comedias tus grandes dramas. Midoissa no es de estas. Sonríe.

—Sin ti no tanto.

Me siento inacabablemente estúpido riendo.

—¿De veras? ¿Cómo me lo tomo?

Aparta mi ordenador sin mirarlo y saca unos papeles de la bolsa.

—No te apures. Ya que se trata de castigarnos con materiales descifrables que no te molestas en considerar, te los traigo para darte una oportunidad.

—De redención, espero.

—Para condenarte no me necesitas para nada. Ni a mí ni a nadie.

Río, pero continúa sin acompañarme. Dibuja un Cubo desplegado y dice:

—Aquí tienes la mejor figura por versatilidad, manejabilidad, cardinalidad, leyes de la gravedad, coordinalidad, fragmentabilidad, homotecia, fractalidad, autocompatibilidad, compartimentabilidad, reductibilidad. El emblema de la correspondencia entre dos, de la axialidad elemental en coordenadas. Más allá de la convención, salvo el 2 y el 4, todos son diferentes. El 1 es la Tierra como centro, el 6 es el Cielo, el 3 el Fundamento, el 5 lo que conecta el Cielo y la Tierra. ¿Qué tienen en común? Hagamos un cuadro sobre los rasgos en común:

1 lado en contacto, 2 vértices exentos: 2, 3, 4, 6.

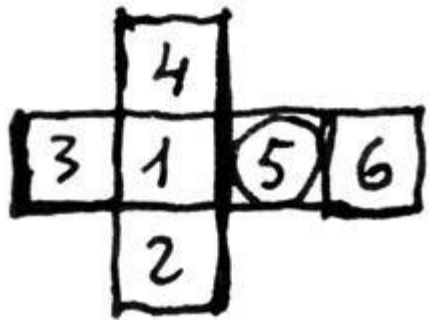
1 lado en contacto, 2 vértices exentos, 2 vértices confluyendo 3

caras: 2, 3, 4.

1 lado en contacto, 2 vértices exentos, 2 vértices confluyendo 2 caras: 6.

2 lados en contacto: 5

4 lados en contacto: 1



Digo:

—En este lenguaje debería haber un rasgo para distinguir el 2 y el 4 del 3.

—Es complicado. Solo difieren en la presencia del 6, y es lejana.

Digo:

—La única manera de caracterizarlo es haciendo referencia, por ejemplo:

2 cuadrados en línea a partir del único lado en contacto: 2, 4.

3 cuadrados en línea a partir del único lado en contacto: 3, 6.

—La presencia del 6 lo enreda. Y, además, hay que reformular el 1 y el 5.

—¿Así qué?

—La cruz caída. El funcionamiento neuronal.

—Una especie de reducción del árbol —me tapa los labios con tres dedos, me sonríe—. Podemos negociar, pero no nos lo podemos explicar.

—Lo podemos llegar a entender, pero no tenemos un sistema sencillo y manejable para operar en parámetros transferibles.

—Apasionante, querida. ¿Y con esto qué hacemos? ¿Nos servirá para escaparnos de la Isla de los Muertos?

—Servirá para que no nos asesinen. O para descartar por quién no queremos ser asesinados.

—Ah, pero no para no ser asesinados en cualquier caso.

—Si puedes particularizar, tienes una ventaja sustancial.

Nos miramos, y me dejo caer en el dibujo. Su mirada sin sonrisa me invita como nunca. A qué, no tengo ni tres segundos para

decidirlo.

—¿Tengo que elegir una cara, no?

Esta vez no hay exhibiciones de bondad en su desafío. Parece más bien escasamente concesiva, incluso exigente. Ahora no sé qué nos jugamos.

—No tienes que hacer nada que no quieras.

Me pongo a pensarlo, pero por la atención como me mira veo que no voy bien. Para estas cosas hay que soltarse a alguna irracionalidad, que desde quién sabe dónde lo llamarán intuición, respiración, karma, numen.

—Elijo el cuadrado 5. Se han acabado la burguesía y el proletariado, la comedia que se podría asemejar a la lucha de clases ha tomado una forma fantasmal y tragicómica, ya no puedes regalar la fábrica a los obreros porque no hay ni obreros ni fábrica, no hay maestros y discípulos, no hay padres e hijos, no hay maridos y esposas, no hay hermanos, no hay comitentes y trovadores, la ley de cambio es la prostitución deshuesada de los cretinos, entre la burla y el dolor ya no hay ni la música, no se distingue culpa de rendición, ni castigo de agradecimiento, no hay belleza ni compasión, y da igual si las hay, porque se destruirán una a la otra.

—Si te pido que lo razones no sabrás ni por dónde empezar.

—¿Ah, no? Mmm... Te lo puedo razonar con el cuadrado 1. La diferencia entre unos y otros, el interés por los cambios y la novedad, ¡el interés en conservar algún valor! Se ha precipitado el drama de la ausencia, la ambiguación de lo inevitable, la negociación de las perspectivas de los volúmenes geometrizados entre vías de trenes suburbiales, adyacentes a los muelles, de forma contumaz recurrentes en perspectivas axiales idealmente identificadas con el infinito, los argumentos contra el suicidio, la indiferencia sexual, la voracidad de los gatos.

Ríe y no aparta la mirada de mí. Debo de tener la partida mejor de lo que pensaba. Dice:

—Una retórica antigua, incluso casposa. Podría servir. Ya no desasosiega nada de todo eso porque no hay visión por la cual merezca la pena hacerlo. Decir «nada tiene sentido» tiene sentido, y en su no tener sentido tampoco tiene ninguno, ni lo tiene por lo tanto constatarlo, ni la sola idea de sufrir por el hecho de constatarlo, ni si esto se asimila a alguna forma de contrapunto proveniente de la ferocización de la pérdida.

También podría haber dicho del renacimiento de la crueldad, lápidas arrancadas, inscripciones borradas, documentos quemados, la tierna epifanía de la destrucción cuando ya no tiene valor evitar el ridículo porque todo es, la revuelta, el desmayo, la perfección del ridículo, el único sinsentido con alguna ilusión de sentido.

Veo una ventaja. Le digo:

—¿Qué no ha cambiado? ¿Eres capaz de decírmelo?

—La inconsistencia, el insomnio y el miedo, a pesar de que sus contenidos parezcan tan diferentes: lo irreconocible como neurosis, como enfermedad, como desilusión, como envejecimiento. Del mundo de hace treinta y cinco años, o sea de media vida, solo se reconocen intactos los criminales, los payasos y la policía.

—Muy bien. ¿Qué otra prueba tengo que pasar? ¿Ser capaz de hacerte pasar una a ti, es lo que quieres? ¡Qué más quieres!

Se ríe todavía más, pero con un brutal «hacia fuera» que la saca de sí, que me daña.

—Lo estás haciendo muy bien.

—¡Qué!

—Deberías saberlo. Ya no hay sistemas, todo son supersticiones.

Me abandono a la sensualidad con que los sentimientos empujan a incumplir las promesas. Se pasa la mano por la nuca; el antebrazo y el codo le trazan una curva ascendente, la sombra de un remolino explícito. Sería capaz de dibujar los cambios en la musculatura. El erotismo es todo lo que se nos hace sexual por asociación, por referencia. Una manera de reír, una música, un pastel, un mobiliario, una prenda de ropa aunque no la lleve nadie. Nada de esto es sexual en sí, sino por el reflejo condicionado adquirido. No tengo la menor duda, el vaivén del brazo de Midoissa es plenamente sexual.

Quizá ahora ya tengo suficiente ventaja. Le digo:

—Paco Regomir dice que soy el elegido para liderar la liquidación del Archicenotafio.

—Así me gusta, sin miedo.

Pobre Proclo, estás demasiado cansado. O (tan solo) tu reino ya no es de este mundo.

—¿Miedo de qué?

—De decir la palabra prohibida —me guiña el ojo—. ¡Fuera supersticiones! Continúa.

—¿Nos vigilan con cámaras y micros? ¿Me denunciarás tú?

—Nada, hombre, venga.

No la he tenido nunca tan cerca. Me presenta el conflicto de si la belleza es única como la nada, innegociable como las matemáticas, perpetua y aplicable a todo. Si como idea, como noúmeno, es irrealizable, y solo alcanzaremos aproximaciones asintóticas. O si no es solo la apolínea y, habiendo muchas, es discutible. ¿A qué se aspira cuando desde un falso escepticismo se rehúsa la belleza? Si no tienes motivos para vengarte, ¿qué tienes contra ella? Yo le respondería «que soy feo», y ella me diría «aquí está la naturaleza profunda de la venganza», y yo fingiría que entiendo que tal naturaleza es ser feo, no

que ser feo sea mi motivación contra la belleza.

—Dice que Kreis quiere matarme.

—Lo he oído, y no te ha dicho liquidar el Archicenotafio, sino cuestionarlo. No es lo mismo. ¿Por qué tendría que matarte? ¿Te has manifestado en su contra? —me encojo de hombros—. ¿Has proferido amenazas contra el orden establecido de la Isla de los Muertos? —niego con el gesto—. ¿Has manifestado propósitos hostiles contra alguna institución, has vituperado a las Órdenes Vigilantes? Da igual. Ya no se sabe quién tiene el poder, depende de a quién hayas maldecido puede ser un mérito.

—No he sido muy amable a la hora de opinar sobre los que me han retenido no sé cuántos días antes de dejarme entrar.

—¿Hasta el punto de tenerles que parecer un peligro?

—Si no es tremendamente delicado, diría que no.

—¿Entonces por qué razón habría de perseguirte?

Finjo un interés ilimitado por lo que dice.

—¿Por cuál me retuvieron? ¡Por desconocer una correspondencia numérica! ¿Por qué pillaron a Novembrini? Por lo mismo nos podían trincar a todos los que entramos con él en el lucernario.

No quiero caer en la vulgaridad de poner a caldo ninguna relación anterior de Midoissa.

—No según las normas. Los códigos los forzó él, no los demás.

Más que nunca hay un abismo entre lo que digo y lo que tendría que decir, lo que inútilmente me quiero hacer creer que estoy a punto de decir. Casi lo toco, lo huelo literalmente, y es tan placentero que dolería. No hay nada más fácil ni más inmediato, pero me separan años luz. Como en el borde del acantilado contemplas el precipicio sabiendo que no te tirarás porque es tan fácil como imposible.

—Midoissa, ya no puedo más. Necesito la verdad, necesito alguna certeza.

Me dice:

—Tampoco yo controlo verdad alguna. También vivo obligada a bregar con arrasadoras combinaciones de verdad y conveniencia. Además de protegerme yo, esta es una realidad del instinto, también te protegeré a ti, y la razón me va pequeña por la amplitud de dimensiones entre responsabilidad, rectitud y prudencia, sí, ya sé que todo esto te debe de parecer antiguo y fuera de lugar, pero qué quieres que te diga, soy así. ¿Quieres ver el fondo de mi corazón? Podría decirte que la verdad no existe. Con solo palabras no estoy segura de ofrecerte más que figuras involuntariamente engañosas, desde mi debilidad. Si quieres ver del todo dentro de mí y te da igual lo que puedas encontrar, vamos los dos solos a la zona de transparencia del lucernario de la Torre.

El gran lugar común, que quien te hace la trastada máxima te diga

que es por tu bien, por el bien de todos, y que tú veas una trampa quizá incluso no deliberada, tan solo el eructo del asno que lleva las reliquias.

—¿Para volver a descubrir quién somos? No, gracias.

—Los pozos sin fondo son extenuantes. Yo también soy Mina y Bettina.

—No te sigo. Yo no soy nadie más que el que soy.

—¿Sí? ¿Seguro?

—Seguro. ¿Quién más soy?

—Podrías ser el hombre más importante en la vida de la mujer que quisieras.

—¿En la tuya, por ejemplo? —reímos; me quiero detener ahí y no sé cómo; como si, extrañamente, me impulsara, me obligo a decir algo más para liberar presión—. Ya eres la mujer más importante en la vida de Kreis.

—No se sabe quién es la mujer más importante de su vida, pero él es el hombre más importante de la vida de las mujeres más importantes de su vida.

—Por lo tanto, es el hombre más importante de tu vida.

—No. Yo tampoco soy una de las mujeres más importantes de la suya.

—Tal como lo cuentas...

—Son los sentimientos, un vaivén continuo entre sobrevalorarte y despreciarte, entre sentirte despreciado y sobrevalorado por la persona amada.

El impulso de asaltarla se me envenena con una estúpida, recalcitrante sensación de absurdo. La precariedad favorece la atracción sexual y empuja a realizarla. ¿O la vuelve inimaginable, ridícula, temeraria? En abstracto no hay respuesta. Qué hemos sembrado entre nosotros, eso lo desencallaría, si es que no está encallado solo por mí, por el idiota. Cómo se añade el retorno del codo de Midoissa a la posición inicial para revivir la necesidad de afrontar la actualidad lo vuelve más agridulce aún.

Le digo:

—Vasos comunicantes o balanzas, depende. La propia sobrevaloración superpuesta al desprecio recibido del otro, o a la inversa, que tú te menosprecies y el otro...

—El patito feo —se ríe—. ¿Ese eres tú? ¿Qué te falta para aclararlo?

—Que tú —recalco el pronombre— me digas quién manda. ¿Kreis? ¿O como el Virrey de la autoridad oculta en la Torre Blanca Central?

Deseo ardientemente una señal sexual, pruebo de transmitírselo vía transparencia, que abra los brazos para mí y después se vuelva a poner la mano en la nuca, que baje la cabeza para sonreírme con la mirada

ascendente, y me acoja más allá de lo imaginado. No lo consigo.

Dice:

—Han cambiado las condiciones. Hay que evaluar qué nos puede caer encima y cómo lo afrontamos.

—He aquí otra Lista: ¿qué pasa con los asaltantes? ¿Son una turba descontrolada que lo arrasará todo, o forman parte de una operación para hacerse con el control del Archicenotafio? Destruirlo o apropiárselo, a efectos de la actual dirección da igual. ¿Qué podemos esperar de unos y otros? ¿Qué nos espera? ¿Qué depende de nosotros, qué estrategia hace falta? No me has respondido a todo. ¿Qué depende de Kreis?

Cada vez gana rasgos más oscuros la convicción de que sentimentalmente solo avanzaremos si le demuestro que estoy a la altura de la expectativa bélica —cada vez más me dice la ambición que soy el idiota.

Dice:

—¿Qué depende de una autoridad que ya no existe? Él es un jugador de póker, quién sabe hasta dónde autoengañado o consciente de su parodia como último recurso de un oscuro mecanismo de autoridad absoluta. Esto se puede decir de cualquiera, si eres consciente de las deudas y consecuencias de tus actos, si lo dominas con solvencia para que nadie te pueda decir que eres el asno que lleva las reliquias.

—Si alguien sabe de otros jerárquicamente por encima de Kreis solo puedes ser tú. Le conoces, querida, y si no es así, lo parece. No tengo más remedio que decirte que si no me cuentas lo que sabes, tendré que preguntarte dónde participas, y si tampoco me respondes... Ante una situación límite es crucial la confianza. ¿Puedo confiar en ti?

—¿De qué depende?

—No es la respuesta que esperaba. En estas cosas soy un tipo vulgar, y seguramente en otras muchas de las que ni me doy cuenta, y no me querría reconocer. ¿De qué depende? De tu sinceridad, supongo, de haberme dicho la verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo.

—Esto es una metafísica. ¿Sobre mi vida también?

—Quien miente o esconde en un terreno lo puede hacer en otro.

—No son lo mismo mentir y esconder. Mentir cuesta poco: ni un minuto. Esconder... Es imposible tener la retaguardia cubierta. No te puedo contar toda mi vida; aunque lo haya hecho sin darme cuenta, siempre puede quedar un detalle que quien sea podrá pensar que le he querido engañar.

—¿Pues cómo lo hacemos?

—¿No te he dado pruebas de estar dispuesta a contártelo todo?

¿Qué más quieres? Observa, por otro lado, que esto también lo podría decir yo de ti.

O ahora o nunca. Me acerco a ella casi rozando sus labios, y no se mueve. Es la hora de ver qué contraprestaciones comporta negociar la verdad.

—No se trata de contar o no contar.

—¿No? ¿Qué quieres como prueba? ¿Esto?

Me coge la cabeza con las dos manos y me besa. Empieza muy suave, y apunta a una progresión invasiva lenta, implacable. El corazón me va como si en ello me fuera la vida. ¿En qué medida desconozco si me va? No lo retomo de la última vez que estuvimos así, no identifico antecedente, no me acoge ninguna continuidad. Todo es abruptamente nuevo, el camino se abre a descomunales incertidumbres.

Le suena el teléfono, se separa de mí y lo coge. Le digo:

—Creía que la cobertura era nula.

—Todavía queda alguna línea abierta, pero solo si lo habías previsto —dice, y se aparta para hablar—. ¿Estás bien? [...] ¿Cómo han ido los últimos trabajos? [...] ¡Qué bien! Lo ves, ya te lo dije.

Le digo:

—A mí también me gustaría decir a mis hijos que estoy bien —ella ni me mira—. Saber que ellos están bien. Desde que estoy aquí no sé nada.

—Laube, te tienes que valer por ti misma en estas cosas, lo hemos hablado no sé cuántas veces... [...] No, esto no me sirve. [...] ¡No! Es cosa tuya y de nadie más, no valen excusas. [...] Sí que se puede prever, si en lugar de irte para casa la primera te hubieras esperado a ver cómo lo hacían, eso no te habría pasado.

Me mira, me sonríe con la ligereza y la fugacidad de quien tiene la cabeza en otro lado. La dimensión de la excusa se diluye entre máscaras, las indecisiones fluctúan como las sombras de los pliegues de la ropa, como me referencio en recuerdos, en imágenes adquiridas en momentos parecidos, en la impaciencia, en la inconstancia, ahora mismo en el impulso de exigir, de huir, de acabar, de matar. Como una caravana de infectos fantasmas se me aparecen los reproches de los que he sido objeto a lo largo de mi aventura sentimental. Al final destaca uno: a tu lado, siempre se estará solo.

Las relaciones como acompañamiento tienen una dimensión de propiedad y servidumbre que obliga a replanteárselo todo sobre todo cuando, como ahora, las circunstancias proclaman que no hay tiempo para estas cosas, porque en la brega inmediata está la supervivencia física. Solo un desahuciado se entretiene con las rosas del zarzal atrapado entre las espinas. Escoger no resolverlo y que todo quede igual, o asumir el intento. Sangre, fuera los derechos humanos, que a

pesar de las cándidas buenas intenciones de algunos, en todos los mundos reales siempre han sido una farsa. Me niego a ser aquel a quien todo el mundo tiene derecho a decirle lo que tiene que hacer. Me niego a dejarme la piel en el relato. Por lo menos, en el caso presente tengo la tranquilidad de no haber dejado de hacer una mínima aportación.

Midoissa cierra el smartphone y me mira, y ya volvemos a estar tan lejos... Podría hacer depender la decisión de factores aleatorios sin relación con el caso: si aquel de allá cruza la calle, le cogeré la mano. Debe de ser un rasgo de carácter la ilusión de escoger entre verdad y felicidad, la complacencia suprema de no aspirar a ninguna de las dos.

—¿Está bien tu hija?

—Sí, gracias, todo bien.

—¿Y el mundo? El mundo de fuera, el real...

—El real, ¿sí?

Nos miramos, y como si me cayera un peso agudo entre los ojos siento que lo hacemos de verdad por primera vez —descubrir algo más que la oportunidad sentimental y el reto sexual, la posibilidad de liberarnos de la ira venenosa de la que habla Tolstói. Le digo:

—¿Estamos atrapados esperando a que nos vengan a liquidar?

—Depende de si has decidido ser de los unos o de los otros.

—Pues la cosa está cruda. Si ni siquiera acabo de saber quiénes son unos y otros, ni cuántos unos y otros hay.

Por primera vez no nos rehuimos. ¿Es la ilusión suprema —supremamente cruel?

—Una cuestión para hablar largamente. ¿Qué te parece si empiezo por decirte que me gustaría ser de los mismos que tú?

—¿Me tendría que ilustrar sobre de cuáles eres tú?

Casi me ha parecido que iba a acercarse. Se da cuenta de que me he dado cuenta. Se ríe, y no retrocede.

—Yo tampoco sé lo que está pasando, ni cómo acabará. ¡El nuevo orden mundial! Llevamos ya tanto tiempo con eso... Zapruder dice que los incidentes se resolverán y se arreglará pronto, pero los administradores siempre dicen esas cosas hasta el último minuto, cuando el barco se hunde pero aún queda una punta por encima de la superficie.

—No sé si preferiría saber si entre unos y otros hay algo más que tirrias personales. Que asistimos a un enfrentamiento entre maneras de ver el mundo, entre intereses y estrategias de fondo. Y que todo dios miente.

—Castas, etnias, tradiciones morales... ¡Si ya la mayoría desconoce los orígenes y los porqués! Los rebeldes no tienen causa porque las desconocen todas. La indiferencia hace inútil la tradicional necesidad de inmunizarse ante la alteridad. No ha habido curación, sino

indiferenciación. Ha ganado el contagio, y la consecuencia de la inoculación no es la victoria de un virus sobre otro, sino la desparticularización de todos. La descategorización del mundo.

—¿Así, qué hacemos aquí? ¿Nos unimos a los insurgentes?

—¿Nos aceptarían?

—¿Pues esperamos a que lleguen para liquidarnos igual que a Zapruder y a los otros?

—Solo con los números se puede resistir la enorme carga entrópica que se nos viene encima, es decir con la música. O con el mar, pronto solo nos quedarán la música y el mar.

Ahora sí que me parece dispuesta. Tan cerca. Los rincones calientes y húmedos, afanosos de ser desvelados.

Llaman a la puerta. Abro. Es Bettina.

—Os traigo algo más de comer —deja un par de bolsas encima de la mesa—. En la Torre Este-Sudeste hay un envenenamiento masivo, nos han transmitido una advertencia muy seria sobre los alimentos: nada de lo que no se tengan garantías.

Señalo lo que nos ha traído.

—¿De esto qué garantías tienes?

—Ha llegado testado.

—O sea, probado —dice Midoissa, y nos reímos, pero la prevención no se desvanece.

—Vía Zapruder. ¿Por qué nos querría liquidar, después de haberse tomado la molestia de traernos hasta aquí?

Midoissa dice:

—Un cambio de estrategia interesante —me sonríe—. Mejor un buen contagio que poner bombas, aquí no ha llegado el cambio de paradigmas.

—No es lo mismo virus que veneno —digo.

—A efectos de prevención, contagio y curación puede no haber mucha diferencia.

Bettina dice:

—La diferencia es el mecanismo de origen, pero no lo veo una cuestión apasionante, ahora que nos jugaremos el pellejo.

Se me acentúa la conciencia de la naturaleza del dolor de cabeza arrastrado desde hace un rato.

—Espero que no sea un veneno de efectos diferidos.

—No, no —dice Bettina—, nosotros estamos bien.

—Ya habríamos tenido síntomas.

—¡Síntomas! ¡Ya estaríamos muertos!

Midoissa dice:

—Eso sí que puede ser revelador, el atentado sin control, no selectivo. Tanto da la víctima, porque se busca la despersonalización. Da igual a quién toque, el valor es el número de víctimas, el pánico

colectivo proviene de la aleatoriedad...

—La guerra filosófica en la cual da lo mismo a quién mates —lo abona Bettina.

—... porque el objetivo es abstracto, conceptual, como lo es el efecto final de la filosofía, la propaganda —parece cada vez más evocadora, más melencólica; no sé si esto irá a favor o en contra—. Pobre Lucas, cómo le habría apasionado.

Pienso si de paso nos liberamos de la interferencia del intento desesperado de domar el 7. La existencialización de la existencia, la metaexistencialización: un descubrimiento de 22 letras. $22/7 \simeq \pi$. Pero esto ya lo sabemos: no hay cuadratura rigurosa del círculo, aunque la aproximación de Ramanujan 355/113 es tan efectiva a efectos prácticos que el ojo humano no aprecia la diferencia, ni con ninguna herramienta de representación manual se refleja la inexactitud, por más que en manos del dibujante más hábil y delicado.

Bettina dice:

—Carter nos ha contado antecedentes de envenenadores, la secta de liberación.

—Conozco el caso —dice Midoissa—, lo hablamos hace poco. Me dijo que no le extrañaría que aquí acabáramos así. Por olvido, por cansancio.

Digo:

—Interesante. ¿Por olvido o por cansancio?

—Depende de cuál sea más potente y extenso, de cuál sea capaz de incluir el otro.

—O de superarlo.

—Si es más potente y extenso incluir o superar.

—No tenemos que acabar matándonos, habiendo la solución musical: lateralizar el conflicto, atomizarlo en imágenes, carnificarlo en decorados y al final desatomizarlo en argumentos diversificados, la normalidad desmigajada, descostrada, exfoliada, repartida como condimento, como abono, como salpimienta.

—¿Por qué musical?

—Porque requiere la voluntad en estado puro.

Pienso en la manera de relacionar conceptos en primera instancia alejados. El arte de los puentes dialécticos. La gracia es que el discurso acaba en una construcción que puede llegar a sostenerse en sí misma con una proporción importante de elementos volados, sin contacto directo con el suelo.

—¿La voluntad al margen de los sentidos? Ya somos ciegos guiados por radares, ahora debemos entrenar habilidades de murciélago. Vampiros supervivientes entre bomberos y zapadores.

Me miran con una atención que me las hace nutricias, acunadoras, adormecedoras. Bettina dice:

—De momento es más una recomendación que una norma taxativa, pero, por lo que he oído, será mejor no pasearse fuera de las habitaciones.

—Habían dicho fuera del sector de las salas y dormitorios. ¿Ya no son seguros ni los pasillos?

—Seguro no hay nada. También creo haber captado la recomendación de no estar solos, pero de esta ya se me hace más difícil calibrar el alcance.

Por cómo Bettina mira a Midoissa me dejo caer en la idea de si ha venido más por ella que por mí, y me desprecio. ¿Por qué insisto en verme causal en las tareas estimulantes y nobles, si como mucho debo de poder aspirar a serlo en las fugas? Tomo conciencia de la arquitectura de la Torre Norte como una extensión de mi cuerpo audible, sensible, ponderable. Siento en términos vertebrales el silo central, craneales la cúpula encima de él, los tres anillos estructurales musculaturas, las dependencias laterales, la condición costal ocupada ahora mismo, las habitaciones colgadas en el exterior.

Midoissa dice:

—Quizá apreciaremos en toda su dimensión el espíritu del Egrégor, y cuando tengamos que comprobar su realidad se volverá matérico —se dirige a Bettina—. ¿Quién ha dejado entrar a los insurgentes?

—Nosotros somos los insurgentes.

—No, es una ilusión autoadjudicada como excusa, como intento de desinculpación. Es lo que dicen los enemigos del pueblo condenados por los tribunales comunitarios.

Visualizo el tacto de la disposición de las habitaciones en el pasillo, la mecánica de fluidos en una dirección o la otra, arterial o venosa, imagino los ecos en las curvas dobles de los espacios entre las torres, que vimos ayer tan cerca de la Torre negra Noroeste. Chillidos de gaviotas, el terror de golondrinas y vencejos. La Torre Norte que ocupamos es especial en el conjunto de la Isla de los Muertos: a plomo encima del mar. Si nos tiráramos de las ventanas del salón, o de algunas habitaciones, caeríamos directamente en aguas profundas, desde una altura tal que no sobreviviríamos.

Midoissa traza cifras y signos sobre el papel encima de la mesa. No sé si para ella o para nosotros, para Bettina solo o solo para mí. Lo miro discretamente: = 0’8660254.

Digo:

—¿Qué orden toma la iniciativa? ¿Cuál gana?

Escribe: 1 — = 0’13397459, y me dice:

—No gana nadie. Todos hemos perdido. Todos los gladiadores que salen a la arena están destinados a morir, la única variable es cuándo, y quién liquida a quién —tapa lo que ha anotado y me dice—: Di una cifra.

—El 7.

Se dirige a Bettina.

—La transparencia se extiende. Pronto tendremos que cambiar de estrategia —me sonríe—. Suerte que entre nosotros lo tenemos claro.

Me sobreviene una incertidumbre que no la llamaría pánico, pese a que racionalmente me niego a descartar nada.

—Qué bien.

Midoissa suelta una carcajada que me deja helado.

—Más del noventa por ciento de la armonía entre los humanos se basa en la voluntad de tenerla. El impulso natural es la pugna, el disgusto, la confrontación. Todo lleva a ello: la necesidad de satisfacer el gusto personal, de quedar por encima de los otros, de alimentar bajas pasiones y, sobre todo, el impulso de decir la verdad.

—Muy bien, eres una jansenista corrupta. ¿Y ahora qué?

Destapa el papel. Como por obra de una maga, aparece:

$$\frac{1}{0'8660254} = 1'1547\,[A]$$

$$\frac{1}{0'1339746} = 7'4641\,[B]$$

$$\frac{[B]}{[A]} = [B] - 1 = 6'4641$$

—Depende de cómo veas la transvaloración.

—Si la verdad es una herramienta del mal, el jansenista soy yo.

—Exactamente donde decir aritmético y decir geométrico lleva al mismo lugar, ya lo ves —me mira con un no sé qué que no sé si es ira o entusiasmo que me desconcierta y un poco también me exalta—. ¡Y ya veo que lo ves!

Bettina hace un gesto agridulce de entusiasmo.

—¡No hay que exagerar! Quizá nos dirigimos a un gran momento, quizá veremos acabarse muchas injusticias y sufrimientos.

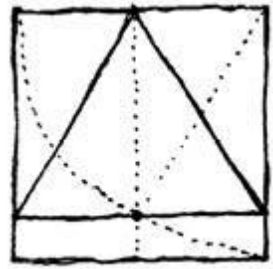
Ahora que ya no tengo la excusa de ser joven, solo me queda la oportunidad de ser idiota. Si tantos lo han aprovechado, ¿por qué no yo? Digo:

—Vamos a parar al lugar de donde no logramos salir. El Mal absoluto es difícil de discernir, como la completa impostura, como la completa mentira. Imagina al vividor sin escrúpulos tratando con la vieja dama rica: en su erección hay una dosis de verdad.

—O de viagra —dice Bettina, y no nos reímos.

Pienso qué les gustaría oír, decir qué me puede poner a cobijo. Estiro el cuello para ver qué dibujos acompañan los números de

Midoissa.



—Disolver el Estado ya no es el ideal anarquista, sino el ultracapitalista. Ya no se trata de dinamitarlo, sino de instalarse en él para que deje de ser el arma del amo para mantener la propiedad y pase a ser lo que tendría que haber sido siempre (y algunos se han creído que lo era), la herramienta de corrección de los desequilibrios y de distribución equitativa de los bienes.

Midoissa dice:

—Parece el segundo punto de un programa electoral de hace treinta años.

—¿Por qué no el primero?

—Los círculos históricos son implacables. El Estado es la Hidra de Lerna, le puedes ir cortando cabezas, y le vuelven a crecer. La naturaleza humana comporta tanto cortarlos como volverlos a hacer crecer, es la tensión irresoluble entre la libertad individual y la colectiva.

—Por eso lo llamaban «revolución continua».

—No divaguemos entre epifenómenos. Volvamos al centro.

—Cómo saldremos vivos de aquí.

Reímos. Midoissa dice:

—No nos engañemos, de aquí no salimos.

Apagándose en la sonrisa, Bettina se levanta y se va hacia la puerta.

—Intentaré teneros al corriente, pero cuanto menos os paseéis, mejor —hace como si lo pensara—. No lo sé, a lo mejor vale la pena cerrar la puerta por dentro y no abrir a desconocidos.

La abre y mira en todas direcciones antes de salir, como soldado en el campo de batalla. No abrir a desconocidos, dice... En rigor sería no abrir a nadie. Última ojeada, nos sonríe y da un portazo fuera de lugar.

Sin esperar si Midoissa lo abona, me levanto para cerrar por dentro según el consejo y, como en una reconstrucción mnemónica con una dosis de recomposición del propio estado de ánimo, saco la cabeza por un acto que llamarlo «comprobar» sería menos que cínico en sentido

canónico y más que idiota en sentido dostoievskinietzscheano. ¿Comprobar qué? ¿Que no hay nadie preparado para asaltarnos? ¿Que no ha habido cambios mágicos y todo está en su sitio? ¿Que no hay cadáveres ni extraños agonizantes? Aunque sería mejor, más instructivo y más útil si fueran conocidos.

No: tal como se sale, a la izquierda están la pared y la entrada de la cámara 9; delante, simétricamente a la de la mía, está la entrada del 11; a la derecha, el pequeño distribuidor que ensancha el pasillo, que frontalmente lleva al resto de las habitaciones; y torciendo a la derecha hace un doble ángulo, a la derecha de nuevo primero, dejando frontalmente el paramento posterior del núcleo de escaleras y ascensores, después a la izquierda, cercándolo y dejando las primeras estancias en el otro lado, hasta un nuevo ángulo que lleva al gran distribuidor con las escaleras, el salón de las comparecencias, la biblioteca y el acceso a otras dependencias de la planta. Salgo hasta ahí, y a medida que avanzo, constato la cosa: cuento pasos, medidas, esquinas y obstáculos por si en un futuro quién sabe con qué inmediatez hay que huir a oscuras o en medio de la humareda, sin tiempo, con segundos de margen, en medio del caos, chocando con otros en desbandada. La orografía interiorizada, el plano del terreno dentro de la cabeza. Imagino al colono si en situación precaria abandona el refugio por una contingencia puntual, y se aleja de los límites de seguridad con la sensualidad aventurera de no saber si tendrá que volver deprisa, si tendrá tiempo de salvarse si ataca el imprevisto, si llegado el caso me sentiré así, si ahora mismo ya tiene peligro alejarse de la habitación. Todo me parece más acogedor que nunca, como en la expectativa de una gran tormenta —una gran destrucción, anunciada como el ataque de los tártaros y la ida a encontrar a Godot. Una tranquilidad sosegadora en la medida en que carece de imagen, de nombre y de sentido. O no. Los males como necesidad pueden no ser puntuales a la cita, pero en algún momento llegarán. Una voz extraña dentro del ser consciente de ser yo me dice: «aquí empieza todo de nuevo».

Pero el nuevo ser yo viene de más lejos que ninguna otra cosa. Vuelvo adentro, y la impasible mirada de Midoissa me parece un latigazo de anunciación. No sé si tengo que agradecerlo o defenderme de Midoissa-Gabriel, porque en mi actual condición sería bastante exótico el advenimiento del verbo. Se me presentan con un disfraz de voracidad las anteriores conversaciones. Hasta ahora me ha hablado de mucha gente de una manera que no se sabe si estaban físicamente juntos o no, incluso si se veían, si había pasado algo o no. Y después es al contrario de como lo había imaginado. Los obstáculos dibujan en negativo, como las ausencias: ir descubriendo poco a poco contra quién combates.

Le digo:

—Imagina que tienes la vida resuelta y no te tienes que preocupar de nada, como un aristócrata del xviii.

Tengo una certeza fatal: a partir de ahora todo tendrá que ser mucho más meditado y preciso; se ha acabado el margen para la irreflexión y la ligereza de criterio. Me responde con un deje de impaciencia.

—Antinatural, porque la idea de una vida plácida no es más que una fantasía buenista para excitar la expectativa del paraíso. La vida es durísima para todos, y tiene que ser así para que sobrevivan los mejores. Imagina las cebras sin la presión de vigilar el no ser devoradas por las leonas, imagina las leonas sin la presión de tener que perseguir a las cebras para no morir de hambre: esa vida es la del zoo. Un régimen presidiario aniquila las razones profundas para vivir, destruye la profundidad y el volumen de la existencia.

Cuesta de ver como una ventaja el que ninguna especie viva en una Arcadia feliz, sino todas estresadas por la depredación, por activa o por pasiva, por la competencia, una mortalidad infantil importante y, los que llegan a viejos, un final indigno y miserable. El mito de la felicidad pasa por ver en nosotros la posibilidad de ser excepciones. Desde hace tiempo ya no es viable una elección clara y segura: la libertad —el estrés y el riesgo diario— o la prisión —el zoo—, con una mezquina subsistencia asegurada a cambio de quietud y silencio absolutos. La muerte en vida.

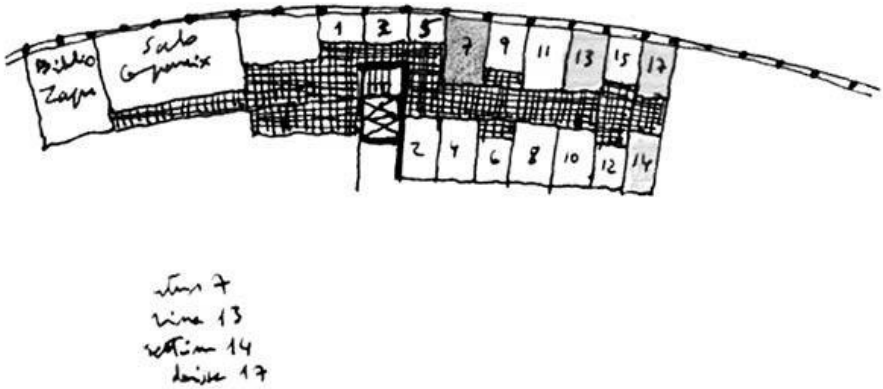
—El típico discurso conformador para que se resignen los empleados puteados. No cuentes conmigo para defenderlo.

Me mira de un modo que me temo que no se esté esforzando para mantener el buen humor. Dice:

—¿Para defender qué cuento contigo? ¿El reparto equitativo de los beneficios?

—Hace un rato te he pedido confianzas concretas, y me has salido con combinaciones matadoras entre verdad y conveniencia, o con que tú también eres Mina y Bettina.

Con el propósito de tenerlo a mano, hago un croquis rápido de la posición de mi cuarto en el entorno del edificio.



—No te quejes de falta de concreción si tú tampoco haces la pregunta apropiada.

—¿Por qué hay lo que no sé que hay entre Kreis y yo? ¿Qué es esto, un juego de rol? ¿Por qué me tendría que matar, o yo a él?

He construido la respuesta sobre su expresión. Me protege la serena belleza de Hera y Afrodita, me mentirá el sabio cálculo de Sexto Empírico.

—Si te digo que no te lo puedo decir no verás diferencia con si te digo que no te lo quiero decir, y hay una gradación hasta decir que el efecto no será el mismo que si lo descubres tú, y si te lo digo no te lo creerás y todavía será peor, y de verdad que no lo sé, y lo que sé no te sirve en el sentido de que no es la respuesta a tu pregunta.

La injerencia de la sentimentalidad me acaba de descolocar. No será suficiente planear la supervivencia, tendré que descubrir hasta qué punto el camino pasa quién sabe por qué comarcas del cuerpo de esta mujer.

Digo:

—El humor siempre es una opción, pero las dos grandes subversiones de la canción preferida son usarla para el sexo y para la crueldad extrema.

—La subversión suprema, la combinación de las dos.

Me rebasa siempre, pero más que molestarme me excita, y prefiero no pensar de qué es señal.

—Aún más no ver ninguna subversión. Pues dejemos el humor, y volvamos a la Lista.

—Dadas las últimas noticias, habrá que establecer un cuadro fiable de inmunidades para añadir a la Lista, y cruzarlas con parámetros que ya tengas.

—¿La transparencia como forma de contaminación?

—No, de descontaminación.

Reímos. Rebasada la convención, el terror se transforma en

sensualidad, la sensualidad en sabiduría. La inacabable exploración de los sentidos, por un lado, el inexorable apagamiento hacia la nada del otro. Lo fataliza la entropía.

Digo:

—Las cosas que antes encontrabas divertidas, o no le veías sentido, ahora manifiestan la tragedia profunda del fundamento.

—Enséñame la Lista.

Tengo un momento de desconcierto. Es imperativa. No veo disyuntiva entre injerencia y aproximación —son ambas cosas, y más —. Si le enseño la Lista se acentuará su dominio. Ya que más da. Se la muestro, y la repasa como el maestro un examen.

—Has de repasarla entera. La has hecho aleatoria, y no es aleatorio si lo tiene que ser o no.

—Pero si lo tiene que ser, lo será.

—El sentido de la Lista es la comparación, la cifra y la secuencia. La comparación es el fundamento, y no es opcional; la cifra es la Lista propiamente dicha, y la secuencia determina si el orden es irrelevante o fundamental. Depende de si la Lista es diacrónica o sincrónica, discursiva en el tiempo o poliédrica al margen de él. Y sobre todo, las cosas que enumeras y cuentas y las que no cuentas. Las que no cuentas no son nada. Las que cuentas son más que una cifra.

—Pon un ejemplo.

—En la vida hay dos tipos de cosas que uno ya ha hecho: aquellas a las que no hay que volver, y las que quieres continuar haciendo el resto de tu vida. De las primeras, beber, ir a dormir a las tantas; conversar con alguien que me gusta, de las otras.

—No veo la diferencia.

—Te contestaré como los profetas. En el fondo de tu corazón sentirás si te ha tocado la sombra del tigre, y a qué orden de cifras corresponde decidirlo o aceptarlo, si la libertad es una obligación o se trata solo de vivir en paz de la mejor manera posible.

Me tendría que mosquear que todo el mundo esté tanto por los tigres.

—Tú has decidido, supongo.

—Voy decidiendo caso a caso, y cuando conviene también lo dejo aleatorio, pero controlo hasta dónde llega el factor irracional.

—Controlar lo aleatorio. Debes de ser buena con el póker.

—Categorízala, conviértela en escala. La Lista como perspectiva, como alineación señalizadora del punto central que no puede formar parte de ella pero que puede ser el emblema, la decodificación simbólica como visión geométrica. Las geometrías formadas por las equivalencias entre las listas.

—Ayúdame a buscarlas.

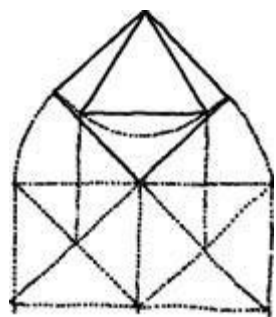
Evoco pensamientos recientes: la alineación de los pasillos, las

galerías y las avenidas resonando con la de los astros, el punto central de la fluctuación melencólica, no el profundo Bach intelectual de las elaboradas, pitagóricas fugas epistemológicas, sino el evocador supermelencólico de las imposibilidades profundas, el de los preludios corales BWV 639 que oía Bettina, los 617, 637, 659, 705, 665 que metamelencólicamente retomó Busoni. Poner los nombres lulianos cuando tenga tiempo.

Midoissa debe de haber entrado de verdad en mis pensamientos, se ha paseado como quien revuelve por la cocina, saca enseres de los cajones y viandas de la despensa y la nevera, enciende fuegos y remueve cazuelas. Me dice:

—Hay dos posiciones rigurosas posibles de la inscripción del triángulo equilátero dentro del cuadrado del mismo lado. Aquella, sobre el eje ortogonal, la otra sobre la diagonal.

Lo dibuja y me lo muestra.



—Esta es perfecta.

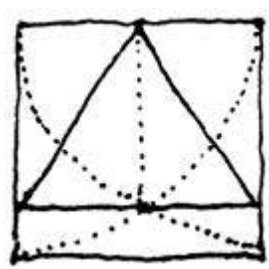
—Sí, es bonita. Recuerda la posición del Purusha.

Me da pereza decirlo, pero no me gustan los dos vértices de triángulo desconectados del perímetro del cuadrado.

—Y, además, simétrica.

—La otra también lo puede ser.

La dibuja.



—Mucho mejor. También se deduce el triángulo máximo inscrito

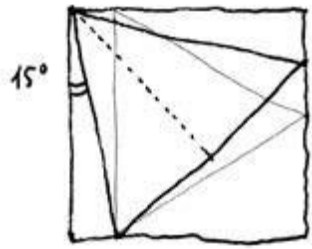
dentro del cuadrado.

—Que sería además el único estable entre los lados.

—¿Estable quiere decir inmóvil?

—Eso me temo.

Lo dibuja.



—Ya lo tenemos —nos miramos como si nos resistiéramos a reír—. ¿Volvemos al humor?

—Si quieres.

Digo:

—La máxima expansión expresiva de la sentimentalidad aparece en la segunda mitad del xviii: los dos jóvenes Bach, Boyce, Haydn, Reicha.

—Los románticos la institucionalizan, y así la convierten en objeto de humor, la matan para la sublimación en el espíritu. Convertida en ente-en-sí-mismo, la sentimentalidad romántica se vuelve pornografía.

—Pero el humor...

—Cuando Mozart se burla de los militares (en más de una ocasión: Cherubino alla vittoria..., Bella vita militar...), en su tiempo se confundieron y hoy nos parece claro, pero cuando se burla del amor no tanto, porque el amor mismo es objeto de sutilezas humorísticas. El Soave sia il vento es una sátira, pero al que no conoce el contexto y oye solo la pieza no se le ocurriría nunca.

Y aunque Plaisir d'amour es un lamento, la música contradice la letra, y se percibe como un euforizante. Compararse con ventaja para complacerse, para jugar con un peligro inventado. «¿No confías en mí?» «Sí, pero te quiero» es un diálogo vulgar, barato, y aun así, o quizá por eso, desilusionadoramente real.

—Porque Mozart se mira al espejo como servidor del amor.

Porque se puede deducir «no puedo confiar en ti porque te quiero», o «a pesar de que confío en ti, te quiero». Después de un rato dilucidando construcciones lógicas abstractas, pierden la conexión con la realidad. En términos de vida cotidiana, se vuelven incomprensibles. ¿Qué sería del amor sin la mentira?

—Antes dijiste que en la erección hay una dosis de verdad. Todavía hay más al eyacular. La verdad está en los hechos. Los hechos

son la verdad. Caer, sangrar, morir, son la verdad suprema y última.

Me sublevo ante la alegría desenfrenada.

—¡El juego de la verdad! —nos miramos; ¿ha llegado el momento?; ¿ahora qué nos interrumpirá?—. ¿Qué te apuestas? ¿Qué ganas?

Se quita los zapatos, y habida cuenta de que estamos en mi cuarto, la inseguridad me desconcentra. Parece tristísima, y me siento incapaz de abrazarla consoladoramente.

—No es un juego inocuo. He hecho daño a muchos, a algunos de forma directa, a otros por efecto lateral o transferido, he hecho sufrir por mi codicia sentimental, por atolondrada, por desconsideración, por egotismo, he producido inseguridades, incertidumbres, desconfianzas, desolaciones, he echado a la basura bellos sentimientos, ofrendas sin exigencia, en la misma medida y más adelante en la misma acción me he hecho daño a mí misma por brutalidad, por desconsideración, me he maltratado en el propio cuerpo y en los cuerpos que amaba. ¿Qué me queda? Que culpa y deuda no son cara y cruz sino la misma carga de exigencia y oportunidad, que la penitencia no está para complacerse sino para equilibrar las desaprensiones cometidas, para salir de ellas airada y vencedora.

—¿Y renunciar a la compasión en términos de disolución de la alteridad?

—No, o cuando menos, no del todo. Dónde interfiere, dónde coincide la compasión con la inmunidad. Podrían ser contrarias, pero se dibujan y se devoran una a la otra como la anfisbena.

—Estar desesperado es innegociable. Se puede aspirar tan solo a llevarlo con más serenidad que indignidad.

Me mira con una franqueza excesiva, fuera de lugar. Baja el tono como si nos pudiera oír alguien.

—No desprecies las ventajas de la indignidad.

—No sería un desprecio.

Volvemos a estar muy cerca. Quizá más lejos que nunca, cuando menos de lo que quiero. Me dice:

—¿Qué me ha guiado para escoger? Ha habido momentos de todo.

¿Los hombres melencólicos atraen a las mujeres sentimentalmente exacerbadas como los ricos atraen a las codiciosas? La casuística de las atracciones contra las lógicas vulgares. La fatalidad de los hombres hacia mujeres ordinarias y maleducadas, veladamente sucias de insinuadas inminencias babosas, sobremaquilladas, semianalfabetas y llamativas, alegremente dispuestas a hacerte quedar mal donde peor te sentará. La de las mujeres hacia cafres primarios, analfabetos, energúmenos zafios que en otro momento ni les mirarían —¡qué ni los mirarían!, ¡se los quitarían de encima sin contemplaciones!—, hacia el

camionero, el descargador de muelle de uñas sucias y superdotado, el palafrenero, la grosería en general como carne para la fiera que hasta el que más pretende negar, el mecanismo que empuja a alternar la sofisticación y la comodidad del lujo extremo con la brutalidad inmediata en el infecto váter de la estación de tren de cercanías sin evadir el frote más sucio, complaciéndose en la sublimidad. Hasta qué punto las pulsiones malsanas transcienden el sexo y afectan la música, la gastronomía, como nos vemos consumiendo porquerías —insultos a la inteligencia. Huyo hacia adelante. Ya desistí de convencerme de la existencia de sublimes expansiones del espíritu, icónicas musicalidades de poesía donde en términos objetivos solo se aprecian mecánicas, triviales, bestiales, repetidas guarradas.

—Aquí, no lo sé, la experiencia de cada cual...

—¿Quieres más arqueología sentimental? Cuando he tenido la tarjeta de crédito kármica en números rojos, de forma natural me ha surgido el impulso de compensarla. Tarde o temprano encuentras la ocasión.

¿Espera mi interés? Veo la ocasión de sacar algo de donde hasta ahora no me atreví.

—¿Con Curwen cómo te liaste?

—No fue premeditado ni deseado. Como tantas cosas, casualidad. Curwen padre, Joseph, era amante de Hebe da Garda, una amiga algo mayor que yo, conocida del círculo de la CBP. Enseguida congeniamos. Los dos tenían otras relaciones, sus tratos eran a lo festivo y gamberro. Curwen hacía tiempo que me perseguía, y me daba una pereza importante; era una de aquellas épocas en las que tenía más historias de las que podía cultivar como es debido.

—¡Vaya, cultivar! ¿Qué época has tenido que no haya sido así?

—Estuve casada, no sé si lo recuerdas... Sí, he vivido tiempos más calmados. Ahora tanto da. Viendo que no lo lograba, Curwen pidió a Hebe que intercediera, todo fuera de lugar. Supongo que Hebe debía de haber hablado demasiado en algún momento de esparcimiento incontrolado, y se le debía escapar que yo le debía una, ya te lo contaré en otro momento, y me vino a presionar. No le podía decir que no, sí, no te rías, aquí tampoco, pero puse condiciones, aquel tío me daba miedo, creo que era un exdelincuente, o quizá ni siquiera ex, le dije a Hebe, muy bien, pero a trío, y tú no te muevas de mi lado. Me dijo, todavía mejor, estará encantado, y nos fuimos, pinturas de guerra, attrezzo matador, y que sea lo que tenga que ser.

»Curwen resultó una bestia sexual fenomenal. A pesar de los pactos y las buenas intenciones el juguete nuevo le tiraba más que el conocido, dos mujeres y un hombre no es buena combinación para jugar todos a la vez en igualdad de condiciones y, tal como yo me temía, cuando Hebe se cansó de la proctología lingüística acabó de

espectadora. Yo me sentía atrapada entre rechazar a un tío que no me acababa de convencer y un deseo cada vez más exacerbado por la realidad de las bestias y por el rechazo mismo. No sabía cómo apartarme, o no podía, no sabía ni por qué lado que lo hiciera no tan solo lo alentaría más a él, sino a mí misma. Pedí una pausa para ir al lavabo, beber agua y tomar aire para recomponerme, y tal como vine al mundo, y fuera de lugar, o no muy prudentemente visto lo que pasó, en medio del pasillo me encontré a un chico de apenas veinte años que se me quedaba mirando tan desprotegido y sorprendido que yo también me quedé inmóvil, procurando enviarle señales tranquilizadoras con la sonrisa más apacible, menos provocadora y fanfarrona de la que soy capaz.

»No había mucho que decir. Ni a él ni a mí —más tarde lo hemos comentado y nos hemos reído bastante— se nos ocurría nada para mejorar la situación, y a medida que pasaban los segundos se reducía la necesidad de hacerlo. ¿Era necesario, si ya tenía más de regalo prodigioso que de sorpresa incómoda? Me habría sentido ridícula tapándome el sexo con una mano y los pechos con la otra y el codo como la Venus florentina; quedaba menos delator de quién sabe qué falsa vergüenza no pseudodisimular nada, así que como si se tratara de no asustar a una cría de ciervo me acerqué despacio y le besé los labios con toda la suavidad que no habiéndosela permitido el cafre de su padre la hora y media anterior no había tenido ocasión de desplegar. No se movía, estaba temblando. Le abracé, y flotamos en una ternura que no sé si de forma paradójica me excitó tanto o más que los azotes y embestidas de papá. Pasar sin transición del príncipe de las tinieblas a un ángel desterrado es un salto mental considerable, y me sentí tan bien que no tuve duda alguna. Le pedí por favor ir a su habitación, y me llevó haciéndome pasar delante, como un pequeño caballero. Con otro me habría permitido una broma, pero ahí caminé de la manera más sobria posible, como si fuéramos al quirófano —nunca me he sentido el culo tan bien mirado y del todo, como un aura cálida. En menos de un minuto ya estábamos haciendo el amor —en este caso sí que se puede llamar así. Nos pusimos a ello sin vacilación, de una manera tan seguida y natural, y tan profundamente, que cuando acabamos llorábamos los dos.

»Después nos mirábamos a los ojos cuando entró su padre sin llamar a la puerta, intempestivo, a pedir explicaciones de mala manera. Shelly se tapó con la sábana de un pronto, encogido, de nuevo tembloroso. Salté desnuda como iba, para interponerme ante el inquisidor. La vida hace estas cosas, tú lo sabes mejor que nadie. ¿Hay algún compromiso entre tú y yo? Pues haremos lo que quiere tu hijo. Es su habitación, por favor, cierra la puerta cuando salgas.

»Me puso ambas manos encima de una manera que tanto podía ser

para violentarme como una reanudación sexual; puestos a elegir, con la sonrisa como arma fui por aquí, y esto lo dejó en evidencia. ¿Qué vas a hacer, seguir ante tu hijo? Hebe se mantenía indecisa en la puerta, y cuando en el acto desesperado de buscar salidas por los trescientos sesenta grados Joseph la vio, desistió y se fue dejando la puerta abierta. La cerré y me volví a abrazar a Shelly. Nadie vino para nada, y estuvimos hasta el día siguiente al mediodía.

»Por la tarde se lo conté al señor Swann, y me tranquilizó. De Curwen padre me ocupo yo, no sufras. Le dije que el hijo era encantador pero frágil, con una sensibilidad exacerbada muy apta para algunos cometidos del Juego, y sería una lástima dejarlo perder por un padre así. Me dijo, hace tiempo que le doy vueltas, y tal como han ido las cosas, el azar brinda una salida más que aceptable; lo puso a trabajar en la empresa y me pidió que lo tutelara.

»A pesar de la vigilancia del señor Swann, durante un tiempo la actividad laboral de Shelly con nosotros era casi clandestina, porque su padre emprendió conmigo una estrategia de asalto, sin perderme de vista a ver qué hacía y qué dejaba de hacer, con una obsesión por mí enfermiza, exasperante. No sé si estaba más pendiente de tenerme o de que yo no tuviera a Shelly. Cuando se me echaba encima lo podía capear, y por lo menos no iba ahogando a su hijo.»

—Todo muy rápido, ¿no?

—A veces las cosas van así.

Tan deprisa algunas cosas, otras tan despacio. La miro y no sé si llorar, huir, insultarla. El absurdo tiene de bueno que para qué buscar remedio. No buscar la belleza en la belleza, buscar la belleza en las cosas. ¿Qué hora será? Insomne enloquecido de deseo y nostalgia, solo capaz de consolarme en la expectativa del crimen.

—Y hasta que no te lo encuentras no sabes los porqués.

—¿Pero después de que no tiene explicación? A pesar de que no fuera este el caso, cuántas veces un asalto repentino, frío, contraviniendo las normas de aproximaciones, tanteos, preliminares y calentamientos, no tiene un latigazo de brutalidad latente o explícita más excitante que cualquier convención.

—Cómo saberlo antes, cómo tener garantías.

—Garantías no tendrás nunca. No mires atrás, sal de los pantanos del resentimiento.

Me revuelve en la contradicción la explícita voluntad de Midoissa de formar parte de la brigada de mujeres dotadas para extirparte el resentimiento. ¿Ha llegado la hora? Cómo me gustaría dilucidar si es este el descalabro sentimental que prefigura la vertiginosa precipitación a la obscenidad sin retorno ni agradecimiento, sin recuerdo, sin palabras, sin marca, sin continuidad, afeado, maloliente, abandonado más allá de la crueldad y la indiferencia. Hasta dónde se

puede descontrolar la interferencia de los parámetros de la economía en las cuestiones sentimentales, si los trasvases disciplinares, los sincretismos estructurales sistemáticos, entorpecen y confunden más de lo que iluminan.

El síndrome de la noche antes de la batalla. Le digo:

—Mejor que salir es no haber caído. En estos pantanos solo hay vencidos.

—Una estrategia peligrosa. Si el sexo es una pugna, la lógica lleva a querer vencer. Funesto error, porque la felicidad pasa por ser completamente derrotado. Si te sitúas ya de entrada en la defección de la contienda, eliminas en el ser querido la necesidad de ganar, y eliminas obstáculos y trabas del advenimiento del placer del espíritu. Ya no serás objeto de ficciones, de intentos de engaño, de mixtificaciones, de las obsesiones para vencerte que impiden los destinos heroicos de la felicidad. Te liberarás para siempre del resentimiento.

—¿Y si lo hacen los dos?

—Entonces llegan los estados míticos con nombres que a la mayoría ya no les conmueven porque por uso indebido y excesivo se han vuelto más que tópicos, utópicos: el amor absoluto, la felicidad continua, sin saltos entre un estado y los demás.

Estoy por decirle que vivir en estado de reclamación afectiva es más llevadero si entretanto vas yaciendo, pero me paro a tiempo. ¿Y si fuera lo contrario? Me refugio en imaginarme entre suntuosas sonrisas de mujeres bellísimas, orgullosas, complacientes y multiorgásmicas, exuberantes de una autoestima tan alta como para no caer en incómodos delirios egóticos, ni excitar los míos hasta empujarnos a unas y a otros a la estupidez. Intento situar los términos en que puede ser sumisión, carcunda, roña, vejez, tontería y sabiduría por parte de una mujer apreciar en el hombre la equilibrada conjunción de autoridad y suavidad para no tener duda de que la diferencia de fuerza entre los dos él no la utilizará para dominarla sino para protegerla, porque este es el envoltorio del placer. Una realidad sutil se impone, porque la declaración de tal diferencia de fuerza emite una agridulce disonancia de impostura, de trampa cada vez menos latente. Quizá no en términos de fuerza mecánica, pero sí de efectividad combativa, Midoissa no es más débil que este teórico oponente masculino. Ella es la dominante y lo sabe, y su mensaje no es una exigencia de rol sino un aviso, una marca de relativismo de las formas, sexuales por efecto de autoridad, para avanzar qué terreno se transita y actuar en consecuencia. Y así debería ser para todas las mujeres y todos los hombres, o ya lo es.

—Cuando uno oye los relatos de los otros, les superpone imágenes del propio repertorio, y cuando obtiene alguna auténtica, el contraste

puede ser decepcionante, pero incluso así se añade alguna excitación, aunque sea agridulce. En cierto modo tengo un álbum paralelo de tu vida en mi cabeza.

—Yo misma lo tengo. De los mejores momentos, de los que sabes que recordarás toda la vida, y que acabarás mitificando, porque cada vez que evocas un recuerdo lo modificas, y al final ya no se puede decir que recuerdes, porque no haces otra cosa que convocar el fantasma del recuerdo de un recuerdo de un recuerdo de un recuerdo.

—¿Cuál es el más fuerte?

Medita, se va lejos con una mirada llena de brasas que me enferma.

—El último día de un viaje por cuenta del señor Swann, con el trabajo acabado, una mañana ardiente bajo un sol calcinador, habiendo pasado la noche y la madrugada con tres tíos, acabé cabalgando a pelo por la playa en un caballo negro esplendoroso, desnuda contra el vendaval, agarrada a la crin, chillando como una loca.

—A pelo quiere decir...

—Sin silla y sin ropa, sin estribos, sin nada, salpicada por el mar, azotada por mi propio cabello, todo incandescente y con toda la barbarie de un flagelo helado, un paroxismo de la vida en que ya no importa nada porque el sexo lo ha llevado todo al extremo, el mar, el lomo del caballo, la velocidad, el roce del pelo del caballo contra el interior de los muslos, el va-y-viene del espinazo.

Me lo imagino con un pesar insoportable, bañada en envidia de gente que desconozco. De pelo a pelo, dos pelos diferentes, qué cerca en estas cosas lo sublime de lo grotesco; qué digo cerca, son lo mismo. La equimosis, la llaga. Le digo:

—Una culminación, una manera de sentirse uno mismo.

—No tuvo público, es cierto, pero no por eso fue menos gratificante y espléndido.

Ya da igual. Le digo:

—¿Y la que tuvo más?

Vuelve a cavilar.

—También hay unas cuantas. Puede que de la que se hablara más fuera una fiesta en la que yo bajaba del techo con un trapecio conducido por un operario experto colgada por los pies, la figura que llaman del murciélago, que yo mejoraba atada de un solo pie, volteando, sin apoyarme en ningún sitio, desnuda y cargada de collares y brazaletes brillantes y tintineantes. El operario me acercaba en vertical sobre los asistentes, me bajaba de acuerdo con mis indicaciones según un código gestual y lo dejaba a mi criterio, dejando caer los brazos, o extendiéndolos para equilibrarme en la dirección adecuada. A este le besaba, al otro otra cosa, ocasionalmente un giro

para colgarme de los brazos. Me molestaba como concepto el descontrol de poder salpicar quién sabe a quién, quizá al último a quien querría.

—Fantástico. ¿A esta escena inolvidable cómo llegaste?

—Por una apuesta vengativa. La iluminación y la música ayudaban mucho.

—Estoy seguro de que ganaste.

—Gané —tiene una mirada tan triste como siempre que entra en este terreno sin que se le escape la risa, evocadora y retardadora—. Me jugaba mucho más, y lo perdí.

Tengo la certeza fatal de que en el momento justo que me aproxime seremos interrumpidos, así que no me queda otra que escoger en qué momento se producirá, si el chamanismo de la melencolia sexual forma parte de los instintos referentes de necesidades primarias, comer, dormir, respirar, o forma parte de un proyecto de vida en términos orgánicos. Hasta donde ese mismo dilema es la muestra de una confusión mental importando no solo en relación con los valores, sino con los conceptos.

La aproximación es aceptable: llaman a la puerta, sin caer en las precauciones recién prescritas abro, y Spohr entra con una prisa extemporánea, desencajado, al límite del autodominio.

—¡Sobre todo no salgáis solos! Y no comáis nada hasta que consigamos garantías. Crowley, Borrell, Rosa Vinyals y algunos Camarlengos están envenenados.

Midoissa le coge por el hombro.

—Tranquilízate. ¿Envenenados con qué? ¿Es grave?

—Zapruder ha mandado venir a un médico. No se conoce la sustancia, tienen espasmos nerviosos, urticaria, sudor frío, caída de tensión, ahogo, arritmias.

—¿Todos tienen todos estos síntomas?

—No. En parte sí, no lo sé, no hay medios para establecer con certeza de qué se trata... Choque tóxico, choque anafiláctico. Les han dado no sé qué para pararlo.

—¿Antihistamínicos?

—¿Qué habían comido diferente de los demás?

Su gesto es de incertidumbre.

—Todos hemos comido más o menos lo mismo. Lo que han traído los oficiales, lo de Bettina —se adelanta a la pregunta—. ¿De dónde lo ha sacado? Ha salido hacia la estación y ha encontrado un puesto de reparto para oficiales Contracamarlengos. No recuerda haber visto conocidos.

Digo:

—¿Le han dado la comida así como así?

Spohr sonríe con tristeza.

—Los Van Egmont tienen prerrogativas especiales. Aquí y en todas partes.

Coge aire. Le digo:

—¿Has venido solo?

—Me acompañan dos guardias. Esperan afuera.

Midoissa dice:

—¿Son de fiar? —Spohr se encoge de hombros—. ¿Zapruder tiene el control? Lo entiendo, no hay manera de situarlo.

—No hay certeza sobre nadie, ni alternativa.

—¿Algún plan?

—Restablecer la red de contactos, conocer la situación y decidir.

—Nada nuevo.

—Para actuar, no. Por la información... Las comparecencias y los trabajos de la Comisión están aplazados, y según lo que haya y cómo evolucione, Zapruder prepara un plan de evacuación de los agentes externos.

Midoissa y yo nos miramos.

—¿Hay indicios de un lugar más seguro?

—No consta ninguno más seguro que donde estamos. Si llega información fiable, Zapruder también lo tiene a punto para trasladarnos.

Se hace un silencio. Conminativa, Midoissa dice:

—¿Hay algo preparado en caso de que los asaltantes lleguen hasta aquí?

—Teóricamente estamos protegidos por una docena de oficiales con órdenes de no moverse.

—¿Teóricamente?

—En fin...

Digo:

—Me gustaría saber de qué me tengo que hacer a la idea. ¿De huir? ¿De luchar? ¿De perseguir?

Se miran los dos.

—Un dilema interesante —dice Spohr, poco a poco más tranquilo.

—Inestable —dice ella, y requiere—: Si los desplazamientos son tan inciertos, es fundamental la comunicación, y está perdida.

—Hay una red móvil alternativa.

—Lo he visto, sale por defecto. ¿Es segura? —dice Midoissa.

—No se sabe, pero no hay otra.

La catástrofe que tenía que llegar ya está aquí. No tiene sentido tener miedo.

—Así que no hay plan.

—No movernos y esperar a que traigan comida. Hoy, las neveras de las habitaciones —se ríen—. No es lo más sano ni ecológico, pero por un día no nos matará.

Un nuevo silencio.

—Si se quiere salir, ¿cómo se avisa? ¿O nos la jugamos?

—De un cuarto a otro no parece tan peligroso. Ni llegar al salón o a la biblioteca.

Nos vamos mirando.

—Hasta ahora los asaltantes no han llegado hasta aquí.

—Y si llegan, ¿qué? Por más cerrojos que echemos, ¿las puertas están blindadas?

—Si no vienen con una bazuka o con un gato no las traspasarán.

—¿Un gato? ¿Contra qué lo apoyas?

Spohr abre los brazos.

—No anticipemos males. Nada de esto tiene por qué pasar —se levanta, mira como si le interesaran las paredes y el mobiliario—. Para lo que sea, ya lo sabéis, estoy en la 11.

Pillo a Midoissa mirándome con una intensidad tan convulsa que busco furiosamente a qué atribuirla. Al final de la orbitación, me rindo ante la idea de que los asaltantes están a sus órdenes, una excitación tan dura que solo podemos acabar como leones. ¿Pero dónde se degüella a esta bestia?

No es necesario insistir en que los envenenamientos complementan otros ataques, pero no los sustituyen. Con sensaciones de impotencia repartida, Spohr se va. Le acompaño a la puerta para cerrarla. Le esperan un par de Camarlengos, pero no oficiales. En el pasillo no se aprecia nada extraño. Ojalá todo ello quede aquí y se arregle pronto, a pesar de que no me sustraigo al agradable gusanillo aventurero —un peligro no extremo, y Midoissa y yo encerrados en la habitación con plazos temporales inciertos no es un panorama tan desolador.

Una vez solos, me dice:

—Según una teoría, las especies tienen un metasistema genético equivalente al que para las células son los telómeros. Su acortamiento gradual a lo largo de siglos configura una deriva hacia el agotamiento. Las especies desaparecen por inadecuación con las nuevas condiciones ambientales, y aunque no fuera así, también lo harían por su mismo ciclo evolutivo.

—Igual que el Gran Año platónico en relación con el año de trescientos sesenta y cinco días, también existe la gran muerte de los géneros en relación con la de los individuos.

—La obsolescencia programada por la biología.

—La especie humana ya tiene los metatelómeros bastante acortados.

—Hay divergencias sustanciales. Los evolucionistas radicales sostienen que hay que tener en cuenta la ampliación proyectiva de lo que se podría entender como naturaleza humana simplemente equiparada con la de los animales.

—Conozco la teoría. La naturaleza humana ha llegado a la red virtual, y los entes producto de los avances tecnológicos interactúan con los telómeros egregoréticos.

—El Egrégor ya forma parte de la red.

—La red forma parte del Egrégor.

Ahí está la proyección. Y ahora qué comeremos, qué terrible, fantástico precipicio nos espera como alternativa al tedio. Midoissa se vuelve a poner los zapatos y se va hacia la puerta.

—Estoy cansada. Con tu permiso me voy a echar un rato.

La brusquedad de la acción me da pie para decir:

—¿He dicho algo que te ha molestado?

Ríe.

—¡Todo lo contrario! Te encuentro encantador. De verdad necesito descansar.

Me suena a sentencia de muerte.

—Te acompaño.

—Muchas gracias, no hace falta.

—¡Venga! Después de lo que nos han dicho.

¿Estoy siendo inconveniente? Ante la duda quedo peor como bobo desconsiderado.

Salimos, y hay calma total en el pasillo. Todo está como siempre salvo las luces: solo las de emergencia a ras de suelo, y el aire tenebroso lo empeoran el silencio y la ausencia de vida. Me las doy de protector, y como me deja la iniciativa me lleva a sospechar si estoy haciendo el ridículo, si el pretendido peligro es inexistente y nos toman el pelo. El extremo de la duda es si Midoissa forma parte del fraude. Como enamorarse, la disyuntiva entre quedar como idiota o pasar de largo por la vida.

Nos despedimos ante su cuarto, y al volver me dan ganas de ir de excursión al peligro. Ante la habitación 11 recuerdo que es la de Spohr, y pruebo suerte. Llamo, y una voz tensa pregunta quién es. Me identifico, y tarda en abrir más de lo normal.

—¿Qué pasa? —me dice, parapetado tras la puerta abierta apenas medio palmo—. ¿Has salido solo? ¡Estás loco!

Saca la cabeza un segundo para comprobar quién sabe qué, como si estuviera haciendo el acto más arriesgado del mundo.

—¿Puedo entrar?

Me hace entrar de un revuelo y cierra la puerta segando el espacio tras de mí.

—¿Y Midoissa?

—Ha ido a descansar.

—¡Sola!

—La he acompañado.

Pienso por qué sabemos que estás en la habitación 11. Has

marcado paquete ante ella.

—¡Muy bien, hombre! ¿Hay alguna novedad?

—No por mi parte. No creo que quedarse encerrados esperando sea buena idea.

Me repasa como a un sospechoso.

—¿Qué sugieres?

—Ya que somos un Egrégor, actuar como tal. Cuando menos, salir de aquí.

Suelta una risita sarcástica, pero no del todo menospreciadora.

—La cuestión es hacia dónde, en qué dirección, y para qué.

—Solo una opción clara. Clara como concepto, no como realización. Como posibilidad.

Nos sentamos, me ofrece bebida.

—No te sigo. Perdona, tiendes a hablar en abstracto.

—Juntémonos para irnos. Siempre seremos más fuertes siete que uno.

—Ahí estoy de acuerdo.

—Por eso te digo que es la única posibilidad. Una ocasión única para descubrir qué pasa, y no solo con el asalto de los indigentes, sino con todo. Las pugnas en la Isla de los Muertos, dentro de las cuales el incidente de la Torre Norte por el cual hemos sido convocados no es más que un pequeño síntoma irrelevante en sí mismo, una excusa para escenificar (no para resolver) un conflicto más amplio y profundo. La prueba es con qué facilidad ha pasado a un segundo plano.

—¿A un segundo plano? ¡Ha desaparecido!

Intento verlo como no lo he hecho hasta ahora, sin prejuicios de casta ni de tribu. Spohr es un tipo agradable, de mi edad, proporcionado, con una aceptable tendencia a la corpulencia, manos grandes, finas y expresivas, tirando a rubio, facciones nobles y definidas, indecisas entre fanfarronería y ansiedad, vigilante, reflexivo, más reservado de lo que quiere aparentar, nariz recta, ojos felinos, frente amplia y aerodinámica, orejas pequeñas y redondeadas. No lo puedo juzgar porque estoy fatalmente lastrado al saber que es amante de Midoissa. Tengo que ser benévolo para no quedar ante mí mismo como un provinciano casposo encallado en celos propios de pequeños cretinos. Amparar con simpatía impostada la soberbia a contrapelo, contra natura, convertir una amable sonrisa en máscara del deseo profundo de partirle la cara. No tendré nunca ocasión de saber si me cae bien o mal.

—Intentar llegar al centro de poder de la Isla de los Muertos.

—Una idea brillante. ¿Sabes dónde está?

—Lo encontraríamos. Por lógica, en la Torre Blanca —me adelanto a su objeción—, y si está destruida o no se ha llegado a construir nunca, siempre será una información valiosa para descartar hipótesis y

llevarnos a otro lugar.

Lo piensa, y no sé si es porque todo eso no se le había ocurrido, o si tan solo identifica la respuesta prescrita. El juego de la honestidad tiene más aliciente cuando no sabes si te juegas más tú que el otro, porque te parece que si ganas lo descubrirás.

Me dice:

—Pasas muy deprisa por encima de los hechos inmediatos. Un grupo importante de asaltantes ha conseguido entrar en el edificio, ha ocupado una parte y la seguridad está en entredicho.

—¿De verdad? ¿Estás seguro? ¿Has oído el alboroto? ¿Has visto fuego en algún lugar? ¿Has visto a los atacantes? ¿Te ha llegado alguna imagen? ¿Has tenido que asistir a algún miembro del staff descalabrado? ¿Has visto a los muertos?

Nos quedamos mirándonos, más que nunca sospechosos de sospechar, sospechando que el otro sospecha.

—¿Nos mienten? ¿Por qué?

—Por un montón de motivos. La investigación se les ha ido de las manos y no saben cómo cerrarla para que sea creíble —río—. ¡Tampoco nos pueden liquidar a todos!

—Según esto, quieren que nos vayamos. Pero si no lo hacemos y nos ponemos a investigar por nuestra cuenta, ¿será tan peligroso como dar con los asaltantes?

Hemos llegado al punto en que no se sabe si juega con ventaja quien interroga o quien sabe más que el otro. La certeza de que el Estado siempre miente ya no es una ontología, sino un grano en el culo. Me he cansado, y decido que total...

—Me da igual. Hemos llegado al límite. Esto tiene una dimensión que se nos escapa, y tal como va se nos escapará siempre. La solución pasa por nosotros mismos, por quienes somos, por la razón por la cual cada uno ha sido convocado —me escucha con una atención tirantísima, tanto que casi da miedo, pero más bien me tienta a reír, porque no se me había ocurrido que yo también pudiera despertar recelos en los otros, que imaginen que sé más de lo que sé. Todos nos inoculamos la manía persecutoria recíproca-colectiva—. No sé nada de ti, nada relevante. Si tú sabes algo útil para hacerme cargo de la situación, por favor, es el momento de decirlo.

Lo medita lo suficiente para darse cuenta de que tengo que haber deducido que si tarda tanto es porque hay algo que decir. Suspira y baja los brazos y la vista con abatimiento. Vuelve a levantar los ojos, y dice:

—Tu toma del punto de vista, real o no, ha incomodado a las altas instancias. Kreis no puede permitir una injerencia en este punto. Te tiene en su punto de mira.

—¡Pero qué injerencia, si no he hecho nada!

—Lo harás.

—¿Cómo que lo haré? Y, además, ¿qué? Si todo... Sea lo que sea, me están induciendo, ¡me están empujando!

He estado a punto de decir «me estáis», pero lo he salvado a tiempo.

—Yo no lo sé.

—¿Pues de dónde lo sacas?

—No es difícil de deducir. Por cómo hablas tú mismo te has dado cuenta, es evidente. No buscas respuestas, sino confirmaciones, y si lo niegas te tienes que volver el primer sospechoso de ti mismo. ¡Autotraicionarse por ansiedad no está mal, pero por impaciencia, por atontamiento...! La primera persona es un atributo de los elegidos por la transparencia. Es una prerrogativa fuera de las sucesiones temporales de causa y efecto. No busques el origen, no lo encontrarás porque es una resolución tomada desde el futuro.

Hace tiempo que no me parece delirante sino necesario haber descartado ser el autor de todo, pero para ganar la última batalla hay que librarla.

—Me estás tomando el pelo.

Ríe con tristeza.

—En absoluto. Por un lado hay demasiados imprevistos.

—¿No acabas de decir que Kreis no se los puede permitir?

—No he dicho tal cosa, pero, aun así, no esquivo el argumento: la imprevisión de lo que tú o cualquier otro haga forma parte de un conjunto de un grado superior con una capacidad de previsión de acuerdo con su categoría. El encuentro de Casandra y el asno que lleva las reliquias es un clásico del Juego de la Fragmentación. De aquí sale el patito feo, o sea el Mensajero.

—Y estos somos tú y yo.

—No del todo.

Se me sublima en ira la tentación de preferir que la vida sea un continuo de malas bromas cotidianas, de empecinamientos en estropear los buenos finales. La coherencia a cambio de un gran final.

—¿Me tomas por idiota?

Me lanza una sonrisa límpida, desinhibida, extrañamente franca.

—Eres el idiota. Pero no el que te imaginas. Eres el idiota filosófico, filósofo, filosofado, depende de la versión, te lo explicarían mejor que yo los Morel y los Giselberti.

—Y aún mejor Max van Egmont.

—¿Por qué no? Y Primo Pietrea en persona.

—Dejémonos de monsergas.

—¿Qué propones?

—Que con alguien más del Egrégor consigamos un inhibidor de alarmas y salgamos de caza.

—¿Para huir?

—Para descubrir qué pasa, y si se tercia, llevarnos el gato al agua.

—Si no sabes recodificarlo, el inhibidor no te servirá de mucho.

—¿Quién sabe?

—Novembrini —hace gesto de suficiencia—. Seguro que vendrá.

—Nos espabilaremos. Cualquier cosa será mejor que quedarnos aquí esperando que se nos lleve la corriente.

—De veras crees que afuera, no se sabe dónde ni en qué condiciones, estaremos mejor.

—Estoy convencido. ¿Cuándo la acción y el conocimiento no han sido preferibles a la ignorancia y el inmovilismo? ¿Qué hacemos estancados aquí hasta que el mundo se nos caiga encima? Piensa qué puede ser esto dentro de poco: todavía sale agua de los grifos y funcionan los relojes, pero la luz ya ha empezado a bajar. No nos podemos quedar como si no pasara nada.

—O sea que no nos atrevemos a cruzar la puerta, pero estamos dispuestos a circular por toda la Isla de los Muertos... Supongo que ya da igual. ¿Y si al final encontramos a Kreis? Si las Órdenes Vigilantes no nos paran antes, cosa más que probable por otro lado por más inhibidores que gastes, tarde o temprano pasará.

No sé qué queremos, qué indica o revela querer una cosa o la otra. Siento que le molesta tanto como a mí que de cualquier cosa dicha, tanto dan la intención y el tono, se pueda deducir que queremos destruir la Isla de los Muertos, o salvarla, y nos ata un compromiso previo en el sentido que sea. No se quiere sentir nadie propietario, pero a la propiedad no renuncia nadie. La libertad como estandarte del ego, la interferencia del sentido de propiedad en el goce estético. Falsa, burlona médula de la gran broma final. Digo:

—No sé si alternativa o consecutiva de lo que dices, la pregunta relevante sería por qué tenemos que hacerlo, tanto en el aspecto práctico como en el de principios. ¿Para salvar el Archicenotafio? Me importa un bledo. ¿Para salvar la vida? ¿Por qué se emprenden las acciones arriesgadas, por qué se asaltan los hitos determinantes? ¿Siguiendo los impulsos genéticos primarios que los maestrillos llaman deber, vanidad, culpa, deuda, ansia de conocimiento, instinto depredador, resentimiento, deseo, codicia?

—Sean cuales sean los porqués, inmediatos o profundos, ¿qué harás si te encuentras con Kreis?

—¿Qué debería hacer?

—Mátalo antes de que te mate él a ti, no puedes hacer otra cosa. Pero de aquí a que puedas... ¿Crees que lo encontrarás desprotegido? Irás contra una roca.

—Podemos esperar a que los asaltantes hagan el trabajo.

—Este lo tienen difícil. Para llegar ahí no nos hace falta movernos.

Me impaciento.

—Tenemos que contactar con los otros.

—Sin protección, yo no me muevo de aquí.

—Me ocuparé yo. ¿Te va el smartphone?

—No, ¿y el tuyo? —le indico que no—. El de Midoissa tiene acceso preferente, y el de Bettina también —se ríe—. Nos salvarán las mujeres.

—Como siempre. Manos a la obra. ¿A qué esperamos?

Se me queda mirando como a un demente.

—¿Cuál es el plan? —abro los brazos, y hace un gesto de abatimiento—. Supongamos que todos están de acuerdo, o como mínimo Bettina y Midoissa. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué comemos? ¿Qué nos llevamos? ¿Las alpargatas, el cepillo de dientes, las llaves de casa?

—Me gusta tu sentido del humor. ¿Y si empezamos por las señoras? Me da igual, la que prefieras.

—¿La que prefiera en qué sentido?

Se nos escapa la risa, o nos lo hemos forzado. Si Midoissa se ha ido a descansar, no seremos muy bien recibidos yendo a molestarla, y aún menos si lo ha dicho para ir a otra cosa.

Digo:

—Vamos a la habitación de Bettina.

Spohr me obliga a tomar precauciones. A pesar de que solo hay que ir tres puertas más allá, tenemos que abrir la nuestra despacio y apenas medio palmo, sacar la cabeza muy muy lentamente, preparados para retroceder en caso de peligro, en todo momento a punto para una retirada fulminante. Me hace ir delante, y los poco más de diez metros entre puerta y puerta los tenemos que hacer aprisa.

Llamamos, y abre Bettina sin señales de contrariedad ni nerviosismo.

Le expongo el caso, y Spohr y yo repetimos ante ella parte de las objeciones mutuas con que nos hemos obsequiado poco antes. Cuando llegamos al inhibidor, nuestro desconocimiento del caso queda patente delante de ella. Nos dice:

—No son cámaras, es un sistema GPS evolucionado que proporciona una imagen virtual total en tres dimensiones, desde el punto de vista que se quiera, del conjunto de los espacios de la Isla de los Muertos. El inhibidor crea una nube a tu alrededor de entre tres y cinco metros, depende de la potencia, y reconstruye lo que había los instantes anteriores. De forma ocasional, si el entorno está en movimiento, un vigilante experto puede detectar objetivos protegidos por un inhibidor siguiendo los efectos no habituales.

—¿Un entorno en movimiento?

—Escaleras mecánicas, luces del ascensor, otros transeúntes, nubes en las ventanas, todo lo que el manual de uso recomienda evitar justamente por eso.

Digo:

—Debe de haber un centro de control y operaciones. Si lo encontramos habremos llegado al mando real del Archicenotafio, el centro neurálgico que buscamos.

Spohr hace un gesto de desaliento profundo.

—Un plan confuso, pero ya me conformaría. ¿De dónde sacamos el inhibidor?

Bettina ríe.

—Objetivo previo al objetivo: conseguir uno —hace una mueca divertida—. Dejádmelo pensar —se le ilumina la cara—. Los contactos de Midoissa.

Le diría que mejor no molestarla, pero pienso: como Bettina no está en antecedentes, llevando ella la iniciativa no será problemático.

Se reproduce el ritual de miedos y cautelas de Spohr en el momento de salir, pero ante la señora está atento a no quedar como el miedica. Bettina avisa a Midoissa por el smartphone —se confirma que disponen de un canal operativo—, y nos vamos.

La ponemos en antecedentes, que ella escucha sin muestras de aprobación ni de rechazo, y una vez acabado, Spohr dice:

—Se me ocurre, con la lógica de los vigilantes... Me extrañaría mucho que con un mecanismo así no queden grabados como mínimo los movimientos significativos.

No sé si quería cambiar de conversación. No pienso dejar escapar lo que nos ha traído aquí.

—Es más que probable.

—Habría que volverse a preguntar por qué no nos han proporcionado la grabación del incidente de la Torre Norte.

—Es irrelevante.

—Como incidente en sí, seguramente, pero quizá no en el entorno de las causas y los efectos. Podría explicar el conflicto de fondo.

Bettina dice:

—Si ya en situación normal en cuanto al orden interno era complicado acceder a los datos y moverse con normalidad, no creo que ahora logremos investigar nada.

Digo:

—Si llegamos a centros de información, quizá. Depende de en qué situación estén en relación con el asalto de los insurrectos.

Spohr dice:

—Nos hacemos ilusiones. En cualquier entorno de poder, lo más protegido son los centros de información. Si los asaltantes entran en

dependencias de ocio o en residenciales de servicios, puede ser un mal menor, pero ahí... Ahí el grueso de las Órdenes Vigilantes se habrá concentrado.

—Aun así, qué nos hace suponer que si estos centros...

—La existencia de los cuales es una hipótesis.

—... cierto. ¿Si han caído bajo el control de los asaltantes, de qué acceso dispondremos? Ante gente mayoritariamente desinstruida no hay distinción entre nosotros y Zapruder o Nietsripas.

No deja de ser indicativo, pienso, para quien no existe tal distinción. Nos volvemos hacia Midoissa, hasta ahora en silencio.

—¿Qué te hace suponer que los asaltantes son una horda desinstruida? El grueso quizá sí, quienes se mueven por hambre y necesidad, pobre gente, y esa pena tienen. Pero quizá están dirigidos por filósofos.

Digo:

—¿Y a esos filósofos les pareceremos más guapos que Zapruder y Nietsripas? ¿Les explicaremos quiénes somos y qué queremos y dirán, «ah, qué bien, pasad y servíos»?

Spohr dice:

—Si se lo pide Midoissa, seguro.

Midoissa no mira a Bettina (ni reacciona con desprecio). Deben compartir información y privilegios. Solo hay que aclarárnoslo a Spohr y a mí.

—¿Creéis que no tendré ni que presentarme, no?

—No lo sé, dínoslo tú.

Reímos. Dice:

—No podemos ir vestidos así. Os traeré ropa para no llamar la atención con los asaltantes, que con estas pintas de dandis nos liquidarían a la primera. Y, ante todo, tenemos que conseguir un inhibidor de señales.

Se miran como si fuera un juego. Midoissa teclea en el smartphone, y nos dice:

—Ha habido suerte. Incluso tendremos provisiones.

—Fantástico —digo.

—Entretanto tendríamos que planificar... —dice Spohr.

—¿Qué? —le dice Bettina—. ¡Si no sabes con qué te vas a encontrar en la esquina, ni mañana qué comerás ni dónde dormirás! Va a ser explorar la selva o el desierto.

—O un planeta ignoto —digo, y me sabe mal que me haya quedado como si me burlara.

No ha pasado ni un cuarto de hora y llaman a la puerta. Son Mercedes y Fabrici, acompañados por cuatro Camarlengos, que se quedan fuera montando guardia. Fabrici entra en materia.

—Les he traído dos inhibidores, por si se tienen que separar, y

aunque no sea así, si van más de seis, uno solo es incómodo y poco operativo. Tienen un alcance máximo de tres metros y medio en todas direcciones, esféricamente —nos los muestra—, pero con este regulador se puede reducir hasta un metro. Utilícenlo si se encuentran con alguien, porque si no los harían desaparecer y llamaría la atención. Mantengan la distancia, y aproxímense entre ustedes. Si encuentran a la Guardia, piensen que esta maniobra forma parte de su protocolo de alarmas, y por tanto no les pasará desapercibido. Valoren la posibilidad de desconectarlos, o dejar que los aparatos actúen sobre todo el mundo. Los guardias no los detectarán en el momento; cuando hayan desaparecido, aléjense tan deprisa como puedan y hagan trayectorias de distracción, porque seguramente mandarán a una patrulla desde el centro.

—Suponiendo que el centro de control esté operativo —dice Mercedes.

Fabrici sonríe.

—Debemos suponerlo, porque si no, no necesitan inhibidores.

Mercedes da una bolsa de papel a Bettina.

—Comida contrastada. Sin veneno.

Hay risas. Digo:

—¿Ya somos la corte del césar? ¿Tenemos esclavos catadores? ¿Cuántos han muerto hasta ahora?

—No seas bestia. Tenemos tiras químicas detectoras variadas y eficaces.

—¿Os fiáis? Si los atletas se las saben todas para doparse, ¿aquí no tendrán un veneno no detectable con los reactivos disponibles?

—Adelante, pues, a morir de hambre y de sed.

Se oye un alboroto creciente proveniente del este. Gritos, golpes. Quedamos en silencio. Spohr dice:

—Quizá ya no haya que salir.

—Al contrario, es la hora de huir —dice Fabrici.

El jaleo se acerca. Me separo hacia un rincón cerca de la ventana, y viene Bettina, solícita. Me enternece que me trate como a Curwen, que no para de quejarse. Le digo:

—Llegado el caso, ¿hemos pensado en qué bando estamos? Hemos tomado partido por los humanistas frente a los pragmáticos, pero ahora ya no tiene sentido. ¿Qué haremos ante un enfrentamiento entre asaltantes y guardianes?

—No tendremos opciones, elegirán ellos por nosotros. Aunque te disfraces de paria, ¿si sospechan quién eres, piensas que para los asaltantes eres diferente de un Teniente de Camarlengos?

Las carrerillas llegan al pasillo. Quedamos en silencio de nuevo. Fabrici se pone el dedo en los labios. Miro las caras: Spohr, de terror, Bettina y Mercedes no tanto, Fabrici jugador de póker, Midoissa casi

burlona. Estudio de caracteres, posicionamientos bélicos, qué más da. Todos quietos hasta que el alboroto se aleja, sin que parezca que hayan abierto ni forzado ninguna puerta.

Digo a Bettina:

—Sería mejor adelantarnos a los hechos en vez de esperar a que nos pasen por encima.

—¿Cómo? Te recuerdo que no sabemos qué pasa. Has dicho con mucha alegría que el enfrentamiento entre humanistas y pragmáticos está liquidado. ¿Estamos seguros de que no hay una facción aliada con los asaltantes?

Me entra en crisis la confianza en la complicidad. Midoissa misma, tan tranquila, quizá participa en el asalto. Yo mismo, ¿estoy seguro de dejarme matar para defender el Archicenotafio? ¿Las autoridades dudarían en sacrificarme en caso de necesidad táctica? Una vez que se han vuelto tan difusos el compromiso moral y los principios, selváticamente el interés personal señorea en un primer plano que no ha abandonado nunca. Se anuncia la ardiente luz rojiza de la lógica. No hay enfrentamientos en el Archicenotafio. Todos trabajan para los mismos. Y tampoco son ellos.

Llaman a la puerta. Quedamos clavados.

—Soy yo —dice una voz rancia.

—Abre, es Curwen.

Entra Shelly, con la habitual dejadez de perro vapuleado. Se me figura un diálogo sobre la tautología reducida del absurdo. A la pregunta «¿eres tú?», ¿desde dónde y con qué objeto se respondería «no soy yo»? No es momento de enredos retóricos, y nos esperamos a que le echen la bronca por pasearse sin protección y le pongan al corriente de los planes. No tengo claro ir a la aventura arrastrando a un pseudoadolescente que no para de marearse y reclamar atención. Espero que otro haga el trabajo sucio.

No lo hace nadie, y me da tanta pereza que prefiero darles más oportunidades. Bettina y yo no nos hemos movido. Le digo:

—No me dejas mucho donde agarrarme.

—Debes de estar mal acostumbrado, amigo mío. ¿No has ido nunca por el mundo sin incertidumbres?

Nos miramos como si no nos pesaran las preguntas de ida y vuelta. Muy cerca, Midoissa escucha las advertencias reiteradas de Fabrici, que nos debe indicar que no tiene intención de acompañarnos. Mercedes mantiene un ademán grave, pero nada pomposo. Me parece una mujer de una gran elegancia y atractivo, y no deja de ser extravagante por parte de todos el éxito de su propósito manifiesto de mantenerse en segundo término. ¿Hay alguna consistencia afectiva entre nosotros? Ya no digo sentimental —quizá esta sería más fácil.

El alboroto retorna en sentido contrario, y otra vez quedamos

quietos intentando distinguir voces conocidas entre los gritos, si hay portazos. No hay, o no los captamos. Como antes, la monstruosidad se va tal como ha venido, y nos quedamos mirándonos sin saber qué hacer con la desafinada música de la prisa. Fabrici dice:

—No les puedo aconsejar sobre la conveniencia de salir de aquí para emprender una marcha no se sabe dónde. No les animo, pero tampoco me atrevo a decir que quedarse será más seguro. Yo no me voy a mover, tengo el cuarto al otro lado del salón y no tengo nada que hacer fuera de aquí. Se les presentarán problemas prácticos insoportables para mí: dormir, la toilette, las costumbres... Son jóvenes, lo superarán.

Digo:

—Tenemos que recoger a Mina y Rakshasi.

—¿Y Shelly? —dice Bettina.

Ella misma ha quedado más dubitativa que exigente. Midoissa dice:

—Ahora no sabemos por qué, pero si hemos empezado como Egrégor, para bien o para mal como Egrégor tenemos que seguir adelante.

Fabrici asiente con una sonrisa bondadosa. Me apostaría cualquier cosa a que piensa «da igual lo que hagáis, con Curwen o sin Curwen no lo lograréis, pobres pánfilos».

Bettina y Spohr se van a buscar a los tres restantes, y oyendo cómo Midoissa atiende las explicaciones técnicas de Fabrici, me pregunto si las necesitamos, que no es lo mismo que si nos serán de utilidad. Me veo reflejado en un enfermizo, impropio estado de búsqueda, como si Midoissa, al clavarme intermitentes miradas de indiferencia me estuviera diciendo: «¿estás satisfecho con lo que has conseguido?», y demasiado tarde me diera cuenta de que desde un salvaje juego de abstracciones destilado solo por ella y por mí no me habla de la expedición de hoy sino de mi vida. No se sabe si los demás querrán venir. Les he dado ánimos, y han confiado. ¿Qué les debo? ¿Qué tienen derecho a exigirme? Nadie les ha apuntado a la cabeza con una pistola. Se aspira a la libertad, pero se elude la responsabilidad. ¿Ilusión de libertad para qué? La mirada de Midoissa continúa: «¿Qué esperabas de la vida? ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estás, que habrías podido ser? ¿Te gustas? ¡Experto en ingeniería distópica de sistemas integrados! No está mal, ¿pero es la ocupación deseada para el resto de la vida?»

Midoissa ha entrado con Fabrici en un grado de exigencia más alto que el aceptable, y el prescriptor de patentes resulta ser un pensador aficionado.

—Hay una diferencia sustancial entre la mentira del historiador y la del poeta. Una es un claroscuro: la verdad es blanco, pero

apreciamos por mentira no solo negro, por cierto bastante inhabitual, sino toda la gama de grises intermedios. Y la otra es una figuración abstracta sin ningún aspecto punible desde ningún punto de vista.

—No me extraña que todo el mundo quiera ser poeta —dice Midoissa.

Fabrici se ríe.

—A mí, que Platón les expulsara de la ciudad ideal. Encuentren lo que encuentren les aconsejo que no esperen recompensas.

—Yo no espero nunca ninguna —dice ella, y me vuelve a mirar—. Cuando se entra en equilibrios entre percepciones de recibir y dar, arrastra qué es amor y qué egoísmo.

Fabrici dice:

—Doy por hecho que asumen que reconocer un objetivo les sitúa en un estado de expectativa elevadísimo en referencia al resto de la Comisión, incluso al resto de los que estamos aquí.

Digo:

—Cuando nos obcecamos en dudar si hay un gran objetivo hacia el cual se dirige la humanidad, o si tal objetivo estaba pero la humanidad ha renunciado a él, la necesidad se impone. Pese a que su inmensidad impide verlo, el objetivo no era sino la voluntad de algunos aplicada al fantasma de la existencia como revuelta, elaborarlo para dar un sentido a la colectividad y salvarse de los insoportables vértigos de la nada absoluta. La renuncia, que afecta no al hecho sino a la voluntad que lo genera, es la consecuencia de un colapso de la energía intelectual colectiva, por cansancio, por agotamiento de los telómeros egregoréticos.

Midoissa dice:

—Conceptual y abstracto. No aplicable al caso presente.

Digo:

—Sí, pero una vez resuelto. El valor de la actuación recae en la capacidad para apreciar como movimiento la aproximación al objetivo. ¿Cuáles eran su naturaleza y su contenido?

Fabrici dice:

—Construir la divinidad como objeto individuador colectivo como pretende Tipler, ¿no va más allá del objetivo de la migración de las aves o de la floración en primavera?

Digo:

—¿Y si fuera eso, si el objetivo de la migración de las aves, la floración en primavera y la formación de los minerales en la corteza terrestre, la deriva de los continentes y la evolución de las presiones atmosféricas y el conjunto de los fenómenos naturales fuera construir la divinidad como objeto individuador colectivo?

—Por analogía obligaría a replantearse si la humanidad tiene un gran objetivo —dice Fabrici, y digo:

—Por analogía reconocemos el objetivo que aquí tampoco sentimos, y aceptamos su responsabilidad. Esa es la inflexión que empuja a conectar el contrato individual que nos ha traído aquí a cada cual con aquel primer objetivo disuelto en la actualidad aparentemente desmayada. A decidir si son la misma incertidumbre, si la solución de un camino llevará también a la del otro.

Sin ironía aparente, Fabrici dice:

—Si se resignan a acabar aristotélicos o están dispuestos a inmolarse como platónicos.

La conversación entra en un proceso osmótico con la realidad. La cabeza se me va, Midoissa se vuelve transparente como un ángel del Quattrocento. O me lo debe de parecer. Las ilusiones de los sentidos emanadas de dónde, de uno mismo, de este uno mismo en quien no se reconoce nadie más, a favor del desasogiego. Está inclinada hacia Fabrici, y sin moverse se desdobla en una segunda transparencia que, desmayadamente ansiosa, oferente, se vuelve hacia mí.

Como si mirara bizco, la vista me vacila entre la Midoissa transparente dirigida a Fabrici y, ángel terrible, la todavía más transparente que me sonríe. El peso de la simultaneidad me arrastra a la tentación de tocarla, de abrazarla. La resisto por miedo a destruir el fenómeno, por sentirme incapaz de desbrozarlo como si fuera humo, de cruzarlo como la niebla. Aunque también podría ser sólida, y dispersarse gaseosamente la que se dirige a Fabrici, o eléctrica y causarme un choque, o helada y deshacerme, o un agujero negro para desaparecer.

Una subida respiratoria y adrenalínica, efecto físico de un revuelo extremo, coincide con el encuentro de los ojos, con la solidez contrastada de mirarnos tan fijamente que duele. ¿Es ella, o ella es la solidez insoportable de estar por Fabrici? ¿Tiene el don de la ubicuidad sentimental, o la capacidad de desdoblarse en dos tiempos diferentes para atendernos al uno y al otro sin interferencias? Eso comportaría que Fabrici y yo no interactuáramos. Quiero hablar pero, como en las pesadillas, no me salen las palabras ni los movimientos —quizá me afectaría la volumetría temporal. Ella está protegida, o es una bruja poderosa.

—Hemos trazado un objetivo, y que tenga o no un significado trascendente no cambiará ni la necesidad que nos ha empujado ni el resultado —dice Midoissa, las dos a la vez con dos voces reales superpuestas y distinguibles, pero la de Fabrici con cara y música serias; y la mía, burlonas.

En este punto, decreto, tengo que dar señales inequívocas de si estamos en un código realista o en uno no realista, mágico, de cuento de hadas, sobrenatural, surrealista, simbólico, mítico, absurdo, textualista —tanto da una irrealidad como otra. Si en los personajes se

produce un efecto psicológico evaluable en términos de neuropsiquiatría, o se trata de un deus ex machina narrativo de donde vendría todo, o como mínimo donde llevan los procedimientos con alguna dosis extra de abstracción formal que lo aparta de la Historia como género. Se trata de dar un conjunto articulado de señales, no necesariamente contradictorias sino con cierta ambigüedad armonizada de forma que la tensión resida en la duda de si se está en código realista o no —en la acepción más vulgar del término. Como en tantas cosas, la bondad del resultado solo tendrá una referencia objetiva posible en la ley superestructural suprema, las matemáticas. Ritmos, recurrencias numéricas o correspondencias geométricas, da lo mismo el grado de analogía: la razón formal, la que expresa, describe y explica a la vez.

Fabrici dice:

—Les deseo todo el éxito del mundo —se ríe—, y por favor no me malinterpreten, no abogo por ninguna solución para las lacras de esta Madre Casa. Tan solo espero que no sufran ningún daño y salgan de aquí sin contratiempo.

Si sacudo la cabeza y miro hacia otro lado el efecto desaparece, pero como el dolor de cabeza perdura, cierta dosis de realidad estoy obligado a reconocer, a pesar de que en rigor tampoco es indicativo, porque el dolor de cabeza tanto puede venir de un incidente real como formar parte de una figuración irreal (como todos los males). Las últimas palabras de Fabrici vuelven como los efectos de una mala digestión. ¿No es esto, la vida? Empezar con grandes y variados objetivos, y acabar con los cinco sentidos conformados en la sola idea de sobrevivir.

Quienes tienen que venir tardan demasiado, y me empiezo a preocupar. ¿No los han encontrado? ¿No lo ven claro y están discutiendo? ¿Han convencido a Bettina y a Spohr para desistir? ¿Están haciendo la bolsa? ¿Ha habido un imprevisto y no los veremos nunca más?

Me levanto, camino por el aposento. Miro a Midoissa cuando ella levanta la cabeza para mirarme, y nos sonreímos con una amabilidad tan convencional que me da igual si es deliberada o consciente. ¿Su percepción ha sido la referida a mí o a Fabrici? Me pregunto si me aproxima más a la realidad pensar cuál de las dos era Midoissa «de verdad», y aparece la incógnita de a qué realidad se trata de aproximarse —mejor ni pensar desde qué otra—, cuál es la dimensión realista de este «de verdad», y aun el sentido de dar por hecha una «dimensión realista». Tengo que decírselo cuanto antes.

Como una revelación neuroquímica me aflora la pulsión sepultada: la Midoissa etérea que se ha vuelto hacia mí es mía, y la otra es la conexión que mantiene con el mundo, también etérea, pero no tanto.

La separación es imprescindible, y la parcialidad de la solución es la concesión para permitirnos una relación profunda en un punto de virtualidad en la que aparece la posibilidad de descubrir de qué otra realidad emana el engaño de la realidad en que nos movemos o creemos movernos, y encara la posibilidad de conocer si esta otra realidad emanadora es más real o menos falaz que la actual, si no hay otra detrás, o debajo, o encima, o envolviéndola, y así sucesivamente, inciertas todas, quién sabe cuál más hiriente (¿y esa será la medida de la realidad?) —un Juego de cajas chinas dimensionales. Visto en perspectiva, el conjunto de inclusiones también conforma un ente, que como Juego fragmentado no conforma tampoco aún la totalidad del Universo, porque también se constituye en elemento susceptible de ser contenido por un mecanismo dimensionador de un orden superior, y así una y otra vez. El Juego de la Fragmentación: a qué categoría de la realidad acceder para resolver el caso a tu favor, y saber hacerlo.

Vuelven Bettina y Spohr, con Mina, Rakshasi y Curwen, los tres con una mochililla al hombro, lo cual me obliga a replantear el equipaje. Le pregunto a Bettina si ha visto a alguien más, y en este caso qué le han dicho, quién conoce nuestros planes. Me dice:

—A Rakshasi y Curwen les he ido a buscar a su habitación, Mina estaba en el salón con el doctor Kelch y unos Camarlengos. He sido discreta, pero Mina ya sabes cómo es, ha preguntado más de la cuenta, y para que no pareciera que conspiraba ni que tenía nada que esconder he tenido que contar más de la cuenta.

—Sí, ¿pero qué?

—Que haremos una pequeña salida para asegurar el entorno.

Esto no me lo esperaba.

—¿Los Camarlengos no te han dicho que ya se ocupan ellos?

Ríe con un deje de conmiseración.

—Estaban más dispuestos a ocuparse de otras cosas —mantengo el ademán interrogante, y dice—: No ha habido susceptibilidades. Han insistido en la conveniencia de no salir de la habitación si no es por un caso imperativo, y en la prudencia extrema si no hay más remedio, y les he eximido de responsabilidades.

Para ponerse en marcha cualquier hora es tan buena o tan mala como otra. ¿A qué esperamos? ¿Qué nos falta que no nos continúe faltando de aquí a cinco minutos, de aquí a una hora, mañana, el año que viene? Casi ni decimos adiós a Fabrici, que tiene el buen gusto de no hacernos ningún obsequio final de recomendaciones y advertencias, y nadie parece apreciar la oportunidad de despedirse del resto de la Comisión.

Salimos, y los Camarlengos nos acompañan a las habitaciones respectivas para coger lo imprescindible, desde la ponderación de las probabilidades de no volver a estas habitaciones nunca más, sin

comentarios y evitando choques de miradas, con la prisa convertida en una dimensión exótica tan excitante y depresiva como la contingente inminencia de la tronada. Empezamos por una despensa intermedia, de donde la Midoissa saca ropa como para ir al taller, nos la reparte y nos cambiamos. Es menos ostensible de lo que me temía. Hasta parece posible pasar desapercibidos entre la turba, pese a que ir medio disfrazado de proletarios no deja de tener gracia cuando ya no hay, y los pocos que quedan van vestidos como los famosos horteras.

Agradecemos las gentilezas a los guardias, reiteran las recomendaciones y se quedan mirando cómo nos dirigimos hacia el corredor.

Los pasillos parecen tranquilos, y emprendemos el camino desde una deliberación mínima; mientras nada indique lo contrario, la meta es la Torre Central. Midoissa y yo delante, después Curwen, Mina y Rakshasi intercambiando posiciones, y detrás Bettina y Spohr. Midoissa lleva un inhibidor, Spohr el otro.

No es difícil recordar el camino de la Torre negra Noreste. Trazamos la misma ruta en todos los smartphones para asegurarnos de no engañarnos por ninguna irregularidad técnica. Sospechosamente, caminamos un rato sin encontrar a nadie. Apenas hay comentarios. No me siento en condiciones de decir si avanzamos, y tampoco sabría decir seguro hacia dónde. Lo que da sentido, incluso valor, a la relación posible entre Midoissa y yo es la absoluta falta de expectativas, la imposibilidad de que, pase lo que pase, hagamos lo que hagamos, haya el más mínimo peligro de llegar nunca a nada ni remotamente parecido a un compromiso. Eso valdría también para Bettina, qué curioso, que tengan una relación conmigo tan diferente la una de la otra no marca ningún cambio sobre la cuestión.

Pasamos por una especie de hall con aspecto de acabarse de montar una farra tremenda, y que no esté previsto que pase nadie a limpiar. Botellas derramadas, sillas tumbadas, moquetas vomitadas, servilletas ensangrentadas. Al fondo, una puerta entreabierta. Vamos allá con precauciones y la esperanza de que sea un lavabo. Lo es, y hacemos turnos.

Cuando me toca, también para evitar los detalles de la necesidad de una imperiosa limpieza a fondo, me distraigo con los dibujos de la pared, de una imaginación notable y una solvencia técnica nada despreciable. Me entretengo en imaginar cuáles hechos por hombres y cuáles por mujeres —los textos no ayudan.

Seguimos hasta un rellano confluencia de escaleras y pasillos, con una oscura caída vertical de unos veinticinco metros en el lado sudeste, donde se adivinan dos vías de tren. Hemos rebasado el espacio circundante del silo del Anficonversor. Falta poco, calculo, para la transición entre los entornos de las dos torres. Nos hemos

apartado en dirección este del camino de ayer.

—Desde aquí dominamos unos cuantos accesos —dice Curwen.

—Y también nos ven desde todas partes —dice Spohr—. No nos quedemos mucho rato.

Pone una cara de preocupación trascendente que se la partiría con un placer de dioses. Es de los que creen que hace parecer más inteligente, realista y maduro decir que nos vamos a la mierda que aventurar algo bueno, como si asegurarse de acertar una predicción negativa garantizara resguardarse de sus efectos.

Midoissa saca el smartphone.

—Hagamos una prueba. ¿Tenéis conexión?

Tal y como era previsible, solo la tienen Bettina y ella. Midoissa nos pasa un código y una señal de restricción para limitar el grupo, lo aplicamos y comprobamos la conexión entre nosotros. Bettina dice:

—Ahora somos un Egrégor a efectos estratégicos y también virtuales.

Nos reímos algunos más que otros.

—No intentéis hablar con nadie más, la señal está en un circuito cerrado, y dirigida afuera la detectarían. El efecto sería como si no lleváramos inhibidores —dice Midoissa.

Me cae encima la inconsistencia, la ligereza, el derrumbe apenas empezado. La inmensa preocupación por el incidente del Anficonversor de la Torre Norte, la multiplicidad de expectativas generadas por la investigación se imbrica con la certeza de la destrucción inminente, pero no encaja en la situación actual, como si una pugna fuera a resolverse por la intervención de un tercero que sin preguntar ni tomar partido devora a los contendientes. Como si importara más ser destruido por una granada de mano que por un meteorito.

Sacamos las provisiones de comida. Latas y botellas precintadas —minimizar la posibilidad de envenenarnos. Pícnic en silencio, apenas mirándonos, afectados de manera diferente por la advertencia de Spohr, o manifestándolo cada uno a su manera.

Cuando casi hemos acabado, aparecen en la balconada más alta, en la parte sur, tres cabezas oscuras. Les vemos enseguida Midoissa, Curwen y yo, pero no los otros, de espaldas. Por nuestras miradas se dan cuenta de lo que pasa; Spohr hace gesto de dejar el plato y salir corriendo, pero le indico que no se mueva. Con el gesto nos ponemos de acuerdo. No se trata de disimular; solo de no mostrar inquietud para no parecer sospechosos.

En pocos segundos, los tres guardias bajan a velocidad de atletas en competición los tres tramos de escalera en zigzag y se nos plantan delante. El primero va con las manos libres, los dos que lo flanquean llevan armas de asalto ligeras. No nos apuntan, pero por la posición y

el ademán no les hace falta.

—Identifíquense —conmina el jefe, un oficial.

Spohr hace el gesto, pero Bettina se le adelanta.

—Somos un grupo de expertos externos formando parte de la Comisión investigadora del incidente en el Anficonversor de la Torre Norte de la Madre Casa número de registro 13/15|2138.

Les muestra el smartphone; los demás hacemos lo mismo, pero el oficial solo mira el suyo. Se toma su tiempo; son tres tipos delgados, no muy altos, uno con un mono negro con vetas verticales gris oscuro plateado, el otro con una especie de túnica amarillenta, el tercero con chaqueta negra y pantalones verdes, todos con guantes, coderas y rodilleras, y una especie de casco-capucha que les tapa parte de la cara como una semimáscara, con gafas oscuras integradas. El estilo es inequívoco de combate, mezcla de ninjas y fuerzas especiales.

—¿A dónde van? —dice el oficial, sin devolver el smartphone.

—A una reunión de trabajo con la Mensajera De Blangis en la Torre Noroeste —dice Bettina con una naturalidad que yo de los otros la creería sin vacilar.

El oficial pasa el smartphone de Bettina al guardia de su derecha y toma el suyo. Teclea, se espera. El casco impide verles la expresión. Diría que el de la derecha es una mujer, pero no estoy seguro. He dudado un momento si serían asaltantes, pero el trato que les dispensan nuestras expertas, el temor, la gravedad, son inequívocos: son Guardias de Órdenes Vigilantes.

—No me consta ninguna reunión —dice el oficial; nos repasa a todos de pies a cabeza—. ¿Llevan inhibidores de señales? —Spohr hace gesto de sacarlo, y lo detiene con la mano y hace una señal a los subordinados.

—Permítame —dice el guardia de la derecha.

Le hace levantar los brazos y abrir las piernas y le cachea de pies a cabeza. Entre él y el otro hacen lo mismo con todos. Después, el oficial dice:

—Acompáñennos.

Caemos en el despropósito de actitudes corporales diferentes: Curwen se agita, Rakshasi no se mueve, Mina se vuelve hacia Midoissa, Spohr se levanta; los guardias armados hacen un gesto brusco de tensionamiento; Bettina y Midoissa se dirigen a ellos con las manos abiertas frontalmente.

—Iremos con ustedes sin objeciones.

Un guardia abriendo la comitiva, el otro cerrándola y el oficial en medio nos ponemos en marcha en fila india en dirección Oeste. Ya no estoy seguro a partir de varios giros en pasillos y cruces de un camino más intrincado que los recorridos hasta ahora, y tan escaso de luz que cuesta caminar sabiendo dónde pones los pies. Seguimos el orden

impuesto por ellos: Midoissa, Curwen, Mina, el oficial, Bettina, Spohr, Rakshasi y yo. Me meto la mano en el bolsillo para sacar el smartphone, y el guardia me conmina:

—No toquen aparatos virtuales, o se los quitaremos.

Andamos una hora por pasillos tan angostos y marginales que tienen pinta de atajos secretos, sin duda con la intención de no encontrar a nadie. Pasamos tantas puertas cerradas con llave que pierdo la cuenta. Pese a que subimos y bajamos, el trayecto general es claramente descendente; al final diría que estamos por debajo del nivel del suelo.

Al final de un pasillo lleno de ángulos muertos salimos a un espacio inmenso, surcado en todas direcciones por un múltiple cruce de puentes y arcadas de piedra almohadillada, algunas en rústico, otras en punta de diamante, como de una estación monumental, sin ningún medio de transporte alojado. Todo es tan negro y oscuro que si no fuera por los reflejos de las luces del camino costaría de apreciar. No se ve el final de los espacios extremos. A través de un portal enorme descendemos una vez más a dependencias oscuras y ruinosas como mazmorras antiguas. Allí nos dejan, cierran y se van sin explicaciones.

Midoissa nos indica silencio con el dedo sobre los labios. Se me acerca al oído y me dice flojísimo:

—Fonóctonos.

Por el mismo procedimiento, le digo:

—¿Estamos perdidos?

—Habrá que negociar.

—¿Fonóctonos blancos?

—No, por suerte, estos son los negros.

—¿Por suerte? Creía que los negros eran peores.

—No, qué va, los blancos son los peligrosos de verdad. Con esos no hay nada que hacer, ya nos habrían cortado el cuello.

Voy a decirle otra cosa, pero me aparta y me acalla. Me produce una excitación nada desagradable entrar finalmente en contacto con la Orden Vigilante definitiva de la Madre Casa. Quizá estos nos aclararán algo más. Estamos en una desangelada, inhóspita sala, si se puede llamar así, de grandes dimensiones y perímetro irregular, poliédrico, con un mobiliario de mesas y sillas deteriorado, heterogéneo, como aprovechado de lugares diversos. Junto a bultos no se sabe de qué hay canapés y colchones amontonados. Algunos paramentos no llegan al techo, inacabado en los ángulos y con vacíos oscuros donde se supone otra cubierta remota, como en una inmensa catedral. Hay corrientes de aire, hace frío y humedad y llegan olores de cloaca y peste de aceite y maquinaria quemada, de corrupciones diversas, profundas.

Nada tranquilizador para esperar privacidad y confort.

No ha habido tiempo de hacerse a la idea de ninguna estrategia cuando vuelve el oficial, vestido igual. Se mueve sin un gesto superfluo, con agilidad, precisión y nervio de bailarín. O de ninja, rectifico. Nos aborda sin prolegómenos ni contemplaciones.

—Estamos en unas dependencias en el límite de zonas contaminadas. No les tenemos confinados, se pueden ir cuando quieran, pero no se lo recomiendo. Si no conocen los caminos corren peligro, y además se pueden encontrar con patrullas de asaltantes, imagínense con qué resultado.

—Les agradecemos el interés —dice Spohr—. Entonces, ¿nos podemos ir?

—Estamos comprobando sus credenciales. Si son quienes dicen ser y todo está en orden, les acompañaremos a la zona más segura en dirección a su objetivo.

Ya que no nos muestra ni un centímetro cuadrado de piel, por el tono y la textura de la voz intento deducir su edad. No es un hombre joven.

—¿Nos ofrecen guía y protección? No están obligados —dice Bettina.

—Sí, por el mandato institucional.

—Pues muchas gracias de nuevo.

—¿Por qué llevan inhibidores de señales?

Pasamos un momento de vacilación colectiva. Bettina dice:

—No estamos seguros de que algunos sectores de la administración de la Madre Casa no hayan caído en manos de asaltantes.

—¿De dónde han sacado la idea? ¿De Contracamarlengos? ¿De Camarlengos?

Tomo conciencia de la gravedad de la situación por cómo se lo piensa Bettina.

—De nadie en concreto, de la confusión generalizada justamente. Por eso nos ha parecido más conveniente salir a buscar respuestas que quedarnos esperando.

El oficial continúa con el mismo tono impasible.

—¿Quién dice que algunos sectores de la administración de la Madre Casa han caído en manos de asaltantes?

—Nadie en concreto ni de manera taxativa. Se sospecha la posibilidad por las dificultades en algunos servicios y funciones.

—¿De qué?

—De los suministros —el oficial se mantiene a la espera—. De las comunicaciones móviles.

—Tienen ustedes líneas privadas de comunicación. ¿De dónde las han sacado?

Pienso cómo lo saben, si teóricamente no emitimos señales

exteriores. Bettina teclea el smartphone, se lo muestra y dice:

—Mi familia tiene un título de privilegio de régimen interno del Archicenotafio.

Bettina aproxima a la vista del oficial el aparato sin soltarlo. Él mira largamente la pantalla sin tocarla.

—No nos pondremos a sus órdenes, señora Duquesa.

—No se lo he pedido. Me conformo con su neutralidad.

—Lo apreciamos y agradecemos, señora, pero el mandato nos obliga a velar por su seguridad.

Tras una sobria inclinación de cabeza, se va tan abrupto como ha entrado.

—Señora Duquesa... —bromeo, pero me corta.

—Somos prisioneros y no podemos rehusar, van armados y no darán el brazo a torcer.

—¿Quién les ha avisado, Fabrici? ¿Alguien con quien ha hablado Fabrici? —dice Midoissa en tono de no esperar respuesta—. Estaba cantado que no llegaríamos lejos.

—Por eso te lo pregunté —le digo a Bettina.

—Como mínimo nos dejarán los smartphones.

—¡Ya ves! La gran noticia es que saldremos de aquí de una pieza.

Reímos.

—¿Y llegaremos de una pieza a la Torre Blanca?

Me queda la sensación de arduo combate resuelto con victoria que exige un reposo proporcionado por Beethoven.

Midoissa dice a Bettina:

—¿Eres consciente de que has tenido la piel de Nietsripas en tus manos?

—Y la de Zapruder, y la de Fabrici.

Se ríen.

—Nunca nos lo agradecerán.

Aparece un guardia vestido diferente, igualmente enmascarado, y sin decir nada nos deja una bolsa con comida preparada envuelta y botellitas de agua y refrescos, y se va. Curwen lo revisa con precaución.

—Come tranquilamente —dice Midoissa—. Si nos quieren liquidar lo harán de todos modos, y hasta donde tengo noticia, el veneno no es su estilo —me mira y me hace un guiño—. Son más de daga o de estrangular.

Nos repartimos los víveres y nos ponemos a comer. Bettina manipula el smartphone. Me acerco y me dice:

—Hay que cambiar de filtros cada dos o tres contactos para evitar que nos rastreen. Existe la posibilidad de pedir ayuda, porque depende de cómo vayan las cosas y quién tome aquí las decisiones no sé cómo irán las cosas.

—Tendríamos que haber venido más equipados —digo.

—Si te refieres a ir armados, lo pensé al salir, y me alegro de la decisión. Menos mal, ya nos habrían liquidado —se queda mirando la pantalla del smartphone—. Malas noticias: Crowley y María Sinora están muertos, hay combates en varios lugares de los sectores Sur y Oeste, con bajas no solo entre los asaltantes, sino también entre Guardias de la Madre Casa, entre contingentes de las Órdenes Vigilantes... —avanza pantallas con el dedo—, esto es grave, una fuente no contrastada informa de enfrentamientos. Contracamarlengos aliados con asaltantes contra Camarlengos.

Nos hemos ido reuniendo a su alrededor. Spohr dice:

—Si se confirma, es que no hay una autoridad fiable. Puede pasar cualquier cosa.

Se sienten chasquidos y retumbos lejanos. Nos quedamos quietos en silencio.

—¿Transportes? —pregunta Curwen.

—En la situación actual, imposible —dice Bettina. Digo:

—Suena como los transportes, o como lo que por lo que se me dijo yo creía que lo eran. Si no lo son, los desórdenes empezaron mucho antes de lo que se nos ha informado.

Nadie dice nada, y veo a todo el mundo tan preocupado que me desvanece una sensualidad terminal. Contemplo a Bettina y a Midoissa esperando cualquier transparencia, mental o visual, persiguiendo sensualidades anheladas entre señales confusas, traspuestas entre objetos y dimensiones, burlonamente sinestésicas.

Spohr dice:

—Nos continúan faltando elementos de juicio para calibrar qué nos vamos a encontrar.

Mina suelta una carcajada.

—Una bella definición de la vida.

No siento transparencias, sino el vértigo excitante del «de perdidos al río» adecuado para criminales. Ahora veremos si es todo mucho más bestia de lo que se decía o, al contrario de lo que nos temíamos y tanto se había dicho, no es gran cosa: si prefiero desesperarme o decepcionarme, si se trata tan solo de matarnos, como teoriza Tolstói, obedeciendo la misma ley natural que impulsa a los ciervos machos a embestirse a cabezazos. Como en los juegos, elegir sobre ofertas del azar, sobre las heridas de la derrota esculpir la ilusión de la voluntad.

Terminamos de comer, y por la hora y el cansancio todo tendría que llevarnos a dormir. Deshacemos el montón de adminículos para acomodarnos. Hay indecisiones en la incomodidad y exquisitez de formas. ¿Cómo nos ponemos? Hay colchones, mantas y almohadas de sobra para todos, y entre Spohr y yo lo distribuimos. Midoissa y Bettina tienen un aprecio particular por nuestro sentido de la

caballerosidad, y no dejan de intervenir.

Los colchones quedan separados por un espacio suficiente para pasar, y queda por decidir cómo nos situamos. Impostar casualidades tiene efectos dudosos cuando lo hace todo el mundo —estamos pendientes de los otros. Midoissa y Bettina se apropian del rincón, Mina queda separada por Curwen. Rakshasi y Spohr van al otro extremo, y me produce cierto orgullo haber quedado por encima de tácticas posicionales.

No sé si quedo como un tipo fuerte, magnánimo y desinteresado, o como un tonto. Spohr y Curwen no pierden a Bettina y a Midoissa de vista, y me desagradaría que se dieran cuenta de que yo tampoco. ¿Me muestro agresivo, marco distancias? ¿Intento separarla? ¿Me interfiero? Al contrario, hago bien —sería contraproducente. Estoy seguro de mí mismo, calmado y simpático, favorezco que estén juntos, me alejo y los dejo solos. Soy el héroe de la generosidad y la confianza. Apreciarán la vanidad y el terror en mi actuación, o no se darán cuenta y lo tomarán por un desinterés sincero, por indiferencia. Es difícil saber qué cambiarían las inclinaciones de Midoissa.

Lo que haré depende de lo que hagan ellos. O, a la inversa, si están bajo las disyuntivas que imagino para mí —quizá lo están. Y qué de lo que haga ella dependerá de mí y de los otros, por más que sea la antítesis de la mujer pasiva y sumisa, por más independiente y fuerte de carácter que sea y quiera serlo aún más. Con tantas variantes y combinaciones posibles, no sabremos nunca cuándo estaremos listos para matarnos.

Aún estamos sentados, pero ya para dormir, cuando aparecen los guardias con dos individuos, y sin explicaciones los dejan a nuestro lado.

Nos quedamos mirándonos con recelo. Me recuerdan a los tipos de las colas de entrada. Uno de ellos se nos dirige con todas las precauciones del mundo, y Spohr y Midoissa les salen al paso.

—Supongo que ustedes también...

—Todos buscamos la zona más segura.

—Si las credenciales están en orden, no tiene que haber problemas.

—Con esta gente no se sabe nunca.

—Claro, claro.

Nadie da su nombre ni pregunta el de los demás, y cuando la incomodidad ya no da más de sí preparamos dos colchones más y nos disponemos a dormir.

Me ha vencido el sueño y no sé si han pasado tres minutos o tres horas cuando entran cinco guardias, ninguno de los que conocemos, y sin miramientos la emprenden a patadas con las puertas y las latas y los enseres que encuentran por el camino, se van derechos a los recién

llegados y los levantan de malas maneras. El cabecilla se dirige a ellos con los puños en la cintura.

—De manera que intendentes de la Torre Sur, ¡eh!

Desenfunda una pistola negra y le pega un tiro en la cabeza al que tiene más cerca. El tipo cae atrás de un salto y queda tendido tras apenas una convulsión.

El otro se tira de rodillas.

—¡No! ¡Por favor! ¡Hemos dicho la verdad! ¡Lo juro!

El guardia de atrás le dispara en la nuca, y cae bocabajo.

Nos hemos incorporado todos. No estoy pendiente de la cara de terror de nadie, y entre no entender nada y darme por muerto me cuesta respirar. Mina se precipita sobre el primer cadáver que encuentra. ¿Habría que contenerla? Se le amorra a la herida abierta como un animal.

Los dos que han disparado enfundan las armas, y el primero se dirige a nosotros.

—Vístanse, nos vamos.

Los otros guardias se llevan los cadáveres arrastrándolos por los pies, y los tiran detrás de los últimos bultos del rincón. Tengo el estómago revuelto, no sé lo que me hago, no sé de qué me olvido.

Hemos quedado helados, salvo Mina que, agachada, moja los dedos en el charco de sangre más grande y se los lame y chupa delicuescente, y con la otra mano se frota compulsiva la entrepierna por dentro de los pantalones. Se frota los morros con la manga, y creo ver que no solo sorbe sangre, sino parte de cerebro. Nadie le dice nada.

Midoissa dice al cabecilla:

—¿A dónde vamos?

—Les llevaremos hasta un camino seguro.

—¿Un camino seguro?

—Hemos comprobado sus credenciales. Adentrarse más allá de donde les dejaremos es incierto, pero no hay razón para impedírselo. Les daremos provisiones para dos días.

Hace una señal, y otro guardia saca de la mochila bolsas de comida que nos reparte. Más latas y envases industriales.

Me pregunto cómo sabemos que no nos pasará como a este par de desgraciados, si nos dispararán por el camino, si la comida estará envenenada. Y si Midoissa también lo piensa. Me refugio en la idea de que si nos quisieran matar ya lo habrían hecho.

Nos ponemos en marcha. Los Fonóctonos no miran si pasan o no por encima de los charcos y las estelas de sangre brillantes en el suelo —nosotros los evitamos con rodeos y zancadas que inútilmente intentamos disimular. Mina me evita la mirada; creo adivinarle la sed despertada y no satisfecha, el resentimiento del animal burlado. Le ha

quedado sangre en los morros, mal limpiada, violentamente restregada. Los colmillos no se le han encogido, y mira lejos. Me siento en contradicción con ella: excitación más asco igual a doble excitación.

Andamos a un paso muy vivo, al límite de correr. El cabecilla delante, detrás Bettina, y a continuación otro Fonóctono, Mina, Curwen, un Fonóctono, Rakshasi, Spohr, un Fonóctono, yo, Midoissa y un Fonóctono. Me llama la atención la complexión ágil y pequeña de esta gente, en contraste con las presencias imponentes de los Camarlengos, Contracamarlengos y demás órdenes áulicas. En la jungla cada especie tiene su hado.

Me vuelvo de vez en cuando a mirar a Midoissa, que me sonríe levemente pero reo de inevitable prudencia, atizando la oportunidad de despreciarme yo mismo en un furor parecido al sexual —aún más trágico, más autodestructivo.

Nos llevan en dirección sur, a pesar de que por los giros y las subidas y bajadas, todavía más abruptas que ayer, me cuesta mantener la orientación. Recuerdo las especulaciones sobre la dimensión total del Archicenotafio imaginando el conjunto inscrito en una circunferencia, cuál sería el diámetro, cinco kilómetros, seis, siete, diez, cuánto tardaríamos en ir a pie de punta a punta, si un tren que alcanza más de 500 kilómetros por hora no tiene espacio para llegar a la velocidad máxima, a pesar de ponerse a 100 en menos de 5 segundos.

Poco a poco resitúo la conmoción por el asesinato de los dos individuos: se desvanecen el sobresalto y la irracionalidad y se acentúan las consideraciones objetivas. Por el valor otorgado a la muerte por esos tipos, cuando lo consideren oportuno harán lo mismo con nosotros. Mineral, delicuescente, me veo en su tesitura. Me tropiezo con incumplidores de normas —o meros pequeños farsantes —, y les vuelo la cabeza sin acelerarme el pulso, olvidándome un minuto después. Pero me desconcierta el título de duquesa para Bettina. ¿Es una broma? ¿Qué reino se lo ha concedido?

Entramos en un sector en ruinas. Parte de la cubierta se ha derrumbado, los abundantes escombros en el suelo dificultan el paso, en el techo hay claros como heridas. Hace un día nublado, llovizna.

Cruzamos espacios grandiosos, parecidos a los que me hicieron recorrer los Contracamarlengos durante los trámites de entrada, surcados por pasillos precarios, juegos continuos con el descalabro. Los grandes vacíos alternan con sectores visualmente muy interferidos por grandes volúmenes de utilidad y contenido ignotos para mí. De uno de ellos salen gritos y gemidos —no espero que los Fonóctonos se paren. Me vuelvo hacia Midoissa, y como siempre me hace gesto de «tira, tira.» En paralelo a la deriva sentimental, ahora veremos cuánto

más peligroso es de lo que se decía o, al contrario de lo que nos temíamos y tanto se había dicho, no hay ningún peligro, o es asumible.

Pasamos por un paraje que de tantos escombros parece natural. Podría haber musgo y césped, y a pesar de que no me puedo parar, diría que los hay.

No tengo idea de en qué parte del conjunto estamos. Por la orografía —tal como es no encuentro impropio llamarlo así—, como en un paso de montaña, no debemos haber ido en línea recta sino con circunloquios para salvar obstáculos y desniveles.

Pasamos por un nuevo paraje abrupto y accidentado, con restos de hogueras, abundantes humaredas y asaltos repentinos de pestes ofensivas, insoportables, sofocantes, alguna dolorosa en la garganta y los pulmones. El techo cada vez más intrincado, semiinvisible en oscuras lejanías. Al fondo de uno de tantos ensanchamientos, unos cuantos cuerpos amontonados. Intento distinguirlos entre la mala luz. Parecen cadáveres, algunos sin ropa, otros destripados. O no —efecto de las irisaciones de la luz. Aflojo la marcha, y Midoissa me empuja.

—¡Quieres que nos maten! —dice, bastante flojo para que solo la oiga yo.

Pero el Fonóctono de delante se vuelve.

—Mientras estemos nosotros, no morirá nadie, señora. Nosotros les protegemos.

—Le pido disculpas, y le estoy muy agradecida —dice Midoissa.

Me vuelvo, y Midoissa me hace gesto de que siga adelante.

Continuamos hasta una inmensa confluencia espacial bajo un sistema de cúpulas con lucernarios de cristales de colores que filtran una luz púrpura, sangrienta, tornasolada, con un ingenio central de escaleras entrelazadas en triples, cuádruples y quíntuples espirales de los rellanos de las cuales salen en todas direcciones pasillos suspendidos, con un efecto de laberinto volumétrico acentuado por la estructura metálica mínima, desprovista de ornamentos y piezas innecesarias.

En el momento de encararlo, de forma brusca los Fonóctonos nos dividen para hacernos ir a cada uno por un camino diferente, y ellos mismos se apartan en cuatro saltos y zancadas. Ante una intención tan clara de ponernos a prueba, me apresuro sin perder de vista a los demás, desconociendo las consecuencias para quien se equivoque en el recorrido. Caigo en una inesperada confusión mental, no sé producto de qué zona de transparencia de rasgos específicamente perversos, porque se juntan el quebranto respiratorio de subir deprisa un tramo de escalera demasiado largo con resúmenes alternativos de mi pasado, con la ilusión de que lo que rememoro es lo único, lo auténtico. Todos lo son, o sea ninguno. Ninguno, porque me vuelvo hacia todos lados, y

ahora llevo a Bettina arriba y ahora abajo, y donde ahora tengo a Curwen, en cuatro zancadas tengo a Rakshasi, y a Midoissa no la veo por ninguna parte.

Camino maquinalmente, sin saber hasta dónde la percepción distorsionada del tiempo responde a un fenómeno real exterior o es una broma pesada de mis sentidos, gastada quién sabe por quién o por mí mismo, por quien he sido en la dimensión desde donde he generado —cosa que no recuerdo— este que creo ser: envenenadamente desasistido, intoxicado de pérdida, condenado a desposesiones implacables y continuas como desangramientos entre los tormentos de Sísifo, Ixión y Prometeo, burlonamente inacabables. No sé qué he de hacer para sacármelo de la cabeza —en la diversidad a medio ordenar no tengo tiempo para pensar.

En un rellano doy con Mina como si uno de los dos, o los dos, se hubiera materializado en este punto del espacio provenientes de otra dimensión y no de una secuencia natural de la vía, y me sorprende la carcajada ensangrentada, el pelo en desorden, la ropa desgarbada, la mirada extraviada; como si no me hubiera visto continúa hacia arriba, y yo por otro lado, ahora doblemente preocupado, pensando que si el objetivo final es acabar todos en el mismo lugar, a partir del choque uno de los dos va por mal camino. Solo mi error me tiene que preocupar, a pesar de que enseguida alguien me infunde la idea de si la naturaleza de la prueba comporta la paradoja topológica de que la objetividad de la elección de un camino proviene del inicio, y tanto el trazado de Mina como el mío llevan correctamente allí mismo en la misma medida en que no lo harían si de la duda generada por el choque nos los hubiéramos intercambiado.

Como las crueles montañas que cuando crees que estás en la cumbre detrás y más arriba aparece otra una y otra vez, el circuito es mayor de lo que parecía, la meta está arriba y aún ni en la mitad ya estoy sin aliento, como si los nudos de escaleras se autogeneraran entre ellos a medida que se avanza, como si al avanzar produjera otros más para aumentar la riqueza y complejidad de bifurcaciones y opciones de elección. No hay tiempo de pararse a analizar para elegir —no sé por qué—, y escojo con una aleatoriedad que querría llamarla intuición y, aún, conocimiento extrasensorial, pero la inseguridad adquiere cada vez más música y color de amenaza.

A partir de cierto punto, perdido el suelo de partida, debajo hay un insondable abismo no del todo oscuro —con algún reflejo ardiente. Caer ahí no sería solo matarse, sería desaparecer. No me atrevo a mirar hacia atrás por la vertiginosa sensación de que la escalera se esfuma detrás de nosotros una vez que el pie la abandona para saltar al escalón siguiente, como si retroceder, incluso pararse, llevara indefectiblemente a despeñarse.

Apenas tengo tiempo estratégico para levantar la vista; los Fonóctonos ya nos esperan arriba. Intuyo cómo vuelan los brujos: han aprendido a relativizar la transparencia del aire, a encontrar puntos precarios y efímeros pero suficientes para apoyarse. No parece el caso de esta Guardia, tan bien entrenada que cuestan de creer los rasgos anárquicos, casi mercenarios, descritos por Midoissa. Aquí hay una disciplina espartana, draconiana, prusiana, se me acumulan los adjetivos encajados en una reacción hilarante seguramente histérica a medida que subo, me agoto y los Fonóctonos cada vez parecen más lejos.

Se exaspera el fenómeno berkeliano: el mundo, las cosas, están en condición latente, letárgica, potencial, y solo se despliegan cuando yo me acerco y lo percibo; del mismo modo desaparecen cuando me alejo. La diferencia con la vida tal como la he conocido hasta ahora es que si antes retrocedía, las cosas, refunfuñando, retomaban apariencia y fenomenología —y así negaban el concepto «retroceso»—, y aquí no: aquí nada volverá nunca más a ser algo. La casuística del lugar se presenta peligrosa, porque, como las realidades virtuales, tal mecánica parece diseñada para tragar perezosos, haraganes, indolentes, descuidados, negligentes. Los retumbos metálicos inquietantemente anuncian la fragilidad creciente de la disposición. Atento a los escalones rotos, los agujereados, los que no llegan al extremo de la guía.

Me encuentro el culo de Curwen a mitad de uno de los tramos de escalera rectos más largos. Le empujo desde abajo.

—Ánimo —le digo para que se apresure; si le adelanto se lo tragará la nada, si me paro nos tragará a los dos.

El cabecilla Fonóctono chilla desde arriba:

—¡¡¡Eeeh!!! ¡Cada cual a lo suyo!

En la siguiente bifurcación pierdo a Curwen, y ataco el tramo final corriendo.

En la plataforma superior esperan los Fonóctonos en actitud resolutiva, brazos cruzados y piernas separadas. Solo están Mina y Rakshasi cuando llego, casi a la vez que Spohr, y apenas me doy la vuelta llegan Bettina y Midoissa arrastrando a Curwen, como siempre entre las dos.

Desde arriba, la escalinata presenta una extraña, reconocible, familiar estructura llena de simetrías, centros parciales y uno total. Adquiere un inesperado, inquietante, gratificante significado geométrico dirigido a transmitir la imposibilidad de retroceder. Al final de la plataforma el techo desciende de forma curvadamente regular hasta tocar el suelo, como la parte intermedia o levemente superior de una inmensa cúpula.

No hay tiempo de desahogarse, porque el jefe Fonóctono se dirige

a Bettina.

—Señora, las condiciones de paso requieren univocidad de recursos. Si aplicamos estrictamente las normas, su socio tiene que ser inmediatamente terminado, y el grupo entero tiene que retroceder.

Bettina dice:

—El código de nuestra misión está por encima de normas transaccionales de paso.

—No en un estado de excepción, y bajo las prerrogativas de una Fonoctonía.

Se produce un tenso silencio. Curwen pone una cara de cordero suplicante que se merece como mínimo un par de bofetadas. Midoissa dice:

—Seguro que hay una solución que nos permite seguir, sin infringir normas.

El Fonóctono jefe se quita la máscara-casco. Es un joven rubio, de facciones agradables y sonrisa franca y simpática. Me tengo que esforzar para tener presente que hoy mismo de un tiro le ha volado el cerebro a un tipo.

—Claro, señora, hay una salida honorable para todos. ¿Quién está en disposición, usted?

Nos miramos con cierta alarma. Spohr da un paso adelante, y pienso si también lo tendría que dar yo, a pesar de no saber hacia dónde. Midoissa mantiene la iniciativa.

—Yo estoy dispuesta. ¿Qué, si no?

Se miran con una sonrisa casi tierna. El Fonóctono dice:

—¿Conoce las condiciones de la resolución?

—Las conozco, y las asumo hasta las últimas consecuencias.

Doy un paso al frente.

—No hace falta que te la juegues, no sé con qué, si quieres, yo...

Me interrumpe.

—Artur, déjalo, te lo agradezco, no lo conseguirías —se dirige a los otros—. Yo me ocupo, dejad el Egrégor en mis manos.

El Fonóctono desenmascarado sonríe y mira a los otros, y por las actitudes corporales pertinentemente se advierte la suficiencia general.

Midoissa se despoja de piezas hasta quedarse en top de tiras y tanga, se deja las botas y se recoge el pelo con una cinta blanca. El Fonóctono se queda en botas y pantalones, el torso descubierto. También se pone una cinta en la cabeza, esta negra. Es un tipo atlético no hipermusculado, sin un gramo de grasa.

El otro Fonóctono que disparó despliega una caja antigua que contiene sobre un fondo de terciopelo rojo dos catanas cortas y dos largas, y las ofrece al compañero, que con un gesto cede la elección a Midoissa. Ella toma la catana con la mano izquierda y la daga con la derecha. El Fonóctono toma las que han quedado, en orden contrario.

Nos separan hasta dejar un círculo aproximado de seis metros de diámetro, y los guardias se sitúan en cordón de protección alrededor.

El segundo cabecilla hace una señal, y Midoissa y su rival atienden al ritual espada contra espada sin llegar a tocarse. Retroceden, se saludan, adoptan posición de combate y el Fonóctono ataca a una velocidad que cuesta seguirlo con la mirada. Parecen personajes de juego de consola, armónicamente fuertes y musicalmente proporcionados. Midoissa para todos los golpes, salta de lado, da un salto mortal atrás, rueda por el suelo y aparece en el flanco del rival. El Fonóctono le tira una estocada directa, Midoissa le barre el pie izquierdo, cuando cae le pisa el brazo derecho, lo desarma, le pone la catana en el cuello y lo inmoviliza.

Quedan clavados en esta posición.

El segundo jefe se les acerca.

—El juicio es para la señora. Le ruego que ejecute su prerrogativa.

Midoissa retira muy lentamente la espada, y aún más despacio deshace la posición, y sin arrastrar los pies, como una bailarina, se pone de pie y respetuosamente deja las espadas en el suelo.

—La señora renuncia, y ruega a sus protectores que le permitan, a ella y a sus compañeros, continuar el trayecto.

El Fonóctono vencido se queda inmóvil en el suelo, en la posición en que ella lo ha dejado, sin mover ni un músculo. Los otros guardias se miran, alterados —solo se aprecian por las tensiones posturales y los compulsivos, cortos giros de cabeza.

El segundo Fonóctono dice:

—Los protocolos no comportan renuncias. Si hubiera vencido el benigno, no le quepa duda de que habría ejercido el derecho.

Midoissa, con una indiferencia algo exhibicionista, se viste despacio, y dice:

—No tengo ninguna duda. Pero yo no soy el benigno —el Fonóctono da un par de pasos hacia ella, y ella no muestra temor—. No se lo tome como una descortesía, pero sus protocolos no me incumben.

Los Fonóctonos deliberan entre ellos en voz queda, nerviosos. El nuevo jefe dice:

—Es una descortesía, señora.

Midoissa se vuelve, tranquila.

—¿Qué quiere, otro combate?

El Fonóctono se le acerca a tocar, la señala con el dedo, frenético.

—¡No se empieza un juicio sin haber resuelto otro! Estamos dentro de una botella de Klein protocolaria, y alguna salida le daremos.

El Fonóctono vencido se levanta, con cara de repugnancia recoge la catana dejada en el suelo por Midoissa, y dice:

—Yo pondré la salida.

—¡Os honra! —dice el nuevo jefe, en tono de «¡ya era hora!».

Bruscamente, el Fonóctono pone de punta la espada, la sitúa entre la nuez y la barbilla y se deja caer con fuerza. Queda clavado un instante, en equilibrio precario, con los ojos pesadamente cerrándose, sin convulsión, con breves rayos de sangre espasmódicos en todas direcciones y un chorro central hacia abajo, y cae despacio de lado.

Sin que ninguno de nosotros sea capaz de reaccionar, el segundo Fonóctono le arranca la espada de una sacudida, y con una precipitación que me lleva el desasosiego a límites insoportables le corta las dos manos y la cabeza de raíz, pero, conservando un palmo de piel del hombro, pone la cabeza encima del torso, le sujeta el cráneo con el pie y con la misma espada hace palanca y varios rápidos movimientos circulares al final de los cuales le ha extraído el cerebro por el paladar y le ha separado limpiamente la mandíbula de forma que sin romper la piel lateral y la nuca la sitúa hacia atrás, dejándola como apoyo de la piel de la espalda.

Deja la espada y los restos, saca de la mochila tres esprays y un bote con líquido, con los cuales rocía generosamente la cabeza cortada, y con una jeringa inyecta líquidos donde no llega desde fuera. Al final del proceso, que dura unos minutos, con una reverencia profunda ofrece la testa a Midoissa. Por lo poco que la conozco, ella reprime un gesto de asco no sé si físico o moral, pero corresponde a la reverencia, y queda a disposición del Fonóctono con la cabeza inclinada. El guardia la corona con el cráneo supurando sangre, los dientes de arriba contra la frente, los de la mandíbula inferior contra la nuca, y para que se aguante atraviesa los bordes de la piel con agujas que adentra entre los cabellos de Midoissa. Acaba con una nueva reverencia.

Ella parece inauditamente distante y terrible, como si fuera un descubrimiento peligroso que la sensación de habernos conocido e intimado no fuera más que eso, una mera sensación. Como si hubiera sido ella quien ha matado al Fonóctono y lo ha decapitado y mutilado de una forma tan bárbara y humillante. Su expresión es una malsana mezcla de exultación desafiante y pesar compungido. De los dientes del vencido bajan hilos sutiles de sangre por la frente de Midoissa, aullidos evocadores de la iconografía de la corona de espinas.

La vista se me va al charco de sangre, al cuerpo aparcado en la misma posición casual, indigna, en que las operaciones del compañero lo han dejado, como un títere arrugado, y no sé si busco apreciarlo hasta el detalle y quedármelo para siempre en la memoria o lo evito, no sé si me arrastra la náusea o una aguda, penetrante excitación sexual, una forma de celos, un deseo desaforado, vacilando entre ser el Fonóctono muerto que abraza con la boca el cráneo de Midoissa, o ser Midoissa que luce en trofeo el cráneo del enemigo vencido.

Mina se ha lanzado directa, pero los Fonóctonos se lo han impedido, y se ha tenido que conformar con lamer la escasa materia orgánica chorreante por la frente y las mejillas de la Midoissa, que se lo ha permitido de forma ostensible, las dos desafiando a los guardias, que se han guardado de intervenir. Ni tan solo han mirado, y eso, y como Mina se ha regodeado y Midoissa se ha ofrecido, nos ha desasosegado a todos —no sé si a todos en la misma dirección.

Como emergido de un sueño remoto, Spohr se dirige al Fonóctono jefe.

—Con esto quedan saldadas las cuentas.

—Por nuestra parte sí, si no es que a ustedes les queda algo en lo que se consideren ninguneados o perjudicados.

Midoissa dice:

—La solución es de justicia y nos deja en un equilibrio a priori difícil de imaginar.

Habiendo quedado entreabiertos y secos, los ojos del muerto han tomado un aspecto hirientemente inhumano de bombillas fundidas, dos lunas menguantes que más que mirar señalan una dirección ascendente, la altura del sol y la luna los mediodías y las medianoches de los equinoccios, y complementan con atolondramiento sin sentido lo que a los dientes convertidos en borde les queda de risa insultante. Me cuesta imaginar qué hace falta para soportar ponerse en la cabeza algo así. Me parece admirable hasta límites imposibles hacerlo sin mostrar ni una brizna de todo lo que te debe de pasar por la cabeza. O soy tan solo un ingenuo.

El Fonóctono acabado de promocionar al mando del grupo dice:

—Pues nos separamos aquí. Si me permite su smarphone, marcaré los lugares para dormir o tomarse el receso que les convenga sin ser molestados.

Extiende la mano, y Midoissa le dice:

—No quiero herir susceptibilidades, pero tengo por costumbre no dejar el smartphone a nadie para que introduzca nada.

El Fonóctono queda impactado, y tengo la certeza de que sin el combate acabado de presenciar, esta reacción habría resultado letal para ella y para el resto de nosotros. Pero los códigos de honor y los principios reglamentarios todavía son importantes para esta gente, y se la envaina. Saca una libreta con un lápiz en la espiral, con el cual escribe unos códigos, arranca la hoja violentamente y la presenta a Midoissa, que la toma con una leve reverencia y se la guarda en el canalillo.

—Señora, comprendo y acepto su reticencia, y ante las excepcionales aptitudes demostradas no me queda sino asumirlas y ponerme a su completa disposición. No estamos en equilibrio, sino nosotros en deuda con ustedes, así que le ruego que me haga el honor

de aceptar, por escrito y sin interferencia dentro de su sistema, las direcciones que habría introducido si me lo hubiera permitido —levanta la vista y señala con la mano tan tensamente proyectada como un arma uno de los pasillos que parten de la plataforma, y continúa en tono menos dramático—: Es la mejor dirección para llegar a la Torre Noroeste, aunque les tengo que advertir que no nos consta la presencia de ninguna Mensajera De Blangis. Les aconsejo evitar la parte central de la Isla de los Muertos, de donde no hemos podido verificar las condiciones, ni ningún aspecto en lo referente a seguridad.

Bettina le dice:

—Y el sector sur aún peor, ¿no?

—Está casi todo en manos de los asaltantes, y hay tal confusión que tanto puede ser el lugar más peligroso como que por saturación de descontrol y cansancio se pueda circular sin trabas.

No hay nada más que decir. Les dejamos allí sin querer saber qué harán con lo que queda del jefe, y nada más perderlos de vista y asegurarnos de que no nos siguen, Midoissa se arranca el tocado, saca toallitas húmedas y se limpia los restos de sangre de la cara y el cuello.

—Te lo tendrías que dejar puesto —le dice Spohr, y no aprecio ni una brizna de ironía.

—Estoy de acuerdo. Serviría para infundir respeto a asaltantes o guardianes —dice Mina—. Los Fonóctonos te lo pueden haber puesto como un salvoconducto, para que otros te reconozcan y no nos molesten.

—Me parece fenomenal —dice Midoissa, y señala la cabeza con la barbilla y las cejas levantadas—. Póntelo tú.

Bettina dice:

—Podría ser contraproducente, depende de a quién nos encontremos nos puede tomar quién sabe por qué y dispararnos sin más consideraciones.

—¡Quién sabe por qué! —la escarnece Rakshasi—. No es difícil de imaginar.

Me pongo los guantes y examino la cabeza con todos los miramientos. Les digo:

—No es la primera cabeza que corta este tipo. No la ha segado, la ha cortado por debajo de la séptima cervical y las ha dejado añadidas, pero es posible que se desprendan cuando la materia orgánica carnosa se descomponga, a pesar de que... el barniz añadido es un conservante potente.

—Un momificador —dice Mina.

—Un depredador de bacterias —dice Curwen, con arcadas como un crío, apartando la vista en cada momento.

La levanto.

—Pesa bastante.

Spohr dice:

—La podemos llevar en la mochila, y depende de qué nos encontremos la sacamos.

Midoissa le dice:

—Si la cargas tú, ningún problema. No me arrepiento de habérmela jugado, y lo volvería a hacer, aunque me sabe mal este pobre chico que no sé ni cómo se llamaba, pero no contéis conmigo para volverme a poner esto en la cabeza.

Mientras Spohr redistribuye la mochila para meter la cabeza, le digo a Midoissa:

—¿Te sabe mal este pobre chico que no sabes ni cómo se llamaba, de verdad? ¿Cuando aceptaste el combate, no sabías cómo acabaría?

—Solo podía acabar de una manera..., de dos: con mi muerte o con la suya. Si lo miras así, ha sido un caso de defensa propia. Negarse a combatir habría llevado directamente a la muerte de Bettina, Shelly y yo, y con los otros quién sabe qué habría pasado. ¿Qué tenía que hacer?

La admiración no contradice el deseo, pero lo aumenta en direcciones insospechadas. Aprovechando que los otros están tan morbosamente absorbidos envolviendo la cabeza para encajarla entre los enseres de Spohr, al fin obligado a pasar algunos a las mochilas de los demás, le digo:

—No me has hablado de tu entrenamiento de combate.

Sonríe triunfante.

—¿Qué quieres que te diga? Hay muchos aspectos de mi vida que no te he contado.

—Y comportaría contarme cuántas vidas has vivido, supongo. ¿Quién eres, la condesa de Saint Germain?

Medio levanta una ceja y deja media sonrisa residual. ¿Qué respuesta es esta? Al final de la mejilla, cerca de la oreja queda un residuo de sangre casi imperceptible. Le pido una toallita y se lo quito. ¿De dónde vienes?, pienso, ¿qué bagaje vital te permite resistir cosas como esta sin perder la compostura? El efecto penetrante de las imágenes imaginadas me parece la prueba irrefutable de su existencia.

Nos ponemos en marcha en la dirección convenida. Viniendo de la sofisticación geométrica acabada de superar, el recorrido actual queda como la melodía interpretada por los epígonos, perdidos los semitonos, las sutilezas rítmicas y las armonías, plana, inexpresiva, ya jamás discernida de forma tan inequívoca y tan sentimental.

Hay entre nosotros un mal humor enquistado. Hemos llegado al cansancio en el que cualquier cosa es motivo para ser odiado.

Andamos en silencio, con cierta distancia con los contiguos, hasta uno de los lugares indicados en la nota del Fonóctono, un pabellón en desuso empotrado entre muros al final de un camino sin salida, ennegrecido de hollín y porquería. Lo examinamos con precaución y nos instalamos al fondo, con la entrada a la vista, resguardados pero no acorralados, atentos a dejar más de una escapatoria.

Mientras nos repartimos los lugares por un procedimiento parecido al de la noche pasada, Rakshasi dice:

—Supongo que tenéis presente que los Fonóctonos saben que hay un noventa por ciento de probabilidades de que pasemos esta noche aquí.

—Os lo he dicho más de una vez —dice Bettina—. Si nos hubieran querido liquidar ya lo habrían hecho.

—Liquidarnos no, pero vendernos como información podría ser —dice Spohr.

—¿Pues qué hacemos? —dice Mina—. Las habilidades combatientes de Midoissa no nos servirán siempre.

Midoissa recoloca los bultos, y me doy cuenta de que nos está poniendo a ella y a mí de lado al fondo. Dice:

—Cuando salimos ya sabíamos con qué porcentajes bregamos. Llegaremos hasta donde haga falta, solo está en juego el cuando, contra quién y en qué condiciones.

Bettina descubre una toma de corriente en un paramento, enchufamos los smartphones y colgamos tres en modo luz. El rincón se vuelve inesperadamente acogedor, resguardado y terminal, estímulo de reposo y recapitulación, recuerdo inconsciente asociado a remotos momentos felices.

Cansados, pero no en condiciones de dormir cada cual con sus únicos fantasmas, nos sentamos en círculo y comemos sin hambre. Bettina dice a Midoissa:

—¿Conoces la historia del kopfherakleion, sabes lo que significa? —se vuelve hacia los otros—. Es el nombre de la cabeza del enemigo cortada usada como corona.

Spohr empieza a decir:

—Sí, un nombre que viene de...

Midoissa le interrumpe.

—La historia habla de la secta de los Señores de la Muerte. Un ritual relacionado con el león de Nemea.

—Me refiero a las implicaciones actuales, a la relación con la psicoteogénesis.

—Sí, por eso me ha dado tanto asco.

—Y por eso mismo lo has disimulado tan bien —le dice Spohr.

—Por eso he disimulado tan bien delante de vosotros que no me repugnaba, sino que me producía un gran placer.

—No me lo creo —dice Curwen.

Bettina ríe.

—¿Entonces, por qué te lo has quitado? —le pregunta Mina.

—Para no abusar. A pesar de que en cierto modo nos han impelido cuando nos han llevado por la escalinata dodecogénica.

—Ah —dice Bettina—, ¡tú también te has dado cuenta!

—Y por eso tú y yo hemos subido más aprisa que los demás.

Ríen. Midoissa continúa.

—La reacción de la virtud psicoteogenética en fase proléptica con los atributos de la escalinata dodecogénica los tenía que ilustrar sobre la posibilidad de algun Fonóctono blanco entre nosotros, y por suerte no se ha producido ninguna rendija en ninguno de nosotros.

—¿Cómo habría sido significativa una rendija psicoteogenética entre dos de nosotros? —la vuelve a interrumpir Bettina.

—Si la proyección proléptica de la escalinata no estaba bien ajustada, o ellos lo suficientemente atentos, no habría diferencia entre una rendija en uno de nosotros y una entre dos de nosotros, y por más que la alteración de los flujos les indicara que se trataba de una cosa o de la otra, incluso de las dos a la vez en sujetos diferentes, habrían estado obligados a destriparnos a todos para localizar el problema.

—Shelly nos ha salvado la vida sin saberlo —digo, y Midoissa continúa.

—Y Bettina y yo hemos caído a tiempo, porque Shelly abandonado a sus recursos se habría perdido sin remedio...

—Y nos habría perdido a todos.

—... o no. Si lo hubiéramos visto a tiempo de corregir la indiferenciación entre rendija unitaria y rendija binaria, habríamos podido aplicar el protocolo de Heracles nemésico, que no tiene nada que ver con el león de Nemea por cierto, y establecer un código de correspondencias que les habría entretenido un rato, por ejemplo para la escalinata dodecogénica, Φ para una hipótesis de perfil bajo de fonoctonía blanca, Π para la rendija psicoteogenética individual, $i^2 = -1$ para la rendija psicoteogenética doble, para la rendija psicoteogenética triple, y así sucesivamente.

Me asalta la idea de hasta dónde esto es una prueba, y el premio será sexo desbordado, inconmensurable —«cómo te has vuelto, hijo mío», me diría mi madre, qué risa.

Bettina le dice:

—No te agradeceremos nunca lo bastante tu destreza con la catana. Nos has salvado la vida a todos.

—¡Todo es tan lábil! No me tenéis que agradecer nada, no tengo ningún mérito. A pesar de que, yo cuando menos, no lo he sabido ver, por más que algún indicio hubiera permitido con una expectativa razonable de éxito establecer en quién de nosotros o entre quién de

nosotros, o las dos cosas a la vez, se había producido una rendija, aunque fuera solo por el conocimiento de alguno de nosotros del protocolo causal y ritual que liga la prolepsis del advenimiento kopfherakleiónico con cualquier rendija psicoteogenética en términos de determinación augural en detrimento del ejercicio del libre albedrío, tal y como así ha sido, el riesgo de hacernos pasar por la escalinata dodecogénica para ponernos a prueba contravenía su reglamento interno, y como el castigo afectaba a todos los que habían tomado la decisión salvo no darse la oportunidad de una prerrogativa exterior, para evitar la probable destrucción del grupo entero hacía falta un cabeza de turco con oportunidad de salvar el honor de las formas, aunque, a pesar de la aceptación general de la doctrina Hausmann, fuera humillante para él, sobre todo por tener que expiar contra una mujer, agravante que estoy segura de que no se esperaba, y que si lo hubieran pensado se habrían inventado otra solución. Si la hipótesis es cierta, no me debéis nada, porque haber tenido que arrastrar a Shelly porque se había mareado, gracia previsible por cierto, y por tanto formando parte de la casuística determinista, era una mera excusa para salvar las formas por más que la normativa ordinaria contemple casos de transgresiones menores, todo situado fuera de su lugar, como gente conocida mezclada en un sueño, conocidos tuyos pero no entre ellos, y además no saben en qué Juego participan, el asaltante en primera instancia, solo, desarmado pero razonable, y soy consciente de la impropiedad de la adversativa, entre tres piedras pero atendiendo a la semiincongruencia, o incongruencia completa, si lo preferís, puesto que todo esto proviene de un dictado, que comporta decir «entre tres», porque decir entre dos tiene un sentido, y también «entre cuatro» si se entiende que hay dos y dos, o en medio de tres o de cuántos sean si se trata de varios objetos, como en la hipérbole casposa (como todas) «entre mil», equivalente a decir «quién sabe cómo», despropósito que pone de relieve que el rigor entendido en el epigonalismo de la escolástica, psicoteogenética o no tanto da, y el universo de las metáforas no interaccionan mucho, y menos aún a partir de las condiciones objetivas en que la tercera enmienda afecta al lucro cesante de donde todos sabemos cómo se proyecta este «entre tres», cuando deja de ser sostenible que en un protocolo como el presente, aunque se pretenda proléptico, donde ya es dudosamente aplicable la obsoleta doctrina Hausmann, se puedan encajar estos emblemáticos (y proyectados) «tres»; ni siquiera uno sería aceptable ante una comisión de expertos, por más que fuera tan laxa y manipulable como la que se han montado aquí los de la Torre Norte, sin duda con el objetivo de no llegar a ninguna parte (conseguido con un éxito notable), hecho por el cual, aunque disfrazado de una mal entendida lógica de la necesidad, mi pobre

adversario estaba obligado a dejarse matar.

—¿Y nos ha dejado el cráneo como regalo oracular? —dice Spohr —. Quizá te lo tendrías que dejar puesto.

Nos reímos. Bettina dice:

—Si vas por ahí con esto en la cabeza, te proclamas como objetivo. Te conviertes en trofeo. ¡Es como ir proclamando «cazadme, valgo el doble»!

—Como los pistoleros del Oeste —dice Curwen—. Y más si hablas con esta elocuencia.

Midoissa niega con la cabeza.

—Si uno desconoce quién era el propietario del kopfherakleion, dónde será reconocido, qué prestigio y qué deudas arrastra, llevarlo es un riesgo desreferenciado.

Bettina finge que se aguanta la risa y dice:

—Lo es circular sin escolta, y, también es cierto, un kopfherakleion advierte de lo que eres capaz.

—Lo mismo que según tú infunde respeto puede inducir a corregir, o excitar a castigar. Espero que si nos encontramos un pistolero oracular lo aprecie. La idea de valer el doble tanto puede servir para ser respetado como para ser asaltado, aquí tenéis un absurdo que no muchos apreciarán. ¿Quién tiene en mente dónde el número 58 significa la muerte? Los asaltantes forzarán un reequilibrio en la distribución de la riqueza, y el único acto justo posible y la única manera de sobrevivir sería juntarnos con ellos desde un pensamiento bien estructurado.

Bettina dice:

—Esto que tú llamas bien estructurado, para ellos será manipulador y dogmático.

—Y una manera propia de expresarse vista a favor se llama rica, y en contra, cerrada.

—A favor quiere decir tan solo entenderla, y en contra, no saber ni de qué te hablan.

Digo:

—¡Por fin, alguien se moja de verdad! Me apunto a ir con los insurgentes.

Midoissa dice:

—No esperaba menos de ti, y no hace falta sufrir por la incoherencia de formar parte del mundo que come caliente, a pesar de que estos días no tanto —nos reímos—, y duerme bajo techo, y está contra el poder, a favor de la mayoría del pueblo y de la distribución equitativa de la riqueza, por eso ya sufrieron nuestros abuelos, no, el desajuste viene cuando te enfrentas a la mayoría: haz las declaraciones de principios que quieras, no cambiarás que te vean propietario. A quien no tiene nada le da igual quien tiene 10 como

quien tiene 1.000.000, para ellos eres de los depredadores, y yo creo que lo eres de verdad aunque no lo quieras, no te aceptarán como socio sino que te atacarán como enemigo. Los hijos de María Antonieta no tenían malos instintos, pero estaban donde estaban. Si encima llevas un kopfherakleion, al trofeo moral de liquidarte se añade el trofeo bélico de cazar a un killer.

Le digo:

—Interesante. Según esto, si un asaltante te mata...

—Me cortará la cabeza y se la pondrá por doble sombrero, encima de la mía la del Fonóctono. Se dice diplokopfherakleion, y si hay tres, triklinokopfherakleion, y así de forma sucesiva. Llevar más de tres requiere unas cervicales a prueba de bomba.

—No te preguntaba esto: si te mata y se te pone por sombrero, ¿los suyos cómo lo distinguirán? ¿Pasará a ser un enemigo?

—Es el drama inmemorial de la izquierda: no conseguir que el triunfo personal se extienda a la mayoría te convierte en renegado. En traidor.

Debería decir algo sobre la legitimidad de construir una élite a partir de la oportunidad de igualdades: hecha la distribución de acuerdo con las capacidades y condiciones de cada cual, élite a tope, ¿pero cómo no caer en el tópico? Digo:

—Uno de tantos reflejos del gran drama superinmemorial de la izquierda: cualquier forma de intervención sobre el poder, llamémosla revolución o como sea, aspirando a modificarlo o destruirlo, solo tiene dos salidas: el revolucionario aniquilado o absorbido por el poder.

Midoissa me mira con tristeza.

—Lo sé. Para recuperar los ya destrozados, sobre todo a uno, me pasearía por los bulevares con el kopfherakleion puesto, no rehuiría ningún embate, atendería todos los desafíos, para que el más desaprensivo de los asesinos se paseara satisfecho por mis dominios y por donde le viniera en gana con mi cráneo lo prestaría con gusto ahora mismo.

Aprecio la fragilidad como un valor supremo para proyectarme, consciente de la soberbia que comporta, y me permito frotarle el hombro ante todos. No lo rehúye, y me deja un agridulce. Habría preferido más otra reacción no fungible en la inmensidad de la indiferencia.

—Vamos mal de sueño y de reposo —dice Spohr.

Nos ponemos a dormir. En un extremo están separados él y Rakshasi, en el otro Midoissa y yo. Hace un frío que pela; cuando la invito con un gesto a echarse a mi lado viene sin mirarme. Hay espacio y la penumbra justa para proteger las acciones particulares, y para circular sin trabas.

Nos metemos vestidos bajo las mantas y los abrigos. Le digo:

—¿Quién es Orens?

—Quien ha sobrevivido a pruebas extremas emerge como una bestia o como un santo. Excepcionalmente, algunos como las dos cosas a la vez.

Hablamos flojo para que no nos oigan Curwen y Bettina, los que tenemos más cerca.

—¿Y ese es Orens?

—¿Por qué te llama la atención él justamente?

—No lo sé. ¿Intuición?

—Es una especie de zahorí.

Me quedo igual.

—¿Y qué encuentra?

Hace un gesto vago.

—Acuosidades dentro de las almas, niveles freáticos entre tripas. Petróleo en las arterias.

Quiero preguntarle muchas cosas, y me molesta que ella no me pregunte por lo que me permitiría hacerlo. Mis derivas con Mina y Bettina... no las quieres saber, me obligas a imaginar que te las imaginas. O no —quizá nada de nada.

Hace una pequeña cueva con el abrigo y cuelga el smartphone en modo linterna con la potencia mínima. Las pequeñas sombras le hacen inflexiones en la cara; sonríe levemente como si no se diera cuenta de nada. ¡Cómo puede ser que siempre sea más bella que nunca!

Me dice:

—Orens es el más lúcido en la gestión del Archicenotafio. Por eso lo han ido apartando.

Calla —imagino.

—¿Porque es partidario de abrirlo a la población? ¿De democratizarlo?

Ríe.

—Somos extravagantes, pero no tanto. Ve el conflicto del asalto en términos de virus.

—¿Estamos infectados?

Estamos cada vez más cerca. De vez en cuando se separa para ver mi reacción. Dice:

—El asalto de hambrientos, descamisados, sans-coulottes y golfos es la representación escénica de una transformación en el interior de cada cual. Cómo se visualiza para calibrar la situación, para medirla de cara a remedios posibles, y engañosos ya se verá.

—Sugerente, pero hay un problema de orden público objetivo.

—El resultado da lo mismo. Tranquiliza diferirse pensando en soluciones positivas. Acabará siendo la manera de asegurarse la magna destrucción final.

—Así, ¿qué tenemos que hacer ver?

—Los asaltantes somos nosotros mismos, y si es o no un virus lo que nos ataca es la representación del dilema verdoso del revolucionario: si el Archicenotafio es un bien a reformar o una inviable maldición a combatir.

—Lo cual nos lleva a elegir entre los asaltantes y Kreis. Pero tú dices que elegirán los asaltantes, y no hay duda de que nos incluirán en la destrucción.

—Sí, ¿pero cómo se llama si los asaltantes somos nosotros, si es una dimensión de nuestro yo?

—No lo sé. ¿Esquizofrenia?

La tengo cerquísima. No sé si casualmente por mi parte y de forma deliberada por la suya, tenemos las partes del cuerpo equivalentes a la misma distancia: menos de un palmo. No sé por qué se me acelera el pulso, pero creo que mi cuerpo sí. Ella dice:

—Depende desde qué sistema de valores lo veas.

—Pretendes no resignarnos a ser las víctimas históricas de los asaltantes, quieres rescatarnos de la irresponsabilidad. Como no podemos hacer nada porque somos siete contra centenares, quizá miles, está solo dentro del pensamiento particular. Nos quieres linchados conscientes y aceptando hasta el último detalle y aspecto de por qué lo seremos. Deseosos, si la consistencia moral de cada cual lo requiere.

—Necesitamos acotarlo, y nos ayudaría saber cómo están organizados. Si siguen a unos líderes o a un líder. O a nadie.

Digo:

—Otra cuestión determinante, si hay un orden entre ellos o son un caos incontrolado.

—Una cosa tendría que excluir a la otra, pero como en tantas otras relaciones de fuerzas, no es así.

—¿Qué excluye que ahora tú y yo?...

No me deja acabar. Nos besamos; hay mucha ropa en medio y nos tenemos que buscar contra los impedimentos. ¡La Hidra de Lerna tiene nueve cabezas! ¿Cómo apreciar el refinamiento y la intensidad imaginables en una mujer con su historial? ¿Es su manera de representar la indiferencia? El resultado del momento más anhelado de los últimos tiempos es un paradójico vaciado, como uno que llega a la cumbre y cuando mira arriba solo tiene el aire, y las nubes y la niebla le impiden la visión del triunfo. Como un soplo de inefable divinidad me inunda una inesperada, agradabilísima transformación mutua entre nuestros labios participados de todas las mieles de los aromas más deseados y el resto del mundo, como si traspasada la puerta final todo fuera tan diferente que toda la vida anterior quedara reducida a una benigna, tranquilizadora, ligera, reconfortante acumulación de preparaciones de este instante. Y aun así, continúa

siendo aún más poderoso el inmenso vacío de significado. Me dice:

—Me gustas mucho.

Se oyen aullidos de viento extraños, reminiscencias de palabras, pero no es inquietante sino ya solo entrañable. Psicofonías, o esto rebasa la filosofía y me estoy volviendo loco de verdad. Sea como fuere, ya no tiene poder sobre mí. La felicidad: ¿dónde está su amenaza?

—Habiendo estado con superdotados y disparates de la naturaleza, yo no te haré ni cosquillas.

—Estar con hombres superdotados es complicado, ellos mismos sufren de no poder ir hasta el fondo por miedo a hacer daño, de no poder soltarse y bajar la atención.

—Detesto los tópicos. Ahora viene lo de que la medida tanto da.

Ríe para tranquilizarme, y darme cuenta no me tranquiliza.

—Al margen de la tensión mental generada sobre los amantes, que aquí cada cual sabe lo suyo, con qué fantasmas brega, técnicamente va en detrimento del placer, porque solo si se va hasta el fondo se puede jugar con todos los estímulos simultáneos.

—Uno siempre se puede acoger al beneficio de la duda.

—¿Y en qué no pasa? ¿Te tienes que creer cualquier generalización?

—Es que no me creo ninguna.

Pienso en el cacho de testa de Fonóctono guardada en la bolsa, justo al lado. Su compañero la debe de haber plastificado muy bien, porque no echa la peste que a estas alturas ya tendría que empezar a echar.

—¿Ah, no? ¿No crees que con buenas condiciones innatas, cierto aprendizaje y alguna experiencia una mujer puede bregar con lo que sea?

—¿Con lo que sea? ¿Con un caballo?

Reímos.

—Por complexión tengo buenas condiciones naturales, y con Alfred, el jefe de la Kaufmann, había aprendido a distender y flexibilizar las paredes, había reforzado la musculatura pubovaginal, la pubococcígea y la puborrectal, la fascia endopélvica —ríe—. De vez en cuando hay que ejercitarse para no perder facultades.

—Después de Eytifronte, no sé con qué te puedes ejercitar. Con esas medidas...

—Entera del todo del todo no, pero según él, y también me lo dijo su padre, mucho más adentro que con cualquier otra mujer. Por eso me costó tanto quitármelo de encima, decía que no encontraría nunca más a ninguna como yo. Menos mal que no me enamoré y me deshice sin problemas, que si... Tiene una mujer, la Lucana, ¿la conoces?, si la vieras, aun con lo pequeña que es dicen que es una especialista.

Cuesta de imaginar cómo se lo montan.

No sé si prefiero oírle decir que estaba enamorada o que le daba igual. La conversación entra en una fase en que ya no sé qué digo —me disuelve una insoslayable anestesia diabólica. Me pregunta cosas de mí, le contesto maquinalmente, verdades o líos, tanto da. La aguijoneante nitidez con que recuerdo los detalles relatados por ella equivale a la facilidad con que olvido los propios.

Pienso, tú sí que te has vuelto un enamorado, o sea un idiota, cuando estás dispuesto a creerte cualquier cosa, por más exagerada, frívola, casual, exacerbada o encubridora que sea, cuando una rara fatalidad te lleva a ver cálculo donde campa una ligereza improvisada —indiferencia, olvido suplido con semiinventos—, y a la inversa, y qué difícil distinguir y situar todo ello. Mi trabajo a partir de ahora tiene que ser protegerme, olvidarla, afearla. Desenamorarse, un esfuerzo de picapedrero, de carnicero. De carroñero, de enterrador.

Se me cae encima lo pesado de las protecciones, el frío, la bestialidad de este rincón en particular, del Archicenotafio en un grado intermedio, del mundo en general, la imperturbabilidad de las galaxias. La deriva sexual se diluye en la aplastadora densidad de los anhelos reminiscentes, primero tan solo incómoda, gradualmente hostil. Si no fuera porque me han alcanzado las salpicaduras de la sangre, pensaría que todo ha sido un montaje de ilusionistas, porque veo a Midoissa capaz de todo.

Como si me despertara de un sueño o emergiera del agua me doy cuenta de que el ruido que oía y al que no prestaba atención es la actividad de los socios de viaje. Aquí mismo, Curwen y Bettina, y más allá Spohr seguramente con Rakshasi, porque con Mina no suele producirse la vulgar agitación. Ya hace días que se les ve bastante juntos. Dicen que la gente se enamora más y más fuerte en situaciones de peligro sostenido, en excepcionalidades adversas prolongadas, en medio de las guerras. No debe de afectar a Midoissa, o tan solo en lo referente a mí.

Proporcional al aumento de los ritmos, me inunda poco a poco un odio profundo a las mujeres en general, hacia lo abrupto femenino desde donde me apedrean todas las mezquindades y egoísmos de la humanidad, las formas pasivas, corruptas y crueles del resentimiento y la venganza. Me juro que veré su cabeza convertida en kopfherakleion o verán la mía, y la idea me produce una excitación sexual desesperada, justo a deshora, cuando Midoissa ya está medio dormida, o lo finge.

Por primera vez me siento capaz de identificar qué me acerca y qué me aleja de una mujer, de situar el origen de mis reacciones, y en la medida en que lo hago, de controlarlas, el alcance exacto de lo que me juego en las direcciones temerarias, las que me pueden llevar a

perderlo todo por el rebote caprichoso de un ego desbocado. Constato más que descubro que he ido por la vida como un animal, reactivamente, sin reflexión ni autocrítica, sin ver más allá de la inmediatez visceral de la ira y el placer.

Esto me tendría que volver más sereno, más amable, más considerado, compasivo, civilizado. ¿Por qué? Al contrario, enfurecido de insomnio, de ideas caídas de un mundo indómito, siento en la inmersión en adrenalina la caída al otro lado, la cierta, brutal, racional capacidad de llevar a las últimas consecuencias cualquier impulso de posesión, de revancha, de destrucción sin escrúpulos, sin la traba de ningún filtro de piedad más allá de la consideración de ninguna consecuencia, sea cual sea, el triunfo absoluto de la geometría. Lábiles normas de juego, campo libre para el francotirador.

La Isla de los Muertos II

El tercer día de marcha accedemos por un ángulo al espacio más amplio que hemos transitado hasta ahora, incluso, y de largo, que el silo del Anficonversor. Un inmenso espacio cúbico con una especie de enorme noria en medio, conectada por varios engranajes a un sistema de ejes que cruzan los muros en aberturas con formas poligonales y sistemas de compuertas valvulares que no dejan ver más allá. Las paredes presentan una accidental sucesión de piedra y hormigón descostrado, con aberturas, galerías, pasarelas y balconadas colgantes, alternadas con extensos, enormes lienzos; en las aristas del techo, rendijas situadas sin orden aparente permiten la entrada de una luz escasa y difusa. Por comparación con el silo de la Torre Norte, que no llega por poco a 300 metros de ancho, calculo la arista del Cubo entre 400 y 450 metros, una medida que nos convierte en visitantes aturdidos de Brobdingnag. El Allure of the Seas cabría sin ponerlo atravesado, y El Escorial, cuatro veces en el suelo; estibados uno encima del otro llenando todo el Cubo, dieciséis en total.

Nos paramos en la plataforma de entrada, abrumados porque nadie se esperaba un monstruo edilicio como este. O Midoissa sí. O Bettina. Retrocedo para comprobar que lo que había tomado como pasillo de entrada no es en realidad otra cosa que una hendidura en el muro lateral del Cubo, de unos 20 metros de grosor. La cubierta es una pirámide de no más de 30 grados de inclinación, con cuatro jácenas de más de 15 metros de alto sobre las diagonales, enjarjes con vigas paralelas a los lados, de una medida no muy inferior, y con escasas y minúsculas aberturas de luz, una proeza de ingeniería para cubrir sin columnas una luz de estas dimensiones. Entro y salgo para hacerme cargo de la estructura, y pienso si puede haber sido un edificio exento, el núcleo originario alrededor del cual se ha añadido el resto de la construcción.

—¿Qué es esto? —dice Curwen, y más que preguntar parece que pida auxilio.

—El Anficonversor propiamente dicho, o más exactamente el Contraconversor.

—¿Una noria?

La rueda está parada; por el estado ruinoso y la porquería acumulada por los rincones se diría que está anquilosada por el desuso, a pesar de que los chorreteos de densos, oscuros, repugnantes lubricantes y pestilentes acuosidades diversas apuntan a otras posibilidades. No hay suelo propiamente dicho; en la parte inferior, las escasas superficies diversamente pavimentadas alternan con

jácenas descomunales habilitadas como pasillos en su parte superior, salvando extemporáneos roquedales salvajes y escombros la mayor parte, en otros puntos abisales por el ruido acabados en aguas turbulentas. El no ver a nadie por ninguna parte le añade la inquietud por la expectativa de la sorpresa, ante dilemas entre formas de destrucción: ¿qué es peor, sin nadie o con alguien? ¿Solo o en presencia de un monstruo? Ponle nombres: ¿el Diablo o la nada? Si el terror viene de una presencia o de una ausencia debe ser un dilema ficticio, porque en los extremos del Bien y del Mal la elección está demasiado comprimida.

Bettina dice:

—En cierto modo es una noria. Con más propiedad, una turbina.

Spohr mira el smartphone y dice:

—Los localizadores no funcionan, pero calculo que si no estamos en el centro de la Torre Blanca, como mínimo es un lugar único, sin equivalente. No creo que esté asociado a una torre que no sea la central y no haya cuatro más.

La noria-turbina, que en la divagación los compañeros ya se han acostumbrado a llamarla Contraconversor, centrada en el espacio, deja unos 25 metros entre el extremo del círculo y el muro —siguiendo la hipótesis, debe de medir entre 350 y 410 metros de diámetro—, y el grosor en las partes más anchas —no es regular—, unos 40 metros. Contemplo la estructura y los detalles. La educación consiste en prepararte para cosas que no encontrarás nunca, adquirir habilidades que no ejercitarás jamás, y en cambio descuidar oficios básicos para circular. Los aprendices de brujo que lo han querido mejorar se han encontrado con la desagradable sorpresa de que lo que creían inútil era una forma de disciplinar la mente y articular a los individuos como entes capaces de decidir. Lo echo de menos ante el reto.

—Si es una noria, ¿de dónde viene el agua? ¿Por dónde circula? —dice Curwen.

—No es una noria —dice Bettina—, cuando menos tal como desde el punto de vista estrictamente mecánico lo entendían hace cien años quienes ponían un asno para darle vueltas.

Con un horror difícil de situar y medir imagino el monstruoso artefacto en movimiento, y no veo por dónde giraría entero. Desde el punto de vista mecánico me inclino por la turbina, por algún tipo de orbitaje interno, pero los efectos del posible movimiento resultante parecen todavía más devastadores: atronadores, no tan solo insoportables para cualquier espectador humano, sino capaces de derrocar el descomunal edificio.

Intento deducir el funcionamiento —y la función— a través de un sistema planetario Ravigneaux ampliado, con tres planetas centrales y nueve satélites divididos en tres categorías. La única pieza fija parece

el conjunto de los tres ejes portasatélites, aunque parecen independientes cada uno de los otros, y me pregunto dónde se transmite la fuerza del giro de la corona, si es que tal giro existe porque no hay un mecanismo portátil que lo fije. No logro imaginar cómo rueda todo esto, y no me ayuda mucho la arquitectura del sistema de engranajes cónicos de ejes perpendiculares, del hipoides en formaciones de tripletes, de los cónicos helicoidales. Sigo los ejes cruzados, los sistemas de coronas glóbicas conectadas a tornillos sin fin, los ruidos, los diferenciales.

Del centro de la rueda sale un gran eje a ambos lados; de la armella se proyectan posts en horizontal no se sabe con qué función ni conteniendo qué, y del sombrerete, como recorriendo aristas de Cubos incompletos, salen cuatro ejes secundarios partiendo 90 grados en perpendicular y a la derecha uno, a la izquierda otro, el tercero abajo y el último arriba, y el que gira a la derecha en el primer tramo desdoblándose en el segundo a la izquierda, en el tercero abajo, y en el cuarto de nuevo en perpendicular; los otros tres, de forma análoga, y de cada nudo saliendo un nuevo eje o dos, de menor calibre, en otra dirección, presentando una imagen de conjunto intrincada pero con un orden formal de formación vegetal o cristalográfica.

En algunos puntos de los apoyos portasatélites hay plataformas de donde salen escaleras en dirección a otros rellanos, a los grandes ejes rectores de apoyo y a las jácenas de la base, todo bordeado por barandales pautados con pilastras rematadas con torsos de figuras caprichosas, semibestiales o diabólicas en los puntos formalmente destacados y —cuando me doy cuenta pienso que aquí puede estar la clave—, en el resto, con poliedros. Sería raro que en un mecanismo de esta complejidad y, sin duda, con una función central en el Archicenotafio, el criterio de elección de estos elementos salga de un simple azar decorativo. Las utilidades de este lugar no son de un edificio sino de una máquina —disciplinarias si no de rendimiento. Así como en los últimos trescientos años la sociedad ha evolucionado de súbditos a ciudadanos hasta nuestros padres, y hasta nosotros de ciudadanos a consumidores, es imaginable que aquí lo haya hecho de operarios a novicios. Sublimados, de tripulantes a acólitos.

Mientras los demás debaten cuestiones mecánicas sin ponerse de acuerdo, me aparto para observar el aparato —como todo, absurdo si se desconoce su cometido. Hay Octaedros posicionados sobre el vértice en las barandillas en los ángulos de los giros de las escaleras a la izquierda, Icosidodecaedros sobre la base pentagonal en los giros a la derecha, Rombicuboctaedros sobre la base cuadrada en la parte alta de los rellanos de múltiples accesos, Dodecaedros sobre la base en su parte baja, Rombicosidodecaedros sobre la base cuadrada en los pináculos de las cubiertas de protección, Cubos sobre el vértice en las

barandillas de los miradores-refugio de las jácenas de base, sobre la arista en sus cubiertas de protección, y sobre la base en los frontones de las entradas a los muros, los pequeños presentando frontalmente la cara, los más grandes la arista; el Cubo es la única figura colocada en cuatro posiciones diferentes. Me sabe mal no haber prestado más atención a las discusiones de hace unos días, sobre todo a las observaciones de Midoissa, porque ahora —esto la hace aún más sospechosa— serían de gran utilidad. Y no me puedo poner en evidencia pidiéndole que me lo repita.

Debo de haberme entretenido demasiado, porque, cuando vuelvo al grupo, Spohr está echando un discurso enfático que interrumpe cuando llego, y Midoissa se dirige a mí.

—¿Vamos a buscar a Kreis o a Orens?

Como no sé de qué va, salgo por la tangente.

—¿De qué nos hemos olvidado? ¿Ya no sabemos a dónde vamos?

—¿No se le llama realismo a esto? —dice Rakshasi.

—No es esa la cuestión. ¿Vamos a la contra, o a favor? ¿A la destrucción, o a evitarla?

Bettina dice:

—Tenemos una cuestión inmediata por resolver. ¿Por dónde pasamos? ¿Por dónde salimos? ¿Qué cruzamos?

Spohr señala vagamente el centro del aposento y dice:

—Podemos seguir esa galería, después aquella, y a partir de la balconada —lo señala a medida que habla, como si se lo fuera inventando sobre la marcha— tenemos unos cuantos pasillos donde elegir, pero quién sabe si todos están en condiciones.

Rakshasi dice, riendo:

—Ve tú delante, que eres el más alto y gordo, los otros te seguimos. Si el pasillo no se hunde, vamos pasando uno por uno.

Sorprendo a Mina mirándome fijamente, y no consigo evitar la idea de que, como Midoissa, ella también me lee el pensamiento. En su caso, más bien me lo transmite: «A Shelly ya lo he dejado sin sangre, ya no me sirve. Quiero tu carótida, la femoral, la arteria rectal inferior, la arteria pudenda interna, la arteria profunda, la dorsal, la cavernosa. Lo quiero ahora mismo, ante esta gente me da igual.»

Merece la pena comprobar si la transferencia es real o delirio mío. No le había visto nunca esta mirada turbia, pesada, luctuosa. Se la sostengo y le transmito, o así lo espero, o lo intento, yo qué sé: «Cuando quieras, inmensa puerca. Chupa tantas arterias como te plazca, que te la meteré por detrás y te dejaré las tripas como un abrevadero de caballos.»

La sangre recorre un árbol, y el octosílabo me produce una ternura distractora. La muerte ha dejado de ser un límite, y poco a poco se vuelve una regla más de un juego que hasta que no las tengamos todas

no sabremos en qué consiste. Mina me responde: «Quiero un coctel de sangre y semen al sesenta y cuarenta por ciento, como tú lo tienes de sangre y flujo vaginal, infecto y despreciable marrano, cuando te cepillas mujeres con la regla. Sácatela aquí mismo si tienes huevos.»

Casi lo hago justo cuando aparta la mirada —la versatilidad de mis errores de apreciación: me pasa demasiado a menudo; debe de ser porque me guío por las reacciones producidas en los otros. Puedo sentirme formando parte del mundo, o cuando menos de algo más grande que yo mismo, pero no pierdo el control. Al contrario, la capacidad de decidir es más nítida y discernida que nunca, y la visión de las consecuencias es tan clara que duele. ¿Acaso no son formas de locura algunos posibilismos fútiles?

Midoissa dice:

—No hay que fingir que nos hemos olvidado de dónde vamos, ni que ha cambiado algo desde que hemos salido, aunque lo que pasa nos pueda haber, no lo sé, depende de cada cual.

—Como las películas de miedo —dice Curwen—. Los expedicionarios se dividen para que el monstruo los pueda ir descuartizando más fácilmente uno por uno.

—Aquí no pasará —dice Midoissa dulcemente—. Los caminos eran radiales confluyentes hasta llegar donde estamos, y a partir de ahora serán divergentes. Para evitar ir a parar a lugares para nada, nos tenemos que dividir. Sugiero tres grupos.

—Solo tenemos dos inhibidores —dice Curwen como empujado por un resorte.

—Aquí no hay sensores —dice Spohr—, no es problema. ¿Estáis todos de acuerdo en partirnos en tres grupos? —nadie se opone—. Pues vamos por un lado Artur y yo...

—¡Los dos hombres fuertes! —dice Rakshasi riendo.

—... y el resto un grupo con Bettina y otro con Midoissa, con los inhibidores.

Midoissa traza un mapa para indicar por dónde irá cada grupo y dónde nos reuniremos. Pregunta quién quiere ir con ella, y se apuntan Curwen y Mina.

Rakshasi dice:

—La cobertura de los smartphones en la configuración particular de Midoissa es muy mala. Nula, la mayoría de los tramos.

Spohr dice:

—Ni se te ocurra probar otra.

—Tendríamos que establecer cómo comunicarnos si alguien tiene dificultades.

Spohr decreta, tajante:

—No nos podemos permitir ningún riesgo. Si mañana a la hora convenida un grupo no ha vuelto, se espera un tiempo razonable, y

después se le da por perdido y seguimos por donde se decida a la vista de lo que haya.

—¿Un tiempo razonable? ¿Cuánto?

Mina dice, riendo:

—¡Protocolo de guerra!

—Es que estamos en guerra. ¿Alguien todavía lo duda?

Rakshasi dice:

—¿En guerra? Qué quieres que te diga, una guerra es un descontrol mayor que todo esto. ¿No os parece extraño que no hayamos tropezado con el más pequeño indicio de los asaltantes? Se nos ha dicho que han entrado por el Suroeste, los hemos oído correr por los pasillos en la Torre Norte, y hemos recorrido a pie media Isla de los Muertos sin haber visto ni uno.

—Ni asaltantes ni no asaltantes, salvo aquellos Fonóctonos —dice Spohr.

—¿Qué os dice el instinto? —dice Bettina—. ¿Falla la información, o nos han engañado?

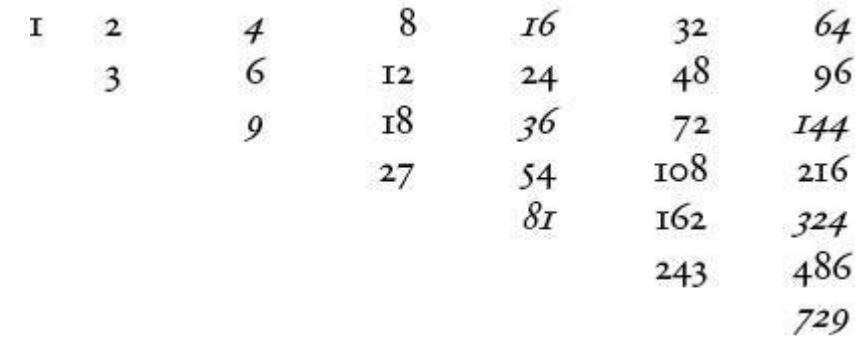
—¿Engañado quién, con qué objeto? —dice Midoissa—. Extraño, tanto como queráis, y también puede ser casualidad. O suerte —nos quedamos esperando que más puede decir, y ríe—. No perdáis las esperanzas, en cualquier momento puede cambiar todo, y que nos asesinen.

Redistribuimos los víveres, sorteamos los caminos entre los grupos y nos disponemos a partir evitando despedidas inconvenientes, no sé cada cual hasta qué punto consciente de ello, ni sintiéndose cómo. No evito miradas de nadie, y no las encuentro todas; solo Mina y Midoissa, una sedienta aún, ahora con un toque de resignado resentimiento, los ojos empequeñecidos de rabia, la otra la sonrisa esbozada, la mirada afilada de intenciones, la calma capaz de guardar todas las locuras para tenerlas a punto, benigna siempre, ay, esta benevolencia arrastradora, envenenada.

A Spohr y a mí nos ha tocado el camino de la izquierda, y lo enfilamos sin mirar atrás. Hacemos una parte por una galería del Gran Cubo, y encontramos una vía entre el muro donde tenemos que usar las linternas de los smartphones. Él delante, tomamos un tramo descendente sin luz natural. Cripta o gruta, porque la ambigüedad entre terreno natural manipulado y construcción humana abandonada y recuperada por las fuerzas de la naturaleza está tan conseguida que parece hecha exprofeso.

Todo está oscuro y carece de información salvo en un aneurisma del trayecto, iluminado con leds de emergencia apenas suficientes para ver dónde pones los pies. Examinamos los grafitis de las paredes con las linternas. Tiza la mayoría, pero también espráis negros, rojos y plateados en los puntos donde el fondo permite destacar. Insisto en no

entretenernos mucho, pero Spohr parece fascinado.



Los de la parte central, la más sobresaliente, medio borrados por el paso de vehículos o quién sabe de qué con efectos erosionadores. Distingo «2, 3, 4, 6, 8, 9, 12, 18, 27», y más abajo «27^2», y «$9 \times 7 = 8^2 - 1$»

En otro muro:

«Protege la epifanía de la Enéada: «$18 \times 8 = 4^2 \times 3^2 = 12^2 = 144$»

«$1 + 4 + 4 = 9$»

«$16 \times 9 = 12 \times 12$; $16 + 9 = 12 + 12 + 1$»

Y aún: «Pone en valor la proporción armónica: »

Al lado: « »

«$\sqrt{5 \times 12} = 7'7459666$»

«Harmon $5'12 = 7'0588235 \approx 7$»

Y las que me parecen enigmáticas: «Donde está el 9, está a en todas partes»

«Llega al 7 desde 6 enlaces.»

Y: «Busca en qué y por qué estás en el dominio del 7 o en el dominio del 9. Quaerendo Invenietis.»

Spohr dice:

—La media geométrica entre 5 y 12...

—Con número de la bestia incluida. ¿Hay azares, en numerología?

—... es 8 por aproximación, pero es mejor la aproximación por la media armónica, 7.

En el paramento del extremo:

$3! = 6\ (\Sigma = 6)$

$4! = 24\ (\Sigma = 6)$

$5! = 120\ (\Sigma = 3)$

$6! = 720\ (\Sigma = 9)$

$7! = 10 \times 9 \times 8 \times 7 = 5040\ (\Sigma = 9)$

$8! = 40320\ (\Sigma = 9)$

$9! = 362880\ (\Sigma = 27'2 + 7 = 9)$

$10! = 3628800\ (\Sigma = 27'2 + 7 = 9)$

$11! = 39916800\ (\Sigma = 36'3 + 6 = 9)$

$12! = 479001600\ (\Sigma = 27'2 + 7 = 9)$

$13! = 6227020800\ (\Sigma = 27'2 + 7 = 9)$

$14! = 87178291200\ (\Sigma = 45'4 + 5 = 9)$

$15! = 1307674368000\ (\Sigma = 45'4 + 5 = 9)$

$16! = 20922789888000\ (\Sigma = 63'6 + 3 = 9)$

$17! = 355687428096000\ (\Sigma = 63'6 + 3 = 9)$

$18! = 6402373705728000\ (\Sigma = 54'5 + 4 = 9)$

Me quedo a la espera de una revelación que ya se veía que no saldría nunca a mi exterior. El factorial de 2 no presenta ningún interés; que la suma de las cifras de los tres primeros —de 3, 4 y 5— sea el primer múltiplo de 3 y el 3 mismo no tendría que llamar la atención si no fuera porque a partir de 6! todas las sumas llevan a múltiplos de 9 la suma de las cifras de los cuales, como sabe todo el mundo, es 9. Pruebo de establecer la pauta de las cifras intermedias, 27, 36, etcétera, cuando pasan de dos a tres dígitos. Encuentro más indicativo que en los sucesivos factoriales de cifras múltiplos de 5 aparezca al final de la cifra resultante un '0' más, dato revelador de una curiosidad que cuando pueda plantearé a Midoissa: la cifra anterior al primer cero de la serie final es par. ¡Busco 100!, un extraordinario número de 156 dígitos:

933262154439441526816992388562667004907
159682643816214685929638952175999932299

156089414639761565182862536979208272237582511852109168640000000000000000000000

156 es producto de 12 y 13. Dos cifras consecutivas extraordinariamente importantes en el ciclo zodiacal, y en el triángulo rectángulo con 5 como medida del otro cateto. La cifra tiene una secuencia de 4 nueves, y acaba con 22 ceros seguidos (y la segunda mitad se inicia con la secuencia que lo expresa: 156 —y se repite 12 números más adelante). Aplico el algoritmo correspondiente, y obtengo 648. 6 + 4 + 8 = 18. 1 + 8 = 9. 648 / 9 = 72. 7 + 2 = 9. El bucle perpetuamente retornante, que aboca a una realidad que tengo que buscar si está demostrada, y por quién: cualquier cifra los números de la cual sumen 9 (tanto da en qué instancia) es múltiplo de 9.

Naufrago en la inexorabilidad de los azares numéricos. 156 – 12 = 144, que, además de sumar 9 sus cifras y ser 12^2, es el 12 ° elemento de la sucesión de Fibonacci, el 13 ° contando el 0.

Continuamos en silencio hasta que la creciente complicación del trayecto y la falta de referencias nos obligan a plantear si vamos en círculo sin avanzar. Nos detenemos en una plataforma a cobijo de miradas, y Spohr dice:

—He intentado tomar hitos, y no estoy en condiciones de asegurar que encontraré dónde hemos quedado mañana con los demás.

—Por eso lo hemos planificado con suficiente margen de tiempo.

—Y con el Contraconversor como referencia.

Nos miramos con desaliento, escasamente iluminados desde abajo por las linternas. Me da un ataque de risa, histérico seguramente. Digo:

—Igual somos la representación de la humanidad actual, que vuelve a dirigirse a un objetivo, pero ahora no es el conocimiento, ni encontrar a Dios, ni el dominio de la naturaleza, ni la generación de superhombres, sino la destrucción.

—Pues no nos demos tanta prisa.

—Darse prisa forma parte del objetivo; no es absurdo, es tautológico. ¿Eres Dios? Pues hazme reír. La retórica de la epifanía de la destrucción no puede ser otra que mierdificación de la Nada, una nueva mística capaz de olvidadas amplitudes, de nuevos absolutos puestos bocabajo.

—El absoluto no tiene atributos (entonces sería ponderable y ya no sería absoluto), y estar bocabajo es uno —nos miramos con desánimo —. Y darse prisa, otro.

Me lo quedo mirando, y no sé si le odio o me despierta algo de ternura. Me enternece ser todavía capaz de escogerlo. Digo:

—Todo esto son los planes de la Nada.

—Vaya, esto es nuevo. Ahora la Nada hace planes.

—Ahora no. Sus planes son el origen del Universo.

—Me lo creería más si me dijeras que son el final.

—Lo son. Origen y final del Universo son lo mismo. Su esencia y su razón de ser.

—Si son planes de la Nada, ¿cómo pueden tener una razón de ser?

—Sobre esto no sirven las aparentes contradicciones de la miseria de la lógica.

—Qué buen argumento. Lo aplicaré donde me vaya bien.

—Tienes todo el derecho.

—Tampoco cambiará nada.

Entre las alturas y las profundidades acaba no habiendo diferencia. Es mejor volver al aurea mediocritas. Por comodidad, no porque sea más útil. Digo:

—¿Tienes alguna duda de que no somos más que la realización de un modelo?

—Tengo todas las dudas del mundo.

—Ya sería hora de rescindir alguna.

Me mira fijamente, y siento que me atraviesa como si fuera humo. Yo, pero él también.

—Y tú, que dudaras de lo que te conviene.

Me siento sobrado.

—¿De qué?

—Cuando nos lo dijeron no caí, pero ahora, tantas horas andando... ¿De qué facción son los envenenados?

Deja una pausa. La manera como le aparece la sonrisa me hace pensar en un conejo desangrándose.

—Crowley, Borrell, Rosa Vinyals...

—Todos representantes de los pragmáticos en la Comisión. Y los Camarlengos, del mismo bando.

—Interesante. ¿Podemos deducir quién los ha envenenado?

Se recrea. Me molesta, no sé si por lo que no me creo o por lo que no me quiero creer, sea cual sea lo que vendrá. Dice despacio:

—¿No te han insinuado que todo esto viene de Kreis, y la solución es asesinarlo?

—En cierto modo.

—¿Qué es esta expedición? ¡Un pelotón para cargárselo!

—Y algo más, ¿no?

Me mira con una ferocidad más curiosa que inquisitiva.

—¿Ah, sí? ¿Qué? Seguro que ni Midoissa te ha dicho quién es Kreis.

Dilata el final, como si prefiriera ser obsequioso a ser cruel. Le crece la sonrisa como le crecen los dientes al vampiro. Teatralmente

espera la pregunta, y la hago para acabar de una vez.

—Me da igual. ¿Quién es?

—Es tu padre.

Suelto una carcajada sincera, en cierto porcentaje defensiva.

—¿Te has vuelto un anagnor? El truco de efecto no está mal, pero tiene un pequeño agujero: sé perfectamente quién era mi padre.

—¿De veras? ¿Te cuadran los datos pseudoobjetivos con los recuerdos sentimentales? ¿Tienes la figura paterna adecuadamente integrada y estructurada?

—Anagnor, ¡y además psicoanalista! No puedo contigo.

—Y fisiognomista, si quieres. ¿Has comparado la nariz «de tu padre» —arrastra las tres palabras— con la tuya? ¿Y la tuya con la de Kreis? ¿El color de los ojos? ¿La complexión? ¿La amplitud de la frente?

Me esfuerzo para reír.

—No sabía que conocieras a mi padre.

—No le conocí. He visto fotos y entrevistas grabadas.

Mi padre fue un prócer conocido y considerado en la sociedad de su tiempo, pero no tanto como para que circulen fotos y entrevistas accesibles al público. ¿Quién se las ha pasado?

—Me tomas el pelo.

—Algo dentro de ti te dice que es como te digo, y además ya lo sabías.

—No había ni hay nada que decir. ¿Por qué se me tendría que ocultar?

—Porque si lo sabes, nunca te avendrás a liquidarlo, ¿o tan solo a participar?

Nos miramos entre arabescos de rencores.

—¿Y por qué me lo dices, qué ganas? ¿Proteges a Kreis? ¿Te haces pasar por humanista y eres un pragmático?

—Apenas soy un superviviente de tiempos antiguos. ¿Un adepto a la verdad?

—¿Y por qué no lo decías antes? Ya te lo digo yo: porque otro lo rebatiría con datos que yo debo desconocer. Ni siquiera me lo podías decir hace un rato, con Midoissa delante.

Habla con un didactismo paciente que me enerva.

—No te lo he dicho antes por varias razones. No había nada en juego. Nadie planeaba liquidar a Kreis. Y, sobre todo, no estaba seguro.

Le contesto cada vez menos dispuesto a seguirle el juego.

—¿Y ahora sí? ¿Cómo, desde cuándo?

—Por la conversación en la sala del Contraconversor. Lo sospechaba, pero tal cómo han planificado los próximos días Bettina y Midoissa, ya no tengo ninguna duda.

Le miro lo más ofensivo posible. Como siempre, me siento insuficiente.

—Eres un idiota. Eres el Tonto-Dios del Egrégor.

Se encoge de hombros.

—Tú verás —levanta la vista y sonríe, socarrón—. El Tonto-Dios siempre acierta, ¡eh!

Verle tan fresco me termina de encender. Opto por la ironía, pese a estar seguro de que, como todos los egóticos, fingirá no apreciarlo. Digo:

—Así que al final los malos somos nosotros.

—¡Eres un adolescente! ¿Por qué crees que el otro día Mina insistió en que no hay buenos y malos? ¿Quién es el malo de la Ilíada? ¿El león es el malo de la sabana?

Nos debemos acabar dejando por imposibles mutuamente. Comemos algo y seguimos la marcha. Será por exacerbación de expectativas que veo en todas partes equivalencias: la niñez dolorosa, que pasa tan despacio, la vejez plutoniana, que pasa veloz, el ego tardomoderno, hiperactivado porque está sin trabajo (como el estómago que se ulcera cuando no tiene comida, porque intenta digerirse a sí mismo), naufragado en una larga fase erótico-depresiva. ¿Lucho contra el mundo, o contra convenciones de un punto de vista? Si ya me da igual, también me tienen que dar igual las probabilidades de engañarme y salir malparado. La sociedad ha entrado en la fase antipoético-suicida, brevísima por definición —si la supera, tautológicamente entrará en la criminal. El sonido de una sola mano del koan —el oxímoron de un solo término: hombre.

Llegamos a un espacio circular, anilla perimetral insertada en un punto intermedio de un cilindro de unos 40 metros de diámetro. En el centro queda un boquete no protegido por ninguna barandilla. Nos asomamos con precaución; al fondo, a una distancia difícil de calibrar, pero no inferior a 60 o 70 metros, el reflejo tembloroso del círculo indica la presencia de aguas agitadas. El mar, probablemente. En la parte superior, el cilindro se va estrechando por etapas, como una esbelta pirámide escalonada de planta cuadrada, flanqueada por una vertiginosa escalera metálica colgada justo para no tocar de cabeza, ascendiente en espiral con una inclinación superior al 45%, y una ligereza y estrechez poco aptas para quien sufra de vértigo. Arriba, el tragaluz piramidal de cristales compartimentados de colores rojos, lilas y azules, a unos 100 metros de donde estamos, o más. Nos acaloramos en una discusión sobre el objeto. Spohr apunta si es el centro de una de las Torres Negras.

—Demasiado pequeño. Como mucho, es una torre adyacente a la Central, o a una de las Negras. Antes de entrar grabé esto a Zapruder, cuando todavía no sabía quién era, y dio una explicación a quienes

hacíamos trámites para entrar, supongo que dirigida a mí, en fin, no lo sé —busco la grabación en el smartphone y se la pongo—: «El conjunto es en planta un pentágono, y esta parte no es más que una de las cinco torres de los vértices. Hay cuatro iguales más, la suroeste, la oeste-noroeste, la norte y la este-noreste, y todavía cinco en las intersecciones de los brazos del pentágono estrellado interior, y una en el centro, el Archicenotafio propiamente dicho. Estas primeras cinco son rojas y de 720 metros de altura, las del siguiente anillo, negras, y se dice que miden 960, y según algunos la central, la blanca, 1200 metros, pero es un cálculo por analogía aritmética a partir de las dos series anteriores. Basados en diferentes hipótesis simbólicas, otros iniciados dicen que mide 1440, lo que conduciría a una revisión al alza de la altura de las Torres Negras; algunos de escuelas más radicales, que alcanza los 2016.»

—¿Entonces?

—Si tenemos, como mucho, cien metros arriba y cien abajo, que yo creo que no llega, y debajo está el nivel del mar, o quizá un río, por el movimiento que se ve, mucho más arriba no puede ser, hace 250 metros como mucho, muy lejos de las alturas de las torres.

Spohr cavila.

—Entonces, nos hemos desviado hacia la periferia.

—¿Por qué? No podemos estar lejos de la Torre Central, si de verdad el Contraconversor está ubicado ahí.

—Situando la estructura del conjunto quedará resuelto. Es mayor la distancia de las cinco Torres Negras intermedias, centradas en los vértices del pentágono interior del estrellado del conjunto, a las cinco rojas periféricas que a la blanca Central.

Le pregunto:

—¿Cuánto mayor?

—Suficiente para que los sistemas de contrafuertes para sostener las negras y la blanca se entrelacen sin dejar en medio espacios, según las medidas de Zapruder, inferiores a 500 metros.

Le digo:

—Imaginemos el perfil del conjunto. El otro día, en el tren de anficonversión de vuelta de las inmediaciones de la Torre Negra, si no llegó a la velocidad máxima, y teniendo en cuenta que al poco de dejar de acelerar ya empezó a frenar, ¿cuánto tiempo estuvimos? ¿30 segundos? Pongamos 40, y que llegáramos a 500 km/h, o sea a 138’88... m/s. Partiendo de 0 km/h, la velocidad promedio sería de 250 km/h, y comportaría haber hecho 1.388’88... metros en 20 segundos. Suponiendo que el tramo de aceleración fuera igual que el de frenada, comportaría haber hecho 2.777’77... metros, que por aproximación se puede inferir como distancia entre las Torres Rojas y las Negras, la medida que multiplicada por Φ da el lado del pentágono

englobador del conjunto, y la distancia entre una Torre Roja y las de los lados: 4.494’54 metros, 4.500 grosso modo.

Dice:

—Si todo son aproximaciones, es tan buena esta cifra como la otra.

—Si es un sistema de contrafuertes, en medio de los elementos estructurales puede haber espacios vacíos, incluso a ras de suelo.

—He visto un dibujo de la Torre Blanca con diez grandes contrafuertes, incidiendo los arbotantes en el punto donde la parte superior está en proporción áurea con la inferior, siendo esta mayor. De los cinco contrafuertes más pesados, en tres puntos de su altura, además de los arbotantes que ayudan a sostener la Torre Blanca, salen otros hacia los contrafuertes de las Torres Negras, y de los otros cinco, los arbotantes correspondientes van a parar al punto central entre cada una de las cinco Torres Negras, donde se sitúan otros contrafuertes que también sostienen a estas.

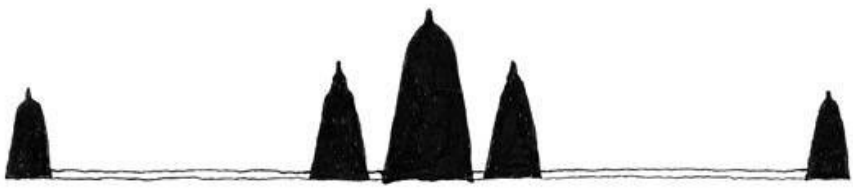
—Aunque las estructuras portantes fueran cúpulas regulares, las proporciones de las Torres Rojas (tal como he observado la Sur-Sudeste, y por las medidas del silo y la estructura portante de la Torre Norte que conocemos) tienen aproximadamente la altura el doble de la base. Por lo tanto 720 × 0’5 = 360 metros. Por analogía, suponemos la base de las Torres Negras de unos 960 × 0’5 = 480 metros de diámetro, y la de la Torre Blanca en la hipótesis intermedia, 1.440 × 0’5 = 720 metros. Nunca se interferirán.

—En la hipótesis máxima, 2016 × 0’5 = 1.008 metros... Un edificio de un kilómetro de base.

1440 = 60 × 24. La ley del 9 omnipresente, y los minutos de un día. El blanco, emblema de lo maligno según Melville, según Poe, según Lovecraft.

—Se puede deducir la distancia entre las Torres Negras y la Torre Blanca a partir de los rasgos del pentágono, por analogía con la relación entre su lado y el diámetro del círculo circunscrito. Se multiplica por la relación = 0’58778 y se obtiene un diámetro de = 7.655’86 metros, más de 7 kilómetros y medio. Esa es, salvo error, la dimensión máxima del Anficonversor. ¿Te imaginas el perfil?

Lo dibuja en un papel.



—Entre las Torres Rojas y las Negras hay un vacío excesivo. En el

paseo de aquel día vimos arquitecturas más accidentadas, incluso cubiertas donde parecía que se enlazaba la Torre Roja con la Negra. Alrededor de la Torre Central y de las Negras hay muchas pequeñas torres adicionales.

—Es un perfil idealizado; no se vería nunca así, entre otras cosas porque no hay ninguna pareja de Torres Rojas opuestas sobre la diagonal del círculo circunscrito. Entre las bases respectivas de las Torres Negras y la Blanca cabrían...

—Campos de fútbol, sí.

Dice:

—En fin, que no sabemos dónde estamos.

Miramos hacia arriba y al pozo.

—¿Subimos? ¿Bajamos?

Voy hasta el arranque de la escalera, la sacudo y oscila estrepitosamente hasta una altura que delata una fragilidad poco tranquilizadora.

—Desde arriba veríamos dónde estamos, y tendríamos un criterio sobre hacia dónde ir. Por aquí no estoy seguro de que no nos matemos.

—Abajo no hay nada —digo.

—¿Te parece consistente y ajustado volver diciendo que por nuestro lado no hemos encontrado nada?

Reímos.

—Parece una parábola evangélica. Debemos ser el que recibió un solo talento y no lo puso a rendir.

—O las vírgenes imprudentes.

—Más bien el grano caído en terreno equivocado.

—¿Volvemos?

Deshacemos con ciertas dificultades el camino hasta el punto de encuentro, teniendo que retroceder un par de veces, pero sin transmitirnos la preocupación de habernos perdido, y hablando de vaguedades para evitar contagiarnos ansiedades inconvenientes.

Llegamos a una terraza protegida en una parte del Cubo del Contraconversor opuesta unos 150 grados a aquella desde la cual accedimos el primer día. Ya están Bettina y Rakshasi. Se interesan por lo que hemos visto antes de informarnos sin grandes detalles que por el camino de la derecha ellas no han encontrado más que callejones sin salida.

Rakshasi mira el reloj y dice:

—Falta una hora para el límite establecido.

—¿De verdad nos planteamos continuar sin los tres que faltan?

—Di lo que piensas: no te lo imaginas sin Midoissa. Los otros dos te la pelan.

Bettina dice a Spohr:

—Dijiste tú lo de esperar a los grupos hasta la hora convenida, y si uno no ha vuelto, lo damos por perdido y adiós.

Nos sentamos como si de contemplarnos se tratara. ¿Qué se puede hacer en una hora? Percibo indicios de transparencia en la sonrisa chulesca de Spohr, y entiendo que en una balsa, pasado un tiempo los supervivientes acaben matándose, y no solo por razones alimenticias. Me siento ridículo intentando defenderme de fantasmas con toda la pinta de no ir más lejos de mi cabeza, pero esto ya es el Universo (y desconocido en cualidad y extensión): «¡Pero si el hijo de Kreis es Amadeu!» Implacable, Spohr me envenena: «Moralmente no es tu padre, ¡te abandonó! Qué más da si lo es o no, ¡qué padre se comporta con un hijo como él contigo estos días! ¿Qué consideración le debes?» Siento náuseas. ¿De dónde bajan los pensamientos? Diviso la inmensidad vengativa en todo lo que las elipsis hacen dejar de lado, todo el pecio que no se recuenta para no convertir el relato en una monstruosidad fractal en la que para describir un mero minuto haría falta una cantidad de material expresivo tendente a infinito. O tan solo me complazco en equilibrios exóticos.

Spohr no deja de asediarme ni cuando Rakshasi, ya sin disimular, se sienta en sus rodillas. Como si una autoridad ignota lo hubiera ordenado, Bettina se pone a mi lado y me coge la mano. En tanta fraternidad veo agresión.

Le digo:

—Me da lo mismo si me tomas por loco. Espero casualidades fantásticas, ponderando altas probabilidades de que vayan seguidas de decepciones. Cómo paliarlo, cómo concitar nuevas, ahí está.

Eleva la mirada, soñadora. Se vuelve remota, estúpida. También la abofetearía.

—Pocos se ven a sí mismos. Nos quejamos de las ineptitudes de los otros, si no tienen conversaciones interesantes, si son banales, aburridos, y se nos podría bien decir «¿y tú qué? ¿Eres un ser arcangélico luminoso? ¿Fecundas de ingenio y bondad a quienes te rodean?»

—Paso de que me fecunden de nada —digo.

—¿Lo ves, hombre? Vale más reír. ¿Qué somos? Tahúres de la predestinación, prestidigitadores del destino, impostores de la voluntad donde el azar opera el prodigio entre la condición angélica y el ridículo. A menudo, todo a la vez.

Pienso en la manera de molestarla sin ser acusado de grosero.

—Cuando los hechos y las palabras se contradicen, el sentido común aconseja quedarse con los hechos, pero no siempre es la buena opción.

Me pone la cabeza en el hombro, el viejo truco de proteger mostrándose protegida. ¿Me tengo que sentir el macho alfa del torso

del Egrégor? Con Spohr hay un pacto implícito de no agresión, formando parte del estudiado mecanismo de válvulas de seguridad, confundible con formas ociosas de estupidez, al margen de que de manera ocasional pueda haber poca o mucha. Asumido como chismoso, busco transparencias para situar la dimensión sentimental entre los otros dos, y encuentro solo una pregunta: por qué no he estado con Rakshasi.

Algo le debe de llegar —y me alegro con una alegría cruel—, porque abandona los trabajos pseudosexuales en la cabeza de Spohr y se vuelve hacia mí imperativa. Estamos a unos tres metros, suficientes para captar fluctuaciones de ira y rechazo. Por analogía podría imaginarlo, pero por más que me consten detalles que a la postre no dejan de ser inferencias, no consigo imaginarla adentrada en la actividad lúbrica. Spohr asoma la cabeza con cara de decir «¿qué pasa, qué queréis?», y me priva de dejar de reconocer —y de resignarme a enviarlo desde la transparencia, real o imaginada— que Rakshasi es como mínimo tan atractiva y deseable como Mina y Bettina, y de pedir perdón a Spohr por no haber puesto más interés en ella.

Bettina me agarra la barbilla con la mano y me vuelve la cara para besarnos. ¿Cómo se contrasta una impertinencia como esta? Rakshasi y Spohr hacen un comentario cáustico para dejar de mirarnos, reírse y besarse ellos más como en un prólogo. Unos y otros nos alargamos atacados de una imposible competición en la que se trata de ir más allá que los demás sin traspasar la línea del no retorno. Yo sufro por si aparece Midoissa con el resto del gupo, y Bettina no sufre por nada. Desde el primer momento ha estado aquí dentro protegida y segura. Me pregunto si quienes en medio del peligro somos capaces de exacerbar sentimientos extremos le parecemos idiotas, al margen de que yo lo sea en cualquier caso.

Llega la hora, y Rakshasi parece la más decidida.

—Los acuerdos tienen que ser cumplidos. Sean cuales sean los motivos y las circunstancias de un incumplimiento, no se puede responder con otro incumplimiento, porque a partir de aquí ya ningún pacto tendrá sentido.

—No es un nuevo incumplimiento, sino adaptación a las circunstancias —dice Spohr—. Esperémonos algo más.

Rakshasi dice:

—¿Por qué cuando lo decidimos no propusiste más tiempo de margen? No veo nada diferente de cuando nos separamos para explorar.

Spohr dice:

—Sí: lo que hay más allá, espacios intrincados y peligrosos que no llevan a ninguna parte.

—Razón de más para continuar. Por el camino de los que no han

vuelto.

—¿Y si han caído en una trampa? ¿Y si ya están muertos?

—¿Y si han encontrado la vía adecuada, pero las condiciones del trayecto les impiden retroceder? Si han salvado a la inversa un desnivel impracticable.

Digo:

—Todo esto ya estaba en el momento en que decidimos salir de la Torre Norte. No hay opción, aquí no nos podemos quedar, ni tiene sentido volver. Podría ser que Midoissa, Mina y Shelly necesitaran ayuda.

Rakshasi se ríe en mi cara.

—El héroe espontáneo dirigirá el pelotón de rescate. Me gustará verte, si han ido mal las cosas, metiendo caña a los que se han cargado a Midoissa.

—¿Alguien tiene alternativas?

Ante la Nada, tomamos el tercer camino.

La vía zigzaguea y sube y baja, y al cabo de una hora ya no estoy seguro de no haber retrocedido, o dado la vuelta a otra gran estructura, y estar cerca de donde salimos. En cada cruce se plantea la duda de por dónde pueden haber ido, hasta dónde podemos reproducir su lógica por analogía con la nuestra, tomando como modelo lo que habríamos hecho en su caso. Spohr es demasiado elocuente, y evito hacerle notar que no hemos caído en este tipo de precauciones en el camino explorado antes. Si fuésemos nosotros los ausentes y los otros quienes tuvieran que rehacer nuestro camino, ¿lo habrían logrado aplicando este criterio?

Pasamos la noche en un altillo en un ángulo entrante bajo un techo, sin incidentes porque estamos todos reventados, y al día siguiente nos volvemos a poner en marcha.

Solemos dejar que Bettina vaya delante. Su solvencia resolviendo problemas y sacándonos de aprietos parece otorgarle cierto derecho, cedido por todos como a un crío encantado con el juguete. Pero con cualquier excusa —si se para, si parece cansada, si se entretiene donde no se sabe con qué criterio parece que no haría falta— Spohr toma el relevo fingiendo que la libera de una carga, con tan poca gracia que me resulta cada vez más digno de recibir un par de hostias.

A media mañana llegamos a un claro edilicio, vagamente evocador de la pronaos de un templo mayor aún que los espacios que hemos encontrado, pero en este caso, por suerte seguramente, todavía inexistente. La arquitectura evoca una rendija entre grandes masas estructurales, un desfiladero vertical de unos 250 metros de altura, con una luz filtrada y difusa, y aun así hiriente, emergente indirecta de la parte superior, de donde, a intervalos regulares, de 56 segundos

exactamente, cae un chorro de agua a un charco unos 30 metros por debajo de nosotros, y que debe de tener un sistema de drenaje para expulsar el líquido más abajo, o simplemente sobresale por el otro lado, porque una vez recuperada la placidez de la superficie después de la caída, los niveles y el aspecto son los de antes.

Más arriba del punto por donde accedemos está la única salida posible, un pasillo al final de una escalera tan precaria como la del último espacio visitado por Spohr y yo, y en este caso no habrá más remedio que pasar. El pasillo va justo por el medio del salto de agua, a ras de la abertura —habrá que cruzar.

Bettina dice:

—Hay que calcular la solidez. Quizá no podemos ir todos a la vez, y en cualquier caso, afinar para no ducharse.

Rakshasi dice:

—No nos iría tan mal. La higiene está bajo mínimos.

No se ríe nadie. La caída de agua toca lateralmente el pasillo, el estallido se amortigua por el ruido de llegada al charco, y la estructura se queda un momento bajo los efectos de la sacudida.

Digo:

—Si resiste el batacazo del agua, que aunque no le llegue de lleno es considerable, nos resistirá a nosotros.

No me preocupa eso, sino si nosotros resistiremos el impacto del chorro. Evito decirlo. Será porque no me tengo por el más canijo.

—Muy bien —dice Rakshasi—. ¿Quién va el primero?

Spohr dice:

—¿Quien pese menos, no?

Calibra ofensivamente a las dos mujeres de pies a cabeza.

Rakshasi remeda un sinuoso ademán de modelo con los puños en la cintura y dice:

—¿Si resiste al que pesa menos y se hunde con el que pesa más, qué? ¿O se hunde con alguien de por en medio? ¿Partimos el grupo? Por lógica ha de ir primero el que pesa más.

Bettina le da a Spohr en la espalda.

—¡Te ha tocado!

La operación destila un oscuro peligro, una profunda amenaza mortecina. Vamos hacia allá. Andamos separados unos metros, y por cómo tiembla el pasillo pasamos cada vez más despacio. Antes de llegar a su punto conflictivo, Spohr, que va delante por aclamación, se para y dice:

—¿No habéis pensado de dónde viene esta agua?

—Supongo que tú sí.

—Por lo que sabemos de los mecanismos hidráulicos de cámaras estancas compensadas, debemos estar cerca de un Anficonversor.

—Es posible. O de un mecanismo parecido.

—¿Seguro que es agua?

—Ácido sulfúrico no es.

—Si no es una aparición, aquí no hay manantiales de alta montaña.

—Los malos olores son los habituales: debe de ser agua. No muy limpia, pero agua al fin y al cabo.

Nos paramos en el límite de donde llegan las salpicaduras. Spohr se lanza a paso ligero; pasa al otro lado sin incidentes, y le sobra casi la tercera parte del tiempo.

Luego pasa Bettina, y cuando quedamos solo Rakshasi y yo, saca un bote de champú de la bolsa, se desnuda, junta la ropa, deja encima una toalla y me da todas las pertenencias.

—Por favor, pasa tú primero y me esperas al otro lado.

Cruzo, ella viene detrás, deja el champú y se para en el punto de impacto del agua. Llego a la abertura, en lugar seguro, y Spohr le grita:

—¡¡No lo hagas!! ¡Puede ser fatal!

Rakshasi se agarra fuerte a la barandilla y espera el chorro con los ojos cerrados fuertemente. Bettina me dice en voz queda:

—El agua cae dispersa, quizá no le hará daño.

El golpe la echa al suelo y nos llevamos un buen susto, pero se levanta, vacilando, y se va aprisa a por el champú, que ha sido arrastrado y no ha caído porque una cenefa del mismo material cierra la superficie del pasillo. Se recompone, nos agita la mano con una sonrisa de «todo va bien» y se enjabona de pies a cabeza.

No perdemos detalle; el agua cae dos veces más sin tocarla, y Bettina me dice:

—¿Te gusta, eh, Sherezada? Esta no la tienes en la colección.

Mantengo la dignidad. Rakshasi se vuelve a poner en el lugar del chorro, y esta vez se agacha con los pies bien colocados y asida a la barandilla con todas sus fuerzas.

Aun así, el agua la vuelve a abatir por los suelos de mala manera. Se levanta, viene corriendo y la espero con la toalla como el que espera al toro. Se seca compulsivamente, sin cesar de reír, respirando fuerte de frío y excitación. Bettina le frota los hombros, la abraza.

—Estás loca —le dice Spohr.

Había pensado por qué no le pedía a él que le guardara la ropa. Ahora lo veo, él no se lo habría dejado hacer. Interesante: el odio genera tantos celos como el amor —más incluso.

El agua continúa cayendo puntual, y donde estamos salpica. Una vez Rakshasi recompuesta y vestida, nos adentramos por un túnel donde pronto tenemos que encender las linternas.

Más adelante se ensancha y se ilumina, y entramos en un paraje más confortable y acogedor de bancales contra una barandilla sobre

una sucesión de espacios escalonadamente descendentes, sin que se vea el final porque el techo impide la perspectiva. Nos sentamos a descansar y comer.

Bettina dice, alegre quién sabe impostadamente hasta dónde:

—Al final no será tan terrible, ¿verdad?

—Sí, podemos acabar riendo.

—Y apóstoles de un nuevo subgénero: el humor filosófico.

—¿Nuevo? Es uno de los más antiguos.

—Desde luego, Platón es uno de los grandes humoristas de todos los tiempos. Es el clown; y Sócrates, el augusto.

Digo:

—Una forma de distribuir a los almuecines del mundo. Son clowns Eurípides, Virgilio, Cicerón, los cristianos, los estoicos, los escépticos, Dante, Maquiavelo, Kant, Goethe, Beethoven, Hegel, Von Clausewitz, Flaubert, Tolstói, Freud, Einstein, Wittgenstein, Russell, Sartre, Borges, Espriu.

Spohr dice:

—Y augustos serán Homero, Heráclito, Aristófanes, los cínicos y los epicúreos, los budistas, Marcial, Rabelais, Bruno, Cervantes, Shakespeare, Haydn, Sade, Schopenhauer, Von Hartmann, Kierkegaard, Dostoyevski, Nietzsche, Marx, Jung, Joyce, Gödel, Verdaguer, Unamuno.

—Marcial y Rabelais son demasiado obvios como augustos.

—¿Y Eurípides, Virgilio y Sartre no lo son como clowns?

—No, por la propia naturaleza de este tipo de clasificaciones, útiles con un factor sorpresa capaz de revelar aspectos no evidentísimos del personaje. Homero, Shakespeare, Bach y Mozart son a la vez clowns y augustos.

Bettina dice:

—¿No hay mujeres entre los payasos?

—¿Te parece un demérito? —dice Spohr—. No lo sé, ¿Katherine Mansfield, Emily Dickinson, George Eliot y Virginia Wolff clowns? ¿María de Zayas, George Sand, Natalie Sarraute, Rosalía de Castro y la Rodoreda augustas?

—¿Al margen de que sea una distinción de carácter? Veo extraño que la justicia equiparadora también se quiera llevar al terreno de los defectos —digo.

—Si de eso se trata..., entre nosotros, ¿quién es quién?

Spohr suelta una carcajada.

—El augusto ya me lo quedo yo, repartíos el clown como queráis.

—¿Te parece menos ridículo el clown? Como pedante y pedorro, es el papel desagradecido, el comparsa. El augusto es el payaso por excelencia, el propiamente dicho, quien tiene la misión específica de hacer reír. Los augustos son los hermanos Marx, el clown es Margaret

Dumont. Conque nos dejas el chollo —digo, y Spohr lo remacha.

—Y aquí hay un caso de participación de una mujer, al margen de si te gusta como esbozo provisional para generalizar.

—Las cosas han cambiado bastante desde los hermanos Marx.

—¿Por suerte? ¿Seguro?

—Como en todas partes, hay avanzados: Buster Keaton es clown y augusto a la vez, incluso Chaplin, augusto llevado a las últimas consecuencias, en las cúspides sentimentales culmina y rebasa las virtudes latentes del clown.

Digo:

—Aquí también la atribución del rasgo retrata mejor al atribuidor que al atribuido.

Bettina dice:

—Remite al sueño de los dos enigmas: el de la máscara externa, y el de la interna. Uno comporta la presencia de varios individuos, y no se sabe cuál de ellos detenta el terrible atributo secreto; el otro está en un individuo a la vista de todos, de quien se desconoce el atributo crucial. Desconozco a los compañeros de viaje, me estoy fiando sin saber nada. No me fío del todo, solo para no dar margen a sorpresas desagradables.

—Siempre te puedes acoger a un segundo estado de conciencia superior para informarte de que eres consciente del hecho de ser consciente, responsable de ser responsable —digo, sin esperanzas de que se den cuenta de que me burlo.

—Lo cual no te impedirá ningún disparate llegado el caso. Uno tiende a imaginar que la gente éclairé que ha leído a Tucídides, Séneca, Cicerón, Maquiavelo, Montaigne, Gibbons, yo qué sé, no se arrancarán el moño como pescaderas, y después pasa lo que pasa —dice Bettina.

Acabamos de comer, recogemos y retomamos la marcha.

El pasillo se diversifica tan profusamente que pronto se vuelve azaroso ser capaces de rehacer el camino de Midoissa, Mina y Curwen. Ante la duda, y con escasa convicción, nos parece que los caminos que no suben ni bajan tienen más probabilidades de continuidad, y los vamos tomando.

Cierro la marcha justo detrás de Bettina, que se entretiene cada vez que pasamos ante un espacio con luctuosas vistas laterales, y se deja distanciar por los dos de delante hasta que solo siento el retumbo de sus pasos. Me encanto como ante un mantra, abandono la mirada y me dejo inundar por la sensación de que no coincide la apreciación visual del pie contra el suelo con el sonido percibido de cada paso, que hay una avería en la transmisión de la realidad elaborada por el demiurgo. Es una realidad objetiva, pero me la confirma una violenta descarga de adrenalina, y me obligo a respirar con calma para no

hiperventilar y acabar con una lipotimia. No te fijes, me repito, no te fijes, pero el «no te fijes» sigue silábicamente el maligno ritmo de los pasos, y sé que si no salgo ahora mismo del círculo, al final de la última respiración profunda Bettina se volverá convertida en una leona y me devorará la cara en 14 segundos.

Tan inexorable como ha llegado el hado se desvanece despacio, y me tranquiliza la idea de que sí que se trataba de un fenómeno externo a mi mente, o como mucho de una forma transferida de cansancio, que opto por no comentar con los otros. Enfilamos un pasillo que si no torciera en ángulos ofrecería una perspectiva vertiginosa. Lo flanquean muros de alturas entre 3 y 10 metros, con aberturas altas que no permiten la visión, pero canalizan aires fétidos y helados. De forma gradual, dudando al principio, tomándolo por el gemido del viento, se va oyendo un alboroto cada vez más evidente y fuerte —más próximo. En unos minutos no hay duda: nos acercamos a una zona ocupada por multitudes, y no pueden ser otra cosa que asaltantes. Nos detenemos.

Spohr dice:

—Ha llegado el momento.

—¿Qué queréis, retroceder? —dice Rakshasi.

Digo:

—¿No es lo que sabíamos que íbamos a encontrar, cuando salimos de la Torre Norte?

—Por lo tanto, adelante —dice Bettina, y abre los brazos—. ¿Qué pasa? ¿Hemos venido para huir ante lo que buscábamos?

Spohr sonríe con la mirada perdida.

—Una buena descripción de la vida: buscar y no encontrar, buscar, encontrar y huir para continuar buscando.

Bettina le pega un híbrido bofetón-carantoña.

—¡Filósofo! —retoma la marcha y nos invita con el gesto—. Vamos allá.

Avanzamos por el pasillo y vemos el final, un espacio abierto con un fondo de ventanales sobre lienzos de pared zigzagueantes. El alboroto crece y crece, llega a hacerse atronador. Evitamos mirarnos. Intento identificarlo con tumultos conocidos, un estadio deportivo, una manifestación, un gran mercado, una celebración multitudinaria. La agitación no fluctúa, o lo hace tan poco que deduzco que no se trata de un único alboroto, centrado en un solo escenario o acontecimiento, sino de una gran muchedumbre sumando sectores diversos. Un infierno amorfo.

Al final, salimos a un espacio no del todo redondo, de medida parecida al silo del Anficonversor y menos de la mitad de altura, con tres niveles conectados por anchos y curvados tramos de escalera con sinuosos rellanos, y varias salidas, sin que aprecie un orden formal

más allá de la estricta simetría axial, lleno a rebosar de una masa de gente vociferante, empujándose, con eventuales, esporádicos enfrentamientos o insinuaciones, artificios de enfrentamiento.

Nos quedamos quietos contemplándolo. Hay otras entradas ocupadas por individuos diversos, conque la posibilidad de llamar la atención deja enseguida de preocuparnos. No hace falta ni que nos escondamos, da igual que nos vean, incluso que nos pongamos a bailar. Me pregunto con qué criterio o desde qué expectativa a esto se puede llamar asaltantes, y en las dudas no sé dónde insertar lo que me había imaginado. El conjunto tiene poco de militar, y todo de informidad hambrienta, desnortada.

Detecto un movimiento general de derecha a izquierda. Al margen de muchos que no se desplazan y de quienes de forma anecdótica o mirmidónica van en otras direcciones, la manada global entra por los portales del extremo derecho, y sale por los del extremo contrario. De donde y hacia dónde, nos preocupa a todos, pero de diferente manera.

—El flujo del gentío nos llevará a algún lugar —dice Rakshasi.

Spohr dice:

—No sabemos a dónde van a parar, ¿pero a los debates ilustrativos?

Bettina dice:

—Aún menos a los resolutivos. Aun así, hasta en el más bestia y suicida de los caos humanos, siempre hay un núcleo de decisiones por donde salen los futuros.

—¿Anterior a los hechos?

—Anterior, simultáneo y posterior, interactuando y evolutivo en sí mismo.

Veo a Bettina con nervios de responsabilidad y pienso en cómo lo llevaría Midoissa. Ay, las mujeres movidas por la mezcla adecuada de curiosidad, instinto maternal y espíritu de competición. Me sonríe, insegura, y no sé si me pide ayuda o me avisa de que calle. Digo:

—Si todo va tal como está previsto y pasamos desapercibidos, indagaría dónde se cuecen las cosas más en particular. Para no despertar sospechas, si hace falta nos hacemos pasar por radicales.

Reímos. Le digo:

—Te explicas como si ya tuviéramos a los asesinos delante. Si incluso los granujas saben dónde está Kreis.

—No saben ni quién es Kreis. Será mejor guiarnos hacia donde no convenga ir.

Spohr hace un gesto de aquiescencia burlona. Bajamos por la escalera hacia el gran gentío.

—Cuidado, no nos perdamos —dice Bettina antes de sumergirnos en la indiferenciación.

Nos insertamos en la corriente humana tosedora y, tal como estaba

previsto, no llamamos la atención ni nos intercepta nadie. A Spohr y a mí nos sale el instinto de proteger a las dos mujeres dejándolas entre los dos. Él se ha puesto delante y contra el sentido de la marcha de la gente, y me he sentido ridículo siguiendo el juego. El tiempo de la heráldica y los lenguajes para iniciados crían polvo en la despensa. Bettina y Rakshasi parecen tan independientes y capacitadas para habérselas solas contra las vicisitudes que nos podrían guiar y proteger ellas a nosotros, pero más allá de si en la tardoposmodernidad estas cuestiones parecen más de la estética que de la práctica, si uno pasa parece un maleducado y un zopenco; y si se apunta, un antiguo y un machista.

Obcecaciones, atolondramientos, desesperación, las diversas ofuscaciones mentales que hacen olvidar razones y objetivos acaban como bálsamos cuando los demás te los administran dosificados al azar entre berridos, toses, empujones, pisotones y codazos. La principal preocupación es no separarnos.

Conseguimos salir de los flujos mayores y nos cobijamos en la glorieta donde van a parar los más débiles —viejos, heridos, tullidos, rascadores, gimientes. Busco qué tienen en común por encima del dolor instituido —debe de ser toser. Nos miramos. Hay que tomar decisiones sin palabras. Bettina se dirige a quien ve más entero y caudal, un joven vestido de azul.

—Al final hemos podido llegar.

El tipo la mira, y aparta la cara con desdén.

—¿Dónde hemos llegado? —murmura.

—¡Pues! —dice ella con un gesto de obviedad para mí excesivo—. ¡Donde teníamos que llegar!

El tipo de al lado, que lleva la cabeza vendada y le faltan unos cuantos dientes, dice:

—¿Dónde quieres ir tú, guapa? ¿Quieres que te lleve?

Spohr y yo nos miramos. Rakshasi dice:

—¿De dónde habéis sacado la comida?

El vendado dice:

—¿Tienes hambre? Yo te diré dónde puedes comer.

Me interpongo.

—Vamos —les digo, y nos separamos.

El joven vestido de azul nos sigue.

—Si queréis salir, los pasos más tranquilos están en aquel lado.

Señala el centro de la parte opuesta. Le damos las gracias y nos vamos.

En un cobijo entre tropiezos, Bettina nos detiene.

—¿Tenemos que hacer lo que dice un tipo que no sabemos quién es?

—Como no lo sabemos de cualquier otro. ¿Si no vamos a hacer

caso, por qué lo preguntamos? —dice Rakshasi.

Digo:

—Para tener una referencia, pero eso no implica hacer caso.

Spohr dice:

—¿Entonces cuál es el criterio? ¿La pinta del informante? Depende de los sentimientos despertados, ¿inferimos que nos ayuda y seguimos la indicación, o que nos envía al matadero, y vamos en dirección contraria?

—En dirección contraria no, es de donde venimos —digo.

—El devenir del Übermensch, una discusión continua sobre el destino implícito en su condición —dice Rakshasi.

Spohr dice, burlón:

—Si el tipo señala aquella dirección —apunta con cuatro dedos la cerradura de muro de delante—, tiremos por esta otra —desvía la mano unos grados a la derecha.

Digo:

—Ha dicho lo primero que le ha pasado por la cabeza.

—O es un Fonóctono infiltrado en el punto justo donde estaba calculado que nos pararíamos, y nos envía a la boca del lobo —dice Rakshasi.

—La boca del lobo está por todas partes. Nos envía por azar, sin ni puñetera idea de nada —dice Spohr.

Detecto por un hormigueo burlón el camino de perder el miedo a la locura. No solo de cómo me verán (eso tiene poco mérito) —de los inmensos abismos interiores, donde solo uno mismo sabe precipitarse, y de donde no va a sacarle nadie. Digo:

—¿Queda alguna combinación de conceptos por exponer? No veo nada útil.

Bettina señala la galería apuntada por el joven de azul y Spohr.

—Hay unas cuantas puertas, y parecen todas practicables. Nada nos impide abrir una y volver a cerrarla si no nos convence.

Rakshasi hace un gesto displicente.

—Un criterio sabio y elaborado, sin duda.

—Si no tiene nadie otro mejor.

Nos readentramos en la indiferenciación humana. Pestes, gritos, discordancia convertida en paisaje, vahos, putrefacción de los significados, de las expectativas, del orden de los pensamientos. No saber dónde va toda esta gente, no saber si ellos lo saben hace de nuestro objetivo una ofensa tejida en la desarticulación trepidante. Quién es el ofendido es la broma final. Y todos los que he tenido cerca me han tosido encima.

En el punto central del desbarajuste la masa está a punto de partirnos por la mitad, Spohr y Bettina delante, Rakshasi y yo detrás. Me siento dentro de un temporal de mar, arrastrado por una

flatulenta, devoradora torrentera de barro, implacable, vejadora, para enfrentarse a ella como el condenado a galeras. Imagino el laberinto de flujos sanguíneos y circunloquios intestinales que llegan a recorrerlo, la sopa resultante si una prensa gigante lo exprimiera, colores, consistencias fluctuantes, efluvios, salpicaduras, pestes, la evolución de las temperaturas, los rasgos significativos de naturaleza y origen, la progresión de la Historia —y cómo identificarlo después—, pústulas y esputos, la mierda, única y variada, mierda por encima de toda consideración.

En un momento de máxima presión de carne humana, varados sin poder ir ni para delante ni para atrás, quedo cara a cara con un individuo inexpresivo, bestial, vaporoso y más tosiente que ninguno, que me mira como un buey la hierba ignota, borrosa, devorable por el mero impulso de la costumbre. Qué cara tendría yo que poner, siendo imposible mirar a otro lado, me sugiere la vanidad disfrazada de dignidad de quien no puede evitar que se le ahoguen encima, la muerte como obscenidad máxima. Prefiero los agresivos a los indiferentes. Tranquilizarse en el castigo, un clásico occidental para cuando el honor ya no tiene sentido.

La masa se retuerce, tose y retose en re menor, y como la de los buñuelos en la prensa, el giro me retrotrae hasta el viejo lloroso que debe de haber perdido a los suyos. Más que gritar, gime desesperado:

—¡Eduvigia! ¡Eduvigia!

Me ahogo en la claustrofobia de la uniformidad deforme. Me esfuerzo por imaginar la ansiedad de las Órdenes Vigilantes, de la impresión de que se podría liquidar a cien en un momento, o a doscientos, y no pasaría nada, porque los de cien metros más allá no llegarían ni a saberlo. Como todos los dramas, exuda grotesco. Visto desde fuera, uno se reiría. No solo quien fuera capaz de ver un ejercicio de inmanencia del sistema; también quien lo asumiera como la prueba del fracaso de la trascendencia de la idea del individuo como átomo del Estado. Reírse o suicidarse, una alternativa poco real, porque no desactiva nada con tanta fuerza el heroísmo como modelo ejemplar como dotarlo de los gérmenes de la capacidad para reírte. La seriedad está en horas bajas —la fe como defensa de los cobardes.

Conseguimos llegar al otro extremo de la multitud, y tomamos la escalera hacia la galería escogida. Me hago la ilusión de compartir con los tres compañeros de viaje una certeza de orden intuitivo, y a un tiempo la racionalidad exudada por una reducción al absurdo con una aspiración al rigor urobóricamente absurda. La escalera está obstruida por grupos escultóricos de parias desnutridos, desmayados, tableaux vivants de comatosos encogidos como perros, inermes, temblorosos, pestilentes. La preocupación ya no es pasar —es no pisarlos. Me esperaba luchar contra el peligro y el miedo, y he de negociar

conmigo mismo el asco y la lástima.

Accedemos a la galería abarrotada de restos de comida, envases vacíos y porquerías que no identifico. No todas las puertas interesantes están cerradas. Nos repartimos para revisarlas. Almacén sin salida, escalinata descendente, nave vacía con residuos de vida cotidiana, al lado otra parecida saturada de muebles viejos, rotos, basura como de una amplia operación de reformas, cuadros en mal estado y estatuas deterioradas, todo aquí y allá de cualquier manera bocabajo y polvoriento. Como hecho aposta, la última puerta presenta un amplio pasillo, no desierto como el que nos ha llevado hasta los asaltantes —con algunos transeúntes espectrales en ambas direcciones.

Nos adentramos. Los grupos con que nos cruzamos, entre dos y seis individuos cada uno, hombres y mujeres vestidas de hombres, ni nos miran —impostamos una indiferencia en parte real, yo esforzándome en no emitir señales de prevención. Me quedo con la duda de si se trata de asaltantes o, como nosotros, vinculados a la casa, mirándonos como nosotros a ellos, evitando mirarnos.

Llegamos a un ensanchamiento circular con grupos más numerosos como en receso de una actividad que no sé imaginarme. Procuramos pasar sin llamar la atención, y en el punto de pensar por qué lo hacemos, en qué aplazamiento nos amparamos, qué haremos si llegamos al límite del edificio sin haber resuelto nada, una voz me llama.

—¡Artur! ¡Ya era hora!

Nos paramos. ¿Sobresaltado por qué? Es Muguete, vestido como antes de acceder al Archicenotafio, con seis individuos en círculo a su lado. Nos sonríe, y nos acercamos.

—¡Muguete! No esperaba encontrarte aquí —le digo.

Me pone una mano en cada hombro, una especie de medio abrazo. Me molesta profundamente.

—¿Dónde esperabas encontrarme? —ríe, apacible, y los que van con él también—. Os esperábamos, vaya, algunos ya querían salir a buscaros. ¿Por qué habéis tardado tanto?

Me vuelvo hacia los otros. Bettina y Spohr, inexpresivos. Rakshasi dice:

—¿Hemos tardado? ¿Nos esperabais? ¿A quién?

Muguete hace un gesto de obviedad. ¿Por qué no me sale pensar en él como Delora?

—A Midoissa, claro. Vamos. Os espera.

La indecisión nos delata, y no encuentro qué, ni por qué deberíamos resistirnos a acompañarles. Spohr dice:

—¿Midoissa está con vosotros? ¿Solo ella?

—Y Shelly, y Mina. Llegaron ayer. Nos han contado cómo os separasteis. Habéis tardado más que ellos.

Bettina dice:

—Y nos esperabais.

Nos vamos. Nos llevan por un pasillo lateral, y andamos en medio de ellos. Volvemos a las oscuridades abruptas, y tengo un pronto de sospecha más físico que mental. Me vuelvo a mirar a los acompañantes de Muguete, y el recuerdo se me aclara como el gradual despertar de un sueño feliz en una realidad inhóspita: ¿de qué conozco a este? ¿Y a este otro? Me paro, y el más corpulento me empuja.

—¡Va, tira! —me dice, riendo.

Me doy cuenta de repente: el grasiento de los preliminares de la entrada, justo de quien Muguete, pretendidamente, me había ayudado a liberarme. El otro es el leñoso. ¿Cómo se llamaba, Trufí Macalgós? Quién sabe. Me planto.

—¡Un momento! ¿A dónde vamos?

Cuatro de los acompañantes sacan armas ligeras y nos apuntan. Muguete me mira con una sonrisa fatalista.

—Me sabe mal, Artur. Vendréis con nosotros sí o sí. Lo preferiría por las buenas.

Bettina y Rakshasi hacen gesto de huir; a una la cogen, a la otra la encañonan a la cabeza. Trufí dice, riendo:

—Sería más descansado llevaros vivos, pero si insistís...

Retomamos la marcha en silencio. Pasamos tres puertas consecutivas entre distribuidores, y al final un paraje con decenas de calaveras enjoyadas y arreos de cuero que me cuesta unos segundos identificar: son kopfherakleionen sobrantes, clavados en picas o amontonados en el suelo, descartados porque ya han perdido la carne y la piel, y al no ser reconocible quiénes eran en vida dejan de tener sentido como trofeo exhibido en funciones de corona de laurel.

Vamos a parar a un distribuidor cerrado de dimensiones más reducidas y en mejor estado de conservación que los parajes de donde venimos, más pulido, iluminado y confortable, efecto de un mantenimiento estándar, y de ahí a una sala cuadrada de doble altura y paredes y techo oscuros y pelados, de 9 × 9 metros, con cuatro columnas de 30 centímetros de grosor en el centro, dispuestas las empotradas cuatro por lado, separadas lo mismo cada una de la de su lado que de las de los ángulos, 2’70 metros. El espectáculo es desolador: Mina, encadenada a una columna, desnuda y colgada por las muñecas, y tres niños jugando con Curwen, que se afana por escaparse como puede, arañado y con la ropa en jirones, a gatas en último extremo, sin éxito. En otra columna, abatido hasta el suelo en un charco de sangre, un cuerpo inerme, muerto seguramente, que no identifico.

Nos quedamos clavados en el dintel, y nos empujan para adentro.

Muguete ha desaparecido, y el grasiento nos dice:

—Ahora vendrá la autoridad competente, militar por supuesto, a decidir con vosotros qué se hace.

Rakshasi se precipita a la puerta, pero está cerrada.

—Tranquilos —dice Trufí, y exhibe la llave maestra—. Si no es con un buldócer, de aquí no sale ni Dios.

Se van, y nos quedamos mirando a los dos colegas. Bettina se va hacia Mina, pero la vampira la amenaza con una mirada indómita y un gruñido mostrando los dientes como una fiera; Bettina retrocede, asustada.

Me fijo en los tres críos, y quizá no lo son tanto; o sí, pero extrañamente aumentados en habilidades mortales y disminuidos de capacidades mentales. Persiguen a Shelly, vapuleado, lleno de moratones y sangre, salido de una tremenda paliza. Cuando nos ve, viene hacia nosotros, y los niños no le dejan acercarse —lo cazan por los pies, lo echan al suelo, se le sientan encima, le tiran del pelo, lo abofetean, le meten los dedos en los ojos, le bajan los pantalones y le meten en el culo los cuatro dedos sin el gordo. Shelly chilla con los ojos cerrados.

Voy hacia él, pero Bettina me agarra por el brazo.

—Ni se te ocurra —me retiene con fuerza—. Ni te muevas —la noto asustada de verdad—. Fonóctonos blancos. Aquí sí que no hay jerarquías, nos matarán sin dejar de reír.

Spohr y Rakshasi están todavía más quietos que nosotros. Se me vertiginaliza el estómago cuando veo que un niño estrangula a Curwen y otro le retuerce un brazo, insensibles a los gemidos de dolor, y hasta estimulados. El primero le abre la boca de par en par, mete la punta del zapato y la mueve rítmicamente, riendo y mirando a los otros para asegurarse la empatía.

El tercer niño se aburre de Shelly y se va hacia Mina. Le acerca un dedo a la boca, y con un rugido de tigresa Mina le tira un mordisco; el niño juega a retirar el dedo y a volverlo a acercar una y otra vez, y se ríe mucho, con aire de disminuido mental auténtico. Los otros ríen y le jalean a que vuelva; el niño se emplea a fondo, volviéndose para reír con los compañeros. Entretanto va otro corriendo, le tira del pelo púbico y se lleva un puñado como trofeo para exhibirlo en el summum de las carcajadas; el tercero también va, haciendo eses para fingirse indeciso, se le cuelga de los pezones de un salto, se columpia, se da impulso para saltar y se vuelve corriendo. Mina, cada vez más agresiva y furiosa, sacude las cadenas con tanta fuerza que la veo capaz de soltarse. No sudar ni perder la extrema, algo azulada blancura de la piel le confiere una luz pétrea, intemporal. Los niños están excitadísimos, riendo espasmódicamente, azuzándose entre ellos.

Sin articular palabra mueven a Shelly a patadas y agarrado por el

cuello. Uno lo levanta del agujero de la nariz con el dedo como un gancho. Lo empujan contra Mina, y cuando intenta deshacerse lo traban por detrás para impedirlo.

—¡Basta! ¡Basta! —gime Curwen.

Mina tiene mono de sangre. No cuesta imaginar cómo la han excitado, y cuando alcanza a Curwen le muerde el cuello tan fuerte que aun desde tres metros por poco la sangre no nos salpica.

Los niños, cada vez más histéricos y carcajeantes. Uno se monta en la espalda de Shelly y le echa hacia atrás la cabeza para dar facilidades a Mina, otro se sube con un pie en cada cabeza y se mea repartiendo entre una y otra.

El niño que hasta ahora ha participado menos se queda de repente parado mirándonos. Cuando ven que no está atento, los otros dos se desentienden de Mina y Shelly, que se desploma cuando ya no lo sostiene el apoyo, y se quedan los tres mirándonos con el interés frío y calibrador del cazador —del carnicero.

—No os mováis —nos dice muy flojo Bettina.

Se nos acercan despacio, con una sonrisa traviesa de verdaderos niños inocentes y juguetones. Se encogen de hombros, los ojos en blanco se miran entre ellos, listos para la inocua fechoría. Uno vuelve sobre sus pasos, va a una especie de guéridon metálico con ruedas, coge un cuchillo de carnicero y vuelve blandiéndolo con una sonrisa rasgada, los ojos muy abiertos y levantando rítmicamente las cejas.

Van vestidos cada cual a su manera, con ropa de los colegios de hace cien años, uno de marrón, otro de rayas blancas y grises, el otro, el que lleva el cuchillo, de azul eléctrico. Van directos hacia Rakshasi, le sonríen con una inocencia más inquietante que si echaran fuego por las fauces. Uno es más ancho que alto y le falta un ojo, al otro cuatro dedos de una mano, y por la asimetría facial parece un bibelot en un espejo cóncavo, el tercero tiene una pierna más corta y la otra más delgada, y anda con un balanceo cadencioso, al ritmo de un tic, o de sorber los mocos.

El Fonóctono azul eléctrico anda con el cuchillo en el cuerpo de Rakshasi a la altura del ombligo, y los otros dos se le acercan delicadamente uno por cada lado para cogerle una mano cada uno, como para sacarla a bailar. Se la llevan a otra columna —el azul retrocede lo que los otros avanzan, y juega con el cuchillo arriba y abajo casi sin tocarla.

Spohr tiene un pronto y se precipita al rescate. Todo va tan aprisa que no sé de qué me tengo que hacer cargo. El Fonóctono azul siega las piernas de Rakshasi, la hace caer y la inmoviliza con el cuchillo en la garganta, y los otros se lanzan uno al cuello de Spohr, el otro a los pies, lo echan al suelo, lo revuelven bocabajo y en un momento lo tienen trabado con los brazos contra la espalda. El Fonóctono rayado

emite un chillido sincopado y descendente de tono aplastantemente burlón.

Como una ventrílocua, sin mover ni los labios, Bettina me dice flojo justo para que la oiga yo:

—Están perdidos. No muevas ni un dedo. Ni respires.

El azul se pone el cuchillo en el cinturón, hace levantar a Rakshasi, la lleva hasta la columna junto a la de Mina, con una habilidad y rapidez extremas la ata con las muñecas atrás, y vuelve con los otros. Mina continúa rugiendo turbiamente a todo lo que se le acerca. ¿Estoy drogado, o hay en el fondo de sus ojos una tenue luz verdosa, que se vuelve roja en las cúspides de la irritación? O le cambia depende de dónde le dé la luz, o desde qué ángulo la mire. Cuando pienso que he tenido con ella tratos sexuales, o parasexuales, me da un escalofrío.

Entran Trufí, el grasiento y un desconocido, se van hasta los Fonóctonos, se paran a dos metros de donde están y se quedan quietos en una reverencia profunda.

—Miseñores, con todos los respetos, ¿nos hacen la gracia de concedernos permiso para proceder con los recién llegados?

Solo les presta atención el marrón. Se les acerca andando de lado a saltitos, como un mono —o un atleta que calienta—, y cuando está cerca hace un gesto de asco y se aleja agitando la mano en el sentido del reverso. Encoge la nariz y mirando a otro lado profiere:

—¡¡Kchi, kchi!!

Trufí y los demás vienen hacia nosotros andando hacia atrás, sin cesar de hacer reverencias a los Fonóctonos ni darles la espalda, y se me encaran.

—¿Localizador Plt-1’6180?

Quedo helado. El grasiento me coge por el brazo.

—¡No lo has oído, o qué! ¡Localizador Plt-1’6180!

—Me llamo…

El desconocido me interrumpe.

—¡Chssssss! ¡Nada de nombres! ¿Eres el localizador Plt-1’6180 o no?

Miro a Bettina por el rabillo del ojo. Casi imperceptiblemente me indica que sí sin mirarme, con ojos de terror.

Digo:

—Lo soy.

Con una sonrisa impertinente, Trufí exclama:

—¡Ya os lo decía, es el elegido!

Sueltan una carcajada. El desconocido dice:

—Vamos.

Me abren paso para invitarme a pasar entre ellos en dirección a la salida. Antes de llegar a la puerta, me vuelvo y veo como los Fonóctonos van a buscar a Bettina como a Rakshasi —le han

arrancado el vestido, y va desmelenada y aturdida como si ya le hubieran hecho algo.

—Tira, no te pares —me dice el grasiento—. ¡He! Elegido...

Ríen de una manera que interpreto como «ahora verás lo que te espera», y desde la puerta hacen una reverencia profunda a los Fonóctonos, y me obligan a hacerla a mí y a quedarme así hasta que siento el «kchiii-kchiiiii» fonoctil.

Me llevan por un pasillo estrechísimo hasta una celda de prisión, de paredes blancas y con un lecho sin patas, clavado a la pared por un lado y sostenido por los extremos por dos cadenas tensas con una inclinación de 45°, una manta como todo complemento, y una luz que no se puede apagar.

Me quitan la mochila, la documentación y el smartphone, y como veo que me dejarán aquí sin más, les digo antes de que cierren la puerta:

—¿Puedo saber por qué se me confina aquí? ¿Quién lo ha dispuesto?

Trufí y el grasiento miran al desconocido. Está claro quién manda. El tipo dice:

—La señora Prills...

No me lo puedo creer. Le interrumpo.

—¿Midoissa? Quiero decir, la señora...

—¿Conoce alguna otra señora Prills?

—Querría hablar con ella —se me queda mirando con las cejas levantadas—. O con un responsable con capacidad para decidir.

—No se ha hecho cargo de la situación. No está en condiciones de querer nada, ni siquiera de expresarlo. Cualquiera —reparte una vaga mirada entre sus acompañantes— tiene capacidad para decidir salvo usted. Las novedades y disposiciones las verá cuando llegue el momento.

Salen, cierran la puerta de golpe y con cerrojos, y allí me quedo.

No hay nada que examinar en el aposento. La puerta es de metal blindado, no hay interruptor para apagar la luz, y la única abertura es un respiradero en el techo, más pequeño que una cabeza humana. El suelo tiende ligeramente hacia un ángulo, donde un agujero a medio palmo de cada pared parece ser el único elemento sanitario. Los sentimientos hacia Midoissa van y vienen. Si de verdad Kreis es mi padre, hipótesis sobre la cual no he tenido tiempo de reflexionar con un mínimo de calma, ¿por qué me ha engañado? ¿Para que lo mate?

Deduzco que es de noche por el sueño y el cansancio —esta será una noche de insomnio. Tomo conciencia de haber avanzado sobre el valor de Midoissa. Me dan más miedo mis reacciones que las de los demás. Más de una vez he sido víctima de las propias decisiones, de una furia vengativa infligida a otra persona, y mucho más dolorosa

sobre mí mismo. Abandoné hace años a una mujer por quien estaba obsesionado hasta enfermar. Con una lucidez bestial, como si la decisión no fuera mía, había visto que sería yo el perjudicado. Con una nitidez hiriente lo habría podido evitar, y a la vez no —fatalmente me impulsaba una causalidad incontrovertible, las reglas de un juego divino.

Ha llegado uno de estos momentos. Respiro hondo. La situación está controlada, el caos de los asaltantes no ha llegado, y alguien lo aprovecha para destapar la guerra latente entre facciones del Archicenotafio. ¿El peligro es más escénico que real? Nos lo pueden hacer pasar más o menos mal, pero nuestra vida es demasiado importante como moneda de cambio. ¿Qué puede haber llevado a Midoissa a estas decisiones? Por encima de la traición veo una capacidad de maniobra —de engaño— que me hace reconsiderar de raíz cómo lo he visto hasta ahora. Cuando lleguen Zapruder, Sartorius, Kreis, Orens o quien tenga que venir, la harán entrar en razón, volverá todo a su sitio contrastado con la magnitud del problema que tenía que resolver la Comisión, y se cerrará el círculo.

Me centro en el núcleo del conflicto: se requiere un sacrificio, y el sacrificado seré yo. Nada puede dañarme más que tomar libremente esta decisión contra mis sentimientos, contra mi futuro, pero la tomo: no espero nada de Midoissa, no la necesito, me aparto para siempre porque no le puedo perdonar estos planes sin habérmelos comunicado ni haberme tenido en cuenta. No es lo que ha hecho con todos, porque el Archicenotafio me da igual, no me dejaré partir la cara para defenderlo, pero tampoco para destruirlo —es lo que ha hecho conmigo, el abismo abierto entre nosotros, cómo ha hecho aparecer a la abrupta desconocida. Le diré «no te quiero ver más, no me digas nada nunca más, si nos encontramos haré como que no te conozco. Por favor, haz lo mismo conmigo. Qué gran noticia para Spohr, Curwen y la pandilla de moscardones que te rondan.»

No sé si seré capaz de mantener un propósito implacable hasta las últimas consecuencias. ¿Dónde están las grandes multitudes, por qué no llegan? Es una de estas ocasiones en que has empezado haciendo las cosas a conciencia, meticulosamente para que no se te escape detalle, y te das cuenta, tardarás demasiado en llegar al núcleo, y será peor que la paradoja de Tristram Shandy porque no alcanzarás ni a arrancar, y acabas cortando por lo sano, directo al corazón, intentando no haber olvidado ninguna pieza imprescindible que te obligue a echarte atrás, o lo peor, a recomponerlo todo.

No sé si he dormido ni cuánto tiempo ha pasado, ni si es de día o de noche, cuando vienen a por mí. No he oído abrirse la puerta cuando entra un aire helado, y un murmullo maligno:

—Wachet auf, ruft uns die Stimme...

Son Trufí, el grasiento y Muguete. Me tranquiliza la cara conocida, pero me obligo a no perder de vista que de conocida no tiene nada, que siempre me ha parecido un farsante y ni siquiera sé de qué ni a favor de quién, y su presencia no palía nada ni me asegura ninguna ventaja sobre la alternativa de que no estuviera.

Muguete me aborda en un tono amable, pausado, plácido.

—Ven con nosotros.

—¿Para qué?

—Un pequeño trámite.

Me levanto y les obedezco. Le digo:

—¿Qué está pasando? ¿Qué es todo esto?

—Enseguida quedará todo aclarado.

Salimos al distribuidor, y de allí a otro pasillo estrecho y largo, hasta la puerta del fondo, la única abertura en un trayecto de unos 30 metros claustrofóbicos, pintados de blanco paredes, suelo y techo.

Ante la puerta nos paramos, y Muguete me dice:

—Nos hemos conocido en circunstancias extrañas, cada cual hemos representado lo que tocaba, y a lo mejor lo que no. Se te ha hecho difícil decidir de qué parte estabas, también porque en muchos momentos no estaba claro qué partes había.

Le interrumpo.

—Disculpa. Si todas las empresas del mundo pierden dinero, si la mayoría de los ciudadanos se quedan sin recursos y sin casa y pasan hambre, y en cambio los bancos y los financieros, o lo que sea el Archicenotafio, a cada ejercicio tienen más ganancias, sé de qué parte estoy.

—El mero planteamiento indica una ingenuidad enternecedora. El sistema no lo han trenzado los pobres sino los ricos, y es un pleonasmo haberlo hecho a su favor. La democracia es el fondo de la caverna platónica donde se representa la ilusión de que la mayoría ciudadana toma decisiones. ¿Las toma en detalles particulares irrelevantes? En las médulas y las sustancias, aparece el león.

—Si lo que yo digo revela ingenuidad, lo que dices tú revela un servilismo miserable. ¿Como no hay nada que hacer ya no vale la pena intentarlo?

—¿Siempre has actuado con coherencia con lo que dices? ¿Estás seguro de dónde están todos los interlocutores?

Me doy cuenta de la terrible importancia de los detalles. Y, dada la imposibilidad ontológica de los modelos conceptualmente puros, de la importancia de los grados. Ah, ¿pero eso no lo sabemos desde siempre?

—Sé dónde están las masas de muertos de hambre que hemos tenido que cruzar para llegar hasta aquí.

—Y esa es la complejidad del caso: parece incontrovertible, pero

no en un sentido estricto, porque si a cualquiera de estos muertos de hambre como tú los llamas le metes en el bolsillo dinero suficiente, se parapetará en su rincón y se olvidará de los demás.

—¿Todos lo harían?

—La inmensa mayoría. No tienen conciencia de clase ni han interiorizado la dimensión ética colectiva profunda del reto.

Me oigo demasiado resentido cuando le digo:

—Estás convencido de que ni uno dedicaría a la causa social ni cinco del dinero que les dieras.

—Esa es una mala caricatura romántica. Después de meterse la pasta en el bolsillo, por miedo a que los menos afortunados les roben, se vuelven los defensores más furiosos del Sistema. No ha dejado de pasar desde la Revolución industrial. ¿Cómo ganarían unas elecciones las derechas, si no fuera por los votos de los piojos resucitados?

—Ni cambia nada el resultado de las elecciones.

—Ni tiene interés alguno quién las gane. Solo te advierto de que de las decisiones que ahora tomes dependerán más cosas y más importantes de lo que te imaginas.

—Cuando era joven alguien me dijo: para decidir dónde estás no te guíes sentimentalmente; piensa qué sentido tiene para ti ser de los unos o de los otros.

—Una guía lógica. No sé si ahora es la mejor.

Lo ha dicho como para dejarme por inútil. Me aplico en el tono más despreciativo posible.

—¿Quién eres?

—Tu protector.

—No te necesito.

—No está en tus manos renunciar. Ni en las mías aceptarlo.

—Pues ya lo he hecho.

Se encoge de hombros, abre la puerta, Trufí y el grasiento se quedan fuera y entramos él y yo.

La habitación es pequeña, de unos 3 × 4, y tiene una ventana por donde entra luz, aunque el cristal translúcido no deja ver el exterior, y dos puertas más en las paredes opuestas. En el centro, un camastro de dimensiones y forma tirando a potro, con una mujer desnuda atada con una correa por la cintura, y brazos y piernas colgadas con cadenas de una estructura metálica del techo, abiertas en X las piernas casi a 180°, los brazos unos 45° pero las manos esposadas juntas, y elevadas unos 45° las piernas y menos de 30° los brazos.

Muguete me invita a aproximarme, y siento un susto ambivalente cuando le veo la cara. Es Midoissa. Solo entrar, me lo temía. Está amordazada, y cuando nos ve se vuelve, y de una mirada me deja en evidencia. Todo lo que he pensado esta noche, y muchas cosas más, se

me incendian en un descalabro. Me inclino para tocarla, para aflojarle las ligaduras, que parecen a punto de dislocarle todo, brutalmente arqueada para presentar el culo y los pechos lo más prominentes posible, y la vulva en primer término —Muguete me retiene.

Vuelve a la puerta y llama tres veces. Pasan unos minutos, y entran Trufí y el grasiento, y por otra puerta tres Fonóctonos blancos, diferentes de los de antes: uno con camisa amarilla y zapatos enormes, el otro con una bata verde, el tercero con una camiseta blanca a topos rojos. Muguete, Trufí y el grasiento les hacen una reverencia profunda y de una duración desmesurada, y cuando se dan cuenta de que no me he apuntado, el grasiento me fuerza a hacerlo. Los Fonóctonos avanzan en círculos pegando brincos —van sin pantalones. Me llaman la atención las dimensiones sexuales, por encima de la lógica, sobre todo el de los topos. Brillan los colores morados, granates y azulados, no me quiero imaginar de qué combinación de flujos y turgencias.

De un brinco se encaraman por encima de Midoissa y se la reparten como si lo llevaran planificado: la desenmordazan, el amarillo pone los pies en la correa del cinturón, le abofetea rítmicamente el interior de los muslos, y solo se detiene para orinar. Espalda contra espalda, el verde le amasa chapuceramente los pechos, le tira de los pezones y se los retuerce. El de los topos se instala en el extremo del potro y, como si fuera una porra, le abofetea la cara, escupe. Y los tres sacuden la cabeza, babean y ríen como psicópatas en fase maníaco-paroxística.

Intento de nuevo aproximarme, y Trufí y el grasiento me lo impiden con mano de hierro. Los tres niños, si es que son niños, se intercambian en un momento los campos de acción, y en un momento la están penetrando todos a la vez, ya un entrar y salir, ya una adentrada profunda, ya seguido, a un ritmo de ratón que cuesta de seguir con la mirada. Cierro los ojos y solo siento los gruñidos de los tres niños y los gemidos de ella, de guturales a agudos en ascenciones tímbricas y tonales como latigazos. La abofetean, la estrangulan, se pedorrean con gran retumbo y terrible peste, le dan puñetazos, eyaculan una y otra vez dentro y fuera, en todas partes. Si fuera una película estaría seguro de que son efectos especiales.

Muguete viene por detrás y me dice:

—Si no te gusta, lo puedes parar cuando quieras.

Le digo, y me sorprendo desagradablemente temblándome la voz:

—Sí, por favor, páralo.

—¿Estás dispuesto a hacer lo que haga falta?

Me hieren las ideas sobre Midoissa de la noche pasada, los propósitos sobre ella y yo. Con ansiedad insoportablemente aguda me los repito una y otra vez como si los pudiera borrar, me castigo con celo y afán. El placer es tan intenso que lloraría de alegría.

—Sí —digo, sin imaginar las consecuencias. Plenamente convencido.

—De acuerdo.

Muguete da dos palmadas, y los Fonóctonos se quedan quietos mirándonos, sin abandonar las posiciones. Murmuro:

—Por favor.

Muguete hace una reverencia a los niños y les dice:

—Reverendos, benévolos y excelentísimos protectores, tenemos finalmente entre nosotros al Elegido. Está dispuesto a hacerse cargo de su protocolo.

Los Fonóctonos se sientan encima de Midoissa, el amarillo encima de la cabeza, el de los topos en un muslo, el verde en la pelvis. El amarillo salta y viene hacia nosotros. Me mira con impertinencia entomológica, se me acerca.

—¿El Elegido?

Muguete me vigila con cara de «no hagas nada». Dice:

—Así nos ha parecido, reverendo.

El Fonóctono me obliga a agacharme con un torpe gesto autoritario, me baja el párpado inferior, me hace sacar la lengua y me examina la garganta. Con voz de flauta, diagnostica:

—Uróboro y anfisbena a la vez: esquizofrenia.

—Lo lamento, reverendísimo —dice Muguete—. Le podemos someter a un tratamiento previo, si lo considera necesario.

El de los topos se acerca. Me señala y con voz de pito sentencia:

—Que se ocupe él.

El amarillo dice:

—Ella tendrá que estar de acuerdo.

Desde encima de Midoissa, el verde dice, con una voz verdosa y opaca, como si saliera de un teléfono:

—Drolático.

Se quedan expectantes. Me vuelvo hacia Muguete, y verle cara de pánico me la despierta a mí, mezclada con unas ganas de reír seguramente histéricas. ¿Qué esperamos para dar un par de puñetazos a estos disminuidos?

Hago gesto de «qué queréis que haga», y Muguete dice, moviendo lo mínimo los labios:

—Ve con Midoissa, adelante.

Me voy. Digo:

—¿Con qué tendrá ella que estar de acuerdo?

Muguete hace un gesto de obviedad tan desesperado como mal disimulado.

Me acerco a Midoissa, y a una atracción vertiginosa se mezcla la repugnancia por lo que acabo de ver, por lo que le chorrea por todas partes. No sé si respira con dificultad por la posición, por el cansancio

de las agresiones recibidas o por placer. La musculatura brillante en tensión me excita en la medida en que me cohíbe el entorno.

Levanta la cabeza, me dedica una sonrisa impecablemente turbia y me dice:

—Fóllame.

Me vuelvo hacia los otros. Los Fonóctonos se han sentado en el suelo, inexpresivos como esperando a que empiece el guiñol, Muguete pone cara de terror implorante y, algo retirados, por la pinta de imbéciles divertidos Trufí y el grasiento parecen participar más de la ferocidad que de la angustia.

¿Por dónde empiezo? Me resisto a tocar los rastros de las babosas criminales, no quiero encontrar grumos ni pringues —tengo pocos centímetros cuadrados de piel donde transitar. Midoissa cierra los ojos y sonríe. ¿Estamos tan en peligro como parece? Me vuelvo y me encaro a los espectadores.

—No puedo —quedamos inmóviles; no es suficiente; me pongo más firme, más de cara—. Me niego.

Los Fonóctonos se miran y estallan en una carcajada tan bien sincronizada como si fuera el sonido de uno solo emitido por una máquina.

—¡Artur! —gime Muguete; la cara de puro terror lo presenta completamente estúpido.

Los tres niños se levantan coordinadísimos de un brinco, y de un par de volteretas de acróbatas rodean al grasiento, uno se le pone detrás, le empuja y le hace caer de rodillas, el verde le inmoviliza, el amarillo le echa la cabeza hacia atrás, el de los topos da un salto vertical prodigioso y le cae encima de la nuez del cuello con los dos pies, estirando las piernas en doble coz para impactar con toda la fuerza. Se siente un «croc» que me duele hasta a mí.

Le sueltan y se apartan. El grasiento cae a plomo como un saco, da unos espasmos de intensidad decreciente y queda inmóvil.

Los Fonóctonos se marcan unos pases de baile, como en un musical, los tres iguales, ahora a la derecha, ahora nos damos la vuelta, y lo mismo a la izquierda, blandiendo las palmas de las manos extendidas, blandiendo lenguas en un paroxismo dinámico donde la comicidad y el ridículo abonan la tragedia, y acaban clavados en la posición final, en medio brazos alzados el de los topos, los otros cada cual hacia su lado, mirándome con una sonrisa y unos ojos desorbitados.

Muguete me hace gesto de decir «¡ve, corre!». Entiendo que, si no voy, esto nos espera a todos.

Me voy, confuso de placer, ahogado de arrepentimiento, dispuesto a sacrificarme de verdad, con un sentido de autocastigo más profundo que el de la noche pasada, porque ahora no es para atacar sino para

salvar. Me hiere aún más la idea de equivocarme, de que redimir a la amada no sea más emocionante que vengarme.

Ella me espera con la misma sonrisa, me mira para animarme. ¿O para burlarse? Me saca de la duda cuando vuelve la cabeza con una carcajada atroz, reventada. Ella no es así, me repito por dentro. ¿O sí? Hasta hace poco la creía capaz de haber ordenado todo esto.

Me acerco convencido de que no podré hacer nada porque no hay lugar alguno donde proyectar deseo ni acoger expectativa. No quiero perder los pantalones, no quiero perder piezas, y tampoco quiero quedar trabado por la ropa a medio bajar. ¿Es posible excitarse de terror? No tendría que serlo, porque se ofrece al enemigo el flanco más vulnerable —debe de ser la manera más rápida y directa de acceder al sacrificio. Me recreo en el pánico de poseerla, en el de ser incapaz. Por qué seré atacado, qué motivo formal les hace falta para degollarme, porque si lo tienen decidido, lo harán haga lo que haga. Me dejo deslizar encima del bien y del mal y me encuentro conociéndola y no creyéndomelo, hiperexcitado en el ahogo del peligro de hacerlo, en la inexorabilidad, hermanado con los Fonóctonos. Mi acción les obliga a quererme y les desculpabiliza de matarme —me desculpabiliza a mí. En el tránsito, Midoissa se ha vuelto una desconocida que acepta el trámite, que se presta al protocolo tal y como lo ha hecho siempre. La ocasión es sublime, y ella lo encara como la receptiva de oficio.

Me vuelvo al sentir una presencia lateral ominosa. Son el Fonóctono de los topos y el amarillo: uno, con ojos como estiletes y la sonrisa electrocutada, el otro con mirada de buey soñoliento y babas renovadas. Espero que no se les ocurra participar, porque por la posición lo que hay a tiro es mi culo. Me vuelvo, y tengo un susto, porque no le he visto venir y tengo la cara del Fonóctono verde junto a la de Midoissa, mirándome imitando su expresión sensual y entregada.

—No pares —dice ella, cielos enrojecidos hacia el negro, exoesqueleto, lengua bífida, ojos de ópalo, uñas y dientes eléctricos, Midoissa-Myrmex, no me lo tengas en cuenta.

Me quedo mentalmente clavado en la duda de si lo dice porque si lo hago me matarán, o si es una petición sexual. No tengo tiempo ni de extrañarme.

—No pares —dice el Fonóctono verde copiando el tono y la entonación con una perfección inquietante; tanta, que con los ojos cerrados no distinguiría a la Midoissa real de la emulada.

Absurdamente me pregunto si me tengo que correr, recorro aspectos de la cuestión: si no tendría que hacerlo para no dejarla preñada, si la pueden haber preñado los tres energúmenos; o si conviene que lo haga, y que se vea de forma que no haya duda, si,

como en el porno, me tengo que correr fuera, si encima de ella, y entonces dónde; si entonces no la habré cagado porque tendría que haber sido dentro. Cuando he de hacerlo, con qué duración para no ser penalizado por eyaculador precoz, o al revés, para no impacientar a los niños.

—Dentro —susurra Midoissa—. Córrete dentro. Ahora.

—Dentro —la clona el Fonóctono—. Córrete dentro. Ahora. ¡Ahora! ¡Ahora!

Me esfuerzo por sentir la transparencia, sin éxito, y es como si me abriera aún más a una forma de desprotección inédita, incalculablemente temeraria y generosa. No puedo contenerme, no lo quiero hacer, me abandono y me corro, y se mezcla una tranquilizadora idea de fatalidad final, que ya no tiene sentido tener miedo de nada porque he tocado el fondo del pozo del peligro y las sentencias.

Midoissa cierra los ojos y respira no sé de qué, de liberación o qué, me ofende la idea de que sea de placer, porque me debo negar a asociarlo con lo que pueda haber sentido con esos tres. Me afano en desvanecer pensamientos sean los que sean —no es difícil deducir que estamos en una zona de leve transparencia, de las que solo captan los muy iniciados; yo no pero sí Midoissa y seguro que también, por desgracia, los Fonóctonos.

Siento que entre Midoissa y yo no ha pasado nada, y llega despacio la negación: ha pasado lo peor que podía pasar, ha empezado la destrucción por el flanco más débil. Los Fonóctonos me sacan de la rayada.

—¡El Elegido, sí, el Elegido! ¡El Elegido, sí, el Elegido! —repiten a coro con una cantilena, y lo bailan como títeres con los pasos sincopados idénticos el uno al otro.

Me bajo del potro, me abrocho y espero. Los tres Fonóctonos salen por la puerta por la que han entrado, y una vez solos, Muguete y Trufí se lanzan a atender al grasiento, que no se ha movido del suelo y ha dejado un charquito de sangre donde la boca toca el suelo.

Corro a desatar a Midoissa. La correa de la cintura lo primero; los nudos de las cadenas de las muñecas y los tobillos me cuestan algo más; menos mal que no hay candados. Me quito la chaqueta y se la pongo.

—Estoy bien, no te preocupes —me dice.

Me sonríe, pero no es una sonrisa para mí. La ofensa me insufla un placer vertiginoso. No sé si tenemos muchas cosas que decirnos, o ninguna. La acaricio, intento que se sienta protegida, a pesar de que con todo, ¿qué sentido tiene? Con una fluctuación paroxística el húmedo calor y los terribles olores que desprende me parecen repugnantes, irresistiblemente atractivos. Tanto porque he participado

como porque no. Darme asco yo mismo debe ser un intento de perdonarme. Nos miramos. ¿Qué le digo que no parezca nimio, que no sea trivial? Peor, que no suene a convención de compromiso. La intensidad de sus ojos me desarma. No sé quién tiene que agradecer y reprochar qué a quién, quién tiene derecho a odiar a quién. Los porqués se me presentan como peñascos abruptos.

Vamos con los otros. Muguete se incorpora y nos dice:

—Le ha roto la tráquea. Ha muerto asfixiado.

Trufí se ha puesto la cabeza del grasiento en el regazo. La dolorosa en el descendimiento de la cruz. Me dan ganas de reír. Le digo a Muguete:

—¿Y ahora qué? ¿No me debes ninguna explicación?

—Las tendrás todas, pero no sé si las respuestas.

—¿Si podrás o querrás?

—Si sabré.

—¿Quién manda aquí? ¿Quién ha organizado todo esto?

—El doctor Kreis.

—¿Es un rebelde? ¿Un asaltante?

—Es el Hegemon del Archicenotafio.

Me vuelvo hacia Midoissa. Cabizbaja, en reminiscencias de desmayo, turbia de mirada, respondiendo a la mía con la cabeza vencida y las pupilas de los ojos clavadas en las mías, sin levantar las cejas que le siegan la pupila, oscura, luctuosa, profunda, furiosamente reclamando ser más follada que nunca otra vez, y otra, y otra, y otra. La agarro fuerte, necesitado de que aprecie qué intento transmitirle, nada seguro de que no lo rechace. O la abrazo para rehuir la mirada sin fondo que me pone en evidencia.

Dice:

—La autoridad máxima aquí dentro.

—¿Y los Fonóctonos?

Muguete hace una mueca.

—Tienen un pacto, pero desconozco los términos. Se los ha apropiado de Guardia pretoriana. Hay quien dice que es uno de ellos, que siempre lo ha sido. Querían liquidar al adversario común, los Camarlengos. No han dejado vivo ni a uno, ha sido una carnicería... Si se ha escapado alguno..., no muchos. Los Fonóctonos tienen más libertad de acción que nunca.

Señala al grasiento. Trufí lo deja delicadamente en el suelo, sale a buscar ayuda, y se lo llevan en litera. Muguete parece indeciso; le digo:

—¿Qué pasa con nosotros?

—Estáis recluidos. Órdenes directas del doctor Kreis —sonríe como un imbécil—. No tengo indicaciones en contra, lo puedo arreglar para que vayáis a una habitación los dos si queréis.

Miro a Midoissa. No levanta la vista del suelo.

—Por favor. Será mucho pedir...

—Una ducha lo intentaré, no os lo aseguro. Comer sí, os haré llevar latas y agua.

Sale, y en unos minutos aparece el desconocido de antes con dos más, y nos llevan por pasillos intrincados hasta una estancia mayor, más cómoda y civilizada que la otra, pero no con mejor acceso al exterior. Me he esforzado en memorizar el recorrido, pero no estoy seguro de recuperarlo llegado el caso. La luz se puede apagar, la cama es grande y tiene sábanas y almohadas. En un ángulo hay un lavabo completo, aunque a la vista.

Nos encierran con llave, y Midoissa se va directamente a lavarse. Intento mantener distancia y atención discretas, aunque viniendo de donde venimos...

Le digo:

—Lo siento, había llegado a pensar mal de ti. Me dijeron que eres tú quien manda.

No hace aspavientos. Sin mirarme, dice:

—¿Qué más te han dicho?

—Que Kreis es mi padre.

Acaba de limpiarse y se me acerca, medio envuelta con la toalla. Parece recuperada, como si los estragos le hubieran exacerbado la belleza, hubieran añadido la irresistible categoría de la maldición —añadido o expolio qué más da. Evito entrar en lo que acabamos de hacer. Me aligera y me decepciona que me siga el juego, y me hace sospechar, y no sé de qué.

—Y te lo has creído.

No tengo ganas de jugar.

—Sé quién es mi padre; lo que me interesa, y lo que ahora cuenta, es lo que crees tú.

Se me queda a medio metro. Le emerge una sonrisa.

—Te ha quedado la duda, ¿no? Un vete tú a saber de inquietud.

Desvío la mirada.

—Al final ya ves para qué he sido el elegido.

—No es por eso, te lo aseguro.

—¿Ah no? ¿Pues por qué?

—¿No te he dicho que yo no tengo sexo con nadie si lo he tenido con su padre?

—Conmigo lo has tenido por fuerza. No tenías elección, no tenías escapatoria.

Deja caer teatralmente la toalla, se me acerca desnuda, directa.

—Ahora tengo. Y ahora escojo hacer el amor contigo. Si tú quieres.

—No quiero otra cosa, y lo sabes. Desde hace tiempo.

Me echa los brazos al cuello, se encorva, se me ciñe de ancas y

pecho. Me dice, recreándose:

—¿Todavía te gusto, después de lo que ha pasado?

—Más que nunca..., pero, justamente, no te ha quedado, no sé..., ¿una náusea?

—¿A mí? —separa solo la cara, y sé que tengo que estar alerta porque captará y procesará salvajemente la más pequeña sombra, la más leve indecisión—. ¿Puedes imaginar lo que ha sido para mí? ¿Imaginas la deriva de la mente cuando el odio y el asco se confunden, cuando te niegas el orgasmo porque es aún más indigno que lo que te están haciendo, cuando lo sientes como la verdadera vejación, porque comporta un rendirse más idiota que el peor asalto del que puedas ser objeto, porque te hace repugnarte a ti misma más de lo que seas nunca capaz de odiar a nadie?

—No sé si la imaginación sirve aquí.

—¿Puedes entender que quiera borrar el sabor ofensivo infligido con el buen sabor elegido?

Me viene Juvenal a la cabeza: «Se fue muy triste, con la vulva tensa, todavía ardiente de deseo, cansada de hombres, pero no satisfecha.» Messalina en el prostíbulo, y no infligido sino escogido.

Me quito la ropa y caemos en la cama. Le dejo toda la iniciativa; entiendo que la quiera como compensación y reconstrucción, como venganza a la postre, incluso de mí, de mí en primer lugar, aunque en el momento crucial, cuando yo no sé qué habría acabado haciendo, me lo hubiera pedido, para salvar la vida quién sabe de quién —para invertir en un bárbaro valor.

Tener el regalo tan deseado, pero de este modo, me vacía la mente de unos recelos y la llena de otros. No acabo de estar por la labor (¿en qué estado de la materia tiembla qué?), y ella tiene la cortesía de no preguntarme dónde tengo la cabeza. No quiero imaginar la conversación posterior, y me hago el propósito de evitarla, de incinerar las dudas negras aquí mismo: como si ella quiere estar conmigo solo para demostrarme que Kreis no es mi padre. Puede ser que crea que lo es. Le importo tan poco que un hecho meramente estratégico determina más que lo que pueda o no sentir por mí. Por qué hemos llegado aquí, qué nos hemos de demostrar, qué transciende al peligro extremo que todavía debemos correr —aunque puede perfectamente mentir cuando dice que nunca estará con el padre y el hijo.

Después, ha cambiado todo: el mundo entero ha dejado de ser lo que era, las ausencias se han poblado de hormigueos, la terrible Midoissa ya es como las otras, aunque más bella que nunca una vez más. Me dejo inundar por el mal hado vencedor, y que ni en el más delirante furor egótico diría que he conquistado: la mirada profunda y aguda, la frente amplia, elevada, los pómulos y los arcos superciliares

pronunciados, la nariz ligeramente encorvada, la barbilla estrecha y redondeada. Y todo este paraje incomparable, hace solo un rato, hostiado, arañado, comprimido, ahogado por los Fonóctonos, chorreando excrecencias. Un triunfo para el héroe-buitre, ciertamente.

Resurgimos desnudos abrazados, indiferentes al frío, sin querer perdernos nada. Le digo:

—No sé dónde estoy. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Me dice:

—Kreis ha reorganizado un sector del Archicenotafio, y prepara el contraataque a los asaltantes.

—¿Lo conseguirá?

—Siempre lo consigue —se separa un palmo para mirarme—. Si no se lo impide nadie.

—¿Lo has intentado, tú?

—Desde luego —se ríe—. No tengo nada que hacer. ¡Nos conocemos tanto que no se ha quedado ni un momento solo conmigo..., qué digo solo! Siempre había como mínimo tres Fonóctonos protegiéndolo.

Nos vence el silencio. Nos besamos con una fuerza deliciosamente deshumanizadora.

—¿Por qué Spohr me ha dicho que Kreis es mi padre?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿Para protegerle?

—No me lo he tomado así. ¿Qué pasará con él y los otros del Egrégor?

—Olvídalo, no hay nada que hacer. A Bettina, a Mercedes y a Spohr los soltarán, pertenecen al gran Egrégor del Juego de la Fragmentación, no se los pueden cargar así como así. Por los otros no doy ni cinco.

—Curwen es hijo de un prócer destacado del Juego, tengo entendido.

—Todavía peor: con mala relación con Kreis. Lo tiene mal, pobre Shelly.

—¿Y tú y yo?

Ríe.

—Para mí no es nuevo, ya he pasado por esto otras veces —me mira—. Te he contado algo de mi vida, ¿no?

—¿Por qué podemos esperar un trato diferente de Curwen y Rakshasi? Tú aún, tú eres como Bettina, y por méritos propios, ¿pero yo? ¿Yo por qué?

Me mira tan burlona que el juego de continuos reenamoramientos se hace irresistible.

—Tú eres el Elegido. ¡Y aún no te lo crees!

Me separo para verla bien.

—Ahora dirás: no hemos corrido ningún peligro, allá entre los Fonóctonos —niega con la cabeza, apagándose de sonreír pero no del todo—. ¡Así qué, te ha gustado!

Medio cierra los ojos y sonríe.

—Mmmm... Muchísimo.

—¿Por qué hace un momento me has contado todo eso de la ofensa y el asco, y que te odiabas a ti misma?

—Es lo que querías oír.

—¿Y ahora ya no?

Niega con la cabeza y sin dejar de sonreír lo repite con entonación aniñada.

—Ahora ya no.

Me besa, de pleno en la retórica sexual. Me deshago.

—¡Basta de juegos, basta de tomaduras de pelo!

—¿Dónde ves tomaduras de pelo?

—¿No lo es pretender que todo es una tomadura de pelo? ¡No lo es fingir que disimulas que es una tomadura de pelo para que yo crea que no lo es! ¡Y para que después crea que justamente por eso sí lo es!

—Ven, cálmate... Si no te puedo convencer de que no disimulo que sea una tomadura de pelo para que te convenzas de que no lo es, no tiene sentido hacer ver que disimulo que el intento de convencerte no es una tomadura de pelo.

Me tengo que reír para no hacer el ridículo. Pero ya lo he hecho, y es irrecuperable. Digo:

—Tienes un plan, supongo.

—Sería cínico llamarlo así. Tengo sugerencias.

Me da la impresión de que la sugerencia pasa por el sexo, y tiene la elegancia de no hacerlo ostensible. No sé si estoy para un segundo bis. Le digo:

—Sea lo que sea, habrá que esperar a que alguien comparezca.

—Nos vendrán a traer comida como mínimo. Hasta ahora lo han hecho.

Nos miramos; pienso si se fía de mí más que yo de ella. Seguramente, y la confianza se la debe inspirar mi capacidad, mi inteligencia, para decirlo sin tapujos. Y debe de tener razón.

—Tú dirás.

—Será la prueba de fuego. Solicita ver a Kreis. Lo tendrán que consultar, no quedará claro. No se puede prever, tanto pueden pasar diez minutos como tres días. Si accede a verte, tendrás una oportunidad.

—Disculpa mi estupidez. ¿Qué querrá decir que me quiera ver? ¿Una oportunidad para qué?

—Si accede a verte será que de una manera u otra confía en ti y te incluye en sus planes —se para, me sonríe y me acaricia—. Quizá

descubrirás de una vez por qué eres el elegido.

—No hace falta insistir ahí. ¿Y después?

—Depende de con lo que te encuentres, cómo te responda, qué te ofrezca, en qué condiciones te sitúe. Tú mismo, improvisa.

—Si no lo he entendido mal, me puedo encontrar con una operación militar, o un rearme moral y estatégico, un genocidio, una reestructuración de los mecanismos de cambio social, o... no lo sé, ¿voy bien?

—Puedes encontrar cualquier cosa, la rearticulación de la esencia de la verdad y la mentira. Lo más significativo será con quién esté. Ante mí se mostró entre Fonóctonos, pero seguro que tiene otros aliados.

—¿No tiene suficiente con los Fonóctonos?

Hace un gesto de evidencia casi indignado.

—¿No los has visto? ¡Tienen un cerebro reptiliano! Son máquinas de matar perfectas, pero no les hagas sumar dos y dos.

—¿Y entonces?

—Si está con Zapruder, los mandamases del Archicenotafio están casi intactos. Si además está el doctor Kelch, aún más. Si está Sartorius, se ha aliado con una facción alternativa. Si están Camus o Paco Regomir, sería una buena noticia para Bettina, querría decir que los Van Egmont han recuperado la posición, aunque me extrañaría. Y hay otras posibilidades.

—¿Orens?

—Sí que sería una sorpresa. Son enemigos declarados. Orens era el gran candidato humanista a ocupar la Hegemonía, vacante desde hacía un año, antes de que Kreis diera este golpe de Estado aprovechando el asalto de los indigentes.

—¿Aprovechándolo?

—O habiéndolo propiciado, todo podría ser. Hasta ahora se han tolerado, pero dadas las circunstancias...

—¿Qué tengo que hacer en cada caso?

—En cada caso, después hablaremos; en cualquiera, intenta volver y sacarnos a todos de aquí... o lo que los Fonóctonos hayan dejado de nosotros.

Nos planteamos dormir, habiendo perdido la referencia circadiana. Nos metemos en la cama sin ropa, rozándonos pero no abrazados. Caemos rendidos.

No sé si se puede contar como noche dormida cuando nos despiertan para traernos comida dos tipos que no había visto hasta ahora. Latas, tal como había anunciado Muguete, botellitas de agua, cubiertos de plástico y servilletas de papel.

Digo:

—Muchas gracias —ni me miran—. Les agradecería que

transmitieran a quien corresponda mi disposición a reunirme con el excelentísimo Hegemon Kreis.

Uno ni se inmuta. El otro suelta una carcajada.

—¡No te jode el hijoputa! ¡Y yo te transmito mi disposición a reunirme con tu madre!

Midoissa se envuelve con la toalla justo para no mostrar intimidades, y se planta ante ellos.

—No empeoren su situación. Que venga ahora mismo el Teniente Delora.

La toalla no tapa mucho, y el guardia impertinente se la come groseramente con los ojos.

—Cuando todo esto haya terminado, usaré tu escote para afilar los cuchillos.

Midoissa afloja la toalla y se le acerca.

—¿Por qué no te los afilas en el canalillo del culo? En el escroto aún mejor.

Les debe hacer más efecto, porque la miran con desconfianza, bajan la mirada y salen.

Le digo a Midoissa:

—¿Eres una prisionera algo particular, no?

—No te engañes. Es como todo, jugar al póker con un mínimo de convicción —se me acerca—. ¿Qué podríamos hacer entretanto?

Hacemos de todo, comer, hablar de vaguedades, quién sabe, inofensivas para no inquietarnos.

En un par de horas aparece Muguete, más efectivo como Delora por lo que se ve, con una bolsa llena. Se dirige a nosotros con una afabilidad que me revienta.

—Os traigo vuestras pertenencias, y algo más de ropa limpia. No podréis usar los smartphones para comunicaros porque el espacio virtual está restringido, pero tendréis acceso a los archivos. También os traigo papel y lápiz.

—Qué bien. Por si nos queremos dibujar —le digo, y por cómo me mira no sé si lo ha apreciado.

—Por si queréis... —nos mira con precaución—. En fin, para lo que queráis.

—¿Te han hecho llegar nuestra petición? —le dice Midoissa.

Muguete me mira.

—Que te quieres reunir con el doctor Kreis, sí, ya he hecho los trámites, te lo estoy gestionando como experto de la Comisión investigadora del incidente en el Anficonversor de la Torre Norte. Enseguida que haya algo os lo haré saber —nos miramos; ¿esto también es una partida de póker?—. Si me piden más información, ¿les puedo añadir algún dato de interés? ¿Algo para convencerles de la conveniencia de reuniros?

Le digo:

—¿La ayuda logística como experto tiene algún interés?

—¿Para él?

—No para mí, supongo.

—Y yo supongo que no se trata de ninguna meditación sentimental.

—¿Debería serlo?

Hemos vivido su ventaja como una disonancia. Pienso, si yo fuera él, sí que tendría interés en salvar el pellejo de alguien que se comporta de este modo.

Se va, y Midoissa se burla de mi burla.

—No tienes nada que meditar en el terreno sentimental. Me gusta. ¿Y en algún otro?

—En los otros, todo, y en este... También le podía haber hablado de proteger el resto del Egrégor, hasta se lo habría creído, quizá. El hombre que dedica horas y horas a meditar, clasificar y establecer su vida sentimental como lo hacen las mujeres es el prototipo del idiota. Se cree que como las mujeres son más inteligentes, hacer como ellas lo vuelve listo y lo acerca a la realidad.

Niega con el gesto. Vuelve a ser la Midoissa amable de siempre.

—Se puede hacer aprendiendo a ser el idiota sagrado. Los que saben que es un juego y así se lo toman. Byron, Stendhal.

—Muguete sí que es un idiota, y nada sagrado. ¿De parte de quién está?

—De su pellejo. Es un camaleón, pero de los pequeños.

—No me quita ni un minuto de sueño.

Nos lanzamos a los smartphones como adictos. Midoissa me dice:

—¿Recuerdas el enigma que te propuse el día de fiesta?

—Sí, lo tengo.

Se lo muestro.

—¿Lo has resuelto?

—Con la indicación añadida, fue fácil.

A A B C E H M U G J Q I H Q G X
1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89, 144, 233, 377, 610, 987,
7, 10, 17, 9, 8, 17, 7, 24,

V S N X K Q J I
1597, 2584, 4181, 6765, 10946, 17711, 28657, 46368,
22, 19, 14, 24, 11, 17, 10, 9,

S S K U
75025, 121393, 196418, 317811,
19, 19, 11, 21,

—¿Ya sabes qué tienes que hacer?

—¡Eres inacabable!

Nos reímos. Lo deja todo y se me acerca.

—¿Qué soy para ti?

La miro, y no sé en profundidad qué veo. Sé que cada segundo que tarde en responder oscurecerá lo que seamos, sea lo que sea, estimulante o destructivo, estimulante y destructivo sucesivamente o a la vez.

—Para mí lo eres todo.

Se ríe con ganas.

—¡No te esfuerces, no hay para tanto! Si quieres meditar algo que no sea sentimental, tengo otro paisaje numérico para ti.

Me muestra una tabla de divisores de 360 a partir de 1, 2, 3, etc.: 360, 180, 120, 90, 72, 60, ★, 45, 40, 36, ★, 30, ★, ★, 24, hasta 360/16 = 22’5, primera no entera ni periódica. [360/11 = 32’72 periódica pura, 360/13 = 27’692307pp]. El número 14 es el primero no primero no divisor: 360/14 = 25’714285pp coincidente en términos pero en otro orden con el período del producto de la división entre 7 (51’428571pp). El 7 y el 14 forman parte del período del producto de la división entre 14 en la secuencia inicial, y en la división entre 7, 14 aparece partido entre los límites del período. El período aparece también, ordenado de otro modo, en 360/21 = 17’142857pp, y en 360/28 = 12’857142pp, próximo a 360/30 = 12.

En el último apartado, un enigma (ella dice) para meditar:

Intento establecer la pauta y el significado del ciclo de decimales 142857, frecuente en periódicas puras o mixtas de fracciones: 592/ 35 = 16’9 142857 142857..., 480/ 28 = 17’142857 142857..., de la peculiaridad de no aparecer el 3 ni sus dos múltiplos. Encuentro una

pauta maravillosa que explica la mecánica de la serie en los períodos, y cómo y por qué se ordenan de maneras diferentes.

$$\frac{590}{35} = 16'857142\ \ 857142...$$

$$\frac{594}{35} = 16'9\ \ 714285\ \ 714285\ \ 714285...$$

$$\frac{596}{35} = 17'0\ \ 285714\ \ 285714\ \ 285714...$$

Pero no tengo suficiente espacio para escribirlo.

Nos medio vestimos, yacemos en la cama medio desnudos, nos tocamos evitando sinusoidalmente aceleraciones sexuales irreversibles. Me abandono al desasosiego de la inconclusión formal, que al menos te deja abierto al mundo, a los infinitos, contrapuesto con la aparente tranquilidad del sentido cerrado, que reduce, limita, abriga. Hacerse adulto o continuar siendo un niño, tan vana, tan imposible, tan inútil una cosa como la otra.

Entre dos movimientos diviso el infierno: la disolución del tiempo —indefinido o eterno, no sé lo que es peor— encerrado en un espacio infranqueable con lo más deseado: para algunos, el dinero, los trajes, el fútbol; para mí, en esta habitación insustancial, Midoissa.

Caemos en conversaciones triviales, o con sentidos abstrusos.

—¿Qué le daría miedo a un muerto? Si consideras la posibilidad de que estar muerto no sea lo peor que te puede pasar (yo mismo no lo creo), podría ser volver a la vida.

—Debe de ser por eso que algunos nacen cansados. Para los hindúes, reencarnarse es una desgracia; el nirvana es la liberación de las re-vidas.

El ocio de la espera sin un plazo fijo nos envenena poco a poco. Midoissa juega con rincones de discusión que podrían erizar conflictos entre nosotros, pasiones y desamores repentinos, irracionales, irreversibles en primera instancia y del todo reversibles, y más de una vez, a plazos un poco más largos. No me molesta que me cuenten las cosas más de una vez, al contrario, soy como los niños, me fascina la repetición, y tanto placer encuentro al exigir que la historia sea siempre igual en sí misma como los nuevos detalles, en la profundización de la causalidad. Ella juega una y otra vez con tóxicos sentimentales, con armas peligrosas, con maquillajes, se inventa ropas

exóticas con las pocas cosas de que disponemos, trampas para hipersexualizarse. Como el viejo guerrero retornado desarmado en son de paz, y cuando a pesar de su propósito de no hacerlo le obligan a mostrarse terrible se muestra así más que nunca, hasta ahora nada marcona ni explícita, hoy desinhibidamente matadora, o matadoramente desinhibida, de pies a cabeza libidinosizada, y yo no sé si esto es para mí o para quién, o para nadie, para ella misma, para cualquier otro que aparezca, los Fonóctonos supersexuados, para todos. No quiero dejar de oír el resto de la vida esta voz aterciopelada y profunda, o vibrante, intimidadora, en el tráfico del extremo placer ensartada a agudos de una pureza apabullante.

Punto de partida o punto terminal, no sé cómo recordaré esta estancia cuando esto se acabe, si antes llega el final que el comienzo o el comienzo va directo al final, cuál es orden y qué es causa de qué, y lo torcidamente consecuente, que el orden temporal no tiene que ver con la causalidad, que la causalidad puede ser mutua, puede ser inscribir punto terminal y punto de partida en la figura geométrica añagaza de un orden para burlarse del tiempo, un fantasma que nos azota y no para de devolvernos la burla de la inutilidad de los aprendizajes, de la sorpresa y la indiferencia como el dentro-y-fuera, como el propio-y-extraño, las dos cabezas del anfisbena, correspondiendo de forma cruzada cada uno ya con el uno de los unos, ya con el otro de los otros, y así de forma sistemática, por la playa interdimensional a la inextricable perfección de la Nada.

Me hago la ilusión de estar contemplando el sol y la muerte finalmente de cara, y demasiado tarde me doy cuenta de que me estaba enfrentando a la Medusa-Midoissa, de repente desvelada por la etimología, y ya me ha convertido en piedra. En pórfido o en obsidiana, en malaquita o en pumita, en jade, en ópalo, el despliegue de posibilidades inmanente al sistema. Le digo:

—No me siento preparado para ir solo a enfrentarme a Kreis.

Los grandes ojos de fuego acuático de Midoissa desafían el odio y la desconfianza, los mitos, el anhelo de trascendencia que envenena las imperiosidades sexuales.

—¡Y quién está preparado para qué, si incluso los dioses han dudado en las vísperas en la capilla peligrosa!

—Estaré solo sin nada ante uno que lo tiene todo y está en su terreno.

—No lo estarás, iré contigo —nos separamos para mirarnos—; como quieras, hasta donde quieras.

Me siento inoculado y no sé de qué.

—Júrame que Kreis no es mi padre —le digo, y me abofetearía.

—Te lo juro.

—¿Porque tú no estás con nadie si has estado con su padre?

—Porque te lo juro.

—¿Por qué quieres que lo mate?

—No quiero que lo mates, no te he dicho nunca tal cosa. Y me tranquiliza que te veas con ánimos de hacerlo. Hace medio minuto no te veías capaz ni de presentarte ante él.

—No he dicho que no me sienta capaz de hacerlo, solo hablaba de enfrentarme.

Me abofetearía aún más. ¿No me veo capaz de cien y sí de mil? A ella no le parece tan fuera de lugar, o me deja por imposible.

—¿No te sientes capaz?

—¿Me preguntas si me siento capaz dadas las condiciones estratégicas previsibles, o si me sentiría capaz si las condiciones lo permitieran desde un punto de vista práctico?

—Las dos.

—La respuesta es «no», y «no lo sé».

Me sonríe y niega con la cabeza.

—Por aquí no vamos bien.

—Estoy esperando a que me digas por dónde he de ir —le digo, socarrón pero sincero.

—¡Con la moral de la ignorancia te quieres enfrentar al minotauro! —me abraza con una entrega que transmite cómo me está tomando el pelo—. ¡Tengo que hacerte terapia de choque!

Retóricamente me pregunto si me fortalece o me debilita la recrudescencia de esta autodestrucción por enamoramiento de Midoissa.

—Tú serás el modelo —le digo con el juego sexual otra vez en marcha, ya bastante avanzado.

Me sonríe, de repente infantilizada.

—Conmigo no llegarás a nada bueno por ahí. ¿No te crees que soy tímida, verdad?

—No.

Me excita creerla, una excitación con desesperanza cuando insufla inocencia sin estupidez, imposibilidad de obsequiarte con una mala jugada no por no ser capaz, sino por la profunda determinación estética de no hacerlo. Se agrava el deseo como se agrava el desespero. La dualidad ya advertida hace unos días, cuando fui consciente de haber caído en ella, entre gran dama distante y cría traviesa, se recrucede con el trato para transformarse de niña vulnerable a hipersexuada gran felina en plenitud de poder aniquilador. Que la inocencia no acabe de ceder del todo ante los cobres y los aceros profundizadores de la mirada añadidos por la experiencia la vuelve definitivamente desarmadora.

Hasta ahora creía que el sexo y la conversación a la vez no era posible sin que una cosa acabara aplastando la otra, pero con Midoissa

es una escalada con recesos y rellanos que, sin darte cuenta, una vez transitados te encuentras más arriba.

Sin dejar de movernos me dice:

—Las mujeres no se resisten a ser sexualmente estimuladas en público porque no les guste, sino porque les gusta demasiado y no se quieren mostrar excitadas ante todos para no quedar desprotegidas, en peligro de ser asediadas por quienes las están viendo, impelidas a hacerlo, porque tienen miedo de llegar al punto de no ser capaces de negarse a acabar haciéndolo. Como en todo, llegado el caso eso es lo más excitante, porque cuando eres tan tímida, sí, como lo soy yo, la audacia gratifica mucho.

—Ya lo veo, tú eres la mar de tímida.

—Dejémoslo en vergonzosa.

Azuzo la fantasía de sentirme autor del prodigio del placer del amor cada vez más lejos en la penitencia, hasta el fondo en lo insoportable aún más, y más, y más. De notarla capaz de soportar pestilencias, vapores y sudores, sobrepesos y ahogos sin perder la sonrisa, al contrario, dándole sobredimensión de entrega. Se mezclan agitación, chillidos, la obnubilación mental con los producidos por los Fonóctonos, en todo ello voy de acá para allá intranquilo y sosegado. Su delicadeza en dejarse ganar incita a imitarla, a poner a sus pies todas las victorias. Una extraña competición: no para ganar, sino para ser vencido. Vencido para ser feliz para siempre.

Se abre la puerta y aparece el oficial desconocido que ya ha comandado otras gestiones cuando no estaba Muguete. Lo secundan unos cuantos Fonóctonos, agitados como perros, algunos nuevos. Por instinto abrazo a Midoissa —no sé si la protejo o me protejo.

—Soy el Teniente Akissouri. Por favor, señor Oliver, vístase y venga conmigo.

Me levanto. Tengo un pronto de duda porque los Fonóctonos se nos acercan, pero ella se protege con la sábana y me hace gesto de «vete, vete».

Me visto deprisa y le digo a Akissouri:

—¿A dónde vamos?

—Le espera el Arcamagisterprædi.

Los Fonóctonos rodean a Midoissa, que se mantiene inmóvil, impasible, transmitiéndome con la mirada una compañía indefinible. Siento relámpagos de transparencia. ¿Amor? ¿Ridículo? ¿Venganza? Desconfianza, tan solo.

Me acabo de vestir y calzar, y cojo los enseres y el smartphone.

—Pero ahora...

Akissouri me dice:

—Déjelo todo, no lo necesitará.

Despacio, los Fonóctonos han empezado por tirar de la sábana de

Midoissa, se le ha acercado uno por un lado, otro por el otro, un tercero por detrás. Reconozco al azul eléctrico, al marrón y al rayado que torturaban a Mina y a Shelly, al manchado que se cargó al grasiento, y nuevos cuatro más. La última mirada de Midoissa me transmite una tristeza infinita, como si me pidiera perdón por no poderla ayudar. Los niños asesinos se animan cada vez más aceleradamente, la echan boca arriba, con la cabeza y los brazos colgando fuera de la cama. Hago gesto de retroceder, y la mano de hierro de Akissouri me retiene.

—Señor Oliver, no cometa este error. Vamos, le están esperando.

Los Fonóctonos saltan y bailan, me miran carcajeantes, sacando la lengua, haciéndome con los dedos cornudo y que te den.

—¡Idiota!

—¡Idiota!

—¡Idiota!

—¡¡¡¡I-di-o-ta!!!! ¡¡¡¡I-di-o-ta!!!!

—¡¡¡¡Hijoputa, hijopuuuuuta!!!!

Con Akissouri van dos Fonóctonos más pequeños y apáticos que los otros, uno trajeado de granate, el otro de rosa. Tienen el detalle de llevar pantalones y mantenerse en silencio. Se me ponen uno a cada lado, y el Teniente abre la marcha.

Cruzamos pasillos hasta un distribuidor con tres ascensores. Tomamos de subida el central, y salimos a un rellano con luz natural; lo recibo como un regalo teniendo en cuenta de dónde vengo. Me hacen pasar a un aposento amplio, iluminado y ricamente decorado, más aún que el salón de las Comisiones, con grandes ventanales al cielo exterior; en las paredes, estantes con libros, tapices, cortinas rojas y panoplias con armas de épocas diversas. Suena el coro Alles nun, das ihr wollet, dass euch die Leute tun sollen de la BWV 24. Tres individuos que miran libros en un rincón se vuelven cuando entramos; nos acercamos. Akissouri nos presenta.

—Al Interventor de transporte Eytifronte y al señor Novembrini ya les conoce —nos sonreímos y nos damos la mano, y el Teniente se vuelve hacia el otro—. El Equémitor Marterni.

Me sorprende ver a Novembrini.

—¡Me alegro de verte! ¿Qué pasó?

Se ríe. La cabeza me va a mil por hora. ¿Cuál de ellos es el Arcamagisterprædi?

—Es largo de contar.

—Tendrán tiempo para hablar —dice Akissouri—. Comunicaré al Arcamagisterprædi que ya están todos.

Sale por otra puerta al fondo, con los Fonóctonos como perritos detrás.

Nos quedamos con las sonrisas-máscara puestas, con demasiadas

cosas para decir como para decir algo, y supongo que calibrando la propia situación en relación con los demás, yo por lo menos. Novembrini va atildado, más que cuando estaba en la Comisión, y parece en buena forma, en paz consigo mismo y con el mundo. Me dice:

—¿Cómo están Midoissa y Bettina?

No pierdo de vista a los otros dos.

—Bien, en principio, o sea..., no te lo sabría decir, tanto una como la otra habían caído, digamos, en situaciones conflictivas.

Eytifronte me señala con la mano. De cerca es todavía más impresionante.

—Qué suerte para usted que las haya podido evitar.

Novembrini dice, como si fuera algo gracioso:

—¡Es que Artur es el elegido!

Los otros hacen un «aaahh» suave como si se burlaran, o fuera tan sabido y repetido, o tan falso, que constatarlo solo pudiera llevar a la insubstancia.

Digo:

—No lo entiendo, ¿el doctor Kreis es Hegemon o Arcamagisterprædi?

Se miran cada cual a los otros en un rapidísimo juego combinatorio. Marterni dice:

—Podría estar entre una cosa y la otra.

Novembrini dice:

—Quizá sí, porque ahora mismo no hay Consejo General capacitado para reconocer ni un Arcamagisterprædi ni un Hegemon —me mira—. ¿Qué pasa con Midoissa y Bettina?

—Y con Spohr, Mina, Curwen y Rakshasi. No os lo sé decir, han caído en manos de los Fonóctonos blancos. Desde aquí podríais hacer algo.

Vuelven a mirarse. Marterni hace el gesto de elegante inmaterialización de quienes se presentan por encima del bien y del mal. Es un tipo de cuarenta años apenas, delgado, espigado, un aristócrata de la indiferencia que para sonreírte te perdona la vida —te amenaza desde el desprecio. Suena el coro final O Gott, du frommer Gott.

Eytifronte dice:

—Me temo por vuestras amigas que son directrices del doctor Kreis —sonríe con enormes dientes de caballo—. A los Fonóctonos blancos hay que tenerlos entretenidos, que si no...

—Una vez en marcha, no hay quien los controle —dice Novembrini—. No lo digo para desanimarnos, pero no doy un céntimo por ellas.

Digo:

—¿Y qué hay de los demás? Zapruder, el doctor Kelch, Sartorius, Orens.

Novembrini levanta las cejas ambiguamente, y se abre la puerta del fondo y reaparece Akissouri con tres tipos más, supongo también de una Guardia, aunque no uniformados, y se oyen gruñidos, grotescas agitaciones y roces anunciadores. Los cuatro guardias se ponen firmes dos a cada lado, como ante los altos cargos.

—¡El Arcamagisterprædi! —anuncia Akissouri.

Aparece Kreis con un kopfherakleion en la cabeza, dirigiendo a dos Fonóctonos encadenados, uno con cada puño. Tiran como perros de presa, y él los domina y equilibra con autoridad, sin dejarse arrastrar. Va de blanco y negro, pero no reconozco ningún uniforme. El kopfherakleion parece fresco —procuro apartar la vista.

Llega hasta donde estamos, y los presentes se inclinan reverencialmente. Me siento ridículo imitándolos, y lo hago a medias. Kreis se dirige a mí con una sonrisa triunfal.

—Bienvenido, señor... Oliver.

No entiendo el sarcasmo de la entonación de mi nombre.

—Gracias, doctor. No sé cómo le tengo que llamar... ¿Excelencia?

Me maldigo de sentirme cohibido de verdad. Los otros se comportan sumisos y devotos sin matices. Kreis trae unos papeles que examina en silencio, y nos esperamos, respetuosos. A una distancia prudencial, porque los Fonóctonos —desconocidos— no cesan de gruñir, de tirar y mirarnos con una agresividad inaudita, atizados por una desazón insaciable. Parecen menos homínidos que los otros, parecidos a un injerto de nutrias y gibones con reminiscencias de mantis religiosa.

Para quedar con las manos libres, Kreis se ata las cadenas al cinturón con mosquetones. Repentinamente calmados, los Fonóctonos se centran en mí; producen una ansiedad tremenda, como si emanaran algo de uno mismo y a la vez lo aspiraran, sublimando una desazón de violación mental insoportable, aplastantemente placentera, la sonrisa triste de la emoción más purulenta de contrastes y contradicciones imaginable. Van desnudos y son perturbadoramente rojos y espinosos, como plantas carnívoras. Humanos, pseudohumanos —ultrahumanos. Novembrini se da cuenta de mi confusión, y aprovechando que Kreis se vuelve para dejar unos papeles en la mesa, me murmura:

—Fonóctonos Blancos-Ojo-de-Tigre.

No me puedo sustraer a su mirada, dolorosamente invasiva, mortalmente amenazadora y suplicante como una declaración de los dioses. No tengo duda de que a una indicación de Kreis mi vida duraría diez segundos —lo peor de todo es el vértigo que me lleva a desear que sea ahora mismo. Me pregunto a través de qué mecanismos de comunicación, de doma o de qué ha llegado a hacerse con ellos.

Kreis se vuelve y remueve los ordenadores de la mesa.

—Artur —murmura el Fonóctono más cercano con una voz borrosa, como salida de un teléfono, y me doy cuenta de dónde me viene la desazón: tiene exactamente la sonrisa y la expresión de mi madre.

Diviso bárbaramente las simetrías inesperadas de la vida, las carcajadas y las masturbaciones mortales. Kreis lo mima, el Fonóctono le lame la mano. El otro les mira gruñendo con un resentimiento hiperexhibido. Los preveo devoradores de cerebros, herederos de los alienadores de cráneos, de los constructores de tzompantlis.

—Pobrecitos, tienen hambre.

Hace una señal a Akissouri, y el Teniente sale.

Digo:

—Discúlpeme, doctor Kreis, querría hablar con usted los dos solos, si es posible.

—Antes demos de comer a estas pobres criaturas.

Entra Akissouri con una chica de unos catorce años, precariamente vestida. Por la pinta la imagino traída de entre los asaltantes, descoordinada, frágil, asustada, resistiéndose sin convicción a avanzar, y sin éxito. El Teniente la arrastra por el brazo, y ella nos mira con una flacidez que me lacera —no sé qué hacer. La mirada del ruego que se sabe inútil, el ahogo de la expectativa inmediata del horror, peor que el horror mismo. No nos pide ayuda ni nos recrimina nada, y tampoco sé por qué nos tendría que advertir. Solo quiere acabar. Emblemas de cementerios: «Hoy yo, mañana tú».

Kreis se saca los mosquetones del cinturón y ata a los Fonóctonos a la barandilla de hierro de la escalera por el estante más alto. Akissouri se retira, y Kreis coge a la chica por los brazos y la aproxima a los Fonóctonos hasta un metro. Se la acerca un poco más, y cuando las bestias tiran mordiscos y zarpazos para cogerla, Kreis la retira. Un juego que les debe gustar bastante a todos, porque Kreis se ríe, y los Fonóctonos no sé si ríen o se excitan, o se enfurecen, o tan solo los azuza hacia un frenesí maligno —a una complacencia ambigua.

Medio por méritos propios medio por un despiste fingido de Kreis, en el embate diez o doce los Fonóctonos pillan a la chica y de cuatro arañazos le arrancan la ropa y en un momento no se la ve. Con intermitencias se aprecia lo que hacen, cómo se despliega una mezcla de sexo y devoramiento; se la quitan uno a otro, como una muñeca, o juegan a quitársela, y se aprecia que los sexos descomunales tienen espinas, bordes cortantes y espolones, que se mueven como brazos y, aún más versátilmente, como serpientes. Son armas, y cuando intento imaginarme en virtud de qué adaptación pueden ser instrumentos de placer se me hace patente que pensarlo no tiene sentido.

Apenas caigo en mirar qué pasa al lado. Eytifronte está nervioso,

no sé si a favor o en contra, si quiere salvar a la chica y matar a los Fonóctonos, o se quiere apuntar; Novembrini pone cara de susto y está pendiente de todos. Y Marterni se ha medio vuelto, ha cogido un libro y lo hojea sin perder del todo de vista la acción.

Los Fonóctonos progresan a una velocidad que todavía lo hace todo más penetrante. Entran uno y otro violentamente con sus miembros por cualquier orificio, y después de algún zarandeo extraen pedazos no sé de qué. Me cuesta darme cuenta porque me resisto a creerlo: son miembros devoradores, brazos para extraer piezas de tripas que, como trompas de elefantes, después se meten en la boca; en un momento la entrepierna y el pecho de la chica están en carne viva y, entrevista con intermitencias, su cara revela a partir de cuándo las sacudidas ya no provienen de los propios espasmos —la inexpresividad marca un final de etapa. En medio minuto los sexos fonoctonales ya asoman por el tórax, por la boca. En medio minuto más de aquel cuerpo ya no queda sino el esqueleto con cuatro pellejos. Los Fonóctonos lamen la sangre del suelo y algún residuo perdido de víscera. La barandilla y la escalera no sé si resistirán el zarandeo. Quizá se nos caerá encima la librería.

Vuelve Kreis y nos mira uno a uno. Eytifronte resopla, sudoroso como si hubiera hecho la tarea de los Fonóctonos, Marterni cierra el libro y esboza una sonrisa condescendiente, Novembrini dice:

—Admirable, doctor. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Mutantes genéticamente tratados. Los he fabricado a medida, sobre mi material biológico. En cierta manera forman parte de mí mismo, ¡como si ahora tuviera cuatro manos más…, ¡he! Y las nuevas mucho más fuertes, ¡eh! —se vuelve hacia Akissouri—. Los niños tienen más hambre, Teniente, ¿no lo ve?

Me abandono al peligro de caer en delirios de redención. El guardia hace una señal a los de la puerta, y estos se acercan con un barreño lleno de vísceras, que van lanzando a los Fonóctonos para que las cacen al vuelo con los dientes, como los perros, o con la mano si no llegan. No he visto nunca un furor parecido. Se tragan los pedazos enteros, y cuando han acabado con todo se muerden entre ellos, convulsos, no sé si entre carcajadas o entre qué, algo que no es humano y lo es a la vez más que ninguna otra cosa y por eso hiere aún más, y lanzan chispas amarillentas por los ojos: de verdad, no es una imagen, deben de tener fósforo en el iris. Se me agrieta la sensación de estar seguro de que no me pueden hacer nada porque están bien atados, me imagino si rompieran las cadenas o arrancaran las columnas, que me aspiran y me atraen, y me devoran vivo.

No los puedo mirar más, me vuelvo para intentar descubrir qué mueve a Kreis. No siento la perorata propagandística que nos pone en marcha, que los otros escuchan con más temor que devoción. Como si

de mirar al sol se tratara, me esfuerzo en verle las facciones para recordar cómo lo veía antes, qué soy capaz de digerir, de hacer qué.

Autoobligándome a dejar de evitarlo, llego al kopfherakleion. Lo contemplo con forzada indolencia, intentando convencerme de que no pasa nada, que no hay para tanto, que lo resisto bien, y casi me lo creo, como cuando superas un dolor físico gracias a una tolerancia inducida, y de manera gradual pero con saltos repentinos siento una inquietud añadida, la inequívoca adrenalina del reconocimiento. El kopfherakleion, esta cara..., estos ojos..., estos dientes, este pelo... Es Camila.

Sí, lo es, no hay duda. Aparto la mirada y con un esfuerzo ridículo la vuelvo a dirigir, como esperando que haya cambiado. Es ella. Me sorprendo a mí mismo con un aplomo extraño, como si no saliera de mí, interrumpiendo el discurso del cual no he escuchado ni media palabra. Al fondo hay un prado de hierba muy verde agitada por el viento.

—Doctor Kreis, discúlpeme, tenemos que hablar inmediatamente usted y yo solos.

Se produce un silencio cargadísimo. Los demás me miran con terror. Deben darme por muerto, pero el corazón me late tan aprisa que la asfixia pasa por encima de todo. Kreis sonríe, benévolo.

—Claro, amigo mío —hace un gesto a los otros—. ¿Tienen la bondad de dispensarnos?

Salen Eytifronte, Novembrini y Marterni, y cuando ya han cerrado la puerta señalo a Akissouri y a los otros guardias.

—Ellos también.

Kreis los despacha con un gesto imperial y quedamos solos, solo con los Fonóctonos atados afanados en echárseme encima. Siento el mundo y yo a velocidades diferentes. El nuevo discurso de Kreis me llega de forma fragmentada.

—Hazte cargo, Camila había venido a conspirar, ¡y mira qué le ha pasado! —mira hacia arriba con un gesto acariciador de la mano—. ¿Tienes ganas de vengarla? Lo entiendo, eh.

Se quita el kopfherakleion, lo deja encima de la mesa y se alisa el pelo. El tuteo imprevisto añade algo más de peligro.

—¡Vengarme, qué va! ¿Cómo podría hacerlo?

—Ahora puedes, si quieres, ¿y después qué? ¿Te harás cargo de los niños? No lo veo, francamente, no tienes carácter. En tiempos de guerra, con la justicia no se puede contemporizar. Ven, te enseñaré una cosa.

Vamos a otra mesa, abre una gran pantalla de ordenador, teclea y aparece la imagen de la gran sala transitada por la multitud asaltante por la que hemos pasado los cuatro del Egrégor antes de encontrar a Muguete y sus compañeros. Digo:

—¿Es en directo?

—En vivo y en directo. ¿Qué se puede hacer?

—No lo sé. Pasamos ayer, y...

—Lo sé —dice, y abre una ventana dentro de la imagen, donde aparecemos Bettina, Rakshasi, Spohr y yo en medio del gentío—. Os esperábamos —sonríe con ferocidad—, y hemos esperado a que pasarais para tomar otras decisiones. ¿Qué ibas a decir?

No veo nada bueno en el hecho de que desde el mando nos tuvieran localizados. Procuro que la mirada no se vaya a la cabeza cortada de Camila. Kreis la ha dejado medio de perfil, pero los ojos tan abiertos, medio plastificados, aún son capaces de mirarme, de mandarme sorpresa, incredulidad, reproche. No me saco el aguijón. Digo:

—La inmensa mayoría son gente corriente, no es ninguna horda armada peligrosa. Mujeres con críos pequeños, hombres con niños, viejos, enfermos, tullidos.

—Qué desagradable, ¿no? Un problema.

Me resisto a entender qué espera que le diga.

—No de orden militar.

—¿De qué orden, pues? ¿Higiénico? ¿Social?

—Moral, diría.

—Pero práctico, ¿no?

—Supongo que sí.

Llama por el smartphone.

—Capitán, es la hora de la primera prueba de la fase 1. Adelante —deja el aparato, señala la pantalla y se dirige a mí con media sonrisa proyectada no sé en qué lejanía—. Tendrás el privilegio de asistir a una primicia.

El ordenador transmite explosiones y humaredas entre la multitud. Una onda expansiva recorre la gente, manda a muchos por los aires y por tierra, otros intentan huir pero acaban atropellados en un colapso, hay un aullido general y amontonados en las zonas de en medio. Corre la sangre a chorros. Sangre, miembros arrancados, vísceras. Me vuelvo hacia Kreis.

—¡Por qué! ¡Son inofensivos!

—Cuestión sanitaria. ¿Qué harías con una invasión de ratas?

—¡No son ratas, son personas!

Pasar del destripamiento concreto y particular al anónimo y general tiene un punto desactivador del sentido de injusticia tan estúpido que intento sacármelo de la cabeza.

—¿Personas? ¿Estás seguro? ¿Conoces la naturaleza humana? No mucho. Esa es la cuestión, son demasiado personas. ¿Lo ves? Eres incapaz de reunir los recursos necesarios.

Las explosiones continúan. La cámara está en plano fijo y solo se

ve una parte de la estancia. De la vista de los daños no nos debe de llegar casi nada.

—Por favor, párelo, se lo suplico. Envíe asistencia médica.

—No disponemos de la adecuada, y aunque la hubiera... —coge el smartphone—. Capitán, le felicito, una acción impecable. Por ahora ya es suficiente.

Cesa la actividad. Lo que queda es desolador.

—Doctor Kreis, usted y yo...

—¿Qué quieres?

—He dejado a Midoissa con el Teniente Delora.

Opera en el ordenador. Estamos solos —me da la espalda. Levanta un dedo sin volverse, para no ser interrumpido. Me siento por encima de una realidad que me incluye —y mi destino. Me contemplo desde fuera de mí mismo. Sin moverse, Kreis dice:

—Midoissa se ha salido de madre. No puede ser. Que la domen de verdad. Cuando esté amansada la recuperaré, y volveremos a estar como antes.

Me esfuerzo en respirar bien. Miro la panoplia más de cerca. Busco la herramienta adecuada. Hay dos catanas con mangos ricamente trabajados, uno dominado por el dorado y el negro, el otro por el marfil y el rojo, y pequeños fusiles de asalto, en la clásica disposición radial. Me encanto un momento que contiene un universo, pero solo me distrae desde un punto de vista musical, pienso, y no sé qué quiere decir. Murmuro:

—¿Volverán a estar como antes? ¿Como cuándo?

Kreis no me contesta, y no puede ser que no me haya oído. Es la señal que esperaba. ¿Quieres un kopfherakleion? Yo tengo el apropiado para ti. Descuelgo la catana roja y marfil y pienso, si en vertical no te entra, es que no lo tenía que hacer. La levanto con las dos manos y se la clavo en medio de la cabeza con la fuerza combinada del incrédulo y el desesperado. Penetra hasta el fondo, la suelto y Kreis se reclina hacia delante plácidamente hasta que queda apoyado contra la mesa. Se expande por la mesa la sangre como una lenta explosión helada, y por tierra.

Como si me despertara de un sueño siento los gruñidos y gemidos de los dos Fonóctonos atados, y los veo tan a punto de romperlo todo que aprovecho el impulso de la decisión. Descuelgo el arma ligera, una Uzi Submachine Gun. ¿Cómo se desbloquea? Mientras lo intento, un Fonóctono dice:

—¡Vivaricá! Vif seruvaru sidiablaca.

Y el otro:

—Kiu..., kiu..., iu..., iu... Le triptala de bu de ba y de travagala.

Por fin lo consigo, pero antes se me escapan algunos tiros descontrolados, contra el suelo y los estantes; se oye estrépito y no sé

de qué. Apunto a los Fonóctonos, que no se esconden ni me esquivan, sino que se proyectan adelante más sedientos que nunca, anhelantes de que les dispare.

Lo hago una y otra vez, repartiendo entre los dos como si de ducharlos se tratara, y no hay forma de que caigan. ¿Son Rasputines, estos bichos? ¿O tienen el cerebro en otro sitio? Caen, y me acerco con total conciencia del peligro de que revivan, incluso de que me hayan engañado y se me echen encima. Les meto las balas por la boca, por los ojos, por el culo, por donde me parece más tierno y vital. Sangran a chorro y a sacudidas. Me siento tan liberado que lloro de alegría.

Después de grandes espasmos y coletazos parece que lo he logrado, pero muertos y todo, los miembros no cesan de moverse, y tengo la mala idea de descolgar la catana negra y dorada —la otra no me atrevo a sacarla de la cabeza de Kreis (no me atrevo ni a volverlo a mirar, porque este sí que podría revivir)—, y cortarlos no sin dificultad, porque el nervio cavernoso es la cosa más dura que he visto nunca, y efectivamente tienen vida propia, pero más consistente que la de las colas de lagartija, porque se vuelven serpientes autopensantes, capaces de atacar, huir y asociarse entre ellas.

Corro con la catana por todo el aposento para rematarlas, aprovechando que cada vez tienen menos energía, y me veo de pronto ante Eytifronte, Novembrini, Akissouri y media docena de individuos más, de alguna Guardia marca blanca seguramente.

Me siento dispuesto a que me disparen, que me detengan, que me abronquen, pero contemplan la situación con un azoramiento reverencial, lo último que me esperaba. Me enderezo y los encaro sin saber qué decirles. Ellos tampoco parecen saber qué hacer.

Eytifronte me dice con una gravedad que casi da risa:

—¿Sabes a quién has matado?

Le digo sin dudar:

—A mi padre.

Los guardias se acercan a Kreis con un respeto de constatación. Novembrini dice:

—¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé.

—¿Qué no sabes?

Si les digo que no sabía que fuera mi padre me preguntarán cómo lo sé ahora, y entraremos en bucle. Akissouri se me acerca; suelto la catana y le alargo las manos para que me espose, pero coge el arma, me hace una reverencia y me dice:

—Le corresponde el kopfherakleion.

—No lo quiero. Quiero acabar con las matanzas.

Eytifronte dice:

—No puedes. No puede nadie.

Como si fuera el servicio de limpieza, los guardias retiran los restos de los Fonóctonos, y con algunas contemplaciones más, obedeciendo a un gesto de Akissouri se llevan a Kreis en litera, sin sacarle la catana de la cabeza.

Despacio me recupero, despacio inflexiono hacia un estado de alienación. Digo:

—He hecho lo que he hecho. Ya me podéis echar a los Fonóctonos.

Novembrini dice:

—Ni hablar. Vamos a ver qué se puede hacer.

Eytifronte me contempla con una admiración en la que entreveo inclinaciones que no se me habían ocurrido, y mucho menos estaban entre mis propósitos.

—Es una ocasión única.

Digo:

—No quiero ni saber lo que pensáis. Lo dejo en vuestras manos. Tengo claras un par de cosas.

Cojo el smartphone y rellamo al último número. Me sale una voz firme, sin inflexiones empáticas.

—Capitán.

—¿Con quién hablo?

—Pare la operación.

—¿Quién es?

—El Arcamagisterprædi. Le ordeno que pare la operación.

—No sé quién es, y me da igual. La fase 2 ya está en marcha.

—¿Qué es la fase 2?

Eytifronte y Novembrini se me han acercado. Novembrini me agarra el teléfono, lo cierra y lo deja en la mesa, que alguien ha tenido el detalle de limpiar, aunque no muy bien —hay restos de sangre.

Akissouri parece el más nervioso y desconcertado. Le digo:

—Quiero saber qué me espera, y su actitud no me ayuda.

Novembrini me aparta y me dice, bajo y aprisa:

—¿Qué te pasa, haces las cosas sin pensar en las consecuencias? Es un momento de redefiniciones y cambios de alianzas. Si nos unimos podemos tomar el poder.

Eytifronte lo ha oído y tercia:

—Lo que quieras, pero el asalto de la población persiste, y matar a unos cuantos no lo arregla. Al contrario, lo agrava. Ahora sí que estarán dispuestos a todo.

Les dejo y me vuelvo con Akissouri.

—¿Quién tiene el poder?

—Me gustaría decirle que usted, pero no estoy seguro.

—¿Qué hace falta?

Hace un gesto dramático.

—¿Para llegar a dónde? ¿Para conseguir qué? Mis facultades están

limitadas, no somos Fonóctonos, somos Contracamarlengos, una orden que ya no existe, pero cosas así ya pasaron hace años. No sé cómo vamos a recuperarlo. No sé qué somos.

Se corporifica lo que acabo de hacer, toma medidas, volumen, relieve, colores, paisaje y movimiento, se vuelve amenazante, implacable. Tengo que evitar que me aplaste.

—Teniente, quiero que me lleve con la señora Prills. Vosotros ocupaos de todo, tenéis mi apoyo.

Me miran, más agobiados que nunca. Eytifronte dice:

—Te tienes que poner el kopfherakleion del doctor Kreis.

—No quiero más porquerías. Póntelo tú.

—No puedo, no me corresponde. Le has matado tú.

Recojo los restos del cráneo de Camila. Dolor, nostalgia. Me debe de afectar más de lo que me parece, porque también reconozco una excitación sexual con un componente de ansiedad importante, profundo, pesado, violento. Me exige algo, y no quiero acabar de saber qué. Alguno me diría que no lo quiero saber. Pregunto:

—¿Dónde está el resto del cuerpo?

Novembrini hace un gesto dramático.

—¿Hace falta que te lo diga? —niego con el gesto—. Olvídalo. Dámelo, me ocuparé.

—¿Dónde está Marterni?

Akissouri me dice:

—Señor, reflexión y acción no son incompatibles, al contrario, una cosa sin la otra es humo. Si quiere consolidar su posición, le aconsejo que se rodee de aquellos en quienes confíe, y no salga de aquí.

Me dan ganas de reír.

—No le voy a hacer ningún caso. Aquí se quedarán estos señores, y yo me voy con la señora Prills, que no es en quien más confío, pero...

—Lo entiendo. Una lástima. Espero que no se tenga que arrepentir.

Novembrini dice:

—No tendrá oportunidades para arrepentirse. Lo que le esperaría aquí si hiciera lo que usted le recomienda tampoco sería un chollo.

Akissouri se queda mirándole, y a Eytifronte.

—Dignos de confianza, sin duda.

Cojo el arma.

—Teniente, necesito munición, y que usted y dos guardias me acompañen hasta la señora Prills y el resto de los compañeros. Y un smartphone operativo.

Akissouri me obedece sin rechistar, y me produce una mezcla de satisfacción, reafirmación, incredulidad y desconfianza. Cuando llega al smartphone, faltan no sé qué códigos y no lo puede arreglar. Se compromete a devolverme el mío cuanto antes. Novembrini me dice:

—Y después, ¿qué? Sin Kreis, con las facciones descoordinadas e

incontroladas, y los asaltantes avanzando, sabemos dónde estamos ahora, ¿pero y mañana? ¿Y dentro de dos días?

Digo:

—No me he hecho cargo de la situación. ¿Quién más está por aquí? ¿El doctor Kelch? ¿Zapruder? ¿Camus? ¿Orens? —Eytifronte y Novembrini van negando con la cabeza—. ¿Sartorius? ¿Paco Regomir? ¿Nada de nadie?

Novembrini dice:

—El doctor Kreis no compartía información. Quizá ni él mismo la tenía, aunque lo dudo. Nos han ido llegando noticias dudosas. Rumores, más bien. El doctor Kelch puede estar muerto, Nietsripas y Sapirstein también, y en algún otro lugar Guidobaldo y el Capitán Drallyam podrían haberse fortificado como Kreis aquí. También se habla de gente de la que se sabe poco. Un día uno dice una cosa; al siguiente, otro lo contrario.

Digo:

—Intentad tenerlo controlado, ponte el kopfherakleion de Kreis y encima el de Camila, sí, ya sé que no te corresponde...

—Me da igual si me corresponde, no tengo problemas con la legalidad.

—... perfecto, pues. Aunque recuperara el móvil, no lo tengo configurado para comunicarnos, pero en cuanto haya recuperado al resto del Egrégor, si no se ha ido todo al garete volveré.

Cuando Akissouri me hace saber que todo está a punto para irnos nos vamos.

El retorno se me hace corto. Tan solo se trataba de coger el ascensor adecuado, estábamos al lado. Entro en las dependencias con una inquietud indefinida, indefinible. ¿De verdad mando yo? ¿En virtud de un crimen he pasado de prisionero a cabecilla? ¿No debería ser más prisionero que antes?

Me voy directo a la estancia donde dejé a Midoissa, y la encuentro vacía. Indico a los guardias que me sigan y se mantengan alerta. Preparo el arma.

Voy al cuarto de Bettina, Spohr y los demás, y parece la cueva de las torturas. Pero no están todos.

—¡Alerta! —grita Akissouri, y él y los otros se despliegan a lo largo de la entrada.

Me asaltan los Fonóctonos, los esquivo, los guardias les disparan, más bregados que yo. Reacciono y me uno a la contienda. Abato a dos Fonóctonos que ya casi volvía a tener encima. Me siento a gusto y los remato mientras convulsionan terminalmente en el suelo. Son los de siempre, y alguno nuevo. Apestan a champiñones y huevos podridos, a queso, a bacalao, a heces. Cuando ya no se mueven hago el recuento.

Ahí pringaron el de verde y el de amarillo. Faltan el rayado y el de los topos.

En un momento se ha aclarado. Guardo el arma, pero la mantengo a punto. Desatamos a Bettina, Mina y Rakshasi. Ordeno al Teniente que mande a indagar dónde están los otros, que se les libere y atienda, a Midoissa sobre todo, y él y yo nos ocupamos de las tres señoras.

Están destrozadas y sobrecogidas, pero no parece nada que no se cure con crema regeneradora, árnica y esparadrapo, algún punto de sutura en los esfínteres, unos días de reposo y buenos alimentos. La más preocupante es Mina; parece a punto de atacar a cualquiera que se le acerque, licantropizada además de vampírica. Llegan más guardias, se ponen a las órdenes de Akissouri —por lo tanto, y aún no me lo creo, a las mías. Se ocupan de alojar a las tres damas, de hacerlas examinar por los médicos.

Aparece Muguete. Se lanza a mis brazos, y lo evito sin contemplaciones.

—Querido Artur, ¡qué alegría verte! Y tus éxitos... Ya nos lo contarás.

—¿Dónde están Midoissa, Spohr y Curwen?

—Resguardados y protegidos. Te llevo con ellos ahora mismo.

Insiste en ponerme la mano en el hombro, y le disuado con la mirada.

Nos acompañan Akissouri y dos guardias. No vamos muy lejos, y detecto en quienes vamos encontrando una expectación respetuosa. Se me ocurre que en ocasiones así algunos mueren asesinados por espontáneos que después resultan no serlo tanto. De la aristocracia o de la plebe, ahí lo que se ganó de César a Lincoln y Kennedy —a pesar de que este, quién sabe. Me repito «no caigas en manías persecutorias», y tengo tal trajín en la cabeza que pienso si no estamos en una zona de transparencia.

Entramos en una estancia con una cama ocupada por Spohr, sentado con dos almohadas en la espalda y manejando una tableta digital. La cabeza y un brazo vendados, y morados en la cara. Me mira de una manera que no sitúo. ¿Azoramiento? ¿Miedo? ¿Admiración? Hago señal a Muguete y los guardias de que me esperen fuera.

—¿De verdad te has cargado a Kreis?

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué ha pasado?

—No tengo nada grave, ya viste cómo fue. Los Fonóctonos...

—Está resuelto.

—Y no te puedes imaginar cómo. No sé cómo habría acabado. Han llegado noticias tuyas, y unos guardias me han traido aquí —me mira como no lo había hecho nunca—. ¿Es verdad?

—Sí.

Desvía la vista y asiente con la cabeza.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. Voy a ver a los otros.

—Y Bettina y...

—Están bien, en fin, un poco, ya lo has visto, pero se recuperarán.

Salgo, y Muguete no está. Le digo a Akissouri:

—¿El señor Curwen cómo está?

—Mejor que el señor Spohr, a pesar de que no ha sido tan sufrido.

—Lléveme a ver a la señora Prills.

Vamos más lejos, hasta un saloncito donde Midoissa, vestida elegantísima, toma el té acompañada del Fonóctono rayado y del manchado, ahora con pantaloncitos muy planchados, con la raya bien marcada y un aire dócil escalofriante. Ella se levanta cuando entro.

—¡Qué bien que estés aquí!

Me sale a recibir como una esposa al marido que vuelve del trabajo, o al guerrero de la batalla, y lo percibo tan irreal que me viene no sé qué al estómago. Indico a los guardias que se pueden ir, y cierro la puerta.

No pierdo a los Fonóctonos de vista. Ella me abraza. Le digo:

—¿Estás bien?

—Hola, Artur —me dice el Fonóctono manchado con una sonrisa inocente y la voz de la Midoissa, ligeramente más agrietada y vibrante, estremecedora.

Ella se ríe.

—No te preocupes, está controlado —hace una carantoña en la cabeza del niño, que se encoge y cierra los ojos como un gatito—. Ya lo ves, nos hemos hecho amigos.

—¿Amigos?

Me deshago del abrazo.

—Amigos y nada más —levanta las cejas para subrayar que se han acabado las pesadillas—. Les he hecho una oferta que no han podido rehusar. Este se llama Klimt, y este —arrulla la cabeza del rayado—, Freud.

—Hola, Adtud —me dice Freud con la misma voz que el otro, pero una octava más aguda y zopas.

—¿Les puedes decir que nos dejen solos?

—¡Claro! Venga, niños, ya habéis oído a papá, id a jugar a vuestra habitación y portaos bien. En un ratito cenaremos todos juntos.

Los niños se van tímidamente; de vez en cuando se vuelven a mirarme con la sonrisa servil del que quiere gustar y no se atreve. Salen y cierran la puerta. Me enfrento a Midoissa.

—¿¡Papá!?

—Te lo dije, tienen un cerebro muy elemental.

—Vaya, eres un genio. Ya me lo contarás.

—Ha sido fácil, solo había que imaginar cómo se lo había montado

Kreis.

—Kreis... Ya lo sabes, supongo.

—¡Desde luego! ¡Eres un héroe! Sobre todo —recupera el abrazo y me mira, entregada— eres mi héroe.

—¿Entonces te parece bien? —afirma con la cabeza, me besa—. ¿Porque sabes lo que ha hecho?

—Ha bombardeado a la ciudadanía. Y tú has salvado a muchos. Estoy orgullosa de ti.

—¿Por qué no me dijiste que era mi padre?

No se inmuta. La naturalidad exhibida me exaspera. ¿Por quién me ha tomado?

—Porque no habrías hecho nunca lo que has hecho.

—¿Quieres ofenderme? ¿Crees que no habría sido capaz? ¿No me dijo «tú también, hijo mío?»

—¿Tuvo la oportunidad? ¿Vio tus intenciones?

—No lo sé.

—Le pillaste desprevenido. Fuera complicaciones.

Me enerva tanta perspicacia. Quizá no era tan inimaginable. Ante ella ya soy siempre transparente. O lo ha dicho para probar, a ver si lo acierta.

—Gracias por acabar de abrirme los ojos. No he sido Brutus, tendré que vivir con haber sido Mercader.

Se ríe triunfalmente.

—Y por lo que me han contado, ¡en la imagen! ¿Te daba miedo ser Edipo? ¿Haber sido Hamlet?

—Me consumirá haber sido Pavel Fyodorovich Smerdyakov.

Hace una mueca en broma.

—¡Como quieras!

—¿Quién ha sido mi Iván? ¿Tú?

Me mira largamente y sospecho las formas terribles, amenazantes del consuelo hembra. Siempre pensé que es la sentimentalidad exacerbada lo que vuelve a la gente peligrosa —debo de haber caído.

—¿Por qué insistes en torturarte? Ven.

Me arrastra hasta un sofá de dimensiones generosas.

—Aún no sé si he hecho bien. Ni qué tengo que tomar en consideración para saberlo.

—Piensa si tiene valor si lo has matado sin saber que era tu padre.

—Peor: deseando que no lo fuera.

Pienso si acabo de mentir, si hubiera deseado que lo fuera.

—No lo era, le has convertido en tu padre cuando le has matado. Le has matado dos veces: cuando lo has hecho de verdad y cuando le has negado como padre.

—¿Esto es figurado o real?

—Dímelo tú. ¿Qué quieres que sea?

Se acerca a un estado de quietud de altísimas tensiones en equilibrio. Le digo:

—No te puedo dar lo que quiero de ti.

—No te entiendo. ¿Qué he hecho yo que no seas capaz de hacer tú?

—No es eso. Yo tampoco me entiendo. Lo que quiero de ti solo puedo hacerlo yo.

Caemos en el sexo como quien se despeña.

Veo en ella una falta absoluta de consideración hacia mí. No me desasosiega qué pueda hacer sino qué haré yo, y no consigo transmitirlo. Acaso tampoco lo quiero: como ganancia del espíritu, la duda continúa mezclada con la aspiración vanidosa de la asertividad. El rasgo de los grandes asesinos, infundir confianza absoluta mientras calculan cómo te apuñalarán. No sale de mí sino de ella, sin que mi parecer cuente para nada. ¿Qué haré ante esto?

Me dice:

—¡Cómo te he echado de menos!

¿Cómo le digo si inventar causalidades es la médula del intento de dar sentido a la existencia? Ya no distingo entre el objetivo próximo y fútil, y el lejano y trascendente. La antítesis de la libertad no es la opresión, sino depender de los otros.

—Yo te echo de menos continuamente.

Cuando era joven los disgustos me cogían por sorpresa, y en cambio, cuando creía ver venir un desastre, me equivocaba. Ahora se ha invertido. Cuando lo veo venir, es de verdad. Una vez que me haya hecho a la idea y tenga bien paradas las defensas, me avanzaré a la catástrofe. ¿Cómo se lleva una medida como esa, tan preventiva y justiciera? Mi instinto de posesión es grande, pero aún es mayor la vanidad. Me asalta la idea recurrente: me doy más miedo yo que los otros. He podido ser un criminal y ya empiezo a poderme olvidar, pero a la hora de ser implacable, ¿seré capaz? Para hacer daño a Midoissa me haré más yo mismo, y de esto se trata. Planeo la destrucción como quien planea una noche de delicias.

En un falso receso me dice:

—Estaré contigo siempre que quieras.

Si lo querré o no forma parte del juego —interviene en el contenido. Puedo ser capaz de hacerlo porque ya no me dolerá, pero el razonamiento igual sirve para lo contrario: si ya no sufro, no hay que hacerlo. ¡Vengo de ver tanto dolor que dentro de mí ya he hecho todo el proceso, ya me he vengado! Ariadna y Dido en la enseña: tengo altas aspiraciones, me quiero animicida.

Pero el gusanillo del poeta no se desactiva tan fácilmente. Me falta valor. A pesar de estar seguro de que si lo fío a su decisión el resultado será peor, porque ella sí es implacable, no como yo, en el fondo

todavía me concedo una oportunidad cobarde, mediocre. Merecerlo es el reflejo maligno de debérmelo a mí mismo, como desvelar la presencia profunda, eviterna, del «No» detrás de todos los «Síes», la lenta, inevitable delicuescencia de la transformación. Ensayo final: «Se requiere una expiación, y el sacrificado seré yo. No lo dudes, me hago más daño a mí que a ti con lo que te diré, y lo superarás pronto, porque para ti no valgo gran cosa. No te quiero ver nunca más, no me digas nada nunca más, no quiero saber nada de ti. No me busques, no me llames, haz como si yo no existiera ni hubiera existido nunca. Si no lo digo ahora yo, algún día me lo dirás tú a mí como has hecho con Kreis y con todos, y yo no lo soportaré porque caeré desde mucho más arriba; ahora todavía me recuperaré, da igual cuanto más adelante. Mira la parte buena, será una excelente noticia para Spohr, Curwen y el resto de cretinos satélites.»

Dejarla es una forma de ser como ella: un homenaje. ¿Mi punto débil? Ni el miedo, ni el resentimiento, ni la indecisión, ni la desidia, ni la ira, sino los sentimientos. Hacer lo que no quiero hacer, la heroicidad arquetípica, la pasión suprema. Pudo ser el asesinato, o el suicidio —en cierto modo lo son—. Será la enfermedad mortal kierkegaardiana, la desesperación, la extirpación del amor. ¿Seré capaz de permitírmelo? ¿Después de haber matado a mi padre, qué debilidad me tiene que preocupar mostrar? Soy posesivo, pero soy aún más orgulloso.

Después del sexo, los vacíos se rellenan de transparencias que no domino. Le digo:

—Libérame de la carga de la primera persona, te lo suplico.

—No seas llorica.

—No puedo más.

—¿De qué no puedes más? ¿De tener lo que querías? ¿Cómo te va a gratificar ponerte siempre por debajo de ti mismo?

No seré nunca el hombre de su vida. Por más que ella argumente que no depende del dinero, ni del poder, ni de la belleza, que las emociones se rigen por otros dominios, no puedo ni quiero evitar la convicción de no ser suficiente para ella. Ni mentalmente ni físicamente resistiré la presión de estar a su altura, de no bajar la guardia ni en los mejores momentos. Espero que nunca la transparencia le haga llegar esto. Le digo:

—Si yo fuera el autor de esta historia, estudiaría cómo dejar señales que permitieran al lector distinguir qué opiniones son las mías y cuáles meros recursos narrativos.

—Y se descubriría que lo que él llama su pensamiento es un pandemónium.

Me suelto en las intrincadas oscuridades de la lógica. Si no tiene sentido que el equisciente mienta, si incluso parece imposible que, por

definición, lo haga el omnisciente —¿donde todo se conoce, donde se alberga la mentira?, ah, pero de Leibniz ya se burlaron—, la gestión de la mentira narrada, por ejemplo la de los guardias de la entrada, Muguete y todos los demás, adquiere un plus de representación revertido en los principios lógicos del mecanismo en sí mismo. Como narrador puedo mentir a aquellos a quien me dirijo. Quizá no en términos morales objetivos —la objetividad absoluta es un atributo difícil de adquirir, y todavía así, los términos y los parámetros de la evaluación de tal valor serían problemáticos de establecer en condiciones de ser no tan solo aceptadas por todo el mundo, sino tan solo percibidas, y ya sería mucho. La distancia entre esto y lo que de forma esforzada y bienintencionada se consiga, y el contenido de tal distancia serán los datos significativos —Platón debía de verlo cuando expulsó a los poetas de la Ciudad Ideal, pobre hombre, cómo debieron de haberle hecho sufrir.

—Desde la geometría y la música siempre encontraría un orden.

—O desde otras cosas, aunque no fueran reales. Por cierto, la Lista, ¿cómo la tienes?

La dicotomía entre expresar y representar —entre mostrar y explicar—, si se contraponen o se complementan, o las dos cosas a la vez: un absoluto cerrado en sí mismo, como el círculo, infinito y limitado. Le digo:

—Abandonada. Debería retomarla. Aquí sí, no hay lugar para el engaño: modelo arquetípico de las trampas al solitario. Y en mayor medida que cualquier discurso —la mentira es autosuficiente y cerrada, la verdad es fractal: engañosa, fragmentada, con diversidades desconcertantes, paradójica en muchos aspectos, sobre todo cuando tiene piezas diversas, imposible explorar todos los detalles, consecuencias y combinaciones de elementos internos. Siempre habrá quien perciba una determinada carencia como una mentira, por más insignificante y pequeña que parezca a ojos de otro. Verdad y mentira se necesitan la una a la otra para existir. Si un nihilista niega la verdad, estará negando la mentira, y hará del mundo (aún más) teatro de inimaginables contingencias, inseguro, fascinante. Y si un alma de cántaro niega la mentira, también negará la verdad, y sembrará de minas el camino a pretendidos mundos diferentes.

Pienso, y ya me da pereza decirlo, que la cuestión no es tanto como lo vean los otros, que dependerá de desde qué bando lo miren: por imposibilidad formal no se puede contar todo-todo, el quid es si ocultas porque desconoces, y en caso de que no, en qué grado de forma deliberada, y aún en caso de que sí, si lo haces porque no te parece relevante, sin ser consciente de posibles consecuencias luctuosas.

Nos miramos largamente a los ojos. Me dice:

—No hay mundos diferentes, pero no es lo que te preocupa.

Y es lo que tiene haber dejado las armas —la ropa y algunas precauciones, no todas pero sí las que la mantendrían a raya.

—¿Pero mundos peores sí? ¿No te asquea enfrentarte a pulgas amaestradas?

—No te piques tan deprisa.

Me ríe abrazados, sin ropa ni escapatoria —encontrarla irresistible se vuelve una forma de dimisión con absurdos aromas del bosque. Pienso en Curwen, en Spohr, en los otros, qué duro tiene que ser quedarse sin Midoissa, qué afortunado soy, cómo lo habré conseguido.

—No sé qué has hecho conmigo, si no es lo mismo que con Kreis y los Fonóctonos, y mira cómo han acabado.

Se ríe como una criatura pillada con el bote de la confitura.

—¡Ahora no te fías de mí!

Siento que las nieblas de una felicidad malsana disuelven el sentimiento de primera persona que arrastro desde hace demasiado tiempo, y unido al deseo de liberarme articulan una resolución sosa, pasiva, entregada. Qué violento es abrir nueces, si te las imaginas cráneos de humanos vivos. Cuál sería preferible para ahorrar dolor, el cascador delicado y minucioso que se esmera en obtener el fruto entero sin herirlo con esquirlas de cáscara, o el animal que lo liquida de un solo aplastamiento, despreocupado por la entereza del fruto. La tortura es combinación de brutalidad y refinamiento —¿pienso tanto en ello porque tendré que dominarlo? Decidir en qué caso conviene que el torturado sufra más o menos.

—¿Quién se puede fiar de quién, en la casa de locos? —me besa, quizá para alejar reticencias, y el resultado es lo contrario—. ¿Qué harán Klimt y Freud cuando sepan que he matado a sus colegas?

Midoissa no cambia de expresión. La primera persona permite seleccionar la subjetividad, objetivarla a favor de un interés determinado. El equiesciente está obligado a un mínimo de neutralidad como mínimo pseudoobjetiva, a mantener la ilusión de objetividad. Dice, despacio:

—¿Qué quieres que hagan? Lo más refinado que les pasará por la cabeza será alegrarse de estar conmigo y que hayas matado a los otros y no a ellos.

Huir, matar, querer para siempre... Alternativas radicales y sustanciales, o caras de una misma moneda que tiene dos pero con unos cuantos nombres diferentes, y no estamos seguros de que no sean la proyección tridimensional de un objeto procedente de la cuarta dimensión o de la quinta. Me siento autodestructivo cuando le digo:

—¿Me quieres?

Una vez concretado y oído, el reclamo que siempre ha estado presente me lleva a materializar la decisión que ya hace tiempo que he

tomado. Le digo:

—Artur, te quiero tanto que te libero de la primera persona. A partir de ahora la cargaré yo, hasta que la forma de la cinta me permita pasarla a otro.

Me divierte verlo tan desconcertado —¿decepcionado?—, aunque no sé si lo exagera porque cree que así me complace.

—¿Sí? ¿Tan fácil es?

—Dímelo tú. Nadie sabe más que los otros.

Hace un ademán concentrado.

—No lo sé, no noto nada —me mira, absorto—. Tú siempre sabes más de todo.

—Y a ti te gusta demasiado tomarme el pelo.

Lo tengo que consolar, pero sin ponerle en evidencia. Me dice, amparado en la cara escondida contra mi pecho:

—¿Quieres que te cuente todo lo que ha pasado?

Lo arrullo. Me da algo de lástima. Todos hemos entrado aquí engañados, pero él el que más.

—No si no quieres. Entre lo que imagino y lo que me han contado...

Se separa para mirarme.

—¿Quién te lo ha contado? Pensaba que las coberturas estaban restringidas.

—Y lo están. ¿No te acuerdas de que mantengo privilegios?

—No parece que te hayan sido muy útiles.

—No hemos dicho nunca que fuera una ciencia exacta. Después de todo, tú y yo estamos aquí —le beso, lo arrullo—. Siempre estaré contigo.

Vivimos el momento no sé si los dos con el mismo miedo a que sea el último. Se levanta, se viste despacio. ¿Lo he dejado todo dispuesto? ¿No he olvidado nada?

Me dice:

—¿Tengo que esconderme?

Me visto cuando él ya lo ha hecho.

—Aquí estás seguro. Me ocupo de todo, estoy bien informada de la situación general. Cuando haya cambios tendremos tiempo para reaccionar. Hay recursos previstos.

—No me lo ha parecido. Los Fonóctonos aún tenían a Bettina, Mina y Rakshasi en unas condiciones que —me mira entre burlón y suplicante— si no es que te caen muy mal, no diría que lo tienes controlado.

Me desanima verle retroceder en las obsesiones más conflictivas.

—¿Te tomas la medicación?

—Ya te hablé de los efectos secundarios de los antipsicóticos —nos besamos—. Ahora que ya te he visto me la volveré a tomar.

—Por favor, hazlo, ya sabes si no lo que pasa.

Pienso si es mejor alojarlo solo o quedármelo en la habitación, dado el estado de shock en que ha vuelto de la experiencia con Kreis, doblemente traumática por haberlo matado y por la certeza de ser su hijo. Triplemente, porque le ha matado en un acto de justicia sobre dos evidencias de tratar con un asesino: la prueba de haber matado a Camila porque le ha visto el kopfherakleion, y haberle oído dar la orden de disparar contra la multitud.

Pido comida y le convenzo de que se tome un sedante y repose. Cuando lo tengo más tranquilo y desactivado me voy a ver a Phaeton, seguramente la cabeza más serena y aseada ahora mismo, a la espera de que Bettina se recupere de todo lo que les ha tocado en las últimas horas, sobre lo cual tengo que pensar qué le digo cuando me pregunte por qué no la ayudé.

Encuentro a Phaeton más animado. Hablamos de Artur. Me dice que le ha ido a ver antes que a mí —yo lo daba por hecho. Le digo:

—¿Qué le has contado?

—Lo que quedamos. Que Kreis es su padre, y tal como habíamos previsto, no se lo ha creído.

—Muy bien, sigamos así. Ahora se lo creerá por otras razones.

Me mira como un toro abatido.

—Nos quedó pendiente explicar cómo llegasteis.

Se da cuenta de que me resisto, y como no quiero alimentar agravios, opto por contarlo, atenta a que las buenas intenciones no me lo hagan distorsionar y que más tarde, si se lo pregunta a Shelly, no sea peor el remedio que la enfermedad.

—No hay gran cosa que no te imagines. Ya se veía que nuestro camino era el que nos llevaría a algún lugar, sin perjuicio de que los otros no lo pudieran hacer. Los guardias interceptores nos llevaron directos ante un par de oficiales que no estaban para tonterías. Intenté saber de dónde venían las directrices, expliqué quiénes éramos y exigí hablar con los superiores, y solo saqué bofetadas, burlas y amenazas, hasta que quedó claro que no era ningún error sino el resultado de órdenes superiores. El doctor Kreis sabía nuestros planes políticos, los míos en particular, y me quería meter en cintura.

»Me resigné acorazada con el humor hasta que, cuando ya no había nada que hacer, la cintura era más dura de lo que estaba previsto. Puedo resistir muchas cosas sobre el cuerpo y sobre el espíritu, pero no tantas sobre los de aquellos a quienes amo. No me inmovilizaron para torturarme, sino para enseñarme cómo torturaban a Mina y a Shelly. A él no había que atarlo, pobrecito, pero Mina se revolvió como una fiera, y la tuvieron que lazar como a una becerra brava, ya lo viste. Aun así, no obtenían de mí lo que querían.»

Me interrumpe.

—Perdona, llegados aquí..., ¿qué querían de ti?

—Que les ayudara con la intendencia tecnológica para liquidar a los asaltantes. Que estaba la mano del doctor Kreis era incontrovertible, ya lo sé, podía haber contemporizado, fingido, yo qué sé, y haber salido. Pero ¿no te ha pasado nunca?, ya no podía más, estoy harta de que jueguen con mi dignidad. Por más inútil y ridículo que parezca, que lo sea si tú quieres, hay que acabar de acuerdo con unos principios, no con unos, y si no con otros, como el chiste.

»¿Estaba en condiciones de negociar? Todos hemos visto con qué facilidad se remueven ventajas y servidumbres, cómo se generan imágenes y figuras retóricas para justificar barbaridades hechas sin saber por qué, perpetradas a pesar de saber que son disparates, que lo hacemos mal. En las indecisiones de los guardianes vi la oportunidad; en teoría tenían todos los triunfos en la mano, y no es que no tuvieran el control, en teoría nos podían matar a todos —ahora mismo todavía podrían—, pero la misma inconsistencia de todo les obligaba a considerar las consecuencias, qué les pasaría factura más adelante ante quién.

»La única manera de conseguirlo era regalarles la ilusión de jugar con ventaja, con un margen de descargo que en caso de fracaso o de algún desastre lo pudieran atribuir a causas externas. Una elipsis del póker, la esencia de cualquier juego con un mínimo de interés: hacer trampas y que el adversario crea que es él quien las hace.

»No les podía ofrecer nada que no pudieran tomar por la fuerza. Los Fonóctonos son los amos, como los leones: no se les puede discutir nada y hacen lo que quieren, pero se puede lidiar con formas suaves de adiestramiento, con una doma disfrazada de seducción, un ejercicio peligroso porque, como has visto, el más pequeño error tiene consecuencias fatales. Como Orión y Cedalión, los Fonóctonos son la fuerza de la naturaleza, y los Guardias sus servidores y a la vez conductores: las abejas obreras, y en lugar de reina los pequeños dioses destructores, una simbiosis que cuando deduje cómo Kreis había logrado romper a su favor vi que también podía hacerlo yo, y la manera.

»A los guardianes les capté enseguida, y no como te imaginas. Lo creas o no, tengo muchos recursos que no pasan por quitarme las bragas. Para los Fonóctonos ideé un cóctel de cariño materno-fraternal con muestras de fuerza posibilistas. No me salió mal, mira, mantenemos el Egrégor sin bajas.»

Phaeton me interrumpe.

—¿A ti sola te tenemos que dar las gracias?

—Artur también ha hecho lo suyo, es cierto, ¿pero guiado por quién? —río para distender—. Tienes razón, me atribuyo méritos

compartidos, tú también has tenido parte importante, y Bettina. Todo relativo y fútil, porque en otro sentido fracasé: no supe desactivar la implacable pulsión depredadora, aquí sí, la chapuza es toda mía.

»Freud resultó el ideólogo del grupo —¡y yo que los tenía por disminuidos mentales!, aunque conviene que Artur lo siga creyendo—, de la estirpe del Tonto-Dios del Juego de la Fragmentación: discapacitados para las funciones emotivas y prácticas, superdotados para las superestructurales. Y en medio, poca cosa.

»Intenté convencerles de la superioridad moral de mi aventura. Como los niños —de niño a asesino va muy poco—, querían pruebas, ventajas y garantías. Me mostré tan segura que no podía retroceder. Freud me dijo:

»—¿Ezte tuyo Adtud vale baztante pada llegad hazta aquí?

»Le dije:

»—Pongo la mano en el fuego.

»Se sonrió con Klimt, la mala bestia de la pandilla, el descontrolado, para confirmar lo que ya debían de haber hablado. Freud dijo:

»—Loz guaddiaz le didan que haz zido tú quien manda, quien ha oddenado que noz follemos a tuz compañedos.

»—Lo resistirá.

» Klimt me dijo:

»—¿Y tú, lo resistirás?

»—¿El qué?

»—Lo decibidemoz jodiéndote, ¿qué te padece?

»Fingí que no me afectaba.

»—¿Cuál será la reacción correcta?

»—¡Follarte por amor!

»—¡Pod amod! ¡Pod amod! ¡Quién ze jode una tía dezpués de que noz la acabemos de joded nozotdos! ¡Te jodedemos pod todoz ladoz con pollaz como batez de beizbol, y él lo vedá todo! ¡¡Tooooodoo!!

»Reían con un entusiasmo que ponía la piel de gallina.

»—Y después tendrá que joderte él. ¿Qué, será capaz?

»—No te pdeocupez, ¡te echademos una mano!»

Phaeton me interrumpe.

—Todo esto está muy bien, ¿pero y tú y yo qué?

Estoy cansada. El cansancio, la virtud que cierra heridas y arrulla conflictos, quién sabe si con graciosas plumas de loro que no sirven para volar, o con sombras de la antítesis de cualquier arsenal bélico nebulosamente identificada, como dijo el filósofo, con un amable desarme del yo. La topología de la psique ya no tiene el control más allá de cualquier prioridad, ahora tiene la distribución de la transparencia: del acceso al conocimiento.

—No quiero jugar más, y hasta que no estemos en condiciones

normales, con libertad de movimientos y sin peligros incontrolables, no quiero inquietar a Artur con dobles juegos, no lo quiero acabar de desestabilizar.

—Artur ha cambiado de paradigma. De fracasado depresivo ha involucionado a loco criminal.

—Me da igual. Le he dicho que estoy con él, y así será a todos los efectos.

—Pero no lo ha sido. ¿Y los Fonóctonos, qué?

No me puedo creer que ahora me salga con pulsiones primarias. ¿Qué nos lleva a permitir, casi conscientemente, que la necesidad interfiera en la libertad, a menudo que pase por encima, y no nos sublevemos? ¿La ilusión de permitir que el destino esculpa un héroe de la miseria de nuestro barro? La transparencia no es una ilusión más sino la suprema, el fénix de los engaños.

—¿Qué, los Fonóctonos?

—¿Los Fonóctonos sí y yo no?

—¿De verdad te quieres poner a su altura?

—Ya has destruido a Kreis, lo has conseguido. ¿Qué más quieres?

—Justamente, no quiero destruir a Artur. Me siento responsable.

—Sabes cómo acabará.

—Lo sabrás tú. Si lo aciertas, razón de más para no dejar de hacer todo lo posible para evitarlo. No me lo perdonaría nunca.

—¿Y yo?

—Eres fuerte, sobrevivirás.

Me tiende la mano para que la tome. Lo hago, y me tira hacia él.

—Dame un beso.

—Va, hombre, ya nos hemos dado todos los que nos teníamos que dar.

—¿Qué te cuesta?

—No puedo ir de un lado al otro continuamente. Te espera tu mujer.

—Estamos separados, no me espera nadie. ¡Cuándo te han preocupado estas cosas!

—Pronto tendrás a Bettina, dicen que algo de descanso y ya está. ¿Qué diría si ahora nos viera?

—¿Por qué nos ha de ver? A pesar de que... —hace un ademán fatalista—, Bettina no quiere saber nada de mí.

Me troncho de risa.

—Phaeton, por favor, parecemos adolescentes.

—Como si fuera cosa de adolescentes... Qué suerte tiene Artur. Todas para él.

—No sé si él lo ve así. Le puede parecer que se ha jugado con sus sentimientos.

Se ríe.

—Lo hemos hecho. Tú sobre todo.

Tengo todas las justificaciones objetivas para haber actuado tal y como lo he hecho, sin contradecir el orden práctico con el estratégico ni con el moral, pero si él lo ve así, ¿qué gano con hacerle cambiar de opinión?

Le digo:

—¿Crees que ha sido fácil?

—¿Cuáles eran los límites de la apuesta? ¿Qué habría pasado si Artur no hubiera hecho lo que tenía que hacer?

—No lo sabremos nunca. Es lo que tiene el Juego.

—Tal y como lo has contado, más bien lo provocaste.

—Son los efectos laterales de los pactos con las tropas aliadas: derecho de saqueo y mirar hacia otro lado. ¿Tú que habrías hecho? Pasarlo de la mejor manera posible, ¿no?

—¿Sí? Te gustó cepillarte a los Fonóctonos.

Lo ha dicho como quien llega finalmente a su punto central. Espera la respuesta con una avidez inédita.

—Tiene su cosa, el asunto. Artur me lo preguntó exactamente igual. ¿Por qué es tan importante para vosotros?

Se lo piensa. Demasiado. ¿De qué se protege? ¿De exhibir debilidades vulnerabilizadoras? ¿De la exhibición de vanidades y celos que le dejen en ridículo? Ridículo del sentido del cual esta gente no parece disfrutar. Me dejo llevar por un breve impulso de lástima.

—Porque me fascina la capacidad de las mujeres de jugar con el límite entre resistencia y aceptación, de hacerlo coincidir con el límite entre ofensa y placer para hacerlo desaparecer si hace falta. Hasta dónde es resignación, hasta dónde es voluntad.

A partir de que el primer paso para el sacrificio es desnudarse, se convierte en la marca de la desprotección, de mostrarse del todo, abiertos al mundo. ¿Cómo decirlo sin provocarle? Si es lo que es no tiene sentido disfrazarlo.

—En el momento de tomar la decisión debía de tener el delirio de participar del sentido sacrificial de los místicos, que empieza en el acto mismo de desnudarse. La desnudez física guía la desnudez espiritual, abrir el sexo para ser penetrada por otra persona cualquiera (tanto el de las mujeres como el de los hombres), o más de una, es abrir al mundo el pensamiento, es perder todo con lo que podías contar para abrirte al absoluto. Desnudarse para el sexo como emblema de desnudarse para ser torturados y morir.

Pienso en otras formas de desnudarse. No las digo porque me he librado, y mejor no dar ideas (¿o sí? Quién sabe qué me estoy perdiendo): raparse la cabeza, raparse el pelo de todo el cuerpo, el púbico en lugar destacado; decapitación, desuello en vivo como despojamientos supremos, destripamiento repentino, sin preámbulos,

navajas, catanas, bisturíes, descuartizamiento —lento en la rueda del potro, o instantáneo con cuatro caballos, uno por extremidad (ahora serían coches o motos)—, reventar de un hachazo la caja torácica para arrancar un corazón todavía latiente, lástima que son operaciones alternativas y una descarta las otras. Me aparto de la idea —me caliento demasiado y demasiado aprisa.

—Como preludio, claro, incluso como cata, te excita.

—No diría excitación... Lo es, sí, y es más aún. Creo que a quien excita cuando lo cuento es a Artur.

Phaeton no me suelta la mano, pero no creo que participe en la desfragmentación de la epifanía de ir a buscar el martirio, de llegar al supremo dolor asociado a la transformación, cuando te das cuenta de que es solo la mitad del cambio porque hay que complementarlo con la transubstanciación.

—¿Qué es Artur para ti?

Abandono la vista a las sábanas: la luz blanca correspondiente al absoluto —el trazo rojo correspondiente a la sangre. Artur es la extrañeza del miedo, la banda de Möbius del tiempo, el ácido azote que no sabes si quema o hiela, la terrorífica alegría del destino.

—Le amo. No podré estar nunca con él, pero le amo.

Me mira de pies a cabeza. Imaginar qué piensa me devuelve infernales delicias. Dice:

—¿Él lo sabe? —hago un gesto posibilista—. ¿Tú? ¿De verdad?

—¿Tan extraño te parece? ¿No me ves capaz?

—Al contrario, me maravilla qué pródiga llegas a ser. Kreis, Lucas..., ahora Artur.

¿Qué le digo? Si me quiere hacer pasar por una puta emocional, no me molestará como me habría rebotado hace unos años. El amor se lo trabaja una encima de sí misma. No es efecto del azar ni de la fatalidad, sino de la propia voluntad. Si se lo digo, aún será peor.

—Cada cual está por lo suyo.

—¿Sí? Enséñame los estigmas.

Le veo venir, y aun así cada vez me despierta menos antipatía. Qué afortunada he sido. El Kreis del tiempo de aprendizaje, Emili, los grandes momentos con Lucas. Proteger a Artur es una bondad sin precio, y la única manera posible de protegerme de él. De que no llegue nunca a conocer de qué es el Elegido de veras, si yo he podido llegar a saber más que él. De apartarlo de su destino, que también es el mío. Y ya no me da ni miedo.

—¿Qué estigmas?

—Dímelo tú.

Tengo que precisarlo para no dar pie a equívocos. Con delicadeza, que no se note.

—Se escoge la parte del cuerpo teniendo en cuenta las

correspondencias con el propio espíritu y con las fuerzas de la realidad. Los estigmas estuvieron una vez en las manos, en los pies y en el flanco, y los imitadores los han reproducido ad nauseam. Ahora están en los pechos y en la vulva.

Desnudez, excitación, martirio, transubstanciación, estigmas, todo, y es condición esencial, echarlo a los animales para que lo huelan y lo desprecien o, si les apetece, lo devoren.

Me dice:

—La diferencia exalta la paradoja esencial, porque aquí no se ven.

—¿No se ven?

—Salvo que seas generosa. ¿Lo eres?

—Amigo mío, ahora no me corresponde, lo sabes.

No emite signos de conformarse. Dice:

—Para verlo todo sería suficiente aumentar el punto de vista una dimensión más. Uno que accediera al espacio de cuatro dimensiones vería a los humanos como un ente de dos dimensiones sería visto y apreciado desde las tres donde nos movemos: completamente desplegados, a efectos prácticos destripados. Le vería todo el interior extendido, las vísceras como si hubieran pasado un rodillo para dejarle un grosor infinitesimal. Y no solo las vería: podría tocarlas y hacer lo que quisiera.

—Desde Abbott se ha hablado mucho y desde diferentes puntos de vista de la deriva de las dimensiones.

—Perfecto para asesinar. No harían falta ni armas: un crío podría obturar una arteria con un dedo, cegar unos ojos, inutilizar un corazón, deshacer un cerebro.

—Prefiero imaginar las posibilidades terapéuticas.

—Siempre has sido demasiado buena persona.

—¿De verdad? ¿Has pensado en los condicionales sentimentales y morales desde la capacidad para moverse en más de tres dimensiones?

Lo piensa y dice:

—A efectos prácticos, como ser un dios.

Así como para la Astronomía, Tolstoi dixit, la dificultad de reconocer el movimiento de la Tierra proviene del hecho de tener que renunciar a la sensación espontánea de su inmovilidad, para la Historia la dificultad de reconocer la sumisión del individuo a las leyes del espacio, el tiempo y las causas consiste en tener que renunciar a la apreciación espontánea de la propia libertad, y aceptar la continuidad sin solución entre el deber y el poder capaz de hacer mutar, elemento por elemento, la dualidad resistencia-aceptación en la antitética resignación-voluntad para iluminar la síntesis ofensa-placer en el retorno de la encarnación del individuo en el Estado.

La unión de los individuos hace el Estado hasta que Leviatán toma

carácter de superindividuo al margen de los integrantes, y entonces cada cual tiene la prerrogativa, hasta donde es hábil para gestionarla, de armarse de martirio transubstanciador, de estigmas y devoramiento para recuperar la única esencia operativa más allá de incertidumbres y ansiedades —el punto de vista liberado de las cargas que hacen del «Yo» un saco ilusorio de porquería auténtica: la propiedad y el deseo.

El bajo continuo, el gran valor, el dolor como pago de la disolución del deseo en la realidad, en transubstanciar el deseo en la destrucción. El dolor asociado a la refragmentación: una constante evolución pulsante. Tiemblo de alegría cada vez que pienso en ello, mis Fonóctonos culminantes y Artur en la cúspide, dimensionar la voluntad dentro de la aceptación de lo que no quería.

Contemplando las vendas de Phaeton me resigno a no poder hablarlo a fondo. Me siento liberada: los grandes espacios abiertos, la correspondencia entre el cuerpo y el Universo, el ejercicio dialéctico de operar sobre una parte en los términos convenientes, de destruirla. Una cata de la exacerbación de la muerte.

Le digo:

—Es tardísimo. ¿Qué tal si dormimos?

—¿Te quedas a dormir conmigo?

Que ni me moleste ni me halague debe ser que me podría quedar sin peligro, pero me vienen a la cabeza los días con Artur durante la Comisión. Tengo que ser más considerada con estas cosas.

—Ya no estamos donde estábamos, querido. Estaremos mejor como amigos, ya lo verás.

—No lo creo, cuando menos yo —me sonríe con una tristeza inacabable—. Pero no tiene sentido discutírtelo.

Me levanto para irme.

—Mañana vendré un rato a hacerte compañía.

Me mira con un intento de dar lástima bastante divertido.

—¿Te acuerdas de cómo nos conocimos?

Me vuelvo a la habitación. Tal como preveía, Artur ya duerme. La cama es lo bastante grande para meterme sin que se dé ni cuenta, ponerme en un extremo y ni tocarnos. Cuando caigo en el insomnio me tranquiliza permitirme no compartirlo.

Recuerdo cómo conocí a Phaeton Spohr, y en el intento de dormir me inclino más a recordar como conocí a los otros. Cuando llegué al Archicenotafio para formar parte de la Comisión, a Bettina ya la había visto dos o tres a veces en la CBP, me la habían presentado, siempre entre más gente. Apenas nos habíamos saludado. Aquí pronto hicimos un receso aparte de Zapruder y los otros. Los trabajos de la Comisión estaban a punto de empezar, todavía no se había enfrentado nadie con nadie, y ella y yo sabíamos quién era la otra, de dónde venía y qué había hecho, podíamos saltarnos aclaraciones previas. En medio de

aquella banda levítica, Bettina emergía como un soplo de aire fresco de la cordillera.

Coincidimos en el espacio habilitado como cafetería debajo de la sala de comparecencias. Nos reconocimos y nos instalamos en una mesa rinconera. Le dije que me alegraba de que fuera ella la representante de una de las familias de más peso en la tradición del Juego de la Fragmentación. Se echó a reír y me dijo:

—He tenido que luchar por mí, no creas, los Van Egmont venimos de un patriarcado de siglos. Supongo que ha acabado siendo una reducción al absurdo, porque el heredero por vía directa de primogénitos, Gabriel, primo mío lejano, no está para representaciones, ya tuvo bastante..., da igual. Acabar aquí ha sido como aquel científico secuestrado por una potencia militar enemiga, que recibe aligerado el pelotón de fuerzas especiales que va a rescatarlo, y cuando les dice «ya pensaba si no encontrarían a nadie capaz para esta misión», los enviados le responden «no los encontraron, por eso venimos nosotros».

Le dije:

—He oído hablar mucho de ti, y no me ha dado nunca la impresión de que estés donde estás por reducción al absurdo ni porque no hubiera otra cosa.

—¡Gracias! Debe ser porque soy periodista.

—¿Por qué te hiciste periodista?

—Porque me gustaba. Y había que tener a alguien en el ámbito de la comunicación, era el flanco descubierto de la familia. Con mi brillante expediente académico, ¿qué iba a hacer? ¿Filosofía?

El hartón de risa que nos dimos nos acabó de aproximar. Encontramos más puntos en común a propósito de las matemáticas y la música y yo no me sacaba de la cabeza, esta mujer simpática, inteligente y preciosa es la bisnieta del hijo pequeño de Maximillian II, David van Egmont, es descendiente directa de Elisenda Frescolamo, la primera reina de los Peregrinos de Mœris. Su visión de la realidad podía haber sido la de una extraña de la vida como lo son tantas veces las de los aristócratas, o falsos aristócratas, podría ser distante, condescendiente, deliberadamente ignorante de muchos aspectos, detalles y hechos de la vida, pero hacía tiempo que no encontraba a nadie tan interesado, atento y respetuoso por todo lo que aparecía, sin dejar de atender el humor pero nunca arrinconándolo a la desconsideración ni a la ofensa, atenta a canalizarlo sin tedio ni pedantería.

—El neófito tiene que evitar la tentación de no describir la realidad como es, sino como tendría que ser. Como cree que tendría que ser, como le gustaría que fuera.

Le dije:

—Buena corrección. Pero tu impulso ha sido presuponer la existencia de un «tener que ser» objetivo común a todos los humanos, más allá de la pluralidad subjetiva del mundo.

—¿No estaría igualmente desajustada la idea de haber una «pluralidad subjetiva del mundo» objetiva?

—Como sería una realidad objetiva en sí el «desajuste de la idea de haber una "pluralidad subjetiva del mundo" objetiva». Ahí tienes el drama de la demanda de la expresión fiable de la realidad.

—De su representación.

—Qué más da. Defendemos la subjetividad como un vehículo de libertad, pero nos trastabilla la nostalgia de la objetividad absoluta, es decir de la ley.

Qué gratificante fue encontrar una mujer tan agradable y no deprimida por el esfuerzo de ser ella misma, ni siquiera transmitiéndolo. Se lo hice saber, y me dijo:

—Mi mérito no es nada comparado con el tuyo. Estoy yo porque no hay nadie más, y tú lo has hecho tú sola, partiendo de cero.

—No sabemos qué pasará, no sabemos lo que nos espera. Deberíamos construir un Egrégor.

—Qué buena idea. Montaré una cena informal en mi apartamento.

Especulamos con diversas posibilidades. Ella alegre, desenvuelta como una adolescente preparando la excursión, yo procurando mantener apartados a los fantasmas. No esperar una muerte teatralizada como las de los padres y los abuelos no me decepciona ni me tranquiliza, no espero un infarto del alma. Procedente de ámbitos sociales tan distantes, me obligué a cuestionar la realidad de las coincidencias ideológicas —en las morales me muevo con más facilidad. Discurríamos en aparentes acuerdos sobre el ejercicio sentimental de la voluntad, lo que no tiene origen en el mestizaje con los sentimientos, sino en el instinto puro: la revuelta —la intelectual, producto de ideas proyectadas y abstracciones caprichosas, y la real, producto del hambre. Cada cual con sus formas, aliados por un objetivo común, lastrados por ocios también coincidentes, incluso en el origen, dedicamos la vida a resolver los pequeños, estúpidos problemas creados por nosotros mismos, y apartamos la mirada del Universo, la que cuando se pierde su costumbre se pierde su habilidad.

No me parecía natural estar tan alegres en medio de expectativas tan poco tranquilizadoras. O era justo eso. A ras de suelo, la realidad cada vez más próxima de los indigentes, los expoliados por la vida, los que para quienes siendo el objetivo comer y dormir en una casa, el cansancio de la psique es una fantasía remota. Más arriba, el Egrégor —profundizar en la comunidad de Pentecostés efecto de la socialización de la Sacra Conversazione en fase naciente, con las irisaciones y los tornasolados de las incertidumbres aurorales donde

todo es posible.

Recuerdo también cuando vi por primera vez a Mina en los pasillos. Nos quedamos mirándonos, y nos acercamos. Le dije:

—¿Nos conocemos, verdad?

—¡Claro! Hace unos años, viniste a una fiesta del Conde Von Krolock. Tú ibas con...

—¡No me lo recuerdes!

Nos reímos y nos dimos dos besos. Se apartó enseguida —no podía ignorar que yo notaría lo helada que estaba. Miré el reloj; teníamos un rato, y la invité a tomar un refresco en la habitación.

—Eres Midoissa Prills, ¿verdad?

—Y tú, Mina Murray.

Reíamos evasivamente. Me miró con ternura.

—Como te mueres de ganas de preguntármelo, te lo diré sin circunloquios: sí, al final soy una vampira.

Era el momento para mostrar el don de gentes aprendido con tanto esfuerzo.

—Te sienta muy bien, estás muy guapa.

—Tú sí que estás bien. Te has hecho famosa, y no solo por las cosas que se cuentan en privado, ¡eh!, sobre todo por los éxitos profesionales.

—Ya no tengo nada que ver con el señor Swann, eh.

—Lo sé —nos reímos—. Hace tiempo que trabajas por tu cuenta. Como dijo el poeta, y todo me lo han contado.

Esta mujer me despierta una simpatía innegociable. Le aparté el pelo de la cara y le di un beso en la mejilla. Me sonreía tristemente, y la erección de los colmillos le hinchaba las comisuras de los labios. Me habría dejado morder, le habría regalado mi sangre en nombre de la joven tierna y fresca de unos años atrás y ahora, por las artes de un perverso anciano sin escrúpulos, convertida en princesa del Infierno. Le habría dado una parte de mi vida, ay, ella lo habría podido percibir como una indulgencia destilada de la soberbia.

La reedición de la complicidad afectiva, real e incondicional de Bettina en Mina me hizo ver con otros ojos aquel espacio habitualmente inhóspito. Le dije:

—Mi señor Swann y tu Conde Von Krolock no estarían muy tranquilos de vernos a punto de compartir información.

El reencuentro con Shelly había sido menos susceptible de interpretaciones. Tiene gracia cómo la manera y la relación de fuerzas con que nos habíamos tratado por primera vez sobrevive a las evoluciones diversas marcadas por el paso del tiempo. En su caso aún se notaba más porque a pesar de haber pasado ocho o diez años, ante mí o no Curwen continúa siendo un crío, un Peter Pan canijo y desprotegido, siempre dispuesto a quitarte las bragas.

Cuando supo que yo había llegado, le faltó tiempo para plantarse en mi habitación. Yo aún deshacía las bolsas, y me pilló ligera de ropa —me acababa de quitar la del viaje y quería pasar por la ducha para aparecer en la primera cena comunitaria con un aspecto menos agreste—. Shelly tiene los dos extremos: no ve lo que por sentido común ve todo el mundo, y el angelito caído ve lo que no ve nadie. Se me abrazó sin decir ni hola.

—Te he llamado y te he mandado mensajes, y no me has dicho nada.

—He ido pillada, precioso, no te he dicho nada a ti ni a nadie fuera de la familia y el trabajo. Me disculparás.

—¿Qué harás para hacerte disculpar?

—Ahora no. No podemos llegar tarde a las presentaciones.

Se apartó y se hizo el ofendido.

—No quedaría bien llegar juntos tú y yo cuando ya está todo el mundo.

Le hice cuatro carantoñas y se me debió ir la mano —se tomó unas cuantas más.

—¿Quieres llegar tarde?

—Va, solo un poco.

—Por un poco no me pongo.

Tuvimos que correr para no llamar la atención de entrada, pese a que por mi parte no por los motivos que él imaginaba, y aún me tuve que oír la petición reiterada de que me vistiera y me pintara «como antes». Pobre Shelly, no le gustaba ni entendía mi decisión de no ir de tigresa, que los pasados días de furia ya no tienen sentido para mí. Amortizado el tiempo de exhibirse, la discreción es una necesidad y un arma secreta.

Durante la cena no paró de hacerse el malcriado y mirarme para comprobar el efecto. Por más gracia que en el pasado me hubiera hecho, no se lo tenía que haber mostrado. Su padre le ha hecho más mal que bien, pero qué es madurar sino aprender a compensar la educación no recibida. A partir de cierta edad no es serio exhibir agravios con los padres, ni deudas, en contra por supuesto, y tampoco a favor, como si no se hubiera aprendido a volar solo, y Shelly caía en los dos delirios. Todos acababan mirándome a mí, por si les otorgaba la gentileza de hacerles ver cómo tenían que responder, una exigencia de responsabilidad más que un reclamo de auxilio. Yo qué sé, les tendría que haber dicho: haced lo que os plazca.

Después de cenar vino conmigo, y no puse en marcha los artilugios de oficio para evitarlo.

Desvié la atención hacia sus actividades, y me preguntó por las posibilidades de un invento que se le había ocurrido.

—Puesto que las aristas del Icosidodecaedro están configuradas en

ecuadores, seis en concreto, se pueden combinar las caras por el mismo sistema que en el Cubo de Rubik.

—Los he visto con Dodecaedros, con Icosaedros, con Esferas, he visto variantes caprichosas y complicadas, pirámides y figuras biseladas. Esta no me consta.

Como le hacía gracia, le dejé demostrarme que hay 6 ecuadores.

—Tomando una cara pentagonal, siguiendo cada arista hay uno hasta el pentágono opuesto; por lo tanto, 5 ecuadores; queda solo uno formado por aristas que no tocan ninguno de estos dos pentágonos opuestos, justo el que marca el plano paralelo a estos de referencia; por lo tanto, 5 + 1 = 6. El caso es que el mecanismo de rótulas que permiten girar las secciones del Cubo es ortogonal, y una figura de triángulos y pentágonos exige un sistema de dobles y triples diferenciales a 30 y 60 grados mucho más complejo y delicado.

—Todo tiene solución. Con un giro correspondiente al desplazamiento de una arista obtienes una Ortobirrotonda Pentagonal, y como se rompen el resto de líneas de simetría, ya no puedes combinarlo con ningún otro giro; para hacerlo, tienes que avanzar dos aristas (72 grados) y no una; en general, un número par de aristas, para ir de un Icosidodecaedro a otro.

Se lo tuvo que pensar. Yo evocaba mentalmente la figura.

Dijo, dubitativo:

—El Icosidodecaedro tiene seis ecuadores, o planos de simetría, y en cualquier posición determinada, la Ortobirrotonda solo uno.

—En la Ortobirrotonda se distingue un casquete formado por cuatro triángulos y dos pentágonos, con centro en la arista común a estos dos (arista parte del ecuador objeto del desplazamiento). Giraría como los paralalepípedos del Cubo de Rubik, que no varía siguiendo ningún eje de simetría.

Me daba miedo haberle excitado el narcisismo hasta hacerle

confundirlo con haberse enamorado de mí, y no lo oía desde la soberbia sino desde la conciencia de la estupidez. ¿Qué hacer con el último Peter Pan de Occidente? Discutía conmigo, se quejaba de todo, pero conozco demasiado bien estas cosas para engañarme: peticiones veladas, prontos de rabia, exabruptos de timidez injertada con desesperación por no tenerme como él quería. Para que no fuera dicho quién sabe qué, el chico hacía lo contrario de lo que se suponía mejor para él, y darme cuenta no sabía en qué dirección me tenía que cambiar el comportamiento. ¿Qué diferencia hay entre estar enamorado y creer estar enamorado? Como la fábula de uno que finge ser buena persona; por más pensamientos criminales en su cabeza, si se comporta como una buena persona, a efectos de la comunidad será eso: un tipo excelente.

Por más propósitos de enmienda, caigo en la misma piedra una y otra vez, y otra, y otra... o es la piedra lo que me cae encima. ¿Qué personaje he de impostar para evitarlo? ¿Me envuelvo en alambres de púas sentimentales? Todo retórica —apañar las historias a favor, hacerse quedar bien por el procedimiento infantil de hipertrofiar las propias gracias y eliminar errores, ridículos, chapuzas. La retórica suprema de creer que se es uno mismo.

Rakshasi era la única a quien veía por primera vez en el Archicenotafio. Tenía la referencia de Kreis; se trataba de abrirse a otras comunidades del mundo, y como el Extremo Oriente ya lo tenemos razonablemente aliado con los clanes de Su Kiang y Si Young, la India era la pieza imprescindible. Descartada su pareja, Iaksi —acaso quemada y retirada por el Juego desconcertante de Santa María del Mar—, la embajadora llegaba con los atributos necesarios. Como en algunas apreciaciones cabalga el diablo, estoy siempre atenta a no hacer como los hombres, a no contar entre los méritos —como entre los de Su Kiang— ser mujer y bellísima, conque me mantuve en valores neutros: conocimientos, buena posición, contactos, carácter, juventud y experiencia, características estas dos raramente unidas en cultivos exentos de alguna locura.

Rakshasi me había parecido fiable, pero en la primera ocasión que hubo —mejor dicho, que busqué— para hablar con ella a solas, me salió rana.

—¿Zapruder te ha encargado que nos examines?

La verdad cuesta más de hacer creer cuando tienes un interés especial. Me investí de la mejor bonhomía de la que soy capaz.

—¡Examinaros, yo! Me halaga el poder que me atribuyes.

—A mí no te me hagas la santa, te he calado desde el primer momento.

Me partí de risa. Debía de ser la más joven de las mujeres, y atolondradamente se había autoadjudicado el papel de la

inconformista. La había oído enfrentarse con Zapruder sobre bizantinismos diversos, la legitimidad de establecer la bondad de un sistema político en función de la consistencia epistemológica de la ideología que lo sustenta, la contradicción de tener que tratar la pureza de las aproximaciones a la nada con los defectos matéricos de lo único que podemos manejar, el ser, y acogerse a símbolos clásicos del nihilismo blanco oriental: cómo se considera la imagen del uso de la copa, donde el vacío es lo útil, lo que no-es, si cuando lo utilizas —y la copa adquiere sentido como tal—, lo llenas de líquido, ergo, ciegas la nada esencial, el arquetipo, el ser ocupando el lugar de la nada, tomando la forma que desde otro ser se ha dado a esta pequeña nada, su utilidad en sí. El ser como ocupante de la nada. Le dije:

—No tengo por dónde fiscalizarte, ni queriéndolo. El trabajo no es un valor, el valor es el éxito.

—No lo ha sido nunca. Lo que antes se tomaba por valor del trabajo era en realidad el de la disciplina. La única que ahora nos queda es la militar: la gestión del homicidio.

—Esperamos no tenerlo que comprobar en persona.

—Si así fuera, esperemos estar del lado de los vencedores.

—¿Cuál es este?

—¡Ah, lo ves como sí que me vienes a examinar! Si quieres saber si estamos en el mismo lugar, defínete tú primero.

—No estoy segura de que sea un triunfo haber llevado la libertad al extremo de autoexplotarse sin necesidad de coacción exterior.

Me recitó la cantinela de la izquierda falsamente superada, cómo el comunismo degenera en dictadura, el fracaso de la solución confundido con la desaparición del mal y, lo peor, la pírrica victoria de una de las facciones en litigio, el neocapitalismo rebautizado como liberalismo, culminante en el delirio del crecimiento continuo, cómo se ha liquidado la clase media, cómo distraerlos con imbecilidades chabacanas para apartarlos de la cultura de la belleza y el pensamiento. Cómo matarlos de hambre, y a los supervivientes que intentan emerger, aplastarlos a impuestos. Nada que no hayamos oído mil veces, un pensamiento exhausto. Solo el positivismo otorga cierta carta de naturaleza a la Nada.

Lo acabó:

—Tiene más sentido que nunca la revuelta, pero articulada habiendo aprendido de los errores del pasado: no se puede ir contra la naturaleza humana. Paliar las descompensaciones del ejercicio salvaje de la propiedad no puede comportar ignorar que los humanos somos hedonistas, competitivos, fantaseadores, juguetones, ansiosos de gratificación. Toda revolución, la más justa y bienintencionada, fracasará si violenta la esencia del mico endiosado.

Sentí el aguijón de la nostalgia, las discusiones con Lucas, la

reiterada complacencia en la sutileza de las pequeñas diferencias. Él, que debía de creer que eso nos llevaría a la libertad, una libertad que ha acabado siendo el cebo de la autoexplotación. Pero Rakshasi no es Lucas, y para ella tener más o menos razón no proviene de ninguna proyección sentimental ni comporta aspirar a otra. Me preguntaba hasta dónde llegaría para mostrarse por encima de quién ante la Comisión, hasta qué punto había venido a hacer carrera, si era consciente de los riesgos. Iba marcando escote y ventilando sobaco inmaculado como los hombres musculatura, cogote pelado y paquete, todo de tan obligado cumplimiento que ya es una distinción no gastarlo. Le dije:

—La aparente contradicción de poder declarar en quiebra una institución pública se ha resuelto privatizando el Estado.

Me respondió casi agresiva.

—Y ese es el sentido profundo del Archicenotafio, el truco estatégico que lo ha hecho posible.

—¿Lo ha hecho posible? Explícito, más bien. El Estado no ha sido nunca un ente angélico.

—Para los socialistas utópicos, bastante.

Cuando al filósofo se le va la mano en la dosis de lo que con criterio discutible se complace en llamar eclecticismo, se comporta como el fabricante de armas, que le da igual a quién las vende ni qué uso de ellas se hace. Nos hemos convertido en traficantes de pensamientos baratos, de un prêt-à-porter de tópicos sazonados con falsas novedades. Una gracia más del tiempo, como haber pasado del desprecio por el nuevo rico al enaltecimiento del self-made man. ¿Triunfo de la democracia, o cambio de relator?

Con estos circunloquios mentales me debo de haber dormido.

Me despierto, y Artur no está a mi lado. No es habitual en mí dormir tan profundamente para no darme cuenta de que de la cama se va una persona. Se debe de haber ido como un gato.

Me ducho, me visto, desayuno con lo que hay en la nevera de la habitación y salgo con las precauciones de rigor —lo que tiene estar en guerra sin acabar de saber contra quién ni en qué términos. Me resulta inquietante que las dependencias estén abiertas y no haya nadie en ninguna parte.

Me voy al cuarto de Spohr, el único con la puerta cerrada. La abro, y tiene un pronto defensivo. Cuando ve que soy yo se relaja y me sonríe. Está sentado en la cama, jugando con el smartphone, una tablet y tres libros. Le digo:

—¡Buenos días! Tienes mejor cara. ¿Dónde está la gente?

—No lo sé. ¿Qué quieres decir?

—Nada.

Por la ventana entra la luz pastosa, blanquecina de los hospitales.

Está nublado, ¿o son las nieblas estratégicas inducidas? Me siento al lado de la cama, y me coge la mano. Me dice:

—Encuentro extraño estar en guerra. Habiendo la Hacienda pública, ya no hace falta ni la policía.

—Te has hecho viejo, amigo, hablas como si no hubiera pasado nada los últimos treinta años. Los propietarios han cometido un error de cálculo. Habrá sido la información dispersa. Hasta ahora lo compensaban bastante bien, pero por codicia criminal han sobrepasado el límite crítico de población indigente. Será como Francia en 1789, como Rusia en 1917, ya hay suficiente proporción de muertos de hambre para verse capaces de asaltar el poder.

—Lucas decía eso, ¿verdad? —afirmo con un gesto todavía más triste que el suyo—. Qué bonito, le haces el homenaje de hacer tuyas sus ideas aunque no te las creas.

—¿Quién dice que no? Para que una clase social asalte el poder desde posiciones inferiores no basta con que sea numerosa, necesita un mínimo de homogeneidad para actuar con coordinación y efectividad, sin diferenciales que lleven a disonancias, discusiones, alteraciones. ¿Es el caso? Los propietarios se han permitido traspasar la masa crítica de población muerta de hambre porque no es socialmente homogénea, y por tanto inoperativa como revolucionarios.

Murmura:

—Si no fuera por Artur diría que sí. Kreis lo tenía casi resuelto.

—¡No me digas! ¡Qué tenía resuelto! Si no hubiera sido Artur habría sido otro.

Pienso si es del todo cierto lo que digo. ¿Qué hemos hecho de Artur? Yo, en concreto. He convertido al patito feo en caballo de Troya. De uno, el autodesconocimiento; del otro, la capacidad destructiva. ¿Qué lo transforma en héroe? La anagnórisis y tomar las riendas del propio destino. Lo primero ya ha llegado; lo segundo está en progreso. Cuando me acuse de jugar con sus alucinaciones, no será del todo mentira que no han sido del todo cosa mía, incluso que yo misma no estoy segura de que sean tales, y no servirá relativizar la realidad, porque me exigirá certezas, y las que apenas le puedo ofrecer tienen que ver con la responsabilidad, la mía en primer lugar.

Me quedo mirando a Phaeton, otro macho alfa defenestrado, un pobre mármol griego mutilado, apenas útil para que lo dibujen los estudiantes. Casi todo el mundo ha olvidado su nombre, y yo lo haré a continuación de pronunciarlo: Melencolia. El retorno de la tarde al lago Leman, entre Ginebra y Lausana, el castillo de Chillon y la villa Diodati, del extremo este a la orilla suroeste, a pesar de que esta denominación es discutible, porque la villa está en la parte oeste del lago y es el noroeste que se encara, pero la orilla ocupa en términos

absolutos una posición sudeste.

Inesperadamente, Phaeton se echa a reír, y en la figuración inmediata no entiendo de qué —hado de un nuevo mundo o ataque de histeria. Las dos cosas a la vez —vivimos tiempos así (o siempre ha sido así, pero lo llamaban de otras maneras). Lo que imaginamos que los otros saben de lo que sabemos nosotros, o lo que se imaginan —que sea cierta o no una u otra suposición, o las dos, o ninguna—, es el recorrido por un poliedro aún no determinado. En primera instancia, reír procede de la sacudida ante lo inesperado, signo supremo de la naturaleza humana, inaccesible a los dioses porque quien lo sabe todo ha perdido capacidad de sorprenderse. En la categoría siguiente, la risa es la constatación de la imposibilidad de orden, la música de la disolución, del drama de lo irremediable-irreversible. El icono gestual de la entropía, la música por los planes de suicidio.

¿Qué nos queda, cuando apenas queda la heráldica? Cuando se han ido vaciando las imágenes, solo queda una: el único, verdadero equivalente de la nada son las carcajadas.

La carcajada es el estigma de la entropía, dijo un descubridor de mediterráneos, y la idea al extremo lleva a una contingente expresión de la nada (que, siendo lo que es —por lo tanto lo que no es—, tanto pueden expresarlo —y por tanto no expresarlo— elementos que de forma más o menos consensuada nos aproximen por pretendida analogía emocional y formal —la oscuridad, el vacío, el vértigo cósmico, el espacio intergaláctico, el aevum, los agujeros negros—, como cualquier otra cosa: un pícnic, el viento, la señora Rufina saliendo de la peluquería, el horario de trenes, un manojo de zanahorias, el aura de las cloacas). Tan lejos de la nada una cosa como las otras y, aun así, a efectos sentimentales la pueden representar mejor objetos o conceptos que a primera vista nadie lo diría.

Salen los gusanos por las cuencas vacías del cráneo del emperador. El silencio sugiere formas de abandono por parte de la pequeña comunidad militar instalada aquí, y que no era prudente quedarse. Pienso en cómo decírselo a Spohr sin alarmarle —ir de puntillas no tiene sentido. Me inquieta más por qué Artur ha desaparecido sin decir nada, una decisión impropia de una personalidad meticulosa y compulsiva como la suya, y ahora ligada a mí en el esplendor de recursos neuróticos —psicóticos, quién sabe.

Le digo:

—Phaeton, aquí no queda nadie. Como no sabemos dónde han ido ni por qué, tenemos que calibrar la conveniencia de quedarnos.

Tal y como me temía, pega un salto en la cama y me mira alarmado. Su silencio revela la atropellada variedad de pensamientos. Dice finalmente:

—¿Me ayudas a coger lo imprescindible?

Lo imprescindible son cada vez menos cosas, y la medida de lo que nos permitimos evalúa la situación. Phaeton se resiste a la precariedad, y me toca a mí la expeditiva. En un momento está todo en la mochila, y se plantea una vez más hacia dónde vamos. En cualquier movimiento, él asedia la casualidad para tocarnos fingiendo falta de intención, un roce aquí, un pequeño toque allá, la reticencia latente en una indecisión. Me entristece cómo me es indiferente la presencia y la figura tan atractivas no hace tanto tiempo. Me ofendo a mí misma cuando no puedo evitar compararlo con Artur, me ofende quién pueda salir desfavorecido, me ofende si el desprecio es para ellos o para mí. Me complazco en tratarle mejor que nunca, y me da tranquilidad.

Sin ser necesario hablarlo retrasamos la hora de ponernos en

marcha, enfrentados a la fatalidad de no tener interés ni razón para quedarnos ni para irnos, de ir a parar al mismo lugar todas las apatías. Con el paso de los minutos se discierne el ingenio: la pereza, la parienta pobre del tedio, sin interactuar con el miedo que, para mí al menos, no aparece, y esa puede ser la diferencia.

Acondicionar las vendas de Phaeton con la carga, por poca que sea, se vuelve la excusa perfecta para autorretenernos en las dependencias abandonadas. Me dice:

—Saldremos de aquí para hacernos matar.

—O nos haremos matar si nos quedamos. La Muerte nos espera en Isfahan.

Nos reímos.

—La imposibilidad de abandonar el lugar de poder, Shangri-la, Solaris, Brigadoon, es emblema de lo que pasa aún peor con la Tierra: quien se aleja para ir a Marte, a Venus, donde sea, a la Luna misma, no tiene ni un minuto de vida. Serás inmortal, pero solo si no te mueves de aquí.

—¿Del Anficonversor? ¿Y si se destruye?

—No es el edificio, es el lugar.

Para seguirle el juego, digo:

—¿Y cuando la Tierra desaparezca devorada por un Sol convertido en gigante roja?

—El lugar continuará estando, y viviremos en él, en otro soporte.

—El lugar, ¿qué quiere decir el lugar?

—El lugar, un enclave de coordenadas.

—¿Cuál es la referencia de tales coordenadas? No las hay universales, al menos en el presente estado cuántico.

—Exacto, es la condición cuántica, qué más da las coordenadas, el lugar es el lugar, es el estado entrópico universal.

Con la ansiedad con que habla me hace pensar si se lo cree de verdad. Le digo:

—A pesar de que no es imaginable la medida del Universo de universos, lo dice Lucrecio, la distancia a la eternidad es la misma ahora que de aquí a muchos años, por más que sean. Y yo digo, comparados con la inmortalidad da lo mismo los años de vida de cualquiera de nosotros y los millones de años del sistema solar.

No sé si me ha oído. Estoy mentalmente extenuada. No sabría decir qué (o sí, y no hace falta) —es hora de dejarlo. Todos me tienen por la amazona, y soy una depresiva —no son calidades antitéticas, Heracles también era un depresivo. He intentado la recuperación sensorial de memorias ajenas, sentir los recuerdos de otros, interiorizarlos, identificarme hasta ser alguien más además de yo misma: de «alguien más» a «cualquier otro», y de aquí a «todos» —la puerta perceptiva a realidades y dimensiones. La etapa final, «Todo», el punto de partida

porque, transcendidos, el tiempo y el espacio ya no tienen objeto. «Todo» igual a «Nada».

A punto para salir, Phaeton me dice:

—Un beso de adiós.

—Nos vamos juntos.

—De adiós al lugar. No volveremos nunca más.

Un beso no cuesta nada. A pesar de que más de una vez este simple razonamiento me ha llevado donde no quería, por más que después me he querido hacer creer que no había ido tan mal, que ya me iba bien.

—Un beso de adiós, pues —le digo, y le ofrezco los labios sin cerrar los ojos.

Sin futuro nos hemos besado, ella se ha colgado la mochila, ha avanzado hacia la puerta y se ha plantado esperándome.

Me voy sin ganas. Los aposentos y los pasillos están vacíos, desastrados, llenos de papeles y porquerías como explanadas cuando se acaba de ir el circo.

Midoissa me dice:

—Teniendo en cuenta en qué condiciones puede estar el centro de operaciones del doctor Kreis después de la visita de Artur, la cuestión es si hemos de ir o si mejor huir en dirección contraria lo más rápidamente posible.

No veo la diferencia entre estar parados en la habitación y estarlo en medio de no se sabe dónde.

—Tarde o temprano habrá que enfrentarse al callejón sin salida definitivo.

—Y propones ir para allá directamente.

Nos ponemos en marcha, y las condiciones del camino son tan parecidas a las de los aposentos abandonados como si fuéramos los únicos ocupantes del edificio. En los cruces más amplios no se oye ni el alboroto de fondo de los asaltantes. Ahora ante mí, ahora detrás, Midoissa diserta sobre la relación entre la explotación infantil, sin la cual, sarcásticamente, tantos niños morirían de hambre, y la publicidad, que en cierto modo igual que cultivar coca comporta intoxicar espíritus y cuerpos, pero también dar de comer a familias. Diserta infatigable sobre el cansancio y la pereza en la ética de todos los tiempos.

Nos paramos. Le digo:

—Las mujeres tenéis una curiosa manera de vengaros de los hombres: estar con muchos.

—Si así fuera, sería para vengarnos de uno solo. A menudo no un amante, sino el padre. También se podría decir de los machistas misóginos.

No tiene ganas de hablar. La memoria sexual de las mujeres es un

indicativo infalible de su disposición.

—Creía que machista y misógino eran sinónimos.

—En las intenciones hay matices. El misógino odia a las mujeres, les atribuye todos los males y se aparta de ellas. El machista las desprecia, se cree superior y las utiliza sin escrúpulos. Hay machistas que no son misóginos, pero pocos misóginos no son machistas.

Resisto el impulso de admirarme del atractivo irrefrenable de algunas mujeres hacia los misóginos sin renunciar a las convicciones feministas.

—¿No es a la inversa? ¿Los misóginos no están incluidos dentro de los machistas?

—También hay mujeres machistas, aunque la mayoría no se den cuenta. Las que se tienen por más feministas no lo aceptan cuando se les muestra.

—La sociedad entera es machista. La forma profunda de ver el mundo, el lenguaje.

Dice:

—Y en el lenguaje es donde es más relativo. Todo es macho, se dice, pero mira: la vida, la muerte, la realidad, la Naturaleza, la Tierra, la luz, la tiniebla, las ideas, la filosofía, la religión, la ciencia, la conciencia, la victoria, la libertad; sabiduría, cultura, salud, justicia, fuerza, humanidad, dignidad, crueldad, compasión (los siete vicios capitales, las tres virtudes teologales y los tres pilares de la revolución francesa), expresión, poesía, música, las cosas mismas como tales son femeninas. ¿Te digo más?

Es la abogada de su mismísimo diablo. Retomamos la marcha, y la discusión se centra en el itinerario. ¿Dónde se supone que estaba el mando de Kreis? Por lo que cuentan quienes han estado, hacia aquí. Por la lógica del trazado, hacia allá. ¿Y por la orientación? Por aquí vamos cerca del recinto. Me parece fuera de lugar preguntarle por Artur. Por qué ha soltado la primera persona, por qué no ha asumido las consecuencias y las ventajas políticas de haber matado a Kreis, por qué la ha abandonado, cuando parecía que era la mujer de su vida, después de haber conseguido aproximarse a ella. Entramos en un laberinto de escaleras y pasillos requemados y chorreantes donde la enrevesada estructura dificulta la visión del conjunto, sobre todo las direcciones. Tiene su cosa que nos inquiete más no encontrar nada que encontrar desgracias.

Llegamos a un muro, pasamos una enorme puerta enmohecida y salimos a un espacio más oscuro todavía, desangelado y lúgubre, a diferencia de otros fragmentado en el espacio y en el perímetro con montajes de naturaleza y estados de ruina diversos, sin conformación que permita deducir el uso, ni objetos significantes de ninguna actividad. Las palabras retumban como en una pesadilla, y se sienten

explosiones lejanas —un bajo continuo en forma de ronquido profundo capaz de privar la respiración y destripar.

A medio cruzar el aposento aparece una plataforma que por acumulación de objetos de todo tipo podría ser un vertedero de residuos. Aunque por el estado de destrozo y polvo sea necesario fijarse, identifico mesas con ruletas, máquinas tragaperras, tablas de billar y cabinas de video. Podrían ser los restos de una gran sala de juegos esplendorosa en otros tiempos.

De un piso inferior oímos voces, y de forma instintiva buscamos dónde refugiarnos para tener tiempo de ver de quién se trata y decidir si nos mostramos. Encima de una escalera hay una carlinga como para manejar una grúa, acristalada por los cuatro lados. Nos escondemos, y desde allí vemos pasar grupos de individuos con pinta de asaltantes perdidos, sin rumbo, fugitivos de las atrocidades de Kreis y de quienes se hayan puesto en su lugar.

A pesar de que procuro no quejarme, Midoissa se da cuenta de que mi estado físico no me permite el ritmo mantenido hasta ahora, y de forma implícita acordamos reposar en este lugar relativamente seguro.

En el estado al que hemos llegado se impone una mínima aclaración de causas. Hemos cometido errores y hemos sido objeto de delación, una delación que debemos de haber practicado a diestro y siniestro nosotros mismos por desconocimiento: delación de quién, desde dónde, ante quién, a favor de qué, contra qué, esa es la cuestión. Digo:

—Nuestros actos son una delación continua; los resultados caen al azar sobre la cabeza de uno o de otro, y así avanzamos.

—Los nuevos teóricos se centrarán en la topología del enfrentamiento y la estratificación. No en el sentido literal: topología como abstracción conceptual, estratificación de grados de abstracción y categorías.

Antes de perderme, le digo:

—Los asaltantes no son los enemigos.

—¿Los enemigos de quién, Phaeton?

Mi nombre dicho por ella suena mejor de lo habitual.

—Son enemigos quienes instrumentalizan todo esto a favor de los propios intereses.

—¿Estás seguro de dónde está el enemigo? ¿De a favor de quién vas? ¿A favor de quién crees ir?

—¿Y tú? ¿Estás segura de que tomando el partido de quienes quieren destruir el Archicenotafio ayudas a la justa y noble causa del bienestar general?

De pronto parece completamente segura de sí misma.

—No hay dos causas, hay unas cuantas. El mal de las causas de los débiles, fragmentarse en estratos sociales heterogéneos difíciles de

asociar. No quiero ir a favor de los que hasta ahora han usado el Archicenotafio para atracarse, ni de quienes ahora aprovechan el caos para hartarse todavía más.

—¿Lo aprovechan o lo han provocado ellos?

No estamos en una conversación entre puntos de vista confrontados —estamos en un juego de espejos. Sin que la interrumpa, continúa:

—Depende de los sistemas de referencia, las visiones son diferentes. La extrema fragmentación lleva a la indiferenciación, y de nuevo a la paradoja: que todos trabajemos para los mismos no quiere decir que podamos matarnos entre nosotros. El incidente de la Torre Norte ha sido un atentado suicida, y quien quiera descubrir al último incitador se puede acabar encontrando a sí mismo. Venimos de una farsa salida de otra farsa, y vamos hacia una farsa más. La realidad inmediata del mundo es una guerra de ajedrez, una sucesión de estados de quietud más o menos largos interrumpidos por ataques puntuales: atentados, juicios, bombardeos y acciones punitivas de pelotones especializados, en un tablero real de 64 casillas blancas y negras. Se acabaron los tiempos de la lucha de clases, de aspirar a la justicia social, del progreso en beneficio de la comunidad. Las causas no son una sucesión lineal sino un arabesco híbrido de laberinto, poliedro múltiple y edificio imposible de Escher.

Continúan pasando grupos de individuos, más de uno con ancianos, críos, tullidos; alguno solitario, un carrusel de miseria entero en la misma dirección —nadie debe saber hacia dónde (o sí: ¿saben los ñus a dónde van cuando cruzan el Mara?). Midoissa se calla de repente contemplándolos. Le sigo la mirada. Una persona va en sentido contrario al resto. Nos levantamos a la vez.

—¡Bettina!

Midoissa me contiene.

—No le podemos llamar la atención y dejarnos ver por los otros.

—¿Qué peligro ves en esta pandilla de parias?

—No te muevas. No digas nada.

Abre una cremallera lateral de la mochila y saca una moneda. Le veo la intención.

—A ver si la descalabras.

—Ni la tocaré.

Espera a que no pase nadie más y lanza olímpicamente la moneda medio metro ante los pies de Bettina. El ding se oye desde aquí arriba. Bettina queda clavada —mira alrededor por si alguien se ha dado cuenta. Retoma la marcha despacio, discretamente se vuelve a derecha e izquierda, más en alto, finalmente arriba, y nos localiza.

—Lista, la señora.

Descubre el camino para llegar hasta donde estamos, se asegura de

que nadie se fija en ella, y lo toma deprisa.

Nos inquiere con ansiedad, qué pasa, qué hacemos aquí. Le decimos que nos hemos despertado con el departamento desierto, y no entiende nada.

—A las 6 de la mañana el Teniente Akissouri me ha despertado para decirme que se había concertado un encuentro secreto. No tenía detalles. Nos hemos puesto en marcha, y pasada una galería me ha dicho que él no podía ir más lejos, que me esperaban al final. Me he ido. Había una estancia parecida a la de las comparecencias de la Comisión, con veinte o treinta sillas como para una reunión, pero sin nadie. Me he esperado hasta ahora, no sé cuántas horas. Me ha parecido sospechoso, me he cansado y me he ido.

—¿A dónde ibas?

—Volvía... creo, no sé si es el camino. ¿Dónde están los otros?

Midoissa dice:

—No podemos retroceder. No hay otra salida que por donde te han dicho, y esperarnos allí —Bettina parece reticente—. Qué harás? Al menos ahora somos tres. ¿Tienes más futuro rondando a solas?

—Ninguno de nosotros tiene futuro sea donde sea. Da igual, vamos allá.

Continuamos por los pasillos. Se nota la falta de cuidado, los restos de no se sabe qué, huidas descontroladas, saqueos, enfrentamientos. Pasamos ante un muro que un día fue blanco profusamente manchado de sangre —ni nos miramos entre nosotros.

Llegamos al lugar. Nos detenemos.

—Buscamos la entrada de los asaltantes, hacemos el recorrido a la inversa y salimos.

Bettina dice:

—Akissouri me ha dicho que la columna se dispersó, que bombardean sin cesar.

Midoissa dice:

—¿Crees que fuera las cosas van mejor? Tal como estamos, ¿quién dice que el conflicto no afecta al exterior?

—¿Nos quedamos aquí para siempre?

—No digo tal cosa. Digo que si la razón para huir es la seguridad, no tenemos ni idea de lo que pasa en otras partes, y aquí hay centros de decisión. Podemos alcanzarlos y, quién sabe, intervenir.

Digo:

—Qué queréis que os diga. Ya se trata solo de salir vivos.

Midoissa hace un conato de abrazarme.

—No rebajes tanto la expectativa. ¿Dónde están Zapruder y Artur, en qué situación han quedado? —se dirige a Bettina—. ¿No te ha dicho nada Akissouri? Venía del centro de mando a las órdenes de Artur.

—Automatismos puntuales. Cuando se cargan al césar, el caos consiguiente sirve para liquidar a los molestos con la excusa de hacer justicia, tanto da si son culpables o no, basta con que una vez se manifestaran en contra.

—Depende de cómo vaya, los liquidadores de primera línea también serán liquidados.

Bettina dice:

—Especulaciones. No hay nada indicativo.

Tan iguales y tan distintas, y como viniendo de lugares diferentes he ido a parar con las dos al mismo lugar. Cómo se relacionan entre ellas forma una figura retórica con muchas curvas y pocas rendijas. Recuerdo la sentencia de El mundo de Suzie Wong (¿o es de un cuento de Somerset Maugham?), de las preferidas de Ferret: un hombre puede aparecer como un arcángel ante una mujer, pero entre dos siempre quedará como un payaso.

Por el mecanismo tesis-antítesis-síntesis aparece el recuerdo de Mina, la encantadora criatura que no he sabido sustraer a las sacudidas de un destino ya no sé si cruel —decir fatal es una redundancia— o tan solo deshuesado y banal —perpetua oportunidad a la estupidez concedida por el mundo a sí mismo de abandonar el devenir para uniformizarse en el tedio.

Las primeras jornadas de la Comisión, un anochecer los fuckers en competición la habían dejado tranquila porque creían tener cosas mejores a su alcance —o porque les daba miedo. Después de cenar nos quedamos solos hablando en el comedor, en uno de aquellos estados fluctuantes entre la complicidad y el enfrentamiento en que vanidad, codicia sentimental, deseo de gustar y resistencia a comprometerse se entrelazan para engendrar figuras indeseadas, tornasoladas, tan sorprendentemente incómodas como sorprendentemente placenteras, y para mostrarle al otro una atención que permita suponer una dosis de interés lo bastante fuerte como para no dar nada por perdido pero no tanto como para darlo todo por hecho, incorporamos temas de conversación aparentemente exteriores a la brega sentimental. Me dijo:

—Antes pensaba que mis impresionistas preferidos eran Gauguin y Van Gogh, y con el tiempo son Degas y Cézanne.

—Por su interés por el asesinato.

—¿Tú crees?

—Cuenta no solo lo que te gusta en sí mismo, sino qué esperas de la vida, qué estás en condiciones de exigirle al mundo o de aportar.

—¿Y tú, qué esperas?

Le dije lo que imaginaba que quería oír. O lo que yo en su lugar me habría imaginado que ella (o sea yo) se imaginaba que yo (o sea

ella) quería oír.

—Detesto las instituciones personales, prefiero Catulo a Horacio, Donne a Shakespeare, Vermeer a Rembrandt, Hölderlin a Goethe, Cavalcanti a Dante, Dreyer a Bergman, pero no Góngora a Cervantes, ni Händel a Bach.

—Demasiado refinado para mí. Sin las dos últimas preferencias, a lo mejor. Pero...

—Ah, no hay una superabstracción, de ninguna forma. Es gusto y basta.

—No me lo parece. En su tiempo eran más reputados Góngora y Händel que Cervantes y Bach. Invierte el orden, y afirma la preferencia.

—Ya lo ves, eres más refinada tú que yo.

—Porque lo has dicho así.

—Ya te lo digo, es tal como me ha salido.

—No me lo creo. Tú no dices nada tal como te sale, pero lo podemos dejar.

—No, si no quieres... En fin, me interesa más qué le has contado a Artur.

—¿Por qué? —nos quedamos en silencio—. Si me cuentas qué hace aquí Artur, sabré lo que me preguntas y te podré decir sobre qué le he dicho qué.

—Artur es el elegido, y se le ha dicho de forma que de momento no se lo crea.

—¿Por qué no se lo tiene que creer?

—Porque no hará lo que tiene que hacer. Conviene que se lo quiera creer y a la vez que no lo acepte, al 50% más o menos, para que no sepa lo que comporta.

—¿Y qué comporta?

Nos reímos.

—Ahora ya sabes lo suficiente para decirme qué le has contado.

—Nada. Mi vida, el espíritu del vampirismo, las imposturas de la sentimentalidad, la realidad y los prejuicios, lo de siempre, un poco de filosofía barata sobre la inmortalidad.

—Toda la filosofía sobre la inmortalidad es barata.

—No le he hablado de la ilusión individuadora implantada.

Midoissa y Bettina me sacan del refugio mental.

—No le des más vueltas. Vamos, y que sea lo que tenga que ser.

Entramos en el salón. No hay nadie. El aposento parece precipitadamente abandonado. Hay un sifonier separado de la pared, seis o siete sillas desordenadas y cuatro más tumbadas; en las paredes quedan tres cuadros torcidos, como si hubieran querido arrancarlos, y los espacios vacíos presentan zonas claras de formas cuadradas, señales de marcos acabados de retirar. En los cuatro ventanales, más

cristales rotos que enteros presentan un cielo brumoso —cuesta decir si por causas naturales. Huele a mar y se oye ruido de viento y olas —la visión no permite corroborarlo.

Vagamos ni siquiera expectantes. Bettina tiene el humor de poner en pie las sillas caídas. La oscuridad avanza —incluso deducir que se hace de noche parece ocioso.

Retrocedo para cerrar la puerta, y sin haberse oído pasos aparece Sartorius con el aspecto desastrado de quien lleva días sin dormir, no pasa por la ducha ni se cambia de ropa, la expresión desencajada y ausente. Nos dirige la palabra ladeado, como si no osara mirarnos, exagerando el ademán de un poseso.

—¿De dónde venís?

Midoissa se adelanta.

—Acabamos de salir de la Torre Norte.

—¿Acabamos cuánto es?

—No sé decirte —dice Bettina—, con todo lo que ha pasado.

—¡Todo lo que ha pasado!

Muestra una sonrisa vacía —da que pensar si de veras está ido. Se tensa como si se centrara de golpe, como si un yo despertado volviera de un lugar remoto para mutarlo de desconcertado a notario de la fatalidad. Bettina le dice:

—La primera persona de Artur...

La interrumpe, con una voz inesperadamente grave.

—Hay una lucha atroz para ocupar el lugar de Kreis: ¿Zapruder? ¿Valerio d'Este? ¿Orens? ¿Paco Regomir? ¿Dónde está Héctor, dónde está Aquiles? ¿Dónde, las águilas?

—Debe de ser el tiempo de los buitres.

—¡De los cuervos! ¿Quién, si no, saca provecho de una guerra dentro de la guerra? En otros tiempos, siete historias se contenían una a otra de forma sucesiva; ahora se contienen siete guerras, siete odios metidos el uno dentro del anterior, y no hay caminos dialécticos para reconectarlos al margen del proceso de inclusiones, sino contagios y gangrenas para volverlos quesos de agujeros podridos.

Midoissa le dice:

—¿Y pues, la demanda del poder?

—¡Ah, mi señora, sois tan elegante! Aquel chico, Novembrini, le encontraron los Fonóctonos Corazón de Tigre con el kopfherakléion de Kreis puesto, no sé qué se debía imaginar, quién le había puesto una trampa. Creyeron que había sido él y lo liquidaron sin contemplaciones.

Bettina se echa las manos a la cara.

—¡Novembrini está muerto!

—Y descuartizado, sí, señora mía, y cuando se supo cómo se lo había apropiado, no lo convirtieron ni en casco, cosa que como ya

debéis saber no deja de ser un gran honor. Han usado sus tripas para hacer matasuegras, la piel del cuerpo para secarse los pies a la salida de la única ducha pública de este ala de la Isla de los Muertos, y la de la cara como máscara para forrar la tapa del váter central de la instalación.

Quedamos en silencio. Les digo:

—De ninguna manera quiero acabar así.

Sartorius dice:

—Los Fonóctonos son imaginativos, en cada caso aplican una leyenda diferente, depende del rocío, de Marte y la Luna. Les guía una mezcla de protocolo y juego de azar.

—Me importan un bledo los detalles. ¿Hay manera de salir de aquí?

Sartorius se reexcita aceleradamente.

—No es posible ni aconsejable. El afán reminiscenciador, ya me entendéis.

Bettina dice:

—No te sigo. ¿Qué se está reminiscenciando?

—La apariencia de victoria del neocapital-liberalismo reminiscencia el antiguo sentido ético de la revuelta, la revuelta reminiscencia la criminalidad de la pretensión del crecimiento continuo reflejado en el fantasma de la certeza, el mito del crecimiento continuo reminiscencia el irreconocimiento de estar yendo contra la naturaleza humana, el largo, ingrato esfuerzo de envejecer completamente gobernados por imbéciles.

Nos miramos. Digo:

—Solo he entendido «gobernados por imbéciles».

Creen que he hecho una broma y se ríen. O no, y es el producto de estar más que nunca gobernados por imbéciles, y reminiscencio la última reminiscencia de la calavera de Adán, el kopfherakleion perpetuamente supurando y sangrando que todos llevamos en la cabeza, asnos jansenistas que llevan las reliquias —negarse a llevarlas, ¿qué reminiscencia?

Sartorius dice:

—La reminiscencia, es decir la anamnesis. ¿Tenéis comida? —indicamos que sí—. Os aconsejo quedaros a pasar la noche aquí, y mañana salir en dirección Noreste. No he estado nunca, pero me han dicho que hay accesos de salida por mar que todavía no han caído bajo control de las Órdenes Combatientes.

—¿Combatientes? ¿Ya no tenemos que llamarles Vigilantes?

Sartorius se ríe como de un chiste. Comemos, y todavía perpetra un insólito acondicionamiento del aposento para dormir: partes de las sillas destrozadas sirven de lecho, y nos abrigamos cada cual como puede.

Dejamos a las dos señoras entremedias, y se me ocurre si el yatromante tendrá un ataque de incontinencia sentimental. Intentar coger el sueño con Midoissa estirada a menos de un metro sí que puede reminiscenciar un afán. La libido y la tragedia proporcionan el chichón más inesperado, pero no nos llevarán mucho más lejos.

En el intento de dormir me vuelve a la cabeza una conversación con Curwen y Novembrini, pobre Novembrini, qué final ha tenido — una parte de mí se resiste a creérselo. En un receso de la Comisión, no recuerdo qué día, justamente (por eso lo he recordado) a propósito de Bettina y Midoissa, Novembrini dijo:

—Las mujeres no juegan fuerte. Las mata el cálculo de la moneda pequeña, de lo pretendido día a día. Por eso son la cosa menos de fiar que te encontrarás en la vida.

Shelly no lo dejó pasar.

—No puedes extraer una conclusión general de tu experiencia particular.

—¿Por qué no puedo? ¿Quién lo dice?

—La lógica elemental.

—¿Pues de dónde quieres que lo extraiga? ¿De la tuya?

—De la de nadie.

Allí vi fatalmente reflejada mi asnidad juvenil.

—Jugar fuerte no es en sí ningún valor. Si la prudencia lo recomienda, no hacerlo es una señal de inteligencia.

Novembrini se me encaró.

—¿La inteligencia te funciona como baremo sentimental?

Se me quedaron mirando como diciendo, ahora te han pillado, a ver qué dices. Qué extraño, no han pasado ni diez días y parece que haga meses, por qué oscurecimiento nos hemos dejado aplastar, cómo hemos pasado en tan poco tiempo de ser capaces de reírnos de casi todo a no ver por todos lados más que anorreamientos ineluctables.

Shelly dijo:

—Ahora degustaremos machismo del bueno.

Dije:

—Incluso ante la mujer más burra que he conocido, y por suerte las he conocido muy burras, siempre hubo como mínimo un instante en que ha estado por encima de mí.

Me divirtió ver en aquellas sonrisas chulescas cómo consideraban que acababa de rebajarme, cuando había hecho lo contrario, me había distraído en la categoría protectora donde a ellos les quedan años para llegar. Pero no disponían de tiempo. Yo no lo sabía entonces, y no sé si lo hubiera sabido qué habría cambiado.

Apareció Eytifronte, y como les daba un poco de miedo, aprovecharon para irse. El interventor parecía preocupado. Le dije:

—¿Vuelves al transporte?

—Ya no hay transporte. Me voy a buscar al mago Dyaifril, para acompañar a Aloysia a casa de Hennessy, para que le cuente a Hebemann cómo resucitó en Can Pagès de Dalt, o cómo resucitará, depende de cómo lo mires, para que lo pueda contar dentro de una concatenación de puntos de vista, y si no voy se irá todo a pique.

—¿Cómo que resucitará?

Eytifronte estaba cada vez más vacilante.

—En fin, yo qué sé, por si acaso.

—¿Tú qué tienes que hacer?

—No lo sé muy bien. El Juego de la Fragmentación es tan complicado que no lo domina nadie. Creo que estar ahí, y si es algo más... yo qué sé.

No era la primera vez en ser consciente de la futileza del Juego. Le dije:

—Deliras, amigo mío. Todo eso pasó hace más de diez años.

Se me quedó mirando. Su confusión era auténtica, y por eso, casi odio.

—Está bien que mantengas los protocolos del Juego, que los lleves a las últimas consecuencias, pero sabes que no evitarás lo que tenga que ser.

—Ni tengo intención de hacerlo. ¿Cómo evitaría lo que ya ha sido?

—¡No «ha sido»! ¡«Va-puede-ser-ser»!

Inmerso en el Juego, no me di cuenta —o, fascinado por la deriva lúdica, no le di importancia— de la desnaturalización producto de haber perdido la capacidad contemplativa para hacer que las cosas se piensen en mí, de la irreversibilidad de la impostura de la autocontemplación del frágil homínido tardomoderno. O postidiota.

—¿Por qué no «podría-será»?

Estaba tan furioso que parecía a punto de darme un tortazo. Eso me divertía.

—Aquí soy interventor de transporte. Allá, adiestrador de águilas.

Ahora me hace otro tipo de gracia (si se puede llamar así), estos serán los que reclamaba Sartorius, pobres animales. Para los indigentes, el sarcasmo es un lujo; para los tediosos, un refugio. O a la inversa. Le dije:

—Entonces, ¿hasta el año que viene?

—No, pase allí lo que pase, volveré.

El insomnio no remite, al contrario. Me convienen pensamientos más estimulantes, a pesar de que con esta compañía... Sé por las respiraciones que los otros duermen. Tienen el detalle de no roncar. Me vienen a la cabeza las gracias de Novembrini sobre las vicisitudes de tener que dormir junto a gente que cree que duermes, les da igual, y se dan alegrías a pocos metros de distancia. Como oír pasar un tren; los hay de alta velocidad, de mercancías, larguísimos y tardones, los

hay que arrancan y oyes cómo van cada vez más deprisa, otros frenan violentamente y todo chirría y rechina.

Un día, en un receso de la Comisión, estábamos en el bar él, Rakshasi y yo compitiendo cada cual con sus gracias. Siempre íbamos a parar a Midoissa, a su paradoja, cómo siendo una mujer tremendamente carnal, dispensando un atractivo doloroso, exhala el aura distante de la guerrera sexualmente no evidente. Ya no sé si lo dije o lo pensé.

Rakshasi fluctuaba entre la envidia y los celos —firmas de admiración profunda. A ella misma le atraía, y por cómo azucaraba la rabia con un humor contradictorio para no dejar de quedar bien ante Novembrini delataba flagrantemente cómo estaban liados. Para acabar de hacerse el interesante, o pensando si así arreciaría la conquista, él se fue y quedamos solo Rakshasi y yo —pero no tenía la suficiente confianza para preguntárselo.

Se produjo una de esas situaciones indeseadas cuando se acaban de ir quienes hacían la función conglomerante del grupo, quienes se quedan no saben cómo hacérselo para desaparecer sin ningunear o desconsiderar a los otros, y no se sabe si paliar la incomodidad o acentuarla hasta que la evidencia de lo irresistible permita matarlo sin más sufrimiento. Rakshasi desviaba la mirada de mí para hacerme sentir el malestar de ir tan compuesta para tan poco, y pagarle con un desinterés distraído parecía cuestión de cortesía. Busqué un tema de conversación sin implicaciones íntimas inmediatas.

—Estoy trabajando en el análisis de algunos parámetros de la realidad. Lo útil de la contemplación profunda para Cézanne, cuando había paisajes profundos para contemplar. Mitificamos el desasosiego, cuando hacemos de él icono de nuestro tiempo lo añadimos a la categoría histórica de las visiones de Poussin, de Alma-Tadema, de Puvis de Chavannes. De la realidad de contemplar el mundo para verse uno mismo, y de contemplarse uno mismo para ver el mundo sale la generalización de una iconografía que ya estaba en Sade, Piranesi, Valdés Leal, Bernal Díaz del Castillo, Lucrecio.

Callé para probar si se molestaba en impostar interés. Dijo:

—Sosegarse en la mística del desasosiego comporta que también la salvación (el sosiego) presenta el aspecto del ente que se pretende que lo generaría.

¿Hablábamos de lo mismo? Qué más daba. Dije:

—La arqueología no es la ciencia de la gestión romántica de las ruinas, sino del conocimiento reconstructivo. No es una mirada ctónica descendente, sino ascendiente celeste.

—Uy, se han acabao las asunciones. El saber en sí mismo ya no interesa a nadie, los privilegios ya no vienen de ventajas intelectuales,

más bien los entorpecen. Antes pertenecías a la clase dominante, ahora no hay garantías de nada.

Me sonrió por primera vez, y entreví vertiginosos acantilados de lubricidad violenta y delicada. Quién piensa en salvarse por una ilimitada exacerbación de la sensualidad, por el rudo refinamiento de la vida primitiva —una mezcla de sabores de antigüedad profunda y crecimiento intelectual desacomplejado, libre de servidumbres materiales. La verdadera, radical modernidad entendida como un precario, esbozado, sutil, efímero ejercicio de retorno a esencias primigenias. También lo hablamos con Midoissa, o con Artur —con los dos, no me acuerdo. O ni siquiera lo habíamos mencionado y no era más que un pensamiento transferido por transparencia. No me lo acabo de creer, y Rakshasi tampoco.

Le dije:

—No hay futuro ni pasado, todo es presente: delgado, inexistente, sin resonancias en ninguna dirección. El ciclo compasión — autoinculpación — sacrificio propugnado por Midoissa, pese a que quién sabe de dónde provenía.

Me interrumpió.

—¿Era así en origen?

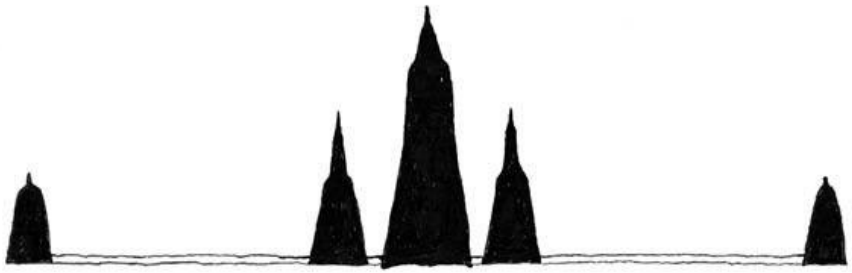
—Lo era, lo será, quién sabe. O se ha modificado el paradigma.

Rakshasi debe de ser la más joven, pero las manos delatan las brutalidades de la experiencia: huesudas, venas marcadas, fuertes — haber añadido anillos y uñas arma esas manos.

—Ya me lo parecía.

¿Por qué he recordado esta conversación? Porque fue el comienzo de la relación con Rakshasi. En el punto en que supe que estaríamos juntos me aligeré y dejó de interesarme. La prueba es dónde estamos ahora. Soy incapaz de decir qué vino después, más participantes, una nueva fase disolutiva, una desazón que también afectaba a Artur, con quien más he congeniado estos días, lo más parecido a un amigo que me llevaré de aquí, si es que algo me llevo.

Me viene a la memoria la discusión de cuando compartimos expedición los dos, sobre la altura de las torres y el posible perfil, que dibujé y más tarde he modificado, y se lo tendría que enseñar. Quién sabe si habrá ocasión —este pensamiento me inquieta.



No sé qué hora es. ¿Soy capaz de reproducir aquella conversación? Me dijo:

—¿Subimos? ¿Bajamos?

Sacudió aquella escalera delirante para hacerla temblar, para azorarnos más aún, para encontrar la excusa para no continuar. Dije:

—Desde arriba veríamos dónde estamos y hacia dónde ir. Por aquí nos mataremos.

Firme como siempre, dijo:

—Abajo no hay nada.

—Pues volvemos diciendo que por nuestro lado no hay salida.

Parecía que le hiciera mucha gracia.

—Es una parábola evangélica. Somos quien ha recibido un solo talento y no lo ha hecho rendir. Somos las vírgenes imprudentes.

Dije:

—Más bien el grano caído en terreno equivocado. No podemos hacer gran cosa.

También aquí entramos en consideraciones de fondo. ¿Qué hacer con la población, excluirla o recluirla? ¿El campo de concentración tiene que ser el Archicenotafio, o el mundo? Hay un momento de fractura en la vida, un vacío y la ansiedad de pérdida, el descontrol de la propia historia, la incapacidad de verla no distorsionada, de alcanzarla en un solo clic conceptual —eso no es nuevo. Como un avión levanta el vuelo, esta inseguridad se supera, y uno aprende a vivir sin ideas unificadoras de sí mismo, porque ya se ha convertido en más de un individuo, y desde esta multiplicidad se ha desvanecido la idea de la muerte.

Los cambios de impresiones con Artur solían ir acompañados por otra clase de filosofías. Un día, ya de camino, me dijo:

—La sobrepoblación dificulta la mecánica estatal de mantener la gran propiedad (en sí misma la razón del Estado), y ante la dificultad de activar las válvulas de seguridad tradicionales, la guerra en primer lugar, la única opción operativa pasa por transcender la sociedad del recelo y corregir la fatalidad malthusiana.

Era de prever que en otro momento me preguntaría por Kreis, una nueva ocasión para maldecir las imprevisiones de todos. Yo ya había

intentado evitar que consumara el plan vengativo de Midoissa y, tal y como me temía, no me había creído. Yo era el Tonto-Dios, y Artur sería el Tonto-Útil, el necesario perfecto bobo. La maniobra tenía posibilidades, si se trataba solo de superar el exceso de población y evitar la revuelta redistribuidora. Con la liquidación de Kreis como detonante, solo habría que mantener las alianzas adecuadas. Faltaba proporcionar los elementos necesarios para que Artur se viera a sí mismo como el elegido por el entorno de Kreis para reafirmarse en el poder, porque si por el camino de la sospecha se veía como el escogido por Midoissa como pieza clave de la insurgencia, se iría por mal camino. Le faltaban elementos para darse cuenta de que a pesar de que no había buscado confluir con nadie, era todo a la vez, conjunción de estrategias enfocadas a objetivos diferentes. La piedra angular del presente, la primera ley de La Isla de los Muertos:

Toda actividad humana ajena a la práctica intrínseca del consumo que
no comporte un beneficio rendible en términos fiscales estará prohibida

(Aunque esta ley lleva tanto tiempo en marcha que está amortizada. Ya se ha consumado a todos los efectos identificar delito con contraproductividad. La siguiente será, más que una novedad, un aggiornamento:

Todo ente y/o individuo o colectivo que obstaculice, interfiera, perjudique
o impida la obtención de beneficios materiales será eliminado)

Ahí está la gracia del Juego: que quien sabe más te haga seguir lo de los otros cuando crees que eliges tú, y que elijas tú cuando el adversario cree que te lleva por donde quiere sin que te des cuenta. ¿Había llegado a este punto, Artur?

Le dije:

—Un excelente propósito. ¿Y eso cómo se hace?

—La forma de esconderse es exponerse del todo, hacerse transparente. En la sociedad tardomoderna, por sobreabundancia de información las perlas quedan ocultas.

—Las perlas no están ocultas al azar, sino guardadas por durísimas valvas de ostra. ¿Tienes un buen cuchillo para abrirlas? ¿De qué te sirven en un irreconocible mundo de pérdidas, de olvidos, de victorias desfiguradas por ineluctables disoluciones?

Me miraba con condescendencia.

—Te da más miedo la incomodidad y perder la casa, los enseres y

los papeles que la muerte.

Procuraba no perder de vista las advertencias de Midoissa sobre los problemas psíquicos de Artur. A veces me parece el más lúcido de todos nosotros, por la capacidad de lidiar con delirios insoportables para la mayoría.

—Seguramente.

—Mira el lado bueno. Te predispone a una buena muerte.

Es hora de ver la muerte como un seguro —como un recurso salvador.

—¿Qué predisposición tienes tú?

Nos paramos, y apuntándome con el dedo me dijo:

—He buscado las marcas dejadas en el espíritu por las encarnaciones anteriores, para acordarme de dónde vengo, de las conquistas aprovechables, de las superaciones de aquello a lo que ya no hay que volver. Del ciclo proyectado.

—Es el momento de continuar y hacer un reset.

Pensé, y ahora qué —el relato perfecto, aquel en el que habla todo el mundo y no escucha nadie, sin discrepancia ni conflicto. Dijo:

—Analogías computacionales... En el punto donde estamos, ¿a qué equivale un reset?

—A pegarnos un tiro aún no.

Escarneció alivio después de un gran esfuerzo.

—No sabes cómo me tranquiliza. Y pues, ¿qué sería?

—He olvidado a mi mujer, a mis hijos, a mis amantes, mi casa.

—¿Por qué?

Demasiadas respuestas posibles. Elegí una intermedia.

—Porque no lo escucharía nadie. Han muerto incluso quienes recordarían a quienes ya solo yo recuerdo.

—Si no vamos a ninguna parte, no hay que apresurarse tanto.

—¿Quién se apresura en qué? La malignidad transparencial arrasa las fronteras entre voluntades, por igualación destruye, aniquila por desgaste de diferenciales. Ya no se trata de modificar el mundo, ni siquiera los equilibrios locales inmediatos, se trata de salvar la vida.

Artur iba tan aprisa que no lo podía seguir. Diversificado en múltiples pensamientos y actividades, delator, falso, hiperactivo para ser hiperproductivo, disminuido por falta de poso, incapaz del reposo contemplativo necesario para la gran obra alquimística, desnarrativizado, ya soy tan irrelevante y prescindible como los asaltantes. Lo somos todos, pero todavía opera la mínima distinción la conciencia que se pueda o se quiera permitir cada cual.

No sé qué hora es —ni interés en mirarla. No creo haber dormido ni un minuto, ni que los pensamientos se acercaran a los beneficios del sueño. Midoissa y Sartorius se levantan y cuchichean. Bettina duerme, o lo finge. Me acerco a ellos. Midoissa responde a Sartorius:

—No son asaltantes, son refugiados.

—Llámalo como quieras, ¿pero dónde están?

—No es un cambio de nombre arbitrario, importa mucho decir asaltantes o refugiados.

—De acuerdo, refugiados.

Intervengo:

—¿Excluidos o recluidos?

Midoissa me señala.

—Aquí no hay distinción: excluidos y recluidos a la vez.

Digo:

—¿Quién los ha recluido?

—¡Quién habrá sido!

—Está claro quién, ¿pero quién? Quiero decir, ¿quién ha tomado el mando?

—¿Hay mando?

Midoissa dice:

—Si no fuera por las consecuencias prácticas, sería una cuestión filosófica (si las cuestiones filosóficas no tienen consecuencias prácticas lo discutimos en otro momento, si queréis, gracias). Si Artur no hubiera sido un psicópata, lo podía haber tomado, en fin, no es seguro, quién sabe cómo le habría ido, pero cualquier otro en su caso lo habría intentado.

Sartorius dice:

—El mando es el pato decapitado, el rabo cortado de la lagartija, tiene una inercia de obediencia durante un tiempo, aunque no haya emisor o constancia de su identidad.

Digo:

—Y es así, no tenemos ni idea de quién puede haber.

Bettina se despierta y, aún soñolienta, se incorpora a la conversación.

—Podría ser Paco Regomir.

Midoissa dice:

—Menudo disparate.

—¿Más que haberlo sido Artur?

—Tanto da, Zapruder.

—No tiene carácter.

—Eberhardine.

—O Jack el Destripador.

—Ojalá Orens.

—Si fuera Orens el trato a los refugiados sería muy diferente.

—¿De verdad? ¿Crees que llegados al punto donde estamos hay margen de maniobra?

—Entonces tanto da el heredero de Kreis.

Midoissa dice:

—No hemos sabido nada más de Artur, y continuamos sin poder comunicarnos con nadie. Quizá está en más buena posición de lo que parece. Vamos a buscarle, y si en un día no lo hemos encontrado, nos vamos de aquí.

Sartorius está de acuerdo, pero yo ya no puedo más. De muerto viviente a muerto muerto solo va un gesto que no le hace falta ni protocolo porque, indiferenciado del resultado de la indigencia de la mayoría, no será apreciado desde ninguna categoría epistémica superior a la que mueve los animales.

Digo:

—Id donde queráis, no hay nada en ninguna parte que no esté en cualquier otro lado, o aquí mismo. Yo me quedo.

Se miran. Midoissa dice:

—Muy bien. Nosotros nos vamos.

En el alma humana hay pocas cosas más duras que la indiferencia de una mujer desenamorada.

Sartorius coge los enseres.

—Entonces, ¿nos vamos?

No me muevo. Bettina dice:

—Me quedo con él.

Sartorius dice:

—¿Así qué? ¿Quedamos de alguna manera?

Midoissa dice:

—¿Cómo quieres quedar? Estamos sin planos ni comunicaciones, apenas sabemos dónde estamos, y no sabemos a dónde vamos.

Le digo a Bettina:

—Ve, yo ya lo tengo todo hecho.

—No te dejaré solo. Iros, y decidimos dentro de un rato.

Sartorius abre la bolsa, y aparecen pistolas y machetes. Nos da uno de cada, por si acaso, murmura, y me hago un esquema mental de los por-si-acasos posibles.

Se van, y Bettina se me queda mirando. Que no me reclame nada me hace sentir peor que si me quisiera convencer de quién sabe qué, quién sabe con qué argumentos, con qué expectativa espectral.

Se me ocurre violarla, asesinarla. De todo. Las actitudes y los actos que en los tiempos de las categorías eran depravación, ahora son norma, aunque no tenga sentido decirlo así; en el triunfo de la libertad y la democracia ya somos todos iguales en la catástrofe, ya somos todos verdugos y víctimas —la falta de relato ha eliminado las diferencias. Le digo:

—¿No te gustaría echarte un rato, ahora que estamos solos?

—Francamente, y no va contigo, no tengo ningunas ganas.

Como salida individual, la contemplación. La total anorreación de la fibra cultural permite la epifanía de una nueva forma de libertad.

Los fragmentos a punto de recomponer la imagen —no un retorno, sino el objetivo inicial. Incluso cuando el ritmo fuera más rápido, el desprendimiento y la idea de cálculo transmitida lo harían contemplativo. Pero ya no llego a tiempo. Le digo:

—Todo esto pasa para que se cumplan las escrituras de los profetas. La narración precede a la realidad y la determina.

Se me queda mirando, y no sé si es no entender nada o un miedo y un recelo indefinidos. No se lo puedo recriminar, pobre Bettina que se ha quedado por pena, no le puedo hacer esto. Me encuentro mal, tengo una náusea ascendente por detrás hasta la cabeza, un vertiginoso estremecimiento ininterrumpido. Dudar no es un posibilismo, es una oscuridad. Los condicionales se han minimizado hasta la desaparición. He perdido la curiosidad, el juego de las alternativas no me interesa, ninguna posibilidad de sorpresa representa ya nada para mí. No me voy a quedar esperando a que nos bombardee el sucesor de Kreis. Me acerco a ella, la tomo con las dos manos por el cuello y la nuca, como una copa, y lo parece, endurecida y vacía. Me mira con esa líquida inquietud, para nada sorprendida —la conozco: dispuesta a negociar la resistencia, pero no la rendición.

Me coge las muñecas y se suelta. Me dice:

—Sentemos y hablemos.

—No hay de qué hablar.

Siento una rara lucidez flotante en un amarillo pastoso, como si las leyes de la gravedad y la causalidad ya no fueran para mí. No lo son. No saber quién soy es un «desde fuera saber-no saber» insoportable —soportable en la dimensión del «soportar-saber». Cojo la pistola de Sartorius, me aparto tres pasos, me pongo el cañón en la sien y disparo.

¡Esto no, esto no, esto no! ¡No me lo podía esperar, o sí! ¿Dónde tengo la cabeza? Phaeton cae de lado, en la misma dirección que el rayo de sangre que estalla por el otro lado del tiro. Me ahoga el pesar de no haberlo evitado, ¡y habría podido hacerlo! (¿O no?) Debe de ser una forma extrema de desesperación pensar que aún estoy a tiempo, correr a su lado, poner las manos en las heridas como a un crucificado por la cabeza, aferrarme al delirio de retroceder, negarme a las imposibilidades. ¡Esto no está pasando! No lo debo de negar con suficiente fuerza, porque Spohr se ha volado la tapa de les sesos. Es el hombre más muerto que he visto en mi vida.

Intento ponerme por orden: respirar, centrarme, situar qué acaba de pasar, liberarme de culpa, re-respirar, reconducir las pulsaciones, no hiperventilar, dejar para después las reflexiones de fondo. El tiempo es como si quisiera retroceder al instante anterior para darme una oportunidad; se mezclan abrazos, insultos, besos, sexos exacerbados, y cuesta distinguir qué controlo desde la voluntad y qué

se me impone no sé desde dónde. ¿Qué hago con el cuerpo, lo dejo aquí? (Y de «mi» cuerpo, ¿qué?) No sé ni llorar —¿y por qué tendría que hacerlo? ¿Qué diré cuando me pregunten detalles? No sé por qué me siento a ráfagas como si lo hubiera matado yo. Acabo de adquirir una deuda monstruosa con el Egrégor de los idiotas sagrados, y no podré pagarla nunca.

No consigo sosegarme. No sé cuánto rato estoy aquí clavada; el único reloj es la sangre extendiéndose, el tictac silencioso de la venganza de la lentitud, ¡porque lo que ha llevado hasta aquí ha ido tan deprisa! Debe de ser por eso. ¿Pero cómo puede ir despacio algo así? ¿Qué le ha pasado, pobre Phaeton? ¿Cómo puede ser que no nos hayamos dado cuenta, desde cuándo le rondaba por la cabeza? Salgo corriendo; a lo mejor Midoissa y Sartorius han oído el disparo, quizá aún están cerca y puedo alcanzarlos. Corro de acá para allá por los pasillos desiertos, me paro a escuchar, retrocedo y vuelvo por otro camino, todo en vano. Han desaparecido —estoy sola.

Vuelvo adentro esperando encontrar algo diferente de lo que he dejado, y recibo la visión confirmada como una sorpresa fría. Lo toco con un respeto injertado de asco y miedo, como si tuviera que revivir; ¿cuántas veces hay que constatar una constatación? Me noto asquerosamente sudada, lilosamente salida de un engrudo ofensivo.

Llega el punto inmediato, el perentorio, el acogotante: ¿qué hago con el cuerpo? No hay manera de comunicarse con nadie, no me lo puedo llevar, no lo puedo enterrar, no lo puedo incinerar. No puedo hacer otra cosa que dejarlo aquí —ante la expectativa se hace patente la fuerte carga cultural en la fatalidad de abandonar el cadáver de un amigo como si fuera un perro, expuesto a indignidades, a vicisitudes que no quiero ni imaginar. Quiero convencerme de que toda la Isla de los Muertos está llena de cuerpos incontrolados, y uno más tanto da y, todavía, que una vez muerto qué le importa a Phaeton, pero la rojez ardiente arraigada en el alma se niega a aceptarlo.

Salgo de la estancia y entro en las dependencias adjuntas, buscando no sé qué, al tuntún, como una bestia emponzoñada, sin fuerza en los brazos. Al fondo de un almacén vacío doy con un armario apartado, oscuro y profundo. Vuelvo a salir y a entrar para comprobar el efecto: sí, está reguardado, no está en primera fila a la vista, se tendrá que entrar aposta a removerlo para descubrirlo.

Regreso a por él, y la operación resulta tremendamente difícil y cansada. Phaeton pesa más de noventa kilos, cuando lo arrastro queda pillado en todos los zócalos y escalones, aquí no pasa un brazo, allá se traba una pierna, y queda un rastro de sangre delator —no sé cómo voy a limpiarlo. Meterlo en el armario es lo peor. ¡Por qué los muertos se resisten con tanta ferocidad! Me siento como si lo estuviera

rematando. Acabo histérica, a punto de estallar en carcajadas: al final Phaeton ha conseguido que le meta mano.

Abro cajones, y entre montones de desechos y porquería polvorienta encuentro unas cortinas para envolverlo. Mientras me hago la ilusión de que lo amortajo me dejo aplastar por los argumentos necesarios para convencerle de que no se mate, como si aún estuviera a tiempo, como si estar muerto fuera producto de mi desatención, pensando qué debería corregir, cómo vuelvo atrás para conseguirlo.

Los toques finales son los más duros y laboriosos. Dejar el cuerpo para dar a quienes lo encuentren oportunidad de pensar que ha sido tratado con afecto y con respeto. Cierro el armario y me vuelvo a quedar ahí —una fuerza inexorable me impide mover ni un dedo, incapaz de lágrimas, de gritos, de puñetazos a la pared, llena de asco de mí misma, de la ropa, de los dedos macados, de la piel sudada. Esto no será digno jamás, de un armario no se resucita.

No sé con qué me he cortado en la mano y he ido sangrando hasta que me he dado cuenta de que no era su sangre sino la mía, y lo he ensuciado todo. Vuelvo al armario y hago un par de trapos para lavar. La de la habitación no logro limpiarla toda ni mucho menos, y cuanto más complicado y pesado más me pregunto a quién le importará, quién me va a pedir explicaciones. Por qué me mato, si en cualquier momento todo se va a hundir. La obsesión se vuelve una rara terapia —lo posible más importante ahora, la única acción con sentido, capaz de articular toda mi existencia, la que no puedo ni tengo que abandonar de ninguna forma, aunque me vaya la vida. Y cómo me va.

Una vez acabado, se me ocurre si tendría que hacer un ritual o ceremonia, lo que se les debe a los muertos. ¿Tiene sentido si solo estoy yo? En las películas, cuando van dos colegas y muere uno, el otro se quita el sombrero, se está un rato plantado en plan de recogimiento, le dedica una oración más o menos interior. Pero en las películas los espectadores dan el sentido, y figura que un dios da lo que en la práctica repercute en los asistentes. Pero aquí no hay ni Dios, por lo tanto ¿qué razón de ser tendrá lo que yo le dedique a Phaeton? Una masturbación espiritual, o Artur se ha echado atrás y la primera persona la tengo yo. Si fuera así, qué debería hacer, ahí va una cuestión metafísica o meramente formal. No sé ni en qué términos me puedo y debo plantear tal dilema.

Sería más práctico y útil masturbarme de verdad hasta hacerme daño, ya qué más da la sangre, descargar todo lo que se me echa encima, sin rendir cuentas a nadie, a pesar de que de cuentas tampoco tengo que rendir de nada más. ¿Si tengo la primera persona hay que entrar en detalles?

Entro y salgo no sé de dónde porque todo está transmutado, vuelvo

a la habitación donde hemos dormido y es otro lugar desde que Phaeton se ha matado —quedarme sola me ha dejado sin planes. Me obligo a recordar qué iba a decirle, qué creía que teníamos que hacer, para ahora decírmelo a mí misma, y el vacío produce un paradójico efecto de embrollo. Me he convertido en la niña que no llega a la estantería, y no hay escaleras ni sillas a mano para encaramarme. Soy presa de tales vértigos que me derivo de verdad a aligerarme en la masturbación, y la práctica certeza de que a un Phaeton redivivo le habría parecido una burla me excita todavía más, y aún se añade lo mal que me sabe haberle negado el sexo tan reiteradamente.

Me pongo a ello como si me castigara. Un castigo masoquista en el auténtico sentido de la palabra, no en el trivializado. Tendría que lamer la sangre que no he conseguido limpiar, y juntarlo todo para pasar página. Me abandono por tierra, me retuerzo, me convulsiono, me revuelco. Querría chillar, querría dormir, me chillo para adentro. Me iría con el primero que llegara, con todos los que aparecieran, uno tras otro, hombres y mujeres. Encadeno los placeres que me he negado con Phaeton y acabo haciéndome daño, y también forma parte del castigo vuelto hacia él mismo, de un hado que de castigo no tiene nada, destinado a otro que, seguro, será mucho peor y de mal recuerdo. Conciencia de la primera persona como un tremendo dolor físico. Que tal dolor proceda de la impostura del absoluto que había tomado por el atributo que me estaba destinado. Una impostura de la cual no soy responsable sino víctima, y esto me consuela —falsamente, tampoco me lo había llegado a creer.

Pierdo el sentido del tiempo. Apartada de la luz del día, no sé si estoy en esta cueva una hora o cuatro, y exactamente, terriblemente el mismo repique de pensamientos me dice que no me puedo ir porque no hay a dónde ir, me dice que huya deprisa, que cualquier lugar será mejor, tanto si es para ganar un estado mejor como para que me maten de una vez y dejar de arrastrarme. La decisión será arbitraria, conflictiva y penitente, y la tomaré en el momento de haberme reafirmado en la contraria.

¿Hay alternativa? No: solo puedo irme. Quedarme sería el continuo deforme en que estoy instalada desde hace no sé cuánto. ¿Qué le debo a Phaeton, por qué no me puedo ir? No puedo decidir nada hasta que lo resuelva. ¿Desde dónde lo tengo que hacer, en qué principios me tengo que guiar? ¿Cuándo han caído las causalidades colectivas, qué sentido tienen las individuales? Si dentro de la mecánica general del «tanto da» acentuada todavía más con lo que está pasando y no-pasando apenas quedan procedimientos de justicia rudimentarios, más cerca de la venganza que de la equidad, ¿a qué referencia objetiva se acogerán a partir de ahora mis elecciones? ¿No hay ley porque no hay brazo criminal que la sancione? ¿Tengo que echar de menos todo lo

que me asquea, de lo que tan en contra he ido y con una convicción tan inconmovible y sincera? Esta segunda derrota me explica la decisión de Phaeton, me la restaña como la vida a los cerdos, y con un temblor de alegría me veo capaz de calmarme, lo suficiente cuando menos para salir de aquí con garantías de no deambular como una demente.

Poco a poco para desatolondrarme, procuro que un exceso de identificación con Phaeton no me tiente a hacer como él. La idea sola, la posibilidad real de seguirle, me devuelve a los vértigos adrenalínicos. Me dan ganas de comprobar que Phaeton todavía está, que no se ha movido, si aún está vivo y me he equivocado al retirarlo. Recaigo en todo, y por reducción al absurdo vuelvo a la masturbación, aunque tengo el clítoris en carne viva y el dolor y el chirreo dan colores inéditos al placer, a la vertiente liberadora que le exijo al placer. Contrariada, humillada, arrepentida ya no sé de cuánto, estoy por ir a desenvolver a Phaeton para masturbarme contra sus cantos óseos, me obsesiono en los más efectivos, el codo, las muñecas, la nariz, y me da pereza el esfuerzo y la dilación, ay, lo que me hace falta lo quiero ahora mismo. Los orgasmos han transcendido al castigo —ya son sacrificios sagrados, y la idea me da risa y llanto.

Impelida a gestionar metaplaceres se me ocurre si María Malibran fue víctima o beneficiada por la exigencia despótica de su padre, que le exigía tanto que la niña aprendió a cantar entre lágrimas sin que los llantos le afectaran la voz, recurso que en la carrera operística puso en juego para conmocionar al público —el quid no es el hecho en sí, cantar llorando no tiene especial interés, cualquier actor adiestrado en la técnica pertinente lo hace; la gracia es llorar como una gran actriz mientras se canta como la mejor. No lloraba cantando, cantaba llorando. Era el canto sublime el valor, por más que el llanto marcara la diferencia y fuera apreciado como una cúspide actoral y sentimental; una nota falsa, un desafinamiento, un desfallecimiento musical lo habría destruido. Si se chilla mientras se folla, pero no mientras se masturba en solitario, queda en evidencia la dimensión escénica del caso.

¿Dónde está mi público? No aquí, disminuida como felina cautiva, indigna, destrozada a autorreproches, culpada de todo, irredenta y resentida. Me da pánico diferir; o me voy o me mato, todo menos hacer el idiota. Tengo el estómago petrificado, imposible comer nada; la boca seca —se han acabado los refrescos y el agua. Miro en la bolsa de Phaeton. Cojo las latas y la dejo en el armario. Me hace una gracia sin gracia la idea de enterrarlo como a los faraones, con todos sus enseres, aunque ahora sean tan pocos; es todo lo que tiene, ciertamente.

Estar sola ante otros sitúa en la lástima, en la indiferencia, en la

compasión, pero estar sola ante mí no sitúa en ninguna parte. Me abrocho, me recompongo, recojo los enseres y me voy en dirección contraria a la que nos ha traído hasta aquí.

Calculo que voy en dirección Este, donde se dice que hay algunos embarcaderos de difícil acceso, poco controlados por los pelotones paramilitares, el único punto por donde es posible huir sin trabas graves. Voy por avenidas oscuras y desiertas, por espacios de grandes dimensiones, de más de quince metros de ancho y más de treinta de alto, con paredes chorreantes y puntos de intimidantes cascadas interiores. Los lugares más iluminados desvelan imágenes negramente brillantes. Todo está carbonizado, como después de un gran incendio.

Querría encontrar a alguien, y también me da miedo. De vez en cuando llegan chasquidos y retumbos lejanos que no identifico, vibraciones ascendentes y descendentes, quizá paso de trenes. Me guío por eso. En la nueva ruta la visión se aclara y oigo o creo oír olores marinos que me animan, pero también atemorizan, aunque de otra manera.

A medida que avanzo, me abate el sinsentido: voy a buscar lo que desconozco. ¿Por qué lo busco, si no sé qué es? ¿Qué cambiaría, aparte de lo que me durará la comida —no sé qué cambia si me muevo o me quedo—, quedarme aquí sentada a esperar lo que no sé qué es ni si llegará, ni cuándo? No mucho, porque lo que tenga o no tenga que encontrar tampoco sé si aparecerá, ni cómo. La retórica del pánico presenta figuras caprichosas, inquietantes productos de la combinatoria, parecidos casuales con hechos conocidos, posibles, absurdos, prodigiosos, terroríficos, bestialmente significantes, alterizadores del todo o del todo retornantes a mí misma.

¿Hemos perdido el instinto perceptivo de los animales, tal y como sostienen algunos? Quizá no, quizá solo hemos olvidado los mecanismos instintivos para interpretarlos. Se llama casualidad, intuición, enigma, brujería, olvidando que la naturaleza es una, por más que múltiple en manifestaciones. El peligro se acerca, lo siento, pero como no identifico los resortes que me lo proporcionan, no sé qué hacer.

Me vienen a la cabeza recuerdos de vidas de santos, relaciones humanas de pensadores y artistas que me han acompañado desde pequeña, cuando los padres y los primos y sus padres dedicaban horas, como si de ello dependiera alguna fuerza determinante, aunque yo no me quería atrever a saber cuál. Son conocidos los elogios de Haydn a Mozart cuando se dirige a Leopold, su padre —«lo juro por mi honor, vuestro hijo es el músico más grande que jamás he conocido»—, pero no tanto a la inversa: después de una audición de Haydn en un salón privado, Kozeluch lo criticó y, según Rochlitz, Mozart le dijo:

—Señor, aunque nos fundieran a ambos juntos, haría falta aún

tiempo para que saliera un Haydn. Nadie lo puede hacer todo, bromear y tocar, hacer reír y conmover tan bien como Haydn.

Niemtschek lo cuenta de otro modo. Kozeluch habría dicho:

—Yo no lo habría escrito así.

Y Mozart:

—Yo tampoco. ¿Y sabéis por qué? Porque nosotros no habríamos sido capaces.

¿No hay mujeres entre los referentes de supervivencia? Es tan buen o mal momento como cualquier otro para entrar ahí. ¿Cómo ordeno por importancia las cosas de la vida? Lo pienso una tras otra, y comparo chutes de adrenalina. En una escala del 0 al 10: Mozart 6, Haydn 7, Mercedes 8'5, Spohr 8, Christopher 7, Sebastian 7'5, Artur 5'5, el sexo con Nietsripas 7, Midoissa 9, Bach 9, mañana 8, ahora mismo 9. Si Phaeton detentaba la primera persona, ¿dónde ha ido a parar? ¿A mí? Si la primera persona fuera un espíritu invasor que cuando detectara un portador inestable, o cuando se quedara sin portador, saltaría al más apropiado, al más cercano. La primera persona es el virus superviviente. Si es inmortal, en la medida en que puede serlo cualquier habitante de un astro destinado a ser tragado por su Sol.

Reordeno, rectifico las cifras una y otra vez por comparación, siempre a la baja, por venganza, por deseo, por remordimiento. Añado alguno: soy la detentadora de la primera persona, 9'5. Tengo la muerte cerca, 7 (será que no la veo tan cerca). No he puesto ningún 0 ni ningún 10 —darlo todo es tan complicado como negarlo todo— ni nada por debajo de 4. A pesar de la conmovedora relación con Haydn y haber sido objeto de su distinción, Mozart no reconoció a Beethoven, ni Goethe reconoció a Hölderlin —vale para todos los ámbitos: Gide rehusó a Proust, Barral Cien años de soledad, pero Buxtehude sí que había reconocido a Bach (a propósito del cual sería considerable cómo la preferencia y la sobreatención del padre hacia un hijo —Wilhelm Friedemann— le perjudica en contraste con otro —Carl Philipp Emanuel— aparentemente desatendido). Y Liszt, a Chopin. Y Berlioz, a la Malibran.

Debe de haber sido el desencadenante (lo he pensado después), porque no sé en qué trampa para leopardos, para monos o para idiotas he metido el pie, que después de un «cric» metálico me encuentro violentamente tirada hacia arriba de un latigazo, atrapada por el tobillo izquierdo, colgada cabeza abajo con la cara a tres metros de tierra dentro de una red duramente constrictora que me impide revolverme para probar de deshacerme.

Es complicado pensar en esta posición, viendo el mundo al revés y con el pánico sordo que deja como residuo el susto. Me centro en serenarme, respirar y acogerme a los ejercicios de concentración de

Kamefes: este cuerpo no es el imponderable donde me acojo, sino un recurso que domino, esto que me está pasando es insignificante dentro de la orden del Universo —donde no hay arriba ni abajo, ni delante ni detrás—, extraigo la energía y la esencia de lo que me rodea en la medida de mi necesidad, controlo mi estado con la gestión de fuentes más altas y profundas que todo lo que me rodea en primer término.

Un buen momento para comprobar el rédito de las mujeres anticontemplativas, alejadas de las que con orgullo declaran la superioridad de ser capaces de hacer muchas cosas a la vez. Según cierta teoría antropológica, son el resultado de una regresión evolutiva, puesto que la multifunción es propia de los animales —el leopardo hembra caza, y a la vez está pendiente de proteger a las crías, de no interferir en el territorio de la hembra contrincante, de que no la ataquen las leonas, de que no la vean las hienas que le robarían la pieza—, y el atributo específico del homínido avanzado es concentrarse largamente en una sola actividad contemplativa para resolverla y extraer categorías abstractas generales. Una teoría de machos por machos, como tantas que ahora no me servirán para nada.

Pensar, ordenarme, buscar el centro, inventar una razón de ser del equilibrio, respirar, dominar la gravedad, transcender mi peso, la circulación de la sangre, la presión arterial. Discierno expectativas, aprecio la extrañeza de poder escoger. Esta trampa la ha puesto alguien buscando el resultado acabado de realizar en mí; es el propósito inmediato —busca la intención de fondo: cazar para impedir el paso, cazar para destruir, para obtener información, por comida.

O es una trampa puesta hace mucho tiempo, y los dueños ya no están. Hace años que han desaparecido. Como no puedo usar los brazos, me balanceo a ver si hay sensores para avisar de que el mecanismo se ha accionado, y no consigo verlos en ninguna parte. No sé qué prefiero: que no haya seguimiento y no venga nadie a recoger el botín, o que comparezcan los cazadores. Opto por la segunda posibilidad. Por mala que sea, cualquier cosa será mejor que quedarse aquí colgada como un jamón.

Hay una tercera salida: que me encuentre casualmente alguien que no tiene nada que ver, un vagabundo como el que era yo misma. El dilema persiste. No es lo mismo un transeúnte sin intenciones que un feroz hijo de puta asilvestrado, y ya no digamos una banda de estos. Aún me da menos miedo la muerte, aunque la siento más cerca que nunca.

Pensar del revés se convierte despacio en pensar del derecho y poner a la inversa el mundo. Sostener el techo con el pie desde una gravedad inversa, y despacio fundir la cabeza con el globo terráqueo. Cariátide funámbula, escojo el asterismo conveniente entre las vacilantes calimas que ensayan combinaciones a mi alrededor.

Recuerdo el quinto día de la Comisión, en la salita de las reuniones a Phaeton, Shelly y yo. llegaron Midoissa y Artur con las acuáticas caras de quienes han pasado la noche juntos y fluctúan entre ocultarlo y exhibirlo, conscientes de que las interpretaciones de los otros también vacilarán entre el chisme y la indiferencia, entre la envidia y la condescendencia, y hasta la hora de comer tuvimos un debate más técnico de lo habitual, o a mí me lo pareció porque Shelly no paraba de mirarme. Unas horas más tarde habíamos acabado la conversación en la dificultad de establecer una topología del tiempo que nos permitiera circular como en las grandes jugadas de la Fragmentación, y nos íbamos a la sala de comparecencias. Por el camino Shelly me alcanzó y me demoró con uno de sus discursos elípticos.

—Una mujer inteligente no se degrada cuando obedece a un imbécil, y todo el mundo se compadece. En cambio, un hombre inteligente de marioneta en manos de una idiota sí que se idiotiza, y se burlan todos.

No me costó darme cuenta: se estaba metiendo con Artur para asegurarse de que ahora que parecía más interesado en Midoissa retomaríamos nuestro asunto donde lo dejamos, en un «ya veremos» con tenue expectativa de cama. Entendí que llegados ahí, esquivar a la vampira fuera una urgencia sanitaria. Le dije:

—Me puedo imaginar quiénes son el imbécil y los dos inteligentes, ¿pero la idiota soy yo?

—No, no, qué va, nadie es nadie, quiero decir..., todo el mundo es quien es.

—Claro, Shelly, ¿cómo podría no ser así?

—Me fascina la idea de que los humanos nos manipulemos los unos a los otros siguiendo las leyes de la esgrima, del karate, de cualquier arte marcial, que de un movimiento de defensa, incluso de fuga, salga un ataque.

—Es así. No sé qué decirte.

—Dame un beso.

—¿Ahora, aquí?

—Somos los últimos, no nos ve nadie. ¡Con lengua, eh! De los de verdad.

—¡Sí, hombre! ¡Y qué más!

—Qué te cuesta...

No me costaba nada, realmente. Entonces, ¿por qué no? Le podía haber soltado que las mujeres somos muy complicadas, más de una vez me ha servido, Artur todavía no me lo había afeado restregándome que es un tópico, aunque adornándolo precisando que indigno de mí, y en el fondo pensando que no tener ni idea de por dónde vas no tiene nada que ver con ser complicado.

—Lo estaba pensando.

—Enséñame las tetas.

—Tira para adentro.

—No me tomas en serio.

—Cómo quieres que te tome, animalito.

Se me acercó y me dejé rozar más de lo que en principio estaba dispuesta, pero tan aprisa que no sé quién salió peor parado —y ahí asaltan como mínimo tres o cuatro tópicos más.

El resto de la Comisión ya estaba dentro, y fue de muy poco que no nos vieran. O nos vieron y fueron discretos. Zapruder me esperaba para saber cómo había ido la visita al lucernario, puesto que yo había sido la principal promotora, y no debía quedar muy bien aparecer recomponiéndome la ropa.

Me dan ganas de reír, pero en esta posición me da miedo ahogarme. Pienso cómo hemos llegado hasta aquí todos juntos, cuántas casualidades vertiginosas rigen nuestras vidas. Con Artur nos hemos cazado a ojeo, con Eusebi aún más, quizá no tanto con Sebastian, pero con Christopher he pensado más de una vez en las oportunidades de no haber llegado nunca a tener nada de absoluto, en todo lo que ha sido un obstáculo para conocer a otras personas más apasionantes que las que ha habido. Si superamos el primer encuentro, cuando íbamos a hablar y nos interrumpió no sé quién para acaparar la conversación; otro día, meses después, yo estaba pendiente de otra persona que no sabía si estaba por mí, y lo dejé con la palabra en la boca; y todavía un tiempo más tarde, cuando yo lo tenía todo muy pensado y preparado, y le vinieron a buscar para un trabajo urgente; y una última vez, de hecho penúltima, en que él no me podía prestar la atención necesaria porque llegaba tarde no sé dónde —siempre he sospechado que era para encontrarse con otra tía, aunque él lo ha negado siempre. Si la serie de imposibilidades te alejan, te desaniman o te desinteresan y te impulsan a desistir, o a la inversa, a conseguirlo a cualquier precio, no importa el esfuerzo ni el tiempo porque tratas con absolutos, y te enfrentas al irrenunciable objetivo de tu vida.

En un trayecto marino o aéreo, si ves a otro transeúnte siempre en el mismo punto de referencia de la parte delantera de la nave es que seguís trayectorias de colisión. La representación precisa de una realidad vital: cómo prever el inminente conflicto con alguien por el hecho de verlo, en este caso de forma figurada, sin desplazarse de donde está. No percibir movimiento —por aproximación, cómo se agranda la figura. El estatismo en la consideración ajena prefigura el conflicto. O tan solo el encuentro, y como sea ya se verá. Me obligo a pensar si Christopher y yo nos acabamos juntando porque siempre que nos íbamos encontrando eran visiones cada vez más aproximadas el uno del otro, pero sin cambios de contenido. La insistencia de la

fatalidad fue un mero efecto del trazado de la trayectoria.

¿Se proyecta sobre terceras personas, el efecto trayectoria de colisión? Como fatalidad determinada, la colisión puede ser emblema del encuentro de otros. La primera conversación larga con Rakshasi dentro de la Madre Casa también provenía de encuentros previos de intensidad y duración crecientes, icónicamente aproximantes, pero el encuentro prefigurado era el mío con Artur.

Rakshasi me dijo:

—Eres tú quien tiene más posibilidades de saber hasta qué punto le afectaría si por aquí aparece Camila.

—No sé por qué tengo más yo que tú —le dije.

—Si le hablas de Max van Egmont y de tu familia hasta Primo Pietrea le animará a no querer ser menos.

—O a desistir. Si tiene que ser hasta Primo Pietrea... El objetivo final de que venga Camila no lo sé, ni si se trata de condicionar a Artur.

—¿Para obligarle a qué?

Sin saber a dónde íbamos a parar le dije:

—No lo sé, ya te lo he dicho. Pregunta a Midoissa, es idea suya.

Nos reímos. La notaba insegura cuando dijo:

—No me contará nada más. Ya sabes cómo va el Juego de la Fragmentación. El todo no lo conoce nadie; la información está, no se sabe si completa, pero sí repartida entre muchos. Y aún de este «completa» no se conoce el alcance ni la probabilidad.

—La figura determinante no la forman las informaciones, sino la combinación de lo que desconoce cada cual.

—Yo no estaría tan segura. ¿Puede aportar información estratégica valiosa la naturaleza de los desconocimientos relacionada con la posición de cada cual?

—¿Pues qué es, si no, el Juego de la Fragmentación? Las tensiones de los intermedios de los fragmentos. ¿Por qué, si no, se llama así? ¿Por la aspiración romántica sacrificial de reconstruir el ente fragmentado?

—Sería kabala, no un juego.

—Todo es un juego. La vida, la muerte, la manera como el tiempo tinta y tiñe el mundo.

Me habían dicho que esta mujer no escucha a los interlocutores, que no le interesa nada de lo que le dicen. Tan solo es capaz de responder a lo que se le diga para disentir y corregirlo, o para contar algo mejor y más divertido. ¡Vaya pues! Lo que yo le decía le debía de interesar en especial.

—Me comprometo a descubrir cómo se sentiría Artur con Camila rondando por aquí.

Nos distrajimos con otras cosas. De forma deliberada me escrutó

para que le hablara de música, quién sabe si con un interés auténtico o para evitar profundizar en qué, en qué Bach se aparta de la mayoría de los músicos por el hecho de no haber escrito para la escena.

Dijo:

—Más allá de que en aquel tiempo el arte se movía por encargo o por oportunidades, si a Bach le hubiera interesado, algo habría encontrado.

—Es discutible que no lo hubiera hecho. Eolo apaciguado, la Disputa de Febo y Pan, Hércules en el cruce de caminos, la Cantata del Café las titula dramma per musica.

—Sí, las músicas se hacen irreconocibles a lo largo del tiempo. Bach puso el talento y la incursión formal en la música para la iglesia.

Dije:

—Otro tópico. Bach era un ecléctico, por no decir un escéptico. Hizo música de temática mitológica. Pagana, y no tuvo problema para parodiarse después para hacer cantatas de iglesia. Misas, al final.

Me debe de estar subiendo la sangre a la cabeza. Así como la poesía limita con la música por el norte, y por el sur con la pintura, también la música tiene sus fronteras. La búsqueda entre Telemann y Händel, posibilista, inmediato, sincrónico y ecléctico uno, el otro opulento, discursivo y escenomaníaco sin escrúpulos, comparamos la Tafelmusik con los Concerti Grossi y Concerti per Organo, una dicotomía que se repetirá setenta años más tarde entre Mozart y Haydn, uno practicante contumaz de un tafurismo temático poliédrico ofreciendo varios temas en sincronía conceptual, el otro padre de la retórica literaria y filosófica progresiva y diacrónica propia del Romanticismo: Haydn el narrador, no Mozart el escultor, es el discursor que lleva a Beethoven. Haydn, el filósofo del Big Bang.

Para distraer fantasmas físicos con fantasmas de verdad evoco el último sexo con Artur, un día que yo venía de consolar al pobre Shelly, y dando por hecho que el otro estaba abducido por Midoissa me lo encontré hecho un alma en pena camino de la habitación. En el estado en que Shelly me había dejado —ya es negado para el sexo este chico—, Artur parecía una aceptable alternativa al onanismo. Me dijo:

—Creía que estabas con Curwen. ¿Te vienes a tomar la última?

No sé cómo lo hizo; en lugar de a su habitación fuimos a la mía, y después de tanto perseguirme todos por todos los rincones, me pareció de buen tono aceptar una copa antes de pasar a la acción. Hizo un brindis —era obligado tomárselo sarcásticamente.

—Por el amor absoluto.

—¿Y eso qué es?

—La destrucción total.

—Ni que las suposiciones fueran feroces deseos ocultos.

Ese idiota tenía a Midoissa en la cabeza, pero movida a ternura por

la evidencia de que ni se le ocurría que me hubiera dado cuenta, me permití sentirme desinteresada y generosa. Pasé de rigideces y composturas y le dejé hacer todo lo que quiso, quizá para compensar mi escasa diplomacia de interrumpirlo para contestar a cada paso mensajes de Nietsripas, Zapruder y Crowley en el smartphone. Me dijo:

—Ya sé que nos queremos complacer, pero tampoco sufriríamos más de la cuenta si estuvieras algo más por mí.

—Solo hay un remedio para no sufrir: estar con mucha gente, cuanta más mejor, sin cesar. Los grandes crápulas son fugitivos de penas de amor, las mujeres perdidas son almas compasivas. El sexo es universal y benigno como el amor es único, particular y asesino.

—¿Te compadeces de mí?

—No soy una mujer perdida.

—Si no lo eres, aspiras a serlo.

—Christopher se compadeció de mí, yo de Sebastian, con Eusebi nos aplastamos de mala manera. Contigo hay un equilibrio.

—No como pareja, quizá como individuos. Esta noche he soñado con una conversación sobre el carácter fundacional y transitorial del clave en Bach, a la vez concertino y bajo continuo. Tú decías:

»—¡Este eres tú! ¡Referente y protagonista! Es tu primera persona.

»—Hay especificaciones donde Bach prescribe dos claves: solista y acompañante.

»—En la vida sería desdoblamiento de personalidad, y en la música debe de ser virtud práctica.

Yo te tenía que transmitir un mensaje importante.

»—Y conceptual. El árbol no tiene hojas, sino mariposas monarca para disfrazar el protoplasma calcificado, el mimoide, representación perdurable de la memoria, un repertorio de ácidos nucleicos grabado en cristales asíncronos macromoleculares, ocasionalmente confundida con reflejos de soles lejanos en estructuras salinas deshidratadas.

»Del mimoide salía una voz grabada:

»—Procrastinador por sucedáneo de pulsión anadiplótica, arduo reminiscenciador de sabinianos y proculeyanos en utopías, a cambio de ucronías, paracronías, pseudotopías, prototopías, tropotopías.

»Se dilucidaba con una ferocidad emanada de dioses en cambiantes formas antropomórficas si Stendhal se parece a Beethoven, o a Federico de Montefeltro, y aquí a quien más se parece es a Eusebi Giselberti.»

Artur me interrumpió.

—¿Cuando dices «aquí» qué quieres decir?

—No estábamos aquí sino en la Unión Soviética, en una Nueva Unión Soviética postnuclear, post-Chernóbil, quiero decir, como la de Volodine. Regresiva o premonitoria.

—Los sueños no son nunca exactos.

¿Fue así? Seguramente —es así como lo recuerdo. Evoco el medallón de Eusebi entre estrígilos, lo que me falta para echarme a llorar. Tenía que ir con cuidado con los brotes psicóticos de Artur. Le dije:

—Esperar exactitud en los sueños es como confiar en que los amigos te dirán lo que quieres oír, para reafirmarte en lo que esperas y no has pensado mucho si lo quieres de verdad, si es lo mejor para ti. ¿Por qué quieres convertir a los amigos en adversarios?

Me dijo:

—Sé por qué lo dices. Quieres que lo dejemos, y que seamos amigos nada más.

—¿Crees que no te lo diría directamente? Llegados a este punto, las mujeres hablamos sin pelos en la lengua.

—Pensaba que erais partidarias de la elipsis y la auxesis.

—Uy, y de muchas más cosas... Las mujeres somos muy complicadas.

—Y por lo que se ve, aficionadas a los tópicos.

Reírse solo de las propias ironías y ser incapaz de coger las de los otros ya no sé de qué es propio. Artur entró en una insoportable deriva pulsantemente recurrente entre la exigencia sexual y el rechazo. Reincidir presenta una diversidad de interpretaciones que ahora no se puede permitir. Le acabé diciendo:

—Estoy muerta de sueño. ¿No sería mejor que te fueras?

—¿No me puedo quedar? No te molestaré, te lo prometo.

—Artur, nos conocemos.

Como sé que no lo soporta, encendí un pitillo. Esta vez no hizo efecto, y tuve que recurrir a tácticas más contundentes. Pero como se trataba ante todo de no ofenderle, quedé satisfecha de cómo he aprendido a surfear incomodidades sin que el otro me pueda reprochar la más mínima desafección.

Seguimos modelos en estas cosas o creemos seguirlos, porque raramente el patrón es «qué hizo X*» sino «qué me parece que X* habría hecho». X* ya era, a estas alturas, Midoissa. La evoco no solo para recordar cómo la tomé por modelo en aquel momento, sino para ahora mismo, no por lo que haría, porque no hay gran cosa que hacer, sino por cómo se sobrepondría —o quién sabe, quizá sí también por qué haría, ¿quién me dice que no soy incapaz de ver una salida evidente? He aprendido a modular la circulación de la sangre, la presión arterial y la inversión vertebral, pero ya no tanto el equilibrio entre Psykhé y Apolo con el paso de las horas.

Recuerdo el reencuentro con Midoissa dentro del Archicenotafio, con qué sutileza me hizo hablar de mi familia, por qué estaba yo y no

los grandes campeones del Juego de la Fragmentación. Me llevó a un lugar apartado de la terraza, y al final de un sibilino circunloquio sobre algunas consideraciones dinásticas dijo:

—Ya era hora de que los aristócratas del Juego, en fin, de hecho aristócratas en sí después de todo, se olvidaran de la ley sálica.

Le dije:

—Olvidarse no sé si es la expresión adecuada. He venido yo porque no había nadie más. En mi familia ya no quedan hombres operativos.

—Me parece significativo que te hayas hecho periodista.

—Espero que no te parezca una ocupación de segunda categoría.

Sonreímos.

—No sería nunca tu caso. Eres una divulgadora de música de referencia.

Pensé, de manera que te lo parece —y no se lo dije. Se restableció la antigua confianza, pero habían pasado muchas cosas desde la última vez, y en cada momento me tenía que obligar a recordar que estaba con una de las reinas del Juego, la que ha doblegado a los Mensajeros más duros. Tuvimos una discusión sobre las piezas musicales dramáticas del cine, si Delerue, Max Steiner, Nino Rota, Bernard Herrmann, Michel Legrand, Maurice Jarre, Morricone, David Amram, Michael Nyman son epigonales de Chaikovski, de Richard Strauss, de Rachmaninov, de Malher, de Shostakóvich, de Bruckner, de los más antiguos, Brahms, Purcell, Händel, Bach, si epigonales es una idea demasiado noble, si son solo plagiarios, amasadores de harina, si el significado estructural de los temas dramáticos de Vértigo, The Arrangement, The Go-between, Cape Fear, Il Gattopardo, Le Mépris, Les Aventuriers, 1984, Witness, 2046, Cast Away, Dressed to Kill, equivale al consumo de hamburguesas industriales envasadas al vacío en contraste con un tournedó de Carême, porque procedencia al margen no son piezas ligadas a un discurso articulado más amplio y con un sentido propio de alcance profundo, sino simples operaciones utilitarias al servicio de un momento escénico como podría serlo un paisaje en términos decorativos, de la mirada de un personaje para acceder al correlativo objetivo. Si todo ello lo degrada, en qué términos, con qué exigencia —sobre todo, en qué momento y lugar hay que situar la crítica para valorar si lo hace.

Dije:

—La divulgación es un riesgo que no puedes eludir si crees en la democracia. Se divulgará mucho, eso está bien, pero no sabes si el cambio de hábitat pulverizará el delicado cristal del arte y el pensamiento.

—¿Mantenemos la capacidad para decidir lo que queremos hacer?

Pensé «no la hemos tenido nunca». Pero esto liquidaría la conversación.

—Cuando menos para tranquilizarnos imaginando que contribuimos a extender la posibilidad más conveniente.

—Es el drama de buscar la expresión fiable de la realidad, de la representación si lo prefieres: estamos por la subjetividad como un valor de libertad, pero nos ata la nostalgia de la objetividad completa, de lo que llamamos ley.

—Ley, ley, vete a saber aquí dentro a qué llaman ley.

Nos reímos. Dijo:

—Qué más da, lo mismo que afuera. ¿Si fuese diferente qué cambiaría? Todo es un decorado. Se ha superado la proporción crítica de ciudadanía por debajo del baremo de supervivencia básica, y el movimiento autodestructor ya está en marcha.

—La comedia solo se mantiene para controlar la caída.

—Si la pueden controlar, ¿no la pueden evitar?

Lo pensé bastante antes de decir:

—Quizá no quieren. Quizá estrangular a la población es el primer paso de la estrategia para redistribuir el poder.

—Conociéndote, deduzco que todos estos «quizá» son retóricos, que sabes que ya se está haciendo.

—Tú también lo sabes.

Me miraba para dejar de verme, y yo no iba a ser menos.

—He estado demasiado tiempo encerrada en mi cáscara, y se me escapan muchas cosas. La vieja estrategia de actuar «como si no pasara nada», «como si todo estuviera bien».

—La ilusión de hablar en tercera persona, como si el «ellos» de los grandes conspiradores no nos incluyera a nosotros.

—Porque el grado de pertenencia del «nosotros» al «ellos» varía tanto de uno a otro que no nos sentimos comunidad homogénea. Y tendríamos que serlo, deberíamos ser un Egrégor.

Ahí se quedó sin aclararlo, y ahora sé que sus planes eran traer a Camila para motivar a Artur a ir contra Kreis. Kreis no tendría problema en liquidarla para dinamitar las posibles dudas de Artur. Imposible no haber calculado los efectos, un viejo lobo como él. ¿Se quería hacer matar? ¿Tan poderosas son las razones del Juego para sacrificarse uno mismo? Como una consumada experta en artes marciales, Midoissa ha aprovechado el impulso atacante del adversario para volverlo en su contra y derrotarlo. Solo hay que descubrir quién ha sabido más que ella, porque no lo ha logrado. Artur no ha sido una buena elección como socio. No puede ser un Juego en el que todos pierdan. ¿Quién gana aquí? Me resisto a admitir que vivo en una mera celebración de la entropía.

Oigo pasos, y la idea de ser descolgada se me hace exultante y terrorífica. El conejo, el pollo descolgados para el sacrificio. Strauss: la tétrada de notas final de Tod und Verklärung. Se me acumulan,

reordenan y desordenan las ideas dentro de una cabeza demasiado llena de sangre. El humor no es nunca inocente, es la máscara cruel de la schadenfreude. El discurso más allá de la vida en sí no es una regresión sino una progresión. No es el retorno de un engaño, sino la recuperación de una inmensidad: la de la civilización. Artur, como psicópata, es el único posible contacto con lo absoluto, una dialéctica repentinamente más wagneriana que brahmsiana. El futuro jefe de los Fonóctonos, el único que los puede contener y guiar. Quizá como Midoissa.

Se acerca el ruido. Estoy a punto de distinguir voces. Se me evapora la prisa —o se acelera. Dada la dualidad de los poliedros —Octaedro genera Cubo, Cubo genera Octaedro, Dodecaedro genera Icosaedro, Icosaedro genera Dodecaedro, Tetraedro se genera a él mismo (el único con esta cualidad extraordinaria —¿no lo explotan los vendedores?)—, ¿qué hay que esperar del dual del Poliedro de Szilassi?

Aparecen los captores, se acercan en silencio. Distinguir caras bocabajo presenta una dificultad que ociosamente remito a una posible prueba para aspirantes a capitanes de los transportes de los Anficonversores. Les veo de perfil, y como no he encontrado la manera de revolverme, tan solo ladeo la cabeza. Ninguno dice nada. Soy incapaz de saber quiénes son ni sus expresiones; no sé qué señal tengo que dar de haberme dado cuenta de su presencia, si tengo que dar alguna. O mejor hacer como si nada. Espero cualquier cosa, que me liberen y me abracen entre lágrimas, que me corten el cuello sin molestarse en descolgarme, que sigan su camino.

Se continúan acercando, y esto cuando menos me evade de la necesidad de llamarles la atención. Son siete, vestidos todos diferentes —no es ningún pelotón de orden. Soy incapaz de deducir nada a partir de las señales recibidas. No se apresuran, no se detienen, no hablan, no hacen ningún gesto, no blanden enseres ni hurgan en ninguna bolsa ni en ningún bolsillo, no sé ni si ríen, con qué expresión evalúan lo que ven. ¿Qué depende de lo que haga? —por más que no pueda hacer gran cosa. No me ayudarán chillar ni el pataleo. Doy por hecho que ellos me identifican, aunque me vean igual cabeza abajo que yo a ellos.

Uno me sostiene por la red, otro dispara al enganche del techo, y el mundo vuelve a ponerse derecho. Me liberan de las ataduras de un par de machetazos. Un tercero dice:

—¡Caza mayor! La duquesa Van Egmont en persona.

Identifico a un oficial Camarlengo que en algún momento nos ha atendido, un renegado sin duda. A los otros no los conozco, salvo dos que me provocan un salto en el corazón: Mina y Shelly, con camisa de fuerza y máscara-bozal con bola de boca incorporada —nos quedamos

mirándonos. Los ojos de ella chispean, él los tiene llorosos, y por las tensiones faciales no hay duda de que no pueden articular palabra, ni farfullando.

Me planto ante el que ha hablado, y juego al póker.

—Teniente, le conmino a que se presente, que se ponga a mis órdenes y, como primera providencia, libere inmediatamente a la señora Murray y al señor Curwen.

—Buena memoria, duquesa, pero me temo que apenas atenderé a la primera petición. El Teniente Sapirstein no tiene el gusto de ponerse a sus órdenes, al contrario, dispone que le acompañe —se vuelve hacia los liberadores—. Atadla.

Me ponen la camisa de fuerza como a los otros.

—Teniente, desconozco sus prerrogativas, pero le garantizo que lo pagará caro.

—Todo puede ser en esta vida, señora. No son mis prerrogativas, sino la actual configuración del mundo. Haría bien en apreciar la deferencia de no ponerse el bozal.

Me empuja sin contemplaciones, y nos ponemos en marcha en dirección perpendicular a la mía de antes, los presos en medio, los guardias —no sé cómo llamarlos— abriendo y cerrando la comitiva.

A través de puertas camufladas en los muros que se abren con códigos nos llevan por enrevesados pasillos hasta un espacio prismático —¿un antiguo silo de anficonversión?, seguramente de la Torre Este-Noreste—, visualmente muy interferido por diversos objetos de escala colosal y utilidad incierta. En el ángulo más expedito se presenta una vertiginosa escalera de caracol de planta heptagonal recorriendo el espacio de arriba abajo, metálica, precaria de estructura y con escalones de rejilla, intimidante de transparencia y desprotección. Nos hacen subir, y el retumbo perpetra un mantra augural. Muestra en primer lugar el Paraegrégor de ocho acabado de constituir, anuncia despacio y de forma articulada a través de un fraseo con bajo continuo armónicamente modulante que nos encaminamos a la muerte inmediata. La mía, seguramente, porque hay Egrégores de 7, de 9, de 10 y de 12, pero no de 8 que yo sepa.

Cuanto más arriba subimos, la escalera va perdiendo la naturaleza de explosión desenraizadora para volverse el eje de un mundo que se aleja, la broca de un berbiquí forjado para reducir la materia terráquea dejada atrás a medida que la perspectiva la agranda, una feroz duplicación del vértigo que afano en acentuar para que me destripe de una vez y se acabe ya todo y para siempre.

Llegamos arriba, y me parece una medida superior a los 377 metros de la Torre Norte. Debemos de estar en el interior de una de las Torres Negras, de más de 600 metros de altura libre interior en la hipótesis inferior.

En la parte superior hay una trampilla emergente en el centro de un distribuidor circular cenitalmente iluminado, con doce puertas idénticas regularmente distribuidas, numeradas del 13 al 24. Entramos por la 16, nos desatan y nos dejan en un gran aposento de planta en forma de trapecio circular, con el techo a más de diez metros, y aberturas altas para impedir la visión exterior. Muebles reventados repartidos de cualquier manera y escombros por los rincones. Pinta general de hacer tiempo que no se ocupa nadie.

Nos quedamos mirándonos, sin que nos llame la atención ser incapaces de decirnos nada, preguntándome si las razones del atónito silencio son las mismas para todos, intentando distinguir las mías, cómo se realimentan las no-acciones, dónde están los orígenes de las pulsiones-espejo, quién ha sido causa y quién efecto, quién es acción y quién reflejo, preguntándome si ellos piensan como yo, si es este el núcleo de la causalidad en litigio, si en litigio tan solo dentro de mi cabeza, si también de la suya, y así de forma sucesiva.

Convertimos las miradas de ansiedad en ejercicio de estilo. No estamos en una zona de transparencia, pero creo detectar que aquí sí que nos hemos puesto de acuerdo. Shelly lleva magulladuras por todas las partes visibles del cuerpo, y pone cara de apaleado como un crío víctima de bullying, y Mina no para de volverse hacia ella misma tan turbiamente que me pregunto cómo se degrada un vampiro aparte de clavarle una estaca en el corazón. Me da miedo pensarlo porque si lo percibe solo faltaría un enfrentamiento entre nosotros. Les digo:

—No sabemos lo que nos espera. Hay que estar unidos por encima de todo.

Entra el Teniente Sapirstein con una carpeta y tres lápices. Dos guardias se quedan en el umbral; lo deja todo sobre la mesa y dice:

—Hemos entrado en la fase decisiva del Gran Juego. Les dejo un enigma para resolver. Dentro de tres horas volveré, y si no lo han logrado, tendrán la prerrogativa de dilucidar quién de los tres va a morir, y ejecutarlo. Si lo hacen adecuadamente, los dos supervivientes quedarán libres. Si se niegan, morirán los tres.

Me enfrento con él.

—Exijo hablar con la autoridad ahora mismo.

—Duquesa, no se ha hecho cargo de la situación. No sé cuando reclama la autoridad a qué se refiere. Yo la detento aquí en todo lo que les afecta, y me debo a mis condiciones de Juego, aceptadas en su momento en términos que solo me conciernen a mí. Los márgenes disponibles pasan por seguir las reglas decretadas.

—¿Decretadas por quién?

El Teniente esboza una sonrisa cruel en la medida que tierna. Cuánto mal ha hecho Botticelli.

—Interesante. Equivale a preguntar quién es el amo del mundo, o

responsable de las desgracias de una colectividad. Le diría nombres, instituciones, pactos, claudicaciones, ¿pero de verdad sería de donde en propiedad proceden las normas?

—Proceden de usted ahora mismo.

—Si así lo cree usted.

Le señalo con el dedo, sin temblar.

—Le conviene liquidarme, Teniente, porque si sobrevivo le aseguro que no pararé hasta que me traigan su cabeza en una bandeja.

—Lo tendré en cuenta, señora duquesa. Su interés por mí me honora y me halaga —se va hacia la puerta y se vuelve con un dedo levantado antes de traspasarla—. Tres horas.

Cuando nos quedamos solos nos inclinamos sobre la carpeta. Shelly dice:

—No hace falta ni intentarlo. Estamos muertos.

Mina dice:

—Yo, desde hace tiempo. Me da igual.

—Mirémoslo, no perdemos nada.

La carpeta contiene hojas blancas, para nosotros, entiendo, y la última con esta disposición:

5 / 7 // 16 // 13 // 14 / 17
7 // 7 / 15 // 21 / 8 // 9
10 // 13 / 17 // 2 / 13 // 17
1 / 8 // 8 // 7 // 11 / 6

Shelly dice:

—Son horarios.

Busco pautas en los números repetidos, en los ausentes, en los iguales contiguos, en pares y nones, en las simetrías, en sumas de cada grupo, y he de concluir que parece deliberada la intención de rehuir patrones, jugando con indicios engañosos como la repetición del 7, del 8, la posición de los 17, las continuidades que no llevan a ninguna parte. Les veo tan pasmados que les tengo que decir:

—¡Echad una mano, que nos jugamos la vida!

Mina me mira, del todo desdibujada y desafinada.

—No nos jugamos nada. Hagamos lo que hagamos, ya lo tienen decidido.

Shelly dice:

—Así no hay tal Juego.

—Desde luego, este es el Juego. Tú esfuérzate, hazte la ilusión de que decides. Todo está trazado.

Le digo:

—Si lo prefieres así... Ya sé, cuesta de aceptar que equivocarse no es cosa del destino sino del libre albedrío.

A la desesperada me concentro en el enigma. Siguiendo las dobles barras, tenemos una matriz de $4 \times 4 = 16$; con 4 piezas dobles en los ángulos y 4 en el centro, la mitad del conjunto, los 8 de más hasta el total de 24. Echo ardientemente de menos a Midoissa para los números, a Aloysia para la resurrección. ¿Por qué no me habéis enseñado?

Shelly dice:

—Os lo he dicho, estamos muertos.

Mina dice:

—Os puedo salvar. Dejadme acogeros en la condición de las tinieblas.

Nos reímos. Le digo:

—Ya lo has hecho un poco, no creo que esto nos salve, ni a ti, y lo sabes.

—Tiene razón, si igual hemos de morir, mejor darnos un placer final.

—Si eres capaz de un razonamiento tan idiota es que aún crees que no te van a matar.

Shelly dice:

—Pues empecemos a pensar quién va a morir.

Le digo:

—Vaya, las ratas echan sus cálculos. ¿Qué has pensado para no ser tú?

Intenta acariciarme. Lo esquivo.

—No he pensado en nada, no me imagino ningún argumento a favor ni en contra de nadie, y me sabe mal que me veas así... Lo más justo sería echarlo a suertes.

—¿Lo veis? Al final acabará siendo un Juego con todas las de la ley. Lleno de trampas, como todos: estar muerto equivale a ser inmortal. Si no jugamos a esto, nos van a jugar.

Me apuro con las cifras de la hoja. Mina y Shelly van y vienen del papel como almas en pena —no puedo esperar nada. Pasa el rato. Cuánto, cuesta decirlo con estos referentes, con la eléctrica expectativa de las tres horas. Por reducción, concluyo:

—Es numerología. Proponen una operación inversa, y sin ningún otro punto de partida es prácticamente imposible de situar y resolver. A cada cifra corresponden miles de nombres, ni con tres horas ni con tres mil. Nunca lo conseguiremos.

De verdad es hora de acabar: ya no son aquellos ejercicios retóricos de filosofía saturnal tan gratificantes en la adolescencia, que todos quien más quien menos aspiramos a perpetuar —se han acabado de verdad las alternativas. Tampoco me resigno a identificar mi derrota con la de los compañeros de aprieto, una vampira y un niño malcriado, ni dar por hecho que esto comporte una expectativa real.

¿Qué aspiración es morir con dignidad cuando solo rendirás cuentas ante ti misma? El sentido de lo que no percibirá nadie, la no-resonancia de la existencia. Se mezcla todo entre pensamientos incompletos y ansiedades de aplazamientos indefinidos, Gog, Magog, Psiquegog, Polly Magoo y el Psicopompo. Soy la única responsable aquí dentro, y aún no lo debo ser lo suficiente porque no sé a qué me obligo.

Pienso en sumar las filas:

5 + 7 + 16 + 13 + 14 + 17 = 72 // 7 + 2 = 9
7 + 7 + 15 + 21 + 8 + 9 = 67 // 6 + 7 = 13
10 + 13 + 17 + 2 + 13 + 17 = 72 // 7 + 2 = 9
18 + 8 + 8 + 7 + 11 + 6 = 49 // 4 + 9 = 13

La suma total: 9 + 13 + 9 + 13 = 44 // 4 + 4 = 8. El 8 ocupa los lugares 11°, 20° y 21°, y sumados hacen 52, correspondiente a 5 + 2 = 7. ¿Qué deduzco?

No han pasado tres horas, ni dos, diría, a pesar de que estamos sin relojes, cuando vuelve Sapirstein con los guardias. El Teniente se me planta delante pasando de los demás.

—¿Cómo está la cosa, señora duquesa?

—Mi cuello a su disposición.

Hace un gesto de contrariedad benigna, como ante la fechoría leve de una criatura.

—Y pues... —se vuelve a mirar a los guardias, impasibles de aburrimiento; me sonríe—. De una Van Egmont esperaba más, francamente.

—¿Francamente? Qué quiere que le diga, acabemos de una vez. ¿Qué quiere?

Finge que rememora.

—Cómo eran aquellos tríos... o tríadas. ¿Como lo decía la señora Prills? ¿Compasión — autoinculpación — redención? ¿O compasión — autoinculpación — sacrificio?

—Dígamelo usted, depende de a quién se trate de redimir. A dónde se quieran mandar tan nobles sentimientos.

—Está claro, si por activa o por pasiva. La señora Prills es la única que quiere redimir al mundo. Les voy a dar otra oportunidad. Más fácil —me mira, burlón—. Más al alcance de sus posibilidades.

Deja otra hoja encima de la mesa y sale sin más explicaciones.

16 // 5 / 9
14 / 9 // 9

Creo entender la pista pretendidamente concedida. ¿Pero en qué

ayuda? Mina y Shelly no se dignan ni a mirarlo. Repito maquinalmente la operación.

$$16 + 5 + 9 = 30 \,//\, 3 + 0 = 3$$
$$14 + 9 + 9 = 32 \,//\, 3 + 2 = 5$$
$$3 + 5 = 8$$

Mi imaginación no llega a maniobras inversas de posibles representaciones del paso del 7 al 8. Numerológicamente, «compasión» corresponde a «7», «autoinculpación» a 12, y «redención» a 25 —si conviene, a 7. ¿Ya tenemos tres? ¿Hay que probar con «sacrificio»?

Shelly me aborda con cara de adolescente estreñido.

—Betti, Mina me quiere morder.

Mina mantiene el ademán entre autista y feroz. La miro, se hace la longui. ¿O me desafía? No me siento con autoridad para dar discursos de principios.

—¡Os entiendo, eh! Me estoy agarrando a un clavo ardiendo, y sois más sabios que yo. Quizá sería mejor aprovechar lo que nos quede, que Mina nos muerda, que aquel cabrón nos pille follando.

Shelly se pone detrás de mí. Le dejo meter mano, pero la falta de respuesta le debe desanimar, porque después de verme continuar con los papeles lo deja.

Mina se ríe, pero ni se acerca. Me parece antigua, salida de pinturas del xvii y el xviii de tarados marginales, la sonrisa desprotegida, tan insuflada de tristeza como de alegría, lo uno contra lo otro. Ahora nos retratamos riendo, en otras épocas no. Antes no se reía para no enseñar mandíbulas desdentadas, aunque también se dice si era por dignidad, porque para caracterizar a enajenados, borrachos, indigentes y colgados se les representaba riendo. ¿La risueña sociedad actual se exhibe alegremente como dispone el dentista, o como permite superar el psiquiatra? ¿Ya no somos una banda de borrachos alocados, incapaces de distinguir entre cordura y dislate?

Shelly se me acerca como un corderito, y sin la menor disposición a agacharme le arrullo la cabeza. No pasamos de aquí. Mina se ríe como una vieja. Se nos planta delante.

—Ven, guapo, ya me ocupo yo.

Aunque en ningún momento he tenido ni la más mínima intención de aproximarme a Shelly sexualmente, la oferta me resulta desagradable.

—Tú no, que me haces daño.

—Y lo dejas sin sangre —digo, y nos reímos las dos.

Mientras a Mina le crecen los colmillos me esfuerzo en abstraerme,

sin resignarme a tirar la toalla con los enigmas propuestos, ya no por si nos salvará resolverlos (puede muy bien ser que no), sino por amor propio. Me falta cuerpo recapitulador, me falta el argumento para un final. Me sosegaría dilucidar la mecánica de la primera persona que tanto ha fascinado a Midoissa y Artur —por cierto, ¿qué ha sido de él? —, el enigma de la captación de pensamiento por transparencia. La potencia epistemológica de lo que no se acaba de entender, un diferencial de contacto con un absoluto que está por ver si existe.

Me rindo (y me río de mí misma: no sé si me ha costado muy poco, o demasiado). ¿Qué número tiene «Rendición»? 28. Al final, acogida por el viejo Bach, ya me está bien. Hay algunos «14» entre los enigmas. ¿Servirá de algo poner «Rendición» cuando lo vea Sapirstein?

El Teniente abre la puerta de una sacudida y entra con los dos acólitos sin sostenerla, dejando que estalle contra la pared. En tierra conquistada, convencido de que no lo hemos logrado. Se me encara.

—¿Qué nos ofrece, duquesa?

—Ninguna novedad. Salvo que no haya con qué negociar, continuamos a su disposición.

—Quienes tienen que negociar son ustedes. Les aconsejo no entretenerse. No les puedo decir cuándo volveré. Quizá en una hora, quizá en dos, o tres. O en diez minutos. Si cuando vuelva están vivos los tres, mis socios —se vuelve para señalar a los tipos que le acompañan— no dejarán vivo ni uno. Son eficaces, se lo aseguro, a pesar de que a veces no muy rápidos.

Los otros nos miran con sonrisas pesadas, grasientas. Sapirstein le hace una señal al más corpulento, que lleva una mochila voluminosa, y el otro va hacia la mesa, deja una catana, un martillo, un hacha, un cuchillo de sierra, un punzón y una navaja de afeitar, y nos dice:

—A libre elección.

Sapirstein me mira, pausado, venenosamente tranquilizador. Vuelve la cabeza, me señala con el dedo, y se va con parsimonia hacia la puerta.

Se van, y en el momento de quedar solos me pasa de todo por la cabeza. Si Mina o Shelly son capaces de coger un arma y clavarla a otro sin más. No es la pregunta correcta —la correcta es si lo soy yo. Todos somos capaces de todo —y no quiere decir que lo vayamos a hacer. Shelly dice:

—¡No quiero morir!

A un tiempo, digo:

—Matadme a mí, soy la responsable del grupo.

Me sorprendo diciéndolo, oyéndome. ¿De qué carga pretendo liberarme? La pretensión de Shelly le quita un valor que yo no pretendía darle. Que no haya tiempo de discutirlo me infunde una bárbara alegría. Mina dice:

—Solo nos falta matarnos entre nosotros. Somos tres, ¿no? Y ellos, ¡cuántos! De perdidos al río, con el arsenal que nos han dejado les esperamos detrás de la puerta, y alguna oportunidad tendremos —señala las paredes y el techo—. No hay cámaras, no nos controlan. ¡Morimos matando! —apunta a Shelly con el dedo—. Tú, ni en broma les sigas el juego. Y tú, basta de heroísmos. ¿Quién quiere la catana?

Se me hielan las ganas de reír. Tiene su cosa, la vampira defensora de la vida a ultranza. Le digo:

—Como principio, qué gran actitud. Seamos realistas, estamos cansados y debilitados, y no tenemos experiencia de combate cuerpo a cuerpo. Si les atacamos, no tenemos nada que hacer; de la otra manera, como mínimo dos de nosotros saldrán vivos.

—¿De verdad crees que en este pretendido Juego se siguen reglas? ¿Eres angélica o idiota?

Shelly dice:

—Todos somos las dos cosas.

No me quito de la cabeza el fin de Phaeton. Pero matarse con una catana, no sé ni cómo ponerme. Digo:

—Son la misma —me dirijo a Mina—. Soy una ingenua, de acuerdo. Y tú, ¿crees que no habrán previsto que se nos ocurra echarnos encima de ellos? Todos esperamos de todo.

—Me niego a matar a ninguno de vosotros, ni a dejarme matar.

¿Quién consideraría a Mina una heroína? ¿Quién a mí una estúpida? El solo hecho de pensar me vuelve sospechosa. De qué, no lo sé. Cuando no aclaras los valores en juego, busca la vanidad, y donde la encuentres lo situará todo.

Lo hago, y se me desvanecen las dudas. Cojo la catana de un revuelo y la dirijo hacia mi pecho, pero Mina se me lanza encima. Forcejeamos, rodamos por el suelo. Me mareo, ahora es tan solo dolor la confusión. Pasan nubes veloces, oscurecimientos repentinos, insospechadas redistribuciones de claridades proyectadas a ninguna parte.

¡No, no, no, no! ¡Con toda mi fuerza exangüe no se lo he podido impedir! ¡Cómo le puedo devolver la sangre al cuerpo, yo que siempre la he querido extraer para mí! No me lo preguntarán, o sí, pero no para reprochármelo, y aun así me lo tengo que explicar para obtener perfilada mi inocencia: ella se ha querido clavar la catana, se lo he querido impedir y en el tira y afloja se la ha clavado igual —o más aún—, no me lo perdonaré nunca, nunca. Quería que no se la clavara ella, no que no me la clavara a mí. ¿Alguien lo pensará? Soy la burra del desastre que quería evitar. Y el idiota de Curwen plantado como un pasmarote.

Bettina se apaga como las sonrisas de quienes se acaban de despedir, como una niña adormecida, me mira cada vez con menos

presión, todavía late, este «todavía» es una galaxia de millones de estrellas, me hago la ilusión de que me sonríe y no es la sonrisa representadora de su extinción. Los brazos se le abren y sangra como el capullo se abre para volverse la más resplandeciente de las rosas. No puedo permitirme tanta desatención, tanto desamor, la beso para bebérmela, directa de la fuente me la bebo para besarla, mortalmente sedienta me abrevo en el manantial, y cuando deje de manar lameré el suelo hasta los rincones, hasta las rendijas, hasta el final, la perra venerará al ama y no dejará ni una gota.

No me dejan terminar. Se abre la puerta y entran los tres mercenarios. No podía estar tan segura de que no nos controlaran. ¿Cómo lo han sabido? ¿Infrarrojos? ¿Detectores de calor? ¿Sónar? ¿El astral? ¿La transparencia?

El Teniente Sapirstein dice:

—Una buena elección.

Curwen abre finalmente la boca.

—¡Hemos cumplido lo estipulado por el Juego, eh! —cuando ve que se le quedan mirando, le cambia la cara—. ¡Yo no he sido, eh!

—Da igual quién haya sido.

Tiran de mí, me apartan. Me revuelvo, me enfrento.

—¡Y ahora qué!

Sapirstein dice:

—Sois los asnos que lleváis las reliquias. No es justo, quedaréis como los buenos o como las víctimas, y no sois más que afortunados por la lotería. Qué le vamos a hacer, el Juego es el Juego —saca más papeles y los deja encima de la mesa—. Aquí tenéis lo que habéis ganado, la solución de los enigmas que no habéis resuelto. Os aconsejo que lo guardéis, quién sabe si os serán de utilidad.

Los miro.

—¿Qué es esto?

Donde en la versión primera había números, ahora hay palabras.

desprendimiento/pluridimensionalidad // comparación // miedo // ortogonalidad / melencolia
reminiscencia // venganza/métrica / prótesis/paradoja // vergüenza

conocimiento // música/hidrología // compasión/balística // entropía
amputación/voluntad // resentimiento // repertorio // memoria/proporción

fundamento // sublimación / triunfo
rendición / putrefacción // sumisión

Hago gesto de metérmelos en el bolsillo, y Sapirstein me detiene.

—Un momento, ¿qué modales son estos? ¿Y la duquesa qué? ¿Os la habéis cargado y la dejáis ahí tirada?

—¿No hay quien se ocupe? ¿Qué tenemos que hacer?

—Decidlo vosotros. ¿Sois chimpancés? ¿No tiene un protocolo, la

muerte? ¿Dónde os habéis criado?

—Lo tiene, pero no veo la manera de aplicarlo aquí.

Sapirstein se dirige a Curwen.

—Quítale la ropa.

Me molesta tanto que le tutee como la exigencia. Curwen se pone a ello tan torpe que me hace más daño cómo lo hace que el hecho en sí. La catana cae al suelo y hasta llegar a la inmovilidad se mueve como en un reducto de vida propia. Cae la ropa, caen los brazos desnudos y las piernas espléndidas de la mujer incomparable, abriéndose, desplegándose, cae la cabeza, se amolda en un gesto de abandono el cuerpo magnífico, ya no el de una jovencita pero todavía capaz de vencerlas a todas, historiado como la obra de arte, conmovedoramente revelador, y me sabe tan tan tan tan tan mal que se me hace irresistible. Me lanzo a la catana y solo estoy a tiempo de cogerla, porque me pegan un par de coces y me inmovilizan en tierra. Sapirstein me dice:

—Creía que los vampiros tenían una fuerza sobrehumana, puesto que en cierto modo sobrehumanos lo son. Otra decepción.

—Déjame beber algo más de sangre y verás si tengo fuerza o no.

—Lástima, el bufet ya ha cerrado a estas horas, madame. Prométame que se va a portar bien, y la soltaremos.

Me sueltan, y me acerco a Bettina como si todavía la pudiera consolar, como si mi proximidad le sirviera. El rito funerario que me permito, la bárbara esperanza de volverla a ver algún día no sé dónde, una forma colorista de desesperación, supongo. Le arrullo la cara, me hago la ilusión de que me sonríe, le correspondo, la adoro, criatura, preciosa. Los colmillos me deben de traicionar, porque Sapirstein ordena a los otros que me aparten, y se dirige a Curwen.

—¿No te la querías tirar? Pues hala, ¿a qué esperas?

Shelly me mira con ojos de ternera degollada, como si me pidiera perdón, o permiso, yo qué sé, todas las babosidades de este mequetrefe de mierda son la misma. No sé si es un convite sin consecuencias o una obligación encubierta que en caso de rechazo comportará terrible castigo, ni sé si él cumple empujado por una cosa o por la otra. Por las dos, seguramente.

Le digo:

—Idiota.

Tampoco sé si lo estoy disuadiendo o animando. ¿Cómo he podido tener relaciones con este individuo? Se desabrocha y se le echa encima como un infecto conejo, le echa un polvo tan precipitado, tembloroso y desastroso que llego a pensar, suerte que está muerta —si estuviera viva vomitaría. No me apetece ni descubrir en el fondo qué me ofende tanto. Por las convenciones del honor y el respeto, porque hemos perdido la dignidad, por el resorte atávico que campa detrás del

advenimiento de la muerte de los seres queridos, porque no puedo hacer nada, porque me gustaría hacerlo yo y no me han dejado terminar la sangre. Bettina se eleva como una diosa por encima de la mierda de los razonamientos.

El espectáculo dura, dura, dura. Tiene gracia, hasta donde me ha dejado un exiguo recuerdo, este imbécil es un eyaculador precoz, y ahora es como si quisiera dejar una huella imborrable. O es a mí que me parece que con cinco o seis endiñadas ya estaría. Sapirstein no me pierde de vista, y los otros tres jalean al miserable fucker como a un deportista en competición.

No me interesa si se corre o no. Se levanta, se abrocha y se queda mirando al Teniente. Los otros lo apartan y se llevan a Bettina arrastrándola por los pies. Los brazos y el pelo son la cola del animal legendario, y la estela del astro es un camino de sangre de líneas irregulares dependiendo de si corresponden al brazo, al centro de la cabeza o a las partes intermedias más ligeras y vacías. Curwen les sigue, me gustaría saber pretendiendo o esperando qué, pequeño cretino. Me encaro con Sapirstein.

—¿Y ahora qué?

—Se pueden ir, ya se lo he dicho. Le recomiendo que coja los papeles con las soluciones.

—Muchas gracias. ¿A qué nos ayudarán?

Me dedica una sonrisa encantadora.

—No os hagáis ilusiones, estáis muertos de una manera u otra.

—Nosotros y todo el mundo.

—Vosotros bastante antes. Habéis superado esta prueba, pero el Juego de la Muerte continúa.

—¿No era el Juego de la Fragmentación?

—¿Lo era? No acertáis ni el tiempo del verbo.

Empujado por los otros vuelve Curwen, tembloroso, desconcertado. No quiero saber qué han hecho con Bettina. Se planta ante Sapirstein.

—¡No quiero acabar como ella! ¿Qué tengo que hacer?

El Teniente le dedica unos cachetitos en la mejilla, acaba pellizcándosela y sacudiéndola como los graciosos a los críos.

—Hace tiempo que me he dado cuenta de tu sensibilidad. Tú eres especial para mí. No sufras, me ocuparé de que no te pase nada malo. Si alguien te quiere hacer daño, yo te salvaré.

Se ilumina de gratitud la cara del idiota, y no puede evitar transparentar el pánico ante la trampa, la burla del destino quién sabe bajo qué apariencia, bajo qué manifestación. Me imagino lo que le anda por la cabeza —«¿me lo dice de verdad? ¿Cómo sabe qué nos espera? ¿Conoce los embates que no podremos resolver solos? ¿Ha colaborado en prepararlos? ¿Como sabrá si estoy en peligro?»

Yo es a Bettina a quien no me saco de la cabeza. ¡Morir no es tan

fácil! Es más efectivo el azar, lo imprevisto que la determinación. Matarse con una catana... No sabremos nunca si Bettina sola lo habría conseguido, siempre pensaré que he sido la causa determinante. ¡Quién tiene tiempo de mirar atrás! ¡Hay tanto por devorar! Hasta el tiempo de los vampiros se acaba.

Interrumpo sin miramientos los delirios buenistas del Teniente.

—¿Nos podemos ir?

—Ese fue el trato. ¿Ya saben a dónde?

Nos sostenemos la mirada. No afloja nadie.

—No le extrañará si no espero ni deseo recomendaciones.

—Me habría extrañado lo contrario, señora, la sospecha es libre. Aunque no se lo crea, el chico y usted tienen mis simpatías.

Aumenta entre nosotros la tensión combativa no resuelta.

—Espero volvernos a ver en una ocasión mejor, Teniente.

—Me gustaría. Todo puede ser.

Nos vamos. Nos abren y nos contemplan con un sarcasmo displicente que les abriría la cabeza con un placer de dioses.

Encaramos un pasillo en la intuitivamente imaginada dirección Este. Enseguida que les perdemos de vista Curwen se vuelve, me para perentorio y me dice:

—Has matado a Bettina.

Se me acumulan los impulsos —estrangularlo, echarme a llorar.

—¡Solo quería evitar que se matara! En cambio, tú sí que querías follártela, y lo has hecho después de muerta.

—Me han obligado.

—¡Te han obligado! Para empezar, un tío que no quiere nada con una mujer no tiene una erección, ni siquiera en el peor de los casos. Una persona íntegra ni se pone.

Me clava una sonrisa acuática, desdibujada, sangrientamente azulada, miserable.

—¡No me lo puedo creer! ¿No se te ocurre nada más para desviar la atención? No sé qué pretendías, pero si yo fuera tú pasaría el resto de mi vida con la duda de si Bettina se habría matado o no sin mi intervención. ¿Y tienes tú la jeta de recriminarme algo que al fin y al cabo qué? ¿Qué mal le he hecho?

Me niego a aceptar la parte de razón que le ampara.

—¡No lo entiendes, eh, pequeña escoria! No tienes idea de la dignidad, ni del respeto, ni de la compasión. Para salvar el culo te follarías a tu madre muerta. De la familia que vienes, no me extraña.

—¿Con qué me vienes? ¿Qué pasa con mi familia?

Lo agarro, le miro a los ojos. Una mirada nada tranquilizadora, espero.

—Somos dos y en un terreno hostil. Pelearnos disminuye las posibilidades de supervivencia, así que ya habrá momentos para

reflexionar sobre Bettina y lamernos las heridas. Ahora vamos a aparcarlo y a colaborar para salir de aquí cuanto antes.

No parece muy convencido.

—Depende de si esta gente ha avisado de que vamos.

—¿Que vayamos dónde?

—Yo qué sé, donde sea. Seguro que están en todas partes. ¿De qué orden eran?

—Ya no hay órdenes, todos los que van armados son Fonóctonos.

—Has oído lo que me ha dicho el Teniente.

—Lo he oído. Qué suerte para ti, qué bien.

Me mira con insistencia.

—No lo crees de verdad.

—Qué quieres que te diga. Ha dicho: todo puede ser.

—No te lo crees.

—Tú créete lo que te convenga, el mundo ya dirá cuando toque.

—Según tú, son Fonóctonos.

—En rigor, no. Si lo fueran no habríamos salido vivos ninguno de los tres. Los Fonóctonos van a la inversa de la mayoría: torturan más a quien más aman, a quien se han comprometido a proteger, a quien le han prometido que le salvarían.

—Así el Teniente me protegerá de verdad.

—No le des más vueltas, hombre, no lo habrá dicho para putearte.

Necesito descansar, recomponerme, digerir, interiorizar y desinteriorizar, recolocar las pulsiones, los recuerdos, los hechos recientes —futuros recuerdos no sé de qué tipo. Encontramos un hall medio protegido debajo de una enorme escalinata llena de escombros, acceso a un puente en desuso, ni luminoso para llamar la atención ni demasiado oscuro, con un rincón acogedor. Curwen acepta hacer una descompresión.

Para sacarme de la cabeza a Bettina —sin mucho éxito—, pienso en Spohr, un día que enlazamos la pulsión criminal con algunas manifestaciones del arte y la filosofía, el consuelo que cuando te lo puedes permitir encuentras en la poesía y la música. Cicerón degollado y con la lengua atravesada por el alfiler de oro, Petronio con las venas abiertas en la bañera (aunque bien acompañado), Hipatia linchada por los fanáticos cristianos, Boecio decapitado, Al-Hallaj azotado, mutilado, quemado y colgado, Villon y Cellini —quienes suelen aparecer entre los asesinos—, Marlowe apuñalado en la taberna, Bruno quemado vivo, los hermanos De Witt destripados y colgados de los pies, con las vísceras devoradas por escoria humana, Potocki suicidado con una bala de plata, Kleist (se debe suponer) con una corriente, Shelley ahogado en el mar de La Spezia, Larra ante el espejo, Cravan mar adentro, Glenn Miller muerto en una casa de putas y los aliados haciéndololo pasar por héroe de guerra perdido en un

vuelo nocturno, Ferrater con la bolsa de plástico, Carol Lombard destrozada en un avión, Saint-Exupéry desaparecido en el mar, Camus reventado en coche —me hizo la pregunta clásica.

—Creía que la luz del sol destruye a los vampiros.

Le tuve que dar la explicación de siempre.

—La ilusión individuadora implantada comporta relativizar la idea de inmortalidad, a pesar de que la acción es más compleja, porque hacerla gestionable le hace perder consistencia absoluta, cierto, pero desrelativizarla también la hace más efectiva, o sea posible.

Me dijo:

—¿Le has contado todo esto a Artur?

—No cómo se hace. Como si no hubiera contado nada.

—O sea, como a mí.

—Como a todos. Si Artur sabe demasiado, al final no hará aquello para lo cual ha sido requerido, que al fin y al cabo es el objeto último de todo.

—Aaahh... ¿Ya ha llegado, Camila?

Lo tuve que acallar, porque no se sabe nunca por dónde te pueden estar escuchando. Con Midoissa todo había sido más sencillo. Cuando nos reencontramos, no había pasado ni un minuto y ya habíamos aclarado los turbulentos pasados respectivos con Kruly y Swann, uno desaparecido a sus efectos, el otro epifánicamente convertido en el Arcamagisterprædi Kreis, cómo nos habíamos reído de su nostalgia de los tiempos en que el objeto pavloviano por excelencia era el bidé, ahora anorreado en favor de las toallitas húmedas, y acabamos rivalizando por quién de los dos era el más poderoso, cuál tenía más solera aristocrática, una conversación que a mí me interesaba menos que su cuello, el más sensual y perfecto que he visto nunca, y a ella solo parecía interesarle para burlarse. Que Kreis fuera el más fuerte nominalmente tenía que ser su perdición, y por el conocimiento del Juego era imposible que él mismo y Midoissa no lo supieran. A ella no le dije nunca que sabía que Kruly había colaborado en la conjura contra el Arcamagisterprædi, a instancias de ella instigador de la participación de Camila, una decisión que acabará siendo fatal no solo para el señor Swann, sino para todos y que —Prills me había hecho saber sutilmente que era tan consciente como yo— habríamos podido echar a pique. Ojalá lo hubiéramos hecho. La condescendencia bondadosa de Midoissa, la delicadeza con que procuraba no ser nunca displicente, la disposición a hacerte sentir bien por encima de cualquier malentendido acababa siendo el acicate final de una sensualidad inacabable en la que, a pesar de todo, nunca osé entrar.

Si paradójicamente en ella la confluencia del respeto y la excitación profunda no habían llevado lúbricamente a ninguna parte, al ser con Artur más modestas las alturas emocionales me permitieron

ir hasta donde quise. La paradoja no acababa aquí, sino que llegaba hasta las honduras de la política. Yo podía mentir a Midoissa sobre Kruly o decirle la verdad, no se jugaba nadie otra cosa que la vanidad, pero de ninguna forma le podía decir a Artur qué se preparaba con su ex mujer, porque, tal como deduje enseguida aunque no me lo hubieran advertido del derecho y del revés, por su condición mental pondría en riesgo la operación de derrumbe del Archicenotafio —visto ahora tiene gracia, lo aprendices de brujo que hemos sido todos. Puesto que a esto insisten en llamarlo Juego, por ósmosis la tentación de jugar era insoportable. Das una pista sobre el cálculo de probabilidades que la entiendan o no, que hagan uso en una dirección o en otra, sea cual sea el resultado que lo aciertes o la cagues. Le hice mi discurso moral calidoscópico preferido:

—No te fíes de quienes, hombres o mujeres, se declaran retirados de la fiesta lúbrica. La fatalidad revela dónde están: mienten. No te fíes de quienes cuentan historias delirantes en tono jocoso para que no les creas: cuentan la verdad. Sencilla o doble, recta o traspuesta, la mentira es la moneda de cambio de las relaciones sexuales, el terreno como modelo de la existencia en general con más elementos trasladables: en proporcionar información falsa al enemigo y hacerle creer que la obtiene robándola en secreto se fundamenta la mejor estrategia de combate.

Le habría tenido que decir: me mientes por precaución, pero no sabes la finalidad, por una prudencia que eres incapaz de situar mientes a ciegas. Deberías estructurar la intención, da igual la relación de causa y efecto, destilar la mentira adecuada para situarte en posición de ventaja en el Juego de la Fragmentación. Olvídate de la Comisión investigadora del incidente en el Anficonversor de la Torre Norte de la Madre Casa número de registro 13/15|2138. ¿Qué dice Cicerón sobre el gobernante que actúa como si la ciudadanía fuera un ente conceptual más, como el déficit, la sanidad y la obra pública? «Tu reino no ha sido nunca de este mundo.» En fin, quizá era otro.

La sofisticación de la mentira no pasa por la riqueza y la complejidad, porque al margen de que sea más fácil de olvidar un detalle que el receptor fatalmente siempre recordará, y que sea más fácil caer en contradicciones, a partir de una sospecha razonable el dibujo negativo de la mentira puede acabar perfilando lo que se pretendía ocultar. El quid es la omisión. Depende de si conviene aproximarse a los hechos para aportar credibilidad, o alejarse para no levantar la liebre, para no acercar el objeto —del tipo que sea— que hay que desfigurar, el peso de la omisión será más o menos importante, y afectará un tipo u otro de hechos. Me obligué a repasar mentalmente las sentencias habituales sobre al caso. Decir verdad o mentira comporta reconocer una autoridad —por voz interpuesta:

«este dice esto, el otro dice aquello, sí, sí, ¿pero tú que dices?» La alternativa es peor —¿alguien se imagina que la voz con que habla es la propia, que inventa algo, que tiene la capacidad de escoger lo que dice? ¿Se es tan idiota que no se reconoce que no se hace otra cosa que repetir lo que no se recuerda que se recuerda? Si el ser humano proviene de lo despiadado, de lo codicioso, de lo insaciable y lo asesino, en la indiferencia de su ignorancia, ¡de dónde demonios procede el impulso hacia la verdad! El arte es más poderoso que el conocimiento, porque quiere la vida, y el conocimiento consigue como última meta —solo— la aniquilación. Si en un estado natural el individuo prudente solo usaría el intelecto para la ficción, si solo tiene sentido existir para el aburrimiento, cuando el error es ya tan improbable —o tan general, que viene a ser lo mismo— que se puede considerar falsedad. Si no existe nada de lo que nos rodea, nos hemos equivocado en todos los cálculos. La mentira vuelve real lo irreal, ¿qué más queremos? La idea de que la Verdad fuera un ente existente-en-sí, y que llegar a ella o no fuera una contingencia más de la naturaleza humana, tan opcional como el placer y el dolor. Pero si la verdad no existe, tampoco existe la mentira. Verdad y mentira son los extremos de una regla graduada donde se pasa de la una a la otra a través de estados intermedios. Que una de las dos no exista comporta que no existe la regla, por lo tanto tampoco la otra. Otra vez: si la verdad no existe, no puede ser verdad que la verdad no existe. Por lo tanto, existe. La incompletitud gödeliana en dirección positiva. Pero «Si la verdad no existe, tampoco puede ser verdad que la verdad no existe. Por lo tanto, existe» ¿es verdad? Lo tiene que ser, porque si no, no lo sería que la verdad existe, cosa ya demostrada. Entonces: ¿la música puede mentir? Tanto da, porque el ser humano no teme tanto la mentira como ser perjudicado por medio del engaño. Igual como con Dios, la negación furiosa de la verdad la irrita hasta obligarla a existir. La verdad como recuerdo, como tautología —como obligación. El ansia de generalizar aboca al reduccionismo. La ficción es la única aproximación al noúmeno, en la vida profunda, y el Juego es el único código que no lleva a las máscaras encubridoras, a la palabrería y el fraude. Ficción, mentira, Platón. Del homo ludens al hombre engatusado. Estamos condenados a bregar con el contrato infralúdico. El conflicto es la base de la sociedad, y el engaño es el objeto del conocimiento. ¡Me cago en la ciencia y en las leyes! ¡Poetas al poder! De todo eso ya no le hablé.

En cambio, con Rakshasi conectamos, aunque hacia el final. Era el momento en que los atentados y la entrada de los asaltantes en la Cáscara habían obligado a aplazar las declaraciones, un callejón sin salida acabado en suspensión definitiva, y no solo de los trabajos de la

Comisión sino de la Comisión misma, la actividad Anficonversora, las órdenes militares y la Madre Casa en general —aquí sí, la guerra rebasaba de lógica, la convertía en un juego de salón. Pese a que no había comunicado oficial —probablemente porque ya no había quien lo emitiera, o en el peor de los casos no había solo uno—, las escuchas ya estaban aniquiladas, y si no, ¿quién escuchaba al otro lado? Ya estábamos en el punto de no-retorno donde todo da lo mismo. Rakshasi parecía interesada en identificar iconografías de la inmortalidad como un efecto pulsante, si se pueden identificar con avatares del Fénix, si el Fénix sería el avatar central.

No tardé en darme cuenta de que la cuestión era la tapadera de un problema de fondo que depende de cómo fuera podía tener consecuencias graves inmediatas. Rakshasi no sabía si decir a Kreis que Camila estaba a punto de llegar a la Isla de los Muertos con la misión de organizar una magna operación contra él. Venía con dinero y mercenarios a sus órdenes, capacitada para repartir, pactar, prometer y ejecutar.

Le pregunté cómo lo sabía, y me dijo que a través de un amante, a la vez amante de Camila y acabado de abandonar por ella, en plena fase vengativa por lo tanto, un detalle afortunado en este caso. Le pregunté cómo se llamaba el tipo.

—Ramir Giselberti.

Me sorprendió, pero no tremendamente. Hace tiempo que Ramir y yo lo dejamos, no sabré nunca si por la cuestión vampírica o porque ya había sacado de mí todo el provecho posible. Paradojas de la depredación, él era el tipo muy situado de quien en teoría yo tenía ocasión de beneficiarme —y ahí me había empujado Kruly—, y al final fue él quien lo extrajo todo de mí. Me dibujé mentalmente la cadena sexual resultante, y resultaron más fáciles de entender las reticencias de Artur.

—¿Se lo has contado a Midoissa?

—No me fío. No puede ser que siempre caiga de pie, su juego de intereses cruzados es demasiado sofisticado.

—Debe jugar a todas bandas.

—¡Por supuesto!

Ahora me parece tan evidente. Cuando dividimos el Egrégor, ella escogió el camino para no encontrar asaltantes ni Fonóctonos, y fue directa al objetivo, a pesar de que el resultado no fuera el que esperaba. ¿O sí?

Dije:

—No podemos estar seguros. Hay indicios, no pruebas. Ha camelado a Curwen para que le diga a Artur que Kreis lo quiere matar porque lo ve una amenaza para el Archicenotafio.

Parecía sorprendida. Fui consciente del alcance de cualquier cosa

que dijera, de la incalculable capacidad para cambiar el fiel de la balanza al margen de la conciencia o el propósito de hacerlo. Mandar a Camila al Archicenotafio con la artillería pesada era una forma de liquidar a Kreis que pasaba por liquidar en primera instancia a Camila misma, y ahora me sabe mal no haberme avanzado. ¿Qué habría podido hacer? ¿Qué habría cambiado? Me debía dar miedo buscarle porque me debía dar miedo encontrarle.

Dijo:

—Paco Regomir se lo dijo ante todos, y Artur me ha dicho que ella lo ha negado.

Recuerdo la frase porque fui consciente de la ambigüedad, porque tanto se podía interpretar que Kreis quería matar a Artur porque lo veía como una amenaza, como que era Midoissa quien lo veía como una amenaza, y para asustarlo había liado a Curwen para que le dijera que Kreis lo quería matar. La respuesta de Rakshasi no deshacía la duda —tanto valía para una cosa como para la otra. Intenté distraerla, porque yo misma no tenía pruebas, ni estaba segura de los indicios.

—Quizá no le quiere asustar, ni que sepa que ella está al corriente, para que no sospeche de que ella es cómplice.

Uno puede decir, no quiero que estés conmigo gracias a un artilugio urdido con mi habilidad y mi astucia, quiero que estés conmigo de verdad, porque quieres estar libremente. Pero en la práctica ese «de verdad» cuesta precisar dónde empieza y dónde acaba. El juego de voluntades y condicionantes es tan sutil que en la pretendida neutralidad puedes llegar a ser más determinante —en una dirección o en otra— que con la más feroz de las intervenciones.

Rakshasi me miraba como si pudiera descubrir más de mis ojos que de las palabras —no le debía faltar razón. Sacudió la cabeza como quien se quiere recolocar las ideas.

—La irrealidad es una distancia, un defecto del foco; pero es, ciertamente.

Ahora me parece que me entendía más de lo que ahora me entiendo yo misma —por cierto, pobre Parménides. Vemos a los vencidos. ¿Y los vencedores dónde están? Me siento sin energía intelectual —el recuerdo de Bettina se me hace insoportable. Me parece lo mejor y más tierno de mi vida y no sé cómo librarme de él, y no quiero. Quiero estar para siempre en el interior de las horas con ella, como quien no sale de la cama más acogedora, como los labios no quieren abandonar los labios del amante.

Curwen se despierta, se sienta y lo odio como a un objeto inútil y molesto. Debe de haber pasado un día más, pero la noche ha sido demasiado breve para la vampira. De este pánfilo solo puedo esperar una cosa.

—Shelly, me estoy debilitando. ¿Te importaría? Necesito sangre.

—Mina, ¡me la estás pegando! Me empiezan a pasar cosas raras. ¿Ya no soy más vampiro que humano?

—Te falta mucho, te lo prometo.

—¡No lo quiero ser!

—Cuando salgamos no nos veremos más si no quieres, y en quince días te habrás recuperado del todo, ya lo verás, ni te acordarás. Venga, solo un poquito.

Pienso que le estoy convenciendo.

—¿Por dónde?

Lo dirijo hacia la sensualidad, aunque es difícil una sonrisa seductora cuando ya te han crecido los colmillos.

—Por donde quieras.

—Por ahí no.

—¿El brazo?

—Mal rollo, como si me fuera a hacer un análisis.

—La muñeca, pues.

—Vaaa, en la muñeca.

Le cuesta ofrecérmela, le tengo que forzar un poco y entramos en un tira y afloja tácitamente pactado. Ya es mala suerte, justo cuando me pongo entra a saco una banda de Fonóctonos blancos, como si hubieran estado esperando. Tiran de mí como lobos de la presa.

—¡La vampida! ¡La vampida! —reclama chillando el Fonóctono zopas.

—¡Ya la tenemos!

—¡Amódala, que no muedda! ¡Que aún la metedán a pdezitenta de la chenedalitat!

No me dan miedo, porque las cápsulas suprarrenales y la amígdala encefálica no me funcionan, pero tengo una rabia que se tienen que meter todos para reducirme. Muerdo a alguno, pero son demasiados, y uno avispado me clava un libro entre los dientes y otro me ata con una soga la mandíbula en la cabeza como a los muertos en la funeraria.

—¡La eztaca! ¡La eztaca!

Me extienden por tierra panza arriba, me abren de brazos y piernas y se me instalan un par encima de cada muñeca y de cada tobillo para inmovilizarme. Aun así, consigo proyectarme hacia delante a sacudidas hasta levantar el cuerpo un palmo de tierra, pero dejo de hacerlo porque les facilita arrancarme la ropa. Da igual, los pequeños energúmenos son tan eficaces que en un momento ya solo llevo las botas. Me debato, y se pelean para llegar el primero.

—¡Apadta, que me la cepiyo!

—¡Yo también, no te jode!

El zopas se impone y reclama:

—¡La máscada! ¡La máscada!

Me clavan una máscara de hierro en la cara, con clavos de medio palmo, y de aquí sí que no les podré morder. Ni veo cuántos se me follan, pero sí noto que me destrozan los pechos, y siento entrar la estaca, la última penetración posible, la que...

No lo he podido evitar, y no sé cómo me tendría que haber puesto. Mina muere con la estaca clavada en el corazón y catorce Fonóctonos encima, violada por todos, desollada, descuartizada, el tórax reventado como becerra en el matadero. Y encima se pelean para comérsela. Le arrancan la máscara, le sacan los ojos, las orejas, la piel cuando todavía late.

Me destroza la visión de los últimos espasmos, cómo brota y salpica como una fuente una sangre inusualmente abundante y negra, como es negro todo su interior, la herida, la boca, la vulva, la matriz, los intestinos, la velocidad con la que ha pasado todo, la incapacidad para asimilarlo, cómo se la reparten los Fonóctonos que no se han molestado ni en inmovilizarme, tan poca cosa me deben ver, y con tanta razón.

—¡Ezta pulpa pada mí!

—¡Quién se ha comido la lengua!

—¡Eh, que me había pedido una teta!

Se toman el uno al otro las asaduras, se las persiguen, se las estiran, uno tira en alto, el otro la persigue al vuelo con la boca, chillan y ríen, bazos, hígados y nervios saltando, sucios de pies a cabeza de una sangre tan oscura como la tinta —suya, imposible: no tiene. Será la que se tomó y estaba digiriendo (la mía. ¿Por qué me horroriza tan poco?). En minutos, no quiero saber cuántos, queda poco más que los huesos y cuatro tendones y pellejos.

Baja la tensión y la algarabía, se echan por los suelos hartos como animales, se ríen con los ojos medio cerrados, eructan satisfechos como críos recién amamantados. Me miran como por casualidad, con un desinterés insultante.

—¿Noz comemoz al tonto?

—¿Dezpués de la vampida? ¡Estás de bdoma! No me quiedo quedar con mal sabod de boca. Ya noz lo comedemos si vienen vacaz flacaz.

Miro de alejarme, y se echan a reír. Todos imitan al zopas. Creía que se burlaban, pero es cariñoso.

—La medienda ze va.

—¡Déjalo, a dónde quieded que vaya!

Se me aflojan las piernas. Tengo la visión de intentar huir, perseguirme y liquidarme aquí mismo. Quizá si me quedo tengo alguna opción.

Me dejo caer en un rincón, sin fuerzas para intentar nada me complazco en la indignidad ni siquiera resignado. La mayoría ni me miran, no tienen ninguna prisa, no están por mí como no se está por la

verdura comprada en el mercado, les resulto indiferente como el muslo de pollo que se comerán para cenar.

Intento aplicar lo aprendido —lo que la pobre Bettina me había enseñado—, para abstraerme en la meditación, y no lo logro, el miedo lo desbarajusta todo, y este tendría que ser el principio y el objetivo, vencerlo o como mínimo controlarlo, pautarlo en líquidos elementos operables. Qué son el arte y el conocimiento, aparte de planes ordenadores de captación de la realidad —ilusión de que los grandes momentos de la humanidad son uno solo, una cordillera de montañas unidas a través de los milenios en una sola pieza capaz de presentar los entes de todos los tiempos—, sino intentos de desactivar el horror pasando por expansiones alejadas del placer, disonantes, crueles, desagradables, feas, hirientes. Que nos guste lo que nos disgusta es la sustanciación exorcística del miedo.

Se ha destruido el sentido de continuidad articulador de la vida, no tenemos los pies en el suelo, después de lo que acabo de ver con Bettina y Mina no me siento vivo en referencias reconocibles. El mundo en forma de disminuciones, de variedad no ilimitada de repeticiones. Debo de haber caído en una forma de neurosis.

Procuro no mirar en exceso a los Fonóctonos, no provocarlos con lo que se pueda interpretar como reclamo, yo qué sé, cómo bajan la mirada los esclavos ante el amo. Como la inconveniencia de preguntar qué me espera para no inclinarlo a la peor opción. No había visto nunca a tantos juntos, quizá hay una veintena, con Freud y Klimt en primer término. Me sacan de donde no sé si estaba.

—Muévete, nos vamos.

Vamos por pasillos cerrados, y me pierden de vista tan a menudo que tengo que pensar si quieren ofenderme por considerarme incapaz de huir, de ofenderme con la crueldad de mostrármelo, a pesar de que aún sería más ofensiva la indiferencia profunda, que ni se les ocurra que soy capaz de escaparme.

Llegamos a un lugar en extravagante contraste con el entorno, una caricatura de hotel antiguo insertado entre dos enormes columnas negras, sin respiración exterior. Todo es de plástico, como una reproducción a escala ligeramente más pequeña de lo habitual, con tonos básicos bastante descoloridos y bombillas repartidas como en los árboles de Navidad, desprendiendo una enervante, desalentadora peste de irrealidad. He ido como un cordero, y no soy capaz ni de reprochármelo. Me asalta la asfixiante fantasía de que es el lugar donde moriré.

Me llevan a un corredor con celdas a ambos lados separadas por tabiques, con rejas junto al pasillo como una prisión, o más bien una perrera o un zoológico antiguo. Las primeras están vacías, en las del

fondo se oye a gente y se ven manos cogidas en los barrotes; me meten en una del comienzo, sin posibilidad de hablar con nadie si no es a gritos y sin vernos. Con uniformidad, como alcanzado por un chorro, todo tiene color de hueso envejecido mortalmente depresivo —un implacable anuncio de desesperanza y aniquilación. No puede ser que los sentimientos lo empapen todo como este color sin matices, añagaza de una virtualidad maligna. ¿Cuánto tiempo llevo sin dormir? He perdido la noción de días y noches.

En un minuto me echan un plato de inidentificable mierda amarronada y un botellín de agua, y desaparecen sin explicaciones, que yo tampoco me atrevo a pedir.

Ni la quietud ni el silencio impulsan a la meditación. ¿Cómo lo hizo Boecio? Nos siento —no sé aquí, pero el singular no proyecta nada— prisioneros del deseo, lastrados por la fragmentación debilitadora, la funesta ilusión de la totalidad, si se vive mejor con alguna forma de nihilismo liberador, desresponsabilizador, desdramatizador de posibles, de inciertos grandes hitos metafísicos. No intento ni comer. La náusea es mi respiración —estoy harto de oírme decir que no paro de quejarme. No sé cómo ni cuánto rato, pero caigo dormido, y me despierto con violencia sin saber si es de noche o de día. Enfermo. ¿Qué pregunta será ociosa? ¿Me he hecho valer como era necesario? A esta, al menos, la respuesta es fácil.

Antes de la primera declaración de la Comisión, cuando me presentaron a Artur Oliver, me dijo:

—Conocí a tu padre hace un tiempo. Todo un personaje, el gran Joseph Curwen.

Me quedé a medio camino de lo que le podía haber dicho por un extremo o el otro.

—Sí, mi padre no deja a nadie indiferente.

—No le traté mucho. En cambio con tu tía, Eliza, ha habido una buena amistad.

Te alejas del problema y el problema se minimiza, te parece abarcable, resoluble, menos abrupto y peligroso. Pero a medida que vuelves físicamente al lugar, la dimensión aterradora va reapareciendo —la distancia no ha resuelto nada. Le dije:

—Es una categoría, hacer amistad con una fiera como mi tía. ¿Eres karateca?

Me alegraba haberle desconcertado. Me pareció un fantasma, queriendo estar con todas las mujeres al alcance sin miramientos ni sentido del ridículo. Me sentía seguro, estaba muy posicionado y, llegado el caso, he heredado de mi padre una buena dotación. Mina ya me había dicho que no sabía cómo quitarse a Artur de encima, y nos mirábamos por encima de las idas y venidas del gallito.

—El hijo de tu tía...

Le interrumpí.

—Sí, ya lo sé, una escena conmovedora, la reunificación sentimental del alma del gran Pere Ficinus. Solo falta hacerle un monumento.

—No tienes buenas relaciones con tu primo.

—Que tenga excelentes relaciones no me priva de estar hasta las narices. O esperas que nos venga a salvar.

Me miraba cada vez más descolocado.

—¿Por qué tendría que esperarlo?

Mina me tiró del brazo y me dijo:

—Shelly, déjate de chiquilladas y ven a mi lado.

Estábamos en plena expectativa de los trabajos de la Comisión, para muchos una actividad habitual, para mí una novedad estimulante. Intento recuperar aquel sentimiento en contraste con donde ahora estoy, y aparecen un par de individuos que no he visto nunca, vestidos con un uniforme negro de corte militar que no identifico con ninguna orden vigilante. El más corpulento me conmina con un ademán.

—Arriba.

Me levanto.

—¿A dónde vamos?

—Silencio.

Me llevan por otros pasillos y escaleras a un despacho de grandes dimensiones con dos individuos de espaldas, inclinados sobre unos papeles. Los guardias me hacen sentar ante la mesa, a unos diez metros de los ocupantes, y se quedan detrás de pie.

Los dos tipos se toman su tiempo, riendo de comentarios que no llego a oír, se acaban volviendo y se acercan sin mirarme, aún en su conversación. Uno es el Teniente Sapirstein, al otro no lo conozco. Sin ni mirarme, Sapirstein me señala riendo.

—¡Aquí lo tenemos, he ganado la apuesta!

El otro no parece afectado por la pérdida.

—Me tendré que rendir a las ventajas de la obnubilatio praecox.

Por cortesía (más bien por miedo), me dispongo a levantarme, y un guardia me clava la mano en el hombro por detrás para impedírmelo. Sapirstein acaba de voltear la mesa y se me acerca.

—Como me acabas de hacer ganar una cena más sustanciosa de lo que la estricta gastronomía local permite —él y el otro ríen y se miran —, y como además te quiero proteger, te concederé una ventaja en la próxima jugada.

—¿Qué jugada?

—¡Ah! —levanta el dedo y vuelve a mirar al otro, que le corresponde indicando que sí y riendo—. Localizarla forma parte del Juego.

Con una voz repugnantemente cavernosa, el otro dice:

—Con un poco de suerte me resarciré de la pérdida.

No me tengo que esforzar mucho para quedarme mirando a Sapirstein con ademán de súplica total. Le digo:

—Teniente, me dijo...

Me pellizca la mejilla como la otra vez.

—Sé lo que te dije. No te preocupes, me ocuparé de que no te pase nada —hace una señal a los guardias—. Con los otros invitados.

El colega se ríe de una manera que me acaba de quedar claro que «los otros invitados» me lo tengo que tomar como un mal agüero.

Me llevan a una sala sin ventilación exterior —una vez más sin referencia de día o noche, con una gran mesa redonda en medio y dos comensales sentados. El corazón me da un brinco agridulce cuando los reconozco: Fabrici y Mercedes. Los guardias desaparecen y ante la expectativa creada me acerco, les saludo y me siento junto a ella, pero se levanta.

—Disculpadme.

Desaparece por otra puerta, la única además de la que yo he usado y de una corredera de casi tres metros al fondo, y para no dejar un lugar vacío, me siento junto a Fabrici con el propósito de cambiarme cuando vuelva Mercedes.

—¿Dónde ha ido?

Me mira con una cara de preocupación más parecida a la mía de lo que me tranquilizaría.

—Al lavabo, supongo.

—¿De qué va esto?

—¿Te han capturado los Fonóctonos o has aparecido aquí por tu cuenta?

—Los Fonóctonos.

—Así eres un jugador de recurso inmediato, en la ortodoxia del Juego un asaltante.

—¿Un asaltante? ¿No hay un equívoco en los términos?

—De esto se trata.

—¿Y el Juego de qué va?

—Cuando estemos todos lo verás. ¡He! Enseguida. En esta fase todos estamos en peligro de muerte, unos de forma más perentoria que los otros: unos son presos, los otros captores, y se trata de establecer qué prerrogativa domina.

—¿Yo qué soy?

—Prisionero, te lo acabo de decir.

—¿Y tú?

—No te lo puedo decir, te daría una ventaja que se puede volver contra mí.

—¿Así jugamos unos contra otros?

—Sí y no. Digamos que no necesariamente. Puede haber alianzas, intercambios.

—Deduzco que tú con tu estatus debes de ser captor.

—Deduce lo que quieras.

—Si juega bien, ¿un prisionero se puede convertir en captor?

—No lo sé, en principio no, pero supongo que depende.

—¿De qué?

—Me preguntas cosas de la estrategia del Juego.

—Y no me las puedes contestar, está claro. Solo una última: si hay captores y prisioneros, se supone que unos están por encima de los otros. ¿Son los captores quienes obligan a jugar?

—Sí y no.

—¿Sí o no? —queda en silencio, y ya no sé si no responde porque no lo sabe o porque, tal como me ha advertido, no me quiere dar ventaja; pienso en una pregunta más clara, más ineludible—. Si no nos obligan a jugar los captores, ¿quién lo hace? ¿Qué nos priva de salir de aquí ahora mismo?

—Es como si me preguntaras qué les pasa a los prisioneros que no superan el Juego.

—Es que te lo pregunto: ¿qué les pasa a los prisioneros que no superan el Juego?

—Te lo he dicho al comienzo, estamos todos muertos.

—¿Entonces qué sentido tiene jugar?

—¿Morir el último tiene algún sentido para ti?

—Ninguno. No se sostiene en la cadena causal. Si eres el último, ¿quién te mata?

Se abre la puerta, y dirigidos por guardias entran Eberhardine de Blangis, Sartorius y Carter. Nos saludamos sin muchos aspavientos, y se instalan manteniendo junto a Fabrici dos asientos vacíos, uno para Mercedes y el otro para mí. Por quién va más limpio y aseado podrían deducir los roles pero, como yo mismo, todos van desastrados por un estilo.

Apenas nos da tiempo para decirnos cuatro cortesías para llenar el horror vacui cuando vuelve Mercedes, ocupa su lugar, y llegan Jaume Camus, Kherkhim Kladonir, Paco Regomir y tres más que no conozco, y se presentan ellos mismos como Ramir Giselberti, Joana Gutiérrez de Costagrau y Alcandre Ferrany; a medida que me llega el turno, yo también me presento, y exteriorizan corteses, fríos indicios de saber quién soy. Se sientan y quedamos, a partir de mi derecha, Eberhardine, Sartorius, Carter, Camus, Paco, Kladonir, Alcandre, Ramir, Joana, Fabrici y Mercedes; nos cuento: somos doce, y puedo extraer tantas cosas que es como si nada.

Fabrici dice:

—El señor Curwen y yo hablábamos de las reglas del Juego

simposíaco que se nos propone.

Paco lo pisa de una carcajada.

—Empezamos fatal. Si a esto lo tenemos que llamar proponer, mejor emborracharnos y quitarnos la ropa directamente.

Digo:

—Yo de hecho quería saber...

Como si yo no existiera, Alcandre dice:

—Se nos presentan dos órdenes cruzados de categorías. Tenemos que establecer primero quiénes son asediados y quiénes asaltantes, o sea discutidores y oyentes.

Sartorius dice:

—Merece la pena poner en antecedentes a quienes no hayan jugado nunca de que se trata de una contienda de autoaseveraciones en negativo. En la tradición, las paradojas cretenses...

Joana le interrumpe:

—Nos perdemos en elipsis y eufemismos. El caso es engañar al interlocutor y la concurrencia, y en la medida en que engañas bien a uno, arrastras a los otros y ganas.

Camus dice:

—Demasiado esquemático dicho así. Los auditores tienen que empezar descubriendo si quienes conversan están conchabados o no. Si lo están, es que los dos son presos o que los dos son captores.

Mercedes le dice:

—Una simplificación más refinada pero no menor. Si los dos son presos pueden no estar conchabados, justamente para intentar cada cual que el eliminado sea el otro y no él.

Kladonir dice:

—Y a la inversa, ante la inseguridad o la duda, ponerse de acuerdo para fingir que se está de acuerdo. O, depende de la estrategia, para hacer ver que se está en desacuerdo.

Eberhardine dice:

—Si eres lo bastante hábil, hacer creer al interlocutor que vais de acuerdo, y a los auditores que no, y en cada momento hacer lo que más conviene. La gracia, y el riesgo, es que cada cual ignora si es juez, carcelero, prisionero o condenado.

Ramir dice:

—¿Pues quién lo determina?

Carter dice:

—La vicisitud misma del Juego.

Pienso cómo, si está determinado o lo gana cada cual, pero para oírme decir que me lo acaban de explicar, no merece la pena. Aun así, alguien tendrá que dictaminar quién gana, con un criterio objetivable y reconocible. ¿Dónde está la referencia? ¿Cómo se puede entrar en un juego si se desconocen las normas, si ni siquiera se sabe qué se gana?

Aunque se sepa qué se pierde, y con esto ya debe de haber suficiente. El Juego es un continuo conflicto de interpretaciones —¿no tendría que ganar el más versátil?

Nos traen almuerzo (¿o es cena?): rollitos de verduras, ahumados entre nueces rancias y unos filetes escandalosamente gordos y crudos, un festival de carne y sangre sin paliativos. Cubiertos desapareados, tenedores torcidos, cuchillos desafilados, copas de cristal descantilladas dudosamente limpias. La última cena del condenado a muerte.

Fabrici dice:

—En parte se lo gana cada cual, en parte lo decide la mecánica lúdica.

Mercedes se vuelve hacia mí y me dice para que solo lo oiga yo:

—No te pierdas ni una fracción de segundo, toda esta conversación ya forma parte del Juego.

Igual de bajo, le digo:

—¿Y qué? ¿Podría yo mismo deducir que no soy prisionero sino captor? ¿El solo hecho de deducirlo ya haría efectiva mi pertenencia a tal condición?

Mercedes levanta una ceja, Eberhardine dice:

—Antes hay que explicar bien en un Juego sin árbitros quién dirige de entrada, al final quién dilucida las discrepancias. Quien dice explicarlo dice decir suficientes cosas para que llegado el momento puedan esgrimirse como datos objetivos.

Lo encuentro todo tan inconsistente y arbitrario que no me parece fuera de lugar dar por hecho que el resultado ya está decidido y estipulado. Sartorius dice:

—En un Juego de suma cero no hay discrepancias, es como el póker o el bridge. No hay árbitro porque lo somos todos.

Carter dice:

—No es del todo exacto. Hay que establecer las exenciones posibles (es decir permitidas), si será un Juego de las transgresiones en equilibrio.

Camus dice:

—El Juego maya de la pelota se fundamentaba en el honor: el sacrificio de los vencedores. El Juego de la firmeza de las convicciones y los principios, porque de otra manera se llegaría al contrasentido de querer perder para sobrevivir, autoinfligiéndote la miseria moral inherente.

Paco dice:

—Miseria a cambio de vida, no es un mal cambio, que comportaría una estrategia de Juego diferente en el procedimiento, pero idéntica en el principio estratégico: la confrontación de dos que juegan para perder exige tanta habilidad como para ganar.

Kladonir dice:

—El objetivo trastoca la letra de los términos: si perder es ganar, requiere a todos los efectos mecánicos la estrategia de ganar, por más que lógicamente por procedimientos diferentes. Es otro juego. Queda por establecer, como queda también aquí, quién es el ejecutor, la encarnación de una deriva psicopómpica ganador-perdedor-superviviente-captor-ejecutor.

Alcandre dice:

—No entiendo cómo puede haber acuerdo sobre un desconocimiento. Genera una situación inestable por principio, porque cabe cualquier cosa. ¿Y si ahora me voy?

Ramir dice:

—Vete. Afuera están los Fonóctonos, con órdenes estrictas.

Joana dice:

—¿Gana quien descubre-dictamina los roles de los otros, o quien se arroga el papel del captor ante el oponente?

Queda sin respuesta, y algunos fingen que se esperan a que los camareros —parecen más bien soldados— acaben de cambiar los platos y servir los siguientes.

Una vez en situación de nuevo, Fabrici lo retoma:

—La diferencia entre descubrir y dictaminar va más allá de un orden consecutivo. En nuestro caso tiene sentido desde sincronicidad.

Joana dice:

—Me lo imagino, porque descubrir después de dictaminar comportaría un orden de decisiones imposible si no eres captor, y aun propietario, salvo que no seas un gran jugador de póker además de jugador... de lo que sea esto. Te dejaría en evidencia.

Ramir dice:

—¿Y no acabas de quedar tú así ahora mismo?

Alcandre dice:

—No más que tú. En el 90% de nuestras opiniones subyace la intención más o menos manifiesta o enfurecida de corregir el mundo, de presentarnos cada cual mejor que los demás, de tenernos por un bien imprescindible para el resto de los humanos.

Kladonir dice:

—No he sufrido nunca ninguna pulsión de eternidad. Yo también tengo el síndrome del patito feo. Cuando consigo un propósito, cuando me elogian por lo que he hecho, pienso, ¿estáis seguros de que habláis de mí? ¿No os equivocáis, no va por otro con más méritos que yo? Yo soy el que no se reconoce en el espejo.

Paco dice:

—Qué suerte, te lo cambiaría ahora mismo. Yo soy el que no duerme.

La conversación está a punto de partirse por la mitad. De la

combinación entre no dormir y no reconocerse en el espejo sale un lobo azulesciente. Yo añadiría la alergia al entusiasmo.

Camus dice:

—Y negaros a reconoceros no produce ningún efecto de autoafirmación, sino que favorece el desorden. Cuando no se aprende nada, se procura disfrazar la adquisición de otra cosa, de recuerdo, de consecuencia a la cual también se habría llegado por la lógica de la conversación.

Carter dice:

—Y cuando puedes invertir el orden de una sucesión de razonamientos sin alterar el resultado, quiere decir que todo es irrelevante.

Sartorius dice:

—La irrelevancia es imponderable en estos casos. Si has conseguido, si te has trabajado adecuadamente no considerarte ni por encima de todo el mundo ni una infecta mierda, estás en condiciones de balancear tu valor con los de quienes te rodean, y no perder el tiempo en delirios egóticos y prisas que no llevan a ninguna parte.

Eberhardine levanta la voz para responder a Alcandre.

—Depende de donde quieras que te lleven. La pulsión lógica complementaria de considerarse uno mismo mejor que los demás y, para la humanidad, imprescindible es ver funestos a los otros, reemplazables sin restricciones ni remordimientos. No sé si hemos ido a parar aposta, pero diría que esta es la piedra angular del Juego que intentamos jugar, y quien dice intentar... Porque el Juego es en sí un intento continuo, ¿no? —mueve las manos con una excitación fuera de lugar—. La realización, quiero decir cómo culmina.

Digo a Mercedes:

—Sapirstein me ha dicho que le he hecho ganar no sé qué, y que me protegerá, ya me lo dijo antes. Lo debe de haber hecho, porque soy el único vivo de los que estábamos al final del Egrégor.

Mercedes dice:

—Rakshasi está aquí, y Midoissa y Artur desaparecieron cerca de donde se amasa la sucesión de Kreis que Artur se ha negado a asumir, cosa que le costará la vida.

¿A quién no le cuesta la vida todo lo que va haciendo? Hay un momento de dispersión en detalles repartidos. Aprovecho para contemplar la sala, de una precariedad mobiliaria que hace pensar en un antiguo uso industrial, sin tiempo para más acondicionamiento que sacar las piezas de su actividad. Paredes y techo vacíos y descostrados, suelo irregular, herido por el paso de trastos angulosos y pesados — ninguna intención decorativamente recicladora, tan solo lo que hay. El único detalle, un poema enmarcado en medio del muro a mi derecha.

Aquí se cuece el espejo que os mostrará
que irreal y real son ilusiones
de una misma ofensa desplegada
en los crepúsculos de la percepción,
que no habrá juicio ni condena
externos a esto que llamáis voluntad
que no es valor sino mala pulsión,
que sois los guardianes los unos de los otros,
que sois vuestros peores enemigos,
muerte reflejada en los ojos del contendiente.

Vuelvo a mi sitio. Me resisto a creerme que esta gente se la jueguen, siendo la mayoría de la casta de los propietarios. Pero si Kreis está muerto, ¿quién tiene algo seguro? Nos han teatralizado dentro de una caricatura de la vida.

Fabrici dice:

—La esencia del Juego es tan múltiple que alguien lo definió como un Toro. Como todos sabéis, la figura topológica el equivalente poliédrica de la cual es el Poliedro de Szilassi.

Carter dice:

—Habría que ser siete para jugar correctamente, y ya ha sido explotado. A pesar de que no es ajeno del todo el recorrido estelado en la totalidad de un círculo de doce elementos tomado el séptimo a partir del de referencia. Transciende el poliedro, el Toro avanza, crece y se desarrolla según el crecimiento áurico, transciende encarnarse en botella de Klein para transformarse en Teseracto, desde donde transciende encarnarse en Penteracto para ser Poliedro de Triptólemo, y de aquí más allá en las dimensiones.

Ramir le interrumpe.

—No sé gran cosa, ¿pero estáis seguros de que ahora es esta la información pertinente?

Eberhardine mira a Carter y dice:

—No he visto nunca un geómetra de los sueños resistiendo la tentación, pero es cierto, es otro parámetro pendiente, la pertinencia de la información, lo que marcará el camino. Quién la determina y —se adelanta a los otros—, previo a esto, quién determina quién lo determina.

Kladonir dice:

—Y quién determina quién determina quién determina quién determina quién determina quién determina quién determina...

Mercedes dice:

—¡Basta, basta! —nos reímos, pero ya no hay alivio posible, y vuelve una gravedad ni siquiera solemne como en otros momentos—. ¿Cómo hemos pasado de una Comisión investigadora a una

pantomima con nuestra vida en juego?

Camus dice:

—Son dos formas de irrealidad no tan alejadas la una de la otra. Dos escenificaciones de la selección natural. Esta tiene más peligro, cierto, pero tampoco mucho mucho más. Como siempre, los mejor adaptados sobrevivirán.

Joana dice:

—¿Habéis oído hablar de la transferencia de la primera persona a través de la transparencia?

Hay un baile de esquivar miradas. Neutramente, Sartorius dice:

—Es uno de los atributos de la Isla de los Muertos. Hay varias teorías, conspiratorias la mayoría, alguna terrible, incluso cómica. Me inclino a pensar en un efecto secundario no previsto y, depende del estamento, no deseado y, si se tercia, perversamente usado. Fiarnos a juegos de dados divinos es indiscriminatorio, no nos lo podemos permitir. Sería mejor abolir el Juego ahora mismo, unirnos y salir de aquí todos a una.

Alcandre dice:

—Ni que nos lo propusiéramos con toda la furia del mundo lo conseguiríamos. Nosotros escenificamos la pugna por el poder real, somos figuras de ajedrez en la cúspide de la Tabula Smaragdina. Quien gane aquí dará la victoria al dueño de la mano que lo mueve desde allá.

Me siento habiendo superado un ataque de nervios, pero no localizo en qué dimensión ya no puedo más. Me viene una insuflación de lucidez psicótica. Nosotros dictamos los movimientos de las manos que creen que nos mueven. Digo sin pensarlo:

—Visto como habéis pretendido camuflaros, no hay duda —señalo a Sartorius y a Alcandre—. Tú eres el captor, tú el prisionero.

Paco dice:

—Y con esto lo has roto y lo acabamos de resolver —me mira, displicente—. Tarugo.

Se levanta, da un par de palmadas y entran cuatro guardias; me señala, y los guardias se acercan a mí. Mercedes se adelanta.

—Un momento.

Paco dice:

—El señor es el ganador de esta fase del Juego. Acompáñenlo a las dependencias.

Será que Paco es de los que mandan. No sé por qué habría podido imaginar otra cosa. Hay un conato de aplaudirme, y me resisto a levantarme.

—No lo entiendo. ¿He ganado o he perdido?

Pensativo, Sartorius dice:

—Ganar, perder... ¿Dónde se para la ruleta? ¡Todo es tan relativo!

Me levanto, y Mercedes se sitúa a mi lado.

—Esto no tiene nada de relativo.

El jefe de la Guardia dice:

—Ha sido un movimiento afortunado que confirma los propósitos del Teniente. No se preocupen, el señor ganador está especialmente protegido a partir de ahora.

Mercedes dice:

—¿Les puedo acompañar?

Los guardias se miran. No sé si disimulan sorpresa o sonrisa de constatación. De burla, de crueldad. De conmiseración.

—No hay ningún inconveniente, señora.

Nos llevan a una habitación inimaginablemente más confortable que la celda anterior; el lugar con diferencia más limpio, arreglado y agradable desde que hemos salido de las dependencias de la Comisión: una gran cama, la mesa, seis sillas y un sofá, y ninguna abertura salvo la puerta de entrada y la del baño. Un detalle insólito, una pared entera de biblioteca, aparato de música y gran pantalla para visionado de imágenes. Se van y nos encierran con llave.

Una vez solos, Mercedes y yo nos miramos largamente recorriendo un calidoscopio de consuelo, ánimos, lástima, reclamo y transmisión de empatía, miedo, desaliento. Me dice:

—No te dejaré, no te preocupes.

—Gracias..., gracias. No lo tomes como un desprecio, ¿seguro que no te pones en peligro?

Finge que ríe.

—No más de lo que lo estábamos ahí dentro, sí, ya sé que no soy infalible, pero no pierdas la confianza. No sé qué te corresponde, pero te ayudaré con lo que haga falta.

—¿Cómo lo ves? ¿De verdad te parece que he ganado? ¿Que no me espera nada malo?

—Ni idea. Te engañaría si aventurara nada. Créete lo que te acabo de decir: te espere lo que te espere te ayudaré. Siempre tendrás más posibilidades conmigo que a solas.

—Así crees que lo tengo mal.

Vuelve a poner cara de ansiedad ponderada. El pesimismo actúa como un escudo, pero lo que tenga que pasar, tampoco... Me dice:

—Avancemos. A ver cómo y cuándo salimos de aquí. Tal y como consta en los mapas apócrifos, el Archicenotafio ocupa algo menos de la mitad Noreste de la isla de Lauriaian. En la parte Sudeste está el puerto y la gran explanada de acceso en forma de media luna, abrazando el muro exterior de la edificación. La otra parte, desde el Norte-nordeste hasta el Este-sudeste, el muro cae a plomo directamente al mar.

Es lo único donde agarrarme, y a pesar del miedo que no me

quiere dejar, la más fiable y protectora de las mujeres. Siempre me ha parecido ambigua —ahora la abrazaría. Alta, buena planta, siempre elegante, tocada de una discreción no falta de displicencia, una belleza metálica, distante, intimidadora.

—En algún plano se marcan embarcaderos de acceso secreto.

—Parece que están. ¡Apócrifos no quiere decir equivocados! Es la única escapatoria posible.

—He oído hablar de ellos más de una vez, pero no hemos conseguido alcanzarlos.

—Lo lograremos. Ten confianza, pase lo que pase no me moveré de tu lado.

Se abre la puerta y aparece el Teniente Sapirstein con uno de los dos guardias habituales, y el Teniente Nietsripas. Es la primera vez que los veo juntos. Decir que se parecen en lo que se diferencian podría ser..., qué más da. Nietsripas dice:

—Señor Curwen, tengo el placer de comunicarle que su triunfo en el Juego tiene como premio una recepción con la gran señora Aurora Erlink-Duplessis, Reina de los Fonóctonos.

Mercedes dice:

—¿Desde cuándo los Fonóctonos tienen reina?

Sapirstein dice:

—Desde la constitución de la orden.

—Primera noticia. ¿Qué atributos tiene esta señora?

—Ha tomado en custodia la resistencia a los asaltantes. Las funciones están en fase constitutiva, probablemente quedará como abogada representativa, con poderes de última instancia judicial y ejecutiva. Mañana mismo le recibirá.

Mercedes se adelanta con firmeza.

—Le acompañaré.

Sapirstein dice:

—Qué mal me sabe, señora, no es posible. A partir de ahora, el ganador queda bajo nuestra protección, lo marca el protocolo.

—Ya me las conozco sus protecciones, y más aún la flexibilidad de los protocolos. Seguro que estos Tenientes con tanto mundo y tan amables pueden hacer algo.

Se mantiene distante, hierática, sarcástica, autoritaria. Sapirstein y Nietsripas se miran fugazmente con agudeza, coordinados. Deduzco que no están uno por encima del otro, que se deben a atribuciones diferentes —complementarias. Sapirstein se mantiene firme.

—La convocatoria aparecerá como noticia en la nueva red de comunicación en fase de reconstrucción en un sector de la Isla de los Muertos salvaguardado del caos.

Nietsripas le interrumpe.

—La señora tiene razón, los tiempos no están para aceptar

declaraciones sin contraste.

Mercedes se mantiene en la misma actitud.

—La señora no está para nada que no sea acompañar al señor Curwen donde lo lleven los éxitos en el Juego.

Sapirstein dice:

—Entiendo las reticencias, con los trastornos de las últimas horas. ¿Qué quiere que le pase? Se cumplirá el protocolo, y les garantizo la seguridad del ganador —se dirige a mí—. Será la prioridad, invertiré todo mi prestigio.

Quedamos en silencio, yo sin ánimo, ellos cada cual en su posición. Nietsripas se encara con Mercedes con una insoportable sonrisa chulesca.

—¿La señora necesita comprobar que los ritos del Juego se han ejecutado correctamente? Estoy dispuesto a enseñárselos hasta el último detalle.

Me aterra el tono seductor que va tomando gradualmente Nietsripas.

—Me dan igual los ritos de lo que sea. No me lo he creído antes y no me lo creeré me enseñe lo que me enseñe.

En un tono más tajante, Sapirstein dice:

—Sea como fuere, la señora no se puede quedar aquí, y el convite al ganador le atañe a él sin acompañante posible.

Mercedes dice:

—Él ha ganado el Juego y yo lo he infringido cuando le he acompañado hasta aquí. A él le obligan a ir solo a ver a esta reina, y a mí quién sabe a qué.

Sapirstein sonríe, nuevamente bondadoso.

—Me sabe mal si interpreta así nuestra pobre pero esforzada hospitalidad. No obligamos a nada a nadie. El encuentro del ganador con la reina es el de un caballero con la dama, y el protocolo no contempla que el caballero comparezca acompañado. No es tan complicado de entender en una señora, seguro, con más mundo y recursos que nosotros, ásperos militares curtidos a sol y sombra. No ha infringido nada y es libre de ir donde quiera, aunque tal y como continúa todo me permito recomendarle: vuelva con los otros invitados a las dependencias expresamente habilitadas.

Nietsripas lo retoma donde el otro lo deja.

—Si se me permite insistir, me complacería mostrarle cómo hacemos las cosas, con qué recursos trabajamos, el equipo formado con la gente más apta y entusiasta.

Mercedes dice:

—Si digo que no, ¿qué me espera?

—Se lo acaba de decir el Teniente: volver a la estancia de donde ha salido para ir al almuerzo del Juego.

—¿Sin ninguna consecuencia? ¿Sin represalias?

Nietsripas le sonríe abiertamente, la toma de la mano y Mercedes la retira pero, quizá es apreciación mía, sin la energía adecuada.

—Sin otra consecuencia que una que no notará nunca más: mi desilusión por no haberle sabido transmitir la devoción por usted y por la causa.

Mercedes se ríe, yo me asusto.

—¡La devoción!

Sapirstein se retira a segundo término, Nietsripas despliega la cola de pavo real.

—Permítame mostrarle la intendencia que hemos conseguido salvaguardar y en qué condiciones gestionamos esta parte de la Isla de los Muertos, y comprobará, entre otras cosas, que su compañero no corre ningún peligro.

Mercedes tarda tanto en decir algo que me veo perdido. Masculla para sí misma:

—¿Entre qué otras cosas? —levanta la voz—. Por favor, déjenme sola un momento con el señor Curwen.

—Faltaría más.

Salen, y Mercedes me coge la cara como a un hermano y me da un beso.

—No tengo más remedio que ir. Contigo no me dejan quedar, y con este fanfarrón tendré más opciones que encerrada en el hotel. No sé de qué va la tal Reina Fonóctona. Será la oportunidad para descubrirlo.

Me suena todo rancio, engañoso, falsificado. Le digo:

—¿Te gusta, Nietsripas?

—Eso ahora es irrelevante. Quiero que entiendas qué hago y el porqué, que no te lo tomes como un desprecio ni nada contra ti, al contrario. Es por ti, por tu seguridad.

Sonríe con un punto de tristeza, de inexorabilidad —de excusa. La voluntad no ha sido violentada, constatarlo me inquieta y me aflige.

—O sea que te gusta. ¿Te vas con él por lo que te han contado Midoissa y Bettina?

Suelta una carcajada no tan dolida como me habría gustado.

—No veas fantasmas. Ya verás, todo saldrá bien.

No la creo. Estoy perdido.

Vuelven los Tenientes, y Mercedes se va con Nietsripas sin decir ninguno adiós, riendo de una manera que me hiere más que todo lo que me ha pasado hasta ahora. Sapirstein se me queda mirando, benévolo como siempre. Ya no me queda nada. Confiar. Todo juega en mi contra. ¿Qué motivo tiene para protegerme? ¿Es homosexual? Si lo es, ¿mejora mis expectativas?

Me dice:

—Descansa. Cuando vengan los camareros pide lo que te apetezca, lee, oye música, ve películas, hay de todo, prepárate para estar en buena forma y mañana por la tarde te vendremos a buscar para la recepción con Aurora.

Oigo o creo oír cuando me quedo solo el Preludio BWV 639 del cual tanto se ha hablado estos días. Me pregunto si lo contara a alguien, si lo oiría como música diegética o como extradiegética. Si yo mismo no sé en qué plan de la realidad lo estoy oyendo —ni si en rigor lo estoy oyendo, si de esto que me pasa por la cabeza alguien al margen o dentro de mí mismo lo llamaría oírlo—, ¿en qué grado de abstracción lo tiene que situar quien sea capaz de imaginarlo? De la irrealidad creciente, invasiva, arrasadora, solo me puede salvar la locura de las mujeres. Salvo que no se crea en alguna forma exótica de demiurgia y de contacto con otras dimensiones o estados cuánticos, la música escuchada no es superior a la imaginada, ni siquiera a la recordada; son estas tan acicate de la otra que le dan sentido, que la hacen objeto de deseo hasta el punto de que, como pasa con las mujeres, demasiado a menudo la realización real llevará a la decepción que correctamente gestionada no habría sido tal sino la vida en sí misma, a la paradoja con la que tenemos que convivir: las tías están locas.

Y el descenso (¿mejor llamarlo ascenso?) a ponerle un nombre, Midoissa que ya no sé dónde está. Cuando llegó no se dio cuenta de que yo la veía, porque estaba detrás de un cristal pantalla, a pesar de que sus sentidos la advertían de presencias ocultas, y no bajaba la guardia —no debe bajarla nunca. No hacía ni dos años que no la veía, y el corazón me iba a mil. Nadie podría haber hecho una entrada tan espectacular: más que una viajera parece una guerrillera, botas, ceñida con correas, el pelo recogido en una cinta o con los cabellos mismos, medio trenzados como una corona de espinas. Ágil, opulenta, siempre proteica, inesperable. La seguí hasta la habitación y me colé recordando que va por el mundo tan segura de sí misma que salvo si se mete en una guerra siempre deja la puerta abierta. Tal y como imaginaba la pillé deshaciendo la bolsa en bragas y camiseta, y cuando me vio no se retrajo ni un pelo. ¿Cómo puede una mujer quedar irresistible a partir del desprecio de su imagen?

—¿No sabes llamar a la puerta? Me meto en la ducha.

—¿Puedo meterme contigo?

Se paró y me sonrió.

—¿Qué quieres, Shelly?

Le dije:

—Te tendría que haber llamado... ¿Estás enfadada conmigo?

—Qué va, guapísimo, he ido tan atrapada que eres tú quien me tiene que disculpar, precioso.

—¿Cómo te disculparás?

—Mmmm... No lo sé... Ya me iría bien, no te pienses, una disculpa completa.

Incluso cansada era tan atractiva que no se podía soportar. Una mujer tan guapa lo es en todo lo que emana, la voz llena y bien timbrada —también desprende un prodigioso aroma de carnalidad sutilmente perfumado. Me acerqué y me esquivó, no del todo arisca.

—Si hace falta, me disculpo yo.

—Ahora no. No podemos llegar tarde a las presentaciones.

Como si todavía la viera. Cuando anda o se vuelve, el leve traspaso de pesos le imprime una cadencia majestuosa y juguetona, un aire silvestre de danza y de deporte levemente sinuosos —pauta la sonrisa una bárbara música de intensa ferocidad relajada.

—Sabes mejor que yo cómo van estas cosas. No llega nadie a su hora.

Me arrulló admitamos que en un primer impulso con intenciones disuasorias. Qué causa y qué efecto, no lo sé, si el exceso en el afecto queridamente fraternal o la intención inconsciente, o aún la consciente del todo, porque de forma gradual y en un minuto poco más o menos la dilación se volvió lubricidad. Me apunté encantado.

—¿Tú quieres llegar tarde, no?

—Solo un poco. Como si nada.

Mirarla me daba placer como fantasía, como placer me daba miedo desearla tanto.

—Por un como si nada no me pongo.

Como una secuencia fílmica, me paso una y otra vez los detalles de lo que hicimos en veinte minutos apenas. Ella marcó pautas y pausas, compartimos ducha, y cuando elegía la ropa no me contuve en pedirle ponerse uno de aquellos trajes brutales, destapados y sobrios a la vez, con pendientes y collares, el cabello engominado y el maquillaje de guerra, los cambios dibujadores de la heroína-diosa calidoscópica. Como los juegos de muñecas con vestuario de enfermera, de cocinera, de soldado, de gala, de deportista, de baño, la he visto de todos modos: de mamá-organizadora-socorrista al margen de ansiedades, inmune a flaquezas del sexo, desinteresada y de vuelta de todo, pero lo sabemos, al día siguiente será la emperatriz de la farra. No me hizo caso, se vistió de militar angélica —el pesar se añadió al deseo para multiplicarlo.

Vinieron días terribles de amor maldito. ¿Qué se hace cuando no se puede evitar que la mujer que te enloquece pase de asequible a depredadora? No encontrarás nunca nada tan expeditivo en la indiferencia, tan duro, tan salvajemente distante como una mujer de cacería si la pieza no eres tú. Los machos, más dubitativos y posibilistas, pueden cambiar de objetivo con cierta facilidad, pero una

hembra resuelta tiene que ir muy quemada para avenirse, o estar segura de que tarde o temprano caerán todos. No: la tigresa va directa a la presa sin considerar nada más.

El proceso de desamor me convenció —ahí no la puedo acusar—. No me había dado nunca esperanzas y solo había existido en mi delirio —no me había amado nunca. Enamorarse es fácil. Un tratamiento constante de reflejos condicionados: la mujer que te guste un poco atiende sus necesidades de forma sistemática (muchos no estarán de acuerdo, lo sé), retrátala a punto para el brindis en el restaurante, retrátala cuando acabas de cepillártela, cuando finge que está agotada, que te cuente su vida del derecho y del revés, que te cuente qué le pasa, que se contradiga a placer, qué quiere, qué le da miedo, cómo la han maltratado los hombres anteriores a ti —verdad o no tanto, disfrazada de indiferencia o de compasión—, qué espera de ti, quién le gusta, a quién odia porque le había amado, a quién mataría, y en tres meses estarás loco por ella.

Ella se lo podía permitir todo: a menudo desatenta, nunca desatendida, me costó reconocer que cada vez estaba más por Artur y nada por mí, y aceptarlo. Más adelante descubrí que no había sido solo Artur; también Nietsripas, Novembrini, Spohr. No me sacaba de la cabeza que la maravillosa expresión de los labios cuando cierra la boca y sonríe, el imborrable suspiro grito y rugido a la vez ya no serían nunca más para mí; que a partir de un momento ya solo fueran para Artur era una rebaja demasiado decepcionante.

Llegaron poco a poco, inexorables, los momentos horribles, la obviedad a menudo olvidada: por más que te guste una persona, si poco a poco la asocias con sensaciones negativas y desagradables, a partir de cuando verla comporta más sufrimiento que placer, a pesar de que al principio no le parece ni concebible y se resiste con un convencimiento irreflexivo, la bestia pasa de forma gradual pero con crueles retrocesos de desearla a darle miedo su aparición —a rehuirla.

Al final, los condicionantes de reflejos se habían invertido. Ya lo habíamos discutido todo, las idas y venidas sentimentales me habían extenuado a mí y asqueado a ella, y con todo su bagaje, con todos los recursos en todos los sentidos superiores a los míos, lo único que le quedaba para mantenerse por encima era ser implacable, lo cual le salía muy bien a pesar de haber sido capaz de asegurarme que ella también sufría. Después de haber estado tan ardientemente convencido de que se salvaba de la tendencia femenina a practicar la mala leche imaginándose que practican la inteligencia —y, en paralelo, a identificar bondadoso con idiota—, no me consolaba pensar si en la ponderación negociadora se sentía tan débil que solo era capaz de moverse entre enmiendas a la totalidad.

Ella también era experta en el autoengaño, y como todas, sin darse

cuenta o dándole igual, también era capaz de hacer daño convencida de hacer lo mejor para todos, también se veía complicada donde, tal como decía Artur a cada paso, no había más que la más primaria de las dicotomías, que el sí o no. Me cuesta separar el pesar del justo discernimiento: si ella es de verdad como todas, no siempre calculadoras y perversas sino simplemente inconsistentes o implacables, capaces de decir lo primero que les pasa por la cabeza, y como no se sienten comprometidas, de soltar otro día lo contrario sin reconocer el derecho a pedirles explicaciones ni acordarse de los antecedentes, y después actuar en una sola dirección sin atender al más mínimo razonamiento.

Ella imponía las condiciones para ganar todos los enfrentamientos; para mí, el único remedio era la convicción de que no estar era lo mejor que me podía pasar, por su errático, caprichoso, autista, macabro comportamiento ajeno a cualquier forma de compasión, la evidencia reiterada de ser frívola, inconsistente, alocada, indigna de confianza. La razón lo proclamaba pero la bestia se negaba a oírlo, a convencerse, el deseo erraba perdido en un laberinto de torturas y contradicciones.

Un día en que Midoissa estaba sola en la cafetería, me complací en restregarle las peculiaridades de mi relación sexual con Mina. Elogié la inteligencia y la bondad de la gentil vampira por contraste implícito con las suyas, y estuve a punto de echarme a llorar. Pero ni esto era suficiente. No lo habría reconocido aunque me mataran, pero habría vuelto con Midoissa al instante con lágrimas de agradecimiento y felicidad en los ojos, por eso me complacía la idea de que todavía nos separaría más y de forma más inexorable hablarle a fondo y con todos los detalles de la matadora combinación nerviosa efecto de la punción con la succión consiguiente de los dientes de la vampira en toda la expansión, desde el glande hasta la base, hasta la zona comprendida entre la base y el ano, las variadas presiones, la alternancia vacío-compresión, los cambios de ritmo y el paso de la sangre y el semen por caminos impropios y bárbaramente placenteros, culminando en posición invertida, clavando los colmillos superiores en el lugar preciso por debajo de los testículos, con los testículos dentro de la boca y los colmillos inferiores clavados en los tendones y la lengua en profunda acción vertical, la perfecta fantasía de castración. El juego convulso de dobles presiones sobre la próstata y el glande, mezcla de acupuntura y aspiración, el estrangulamiento de los flujos, el enfrentamiento de las presiones de la sangre y los demás fluidos, la liberación ponderada por las incisiones llevando a un paroxismo nervioso que llegaba a hacer reductivo el concepto de orgasmo, porque aquello era la totalidad del placer, la síntesis perfecta y absoluta del deseo, el dolor y el desprecio de la muerte. Aun así, lo

habría cambiado por un minuto con ella.

Esto último no se lo dije. El esfuerzo adolescente para dolerle me habría tenido que dejar en ridículo ante mí mismo, pero me insuflaba la bárbara y reconocida mezcla de placer y dolor tan extensamente historiada. Desistí, aplastado por la inutilidad de los artilugios para rehuir el dolor, el desaliento, la tristeza, lo imposible de salir. Supremo ejercicio de inutilidad, de ilusión frustrada, el arte de engañarse a uno mismo, de desviar la adrenalina, de burlar el efecto sentimental de la desgracia suprema. A partir de cuando sabes que ya no tiene remedio —lo sabías desde el primer momento, y te resistías —, de autoconvencerte de que mejor lo que tienes que lo contrario hacia donde aún, pese a todo, te empuja la bestialidad de los sentimientos.

En el intento de fuga de la Isla de los Muertos me he encontrado de todo y no he evitado nada, y ha sido peor. Tanto si es porque no me atrevo o porque no lo consigo, cada mujer que no me ligo aumenta la leyenda de Midoissa, y si lo logro es aún peor. De la avalancha de comparaciones sale esto: la porquería de la vida no merece la pena. Mientras intentaba agarrar alguna emoción, alguna duda en la expresión impenetrable de Midoissa, y nunca mejor dicho, no me sacaba aquel abominable poema de la cabeza.

De brazos caprichosamente abierta,
más que rendida encendida y deseante,
mueve las manos como alas indicando
por dónde para recibirme está lista,
sin perderme de vista ni de tacto.

O incluso que fuera, si jugaría,
en forma bajo el ojo de lágrima larga,
o a ras del labio, despacio lamerlo
aparentemente distraída como quien
no quiere la cosa del cual no me pierdo
ni un latido porque si tanto da la lágrima
auténtica como la que el placer suplanta,
la una sin la otra no despreciaría.

Que noche y día son latido perpetuo
del mismo universo, que es el mismo
que una lágrima seca al fuego constante
capaz de esparcir la otra.

Tendría que haber puesto en práctica su consejo: por una mujer vale más un par de hostias que lo que le haces para no dárselas. Me

entraban ganas de reír, y me entran ahora pero no tantas, o diferentes. Cuando lo cuente no se creerá nadie que me lo ha dicho una mujer, y si se lo creen, pensarán que estaba loca —o que soy idiota. Lo peor del caso es que no lo pienso ni yo. Me pesaría tanto hacerle quedar mal que todavía sería capaz de defenderla con la vida, y de buscar mi culpa.

No la buscaría —y tampoco la encontraría— en la huella de Spohr, porque él sí que era de los tiempos en que el sexo era una competición, por no decir una guerra. Un día dijo:

—Incluso ante la mujer más burra que me he encontrado, y por suerte me las he encontrado muy burras, siempre ha habido como mínimo un instante en que ha estado por encima de mí.

Decido acogerme a pensamientos menos inquietantes, si de dormir un poco se trata, porque no sé qué me espera con la Reina Fonóctona, y por si acaso más vale ir con la cabeza clara.

Recuerdo, con Spohr, una conversación sobre la hipótesis de un viaje al pasado, la célebre polémica en la base de mil y una historias de ficción sobre qué pasaría si se cambiara una cosa capaz de alterar el curso de la Historia, matar al antepasado de un personaje decisivo por ejemplo. La lógica de la mecánica del devenir lo proclama: la causalidad no puede ir nunca más deprisa que el tiempo mismo (deben de ser caras de la misma moneda), por tanto el cambio no produciría nunca un instantáneo efecto dominó sobre el transcurso de los hechos; el tiempo continuaría su cadencia habitual, los minutos continuarían siendo minutos, y la distancia temporal de la actualidad al pasado visitado se mantendría; como la nueva situación producto del pasado cambiado no atraparía nunca la actualidad de partida, no habría ninguna modificación sino que, tal como los cosmólogos saben desde antes de Einstein, se crearía una realidad alternativa que no interactuaría nunca con la que conocemos.

Producto de viajes en el tiempo o no, puede haber —cosa que no quiere decir que haya, pero tampoco que necesariamente no— otras dimensiones, una donde Hitler gana la guerra, otra donde Kennedy no gana las elecciones, otra donde no muere asesinado en Dallas, otra donde Napoleón no pasa de Teniente, una en que Midoissa me quiere, se ha quedado para siempre a mi lado y nos escapamos ella y yo del Archicenotafio hacia desérticas playas tropicales de suaves oleajes y arenas claras. Ninguna de ellas coincidente en ningún tiempo de referencia, porque no hay tal tiempo fijo, como no hay centro ni coordenadas en el Universo —eso ya se debatió. La única discusión interesante es si el número de realidades alternativas es infinito o no. Spohr, o quizá Novembrini, dijo:

—Dado que el número de átomos del Universo no es infinito, depende de si se considera que el tiempo es eterno. No hay infinitud

sin eternidad, ¿pero hay eternidad sin infinitud? Si la teoría del Big Bang es cierta, el tiempo es finito, por lo tanto, el número de realidades también.

Ahora que no está, y de la manera como ha desaparecido, quizá el más digno de todos nosotros, él y Bettina, aunque en el caso de ella el azar lo corrompe, me siento obligado a rehacer la idea que me hice, y no lo logro. No se maquilla fácilmente haber sido la escultura perfecta del recelo y el resentimiento, fatalmente dispuesto a ver siempre la peor cara de cualquier bondad, de cualquier regalo, de afear con sospechas de intereses y bajezas el afecto más generosamente recibido. Aunque los antecedentes estén: Spohr había sido el Mensajero, y en el momento de la guerra real, la de las explosiones y los heridos, le ha servido de muy poco.

Otro día, cuando ya empezaba a derrumbarse todo, se manifestó atrapado entre Bettina y Midoissa. No recuerdo a propósito de cuál de las dos dijo:

—Las niñas no me interesan. ¿En un libro qué gracia tienen el título y las dos primeras páginas, si el resto son hojas en blanco?

El miedo me lo mezcla todo, y todavía lo empeora imaginar qué diría papá, qué reproche haría, qué aplauso, de qué Zeitgeist provienen las virtudes homiléticas de Sartorius, qué invita a despreciarlas, qué utilidad se pretendía por parte de qué instancia, si de verdad tal instancia —o instancias— están tan periclitadas como se nos pretende hacer creer, visto el peligro aún peor que presentan los reductos esporádicos de orden, a pesar de que no sé si se les puede llamar reductos, ni esporádicos. No recuerdo quién dijo:

—No encontrará nunca nadie algo más peligroso que él mismo.

¿Cuál era el paradigma? ¿Por qué no se incorpora al repertorio de efemérides de Sapirstein? Quizá «necesidad — libertado — destino — reminiscencia — transparencia». Tengo razones poderosas para dar por hecho que desde el primer momento he tenido la primera persona yo, no Artur, desde que dije «Quizá la primera persona la tengo yo. Desde ayer me siento a menudo diciendo “me acosté y me encontraba mejor, pero no podía dejar de pensar en el horror pasado dentro del lucernario”.»

Como no sé qué hacer para sacarme de la cabeza cómo acabó Bettina, me complazco en el recuerdo de cuando estuve más cerca de ella en la Isla de los Muertos, cuando yo ya no sabía como manejar su inaudita inmediatez sexual. El simple hecho de estar sola en el mismo aposento con un hombre, fuera la hora que fuera, hacía inimaginable que no hubiera habido sexo.

Siempre la había visto por el mundo con dos o tres hombres. Los trajinaba desenfrenada, y a veces desenvuelta, incluso displicente, permitiendo interpretar que ya tenían el trabajo hecho con una alegría

desesperada que me despertaba una mezcla de prevención angustiosa y reclamo físico sumando la ansiedad adrenalínica a la atracción sexual, mezclándolas, confundiéndolas, y aquí, sin incomodarse de estar en un recinto cerrado, en cierto modo sin escapatoria, hacía lo mismo con Artur, Crowley, Nietsripas y no sé cuántos oficiales del Archicenotafio.

Un día que ya no podía más, aprovechando que habíamos quedado atrasados camino de la sala de la Comisión, le dije:

—Te gusta pasar por encima de la inteligencia de todo el mundo, ¡eh!

—Cariño, yo no paso por encima de la inteligencia de nadie, y aunque lo hiciera, estoy segura de que no se lo tomaría nadie como un desaire.

—No, seguro, depende de con qué se acompañara. Una mujer inteligente no se denigra cuando atiende a un imbécil, pero todo el mundo la consuela; en cambio, un hombre inteligente marionetizado en las garras de una idiota sí que se idiotiza, y todo el mundo se burla.

Había conseguido que se detuviera. Me dijo:

—Me puedo imaginar quiénes son el imbécil y los dos inteligentes, ¿pero la idiota soy yo?

—Me fascina cómo los humanos nos manipulamos los unos a los otros con leyes asimilables a las de la esgrima, o el karate, o cualquier arte marcial. Que de un movimiento de defensa, incluso de fuga, pueda salir un ataque.

—¿Qué quieres, Shelly?

Tal como iba vestida y se movía sentía (como una atracción gravitatoria) más fácil refregarse que darle la mano.

—Enséñame las tetas.

—¿Ahora, aquí?

No había retrocedido, sino abandonado los aires de diosa ofendida en un posibilismo medio payaso muy excitante. Le di un beso hasta que se separó.

—¿Vamos a la habitación?

—Sí, hombre, ahora, ¡a punto de empezar la sesión!

El éxito me maravilló. ¡Se lo estaba pensando!

—¿Pues cuando se haya acabado?

—Ni ahora ni cuando se haya acabado nada.

Se reía que podía querer decir cualquier cosa. La toqué. Me esquivaba, pero no lo recibí como un rechazo innegociable. Ociosamente me vino la idea —o me viene recordándolo— de la transmisión del motor a las ruedas de un coche parecido al amor como una transferencia mutua entre cerebro y entrepierna, una distancia no medible en centímetros.

Para el momento actual son más apropiados otros recuerdos de Bettina, cuando hablábamos de Historia o de música, de sus recursos preferidos, la parada teatral para dejar en la inserción de un punto protocolario complementario de lo estrictamente musical, si corresponde tal como algunas veces se ha dicho a la parada ante la transición iniciática llevada al extremo expresivo —al final del Preludio en si bemol menor del primer Clave Bien Temperado, al de la Fuga en mi menor del segundo, y al del Contrapunctus 3 a 8 de El Arte de la Fuga, practicado por Mozart en protocolos masónicos para intercalar frases rituales de iniciación, con un valor expresivo y simbólico añadido como nexo entre pregunta y respuesta: el Allegro final del Concierto para Piano y orquesta n.° 22, el brindis en canon del segundo Finale del Così fan tutte, el Adagio KV 411, el Larghetto del Divertimento KV App. 229 No. 2, el Adagio del KV App. 229 No. 4, el aria Io ti lascio, oh cara, addio (KV 621a), el Trío Kegelstatt, la Sinfonía Concertante para vientos, la entrada de la última variación del final del Quinteto para clarinete y cuerdas KV 581.

No estoy seguro de haberme dormido cuando entra el Teniente Sapirstein y me dice sonriente:

—¡Buenos días! ¿Ha descansado bien?

—Sí, muchas gracias. ¿Qué hora es?

—Aquí no hay horas —me deja ropa encima de la cama—. En un momento te traerán de comer, y por la tarde te vendrán a buscar para el rendez-vous con la Reina.

—O sea, ahora es por la mañana, y para este rendez-vous alguien más se tendrá que poner de acuerdo. Por lo tanto sí que hay hora. No sé si quiero continuar con este Juego.

—¿Ahora que vas ganando lo quieres dejar? —hace un gesto entre jocoso y fatalista—. Por el solo hecho de estar aquí ya estás jugando. Si no mueves pieza, pierdes. Es la vida misma.

Desconozco qué se espera de mí. Digo:

—¿En qué consistirá el rendez-vous? No puedo aparecer con las manos vacías. Quiero decir, ¿de dónde saco un regalo para llevárselo?

—¿Regalo? Le llevarás uno. El mejor posible.

—Sí, pero...

—Ya lo verás, el protocolo será inmediato y amable.

Me frota el brazo, me guiña el ojo y se va.

Miro la ropa. Es una especie de esmoquin con reflejos metálicos, demasiado reluciente y ordinario para mi gusto, de nuevo rico mafioso. Lo dejo en un rincón, arrugándose (pienso: mi padre decía «nuevo rico», y ahora no lo dice nadie).

Me refugio de nuevo en el recuerdo de Bettina. Me pregunto si me hace más cínico, más desaprensivo, más imbécil, contar con lo que hice dado que ya estaba muerta. ¿La contribución de las voluntades

autentifica una relación? La casuística del violador: violé a Bettina porque ella no había dicho que sí, pero no lo hice porque no había dicho que no. ¿A cuántas relaciones pretendidamente consentidas se aplica este baremo?

Vuelvo a la música. Todavía era más interesante la retórica del segundo final diferido, como cuando en una carta dices adiós, y a continuación recuerdas otra cosa, o el mismo adiós te lleva, y cuando lo has añadido tienes que volver a decir adiós, y todavía puede haber un tercero, un cuarto, y otro, y otro, elaborando una sutil dialéctica de preguntas y respuestas dentro de un discurso cerrado, con el comienzo y el final no sometidos a su naturaleza intrínseca sino a la figura formal del conjunto. El Preludio BWV 548 es uno de los paradigmas, pero quizá es en el choro inicial en modo dórico de la Cantata BWV 101 donde se muestra más dramatizado, atendiendo al discurso diacrónico, en una frase instrumental en dos series, ya anunciada previamente, de tres notas interrogativas y una respuesta cortante, repetida dieciséis veces cada serie, alternativamente cuatro con las cuerdas agudas y cuatro con los oboes. La primera concluye enlazando con el discurso orquestal previo, pero la segunda, como en un salto al vacío, muere en sí misma, y el discurso del choro se retoma yuxtapuesto, ignorando lo que lo ha precedido, sin conexión formal, un efecto repetido en la secuencia del «Allegretto» del Segundo Cuarteto Razumowski. Bach escribió varios cenotafios chorals: el «Kyrie» de la Misa en Si menor, las piezas iniciales y finales de las dos Pasiones —de la según Juan, la penúltima—, las iniciales de las cantatas BWV 47, 102, 186, 187, la «Ciaccona» final de la 150, los choros finales de las BWV 60 y 105. Entre todos, el de la BWV 101 es el más radical en la expresividad, el más impresionante en el efecto. El final de la primera serie es climático, proporciona una salida a la continuidad en los castigos: merecidos por nuestros pecados sin ningún fin, el final de la segunda muestra la plenitud de la nada en la súplica: guárdanos de la peste, del fuego y las grandes miserias.

Me traen comida en una bandeja de plástico de una pieza con un compartimento para el puré, otro para la verdura, otro para un arroz con objetos no identificados, cárnicos probablemente, y me abandono a pensar carne de qué, humana —el asco supremo de que la idea no me dé asco, al contrario, ser capaz de desear si preferiría comerme por odio a algún hijo de puta, o por amor a Bettina, por ejemplo, quién sabe si a Midoissa, eso sí que sería un salto categórico, y más todavía servido en estas condiciones.

Me ducho, me pongo el esmoquin, me veo más ridículo que nunca en la vida, y cuando ya me he hecho a la idea de esperarme quién sabe hasta cuándo, me vienen a buscar dos guardias con el uniforme negro de antes.

Me llevan al mismo aposento donde ayer jugamos, readaptado como salón. Están Paco Regomir, Carter, Fabrici, Sartorius, Eberhardine, Mercedes, Nietsripas y Sapirstein, en semicírculo alrededor de un tipo de palestra con una trona como para meter a un gigante, vacía de momento, situada ante la gran puerta corredera, y unas doscientas sillas dispuestas para un espectáculo o una conferencia, ocupadas algo más de la mitad por desconocidos con trajes extravagantes, como procedentes de civilizaciones inauditamente exóticas.

Una voz andrógina más meliflua que impostadamente entusiástica anuncia por una megafonía atronadora y de escasa calidad:

—La Intendencia del mayor Dmitri Zbgzezinski tiene el gozo de anunciar la celebración del trigésimo tercer cumpleaños de la Gloriosísima y Amantísima Monarca Fonóctona Aurora Erlink-Duplessis, y la recepción y el besamanos estipulado para tan magna ocasión a cargo de las personalidades invitadas, premiadas y distinguidas de oficio, en el transcurso del cual su majestad será objeto de la reverencia y los homenajes de rigor marcados por la liturgia secular.

Me sientan en primera fila, intento atraer la mirada de Mercedes, pero se hace la embelesada con Nietsripas con tanta dedicación que por fuerza me doy cuenta de su determinación de no darme pie a la más mínima comunicación, buena señal si mantiene la palabra de ayudarme, pero signo explícito de haberme abandonado por el Teniente alfa.

Si es que el Teniente alfa no es Sapirstein. Aparecen unos cuantos operarios arrastrando tres enormes biombos con ruedas que sitúan ante la palestra para impedir la visión quién sabe de qué, la preparación del espectáculo, pero cuál que requiera tanto secreto, porque dos o tres de ellos se pasean para comprobar que los paramentos, convenientemente solapados, no permiten desde ningún ángulo la visión del otro lado.

Se oye abrirse la puerta corredera, y arrastrado por media docena de personas entra un cuadrilátero con ruedas, con un dosel metálico cúbico con Rakshasi desnuda colgada en el centro panza arriba, encadenada y suspendida de la estructura por una cadena-cinturón, abierta de brazos y piernas por un sistema de grilletes y cadenas tensoras en dirección ascendente las piernas y descendente los brazos, como para descuartizarla, chorreando no se sabe qué y un pequeño Fonóctono en forma de gran guante, de semimáscara o de panoplia viviscente, cabeza abajo contra su tórax, moviéndose a un ritmo espasmódico, con paradas y, repentinamente, violentas, convulsas endiñadas, una mano amasando cada pecho, cada pezón pellizcado por dos dedos sin cesar de hacerlos rodar. Y otro Fonóctono, como una

cría de mono, cabeza arriba, por angosta vía incrustado de pies y manos en la cintura, las nalgas y el arranque de los muslos, a una frecuencia ininterrumpida de ratón. Son más pequeños que los otros Fonóctonos, y planos —se adaptan al cuerpo como prendas de ropa, pero por lo que se aprecia en los momentos en que acentúan el ritmo y muestran el segmento entrante y saliente, se aprecia lo descomunal de la dotación, lo incomprensible del dolor.

Embelesado de estupefacción, no me he dado cuenta de que Carter se sentaba a mi lado. Me mira entre displicente y bondadoso. Me debe adivinar los pensamientos o soy de una transparencia conmovedora, porque me dice:

—No llegan ni a homínidos. Son los Fonóctonos Enteofutéricos, una subespecie de los Blancos al final de un proceso mutacional en que el individuo es el sexo en sí, y el resto, manos, pies, sistemas nervioso, digestivo y respiratorio no son más que órganos subsidiarios minimizados al servicio de la fisiología del miembro. El cerebro es un pequeño ordenador reptiliano de funciones vitales situado en el glande, sin empatías emocionales, sin capacidad de respuesta elaborada, sin receptores de memoria adquirida ni capacidad de aprendizaje ni de reconocimiento de la particularidad, ni de decisión propia al margen de la estricta y elemental programación genética.

Digo maquinalmente:

—Menos que monos, pues. Más que un cerebro, llevan un reloj.

—Más o menos. Con un coeficiente intelectual de 2 o 3.

—¿No hay hembras?

Me mira con lástima.

—No me extraña que no hayas llegado nunca a nada.

Después de esto no me atrevo a preguntar cómo se reproducen. Los operarios dejan el aparato en medio, ante la palestra, y modifican la disposición del artilugio para que la zona genital quede en primer término a un metro del suelo de la plataforma, abarcable al máximo, sin impedimento de las piernas, abiertas al límite de esguince y ruptura fibrilar. Hay un alboroto importante entre la concurrencia. Me vuelvo, y la sala está tan llena que hay más gente en pie que sentada. Van unos cuantos hacia el cuadrilátero, que tiene cinco escalones a cada lado; se interfieren como bestias, y entre empujones y codazos se la meten como pueden y por donde pueden, bregando entre ellos y con los Fonóctonos, que ante su inferioridad numérica de mala manera se avienen a ir liberando orificios en la medida de la demanda. En un momento no sé cuántos han pasado ya, y llegado al punto del desasosiego no quiero ponerme más enfermo, no quiero saber si Rakshasi chilla de dolor o de placer, si el desfallecimiento de los gemidos es porque sufre menos o porque se desmaya. Aparto la mirada.

Carter no me pierde de vista. Con una especie de desprecio socarrón, me dice:

—Puedes apuntarte, eh. Para eso la han traído.

Ahora menos que nunca sé qué me espera. Hay ruidos y movimiento detrás del biombo.

—¿Qué ha hecho? ¿También ha ganado un Juego?

—Más o menos. Como todos, ha aparecido en el lugar apropiado en el momento inapropiado, o en el lugar inapropiado en el momento apropiado, como quien más quien menos.

—No te sigo.

—No hace falta. Te interesa más saber que su suerte está ligada a la tuya... a pesar de que será mejor que no te diga cómo.

Me ahogo en adrenalina.

—No soy idiota, me lo puedo imaginar. Todo eso de perder para ganar... Si yo lo logro, ella está perdida.

Se me queda mirando con una sonrisa ininterpretable.

—Me sabría mal que no lo lograras, eres un buen elemento.

Intento ser tan flemático como él.

—¿No te cae bien, Rakshasi?

—Cómo me caiga a mí es irrelevante. Es una mujer inteligente que ha jugado fuerte a una opción política, consciente de lo que podía perder, y aquí lo tienes.

Debo suponer que ha ganado, pero ni loco lo voy a decir. Rakshasi debe de estar a punto de sucumbir cuando a Nietsripas se le ocurre ir a poner orden, y más o menos expeditivo le quita de encima la multitud sexualmente idiotizada. No la rescata del dragón, la rescata del coito tumultuario —eso fue siempre. Ordena a los operarios que la descuelguen, y lo hacen sin liberarla de los dos Fonóctonos Enteofutéricos. Ella baja, se recupera despacio, y aún vacilando se mueve con relativa libertad, pese a lo embarazoso de caminar penetrada por varios orificios, y se expresa con los ojos y con las manos. Qué, no queda muy claro. La piel le brilla, por el interior de las piernas le chorrea de todo, va dejando pequeños charcos rojizos a su paso de acá para allá desconcertada en medio de quienes se burlan y todavía aprovechan para tocarla y darle en las nalgas; no tiene gran cosa que hacer en estas condiciones, pero va con un cuidado exquisito de ni tan siquiera frotar a los Fonóctonos, porque cada vez que lo ha hecho, aunque casualmente, ellos han reaccionado comprimiendo más fuerte y más adentro y deprisa durante unos minutos, hasta irse calmando y volver al ralentí.

Carter no se mueve, y entiendo que no conviene interponerse. Quienes le rodean se ríen y se ríen, hasta que vuelve Nietsripas instigado por una Mercedes indignada, y de un par de zurriagazos a cada uno le saca de encima a los Fonóctonos, que se van gimiendo y

arrastrando los penes por el suelo como si fueran planchas de surf de manera no menos inquietante por más que grotesca. Y aún es peor cómo se ríe la concurrencia.

Dos guardias la apartan del medio y sin mucha delicadeza le limpian la sangre y los chorreos, le quitan las correas de cuero y los grilletes y le dan un traje gris para mi gusto ofensivamente pequeño. Se lo pone sin ropa interior y tira de él por arriba y por abajo, indecisa sobre la parte del cuerpo más inconveniente de ser fluctuantemente mostrada. Cuando ve que no hay mucho que hacer, de forma admirable recupera el control y las maneras, levanta la cabeza y planta cara. El esfuerzo de dignidad me parece más un rasgo de supervivencia bélica que un reducto de estrechez moral; conociéndola, me imagino lo que le pasa por la cabeza. Con cortesía escarnecida, los mismos que acaban de ofenderla le ofrecen asiento; ella prefiere quedarse de pie al fondo. Y la bandada no para de reír como los disminuidos.

Sartorius se sienta a mi lado.

—¿Sabes algo de Midoissa?

—Hace mucho que la he perdido de vista. ¿Y tú?

—Intentábamos huir con Bettina y Spohr, ellos se quedaron y Midoissa y yo continuamos solos, pero al día siguiente nos atacó la nueva Guardia y nos perdimos durante una fuga entre indigentes.

Le digo:

—Bettina y Spohr...

Me interrumpe.

—Lo sé. Todo el mundo está al corriente. Y Mina... Justamente, si no hay noticias debe querer decir que Midoissa está viva en algún lugar.

—¿Y Artur?

—También, pero es un caso más complicado. Ha jugado fuerte con lo que hizo con Kreis, para él ahora solo hay las dos salidas extremas.

Me hago el longuis.

—¿Las dos extremas? ¿Y para los otros no?

Se ríe.

—Hombre, en el extremo malo jugamos todos, pero todavía nos podemos acoger a alguno intermedio.

Tanta vaguedad y tanto cálculo me empiezan a hartar. Busco aire en otras vistas; al fondo, Rakshasi se abraza a Mercedes sollozando; la sangre todavía le corre muslos abajo, y presa de una ambigua aguijoneada siento la imperiosa necesidad de saber la procedencia. Los cretinos carcajeantes también se han dado cuenta, pero como Nietsripas no las pierde de vista y mantiene un ademán de poca broma, no osan pasar a la acción. Mercedes está perfecta en el papel de gran hembra redentora. ¿Pero por qué se ha olvidado de mí?

Con un sonido defectuoso y tronado la megafonía emite una fanfarria, y el grupo de operarios retira los biombos. Situada entre dos guardias adornados con un uniforme de gala grotesco, como de attrezzo de opereta barata, se desvela una enorme masa de carne desparramada como la masa cruda del pan, abandonada en sí misma como un descomunal queso de Camembert sin la piel. Más allá hay otros servidores y operarios con enseres diversos en las manos. La concurrencia aplaude, y cuando el ente levanta las manos para saludar descubro que es una persona, o alguna especie de homínido, a pesar de que la única evidencia inmediata es la cabeza, de la medida de una persona corriente, y cuesta distinguir la posición de los brazos, tan solo situables entre los pliegues por la aparición de las manos, y estas aún por las uñas, porque la adiposidad también diluye el discernir de los dedos. Hasta que no los mueve —lo hace muy de vez en cuando y dificultosamente— no se constata que manos y brazos mantienen a pesar de todo cierta operatividad.

Tiene tanta grasa que no tolera ropa encima; se hace sobre todo perturbador cuando te das cuenta de que va desnuda, aunque la distribución y las densidades del pelo no ayudan a situarse, llena de eccemas, acné, queratosis, verrugas, soriasis y varias variedades de herpes, seborrea, lupus, hongos y purulencias. La tienen instalada en una enorme bañera-palangana de donde tiene toda la pinta de no poder levantarse sola; a pesar de que la rodean aparatos de aire acondicionado y ventiladores, brota el sudor de todas partes y baja por el cuerpo como los manantiales de la montaña. A su alrededor hay un charco que continuamente recogen tres tipos con fregonas y cubos, frenéticos, sin dar abasto.

El público continúa aplaudiendo. Me vuelvo a mirar a Sartorius, y levantando la voz me dice:

—Aquí tienes a la Fonóctona Reina. ¿Te la imaginabas así? Pesa 16.400 kilos.

—¿Cómo hay que llamarla? ¿Majestad?

—Ni se te ocurra. Señora, y de usted.

Me falta tiempo para digerir la visión. Aparece un maestro de ceremonias. Con el micro en la mano va diciendo nombres según él memorables y conmemorables; no lo escucho —tengo los cinco sentidos en las atenciones recibidas por la Reina. Con garfios de ballenero le apartan las rebanadas de grasa; el tejido adiposo es tan denso y grueso que el acero ni lo nota. De vez en cuando hace una inspiración profunda que lo hincha hasta hacer brillar la piel de media parte del cuerpo; la expiración produce un fétido vendaval. El pezón mide lo de una clava; la areola, la extensión de una mesa redonda para seis. Como un grano más, como una vaga, inútil mama culminante, la cara tiene la medida de una cara humana corriente.

Algo más gorda (o bastante) —por contraste parece más pequeña. Le dan de comer y beber sin cesar, y los eructos tienen la potencia y el timbre vibrante de la tuba, la tesitura del contrafagot y una duración de medio minuto.

Se hace un silencio, y Sartorius me toca con el codo. Me vuelvo, y están todos pendientes de mí. Carter me dice:

—Levántate, acaban de decir tu nombre.

Me pongo de pie y recibo aplausos y algún silbido, más de ánimos que de rechazo quiero pensar, aunque no me tranquiliza. No oigo ni pienso nada, soy un ausente.

El maestro de ceremonias dice:

—El vencedor del Juego, señor Scheldon Curwen, está invitado a la palestra para ser recibido por la Gloriosísima y Amantísima Monarca Fonóctona, que le hará la merced de conversar con él.

Subo los cinco escalones y quedo a un metro de la Fonóctona. Tiene los ojos claros, y una cara bondadosa. Tan bondadosa que me asalta un escalofrío. Me dice:

—Bienvenido, audaz vencedor. Te deseo de todo corazón el merecido reposo tan bien ganado.

El tono es sosegador, voz de niña rara y mugido de bestia ignota, como el sonido procedente de una radio antigua. A buenas horas se me ocurrió si hay Fonóctonos hembras. Le digo:

—Muchas gracias, señora.

—¿Tienes alguna idea para asegurarnos de que las armas no caen en manos inapropiadas?

Me pilla descolocado.

—La idea de que se pueda hacer un buen uso de las armas me repugna. ¿Quién lo decreta? ¿Qué buen uso hará quien dictamina cómo se puede hacer buen uso?

—Esto me decepciona. Aquí tenemos una fortaleza de Vauban, y hay controversia sobre el reacondicionamiento. Orfeo fue el primer guardián de Shilling, la segunda vez es la que cuenta. Adaptar la forma a la realidad es trabajo de artesanos. La de los poetas es expresar la realidad en la forma. Adaptarla, si se es bastante fuerte.

—¡Y la de los jueces!

Esto le da risa —por ahí vamos bien. Mueve las manos con un esfuerzo mal repartido y dice:

—La desilusión producida por la incapacidad de reconocerlo todo, de estar al tanto de todas las novedades, no es nada comparada con la desilusión por la inconsistencia de las novedades, por la de la diversidad. ¿No te lo has encontrado nunca?

—Supongo. Como cuando se reencuentran viejos amigos después de años sin verse y se abrazan al comienzo con una alegría sincera, y al cabo de un rato afloran los antiguos agravios sometidos por el

tiempo a un estado de confortable letargo.

Afirma con la cabeza y bizquea. Se le hinchan espasmódicamente los labios como por un gran eructo, y dice:

—Hay que aprender a ir lo suficientemente arriba para no caer en las pequeñas flaquezas cotidianas, a pesar de que tampoco hay que exagerar. ¡Yo lo hice, y mira dónde he ido a parar! —ríe y tiembla en oleadas sinusoidales; no sé si me conviene participar, y me limito a sonreír—. ¿Te has fijado en que los árboles de la sabana africana presentan el follaje con las formas habituales en la parte superior, pero como cortadas por un plano regular en la inferior, completamente planas, segadas a la misma altura?

—Cuando era pequeño pensaba que los árboles africanos son eso, y cuando me los hacían dibujar en la escuela...

—¡Exacto! Entonces te das cuenta: es la altura hasta donde llegan las jirafas. ¿No lo ves?

—¿El qué?

—La filosofía crece del mismo modo, a partir de la altura donde ya no llega la demanda de los cretinos.

Hay un murmullo de admiración detrás de mí. Me apresuro a decir:

—¡Qué imagen brillante!

Se siente algún aplauso esporádico. La Fonóctona continúa.

—Cada humano es un repertorio/almacén de los registros correspondientes a cualquier cosa que haga, que le pase o que ejerza o sufra: alegrías, disgustos, desmayos, envidias, risas, llantos, temblores, desistencias, orgasmos, rabias, vómitos, obcecaciones, desalientos. Se distribuyen gausianamente en cada individuo y en la humanidad en conjunto. En el centro de la campana hay un reparto más o menos equitativo, correspondiente al grueso de la población, y en los extremos, los desequilibrados en detrimento o a favor de los elementos agradables o desagradables. Es justo para gastar este repertorio que los humanos situados en los extremos actúan de forma que parece tan extraña, y a menudo se registran como desórdenes mentales: el esclavo, el prisionero estalla en carcajadas y se burla de todo, y uno que lo tenía todo y era objetivamente feliz un día, incomprensiblemente, cae en la tristeza profunda, bordea el suicidio o cae en él sin que se lo esperara nadie. No tiene nada de extraño, uno tenía que vaciar su depósito de felicidad, el otro el de la desgracia.

Sapirstein se pone a mi lado.

—Señora, ¿sabéis que el señor Curwen y vos hacéis muy buena pareja?

Se ríe, vergonzosa.

—A mí también me lo parece, señor, y no osaba decirlo. Menos mal que os tengo a vos.

Les miro, y tengo un ataque de pánico. ¡Sapirstein es un Fonóctono! Aguijoneadoramente me viene Mina a la cabeza: idiota, los Fonóctonos torturan a quien más aman, a quienes se han comprometido a proteger, a quien le han prometido que le salvarán. Su placer mayor es sacrificial.

Le digo:

—¡Me habías dicho que soy especial para ti! ¡Me prometiste que me ibas a proteger!

Se ríe, me da palmaditas en la espalda y se va.

Aurora me dice:

—¿Quieres hacer el amor conmigo?

Se le acentúa la voz impropiamente melosa, modulada y delgada como la de una niña malcriada.

—Yo... En fin. ¿Dónde?

—Aquí mismo, ahora, si quieres.

Nada nos llevaba a esto, o al menos a mí me lo parece, y me siento perdido incluso para echarme a correr.

—¿Ante todos?

Me lanzo vertiginosamente a reinterpretar los últimos minutos.

—¿Qué honor para ti, no? No lo consigue todo el mundo, no te creas, y mira que todos lo intentan —hace una mueca de traviesa—, de la última vez ya hará... —cuenta con los dedos y mira para arriba— tres días. Todos estos aplaudirán, pero en el fondo te tendrán una envidia...

—Señora, me gustáis mucho, pero no os negaré que me produce cierto respeto.

—¡Qué dices! ¿De qué tienes miedo? Después te podrás ir si quieres, solo quiero sentir cómo puede llegar a ser el amor contigo.

Demasiado tarde me hago cargo del conflicto de perder para ganar. Me he esforzado para caer bien a la Fonóctona, y se me ha ido la mano. Un intermedio habría sido más apropiado.

—¿Y si no puedo?

—Te podrás ir cuando te apetezca, podrás hacer lo que quieras — pone la mueca triste, baja la cabeza como la adolescente melindrosa y me mira por el rabillo del ojo, compungida, con la sonrisa tímida esbozada—. Si te vas me quedaré triste, porque me gustas mucho.

No tengo alternativa. Me desnudo y de revuelo se me llevan la ropa. Me esfuerzo para no darme la vuelta, para no sentir nada del desmadre trasero. En mi vida me he sentido tan desamparado. Paso por la negación: esto no me está pasando, no es real, ahora me despertaré y todo habrá sido un delirio.

Le separan con garfios las grandes masas adiposas del interior de los muslos y el vientre, y hacen falta ocho juegos con las correspondientes poleas compuestas. Me acerco y no sé por dónde

empezar, entre tanta gente. Más que un coito parece a punto de empezar un sacrificio. De quién, he aquí la cuestión. Ya no sé en qué orden me bailará el desorden, Mobby Dick, el globo de la vuelta al mundo, Jawa, la papisa Juana, la ortiga resplandeciente contra las cabalgatas de Atila, que la vida en la Tierra es debida a la identidad de medida aparente del Sol y la Luna, Gevurah Thymos y Jeset Eros, Surp-Ortheor, Surp-Skiros, Surp-Athanatos, sostén esta copa, Talo, Auxo, Carpo —tallo, crecimiento y fruto—, la panoplia de clavas florecidas como los bastos de los naipes y el resto de juguetes sexuales, noventa mil coños arrastrados para lubricar los pulcros adoquines del trabajoso camino a la Nueva Babilonia acogedora del divino prepucio extendido como el paraguas de fuego sobre el Pentecostés.

Ya ni siento el tremendo griterío detrás de mí. Confusamente me alcanza un cántico exasperado: Guide Me, O Thou Great Redeemer. Me encuentro ante una inmensa vulva supurando color chocolate tirando a granate en las profundidades, igualmente abierta con garfios y poleas con grandes esfuerzos coordinados. Mide dos metros de alto y uno de ancho —la peste de bacalao podrido, queso y amoníaco tumbaría a un elefante. Cuento hasta cinco estratos de labios consecutivos. La consistencia de las viscosidades emanadas pasa de amarillenta a blanquecina, y más adentro a transparente a medida que se abre más y más, a la vez que el epitelio pasa de chocolate casi negro a granatoso, con un punto intermedio rojo vivo, y cuanto más adentro de un rosado tirando a broncíneo cada vez más claro. Por encima, emergiendo de cinco pisos de papadas me sonríe cariñosa, incitando, con la picardía tocada del temblor de una venenosa inocencia adolescente.

Tomo contacto procurando no resbalar y acabar de hacer el ridículo, con más ganas de huir que ninguna otra cosa, pensando qué puedo hacer —que aquí en medio será como jugar con la antena de una hormiga— con una repugnancia profunda, no exenta de terror y un punto delirante de excitación. Abierta de par en par por las poleas chirriantes, la vulva me espera con feroces contracciones en pugna con las sacudidas de los encargados para mantenerla abierta, espasmódicas generadoras de efervescentes brumas emulsionadas entre varias medidas de burbujas, emanando un chirrido de carne prensada flatulenta, estallando en variadas tesituras.

Como dos serpientes emergentes de profundidades lejanas aparecen los brazos de la reina, me recogen por debajo de los sobacos y me incrustan contra el clítoris —una excrecencia carnosa de la medida de una gran sandía—, me refrotan tan fuerte que el daño es insoportable. Ya no sé si los flujos que me chorrean por la cara son suyos o es mi sangre —las dos cosas seguramente.

Cuando he perdido el mundo de vista, me clava de cabeza en el centro de la vagina... ¡Glups! Bbbpfffbbb... Emerjo medio ahogado; que te metan hasta el cuello en una masa pringosa, maloliente y al rojo vivo, latiendo y prensadora, esponjosa pero endurecible y asfixiante, aiiishsh..., me saca, entre la gran pasta del flujo apenas la veo, me guiña el ojo y venga, me mete y me saca... a un ritmo que... no lo... ... puedo respirar... ... ..., ay, ayyy... ... ..., blouéééééééééééééééééé ... ...

Contracoda

Apenas me estoy recuperando de todo lo que me ha pasado a mí cuando no sé desde qué perspectiva no sé si se podría decir si me remata o exactamente qué me da el espectáculo del pobre Shelly con este monstruo de la ingeniería genética creado quién sabe con qué fin.

Aurora lo agarra por el cuello y se da en el clítoris con su cabeza, hasta que todo él ya va de acá para allá desmadejado como un muñeco de trapo. Cuando ya no tiene suficiente lo agarra por el cuerpo y se lo clava de cabeza en la vagina, lo coge de las piernas a medida que la excitación avanza y se lo mete en cada endiñada más adentro, más adentro, más adentro, y cuando Curwen ha dejado de resistirse —ha perdido el conocimiento—, por los pies. ¿Está cuerda esta mujer? ¿Dónde tiene la cabeza para avenirse a la degradación hasta este punto? Dos Fonóctonos musculados como culturistas le repican con remos el clítoris rojo, hinchado y brillando a punto de estallar, uno por cada lado, ahora uno ahora otro, a un ritmo y con una fuerza de campeones de regata, de virtuosos de un gong resonante en forma de salpicaduras y serpenteo tembloroso de la piel. Sonríen exasperados como muñecos antiguos —ridículos con unas piernas desproporcionadamente cortas, torcidas y gruesas y, en contraste, los dedos tan largos como el resto de la extremidad les permiten sostenerse de puntillas. Con gradual vomitividad caigo: no le dan con remos, son hipertrofiadas pollas de medida y forma inauditas —las manejan con las dos manos como bates de béisbol.

Las grasas adyacentes de Aurora tiemblan en olas expansivas hacia el resto del cuerpo como una tempestad en el océano de estrógenos y colesterol. Pobre mujer, ¿se da al furor por propia voluntad, o la obligan? En sus condiciones físicas hacen con ella lo que quieren —es una incapacitada, una dependiente total. Hasta cierto punto: se puede encadenar un león, pero si te acercas te arrancará el brazo como si estuviera libre.

En tono y tesitura crecientes Aurora emite grandes berridos que ya no se distinguen de los de una concurrencia cada vez más enardecida, todos de pie, arengando, azuzando, saltando y acercándose cada vez más a punto de lanzarse todos encima para participar; en poco rato ha ido llegando mucha más gente —la sala ya es una multitud descontrolada. Al comienzo ella había vuelto a Shelly panza arriba, y de forma gradual se lo ha ido metiendo entero cada vez más fuerte y más adentro. ¿Tan bajo hemos caído? ¿Carter y Sartorius han perdido la dignidad? ¿Contemplarán cómo se ofende y destroza a un amigo sin mover un dedo? Y la gente anima, y ríe y ríe, y se van acercando.

Rigidizado, el cuerpo entra y sale cada vez más rápido y fluidamente; cuando ya apenas le quedan afuera los crísticos pies para poder tirar de él, en el espasmo final desaparece, y apretándose fuerte ella lo retiene dentro con un frenético tembleque circular —truena y aúlla el tocino sin vetas de magro, Shelly tragado entero, la vulva cerrada tras de sí. En el rugido supremo, Aurora bizquea con las pupilas en alto hasta los ojos en blanco, la boca un cuarto de luna con los cuernos abajo y una cara de torbellino que ya da más miedo que piedad, y estalla de repente, orgásmico, proyectado en horizontal, ligeramente ascendente, el chorro potentísimo de una formidable meada, y en el centro, desecho inerme, lo que queda de Curwen, expelido al fondo de la sala contra la última fila de multitud carcajeante, con todos los huesos rotos, pobre Shelly, mira dónde has ido a parar y no he podido hacer nada, la columna vertebral deshecha, la cara desfigurada, sin ojos, hiperbólico, la cabeza colgando, todo él medio desollado, digerido —frito, flambeado—, las tripas de acá para allá, la piel lacerada donde todavía queda —recién parido por la vagina dentada. La contramadre lo ha reparido muerto, y el embravecido gentío lo zarandea, se lo pasan y se lo quitan como a un pelele y por fin se lo devuelven a Aurora como un balón al campo contrario, y ella lo lanza de lado como un kleenex sin ni mirar a dónde va a parar.

Como obedeciendo a una señal, la multitud enloquecida salta a la palestra y atropelladamente se precipita sobre la Fonóctona, que desaparece de la vista en un desmadre de imparables cafres que se lanzan a por ella como a la piscina, resbalan, todo mojado y chorreando, se empujan, tiran unos de otros, se pasan por encima para ir más arriba quién sabe para qué, para lamerla, para comérsela, para cascársela encima de ella, para revolcarse en el esponjoso lodazal de flujos mezclados, para zambullirse si pudieran, para chapotear como niños en la piscina, como cerdos en el fango excremental, exacerbados espermatorreicos. El himno paroxístico casi aplasta el estruendo: Love Divine, All Love Excelling.

Los guardias y los empleados se afanan para contenerlos y apartarlos —cuando no lo consiguen, más de uno, más que intentar impedirlo, participa; un grupo de más de diez van a bofetadas, y en pocos minutos se suman muchos más, y retiran a unos cuantos exánimes arrastrados por los pies. Harta de la antífona, la masa aúlla:

—¡¡Hyfrydol!! ¡¡¡Hyfrydol!!!

Al final es un glorioso tumulto donde ya no se sabe quién asalta ni quién reprime —el nuevo orden mundial tiene estas cosas.

Tengo los sentimientos en suspenso, temblorosos —indignada en equilibrio con fascinada, incapaz de nada, mentalmente arrasada. Mercedes me tira del brazo y me dice:

—Es el momento. Nadie está pendiente de nosotras.

Casi no puedo andar, tengo la vagina, la garganta y el culo destrozados, me duelen tanto que los siento como una anestesia. Mercedes me toma del brazo y salimos. No me atrevo a volver la cabeza; Nietsripas se ha situado detrás de nosotras. Aprecio una actitud ambiguamente protectora. Espero no acabar como Curwen —hay salvaguardias que matan.

Mercedes me lleva a su habitación, de un inesperado lujo ecléctico. Vamos al baño, conmovedoramente acogedor, me ayuda a quitarme la ropa —si a los pocos harapos y las correas que me quedan se los puede llamar así— y me prepara una bañera de agua caliente con sales. Me suelto del todo en abandono, en lágrimas.

—¡Por qué le han hecho todo esto al pobre Shelly!

Me pasa la esponja por el cuerpo con una suavidad que viniendo de donde vengo me resulta incomprensible. Por contraste, el confort me produce tal efecto desactivador de defensas que me obligo a no bajar completamente la guardia.

—Siempre sufriendo por los otros... ¡Y lo que te han hecho a ti, qué!

Hablo entre lágrimas. Ella no se quita la ropa, y estar desnuda delante de ella me da una paz interior incomprensible.

—No sé qué he hecho mal, no sé por dónde tenía que haber ido.

La piedad de Mercedes me despierta el dócil impulso. Me pasa aterciopeladamente la esponja por todas partes, con un tacto exquisito para no hacer ningún gesto ni ninguna fluctuación del tiempo interpretable en clave sexual, viniendo como vengo de una reiterada agresión salvaje. El conocimiento de los cuerpos de las mujeres entre mujeres difumina los límites de la lubricidad, el castigo y la competición. Salvada del combate, habiendo sobrevivido a la derrota, la indefensión aceptada se convierte en placer sofisticado, una segunda derrota buscada y trabajada para borrar las otras.

Me dice:

—¡Ay, el atractivo de la futilidad de intentar revertir las acciones! Qué habría pasado si no hubiera hecho esto, donde estaría si no hubiera hecho lo otro... Nos lo reprochamos y es peor, y acabamos adaptando el mundo a los dones al alcance.

En tiempo de desasosiego, zozobra y menoscabo extremos, los oasis llevan fácilmente a las lágrimas. Sin saber quién las ha contagiado a quién, nos abandonamos a ellas como a la rendición —a la libertad. Un recreo acuático para purificarse, para encontrarse. Para olvidarse, para disolverse.

Le digo:

—¿Qué mundo hay para adaptar qué?

Nos miramos a los ojos largamente. El cobijo de paz de la

intimidad, los olores duros que se van y los amables que vienen, el agua caliente y las sales me parecen el paraíso, pero a Mercedes no le bastan las lágrimas, y me besa lentamente los labios, al comienzo con suavidad y por fuera, y cuando ve que no la rechazo, con la lengua cada vez más adentro y al fondo —¡y cómo vacilo entre temer que avance demasiado rápido y enervarme porque va demasiado despacio! —, crestas fluctuantes entre el placer y la ofensa donde pienso de todo, si habría podido rebotarme, y me desarmo porque es la aventura contraria, una invasión redentora —limpieza y exorcismo de las agresiones de los últimos días.

Me dice:

—Estamos en un estado de inversión causal de las mecánicas sociales. Esta ala eran las dependencias de los Archicamarlengos. Es la más lujosa donde hemos estado. Las dependencias residenciales deben de ser las únicas no afectadas por los desórdenes. Estamos al lado de la Torre Roja Este-Noreste, en la parte del conjunto más adentrada en el mar, donde están los embarcaderos.

La seguridad de que todo esto es efímero le otorga una dimensión irreal, dolorosamente agradable. Digo:

—Embarcaderos para huir.

—No sabemos en qué condiciones están, si hay barcos disponibles, quién lo controla.

Que me desconcierten mis reacciones me lleva a pensar si la somnolencia y el aturdimiento son una reacción defensiva a los traumas recientes. Cuando me parece que Mercedes avanza más de la cuenta en la posible dimensión sexual del roce de la esponja por mi cuerpo me inquieta, y cuando retrocede lo echo de menos. Pienso si se retrae como respuesta a mi retroceso más o menos inconsciente, si quiero devolverla a la tendencia anterior —este deseo, ¿qué traducción corporal tendrá? Sé rehuir la esponja, ¿pero cómo la persigo? Puedo abrirme, puedo aceptar con la mirada. Lo debo de hacer bien, porque se me acerca y me vuelve a besar, esta vez como algo más natural, sin intriga ni sorpresa, menos trágica, más breve, dejando más puertas abiertas, o entrando por las que ya estaban.

Digo:

—Me han dicho que hay uno o dos con acceso ferroviario, con grandes barcazas adaptadas para cargar trenes enteros.

—Todo puede ser, pero estamos como siempre. Si conseguimos llegar, ¿qué nos vamos a encontrar?

—¿Qué nos encontraremos en cualquier lugar donde consigamos llegar?

—Aquí estamos seguras, pero no nos podemos confiar. En cualquier momento puede haber un descalabro.

Me mira fija a los ojos, me sonríe. Se me anegan los ojos. Digo:

—Ha sido horrible esto de Shelly. No me lo saco de la cabeza. ¡Cómo se puede morir así!

—Y no lo he podido evitar.

—A mí sí me has salvado. No te lo podré pagar nunca.

—No hay tiempo para pagos. Ahora estamos aquí. Mañana, ¿dónde? ¿O dentro de un rato?

La esponja lleva más de la cuenta sin abandonarme el pubis. La suavidad la compensa un dedo que la rebasa ya por un lado, ya por otro, cada vez intentando menos disimular que son movimientos casuales, pero nunca perdiendo la extrema delicadeza, nunca traspasando la raya de lo que me devolvería al infierno de donde justamente ella me ha sacado. La persistencia del dedo más osado coincide con una prolongada, extensa mirada a los ojos. Le digo:

—¿Somos dos adolescentes?

—Peor.

Nos reímos.

—Mejor, por lo tanto.

Deja la esponja flotando y la mano continúa sumergida. Sin soltarme me toma la cabeza con la otra mano y nos besamos sin inhibiciones. Acabo de traspasar la raya; violentamente se me presenta el terror reciente, y a un tiempo que lo convoca ella lo rescata y lo transforma. Ahora me hace daño, devuelve la adrenalina y caigo en el placer, un placer capaz de contaminar el horror pasado, de transformar el recuerdo en otra cosa que me aterra lo que podría ser, y ahí me precipito furiosamente. En un receso de intensidad, me suelto.

—¿Qué dirá Nietsripas?

—¿Qué tiene que decir? Corre la muerte por todas partes, todo el mundo hace lo que quiere.

Me separo para mirarnos. Hay que dejar el camino expedito de consecuencias y malentendidos.

—¿Te fuiste con él porque te gusta o para salvarnos a Shelly y a mí?

Detecto una chispa de sorpresa anticlimática. Qué ingenua soy, para salvarme a mí no se le había ni ocurrido —nuestros caminos divergen violentamente. Me desactivo a la vez que ella decide recuperarme. Se incorpora, se quita la ropa sin dejar de mirarme (¿para asegurar qué efecto?), se tiende en la bañera ante mí y encajamos las piernas para caber —¿para frotarnos? Con intermitencias me asalta si debería rechazarla. No lo hago porque no me quiero enemistar, no quiero perder su protección. ¿Le voy a dejar hacer lo que quiera? Desde que estamos en esta estancia mandan la curiosidad y un abandono sensual expansivo que no sé si llamarlo deseo. Acabo de salir del infierno, soy una puta, y ya metida en ser

idiota me desprofesionalizo y disfruto sexualmente. El permiso y la expectativa del placer me despenalizan y me dignifican.

Ver desnuda por primera vez a una persona a la que has visto siempre vestida es asistir a la aparición de una desconocida. Los genitales tienen una inquietante reminiscencia facial independiente de las facciones del mismo cuerpo. Sorprenden porque no se había relacionado ninguno con aquella fisonomía, con la cara, y se produce una discordancia, en los casos más pronunciados una dislocación, como si algo no estuviera bien, como si alguna cosa no fuera como debía ser, que hubiera una impostura, una suplantación, y podría ser la cara la parte fraudulenta. De pronto es enfrentarse a un extraño, a una animalidad interferida en lo que hasta entonces era un humano fiable. Peor que hostil (así se sabría de qué va) —imprevisible, incierto: un intruso. No necesariamente desagradable. Simplemente, empieza otra historia.

O quizá no, quizá no haya tal intruso hostil ni empiece nada nuevo ni ninguna otra cosa, sino que acabo de descubrir la profunda, auténtica esencia de Mercedes: no la cara y la voz, sino los pechos y la vulva. ¿Me había pasado con los hombres? Sí, pero ahora me doy cuenta con una mujer. Si es como siempre, en poco tiempo se juntarán la Mercedes vestida de antes con la desnuda de ahora, y no sé si será más una o la otra. De qué dependerá, no es la pregunta correcta. Si habrá tiempo de que pase, ahí está.

Con un escalofrío agridulce me doy cuenta de que esa es la diferencia determinante por el cauce de la cual Mercedes es ante mí tan sensual —y puedo ver fluctuaciones de apreciación—, y la horda violadora no lo es para nada. Están la agresión, la brutalidad, la ofensa, el dolor, sí, todo eso está, y es donde en propiedad el Mal está instalado. Pero, además, la multitud no tiene rostro. No tiene rasgos distintivos, o la distinción no permite establecer y hacer reconocible la identidad de nadie. Hay ojos voraces, dentaduras iracundas, puños, dedos ofídicos, miembros vérmicos, culos cloaqueros, pero todo eso solo duele, solo insulta. No hay ningún argumento tratable con la categorizadora operación de pensar, y de llevar los sentimientos por las ideas articuladas.

Para huir —¿de qué, hacia dónde?, prefiero no indagar—, me abandono al recuerdo de la primera conversación con Midoissa. Me habían hablado mucho de ella, y me esperaba una mujer bella, atractiva y elegante. Cuando apareció superaba todo lo imaginado. Me clavó las pupilas ardientes y heladas y no sé cómo me venció, no sé qué tiene que con la primera mirada me transmitió una sensación de distancia divina y a la vez, seguramente por el rasgo sobrenatural —por el efecto, qué más da—, de inesperada profundidad, de tener por fin delante lo que has buscado tanto tiempo, lo que te revelará en ti

misma en unos términos que te arrasarán no por desconocidos ni exóticos sino porque te adentrarán en tu naturaleza profunda como no has experimentado nunca, que lo deseas tanto que ya no lo esperas, tanto que no sabes ni cómo será. Y lo que más deseas es lo que más miedo te da. O lo que te da más miedo es lo que más deseas.

Esa primera vez no hubo ocasión de hablar de forma más o menos privada, pero creo que fue al día siguiente cuando nos encontramos casualmente, y yo ya iba prevenida. Me dijo:

—¿Tienes experiencia en este tipo de peritajes?

Estaba tan nerviosa y tenía tantas ganas de gustarle que le salí con un despropósito.

—¿Zapruder te ha encargado que nos examines?

Sonreía de una manera tan agradable, era tan guapa y olía tan bien que me habría abofeteado.

—¡Examinaros, yo! ¿Con qué atribuciones? ¡Si es mi primer trabajo en este gremio! Seguro que sabes más tú que yo.

Decidí ser idiota hasta la puerta del Averno.

—Conmigo no hace falta que te hagas la santa, ya te he calado.

—No tengo por dónde fiscalizarte. El trabajo no es un valor, el valor es el éxito.

—¿Lo ha sido alguna vez? Siempre se ha confundido el valor del trabajo con la disciplina, y ya solo nos queda la disciplina: la gestión del homicidio.

—Y nos tocará comprobarlo en primera persona.

Hablaba con la suavidad de quien canta una nana.

—La primera persona está al lado de los vencedores.

—¿Y cuál es este?

—¡Ah, lo ves como sí que me vienes a examinar! Lo siento, si quieres saber si estamos en el mismo sitio, defínete tu primero.

He pensado muchas veces en esa conversación, en cuando, más tarde, al inicio de las calamidades, las noticias llegaban fragmentadas, inciertas, venenosas, confusas, infiables. ¿Cómo se llama la figura retórica en que dices lo primero que te viene a la cabeza sin otra intención que llenar un vacío incómodo y accedes sin querer a una realidad profunda? Midoissa nos examinaba; aunque por mera resonancia era imaginable que lo hiciera, ya no era tan fácil ver que nosotros también la examinábamos a ella. La figura retórica tenía forma de doble negación —de autonegación que, a pesar de llevar a una aparente paradoja, podía adquirir el poder de exhumar una realidad todavía más profunda: decir lo primero que te viene a la cabeza sin ninguna intención significante para acceder sin querer a una realidad profunda en cuerpo y alma desde donde decir lo primero que te viene a la cabeza sin ninguna intención significante te lleva sin querer a una realidad profunda. ¿Esa tercera realidad es otra, o solo el

retorno a la primera? Fue en un momento como ese cuando, antes de disgregársenos el Egrégor, divisamos la reconducción de los equilibrios con Orens: el cálculo era Artur como mal menor para cargarse a Kreis, la duda era si lo haría. Una jugada de póker, de farol naturalmente, y que, pese a que las condiciones eran óptimas, podía salir de cualquier manera. Como no me parecía mucho más que un entretenimiento retórico, dije:

—Si no lo hace para recuperar a Midoissa, lo hará para vengar a Camila.

No recuerdo quién debió decir:

—¿Por qué lo tendría que hacer?

—Porque se siente en falso. De la separación quedan algunas heridas de las que te dejan una especie de deuda, por no decir culpa... Pobre Artur, para su mal no hay un grupo de afectados socialmente reconocidos a quienes se considere merecedores de ser apoyados y resarcidos. Da igual en qué desgracia, siempre será un marginado.

—¿Ya qué más da, no? El reconocimiento social es una flora que se ha quedado sin hábitat.

Nunca me habría imaginado acceder a aquella distancia de la realidad cotidiana cuando, con más deleite exhibicionista y ganas de estar de acuerdo que ánimo aleccionador, le dije a Midoissa en aquella primera conversación:

—Ahora tiene más sentido que nunca la revuelta, pero hay que articular la acción habiendo aprendido de los errores del pasado: no se puede ir contra la naturaleza humana. ¡Paliar las descompensaciones del ejercicio salvaje de la propiedad no puede llevar a ignorar que los humanos somos egoístas, avaros, estúpidos, ladrones, inconsistentes, mezquinos, mentirosos! Cualquier revolución, la más justa y bienintencionada, fracasará si violenta la esencia de los humanos. ¿Pero cómo se llega a un equilibrio útil, edificante y fructífero cuando la mayoría de los elementos de los que deberás servirte para hacerlo proceden del Mal?

No recuerdo si le dije que el Mal exige un diferencial, porque cuando está en todas partes desaparece por falta de referencia, que para la existencia del Mal no hay nada tan necesario como el Bien, que, por lo tanto, es el Bien el auténtico Mal conceptualmente operativo. ¿Me imaginaba entonces que un día nada lejano estaría como estoy ahora? Midoissa me dijo:

—En dirección contraria, la aparente contradicción de poder declarar en quiebra una institución pública se resuelve privatizando el Estado.

Me tuve que dar por ofendida. Ahora veo que daba lo mismo. De hecho, entonces también.

—¿Y quién no es consciente? Ese es el sentido profundo del

Archicenotafio, el truco estratégico que lo ha hecho posible.

¿Cuánto ha durado este pensamiento? Una hora en el pasado, siete segundos en mi cabeza. No sé si deliberadamente, Mercedes se mueve para mantener estable la demanda sensual, sin precipitarla a irreversibles necesidades de orgasmo, ni desactivarla, que llevaría a secarnos y vestirnos. Nos podemos pasar así la noche. Tengo visitas inesperadas a mis pensamientos, imágenes, sonrisas extemporáneas, pesares, demonios —Andrealphus, Svcax, Pruflas, Rahovart, Valaco, Gamygyn, los demonios dobles, padre e hijo o gemelos: Caassimolar y Ralomissaac, Saalonircaac y Caacrinolaas, música gloriosa.

See Nature, rejoicing, has shown us the way,
With innocent revels to welcome the day.

El truco estratégico que ha hecho posible el Archicenotafio se extiende, sonrientemente maligno, a los deseos de las abejas habitantes, la Reina follodevoradora, los soldados, las obreras, anhelos, resentimientos. Midoissa iba dejando cadáveres. Quizá el más flagrante, del que menos se escondía, era Spohr. El tipo me había hecho gracia desde el primer día, pero estaba tan ofuscado detrás de la señora Prills que no había rendija por donde escurrirse. Por una absurda reducción al absurdo yo había caído en la cama de Novembrini un par de veces, pero la manera como él se ufanaba, no con palabras explícitas, claro, pero sí con la sonrisa de chuleta y el lenguaje corporal, me molestaba mucho. Yo no era suya ni de nadie —los sobrados me cargan.

Un día que estábamos los tres solos me las apañé para quedarnos Phaeton y yo. A su edad y con su experiencia continúa siendo un tímido. Estaba claro que yo le gustaba, y la situación se le hacía incómoda. No sabía qué decirme. Afrontar las evidencias le debía dar miedo de caer en el ridículo. Puso en marcha un discurso sin pies ni cabeza. No hacía falta mucha imaginación para ver qué le iba de verdad por la cabeza.

—Estoy trabajando en el análisis de algunos parámetros de la realidad actual. La utilidad de la contemplación profunda por Cézanne, cuando había paisajes complejos y minuciosos. El hombre tardomoderno mitifica el desasosiego para hacer de él icono de los tiempos actuales y añadirlo a la categoría histórica de las visiones de Poussin, de Alma-Tadema, de Puvis de Chavannes. De contemplar el mundo para verse uno mismo y de contemplarse uno mismo para ver el mundo sale la generalización de una aventura expresiva que ya estaba en Lucrecio, en Piranesi, en Sade.

—Creía que el desasosiego ya lo habían mitificado los románticos.

Me incliné para mostrarle mejor el escote y pensé, ¿quieres jugar?

Pues juguemos, hombre. Le dije:

—Sosegarse en la mística del desasosiego comporta que también el sosiego presenta el aspecto del ente que se pretende que lo generaría. Al final, efectos invertidos: el sosiego desasosiega, el desasosiego sosiega.

Dijo:

—La arqueología no es la ciencia de la gestión romántica de la ruina, sino de la contemplación reconstructiva.

—La sabiduría en sí misma no interesa a nadie, ya no es ningún valor ni ninguna categoría. Ya no hacen falta ironías, el huevo relativizador ya engloba cualquier declaración tipo «el ente tricéfalo arte, ciencia y pensamiento formaba parte del derecho de los ciudadanos como el instrumento de progreso desde cualquier estrato social, y a quienes ya están arriba, para mejorar el mundo. Era un arma revolucionaria de igualación social al alza. La idea estimulada desde los gobiernos de que una disciplina del espíritu se tenga que agachar para que lleguen las mayorías semiinstruidas es puro paternalismo fascista criminal; es negar la igualdad de oportunidades y fomentar la brutalidad moral para asegurarse de que los desinstruidos no dejarán de serlo, que no tendrán opciones de ascenso intelectual y social...», etcétera.

—Y pertenece a los sermones de negatividad continuar diciéndolo: «Hace dos generaciones, la cultura era lo que a través de la educación elevaba a los pobres, los ninguneados, los parias; era una opción de progreso. Ahora la educación está en manos de palafreneros que han decidido que solo hay que enseñar a los niños lo que les será útil para los trabajos y la vida en el aspecto meramente mecánico, porque habiendo sido ya ellos mismos educados así, ignoran que formar es proporcionar la idea del mundo y los conocimientos que edifican como individuo.»

—¿Sermón? ¿Venganza? ¿Realidad? ¿De qué sería contrapartida decir que ahora ninguna ventaja intelectual aporta un privilegio, ni los privilegios comportan ventajas intelectuales? Quizá hace cien años el ilustrado pertenecía a la clase dominante, pero ahora no tiene ninguna garantía, porque no habiendo tal clase dominante ilustrada, no hay prescriptores reconocidos, ni capacidad ni interés por parte de nadie en establecer mecanismos efectivos de autoridad vinculante, porque el acceso al poder ya no depende de la formación de quienes aspiran ni desactiva la inoportunidad de la lección, que ya se recibe como un ataque. La fatalidad prevalece: cuando cualquier idiota iletrado puede ser ministro, consejero o presidente del gobierno, cuando la sociedad tardotolerante hace más caso a los charlatanes que a los sabios y encima lo encuentra divertido, la cultura ya no sirve para nada porque el príncipe ya es tan asno y tan indiferente como el borrego. No

merece la pena dedicarle ni un minuto, y así se hace.

Me miraba como quien intenta descubrir si más allá de la provocación decía lo que pensaba y, si era así (o las dos cosas a la vez), con qué intención. Le sonreí para aclararlo, y a medio cambio de fisionomía cambié de opinión y con la misma sonrisa le envolví. Ahora me enternece la idea extravagante de resucitar a un muerto.

Me dijo:

—No hay futuro ni pasado, todo es presente: delgado, inexistente, sin resonancias en ninguna dirección. El ciclo «compasión — autoinculpación — sacrificio» propugnado por Midoissa (a pesar de que quién sabe de dónde lo sacó) se formula diferente en cada época y pueden parecer descubrimientos, pero ya hay prototipos evolucionados, aunque nos parezcan atávicos, en culturas precientíficas.

No sé cómo debía ser en aquel momento, porque encontré excitante toda aquella vaguedad conceptual, traicionada por la biología hasta el extremo de no recordar muy bien la conversación siguiente. Creo que le dije:

—¿No te han dicho nunca que eres muy atractivo cuando hablas de estas cosas?

Él debía decir:

—Me han dicho de todo, las amigas sobre todo son más directas. Pocos amigos te dicen lo que te conviene. La mayoría te dirán lo que creen que quieres oír. Con las mujeres debe de ser al revés... o no, quizá la combinatoria hace cosas aún más extrañas.

—Decir lo que crees que esperan de ti —o quizá—: A medida que se van usando diagnósticos para insultar, la sociedad los va inutilizando y echando al repertorio de las vulgaridades indeseables: idiota, subnormal, discapacitado... ¿Qué eufemismo vendrá detrás de este?

—En paralelo, las marcas políticas que el uso y el abuso van empujando hacia la derecha: liberal, democrático, popular, socialista.

Y yo, en otro momento:

—«Escéptico radical» es un oxímoron.

Dejamos a todo el mundo plantado. Era la primera vez que íbamos a la cama. No guardo un recuerdo imborrable.

Lo confirma tal como me siento: me dormiría si no fuera porque el continuo roce mántrico de Mercedes me mantiene despierta dentro de una sensualidad no apreciable como enfermiza desde donde vengo. Desde otra podría incluso ser divertida, pero tampoco sería lo mismo. Continúa sin profundizar en el sexo ni permite olvidarse de él.

Sin decirnos ni media palabra, nos ponemos de acuerdo para levantarnos, y cada cual por ella misma secarnos y vestirnos, ella

medio de espaldas.

Me da ropa suya, saca comida preparada de una pequeña nevera y la calienta en el microondas. Bebemos cerveza tostada, y me parece un lujo asiático. La justicia social no ha sido nunca tan nítida y salvaje, ni tan efectiva. Solo a los parias y muertos de hambre les debo una explicación. Da igual lo que hagamos porque ya estamos muertos. Solo negociar las condiciones de la inminencia de la muerte, si da lo mismo unos minutos más o unos minutos menos, da lo mismo el discurso que pretendía dar Egisto —Electra y Orestes le atajan sin contemplaciones. ¿Hasta dónde llega la vacuidad de los actos próximos a la muerte? ¿Son unos minutos, o más? En rigor conceptual, la vida entera.

La conversación nos va y viene entre deseos y necesidad de ponderarlos, de no perder el control. Nos aligeramos especulando sobre las catástrofes aseguradas a punto de aplastarnos. Le digo:

—Ya no estamos a tiempo de ponderar la razón de ser de la policía y el ejército en términos de dilema entre libertad y seguridad...

—¿Y en qué términos los quieres ponderar si no?

—... porque la búsqueda del Yo colectivo ya no es ni difícil, ni utópica, ni cambiante, ni discutible desde diferentes ideologías, sino un monstruo con pulsiones tan tóxicas como autodestructivas.

—¿Las dos cosas?

—Es la paradoja de la autodestrucción del Yo colectivo: cuanto más se autodestruye más crece en capacidad autodestructiva, y el resultado no es la aproximación a la Nada, el crecimiento de un ente en dimensión negativa, un Anti-Yo colectivo más poderoso que el otro, negativo en cierto modo del Súper-yo de Freud.

—Prefiero el de Nietzsche.

—El vacío destructivo llega hasta los individuos en forma de nada, de des-animación de la conciencia de formar parte de una colectividad.

Niega con la cabeza y dice:

—Ya hace tiempo que la policía no es otra cosa que la Guardia pretoriana de los propietarios. A los tocapelotas ya no hay que mandarles la Inquisición ni la pasma, ni gánsteres. Ya hace el cometido Hacienda.

—Peor. Para el orden ciudadano, el pánico nos ha convertido en policías de nosotros mismos.

—Hay una contradicción práctica. ¿Hace falta la Guardia para tener a raya a los ciudadanos asilvestrados? ¿La legitima la contingente expectativa de que se autodesactiven como ciudadanos?

—Está claro que la policía no está para pillar ladrones. No hay contradicción, son aspectos diferentes del mismo hecho, diferentes categorías de muertos vivientes. Salvo en la cuestión material, no hay príncipes y súbditos, ni amos y esclavos: todos somos esclavos del ente

puesto cabeza abajo en lo que hemos convertido al Estado aspirador, impersonal equilibrador de las avaricias irresolubles nacido de la autodestrucción, destinado a crecer negativamente sin freno. Los visionarios lo han llamado Archicenotafio, y la prueba de la feliz idiotización colectiva es que ninguno de nosotros ha atendido a la advertencia y nos hemos lanzado alegremente, como quien ocupa un escaño. Muchos piensan que nos vuelve asnos el miedo, y no digo que no exista, pero a la mayoría los vuelve asnos la pereza.

—¿Consideramos la situación actual como un éxito, pues?

Se burla de mí, pero no quiere reconocer que me está dando la razón. Le digo:

—Es un éxito. Piensa cuántos conflictos han sido resueltos, cuántas causalidades desactivadas, el campo de regeneración que queda por recorrer.

—¿Dónde está este campo? ¿Quién lo recorrerá?

—Da igual los sacrificios individuales. La colectividad tiene una expectativa regeneradora.

—Aún mejor, no tiene ninguna oportunidad para malograrla.

—Teníamos un Egrégor central Artur, Midoissa, Bettina, Curwen, Spohr, Mina y yo, un Gran Egrégor con el añadido de seguridad de Carter, Fabrici y tú. ¿Qué queda? Si no es que, de acuerdo con lo que dices, que no quede nada será culminar con éxito.

Dice:

—Entonces, el Egrégor está anorreado: Spohr suicidado, Bettina, en cierto modo, Mina y Curwen destruidos por la hiperactividad. Nosotras seremos víctimas de los elementos.

—Quién sabe, quizá tienes el mandato de matarme.

Se ríe.

—Y por eso te he rescatado de esa banda de tarados y te he metido en mi bañera.

—De la actividad regeneradora provendrá algo inimaginable por nosotros.

—No tan inimaginable. De la destrucción solo se puede evaluar el proceso; sea cual sea, el resultado siempre es el mismo.

Acabamos de comer. Le digo:

—¿No se sabe nada de Artur?

—Lo último que sé viene de Midoissa. Una mañana desapareció sin decirle nada ni dejar ninguna señal, y ella no lo entendió y se quedó preocupada. Después de lo que pasó con Kreis y que parte de la Guardia se pusiera junto a Artur, había el peligro de que se excediera en sus posibilidades, que tomara malas decisiones. Midoissa y él tenían un acuerdo implícito, y las señales posteriores que me han ido llegando sobre el comportamiento de Artur indican desorientación y falta de criterio.

—¿Midoissa qué dice?

Se lo piensa antes de pronunciarse.

—También la he perdido de vista. Quería huir como todos, pero no sin haber resuelto algunas cosas. Supongo que no sin Artur, o como mínimo sin conocer sus intenciones.

—Quién es más importante para nosotros, ¿Artur o Midoissa?

—¿Quieres decir quién nos conviene que sobreviva?

Nos reímos. Digo:

—Quiero decir: ¿quién vale más, tú o yo?

Se queda inmóvil, pero no pierde la sonrisa.

—Quieres decir un «tú o yo» genérico. No si vale más Mercedes o Rakshasi.

—¡Claro! ¡Vale mucho más Mercedes! —digo, y pone cara de disgusto halagado—. Pero esto no aclara la duda. Se trata de los planes finales de Midoissa.

—Claro, claro.

Todo lo que he perdido me duele, y también me duelen mis posesiones. La mística de la pérdida, el ahogo de la posesión, la incomodidad de vacilar sin tregua, sin redención, clavada con alfileres en el perpetuo flagelo de los porqués no resueltos. La conversación con Mercedes me recuerda otra con Bettina, cuando me di cuenta de las ramas de un plan contra Kreis. Habíamos caído en el tópico intercambio de vaguedades de quien quiere sacar información del otro sin proporcionarle la propia. Le dije:

—No puedes desconocer cómo afectaría a Artur si ahora aparece Camila.

—No sé por qué yo más que tú.

—Si le hablas de Max van Egmont y de tu familia hasta Primo Pietrea lo animará a no querer ser menos.

Dijo:

—O lo hará desistir. Si tiene que ser hasta Primo Pietrea... El objetivo final de hacer venir a Camila no lo sé, ni si se trata de condicionar a Artur. ¿Para obligarle a hacer qué?

—No lo sé, ya te lo he dicho. Pregúntaselo a Midoissa, es idea suya.

—Ya sabes cómo funciona el Juego de la Fragmentación. No lo conoce todo nadie. La información completa está, pero repartida entre muchos.

Reímos; la notaba insegura. Sin saber dónde íbamos a parar le dije:

—La figura clave no son las informaciones, sino la combinación de los elementos que desconoce cada cual.

—Quizá la naturaleza de los desconocimientos relacionada con la posición de cada cual aporte información estratégica valiosa. ¿Pero cómo puedo saber qué no sé?

—¿Qué es, si no, el Juego de la Fragmentación?

—¿Si no lo puede llegar a saber todo nadie, qué sentido tiene jugar para intentarlo?

—Si el alcance ontológico no tiene sentido, ¿qué lo tiene? ¿Llenar el estómago para sobrevivir?

La noté condescendiente cuando dijo:

—Me comprometo a descubrir cómo se sentiría Artur con Camila por aquí.

Mercedes mete en el lavaplatos lo que hemos ensuciado. Le digo:

—Artur huyó cuando se dio cuenta de que Midoissa le había manipulado. Quería recuperar la dignidad y el criterio, tenía que asimilar haber matado a su padre obligado por la estrategia de la mujer a quien ama, y que le dice que le corresponde, y es difícil hacerlo a su lado. Debe querer pasar de idiota-santo a idiota-héroe.

—De idiota-criminal a idiota-justiciero.

—Aún más complicado, sí.

Se me cae encima la tensión y el cansancio de los últimos días. Un aire de cobijo, y a la vez de final, marca cómo se nos muere la conversación. Mercedes me dice:

—Tendremos que compartir la cama, si no te importa. Es de las grandes.

Suena a excusa. Opto por quitarle importancia.

—Habiendo compartido bañera, compartir una cama de las grandes...

Levanta las cejas y vamos para allá. Como si en la bañera no hubiera pasado nada. O como si lo que ha pasado impidiera comportarse con la naturalidad exigible a dos mujeres de mundo atrapadas en nuestras circunstancias. Me ofrece una camisa de dormir no precisamente casta, y se vuelve de espaldas para ponerse una del mismo estilo.

Nos acostamos con una vacilación incómoda, reveladora no estoy segura si de lo mismo en su caso y en el mío. ¿Nos sentamos para charlar un rato más? ¿Apagamos la luz y directamente intentamos dormir? ¿Nos ponemos cerca o una en cada punta? Lo hacemos todo despacio, como cediendo a la otra la iniciativa, pero no necesariamente para seguirla. La posibilidad de abrazarnos parece la más remota, pero no se debe de poder decir que se nos ocurra a las dos.

Después de fragmentar la iniciativa para compartirla, ahora un paso una ahora uno la otra, quedamos medio incorporadas, ni próximas ni alejadas, con la sábana por encima de la cintura, un brazo fuera y el otro dentro, sin haber resuelto nada. Se me aparece de todo, no querer estar sola, la vanidad, el agradecimiento. Alargo una mano por debajo de la sábana hasta la suya, se la froto con el dedo. Como

no la aparta, se la cojo, me acerco sin mirarla. ¿Esto es sexo o compañía? ¿Sensualidad o serenidad? ¿De dónde viene si hay gente más importante que otros, quién ha decidido si lo soy? ¿Lo soy menos que Mercedes? Cuando me vuelvo se cae la tira de la camisa y queda el borde colgando del pecho. No habrá nunca nadie a quién preguntar por qué me parece tan grave después de más de una hora una encajada en la otra desnudas en la bañera.

En el punto en que ya nos sentimos las respiraciones, llaman a la puerta. Sin esperar respuesta se abre y aparece el propietario del aposento, el Teniente Nietsripas. Me subo la tira, me vuelvo a mi lado y él avanza con autoridad. Se dirige a Mercedes sin ni mirarme.

—Ya lo sabía que os haríais todavía más amigas. Qué guapas. Menos mal que la cama es grande.

No le conozco lo suficiente para calibrar la proporción de burla, de demanda, de dominio, de gracia pretendidamente simpática, de posible violencia. Este tío señorea tierra conquistada, vuelve a poder pasar cualquier cosa. Y me pilla tan hecha polvo... Intento recordar si ha sido uno de quienes me han violado cuando estaba colgada como una becerra abierta en canal, pero por desgracia o por suerte no recuerdo cuántos pasaron, ni quiénes. Al final casi ni notaba cuándo salía uno y entraba otro.

Mercedes se levanta y le dice:

—Vamos a la otra habitación. Rakshasi está muy cansada.

No deja de tener su gracia.

—Hay juegos muy eficaces para paliar el cansancio.

Mercedes no quiere compartir a Nietsripas, o teme quedar desplazada. Si no hubiera perdido las ganas, sería para partirse de risa. El crupier me ofrece un abanico de cartas para elegir. Me produce horror la idea de volver a ser penetrada, incluso de entrar en prolegómenos con un macho, pero vacilar más o menos ante las opciones no garantiza nada. Me agarro a las sábanas contra el pecho y digo:

—¡Total estamos todos muertos!

El Teniente dice:

—¿Y cuándo no? ¿Qué motivo hay para negarse a nada?

Mercedes dice:

—¡Basta, por favor! ¡La pobre chica no puede con su alma!

El Teniente escarnece un tono conciliador.

—Incluso en el extremo está el placer de escoger.

—Vamos a mi habitación. No la habrán ocupado, supongo, no he visto llegar a nadie.

Me inunda un pánico ácido, acuáticamente metálico.

—Iré donde queráis, mañana haré lo que queráis, pero ahora dejadme.

—Ah, la lubricidad del peligro..., las delicias tornasoladas de la adrenalina.

—La cama es estrecha, como a ti te gusta.

Me acomodo en el pensamiento que obsesionaba a Novembrini, si a hablar todos a la vez sin interactuar con los demás se puede llamar diálogo o qué, si es el mal de los tiempos o la forma tardomoderna de comunicarnos, cada cual por su lado deponiendo sin escuchar, una práctica de señoras Marías y de líderes de grupos parlamentarios, la caricatura de ascética autista colectiva, o la última oportunidad para la sabiduría.

Digo:

—Contaminado, arañado, escocido, infectado, irradiado, deformado, mutilado, gangrenado. El homo novo incapaz de recibir mensajes, apenas de emitirlos, como acción evacuadora de excedentes, o profiláctica: la única relación biunívoca con el entorno consiste en evaluar condiciones ambientales. ¿Conocen cada estornino, cada abeja, cada hormiga, el sentido y el objetivo de su colectividad? A los humanos les pasa lo mismo.

Callan de golpe, y Mercedes se me queda mirando.

—¿Qué dices?

Quedamos callados, como en una pausa musical. Nietsripas se sienta en el borde de la cama en una actitud nada invasiva ni dionisíaca. Casi parece más obnubilado él que nosotras.

—Ha pasado más tarde de lo que creía. Hay bofetadas entre los asaltantes, causa y efecto de la confusión no sé en qué orden. Ya no se sabe quién es asaltante y quién huésped de la Isla de los Muertos.

Digo:

—Si no se sabe quién es asaltante y quién huésped, ¿cómo sabes que son bofetadas entre asaltantes, y no entre todos?

Mercedes se apresura a aclarármelo.

—Por la proporción. Tiene que haber muchos más.

Nietsripas se rearma. Me mira adormiladamente desafiante, insoportablemente seguro de sí mismo.

—La niña siempre ha sido la más lista. Quítate la camisa y quédate de pie sobre la cama.

Me asalta una repentina desazón de no dejar nada pendiente, de resolver todo lo que ha empezado —recuperar esbozos, indicios, ideas, hallazgos. El vértigo de lo imposible es la espada que impide retroceder, niega volver a nacer para hacerlo mejor. Qué más da, si alguien lo hará mejor en otro momento. Ese «qué más da» se vuelve aguijón, autodesprecio, feroz deseo de olvido. Me desenamoro de mí misma —y será para siempre.

Digo:

—No me quitaré nada más ni me subiré a ninguna parte, y no soy

ninguna niña. Un continente entero os caerá encima por todo esto.

Mercedes hace como si no me hubiera oído.

—Que Rakshasi vaya a mi habitación. Te haré lo que quieras.

—Y además, me dejarás hacerte lo que quiera yo.

—¿No lo haces siempre?

Mercedes me acompaña a un aposento bastante más pequeño y sencillo que el otro, y con un lavamanos como único servicio. Le digo:

—Te agradezco mucho todo lo que haces por mí. Me has salvado la vida.

—No, ni mucho menos.

Va al grano, se cambia de zapatos, se maquilla los ojos aprisa. El colorete será para los muertos. Creo saber por qué no se entretiene. La retengo en el umbral de la puerta.

—Perteneces a un clan propietario del Archicenotafio. Yo misma represento intereses de cierto peso en la gestión. ¿No hay manera de impedir que cuatro hienas nos hagan pasar por todo esto?

Me sonríe.

—No es que no hayamos hablado, ya no hay Archicenotafio tal como era cuando nos contrataron, ni los primeros días. No sabe nadie dónde vamos, y cuanto más digan que lo saben, menos lo saben.

—Pero después...

—Después, si sobrevivimos, ya veremos qué hacemos con los demás, qué harán los demás con nosotros, cómo ha quedado el mundo y por dónde iremos una vez fuera.

Se le anegan los ojos; me conmueve. La abrazo; que no me pueda consolar me empuja a consolarla.

—No soporto que tengas que volver con aquel cabrón.

Me besa. Se separa de mí bruscamente, se va y cierra la puerta. Me quedo sola y siento la hostilidad del lugar y de todos y cada uno de los objetos. Estoy tan cansada y dolorida que incluso una cama áspera y adusta me parece buena para olvidarme de mí.

Me echo y apago la luz, pero el asalto de las imágenes recientes me produce un efecto rebote, y en un momento vuelvo a estar sentada con la luz encendida. La ofensa suprema, los momentos de placer dentro de la múltiple, reiterada agresión. El asco y el pánico adquieren la capacidad de sublimarse en regiones inexploradas. Se me ocurre si el éxtasis de los santos cristianos y musulmanes torturados era parecido, si continuaría la incomparable sensación si ahora con mis manos y sin restricciones pudiera castrar y matar a la fila de violadores excretando todas las malas vibraciones, liberándome orgásmicamente tal como es mi ardiente, continuo, imborrable, creciente deseo, o si lo desactivaría. ¿Quiero olvidarlo, quiero exorcizarlo? Qué quiero hacer de los mil demonios que llevo adentro.

La anhelante, furiosa, autoanimada sensación no es inocua, y tiene abundantes ramificaciones y efectos secundarios. ¡Me arrepiento de tantas cosas! Me maldigo de tantas veces que he temido buscar porque he temido no encontrar. ¿He sido honesta, dentro del Archicenotafio? ¿Puedo decir que lo he sido más que muchos otros? ¿Más que cualquiera de ellos?

Lo pienso con un enfurecimiento no tan retórico como oscilante. Con Mina, por ejemplo, ¿desde alguna otra perspectiva se diría que no me he llevado bien? No hace tantos días, cuando ya se iba todo a pique, me hice delante de ella la interesada en identificar iconografías del efecto pulsante de la inmortalidad identificables con avatares del Fénix, un ciempiés conceptual que lleva a cualquier lugar y por eso no me podía extender mucho, porque Mina de tonta no tenía un pelo.

Le dije:

—No sé si decirle a Kreis que Camila está a punto de llegar a la Isla de los Muertos para organizar una magna operación contra él. Vendrá con dinero, recursos y contactos, capacitada para repartir, pactar, prometer y ejecutar.

No parecía extrañada. Dijo:

—¿Cómo lo sabes?

—No se lo digas a nadie, a pesar de que a estas alturas ya lo debe de saber media humanidad. Hemos compartido amante Camila y yo, y tal como han acabado ellos dos, la he pillado en plena fase vengativa.

Reaccionó con inquietud. Me dijo:

—¿Cómo se llama el tipo?

—Ramir Giselberti.

Se volvió de golpe una calculadora fría, implacable. En el inequívoco tono de interrogatorio revelador de ir por buen camino, dijo:

—¿Se lo has contado a Midoissa?

—No me fío. Tiene un juego de intereses cruzados demasiado sofisticado. Nada nuevo, siempre hemos sabido cómo apuesta a todos los caballos.

Dijo:

—No podemos estar seguros, hay indicios pero no pruebas. Ha camelado a Curwen para que le diga a Artur que Kreis le quiere matar porque lo ve una amenaza para el Archicenotafio.

Me molestó la sensación de percibir cómo calculaba, cómo medía las palabras calibrando las posibles consecuencias. Jugué fuerte.

—Paco Regomir se lo dijo ante todos, y Artur dice que ella lo ha negado.

Me di cuenta de que tanto se podía interpretar que Kreis quería matar a Artur porque lo veía como una amenaza, como que era Midoissa quien lo veía como una amenaza. No sé si cayó en ello, pero

salió por la tangente.

—No lo debe querer asustar, ni que sepa que ella está al corriente, para que no sospeche que ella es cómplice.

Ya no tenía dudas, Mina seguía una estrategia conmigo. ¿Pero desde dónde? ¿Con qué finalidad? Dije:

—La irrealidad es una distancia, un defecto del foco; pero es, ciertamente.

—¿La misma para todo el mundo, o cada cual la arrastra a su manera?

Nos reímos. En la realidad de la vampira había algo digno de lástima. Para muchos, un ser inquietante; de hecho, una marginada. Una víctima, porque un juego de interpretaciones tan estrecho y de consecuencias tan amplias no puede acabar más que mal, tal como se va constatando. Me pareció que una confidencia nos acabaría de aproximar.

—Cada cual a su manera, y atendiendo solo a lo que se le ocurra. Artur, sin ir más lejos, no soporta la iniciativa de otros en ningún terreno, sobre todo de las mujeres en el sentimental. Intenté ligármelo y no sé si no se dio cuenta, no se quiso dar cuenta o se dio cuenta pero no supo cómo comportarse en el rol receptivo, o lo incomodó, yo qué sé, le miré fijamente hasta donde no hay duda del mensaje enviado, le puse las tetas ante las narices, lo arrastré por el laberinto hiperconceptual de la Reine Vernunft, me puse los vestidos más provocativos disponibles, y entretanto cayeron Borrell y Novembrini, pobrecito, este sí que era fácil, pero con el otro no hubo manera.

—¿Por qué no se lo decías claro? El no ya lo tenías.

—Yo qué sé... ¿Por estética? ¿Por sentido del ridículo?

—¿Por vanidad?

—Quizá en realidad le quería decir: no juegues a ser Dios, no quieras salvar a todo el mundo, no devores el mundo con mentiras. No se paraliza la voluntad en la náusea de la renuncia, sino en la meta-paz de la ascética de la pérdida. Esta no es tu guerra, no mates a nadie, no busques el progreso en la muerte de los otros porque cometerás un suicidio fragmentado.

Lo había logrado. Mina se encontraba a gusto. Dijo:

—Hay dos tipos de hombres, los que quieren estar contigo para arrancarte la razón y la dignidad, para tenerte anorreada, bestializada, y quienes te toman como un regalo intelectual que confirma su solvencia moral.

—¿Artur de cuál es?

—Me da igual. Yo no juego a la dama inmóvil. Los tíos los tomo yo, no ellos a mí.

—Ya somos dos.

No sabré nunca qué habría pasado con Artur, qué habríamos hecho

juntos, si cuando Midoissa lo fue todo para él también se habría acabado, como con Mina y Bettina.

¿Dónde está Midoissa? ¿Dónde está Artur? No estuvimos nunca él y yo solos, ni mantuvimos conversaciones que no fuera en presencia de alguien. Quizá, y todavía un momento, cuando ya había muerto Kreis y nos vino a rescatar. No sé ni si me lo invento.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias, muy bien.

—¿Muy bien? ¿Qué os han hecho?

—Yo, en fin...

—Sí, vaya, ya me hago cargo, no hace falta entrar en detalles.

—Ahora, más tranquilos.

—Esperémoslo.

Hasta ahora no me parecía posible dejarme vencer por el sueño, y me lo continúa pareciendo cuando cedo al anhelo de coda. Algo se resiste en mí a dormir, me aferro arañadoramente a pensamientos caóticos en el orden y la relación causales, y en la forma bastante bien estructurados —la capacidad de distinguir extrañeza de locura, de apreciar si no se pueden mezclar porque donde empiece una acabe la otra. La náusea del conocimiento, la cosmogonía del anhelo, la geometrización de las reminiscencias, las balanzas de la ausencia, la epifanía de la destrucción. ¿Que en las últimas cuarenta y ocho horas haya estado con más del doble de hombres que en el resto de mi vida qué balance comporta? Suponiendo que hayan sido el doble —es la primera aproximación estimada. ¿Y si han sido el triple? Se habría arreglado habiendo estado antes con más. Tendría que hacer la lista de los hombres con los que no he estado habiendo habido razonables condiciones objetivas para estar, empezando por Artur, y unos cuantos aquí mismo, Nietsripas sin ir más lejos, porque no me lo imagino allá en medio ante todo el mundo apartando Fonóctonos compulsivos. ¿Voy hacia atrás o hacia adelante? Tendría que haberme beneficiado al hijo pequeño de la estanquera, ¿cómo se llamaba?, que no paraba de mirarme pero era tan tímido que cuando me tenía delante bajaba la vista, se ponía rojo y era incapaz de decir nada —¿yo qué recursos tenía entonces para romper eso? Tampoco los he tenido con Artur. Me tendría que haber dado una alegría con el profesor de música; este era lo contrario, tanto sonreír y tanto requiebro tópico me incomodaban, pero era muy guapo y seguro que sabía más que la pandilla de moscardones inútiles que no me quitaba de encima todo el día, que se corrían solo empezar. La lista me sale más larga de lo que creía, el vecino que me espiaba con telescopio y me retrataba con teleobjetivo saliendo de la ducha, y mira que yo se lo ponía fácil; aquella vez que me lo encontré por la calle y pasó a mi lado sin mirarme como si no me conociera de nada yo tendría que haber sido más decidida, pero no

me lo esperaba y me molestó la idea de que tuviera fotos de todas las mujeres del edificio desnudas. Me tendría que haber cepillado al director de la empresa de consulting para poner en su lugar al jefe que fanfarroneaba ante los clientes privilegiados de los lugares donde yo me dejaba, de las posturas y las virguerías indias que yo le hacía. Y a mi primo, que lo intentaba desde los catorce años. Y los encuentros casuales cuando viajaba sola el último año de la universidad, tuve a unos cuantos pero también dejé escapar a otros. Recuerdo los escenarios como en un dejà vu a la inversa: la imagen nítida del lugar, pero incapaz de decir dónde era y en qué momento. Y el jugador de baloncesto que me guiñó el ojo en la sala de espera del aeropuerto. Y el amigo del novio de Kathy, y hasta el novio, que no paraban de insinuárseme con tanta gracia que estuve muy a punto, de hecho nos metimos en harina y lo paré en el último momento, y ya entonces me arrepentía. Y aquel cliente (¿cómo se llamaba?) que continuaba viniendo a consultar vaguedades cuando ya le habíamos resuelto el problema, y cuando me confesó que venía por mí —lo sabía todo el despacho— me lo llevé al cuarto de las fotocopiadoras y lo dejé a la mitad. Y el vendedor de colchones, que insistía en que los probara y no me quitaba el ojo del escote. Y el congreso de futurología, empezando por el director, que en la presentación me mencionó cuatro veces, y la primera recepción, cuando acabé en medio de las estrellas del encuentro, a codazos para ver con cuál de sus gracias me reía más; el exceso de posibilidades jugó en contra, y al final lo arreglé un poco —pude haber provocado una hecatombe general. Hago el recuento, y la proporción no se ha alterado tanto como me imaginaba; se ha corregido, sí, pero continúan siendo muchos más los de estos días que ha sido un no parar, un descontarse continuo, un no saber quién me hizo eso, qué me hizo aquel otro, un imparable aumento de la presión vertiginosa, la incertidumbre excitante, oportunista —y por encima o en paralelo con el desmadre, ¿dónde estaba mi cabeza? ¿Dónde pacía el aprecio de las almas, los ecos de Ein Deutsches Requiem, el azul terciopelo de la infancia arrebujada? Locamente soy consciente de en qué medida la indignidad, la ofensa y el terror sexual me han viciado. Estoy sanguinariamente agradecida a Mercedes, que ahora debe de estar dejándose ofender por Nietsripas gloriosamente, y a pesar de los diversos dolores, y aún más por eso, lo volvería a hacer ahora mismo, pero con ella. No me lo quito de la cabeza, la bañera, la cama. Si sobrevivo, espero que no me pregunte nunca nadie por los sentimientos. Mucho de lo que se vive como un desastre es más erótico que místico, no es la articulación de un inconformismo tal y como quieren hacer creer quienes quieren minimizarlo, sino la agridulce preparación para la muerte.

No sé si eran pensamientos o sueños cuando me tengo que plantear

si realmente he dormido, y cuánto. Me despiertan retumbos crecientes como si se aproximaran. Entra Mercedes sin llamar a la puerta, me sacude como si me tuviera que despertar.

—Levántate, hay que salir. Se acerca un pelotón lanzando explosivos para destruir esta zona.

Me levanto sin ánimo, sin voluntad.

—¿Dónde quieres ir?

—No lo sé, Nietsripas lo está evaluando con los demás.

—¿Y si vamos a la boca del lobo?

—¡Ya estamos! ¡Date prisa!

—¿Qué quieren derrocar? ¿Las torres y todo? ¿Quiénes son?

—¡Con qué me sales! ¡Qué más da quiénes sean y qué quieran! ¡Si te quedas estás muerta!

—Cómo tú decías... y si me voy también.

—¡Tú verás!

Se va cabreada. Me deja en la confusión y el pesar. Cada segundo sin que me levante para seguirla se multiplica por dos la fatalidad de no llegar a tiempo. Después de un silencio sospechoso, una gran explosión lo hace temblar todo y deja una polvareda constante y uniforme, cayendo como una nieve malignamente desmenuzada y tenue, una nieve con vaga naturaleza de niebla ligera.

Hay tres explosiones seguidas y la zona se convierte en una humareda tan espesa que no se ve nada ni a un palmo. Los escombros producen ecos del estruendo, como si el silencio no tuviera que llegar nunca. En el exterior, la nube avanza en densos, carnosos, intestinales grumos negruzcos de expansión volcánica, y todo queda del mismo color grisáceo. Apenas se oye algún chillido, algún gemido.

Los contornos del edificio, los compartimentos, los muros y los pavimentos han quedado desdibujados, inidentificables por la destrucción. Cuesta que el polvo se ponga y de manera gradual permita volver a ver perfiles —tan solo escombros. Ninguna perspectiva indica la dirección para salir, y tampoco se ve a nadie. Debajo de una viga, casi partido por la mitad, el cuerpo de Mercedes; a su lado emerge de los escombros el brazo derecho del Teniente Nietsripas, la mano crispada hacia arriba como una zarpa.

Ningún movimiento. A unos metros, tres cuerpos más, fragmentados, inidentificables. Una cabeza de viejo partida en dos, como en un ejercicio especular, con una sonrisa de sorpresa. Los gritos se oyen cada vez más lejanos —también las explosiones, en otra dirección. Hay a continuación un desmonte de escombros todavía inestable, susceptible de unos cuantos asentamientos más. En el extremo, al lado de una caída de agua pútrida, desnudo pero con un harapo de ropa en la cara y otro en un pie, requemado, contorsionado y parcialmente destripado, el cadáver de Rakshasi.

En un camino paralelo a la parte acabada de derrocar, los escapados corren como ratas envenenadas. Desde arriba se les ve indiferenciados, azuzados por un mecanismo general de miedo y desconcierto. Levantan los ojos en la misma dirección, no saben alertados por qué, empujados por qué amenaza presentida cómo, remota de causa y próxima en efecto, doblemente inquietante por ilocalizada, porque no saben qué verían si dispusieran de las capacidades necesarias. Un ente pensante que los sobrevolara buscaría el rasgo diferenciador de alguno de ellos en la manera de moverse, en qué observa y cómo, en la dependencia mutua entre sus movimientos y los de los otros: si los otros le siguen a él, o él sigue a los otros. No hay ninguno con tales rasgos. A quien anduviera por allá más le valdría no acercarse demasiado para no descubrir que se trata de una pasarela de tullidos, pero entonces ¿qué mecanismo advertiría que esta observación corresponde a una escala de valores de orden emocional ajena a la pretendida objetividad necesariamente característica de un ente de tal carácter? A pesar de que nada dictamina desde ninguna parte que el ente tenga que ignorar la naturaleza de las pasiones humanas, en la misma medida que parece no ignorar otras cosas que han sido expuestas y también requieren alguna experiencia de la vida.

Qué mecanismo regiría la manera de buscar, con qué intención, desde qué sistema de razonamiento, deudor de qué, útil para qué, dirigido a quién. Un ente antiguo en proceso de autorreconstrucción guiada, un omnisciente vacilante, infatigable, empujado a volar mecánicamente en busca de la objetividad del punto de vista y las personas del verbo.

Una forma autoconsciente, impersonal, ¿qué sería tal ente? En el devenir de las dependencias destruidas flota una especie de tercera persona —de grado inferior a la que la relata a ella misma, o quizá no — que se movería como una mariposa, como la abeja polinizadora, para buscar una primera persona.

Un vuelo resiguiendo la hilera de escapados en la misma dirección, buscando el cabo; y a la inversa, buscando el final. Un vuelo como de colibrí..., una vacilación..., una vaga sombra de pensamientos..., de instintos de avión espía, un protocolo formal sin toma de decisiones. El ala Este del Archicenotafio, en el punto más alejado de las torres, se vacía de gente a medida que se va más cerca del límite. Un grupo de refugiados ha encontrado un rincón apartado para construirse un modesto cuartel con precarias tiendas de campaña hechas con harapos, algunos camastros y una hoguera en el centro para reunirlos en círculo en la contemplación de una lata de comer y medio bidón de agua que no pasarían un mínimo control sanitario.

Entre dos hogueras menguantes camina el Elegido, Artur Oliver,

renqueando, de ido en fase descendente la mirada, rascándose picaduras de pulga y purulencias cutáneas diversas, adelgazado por la mala alimentación y la ansiedad oscurecidamente multicolor por efecto de ruina. La Guardia se le ha vuelto en contra y es un fugitivo con dos objetivos por encima de sobrevivir: encontrar a Midoissa y huir del Archicenotafio. Las conexiones on line están liquidadas, salvo para los privilegiados que han mantenido el acceso a un centro técnico todavía operativo. Hace días que ha descartado conseguir un smartphone viable, habiendo llegado a estar dispuesto a matar por uno.

Se detiene en una confluencia de pasillos desde donde se ve el mar. Se ve y se siente, porque la línea visual acaba en una cristalera de la cual no queda gran cosa; cristales, cuatro puntas apenas; las explosiones han dejado los montantes en figuras caprichosas, obras de un escultor abstracto en búsqueda de la línea dinámica. Las humaredas mezcladas con chorrillos de las cañerías segadas presentan un engañoso, fantasmal espectáculo de volúmenes y distancias cambiantes.

Abre el zurrón —ya no queda nada para comer. Mantiene una muy precaria idea de dónde está, de dónde están unos y otros. Como el experto cazador solitario, evalúa a quién le conviene más visitar desde los parámetros en juego: dónde puede haber ido a parar Midoissa, en qué condiciones estará si ha ido a tal lugar, cómo la habrán acogido y tratado, las propias posibilidades de ser mal recibido, interrogado, agredido, encarcelado, asesinado. La oportunidad de ser ayudado a huir en compañía de Midoissa, si ella lo quiere y está en condiciones.

Con todo eso en juego, y sin sentirse seguro, decide ir al ala donde se han atrincherado el Capitán Drallyam y el Teniente de Archicamarlengos Guidobaldo, con quien no mantiene relaciones cordiales pero cree recordar que Midoissa sí, y ella podría estar ahí, o haber pasado y que sepan algo —la última vez no había sido así.

Se levanta para formar parte de un pensamiento. La decisión le muta en formas perversas de protosuicidio de una totalidad extemporánea, un parto autogestionado con esfuerzo y dolor —la transformación de la crisálida, el cambio de piel de la serpiente. Se levanta y toma el camino como si recordarlo fuera el resultado de una condena, y se inventara a sí mismo, autoesculpiéndose con un cuchillo impregnado en ácido. Por ahí la salida, es el momento de repetírselo para que no se escape, un momento de retorno deseado, superconsciente, nocivo de proyecto y resolución. De participar del vuelo, del impersonal buscar, de vacilación significante, de vaga sombra de pensamientos, de decisión tomada sin protocolo formal.

Hurgado por un no-sé-qué, tengo que decir: ¿soy yo?, podría decir,

¿pero qué? ¿Cómo lo notaría? Diciendo, por ejemplo, «he decidido andar en esta dirección, a pesar de que solo físicamente sé dónde me lleva». No es tan fácil ni tan inmediato, tiene un coste incalculable en sufrimiento y en miedo.

¿Dónde me he perdido? ¿Dónde me perdí que el reencuentro se me hace la más dura de las pérdidas? El recuerdo de los hechos inmediatos hace de incógnita por la especie de segunda conciencia despertada por una ilusión de triunfo, de haber llegado, de haberlo conseguido. Una ilusión con un final cruel, con el asalto de la vulgaridad, la mística de pérdida, la pestilente erótica de la desesperación. ¿Qué has conseguido, quién acoge la idiotez de tu primera persona? Solo la acoge buscar a Midoissa, para huir juntos lejos de aquí.

Hace unos días me veía capaz de hacer frente a cualquiera que me exigiera rendir cuentas. Ahora lo haría tembloroso ante quien me lo pidiera. Soy Pierre Clementi: he matado a mi padre, he comido carne humana, estoy temblando de alegría —que los caballos y los elefantes sodomicen a los médicos, a los abogados, a los policías, a los banqueros, a los curas (aún queda alguno?). No sé si está demasiado lejos o demasiado cerca la oportunidad del delicado ejercicio de la serenidad, la compasión, el bien total sin fisuras.

Cuando en la marcha encuentro los hitos de referencia me parecen falsos, como si alguien los hubiera modificado exprés para confundirme, una posibilidad no muy probable —tampoco imposible. La inseguridad, la duda destilada de una sensación geométrica, la acidez del miedo impersonalizado me hacen ir al contrario de lo intuitivamente inmediato, y la seguridad de errar monta un sistema de excusas que cargaré como una munición preciosa.

Voy por buen camino. Alguien ha perturbado la estructura del Archicenotafio para despistarme, y también que he accedido a una nueva forma de transparencia que no permite entrar en los pensamientos verbalmente guiados de los otros, sino en las huellas de sus acciones, en la medida en que son el resultado de una cadena de razonamientos y propósitos. Me pregunto cómo nadie nunca me ha dicho nada sobre este aspecto de la fenomenología transparencial del lugar, y me obligo a considerar la posibilidad de que no haya tal fenómeno, sino una ilusión emanada de la ansiedad para encontrar la respuesta correcta y las razones por las cuales alguien —¿quién?— reparte a lo largo del camino elementos destinados a crear indicios equivocados para hacerme errar, ante la seguridad de que este aspecto contiene más información que ningún otro.

Paso por un lugar inquietantemente identificable con un riachuelo poco profundo rodeado de árboles, con remansos de ribera historiada con cantos rodados, arenales, umbrías, pasos fabricados y vaguadas,

dispuestos por un artista postindustrial con residuos mecánicos, escombros tecnológicos y acumulaciones de chatarra desfigurada, conservando esporádicamente detalles desvelantes, reductores al absurdo. Me guía la idea de Midoissa viva que me espera, deseo disfrazado de presentimiento, y aún no me reconozco como autor del disfraz, el único sentido con una mínima coloración de lógica.

Con la cabeza en otro lugar como un arte y como maldición, el hado del insatisfecho convertido en la primera razón del «Yo», avanzo por el lugar que cuesta reconocer, como me duele todo, porque toda constatación o diferencia en relación con la visión imaginada son el mismo dolor de pérdida, de irrecuperable desgarramiento. Susto cuando reconozco, susto cuando soy el extraño.

Llego a la puerta de la madriguera de los resistentes. Si hasta ahora cualquier noticia era un sobresalto, ¿qué puedo esperar del encuentro? Tal como imaginaba —esta vez sin sorpresas; aunque desagradable, tranquilizador—, me salen al paso los mercenarios a quienes nunca llamaré guardias, me inmovilizan y me arrastran al primer aposento cerrado, con el aire enrarecido y malos olores que prefiero no localizar.

El que manda me chilla:

—¡Localizador!

Suelto una carcajada.

—Quién sabe dónde fue a parar el localizador.

Me arrea una bofetada.

—Por lo menos lo recordarás.

—¿Ante quién lo tengo que recordar?

Me clava tres puñetazos más. No sé si no los siento o me aligeran. De qué, estos cretinos no lo entenderían nunca.

—Dame un dato, o no volverás a tener a nadie más para recordar delante de él.

—Vengo a ver al Teniente Guidobaldo, idiota.

El otro me propina una tanda de puñetazos y dice:

—¡Has llamado idiota al Capitán Guidobaldo!

—No, aunque tampoco pasaría nada. Os lo llamo a vosotros: idiotas, cretinos, subnormales.

El segundo se dispone a vapulearme a fondo, pero el primero lo contiene.

—Para no dedicarle todo el día, lo haremos de otro modo. Me dices tu nombre, se lo comunico al Capitán —se detiene y le miro desafiante, como si la sangre no me chorreara por la cara—, y si no te identifica, te arranco las pelotas, te las meto en la boca y te liquido.

—Soy el Equémitor Artur Oliver.

—¿Cómo? ¿El qué? —dice el otro.

Lo repito despacio, lo deletreo como a un disminuido.

—Muy bien. Manos a la obra.

Envía al subordinado quién sabe dónde, y el tipo vuelve al cabo de unos minutos.

—El Capitán ordena que le llevemos al detenido.

Todo es una comedia ridícula. Me llevan aprisa entre los escombros y el lodazal por pisos superiores hasta una tienda de campaña militar, claustrofóbicamente embutida de maquinaria informática y de comunicaciones, obsoleta la mayoría, abigarrada y caótica, con tres individuos removiendo datos diría que más que con un propósito, como si fingieran estar ocupadísimos en una misión inexistente. Perfectos farsantes. El mercenario dice:

—Capitán, el Errámitor Oliver.

De detrás de una máquina de lucecitas rojas y lilas se levanta Guidobaldo, se acerca y dice:

—Fuera todo el mundo —se van todos, y me lleva al rincón—. Sentémonos aquí. Vaya con cuidado, no tropiece, no se electrocute —se ríe como si tal posibilidad fuera divertidísima; me da la impresión de que va algo borracho—. Y pues, ¿qué se le ofrece?

Nos sentamos. Digo:

—En primer lugar, agradecerle la exquisitez de su hospitalidad.

Hace un gesto ambiguo, adusto.

—Sí, estos chicos están sin pulir, esto no da para más —me señala con el dedo y me mira con fijeza por primera vez—. Sea como fuere, no se relaje tanto. Estamos en guerra, y estoy a la espera de lo que me diga para decidir sobre usted.

Estamos solos, es un hombre grande y no apabullantemente corpulento. Lo podría eliminar. Lo pienso intensamente, me planteo hacerlo de verdad, y el tipo no cambia de actitud. Aquí no hay ningún tipo de transparencia, o este idiota es un genio del póker. Digo:

—Necesito intendencia para tres días de camino, y datos sobre el paradero de la señora Prills.

No le cambia la expresión. Detecto pensamientos contradictorios a través de su confusa pero reveladora gestualidad.

—Intendencia le podemos proporcionar, pero sobre la señora Prills... —se me queda mirando—. ¿No se encuentra bien? Si quiere que le ayudemos será mejor que no nos oculte información sobre su estado.

Me cansa cómo cambia de bando todo Dios. ¿Irlo haciendo forma parte del Juego? ¿No tiene ninguna implicación profunda, ningún significado en sí mismo? (¿A alguien le parecerá que yo también lo hago?) ¿Estaba previsto de buen comienzo? ¿Se conocía ya el posible asalto de insurgentes cuando contrataron a la Comisión peritadora? Evalúo aprisa cómo me puede perjudicar explicárselo a este imbécil. Digo:

—He sentido una nueva forma de transparencia que no permite acceder a los pensamientos verbalmente gestionados de los otros, sino a las huellas de sus acciones, en la medida en que tales acciones son el resultado de una cadena de razonamientos e intenciones.

—Lo dudo mucho. Sería una excelente noticia. La falta de actividad anficonversora ha malogrado los flujos de transparencia. Solo quedan reminiscencias fluctuantes, imprevisibles, descontroladas, y de efectos diversos. No tengo constancia de nada parecido, todo ello es tan inhabitual... También podría ser. Incluso en proceso de destrucción, la complejidad de esta máquina es insondable. Ya había generado una riqueza de recursos difícil de registrar y evaluar. Sabe mal ver cómo se hunde cuando empezábamos a ponerla en funcionamiento y a ver las posibilidades.

La palabrería me impacienta.

—¿Está aquí Midoissa?

Pone una de esas sonrisas de «ah, finalmente estamos donde teníamos que estar».

—¿Por qué la abandonó?

—Porque no podía depender de ella en el punto al que habíamos llegado.

—Quizá ahora ella le ve como un adversario. ¡Quizá lo es!

—Por eso la tengo que encontrar. Para que vea que no lo quiero ser y no lo seré nunca.

—No será suficiente, ella lo tendrá que apreciar.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Si lo supiera no me lo diría. Puedo deducir razonablemente que lo sabe y no me lo quiere decir.

—Eso está solo en su cabeza. Cuénteme su peripecia, y quizá llegaremos a un indicio consistente. Lo último que sé es que había emprendido una reunificación de recursos humanos ayudado por el Teniente Akissouri.

No veo en qué más me puede ir en contra o ayudar contarle lo que seguramente ya sabe.

—Akissouri está a las órdenes del Capitán Drallyam, y el Capitán a las de Valerio d'Este y de la mayoría de las familias propietarias implicadas en restaurar el Anficonversor tal como era, lo cual comporta limpiar a fondo de parias invasores. Cuando vi el plan de usarme de cabeza de turco, primero como liquidador de Kreis y después de Orens, para la restauración ya el único obstáculo consistente, me rebelé, y me tuve que escapar para no acabar convertido en el kopfherakléion del Capitán Drallyam. Llevo cinco días dando vueltas para encontrar a Midoissa.

—¿Qué le hace pensar que se querrá ir con usted?

—Tendrá que hacerlo. Si no la han encontrado ya y la han matado. Ella también es un obstáculo para la recuperación de la estructura productiva del Anficonversor y los equilibrios sociales que comporta. La tienen por terrorista.

—¿Seguro? ¿La señora Prills no era el principal adversario del Hegemon Kreis?

—Ya resuelto el caso, con mi colaboración como idiota útil, Midoissa se había vuelto una más en la repartición del botín, y sus socios la habrían eliminado. Quién sabe, o ya lo han hecho... Idiota de mí, cuando la abandoné no era consciente.

—¿De haberlo sabido no lo habría hecho? No, claro. No se atormente, si la señora Prills estuviera muerta se sabría.

—No si ha muerto en un bombardeo, o en un atentado en medio de muchas víctimas.

—Aun así, lo sabríamos.

Nos quedamos mirándonos. Le digo:

—Usted tiene noticias recientes.

Más que pensar qué tiene que decir, da la impresión de que evalúa hasta dónde.

—Noticias, no tanto; indicios. Señales de vida, diríamos.

—Se me escapa la diferencia.

Esboza una sonrisa.

—Se ha presentado a la Guardia como un Equémitor. ¿Le importaría explicarme de dónde ha sacado tal atributo?

—Del mismo sitio que a usted lo califica para referirse a los individuos que me han recibido como «guardias».

Se me queda mirando. Es un tipo muy desaprensivo, porque me comunica simpatía.

—No le puedo decir nada más, señor Oliver. Se le ha acabado la medicación, no sé exactamente con quién estoy hablando —hace un gesto volátil con la mano, sonríe con la mitad de la boca—. La verdad es un explosivo en manos del niño que usted no ha dejado de ser nunca.

—¿Qué piensa hacer? ¿Matarme?

Abre los brazos y se extiende en una sonrisa pretendidamente tranquilizadora.

—Matarle no merece el esfuerzo. En el mundo no cambia nada si está vivo o muerto —se ríe como después de un chiste—. ¿Por qué lo tendría que hacer, qué sacaría con ello?

—Me halaga. Entonces, ¿dónde busco a Midoissa? Por favor, es lo único que me queda.

Me sonríe con sarcasmo cada vez menos disimulado. Me arrepiento de lo que acabo de decir. Si percibe que me tiene en sus manos, me tendrá de verdad. Niega con la cabeza.

—Algunos machos de nuestra generación han vivido la liberación de las mujeres y su afirmación igualitaria como una forma de traición, como la rotura de una complicidad establecida en tiempos adolescentes.

—No me siento identificado con ese diagnóstico. Quizá estos machos a quienes usted se refiere han tenido que habérselas con hembras muy resentidas y agresivas.

—O durante el proceso han descubierto que son sus enemigos.

—Lo han descubierto o se lo han imaginado. ¿Qué tiene que ver con lo que le pido? No tengo ni tendré nunca a Midoissa por una traidora.

—Para ella es usted el enemigo.

Me fuerzo a reír.

—Midoissa no ha hecho ningún proceso de liberación ni ninguna afirmación igualitaria porque no le hace falta, tiene mucho más poder que la mayoría de los hombres que se arrastran por aquí. En todo caso lo hizo cuando era muy joven. Sea como fuere, ¿qué tiene que ver conmigo?

Me contempla con una calma evaluadora bastante enervante.

—¿Por qué no acepta ser mi invitado unos días? Entretanto moveré contactos para localizar a la señora Prills.

Dentro de mi cabeza toma forma la sospecha. Una forma bastante monstruosa, garabato de crío incordiado y pesadilla.

—¿Midoissa ha expresado reticencias sobre mí?

—No que yo sepa. Entonces, ¿qué me dice?

Abro los brazos.

—No tengo alternativa. ¿Qué quiere saber? ¿Si cuando la encuentre la estrangularé? Es la mujer de mi vida, la quiero para ofrecerle todo lo que esté a mi alcance para que se quede a mi lado para siempre.

—Conmovedor. Seguro que la señora Prills lo apreciará. Me comprometo a hacer todo lo posible para encontrarla. Mientras tanto procuraré hacerle confortable el aposento.

Los mercenarios me acompañan a una dependencia no identificable como dormitorio, con espacios y objetos dispuestos de una manera que confiere al conjunto aire de decorado para una representación del absurdo. Pero la ducha funciona, hay artículos de toilette de los buenos, y en una barra al aire libre ropa diversa, incluidos algunos uniformes de órdenes vigilantes, perfectamente planchados y dispuestos en perchas. Parece más attrezzo de teatro que vestuario. Pienso, y me río por dentro, si apareciera vestido de Archicamarlengo.

Me afeito, me perfumo y busco el traje menos connotado. Después

de probarme algunas piezas como un adolescente para una cita me pongo la más discreta —no lo medito en rigor ni en profundidad: un solo color uniforme, neutro y oscuro, nada de adornos, hombreras, solapas ni colas. Salgo, y los mercenarios me acompañan a un saloncito donde me espera Guidobaldo en compañía de Eberhardine de Blangis, Alcandre Ferrany y el doctor Kelch, que apenas me saluda. En silla de ruedas, parece caído un escalón más abajo en el envejecimiento, afectado por la precipitada degradación del orden del Archicenotafio, o acabado de superar un ictus que le ha dejado secuelas.

Vamos a la mesa. Nos sirven vino de reserva de calidad excelente que no identifico porque lo llevan en decantador, y una caricatura de aperitivos y comidas exquisitas, extravagantes por la exigua cantidad y la manera de disimularlo con construcciones vegetales ampulosas y vacías servidas en enormes platos esmaltados.

Eberhardine se me encara.

—Si quieres encontrar a Midoissa y, por lo que dicen, has tenido con ella un trato, en fin, tan amplio como profundo —la sonrisa turbia me ofende—, ¿las matemáticas no te pueden ayudar?

Digo:

—No veo cómo.

Hace un gesto de obviedad.

—¡Con los juegos, hombre! ¿Dónde estamos, de dónde venimos? ¿Te rige el 7 del Egrégor? ¿El 6 del número de contactos de cada uno?

—Del Egrégor solo quedamos Midoissa y yo.

Eberhardine continúa, impertérrita.

—¿El 9 de los círculos autorreferentes? Coge cualquier número del 1 al 9, multiplícalo por 3, súmale 3, vuelve a multiplicar por 3 y suma las cifras del resultado. Sí, es un juego de críos y sirve para hacer chistes, pero describe la arquitectura profunda de la realidad del mundo pautado en abstracciones bastante más, yo qué sé, que la inclinación de los anillos de Saturno.

1 × 3 = 3// 3 + 3 = 6// 6 × 3 = 18// 1 + 8 = 9
2 × 3 = 6// 6 + 3 = 9// 9 × 3 = 27// 2 + 7 = 9
3 × 3 = 9// 9 + 3 = 12// 12 × 3 = 36// 3 + 6 = 9
4 × 3 = 12// 12 + 3 = 15// 15 × 3 = 45// 4 + 5 = 9
5 × 3 = 15// 15 + 3 = 18// 18 × 3 = 54// 5 + 4 = 9
6 × 3 = 18// 18 + 3 = 21// 21 × 3 = 63// 6 + 3 = 9
7 × 3 = 21// 21 + 3 = 24// 24 × 3 = 72// 7 + 2 = 9
8 × 3 = 24// 24 + 3 = 27// 27 × 3 = 81// 8 + 1 = 9
9 × 3 = 27// 27 + 3 = 30// 30 × 3 = 90// 9 + 0 = 9

—Recuerdo el juego. ¿Y qué?

—En la primera columna, los números naturales; en la segunda y la tercera, los múltiplos de 3, con un bucle entre los extremos del 3 en la primera columna y el 30 en la segunda; en la cuarta los múltiplos de 9 excluido el 9 mismo, a continuación con el desglose de las dos cifras volviendo a producir los números naturales, en la quinta columna en orden recto, en el inverso en la sexta; y en la séptima, sumados, mántricamente, todos son «9».

Alcandre interviene.

—No te mates, Artur no ve la conexión.

Eberhardine continúa.

—No la quiere ver, y no entiendo por qué. El 9 es la imagen desde el reflejo en el vacío, el quid del 10 – 1. Como lista, el último elemento («9 × 3... 9 + 0») queda desplazado, porque son los únicos «9» y «0» de la columna. Para representarlo de forma que no hubiera distorsión conceptual, se tendrían que poner las piezas en un círculo, con un único eje pasando por el centro de «9 × 3» y entremedias de «4 × 3» y de «5 × 3». El Cielo arriba con el 9 en majestad, abajo el Infierno en la nada, la Tierra apoyada en la balanza en sutil equilibrio: 4... 5... 4... 5..., o si se prefiere, 45... 54... 45... 54...

El doctor Kelch se vuelve con gran esfuerzo para mirarme y levanta una mano temblorosa para señalarme, sin mucha puntería.

—¿No lo ve? Midoissa es el 45, usted el 54.

Estos juegos son menos divertidos cuando no llevas la iniciativa ni los entiendes.

—¿Y qué?

Eberhardine se dirige a Guidobaldo.

—No sé qué le habéis visto a este tío. ¡El elegido de qué!

Alcandre dice:

—Todo esto no ha sido nada, el Mal de verdad viene ahora. Todo anuncia el desastre: el anuncio ya es desastre, pero diferente, burlón,

tintineante por la renuncia a la esperanza que juega.

Digo:

—No te sigo. ¿Se renuncia a la esperanza o es la esperanza quien juega renunciando?

Guidobaldo dice:

—Es difícil hacerse cargo de las dimensiones del Juego, sobre todo si uno cree que ha salido de él, y no ha hecho más que pasar de una fase a la siguiente.

—¿Es el Juego, de verdad? ¿Los muertos estaban jugando?

Eberhardine pone los ojos en blanco y dice, como si lo leyera en una constelación figurada:

—Tal como vemos caras en las nubes, vemos argumentos y significados en acciones solo conectadas entre ellas dentro de nuestra cabeza.

No tengo la más pequeña aspiración a entender de qué va porque me importa un bledo, pero me esfuerzo ardientemente para decir algo que los haga creer que sé de qué hablo porque estoy dentro del Juego por si, aunque de forma casual, me cae la información que busco, porque esto no pasará si se desilusionan de mí —una aspiración poco diferente de la cultivada hasta ahora. No está fragmentado el conocimiento sino la ignorancia, y el continente del vacío acaba formando materia: la cuestión es qué realidad generadora de consecuencias reales proyecta este conjunto irreal de suposiciones, qué sustancia existente acaba produciendo el roce reiterado y estructurado de las inexistencias, ahí está el Juego: controlarlo a favor de uno mismo. «¿Y qué?» (Esta será la conclusión, seguramente.)

Digo:

—El Juego de la Transparencia.

Eberhardine y Alcandre se miran bastante fugazmente para que sea palmario que esperaban que yo no me diera cuenta. Pero lo he hecho, y fingen no haberlo pillado. Los reflejos fugaces del tablero de ajedrez del darse cuenta. O una manera de hacerme saber que no les importa nada. Guidobaldo, que también ha estado atento, dice:

—La fragmentación de las clases sociales, los cruces de intereses, las coincidencias y discordancias no queridas de discursos con filias y fobias enlazadas abonan la confusión y dificultan respuestas coherentes, articuladas, efectivas al innegable expolio de la minoría detectora del poder, en el sentido tradicional de los conceptos. ¿Planificado o producto de la complejidad del mundo moderno? Precisarlo fijaría los rasgos de la nueva despotia ilustrada: ya no son posibles revoluciones como las de 1789 y 1917 —las de 1848, 1968 y en Berkeley fueron más de salón—, porque no hay una mayoría homogénea en agravios e intereses a través de la cual vehicularla. No se ha sabido ni podido nunca adjudicar dentro del Estado una función

contraria a aquella para la cual fue concebido —proteger la gran propiedad. La precariedad de la realización del objetivo es el drama perpetuo de la izquierda, porque el Estado benefactor de la ciudadanía siempre ha sido un fiasco. Obreros fascistas, científicos serviles, funcionarios corruptos y poetas abdicados —y tampoco tan novedosos — no son disonancias, sino armonías fundacionales y fundamentales de un nuevo orden.

Le interrumpo.

—¿Y qué? Lo hemos hablado mil veces, con Midoissa sobre todo.

—¿Dónde empieza la conciencia de la izquierda progresista, cuestionadora del Sistema, del capitalismo? Ver las lacras envolventes es fácil, complace autoafirmarse en la crítica, en la indignación, en la ilusión, en todos los sentidos de la palabra, sentirse al margen de un ente social y político con rasgos objetivamente tan detestables. Si eres de quienes todavía comen caliente, aspirar a ser de izquierdas comporta ser consecuente con reconocer la realidad de explotadores y explotados.

Eberhardine dice:

—En una segunda categoría, no solo del izquierdismo como ética política, sino de la inteligencia, reconocer qué proporción hay en cada cual de explotado y qué de explotador.

Alcandre dice:

—No se trata de flagelarse. Ya es mucho no vivir autoengañado.

Digo:

—Yo me conformo con vivir bien autoengañado. ¿Qué digo, me conformo? ¡Es a lo que aspiro!

Recupero pulsiones perdidas de adolescente tardío, de los tiempos en que cuando estaba solo buscaba compañía, cuando la tenía me asqueaba, me aburría y me las piraba. Cuando estaba en un lugar quería estar en otro, cuando había ido al otro quería volver al primero. Ahora me quiero ir de aquí porque me siento atrapado, porque no puedo saltarme el trámite, porque no poderme quedar me imposibilita aceptarme en cualquier otro lugar. Como una pesadilla me asalta el vértigo del concepto: «qué realidad generadora de consecuencias reales proyecta este conjunto irreal» no parte de la excelsitud de la duda para esconder una esperanza sospechosa de acabar siendo una certeza, errónea por descontado. La realidad con consecuencias reales puede ser, y es seguramente más irreal que lo real que pueda ser cualquier conjunto de irrealidades.

Guidobaldo dice:

—Tener que tomar partido ante la pretensión de restaurar el Archicenotafio en manos de estafadores nos ha situado en falso, quien más quien menos, y aun así, bien o mal lo hemos hecho. ¿Con qué resultado? Hace tiempo que se han dejado de calcular

endeudamientos. ¿A cuántos no se les reclama nada? Todo el mundo vive como si ya estuviera muerto, y es así, y cuando te acostumbras vives-no vives flotando en una sensualidad venenosa.

¿Qué sentencia las incluiría a todas dentro de su paradigma? «Tanto da», ¿no? Digo:

—Les estoy escuchando como si diera por bueno que dominan las materias de las que hablan, y no sé si lo hago o no. Tendría que saber de veras cuántos de ustedes han estado jugando al póker desde el primer día, disertando sobre realidades estratégicas que desconocen, y están en ellas ahora mismo, si delimitar dónde está el progresismo cuestionador y dónde el seguidismo servil al Sistema del Archicenotafio conforma la materia del Juego como una entelequia, como el centro vacío de un Toro, del verdadero Poliedro de Szilassi la única materia real del cual, la que rodea el vacío inexistente, es el conjunto de todos los conocimientos y habilidades que cada uno de nosotros imagina al alza en los otros de manera tan incierta, porque nadie sabe nada, porque en el núcleo central de la duda está no poder exponer a nadie de forma clara, objetiva y convincente en qué términos la actualidad presenta una distribución social que pone cada vez más difícil establecer ya no quién, sino qué es progresista y revolucionario, y qué inmovilista y pro capitalismo, una de las cuestiones predilectas de Midoissa, si hay que colaborar en la destrucción del Archicenotafio porque es la máquina donde se forja la gestión y la conservación de la gran propiedad de unos pocos encima de la miseria de la mayoría, o hay que ayudar a conservarlo, regenerarlo y optimizarlo porque a pesar de las disfunciones sociales es la máquina de la riqueza y el progreso de la humanidad, y perderlo comportaría el retorno al neolítico, si en el retorno al neolítico ponderado, a un tipo de Edad Media, pesarían más los elementos reaccionarios atendiendo a los factores culturales, científicos y tecnológicos, o los progresistas en términos ecológicos y sociales, cuánto de los elementos del dilema es reaccionario y cuánto progresista, una extensión del viejo dilema sobre el carácter conservador pro Sistema que comporta no tolerar y perseguir a los parias que comercian al margen de la estructura contributiva, o el carácter progresista de izquierdas dado que haciéndolo se protege al pequeño comerciante atento a la ley, si tal pequeño comerciante es un idiotizado esbirro del gran propietario y no se merece nada, si en todo parche queda patente que no está fragmentado el conocimiento sino la ignorancia, si el continente del vacío central del Poliedro de Szilassi acaba formando alguna materia, si por el roce reiterado y estructurado de las inexistencias la realidad generadora de consecuencias reales proyectada por nuestro egregorético conjunto irreal de intuidas atribuciones a los otros acaba formando materia existente útil para la

vida más allá de la fascinación formal, filosófica, artística que nos despierte.

Me molesta haber sido escuchado como si tuvieran que contenerse la risa. Guidobaldo dice:

—No tengo ninguna duda de que a la señora Prills le encantará su razonamiento.

Pienso qué me diría Midoissa de verdad, hasta qué punto digo lo que digo pensando solo en complacerla, de manera doblemente estúpida dado que no me oye. Ni aquí me voy a librar de la abominable adicción a la sinceridad. En algún momento habré de eliminar algunos «Yos». Digo:

—Ya lo sé, el escrúpulo sistemático para lo que es progresista y lo que es pro Sistema es ridículo en la sociedad posidiota donde de lo que se trata es de sobrevivir, pero a diferencia de la selva, además hay que autocomplacerse.

Alcandre me interrumpe.

—En absoluto, al contrario, dice mucho a su favor esforzarse en mantener los principios sea cual sea el caos y la desvalorización general. Una conducta ejemplar, al margen de estar o no de acuerdo con los contenidos.

Insisto.

—Me orientaría saber si el selecto grupo reunido aquí representa una tendencia en relación con la política ante los hechos que han sacudido estos días el Archicenotafio.

Se vuelven a mirar entre ellos, e incluso sin transparencia les veo los pensamientos: «¿Se lo decimos?» «Sí, pero no todo... ¡La parte de XX* no!» Alcandre dice:

—Como ha expuesto el Capitán Guidobaldo, el acceso de los estafadores a los centros residuales de poder nos obliga a tomar partido, en especial sobre los refugiados. Y, ciertamente, nos lleva a la profunda contradicción ideológica estructural. Los movimientos detectados en el sector regenerador apuntan a priorizar la gestión de la imbecilidad colectiva, una idea en cierto aspecto oximorónica, pero con un rasgo especial: la capacidad de manejar la contradicción como articuladora de la Nada, el hecho de ser la materia intrínseca de la contradicción.

—Un círculo virtuoso —apunta Guidobaldo.

—Sin que cambie nada considerarlo vicioso —remata Eberhardine.

Alcandre concluye:

—Por eso estudiamos cómo hacer efectiva la postulación complementaria. De hecho, correctora. El Homo Symbolicus ya se puede desprender del cerebro, porque en las actuales condiciones no le queda munición evolutiva. El Archicenotafio solo tiene sentido como ponderador efectivo de la riqueza sobre la especie humana, el

objetivo con el cual fue construido, y hay que calibrar el grado de credulidad como se calibra el grado de acidez.

Eberhardine dice:

—El templo del capitalismo se puede derrocar físicamente, pero sea de las cenizas que sea, no tengáis ninguna duda de que el Homo Sacer lo rehará. Y si la alternativa es lo que vemos estos días, yo me alegraré.

Estoy por decir que en el Archicenotafio hay más tráfico de influencias, favores y comisiones que distribución de bienes, pero como no sé si lo interpretarían en su contra ni hasta qué punto comportaría un diagnóstico demasiado acertado en relación con ellos, y además no estoy seguro de que ya no sea otro tópico, me callo. Digo:

—Al final los Humanistas sois vosotros. ¿No era la tesis de Orens?

Se miran. Guidobaldo dice:

—Orens será nuestro aliado natural. Confiamos en que las discrepancias de matiz no serán un obstáculo insalvable.

Intento imaginar cuáles de los múltiples agujeros de esta esponja molestarán a un espiritualista radical como Orens. Enfrentados a la gestión de la imbecilidad colectiva... Digo:

—Depende de cuáles. Si no se sabe si se está dando por buena una información basada en falacias emitidas por uno mismo, se entra en un bucle cada vez más alejado de los hechos. O de las interpretaciones correctas, da igual (total...).

He ido demasiado lejos. Puestos a no salir vivo de aquí... Eberhardine se me queda mirando, y por primera vez detecto en ella algo más que un profundo desprecio burlón. Como si le supiera mal sentir una cierta fascinación, me dice:

—Eres una pieza codiciada: el asesino de Kreis. ¿De veras fuiste tú? Aún estamos a tiempo de no creérnoslo. Si quieres... —se ríen—. Cuando te identifiquen los cazadores de fortuna te querrán cobrar para adquirir fama y ventaja, como Wild Bill Hickok. Aquí dentro tienes las horas contadas.

—De donde concluyo que el hecho de estar vivo quiere decir que en esta mesa no hay jugadores aventajados ni cazadores de fortuna. ¿Me tiene que ofender que no me consideréis un trofeo? ¿O una cosa es considerarme, y otra cobrarme? ¿O tan solo es continuar jugando? Me da igual, no me iré sin Midoissa.

Eberhardine dice:

—Quien te cace te convertirá en trofeo, y lo será a su vez. Será el matador del matador de Kreis. O no hay nadie dispuesto a hacerse con esta carga. En todo caso —se ríe con una ordinariez insoportable—, nadie de esta mesa.

Alcandre dice:

—No estés tan segura. El dominio del cráneo.

Eberhardine dice:

—No sé si todavía sirve la teoría de fondo. Cuando cada poliedro se asocia con un estado mental es también cráneo, y en la elección del comitente, y todavía más la del artista, autorretrato temporal y efímero, pero en el momento en cuestión bastante preciso si está bien hecho. Si te fijas, la calavera está prefigurada en el espejo, que ya la anuncia. La multiplicidad condensada en el sentido riguroso de la forma, la itinerancia temporal y espacial de la percepción, la sospecha de la presencia sublimada en amenaza. Si no puede ser una representación reconocible, será un cenotafio.

Alcandre dice:

—O una constelación. A medida que envejezco, cada vez está más presente mi padre en el espejo. Lo estoy haciendo volver sin querer. A medida que me voy muriendo, lo voy resucitando, y cuando me haya muerto él estará ahí a saber bajo qué forma. No me interesa una cosa reconocible en la otra, y hace tiempo que me he desengañado de sublimar la simultaneidad aunque fuera en una centella de absoluto.

Guidobaldo dice:

—Es decir de la Nada.

—Tampoco tanto. El cráneo-Universo. Cuando aparecen, la gravedad de ser mirado por los poliedros. Las diferentes durezas de miradas. Los poliedros se miran en nuestro espejo.

Con una inmensa tristeza, Alcandre dice:

—El cráneo de Triptólemo.

Regreso a los momentos en que buscaba consuelo en las cosas perdidas, y cuando las encontraba no me servían porque no eran como las recordaba —el asesinato fundacional del hermano: Seth y Osiris, Caín y Abel, Eteocles y Polinices, Rómulo y Remo, Balder y Hod, Juan Carlos y Alfonso. Todo esto no me está pasando a mí sino a un doble la muerte del cual es tan irrelevante como estar vivo, porque lo contemplaré desde fuera, con recursos para juzgarlo y para reírme, prerrogativa que siempre he tenido y puedo ejercer cuando quiera.

Entra un mercenario desarboradoramente lúgubre y facineroso, pide la palabra y, una vez concedida por Guidobaldo, dice sin dirigirse a nadie en concreto:

—Han localizado a la señora Prills en un santuario de asistencia a refugiados.

Guidobaldo se adelanta.

—¡Espléndido! ¿Dónde?

—Por razones de seguridad se desplazan cada tres días.

—¿Entonces cómo se la encontrará?

—El contacto es el Teniente Delora, que mantiene un puesto de vigilancia en el control central de la Torre Noreste, en la periferia del recinto.

Digo:

—No me fío. Necesitaré un arma.

Guidobaldo dice:

—Se la proporcionaré, pero no le servirá de mucho.

—Es cosa mía.

—No dispongo de la intendencia necesaria, pero víveres para dos días y material de escalada se lo puedo dar —hago un gesto de incertidumbre—. De escalada urbana, por si tiene que ir hasta el control central de la Torre Sudeste. ¿Está en buena forma?

Eberhardine suelta una carcajada desgarrada y me señala con las dos manos.

—¡Qué pregunta! ¡No le ves la pinta!

Entran y salen los mercenarios; siento una picadura de mosquito detrás de la oreja y me distraigo demasiado rascando. Nos dilatamos en cortesías inútiles. Que se mezcle la preocupación por el detalle de la escalada lo aligera. Guidobaldo me carga con lo que hemos quedado: un zurrón con comida, enseres de escalada urbana bastante elementales y un revólver de tambor que da la impresión de pieza de coleccionista. Le digo:

—¿Esto dispara?

Lo blando, y algunos impostan que se asustan.

—Si te pones a jugar, seguro que dispara, y liquidas a quien no querrías.

—Lo dudo. Por gusto os liquidaría a todos.

Se ríen con una mezcla de prepotencia y aprensión; me tranquiliza que esto quiera decir que el arma funciona. La examino, abro el tambor; hasta donde entiendo (no mucho), debe de ser una rareza —¿azar o broma?—, porque no es de seis balas sino de siete.

En el punto en el que estamos no nos queda mucho más, ni siquiera decirnos adiós. Les agradezco ahorrarme la comedia de desearme suerte, de propósitos de futuro. Los mercenarios me acompañan hasta el límite del reducto, y Eberhardine no puede evitarlo. Si no ha venido deprisa, poco debe haber faltado. Habría podido fingir que no la he visto, ¿pero qué serían tantos años de convenciones sin un simulacro de inercia? Me dice:

—¿Eres consciente de lo que te espera allá donde vas?

—¿Dónde voy? Y tú, ¿eres consciente de dónde te quedas?

—Eres tu juguete. ¿Qué harás cuando te canses?

—Como ya seré el juguete, no será nunca mi problema. Será otro quien se cansará de mí, allá él.

Se ríe.

—Siempre me has caído bien. No tienes ningún futuro, pero una y otra vez todavía estás.

—Muchas gracias.

—¿De verdad crees que encontrarás a Midoissa? ¿Y en el caso remoto de encontrarla, querrá irse contigo?

—¿Qué hago aquí, si no?

—No pierdas más tiempo, corre, el descalabro te espera.

Pienso: tú serás el descalabro de quien te acompañe.

—¿Tú te quedas aquí? ¿Por qué?

—No, Aloysia ha resucitado, y yo me tengo que ir para hacerlo posible.

—¿Tienes que ir a hacer posible una cosa que ya lo ha sido?

Me mira como a un crío.

—Te falta mucho entrenamiento para entender de forma comprensible las cosas incomprensibles.

Se abre un vacío entre nosotros.

—Quizá nos volveremos a ver.

—No lo creo.

—Yo tampoco.

Nos decimos adiós, y emprendo el camino con el despojamiento de miedo de los veteranos —de los desilusionados. ¿Cuánto tiempo hace que entré en el edificio? Las horas gastadas aquí deben de multiplicar por seis o siete las pasadas en cualquier otro espacio cerrado sin salir de él.

Me he configurado para orientarme a través de la curvatura de los elementos estructurales circulares, más encorvados cuanto más cerca del centro, y a pesar de que hay muchos espacios sobrepuestos siguiendo líneas ortogonales, siempre queda algún detalle residual revelador. Voy sin vacilaciones ni retrocesos al lugar indicado, y en tres cuartos de hora salgo a un espacio tan amplio que no puede ser otra cosa que producto de una gran destrucción, y al fondo, oscura, requemada, la Torre Noreste, con algún punto de la parte alta humeante no sé si aún por efecto de las bombas, o si un pelotón descontrolado —¿qué no lo está?— se hace la comida.

Tal como se me había insinuado, la carcasa de la torre aparece erosionada por las explosiones, liberada de las dependencias anexas, casi exenta, con las entradas con arco de acceso de los trenes y varios agujeros y engarces estructurales sobresaliendo de la estructura o colgados de las almas metálicas. Entre los elementos segados están las vías de los trenes, algunas blandiendo quince o veinte metros, espinas monstruosas del coloso recién devorado. La parte alta del perímetro exterior presenta boquetes que permiten ver el exterior, pero desde donde estoy, solo recortes del cielo grisáceo de siempre.

Los accesos desde aquí los tapan los escombros. Las escaleras han desaparecido; seguramente forman parte de los escombros —en los ascensores ya ni pienso. Tal como lacónicamente ha previsto el explorador, las entradas a los trenes de los pisos inferiores están

cegadas, y para llegar al control tengo que escalar al menos siete pisos, la altura de los cuales calculo correspondiente al orificio practicable más bajo.

Compruebo los mosquetones, me ato las cuerdas, preparo el martillo y los clavos y empiezo. Me hago la ilusión de que el cansancio y la falta de práctica no me han menguado las facultades —confío en el restyling. Me molesta la picadura de mosquito —no es momento para rascarse. En el último tramo clavo el piolet al lado del boquete y me asomo con precauciones. Accedo al interior desierto de un aposento fiablemente correspondiente a una precámara de acceso al silo anficonversor, igual o muy parecido a las de la Torre Norte, que parece ya remota, inconcebible, inexistente. No sé si verlo tan destrozado lo hace parecer mayor o más pequeño —más pequeño, seguramente. Me preocupa que me preocupe, porque si algo en el inconsciente lo detecta, me debe de alertar de un peligro no identificado. No sé dónde buscar el algoritmo.

Entro. El deterioro interior es aún más general. De los muros entre cámaras queda tan poca cosa que, como en el anfiteatro arrasado, se ven en conjunto las dos anillas estructurales previas al silo, y el silo con pocas interrupciones visuales. De la plataforma operativa no hay señal; o está en la parte inferior tapada por los escombros, o forma parte de los escombros mismos. La luz exterior entra por los múltiples boquetes de la cúpula, matizada por los restos estructurales colgantes.

Me muevo con precauciones entre los paramentos estructurales supervivientes —parecen dispuestos para entrenar a soldados en ejercicios de combate urbano. No veo a nadie en ninguna parte, pero no me fío.

Como al asno de Buridán, se me plantea ir hacia la derecha o hacia la izquierda. Decido no acercarme al interior, porque a pesar de que tendría mejor vista, estaría desprotegido. Escojo el sentido horario y avanzo con precaución. No sé en qué piso está el control, seguramente más arriba —no sé ver indicios.

Voy despacio, no sé si con demasiadas precauciones o con pocas. Entre dos paramentos suena un tiro, silba una bala y del muro a medio palmo de mi cabeza salta la materia enpolvada.

Me echo a tierra contra la cerradura de pared tras de la cual procede el disparo. El corazón no me late aprisa. Grita una voz lejana:

—¡Sal despacio con las manos en alto!

No me muevo. Saco dulcemente la cabeza, y un segundo disparo parte la arista del muro todavía más cerca que el primero. Otra voz grita:

—¡Dos disparos de advertencia! ¡El tercero dará en el blanco! ¡Sal, estás rodeado!

Me vuelvo despacio. Detrás de mí aparecen tres siluetas de

hombres armados, ennegrecidos, con largas cabelleras. Uno de ellos grita:

—¡Las manos en alto! ¡Ningún gesto brusco!

A medida que se acercan me tranquilizo, me abandono a un estado de paz. No sé qué me espera. Ya no depende de mí. Entro en una nueva versión de me-da-igual todo.

Se me hace larguísimo el tiempo que tardan en llegar hasta donde estoy los tipos armados, procedentes de tres direcciones trianguladas. Me asaltan extrañas cosquillas mentales. ¿Pedí un arma a Guidobaldo porque sabía que me dispararían? ¿O me disparan porque llevo un arma? Imposible no establecer relación de causa y efecto entre los dos hechos, pero no saber en qué dirección me intriga cegadoramente. He de hacer todo lo posible para no bloquearme. ¿He actuado siguiendo un programa explicable en términos objetivos, o tenía implantado el dato necesario para circular por aquí? Parece más improbable que Eberhardine haya dicho a Muguete «atácalo sin miedo, llevará un arma y podrá defenderse». ¿Cómo se han comunicado, si las redes móviles están fundidas? Si alguien disponía de cobertura, se podían haber ahorrado la comedia de enviar exploradores. Cualquier cosa para mantener el secreto, como siempre. Saber que me podría defender garantizaba que no lo haría. La desfragmentada epifanía del triunfo en la derrota.

Basculo entre el delirio de ser atacado por todo el mundo y el más inquietante de haber sido protegido por las más altas instancias desde el primer momento, con el coste de la propia vida, como en el caso de Kreis. ¿Para engordarme moralmente por la muerte ultraperfecta? Dos formas simétricas de manía persecutoria, no una simetría sobre el eje vertical, sino sobre la horizontal; no con las piezas simétricas a derecha e izquierda, sino una hacia arriba y otra hacia abajo, como las figuras de los naipes. En todos los casos, con un final horrible.

El guerrero al mando me sonríe con la mitad de la boca.

—Equémitor Oliver, supongo.

Se burlan desinhibidamente. El segundo dice:

—¡O se le tendría que llamar Entropiéitor!

Me registran. Aparece la pistola. El guerrero la empuña y la mira del derecho y del revés como si fuera un objeto rarísimo. El jefe le dice:

—Sácale las balas y déjasela. Con esto no va a hacer mucho daño.

No me quitan nada, ni las balas. Me las meten en el bolsillo como a un crío. Después de un cacheo superficial, displicente, desinteresado, me permiten cargar la mochila entera. Lo cual me ofende profundamente.

Cruzando un tercio del círculo de silo me llevan por un pasillo y un

tramo de escalera no apta para cardíacos hasta la dependencia de lo que tenía que ser, o debería ser, o es de una manera u otra el puesto de control. Me resulta interminable, pero de otro modo, con el tiempo retorcido en convulsiones no del todo desagradables, la gran intriga de la existencia, la que pocos se atreven a contemplar cara a cara: ¿quién soy? No qué dicen los documentos, no cómo me reconocen los otros más o menos acertadamente, no de qué estoy hecho, no las vaguedades consoladoras sobre el sentido del ser que tienen por objetivo la conformidad enfocada a la explotación laboral, no, nada de esto: cuál es la geometría musical profunda de mi presencia en el lugar solo ocupable por eso que me parece «yo».

Me llevan en presencia de un tipo esta vez atareado entre papeles, con las gafas en la punta de la nariz. El jefe del pelotón le cuchichea al oído un buen rato. Se ríen, el tipo levanta la vista y cuando me ve, se quita las gafas, da una vuelta a la mesa y me dice:

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo sienta ser reconocido como un experto en la Nada?

Con un gesto manda salir a los demás.

—No lo sé, depende de si estoy hablando con Muguete o con el Teniente Delora.

Finge reírse. Lo podría contemplar desangrarse sin mover un solo dedo.

—Con ninguno de los dos. No sé si mientes o de veras no te acuerdas de mí.

—Ni me acuerdo ni sé qué interés tienes en esta comedia.

—Entonces da lo mismo. ¿Qué quieres?

—¿No te lo han dicho? —abre los brazos y se encoge de hombros —. Busco a Midoissa. Tú sabes cómo encontrarla.

Se queda quieto con la mirada fija en un punto del muro que acabo mirando yo también, absurdamente, como el idiota desesperado por la respuesta.

—Midoissa ha tomado el partido de la compasión. He intentado disuadirla, y cuando no lo he logrado, ayudarla.

—Muy bien, ¿pero dónde está?

—Está, cómo te lo diría, en el frente. Pero el frente es móvil, y para encontrarla... Hay una reforma en curso.

—Me da igual la reforma o lo que sea. La quiero encontrar y pirarme de una vez.

—Si no conoces el terreno no lo lograrás.

—Hace tiempo que he perdido contacto con los centros de decisión, si todavía existen. Y si alguna vez lo he tenido.

—Los hay, te lo aseguro, uno sobre todo, con Paco Regomir y Valerio d'Este en lugares destacados. Una vez disueltas las Órdenes Vigilantes, se está gestando la institución de las Órdenes Mendicantes

y las Órdenes Publicistas. No lo dirigirá el gestor del secreto, el Equémitor, sino el del desorden, el Entropiéitor.

—Sí, esta broma me la acaban de gastar.

—No es ninguna broma.

—Todo es una broma.

—En algún momento se había pensado en ti como candidato.

—No me hagas reír.

—Tú mismo has especulado presentándote como Equémitor. Para abrirte puertas ante los últimos idiotas de la cadena trófica del mando, ya lo sé. Pero, en fin.

—Lo de siempre. Gestionar la distinción entre error y engaño, restar negar y mentir, el arte de maclar la distinción, la socialización normativa del juicio de intenciones.

No se quiere dar cuenta de que me estoy burlando, o de que burlarme podría ser una forma inauditamente perversa de darle la razón. ¿Pero la perversión está en él o en mí? Dice:

—Ya está en primer plano la paradoja del perdedor: arrebatar responsabilidades directivas y llevar la reforma a fondo, eliminando los elementos conflictivos para poner al vencido en una vía más expedita que la del vencedor. La pérdida de poder, compensada con la obligación de suplir ellos mismos los recursos provenientes del exterior perdidos, y el vencedor dedicando un exceso de recursos a mantener la hegemonía. Mira Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, mira Japón.

—¿El perdedor victorioso quién es? ¿Tú?

—¡Yo qué sé! ¿No eres tú?

Desconozco en qué situación me considera este payaso, si puede mandar a los esbirros matarme, si tiene la intención. Le digo:

—Me da igual el Archicenotafio, me río de todos vosotros y del mundo, por mí podéis mataros.

—El tedio te ha llevado hasta aquí, la forma menos interesante de desesperación.

—Es posible, me da igual. Solo me importa Midoissa. ¿Me puedes ayudar?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—¿Para librarte de mí?

—Esto puedo hacerlo ahora mismo.

—¿Para darme una última opción de recordar nuestro pasado?

—Para eso no hace falta tanto esfuerzo.

—Pues no lo sé. Para nada.

Vuelve a la mesa y saca un plano del Archicenotafio medio roto y lleno de señales y anotaciones. Me cuesta unos segundos situarme. Dice:

—Los últimos refugios del puesto de ayuda a los refugiados donde

me consta que estaba Midoissa estaban aquí —lo señala—, aquí —va un punto más al sur—, y el último aquí —marca otro más hacia el centro—. Pero este ya no está. Suponiendo que siga una trayectoria, y es mucho suponer, iría en esta dirección, y los únicos lugares habilitables estarían aquí y aquí —marca otros puntos—. Yo la buscaría por esta zona.

—¿Me puedes hacer copia?

—¿De verdad quieres ir? Tendrás que cruzar dos líneas de influencias enfrentadas, con controles y escaramuzas.

—En tres horas llego.

—Llegarías si no encontraras trabas —se ríe y levanta las cejas—. Por lo que me han dicho, tal como vas armado... —hago como si nada, y niega con la cabeza, conmiserativo. Me muerdo la lengua—. No te des a conocer. Más de uno te quiere matar.

—Me la jugaré.

Se ríe como un imbécil de pura cepa.

—Esperemos que no te quiera matar Midoissa.

Me contengo para no saltarle encima.

—¿Por qué lo tendría que hacer?

—¿Te crees que ha dado un giro completamente humanista?

—No le hacía falta. Siempre lo ha sido.

Pienso qué tiene eso que ver con querer matarme.

—Antes te he dicho que ha tomado el partido de la compasión. Es cierto desde los hechos, pero desde la intención... No es una cuestión humanitaria sino de salud pública. Es más complicado y costoso gestionar cadáveres que refugiados.

—No me lo parece.

—Ni siquiera te extraña. Midoissa fue la discípula predilecta del doctor Kreis. Siempre ha estado con el poder.

Pienso cómo ofenderle sin que se lo pueda tomar a la ligera.

—Tendría que recordar a alguien tan capacitado para reconocer la bondad.

—Por eso no lo haces: antes te niegas a reconocer a alguien que quiere evitarte un descalabro.

—Gracias, mi capacidad para encarar descalabros está contrastada.

Nos quedamos mirándonos, llenos de recelo, diría. Imprime el plano y marca en rojo dónde estamos, y los puntos de más probable permanencia de Midoissa.

—¿En qué más te puedo ayudar? ¿Farmacia? ¿Demeterinas? —no le sigo la broma—. Veo que tienes intendencia..., quizá un poco obsoleta —hace gesto de sacarle importancia—. Por si acaso.

Maldigo la mala leche que me falta.

—Te lo agradezco. Tengo de todo.

Saca del cajón una brújula antigua y me la da. Los enseres viejos

no se estropean, qué cosas. Le vuelvo a dar las gracias. Me ofrece cena, declino, después un lecho en una especie de dormitorio de convento, con pocas camas ocupadas. Acepto y caigo rendido en pocos minutos.

En estado hipnagógico cada vez más lentamente desgrano si damos por bueno que si los planes de la naturaleza son obtener los mejores resultados posibles, a qué responde la catástrofe actual. El mecanismo del fracaso del plan comporta la gran extinción para volver a intentarlo partiendo de cero dentro de millones de años. Configuro el aborto total de Von Hartmann, suicidio-aborto, vaciado del continente para volver a empezar sin cargas, drásticamente, estructuralmente eliminados todos los tóxicos avanzados.

Caigo en el sueño semiprofundo entre los mecanismos de aborto, la sociedad postabortiva, los tardoescépticos con la administración pública, los neocínicos con la banca y el comercio, los postcandaulistas con la gestión del ocio, todo lo que Rakshasi llamaba la sociedad tardotolerante, un rebaño sin filósofos, científicos ni artistas, inerte en la explotación del patrimonio tradicional, como los herederos incompetentes liquidándolo todo sin construir nada más, paladines de la ruina, aplaudidores de la mierda. ¿En qué entretendremos a los contribuyentes? En una sociedad tan deshuesada que tardoantiguo y tardomoderno acaban significando lo mismo, imponer conquistas de libertad es más que una contradicción, es confundir servir a dos amos con suponer que cortar una cabeza ayuda a que brote otra.

Me despierto, y el desagradable tráfico delata que era un sueño optimista, porque no se trata de ninguna hipótesis de sociedad futura, sino del funesto estado actual de las cosas, y decir sociedad sería una estupidez propia de su miserable condición.

No he dormido lo suficiente. Arrastro un cansancio y un principio de desnutrición que me están disminuyendo. Me paso la mano por detrás de la oreja. La picadura se ha vuelto un furúnculo de la medida de una oliva. Me pica más que me duele. Evito tocármelo, y que me dé con nada.

Soy un enfermo de desaprecio de mí mismo, de desprecio de todo cuidado bondadoso y efectivo. La inquietud me impide querer el reposo y la atención —no me darán ningún beneficio. Se mezclan en mi cabeza Guidobaldo con Delora, o como se llame. Llego a pensar si son el mismo —la idea es un latigazo de terror, no sé por qué, si total qué—, que trasladan individuos de attrezzo de un lugar a otro para entretenerme, que me distraen con actores mediocres para que no llegue nunca a ninguna parte. Busco el plano proporcionado por Muguete. Lo podría tirar, tengo memorizado dónde está cada cosa, y no sé si merece la pena.

¿La pena para qué? Debe ser todo falso. Lo falso y lo auténtico se han disuelto lo uno en lo otro. Entonces, ¿por qué la idea no me consuela? ¿Por qué no me consuela tampoco la contraria? ¿Dónde se esconden los rescoldos de credulidad, dónde se atrinchera la mierda? He de perseguir y rematar las nebulosas bondades para llegar al conocimiento. Removiendo me sale la pistola —le vuelvo a poner las balas.

Me dan ganas de reír; ¿habrán tenido que buscar mucho para dar con un arma de siete tiros, la cifra de las caras del Poliedro de Szilassi? ¿De las estrellas mayores de la constelación de Orión? Tendría que comprobar si funciona, pero ahora no puedo disparar —qué mal rollo tener en un minuto todo el mundo encima apuntándome.

No sé si era tarde cuando nos retiramos, pero debo de haber dormido más de lo que creía, o esta gente es muy madrugadora, porque oigo movimiento demasiado pronto. El movimiento de quienes van a lo suyo. ¿Por qué tendrían que llevar cuidado para dejar dormir a un tipo que no se sabe si es huésped o prisionero? La condición habitual del ciudadano-consumidor actual.

Muguete-Delora se me planta al pie de la cama.

—Si no es que te quieres apuntar al pelotón de reconocimiento, es hora de decirnos adiós. Aquí no quedará nadie, y lo cerraremos bajo siete llaves.

Me dispongo para la marcha en menos de un minuto. Me hago gracia a mí mismo, la práctica adquirida en tan poco tiempo. No hay nada como renunciar a los pequeños hábitos para tener mucho más tiempo de lo que nunca te imaginarías. Tiempo para hacer qué, he aquí la cuestión.

—Eso parece. Adiós.

—Hasta otra.

—No lo creo.

—Nunca se sabe.

Me dirijo hacia el lugar indicado, y cada vez hay más gente, en todas direcciones. Algunos recelosos, otros indiferentes, sobre todo quienes van en grupos de más de tres. La mayoría me evitan. Me cuesta distinguir asaltantes de refugiados, no sé si la diferencia es ideológica y se refiere al mismo tipo de gente, o responde a la realidad, y hay asaltantes y refugiados, y qué es personal residual de la intendencia del Archicenotafio, exguardias convertidos en mercenarios, cargos y técnicos diversos, y tipos, como yo mismo, difíciles de situar en ningún estamento. Cada vez menos grupos con mujeres y niños y, aún, menos mujeres de cualquier condición y estatus.

Llego a un claro entre escombros tecnológicos donde se han

congregado veinte o veinticinco individuos de diversa catadura alrededor de una especie de loco que da un discurso encaramado sobre una caja, tres palmos sobre los otros. El tipo vocea:

—Cuando los trabajadores fueron sustituidos por máquinas, la población se quedó sin trabajo. Como todo el mundo había perdido poder adquisitivo, no compraba nadie los productos de las máquinas, la cadena trófica del comercio y la sociedad se rompió y solo quedaban los recursos en poder de los propietarios ante el grueso de la población en la miseria. Los almuecines del futuro confiaban en un desplazamiento de la actividad laboral hacia los servicios del ocio que no se produjo, porque llegó un punto en que ni el entretenimiento autogestionado estaba al alcance de todos. A pesar de que después de la derrota se recuperó parte de la ocupación, el sistema educativo se había desintegrado, y los reductos puntuales no ofrecían las garantías de otros tiempos. ¿Qué hacemos con los excedentes de población? ¿Qué guerra les podemos soltar, qué epidemia, qué gran hambruna? Lo acabamos de ver, el poder está en manos de falsos profetas, las máquinas son más inteligentes que los idiotas temblorosos que las manejan, la mera idea de futuro es una amenaza dislocada. Se ha tocado fondo cuando el recorrido del excedente de riqueza ha topado con los dos límites naturales: el agotamiento en sí mismo, y el asalto de la mayoría hambrunizada, que esta vez ha fracasado, pero algún día lo logrará.

Uno más viejo, desde el fondo, le replica.

—No se logrará nunca, los recursos de los propietarios siempre les permitirán conservar el estatus. Llegados al punto crítico del mantenimiento, donde estamos ahora mismo, puedes asesinar al Emperador y a toda su familia, pero igual que el gen, la casta perdura. ¡Leviatán es la Hidra de Lerna!

Me voy con un cansancio mortal imposible de quitármelo de encima. Peor que todo lo que ha pasado son la vacuidad de los discursos, los tópicos, la futilidad, la inutilidad. El tedio es la muerte entrópica, la única realidad palpable.

Después de salvar algunos obstáculos, voy a parar a un lugar señalado como posible puesto de ayuda. La información era buena — los restos del suelo, papeles, cajas, alguna prenda de ropa, platos y vasos rotos, revelan una actividad asimilable a la esperada. En un rincón hay dos tipos sentados. Me acerco a ellos, y cuando me tienen a unos cinco metros se levantan, nada amistosos.

—¡Ni un paso más!

Me detengo y les muestro las manos vacías.

—Solo les quiero hacer una pregunta.

Uno me amenaza con una barra de hierro.

—¿Sobre qué? ¡No tenemos nada que ver con los Conectores de

Cornisas!

Me acerco más lentamente con las manos inequívocamente mostradas.

—No sé de qué me hablan. No tengo nada que ver con los Conectores de Cornisas, ni me interesa lo que ha pasado. Solo quiero saber dónde se ha trasladado el puesto de ayuda.

—¿Por qué? ¿Eres del contraespionaje de la Torre Este-Noreste?

—No sabía ni que existiera tal contraespionaje. Busco a una persona que trabaja en el puesto.

—¿A quién persigues?

Me parece imprudente dar más información. Ya he dado demasiada. Es hora de jugar.

—El jefe técnico Kladonir. No lo persigo, ni quiero hacerle ningún mal.

Se miran fugazmente.

—No sé quién es. ¿Qué quieres? ¿Quién eres?

Valoro quién me conviene ser. No tienen pinta de indigentes, y tampoco deben de ser insurgentes. Parecen funcionarios defenestrados.

—Me llamo Besandt, soy un reportero invitado, y la invasión me ha pillado desprevenido. Busco a mi contacto para salir de aquí con un transporte apropiado.

Se vuelven a mirar. No me creen, pero tampoco tienen claras las alternativas. Me arrepiento de no haber probado la pistola por el camino.

—¿Tienes dinero?

Son unos desgraciados, sin duda. Si fueran alguien ya habrían tomado la iniciativa, me habrían reducido, registrado y quitado lo que les conviniera. Pero continúan siendo dos, y yo uno solo. Pido permiso con el gesto, me lo conceden por el mismo procedimiento y busco los últimos billetes en el bolsillo, maldiciéndome por no haber pedido más a Guidobaldo o a Muguete. El otro me dice:

—Déjalos en el suelo y retrocede.

Lo hago. Avanzan con grandes precauciones para recogerlos, los cuentan, cuchichean. El más intrépido dice:

—No hay manera de estar seguro de dónde está ahora el puesto. Ayer se fueron en aquella dirección —indica el centro del edificio—, y por lo que oí, buscarán la explanada subterránea residual de donde estaban el almacén de combustibles y los depósitos de agua de la Torre Este-Sudeste.

Nos quedamos quietos en silencio. El otro me dice:

—¿Ya lo tienes, no? ¡Qué esperas para largarte!

Algo no encaja. Digo:

—¿Cómo sé que me decís la verdad? ¿Y cómo estáis seguros de que

no soy del contraespionaje?

Cuchichean, pero se alteran y los oigo.

—¡Te lo he dicho que no le dijeras nada! ¡Y ahora qué!

El otro vuelve a levantar la barra de hierro, avanza tres pasos y dice:

—Vale más que me digas quién eres y qué quieres de verdad, o te arranco la cabeza.

Vuelvo a levantar las manos.

—Os he dicho la verdad. Solo me quería asegurar.

Volvemos a quedar clavados. Furiosamente me arrepiento de no haberme ido hace un momento. El canijo dice:

—¿Ha sido la manera incontrovertible de asegurarte? Nada de lo que ha pasado ni de lo que has dicho es incompatible con otras intenciones, ni con que nosotros te hayamos dado información falsa.

Digo:

—Medir cómo las dos contingencias se interrelacionan a la baja proporciona un sistema cruzado de probabilidades de certeza de una y otra. Estableciendo la matriz, cuanto más probable sea que yo tenga otras intenciones, y vosotros os hayáis dado cuenta, más probable será también que me hayáis dado información falsa, pero depende de quiénes seáis y qué queréis, me podéis haber dado información falsa incluso sospechando que no os he engañado. En cualquier caso, no han aparecido por parte de nadie otras intenciones interfiriendo en lo que os he pedido.

El tipo fuerte baja la barra de hierro y se relaja.

—No sé si eres un asesino profesional. En todo caso conoces la mecánica de la anficonversión. No hace falta que nos digas quién eres. Entenderás que nosotros tampoco te digamos quiénes somos. A partir de la información que nos has proporcionado sobre ti mismo y tus intenciones, establece la fiabilidad de la información recibida.

Acaba en una mueca sardónica. Le correspondo y dejo caer los brazos. El otro dice:

—Nos olvidamos de todo lo que hemos dicho y volvemos a empezar.

Me empiezo a preocupar de verdad. Si decido irme, ya hay que correr.

—No hace falta, no creo que cambiara gran cosa.

—Estoy de acuerdo.

Me voy en la dirección indicada sin decirnos adiós, ellos sin perderme de vista, yo volviéndome a cada paso, mirando adelante justo para saber dónde pongo los pies, hasta que la curvatura del trayecto impide vernos, como una cortina avanzando. Me desagrada que me dé igual quiénes eran, ¿pero qué puedo hacer? ¿Reinventarme en intereses irreales?

Atravieso una zona de estibaje quién sabe de qué materiales, todo cuarteado y ennegrecido de explosiones, impactos de obús o incendios. Encuentro irresistibles las series de estanterías vacías suficientemente apartadas del camino para dar una cabezada. Me recuerdan que estoy cerca de la extenuación. Busco la más remota, me tiendo en ella y caigo dormido.

El tiempo del sueño, ya se sabe. Me despierto con un sobresalto que tiene una réplica cuando tomo consciencia de no saber qué lo ha provocado, si estoy en peligro, si me tengo que poner en guardia o huir lo más rápidamente posible. ¿He dormido diez minutos o seis horas? El cansancio y el desaliento ya no pautan las causas.

Me recompongo, me preparo para continuar la marcha, se me aparece el suicidio por exacerbación filosófica. En el recuerdo me agobian mujeres androginizadas, hombres infantilizados con voz de pato. La picadura, el furúnculo, yo qué sé, me molesta más cada vez, pero como no tengo espejos para vérmelo no me atrevo a tocármelo por miedo a que me dé una descarga.

Me pongo en marcha. Aprecio repetir gestos y sensaciones como una posesión de agradecer, pero no estoy seguro de que sea la de continuar en el mundo. A través de aposentos destruidos constato una vez más cómo he acabado conociendo el lugar, y que aun así se me hace difícil alcanzar con el pensamiento quién se ha enfrentado con quién, quién ha empezado esto, qué ha sido causa y qué efecto, cuál es la razón final si es que hay alguna, si tal hipotética ausencia de razón forma parte de la meta-razón, esta sí existente porque es el origen de los estragos. El mundo entero resuena aquí dentro, gotea, ahoga, retumba, sacude, quema y finalmente hiela para siempre —sin remedio.

El camino me lleva al puesto, un campamento gimiente enteramente, difícil de calibrar porque la disposición no permite verlo entero. El espacio es amplio, y tanto el suelo como el techo fluctúan entre diversas alturas. La altura libre nunca tiene más de cuatro metros, y cuando te adentras (como por un zoco) no pasa de dos —parece que te tengas que agachar para pasar. Está hecho de escombros y residuos de varios materiales, metálicos sobre todo pero también cemento y ladrillo, como si el espacio lo hubiera configurado una deflagración o una amplia destrucción. Los escombros mismos contactan tierra y techo en muchos puntos en forma de grandes columnas espontáneas; acaso esto impide el derrumbe completo. La base es tan irregular que no se presenta desde ninguna parte una perspectiva de más de unos veinte metros. Bailan los espacios con cadencias de diversidad parecida a la de los movimientos de los heridos y tarados que andan columpiándose precariamente cada cual a

su estilo.

Tantos tullidos de acá para allá tiene de bueno que no me intercepta nadie hasta que no me acerco a lo que deben de ser propiamente las dependencias hospitalarias, en todos los sentidos de la palabra: casetas de hostales y de curas médicas con apreciables reminiscencias de organización.

Todavía me debo de distinguir por algún rasgo de actitud, porque me da el alto un grupo de jóvenes de entre veinte y treinta años precariamente armados. Sin preámbulos, el preeminente me dice:

—¿Necesitas ayuda o vienes a ayudar?

Acabada de pasar la experiencia con los dos tipos de antes, recelo aún más. ¿Con tales medidas de seguridad se emprende una actividad como esta? ¿Me tendría que mosquear que mi aspecto no les despierte precauciones? ¿Que no tengan protocolos de control y defensa? Me extraña tanto que yendo así no los hayan liquidado que aventuro algún tipo de connivencia con quienes reacumulan poder.

Digo:

—Un poco las dos cosas, en fin, sobre todo a ayudar. He colaborado en otras actividades con la señora Prills, y me gustaría recuperarla.

Se miran entre ellos. Son los más inocentes y más inexpertos que me he encontrado hasta ahora, o se sienten muy seguros, cosa que proporcionaría un dato significativo. Que sean completamente idiotas lo descarto porque todavía están vivos. Aunque esto tampoco es determinante. El tipo me mira cada vez con más interés, y dice:

—La señora Prills no está aquí. En el emplazamiento anterior, hace tres días, salió a buscar víveres con dos compañeros, y no han vuelto.

—¿Dónde habían ido? —me miran con un detenimiento cuidadoso, nada ofensivo; si quisieran ponerme entre la espada y la pared ya lo habrían hecho, conque decido jugármela—. Para mí es muy importante encontrarla.

—No sabría decir. Habíamos trazado unas cuantas rutas alternativas, y cuando vimos que no venían hicimos una prospección en un radio prudencial, y en veinticuatro horas renunciamos a buscarlos. Hemos tenido tan malas experiencias en situaciones parecidas que ahora lo hacemos así. Por eso nos hemos vuelto a trasladar, por miedo a que hayan atraído a los Liquidadores.

—¿Los Liquidadores?

Quien lleva la voz cantante me mira tan fijamente que empieza a incomodarme.

—El nuevo cuerpo creado para liquidar a los refugiados, una especie de Fonóctonos sin derechos ni estatus entrenados y dirigidos por Fonóctonos... —se detiene, y me señala con el dedo—. Un momento, te conozco. Tú evitaste que Akissouri arrasara el primer

campamento, tú eres el independiente que retiró al Hegemon Kreis.

Se desvela un aire general amistoso y admirativo que no puede ser más que espontáneo, y a pesar de que por principios me resisto, los recelos se me desvanecen.

—¿Independiente?

—No eres de ninguna Orden Vigilante, se ha visto desde el primer momento, porque si lo llegas a ser habrías provocado una guerra. Yo estaba, yo vi como Akissouri renegaba de ti. ¿Qué ha pasado después? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El otro dice:

—Da lo mismo, nos lo podemos imaginar. Que Artur Oliver esté aquí a solas dice bastante para pensar que no está todo perdido, que el aparato del capitalismo todavía no ha recuperado el control del Archicenotafio. Sé muy bienvenido entre nosotros.

Los más próximos al grupo inicial que han oído la conversación se han ido acercando, y me encuentro acogido en el centro de una inesperada burbuja de confort. Me resisto a relajarme del todo.

—Os lo agradezco.

El primero dice:

—Todos me llaman Anatoli —como parece una presentación, hago como para seguir no sé qué protocolo, pero me guiña el ojo y continúa —. Toda la ayuda posible sería muy bienvenida, pero entiendo que tu objetivo es encontrar a Midoissa.

Me invita a pasar a una dependencia cerrada. Con Anatoli entran el segundo, presentado como Reggedieh, y dos chicas de menos de veinte años —no me dicen los nombres.

—Os lo agradezco mucho.

—Dudo de que nos puedas agradecer nada, y me sabe mal por ti. Vistos los antecedentes, creemos que Midoissa y los dos compañeros están muertos.

Lo recibo como un navajazo en la espina dorsal del estómago. Digo:

—Está viva. La conozco, volverá. Entretanto haré el trabajo que queráis, pero dejadme quedar aquí a esperarla.

Anatoli dice:

—Será un honor y una ventaja para nosotros tenerte todo el tiempo que sea preciso. No querría que al final pensaras que hemos abusado de tu confianza alimentando falsas esperanzas.

El despacho (no sé cómo llamarlo) se ve montado a toda prisa, operativo y gracias. Aun así (o quizá por eso) emana un confort acogedor natural, tranquilizador. Tengo la impresión de haber llegado y no sé dónde —la detengo cuando veo venir lágrimas de dejación.

—¿En qué trabajaba aquí Midoissa?

—Cuando llegó, organizadora y coordinadora, sobre todo de

intendencia, pero cuando hacía falta para una urgencia también. Tampoco es que haya estado muchos días; cada vez le gustaba más el trato directo con la gente. Todo el mundo la quería.

Reggedieh dice:

—Todos la adorábamos.

Constato un cambio importante en mi química cerebral. Me supone un gran placer decir:

—Sí, todo encaja con su manera de ser.

—Ven, te enseñaré lo que hacemos.

Las chicas se van, y Anatoli y Reggedieh me llevan más allá del pasillo entre varios pabellones. Entramos en uno, ocupado por unas cincuenta personas.

—Uno de los comedores. Ahora mismo no disponemos de nada para darles, pero...

Se me acerca un tipo de mi edad, y me tira de la manga.

—Señor, señor. ¿Me puede dar algo?

Reggedieh lo aparta con suavidad.

—La comida llegará pronto.

Viene otro.

—¡Lleváis tres horas diciéndolo! ¿Cuándo llegará? ¡Eh!

El primero le empuja.

—¡Vete por ahi, que la última vez recogiste dos raciones! —se vuelve a dirigir a mí—. ¿Me puede dejar dinero, señor?

Se enzarzan. Los anfitriones me instan a continuar. Con aire entre resignado y desapasionadamente reflexivo, Anatoli comenta:

—La gente está desesperada, ya lo ves. Por lo que podría estar pasando, todavía tenemos pocos conflictos.

Más adelante hay un jaleo tremendo. Reggedieh va para allá; le seguimos. Dos van a puñetazos. Ya les han separado cuando llegamos, pero el conflicto rebrota cuando se apuntan un par de presuntos pacificadores, y tienen que ser Reggedieh y Anatoli quienes los paran de verdad. Uno de los implicados señala al otro.

—Este hijo de puta me ha robado el reloj, las llaves de casa y los libros.

Hay una carcajada general. Uno alejado del conflicto dice:

—¡Eres un colgado! ¡Tú no has tenido nunca reloj! ¡Y casa todavía menos!

Otro lo remata.

—¡Ni libros! ¿Desde cuándo leen las cotorras sifilíticas?

El aludido inicia el gesto de correr a agredirlos, y Reggedieh se interpone de nuevo.

—¡Devuélveme lo que has robado! ¿No? Qué más da, lo pillaré cuando menos te lo esperes.

Llegan unos cuantos colegas, y Anatoli señala al transgresor.

—Aquí no se puede quedar. Llevadlo al otro pabellón.

Se lo llevan, y el tipo se resiste. Reducido y todo se revuelve convulso, sacude la cabeza, los ojos inyectados de sangre, aullando, escupiendo.

—¡Volveré, ladrón de mierda, hijoputa! ¡Sé dónde encontrarte, sé dónde escondes el botín!

Proseguimos la visita. Resignado, Reggedieh dice:

—Aquí tendría más sentido que en ninguna parte promover la necesidad de la falta de necesidad.

Nos reímos. Les digo:

—El trabajo humanitario es loable, pero, y perdonad que os lo diga, yo pensaría si merece la pena ayudar a esta gente.

—No todos van así. Es una minoría.

Reggedieh dice:

—En honor a la verdad, una minoría tampoco. No es el hecho, es la responsabilidad. Da igual que los que se ven atrapados en la miseria acaben perdiendo la entidad como personas, no todo el mundo ha tenido la educación que le permite afrontar con dignidad las dificultades.

Pienso en cuántos la han tenido y no lo hacen, pero tengo un impulso que no me entretendré a analizar, y me guardo decírselo.

—Os admiro, pero en un ambiente tan degradado no creo que lo pudiera llevar como vosotros mucho tiempo. Vistas desde fuera, las transacciones de ira a gran escala son formas demasiado indigestas de autofagocitación de la especie humana.

—¿Qué entiendes por «desde fuera de la especie humana». ¿La vida natural en conjunto? ¿Los extraterrestres?

—No: la geometría, la armonía musical, el equilibrio del sistema planetario.

Anatoli dice:

—Me tranquiliza la idea de que un filósofo haya matado al rey.

—¿Midoissa lo llevaba bien?

—Midoissa los tenía a raya. Si la conoces te puedes imaginar cómo desplegaba recursos en cada caso, más suave cuanto menos le parecería a otro cualquiera. La ternura, la fascinación, el humor.

Me imagino la angélica aparición. Incluso el furúnculo me duele menos —se me habría olvidado rascarme de no ser por el programa. Me entran ganas de reír —esta gente no la han visto escabechando Fonóctonos negros.

Digo, como si pensara en voz alta:

—Es imposible que os haya abandonado. Volverá.

—Justo nuestro razonamiento. Si no vuelve es porque la han matado o, en el mejor de los casos, encarcelado. Sea como fuere, no volverá.

Pienso alternativas, y ya no me atrevo a decirlas. ¿Por qué se ha ido? ¿Desilusionada de la maldad de los oprimidos? Imposible, conoce lo suficiente el alma humana para estar por encima del hecho de que allí donde hay miseria material es más fácil que crezca la miseria moral. Incluso del buenismo de perdonarlos por la injusticia de que son objeto. Digo:

—Se fue como el cordero, volverá como el león.

Me miran con cara de no haberme entendido. Entramos en el pabellón habilitado como hospital, una enorme tienda de campaña en no muy buenas condiciones higiénicas, con la disposición convencional de camas en cuatro hileras, cabezal contra cabezal las centrales, el pasillo entre los pies y las filas extremas contra las respectivas paredes.

Pocos ocupan las camas asignadas. La mayoría deambulan de un lado para otro, como críos o animales descontrolados. Los hay arrodillados, otros pidiendo limosna, flagelándose entre cánticos penitenciales. Algunos se suben a la cama de los otros, tiran de las sábanas, se lanzan las almohadas a la cabeza, se pelean, babean, orinan en los colchones, defecan en cualquier parte. En medio del pasillo del fondo hay una pasarela burlesca de tullidos donde parece tratarse de hacer el recorrido indemne, sin conseguirlo nadie. Entre chillidos y risotadas, a los que van con muletas les ponen la zancadilla (y cuando están en el suelo, que se las apañen), a quienes van en silla de ruedas los descabalgan, a los ciegos les dan vueltas hasta que se caen o dan con la pared. Diversos son los males, diversas las incontinencias; el suelo resbala de fluidos diversos, malolientes, multicolores —no me entretengo a identificarlos. Cuesta distinguir quién llora y quién ríe; rodeado de cuatro o cinco con síndrome de Down que les hace mucha gracia y le siguen el ritmo con palmas, al fondo un sonriente microcéfalo bate rítmicamente la pared con la cabeza.

Anatoli y Reggedieh ponen orden con una paciencia admirable, sin grandes resultados. Les hacen caso, algunos asustados, otros burlones o tan solo sumisos —como auténticos irresponsables, cuando los directores se alejan, el caos y el alboroto rebrotan; lo que se hace por aquí se deshace por allá de forma gradual y sucesiva.

Más adelante, un tipo muy deteriorado va de un lado para otro saltando rítmicamente y abofeteándose ya una mejilla ya la otra con una furia angustiosa. Reggedieh me dice:

—Era el mejor torturador del Archicenotafio. Empezaba cortando los párpados para que el sospechoso no pudiera cerrar los ojos. Después, la tortura suprema, dejarle escoger: te corto la oreja despacio con unas tijeras muescadas y mal afiladas, o doy un pequeño corte y voy tirando aún más despacio a ver lo resistente que es el tejido a

rasgarse, qué fuerza y cuanto rato requiere la oreja para acabar de ser arrancada. Hizo una fortuna como corredor de apuestas con los sospechosos célebres. Les clavaba anzuelos en la nariz, en el glande (en los labios mayores si era mujer), en los pezones, en la lengua, en los tendones de Aquiles, y las apuestas (los participantes ya habían pagado una cantidad importante por asistir) eran a ver qué anzuelo se desprendía el primero, cuál el segundo, cuál el último. Al final, el preso caía desde tres metros sobre un lecho de clavos de punta. Si sobrevivía...

Le interrumpo. Tampoco me interesa cómo ha ido a parar al quebranto actual. Continuamos. En un rincón hay un tipo sentado de cara a la pared. Nadie le hace caso. Me intereso por él, y Anatoli dice:

—Es el maestro japonés del «No Hacer Nada». De no hacer absolutamente nada. Es el que no hace nada mejor que nadie. Había llegado a tener discípulos, y todos le han abandonado.

—Debía de ser complicado evaluar el aprendizaje.

—Depende de cómo se mire. La sola idea de evaluar, como la de cualquier otra cosa, chocaba frontalmente con la disciplina.

Me detengo ante un grupo rodeado por unos cuantos espectadores. Reggedieh dice:

—Hemos logrado que se entretengan con el teatro. Les encantan los clásicos del xix.

Hay tres personajes en escena, uno caracterizado de árabe (quizá árabe de veras), otro de aspecto nórdico, un tercero como un doctor de vodevil. Declaman sobreactuados, como ante una multitud, aunque el público no llega a la docena.

El Árabe

: ¿Tiene usted la bondad de mojarme? (Se inclina.) Yo soy una pluma.

El Rubio

(inclinándose aún más): Y yo un antiguo pergamino imperial.

El Árabe

: Mi historia puede contársela, por desgracia, todo el mundo. Soy una pluma.

El Rubio

: La mía es trágica también, Señor Pluma, soy una hoja de papel en blanco para siempre.

El Árabe

: Todos dicen que solo sirvo para polucionar.

El Rubio

: A mí una muchacha me tomó por un hermoso libro. Loco o cuerdo, no se es más que una errata de imprenta.

El Árabe

: ¡Y qué cosa más trágica para una pluma no sentir el corte del cuchillo!

El Rubio

(saltando): ¿No es trágico para un reno tirarse desde lo alto y no tocar nunca suelo firme?

El Árabe

: ¡No tengo punta! ¡Un cuchillo! ¡Que me corten! ¡Perecerá el Universo si me dejan sin punta!

Un tipo canijo y nervioso les interrumpe.

—No te apartes del texto, Mirambell. Es «el mundo», no «el Universo».

El Árabe Mirambell dice con cara de pena:

—Hazte cargo. Con esta compañía de inútiles uno se ha de buscar motivación.

Reggedieh me dice:

—Es el director. Dicen que se había dedicado a la política municipal, en un municipio de la costa. No estamos seguros. Cuando le recogimos estaba muy mal, creía que era un pavo y se negaba a comer, porque llegaban las Navidades.

El director le ha oído. Deja la escena y le aborda.

—¡Un animal doméstico sumiso al sacrificio jamás! No te enteras de nada, filósofo invertido —le amenaza con el puño—. ¡Aún soy y puedo volver a ser el avestruz de quien me robaste!

—No te actives, José. Todos nos alegramos de verte tan bien —dice Reggedieh.

El director, fanfarrón, le sostiene la mirada, y se vuelve para retomar la escena.

El Rubio

: ¡Lástima de mundo, con lo que les gusta a Dios y a los hombres!

El Médico

: ¡Aquí hay un cuchillo!

El Árabe

(empuñándolo): ¡Voy a usarlo! ¡Qué placer, cortarse! (Se corta el cuello.)

El Médico

(apartándose): ¡No salpique!

El Rubio

(aterrorizado): ¡Detenedle!

El Árabe

: ¡Pronto, la pluma! ¡Venga, el papel en la mesa!... (Cae al suelo.) Ya acabé de escribir. Epitafio: «Todo el mundo sabe que vivió y murió como una buena pluma.»

El Rubio

(tambaleándose): ¿Qué voy a hacer? ¿Qué soy yo? ¡Tú, gran sabio..., soy lo que tú quieras: un turco, un bicho, un enano..., pero ayúdame!

Detienen la representación y se inclinan para atender a Mirambell, que se ha cortado el cuello de yugular a carótida, y sangra como un surtidor. Varios se afanan en atajar la hemorragia, pero los espasmos de las piernas se apagan aprisa. Se lo llevan. El actor rubio es el único que no se mueve, atónito, con la mirada a lo lejos. Murmura:

—Durante veinticinco años he administrado esta finca, he trabajado, te he mandado el dinero como el más escrupuloso de los administradores, y durante todo este tiempo no me lo has agradecido ni una sola vez —se vuelve a mirarme directamente, como si yo le hubiera llamado—. ¡Ah! ¡Para Athos es demasiado, para el Conde de La Fère es muy poco! ¿Por qué no he robado? ¿Por qué no me echáis todos en cara que no haya robado? ¡Habría sido de justicia, y ahora no sería un pordiosero! Que se vayan. Yo... Yo no puedo. Tengo un peso en el corazón. Tendré que ponerme a hacer algo tan pronto como sea posible... ¡Trabajar, trabajar!

Reggedieh me agarra del brazo, y vamos hacia la salida.

—Mira lo que pasa cuando le dices a la gente que no se aparte del texto.

Un espectador que nos ha seguido le replica:

—¡El texto se queda en el texto! ¡Dónde se dice que la acción deba sobrepasar la dimensión figurada!

A guisa de excusa, Anatoli me dice:

—No distinguen entre mundo y representación, ya lo ves. Se terminaron los tiempos en que se podía impunemente considerar representación el mundo entero. Ahora es delito, y aquí tenemos un refugio para ideólogos. Un debate de fondo hecho realidad. Con todo lo que ha pasado esta pobre gente tampoco les vamos a imponer una disciplina demasiado rigurosa —hace gesto de inexorable—, tampoco hay recursos para hacerlo. Intervenimos duro en casos graves, y a veces, ya lo has visto, no llegamos a tiempo.

Vamos hacia la salida. En una cama al lado de la puerta, un tipo vendado de cabeza y brazos salta en la cama y discursea con voz entrecortada por las sacudidas.

—¡Vivimos entre vestigios de reminiscencias apotropaicas! ¡Quien lo sabe no lo sabe, quien no lo sabe tampoco! La idiocia cretinoide no es un mérito, pero sí una categoría. ¿Qué distancia hay? La misma que de invocar la democracia a invocar a Dios, como se hacía antes, me cago en Dios. La democracia es superstición para mercantilizar ideas sociales, para mediatizar todo principio ético. Ninguna mierda es

nueva. ¡Volved a mirar las estrellas! ¡Destripad a los usureros! Como el príncipe no hace lo que considera bueno sino lo que lo engorda, las distinciones conceptuales ya no son intrínsecas sino prácticas, y la superstición tecnológica emanada de una realidad aleatoria en función de la mente no distingue entre la experiencia mística como un estado psicológico inducido, o sea como una ilusión, y la realidad objetiva de la situación experimentada, que no es tal, sino metailusión. ¡Capad a los santurrones y metedles las gónadas en la boca! ¡Viva Cataluña libre!

Me quedo escuchándolo. Se parece mucho al tipo que largaba antes del recinto sobre los trabajadores, las máquinas y la distribución del trabajo. Lo miro con más atención. No se le parece, es él. Encuentro imposible que en el tiempo transcurrido desde que le pasé por delante haya llegado hasta aquí y lo hayan integrado en la organización de la pseudosala de pseudohospital. Siento una perturbación en la estabilidad de la percepción. Se me ocurre si toda la gente que encuentro son de attrezzo, si, salvo quienes conozco, los otros los van poniendo y sacando de aquí y de allá a medida que avanzo. Llego a pensar si el Archicenotafio entero existe solo cuando yo llego a una parte determinada, y el resto está guardado, latente como parte de un programa informático. O es mi programa lo que está fallando. Mi vida es una pantalla que activo cuando la miro, y más allá de donde llega mi mirada no hay nada, a pesar de que estará cuando vaya, y compensadamente se apagará el lugar de donde procedo. Soy el creador de la parte del mundo donde decido ir, y aniquilo todo lo que abandono. O formo parte del attrezzo de otro jerárquicamente superior, y cuando se desplace desapareceré. Tendría que ser alguien que tengo siempre cerca; esto me obliga a admitir que somos unos cuantos quienes tenemos capacidad de ejecutar las latencias programadas de la realidad. Revisar la ponderación del libre albedrío a partir de la idea de ser creado por otro (por uno solo, y por mecanismos externos a la reproducción vulgarmente entendida) —la proclividad a identificar compasión y amor. Me vuelve a doler el furúnculo —y a estas horas, yogur caducado, deberías ya saber que no eres real (y que no te consuela la respuesta progamada: «Y qué lo es?»).

Me debo de haber quedado quieto demasiado rato, porque Anatoli me toca el codo y me dice:

—Nos gustaría invitarte a cenar, pero hoy no tenemos nada como quien dice. Las últimas reservas son para alguna urgencia por desnutrición. Madres lactantes, niños. Esperamos una partida mañana mismo.

—Traigo algunas latas. Las compartiremos. Si hace falta, se añaden

a la reserva para urgencias de desnutrición.

Se ríen. No se me va la descolocación perceptiva; pienso si me afecta una forma degenerada de transparencia. Me esfuerzo en que los otros no se den cuenta. No quiero erosionar la confianza que me muestran, no quiero perder prerrogativas. Siento una punzada de pánico —mi lugar está en la sala de hospital, entre los tarados. Reggedieh dice:

—Nos hemos impuesto el código ético de no comer a partir de cierta precariedad.

—¡Salvo el caso en que los desnutridos fuéramos nosotros mismos!

—Pero esto no comporta asaltar a los visitantes.

Me apunto a reírme sin aceptar saber de qué. Si estoy creando esta realidad, el autor de su preexistencia la puede haber planteado como un juego; yo lo habría hecho. Pienso qué tengo que hacer para ganar, o como mínimo para no perder. Por primera vez en mucho tiempo me siento en compañía de gente en quien puedo confiar, y me sabría mal si del Juego salieran perjudicados. Esto me alerta.

—Si te parece bien, con mucho gusto nos repartiremos algunas de tus latas, y las repondremos tan pronto como lleguen provisiones.

Entramos en otro pabellón dispuesto como comedor, con capacidad para unas cien personas, ocupado algo más de la mitad por gente de aspecto y condiciones diversas, y nos instalamos en un rincón al fondo. Se muestran muy interesados en los hechos de los últimos días en general, en especial para relacionarlos. Me siento al revés; hasta ahora he sido aleccionado, más de una vez de manera capciosa, y ahora tengo la oportunidad de reelaborar las incertidumbres infligidas. Les digo:

—El enfrentamiento entre facciones ha entrado en una nueva fase con el advenimiento de la violencia, con atentados en los Anficonversores respondidos animando el asalto de los indigentes. Si la formación de comisiones de peritación hubiera sido un banco de pruebas para recaudar elementos dialécticos, y para hacer aflorar tendencias... Un anzuelo para destapar conspiradores. Como los explosivos, algunos han estallado en manos de los manipuladores.

Anatoli dice:

—Para hacer saltar falsas identidades. No es difícil predecir qué hay al final.

Y Reggedieh:

—¡Los burgueses! Siempre han impostado atributos extraños a su naturaleza. En el xix se hacían pasar por aristócratas, en el xx por revolucionarios. En el xxi, por héroes virtuales.

El aplanamiento de conceptos me alerta del error —como mínimo de la inexactitud. Estamos siendo chapuceros (¿quedan burgueses en la sociedad actual? Será que no, porque no queda sociedad). Me

imagino peleándonos para tener la primera persona, y no me hace ni gracia. La gente simple vive la vida en modo indicativo, tan liso y plano que no hay donde colgar variantes, ni las generadas por las dudas de uno mismo. El melencólico neotardomoderno la vive en subjuntivo, en abierto a la alternativa, desamarrado a contingencias, en el autocuestionamiento y en la antideclaración paradójica, reticente y procurador de sutilezas interpretativas como en música el modo menor en relación con el mayor. Que haga falta no dejar nunca de tener presente, de repetir si hace falta «que la viva en subjuntivo» sea la dimensión más fiable. Comprometido con la idea de que ojalá lo viera en acción a partir de ahora, digo:

—Que el héroe futuro fuera el simposíaco, escuchando sentado en la reunión, o conectado a la red, que el derribo de la civilización actual, tal como se ha visto aquí, no fuera el bombardeo, la desestructuración social o el hambre, que fuera la caída de la red.

Anatoli dice:

—Estás equivocado: la consumación sacrificial del Archicenotafio como ente individuado y por tanto, aunque sea de forma emblemáticamente fragmentada, pensante, es la última fase encarnativa de su naturaleza de templo del consumo, es decir de la destrucción.

Reggedieh dice:

—Queda por ver si la destrucción es pulsante, respiratoria, y el fenómeno contempla un ciclo más o menos amplio de construcciones y derribos. Colaborar con los asaltantes es el enaltecimiento supremo del Archicenotafio. Cuando Midoissa te empuja a matar a Kreis no quiere que mates a tu padre, sino que lo divinices. No es el flagelo del Sistema, sino la reina.

¡¡¡El furúnculo, el furúnculo!!!... Caigo furiosamente en la sospecha. ¿Quiénes son estos dos?

—No sé si lo acabo de asumir. Si incluso el capitalismo ha perdido la liturgia... ¿de parte de quién estáis?

—De la paz y la justicia. Kreis era un autócrata, un tirano torturador, y retirarlo ha sido un acto de profilaxis social totalmente encomiable.

—Tenemos que vivir en la contradicción, sí, pero ¿quién no? Lo sagrado y lo profano están externalizados.

Se me va el recelo tal y como llegó. Estoy donde el cansancio se identifica punto por punto y plenamente con el confort. El repulsivo contenido de las latas —podría ser pienso para perros— se me hace inesperadamente exquisito, y la perspectiva visual desde este rincón tiene el agradabilísimo equilibrio de la ensoñadora impresión de reflejar el Universo entero, su razón profunda y el sentido absoluto. El furúnculo es el ancla residual de la vida pasada —que no se me cure

nunca, porque soy yo. Me quiero quedar aquí para siempre. Para conciliar la máquina conciliadora consigo misma, digo:

—Que «fragmentación» equivale a «separación» lo pone en evidencia el hecho de que «reunificación» las resuelve a las dos. Pero reunificar es un acto extraño en la dirección de la entropía. Su imposibilidad pertenece al ámbito sagrado inabordable con los instrumentos del consumidor vulgar.

¡No quiero ser una aplicación dentro de una máquina! Anatoli dice:

—Cierto. Y profanar equivale a desbanalizarlos.

Siento la comezón de vivir en perpetua polémica, como en una autocracia de filósofos. ¿Quiénes son estos dos? Vuelve la adrenalina. Pienso en qué virtualidad me los ha enviado quién, desde un vertiginoso susto de mal situar desde qué abrupto avatar de mí mismo me los he enviado yo, dirigido a qué dirección del camino que me tiene que llevar no sé dónde, pero tengo que imaginarme que desde algún lugar que desconozco sí que lo sé, y tengo que empezar por aquí. La manera de hacerlo, o de tener indicios útiles de verdad, es estar completamente atento a lo que digan Anatoli y Reggedieh.

¿Son conscientes de ello? La buena voluntad mostrada no me parece determinante para establecerlo. ¿Son asesinos a sueldo? Lo pruebo en otra dirección (qué cansancio más auténtico, en profundidad no sé ni qué estaré probando). Digo:

—Banalizar para hacer digerible el mundo, una forma de perder datos. De la idea de que la Nada previa al nacimiento difiera de la Nada posterior a la muerte se desprende la posibilidad de que la Nada tenga categorías, cosa que comporta una contradicción radical en el término.

Anatoli dice:

—Tan solo que tenga atributos, ya encalla en la idea de que no sea Nada del todo, al margen de quedar atrapados entre Epicuro y los positivistas.

Reggedieh dice:

—Categorías de la Nada abonarían la idea del paso del tiempo en términos de edificación de conciencia.

Debería decirle «¡y qué!», pero me atribularía la expectativa de los mandatos. Me despierta sospechas que no le extrañe el cambio de tema de conversación. ¿O no he sido consciente de que no lo ha habido? Digo:

—Siendo así no hay que sufrir, o mucho, depende de cómo os lo miréis, si en un monstruosamente remoto final toda la materia autoconcienciada lo verá y lo recordará todo, dónde irán a parar los sufrimientos, las bajas pasiones, las iras, los odios, cómo un absoluto absoluto puede encarar la eternidad en pugna consigo mismo.

—¿Habrá que administrarle un agua del Leteo selectiva, para

devolverlo a un ser sustancialmente sabio y bondadoso?

—¿Quién se la dará?

—Nadie externo a sí mismo, porque no existirá nada más. Del absoluto mismo de esta autoconciencia emanará la condición, por necesidad y, aún, por reducción lógica, porque en un mundo de unidad y diversidad exacerbadas en un solo ente necesidad y lógica también serán la misma cosa.

Anatoli parece entusiasmado. Dice:

—Lo cual remueve la idea de que existir sea un error: ¿quién lo habría cometido? No la existencia particular de cada cual, que es el accidente de los padres, sino el hecho de existir en sí mismo. Buda, Pablo, Sade, Schopenhauer, Nietzsche, Von Hartmann se atribuyen el poder de juzgar y corregir el error cosmogónico, pero se niegan a considerar el concepto de error necesariamente ligado a una voluntad individuada capaz de cometerlo, un dios idiota o indiferente, o asistido por un demiurgo incompetente, infantil o precario, disminuido mental de una u otra manera —o tan solo aún más fácil: sin cerebro. Enfrentados a los teístas, los cínicos ultranihilistas acaban compartiendo el terreno de combate.

Reggedieh dice:

—¿Por qué es un drama indeseable la individuación?

—Por la fragmentación de un absoluto.

—Los filósofos lo detectan, pero no explican las causas ni los porqués, ni terminan de aclarar por qué les parece trágico. Si la existencia tal como la vivimos no tiene sentido, y por tanto no hay que buscarlo ni sufrir por la muerte, ¿qué es el pretendido absoluto del cual pretendidamente se procede y al cual se va a parar después de la vida?

—Si no hay evidencias empíricas del más allá descrito por las religiones del libro, ¿cuáles hay de un tal absoluto, más allá de una mera exudación lógica del discurso?

—Estaría en el extremo de la fragmentación, en por qué se llega a la hiperactividad que desarticula las sociedades actuales. Los filósofos lo constatan como una fatalidad ineluctable, pero tampoco explican de forma convincente por qué se ha llegado ahí.

—¿Cómo es posible fragmentar un absoluto?

—El porqué del porqué. ¿Cómo se caracteriza un «porqué» en este registro? Si es absoluto, fragmentarlo no puede ser más que una ilusión. Y si no es más que eso, ¿qué implicaciones conlleva? ¿Qué categoría hay por encima de la ilusión? ¿Desde qué hipotética realidad neumónica, que si existiera tendría atributos de absoluto, y si existe está fuera de nuestro alcance, gestionaremos la disminución categórica de lo que apreciamos como realidad, si no será más que ilusión? Después de la muerte física, o de un coma, el último Mensajero había

dicho: «He estado en otro mundo. Existe otro mundo. Para optar a que sea una ilusión cerebral se podría decir: el mundo donde vivo no es también una ilusión cerebral. Si lo es, ha de haber un cerebro para percibirla. Por tanto, hay una u otra forma de existencia. Hay un sistema de referencias mutuas, un espejo ante otro, o tendría que haberlo para que al menos alguna de esas conjunciones se produzca. Si sientes la falsedad de la situación pretendidamente real, ¿hay otra auténtica reflejada en la falsedad de esta? Si el juego de reflejos opera entre irrealidades, la irrealidad relativa equivale a una realidad relativa. El vaso medio lleno y el vaso medio vacío. La Nada parece factible, pero ¿y el Ser absoluto?»

Son acaso lo mismo. Me asaltan la ansiedad y el alivio: existir no es de verdad más que una ilusión. Y no se resuelve nada, porque entonces ¿de qué realidad absoluta emana? No infunde ninguna confianza nueva la idea de despertarse de esta vida para encontrarse en otra. Digo:

—Lo he dicho muchas veces, no son más que trampas del lenguaje, combinaciones indeseables y sin sentido de palabras y razonamientos pensados para otras utilidades. «Importancia», «¿por qué es un drama indeseable la individuación?», «¿qué categoría hay por encima de la ilusión?», no son más que engaños de elementos causales ilegítimamente traspuestos.

No hay que ir tan lejos. De la ilegitimidad epistemológica al engaño puede haber mucha distancia o ninguna, depende del contenido y la intención. Quizá son inconsistentes todas las preguntas. Y quizá da lo mismo. Quizá sería más fácil si nos libramos de la férula platónica: quizá vivimos en una «cosa» que no es la realidad tal como se describe habitualmente, sino un conjunto de ilusiones y creencias sobre las cuales no tiene más sentido preguntarse dónde se sustentan que preguntarse el sentido de la vida. Se me aparecen las reflexiones de Mina ya no sé si hace días o semanas, cuando dijo:

—La mentira correctamente interpretada suele contener la verdad, más difícil de mirar cara a cara. La mentira es la moneda de cambio del cruel universo de los sentimientos, y las balanzas son lo que se pretende que tengan de morales, o que dejen de tenerlo. Pero a este refinamiento solo llegan los elegidos; la norma es más simple: la mentira preventiva, un principio elemental de protección al margen de los principios; permitir al enemigo acceso a información falsa es la base de toda estrategia de combate. Aquello de lo que se desconoce la posición, la forma y la medida es más difícil de destruir que si lo tienes delimitado. El motor mental del sexo da la medida de los sentimientos, los sentimientos la dan del sexo, y la mentira pauta y expresa los datos que fiablemente se obtienen, un círculo virtuoso que cuando lo ves entero ya estás en condiciones de mirarlo de cara y

llamarlo por su nombre secreto: ¡Vida! ¡Eso y nada más, Vida!

La interrumpí. Se me presentaba todo lo que había leído sobre la hematodispsia, y quería conocer punto por punto hasta dónde llegaba el peligro. El deseo anestesiante de todos los peligros.

—Como exordio para una fiestecita de fin de curso está bastante bien, pero...

—El entierro de Conchita me deja en un estado beatífico irresistible —dijo—. De verme desnuda, indefensa ante un hombre vestido de pies a cabeza, no me puedo privar de cantarle las exequias como a ella le habría gustado. ¿No tienes calor? ¿No te quitarías un poco de ropa?

—Tengo frío, me la quitaré después. ¿Y tú?

—Yo no puedo tener frío.

—¿Qué más no puedes tener, además de hambre y frío?

—Sueño, en el aspecto neurológico convencional.

Se puso las manos detrás de la nuca, al estilo de las Venus de las pinturas, y variando la postura y la presión obtenía formas más o menos esbeltas y prominentes, o comprimidas y tensas. Puesto que lo quería, la contemplé sin disimular, calibrando si quedaba como un idiota al hacerlo como en un museo. Dados los peculiares procesos biológicos de la señora, ¿qué sudan estas axilas marinadas? ¿Estos pechos gloriosos amamantan sangre? Había un punto de violencia en la situación, de abuso no sé por parte de quién. Me asaltó la fabulosa idea de mamar veneno de la nodriza mortífera, recurrente con el eyaculador corrosivo, el chorreo de leche sulfúrica, Jack el destripador hasta las últimas consecuencias, Atila dejando a su paso un campo de coños quemados y latientes, la dialéctica del recorrido hasta la transparencia: qué va de evitar el orgasmo a buscarlo, y el recorrido en sentido contrario: el equilibrio en la cumbre convertible en el corte de la navaja. Ahora me parece insustancial, porque se sobrepone, lo diluye la imagen omnipresente de Midoissa.

Me interrumpen los pensamientos ráfagas de ametralladora en el ángulo opuesto del aposento. ¿Soy yo quien ha querido esto?, es lo primero que se me ocurre. No me sale echarme por tierra como otros. Me pierde la curiosidad, y debía de tener un buen motivo oculto: el tirador es el doble orador, el de la distribución del trabajo y los vestigios de reminiscencias apotropaicas saltando sobre la cama, pobre hombre, no me extraña. Se levanta un gran alboroto, unos cuantos salen deprisa, caen y se atropellan entre alaridos, y el tipo deja de disparar cuando le caen encima tres o cuatro voluntarios improvisados. Se lo llevan retorcido de brazos y cuello, medio estrangulado y resoplando como un novillo. Soy el único de mi sector que no ha dejado de mirar. Sin preguntar nada, de la apatía de los otros deduzco que debe de ser un hecho habitual. Cuando ya se lo han

llevado, Anatoli me lo confirma.

—En estas condiciones es fácil perder los nervios, pobre gente.

Sabía lo que diría. Cada vez hay menos sorpresas. El alboroto continúa. Sin orden ni concierto se llevan muertos y heridos, quién sabe cuántos, de diez o doce no baja. Digo:

—¿Qué le haréis?

—¿Qué le quieres hacer? Le pondrán un par de inyecciones, le darán un saco de pastillas, y cuando esté más calmado, a la cama otra vez.

Quedo un poco perplejo.

—¿Y ya está? ¿Y si lo vuelve a hacer?

Se encogen de hombros.

—¿Qué quieres, matarlo? Hay tantas probabilidades de que vuelva a hacerlo como de que el vecino de cama lo supere con creces.

En un tono aún más tedioso, Reggedieh dice:

—Como de que no lo vuelva a hacer nunca más. No somos jueces.

Estoy a punto de decir, no hay que matarse, cuando me ponga en camino lo volveré a encontrar perorando en cualquier esquina.

—Supongo que no podéis hacer mucho más.

—Si hiciéramos como los Contracamarlengos no vendría a refugiarse nadie, y todavía tendríamos más trabajo de carroñeros sepultureros.

Percibo como un anticlímax el efecto de matar a la gente sin trazar figuras heroicas ni liturgia. Algo se ha perdido en la indiferencia de la mayoría hacia el trasiego de llevarse muertos y heridos, y se me contagia. Anatoli y Reggedieh se van. Hago gesto de acompañarles y me dicen que no hace falta, que les espere aquí.

El oráculo podría haber sido cualquiera de nosotros, aunque ahora ya no esté seguro de quién es este «nosotros», a pesar de que —¿lo he estado alguna vez? Me recuerda a Curwen, el efecto que me hizo cuando le hablé por primera vez. ¿Por qué me ha venido a la cabeza? Ya no recuerdo ni el recuerdo de un recuerdo, ni una reminiscencia, solo me interesa la modificación. Le dije:

—Conocí a un Joseph Curwen hace tiempo.

—Mi padre.

—No sabía que tuviera hijos. Traté más a tu tía Eliza, una buena amiga.

—Sí, mi tía tenía muy buenos amigos.

Me daba igual la reticencia. Llevaba la muerte escrita en la cara, ya se veía entonces, no por ningún recuerdo anticipado. Si ahora me lo inventara no lo invalidaría. Era un títere actuando para mí solo.

—Su hijo más aún, incluso antes de que se reencontraran. Debió de ser conmovedor.

—¡Y qué no lo es alrededor del gran Pere Ficinus!

No tenía motivo para molestarle gratuitamente, pero como él tampoco eludía nada, le dije:

—¿No tienes buenas relaciones con tu primo?

—No las tengo especialmente malas, pero tampoco hasta el punto de esperar que nos venga a ayudar.

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¿No lo podemos conseguir solos?

Me miró de una manera que ahora creo que sabía más que yo, o al menos unas cuantas cosas que me habría ido mejor no desconocer. Olvidos y expectativas adquieren fluideces indistintas que querría saber aprovechar. Anatoli y Reggedieh vuelven sin señales de conmoción. Intento parecer interesado.

—¿De dónde ha sacado el arma?

Reggedieh hace un gesto de desaliento no sin un punto de humor.

—La seguridad no es nuestro fuerte, ya lo ves. No podemos registrar todo lo que llega, no haríamos otra cosa. Sí, es tal como piensas, cualquier imbécil sentado en la mesa de al lado te puede volar la cabeza.

Anatoli dice:

—¿Como en la vida real, no?

Me hace renacer los recelos. Me molesta la dilación del encuentro con Midoissa. Por otro lado, ¿qué garantía tengo de que se produzca? ¿Qué hago aquí, qué avatar de la espera inconmensurablemente pervertido se interpone en el recto camino de acceso al pleno dominio del deseo?

Digo:

—Damos por hecho que esto no es la vida real, por lo que veo.

Nos reímos. Aquí no se da nada por hecho.

—Debes de estar cansado. Eres un visitante de honor, tendrás una habitación para ti solo.

—¡No muy lujosa, eh! El lujo será estar solo, y te aseguro que llegas a un punto en que lo agradeces.

Me llevan a un altillo, sin compañía efectivamente, alejado del alboroto, detalle tan importante como la soledad. Se entretienen con buenos deseos, como si les supiera mal no acunarme en una cama confortable, y desaparecen. He calmado alguna ansiedad, he concluido algo, he definido una expectativa, y la definición ha sido aceptada por los otros. Hoy descansaré bien por primera vez en muchos días.

Me duermo y me despierto en el punto que la bestia cree identificar con el centro de la noche, con un imprevisto vagamente parecido al insomnio. Entre los reflejos de las luces de las tiendas y algunas fosforescencias indeterminadas veo el conjunto del lugar donde estoy, los restos de una instalación destruida. A medida que imagino la reconstrucción se me definen rasgos identificadores, desvelados con una gradualidad invocadora de un nuevo avatar de la

capacidad de edificar el mundo al cual accedo de forma itinerante.

Siempre he tenido la impresión de que los guardias nos consideran intrusos, que están atentos a la más mínima desviación de la norma para aplicarnos protocolos represivos y meternos en la cárcel, como hicieron conmigo cuando llegué. Haber recuperado la condición de indigente me insufla una tranquilidad alocada desde donde paso a identificar el lugar, uno donde ya he estado, y no como huésped sino como recluso: estoy en las ruinas de la galería central de Prevención. Parece mentira cómo se lo han cargado, y aún más mentira la ferocidad con la que no me alegro y la tristeza con la que me alegro. El reconocimiento, como todos, me obliga a reconstruir el itinerario de los últimos días, a modificar la idea anterior, la confusión entre descubrimiento y retorno que me tendría que reafirmar y no lo hace porque no sé en qué. No es que descubra dónde estoy, es que descubro dónde estaba entonces, una causalidad revuelta de la información que no dibuja un reconocimiento sino una reconstrucción —la reconstrucción se hizo entonces, no ahora. La idea me desasosiega.

No es por eso por lo que me he despertado, sino por una enigmática latencia de vértigos, por una expectativa concreta, no por la definida antes de dormirme, por cierto con una contundencia profunda, como si me hubieran administrado un somnífero. Recibes una señal y hasta que no la interpretas vagas por un desierto de zumbidos agobiantes. No hay disyuntiva, la alarma y el reconocimiento parecen una cosa efecto de la otra, a pesar de que no sé cuál de cuál —deben de ser el mismo. Y solo lo constata el fiel latido del furúnculo.

Nace el alboroto como un gran oleaje, acercándose y creciente. Cuando me doy cuenta ya está, ya no hay dudas, son disparos, carrerillas y gritos. Viene Anatoli y me conmina.

—¡Date prisa! ¡Nos han descubierto!

Salto, cojo los enseres, salimos al pasillo central del refugio pero ya es demasiado tarde. Armados con fusiles con linternas incorporadas, un pelotón más numeroso que cualquier vigilancia va pabellón por pabellón abatiendo a todo el mundo a tiros. No hay una dirección de escapada clara; estamos rodeados. Tiene un punto de satisfacción realizadora ir computando cómo por donde pasan las descargas se apagan los gritos.

Le digo:

—¡Estamos atrapados!

—¡No! ¡Entre las tiendas!

Por cualquier camino vamos directos a la masacre. Avanzo, y viene un punto en que no puedo más porque ya vendrán de cara. Me vuelvo, y Anatoli ha sido tocado. Retrocedo, lo sacudo. No hay nada que hacer.

Busco la entrada del pabellón de la izquierda. Ya han pasado los liquidadores, y han hecho el trabajo bien hecho. Ni un gemido, ni un latido; no queda vivo nadie. Veo la oportunidad; elijo el mayor montón de cadáveres, me entierro en él, me tapo con un brazo y una pierna colgantes y dejo que la sangre me chorree encima para completar el camuflaje.

Me quedo quieto. Furiosamente la cabeza se me va a imaginar las posibilidades de que vengan a rematar a nadie aquí, a imaginar las más probables de que haya normas de salud sobre cadáveres en masa, si no echarán cal viva o prenderán fuego.

No tengo tiempo para mucho más. Entran seis o siete liquidadores y van directos hacia donde estoy, rodeándome como si supieran con seguridad dónde estoy. No tengo escapatoria, todos apuntan en mi dirección. Estoy quieto incluso cuando ya tengo la certeza de que no hay nada que hacer, de que vienen a por mí.

Me ciegan con las linternas potentísimas de las armas. No veo nada. ¿A qué esperan para disparar? Lo espero de un momento a otro. No tengo tiempo para especular con la idea de que si no lo han hecho quizá no lo harán. Los tengo encima, y como un niño negando la evidencia continúo inmóvil. Una voz rota y autoritaria rompe el silencio.

—Bajad las armas. Ya puedes salir.

Los veo a todos de golpe a la vez que la reconozco, y tengo que respirar hondo para hacerme a la idea. Farfullo:

—¡Teniente Sapirstein!

Me levanto. El tipo me mira con una sonrisa agridulcemente brutalizada. Hace un gesto al hombre de su lado.

—Sácalo.

Sin darme opción, dos tipos me inmovilizan y un tercero me da un tajo en el furúnculo que veo las estrellas. Me sacude; siento una punzada agudísima, y después nada. El tipo me rocía con desinfectante, me pega un apósito en el corte y lanza un pequeño objeto a Sapirstein, que lo atrapa al vuelo y me lo muestra cogido entre dos dedos.

—Aquí lo tienes, el localizador. Nos has sido muy útil, a pesar de que, me sabe mal, no se me ocurre la manera de recompensarte.

Hace una seña a los otros, me coge por el hombro como a un compañero y salimos hacia el pasillo central. Los gritos y los tiros continúan, pero ya más lejos.

Le miro —no me atrevo a hacerlo cara a cara; un trapo negro le tapa el ojo izquierdo, diría que le falta el otro brazo, anda cojo. Destrozado, envejecido, macerado. El tuteo dispensado no me parece ningún buen agüero. Le digo:

—¡Un localizador! Os he servido para encontrar el campo de

refugiados —me paso la mano por la dolorida nuca, intento recordar —. ¿Quién me lo ha puesto? ¿Desde cuándo lo llevaba?

—En la corte del parapóstrofo Guidobaldo.

Pienso ¿y ahora qué? ¿Pero cómo tengo que preguntarlo?

—¿No había otras maneras de encontrar a esta gente?

—Economía de medios en tiempos de guerra. Vamos escasos de contingentes humanos, y sabíamos que nos llevarías hasta ellos. ¿Para qué enviar patrullas a pasear?

Andamos entre cadáveres. No hay disposiciones más allá de la acción militar. Me da un salto el corazón.

—¿Y si llega a estar Midoissa?

Me mira con una displicencia ofensiva.

—¿Tan chapuceros nos ves? Sabemos dónde está.

—¿Por qué no me lo decíais?

—Lo sabemos hoy. No hace unos días... ni probablemente mañana.

Salimos a un claro iluminado. Ya casi no se oyen tiros ni alboroto. Quedamos finalmente cara a cara.

—¿Qué le ha pasado?

—He sobrevivido a cinco ataques con bombas, mortero y napalm, he visto morir a mis amores, a los compañeros y a los mejores amigos, y no llevo la supervivencia como una carga.

Me ofrece un pitillo. Se lo acepto.

—¿Dónde está Midoissa?

—Tenemos un hotelito protegido aquí cerca con comodidades difíciles de encontrar. Descansamos unas horas, que ya nos vendrá bien, y hablaremos.

Supongo que no tengo alternativa.

—¿Y Anatoli y Reggedieh?

—No sé de quiénes me hablas. ¿Los tarados que llevaban esto? Ni idea. Si no la ha cagado nadie, eres el único superviviente.

Ya no sé qué hacer de los disgustos.

—Midoissa lo llevaba con ellos. ¿También es una tarada?

Se me queda mirando con conmiseración. Encuentro extraño que en tan pocos días haya cambiado tanto. ¿Yo también soy tan diferente? Me dice:

—Midoissa... —niega con la cabeza, respira hondo y levanta la vista con una sonrisa de decir, «tonto del culo, qué te voy a contar»—. Nos espera una larga conversación.

Me lleva hasta un quad biplaza, y vamos a velocidad vertiginosa, precariamente saltando entre escombros y restos del pelotón que se apartan como pueden a nuestro paso entre el fuego y la oscuridad, deshaciendo en parte mi camino anterior, andando a partir de cierto punto en dirección a la periferia. Todo eso desaparece detrás de mí, hasta un cilindro de cristal que contiene varias dependencias y un

enorme y casposísimo montacargas, que tomamos para ascender el equivalente a unos siete pisos.

Salimos a un amplio rellano con ventanas exteriores al fondo. Hace tanto que no veo luz natural que siento un efecto de alteridad no del todo agradable, como el retorno de un autorreproche. Sapirstein me lleva a una habitación cerrada, también con vistas exteriores, una especie de despacho dormitorio con una acumulación de objetos personales y de todo tipo repartidos en estantes ocupando toda la pared que no es puerta ni ventanal. No sé si estoy en un almacén o en un gabinete de curiosidades. Por cómo se mueve en él, deduzco que se trata de su refugio privado.

Mientras vacía la mochila y reparte el contenido en diferentes cajones, me entretengo con los enseres de los estantes. Un dragón de bronce de medio metro de alto y de largo, una colección de máquinas fotográficas antiguas, mapas de montaña de medidas diferentes, un microscopio, un sextante, un astrolabio, una Esfera armilar, un tablero de ajedrez con la mitad de las piezas, un diapasón, una flauta de pico de madera clara, una corneta, un ídolo de obsidiana con un sombrero puntiagudo más largo que todo el resto de la figura, un tablero de jaquet, una docena de botellas de licores y aperitivos tan viejas que cuesta leer las oscurecidas etiquetas, un quinqué, un reloj de arena, uno de sobremesa rodeado por dos volutas de bronce representando leones, un zorro disecado, dos cabezas de corzo, tres cabezas de narval, nueve cantos rodados de medidas y formas parecidas que no les veo la gracia, una reproducción en yeso de la Venus de Milo de unos setenta centímetros de altura grotescamente pintarrajeada, diversas volutas y restos de peanas y cornucopias bañadas en oro restantes de un retablo barroco, una cigüeña de Murano, un Buda chino de porcelana en la posición de loto que mueve las manos, la cabeza, los ojos y la lengua por un sistema interior de contrapesos de plomo que le han roto la panza, unas gafas de oftalmólogo, una colección de dildos, tres estetoscopios inservibles, un corazón y unos pulmones de caucho desmontables, cinco frascos de vidrio de medidas diversas conteniendo fetos y entes orgánicos que no me entretengo en identificar, una calavera de niño, un decantador, algunos botes con compases, lápices, pinceles, buriles, cinceles, plumas de faisán y de cola de pavo real, estilográficas y rotuladores, veinte o treinta estuches de gafas y cajitas de rapé o quién sabe de qué, tres atriles de mesa, unos veinte espráis de grafitero, una colección de discos de vinilo, siete u ocho botes de boticario, media docena de copias en terracota de esculturas de Fidel Aguilar y de Ricard Guinó, ocho o diez baldosas de cerámica con sentencias banales estampadas, cinco cristales esmaltados de Limoges, dos huevos Fabergé, un narguile

antiguo, una tetera de hierro trabajado y media docena de vasos de té esmaltados marroquíes, una enorme carlina, una máscara de comedia y una de tragedia de juegos diferentes, un trozo de espejo roto en forma de mapa de África, un telescopio galileano, un florete, un sable, un machete vietnamita, una espada mongola, un mosquetón del siglo xvii, diez o doce fotografías enmarcadas de épocas diferentes, treinta o cuarenta libros con encuadernaciones antiguas (la mayoría de viajes, diccionarios, de matemáticas —tablas de logaritmos, efemérides astronómicas—, de química aplicada, de agricultura), una raqueta de tenis de los años veinte, un Poliedro de Szilassi pintada cada cara con un color del arco iris, detalle que sugiere un orden el criterio del cual no consigo establecer, pero estoy seguro de que lo haría si le dedicara unos minutos —no, de hecho no tiene sentido pensar en un orden en las caras de este fascinante poliedro, porque su característica esencial es justamente que todas están en contacto con las demás. Algunos objetos, agrupados —los botes de boticario, los licores—, otros repartidos en medio de otras cosas —las fotos, los cantos rodados. Por la disposición y el polvo depositado no tiene pinta de un acopio apresurado, ni siquiera reciente, sino producto de una paciente acumulación de años, indiferente, más efecto de la vida en sí misma y las inercias casuales que de una maniática voluntad de reunir y ordenar.

Le digo:

—¿Es un viaje por tu vida, todo esto?

Me invita a sentarme y me ofrece un té. Una vez semirelajados (o así quiero creerlo), me dice:

—Me recuerdas a un primo de mi padre, que gestionaba la existencia con un curioso sistema compensador. El médico le había prescrito el consumo cotidiano de verdura, fruta y pescado azul, y restringir la ingesta de carne roja, lácteos y grasas animales. Cuando seguía de forma escrupulosa el régimen conveniente, por ejemplo, una vez a la semana, ya le parecía haber hecho suficiente por su salud por unos cuantos días, y si con la misma frecuencia lo transgredía flagrantemente, decía que por un día no importaba. Tú haces lo mismo con Midoissa; te he observado desde el primer día, y lo poco que le das te parece tan superior a todo lo que dejas de hacer, y todavía a todo lo que ella hace por ti, que siempre te ves en saldo favorable. Y cuando no te ves, grabas el débito en forma de ilusión delirante de futuro, de obligación convertida en promesa.

Me coge a contrapié, y pienso una respuesta diplomática pero marcando terreno.

—No entraré a discutírtelo; tanto si aciertas como si no, las opciones de corregir el disparo son limitadas. Sea como fuere, no veo relación con cómo localizar a Midoissa.

—La señora Prills no es un objeto inanimado indiferente a las proyecciones sentimentales recibidas. Al contrario, es especialmente sensible a los cálculos posibilistas de los idiotas que, desilusionados como la mayoría de cualquier expectativa de trascendencia, son víctimas de una feroz aspiración a la inmanencia, y bregan con desastrosos cálculos infantiles.

—Vaya, y yo soy de estos.

—A mí me lo parece. Puedo estar equivocado, claro. Tanto la capacidad de control como la de descontrol se modifican exponencialmente; cuesta ver en cada caso y en cada momento cuál de las dos domina a la otra.

—¿Dónde puedo encontrar a Midoissa? ¿Qué protocolo hay que completar para que te dignes a decírmelo?

—Intento explicarte que te puedo orientar en más del 50% de la oportunidad de encontrarla, y que si quieres gestionar con éxito la parte que depende de ti tienes que recomponer el estado del debe y el haber que os relaciona.

Por aquí no vamos bien. Vuelvo al «usted».

—Me está diciendo que siguiendo sus indicaciones la encontraré, y...

Lo dejo en suspenso. Calla de momento, pero al final se digna completar lo que ya me temía.

—Que si no lo reconduces, desearás no haberla encontrado.

No soporto a este tipo. No me ha seguido en el cambio de tratamiento. ¿Qué pretende?

—No lo entiendo. Le pido cosas concretas y me sale con elipsis.

—¡Elipsis! Qué va. Es usted quien no sabe lo que quiere, ni qué hará con lo que obtenga, que tampoco sabe lo que es, ni para qué lo quiere. ¿Los fines lucrativos son lacra o virtud? ¿Qué haría con resolver la incompatibilidad del capitalismo con la vida contemplativa, con salvarla de quedar reducida así a hobby, a pasatiempo de los defenestrados, como el pádel o el bridge, si ya es tal como ahora está?

Recuperado el «usted» vamos más en serio. Se modifica el color de posibles insultos.

—Le pido por Midoissa. ¿Me está haciendo pasar una prueba? ¿Qué más le tengo que demostrar?

—¿Qué me ha demostrado hasta ahora? ¿Que aspira a un estilo de vida a partir de la idea de que la sociedad de consumo es, de forma intrínseca y consustancial, destructiva? ¿Que no se es propietario de lo que se fagocita? La fagocitación comporta competencia; la competencia, hiperactividad. Un círculo vicioso: el hiperactivo es lo contrario del filósofo.

Diviso la virtud en saber distinguir un silencio de otro —el trabajo

hecho aquí hasta ahora.

—Somos todos unos tarados y unos inútiles, usted gana, nos abandonamos al Juego del conjunto estructurado de las incomprensiones posibles pautadas en ausencias, inconexiones, saltos de una interpretación a otra, materias primas de la vida. Al final, como en todas las epifanías, te encuentras a ti mismo. ¿Dónde está Midoissa?

Hace un gesto de desaliento.

—Usted no tiene remedio —respira hondo—. Da lo mismo, no cambiará nada —me mira con resentimiento—. ¿Se ha mirado en el espejo?

Me lleva hasta el de delante del estante roto en vaga forma de mapa de África , y con un susto insituable me veo una transformación parecida a la de él: más delgado y oscuro, agrisado, semienverdecido, tiznado por un sol tenebroso, destemplado, el pelo lamentablemente largo y desordenado, angulosamente huesudo, reseco, envejecido, disecado, momificado, enjutamente profundizado en arrugas, geométricamente hundido de ojos y deshinchado de labios, amedrentador solo para mí mismo, extenuado de los resbaladizos horrores de la crispación continua. El tipo del espejo refleja gestos que yo no he hecho, procura no acercarse a los bordes y dice sin aviso: «En la agonía, verdad es autoacusación».

Me vuelvo para comprobar si Sapirstein lo ha oído —de momento está vuelto de espaldas.

—No paso la mejor temporada —dice el del espejo, y me esfuerzo para reír—. Usted no está en muy mejor forma.

Soy yo quien refleja aquello que va haciendo el del espejo, una serie de vaguedades pseudosimuladoras, y llega un punto en que ya ni esto: él se reiría, y que yo me vaya riendo.

Sapirstein se me acerca y dice:

—Puesto que lo quiere: usted se cree que entró en la Isla de los Muertos hace unos días —me encojo de hombros y se ríe con desprecio—, pero hace veinte años.

—Muy amable.

—Midoissa está en la linterna de la Torre Negra Noroeste.

Me separo del espejo sin querer comprobar si el reflejado-reflector permanece en él.

—Vaya..., gracias. Bastante cerca de aquí.

—Depende de cómo lo mire. Cerca de distancia, bastante. De dificultad...

—¿Hasta cuándo estará?

—Yo qué sé.

—Antes me ha dicho que sabe dónde está ahora, pero no ayer ni mañana.

—¿He dicho esto? De donde está no creo que salga fácilmente.

—¿Por qué? ¿La retienen como prisionera? ¿Como rehén?

—No se lo sé precisar. Por propia voluntad no creo que esté. ¡Ha gastado tantas!

—¿Voluntades?

—¿Y qué si no? Ya solo le debe de quedar la sacrificial.

—Supongo que le debo de tener que agradecer incluso la vida, dado lo que ha pasado en el campo de refugiados. Ya puestos, ¿no me puede dar una información más precisa?

—Se la daría si la tuviera. Con lo que sé, además de lo que le acabo de decir, solo puedo especular, con el riesgo de distorsionarlo y todavía despistarle.

—Le libero de la responsabilidad. El riesgo va a mi cargo. Por favor.

—El riesgo es metafisiologizarse, disociar irreversiblemente el «yo» matérico individuado y el humus preexistente común.

—No lo entiendo. ¿Es el riesgo de Midoissa? ¿El mío si intento llegar?

—El de todos, el del mundo. Ustedes son ahora el pico y el culo a un tiempo, a punto de entrar en contacto.

Quiero jugar más fuerte, y los datos de cómo hacerlo me repugnan. ¿Enfriar o exacerbar, quién resolvería el dilema que me lo creyera? Gestionar las vertiginosas transiciones desde la transposición efectiva en una equivalencia segura y útil, por ejemplo el relato encarnado en la relación entre los números; más de uno, seguramente, ¿pero cómo sé cuál conviene? La extraordinaria tercera década, la más rica de todas:

$5 \times 4 = 10 \times 2 = 5 \times 2 \times 2 = 20$
$7 \times 3 = 21$
$11 \times 2 = 22$
$12 \times 2 = 8 \times 3 = 6 \times 4 = 4 \times 3 \times 2 = 3 \times 2 \times 2 \times 2 = 24$
$5 \times 5 = 25$
$13 \times 2 = 26$
$9 \times 3 = 3 \times 3 \times 3 = 27$
$14 \times 2 = 7 \times 4 = 7 \times 2 \times 2 = 28$

El 2 es Hermes, el Mensajero. El 24 es la Emperatriz —Isis, seguramente—, la que los acoge a todos, y los tres hijos emblemáticos son el 4, el 3 y el 2, en pugna y en obligada colaboración. El 3, Apolo, es el jefe de la facción más disidente, de donde el paladín es el 9, la peripecia del cual es suficientemente conocida: el 27 es el heredero en quien tienen puesta su complacencia. Y el 4, el primero no primo, Afrodita, es la gran compartidora. El reino contrario se mueve

alrededor del 5 y el 25 —aspirante a Emperador—, con un único punto de encuentro, el 20, donde el concurso de Hermes es imprescindible. Son los fondos emblemáticos, pero no se trata de hacer iconografía explícita —lo que cuenta son los rasgos y las relaciones. 2 puede ser Quimet, 3 Augusto, 4 Aloysia, etcétera.

Digo:

—En la antiindiferencia todo me interesa y me concierne. El secreto me separa de la masa indistinta y me permite individuarme.

—La tautología, el recuerdo y la obligación. Todos hemos aprendido el discurso, gracias. El viaje de ida hacia la desindividuación, que no será para volver a la indiferencia pasiva, sino de acceso al absoluto autoconsciente.

Quizá el sarcasmo no será tal, sino la verdad. Digo:

—Quién sabe si la reunificación de los fragmentos me permitirá saber qué he venido a hacer aquí.

—O sea, al mundo. ¿Se cree que Midoissa se lo dirá? Se le interfieren las ambiciones. Es usted más siervo del capitalismo que nunca.

—¡Y me lo dice usted, precisamente, un guardián armado!

—Sí, si lo fía a la imprevisible crueldad de las mujeres.

—Oh, ahora estoy seguro de que sabe mucho más de lo que me dice.

Suelta una carcajada.

—¡Y lo dice usted, que se presenta ante los intendentes como Equémitor! Amigo mío, Midoissa está en las alturas y usted tiene a la vez la aspiración del héroe salvador y la angélica del autorredentor. No seré yo quien se lo recrimine, ni me parece mal, pero la escalera de Jacob está demolida. Es una pared lisa, una cuerda colgada, unos escalones demasiado espaciados para la zancada humana, rodantes y resbaladizos, expuesta a vientos de ráfagas de doscientos ochenta kilómetros por hora, a sesenta grados bajo cero y a quince mil metros de altura. Hace muchos años subían gracias a un poema. No creo que le sirva de nada, pero por si acaso.

¿Cómo se va en pelotas
por las puertas del cielo?
Es lo mismo que en bolas
al váter del burdel.
¿Y no son ya lo mismo
arcada por la leche
que el pringue de la miel?
De la leche que pringa
no serás garantía.
Sin lana en el cogote,

sin granos en el culo,
sin pelos en la lengua
ni varices en escroto,
cerdo tú, tú cordero,
al menú y se acabó.
—Con las manos delante...
—Con las manos detrás...
Qué huevos, la cimera.
Irás limpio, irás sucio,
la cereza en el culo.

—Fascinante. ¿Me habla en imágenes, o estamos el doble por encima del Everest?

—Una pregunta indigna de sus antecedentes. ¿Desde cuándo este tipo de visiones se excluyen entre ellas?

Me siento más desafiante que desafiado. Perdido por perdido...

—No sé si me quiere ayudar o me quiere acabar de dar por saco. Si finge una cosa para ocultar la otra, y no sé cuál. Si de esta mierda de poema ha de obtenerse algo, estamos peor de lo que imaginaba.

Sapirstein adopta un aire paternal.

—Aunque no se lo quiera creer, somos la facción más favorable que encontrará dentro de los restos de este edificio. El mundo exterior lo construimos aquí dentro. Entre otras cosas, esto era un generador de condiciones cuánticas, una mejora sustancial de control. Faltaba poco para conseguir compensar el mecanismo que nos hace a unos parásitos de otros y, a la vez y en la misma medida, explotadores. Parte de la Isla de los Muertos ya es un campo de concentración, y no se gestiona desde dentro. Sus previsiones y las de sus amigos han resultado ciertas: la masa crítica de la revuelta ya era suficiente, pero no era lo bastante homogénea para ser efectiva, y la falta de agravios y de intereses comunes ha impedido la coherencia necesaria para articularse como conjunto con garantías de éxito.

—En definitiva, el asalto revolucionario ha fracasado.

—¿Alguien se esperaba otra cosa?

—Por favor, deje de nosotrosearme encima. ¿En qué se puede esperar que se concrete todo este empastre?

—En concentraciones parecidas a la del campo de refugiados de donde lo hemos rescatado, pero con garantías de control.

—Una prisión para clasificar y para ir eliminando a quienes no sigan las normas.

—Si lo quiere llamar así.

—Si usted quiere decir que del campo de refugiados me han rescatado...

Estoy por decirle que en el fracaso de la revolución tampoco veo el

triunfo y la recuperación del Archicenotafio, pero no debo de querer oír la respuesta. Sonríe con una tristeza tan fuera de lugar que estoy a punto de creérmelo.

—Usted solo quiere a la señora Prills, y no ve nada más. Vaya, vaya, no tiene ni idea, y yo tampoco estoy en condiciones de concretarlo, pero le puedo avanzar que no será lo que quiere y se imagina. Y no será agradable. Los filósofos de hoy son cínicos descabreados que, como no militan en ideologías, aceptan el Mal como una pieza más de un juego dentro del cual combatirlo es una estrategia tan contingente como cualquier otra, y esa aún sería una idea deudora de antiguas visiones lastradas por moralismos sociológicos rebasados por una realidad inéditamente compleja, donde el Mal ha sido deshuesado y redefinido. Digerido Auschwitz, nos queda Abu Ghraib.

—¿Qué me encontraré, la tortura? ¿La mía, la de Midoissa?

—Los alquimistas le dirían que se encontrará a usted mismo, pero esto tampoco le sirve, supongo.

—Prefiero el infierno de los filósofos al de los recaderos de la tienda.

—Pues hala. Las preferencias son libres. Vaya a donde le parezca.

—Muchas gracias. No necesito su permiso ni el de nadie para ir donde me dé la gana ni para hacer lo que quiera.

—Nadie necesita permiso de nadie para hacer lo que le plazca.

No sé de dónde se me sube la adrenalina.

—Y de hecho, no es así. En todas partes hay sátrapas con derecho a dar permiso a los demás para hacer cosas que ni ellos saben seguro que son las que quieren hacer, ni si lo quieren porque les han lavado el cerebro, ni si de veras no lo quieren para nada.

Hago ademán de irme con tanta rabia que me siento ridículo. Nos debe dar pereza liarnos en una discusión progresiva. Me dice, mucho más calmado:

—¿Necesita provisiones?

—Dígamelo usted. ¿Tendré que escalar la torre por el exterior?

—Qué va, no..., a pesar de que en cierto modo más valdría que esta fuera la dificultad mayor.

—Tengo provisiones. Sabré dar con ello.

—A estas alturas ya es un experto en la Isla de los Muertos.

—Entonces, con su permiso, me pondré en marcha.

—Si le puedo hacer una sugerencia —mira el reloj, todo un lujo—, yo de usted descansaría. Lleva pinta de necesitar ocho horas de sueño. No hace falta que me soporte durante la cena, le dejaré tranquilo y se podrá ir mañana por la mañana.

—Y así usted tendrá tiempo de avisar a quien convenga de que voy para allá.

—Lamento su susceptibilidad. No doy por perdido que la manera como le hemos rescatado le muestre las buenas intenciones. Si le tuviera que atacar, ¿no lo habría hecho ya?

Procuro no parecerle más desagradable de lo estrictamente necesario.

—Yo qué sé de sus intenciones, en qué le soy útil yendo a buscar a Midoissa. Visto cómo ha ido todo, no creo que me tenga que excusar de ser precavido.

—¡Precavido! Un autocalificativo suavísimo para el liquidador del Hegemon Kreis, y por lo que se ve, aún no sé si ni tan solo acertado —detiene con la mano mi protesta—. Vaya, vaya, no estamos aquí para juzgarnos, y menos para condenarnos —sonríe con una crueldad inacabable—. ¡Si ya estamos todos condenados desde hace tiempo!

Me lleva a la habitación contigua, me indica una despensa con latas y un par de camas para elegir y se dispone a irse sin más. Le digo:

—Sea como fuere, le doy las gracias.

Se para en el umbral.

—Sea como fuere, está claro. Si no sabe qué gano ayudándolo... Como si todo lo que se hace tuviera que tener una razón productiva.

—¿Y no es así? Lo que he visto aquí dentro...

—Lo que hemos visto unos y otros muestra muchas cosas, y cuanto más contradictorias menos desagradables. ¿Si no sabe si me debe nada, para qué me va a dar las gracias? Estaré en el despacho de al lado, o quizá no. Váyase cuando quiera, no hace falta que me lo venga a contar. Ahora nos decimos adiós. Le deseo que encuentre lo que busca, a pesar de que no sé si será lo mejor para usted.

Se va, y me quedo en la extraña soledad del condenado a muerte impropio porque ignora la causa, y no por defecto sino por exceso. Dispone de tantas causas que no sabe por cuál lo matarán. Por todas, seguramente. ¿O por cuál de ellas no? Porque esta sería la de verdad, la de mayor mérito.

El aposento me recuerda estancias de residencias académicas pretéritas. Me deprime glacialmente. Con el paso del tiempo nos es dado verlo todo más pequeño, más sucio, roto, insignificante como las formas seguras de morir, degustándolo. Con toda la desgana del mundo el condenado se va a la mesa. Hay un único dosier. Solo puedo dar por hecho que Sapirstein lo ha dejado ex profeso para mí.

Lo abro, y me llevo un susto aún más desagradable que la paralizadora insidia de la que vengo. Es una copia de la Lista, de mi Lista, una copia tan perfecta que tengo que ir raudo a la mochila para comprobar que la mía —que el original, debería decir— está.

La copia está actualizada —llevo tiempo sin tocarla— con aportaciones sobre Midoissa, sobre Spohr, sobre Bettina, sobre Mina,

sobre Curwen, sobre Rakshasi, aunque no parecen escritas por ellos, por lo menos no por cada cual desde su presunto punto de vista —¿por qué se relatarían a sí mismos en tercera persona? La leo frenéticamente; intento embridar el irresistible impulso de descubrir qué ha pasado donde yo no estaba; antes tengo que situar la naturaleza del objeto. Que en alguna medida es falso parece incontrovertible por dos razones: la letra es la misma en todas partes, una letra sospechosamente, terriblemente parecida a la mía, pero no es la mía. La segunda es aún más flagrante: salvo Midoissa, todos constatan su propia muerte, detalle que más que por la imposibilidad me desasosiega por el hecho en sí. Que en algún caso lo sospechara, o que en otros lo supiera seguro, no quita malignidad a la constatación definitiva, a pesar de la tentación de refugiarse en la opción de que si todo es tan falso, por qué no va a serlo todo esto.

Pero no: las impostaciones, ya no sé si gracias a la fuerza de la paradoja, transfieren al documento diabólico un insoslayable veneno de autenticidad, de verdad definitiva —la verdad: el terror. Entro en la duda de si destruir el mío y sustituirlo por este, si en todos los puntos escritos por mí sobre mí —¿cómo debo llamar a los escritos con mi letra por otros?— donde lo voy comprobando la coincidencia es total. No falla ni una coma. Y sí, la letra es la mía. Por eso, para mantener una esperanza, decido quedármelos los dos.

Me centro en la parte correspondiente a los hechos a partir de la llegada al Archicenotafio. Cuando dejo las anotaciones, y en cierto modo pierdo el control, el punto de vista recorre de forma sucesiva los miembros del Egrégor —pero si mueren tras la última anotación, ¿quién se ha ocupado de hacerlo constar? ¿El siguiente? El conjunto presenta una forma discursiva creíble, y añado mi parte después de la muerte de Rakshasi. En cambio, opto por no sustituir el relato de los otros con el mío a partir de donde se adopta el punto de vista de Midoissa; si se ha hecho así, debe de ser por alguna razón (pero —si soy el Elegido, ¿este texto no es la Revelación?). Sea como fuere, estoy a tiempo. En los puntos en que los otros se refieren a mí se me hace extraño mantener «Artur» en lugar de poner «yo» o el equivalente pronominal. No eliminaré mi original, para que si se conservan sirva de apócrifo y, en la línea de la tradición, para que alguien pueda decir que era el auténtico, y el otro está lleno de añadidos espurios. El documento queda así:

Hechos a partir de la primera gestión de la entrada en la Isla de los Muertos:

→ Preliminares de la entrada en la Isla de los Muertos. Primer y segundo controles.

→ Me asaltan. Comparece la Guardia.

→ Noche a la intemperie.

→ Conozco a Muguete. Conversaciones.

→ Traslado a Puerta Φ. Visión de la primera torre.

→ Explicaciones de quien resulta ser el doctor Zapruder.

→ Me recogen dos Contracamarlengos. Atravesamos un gran espacio vacío interior.

→ Entrevista con el Camarlengo Sapirstein, que me deniega la entrada.

→ Conversación con Muguete en el comedor. Numerología.

→ Muguete y yo enviamos por la red un nuevo protocolo de solicitud de entrada.

→ Por la noche me vienen a detener los Camarlengos y me encierran en la prisión.

→ Reaparece Muguete convertido en el Contracamarlengo Delora.

→ Delora me hace una oferta transaccional.

→ Paso un tiempo en la prisión (Prevención), donde elaboro un primer avatar de la Lista.

→ No sé muy bien cómo, se desencalla mi situación.

→ Paso (problemático) por el dispensador. Con la ayuda de Fabrici obtengo las acreditaciones.

→ Primer reposo.

→ En tren circunvalar. Primera experiencia (pasiva) en una zona de transparencia.

→ Me recibe el Teniente Nietsripas.

→ Primera gran reunión (previa) de la futura Comisión: Zapruder, Kelch, Nietsripas, etc.

→ Primera noche en mi estancia en la Isla de los Muertos.

→ Primer día. Primera reunión restringida de trabajo: Rakshasi, Novembrini y yo. Geometría.

→ Primera visita al Anficonversor. Vemos varias partes porque no está operativo.

→ Cena con Mina. Me cuenta su vida. Noche de sexo vampírico.

→ Segundo día. Segunda reunión restringida de trabajo: Rakshasi, Novembrini y yo. Geometría.

→ Primera sesión de declaraciones ante la Comisión: Capitán Etnorfitye.

→ Aparte en el despacho del doctor Zapruder.

→ Cena en la estancia de Bettina ella y yo solos. Sexo en esplendor.

→ Tercer día. Tercera reunión de trabajo: Rakshasi, Novembrini y yo: Rombicosidodecaedro.

→ Visita a la biblioteca Zapruder.

→ Segunda sesión de declaraciones ante la Comisión: interventor

Eytifronte.

→ Me mareo y tengo que salir. Cuando vuelvo, ha aparecido el doctor Kreis.

→ Ceno con Mina. Sobremesa con los otros. Planes para acceder a la primera persona.

→ Visita fraudulenta al lucernario, gracias a la habilidad informática de Novembrini.

→ Zona de transparencia Bettina, Mina, Rakshasi, Novembrini y yo.

→ Continuación de la vida de Mina ella y yo. Nueva sesión de sexo vampírico.

→ El doctor Kreis expulsa a Novembrini de la Comisión y lo manda detener por la Guardia.

→ Cuarto día. Nuevo grupo de trabajo restringido: Mina, Rakshasi, Bettina y yo.

→ Segunda visita al Anficonversor, esta vez en pleno funcionamiento (traumático).

→ Cuarta reunión restringida de trabajo: Rakshasi, Bettina, Mina y (imprevista) Midoissa.

→ Sobre música: el contrapunto, etc.

→ Tercera sesión de la Comisión: el Capitán Ore Buéerué, disidente, dice que hay que hacer la Lista.

→ A causa de las irregularidades, interrumpimos la vista para deliberar.

→ Fabrici describe la mecánica del Anficonversor.

→ Pacto para volver a la zona de transparencia del lucernario.

→ Entramos en el lucernario Spohr, Curwen, Mina, Rakshasi, Bettina, Midoissa y yo.

→ Pretendidamente accedo a la primera persona.

→ Exposición numerológica a cargo de Midoissa.

→ Cenamos en la habitación de Bettina. Curwen, afectado por la transparencia, se queda.

→ Mina también, y declina volver conmigo. El resto nos vamos.

→ Inesperadamente acabo en la cámara de Midoissa [...].

→ Quinto día. Grandes conversaciones con Midoissa.

→ Quinta reunión restringida, los mismos de ayer en el lucernario. Constitución del Egrégor.

→ Cuarta sesión de declaraciones ante la Comisión: Capitán Bruder Matzukas.

→ Midoissa y yo nos apartamos a la última fila. Relato formal de la vida de Midoissa.

→ La sesión se interrumpe abruptamente por el enfrentamiento

entre Crowley y Carter.

→ Nos reunimos en el Egrégor. A la hora de la cena nos dispersamos. Voy a la estancia de Midoissa.

→ Continúa el relato de la vida de Midoissa. Importancia de Kreis en su progreso.

→ Después le cuento parte de mi vida. Conversación sobre la inmortalidad.

→ Me retiro a mi estancia a redactar la Lista.

→ Sexto día. Sexta reunión restringida. El Egrégor. Recapitulación de Spohr.

→ Quinta sesión de declaraciones en la Comisión: Capitán Kladonir. Discusión con Fabrici.

→ Fabrici explica la disposición del Anficonversor.

→ Carter informa de que las multitudes sublevadas asedian la Isla de los Muertos.

→ Petición de Carter. Los gestores se retiran. Cena del Egrégor.

→ Estancia con Midoissa los dos solos en su habitación. Nuevos detalles sobre su vida.

→ Nos convocan a una celebración semanal en el Salón de las Comparecencias.

→ Celebración nocturna en el salón. Discurso de Zapruder.

→ Volvemos a la habitación. Conversación sobre el Sistema. A dormir.

→ Séptimo día. Celebración. Kreis me presenta a Camus. Conversación sobre geometría.

→ A pie hacia la Torre Noroeste. Funicular hasta la torre.

→ Torre Noroeste. Recibimiento, discursos de Kreis y el iatromantis Sartorius.

→ Conversación: Fonóctonos. Reunión secreta: Paco, Eberhardine, Valerio. Filosofía de Orens.

→ Vuelta en tren.

→ Cena de gala. Spohr cuenta la Historia de la Agencia Hera. Aventura con Merkel.

→ Desencuentro con Midoissa. Carter me hace insinuaciones insustanciales.

→ Midoissa se va sin casi haber hablado. Noche casual con Bettina.

→ A dormir a mi habitación.

→ Octavo día. Despertado antes de tiempo. Revisión de la Lista.

→ Intento de Egrégor. Nos llaman a la sexta sesión de la Comisión. Alarma: peligro, todo hundido.

→ Zapruder contemporiza sobre la alarma. Midoissa y yo, conversación en la habitación.

→ Gran confesión de Midoissa. Información de Bettina: envenenados, restricciones.

→ Midoissa y yo en la habitación. Bettina se va. Expectativas, especulaciones.

→ Midoissa y yo en la habitación. Viene Spohr: los asaltantes avanzan. Conversación con Spohr.

→ En la habitación de Bettina, después en la de Midoissa. Planes de escapada.

→ Spohr y Bettina fuera. Midoissa transparente, desdoblada. Fabrici, Mercedes.

→ Expedición con Spohr, Bettina, Midoissa, Rakshasi, Mina, y Curwen.

→ Encontramos a los Fonóctonos. Noveno día.

→ Noche con Fonóctonos. Asesinan a ciudadanos, seguimos el camino guiados por los Fonóctonos.

→ Combate Midoissa-Fonóctono: Kopfherakleion. Camino. Discusión psicoteogénesis.

→ Noche en el refugio. Discusión psicoteogénesis-Kopfherakleion. Conversación sexual con Midoissa.

→ Décimo día. Llegada al Contraconversor.

→ Nos dividimos. Yo con Spohr. Discusión sobre las medidas del edificio.

→ Revelación más que dudosa de Spohr: Kreis es mi padre.

→ Spohr y yo reencontramos a Bettina y Rakshasi, pero no a Midoissa y a los otros.

→ Undécimo día. Yo, Spohr, Bettina y Rakshasi en marcha. Llegamos donde están los asaltantes.

→ Mina y Curwen torturados por los Fonóctonos. Quién sabe si Spohr, Bettina y Rakshasi.

→ Me hacen prisionero. Noche de pensamientos. Midoissa follada por Fonóctonos y por mí.

→ Sexo y grandes conversaciones con Midoissa. Duodécimo día. Planes contra Kreis.

→ Encuentro con Kreis y su staff: Marterni, etc. Fonóctonos-Tigre devoradores.

→ Mato a Kreis. Fonóctonos a mi servicio. Vuelvo con los otros y los libero. Midoissa.

→ Punto de vista de Midoissa. Conversación filosófica entre Spohr y ella.

→ Recuerdos de insomnio de Midoissa: cómo conoció a Bettina y a Mina.

→ Curwen y Rakshasi. Decimotercer día. Artur desaparece. Mañana con Spohr.

→ Midoissa con Spohr. Punto de vista de Spohr. Abandonan aposentos solitarios.

→ Fuga de Midoissa y Spohr. Encuentran a Bettina. Recuerdos de Spohr sobre Mina.

→ Duermen Spohr, Sartorius, Bettina, Midoissa. Decimocuarto día. Recuerdos de Spohr: Curwen.

→ Recuerdos de Spohr: Rakshasi, Artur. Suicidio de Spohr. Punto de vista de Bettina.

→ Bettina sola cae en una trampa. Colgada, recuerdos de Curwen.

→ Recuerdos de Bettina sobre Curwen, Rakshasi, Artur y Midoissa.

→ Liberan a Bettina. Presa por Sapirstein. Juego: enigma que no se resuelve.

→ Muere Bettina en raras condiciones. Punto de vista de Mina. Decimoquinto día.

→ Recuerdos de Mina sobre Spohr, Midoissa, Artur y Rakshasi.

→ Mina muere estacada como vampira. Punto de vista de Curwen.

→ Curwen preso por Fonóctonos. Decimosexto día. Recuerdos de Curwen sobre Artur.

→ Gran Reunión del Juego. Vence Curwen. Recuerdos sobre Midoissa y Bettina.

→ Decimoséptimo día. Rendez-vous con Aurora. Aparece Rakshasi en malas condiciones.

→ Gran coito de Curwen con Aurora. Curwen pierde el conocimiento.

→ Punto de vista de Rakshasi. Muere Curwen en coito con Aurora.

→ Rakshasi rescatada con el concurso de Mercedes.

→ Recuerdos de Rakshasi sobre Midoissa, Spohr y Bettina.

→ Rakshasi con Mercedes y Nietsripas. Recuerdos de Rakshasi sobre Mina.

→ Recuerdos de Rakshasi sobre Artur. Decimoctavo día.

→ Mueren en una gran explosión Rakshasi y Mercedes.

→ Punto de vista de Artur. Me acoge Guidobaldo. Conversación con Eberhardine.

→ Gran conversación de principios con Guidobaldo, Eberhardine y Alcandre.

→ Búsqueda de Midoissa. Encuentro a Muguete. Decimonoveno día.

→ Llego al campo de refugiados. Conozco a Anatoli y a Reggedieh.

→ Búsqueda de Midoissa. Campo de refugiados. Conversaciones. Vigésimo día.

→ Una banda armada a las órdenes de Sapirstein destruye el refugio.

→ Matan a todo el mundo menos a mí; me secuestran. Conversación de fondo con Sapirstein.

→ Invitado a su cobijo, donde encuentro estas notas. En propiedad, donde reencuentro la Lista.

La víspera del gran viaje. O tan solo el cansancio adopta formas caprichosas, de recuerdo no buscado de una ilusión con final cruel, de asalto de la vulgaridad, de mística de la pérdida, de erótica de la desesperación.

El tipo del espejo del cual debo ser reflejo abandona el marco y me dice:

—La justicia es el porno, la constatación de la verdad en el detalle expuesto a la vista de todo el mundo, en contraposición a la filosofía, donde la verdad reside en la consistencia de la figuración abstracta, con el equivalente en la ficción actoral. Por eso la lacra de la justicia es la trampa sistemática en la verdad, la gestionable falsedad de la apariencia. ¿Qué consistencia, qué razón de ser tendría la justicia sin la mentira?

Ciertamente porno, donde si son escasas las existencias se fingen los efectos que en todos los otros ámbitos se ocultan: los chorros de leche, complementados y suplidos por una mezcla de clara de huevo y champú expelida a través de una cánula oculta detrás del miembro. Pienso en el significado de la Lista, a quién le interesa qué me queda por atar. La última conversación con Rakshasi, la vulgaridad insoportable, inventada de tan vacía. Le debía decir:

—¿Estás bien?

Me debería de contestar:

—Sí, gracias, muy bien.

—¿Muy bien? ¿Qué os han hecho?

—Yo, en fin...

—Sí, vaya, ya me hago cargo, no hace falta hablar.

—Ahora, más tranquilos.

—Esperémoslo.

Se ha hecho corpórea la destrucción autopensada en el pesar: lo único absoluto es lo efímero y lo inconsistente donde ya no hay categorías. Su esencia es la falta de espacio capaz de abolir cualquier diferencia. O de recuperarla, da lo mismo.

Me meto en una cama dudosamente limpia pero incluso demasiado lujosa en contraste con los apuros pasados. Hace más bien frío, me da miedo desnudarme y me quedo medio vestido. Exploro mentalmente excursiones gratificantes para ayudarme a dormir, aseveraciones pedantes por ejemplo, si en el asesinato del padre por causa de una mujer se revisita el mito fundacional de la libertad humana: desobedecer a Dios gracias al recurso intelectual ofrendado por la

mujer-serpiente-diablo. En el extremo de las balanzas causales, matar a Dios para obtener el veneno de la serpiente, para robar el conocimiento capacitador para ocupar su lugar —el del padre. ¿Cómo adquirir divinidad sin sacrificio? Aquí es donde debo estar.

La dificultad para pensar debe de ser síntoma del estado hipnagógico: Freud no exprime el aspecto simbólico del asesinato del padre más lejos de Edipo, Hamlet y los hermanos Karamazov (y quizá del rey Arturo) para no tener que cambiar la distribución de los atributos hasta los héroes que matan al monstruo para rescatar a la princesa: Heracles dos veces, a Hesíone y, en un avatar más sofisticado, a Alcestis; el arcángel Miguel, San Jorge, Ruggiero, son variantes de la figura. Y con esto me debo de estar durmiendo.

Y tampoco sé cuándo ni en el primer momento desde donde me levanto, a la hora apropiada para qué. Elijo algunos enseres. El material de escalada es inútil, además tampoco tengo práctica —lo dejo. Recojo lo imprescindible y me voy. Cargo las siete balas en la pistola y la pongo en el apartado más a mano de la bolsa.

Hamlet busca su destino, Fortinbrás busca a Midoissa. Emprendo la ruta. Conozco los senderos para evitar encuentros inconvenientes, a pesar de que en más de un punto la destrucción ha operado modificaciones y cuesta de reconocer el terreno. Inesperadamente se desvelan repertorios de lugares clasificados desde el sueño: vestíbulos, pasillos, escaleras, salones desde varias perspectivas. Un catálogo ordenado de sensaciones, todas como mínimo ambivalentes, mezclando dos o más referencias para no acabar de saber si estamos aquí o estamos allí. Los encuentros con transeúntes se resuelven con total indiferencia mutua. Previsible. En alguna ocasión pautan los cruces gritos horripilantes más o menos próximos, aunque nunca manifestados en primer término ni desvelándose origen o naturaleza. Unos y otros creemos resolverlo ignorándonos aún más, si esto es posible, apresurando el paso.

Donde había un muro, el derribo revela un espacio con casas de dos o tres pisos, alguna más alta, con plazas y calles con aceras, parterres, semáforos y farolas, todo alterizado, alertadoramente falso, como la reproducción para un museo o la recreación en un parque temático con fines inauditamente malignos. Irresistibles. Cuesta ver en qué proporción, con elementos inventados a partir de idealizaciones o copiados de lugares reales vacíos del todo, diluible como cualquier escenificación retorizada de la ausencia —para que jueguen niños espectrales. La destrucción convierte las casas en escenarios, en escaparates. No hay presencia humana ni vestigios de actividad doméstica, como si a la implacable lógica urbanística no pudieran corresponder indicios de vida. El ennegrecido vaciamiento de

recuerdos y referencias es un peso hecho de cadáveres, siniestro por lo que evoca y por cómo con el mismo movimiento lo elimina, por cómo son monstruosamente desconocidos y próximos en el cementerio de objetos. Simetrías y perspectivas revelando la atención dedicada a los espacios vacíos me sugieren la aplicación de los fósiles urbanos de Balthus a una evocación cruel de la Ciudad Ideal de Urbino atribuida a Piero de la Francesca, en forma de escarnio de la manera cómo las aniquiladas sociedades postidiotas actuales han olvidado la necesidad del orden de los emblemas colectivos, una burla de las ridículas aspiraciones tardoposmodernas lleno de aneurismas mentales. En el fondo superior, en lugar de cielo y nubes, el interior de una carcasa ennegrecida de yema y vellón, a punto para caer encima. El reverso de un escaparate de tienda: esto no es la muestra de algo posible, sino de lo que ya ha sido y no volverá a ser nunca más. Un templo dedicado a la feliz aniquilación de la clase media, en propiedad el auténtico núcleo del Archicenotafio.

Al final del fantasmal paraje está la base de la Torre Roja Este-Noreste donde, según Sapirstein, está Midoissa en un régimen —todavía no sé cuál es. La visión de la estructura desde el interior del conjunto es mucho más nítida que la de cualquiera de las otras torres gracias al derribo de las dependencias adyacentes, aunque la acción ha dejado el entorno en un lamentable estado de ruina, no exento de una cierta belleza. La elección del lugar excita la imaginación. ¿Por qué Midoissa aquí encerrada sola? ¿Qué espera? ¿Por qué no se ha ido con su hija? Ah, pero eso no se lo puedo preguntar.

Todos los accesos al interior de la Torre están cegados salvo uno; allí, tres guardias armados, sin uniforme, con avituallamiento de asalto. Me aseguro de que no hay ninguno más a mi alcance. Me meto la pistola en el bolsillo y voy para allá.

Cuando me ven me dan el alto, me apuntan y me conminan a acercarme despacio con las manos sobre la cabeza. Lo hago, y dedico los metros que me separan a escoger la mejor maniobra, y sobre quién ejecutarla. El del medio parece ser quien manda, un tipo de cierta prestancia que podrían tener algún interés en conservarlo vivo. Lo calculo para que me sirva de escudo o moneda de cambio, depende de cómo vaya. Me parece lo mínimo razonable mi punto de inseguridad. La caída de la red archicenotafial nos ha vuelto a todos indocumentados.

A dos metros me obligan a pararme. El del medio dice:

—Identificación.

—Soy el intendente Fabrici.

Se miran, sin señales de sorpresa ni de aquiescencia.

—¿Qué quiere?

—Vengo por una gestión con el Equémitor Guidobaldo.

—¿Con quién? ¿Qué cargo ha dicho?

El de la derecha dice:

—Aquí no tiene nada que hacer.

El del medio le hace una señal. Se me acerca para el cacheo preceptivo, y el tercero continúa apuntándome.

Antes de que me ponga la mano encima le tiro del brazo y lo interpongo entre el tirador y yo; con la otra mano saco la pistola y disparo primero al tirador y después al cacheador, sin dar tiempo al mandamás a sacar el arma. En un momento solo quedamos él y yo —a los otros les he dado de lleno. Le apunto.

—Ahora lo que haremos lo digo yo.

Sin que tenga que decírselo, me muestra las manos en señal de rendición. Lleva un cinturón con una porra, un cuchillo, la pistola y las esposas. Le quito el cuchillo y la pistola y los tiro lejos, y le pongo las esposas con las manos a la espalda. Me dice:

—No sé qué te crees que estás haciendo, pero no irás muy lejos. Eres hombre muerto.

—Ya lo veremos quién es el muerto. En la torre hay una mujer, no sé en qué condiciones, si está presa o es de los que mandan, me da igual. Me llevarás ahora mismo.

—Que te den.

Le pongo la pistola en toda la cabeza.

—Acabamos de descubrir quién será el hombre muerto. O haces lo que te digo, o el único problema que tendré en los próximos segundos será no salpicarme con tus sesos.

Me mira a los ojos. La situación se me hace inesperadamente agradable. Me dice:

—Ahí dentro, tu vida no valdrá ni cinco.

—¿Y la tuya cuánto valdrá? ¿Probémoslo? Camina.

Entramos. Lo sitúo delante de mí, con la pistola contra la nuca.

—¿Hacia dónde?

—¡No juegues con mi paciencia! Te liquido y continúo yo solo —le hago pararse—. Quizá lo haga. ¿Tienes idea de qué mujer te estoy hablando? Es especial, no hay confusión posible. Si no lo sabes, no me sirves. Te liquido ahora mismo.

Olería el pánico en sus ojos. Sí que está mal todo, que tengan que confiar la vigilancia a inútiles como este. Me dice:

—Solo sé de una.

Aumento la presión del arma en su cabeza.

—Te escucho.

—La señora Prills.

—¡Muy bien, a la primera! ¡Lo ves, qué fácil! Ahora me llevarás por el camino más corto y con menos trabas, y si pasan cosas, me harás de escudo.

—El montacargas lleva allí directamente —aunque le llevo a empujones, no me pierde de vista la mirada—. Sé quién eres. Todo el mundo cree que esto es el caos, pero quedan registrados hasta los pedos. Te he reconocido por los expedientes. ¡El elegido! —suelta una risotada—. Desgraciado, estás muerto. Seguro que ni te suena el dictamen 4989484820458683436563811 77 de la Apotropía de Dispensación de Códigos, Pases y Licencias de la Casa Madre. En su momento saldrá, y no tendrás escapatoria.

Le doy el empujón final. Mientras subimos a una plataforma en la que cabrían un par de camiones no puedo evitar la idea de si ha sido demasiado fácil, si no tiene pinta de preparado. ¿Es creíble entrar en un espacio dedicado a algo importante habiendo superado a la primera a los guardias de la puerta y sin que nadie más salga a impedirlo? Formalizo el intuido pensamiento: entre Guidobaldo, Muguete y Sapirstein me han traído hasta aquí. He escogido mi condena, que sacrificialmente pasa por Midoissa. Decir que lo he hecho libremente sería oxímoron y pleonasmo a la vez, y ni siquiera contradicción. Pero cómo me va a preocupar el dictamen 4989484820458683436563811 77 si ya no existe la Apotropía de Dispensación de Códigos, Pases y Licencias. ¡Si ni siquiera existe la Casa Madre!

Miro la pistola, y me da vueltas la cabeza ante la idea de que Guidobaldo me la ha dado de fogueo, que la sangre de los dos guardias que acabo de abatir es salsa de tomate, y este tipo me está tomando el pelo gloriosamente. No me pierde de vista ni un segundo; no me gusta su cara de angustiado suplicante. Me arrepiento de haber tirado su arma, moderna y con toda seguridad más efectiva que mi pieza de museo —aunque a lo mejor era de juguete.

Por mera comprobación pulso el gatillo, y el tipo se desploma ante mí en un charco de sangre. Pues no, todo era de verdad. O no todo; quizá este era el detalle imprescindible para dar verosimilitud a la gran farsa, y el infeliz que me acabo de cargar iba tan engañado como yo. A saber lo que le habían dicho, o si no tenía indicaciones en particular. A lo mejor ha pringado por eso, pero a mí qué me importa. Me agacho a comprobar si está muerto de verdad, si la sangre es auténtica, si respira, si le funciona el corazón; acabo metiéndole el dedo en el agujero de bala de la cabeza, y me limpio en su ropa. Las incertidumbres determinantes se mantienen; la peor, si de verdad voy al encuentro de Midoissa. El cadáver a mis pies no garantiza nada.

El montacargas sube sospechosamente lento y con sacudidas y chirridos, y debe ir hasta todo lo alto de la torre, porque no acaba de llegar nunca. Cruza sin puertas espacios abiertos, arrasados, sin un alma. La iluminación es precaria, el deterioro relata los combates, las corrientes de aire adornan la destrucción general. No me preocupan

las explicaciones posteriores, pero no puedo evitar imaginar qué pueden preguntarme, y qué estaré en condiciones de decir. ¿Sapirstein es un delator? ¿Lo he sido yo para él, o para quién sabe? La delación, incluida la autoincriminadora, presupone una jerarquía de poderes ahora más que precaria. No habiendo manera de resolverla con la justicia, solo se puede arreglar con el asesinato. No es cuestión más que de procedimiento —¿qué justicia se haría sin acabar en asesinato?

Finalmente el montacargas se detiene con una sacudida más fuerte de lo que me esperaba, y dejo el escepticismo desvanecerse despacio contra la voluntad, porque el aire se ha aclarado y estoy en la anilla final de la linterna, con las cristaleras dejando pasar el habitual ennublamiento gris alrededor de las partes del Archicenotafio desde donde se podrían obtener imágenes de la configuración del conjunto. Renacen las sospechas. ¿Todo está aniquilado, y se conservan las máquinas de fabricar niebla? ¿Quién las controla? ¿De dónde sale el mantenimiento?

Salgo con todas las precauciones, pistola cargada en mano, asegurándome de que no hay peligro en cada nueva perspectiva marcada por el paso de un muro, de un palmo de pilar. Me llevo un susto cuando el montacargas desciende. Avanzo por la estancia, fantasmalmente silenciosa; apenas mis pasos resuenan, profundizados por la gran bóveda. Las otras puertas están cerradas, y en el centro, justo debajo de la aguja propiamente dicha, hay un templete blanco cerrado, de seis o siete metros de diámetro y nueve o diez de altura, elevado cinco escalones, vaga reproducción en pequeño de la linterna, casi como un molde para construirla, con los ventanales dos metros sobre mi cabeza.

Apartando del pensamiento si se trata de un homenaje consciente o de una coincidencia derivada de necesidades prácticas, doy vueltas con mucho cuidado a esta extemporánea broma sobre el Tempietto de Bramante, y cuando he hecho dos tercios del círculo creo apreciar movimiento detrás de los cristales, como si se retirara alguien que me observaba. Acabo la vuelta para buscar la entrada y subo los cinco escalones sin hacer ruido, sin dejar de pensar en la inutilidad de tanta delicadeza. Si dentro hay alguien, me tiene que haber visto. Y debe de estar preparado según la manera de recibirme que haya decidido.

Me detengo ante la puerta. En el dintel, una inscripción: PDFR. No sé si se abre para dentro o hacia fuera, no sé si dentro me esperan; seguro —amistosamente, no lo creo. ¿Llamo? ¿Asalto? Me maldigo de no haberlo previsto, de no haber pensado qué me podía encontrar —había previsto y pensado, pero no esto. Me enfrento a la expectativa de no estar preparado oscilando entre vértigo incontrolable y vacío sin dimensión.

Sin interés de mis pensamientos la puerta se abre y me encuentro

el deseo y la incredulidad encarnados en un solo latigazo, o sea Midoissa, exactamente igual que como la he imaginado mil veces, y tan diferente en la extrañeza de su música particular, tan astralmente lejana, que no la reconozco.

—Ah, eres tú —me invita a pasar con un gesto helado—. De todas las conjeturas sobre a quién se les ocurriría mandarme, no estabas en ninguna.

—¿Quién te tenía que mandar a quién? No me manda nadie.

Lejísimos y tan totalmente ella misma.

—¿De verdad? ¿Esto te han dicho que digas?

Me acerco para abrazarla, y me rechaza. No sé en qué la reconozco, en qué no. Le digo:

—¿Qué me estás contando? ¡Que soy yo! ¡Solo quiero estar contigo! He venido a buscarte para huir de este infierno manicomial.

De la forma en que se me queda mirando no sé deducir qué imagina de mí, y no sé si lo quiero hacer. ¿Ha descubierto algo donde estoy incriminado? ¿O donde se imagina que puedo estarlo? ¿Le han dicho algo de mí que no sabía? Quizá es otra cosa —la que más me gustaría. Me ahoga la incertidumbre —las conozco y sé a dónde llevan. En teoría ha pasado la edad del máximo esplendor y atractivo de las mujeres, la de los veinte a los treinta años, pero ha acumulado una hiperautodefinición de sí misma, como si como consecuencia de nuestra separación y el reencuentro el dibujo se hubiera ido perfeccionando y esencializando hacia una bárbara, perturbadora, irresistible naturaleza divinoide capaz de compensar y rebasar con creces las ventajas de la estricta juventud. Han pasado veinte años, por supuesto.

—¿No te acuerdas de cómo desapareciste? —me encojo de hombros—. ¡Solo hace una semana, eh!

—Sí, te lo tendría que haber dicho, y seguramente consultado, pero fue un caso...

Me corta.

—No quiero saberlo. No me interesa. ¿Sabes el resultado?

Intento situarla por cómo va vestida y no lo logro. Me estrello en la neutralidad de los monjes de la sabiduría. ¿O es la de los militares de élite?

—¿El resultado de qué?

—No en cuanto a la situación política.

—No sé a cuál te refieres.

Los rasgos se le han redefinido con la nueva visión. Se manifiestan aristas y trazos enérgicos combinados con redondeces y suavidades capaces de otorgarle una ternura casi infantil. Pasadas las depuraciones del deseo, de la añoranza, el pesar y el terror, es un icono perfectamente acabado.

—Si lo sabes, me daré cuenta y será peor.

—¿Peor que qué?

—No hay alternativa: o no sabes, o eres idiota.

Cualquier descripción física y moral de un hombre a cargo de una mujer lo vulgariza, lo afea, lo embrutece. Sobre todo si la mujer es inglesa. Me vuelvo a acercar y vuelve a apartarme con más energía aún. La mirada de los demonios se refleja en sus movimientos para esculpir un vacío infranqueable y, ahora me doy cuenta, no del todo inesperado.

—Debo de ser idiota, porque no lo sé.

—Idiota no lo eres, por lo tanto no lo debes saber.

No veo y no quiero ver el objetivo del sarcasmo —no sé cómo romperlo. He querido ir al fondo y guardar la ropa —contradictorio en sí. No tener nada contra la contradicción, salvo si te desvía del objetivo, no me sirve. ¿Qué podría decirle para que se explique que no lo empeore? No me hago cargo de dónde estamos con sus palabras, sino con mi desazón.

—Supones que sé no sé qué, y no sé cómo convencerte de que no lo sé. Por favor, explícamelo y te juro que haré todo lo que pueda para que todo vaya de la mejor manera posible.

—¿Para ti o para mí?

—Para los dos —no le gusta, y me lanzo—. Para ti. Yo, da igual.

—Aquí se ha refugiado el tiempo.

—No sé si te sigo.

—No voy a ninguna parte.

Se me queda mirando. No le había visto nunca esta distancia, esta frialdad. Se ha abierto un abismo entre nosotros, y hemos caído en el descalabro. No sé si está calibrando qué decirme, no quiero pensar qué más está en juego en su cabeza. ¿Relativo a la confianza? No, a la conveniencia. Tengo ante mí la perfecta máquina cebada por la pasión, ferozmente desapasionada en la estrategia y las decisiones. Me voy tranquilizando poco a poco. Si fuera algo grave ya habría aparecido, ya me habría apuñalado. Deduzco, también, que no sabe nada de lo que me tenga que preocupar, que no lo ha sabido nunca.

—Cuando acepté formar parte de la Comisión investigadora del incidente en el Anficonversor de la Torre Norte previ la posibilidad de incidentes graves, y que Kreis montara un dispositivo de presión usando a mi hija. Con la ayuda de amigos de confianza preparé un contradispositivo de seguridad. Desde que llegué aquí, dos veces al día me he puesto en contacto con ellos para comprobar que todo iba bien. Hace unos días, después de que desaparecieras, los amigos me dijeron que la casa donde la había dejado escondida y protegida había sido asaltada por desconocidos; a los que estaban con ella los habían matado, y se habían llevado a Laube. Puse en marcha todos los

recursos, sin resultado.

Se me aceleran las pulsaciones. En qué estado ha dejado a Midoissa todo esto.

—¿Son de toda confianza, estos amigos?

—Son más que amigos. Sí, estos sí, son de toda confianza.

Me mira cada vez más imperativa. No sé qué hacer con la desazón para que no me la detecte.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—El primer impulso fue ir para allá, aunque tuviera que echarme al mar desde la torre, para buscarla yo misma, pero ¿dónde?, ¿con qué información?, ¿con qué intendencia? Cuando todavía no había decidido el qué ni el cómo me hicieron llegar las condiciones. Kreis lo había previsto todo, su muerte en primer lugar. Me tengo que quedar aquí, y mandarán a alguien a decirme lo que quieren. Solo así recuperaré a Laube.

—¿Quién te mandará a quién? ¿Quién ha secuestrado a tu hija?

Gradualmente la mirada muta hacia un desasosiego que aumenta la ferocidad latente, controladamente inexpresiva. ¡Qué diferente de la Midoissa de hace una semana!

—Debería haber atinado. La jugada perfecta, ni tú mismo sabes qué vienes a hacer.

—¿Yo? ¿Qué vengo a hacer?

Me sonríe que me da miedo. Coge impulso para una empresa monstruosa.

—No te preocupes, lo descubriré. ¿Cómo has entrado en esta Torre?

—Yo también lo he pensado, con una facilidad que...

No me deja acabar.

—¿Por qué mataste a Kreis?

—¡Tú me lo pediste!

—En parte, pero una parte pequeña.

¿Qué quiere decir «una parte pequeña»? No lo dice para comunicar nada, sino para que me pare a pensar. Me enerva el tumbo de la conversación. Me asaltan en desorden añoranzas, falsos recuerdos, recuerdos de esperanzas, cómo la veo ahora mismo, cómo la había visto, cómo esperaba verla, el cruce de visiones ora excitante, ora doloroso. Por mucha experiencia que se tenga, a partir de una cierta complejidad es difícil trazar el mapa sin elevarse del terreno. La abstracción, la planta, la rareza de tener que separarse del lugar para verlo entero, el plano de los planos. Las correspondencias del Juego de la Fragmentación, la posibilidad de usarlas como guía, las mismas que las que bárbaramente confundan sus irisaciones. El triángulo del verano (Vega, Altair, Deneb), el cuadrado del otoño (Alpheratz, Scheat, Markab, Algenib), el hexágono del invierno (Rigel, Aldeberan,

Capella, Pollux, Procyon, Sirio). Las constelaciones son una figuración más ilusoria que ninguna otra, y quizá por eso más real. ¿A cuál corresponde el Poliedro de Szilassi?

—Ver cómo había mandado matar y cómo humillaba a Camila me sacó de quicio.

—Me lo creo. ¿Por qué más?

Me acerco a ella, y me rechaza sin paliativos. Presa de un horror que no sé dónde dirigir, se me ocurre si se cree que vengo a matarla. No tener ni idea me inquieta más y más.

—¿Por qué más qué? ¿Pretendes psicoanalizarme?

—¿Por qué desapareciste sin decir nada, aquella mañana?

—Me vinieron a buscar y me lo exigieron.

—¿Quién? ¿Para hacer qué? —ya no sé si sonríe o qué hace la mirada de erinia—. ¡No me lo puedes decir, eh! ¿No has tenido tiempo de pensártelo? ¿No te han adiestrado lo suficiente?

—No me tengo que inventar nada. Me ofrecieron entrar en una nueva negociación para salir de la pausa, y la condición era ir solo. Me dijeron que eran emisarios de Paco Regomir.

—Qué gracia.

Abre los brazos y mira retóricamente a ambos lados.

—No llegamos a ninguna parte. Antes de una hora caímos en una emboscada.

Suelta una carcajada.

—Déjame adivinar: el único superviviente fuiste tú.

Me dejo caer en una silla.

—Me rindo. Dímelo tú por qué estoy aquí. Haré lo que sea para ayudarte a encontrar a tu hija.

—Has traicionado nuestros pactos, te has vendido al mejor postor, te has ido con otras mujeres.

La interrumpo.

—¿Teníamos algún pacto explícito?

—No, ni implícito.

—¿Entonces?

—Has mentido a diestro y siniestro, has preferido la complicidad de cualquier imbécil y lo has usado para triturar el recuerdo de mí.

—No he hecho nada de todo esto, pero si lo hubiera hecho... ¡No estabas, y además ibas diciendo a todo el mundo que no podrías estar conmigo!

—Solo te faltaba la táctica del «y tú más». ¿Y por qué no estaba yo? ¿Había huido y te había abandonado?

—Me habías dicho que me querías y que siempre estarías conmigo.

Se aparta con un gesto violento, se va al otro extremo de la estancia y me deja buscando dentro de mí qué he hecho, qué no he hecho, qué le puedo decir. Salvar algo y mantener la dignidad

divergen más fuerte a cada paso. Falsedades trenzadas al rojo vivo para no dejar escapar el tormento. No tengo dónde escaparme, ni mentalmente. El cultivo de las vulgaridades cotidianas en términos convencionales, sin rehuir ni los tópicos, para extraer una categoría existencial superior reparadora, salvífica. Opción peligrosa: depende de las condiciones del control, de imponderables, tal categoría podría no ser ordenadora y estabilizadora sino terrorífica. Hamartia, pienso, y me entran ganas de reír. Es imposible establecer una pareja en el amor en que ninguno de los dos, o los dos, en alguna medida, no esté sometido a una sumisión indigna y vejatoria. Lanzarme al fondo del pozo para emerger renovado, inocente.

Ella vuelve y se me encara.

—No sé cómo acabará, si estaremos vivos la semana que viene, pero no quiero saber nada más de ti nunca más, y me arrepiento de haber estado contigo más que de ninguna otra cosa en el mundo.

El peligro del exceso de velocidad no es estrellarse, sino pasar de largo. Me enerva la imposibilidad de reconstruir mi estado mental en el instante antes de entrar en el maldito templete, si de saber que me encontraría a Midoissa y me recibiría así habría dado media vuelta. Hasta qué punto era previsible, qué habría tenido que hacer o dejar de hacer para haberlo evitado. El hado del «ya es demasiado tarde», la absurda adrenalina del arrepentimiento.

—Lo único que quiero en esta vida, lo único que me queda es estar contigo.

—No me creo ni media palabra. Y ni eso: me da igual.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me vaya?

Fluctúo bárbaramente entre quererme hacer a la idea de haberla perdido y la desesperación por recuperarla, entre el deseo de estar con ella y el de vengarme. Tanto lo uno como lo otro me desatan fantasías atragantantes y alegrías feroces alternativas y superpuestas. El sacrificio final de reconocerte como traidor en el punto de consecuencias más dolorosas. El durísimo combate de desenamorarme de ti.

—No sin antes saber por qué te han enviado. ¡Eres lo único que tengo para recuperar a mi hija y, te lo aseguro, te lo voy a sacar, ay si te lo voy a sacar! ¡Aunque sea abriéndote en canal que te lo voy a sacar!

—Ni me envía nadie, ni sé cómo recuperar a tu hija, pero ya te he dicho que te ayudaré.

No sé si tarda en responder porque tiene que pensar, o porque espera algo más. O para maldecirse ella misma de no poder matarme ahora mismo.

—A estas alturas ya me da igual si dices la verdad o no. Solo me importa el resultado.

—No sé por dónde empezar. ¿A qué amigos confiaste a tu hija?

—¿No lo sabes?

Ya me he rebajado demasiado. Le digo:

—¿Por qué coño lo tendría que saber?

—No lo sé. ¿Por qué? —hace el gesto de falsa oferta del inquisidor —. Reconocer lo que sabes sería la manera más práctica y rápida de acabar con esta mierda.

—Y no me quieres decir qué no sé... No insisto. Si tiene alguna utilidad lo que no sé, tampoco sé en calidad de qué estás aquí. ¿Prisionera? ¿Rehén? ¿Ama?

Se ríe con desprecio. Recuerdo las dificultades para entrar en el Archicenotafio, y a dónde he ido a parar —la atracción del desastre.

—Quien te ha enviado tiene que ser un gran maestro del Juego de la Fragmentación.

—Quien me ha enviado aún lo desconozco más. No me consta ningún obrador de la prerrogativa de mis deseos.

—Me da igual. Piensa en el dibujo formado por el conjunto articulado de tus desconocimientos. Lo has hecho más de una vez, seguro.

De desesperarse no sale nada. Del vacío vertiginoso cardos, alambres, púas, alfileres.

—Quieres que me autoacuse, quieres que cree mi culpa a partir de tu necesidad. Te crees que emanará el mecanismo que me ha traído hasta ti.

—¿Dónde quieres que te lleve, si no?

—A salir de aquí contigo. Pero para ti no tiene ningún interés.

—¿Qué no tiene ningún interés? ¡Serás blando! Me repugna —niega con la cabeza, se sienta en un canapé—. Estoy esperando tu confesión.

No merece la pena profundizar. Que las religiones sean idealizaciones de la culpa ya no ilumina nada, porque los imaginarios colectivos son otros. Quizá el budismo... No debe de ser una religión, porque la desprecia. Digo:

—¿Confesión o autoacusación?

—Deléitame con tu idea de la diferencia entre una cosa y la otra, aplicada al caso si puede ser. Pero no mucho rato. Si eres la clave para reencontrar a mi hija, y cada vez estoy más convencida de que lo eres, no estoy para entretenimientos.

Evoco antecedentes formales. Cómo se obliga al enemigo a confesar el delito, se invita al prójimo a descubrir la culpa. Pero no es esto lo que ella quiere. Quiere que mate al sujeto que soy y que haga otro a partir del objeto construido por ella.

—Lo comprendo. Intentaré ir aprisa. No sé a qué.

—¡No sabes nada, realmente! ¡Si te tengo que creer, eres un

auténtico asno! Y no creerte sería contradictorio: te ennoblecería por la inteligencia, y confirmaría que eres un miserable embustero traidor.

—¡Qué respiro! De cómo lo has dicho deduzco que cuando menos consideras la posibilidad de que no lo sea.

—No te engañes, la considero tan remotamente como la de la resurrección de los muertos. Va, manos a la obra.

A cada minuto sé menos qué espera de mí. Y lo que yo esperaba de ella me lo ha echado a la cara.

—No sé por dónde empezar. ¿Estás capacitada para decirme si puedes salir de aquí libremente?

—Lo estoy del todo. Vamos a ello. ¿Sabes a dónde vamos?

—Más o menos.

—Las ignorancias no son como los signos de las multiplicaciones. La secuencia de dos no genera conocimiento.

—Entonces no sé qué decirte.

Se acerca sin tocarme, me mira y me señala con una imprecisión que aumenta mi zozobra. Se me hace insoportable la idea del vacío perfecto de que soy el único conocedor del objetivo, que los otros dependen de mí para acceder a él.

—Escúchame bien, puede ser que esto sea un juego, incluso parte del Juego, pero encontrar a mi hija no es ninguna broma, así que espabílate, si no te quieres convertir en mi kopfherakléion. Si lo hice con el Fonóctono, imagina contigo.

—Vamos, pues.

Pienso en qué medida es demasiado extraño que en plena ansiedad por encontrar a la hija no haya salido sola a buscarla, y se estuviera quieta esperando quién sabe qué. Carga en una mochila un fardo de pertenencias parecido al mío, y cogemos el montacargas de bajada. Recordando cómo lo he dejado, entro con precaución, pero no está el cadáver del guardia, ni señales de su paso, ni el charco de sangre en el suelo, ni las salpicaduras en la pared, ni —el detalle más extraño— señales en la porquería acumulada de haberse limpiado. Midoissa se planta ante mí con el lenguaje corporal de no dar tregua. Le digo:

—¿Qué culpa más me quieres hacer buscar, después de haberme incitado a matar a mi padre? ¿Te parece que no tengo suficiente?

—Francamente, no. ¿Te ha traumatizado? ¿Te ha neurotizado? Ni el reconocimiento ni el crimen elaboran sentimientos hacia un padre a quien nunca has considerado como tal.

—¿Te crees que sabía que podía traer consecuencias para tu hija?

—Esto ya es más interesante. ¿Lo sabías?

La acorralo en un ángulo del montacargas.

—¿Cómo te puedo convencer de la bondad de mis sentimientos y mis intenciones?

Vuelve la cara, me aparta de un empujón.

—¿Por qué no lo has hecho hasta ahora? ¿Tienes un as en la manga?

Me desespero de verdad, y lo exagero para buscar aire.

—¡Cómo te lo tengo que decir! Te he venido a buscar para huir juntos, y me encuentro un drama del que no tengo ni puta idea.

Para el montacargas en un punto intermedio.

—Tengo que decir adiós a alguien.

—¿Te acompaño?

—Prefiero que no.

Bloquea el montacargas en pausa y se pierde detrás del giro del pasillo. Siento la mente azorada por los hechos. Intento pautar qué puede estar haciendo relacionándolo con el rato invertido: tres minutos, no ha encontrado a quien buscaba. Cinco, no es importante. Diez, ya lo es un poco. Quince, planea liquidarme. Veinte, volverá con alguien más. Treinta, está pensando si no vuelve. Cuarenta, me provoca para que la vaya a buscar. Una hora, no volverá. La retienen, ahora sí, contra su voluntad. Está herida. Está muerta. Todo es tan discutible —¡tan mutable! Le pueden haber cortado el cuello ahora mismo. ¡Qué horror! ¿Qué descanso?

Vuelve en diez minutos, y ya no recuerdo a qué lo he hecho corresponder. Desbloquea el montacargas y continuamos bajando. Le digo:

—Estás convencida de que me mandan como parte implícita o explícita de las condiciones para recuperar a tu hija y, ya no sé cómo decírtelo, no sé nada de nada.

—Muy bien. ¿Y qué?

Me desespera ser incapaz de desazorarme.

—Si es así, cosa que me sorprendería mucho más que a ti..., tú sorprendida no lo estás mucho... y pues, ¿qué tengo que hacer? ¿Lo que me sale, lo que quería cuando venía a buscarte, o cualquier otra cosa que se me ocurra porque piense que te ayudaré más? O, puesto que no sé lo que será mejor, solo lo que te va a complacer.

Me mira de una manera en la que por primera vez desde el reencuentro creo detectar una chispa de inseguridad.

—Si no fuera por lo que me juego, me parecería un truco la mar de interesante. La Muerte nos espera en Isfahan. No sé quién te envía. Tiene que ser un jugador diabólico. Ahora piensas si no tienes que hacer lo que no sabes si sería lo que por este razonamiento alguien que no conviene espera que no hagas, pero como ya cuenta con que harás este razonamiento, es lo que no debes hacer. Puede ser que el alcance del proceso te lleve a hacerlo, y además hay que tener en cuenta que no es un juego de suma cero, y hacer tal cosa o no hacerla no son las únicas opciones, sino que hay miles, todas sujetas al mismo proceso deductivo.

—¿Pues qué hago?

Me mira de una forma que no puedo imaginármela más que evaluando si mi pregunta forma parte del Juego. Niega con la cabeza y aparta la mirada.

—Olvídalo, haz lo que tenías pensado.

—Lo que tenía pensado se ajustaba a una actitud tuya demasiado diferente de la que he encontrado.

Sonríe, y me ensarta con la mirada más peligrosa que he recibido nunca.

—¿Qué quieres, morrear? ¿Echar un polvo aquí mismo? ¿Te desbloquearías?

—No lo creo —digo con total sinceridad.

Arrulla el aire con la mano de un posibilismo ingrávido, nada amenazante. ¿Quién es la auténtica Midoissa?

—Estoy en tus manos. No te engañes, no quiero nada contigo porque te desprecio profundamente —fuerza una sonrisa de rendición, y reconozco el furor y la ligereza—. Tú dirás dónde vamos.

Llegamos abajo. No hay nadie, ni los cuerpos de los guardias abatidos ni, aquí tampoco, residuos de sangre en el suelo; me cargo de dudas y desconfianza. Es a mí a quien han tendido una trampa; la dama encerrada en la torre era una tomadura de pelo. Unos engaño de los otros, creyendo cada cual ser consciente de una cosa y siéndolo de otra, o de nada. La farsa perpetua, circular, en arabesco, en nudo gordiano. ¿Ella está en mis manos o yo en las suyas? Es aún más simple: no existimos. A todos los efectos, la realidad es una farsa. Le digo:

—Salgamos del Archicenotafio de una vez. ¿Tienes idea del mejor camino?

—No es el mejor sino el único, y continúa siendo el mismo. La entrada natural por la Torre Suroeste, por donde hemos pasado todos, es un páramo después de la batalla, insalubre, impracticable, infestado de paramilitares y francotiradores. En la aglomeración y los controles previos nos pasaríamos un mes. Los accesos por tierra son impracticables. La única salida es por mar.

—Estamos donde estábamos.

Me asalta la sospecha de si nada de esto es real, y se añade un dejà vu, si esta sospecha ya la he tenido otras veces —¿gratificante o terrorífica? De lo cual debe de formar parte la tentación de ponerme a la altura de Midoissa, de imitarla, una dolorosa garantía de fracaso. Lo único incontrovertiblemente real es la Nada; ¿y no es una contradicción en los términos? Sí, como, en otro aspecto, decir «la nada no existe» —mejor aún: «si no es nada, da igual si existe o no»—. De la combinación de las dos sentencias, paradójica y tautológica, se

desprende una iridiscente visión estereoscópica del caso. He ido a buscar a Midoissa para llevármela, ella se niega a estar conmigo pero se pone bajo mis designios por el exótico convencimiento de que soy el Elegido para recuperar a su hija, y aún estoy bajo los suyos porque conoce el camino. ¿Quién de los dos decide? ¿Quién manda? ¿Es por ahí que se pretende que soy el Elegido? ¿Quién lo ha decidido? Contra sí misma, la mujer que ahora me odia.

El que pretenda crear una mezcla de santa y furibunda puta obtendrá un monstruo. Nos resignamos al camino y a que, a pesar de la situación entre nosotros y los tan diferentes objetivos posteriores, el interés común a salir de aquí es una garantía consistente de que ninguno de los dos caerá en jugadas capciosas. Por tramos desiertos o transitados por indigentes inofensivos vamos directos hacia la Torre Roja Sudeste. Caminamos en silencio, evitando ir al lado, pero también excesivamente separados, como si de manera indistinta estas cosas revelaran un estado que se nos hace incómodo, no ante otros, que nos la traen al pairo. Está fuera de lugar entrar en conversación, considerar cómo estaremos teniendo que pasar horas o días así, qué le podría decir, si tenemos que mantenernos en silencio o podemos encontrarnos en alguna conversación que no nos traiga más descalabro todavía. Descarto divagaciones, viendo a quienes encontramos, si es nazi la idea de que el embrutecimiento estético lleva al embrutecimiento moral, si es compatible la exigencia de la igualdad efectiva de todos los humanos con odiar esta irremediable, infecta purria de analfabetos groseros, malolientes y maleducados. Evitamos un puente donde hay una bronca a palos entre lo que parecen dos bandas de indeseables. Más de una vez lo he visto, pero nunca tan claro ni tan de cerca. Quién sabe si unos son guardias y los otros asaltantes. La distinción ya no tiene sentido. Midoissa me apresura para no entretenerme embobándome. Caen los combatientes uno aquí, otro allá; no solo van a palos, también hay cuchillos —muchos no lo contarán.

Pregunto cómo saldremos, y me dice:

—El resto de accesos por tierra están sellados; la única posibilidad son las cámaras-válvula. Si recuerdas la explicación de Fabrici, la fuente exterior de energía de los mecanismos del Archicenotafio se canaliza a través de cámaras hidráulicas. Aparte de las que mueven directamente los silos, hay dos complejos complementarios importantes, el de la toma de aguas del acueducto exterior procedente de las montañas de Polcarm, adjunto a la Torre Roja Oeste-Noroeste, y el otro, aliviadero al mar de los excedentes de las aguas motrices de los contrapesos de los mecanismos de todos los silos anficonversores de las Torres rojas y mezcladores-distribuidores de las negras, adjunto a la Torre Sudeste hacia donde nos dirigimos, al lado de los

embarcaderos.

—Si no hay vigilancia, no parece complicado.

—Será tremendamente complicado. Adosada al silo anficonversor está la gran torre de cámaras hidráulicas emboliformes. Han volado los accesos a pie; toneladas de escombros lo hacen impracticable. Supongo que habrán dejado un paso, pero muy vigilado, seguro. El único acceso al embarcadero es por las cámaras hidráulicas mismas. He memorizado la estructura; es un prisma de base cuadrada axialmente compartimentado en cuarteles. Por cada uno se desliza un pistón prismático con diez compuertas, una en la tapa de arriba, otra en la de abajo, cuatro en cada una de las dos caras adyacentes a las cámaras contiguas (dos en la parte superior y dos en la inferior), practicables con mecanismos operados desde el control pero también, es un punto delicado, manualmente desde el interior mismo de los émbolos, igual que el resto de las operaciones del mecanismo.

La interrumpo.

—¿Me estás diciendo que tendremos que abrir las compuertas desde dentro? Con el pistón vacío, espero.

Me mira con un desprecio insultante.

—Dedícale un par de neuronas más. ¿Qué te imaginas que acciona las cámaras emboliformes arriba y abajo?

—El agua, está claro. Entonces...

Ella es como todos. Finge resolver el problema, y es quien lo ha creado y quien guía su evolución —ella y otros—, pero no hacia solucionarlo. Es el enemigo a batir, y también debo de serlo yo, contra mí mismo, contra el mundo —¿por qué tendría que ser diferente, porque soy el Elegido? La solución final no era aquella, sino esta. No somos los responsables de nuestro desastre, somos los encargados. Una comedia con muertes sin distinción entre actores y espectadores — solo se ríen los espectadores (¿los actores solo lo fingen?). El largo y tortuoso camino hacia la ardiente práctica de la compasión.

—Como no tenemos acceso al control ni nos podemos sentar a esperar a que las cámaras se muevan por la dinámica anficonversora, porque no hay actividad en el Archicenotafio, solo tenemos una opción para atravesar el mecanismo, y pasa por confiar en que al menos una de las cuatro cámaras esté en la parte superior del recorrido, porque si están todas abajo no hay nada que hacer, salvo que lleves material de escalada de primera y seas un experto en rapel.

—Lo he dejado en el refugio de Sapirstein. Podemos pasar a recogerlo.

Se queda contemplándome con una displicencia que me hace sentir el más asno de los mortales.

—Y Sapirstein te lo guarda esperando amablemente a que volvamos a buscarlo cogidos de la manita —suelta un soplido—. No

quiero saber quién te lo había proporcionado... ¡Lo tenías y lo dejaste! Aún no sabes a qué estamos jugando.

—¿Ah no? ¿Por eso me he cargado a tres tíos para llegar hasta donde estabas?

—Óyeme bien, porque en un solo despiste nos va la vida. Las cámaras se mueven por un mecanismo de balanzas de dos en dos y solo entre las contiguas, nunca entre las opuestas. Del gran eje central salen en cruz cuatro compuertas separadoras de los subsilos de arriba abajo, conteniendo un sistema de persianas impermeables que abierto deja pasar el agua, y cerrado impide la circulación. En reposo están cerrados todos los tramos, pero a través de un mecanismo accionable se pueden abrir para dejar pasar el agua, o para alterar el equilibrio de presiones y la estanqueidad de las balanzas embólicas en funcionamiento. Seguro que no habrá más de dos cámaras arriba; de hecho, lo más probable es que no haya ninguna, pero confiamos en que al menos haya una. Sin una dinámica de recuperación, no nos podemos dejar caer hasta abajo; desde más de quinientos metros nos haríamos puré. Hemos de regular la caída hasta una fase intermedia, y accionar la amortiguación con la ascensión balanceada de una de las dos cámaras contiguas, la estacionada más arriba.

—¿Cómo sabremos cuál está más arriba?

—Espero que los indicadores funcionen; si no, tampoco es tan importante. Depende de cómo lo encontremos, nos subiremos al techo de la cámara para acceder a los mandos manuales. Una vez descendidos a un segundo nivel, si no hay un mecanismo que lo accione tendremos que sumergirnos para abrir la compuerta, y la compuerta de la cámara contigua. Será el momento más delicado, porque el agua nos arrastrará como si nos tiráramos por una catarata.

—¿Por qué no vamos con la misma cámara hasta abajo?

—Porque los accesos están dispuestos de forma que por la parte superior de la torre solo se puede entrar en una de las cuatro cámaras, y la única que desagua al puerto es la opuesta a esta. Habrá que hacer dos cambios de cámara.

Dibuja el esquema.

—¿No se puede acceder a la torre de desagüe en un punto intermedio?

—¡No escuchas! ¡Hay escombros por todas partes!

—¿En el punto por donde entraremos no?

—¿De dónde quieres que caiga? En las alturas no hay escombros.

—¿Y si en la cámara de arriba no hay agua?

—La llenaremos desde la toma del acueducto.

Los silencios son densos, oscuros, tóxicos. Le digo:

—Será muy peligroso.

Se ríe.

—¡Peligroso, dice!... No tenemos muchas posibilidades de lograrlo. ¿Eres buen submarinista? —hago un gesto ambiguo—. En el último subsilo tendremos que ser un par de Houdinis. Si la torre son 700 metros, la cuarta parte son 175, pero las cámaras tienen que ser más altas para conectarlas todas a la vez a través de las compuertas-válvula. Deben de tener perfectamente 200 metros de altura cada una. En las dos primeras cámaras podemos quedarnos en la parte de arriba, pero desde la última, la única manera de salir al mar es por dentro. Imagina desde dónde caeremos, cómo habrá que calcularlo y ejecutarlo para no ahogarnos en el remolino, ni ser tragados por las turbulencias, ni estrellarnos contra el suelo.

—¿No dices que nos tendremos que sumergir para abrir las compuertas de la parte inferior? No sé tú, yo soy incapaz de zambullirme 200 metros a pulmón.

—Yo también, el récord del mundo de inmersión libre está en 100 metros. Intentaremos una inmersión lo más corta posible.

—Tampoco nos podemos lanzar al agua desde más de 30 metros. Nos partiríamos todos los huesos.

Como si no me hubiera oído, dice:

—Según los esquemas, en la parte superior de las cámaras hay cañas-espiga para accionar las compuertas a distancia, pensadas para tareas de mantenimiento. Lo malo es que no se pueden manipular desde fuera. Hay que ir al interior, y no sabemos si hay algún mecanismo intermedio; si nos tenemos que sumergir, 200 metros son impracticables. Esperemos que todos los anclajes estén en la parte superior, o poder ir cogiendo aire en algún alveolo estructural de por medio.

Estoy a punto de decirle que me desdigo, que prefiero un mes de cola —más o menos lo debí de hacer para entrar— y cruzar deprisa el paraje de francotiradores.

—Te aligerará jugarte la vida.

—Y a ti no, ya lo veo. Hace días que la vida de ninguno de nosotros no vale una mierda.

Estoy a punto de decirle que soy más consciente que ella, pero lo dejo estar por la incapacidad de argumentar qué interés tengo de continuar viviendo. Lo sé, pero si se lo dijera, la respuesta podría ser demasiado dolorosa.

—Si no lo conseguimos, tampoco se perderá gran cosa.

Me mira con el desprecio aligerador.

—¿No te preocupan tus hijos, que se acaban de quedar sin madre?

—Hace tiempo que mis hijos no tienen madre. Están internos en un colegio, pasan bastante tiempo y las vacaciones conmigo, con los abuelos, con tías y primos. Mi ausencia estaba más o menos prevista, las ha habido más largas. Cuando los vuelva a ver lo compensaremos.

Aparta la mirada. La veo cansada.

—Ningún problema por tu parte, pues. Te puedes permitir el lujo de morir.

—Preferiría sobrevivir, pero si se da el caso tienen el futuro razonablemente asegurado. ¿Tu hija no?

Me contempla con un odio ponderado.

—En el aspecto material, por supuesto. Debiste de ser padre por azar si consideras que con esto es suficiente.

Espero que me pregunte si no me he puesto en contacto con mis hijos a propósito de la muerte de Camila, si en la medida que sea no he hecho de padre en un momento tan difícil —pienso en lo que le diré. No lo hace.

—Según tú, no. ¿No es egoísmo? ¿Necesitas más tú a tu hija que ella a ti?

—Podría ser una definición del amor —se me adelanta—. Sí, en este caso una pregunta es una buena definición.

—Y depende de cómo la respondas...

—Tengo la respuesta —se adelanta de nuevo—, y no me interesa

para nada la tuya.

Sin habérsenos cruzado nadie significativo —cuatro gatos apenas, ya más zombis que cazadores, una pobre, flatulenta, arrastrada chusma—, llegamos a otra zona de escombros. Se trata de ascender. La Torre Sudeste está cerca; detrás de tantos cascotes y basura. Cómo si me quisiera mostrar que no hay salida por los niveles inferiores sin volvérmelo a decir, me lleva por los posibles accesos, acaso para hacerme comprobar hasta qué punto son verdaderamente impracticables, que no queda ningún paso por estrecho y tortuoso que sea.

En cambio, cuesta poco encontrar una escalera ascendente. Al revés de lo que ella ha dicho, no hay ni un alma; ninguna vigilancia para un lugar que se supone clave para el control de los accesos al Archicenotafio. Esto me hace sospechar de nuevo, y más que nunca, pero como ya van unas cuantas y Midoissa no lo comenta, me abstengo de señalarlo, animado por una mezcla de indiferencia y curiosidad.

Antes de enfilar la escalera buscamos ascensores y montacargas, y no encontramos ninguno que funcione; en más de uno los escombros sobresalen por el vacío, en otros falta la cabina, o está estrellada al fondo.

En una altura ya considerable, hacemos un receso para sentarnos y abrir una lata y un refresco. Le digo:

—Imaginemos que lo logramos. Una vez en el embarcadero, ¿qué? ¿No estará vigilado?

—No he dicho tal cosa. He dicho que confío en que no lo esté mucho. Nos la tendremos que jugar.

Ya es flagrante que oculta información. De no entenderla emana una bárbara categoría sentimental. Con la vida de su hija en juego, ¿qué es capaz de dejar en mis manos? Si no hay confianza —tan solo pensarlo es para reírse—, tiramos del miedo.

—Algún plan tendrás.

Me desafía con la mirada.

—Eres tú quien ha decidido huir. ¿No lo tienes tú?

—¿Cómo quieres que lo tenga? No tengo línea... De hecho, ya no tengo ni smartphone.

—¿Y cómo piensas salir? ¿Asaltando un barco?

Me encojo de hombros. No sé descifrar entre ella y yo en qué dirección va la deuda.

—Si no hay otra opción...

Niega con la cabeza, y creo adivinar en la sonrisa sarcástica una sombra de humor que me produce un descanso reconfortante —efímero.

—Todo sea por Laube —se pone a escribir y a enviar mensajes—.

Por suerte, los amigos continúan al pie del cañón —la pantalla se ilumina cuando va recibiendo respuestas—. Solo habrá que avisarles cuando iniciemos la operación, y coordinarnos para que nos recojan con la lancha ultrarrápida.

—¿Has concretado el punto?

—Sí, pero no te lo voy a decir.

—No te fías de mí.

Me maldigo de haberlo dicho. No sé, no quiero saber por qué lo he hecho; ¿para darle coba? ¡Si lo usará contra mí! ¿Por qué no se puede fiar de mí? ¿En qué puede decir que he ido en su contra, en qué la he traicionado? Y no obstante, en cierta medida, voluntariamente ella misma se coloca en disposición de tenerse que fiar de mí, cosa que no sé cómo templar. Si se imagina que desconozco los términos y el alcance de este pseudoacuerdo, le debe de tranquilizar considerarlo una ventaja para ella.

—Basta de divagaciones. Ya debe de ser de noche; quiero llegar arriba. Si todo va bien, la operación no durará ni diez minutos. Por lo que pueda pasar en el puerto, vale más empezar por la mañana.

Continuamos arriba por escaleras en ruinas, a oscuras a menudo. La linterna agota las pilas y nos tenemos que guiar por la luz de su smartphone. En algún tramo los escalones han desaparecido como limados por el paso de un objeto devastador. Cuando el paso se amplía y parece que ya estamos, nos encontramos unos cuantos cadáveres, dejados tal como han caído abatidos por disparos, o por una explosión. Lo matizo cuando me entretengo a mirarlos. Algunos tienen señales de violencia directa, los han matado a mano. Midoissa no se detiene. Camina a destajo. Yo me quedo rezagado porque me inquieta pisarlos.

Una vez arriba, ya por la noche accedemos por un ángulo a un espacio cuadrado de unos 100 por 100 metros y unos 18 de alto, con el suelo lleno de trampas de medidas diversas —la mayoría cerradas, algunas abiertas—, practicadas por complejos sistemas de balanzas, poleas y ruedas dentadas, relojes gigantes y grúas incomprensibles. Los mecanismos correspondientes presentan un descuido y un deterioro poco tranquilizadores, rebasando con mucho el posible efecto del tiempo transcurrido desde el asalto de los indigentes. El suelo está lleno de objetos de todas clases abandonados y de suciedad. Aquí hace meses que nadie pone los pies.

Nos paseamos. Va quedando claro qué corresponde a cada una de las cuatro cámaras. Midoissa se concentra. Le digo:

—El material no parece fiable. ¿Seguro que funciona todo esto? ¿No nos quedaremos colgados a la mitad? ¿No caeremos abajo del todo de golpe?

Me dedica una sonrisa de complacencia cruel.

—Todo es posible.

Hago el cálculo.

—Si cada cámara mide 200 metros de alto, y este espacio 100 por 100, descontando los grosores de las paredes, redondeándolo cada cámara tiene 20 × 20 × 200 = 80.000 metros cúbicos. Si un metro cúbico son 1.000 litros, y cada litro de agua pesa un kilo, cuando está llena cada cámara pesa 80.000.000 de kilos, más lo que pese la cámara vacía, que tiene que ser bastante para resistir este peso.

—Son de titanio.

—¿Qué sistema mecánico impulsa todo esto arriba y abajo? Aun así, ¿qué topes sostienen 80.000 toneladas, con el agravante de posibles sacudidas?

Continúa sonriendo.

—No te los puedes ni imaginar, los topes.

Inspecciona las trampas. Le digo:

—En fin..., misión suicida.

—Un suicidio controlado, una nueva figura retórica para tu colección. Estamos de suerte. Tenemos el prisma hidráulico apropiado aquí mismo. Una feliz casualidad, porque no nos servía ninguno de los otros.

—Ya lo dijiste antes. Qué bien, ¿no?

Un nuevo azar favorable me parece el colmo de la suerte. La inequívoca peste de la tomadura de pelo vuelve en todo su esplendor. Nos quedamos mirándonos. Si fuéramos metálicos, saltarían chispas. Quién está en condiciones de exigir o de reprochar qué a quién, he aquí el reto mutuo. Quién persigue, quién huye; quién pide, quién niega o acepta; quién ataca, quién se defiende; quién odia, quién se entristece. Eso sí que lo sé —me apostaría lo que fuera.

Tiene un pronto y se vuelve para examinar los mecanismos de las cámaras-pistón. Va arriba y abajo con desazón —no me atrevo a preguntarle qué le preocupa tanto. Comprueba una y otra vez los registros, los datos en las pocas pantallas operativas, en los boletines y extractos a mano colgados de pinzas junto a los paneles. Me mira con tedio y desaliento.

—Estaba equivocada. La cámara de aquí arriba está llena de agua, y las otras no. ¡No podía ser de otra manera! —me señala unas notas —. El interior de los pistones por donde discurren las cámaras también es inundable. La única forma de hacer ascender una cámara contigua a la primera es mantener cerradas todas las compuertas salvo las que comunican los silos de las dos cámaras por la parte superior de la más elevada, dejar caer la nuestra para hacer ascender la otra hasta que queden de lado, accionar lo más rápido posible los topes, trasvasar el agua de la primera cámara a la segunda y en el momento preciso de equilibrio cambiar la apertura de los topes de la primera y la segunda

cámara a la segunda y la tercera, y repetir más adelante la operación con la última, la que da acceso al puerto.

—Si el silo de aquella cámara lleva directamente al agua del puerto, ¿por qué no la usamos desde el comienzo?

—Porque igualmente tenemos que acceder desde más abajo. Tal como están situadas todas no llegaría hasta aquí arriba, y aunque pudiéramos, para evitar filtraciones toda la base del silo está ocupada por rejas y filtros que no podríamos atravesar.

—¿No hay rejas y filtros en la última cámara, la que según tú sale directa al mar?

—Sí, pero para no interferir el flujo de agua no son tan densos, y pasa una persona.

—Y dos también, espero.

Me mira con cara de decir «si fuera por mí...».

—Hay un problema. La removida de las aguas del embarcadero no pasará desapercibida. Incluso, si hay un barco pequeño atracado cerca de la presa de agua, podemos causar una desgracia.

—Cuando emerjamos, nos estará esperando el pelotón de fusilamiento.

—No si mis amigos han hecho lo que tienen que hacer.

Pienso en mis hijos, en su capacidad de supervivencia sin mí, y fantaseo con la idea de que lo que antes me ha dicho ella no tiene nada que ver. Digo:

—Que no me dirás lo que es. ¿Qué probabilidades tenemos de lograrlo? ¿Una entre cien? ¿Entre mil?

—No es momento para números.

—¿Lo ha sido alguna vez? ¿De qué han servido las disquisiciones geométricas?

—¿Tú también aplicas el utilitarismo primario a todo? Te daré una razón incontrovertible: las matemáticas sirven para tener algo objetivo, razonablemente verdadero y, sobre todo, inmutable. Son la única disciplina del conocimiento donde los nuevos hitos no invalidan los anteriores, sino que los consolidan y amplían. Así como las artes aspiran a la condición de la música, las religiones y los grandes sistemas de pensamiento aspiran a la inmutabilidad de las matemáticas. Las estrellas cambian de brillantez y de posición, estallan y desaparecen, pero por más que sofistiques los métodos y los sistemas, dos más dos continuarán siendo cuatro como la primera vez que un ser racional lo formuló.

—No me sirve.

—¿De qué sirve la música? ¿De qué sirve el conocimiento abstracto? El mundo entero son datos para las soluciones, y todavía más para las que ordenan la mente. Teníamos que seguir los poliedros para quedarnos en uno.

—¿Cuál? —intento transmitir escaso interés en la respuesta, y ella abre los ojos como para decir «¡piensa!»—. ¿El Dodecaedro troyacordial? ¿El de Durero? ¿El Cubo? ¿El Rombicosidodecaedro?

—El Poliedro de Szilassi —sonríe a medias—. Ya que no te atreves con el de Triptólemo.

Parece que espere mi aquiescencia, y me maravilla que la conversación sobre conceptos le desactive la desafección hasta el punto de hacérsela olvidar, o como mínimo que lo parezca, pese a que no me engaño sobre las posibilidades de futuro.

—Ilústrame.

—La Cinta de Szilassi ha sido completada. Estamos en el final del Juego de la Fragmentación. A partir de aquí, la realidad empezará a desactivarse.

—¿Porque las impostaciones de la primera persona son falsas?

—¿Qué quiere decir falsas? ¿Que lo que se decía no era cierto? ¿Que no era verdad que hablara en primera persona quien figura que hablaba? En este caso, ¿quién hablaba?

—Son falsas en un sentido, en otro no.

En tono de fastidio, dice:

—¿En cuál, en cada caso?

—En los dos. En la misma medida en que lo que ahora hagamos y decimos tú y yo es a la vez falso y verdadero. Las sombras de la cueva platónica no corresponden a los entes de donde emanan. El noúmeno y el fenómeno han entrado en contradicción.

—No sé cómo no me he dado cuenta antes de hasta qué punto eres idiota. Si te quieres volver loco, tú mismo.

Digo:

—Hemos de volvernos locos para sacar algo en claro. En el molde está la vida.

—¿De veras? ¿La tercera persona es más fiable en términos de fidelidad al mundo percibido?

Estoy por decirle si la primera persona tiene vida propia al margen o por encima del huésped detentador, y me dan ganas de reír —la primera persona me lo impide.

—En absoluto. La tercera persona la emite alguien, no es algo que brote espontáneamente de los aires de los cielos, como el viento, la lluvia o las estaciones. Y no es una, son muchas, y de tipos diferentes. ¿Quién las emite? Que no lo sepamos, o creamos no saberlo, no es prueba de nada.

Me responde con una calma que me da más miedo que los prontos de mala leche. La veo más incontestable —mis respuestas le serán mucho más indiferentes.

—La existencia de una realidad objetiva de los hechos, una cuestión de fondo sobre la cual continuaremos discutiendo durante

siglos. ¿Hay una realidad exacta como un teorema matemático, imperturbable, indiferente a quien la mire? No: si se puede considerar objetiva la existencia-en-sí, la realidad es el conjunto de las visiones emanadas de todos, a veces sutilmente diferentes una de otra, y nunca idénticas entre sí. La memoria es un gusano, la esencia del Yo que se pone a actuar, a deformar, indiferente al tiempo. El Yo es el depredador de la memoria.

—Y aun así, por mera combinatoria se puede producir el prodigio de que dos visiones de un hecho coincidan exactamente.

—¿Cómo se le llama a eso cuando pasa?

Nos reímos.

—¡Yo qué sé! ¿Amor?

Reacciona burlona, menospreciativa tal como era de esperar. Me ha expulsado para siempre del circuito; solo me salva que cree que tengo la solución de algo que no sé lo que es, un juego de póker con jugadores con los ojos vendados. ¿Somos piezas de un ajedrez movidas por dioses inalcanzables? ¿En algún momento de la vida ha tenido sentido la idea de morir en paz? Quizá cuando había algo por construir, un lugar a donde ir, un Egrégor donde expandir la conciencia —como ahora no hay nada de esto, no veo ninguno. Morir como un perro es un tópico, y tampoco imagino aires de grandeza en una muerte que no comporte llevarse de paso al otro barrio a alguien destacado o a una cantidad ingente de acompañamiento. Este no es el caso. Moriremos sin escenario, sin significado.

Midoissa debe dar la inspección por acabada; entiendo que no puede planificar más allá, y lo que queda depende de lo que nos iremos encontrando. Buscamos acomodarnos para intentar dormir, a varios metros uno del otro.

Después de cenar caemos en una extrañeza formal. Tenemos los lechos correspondientes preparados, y parece que decirse «buenas noches» quedará todavía más fantasmal que cualquier eufemismo aproximativo, que ya sería suficiente, a pesar de que esto me lo parece a mí; ella, quién sabe, peor, seguramente. Distante y neutra como una azafata de vuelo, me dice:

—Mañana pasaremos por una exigencia física extrema, así que procura descansar.

Casi ni la he escuchado. Se me presenta la impertinencia de Sapirstein: te emborrachas una vez por semana y dices, por un día no pasa nada; comes sano una vez por semana y dices, ya hago bastante para estar bien. Puede ser la última noche de nuestras vidas; ¿a qué la dedicaremos? Le digo:

—Me parece digno de meditación que habiendo sido tan difícil entrar aquí, todavía lo sea más salir.

Se me queda mirando de una manera que no puedo saber lo que

me espera. ¿Deja tiempo para pensar? ¿O para decir otra cosa? ¿Para sentir que orgullo y cobardía son lo mismo? Cuando sonríe lo sé: he de ponerme en lo peor.

—Qué desgracia acabar con un fantasma como tú.

Tengo un ataque de pesar agridulce destilado en renuncia suprema: ya no queda nada por lo cual yo pueda ceder lo que siempre he dicho que no cedería. Ya nada me sabe tan mal perder para ser capaz de renunciar a todo; es el camino sustancial, diferente del de la juventud. Una vez más, me responde el desasosiego que me despierta. Sí, es una bárbara esperanza identificada en un espejismo estético lo que me empuja a ayudarla sabiendo que esto no la hará volver conmigo, una forma de autocastigo parasuicida, la sublimación del autorreconocimiento final: quedar en paz con aquella con quien no me he atrevido nunca a acabar de ser yo.

—Una vez que hayamos encontrado a tu hija, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—Tú y yo.

—Tú y yo nada —se le afila la mirada—. No te atreves a decirlo porque todavía no te lo crees, pero estás pensando qué motivo tienes, si no, para ayudarme. Realmente, ni en la apreciación más pesimista habría imaginado que fueras tan miserable.

—Lo soy más de lo que crees.

—¿Crees que te daré el gusto de decirte «hazlo por mí»? ¿Crees que no sé dónde intentarías llevarnos?

Me hiere como nunca el oleaje de la ansiedad de interesarme todo, la tristeza de no interesarme nada, la fatalidad de la vida no vivida, el ansia por los territorios no visitados, el inacabable tedio de las reiteradas decepciones.

—¡Qué segura estás de todo y de todo el mundo! ¿Quienes son tus amigos? Da igual, no me lo quieres decir... ¿Estás segura de que no son ellos quienes te han traicionado?

—Tú me has traicionado.

—Quieres llenar un vacío con otro vacío. Pretendes obligarme a construir mi culpa.

No sé si apartarlo del pensamiento o bien obligarme a reconocerme en la manera como se acerca el hombro a la mejilla, en la arruga en los labios reveladora de un cálculo que yo querría favorable, ¡y hasta qué punto lo querría!, y debe de ser depredador. La realidad y el deseo apartados por un abismo cada vez más infranqueable.

Nos separamos, cada cual hacia su lecho. Unos cinco metros de distancia, ni privacidad ni intimidad. Me intriga cómo se quitará la ropa, si no se la quitará —la temperatura no es determinante—, me desagrado esperando a lo que hace para hacer lo mismo, me degrado

aceptándome. Me dice:

—Si tienes que buscar tu culpa, en fin, no has entendido nada de nada.

No le puedo preguntar si esto quiere decir que no hay culpa o que es tan ufana y evidente que me tendría que estar aplastando. Como si se tuviera que acabar en un prodigio inesperado, me quedo mirando cómo se quita la ropa con un desprecio provocador, pero seguro que de cosas diferentes para ella y para mí, despacio, como yo buscando la culpa. Acogido a la expectativa de liberación por las lágrimas, renuncio a negociar la exigua felicidad de una vida protocolizada y me abandono a probar la felicidad absoluta del sacrificio. Aunque me creo capaz de imaginármelo, no sabré nunca cuál habría sido la más intensa, pero sé cuál será la más duradera. Mi sacrificio está en la intención; el de Midoissa, en los hechos.

El primer paso para el sacrificio es desnudarse. Lo identificas con la tortura —sabes que el amor ha entrado en la fase definitiva cuando hay que quedarse sin ropa. Ella no se la quita toda —se queda como en las primeras noches de conversaciones, y en cambio no me pierde de vista. ¿Ha habido algo ardiente? Mucho, a pesar de que no sabría decir qué y hasta dónde: la identidad de los gestos, las paradas, la plena conciencia del efecto producido. Le digo:

—Como tú ya la has encontrado, no hace falta que me mate buscándola.

¿Qué desnuda la cara de la amada, que siempre está desnuda? No siempre lo está, las intenciones la visten; las expresiones defensivas, las impostaciones, cuando se disimula, cuando se engaña. No va desnuda sino vestida, se desnuda cuando pierde la protección de la compostura. La viste la voluntad, el sacrificio la desnuda: cargándola de inexpresividad, la desnudaría la exacerbación de la sentimentalidad en el porno, ferozmente revertida la del porno en la sentimentalidad, tanto una cosa como la otra tan solo recuerdos envenenados de recalcitrante deseo. Los pensamientos se estrellan en un descontrol —la viscosidad de la libido. El sexo se practica en privado porque la cara de disminuido mental, la pinta de ausencia de pensamiento y hado civil deja en tal desprotección que de ella no puede quedar constancia. (Ahora su cara, la desidia, la desidia. Solo desnudarse la vestiría, la transfiguraría en la invencible. Los ojos y la boca abiertos, el cuello ofrecido, las axilas mostradas para desproteger —y enaltecer— los pechos, las piernas abiertas, los labios de la vulva separados con los dedos, todo eso no es nada.) La pornografía no está en los genitales, sino en la cara. La actividad sexual sin caras no es porno, es fisiología.

No hacía falta que me respondiera, pero lo hace.

—¿Matarte? En otro momento te habría llamado exagerado... Ahora, tan solo inútil.

La cara, la identidad. Fugarse por la displicencia de la ataraxia inexpresiva. Hacerse una ilusión, que quede la bárbara esperanza. Habiendo buscado sin éxito el error acertado, acogerse a la blanda desistencia como quien renuncia a luchar contra la corriente y liberado se deja arrastrar a la destrucción. La posesión, la verdad, la recompensa y la pérdida.

—¿Qué no ha sido inútil? ¿En qué podría ser útil?

Ella se detiene, y se detiene todo. Es hora de descansar para enfrentarse al Minotauro mañana por la mañana. He pasado de Elegido a condenado. Solo se mantiene el idiota sagradamente desconocedor del porqué tanto de una cosa como de la otra. Sin decir más, se vuelve y se echa; no es Ariadna, es el Minotauro. Para superar la pérdida —qué remedio—, el cansancio.

Intento dormir entre dudas de intendencia: la posición, el abrigo, si hará frío. No me atrevo ni a moverme, y el no-atreverme es indiferencia y terror, porque es el lugar donde indiferencia y terror son lo mismo. Midoissa se ha dado la vuelta y se ha transformado en un montón de ropa informe. De repente, no está. Si no doy con la culpa, da igual buscar el argumento. Recuerdos, cuentas pendientes, mis hijos, los paralizantes problemas perpetuamente aplazados y retornantes, pronto espíritus asesinos. Inmerso en la ansiedad, a pesar de tener fatalmente y sin duda identificada la causa, la idea de Midoissa, cualquier problema antes abordado sin descalabro mental me da un latigazo de adrenalina tan bestia como pensar de pronto en ella después de unos minutos de distracción. No es la primera vez que sufro los efectos de un insoslayable mecanismo perseguidor; cada detalle de la vida cotidiana, abrir un cajón, un anuncio, hablar con alguien, renovar un deseo, revisitar un recuerdo, constatar una forma, trae un disgusto que devuelve la desgracia momentáneamente apartada —nunca había sido tan atragantante como ahora. Más que las ausencias, los detalles acentúan el vacío sin esperanza. Goethe dice que todo lo comparamos con nosotros mismos, y nosotros mismos nos comparamos con todo, pero la felicidad o el infortunio no circulan, tal como él pretende, de los objetos a nosotros, sino de nosotros a los objetos. Es un mecanismo de pérdida.

Si no hay un material de mayor interés para obtener, ¿qué nos tenemos que torturar? Desconcertado de insomnio, me desespero buscando terapias, para refugiarme y justificarme revuelvo con furor todos los detalles de Midoissa que me desagradan, no los encuentro donde los encuentro, no sé si los rescato de la imposible memoria del deseo, cuando la conocí, del tránsito tan mal observado y nada documentado hasta la mortal enfermedad de ahora. Inútilmente me debato entre lo que tendría que haber hecho y lo que no, en envidias de modelos de vida que siempre me han repugnado —o me parecía

que tenían que hacerlo—, que da lo mismo jurar amor eterno, si será contraproducente, porque he visto parejas ancladas en solemnes declaraciones absolutas burlándolas en inexorables separaciones, y he visto otras que por miedo, por vergüenza, por delirios de ideas o de estilos o por lo que sea siempre se han resistido a hacerlas, y continúan juntos. ¿Eran razonables las vaporosas —¿o rocosas?— formas de algún «para siempre» con Midoissa? ¿En algún momento me lo había imaginado? El imparable desasosiego actual me obliga a deducir que sí.

Como no paran de dolerme los pensamientos laterales, como todos me devuelven a la ausencia sentimental de Midoissa, da igual que me abandone a pensar en ella y en nada más. Que hayan sido suficientes los minutos que hace que ella ha fingido que se dormía para que se le desluciera la imagen se vuelve una ilusión tan llena de paradojas que evaluarla en términos de certeza se me aparece como un suicidio fragmentado. ¿Ya había pasado antes? Como, seguramente por exceso de materiales y agitación, no queda nada fijado en el proyecto de recuerdo, todo lo estoy modificando —un punto especialmente difícil. La cara de Midoissa, ahora vestida, no se asemeja a ninguna otra, no la puedo referenciar en ninguna convención. No puedo decir, es así, es asá, delicada, potente, es como la de aquella otra mujer en este aspecto, como la de aquella otra en otro, me recuerda a X*, me hace pensar en J*. ¿Es en ella todo único? No le hace justicia ningún tópico. Parecería hecha de rarezas, un monstruo de otro planeta —nada más lejos de la realidad. Todo, cada detalle, es en ella próximo, identificable con datos propios de otra mujer, pero algo, quizá el conjunto, la manera de moverse, que tampoco se distinguiría por nada en particular, hace de estas minúsculas distancias abismos y acantilados. Su incomparabilidad esencial es una realidad técnica, independiente de toda consideración sentimental pretendidamente asociada, ¡y yo que estoy dispuesto a asociar tantas! Me consuela y me entristece si esto quiere decir que ninguna otra mujer no me la recordará nunca, pero lo dudo, porque ya me ha pasado —en la imaginación—, con resultados demasiado punzantes: me la recuerdan por contraste y disminución. Una es más fea, otra más enclenque, otra menos alegre y elegante, no sonríe nadie como ella, nadie es bastante inteligente como para burlarse como ella de la propia inteligencia, no tiene nadie la brillante alegría de sus ojos, la sensualidad de su boca y sus gestos, su movimiento, sus desafiantes cabellos negros, su olor, la cadencia del cuello cuando discute, aunque me insulte, nadie se burla de los filósofos como ella, nadie imita como ella al político imbécil, al actor histriónico, al periodista zafio. Caigo en lágrimas cuando concluyo si se merece unos azotes, pero nunca mi resentimiento. Por suerte no me ve nadie, y debe de ser por eso por lo que no le veo

ningún valor. El insomnio salvífico me defiende del miedo. Sin éxito.

No sé, una vez más, si no he dormido, si he dormido un minuto o tres horas cuando me sacude la luz lechosa del alba asesina, y Midoissa ya trastea.

Con luz del día, el lugar despliega todo su esplendor amenazante. Cada cual preparándose el suyo, tomamos un bocado frugal (por encima de la náusea yo me tengo que obligar a tragarlo), evitando liturgias sociales de compartir momentos de refrigerio; no es una comida, somos dos máquinas repostando. ¿Y ahora a dónde vamos? La horrible, persistente sensación de dejarlo todo inacabado, desconocido, no visitado, no realizado; qué habría podido ser mi vida con más atención, con dedicación. Ella firme y decidida, yo con una piedra en el estómago recogemos los enseres sin ni una palabra, desde el reino del vértigo entramos por la espina central del lucernario, y distinguimos claramente las cuatro cámaras, en primer término la situada a nuestra altura, a los lados los vacíos profundos de las otras tres. Midoissa me dice:

—La operación será rápida, sin tiempo para pararse a meditar, a reposar ni a corregir. Repasamos lo que no tengas claro. A la más pequeña vacilación o error nos dejaremos la piel.

No tengo nada claro, pero no es el momento de grandes enmiendas. Le digo:

—¿Si la otra cámara está vacía hará el contrapeso? ¿No bajaremos en caída libre?

—No. Hay zapatas de freno para regular la velocidad y, llegado el caso, amortiguar la caída. En último extremo, en los rieles, topes de seguridad accionables para trabar las cámaras donde haga falta. En caso de caída libre accidental de la cámara, se accionan automáticamente. Lo he estudiado, los vacíos debajo de las cámaras también son clausurables como espacios estancos, y pueden contener agua, aportada a través de los acueductos o aspirada en el mar, a través del mecanismo embólico.

—¿Succionada con qué fuerza?

No muestra impaciencia. Ningún signo pasional. Impertérrita. Para hacerme a la idea de perderla para siempre, exalto todo lo que me molesta, con la seguridad de que ella ya lo ha hecho conmigo sin costes decisivos. El resultado lo empeora: no me desagrada nada. Dice:

—Con la contrapresión de la cámara llena que haremos bajar.

—Espero que tengamos ventaja, porque contando las pequeñas pérdidas y que la estanqueidad no sea tan perfecta como la de una jeringuilla en una pieza de este material y dimensiones, aspiraremos menos cantidad de líquido que el que haremos bajar, y también en el segundo cambio de cámara, cosa con la cual cada vez bregaremos con volúmenes menores de aguas turbulentas, con menos riesgo.

—Así me gusta, optimista. Cierto, son mucho menos peligrosos 78.000 metros cúbicos de agua precipitada al vacío a 200 metros de altura desde una compuerta abierta que 80.000. En fin. Me ocuparé de las persianas, que se accionan desde el eje central. Sígueme, agárrate a donde veas que me agarro yo y ayúdame a abrir y cerrar compuertas, y todo irá bien.

—Claro que todo irá bien.

Me hace comprobar que la bolsa esté bien cerrada con todo dentro, en previsión de las salvajes inmersiones que nos esperan, y nos descolgamos hasta la tapa superior de la cámara, que resulta denominada «3». Sin saber bien por qué, me tengo que contener de preguntar si conocía la nomenclatura, de hecho de constatarlo, porque en caso contrario sería un prodigio la coincidencia con la numeración aparentemente azarosa del esquema que me hizo ayer.

Pasamos un rato estudiando los mecanismos de desplazamiento, asegurándonos de cada movimiento y cada operación, para no equivocarnos. Me había imaginado unos anclajes y unos topes potentes, pero estas magnitudes superan todas las expectativas. Midoissa dice:

—Esperamos que las estanqueidades y los automatismos funcionen, y que no haya interferencias de escombros ni de ningún residuo.

Estoy a punto de decirle, «¿qué tienes que esperar, si ya lo sabes todo?», pero prefiero no tentar dónde nos llevaría. A autoinculparme quién sabe de qué, tampoco lo quiero descubrir. Nos situamos sobre el techo de la cámara, y calculamos los movimientos del mecanismo para no morir aplastados ni arrastrados. Midoissa programa las zapatas de control y asegura el cierre de todas las persianas salvo de las superiores que tienen que permitir el tráfico de aire entre las cámaras 3 y 4. Suelta la palanca principal, que va tan dura que se tiene que emplear a fondo. Empezamos a bajar con una sacudida, un metro cada tres segundos, calculo, con una variedad de chirridos que no me entretengo a identificar, muchos procedentes de las profundidades del silo de la cámara 4. Las persianas estancadoras se han cerrado tal como estaba previsto, y los vacíos correspondientes en las cámaras 1 y 2 no están a la vista. Midoissa está pendiente de los controles, y a medida que las persianas se van abriendo al paso del descenso de nuestra cámara —y automáticamente cerrando cuando ya hemos pasado— controlo la altura de la cámara 4.

Cuando la veo emerger de las profundidades me doy cuenta de la magnitud de nuestra pretensión; como si hasta ahora hubiera sido una broma, soy consciente del grado delirante de riesgo, de las escasas probabilidades de éxito. Se oye caer el agua desde grandes alturas, aunque la misma cámara 4 interfiere el sonido; me parece lógico que la cámara 3 sobre la cual estamos instalados no sea capaz de succionar

más masa de agua de la que ella misma transporta; la balanza se pararía en el punto en que hubiera tanta agua aspirada bajo el suelo de la cámara ascendente como la que contiene la cámara descendente. Imagino un mecanismo suplementario de válvulas que expulsa el agua sobrante y mantiene el diferencial necesario para que el desplazamiento no se detenga.

Tengo unos instantes para contemplar el interior del silo en su conjunto por la parte superior. El perfil en planta de cada cámara se ajusta como un molde a la estructura continente, y el sistema de persianas aislantes, o estancadoras como las llama Midoissa, funciona sin fallos, hasta el punto de que los subsilos 1 y 2 han continuado invisibles en todo momento. En el instante preciso, le digo:

—¡Ahora!

Acciona la llave de las zapatas, el movimiento se interrumpe bruscamente y quedamos clavados con la cámara 4 a la altura de la nuestra. Salto encima de la cámara 4, y se oye el agua caer furiosamente cuando coordinadamente abrimos yo la compuerta superior lateral de la otra cámara y Midoissa la correspondiente de la cámara 3. Me grita:

—¡Funciona!

Cuando el agua del interior de la cámara 3 ha llegado al nivel de la compuerta, el agua deja de caer, y viene el delicadísimo momento de abrir cada uno las compuertas superiores de las cámaras correspondientes y descolgarme en el interior para abrir las compuertas inferiores y traspasar la mitad del líquido de la cámara 3 a la 4. Me corresponde a mí accionarlas primero, pero cuando asomo la cabeza en el interior de la cámara me parece imposible comunicarnos. Localizo las palancas de las cañas-espiga, calculo por dónde tengo que bajar para llegar y vuelvo a asomar la cabeza para decir a Midoissa:

—Dame tres minutos.

—Tantos como quieras.

Me adentro en la cámara 4. El metal es oscuro y resbaladizo no sé si de aceites o lodos, o de una cenagosa combinación, y la nada resuena, sorbe amenazante en el inmenso espacio. Para llegar a las palancas me puedo ir cogiendo y poniendo los pies en las guías. Mirar abajo es una prueba durísima para quien no tenga un trato muy sobrado con el vértigo —no es mi caso. La idea de resbalar se añade a la atracción del vacío como un consuelo, como liberación. Es tan fácil que encuentro tentadora la posibilidad real de hacerlo; absurdamente —porque sé que no lo haré— me complazco hasta la delectación, si a Midoissa le sabría mal, si compungida se arrepentiría de cómo me está tratando.

Accedo a las cañas-espiga para abrir la compuerta inferior, con toda la fuerza que puedo reunir las acciono y a los tres minutos justos

convenidos Midoissa debe haber hecho lo mismo, porque oigo primero y pronto veo el agua roncando y eructando en furiosos remolinos pautados por saltos y burbujas, ascendiendo en oleaje gradualmente cada vez menos abrupto hasta que por vasos comunicantes el nivel llega a mitad del cubicaje.

Cierro la compuerta inferior dejando abierta la superior, salgo por arriba y busco a Midoissa en la cámara contigua. Le digo:

—Estamos a la mitad.

—Completemos el vaciado.

Viene a mi lado encima de la cámara 4 y libera las zapatas de anclaje, manteniendo las de ponderación de velocidad. La cámara 4 inicia lentamente el descenso mientras vemos la abandonada cámara 3 ascendiendo como el otro plato de la balanza. Midoissa ha dejado abierta la compuerta lateral inferior, y yo la correspondiente superior de la cámara 4. Confío en el correcto ajuste del mecanismo, para perder la mínima cantidad de agua en posibles rendijas. Viendo a Midoissa tranquila, me obligo a suponer que todo va bien. Soy consciente de la importancia del agua succionada por mecanismo embólico en la parte inferior de la cámara 4; el peso no sería suficiente. Midoissa está atenta al acoplamiento de la ventana de la compuerta inferior de la cámara 3 con la superior de la cámara 4. Llegado el momento, por los mandos del eje abre las persianas correspondientes y retarda todavía más el desplazamiento hasta que se empieza a oír la cascada de agua, la más violenta de todas, porque la altura del salto corresponde a la mitad de la altura de la cámara.

El proceso dura más de lo que me imaginaba. Entretanto, Midoissa desciende por el eje desde el techo de la cámara 3 hasta el de la cámara 4 donde estoy yo, y me doy cuenta de su grado de entrenamiento y de la suprema habilidad. Siento como una constatación punzante qué poco me ha contado de su vida —a actuar como el líder de un pelotón de operaciones especiales no se aprende en la facultad de matemáticas ni con la gestión empresarial, y aún menos distrayendo a los socios de Kreis.

Finalmente la cámara 3 está vacía, la 4, llena, y Midoissa cambia las aberturas de las persianas apropiadas para poner en posición de balanzas embólicas la cámara 4 con la 1, la que, contrapesada con la 2, nos tiene que llevar abajo. Discutimos sobre la posibilidad de culminar el trayecto continuando en contrapeso con la cámara 4, y Midoissa me convence de desestimarlo porque no sabemos a qué altura estamos —los indicadores solo permiten detectar que la cámara 2 está más abajo, y si contrabalanceáramos sin haber llegado abajo con la cámara 4 arriba de todo, sería demasiado peligroso bajar a peso con la única moderación de velocidad de las zapatas contra las guías.

Repetimos escrupulosamente los movimientos, como si lo

hubiéramos hecho toda la vida, hasta el punto de que me obligo a no bajar la atención. La primera operación me parece tan parecida a esta y a la vez tan superada y remota que las dos se me juntan en una sola; podría decir lo mismo de esta que de la otra.

Aquí, además, hemos tenido la ventaja de que la cámara 2 ya estaba llena de agua, y no ha sido necesario aspirarla de la superficie ni trasvasarla.

El final es diferente de lo imaginado. A medida que hemos ido bajando, la luz, proveniente de arriba del todo de la torre, se ha ido haciendo más y más débil, y a pesar de que nos hemos ido adaptando, llega un momento en que cuesta verse, como dentro de un pozo. Hacemos descender la cámara 1 más despacio que las otras para minimizar el impacto con la superficie del mar, que aun así nos tira al suelo cuando se produce. Midoissa corre al eje a disminuir aún más la marcha.

Le digo:

—Debe de haber un tope abajo del todo.

—¿Y si no está y nos hundimos hasta un punto que nos entre el mar con tanta fuerza que no lo logremos? ¿Y si aunque esté el tope estrellamos la cámara y se traban las compuertas?

Acciona los frenos, y quedamos parados.

—¿Dónde estamos ahora mismo?

Paramos a escuchar. No se oye nada, no se mueve el agua por ninguna parte, no retumba ni vibra nada.

—Donde habíamos calculado que estaríamos. El extremo inferior de la cámara se ha sumergido en el mar, y no nos podemos arriesgar a hacerla bajar más si no queremos tener que superar una profundidad superior a nuestras capacidades submarinas.

—¿Y si la cámara se puede sumergir hasta las compuertas superiores?

Se me vuelve a impacientar, aunque —no sé si confundo los deseos con la realidad— menos envenenada que antes.

—¿Y si no puede? ¿Haremos una inmersión de ida y vuelta, quién sabe, de 300, de 400 metros? ¿Por qué discutimos, si estamos en los planes iniciales y solo hay que seguirlos?

Le digo:

—Los planes previstos dan un poco de miedo.

—Tener miedo es la debilidad de los idiotas habiendo tantas cosas placenteras por tener.

Me mira y levanta las cejas interrogando. Le indico que sí estoy preparado. Abre la compuerta superior de la cámara y nos descolgamos en el interior, negro como la garganta del lobo. Por el temblor del reflejo localizamos el agua a unos diez o doce metros, nos lanzamos y nadamos hasta las palancas de las cañas-espiga. Identifica

las de las compuertas inferiores, y abre una lo mínimo para que el desagüe sea lo más lento y suave posible.

Aun así, el agua se mueve con violencia y remolinos, y para evitar ser succionados descendemos aferrados a los salientes de los topes de uno al siguiente, por intuición, casi sin vernos. Le digo:

—¡Va demasiado aprisa!

No me oye. Yo sí a ella cuando me grita:

—¡No sabemos a qué profundidad ha quedado la compuerta, no nos la podemos jugar a quedar atrapados aquí dentro!

Las salpicaduras lo llenan todo, el chasquido atronador todos los sonidos. Ya está tan oscuro que he perdido a Midoissa de vista, y se me hace insoportable.

—¿¡Y así qué!?

Salta hasta donde estoy.

—Tenemos que aprovechar el rebufo del vaciamiento. O ahora o nunca. Si esperamos más caeremos al agua desde demasiado arriba. Si ves que el remolino te lanza contra la pared, protégete la cabeza y, sobre todo, ¡procura no chocar de espaldas!

Se lanza como una atleta en dirección al remolino, justo a la inversa de como hasta ahora. Me tiro sin pensármelo detrás de ella.

El agua es negra y pese a eso turbia, helada, salada y maloliente, aceitosa, inacabablemente inhóspita, llena de pequeños cuerpos en suspensión que no quiero identificar, hinchados en todas direcciones en una ebullición perversa de la cual formo parte como la carne del cocido. Hay un punto de silbido vaciador, como un final inacabablemente diferido, más aún que la idea de final en sí. Voy dando tumbos como un muñeco en el espacio sideral, pierdo la sensación de caer hasta el punto de que no me extrañaría estar subiendo y encontrarme de nuevo en la superficie del interior de la cámara.

Llega un punto en que la oscuridad es total, y justo aquí —¿cuánto tiempo ha pasado?, ¿medio minuto?, ¿uno?, ya no sé ni si me estoy ahogando— aparece un rectángulo de luz que se acerca girando como una rueda el primer instante, y a medida que crece vacilante, oscilando como un farol de barco en la niebla, creciendo cada vez más deprisa hasta que lo ocupa todo y me atrapa en el centro.

Debo de estar ascendiendo cuando el agua se vuelve cada vez más clara, turbulenta y espumosa; una espuma que ilumina, si libera no estoy seguro porque todo es una sola y variada incomodidad dilatada, diferida. Aparezco no me atrevería a decir si de repente en la superficie, en medio de una agitación acuática propia de un mar enorme en medio de un huracán. Tal como salgo, el agua me vuelve a tragar una y otra vez, y todavía otra, sin que importe nada que me esfuerce a flotar y salir de la terrible agitación.

Después de seis o siete tentativas que no llegan ni a eso porque no he podido hacer nada, ahogado, reventado, la corriente me lleva a una posición menos dura, aunque todavía exigente.

Consigo apartarme, mirar atrás donde el agua se eleva y burbujea como un volcán, donde salta y se reparte expandida, agresiva. De Midoissa, ninguna señal. Cuando recupero la respiración y nado notando fiablemente que no estoy a punto de ahogarme, veo un sector de escalinatas portuarias. Voy hacia allá, hasta que me puedo parar para ver dónde estoy: en medio de un puerto dentro de una gran cueva artificial, parecida más que a nada que haya visto nunca a un refugio para submarinos, de una medida de unos setecientos metros de frente y una profundidad difícil de calcular por las trabas visuales y la oscuridad, y la bocana a mar abierto, interferida por rompeolas y muelles subsidiarios, estrecha y dificultosa, a unos mil metros de donde estoy.

Continúo nadando por aguas cada vez más plácidas hacia la ancha escalinata, de unos cuarenta escalones repartidos en tres tramos, y a medida que me acerco me preocupa más a quién me puedo encontrar. Es inquietante no ver ni un alma —impropio, irregular. La turbulencia todavía no desvanecida tendría que haber alertado a alguien. Les imagino esperándome armados, detrás de los muretes y tinglados dedicados quién sabe a qué, esperando a manifestarse a estar seguros de que llego indefenso y solo.

Salgo y subo por las escaleras, consciente de no tener opción de esconderme ni de pasar desapercibido, de ir expuesto y vulnerable. El lugar parece tan inútil y abandonado como la mayoría de las instalaciones dejadas atrás. Lo curioso es que el abandono y el deterioro no parecen aquí cosa de los últimos días de conflicto, sino de meses, de años incluso. Puede ser que el Archicenotafio no haya sido nunca otra cosa que bambalina, decorado, diorama. Una inmensa estafa repartida entre ignorancias y credulidades de órdenes diversos. Desde cuándo el mundo funciona por mecanismos diferentes de los que cree conocer la mayoría —los flujos y las direcciones de los grandes engaños estructurales.

Como puerto o como embarcadero, las dependencias y las instalaciones cuestan de identificar. Casetas, almacenes, grúas, antenas, barras y candados de control, carriles de trenes en todas direcciones, superficies asfaltadas, vehículos diversos abandonados, inoperantes. No se aprecian lógicas de funcionamiento, o no las aprecio yo —no soy ningún experto. Imagino usos diversos de diferentes épocas. El influjo del agua lo marca todo: metal antiguo repintado, reluciente y rugoso, viejo y pulcro, capaz de sudar, de condensarse en engrudos proteicos, de exudar negruras acumuladas, la humedad delatora de la inmediata presencia del mar con hedor a

alquitrán, a pintura, a diésel, a salobre y salitre.

Acabadas de subir las escaleras tomo noticia de cómo me ha costado, conciencia del grado de extenuación, del dolor de piernas y de espalda, de la dificultad de andar recto, de sostenerme de pie sin renquear. Me chorrea no sé qué cara abajo, me paso la mano, la miro. Sangre.

Me dejo caer al suelo más que sentarme. Recorro qué me duele en forma de revelación secuenciada. Tengo sangre en el brazo y una brecha en la ceja. Las rodillas y los pies me hacen un daño insufrible y soy incapaz de recordar cómo me lo he hecho, con qué me he dado y cuándo. En el espectro histórico del trance acabado de pasar solo hay agua; solo se me ocurre algún oasis de inconsciencia, o haberme herido saltando contra los últimos topes dentro de la cámara, aún fuera del agua. La condición animal se resiste al razonamiento tal como lo he tratado hasta ahora. ¿De qué fenómeno es deudor que los muertos sean más fuertes que los vivos? Soy un exiliado vencido, un fugitivo desorientado y herido.

Me da un pie metido en una bota. Penosamente levanto la cabeza. Es Midoissa, altiva, perentoria, empapada de acabar de emerger de las aguas, militar, aparentemente indemne. O no tanto. Le sangran las manos. Quizá ha perdido algunas uñas. Una línea roja cruza desde la izquierda de la frente por la ceja, la nariz y la mejilla derecha, con chorros de sangre. Me esfuerzo en sonreírle, sin querer imaginar qué mueca debo de hacer, ni recrearme. No quiero saber por qué me cuesta tanto remontar la vista para mirarla. Constato más que pregunto:

—Estás bien.

—Levántate. No nos quedemos aquí en medio.

Vuelve a estar arisca, metálica. Ya soy el Deselegido, ya no necesito preguntarme en relación con qué —lo absoluto gusta de los atributos negativos. Soy el cambio de persona de la segunda a la primera, una retracción a la negatividad, al autismo.

Me levanto como puedo y nos subimos tras una balaustrada con buenas vistas sobre el conjunto, a cobijo para no ser vistos. Ella parece absorta en nebulosos pensamientos, y aprovecho para moverlo todo un poco, a ver si tengo algo roto.

La contemplación del lugar parece formar parte del examen al que con cuidado tan incierto y precario me someto. Las aguas procedentes de la cámara embólica no se acaban de calmar porque chocan con la agitación procedente de mar abierto. Los escombros, los restos en flotación, configuran un estado de la cuestión amenazante. No estamos en un puerto, estamos en una cloaca.

Levanto la vista. La altura del techo varía entre unos cuatro metros y más de veinte en algún punto, alternando bóvedas y envigados con

cañerías de medidas y configuraciones diversas, enormes algunas, todo dispuesto sin planificación formal apreciable, más bien cada cual ha instalado su servicio como le ha convenido, acaso por encima de uno anterior amortizado. Desde donde estamos, el puerto tiene la vaga forma de un pentágono de vértices redondeados. Impregna en forma de dolor y enardecimiento la futilidad de un lugar esplendoroso, perfecto y ordenado en otros tiempos, y cómo los años han operado un hado peor que el descuido y la suciedad: el deslucimiento de la geometría amortiguadamente irisado de una luz ocre con reflejos azulados tirando a grises verdescentes. Las rugientes olas entran gradualmente apagadas por la estrechez de la bocana —admonitorio, se percibe el temporal en el exterior.

Midoissa maneja el smartphone. Le digo:

—¿A qué esperamos?

—Ya deberían estar aquí. Les he mandado la posición, y no dicen nada. Debe de haber habido problemas.

En el extremo izquierdo del recinto, el contrario de la salida de la cámara, aparece un pelotón de una docena de individuos armados que se reparten detrás de los pilares adyacentes en el muelle, apostados con las armas a punto. Midoissa se agacha y me conmina a hacerlo.

—¿El comité de recepción de tus amigos?

—Ahora lo veremos.

Entre el pelotón y nosotros aparece un grupo de más de veinte personas, hombres, mujeres y criaturas.

—Creía que las cámaras hidráulicas eran la única vía de acceso a los embarcaderos.

—Pues no, ya lo ves. Debía quedar un atajo secreto. Estos —señala a los recién llegados— lo deben haber encontrado por casualidad.

—Y nosotros no podíamos...

—¿Cuánto habríamos tardado? No dispongo de días.

El grupo recién llegado avanza en dirección al puerto, y cuando están a la vista y a cuerpo descubierto, el jefe del pelotón da la orden de disparar. Caen todos, y el jefe avanza para examinarlos y pegar el tiro de gracia a tres que aún se movían.

—¿Nos esperan a nosotros o a tus amigos?

Midoissa me hace callar.

—A todos. Si nos oyen, estamos perdidos. He mandado un mensaje a los nuestros; cuando lleguen, antes de que estos abran fuego les dispararemos nosotros por detrás. ¿Tienes la pistola?

—No me queda mucha munición.

Me mira con cara de decir «¿en qué la has gastado?». No lo hace, y me sonríe por primera vez, muy escasa y muy breve, pero una sonrisa cuando menos, y siento el gran peso aplastador algo aligerado.

Me pide el arma y la carga.

—No harás gran cosa, con esto, en fin, al menos les distraeremos. Yo tengo una mejor, pero aún con menos balas.

Me intriga lo que acabamos de presenciar.

—¿Qué ha sido esto? ¿Escuadrones de la muerte liquidando asaltantes?

—Cualquiera liquida a cualquiera, nadie sabe por qué hace lo que hace, las últimas consecuencias ni a favor de quién. ¿Lo sabes tú? ¿Llamas escuadrón a esta banda de rufianes? Solo sé que los otros no eran asaltantes, eran refugiados.

—¿Qué cambia el nombre?

—¿Las intenciones?

—No importa demasiado. Ya no se dice «el pueblo» porque no hay pueblo.

Busca una posición cómoda y mientras hablamos no para de manejar el smartphone. Dice:

—No dice eso la ortodoxia del Juego.

—Es lo que permite bombardear y matar niños a golpe de machete, o a tiros, ya lo has visto.

—Entre hacerlo y contemplarlo hay poca diferencia. No tratamos con el Mal, tratamos con una rara delicuescencia de la combinatoria llamada curiosidad. ¿Qué pasará si mato a este? ¿Qué hará ese si no le privo de nada? La lotería de intenciones, de estados de ánimo, de cansancios. No hacer una cosa o no dejártela hacer porque estás cansado, hacerla o dejártela hacer porque lo estás, variaciones sobre la fuga. La sociedad de la desprotección.

¿Qué pasará si ahora te digo esto, o te digo aquello? ¿Me mandarás a la mierda? ¿Y si no? El héroe de Vertigo es Orfeo queriendo rescatar a Eurídice de los Infiernos, la destilación de cometer la segunda vez el mismo error fatal que la primera; es el Giges a quien la reina ha sido transferida por un Candaules indiferente, manipulador y protegido. El tragicómico sentido del heroísmo feminal: Eurídice la rescatada se queda en el Infierno; Alcestis la rescatadora vuelve a la vida. Lo contrario a la fuga no es solo el retorno, es reconocimiento y aceptación.

Digo:

—Dante huye de Florencia para que no le corten la cabeza, Cervantes huye de España para que no le corten la mano (o para hacérsela cortar en otro sitio), Shakespeare huye de Stratford-upon-Avon para que no lo multen por cazador furtivo.

Me interrumpe.

—¡Ya era hora! Tal y como creía, ha habido trabas, pero en menos de una hora los tenemos aquí. Antes, quizá.

—... a Bach lo meten en la cárcel porque quería huir de Weimar, Mozart huye de Coloredo. Huir, siempre huir. El estigma del genio.

—Las irregularidades no son ninguna novedad. En tiempos de plena actividad del Archicenotafio, las obras y el mantenimiento se hacían sin las mínimas condiciones laborales, en régimen de esclavitud, sin regulación de horarios ni sueldos, ni de bajas por accidente o enfermedad, sin jubilaciones, sin garantías de seguridad, sin gestión de residuos, sin protección de contaminantes. La mortalidad laboral era la de los tiempos de las pirámides.

Me desilusiona que no me haya escuchado, pero hago como si nada. Digo:

—Todo confirma hasta qué punto era comedia la Comisión investigadora del incidente en el Anficonversor de la Torre Norte.

—Y deja sin argumentos a quien tenía la ilusión de resolver por la justicia, de diferencias de categoría y responsabilidad moral entre algún sector y los otros. Los administradores del Archicenotafio son los amos opresores, los asaltantes son el pueblo oprimido.

Ahora me gusta interrumpirla.

—Que ya no es pueblo.

—Ni tampoco tiene sentido esta dialéctica de los términos porque ya se ha visto, los asaltantes son bandas organizadas que se matan entre ellos por un dominio territorial más relativo, rancio y efímero que el de los tiempos de las tribus.

—Los causantes de una situación estructuralmente injusta siempre tienen más responsabilidad, siempre tendrá más sentido el magnicidio de un tipo como Kreis que ajusticiar a un pobre desgraciado que ha matado a unos cuantos como él.

Parece a gusto con la conversación. Como si se jodiera. Dice despacio:

—¿Es equivalente la acción del poderoso ante el indigente a lo que llamamos «condiciones naturales»?

—Sí, si aspiramos a resolverlo.

—Como quien condiciona un camino.

Huyo hacia adelante.

—O repara una presa. Por lo menos ahora tenemos la seguridad de no morir rodeados de escoria humana fea, malcarada, ignorante, maloliente, grasienta y chillona.

Me mira con un punto de reprobación que me causa un gran placer —se parece al regaño humorístico de antes.

Es hora de recuperar las revelaciones deliberadamente sospechosas para que no las creyera, que Kreis es mi padre, y quien yo creía que lo era, y sigo creyéndolo, a pesar de que yo qué sé, Emili Oliver, estaba a su servicio.

Dice:

—Quienes no te dejaban entrar te protegían.

—¿Quién les mandaba? ¿Tú? —se encoge de hombros—. ¿Por qué

no me lo dijeron?

—Porque tal y como era previsible que te comportaras, los otros te habrían liquidado.

—¿Qué otros? Quizá con esa información yo no habría querido entrar.

—¿Y qué? ¿Te habrías ido? ¿Habrías resistido el impulso de Aquiles hacia Príamo?

Me hago la ilusión de que la acción coordinada y el peligro extremo superado en común nos han reconciliado en alguna medida, que ha unido parte de aquello que para ella estaba roto de forma tan irreversible. Al menos ya no soy un criminal; un idiota piadoso, en todo caso. Un héroe, si me esfuerzo un poco más.

Iba a decir que debía sobrevivir porque no era Peleo, pero por suerte no he tenido tiempo. Aparece una lancha rápida, y a medida que se acerca al embarcadero se va moviendo en círculos. Los del pelotón les disparan; cojo la pistola, y ella me retiene.

—No habías dicho que...

—Espérate. No sé si son ellos. No te muevas.

Manda un mensaje con el smartphone, llama y no debe obtener respuesta, porque se va poniendo nerviosa.

La lancha da media vuelta y regresa a mar abierto. Los del pelotón del puerto salen de sus puestos y se dispersan en todas direcciones. Le digo a Midoissa:

—¡Eran ellos! Ahora los otros saben que nos vienen a buscar, y batirán la zona hasta que nos encuentren.

—No todos. Se quedarán unos cuantos cerca del agua para cuando vuelva la lancha no darles tiempo de desembarcar. Es el momento de actuar.

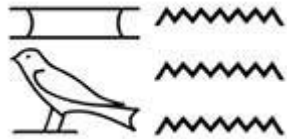
La veo de repente muy animada.

—¿Y ahora qué?

—Los guardias habrán pedido refuerzos. Les he dicho que vuelvan en tres minutos.

Arrastrándonos para que no nos vean, nos situamos ella detrás de una columna, yo de una especie de depósito. Se quedan la mitad donde están, tres van en la otra dirección, y tres en la nuestra. En un par de minutos los tendremos a tiro. Midoissa me hace señal de estar a punto.

Pese a la luz escasa, mientras calculo la trayectoria de los guardias me fijo en el sello del depósito. Lo dibujo en la libreta para consultarlo cuando pueda.



Todo va demasiado aprisa para acordarlo con lo imaginado. Vuelve la lancha más veloz que antes, abren fuego sobre los guardias, Midoissa dispara a quienes tiene más cerca; las carreras van en todas direcciones, los disparos resuenan y reverberan hasta hacer del ruido un continuo ensordecedor. Corremos zigzagueando hacia el muelle donde la lancha atraca, caen de uno y otro lado no sé abatidos por quién; por mí no lo creo, a pesar de que vacío el cargador. No soy consciente de que me hayan disparado hasta que llego a unos metros de la lancha, en medio del fuego cruzado. Midoissa y yo nos lanzamos agachados, y los otros nos cubren con descargas cerradas. Nos estiramos en cubierta —no hay arboladura donde protegerse—, y la embarcación desatraca y sale rauda.

Me doy cuenta de la profundidad del embarcadero por lo que tardamos en salir a mar abierto, a una velocidad digna de contrabandistas de elite. Un cambio radical, la lancha saltando de ola en ola —es urgente amarrarse con mosquetones para no saltar por la borda—, el bramido del temporal y el ronquido del motor en lugar de los ecos catedralicios, un gris brumoso, pesadamente deslumbrante, en lugar de las tinieblas cavernosas.

Estoy a punto de incorporarme pero desisto después de un par de golpes de timón. Férreamente, un tipo me mantiene agachado con la mano. Hasta donde consigo ver, el macizo del Archicenotafio se eleva imponente con parciales interferencias neblinosas, un acantilado a plomo ante el mar, batido por la tormenta, impracticable si no se conoce el acceso. Nos alejamos esquivando otras embarcaciones, algunas de gran calado, barcos contenedores y lanchas perseguidoras que los nuestros mantienen a raya disparando.

Hasta que ya no pasa nada más, se aminora la velocidad y, a pesar de la sacudida de las oleadas, me puedo como mínimo sentar. Estamos de nuevo en cubierta; de los siete que han venido, cuatro heridos, graves al parecer, precariamente atendidos, pero con un orden y una eficacia aparente que me parece incluso inconveniente ofrecerme para ayudar; Midoissa ya se ha puesto a ello, y toma decisiones con autoridad. Interrogo al piloto; me dice:

—No podemos ir con mar brava con heridos. Hay que coserlos y estabilizarlos.

Me debe de considerar bastante informado, porque continúa pilotando en silencio.

—¿Dónde?

—En el refugio protegido.

Nuevo silencio. Insisto.

—Protegido quiere decir que no nos seguirán los del Archicenotafio.

—Exacto.

Ante la expansión de locuacidad me vuelvo a contemplar el agobiante espectáculo dejado atrás. Sobre el fondo teatral de lejanas montañas nevadas del continente, la isla de Lauriaian emerge rodeada por la nebulosa habitual. En el centro despunta una aguja blanca que en un primer momento confundo con un meteoro más, altísima, progresivamente aguda, con vaga estructura helicoidal. Se me escapa una exclamación.

—La Torre Blanca Central existe.

El piloto desvía la mirada un segundo.

—¿Sí? ¿Y dentro qué hay?

La imagen tiembla, las líneas rectas se ondulan como en un espejismo o a través de un cristal antiguo, como el reflejo en un lago. Murmuro:

—¿Es un holograma? ¿Una imagen virtual proyectada?

Es tan blanca y brillante como si tuviera luz interior, o la iluminara un sol para ella sola. Para que se vea tan bien desde esta distancia tiene que ser verdaderamente enorme.

—Una ilusión... o aún más irreal, es auténtica.

Nos dirigimos mar adentro, hacia una nada neblinosa y ventosa, indómita. El Archicenotafio se empequeñece a popa, y a medida que se ve más entero al lado del llano costanero la descomunal Torre Blanca emerge más y más. Creo distinguir las agujas de las Torres Negras; no estoy seguro, ni de que estén todas, ni de que el ennegrecimiento de la niebla protectora sea porque se va el sol o se mezclan humaredas de incendios. Detecto movimientos dirigidos, expresivos, significantes, figuras originadas por la voluntad. Se impone la evidencia —el Archicenotafio es un enorme objeto pensante. Lo constato por la liberación mental de salir de él, de alejarme más allá de incógnitas recurrentes sobre la fiabilidad de los que le abastecen la memoria, de haberme quitado de encima una interferencia capital. En la última visión querría verlo explotar —ya tengo suficiente con la implosión inherente a alejarme para siempre.

Evito mirar el trasiego del sangriento hospital de campaña improvisado en la parte posterior de la lancha, y vuelvo junto al hirsuto y taciturno piloto. Tanto tiempo encerrado en las catacumbas, aunque tan revueltos, los horizontes marinos dilatados me parecen un sosiego. El mar se encabrita cada vez más, se oscurece como si no me lo quisiera conceder, como si no quisiera desmerecer de las tinieblas

de donde venimos.

El piloto aminora la marcha y entramos en una zona de pequeños farallones, azotados por las olas pero también capaces de desarbolarlas; la superficie es más desordenada pero bastante menos violenta. A medida que avanzamos, los farallones son cada vez más altos, escarpados y próximos unos a otros, hasta el punto de que la lancha, ya bastante despacio, tiene que ir virando. El pequeño archipiélago filtra y mitiga las inclemencias del oleaje. De forma gradual la mar está cada vez menos agitada.

Salimos a un claro y aparece un imponente promontorio rocoso que me recuerda de forma poderosa La Isla de los Muertos auténtica, no la elíptica acabada de abandonar, sino las pintadas por Böcklin. Las escarpadas prominencias laterales, el acceso central con pseudomuelles a ambos lados, alguna abertura vagamente en forma de nicho en los acantilados, naturales pero seguramente trabajados por estrategias humanas, incluso con un fondo de cipreses en último término arriba del todo.

Entramos por el centro a un puerto natural en forma de herradura que a medida que nos adentramos se revela más profundo de lo que parecía de lejos, más de novecientos metros de la bocana hasta el fondo. Por analogía con la disposición de los laterales, imagino la parte trasera también cayendo en acantilado, en consonancia con la configuración geológica general del lugar, a pesar de que podría no ser así. El mar está del todo en calma. Resulta difícil avanzar entre aguas contaminadas por los residuos de esperas y hierros salientes como trampas, oxidadas, mortales estalagmitas más peligrosas las próximas a la superficie sin llegar a emerger. Una extraña capa de cenizas metálicas parece proteger un secreto ominoso en la intuida escasa profundidad. No sé si anochece —ni si es la hora—; a cada paso todo es más gris y negro y menos azul, cada vez se envenenan y desmayan más y más los ya escasos ocres y sienas.

Midoissa se planta a nuestro lado y se dirige al piloto.

—¿Seguro que está expedito?

Digo:

—¿No decíais que era un refugio protegido?

Pasan de mí. El piloto dice:

—Estate tranquila. Hace meses que lo controlamos, no ha aparecido nadie. No vendrán aquí a buscarnos.

Ella hace un comentario que no estoy seguro de haber oído bien.

—La discusión de siempre, si la isla de Oniris es un lugar conocido o no.

Atracamos en un pequeño muelle a la izquierda antes de llegar al fondo. La forma de la montaña evoca un inmenso, agobiante teatro rojizo, oscuro a pesar de estar tocado por una incomprensible luz

propia, con algún palco repartido aquí y allá, y una altura variable entre ochenta y ciento setenta metros. Por cómo evocan los nichos, los vacíos de aberturas y cavidades, algunas muy recortadas, quizá ventanas, o cisternas giradas, tienen un no sé qué aterrador, de paradójica presencia inimaginablemente amenazante. No sé si es peor la idea de que esté lleno de presencias ignotas que la de no haber nadie —de nunca haber habido nadie, humano cuando menos.

Bajamos al embarcadero, donde nos esperan un hombre y una mujer, y entre todos llevamos a los heridos a una caseta de estilo militar o de intendencia de agrimensores, situada en medio de una pendiente abrupta, en contacto directo con los escasos tres metros planos del muelle por un lado, y con el muro vertical por el otro, accesible por una escalera demasiado estrecha y de una altura de escalones traspasado el límite de la comodidad.

Como no se me requiere para nada —con la deriva de los hechos más bien se me da a entender que estorbo—, me quedo al lado del muelle contemplando el lugar, un macabro anti-Shangri-La marítimo donde el tiempo no es que se haya detenido, es que ha muerto, y mata cualquier cosa que se acoge a él. El Anticenotafio de la desmemoria, del antihomenaje. La vista se hunde, nunca mejor dicho, en la ominosa superficie marina, se me mezcla el presentimiento de que este será uno de los últimos momentos de reflexión solitaria que me serán dados en unas cuantas horas, o días, o... No sé si lo presiento, si alucino o si es la auténtica realidad que se afana en flotar bajo la capa protectora de la farsa: de las aguas fétidas emergen armaduras de espera de columnas de hormigón semisumergidas, trampas mortales de óxido, cadáveres flotantes, insectos, medusas, ratas y carpas devorándose, pequeños monstruos parahumanoides implacablemente agresivos, engañosas irisaciones de superficie acogedoras de fantasmas trágicamente reconocibles, poco a poco olvidables, el implacable acontecer del analgésico eutanásico en el cul-de-sac final o el no-ser-nada posible vaciado de corporeidad, y así adquiere una completamente devoradora.

No salva nada levantar la vista al muro del fondo, desasosegadoramente enrojecido por el ya indudable ennegrecimiento nocturno. La escena se condensa, se coagula, se solidifica, se fosiliza ante los ojos sin que el tiempo juegue ningún papel. Que el omnisciente lo sepa todo no quiere decir que lo tenga que contar todo. Yo soy el brujo infiltrado dentro del omnisciente, camuflado de equiesciente, falaz, tramposo, manipulador, mentiroso dirías tú, y yo digo estratega, geómetra, demiurgo. El funcionario diría, todo es relativo, nada tiene que ver con ser posible. El distratto sentimental te dará la razón: todo es mentira. Pero tú y yo podemos decir: todo es el mundo.

Me sacan del horror dos de los tipos que nos han rescatado, uno de ellos el piloto.

—Tenemos que hablar.

Entramos en la casita, más espaciosa de lo que parecía desde fuera (¿como aquí casi todo?), distribuida en forma de cuartel o de claustro, con atrio de acceso, patio de columnas central y pasillo perimetral con tres puertas en cada pared. Entramos en una habitación donde está Midoissa llorando contenidamente pero con un dolor evidente junto a quien debe ser el acólito más próximo. Precariamente se me informa de que de los cuatro heridos han muerto dos, y sobre los otros hay pocas esperanzas sin el material quirúrgico adecuado, ni la opción de trasladarlos dado el actual estado del mar.

Nos sentamos, y se incorpora la pareja que nos ha recibido. Me sorprende el luto de la Midoissa por los colegas muertos. Voy a decir no sé qué, y el tipo de su lado se me adelanta.

—A través de un infiltrado, hemos tenido noticias directas de los secuestradores de su hija. Nos ha dicho que la han matado.

Decir que me quedo helado no hace justicia al invasor vértigo moral. Me dirijo a Midoissa, pero parece tan protegida y su mirada tan lejos de la mía que no me atrevo.

Digo:

—¿Por qué no se lo dijisteis antes?

—Algo así, que ya no se puede hacer nada, si hay la ocasión se comunica en persona.

Me siento duramente escrutado.

—¿Es fiable, la información?

—Del todo. Las pruebas aportadas son irrefutables.

—Aun así...

El que estaba con Midoissa se levanta y me llama aparte.

—No hurgues en la herida. La he visto muerta. La cuestión es otra. Parece que los secuestradores localizaron el refugio de la hija de Midoissa gracias a alguien recientemente relacionado con ella. Después de matar a Kreis, cuando tuviste acceso a los pelotones de Regomir, Blangis y Akissouri, ¿obtuviste informaciones para situarnos en las responsabilidades del caso?

Aprieto los labios, miro hacia arriba. ¿Qué les puedo decir?

—Ahora mismo, que caiga... En la medida de mis posibilidades, procuré paliar los desencuentros de Kreis, y mitigar los efectos de sus redes de información y de asalto.

Midoissa me interrumpe.

—Por favor, si no os importa continuamos mañana. Es mejor estar por Brant y Tiflic. Si los mantenemos vivos hasta mañana será un gran logro.

Midoissa abatida me produce un pesar imparable. No sé en qué

dirección debatirme para recuperarla, cómo superar a Orfeo para transcender el mito de la segunda vez, la epifanía de la repetición. Nos repartimos el trabajo: preparar una cena de campaña, atender a los heridos, acondicionar las camas para dormir.

Nos reunimos para comer de manera informal, y con un excitante contrapunto de conversaciones cruzadas que por contraste dibujan estratos de pensamiento superior a los de las partes. Estoy atento a los bombardeos de multitudes en varias poblaciones, niños, mujeres y ancianos muertos, destripados, masas ensangrentadas, carnicerías masivas, la peste de Atenas de Lucrecio, las batallas de Guerra y Paz, que el sistema no ha dejado de existir pero se ha desconectado de los mecanismos cotidianos que a través de varios ingenios y protocolos evolucionados a lo largo de la Historia permiten a los ciudadanos reconocerse entre ellos y cada cual en sí mismo, y hacer de tal reconocimiento la herramienta estructuradora de la convivencia.

Eliminado en el juego del crédito el baremo categórico que permitía distinguir al criminal del justo, por defecto el sistema nos considera a todos criminales. Los bisnietos de la revolución somos hijos del suicidio estructural de la sociedad postcategórica. La indocumentación personal y colectiva ha mutado las autopistas en avenidas de ahorcados; presiento la ansiedad de contemplar a los indiferentes junto a los agonizantes, un coctel de ultratopías, metatopías y tardotopías —o tardoneotopías, o neotardotopías— que nos reaproxima a los animales. Donde yo, tembloroso, no podría apartar la mirada, el empleado desayuna tranquilamente vuelto de espaldas; preguntarse cuántas veces yo he sido este empleado sumiso, si la pregunta es inútil porque justamente es no darse cuenta. Tras el caos de la insurgencia popular como siempre fallida, el hombre fuerte que ha destruido la fracasada multitud inteligente capaz de regenerar la sociedad postconsumista —más bien posthiperconsumista— restaurará el imperio, el Hegemon Valerio d'Este gestor del nuevo, estricto, terrible, absoluto orden militar del nuevo césar, dice el piloto, y un silencio repentino unifica la conversación. Digo:

—¿Y ese quién es?

El tipo que domina el nuevo, azaroso Egrégor, que a lo largo de la conversación he oído que se llama Ornadella, dice:

—El Emperador entronizado Claudius Cassius Kiril I.

Como todo el mundo parece al corriente, digo:

—No había oído hablar nunca de él.

—Era el Equémitor Marterni.

La fragmentación de la conversación renace con fuerza.

—No nos perseguirá porque no le molestamos, pero cuanto menos sepa de nosotros, mejor. Para continuar siendo un negocio, una patria no debería dejar de ser una comunidad de sentimientos.

—¿Lo ha sido alguna vez? Un atavismo no nos tendría que enorgullecer.

—¿Puede ser que alguien lleve un residuo de localizador?

—¿Un cuerpo excrescente? No, ya estarían aquí.

—Acostumbrados a los vituperios de falsos moralistas dispuestos a ver en todas partes depresiones y psicosis, cuesta de imaginar el suicidio como una manifestación de serenidad.

Me las apaño para acercarme a Midoissa, y no lo rehúsa como hasta ahora. Tengo el delirio de haber llegado a la cúspide y estar recuperándola. Pero el abismo está cerca.

El final está cerca. La pareja local se retira, el piloto y los otros se van con los heridos, y me quedo solo con Midoissa. Quiero creer que ella les ha indicado que nos dejen, porque no he detectado en ninguno de esos tipos la más mínima disposición favorable hacia mí. Llevo la Lista encima, y se la muestro. Me sonríe —no me lo puedo creer. Antes de ser más feliz de la cuenta tengo que estar seguro de que me está mostrando la tristeza absoluta. Me dice:

—Al final, eres el gran reminiscenciador. Pero el despliegue no está bien articulado. Se tiene que completar y acabar de estructurar para que tenga sentido y utilidad práctica.

Coge el lápiz y se pone manos a la obra. Pienso de qué me sirve una lista que no incluye todo lo que queda pendiente en mi vida.

—¿Utilidad para quién?

—Si no lo sabemos nosotros, alguien la encontrará.

A medida que va llegando a un punto y a otro, sin abandonar la tristeza de fondo la cara le fluctúa entre una cierta diversión, la sorpresa displicente y la reconvención, alguna vez reconvención por una supuesta niñería. Después de más supresiones que añadidos, queda así:

I

Preliminares de la entrada en la Isla de los Muertos. Primer y segundo controles.

Me asaltan. Viene la Guardia. Noche a la intemperie.

Conozco a Muguete. Conversaciones.

Traslado a Puerta Φ. Visión de la primera torre.

Explicaciones de quien resulta ser el doctor Zapruder.

Me recogen dos Contracamarlengos. Cruzamos un gran espacio vacío interior.

Entrevista con el Camarlengo Sapirstein. Me deniega la entrada.

Conversación con Muguete en el comedor. Numerología.

Muguete y yo enviamos por la red un nuevo protocolo de solicitud de entrada.

Por la noche me detienen los Camarlengos y me encierran en la

cárcel.

Reaparece Muguete convertido en el Contracamarlengo Delora.

Delora me hace una oferta transaccional.

Un tiempo en prisión. Elaboro un primer avatar de la Lista.

No sé muy bien cómo, se desencalla mi situación.

Con la ayuda de Fabrici obtengo las acreditaciones para el dispensador.

En tren circunvalar. Primera experiencia en una zona de transparencia.

Me recibe el Teniente Nietsripas.

Primera reunión previa de la futura Comisión: Zapruder, Kelch, Nietsripas.

Primera noche en mi estancia en la Isla de los Muertos.

II

Primer día. Primera reunión de trabajo: Rakshasi, Novembrini y yo. Geometría.

Primera visita al Anficonversor.

Cena con Mina. Relata su vida. Noche de sexo vampírico.

Segundo día. Segunda reunión de trabajo: Rakshasi, Novembrini y yo. Geometría.

Primera sesión de declaraciones ante la Comisión: Capitán Etnorfitye.

Aparte en el despacho del doctor Zapruder.

Cena en la habitación de Bettina ella y yo solos. Sexo en esplendor.

Tercer día. Tercera reunión de trabajo: Rakshasi, Novembrini y yo. Rombicosidodecaedro.

Visita a la biblioteca Zapruder.

Segunda sesión de declaraciones ante la Comisión: interventor Eytifronte.

Entrada del doctor Kreis.

III

Ceno con Mina. Vienen los demás. Planes para acceder a la primera persona.

Visita fraudulenta al lucernario, gracias a la habilidad informática de Novembrini.

Zona de transparencia: Bettina, Mina, Rakshasi, Novembrini y yo.

Continuación de la vida de Mina. Nueva sesión de sexo vampírico.

El doctor Kreis expulsa a Novembrini de la Comisión y manda a la Guardia detenerlo.

Cuarto día. Nuevo grupo de trabajo restringido: Mina, Rakshasi, Bettina y yo.

Segunda visita al Anficonversor, ahora en pleno funcionamiento.

Cuarta reunión restringida de trabajo: Rakshasi, Bettina, Mina y Midoissa.

Sobre música: el contrapunto.

Tercera sesión en la Comisión: el disidente Capitán Ore Buéerué dice que hay que hacer la Lista.

Se interrumpe la vista para deliberar.

Fabrici describe la mecánica del Anficonversor.

Pacto para volver a la zona de transparencia del lucernario.

Entramos al lucernario Spohr, Curwen, Mina, Rakshasi, Bettina, Midoissa y yo.

Pretendidamente accedo a la primera persona.

Cenamos en la habitación de Bettina.

Exposición numerológica a cargo de Midoissa.

Mina se queda en la habitación y declina volver conmigo. El resto nos vamos.

Inesperadamente acabo en la estancia de Midoissa [...].

IIII

Quinto día. Grandes conversaciones con Midoissa.

Quinta reunión restringida, los mismos de ayer en el lucernario. Constitución del Egrégor.

Cuarta sesión de declaraciones ante la Comisión: Capitán Bruder Matzukas.

Midoissa y yo nos apartamos a la última fila. Relato formal de la vida de Midoissa.

La sesión se interrumpe por el enfrentamiento entre Crowley y Carter.

Reunión del Egrégor. Nos dispersamos para cenar. Voy a la estancia de Midoissa.

Continúa el relato de Midoissa. Importancia de Kreis en su progreso.

Le cuento parte de mi vida. Conversación sobre la inmortalidad.

Me retiro a mi estancia a redactar la Lista.

Sexto día. Sexta reunión restringida. El Egrégor. Recapitulación de Spohr.

Quinta sesión de declaraciones en la Comisión: Capitán Kladonir. Discusión con Fabrici.

Fabrici puntualiza la disposición del Anficonversor.

Carter informa de que multitudes sublevadas asedian la Isla de los Muertos.

Búsqueda de Carter. Los gestores se retiran. Cena del Egrégor.

Estancia en la habitación de Midoissa. Nuevos detalles sobre su vida.

Nos convocan a la celebración semanal en el Salón de las

Comparecencias.

V

Celebración nocturna en el salón. Discurso de Zapruder.

Volvemos a la habitación. Conversación sobre el Sistema.

Séptimo día. Celebración. Kreis me presenta a Camus. Conversación sobre geometría.

A pie hacia la Torre Noreste. Funicular hasta la torre.

Torre Noreste. Discursos de Kreis y del iatromantis Sartorius.

Conversación: Fonóctonos. Reunión secreta: Paco, Eberhardine, Valerio. Filosofía de Orens.

Vuelta en tren.

Cena de gala. Spohr cuenta la Historia de la Agencia Hera. Aventura con Merkel.

Desencuentro con Midoissa. Insinuaciones insustanciales de Carter.

Midoissa se va. Noche casual con Bettina. A dormir en mi habitación.

VI

Octavo día. Despertado antes de tiempo. Revisión de la Lista.

Intento de Egrégor. Nos llaman a la sexta sesión de la Comisión. Alarma: todo al garete.

Zapruder contemporiza sobre la alarma. En la habitación con Midoissa.

Gran confesión de Midoissa. Información de Bettina: envenenados, restricciones.

Midoissa y yo en la habitación. Bettina se va. Expectativas, especulaciones.

Viene Spohr: los asaltantes avanzan. Conversación con Spohr.

En la habitación de Bettina, después en la de Midoissa. Planes de escapada.

Spohr y Bettina fuera. Midoissa transparente, desdoblada. Fabrici, Mercedes.

Expedición con Spohr, Bettina, Midoissa, Rakshasi, Mina, y Curwen.

Encontramos a los Fonóctonos. Noveno día.

Noche con Fonóctonos. Asesinan a ciudadanos, emprendemos camino guiados por los Fonóctonos.

Combate Midoissa-Fonóctono: Kopfherakléion. Discusión psicoteogénesis.

Noche en el refugio. Discusión psicoteogénesis-Kopfherakléion.

Conversación sexual con Midoissa.

VII

Décimo día. Llegada al Contraconversor.

Nos dividimos. Yo con Spohr. Sobre las medidas del edificio.

Revelación dudosa de Spohr: Kreis es mi padre.

Spohr y yo reencontramos a Bettina y Rakshasi, pero no a Midoissa y los demás.

Undécimo día. Yo, Spohr, Bettina y Rakshasi en marcha. Llegamos a donde están los asaltantes.

Mina y Curwen torturados por los Fonóctonos. Quién sabe si Spohr, Bettina y Rakshasi.

Caigo prisionero. Noche de pensamientos. Midoissa follada por Fonóctonos y por mí.

Sexo y grandes conversaciones con Midoissa. Duodécimo día. Planes contra Kreis.

Con Kreis y su staff: Eytifronte, Akissouri, Marterni. Fonóctonos-Tigre.

Mato a Kreis. Fonóctonos a mi servicio. Vuelvo con los otros y los libero.

Punto de vista de Midoissa. Conversación filosófica entre Spohr y ella.

Recuerdos de insomnio de Midoissa: cómo conoció a Bettina y a Mina.

Curwen y Rakshasi. Decimotercer día. Artur desaparece. Mañana con Spohr.

VIII

Midoissa con Spohr. Punto de vista de Spohr. Abandonan aposentos solitarios.

Fuga de Midoissa y Spohr. Encuentran a Bettina. Recuerdos de Spohr sobre Mina.

Duermen Spohr, Sartorius, Bettina, Midoissa. Decimocuarto día. Recuerdos de Spohr: Curwen.

Recuerdos de Spohr: Rakshasi, Artur. Suicidio de Spohr. Punto de vista de Bettina.

Bettina sola cae en una trampa. Colgada, recuerdos de Curwen.

Recuerdos de Bettina sobre Curwen, Rakshasi, Artur y Midoissa.

Liberan a Bettina. Prisionera de Sapirstein. Juego: enigma que no se resuelve.

Muere Bettina en raras condiciones. Punto de vista de Mina. Decimoquinto día.

Recuerdos de Mina sobre Spohr, Midoissa, Artur y Rakshasi.

Mina muere estacada como vampira. Punto de vista de Curwen.

Curwen retenido por Fonóctonos. Decimosexto día. Recuerdos de Curwen sobre Artur.

Gran Reunión del Juego. Vence Curwen. Recuerdos de Midoissa y

Bettina.

Decimoséptimo día. Rendez-vous con Aurora. Aparece Rakshasi en malas condiciones.

Gran coito de Curwen con Aurora. Curwen pierde el conocimiento.

VIIII

Punto de vista de Rakshasi. Muere Curwen en coito con Aurora.

Rakshasi rescatada con el concurso de Mercedes.

Recuerdos de Rakshasi sobre Midoissa, Spohr y Bettina.

Rakshasi con Mercedes y Nietsripas. Recuerdos de Rakshasi sobre Mina.

Recuerdos de Rakshasi sobre Artur. Decimoctavo día.

Mueren en una gran explosión Rakshasi y Mercedes.

Punto de vista de Artur. Me acoge Guidobaldo. Conversación con Eberhardine.

Gran conversación de principios con Guidobaldo, Eberhardine y Alcandre.

Búsqueda de Midoissa. Encuentro a Muguete. Decimonoveno día.

Llego al campo de refugiados. Conozco a Anatoli y a Reggedieh.

Búsqueda de Midoissa. Campo de refugiados. Conversaciones. Vigésimo día.

Una banda armada a las órdenes de Sapirstein destruye el refugio.

Matan a todo el mundo menos a mí; me secuestran. Conversación de fondo con Sapirstein.

Invitado a su cobijo, donde encuentro estas notas. En propiedad, donde reencuentro la Lista.

Día 21. Búsqueda de Midoissa. La encuentro en la Torre E-NE. Todo ha cambiado entre nosotros.

Fuga con Midoissa hacia el embarcadero.

Día 22. Fuga por las cámaras hidráulicas.

Nos recogen en los muelles. Escaramuza con la Guardia, con bajas.

Fuga por mar hasta el refugio de la isla de Oniris. Malas noticias para Midoissa.

Nos quedamos contemplando la última línea. Le digo:

—¿Cómo lo acabamos? ¿Artur recupera a Midoissa?

—No, esto no se puede poner.

Al final la Lista no ha sido una sofisticación de correspondencias asintóticamente aumentada hasta la totalidad, sino una depuración. Un índice, a la postre.

—¿Cuándo se podrá?

—Olvídalo. Veo un plan de relato con varios capítulos y subcapítulos de extensiones especificadas, y un plan de contenidos y sinopsis de una obra entera de unas 90.000 páginas. Este documento

es un torso.

Digo:

—¿Y nuestra vida, no? —miro cuántas cosas faltan—. ¿No debería estar el Egrégor?

—Quizá sí.

—¿Qué nombre tiene?

—El nombre del Egrégor no se dice, se deduce de quienes lo forman, en la parte de índice hecha por Spohr, no llegó a incorporarla, no lo tengo muy presente. Dijo, Yo: Nekkar. Rakshasi: Asellus. Bettina: Mufrid. Mina: Seginus. Curwen: Alkalurops... El resto no lo recuerdo.

¿No lo recuerdas? Me toma por imbécil. ¿Qué de mí se cree que está provocando?

—Lo identifico. Te diré yo el resto. Midoissa: Izar, la Pulcherrima.

Lo dejo aquí. Me dice:

— Faltas tú. Con presencia real o no, se te concede todo el reconocimiento. Eres el alfa de la constelación.

Me doy cuenta demasiado tarde de que la inquietante sensación de irrealidad proviene del hecho de que todo esto le importa un bledo, que para ella no es ni apenas una música de fondo para evadirse del peor momento de su vida. Repaso frenéticamente lo que hice después de aceptar este maldito trabajo. Aún le daba vueltas a la idea de Gil Salabreda —mi empleador, aunque nunca llegué a conocerlo y, por lo que veo, poco más que el enésimo intermediario— y Joan Florestan —este por encima en la escala trófica social— sobre construir el presente a partir de una realidad del futuro ya existente. La señora Prills era una leyenda, y cuando supe que seguramente coincidiríamos en el próximo trabajo no me pude resistir a recabar información. Florestan y Eusebi Giselberti parecían interesadísimos en su hija, que ella no había querido presentar nunca a nadie de ningún círculo conocido, donde la tenía escondida, en Petersberg, o en Cambridge, en una casa particular de Cala Llamp sin terrenos por encima, y fueron eliminando. A si sabían de veras dónde estaba y se recreaban no puse entonces mucha atención. Sí que, poco antes de salir para la Isla de los Muertos, creí que casualmente, y ahora lo dudo mucho, un conocido en contacto con empresas de protección y vigilancia me advirtió de posibles peligros relacionados con el trabajo acabado de aceptar del cual yo, ahora veo que también imprudentemente, le había hablado. Me lo ofreció para mi familia, y me pareció innecesario. Hicimos algunas bromas, y en un contexto más o menos gracioso le hablé de la hija de Midoissa, de dónde podía estar. Si le interesó más de la cuenta lo disimuló bastante bien. Supongo que será una parte importante de su trabajo. No le di más importancia, y ni remotamente me habría imaginado ir a parar donde estamos. Se me cae todo encima. ¿Qué he hecho? ¿Qué me han hecho? ¿Qué clase de juego eran las coñas

marineras de Florestan y esa gente? ¿Por qué Midoissa se tendría que inventar compromisos tan peligrosos? Quizá no sea verdad que no hay nada que uno pueda urdir que otro no pueda desvelar.

No quiero saber si el arte de dejar al otro la iniciativa ha sido un regalo del afecto, ni mucho menos del amor, o tan solo una protección elemental, ni si para uno ha sido una cosa y para el otro otra. Ha caído la noche cerrada, los otros ya duermen, o atienden a los heridos, y la disposición militar o funcionarial, viene a ser lo mismo, del cuartel, en gran parte excavado en la roca, o aprovechando una cueva natural, permite instalarnos no tan solo uno en cada habitación, sino separados decenas de metros. Hay habitaciones y camas para elegir, y distancias para tener que chillar para oírse.

Sin decir palabra, Midoissa y yo salimos al exterior. No sé si volver a intentar abrazarla, si me volverá a rechazar, si ahora lo está esperando, si ha aceptado la bondad de mis intenciones. Maldigo mi cobardía. Ya oscuro, el lugar no ha perdido malignidad —se ha acentuado. El negro hace de rojo, de óseo amarillo. Algunas farolas repartidas a ras de puerto pautan un código que desconozco. No hay estrellas, sino una prolongación de la venenosa negrura roja de la masa rocosa envenenada por astros inexistentes. Tampoco el silencio es tal, sino un profundo ronquido inaudible, una contención de aullido de una muchedumbre de espíritus unificados que solo por displicencia no se nos echan encima, pero ya nos han devorado, ni la quietud de las rocas enfermas es tal, sino una agitación latente inimaginablemente inflamada y poderosa, como cuerpos que no hacen sombra, como sombras que no hace ningún cuerpo, la incontrolable atracción de la más grande de las presencias: la ausencia absoluta.

No nos decimos nada; para mí, un signo de armónica comunión que me obligo a descartar. Mirar en una dirección o en otra no indica nada, ningún interés focalizado, ni siquiera la voluntad de ofrecer al otro un determinado aspecto de uno mismo para gustarle. Ya ni pienso en todo lo que le diría y sé que no le diré, y no deja de inquietarme —al contrario, se encrespa. Si tuviera ansiolíticos... No se trata de tener respuestas para todo. En sí mismo, no tener razón no es ninguna derrota, puede ser incluso liberador. Me invade con suavidad una espiral de negatividad irreducible. Un océano de sangre negruzca no procedente de cuerpos, autogenerada por una maldad de variados caprichos, estúpidamente carcajeante.

Imaginar qué piensa ella destila una amoratada autoflagelación. La belleza lleva desesperadamente a la nostalgia, no solo la del amor —todas, la de los paisajes, la de los países, la de las visiones significantes y las horas trascendentes, porque no la tendrás entera nunca, y lo sabes. La adrenalina es el viático. Ella tiene la vista clavada en un punto del escarpado delante de nosotros; busco frenéticamente la

inmediatez de los rojos extremos larvados que nos uniría aunque en el pesar, en un pensamiento común por reconocernos en ella para siempre, en el inminente, imparable volcán de sangre. Ella vive en el futuro —y ese futuro es ya la muerte.

Se levanta un viento indeciso, una nueva señal de dirigida presencia. Le digo:

—Hemos tenido un día bastante duro. Me voy a dormir.

—Es lo mejor.

No me he atrevido a decirle «vayamos a dormir», y una vez hecho pienso si lo habrá visto como una descortesía más que como la intencionada deferencia. Somos dos y es como si fuésemos muchos; y demasiados desconocidos, diría alguno de ellos.

Volvemos a subir hasta la caserna; es la manera más justa de decirlo, porque me siento como un eremita en la gruta, en falsa soledad —en falsa compañía. Midoissa evita la despedida de buenas noches, se mete en la primera estancia vacía que encuentra, y yo ocupo la segunda siguiente, no sé por qué dejando una en medio. O lo sé, y ahí no me gusto. No sé a dónde vamos. Me resulta extraño permitirme un estado de contemplación vaciador.

No hay electricidad, sino unos quinqués de una escasísima luz ósea, intemporal, mortuoria. Dejo el mío encendido. Como cuando no quieres hacer cosas por las cosas que dejarás de hacer, ponerse a dormir me parece un metaabsurdo, una espera que no reparará nada. El insomnio es una amenaza que revela intenciones. Se me ofrecen como de manos de un tahúr maléfico opciones sobre el tiempo que nos espera aquí dentro, ideas adormecedoras o regodeos entretenidos, cómo discernir unas cosas de las otras, cómo acabará resultando esto o aquello, tal recuerdo o tal otro, tal expectativa, tal escena desagradable que más tarde uno rehace y corrige a su gusto para hacerse quedar bien, vengativamente, triunfalmente.

Todo desaparece en un instante. Se oye un «clic», tres segundos de vacío total, y un alboroto indistinguible de disparos y carreras. Me doy cuenta demasiado tarde, han echado gases lacrimógenos y salir corriendo es ir a por la muerte. Huyo de la estancia recogiendo maquinalmente la bolsa, en dirección al interior, y llego pronto al callejón final sin salida. Se produce una gran explosión, a continuación otra, y otra más aún, y no sé cuántas más seguidas. Entre el humo y la polvareda no veo nada. Al cabo de un momento, no sé si cinco segundos, diez, quince, silencio total. Quizá un minuto, dos; tiempo para morir ahogado.

Cojo aire, me protejo los ojos no sé cómo, cerrándolos, con la mano delante en visera, salgo deprisa de la caserna, entorpecido no sé con qué, pasando por encima quién sabe de qué, hasta caer por la

escalera. Me levanto como puedo, sin ver de qué defenderme. Hay cuerpos tirados por el suelo, y una lancha junto a la nuestra, dañadas las dos y humeantes. Instintivamente me aparto y miro de protegerme no sé dónde ni de qué, de dónde huiré para ir a parar a dónde. Finalmente, ya era hora, soy el idiota.

Miro por todas partes. Salida quién sabe de dónde, una figura solitaria silenciosa y tranquila avanza por el centro del muelle hacia mí, oscura en medio de la oscuridad, como una aparición que no tiene los pies en el suelo. A punto de aniquilarme el pánico, reconozco a Midoissa. Le digo —me tiembla la voz:

—¿Qué ha pasado?

—No era un refugio tan seguro, como ves.

Habla con suavidad. Cuando la tengo cerca sonríe. Tosemos.

—¿Y los demás?

—Muertos. Todos. Los que nos han mandado también —hace gesto de resignación; ¿o de liberación?—. Menos mal que había un poco de artillería pesada, y la he podido sacar a tiempo.

Me da la impresión de que llora. Se pasa la mano por la espalda.

—¿Estás herida?

—Son los gases lacrimógenos.

No me atrevo a abrazarla. De la caserna continúa saliendo humo. Yo también tengo los ojos irritados, y la tos no para. Señalo el interior.

—Tendríamos que...

—No hay tiempo. Cuando vean que estos no confirman el éxito de la operación, vendrán otros. Si han tenido tiempo de avisar, ya están viniendo. Nos largamos de aquí ahora mismo.

Subimos a nuestra lancha, pero está demasiado maltrecha. Vamos a la otra, y no sin dificultades Midoissa consigue ponerla en marcha. Desamarro y salimos. El motor renquea; me da miedo que se pare pero sale adelante, aunque incapaz de coger velocidad. A ritmo de laúd encaramos la salida en silencio. Ella gobierna, yo miro atrás con miedo real, por absurdo que parezca, de que la inmensa malignidad no nos deje escapar, con pánico de descubrir que no avanzamos.

Salimos al claro, y Midoissa encara los farallones por la derecha, por el lado de alta mar. Inesperadamente aparecen simetríadas a los lados, añagazas de ignotos significantes. Sin saber por qué, aparto la mirada con un horror ilocalizable.

—¿A dónde vamos?

—A tierra firme, lo más lejos posible, hasta donde el motor aguante. Combustible hay. Tenemos que evitar el siguiente pelotón, somos la presa más fácil del mundo. La lancha no tira y yo voy desarmada.

—Me queda la pistola —lo compruebo—. Solo quedan dos balas.

—Qué gran noticia. No pierdas de vista el rumbo. Si ves una luz,

un reflejo, lo que sea, avisa.

Me imagino con el motor parado, escondidos a remo detrás de un farallón, conteniendo la respiración a la espera de que pasen los enemigos.

—¿Seguro que ves a dónde vamos? ¿Y si nos damos contra una roca?

Se oye el ronquido de un motor, lo bastante lejano para que Midoissa se limite a aminorar la marcha y cambiar de rumbo más a estribor.

Las aguas recuperan de forma gradual la agitación, no tanta como antes. No es aquella mala mar, y salimos al horizonte abierto lo suficientemente lejos de la costa para que casi no nos lleguen las luces de las zonas más elevadas. Todavía no amanece cuando sale detrás de nosotros la hoz de luna menguante más grande que he visto nunca, febril, cadavérica, burlona.

Me acerco a Midoissa dispuesto a ser rehusado una vez más. Pero se deja abrazar, y me pasa la otra mano por la cintura. Respiro, me abandono inundado a la paz total, definitiva, rendido a la felicidad final completa y absoluta. No contaba con recuperar la incomparable seguridad de haber llegado, de no tener que temer nunca más ningún mal.

Amanece, y reviven las amenazas. El motor empieza a fallar cada vez más disuasorio; Midoissa se dirige a tierra directamente. No nos decimos nada; no hace falta, sabemos qué comporta quedarnos aquí en medio sin avanzar. A medida que nos acercamos a tierra y se hace de día, el repertorio de ciénagas y de instalaciones industriales presenta una expectativa inhóspita. El motor agoniza en un punto en que estamos demasiado lejos para llegar a la costa nadando, y demasiado cerca para no ser vistos si hay vigilancia costera.

Ya en silencio total, Midoissa encuentra los remos, los instala y en unas aguas moderadamente agitadas, incómodas pero no peligrosas, me pongo a remar hacia tierra. Crece la luz sucia matinal, desafinada, depresiva. Prefería la penumbra.

Vamos hacia lo que parece un centro matadero ballenero. Me paro en el punto en que si avanzo más los operarios podrían acercarse a ver qué queremos.

La enorme bestia descuartizada cuesta de identificar como cetáceo. Con un horror que no sé situar entre los registros emocionales descubro características inequívocamente humanas, sin menoscabo de la apabullante dimensión cachalótica. Es hembra, pende de un pie de una enorme grúa cabeza abajo, y la otra pierna cae batiente. Por el ano y la vagina se expelen copiosos flujos de pastosas masas gelatinosas conteniendo cuerpos humanos semidigeridos, a un tiempo que el destripamiento expulsa a plomo treinta fetos de la polimatriz —

principal y asociadas—, enormes humanoides cornudos y con rabo, semifieras de todas las medidas con prestaciones faciales gravemente marmóreas, identificables en lo inequívoco de los rasgos la naturaleza de cada padre: toro, león, avestruz, gorila, hombre en algún caso, los de más idiota y brutal aparencia. La trayectoria de la barca va cambiando la perspectiva, aleja el espectáculo y cada vez se ve peor. Esto me angustia mucho. Por una parte tengo un deseo vertiginoso de que pasen aprisa las cosas horribles que han de pasar, por otra quiero que se retarde para disfrutarlo, que vaya más despacio, detenerlo, posponerlo. Quiero ir más despacio, detenernos, retroceder. Y no me atrevo por Midoissa.

Me tiembla de nuevo la voz cuando le pregunto qué es eso.

—¿No la conociste? No, claro, no estarías aquí. Lo comentan en la Lista Novembrini y Rakshasi. Es Aurora, la Reina Fonóctona, convertida en grasa, especias y jabón por orden de las nuevas autoridades, porque no se pueden permitir centros de decisión paralelos y contraadministraciones.

No sé apartar la mirada. Cuando no lo quiero, lo quiero; cuando lo quiero, no lo quiero. Creía que la cabeza ya se la habían cortado, y cuando lo hacen me doy cuenta —tiene la medida de una cabeza normal, algo más grande, pero no mucho más. La desproporción me parece más indigna y diabólica que la medida en sí misma. El cuello es apoteósico, como el de una ballena, y decapitarla es una operación procelosa. Incluso desde lejos se oye como los operarios se ríen y hacen chistes.

Cuando ve que la desazón me agarrota, Midoissa me aparta de los remos y dirige la lancha en dirección norte. Encuentro unos prismáticos viejos en la consola de la embarcación y miro atrás, enfermizo, incapaz de sustraerme, cómo caen las enormes rebanadas de grasa con chasquidos de salpicaduras, los higadillos, las sangres negras de las vísceras principales, el mundo reflejado en los grandes muros de carne, los nuevos muros de Cartago donde se relata la Historia de todos, yo confundido entre miles, no producto ni productor de nada especial, el sujeto proyectado: soy yo, procedente del espejo del no-ser-yo. Una y otra vez tan pronto me parece que van demasiado despacio, y me impaciento para no perderme el gran espectáculo, como siento que si van tan aprisa también me perderé muchas cosas, que hay que gozar mejor el discurso del mal con tanta dureza delicada cruelmente infligido.

Convocado finalmente a entenderlo todo de forma incomprensible, y cómo se triangula el último reconocimiento, la gran identificación, qué fue antes, madre o devoradora, asaltante o fugitiva —si una, rechazada; si otra, cazada— es un vórtex, un intercambiador energético como los anficonversores, noria de vida y muerte —qué

más bello que la impiedad, que la sensualidad de la inmisericordia.

Por analogía me encanto de nuevo con Midoissa —de la transparencia de sus ojos emana la horrible idea de que el iris es una pantalla donde desde el otro lado los pensamientos proyectan una luz postmaligna, y como un imán del mismo signo, ella me expulsa la mirada y la reenvía al matadero-catedral, donde aún se llevan la cabeza de la Reina Fonóctona ensartada sin contemplaciones, ya lejos cómo la parten por la mitad con un gran cortante, la lengua descomunal deslizándose hacia el depósito. ¿Qué me estoy perdiendo, por qué maelstrom se me escurre qué? ¿La vida? Cómo las partes del cuerpo aún reconocibles —menos a cada momento— tiemblan no por sí mismas sino por cómo son manipuladas, y por una gran sacudida se desplazan violentamente como si todavía estuviera viva desencadena un insoportable sentimiento de ofensa y una excitación paroxísticas capaces de dibujar un irreprimible furor de compasión, la insoslayable fantasía demente de lanzarse a rescatarla, a salvarla (¡qué hay que salvar!), a vengarla, a revolcarse de arrepentimiento y ahogarse en medio del inmenso montón de gelatina sangrienta —decidme, farsantes de la sabiduría, en qué la ansiedad por el extremo dolor de otro se distingue del enamoramiento total. En sus rosáceas tajadas se proyecta el aire envolvente de la otra, la que está de espaldas pilotando la lancha. Me siento el aviador cowboy del final de Dr. Strangelove, atizándome chillando a caballo de un misil.

Digo:

—No podemos ir remando sin saber a dónde vamos.

—Estoy buscando un lugar para atracar. En los apropiados habrá gente que no sabemos cómo nos recibirá, quizá Guardias del Imperio..., y los no apropiados, en fin, serán eso, no apropiados.

La veo tan cansada como yo, a pesar de que lo gestiona con un admirable estoicismo legionario. No sé si es la falta de sueño y de alimentos, el cansancio, el disturbio, el mundo se eriza ante mis ojos, haciendo de la realidad función del trastorno. Se levanta ante nosotros un mimoide de vísceras, protoplasma calcificado perturbador por el encuentro entre identificable y no identificable, de unos veinte metros de altura por sesenta o setenta de largo. Midoissa no se inquieta, y no quiero dar la nota.

La incertidumbre es lo que carga la alteración: ¿es tal parte del cuerpo o no lo es? Aún: ¿a quién pertenece esta cara desollada? ¿En esta piel facial convertida en máscara, a quién creo reconocer? Lo identificado dentro de lo inidentificado, lo inidentificado dentro de lo identificado.

Midoissa entra despacio en una bahía natural, asegurándose de que nada se mueve. Lo que hay no se sabe qué presagia. Pavos reales negros en las esporádicas interferencias visuales, sus chillidos

femeninos en las auditivas, amenazas erínicas. Los veo picoteando la entrepierna, el torso del decapitado, los ojos de los ahorcados. Abrir cráneos de criminales vivos para dejar cerebros a los cuervos y observar la caída de la atención y los sentidos, ver cómo a cada picadura se apaga una capacidad. No es Keir Dullea desconectando HAL 9000, son las aves oraculares devorando imbecilidades. Ya no sé si recuerdo o imagino la corte de las válvulas cardíacas, de los cráneos descapotables, de las entrepiernas supurantes. ¿Qué cielo me espera si consigo salir de aquí? Dante no emerge del Infierno para encontrar la luz del día, sino para reconocer las estrellas.

Dejamos la lancha en una playita. No hay signos de civilización humana, pero aunque una prematura y el otro caduco, una higuera y un cerezo nos sacan del paso.

Vuelve tanta oscuridad como para anochecer, o a punto de llover a cántaros. Pasamos una zanja y una colina, hasta una casita de aparatos mecánicos. Tácitamente decidimos descansar de la corta, movida noche pasada. Aparejamos los enseres a disposición para echarnos aunque sea un rato; una caja de galletas rancias completa el servicio de higos y cerezas. Sentados y en calma, renacen las complicaciones del pensamiento. ¿Qué nos falta para contarnos? Cuando sobrevivir no es la necesidad inminente, rebrotan los desastres de fondo. Con un desasimiento conmovedor me pone la cabeza en el regazo y me dice:

—Quizá he sido injusta contigo... —no muevo ni un dedo—. Y conmigo misma. O no, demasiado laxa y benévola. Lo tenía que haber previsto, tenía que haber ampliado y diversificado la red de complicidades. ¡Podía haber hecho tantas cosas más!

Me sabe tan mal verla así que pienso, ¿se lo digo o no se lo digo? O ahora o nunca.

—De hecho, sí que hice algo en relación con tu hija.

Recupera una tensión que quiero imaginar favorable, aunque ya no estoy seguro de nada.

—¿Ah sí?

—Os lo iba a detallar ayer. Akissouri me informó que se habían detectado movimientos en las dependencias de la CBP, y la ocupación de algunos refugios secretos, afectando a personas del entorno de Kreis, una amplia relación donde, como sabes, estaba tu hija. Tengo un contacto de toda confianza, y buen amigo de hace tiempo, y le encargué proteger a las personas de una lista.

Me sigue el relato con los ojos encendidos y turbios a la vez. Con los ojos en brasas.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—No sé si te lo he de decir, tengo que protegerle.

Me lo repite más despacio y más flojo, y la percibo inapelable.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Casanova.

Se enciende como no se lo había visto nunca.

—¿Frederic? —asiento; deja un silencio acumulador no quiero saber de qué—. ¡Eres el mayor idiota que he conocido! ¡Es uno de los durmientes de Kreis! —se separa violentamente—. ¡Has sido tú! ¡Tú has matado a mi hija!

—¡Lo hice para protegerla! Si ni remotamente me lo llego a imaginar...

—¡Y me lo cuentas ahora porque te crees que tú y yo solos no te cortaré el cuello!

—No te lo cuento ahora por nada que antes no estuviera.

Se encarna en su furor la nada del primer beso que nos dimos. Se cierra un paréntesis. Cerrado para siempre el círculo del universo de la felicidad, retorno a la gran catástrofe del ser. La primera nada vaciadora de significados había sido blanca —esta es negra.

Se levanta, va de acá para allá.

—¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer! ¡Tú! ¡Tú hasta el final! —se vuelve, erinia completa—. ¡Has sido incapaz de decirlo antes! ¡Qué esperabas, entretanto a ver si le puedo ir echando polvos! ¡O no pensabas decírmelo nunca!

Los caminos de la autoinculpación son insondables. Pero ahora no se lo puedo decir.

—¿Qué puedo hacer para que me creas?

—¡Qué me tengo que creer! ¡Que no se te había ocurrido que tú pudieras ser la causa! ¡Que eres verdaderamente el asno más grande que me he encontrado jamás!

—¡Claro que lo he pensado! ¡A partir del momento en que Frederic no dijo nada más y perdí el contacto ya no he podido volver a dormir en paz! ¡Algo iba mal! Desde entonces no pienso en otra cosa. Por eso abandoné la escalada de poder de Akissouri y Regomir y me puse a buscarte desesperadamente para protegerte, porque también te quieren matar a ti.

—¡No me creo ni media palabra! ¡Por eso me abandonaste una mañana a la francesa!

—No, esto fue antes, ya te lo he explicado.

—¿Ah sí? Te vinieron a buscar para negociar, y caísteis en una emboscada. Todo mentira.

—No todo. La emboscada me la inventé para no alarmarte, si por fin tu hija había sobrevivido. Aún tengo contactos. Si estaba viva, cuando hubiera podido ir la habríamos encontrado.

—Me da igual. Me da todo igual, di lo que quieras. Me da lo mismo si dices la verdad como si no. Seas un miserable traidor o un miserable idiota, el resultado es el mismo, mi hija está muerta.

¿La querían matar? Ya la han matado matando a su hija. Y yo,

¿cómo puedo saber lo que no sé? ¿No sabiendo no saberlo? La mentira autoinculpadora, la agridulce figura del sacrificio de los mártires, más querido aún que aceptado. ¿La desviación del amor? No, el amor llevado a las últimas consecuencias.

Le digo:

—Pregúntate quién ha montado todo esto, si de verdad puede formar parte de la misma estrategia mi presencia aquí ahora mismo.

—Tú eres el estratega, tú eres el ejecutor.

—¿Cómo puedo ser estratega de una jugada que desconozco? ¡Si quiero lo mejor para ti! ¡Si te quiero ayudar a vengarte!

—¿De verdad? Pues vuélate la cabeza de un tiro.

No hacía falta que me lanzara su deseo, ya lo veo. La segunda vez es la buena, ahora sí que la he perdido para siempre. Una mentira obstaculiza la recuperación de otra. ¿Pero recuperar para qué? ¿Recuperar qué quiere decir? ¿Algún ingenio dialéctico convierte las mentiras en verdades? ¿El mismo truco para convertir el agua en vino? Vertigo y Solaris tienen en común el absurdo de la nostalgia sexual, la misma mentira reclamada por Vienna a Johnny Guitar —aunque aquí con éxito aparente—: en las dos, el protagonista es un Orfeo perdido que se afana desesperado por reconstruir un engaño, sabiendo que no lo conseguirá por el miedo de no tener la fuerza suficiente, porque no sabe ni siquiera si lo quiere de verdad. Es el sentido de su existencia, y de forma paradigmática el de la existencia en general, el modelo de felicidad en forma de objetivo continuamente irrealizable y renovado en la melencolia de la necesidad de ser solventemente engañados. Vivir en la seguridad del engaño construido con el acuerdo tácito y la colaboración de uno mismo otorga la certeza que la contingente verdad de los otros no dará nunca. No es cuestión de control sino, sobre todo, de confianza. De fe.

Los tiempos en que, habiendo perdido la fe en la guerra de la inteligencia, empieza a ganar la de la estulticia —en la ganancia del nuevo terreno compensa lo acabado de perder para siempre. Todo lo que ha hecho falta para llegar hasta aquí, esfuerzos y fugas, atenciones mal enfocadas, anhelos y rechazos siempre en dirección contraria. ¿Qué me espera a partir de ahora? Levantarme de nuevo —¿para ir a dónde? ¿Con quién? En la gran catástrofe son fundamentales los detalles más nimios y mínimos; es imprescindible atenderlos para no dejar nada pendiente, nada desarreglado, ningún flanco descubierto, ninguna rendija. El ennegrecido escrúpulo del neurótico, el enrojecido del piadoso.

Salgo sin norte a caminar, con un solo deseo de olvido, de borrado, de anulación. ¡Si ya era tuya, qué has tenido que decir! Como cuando la reencontré en la Torre, pero con más fuerza, me asalta la terrible

pulsión, la más inútil, la más idiota entre todas las humanas, de horrorizarse ante la acción nefasta acabada de cometer y quererla anular, querer retroceder, echar el tiempo atrás con una manivela. Idiota, idiota, idiota, no habrá nunca más sosiego para ti. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué se lo has dicho? Las preguntas enfrentadas me ofenden a mí antes que a ella.

Me cae como un martillazo. Ya no se trata de si nos hemos mentido uno al otro desde el primer momento, si ella sabía quén era yo, y quizá no todo lo que había hecho, pero podía tener indicios, es que no hay mejor búsqueda de la verdad que mentirse uno mismo. Por eso me quiere matar, porque soy el Elegido para matarla, porque es nuestro destino. El suyo, ser matada por mí. ¿Pero qué es el destino sino locura repartida entre diversas fatalidades, qué es sino lo que los idiotas hacemos para evitarlo?

Vago por el descampado. «Ser yo» se convierte en una náusea de exterioridad. Varias ramblas vuelven al mar en medio de filas de cipreses que recuerdan la isla de Oniris. En un muelle bonsái hay una canoa de mayor tamaño que las lanchas usadas hasta ahora. Me acerco. Parece en buen estado, y en la cocina hay comida.

Voy a buscar a Midoissa. Discutimos la posibilidad de salir de aquí a pie, si lo desaconseja el desconocimiento de la distancia a la población más próxima —a ella le da igual. Por mar siempre será más fácil, rápido y confortable localizar los lugares.

Cogemos la canoa. Me hace pilotar a mí. Avanzamos entre mimoides, rompeolas de contención y viveros de moluscos por superficies de aguas pútridas estancadas convertidas en espejos, en pantallas donde se representan una y otra vez, repetidas y variadas, sagas de dinastías criminales, exacerbadas horizontalidades crepusculares, velocidades que por hipertrofia acaban en zumbadoras quietudes, destripamientos juguetones, lamentos incomprensibles hechos aposta para parecerme inacabables marismas humeantes. Ella mantiene la mirada perdida lejos de mí.

La frecuencia y la oportunidad con que encontramos otras embarcaciones me hace pensar en cómo encontrábamos gente dentro del Archicenotafio. En el pretendido mundo real tampoco encontramos individuos, sino espectros. La inercia del orden se petrifica en el terror.

Hemos conseguido salir, pero a pesar de que en el fondo todavía confiábamos en que la gran destrucción no fuera más que una fantasía teórica, la transposición se ha producido y el mundo de los humanos ya no existe. ¿Qué sentido tenemos como productos de un contexto desaparecido? ¿Desde qué perspectiva es sostenible no estar en una etapa de destrucción del Archicenotafio, sino en una fase procelosa del largo camino de construcción del nuevo paradigma capitalista? ¿Qué

es un velocista si no hay pistas donde correr? ¿Cómo se alimenta un árbol suspendido en el aire, de qué le sirven las raíces? ¡La útil conjunción entre dimensión espiritual y conocimiento científico está tan lejos aún! (Y, lo mejor del caso, todavía diverge.) El cansancio benévolo, egregorizar la muerte para liberarnos del insoportable agotamiento mental condenado a vagar entre imágenes hechas añicos, poco a poco irreconocibles, irreconocible uno mismo en el vacío.

¿Qué esperaba cuando hablé con Frederic? ¿En relación con qué efectos puedo decir: me fiaba, no consideraba posibles efectos funestos? El último icono donde descargar el cansancio. Desnarrativizarse en el amable, paradójico, transitorio suicidio.

Pasamos ante un puerto. Tendríamos que poner gasolina, pero cuando me acerco detecto escaramuzas; cuando me llega el sonido de los disparos vuelvo a alta mar. Midoissa es como si no estuviera. La mirada perdida en dirección al mar abierto.

Pasamos ante una marina. Me acerco con precauciones. No hay nadie, porque está todo arrasado. De los surtidores de gasolina quedan escombros carbonizados.

Continúo costeando hacia el norte, hasta que el indicador entra en la reserva, y no se ven señales de civilización. Antes de quedarnos en medio del mar sin la opción de remar con una embarcación tan grande, la embarranco en la playa y nos bajamos.

Midoissa al lado, como si no me conociera de nada. Ya que hasta ahora no he conseguido llenar de mierda su recuerdo y su imagen para quitármela de la cabeza, desisto. Por otro lado, ¿qué sabor me quedaría? Escojo el sufrimiento. Odiarse es una manera de morir que no permite la nostalgia, ni la nostalgia la permite. ¿Preferiría verla muerta? Renuncia final, escogerla viva y odiándome. Y todo me llega en diferido, porque la he convertido en una ausente.

En la última playa no hay nada, apenas bancadas para sentarse, residuos quién sabe de qué, hedores de corrupción profunda. Invocar el alargado momento, que después el recuerdo borrará, en que el dolor de amor desaparece. Planificarlo para que se vaya cuando dejas de pensar en él, una forma de olvido por vaciado y superposición de otras cosas, no necesariamente del mismo orden. Echarnos entre los cerdos para ser como ellos, para morir devorado, para llegar a una conclusión.

Asciende la noche. El ocaso velocísimo, la exacerbación total de la horizontalidad estratificada desde la línea entre el negro y el rojo sangre elevado al anaranjado, al marfil, al azul cada vez más intenso profundizándose en la altura, las líneas paralelas dilatadas más allá del campo de visión, 360° de luces meteóricas saltando desde la línea del fondo y sobrevolándonos en pocos segundos, cada vez más abundantes, desde todas direcciones y en todas direcciones, en un

segundo recorriendo todo el cielo, en silencio, en agudo silbido. Viento helado en forma de música (o de grito), horizontes sucesivos de la velocidad y el dejar atrás.

No sé quién tengo al lado. Le digo:

—Solo quedamos tú y yo. El Egrégor somos nosotros.

¿Da igual? Sí y no. No se trata de combatir la indiferencia como pauta del sufrimiento, sino de hacerla danzar. No es necesario matarnos, ya estamos muertos. Matar la ira podrida en el odio. Me queda el revólver. La vida no se mueve en opciones cerradas en una sola determinación. Damos margen a la variedad, al juego de los dados, al Gran Juego de la Fragmentación. Ella ni me mira, no puedo esperar nada.

Siempre había pensado si el final sería un refugio, una culminación gratificante y significante, la manera perfecta de acabar bien con una fuerte pulsión completadora, llena de simetrías, la síntesis con todo potenciado y las cosas incomprensibles o quién sabe si negativas tocadas por un sentido del todo definitivamente revelador, intenso, rotundo, esencial, incontrovertible, armónico y acabado, o bien si sería un vacío precipitado lleno de furor desdibujado y mortecino, decepcionantemente breve, rancio y casual, desbordado de ganas de olvidar, de borrar, de perderlo todo de vista para siempre como uno que dice basta, basta, basta, va, dejémoslo de una vez. Ninguna de las dos cosas: será un Juego con sorpresa y conciencia. Con un 50% de probabilidades de saber cuándo moriré.

Casi me asusta cuando me dice:

—Saca la pistola.

Se la doy. La abre, mira el tambor, saca las dos balas y me mira.

—¿No hay más munición?

—¿Para qué queremos más? Con dos balas es suficiente.

Las vuelve a colocar, una junto a otra, rueda el tambor y me devuelve el arma agarrada por el cañón.

—Dispárame en la cabeza.

No tengo ninguna intención de hacerlo, y que no me apresure, que se vuelva de espaldas de nuevo, me permite pensar que lo ha dicho como un insulto, más provocación a la náusea que a la acción.

Ha oscurecido y nos hemos desdibujado. Me rindo a pensar en el juego del doble suicidio pactado, la estadística como un proceso dinámico. Aunque no es lo mismo la proporción entre 2 de 7 que entre 1 de 6 —respectivamente, 28’57% y 16’67%—, en el aspecto del orden qué más da dos balas en un tambor de siete o una en uno de seis. En el momento de empezar, si fuera una bala en un tambor de seis, la probabilidad de que saliera al sexto disparo sería la misma que saliera el primero (o en cualquier otro lugar). Después del tercer disparo en vacío, las probabilidades ya serían del 50%; y después del

quinto, del 100%. En el caso de dos balas en un tambor de siete, puestas de lado tal como lo ha hecho Midoissa... Imagino su intención y, con un sobresalto, si quiere de verdad que nos disparemos de forma alternativa. ¿Está segura de que si quedo el último no dejaré de matarme?

Dejo pasar los minutos —horas, horas, quisiera— medio durmiendo, más de desidia o cansancio que de necesidad. El mutuo suicidio pactado es operativo entre los que se aman —¿podríamos fracasar por odiarnos? ¿Qué ocurre si no odian los dos? Le digo:

—Si disparo y no hay bala, después me dispararás tú. Y si tampoco la hay, otra vez yo.

Sin volverse, sin voz de dormida, dice:

—Qué listo te me has vuelto.

La pistola se ha transformado en la mano en un artilugio inigualablemente poderoso y maligno, cada vez menos ajeno a mi naturaleza.

—¿Quien quede último se matará? ¿Qué importancia tiene para el otro, si ya estará muerto? ¿Qué valor tendrá como traición?

Se ríe, y no es reír de verdad.

—Uno sublime.

La debo sobreinterpretar si digo que la traición rebasa el amor, lo dignifica en el sacrificio supremo, lo que al aniquilar la dignidad te destruye como individuo sin que comporte ni la más mínima probabilidad de transformarte hacia una Esfera superior. Traicionar la complicidad para convertirla en amor debe de ser el juego del condicionante en forma de eterno retorno llevado a las supremas consecuencias conclusivas. Como si me hubieran acabado diciendo: aquel a quien estás buscando eres tú. Que yo haya estado actuando sin darme cuenta, que yo sea el criminal que estoy buscando. Judas es el gran héroe de los Evangelios —esto ya lo sabíamos. Una forma de Fragmentación predictiva de perfil bajo. Quiero quedar el último para elegir de verdad, para morir tranquilo o sobrevivir, una alternativa aceptable aunque, depende del desenlace, no del todo terminal, porque no sé si llegaré. El final de uno será muy diferente del final del otro.

Digo:

—Ya puestos, podríamos sortear directamente quién muere primero.

—No, así es más divertido. Dispara.

—¿Vuelta de espaldas?

—No quiero en mi última visión de la vida la cara de una bestia.

Disparo con el arma junto a su cabeza sin apuntarla. Se oye «clic». Se vuelve, me la arrebata de la mano y sin darme tiempo de prepararme, ella sí, me apunta en medio de la frente y dispara. «Clic»

otra vez. Me devuelve el arma y se vuelve de espaldas como antes.

Llega el pánico con efectos retardados. ¿Tiempo para prepararme para qué? ¿En qué no estoy preparado? Centellean finales alternativos: si quedo el último, si me alegraré de estar vivo y decidiré no matarme, si en unos minutos estaré muerto. Si la mato y quedo solo, tendré que decidir si merece la pena vivir en lo que quedará de mundo. ¿Ha hecho ella el mismo cálculo? Me insinúo la bárbara convicción de que se matará si queda última, y me está dando una oportunidad. O al contrario: se ha inventado la muerte de su hija, se ha confabulado con Casanova para hacérmelo creer, dando por hecho que intentaré ayudar. Da por hecho que será por amor que me voy a creer que ha manipulado y mentido desde el primer momento. Por reducción al absurdo ella da por hecho un plan que no puedo decir que no lo desconozco, y confía en sus habilidades de tahúr para matarme en el juego de la ruleta rusa, porque cree —¿o lo sabe?, no sé cómo decirlo para engañarme menos— que para eso me han contratado —¿o elegido?—, no para matar a Kreis a instancias suyas, sino para matarla a ella como herencia de Kreis. Pero el poliedro no encaja: ¿por qué habrían de estar todos confabulados contra mí? ¿Por qué soy tan importante? ¿Qué tiene mi «Yo» que no tenga cualquier otro? Incluso esta duda es un delirio egótico solo mío. Las hipótesis y los límites con la colisión entre deseos y miedos retuercen un grafo capaz de aplastarme entre el remordimiento, el instinto de supervivencia y la pulsión vengativa. ¿Soy capaz de incorporar a mi capacidad de decidir si tengo la secuencia sináptica sincronizada con el hado de la pistola? La estrella movida por el amor: la bala.

Intento refugiarme en la idea de hacer por ella lo que quiere, que él haga por mí lo que cree que quiero. La sangre se nos espesa, ya no sabemos ni pensar —sería un chiste malo decir si podemos existir—, y no hay tiempo. Amanece, y lo vivimos como el peor sobresalto premonitorio posible, como un apresuramiento ineludible. Le apunto a la nuca y disparo. «Clic». De no tener miedo me crece en la garganta un sabor nebuloso.

Repito aún más compulsiva y furiosa el gesto de antes, apunto a la frente del cabrón, disparo, «clic», me devuelve la pistola y se vuelve. Quedan tres oportunidades: un tiro sin bala y dos balas. El óseo azulado del amanecer está mortalmente enfermo. Sentimos una forma inundadora de vértigo inédita, placentera. ¿Por qué no lo evitamos, si podríamos hacerlo? También podría dispararme yo. Si no hay bala, al siguiente turno, ya seguro, yo le mataré. Si lo hago, ¿será un regalo o un peso insoportable? Ser dos en el interior del odio desafina. Recupero en exclusiva la primera persona acabada de abandonar a la disolución. Le digo:

—Será el último disparo no determinado; si ahora no hay bala, en

el siguiente ya sabemos seguro lo que pasará.

No me muevo.

—Terminemos de una vez. Total, tampoco hay para tanto.

—¿Te imaginas llegar al sexto sin habernos matado?

Ella es más fuerte, o tan solo indiferente. Dejo de resistirme a pensar lo que me cuesta tanto aceptar. Ella cuenta con que si llegamos al punto en que con total seguridad yo la mataré a ella, escogeré matarme a mí mismo. Lo ha preparado todo, y por el mismo mecanismo puedo descubrir que lo he preparado yo. Las peores bromas, las que te gastas a ti mismo sin pensar que se llevarán a cabo. Sin darse la vuelta, dice con una voz inauditamente oscura:

—Cara o cruz: o tú o yo, a pesar de que... ¿no lo es a cada paso? Pero sí, sería curioso llegar ahí.

—O señal de que no hace falta que nos matemos.

—No lo creo. Venga, dispara.

B., 10.3.2015—29.9.2016

Ich gehe hin und komme wieder zu euch.
(Me voy, pero volveré a vosotros).

Marianne von Zigler
en la Cantata BWV 74, 4, de J. S. Bach